ECOS DEL GUADALEVIN.

AÑOS
1875-76

REVISTA

DE

LITERATURA Y CIENCIAS.

ARTÍCULOS LITERARIOS, POESÍAS, LEYENDAS, NOVELAS,

CUENTOS, CHARADAS.

Director propietario: D. Rafael Gutierrez Jimenez.

Año 2.° y 3.°—Tomo II.

1875 Á 76.



Ronda.-Tipografía de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo.

Año II. Ronda.—Lúnes 1.° de Marzo de 1875. Núm. 25.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODAS PARTES. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

Un artículo que podria servir de Prospecto.

Paseábamos cinco amigos una tarde del abrasado Agosto por la amena y fresca alameda que á orillas del medroso y afamado tajo tiene Ronda para su solaz, y envidia de todas las ciudades de España, y juntos recorríamos sus calles de árboles, disfrutando de la frescura de la tarde, que ya en aquella hora iba de caida, reponiéndonos de las fatigas del dia que habia sido en estremo caluroso, ora discurriendo por las alineadas calles de acacias y rosales, ora buscando asiento en los balcones que coronan la cima del renombrado abismo, gozando y deleitándonos en el magnífico panorama que á nuestros ojos ofrecia la pintoresca sucesion de montañas, cerros y colinas, como de aquella parte se divisan y tras las que ya comenzaba á ocultarse el radiante Febo, dorando con sus oblícuos y postreros rayos la descarnada frente de las altísimas sierras.

Todos cinco, como gente jóven y amigos de la mayor intimidad, traiamos concertado muy vivo y animado diálogo sobre multitud de temas, si bien como cosa mas apropiada á nuestros gustos y naturales inclinaciones, recaia con mas frecuencia sobre las hijas de Eva que, en verdad y sea dicho como de paso, con solo las de Ronda habria motivo para estarse hablando mas años que lleva de fundacion el mundo, sin que faltase materia; que para todo daria la mucha discrecion, gracia, donosura y belleza con que Dios se ha servido adornarlas, para gloria de amados y desesperacion de mal correspondidos.

Ibamos, como llevo dicho, de asunto en asunto pasando de largo sin que ninguno fijára nuestra atencion, y naturalmente y de por sí, vino á recaer la conversacion sobre literatura, tema de grandes simpatias para los cinco, mas quizá por intuitiva aficion que por verdadero y justo conocimiento de sus buenas y muchas ventajas.

Habló el primero, el mas jóven de nosotros, Bachiller no muy reciente, á pesar de sus pocos años, y que á la sazon traia entre manos el Digesto y las Partidas con buena aficion y estímulo, y alabóle á otro de los presentes que, como él, tiene el primer grado y cursa tambien derecho, ciertas recientes composiciones poéticas que todos habiamos leido y de que el primero se mostraba muy pagado y mas aun de disertar sobre ellas, porque tambien hacia tiempo andaba tras de intimar relaciones con las musas. Terció el de mas años en el debate, con lo que consiguió le sacaran á relucir los dos contendientes, ciertas octavas reales que hacia poco habia dirigido á la señora de sus pensamientos, y por último, recayó la conversacion sobre cierto artículo en prosa, primera produccion de su ingenio que habia remitido uno de ellos á Madrid y que un periódico habia publicado en su seccion de variedades.

Ya entablada la polémica, tomó cartas en el asunto otro que hasta alli habia permanecido mudo, Licenciado á los diez y siete años y que llevaba entonces dos de serlo y en muy comedidos términos dijo que, en lo poco que se le alcanzaba y entendía, notaba que en general hoy en España predomina en el lenguage y escritos de muchos autores, un cierto saborcillo afrancesado que no le era del todo simpático; doliéndole que, pues teniamos dentro de casa tanto bueno que imitar, que podria servir de enseñanza hasta para los estrangeros, fuésemos á buscar á otra parte, lo que estando en contraposicion con nuestras inclinaciones y gustos, venía en menoscabo y detrimento del peculiar estilo español castizo, por tantos conceptos alabado y enaltecido, y sobre todo de tal riqueza de condiciones buenas, que nada tenía que envidiar ni adquirir de los estraños.

Ellos asintieron y como apoyo sacaron á colacion los nombres de nuestros escritores del siglo de oro, consumiendo un buen trecho en alabar las inmortales obras de los Cervantes, Fray Luises y Quevedos, sin olvidar por nada á Espinel, á quien por ser paisano nuestro y gloria nacional, se detuvieron en elevar hasta el propio pináculo de la fama,

—Una de las cosas que mas me deleitan y entretie-

nen en mis ociosos ratos, dijo despues el licenciado, es figurarme en la mente, el cuadro de aquellos felicísimos tiempos de tanta gloria para el nombre español, en que cada ciudad tenía sus academias y en que podian verse con los ojos materiales tal y como Dios los hubiera formado en su verdadera y corporal figura, Ruiz de Alarcon y Cervantes, Velez de Guevara y Guillen de Castro, los Argensolas, Lope de Vega, Jimenez de Enciso y tantos otros que ahora no menciono por no recordar sus nombres ó sus obras. Llego á figurarme ver aquellas academias de Sevilla, emporio entonces de las riquezas y de las letras y creo encontrarme en los salones de la del veinticuatro Arguijo, por ejemplo, donde acudian constantemente los mas renombrados poetas y artistas, ó si nó la del Duque de Alcalá; que se juntaba en el local que hoy llaman casa de Pilatos. ¡Qué agradable seria ver aquellas ricas y adornadas estancias, pobladas de los que hoy con su nombre glorifican su tiempo! ¡Qué grato, mirar entre ellos á Miguel de Cervantes, viejo ya, tal vez departiendo con Rodrigo Caro, ó ya dándole preceptos para sus comedias á su íntimo discípulo, el corcovado Mejicano, ó alabándole el mérito de sus obras! ¡Qué satisfactorio, conocer á Alonso Cano, el Miguel Angel español y verlo estudiar la magnífica coleccion de antigüedades, inmenso tesoro histórico que, á fuerza de dispendiosos sacrificios y paciencia, habia logrado reunir en su palacio el poderoso anfitrion! Tal vez, amigos, sea por que como dicen, las cosas mientras mas de lejos se miran mejor parecen, que la distancia es parte á encubrir los defectos y pone mas suavemente de manifiesto las bellezas; pero yo creo, (me afirmo y sustento mi opinion en muy fuertes razones) que ni antes ni despues, hemos tenido en España, á lo menos en tal abundancia y diversidad, ingenios tan privilegiados; y aunque hoy alcanzamos los tiempos del progreso y de las luces, creo que relativamente á aquellos, son bien menguados en literatura.

—Alto ahí, interrumpió el primer estudiante de derecho, el mas erudito de todos; «cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento»; que aunque yo tambien convenga en que por entonces quiso Dios favorecer á nuestra patria, dotándola de los mayores talentos que se han conocido, no son los dias que atravesamos como los que aquellos vivieron; que si entonces se escribian mejores cosas, hoy se llevan á cabo obras de mas utilidad general. Hoy se atiende mas á la cuestion de fondo ó interés, que á la de forma y belleza; sin que por esto en letras cada hombre no sea una Enciclopedia y tengan por ignorante al que no aparenta ser en todo muy versado, aunque luego se descubra que su ciencia es como esos dorados de relumbron que á primera vista semejan oro finísimo y luego cuando uno los roza y prueba, descubre que son por dentro grosero metal, en la esterioridad muy aderezado y pulido. Entonces, no como ahora, iban encaminados el aprendizage de las letras y su estudio por muy distinto sendero; cualquiera antes de hacer profesion de literato tenia cursado y repasado aulas muy por estenso y cada uno de estos célebres poetas era un muy gran latino, que en la lengua madre habia estudiado los buenos modelos clásicos antiguos, y teniéndolos al dedillo y hecho sus ensayos en la musa latina, se encontraba despues facilísimo versificador en la hispana.

—Pero de cualquier modo, agregó el de las octavas reales; esas academias que tan generalizadas se mantenian, influirian mucho en estímulo de los buenos y los malos. Todos sabemos, que rayaba en manía la aficion á los versos; que no se tenia por bella la dama que en galanos, rimados y medidos renglones no oia celebrar su hermosura, ni se originaba boda, bautizo ó suceso próspero, que se tuviese por bien celebrado si sobre él no llovia plaga de buenos ó malos versos; y esta aficion y este culto á las musas por fuerza habia de deber parte ó todo su fomento á las muchas academias que en todas partes se fundaban.

—Tambien nosotros tenemos Liceos y Academias, acudió aquí el del artículo dado á la estampa, y aunque solo sean para los académicos y para los muy doctos y en las antiguas, hay noticia de que solian entrar los poetas todos por mohatreros y malos que fuesen, si á esto vamos, tambien el siglo diez y nueve tiene para ellos esa multitud de periódicos literarios que andan por ahi y en cuyas columnas vemos no es difícil copiar en letras de molde no pocas de sus enmohecidas y desgraciadas producciones.

—Tan alta es á mi entender, amigos, dijo el Licenciado, la mision de esos periódicos, que creo se pone en ridiculo el que sin profundos ó bien asentados conocimientos se lanza á escribir en ellos; y esto no solo viene en descrédito de su nombre que tal puede quedar de mal parado, que no lo recupere nunca mas de discreto, sino que perjudique y menoscabe el de la publicacion que los inserta. ¡Pues qué! ¿se hacen estas revistas para que las llenen de sandeces ó poco menos, los ignorantes, ni para que sirvan de ensayo á los que principian?

—¡Oh! lo que es para principiantes de seguro que seria cosa utilísima, agregó el Bachiller. Nada como esto podria, á lo que entiendo, proporcionarles mas eficaz enseñanza ni mas directo estímulo. Siempre y cuando de antemano se fundaran periódicos á este solo objeto fin y mision encomendados.

—¡Un plan se me ocurre!, esclamé yo, cortando de improviso el animado diálogo.

—¿Plan tenemos?, dijeron casi á coro. Pues mués-

tralo, que si es tuyo será cuando menos el número mil y quinientos de los que te has propuesto llevar á cabo, que si luego los realizaras seria cosa de ver.

—No es otro, amigos, les dije, sino fundar los cinco el primer periódico de principiantes literatos. A lo menos tendria el mérito de la novedad.

—Y dime, inocente, esclamó al cabo de un buen rato de silencio el Licenciado. ¿Quién será el que se suscriba? ¿Quién el que sus gastos pague? ¿Quién el que sus artículos lea? ¿Quién el que su marcha dirija, ni quién, por último, el que sus columnas llene de escritos originales?

—Todo se andará, dirá, medirá y discutirá si me dejais concluir, respondí yo. Suscriciones, no las necesitamos; gastos, nos los pagaremos; lectores, nos vendrán sobrados; direccion, cada cual la tendrá en lo suyo, y sus columnas, por último, no faltará con que llenarlas, que ya hay tela cortada con solo lo que tenemos *inédito* sin lo dedicado á nuestras dulcineas respectivas. Quédese aquí la conversacion porque tengo de tirar ciertas cuentas antes de formular por completo el pensamiento, y mañana os diré, amigos, los detalles al pormenor, de mi propósito y habremos de venir luego á tratar de si es ó nó realizable la idea.

Este fin tuvo nuestro diálogo porque en esto vimos que era la noche cerrada y en ánimo de abandonar aquel delicioso sitio, nos levantamos de nuestros asientos. Las blancas y ligeras nubecillas que el refulgente Apolo habia pintado de grana al trasponer por Occidente, semejaban entonces confusas y vaporosas manchas que oscurecian el intenso azul del cielo y velaban algunas rutilantes estrellas: Guadalevin murmuraba á nuestros piés en lo profundo del tajo, y allá entre las confusas sombras de las frondosas huertas, vagamente se dibujaba y distinguia su álveo que en curvas caprichosas y revueltas, ora entre los árboles se encubría, ora señalaba de nuevo su curso entre las piedras.

II.

Como resultado del diálogo de la Alameda, el dia primero de Setiembre de 1874, salia á la pública luz el primer número de los Ecos del Guadalevin.

Lo que pensábamos pagar de nuestro bolsillo, encontró protectoras suscriciones; lo que principió por cinco amigos, cuenta hoy con mas de treinta afiliados dispuestos y decididos á esgrimir la pluma y á poner á contribucion su ingenio; lo que pensábamos no saliera de nosotros y de entre nuestras familias, ha sido simpáticamente acogido por propios y estraños; y por último, el modesto pliego de ocho cuartillas ha cobrado fuerzas para triplicar su tamaño.

Ahora bien, lector, si en el trascurso de esta época que iniciamos, encuentras en las columnas de la Revista trabajos buenos y ves á su pié la firma de maestros ó de literatos de fama probada, tenlos como delicadas pruebas de atencion y deferencia del amigo ó como medio de que aquellos se valen para impulsar y avivar nuestro estímulo.

Cuando veas artículos malos (que no será solo el que lees) no nos taches ni motejes tan réciamente, que caigas en el olvido de que el periódico no está escrito para enseñarte, sino para ensayarnos. Lo único que te puedo garantizar, es el buen deseo que á todos nos anima de que estos ensayos á mas de honesto esparcimiento para nuestro ánimo, ayuden á ilustrar nuestra inteligencia.

Rafael Gutierrez Gimenez.

LA NOCHE.

Llena de Magestad tiende su manto
De sombras impalpables revestida,
Y al letargo cediendo va la vida
Del poder misterioso de su encanto.
La flor se cierra. Su sonoro canto
Calla el ave en las frondas escondida,
Y el bruto busca ansioso su guarida
Presa quizá de indefinible espanto.
De su tranquilo hogar á los amores
El hombre torna, y en su faz destella
Dulce gozo cual premio á sus sudores.
Todo en silencio yace: alguna estrella
En el éter azul dá sus fulgores
Señalando de Dios la eterna huella.

Cármen Nuñez Rodriguez.

PENSAMIENTO.

La vida es fuego, la muerte cenizas, el tiempo es la ráfaga de viento que hace desaparecer hasta su último vestigio.

M.ª Antonia Gonzalez Amieba.

Cantar.

Juega el inglés con el oso,
con el toro el español,
y tú, por jugar con algo,
juegas con mi corazon.

Emilio de Luque.

UNA POESIA INÉDITA

DE

Vicente Espinel.

Si registramos la historia de todos los pueblos, antiguos y modernos, encontraremos siempre en su literatura una época mas brillante que las demás; una época fecunda en grandes ingenios que, elevándose sobre cuantos les precedieron, llegan á una perfeccion antes desconocida, cumpliendo así su destino sobre la tierra: la ley del progreso. Las ciencias, las artes, la literatura, todo aparece grandioso, todo iluminado por los rayos sublimes del génio. Si nos fijamos en Grecia, el *Siglo de Pericles* nos sorprenderá: la elocuencia, ostentando toda su bizarría y grandeza; la poesía, cautivándonos con los inspirados y armoniosos acordes de su lira. Si de Grecia pasamos á Roma y nos fijamos en ella durante el *Siglo de Augusto*, llamado de *oro* por antonomasia, los sublimes cantos del inmortal Virgilio suspenderán nuestra alma; y la infinidad de autores clásicos que por entonces aparecieron, popodrán servirnos de guía; sus obras de fieles modelos para recorrer la florida aunque espinosa senda de las bellas letras.

Pero, si nos concretamos al lugar donde debemos fijar nuestra atencion, es decir, á España, el siglo XVI, con harta justicia llamado de *oro*, será una prueba mas del principio arriba sentado.

Fué este siglo, en efecto, el que dió mas renombre á nuestra patria. Victoriosas y temidas sus armas por todas partes; conocida y estudiada su lengua por toda Europa; enriquecida nuestra poesía con nuevas formas métricas, producto de nuestras íntimas relaciones con la Italia, emporio entonces de la literatura, encendióse el entusiasmo popular, robustecióse nuestra hermosa habla, y filtróse el clasicismo en nuestras producciones, siéndoles ya fácil á nuestros poetas dar á sus conceptos una forma mas acomodada á su elevacion.

Alentados, á más, los ingenios de aquella época al verse favorecidos por los grandes, y hasta por los mismos reyes que, comprendiéndolos, secundaban su noble ejemplo, nuestra literatura apareció espléndida y grandiosa como nunca lo fuera.

Y no fué sola la literatura la que á tan gran altura llegó: las ciencias, la filosofía, la historia, el derecho, la política, todas dieron un paso avanzado en el camino del progreso.

Pero, evitando el ser difusos y para no desviarnos de nuestro objeto, hagamos especial mencion del adelanto de la poesía, y más particularmente de la poesía lírica, pues á ella vendremos á parar.

Los nombres de Fray Luis de Leon, de Herrera, de los Argensolas, los de los eélebres Montemayor, y Melo, que, si portugueses fueron en nacionalidad, pulsaron con maestría la lira espoñola, y los de otros muchos que aparecieron desde Garcilaso, primero puede decirse, en iniciar éste progreso literario, hasta Góngora, en cuya época se vieron decaer las bellas letras por la corrupcion del buen gusto; los nombres y las composiciones de éstos poetas y otros muchos que citar pudiéramos, probarán mas que cuanto hubiéramos de decir, el desarrollo y perfeccion que en el siglo XVI alcanzó la poesía lírica.

Pero, entre los poetas líricos de aquel tiempo, aparece Vicente Espinel: el *Píndaro moderno*, como Lupercio de Argensola le llamó; el *mejor amigo de Apolo*, como le llamó Cervantes; el *maestro*, por último, del Fénix de los Ingenios, de Lope de Vega, como éste mismo le llamaba.

Grande espacio y profunda meditacion nos serian indispensables para analizar las obras del gran Vicente Espinel. Poeta desde la cuna, perseguido por los infortunios y por la envidia de sus contemporáneos, supo, despreciando las miserias humanas, elevarse á las elevadas regiones del génio en álas de su fantasía.

Si fuéramos á analizar sus obras, como novelista, presentariamos á su *Escudero Marcos de Obregon* como modelo en el género picaresco.

Si como ingenio poético hubiéramos de examinarlo, mucho trabajo nos ahorrariamos con citar algunos tercetos de su célebre composicion *Incendio y rebato de Granada*.

Espinel simboliza el siglo en que nació: sus composiciones llevan el sello de aquella venturosa época; son obras maestras sembradas de elevados pensamientos espresados por medio de un puro y castizo lenguaje.

Pero no es nuestro objeto hacer un juicio crítico de sus producciones. Otro propósito nos ha movido á tomar la pluma.

Conocidas por demás son las poesías del ingenio que nos ocupa. Pero ¿lo son todas por ventura? Ciertamente que nó. Muchos han sido los poetas que al morir han dejado escritas algunas composiciones sin que hayan vistola luz pública, quedando sepultadas en la oscuridad hasta que, por una casualidad feliz, han venido á ser conocidas del mundo literario, que ha añadido por ello una nueva piedra en la columna de su inmortalidad.

Esto sucede precisamente con respecto á Vicente Espinel. Hoy podemos dar á conocer al público una de sus composiciones hasta el dia inédita; y alta es la honra que en ello cabe á nuestra humilde Revista, al ser la primera en publicarla.

Débiles son nuestras fuerzas para hacer el juicio crítico de esta desconocida produccion: no nos detendremos, por consiguiente, en comentarios acerca de ella. Quédese esto, si es preciso, para maestros que, mas que hacer una crítica, podrán deducir excelentes reglas poéticas de este modelo, donde, con la elevacion del pensamiento y la elegancia del lenguaje, contrasta admirablemente la sencillez del estilo; donde á la vez que se admira lo numeroso de sus versos y la maestría de sus cortes, cautiva la oportunidad de sus epítetos; y todo esto, entrañando un fondo altamente moral.

Mas ¿á qué insistir?..... Ocioso seria añadir una sola palabra. Tiempo es ya de dar lugar á la poesía en cuestion; tiempo de que el lector pueda juzgarla por sí mismo.

A *doña Anna de Suazo, de la Cámara de la Reina, Nuestra Señora.* (1)

—

Ya el destemplado octubre
Con pardo ceño, arrebozado y frio,
Doña Ana, nos encubre
La luz vital del celestial rocío:
O el engrifado yelo
La yerba abrasa y endurece el suelo;
O los vientos espesos
Turbiones causan, pluvias y argaviesos.

Ya la humedad empieza
Con la revolucion del tiempo vário
A echar á la cabeza
Grueso vapor á la salud contrario.
La gota me amenaza
Que á las gargantas de los piés se enlaza;
Y á ejercitar comienza
En vuestra honestidad su desvergüenza.

En la vecina torre
Hace cabildo la caterva negra
De tordos, que allí corre;
Retoza el galgo; el jabalí se alegra;
Acércase á la villa
De pajarillos tímida cuadrilla
Que al abrigo se aplica
Por el mal temporal que pronostica.

¡Ay de aquellos ausentes
Que trillando la tierra, el mar arando,
Van por extrañas gentes
Nueva region, nueva amistad buscando!
Temen cada momento,
En tierra al agua y en el agua al viento,
Sabiendo lo que dejan,
Nó lo que hallarán donde se alejan.

¿Dónde buscar descanso
Quien goza con quietud y mansedumbre
Nido apacible y manso,
Heredado hogar, modesta lumbre,
Viendo la llama rúbia,
Cuando oye al viento sacudir la pluvia,
Y come en mesa estrecha
Lo que al cuerpo y al alma le aprovecha?

Si es por buscar ventura,
Llevándose á sí propio, el desdichado
En vano la procura
Por caminos y mares arrastrado.
Si codicia le lleva,
Hace del hado merecida prueba,
Quien sale de su abrigo
A ser esclavo del que fué su amigo.

Que el fin que se pretende
Halla en sí propio el ánimo constante,
Que cuando á sí se entiende
No hay cosa que le oprima, ni levante.
Pobres y principales,
En nacer y morir somos iguales;
Y en carrera tan corta
El interior reposo es lo que importa.

Si en la rompida brega
La paz desea el vencedor y el roto,
Y el que á Perú navega
Vá en la borrasca prometiendo el voto,
Y el mercader tramposo
Trafaga el mundo por buscar reposo;
Quien lo tiene en su aldea,
¿Dónde lo buscará que mejor sea?

Ya se rindió el de Fuentes,
Terror de Francia y de rebeldes freno,
Y entre picas valientes
Hernan Tello ocupó sepulcro ageno.
Mas sin tales victorias,
¿Quién podrá merecer tan altas glorias?
Que al fin tenemos todos
Diversos fines por diversos modos.

La vida breve y presta
Tiene el principio claro, el fin oculto,

(1) El original, autógrafo único de Vicente Espinel que hasta hoy se sabe existe, lo posee en Madrid nuestro querido amigo y compatricio D. Juan Perez de Guzman. Debiólo á la generosa munificencia del excelente bibliófilo Don José Sancho Rayon.

Que no se manifiesta
Ni al sábio Rey, ni al labrador inculto.
La buena y mala suerte
Suelen trocar sus fines en la muerte;
Hasta llegar al puerto
Teme el piloto el fin por ser incierto.
Procuremos, doña Ana,
Que sea el nuestro para Dios, y en tanto
Abrigaos la mañana
Mientras trujere con escarcha el manto.
Pagadle á Dios su pecho
Abrigada en el dulce y casto lecho,
Que estas mañanas frias
Recibe allí las oraciones pias.
Que esta gota ó culebra
Que á piés y manos sin piedad se enrosca,
Vá royendo la hebra
De esta parte mortal, mísera y tosca.
Pasemos lo que resta
En vida alegre y amistad honesta,
Y el fin esté dispuesto:
Que por tarde que llegue vendrá presto.

Mas de dos siglos han trascurrido desde la muerte de Espinel: tiempo sobrado para que el mundo haya podido juzgar cumplidamente sus obras y dar á su nombre la gloria que aquellas le conquistaron.

Y, ahora bien: si fué tal la fama de este poeta, ¿cómo ha podido permanecer inédita esta bellísima poesia? ¿No admira que en tan larga fecha, ni un libro, ni un periódico haya llegado á publicarla?

¡Estraña circunstancia es esta; pero que parece providencial!

Sea porque la noticia de su existencia fuese desconocida de los literatos; sea por otra causa cualquiera por nosotros ignorada, ello es lo cierto que sorprende que despues de tan largo tiempo haya venido á ver la luz pública en la ciudad que vió nacer á su autor.

¡Propicia, en verdad, se ha mostrado con nosotros la fortuna!

¡Cómo habíamos de esperar tan alta honra! ¡Cómo suponer que á través de los tiempos se habia de conservar inédita esta composicion para darla á conocer en nuestra modesta revista!

Pero, ¿dónde con mas justicia? ¿Ni qué publicacion habia de tenerla en tan alta estima?.. .... Ni, ¿dónde recibirla con los trasportes de inmenso júbilo que han sentido sus humildes redactores al poder asociar sus nombres al de su ilustre conciudadano: el soldado, el sacerdote, el gran músico, el excelente poeta, el gran maestro VICENTE ESPINEL!

José Ruiz Toro.

Sr. D. Rafael Gutierrez Gimenez.

Madrid 10 de Febrero de 1875.

Con toda gratitud, querido Rafael, fueron por mí á su tiempo recibidos los preciosos tributos de tus generosos afectos: primeramente el volúmen impreso de los *Diálogos eruditos* del Doctor Rivera y Valenzuela, sobre la interesante historia de nuestra ciudad nativa; despues tu bellísima revista, *Ecos del Guadalevin*, de la que solo hasta mí han llegado algunos números. De los *Diálogos*, tanto por poseer de antiguo la edicion prixtina, cuanto por honrar, como merecía, tu bondadoso recuerdo, dispuse desde luego, trasladando el valioso donativo á la *Academia de la Historia*, que de ellos carecia y que los aceptó con espresiones de vivísimo aprecio; la revista, que gustaré completar, la guardo con reconocimiento para mí, como el mejor obsequio de tu delicada deferencia. Por una y otra oportuna publicacion te felicito, y en tí y con toda mi alma á los entusiastas jóvenes de ambos sexos que comparten contigo el justo láuro de tan plausible empresa. Venís á reanudar gallardamente el hilo, nunca interrumpido, de las buenas tradiciones literarias de nuestra querida ciudad serrana, y al penetrar vuestro distinguido objeto no puedo menos de asociarme á vuestra benemérita obra con el ardor de mi completa simpatía.

Atravesamos, querido Rafael, adversísimos tiempos, en los cuales, si aun tu inesperiencia juvenil no ha podido atentamente observar, tu precoz penetracion ya te habrá hecho suficientemente comprender, cuantos insinuantes vínculos de atraccion recíproca es necesario estrechar, para convertir en movimientos de consideracion mútua y de respetuoso aprecio tantos divorcios profundos como, despues de las odiosas y multiplicadas divisiones críticas que los intereses individuales confundidos con la política han creado y exaltado en lo que vá de siglo, prosperan con ignominia y en detrimento evidente, no solo de la sociedad enervada que los soporta, sino del bienestar comun actual y del porvenir incierto de la patria. Por estos deplorables medios se han entronizado en las várias esferas de la vida pública las pasiones deletéreas y los cálculos egoistas del interés privado, logrando, aunque momentáneamente, sobreponerse á los impulsos magnánimos del buen deseo. Pero, aunque apoderados los sentimientos esclusivistas que de aquí dimanan de los elementos vitales del desarroyo general, á nosotros, generaciones nuevas que venimos sobre rastrojos agostados á abrir nuevos surcos y á sembrar nuevas semillas de porvenir, con inexcusable obligacion nos toca embotar el filo destructor de sus perversas mañas con el teson altivo con que hemos de imponernos el cumplimiento del deber sagrado de regenerar las costumbres corrompidas, creadas por la ignorancia audaz y la malicia intemperante, á fuerza de obras provechosas y fecundas, de elevacion de activos pensamientos é independencia de dignas acciones. ¿Y qué medio mas abonado, ni de éxito mas eficaz, que aquel que tiende á realizar tales maravillas por el árduo sendero de un trabajo asíduo y por el culto bello de la inteligencia? Ese es el camino que has escogido con tus dignos colaboradores para responder bizarramente al clamor incesante de nuestra época, y en él te sigue mi fé que vive en la del triunfo de las ideas civilizadoras, mi amor que intima en noble fraternidad con todo el que trabaja y mi admiracion que rinde sus respetos á todo el que animoso desafía con pensamientos de bien las borrascas que en contra de las intenciones rectas levantan sutilmente la desconfianza de los ineptos, las

burlas de los ignorantes y los execrables ardides de los que solo prosperan á la sombra de las díscolas prevenciones que por todas partes difunden el rencor de la malicia y la mortal ponzoña de la mala fé.

No mortificarán tu ánimo, por ventura, en esta edad lozana en que te encuentras, los acerados dardos de tan acerbas pasiones. Disfrutas los bellos tiempos en que la alegría interior de la esperanza, que es el celeste don de la juventud gallarda, palpita en el fondo de nuestras brillantes idealidades, en la naturaleza primaveral que perpétua nos rodea y lisonjera nos sonrie y en el mundo ético exterior que nos estimula con la impresion espansiva de lo nuevo que no promueve todavía desveladores celos á la emulacion astuta ni al interés que no sosiega. En esta edad los hombres que, como tú y tus dignos colaboradores, ensayan el largo y lento aprendizaje del entendimiento ilustrado, preparan el espíritu con la exuberancia de la fé para las ardientes batallas que son la dura ley de la existencia. En esta edad y en tentativas tan ilustres el genio vivifica los dones del espíritu, la constancia funde el récio escudo que ha de parar los furiosos embates de las luchas del porvenir y el vuelo del pensamiento marca el rumbo seguro de las inclinaciones íntimas, á fin de que al trasformarse el efímero ensayo en creacion permanente y obra fecunda y útil se haga digno de la atencion contemporánea y de los aplausos del tiempo.

Sigue, pues, querido amigo; sigue la tarea emprendida sin que decaiga tu fé, ni desmaye por ningun género de prematuros desalientos el ardor de tu esperanza. Y si, para labrar tu temprana fatiga en la lucha en que te has empeñado, se concitan contra tus generosos propósitos algunos ánimos pervertidos de esos que suplen con una ironía vulgar la falta de sentido recto de las cosas, que cubren el tosco hábito de la ignorancia con brutales murmuraciones, que niegan el aplauso conquistado á los talentos que conocen, por serles familiares, y los prodigan hasta con exaltacion á cualquiera oscura medianía que les sea extraña, ó que protejen lo desconocido, por el mero hecho de serlo á trueque de no ver elevarse á los que trataron desde el albor de la infancia y miraron ascender paso á paso por la áspera senda de la reputacion adquirida á la fuerza de perseverantes trabajos, no desconfíes tampoco, ni te intimides y rindas con mísero valor. Los juicios interesados de los coetáneos fenecen con la accion del tiempo, y aun se excusan en vida, cuando á la energía de la fé se une la voluntad poderosa, para condenarse resignadamente á la constante ausencia del palenque desdichado donde los ingénuos afectos de la niñez se han trocado en iracundas emulaciones y en reprobadas é inmerecidas enemistades.

Ni persuadiré tu clara penetracion con sobrados ejemplos, ni fatigaré tu bondad dilatando hasta cansarte esta ya demasiado larga epístola. Pero permíteme que en aras del amor patrio te traiga á la memoria á este propósito la de un perínclito conciudadano nuestro, lumbrera de la cultura nacional en otros siglos. Recuerda á Vicente Espinel. Su inspiracion y sus nobles artes abriéronle en su juventud en Salamanca las aulas entonces tan acreditadas de sus mejores escuelas y la proteccion de los sábios y de los Grandes. La corte de Valladolid le recibió con aplauso. Un conde de Puñonrostro le trajo por camarada á Sevilla y un duque de Medina Sidonia llevóle por camarada á Italia. Los príncipes de las casas de Médicis, Gonzaga y Colonna le honraron con sus mercedes, y en Flandes con las suyas los capitanes insignes que dieron en la historia eterno nombre á nuestras armas. Tras lata y bulliciosa juventud, discurrida entre aventuras, plácemes y honores, volvió un dia al umbral amado de su patria, acogiéndose al servicio de los altares y buscando el reposo de una vejez descansada. Solo su patria entonces se mostró con él desconocida y cruenta. Su breve estancia en las Iglesias de Ronda fué una perpétua batalla contra la petulancia docta, contre la envidia grosera y contra la maldad refinada de sus émulos. Se le inventaron todo género de calumnias: se le limaron todo linaje de molestias; y cuando el virtuoso prelado Pacheco, su protector decidido, cambió la de Málaga por la silla de Córdoba, tornó Espinel á Madrid, corte ya de los Felipes, y tornó otra vez á la vida de los aplausos, á las coronas decretadas para él en las Academias del Almirante de Castilla y del Conde de Saldaña y á las lisonjas de Miguel de Cervantes que le llamaba su amigo y á las de Félix Lope de Vega Carpio, que le llamaba su maestro. Sus émulos quedaron olvidados con el desprecio de la posteridad y aunque causaron tantas amarguras á su ánimo, no fueron bastantes para privarle del augusto patrocinio de los reyes, de la devocion respetuosa de los sábios y de los laureles gloriosos del talento, ni de la fama esclava de sus méritos, por la que le conocemos y admiramos de una en otra generacion.

Sirva este hombre ilustre de ejemplo que conforte tu constancia: impúlseos á tí y á tus dignos coloboradores, denodadamente por la senda que recorreis, y bien que yo no pueda estimularos con análoga eficacia, recibid al menos la seguridad del cariño con que fraterniza con todo el que se lanza á las lides de la inteligencia y del trabajo, vuestro affmo.

Juan Perez de Guzman.

TÚS OJOS.

Cuando me miran tus divinos ojos
Pretendo adivinar,
Si á través de tus ojos me contempla
Tu alma virginal.
Si reflejo no son de tu ternura
No te amaré jamás,
Por que ni siente ni quererme puede
Quien mira por mirar.

Antonio Morales Durán.

LA FÉ

Como la aurora al despertar el dia
hiende las sombras de la noche oscura;
como la luna en las tinieblas guia,
como la estrella en el cenit fulgura,
la Fé es la luz que nuestras penas calma,
de la duda en las sombras turbulentas:
ella es el sol, iluminando el alma;
el iris, aplacando las tormentas.

Antonio Gimenez Verdejo.

BALADA.

(Imitacion del aleman.)

A la Srta. D.ª A. M. y V.

Si brama el huracán impetuoso,
agítase encrespado el hondo piélago
ó ruge el rayo en la celeste cumbre,
en tí yo pienso.
Cuando entre nubes de amaranto y rosa
sus cabellos oculta el astro régio
y de rojiza luz tiñe la altura,
en tí yo pienso.
Cuando Thétis la tierra con su manto
de negras sombras cubre, y el lucero
vespertino su clara luz fulgura,
en tí yo pienso.
Cuando vaga y suspira entre las flores
el áura y acaricia el rojo pétalo
de la rosa, meciendo su corola,
en tí yo pienso.
Cuando murmura manso en la pradera
serpenteando el límpido arroyuelo
ó ruge despeñandose en la sima
en tí yo pienso.
Cuando la nota melodiosa escucho,
dulcemente vibrada por el viento,
que arroba el alma en delicioso encanto,
en tí yo pienso.
Si del cañon, horrísono el zumbido
se mezcla con los ayes y lamentos
que anuncian de la guerra el esterminio,
en tí yo pienso.
Cuando en el bosque, el ruiseñor canoro
sus endechas y trinos lanza al viento
ó gime prisionero en triste cárcel,
en tí yo pienso.
Si la luna su manto plateado
sobre la tierra tiende, y el silencio
de la noche convida á la poesía,
en tí yo pienso.
Si busco entre el bullicio, lenitivo
á mis penas y tregua á mi tormento,
ó en soledad oculta el dulce bálsamo,
en tí yo pienso.

Angel Garcia M. Reguera.

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

CA—TÓ—LI—CO.

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR

D. JOSÉ DELGADO CARABOT.

				zo	pri				
				des	dac				
			del	me	Mar	de			
		sen	ros	re	los	ci	de		
	me	can	ma	pre	ro	Gua	E	on	
sus	ño		te	bli	La	de	es	da	cos
	a	nú	en	ta	vin	ho	del	de	
	de	pu	el	que	tá	le			
	ño. 55	na	to	ra	au	en			
				se	por				
				bue	men				

Principia en la casilla número 1 y concluye en la señalada con el 55.

La solucion en el número 27.

Charada.

Hace el buey en la pradera
Mi *primera.*
Nota musical que abunda
La *segunda.*
Esclamacion podrás ver
En mi *tres.*
Y en la noche silenciosa,
Ya en tu lecho recogida,
Escuchado habrás, mi vida,
Una, dos, tres, amorosa.

J. D. C.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Lúnes 8 de Marzo de 1875. Núm. 26.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO.—La mujer como madre, como esposa y como hermana, por D. Rafael Morales del Valle.—A la Esperanza (soneto), por D. José Delgado Carabot. Poesia, por D. José Ruiz Toro.—Cantares, por D. Emilio de Luque.—A Maria Santísima de las Angustias (oda), por D. Manuel Bueso.—Un alma en pena: leyenda malagueña, por D. Antonio Luis Carrion.—La Pereza (soneto), por D. Antonio Rojo y Sojo.—Tú y Yó (balada), por D. José Palacios y Gonzalez.—A Aurora, (poesia), por D. Francisco Gimenez Campaña.—Charada, por don J. D. C.

LA MUJER COMO MADRE, COMO ESPOSA Y COMO HERMANA.

Al tomar la pluma para escribir este articulito, lo hacemos impulsados por el deseo de unir nuestra humilde voz, á la de tantos, como en infinitas ocasiones, han rendido tributo de gratitud y admiracion hácia la que, con innegable justicia, ha sido llamada el cielo de esta vida. Así, pues, no espere el que estos renglones lea, que en ellos encontrará todo lo que el epígrafe vale.

Asunto es este para mejores plumas; y tantas de él se han ocupado en todas las formas, y bajo todas las fases á que se presta este tema, que poco pudiéramos decir que ya no estuviera dicho. Por esto hacemos la advertencia anterior; y porque no somos bastantes para formar autorizado juicio crítico de la mujer.

Quédese, pues, para los filósofos las disertaciones acerca de su construccion y naturaleza; para los psicólogos la tasa de sus facultades intelectuales; ocúpense los filósofos en escudriñar su carácter é inclinaciones; dejemos para el historiador el relato de los diversos estados porque ha pasado desde la creacion del mundo: no es nuestro ánimo contristar el de los demás, con la perspectiva de cuadros tan infamantes, como para deshonra del actual progreso, se exhiben aun, en el mal llamado reino celeste; tampoco retrocederemos en la série de los siglos, para contemplar otros análogos. La venta de la mujer; la negacion de los derechos de la misma, dá pobre idea de la sociedad que lo consiente; y las civilizadoras doctrinas de nuestra sacrosanta religion, anatematizan una y otra cosa, abriendo de este modo el campo del derecho y de la consideracion social, á quien por tantos títulos lo merece.

Nos circunscribiremos solo á los afectos que encontramos en ella, segun que sea nuestra madre, nuestra esposa, ó nuestra hermana.

Bajo cualquiera de estos tres aspectos que consideremos á la mujer, se hace acreedora á una defensa acalorada de parte del hombre. Ella nos trae al mundo, y en ella, y de ella nos formamos. En sus entrañas habemos la vida, y nuestras entrañas en sus entrañas se forman. ¡Cuántas pierden la vida al darla!

Una vez en el mundo, pobres, débiles, incapaces de atender aun á lo mas preciso, ella nos alimenta de su propio cuerpo, nos abriga con su propio calor, provee todas nuestras necesidades, sufre con gusto todas nuestras impertinencias; ella nos educa; inculca en nuestra alma el amor á lo bello, á lo santo, á lo moral; sigue afanosa todos nuestros pasos, y con solícita ternura, nos aparta del mal, mostrándonos sus horrores. Para ella nada existe que pueda hacer desaparecer su cariño: ni la ingratitud, ni el despego, ni aun el crímen mismo! aminora su ternura.

Ved ese hombre que ostenta en su frente la modesta corona de la honradez. Si su madre advierte que lo mirais, os dirá con orgullo, y como las madres saben decirlo:—Es mi hijo! Mirad ese otro que, impreso en su sien el estigma bochornoso del criminal, ora esconde avergonzado su rostro, ó ya con desfachatez fija su mirada en la concurrencia. ¡Oh! No espereis que su madre lo niegue. Tambien os dirá con voz que de su alma parte:—Es mi hijo! Que su amor es tan grande, que al verlo desgraciado se acrecienta.

Ella débil por naturaleza, ha dado los ejemplos de valor mas grande: ved á aquella mujer que, viendo á su hijo próximo á ser devorado por la mas ter-

rible de las fieras, por un leon, no titubea, y se lanza valiente, brava mas que el animal mismo, á disputar á su contrario la presa. ¡Arrojo inaudito! Mas que os estraña! Es su madre!!!

Pero ¿á qué cansarnos?; la vida entera está llena de estos ejemplos. ¡Quién puede describir la mas mínima parte del cariño que contiene, siquiera sea el mas insignificante pliegue del corazon de una madre!..... Imposible. ¡Oh! Pues para ser madre, necesario es ser mujer.

Crecemos; y al sentir en nosotros esa necesidad que nos impulsa á buscar compañera; á los primeros ensueños de amor que perturban nuestro ser, una vez puesto el pié en el primer escalon de la adolescencia, velada entre nubes de topacio y oro, nos sonrie seductora ilusion; acaricia la mente, é impresiona nuestra alma con su hálito misterioso, produciéndonos una sensacion inesplicable, que nos hace vislumbrar otra vida, llena de nuevos sentimientos, y de placeres nuevos.

Agítase el corazon afanoso; algo quiere que le hace falta, que le escita á obrar sin saber lo que desea; tan solo en sus *dorados sueños* encuentra relacion con su estado; y sin saber á donde, se lanza en busca de ese *algo* que de tal manera se impone; hasta que unos ojos negros, ó azules, se encargan de decirle, mirándole de cierta indescriptible manera: —yo soy ese algo que buscas.

Por muy escéptico que sea el hombre en materias de amor, no se libra de esto; siendo el vacio que la falta de fé en la mujer ocasiona en su alma, el agente mayor que le predispone á verlo todo en el reducido, estrecho círculo del egoismo.

Y hé aquí, que una mujer nos dió el ser, y otra viene á llenar el vacío, que distinto período de nuestra vida nos hace sentir.

Entonces, dilátase el corazon, y el alma se hace de mas delicados sentimientos; surgen en su fondo ideas hasta entonces desconocidas; y ante el amor de la mujer, pese al egoista siglo en que vivimos, el hombre se transforma; y á veces el que más hostil se la muestra, dobla mas pronto su yugo al matrimonio.

Mirada bajo este punto, la mujer principia su mision, que en nada estorba á la comenzada por otra mujer: por nuestra madre. Ella dulcifica nuestras penas, nos alienta en nuestras empresas, nos hace amigos del trabajo, comparte con nosotros su vida, y con sus caricias atempera los rigores de la fortuna; de ella, en fin, esperamos que haga con nuestros hijos, lo que con nosotros hiciera nuestra madre.

Y si buscais consejos, acudid á ella; no os detenga temor ninguno; que lo esquisito y delicado de sus sentimientos, suple á los raciocinios de las mas perfectas inteligencias.

Si de ella nos ocupamos en pos de sus sentimientos fraternales, apelo á todo el que estos renglones lea, para que diga, si es que tiene hermanas, si vé en ellas mermado afecto tan querido.

El sentimiento de hermano, hijo del de madre, es como el de esta, exento de egoismo; afecto santo y desprendido, que hace tomar sobre sí las ofensas inferidas al hermano, como propias' y agradecer las alabanzas como si á uno fueran hechas. Sin que al obrar así, nos demos otra razon, que la gran razon de ser hermanos.

Como hermana, mas comunicativa, mas previsora que el hombre, mucho mas predispuesta á demostrar su cariño por su estremada sensibilidad, no hay quien le dispute la preferencia, y todos así lo consignamos con gusto; como pago exíguo á las muchas pruebas que de su acendrado amor fraternal tenemos recibidas.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Este pequeño bosquejo de la mujer como madre, como esposa y como hermana, tal vez haga sonreir á algun que otro *hombre de mundo*, de esos que hacen las delicias de otros tan necios como ellos, con el relato de multitud de episodios amorosos; en los cuales siempre él ha sido el Tenorio, y en donde abundan favores tan mentidos, como vano y presuntuoso es el que los cuenta.

Tal vez injusto, señale con el dedo una escepcion; ó acaso lo dirija á esas pobres flores marchitas; desgraciadas criaturas, quizás no tan pobres ni desdichadas, si no hubieran encontrado en su camino hombres que de él las desviaran.

La escepcion no prueba nada. Y aun considerada la mujer solo delincuente, no es ciertamente el hombre quien puede arrojarle la primera piedra.

¿Pues qué, todos los hombres, son buenos padres, buenos esposos, y buenos hermanos? ¿No se encuentran entre ellos el ladron, el asesino, y toda clase de malvados? ¿Y vamos por esto á decir que el hombre es malo?—Nó.

La mujer merece del hombre la mas cumplida defensa. Es el verdadero desheredado en el mundo. En pago de sus favores, se la calumnia; se duda de sus sentimientos, cuando no se la maltrata, ó se la posterga.

En cambio de esto, ella teje para el hombre una guirnalda de flores; la comienza como madre, coopera como hermana, y la concluye como esposa.

¡Desprecio sobre los que solo ven en ella la satisfaccion de brutales apetitos!

Ella hace con sus caricias de madre, de esposa

y de hermana, el bálsamo consolador de nuestros pesares.

¡Salve, oásis bienhechor, en el árido desierto de la vida!

¡Bendita seas; porque siendo mujer puedes ser hermana!

¡¡Bendita seas; porque siendo mujer puedes ser esposa!!

¡¡¡Bendita seas; porque siendo mujer puedes ser madre!!!.....

RAFAEL MORALES DEL VALLE.

A LA ESPERANZA.

Fragante flor que con perfume santo
Llenas el alma de inmortal consuelo,
Voz misteriosa que con gran anhelo
Nos consuela y enjuga nuestro llanto,
Grata armonía, misterioso canto,
Eco de ángel que bajó del cielo,
Ave potente que con raudo vuelo
Conduce á mundos de placer y encanto:
¿Habrá alguno tan ciego ó desgraciado
Tan lleno de desden ó rabia fiera
Que niegue las grandezas que te ha dado
El que sin ÉL haber la nada hubiera,
O alguno que no mire entusiasmado
Que sin tú ser, el mundo no existiera?

JOSÉ DELGADO CARABOT.

. . . . . .

La otra noche soñaba, vida mia,
Encantadora Blanca,
Que entre mis manos tu flexible talle,
Venturoso estrechaba.

Veíate en mis sueños cual purísima,
Cual misteriosa hada,
Envuelta entre los pliegues vaporosos
De trasparente gasa.

Estampar en tu frente un puro beso
De amor, quiso mi alma;
Mas desperté por mi desdicha entónces,
Besando la almohada.

José RUIZ TORO.

CANTARES.

En el jardin del amor
las flores se han marchitado,
pues el sol del interés
las abrasó con sus rayos.

A una joven hermosa
pedíla en verso,
que de sus lindos lábios
me diera un beso.
¡Nunca lo hiciera!
pues me arrojó su padre
por la escalera.

EMILIO DE LUQUE.

A MARIA SANTÍSIMA DE LAS ANGUSTIAS.

Oda. (1)

Alzábase la Luna de la cumbre
Del Olivete, al declinar el dia;
Su faz amarillenta
Densa bruma cubría;
Cual si rodado hubiera en el desierto,
O si apagado su argentada lumbre
En las ondas impuras del mar Muerto.

Fatal reposo por doquier reinaba:
Ni murmullo de vientos:
Ni en las gargantas del Cedron profundo
La bulliciosa espuma resonaba:
Callados á la par los elementos,
En lánguido estupor yacía el mundo.

Vago rumor, en tanto, de alegría
La Ciudad de David, enchida exhala,
Como el enjambre, que en el prado zumba;
Confusa gritería,
Que del Móriа cercano se resbala,
Y en los recuestos de Sion retumba

Reflejaba siniestro en Occidente
Encendido vapor, como en estío:

(1) Como tributo de respeto á la memoria de su autor, y correspondiendo al deseo general, publicamos hoy esta oda.

En sus purpúreas luces,
La mole se dibuja pavorosa
Del Gólgota sombrío;
Y en la cima escabrosa
Su ominoso perfil alzan tres cruces.

¡Qué espectáculo hiere los sentidos
Del que osó conducir allá su planta!
Lastimeros gemidos,
Rostros marchitos que el dolor quebranta,
Del madero pendiente
Un cárdeno cadáver macerado,
Que descuelga de allí piadosa gente.

Al pié de aquella cruz... ¡Oh! ¡Quién pudiera
Describir el horror de aquel momento!!!
Al pié de aquella cruz, sentada espera
El cadáver cruento,
Una mujer de celestial esfera
Que quiere revivirlo con su aliento.

Estrecha contra el seno palpitante
Aquel triste despojo de la muerte;
Sus ojos apagados,
Enjutos ya, porque agotara el lloro,
Contemplan el semblante
Y los miembros llagados,
Por bárbaros verdugos desgarrados.

¿Por qué tanta crueldad? ¿Y á esa Señora
De porte noble y rostro soberano,
Su madre de seguro,
No hay poderosa mano,
Que la arrebate por piedad ahora
Al largo trance duro,
Y á su angustia mortal, desgarradora?

¿Quién es esa mujer? ¿Quién ese hombre
Condenado al patíbulo maldito?
¿Y esa leyenda que en la cruz campea?
¿Cuál es, cuál es su nombre,
Y el crímen inaudito
Por que del mundo detestado sea?

Era el hijo de Dios: era su Verbo
Que por salvar al hombre del pecado
De la muerte agotó el cáliz acerbo.
¡Hostia inmolada á la justicia eterna!!
La expiacion prometida
Por el Criador al hombre infortunado,
Muerto el Justo en la cruz, quedó cumplida.

Era la Madre: cierto; era Maria
La que á Jesus tomaba en su regazo.
¿Ni quién otra podria
Arrostrar el dolor de tal escena,
Cuando al romper la muerte el tierno lazo
Tan tremendo deber, heróica llena?

¡Oh madre de Jesus! ¡Oh Virgen pura,
Que á la vida naciste, Inmaculada;
Tú, que humana criatura,
A la obra inmortal fuiste llamada,
Para en tu seno virginal, fecundo,
Dar sangre humana al Salvador del mundo;

Redentora tambien, á tí te aclama,
Madre y Señora, el hombre redimido;
En su ayuda te llama,
Y tu nombre por siempre es bendecido.
¡Ah, qué excelsa ventura! ¡A cuánta alteza,
Oh, nieta de David, has ascendido!
Cantan Cielos y tierra tu grandeza.

Los Cielos, sí; donde triunfante habitas
Sobre grupo de estrellas refulgente,
Cabe el trono de Dios.
De allí contemplas
El tierno afan de la española gente,
Que te debe mercedes infinitas.

Dale virtud, Señora, y bienandanza:
Corona sus empresas de victoria:
Inspírale en tu amor, firme esperanza:
Y acepta el homenaje,
Que tributa á tu gloria,
Y á tu inmortal, dulcísima memoria.

MANUEL BUESO.

UN ALMA EN PENA.

LEYENDA MALAGUEÑA

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

El dia 25 de Noviembre del año 1869, tuve el sentimiento de perder, despues de una penosa y prolongada enfermedad, á mi desventurado amigo Ricardo.

Cumpliendo el sagrado deber que me imponia el cariñoso afecto que le profesaba, acompañé aquella tarde su pobre y solitario entierro, el cual se componia únicamente de seis ancianos sacerdotes y algunos niños de la Provideneia, llevando por todo sé-

quito al honrado dueño de la casa de huéspedes donde habitó, pues el pobre jóven habia muerto lejos de su pais y sin tener en sus últimas horas los cuidados de su cariñosa familia.

El huesped de mi amigo y yó, marchábamos silenciosos y profundamente impresionados por el melancólico rezo que entonaban los desvalidos niños.

Casi de noche era cuando llegamos al campo santo, y atravesando dos de sus espaciosos cuadros, nos dirigimos al tercero, donde estaba el nicho destinado al pobre Ricardo.

Cuando se halló dentro el ataud y empezaron á colocar los primeros ladrillos, mi compañero se retiró diciéndome que no podia detenerse más: tan conmovido me encontraba en aquellos instantes, que ni siquiera recuerdo si contesté á su despedida.

Reclinado contra uno de los verdinegros cipreces que forman las sombrías calles del Cementerio de Málaga, estuve presenciando la fria operacion de aquellos hombres, que viven con los despojos de la muerte.

Luego que terminaron su lúgubre tarea, recogieron algunas monedas que maquinalmente les ofrecí, marchándose con indifrencia y turbando con sus groseras chanzonetas la imponente tranquilidad de aquellos lugares.

Yó corté silencioso un ramo del ciprés donde me apoyaba, y colocándole respetuosamente sobre la tumba de aquel desgraciado jóven, me dirigí á la puerta del Cementerio, enjugando las amistosas lágrimas que su triste memoria arrancaba á mi corazon.

Era ya completamente de noche; una de esas frias y medrosas del nebuloso Noviembre.

De repente, un angustioso suspiro exhalado por una persona, que indudablemente debia estar muy cerca, vino á sorprenderme, haciéndome interrumpir la marcha.

Preocupado con el recuerdo de Ricardo y con la soledad, que me rodeaba, permanecí unos momentos inmóvil, escuchando con miedo, pero nada vino á turbar el frio silencio que reinaba.

Avergonzado de mi debilidad, seguí adelante, mas á los pocos pasos volví á detenerme, pues distintamente llegó hasta mí otro suspiro, aun mas desgarrador que el primero, y el éco de una voz que murmuraba:

—¡Pobres mártires!..... Perdóname, hija mia, perdóname!.....

Luego, la persona que pronunció estas palabras, rompió á llorar desconsoladamente.

Tan estraño efecto me causó aquella voz; tanto me impresionaron aquellos gemidos, que estuve vacilando entre correr á buscar la puerta de salida ó dirigirme al sitio de donde venian aquellos lamentos perdidos en el medroso silencio de la noche.

La reflexion y mi deseo de ser útil á algun desgraciado, me infundieron ánimo, y volví atrás con resolucion, internándome por uno de los huecos que desde el cuadro donde me encontraba, conduce al departamento de las zanjas, que la gente del pueblo designa con el nombre de *Campo santo de los pobres*.

Allí no se alcanzaban á cada paso esos suntuosos y elevados mausoleos con que de poco tiempo á esta parte han adornado el cementerio, y la generalidad de las tumbas solo se conocian por una leve prominencia del terreno.

Algunas de ellas tenian á la cabecera una humilde tablilla con su inscripcion, sirviendo de pedestal á una tosca cruz de madera pintada en negro.

No sé por qué; pero al encontrarme en el nuevo recinto, respiré con mas libertad y me sentí mas reanimado. En el otro, todo me inspiraba espanto: aquellos panteones, aquellos severos túmulos me parecian, en el estado de exaltacion en que me encontraba, otros tantos fantasmas que reclinados pretendian cerrarme el paso; y al retroceder medrosa ó respetuosamente chocaba contra aquellos nichos uniformes, descarnadas bocas cuyo fétido aliento es la mas poderosa prueba de la miseria humana. Recuerdo, que la puntiaguda aguja de uno de sus blancos monumentos, me pareció en aquellos instantes de ofuscacion el rígido brazo de un esqueleto, que apartando los pliegues del sudario, me señalaba el cielo.

. . . . . .

¡*El Campo santo de los pobres*!..... Al ver aquellas angostas y profundas zanjas, aquellas sencillas y cariñosas inscripciones, aquellas cruces, aquella religiosa humildad, sentí conmovida mi alma y acabé de recobrar la serenidad que por un momento habia perdido.

La luna, que en aquel instante aparecia, inundó con su pálida luz el ancho patio del Cementerio. Tendí la vista, y volví á estremecerme, al ver arrodillada con las manos estendidas sobre dos tumbas, una pobre mujer vestida de negro.

Me acerqué silencioso, temiendo turbar su imponente recogimiento. La pobre vieja balbuceaba una oracion, interrumpida á cada instante por supiros y sollozos que revelaban lo intenso de su dolor.

Una disculpable curiosidad me hizo inclinar la vista para leer los nombres grabados al pié de las cruces que tenian por único adorno aquellos sepulcros tan juntos y tan parecidos.

ENRIQUE.

9 DE OCTUBRE DE 1868.

decia uno; y en el otro:

LUISA,

10 de Octubre de 1868.

Aquellos nombres, aquellas fechas tan próximas, y el aspecto de la viejecita que rezaba con tan piadoso fervor, me conmovieron profundamente, y creí adivinar el desenlace ó la continuacion de una historia de amores y de lágrimas. Me descubrí en silencio, y arrodillándome al lado de la anciana, le dije respetuosamente:

—Señora, ¿me permite V. que rece tambien por sus hijos?

—Gracias, caballero,—contestó la pobre mujer, sin sorprenderse, como yó esperaba, por mi repentina aparicion.

Y continuó sus oraciones, envueltas con sus gemidos y su llanto.

Allí permanecimos cerca de una hora.

Yo no me atrevia á moverme, temiendo distraer la atencion de la infeliz anciana.

Al cabo, ella misma rompió el silencio preguntándome:

—¿Conocia V. á mi pobre Luisa?

—No.

—¡Y al desgraciado Enrique?

—Tampoco.

—Entonces.....

—Perdone V. señora,—dije disculpándome,—al retirarme del cementerio, escuché sus gemidos y entré con la idea.....

—De auxiliarme..... ¿no es cierto, caballero?

—Si señora.

—Pues hizo V. mal. Yo soy una mujer miserable, indigna de inspirar compasion.

—Señora.....

—¿V. no sabe que yó los asesiné? ¿V. no sabe.....,

Y aquella desdichada no pudiendo proseguir, rompió á llorar, inclinando su rugosa frente sobre la tierra que guardaba los restos de su hija.

Yo creí que aquella mujer estaba loca, y tuve intenciones de abandonar aquel sitio; pero ella, levantándose bruscamente, agarró mi brazo, y me dijo bajando mucho la voz:

—Venga V., venga V., caballero. Una vez que quiere consolarme, es necesario que antes sepa hasta qué punto soy criminal, y si merezco sus consuelos. Sentémonos al pié de esas tumbas y lo sabrá V. todo; pero escuche con mucha atencion porque hablaré muy bajo, temiendo que me oiga mi hija desde su sepulcro y se levante para maldecirme.

Obedecí maquinalmente, y la anciana despues de besar la tierra que cubria los restos de sus hijos, empezó el siguiente relato, que se quedó fijo en mi memoria, y que he procurado escribir imitando el lenguaje natural y desaliñado de aquella pobre mujer.

I.

Yo tenia dos hijas: Antonia y Luisa.

La mayor, Antonia, estaba en relaciones con Enrique, jóven artesano, sin mas familia que su madre, anciana y enferma, á la que adoraba con todo su corazon y sostenia con el fruto de su penoso trabajo.

Enrique frecuentaba mi casa, y yó autoricé aquellos amores, porque tenia la seguridad de que al cabo se casaría con mi hija.

Una noche, le vimos llegar pálido, llorando con el mayor desconsuelo: su madre habia sufrido un ataque de la horrorosa enfermedad, que padecia, y acababa de morir casi de repente.

Desde entonces, el pobre muchacho, viéndose solo en el mundo, cifró toda su ventura, todas sus esperanzas en el amor de Antonia; y con ese honrado afan de los pobres que anhelan el mejoramiento de su condicion por la laboriosidad y el ahorro, se dedicó á trabajar constantemente con la idea de reunir lo mas preciso para su proyectado matrimonio. Y con el objeto de que ahorráse mas, yó le ofrecí en mi casa un cuartito para que viviera entre tanto, y por una pequeña cantidad contraje la obligacion de enviarle la comida al taller donde trabajaba.

II.

Los caractéres de mis hijas no podian ser mas diferentes.

Antonia, mudable en sus afectos, dominante, caprichosa. Luisa, por el contrario, humilde, sensata, y tolerante.

Muchas veces, y hablando del pobre novio, riñeron las dos hermanas. Cuando Antonia acriminaba á Enrique por su tardanza en reunir lo necesario para la boda, siempre Luisa lo defendia con calor, mencionando sus sacrificios y sus afanes por conseguirlo.

Yo, por el pícaro egoismo, me inclinaba á la peor de las causas; y llegó un dia en que le dije bruscamente al enamorado jóven que era preciso concluir de una vez, y que si el casamiento no se verificaba en el término de tres meses, daria por terminadas las relaciones. Antonia confirmó mi amenaza, y tuvo una esplicacion con su novio, diciéndole friamente, que estaba perdiendo el tiempo y que no aguardaba mas.

Luisa, riñó por esto con su hermana y conmigo, y aun estuvo dos ó tres dias sin hablarnos.

Y Enrique ofreció trabajar sin descanso, y tener reunido lo mas necesario antes de que espirase el plazo que le dábamos.

III.

Aun no habia trascurrido dos meses y ya el apasionado amante contaba algunos ahorros, que para él constituian una pequeña fortuna, con la cual le seria posible adquirir su soñada felicidad.

No habia perdido el tiempo: las horas destinadas para comer y descansar un poco, no las desperdiciaba, trabajando con avaricia por obtener al fin de la semana un mezquino aumento en su jornal. Y la mayor parte de las noches se las pasaba en vela, prefiriendo el trabajo á su reposo, á su salud, á su existencia.

Porque Enrique habia heredado la misma enfermedad de su madre, y á fuerza de privaciones, de afanes y de malos ratos, iba perdiendo por instantes su quebrantada salud.

Pero, ¿qué hacer? muy pocos dias faltaban para que se cumpliese el término señalado, y era preciso trabajar. Un esfuerzo y reuniría lo poco que aun necesitaba: un esfuerzo y conquistaría la ventura de toda su vida.

Pero la enfermedad iba tomando colosales proporciones: tenía fiebre, y muchas noches caia sobre el banco donde trabajaba, estenuado de fatiga y de desesperacion.

El pobre niño luchaba con la terrible dolencia; pero no podria sostenerse mucho. Una tos seca y continua deshacia sus pulmones, y en mas de una ocasion tuvo que soltar el pesado martillo para llevarse á la boca un pañuelo, que luego retiraba cerrando los ojos, por no ver las manchas sanguinolentas que marcaban sus labios en el lienzo.

(Concluirá.)

LA PEREZA.

Contigo he de luchar y he de vencerte;
ánimo tengo y corazon entero,
por eso el triunfo y la victoria espero;
mi voluntad decide de tu suerte.
Hoy empiezo contigo un duelo á muerte,
un duelo á muerte, sí, sangriento, fiero;
y morirás, pereza, yo lo quiero
que si eres pertinaz, mi pecho es fuerte.
Desde hoy cuanto comienze, lo concluyo;
trabajando se llega á la riqueza,
trabajaré aunque tenga mala gana,
ni el trabajo me asusta, ni de él huyo.....
Pero señor, qué sueño..... qué pereza;.....
me voy ahora á dormir y hasta mañana.

Antonio Rojo y Sojo.

BALADA.

TÚ Y YÓ.

Tú eres el ángel dulce
De los amores,
Cuya risa produce
Todas las flores;
Y yo soy, nena,
Un triste enamorado
Que canta pena.

Tú eres galan capullo
De grato aroma,
Pura como el arrullo
De la paloma;
El alma mía
De amor siente embriagarse
En tu ambrosía.

Tú eres gota brillante
De almo rocío,
Que refrescas amante
El pecho mío;
Yo soy el tallo
A quien tú proporcionas
Eterno Mayo.

Eres líquida plata,
Manso arroyuelo,
Que da vida á la mata
Regando el suelo;
Yo flor marchita
Soy, que con sus cristales
Me resucita.

Tú eres la estrella amada
Que llama al dia,
La aurora nacarada
Que luz envía;
Yo noche triste
Soy, que con tu aüsencia
De luto viste.

Tú eres dulce abejilla
Que liba mieles,
Felíz mariposilla
De los vergeles;
Yo el pajarillo
Que sus endechas canta
Sobre el tomillo.

Tú eres aura de olores,
Ó dulce brisa,
Que columpia las flores,
Y el agua riza;
Yo soy bien mío,
El calor abrasante
Del seco estío.

Tú eres la fuente pura
Que riega el huerto,
Oásis de verdura
En el desierto;
Yo el peregrino
Que en tí bebe y descansa
De su camino.

Tú eres fúlgida estrella
Que al nauta incierto
Muestras cándida y bella

Seguro puerto;
Yo soy la nave
Que por la mar perdida,
Do va no sabe.

Tú eres el íris bello
De la esperanza,
Si de amor un destello
Vívido lanza;
Yo el desgraciado
Que está con tus desdenes
Desesperado.

Eres por tanto hechizo
Bella africana,
Hurí del paraiso,
Linda sultana;
Yo soy cautivo
Que preso en tus cadenas
Esclavo vivo.

Tú eres la hermosa hada
De ojos azules,
Tan solo ataviada
Con gasa y tules;
Yo soy el mago
Que sueña en tus sonrisas
Con blando halago.

Tú eres musa que inspira
Fuego al poeta,
Y á quien mi humilde lira
Está sujeta;
Pues soy el bardo
Que abrasado en tus ojos
De amores ardo.

José Palacios y Gonzalez.

A AURORA.

Niña de bellos ojos
Y fresco labio,
Tu palabra es suspiro
De arroyo manso;
De tus megillas
Las rosas de tu huerto
Tienen envidia.

Aurora deliciosa
De mis amores,
De tus gracias y hechizos
Llevas el nombre,
Eres el hada
Serena y apacible
De la mañana.

Cuando risueña sales
A tus balcones,
Nace la aurora y cantan
Los ruiseñores;
La flor se abre
Y se inunda de gente
Toda la calle.

Cuando alegras el rostro
Y es noche fúlgida,
Como sonrie el Alba
Se va la luna.
Los astros bellos
Se esconden, porque brillen
Tus dos luceros.

Niña, el alma á mis ojos
Se asoma á verte,
Y al corazon le dice
Lo hermosa que eres:
Y él se me escapa,
Si yo no le sujeto,
Por ver tu cara.

Si en tus flores ves gotas
De almo rocío
Son suspiros del alma
Que yo te envío,
Al Alba esperan
Para al morir contarle
Todas mis penas.

Francisco Gimenez Campaña.

Charada.

Tercia y *segunda*
La mujer quiero.
Vocal que abunda
En *cuarta* veo.
Tercera y *cuarta*
Corre abundante
Por la pradera
Fertilizante.
Segunda y *prima*
Yo la deseo
Cuando me aflija
Fiero Morfeo.
El todo es nombre,
No hay que dudar,
Y aunque te asombre
Poco vulgar.

J. D. C.

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

MÚ—SI—CA.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Lúnes 15 de Marzo de 1875. Núm. 27.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO—Consideraciones sobre la unidad religiosa decretada en España en tiempo de Recaredo, por D. Angel Garcia M. Reguera.—La Caridad (poesia), por la Sta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez—Soneto, por D. Guillermo Gonzalez.—Un alma en pena: leyenda malagueña, por D. Antonio Luis Carrion.—Dulce esperanza (soneto), por D. Antonio Rojo y Sojo.—Apuntes: en el album de mi buen amigo D. José Gimenez-Pajarero, por D. Antonio Luis Carrion.—Salto del caballo, presentado por D. José Delgado Carabot.—Charada, por don J. R. C.—Soluciones.

CONSIDERACIONES SOBRE LA UNIDAD RELIGIOSA,

DECRETADA EN ESPAÑA EN TIEMPO DE RECAREDO.

I.

Entre los grandes hechos que registra en sus anales el libro de la historia, merecen especial mencion por su gran trascendencia la destruccion del imperio romano y la irrupcion de las septentrionales tribus.

El pueblo latino que habia sojuzgado todas las naciones del mundo conocido; que ató á su carro triunfal mil reyes para celebrar las glorias de sus héroes, cayó en una postracion vergonzosa, y en un delirio de vicios é impurezas; cumplida su mision en la tierra, unidos los pueblos para recibir la doctrina del Crucificado, sonó la hora de su muerte en el relój de los tiempos, á cuyo lúgubre sonido, cual feroces chacales, cien pueblos numerosos y valientes, escupidos por el centro del Asia y sedientos de sangre y de exterminio, se lanzan sobre la indefensa Roma, que no encuentra obstáculo que oponer á su veloz carrera, y la ciudad de los Fabricios y Catones, de los Scipiones y Césares, es víctima del furor del bárbaro, que venia á rasgar el mapa del mundo, y á crear sobre sus pedazos, nuevos estados llenos de vida é independencia.

La irrupcion llega á nuestra patria: Suevos, Vándalos y Alanos se asientan respectivamente en el Norte, Mediodia y parte Occidental de la Península; en tanto que Ataulfo casa con Galla Placidia, atraviesa el Pirineo al frente de sus aguerridos soldados, y echa en Barcelona los cimientos del gran edificio que, tres siglos despues, derrumbó en el Guadalete la corva cimitarra del agareno.

Asentados en nuestra patria los visigodos, olvidáronse de tender los brazos al elemento hispano-latino, y formaron una aristocracia que gozaba de grandes privilegios é imponia duras condiciones al vencido. Pero esta separacion no era solo hija del odio de razas, sino que obedecia á otras causas primordiales que son las que pasamos á exponer y á examinar.

1.° Figura en primer lugar la diferencia de religion. Al penetrar el hijo del Norte en nuestro suelo, encuentra á España convertida en una nacion eminentemente católica, y conservando en sagrado depósito las puras creencias del Salvador del mundo que en ella habian predicado los apóstoles San Pablo y Santiago el mayor. El fervor religioso de los españoles se demostró en la época de las persecuciones; la sangre de los mártires corrió á torrentes en Tarragona, Zaragoza, Sevilla, Córdoba y otras poblaciones, llegando á asombrar á los verdugos la heróica constancia y el sublime desprecio á la muerte de las víctimas.

La sangrienta época cesa; pero las heregias se desarrollan y amargan la paz que Constantino dió á la Iglesia católica: levántase entre aquellas la de Arrio que, para aumentar sus estragos, penetró en el corazon del godo, á la sazon aliado de los emperadores Valente y Valentiniano. El obispo de aquella secta, Ulfilas, verificó la conversion, y el bárbaro acogió la nueva doctrina con la fé de aquel, que, buscando la verdad, cree que ha llegado á encontrarla. Destruido el imperio romano, los godos se dividieron, y la rama de Occidente importó á España el arrianismo, viniendo á crear así en ella el dualismo religioso.

No obstante, la Iglesia fué tolerada por los monarcas visigodos, aunque algunos reyes aparecen me-

nos deferentes con el catolicismo. Las primeras tribus que hollaron el suelo español cometieron toda clase de excesos; pero el godo, mas civilizado, «templó en sus conquistas, dice Masdeu, el furor de la victoria con el mayor respeto á los templos y á las personas sagradas,» hecho que atestiguan S. Isidoro, Jornandes y otros escritores de la época. La historia de los reyes nos ofrece curiosos detalles sobre esto: Eurico, perseguidor de los católicos franceses admite de S. Epifanio, obispo español, la paz que éste le ofrece en nombre del emperador Nepote; Alarico somete á los prelados católicos el código que mandó formar; el concilio II de Toledo, durante la menor edad de Amalarico, llama al ostrogodo Teodorico tolerante, al paso que Atanagildo es católico de corazon, y que Liuva sigue las huellas de sus antecesores.

Pero Leovigildo rompe esta cadena de tolerancia: atribuye el Padre Florez á Gosvintha la persecucion contra los católicos. Es lo seguro que el monarca convocó en Toledo á los prelados arrianos para variar la fórmula de la conversion con el fin de, engañando á los católicos, atraerse partidarios. En este error cayó Vicente, obispo de Zaragoza, que se afilió en las huestes de Arrio; pero los demás prelados rechazaron la encubierta falsedad, escribiendo contra ella Severo, obispo de Málaga, un libro encaminado á defender el dogma y á consolar á los abandonados fieles del pastor zaragozano.

El libro del prelado malagueño fué la chispa que encendió la materia que yacia acumulada sobre las cabezas de los católicos. El arrianismo emprendió la persecucion; S. Leandro, Eutropio, Juan de Biclara y otros fueron desterrados; gimieron en las prisiones multitud de personas que profesaban la verdadera fé, se confiscaron los bienes de otros; se usurpó lo perteneciente á las Iglesias, y Leovigildo manchó con la nota de parricida la fama que habia adquirido en la administracion del Estado.

El remordimiento agitó los últimos dias del monarca: Gregorio de Tours dice que antes de morir fué bautizado por S. Leandro, y encargó á éste hiciera con Recaredo la misma conversion que con Hermenegildo. (1)

Enconados los ánimos por las anteriores luchas; dividida la nacion en dos grandes bandos, dejó Leovigildo el trono en el año 586. Recaredo, que le sucedió, realizó el gran hecho de la unidad religiosa, como luego tendremos ocasion de ver.

2.° Como segunda causa de la division entre godos y latinos, apuntaremos la diferencia de constitucion que entre ellos existia. En Roma, como en todas las naciones antiguas, se nota cierta absorcion por parte del Estado de los derechos del individuo; entre ellas, como dice Augusto Nicolás, nada es el hombre, todo lo es el Estado (1)--Nosotros atribuimos á esa organizacion la legislacion de castas; la servil condicion de la mujer en Roma; el tiránico derecho de vida y muerte que al padre concedia la ley romana, y la universal existencia de la esclavitud, mancha que borró el divino Redentor con su preciosa sangre, y cuya extincion habia predicado antes diciendo: Todos sois hermanos delante de mi Eterno Padre.

Estas disposiciones no estaban en armonia con la religion cristiana; pero aun aquellos pueblos en que mas arraigo consiguió la evangélica doctrina, tardaron muchísimo tiempo en desterrar las disolutas y corrompidas máximas del paganismo. No debe extrañarnos, pues, que España, la provincia romana por excelencia, aun habiendo admitido la doctrina de Jesucristo, siguiera sus antiguas costumbres, hecho que los historiadores nos prueban, y atestiguan los escritos de venerables prelados, cuyos esfuerzos se encaminaban á arrancar de raiz un mal que tan funestas consecuencias habia de producir.

No era posible que la religion cristiana fructificase en el agotado suelo del imperio: necesitaba razas vírgenes y vinieron. Esas razas, y entre ellas el godo, eran amantes de sus derechos, de su libertad y de su familia, é individualistas, sentimiento que yacía latente, dice Balmes, (2) en las sociedades antiguas, por que á su desarrollo se oponian la religion y las leyes. El bárbaro daba á la mujer un lugar privilegiado en la familia; intervenia en los Hallos ó asambleas, y al elegir á un gefe le entregaba un poder limitado por los derechos de los electores, no humillándose al déspota autoritario, cuya regla de accion pudiera reducirse al *Sic volo, sic jubeo*, frase que, segun Juvenal, llevaban en sus diademas los emperadores romanos. Todo era, pues, noble entre los bárbaros, todo sencillo; pero todo contrastaba con el carácter y modo de ser de la sociedad romana, y desgraciadamente de la española, que siguió las huellas de la metrópoli del mundo mas que ninguna otra nacion de las sometidas al carro victorioso de Roma. (3)

(1) Véase Florez. Esp.ª Sagr. Trat. 5.° tomo 2.° núm. 44.

(1) Estud. filosof. sur le Crist.

(2) Prot. comp. con el Catol.

(3) Es curiosa la discusion sostenida entre el Gran Balmes y el ilustrado Guizot sobre el orígen del individualismo: los dos adversarios se mantienen á una altura admirable, no desmintiendo su reputada fama. Véanse el prot. comp. con el cat. y la Hist. de la Civil Europea.

Pero como si estas barreras fueran poco obstáculo para dificultar la fusion entre godos y españoles, formóse otra que fué la de la distinta legislacion, representadas la de los conquistadores en el Código de Eurico, y la de los conquistados en el Breviario de Aniano, ley romana ó código de Alarico

En condiciones de pueblo primitivo vino el godo á España: su ley era la costumbre, ruda como eran todas sus manifestaciones. Eurico, considerado como el fundador de la monarquía visigoda, conoció la necesidad de reducir á leyes escritas lo usos por que se regian los vencedores y al efecto mandó formar el cuerpo legal que lleva su nombre, y que no es otra cosa que un trasunto perfecto de las costumbres de sus mayores, tal como nos las describe Tácito en su obra De Moribus Germanorum; así en el Código de Eurico se halla la prohibicion de contraer matrimonios entre godos y estranjeros (1) se considera á la mujer compañera de la vida y si no ofrece disposicion sobre gananciales, tal vez su silencio sea debido más que á olvido de los legisladores, á las lagunas del palimpsesto descubierto, vacíos que suelen llenarse con las leyes de los demás códigos germanos de la época en todos los cuales se apunta la institucion.

Poco tiempo despues, otro monarca, Alarico, conociendo que «para tener una fórmula fija á que sujetáran los vencidos sus procesos, y no se diera torcida interpretacion al espíritu del legislador» era necesario otro conjunto de leyes sacadas de entre el fárrago de las disposiciones romanas, dió el encargo de formarlo al canciller Aniano; y aprobadas que fueron por los obispos que al efecto llamó el monarca, comenzaron á regir para el elemento vencido.

Con religion, costumbres, organizacion y leyes diversas, godos y españoles habian de ser enemigos; y aunque el sistema de conquistas de los vencedores fué más suave que el de ninguno otro pueblo de los que habian hollado nuestro suelo, dividieron, no obstante, las tierras en partes desiguales, adjudicándose ellos la mayor; repartieron tambien desigualmente los tributos, y prohibieron que los indígenos ocupáran puestos en la administracion del Estado. Y el ódio á la raza vencida se extendió á su cultura; ellos rechazaron en un principio todo cuanto no se rozaba con las armas y dejaron el cultivo de las letras al elemento romano, hecho probado entre otros documentos, por las actas del tercer concilio de Toledo, donde solo aparecen ocho firmas de prelados visigodos. Pero ocupado como estaba el clero, depositario de la ciencia en esta época, en combatir los errores del arrianismo no podia dedicarse de lleno al estudio y al cultivo de las letras, las cuales, como era natural, enmudecieron ante las persecuciones. Nebridio, Justiniano, Elpidio y otros cuyas obras se han perdido; Justo, autor de una Exposicion del Cantar de los Cantares; Liciniano, con su Apocalipsis; y Apringio, que escribió una Exposicion sobre el libro anterior, son los únicos autores que presenta el largo período que media entre Ataulfo y Recaredo, período primero en que se divide, segun el comun sentir de los historiadores la época de la dominacion visigoda.

Hemos trazado á grandes rasgos, y de la manera que es dado hacerlo á nuestra pluma, el cuadro que ofrece la nacion española al advenimiento de Recaredo al trono de Leovigildo. En la situacion que dejamos planteados á los dos pueblos, estos ó habian de amalgamar principios é ideas ó habian de luchar hasta que uno de ellos se destruyera. Veamos cual de estos extremos escogitaron y cuales fueron las consecuencias de su determinacion.

(Se continuará.)

(1) Esta prohibicion existia entre los godos, segun Tácito y Olas Magno; y entre los romanos, segun el Código Teodosiano: la disposicion pasó al de Alarico: pero la interpretacion retirió la ley de este á la prohibicion de verificar enlaces entre godos y romanos, no teniendo el carácter general que presenta en el cuerpo legal de donde se tomó.

LA CARIDAD.

¡Caridad! Angel de divino encanto
De blancas álas y sonrisa pura,
Que el Dios tres veces santo,
Para aliviar el terrenal quebranto
Creó del bien en la mansion segura.

Y vé—le dijo—al desdichado suelo:
Marcha á calmar la angustia del que llora
Y desde el alto cielo,
Descendió raudo en silencioso vuelo
A cumplir su misi on consoladora.

Destello puro del amor divino,
Ella es tambien amor: su amor sagrado
Trocó nuestro destino
Esmaltando de flores el camino
Que el llanto del mortal habia regado.

Cármen Nuñez Rodriguez.

Soneto.

¿Qué haga un soneto bueno me has pedido?
Quisiera complacerte, mas no puedo:
Malo lo haré; en este verso quedo
Mirando al techo; la musa se ma ha ido.
Cómo hacer un soneto? Ya perdido
Por faltarme la musa, tengo miedo:
Pero ¡á fé! ¡Vive Dios! me importa un bledo;
Ya encuentro este cuarteto concluido.
Salí de los cuartetos, y empezando
Un terceto lo encuentro medio hecho
Y ya tengo el sentido bajeando.
Que es meterse en camino muy estrecho
Hacer un buen soneto, procurando
Imitar el de Lope, sin provecho.

GUILLERMO GONZALEZ PUYA.

UN ALMA EN PENA.

LEYENDA MALAGUEÑA

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

(CONCLUSIÒN.)

IV.

Un dia, al levantarme hallé cerrada la puerta del cuarto que ocupaba Enrique; y esto me estrañó, porque siempre, á pesar de que no se recogia hasta muy tarde, se levantaba antes que amaneciera.

Al penetrar en su habitacion, lo hallé sobre el lecho, vestido aun con la ropa del trabajo, y con una fiebre espantosa.

Llamé á mis hijas; vino el médico, y despues de examinarlo detenidamente, nos dijo que seria muy difícil su curacion, porque la enfermedad, descuidada hasta entónces, habia tomado proporciones muy colosales.

Antonia recibió esta triste noticia con la frialdad propia de su carácter; y yo, cegada por el egoismo y el interés, me arrepentí de haber admitido al pobre huérfano en mi casa.

Luisa fué la que se conmovió profundamente, y la que desde aquel instante tomó á su cargo el cuidado del desvalido enfermo.

Su novia y yo, con un abandono tan criminal como inhumano, huiamos de la habitacion, y se pasaban dos y tres dias sin que nos acercásemos á su lecho.

¡Dios sabe lo que hubiera sido de aquel infeliz sin los cuidados de mi Luisa, que no lo abandonaba ni un instante!

Antonia, viendo la imposibilidad de que se efectuase el proyectado casamiento, habia dado por rotas sus relaciones, y ni siquiera se acordaba del pobre amante que estaba próximo á morir por causa suya.

V.

El dia 2 de Octubre de 1868, llegó á Málaga uno de los batallones victoriosos en la funesta batalla de Alcolea; y aquella misma tarde se presentó en casa un oficial pidiendo alojamiento.

Inmediatamente se le preparó un cuarto donde quedó instalado. A los tres dias, la voluble y despiadada Antonia, se hallaba formalmente comprometida con el militar.

Yo estaba satisfecha del cambio; y al ver que durante la enfermedad de Enrique se habian agotado sus ahorros, buscaba un medio para deshacerme del infeliz. Luisa se estremecia cada vez que yo me ocupaba de esto. Antonia no pensaba mas que en su nuevo amante.

Muchas noches se reunian en casa algunas de sus amigas y otros oficiales compañeros de su novio. Uno de ellos tocaba la flauta perfectamente: las jóvenes cantaban, y habia sus ratos de baile.

Entretanto, Enrique se moria de pena y desesperacion, viendo el abandono de Antonia y escuchando los gritos de alegría que sofocaban sus ahogados suspiros: conocia la ingratitud, la perfidia de mi hija, y sin embargo, moria por ella, amándola mas que nunca.

VI.

Luisa adoraba en silencio al abandonado Enrique: hacia mucho tiempo que guardaba en lo mas tierno de su alma este secreto, y se hallaba decidida á morir con él.

Muchas veces le servía de consuelo el ver su felicidad cuando se creia correspondido por Antonia; pero como mi pobre hija conocia bien el corazon de su hermana, estaba temiendo lo que al fin habia sucedido.

La pobre mártir se hubiera sacrificado gustosa por la ventura de Enrique; pero al verlo solo, despreciado, y en tan cruel abandono, sintió renacer en su alma con cariñosa vehemencia el fuego que durante tanto tiempo habia procurado estinguir.

Por eso no se apartaba un instante de su cabe-

cera; por eso velaba cariñosa su intranquilo sueño, y le prodigaba las mayores atenciones, procurando dulcificar sus pesares é infundirle la esperanza de un pronto restablecimiento.

Una noche segun costumbre, permanecia arrodillada junto á su lecho murmurando muy quedito una oracion.

El pobre Enrique, sentia que por momentos se aproximaba su última hora, y buscaba en los brazos del sueño un refugio contra las dolencias de su alma; pero inútilmente, pues la imágen de la mujer que tan mal habia correspondido á su tierno sentimiento, se le aparecia en sueños; y en el delirio de la calentura no pronunciaba mas nombre que el de Antonia.

VII.

De repente, el enfermo se incorporó, estendió sus descarnados brazos, quiso gritar y la voz quedó ahogada antes de salir de su garganta.

Luisa acudió presurosa á sostener la pálida cabeza del enfermo, que con aquel brusco movimiento habia rebotado contra la pared donde se apoyaba su pobre cama.

Al compás de una flauta, y entre gritos y aplausos, habia percibido la voz de Antonia, que en el piso principal, justamente encima de su cuarto, cantaba una cancion que él habia escuchado en otros tiempos, lleno de amor y de ventura.

Luisa comprendió su martirio, y despues de colocarle en el lecho cuidadosamente, se dirigió en mi busca, llena de indignacion y sentimiento; pero yo, ¡loca de mí! no hice caso de sus ruegos, y la tertulia continuó insultando con su alegre algazara la terrible agonía del desgraciado huérfano.

Hice mas, caballero, hice mas,—repuso la vieja al ver la indignacion que involuntariamente se reflejó en mi rostro.—Al otro dia, ostigada por la empedernida Antonia y por el libertino oficial, bajé al cuarto de Enrique y le dije secamente que era necesario saliese de mi casa.

—Pero eso es matarlo, madre mia,—me contestó Luisa, llorando con desconsuelo.

—¿Y dónde voy, señora?—pudo articular únicamente el enfermo con una voz que hizo estremecer toda mi alma.

—Al hospital!—le contesté, ahogando mi primer impulso de compasion.

Y volviendo la espalda resueltamente, salí del cuarto del moribundo.

. . . . . .

Aquella misma noche fué conducido al hosptital de S. Juan de Dios el infeliz amante de Antonia.

Luisa, delirante, loca de sentimiento y de indignacion quiso acompañar al pobre enfermo; mas al abandonar mi casa, vencida por el dolor, perdió el sentido, cayendo pesadamente sobre el empredrado del portal.

VIII.

Cuatro dias despues, al toque de ánimas, era conducido al cementerio un cadáver procedente del hospital de S. Juan de Dios.

Los enterradores se hallaban conmovidos á pesar del frio indiferentismo con que esos hombres cumplen su triste y repugnante mision.

Al salir del hospital, una jóven, casi una niña, que los aguardaba en la puerta, les habia preguntado con una voz llena de angustia y de dulzura:

—¿Quiéren ustedes bajar un poco? ¿Quiéren ustedes que vea al muerto?.....

Los portitores vacilaron; mas al fin, subyugados por el éco de aquella voz, inclinaron la caja, descorriendo por un momento la tapadera.

Luisa exaló un grito horrible, desgarrador..... inesplicable.

Y adelantando su pálido rostro, tan pálido como el del pobre Enrique, depositó un beso apasionado entre los largos y lacios cabellos del cadáver, que colgaban fuera del ataud.

. . . . . .

Luego continuaron su camino los enterradores, oyendo detrás los apagados sollozos de aquella infeliz, que tambaleándose, les seguia á corta distancia.

Y llegaron á este mismo sitio.

Y á presencia de mi pobre hija, arrojaron el cuerpo del desgraciado Enrique en la profundidad de esta fosa.

IX.

Así que aquellos hombres terminaron su lúgubre operacion, quisieron apartar de este sitio á mi desconsolada hija; pero todo fué inútil para conseguirlo.

Las lágrimas y los ruegos de Luisa ablandaron las almas de aquellos hombres, que se retiraron enternecidos, dejándola en esta soledad.

¡Cuánto sufriría la infeliz durante las largas horas de aquella noche! ¡Qué solitaria angustia! ¡Qué desesperada agonía!

Al amanecer, los primeros rayos del sol alumbraron el cuerpo de aquella mártir, que habia muerto de amor y de pena sobre la tumba del pobre huérfano.

. . . . . .

Antonia, dos meses despues, me dejó abandonada

para ir á reunirse con su amante.

Últimamente he sabido que no habiéndole encontrado, se enlodó en el vicio, y á los pocos meses fué á caer falta de razon, en la celda miserable de un hospital de locos.

Ese es el castigo que Dios le ha impuesto por su inconstancia; los remordimientos y la pena con que ve V. marcado mi semblante, es la expiacion de mi egoismo,

X.

Al terminar su triste relato aquella desgraciada cayó de rodillas, volviendo nuevamente á su llanto y á sus oraciones,

Yo, mudo ante aquel dolor tan verdadero y tan horrible, solo pude balbucear algunas frases de consuelo, interrumpidas por la metálica vibracion de una campana.

Claramente retumbaron en aquel silencioso retiro los pausados ecos del relox de la Catedral: eran las doce.

Al sonar la última campanada, se incorporó la pobre vieja, despues de haber besado con cariñoso respeto las dos cruces que adornaban aquellas humildes sepulturas, y señalándome la puerta, dijo:

—¿Vamos?

Yo la seguí sin contestar una palabra, dominado por lo triste de la situacion.

Al llegar á la verja principal encontramos al guarda del cementerio que se paseaba tranquilamente.

La puerta se hallaba entreabierta.

Así que salimos, el fúnebre guardian corrió la llave del macizo candado, á cuyo áspero rechinamiento contestaron con un medroso graznido las aves nocturnas que revoloteaban sobre los sepulcros

. . . . . .

—Gracias, caballero; buenas noches,—me dijo aquella infeliz despidiéndose.

Y luego, al ver que intentaba acompañarla, continuó:

—Deténgase V. un instante; sola vengo á cumplir la penitencia que me he impuesto, y sola debo volver al pobre rincon donde lloro arrepentida las fatales consecuencias de mi egoismo y mi avaricia. Yo soy un alma en pena, vivo testimonio de que la conciencia es eterno castigo de las malas madres.

Asi que se hubo alejado, supe por el guarda la constancia con que todas las noches venia á rezar por sus hijos sobre las misteriosas tumbas del solitario cementerio.

Y despidiéndome de aquel buen hombre, que enternecido por las súplicas de una madre tan desgraciada, no se oponia á sus nocturnas visitas, me retiré de aquellos lugares, volviendo maquinalmente le cabeza hácia el *Campo santo de los pobres*, y murmurando:

¡Pobre Enrique!..... pobre Luisa!.....
¡Pobre alma en pena!

DULCE ESPERANZA.

Ni del amor el dulce juramento
ni la noble ambicion que al cielo guía,
devolverán jamás al alma mia
el perdido reposo y el contento.
Descansa corazon, seca un momento
las lágrimas que causan tu agonía,
sé feliz y retorna á tu alegría,
escucha del placer el dulce acento.
Pero ¡ay! mi corazon sufrió ya tanto
que llora en la desdicha y en la suerte,
todo es para él motivo de quebranto.
Más su pesar en gozo se convierte
y consigue secar su amargo llanto
pensando en el instante de la muerte.

ANTONIO ROJO Y SOJO.

Apuntes.

EN EL ÁLBUM DE MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GIMENEZ-PAJARERO.

Con mas gusto y mas tiempo,
amigo mio,
llenaré algunas páginas
de vuestro libro;
que estimo en mucho
poner mi oscuro nombre
donde está el suyo.

Hoy, ya que bondadoso
me lo suplica,
pondré cuatro palabras
de despedida,
pues que se marcha
á ver el sol y el cielo
de sus montañas.

Apuntes que le encargo
tenga en memoria

cuando pise las calles
de aquella hermosa
ciudad bendita,
la mas hospitalaria
de Andalucia.

Descubierta la frente
y con respeto,
saludad en mi nombre,
vate rondeño,
á esa asombrosa
maravilla que llaman
Tajo de Ronda.

Que aquellas altas moles
y aquel abismo
por donde Guadalevin
corre tranquilo,
sepan que siempre
conserva su recuerdo
quien logró verles.

Saludad aquel cielo,
y aquel paisage,
y aquellas ricas huertas
y aquellos aires,
y á aquellos montes
con casas que parecen
nidos de amores.

Bajad por las veredas
de los molinos
y saludad al Puente
ya desde el río;
siguiendo luego
dando por las afueras
la vuelta al pueblo.

Y al hallar las ruinas
de las murallas
que al caer de la tarde
yo visitaba,
dad al Castillo
destruido, recuerdos
de un fiel amigo.

Que allí, viendo arruinados
los muros recios
que asaltaron valientes
nuestros abuelos,
yo meditaba
como la fé concluye
y caen las almas.

A la Ciudad antigua
y al Mercadillo
os pido visiteis
en nombre mio.
¡Ay! cuántos ángeles
he visto yo en las casas
de aquellas calles.

¿Recordais las mujeres
de vuestra tietra?
¿Recordais su apostura
y sus maneras,
y las miradas
de aquellas serranitas
con tanta alma?

¿Sí? Pues decidle á todas
de parte mía
que aquel que las conoce
no las olvida.
¡Ay, qué rondeñas!
¡qué rubias, caro amigo,
y qué morenas!

Id y decidle á todas
cuanto es mi afecto;
que de mí no se olviden;
que en ellas pienso;
y que el poeta
olvida sus pesares
pensando en ellas.

Decidlas todo cuanto
yo las aprecio;
los dias de ventura
que las deseo,
y que la vida
paso pidiendo al cielo
que las bendiga.

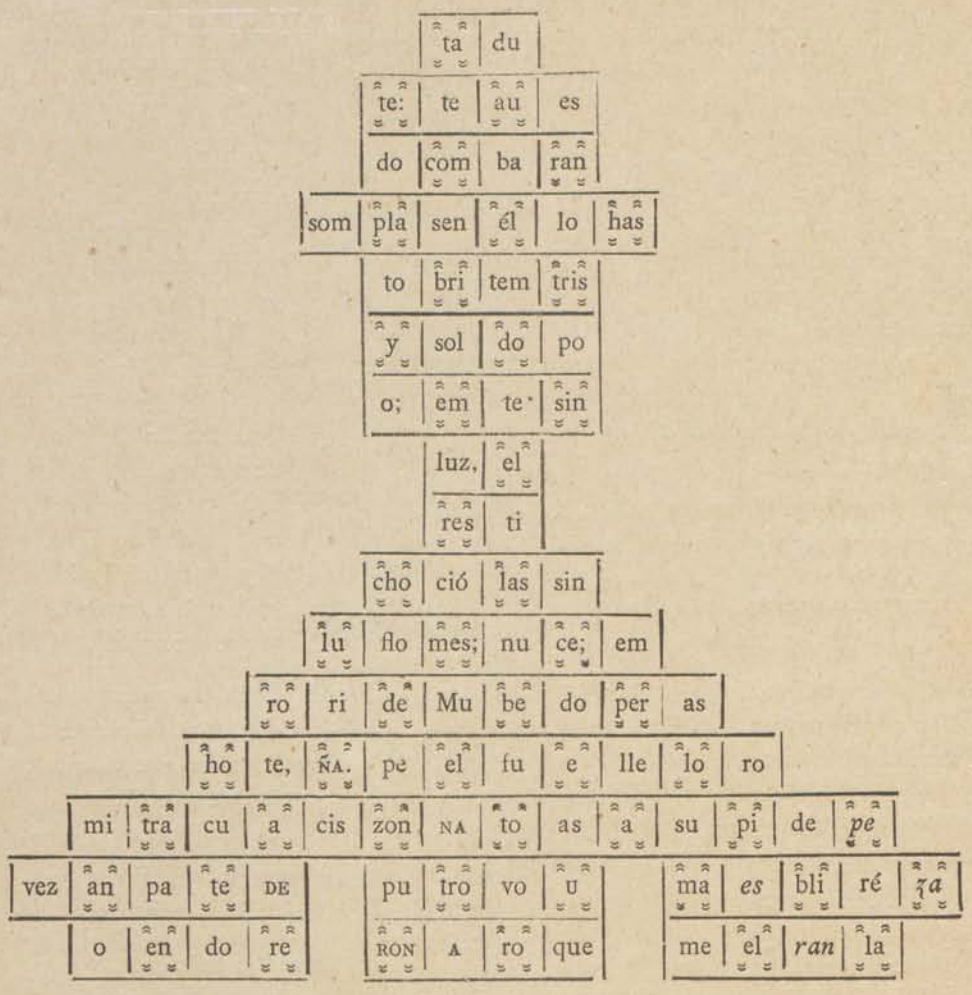
Para nuestros amigos
quiero encargaros
sinceros apretones
francos de manos;
decid á ellos
que su benevolencia
siempre recuerdo.

Decidles que cual siempre
tranquilos sigan
sin forzar las pasiones
de la política;
que en lazo estrecho
miren por el honrado
pueblo rondeño.

Antonio Luis Carrion.

Málaga, 1874.

Salto de Caballo presentado por D. José Delgado Carabot.



Principia en la casilla sesta de la última línea y concluye en la última casilla de la penúltima línea.

La solucion en el número 29, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos la remitan.

Charada.

En monótona cadencia
Con clamoreo importuno
Canta el buho mi *primera*
Entre los montes oscuros.

La *segunda* el buen creyente
A quien caridad no falta,
En su pecho la mantiene,
Con gran fervor, y la acata.

Si despues de una gran mesa
Huyeres la indigestion,
Tomarás á mi *tercera*
Evitando así un dolor.

Y el TODO de mi charada,
Si la quieres acertar,
Pregúntaselo á un notario,
Él te sabrá contestar.

J. R. C.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

MA—CA—RI—O.

Solucion á el Salto de caballo inserto en el número 25:

«La redaccion de los Ecos DEL GUADALEVIN está de enhorabuena, por el aumento de tamaño en que se publican sus números desde primero de Marzo del presente año.»

Nos la ha remitido: Srta. D.ª Aurora Danino y Llinás, de Gibraltar.—D. J. G. Villalobos.—D. Agustin Prolongo y Montiel, de Madrid.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Miércoles 24 de Marzo de 1875. Núm. 28.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO.—Cristo, por D. José Delgado Carabot.—La muerte de Jesus, (soneto), por D. José Ruiz Toro.—A la muerte de Jesus (poesía), por la Srta. Doña Maria Antonia Gonzalez Amieba.—Longinos el ciego, por D. Salvador Durán. — Charadas.—Solucion.

CRISTO.

Y los ídolos serán del todo desmenuzados.
Isaias.—II.—18.

I.

Ojeemos ligeramente la historia, pero no desde su principio, no la historia en general, pues este seria trabajo árduo y molesto: concretémonos mas, recorramos de una manera breve la comprendida en el espacio de unos sesenta y cinco años antes del advenimiento de Jesus, y revisemos la del pueblo tan grande para los ojos del cuerpo, pero tan pequeño, tan mezquino, tan lleno de asquerosas llagas para los del alma: la historia de Roma.

Y no trataré en estos limitados párrafos de demostrar las fuerzas de que en aquel tiempo disponia, no referir las contínuas guerras de César en la Galia, en Grecia y en España, no las multiplicadas en tiempo de Octavio, no las conjuraciones y luchas civiles, no es mi ánimo hacer una reseña de estas cosas tan interesantes en otras ocasiones, solo trataré de diseñar sus costumbres, sus leyes en cuanto se refieran á la dignidad del hombre, el carácter por último de este pueblo belicoso; pues sabidos, aunque sean en globo estos principios, se vendrá en conocimiento del estado de la sociedad al predicar Jesucristo la sublime religion de paz, de caridad y de amor.

Resultado de las infinitas rapiñas que las guerras producian era la gran pobreza del pueblo y su incomparable degradacion. Y no parezca esto estraño, es lógico. La multitud que sin el trabajo poseia riquezas, las disfrutaba, y las disfrutaba asistiendo á todos los sitios donde la prostitucion tenia su asiento; privada de ciertos goces durante las luchas y batallas, no bien estas terminaban corria ansiosa á encenagarse en los vicios. Pero esas riquezas, ese botin obtenido á costa de sangre, pronto desaparecia, y una vez que tenian que probar el amargo fruto de las privaciones, sin freno, sin moralidad, eran materia dispuesta tanto para esgrimir el puñal cuanto para hacerse de comodidades por cualquier concepto que se las propusieren. Y si dirigimos la vista á otra esfera, si desde el miserable tugurio que arrastra el Tiber en sus inundaciones, subimos á los encantados palacios de César, Ciceron, Lúculo, Clodio y Lépido, veremos el desmedido lujo, los perfumes, las suntuosas estancias destinadas para escitar la voluptuosidad adormecida por el exceso, las comidas á que asistian miles de personas, y que valian millones, y todo esto en contraposicion con las oscuras cuevas que en sus casas tenian, y donde aherrojaban á los esclavos para que no interrumpieran con su presencia las escenas de embriaguez y molicie á que se entregaban sus señores..... ¡Oh sociedad que solamente rindes culto y deificas á la materia! ¡Oh pueblo que tu goce es la mesa y tu placer el festin! ¡Oh legisladores que todo lo terminais en cenas y embriagueces! ¡Desdichados mil veces sois!..... Si emprendeis un viaje, una cena; si alguno de vosotros muere, otra; si quereis rendir tributo de admiracion á vuestros dioses, otra; pero cenas que se disputan el premio de la suntuosidad, cenas que en medio de ellos, de sus hijas, de sus esposas, toman asiento las meretrices y bardajes, cenas en que la mujer de Craso dá de beber á sus amantes perlas disueltas, cenas en que de tal modo se abusa que lo primero que se prepara son camas, y donde es uno de los lugares preferentes el vomitorio.

Y si volvemos la vista á las leyes porque este pueblo sibarita se regía, veremos en ellas grandes absurdos y contradicciones; al dominar patricios ó

plebeyos dictaban leyes en analogía con sus intereses, resultando de aquí la confusion natural, confusion de que se aprovechaban y no procuraban destruir los jurisconsultos, pues de este modo tenian campo libre para interpretarlas á su modo, para vender la justicia al que mas oro les diese, para ceñir el látigo en las espaldas del vencido. Pero prescindamos de esto, prescindamos tambien de las sangrientas escenas de que era teatro el Capitolio, nada digamos de los bancos ó lugares establecidos en el foro donde se ponian á precio los cargos públicos; fijémonos únicamente en la bárbara ley de la esclavitud, ley que es el estigma de la sociedad antigua, ley que en nuestros tiempos es el mas sangriento ultraje á la divina Religion del Crucificado.

El hombre esclavo no es considerado como ser semejante á su dueño, es una vil cosa, pero nó, digo mal, es menos que una cosa, es menos que el mueble que se estima y aprecia, es menos que el bruto á quien se cuida y regala, está muy por bajo de todos los seres de la creacion. Si el dueño quiere sacarle los ojos para que no se distraiga en el trabajo, autoridad tiene para ello, si quiere uncirlo á la rueda de un molino en vez del asno ó el buey, lo hará, si quiere matarlo lo hará tambien, y con su carne alimentará á las morenas para que en la mesa del convite resulte mas sabrosa la carne de este pez. Dictan sobre estos abusos algunas leyes los patricios, pero no creais que son encaminadas á mejorar la condicion de estos semejantes suyos, nada de eso, solo llevan la mira de protegerlos como riqueza del Estado, solo tratan de evitar algo las inhumanidades de que son víctimas, para que no disminuya su número, y se limitan por lo tanto á muy pequeñas concesiones. Y no hay un solo hombre que los defienda, los mas grandes pensadores se muestran implacables con ellos. Solon, Aristóteles, Tácito, no les conceden el menor derecho, les niegan hasta que tengan dioses, la jurisprudencia faculta al amo lo suficiente para usar y abusar de ellos. Pero no refiramos los martirios á que por el mas insignificante delito los condenan, no hagamos consideraciones sobre la naturaleza de un pueblo que tales ignominias permite, no digamos nada de los que en pública subasta venden á todos los que han sido hechos prisioneros de guerra: hablemos ya de las costumbres, pues conocidas, aunque superficialmente, se vendrá á comprender lo que seria la sociedad que estas sancionaba y aplaudia.

El sagrado vínculo del matrimonio no existia, las dulces y conmovedoras escenas del hogar doméstico no eran conocidas de ellos: si á una mujer se unian era solo para disfrutar de un placer momentáneo ó para gozar el dote que al matrimonio llevara; pero no se crea que en estas uniones habia deberes que cumplir, el marido se entregaba á todos los goces de la materia; y la mujer vestida y perfumada, ostentando inmensas riquezas en collares y anillos, vestia la túnica blanca de matrona para visitar á sus amantes durante el dia, y cuando cerraba la noche poníase vestido de color para confundirse con las meretrices y disfrutar de los inmundos y repugnantes placeres, comunes á tan degradados seres

Cada mujer tenia infinidad de maridos, pues no existiendo el puro amor, hijo del cielo, por el mas insignificante motivo se entablaba el divorcio. Hombres y mujeres se honraban con el trato de criaturas corrompidas, en tales términos que Marco Antonio paseó por Roma á Citéride, vil escoria de la sociedad, y Tácito nos dice que habia jóvenes de las mas distinguidas familias, inscritas por los ediles en el número de las que vendian sus gracias. Pero no nos asombre tanta disolucion; Ciceron en sus discursos nos revela hasta donde eran permitidas las obcenidades y amores torpes, y Ovidio escribe un «Ars amandi» dictando reglas para metodizar el vicio, aconsejando los medios que el hombre ha de usar para engañar á la mujer, y proponiendo á esta saque de sus amores el mayor partido posible, segun sus amantes sean ricos, magistrados ó personas influyentes. ¡Repugnante cuadro! ¡Sociedad impura y corrompida, digna de los mayores castigos!..... Pero aun hay mas, ¡hasta lo que la pluma se resiste á describir por parecer imposible! El mas generoso afecto del alma, la mas bella flor del corazon del hombre, el mas sublime y desinteresado amor, el santo cariño de padre es desconocido y atropellado. En los lugares públicos, en las casas y paseos se esponen desvalidas criaturas desnudas y sin amparo, arrojadas en el suelo, ó cuando mas recogidas en cestos de mimbres, para que otro mas compasivo ó mas infame las recoja y luego las venda en los mercados públicos, ó para que perezcan victimas de la inclemencia de los elementos.

Pero tiempo es de callar; tiempo de cerrar los ojos á tan amargas verdades, no investiguemos mas, pasemos por alto las impudencias de un pueblo afeminado, sin religion y sin moral, que se entrega á toda clase de monstruosidades; ya conocemos aunque muy someramente la índole del pueblo Roma, y con él la de casi todo el mundo entonces bien conocido, pues claro está que adonde quiera que llevaron sus triunfales armas importaron tambien su molicie y libertinaje.

II.

Se han cumplido los tiempos señalados por los Profetas de Israel, han trascurrido las setenta sema-

nas de Daniel, sonó en el tiempo la venturosa hora de la redencion, luce ya en tan nebuloso y triste horizonte refulgente estrella, han pasado mas de treinta años desde que nació en la gruta de Bethlhem el hijo de la cándida Maria y del Espíritu-Santo, y el Ungido, el Rey, predica su celestial doctrina preparándose á la muerte. Su voz potente resuena en el espacio, y empiezan á temblar en sus altares los nefandos ídolos, su palabra encuentra sonoro eco en el corazon humano, que la recibe como benéfica lluvia en campo abrasado. Oigamos por breves instantes su dulce acento, y él nos borrará del corazon la triste huella que el anterior relato haya dejado; subamos con el pueblo galileo á uno de sus montes y escuchemos sus palabras de paz y mansedumbre.

Bienaventurados, hijos mios los pobres, porque en pago de sus contrariedades, recibirán un reino celestial. El llanto es dulce bálsamo que alivia los corazones, celestial consuelo de un Dios benigno; él nos hace conocer el dolor para que podamos apreciar la dicha, asi pues, bienaventurados los que lloran y sufren. Feliz el sabio que desprecia el aplauso, feliz el que pequeño se reconoce y alaba al Creador, feliz el que sin justicia es perseguido, porque todos ellos serán partícipes de mi gloria.

Unidos á la mujer, vivid dichosos, sed dos en uno y *lo que Dios unió, el hombre no lo separe.* (1)

Todos sois hermanos, no haya pueblos, razas, conquistados ni conquistadores, ama á tu enemigo y *si alguno te hiere en la mejilla derecha, párale tambien la otra.* (2)

No será partícipe de los bienes celestes el engreido, el presuntuoso, el soberbio, antes por el contrario *si no os volviéseis é hiciéreis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.* (3)

¡Desgraciado del que escandalice! ¡Infeliz del que dé mal ejemplo! ¡Desdichado del que torciere el camino del pequeñuelo, y lo arrastrare en los vicios! *mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino, y lo arrojasen en lo profundo del mar.* (4)

Al hacer el bien no os mueva un sentimiento de interés ó lucro, no os aguijonee la codicia ú otro cálculo egoista, antes por el contrario, *haced bien y dad prestado sin esperar por eso nada.* (5)

No hagais la limosna por vanagloria ó lujo, no manifesteis ostentosamente la sensibilidad y buenas dotes de vuestro corazon por blasonar de ellas, no os manifesteis justos é imparciales porque os admiren, antes bien, *no sepa vuestra mano izquierda, lo que hace vuestra derecha.* (1)

Y si vemos á sus apóstoles poner en práctica su doctrina, será siguiendo las huellas de su Maestro, continuando la obra de su ardiente caridad. Asi, cuando Pablo escribe á Fhilemon, devolviéndole ya arrepentido el siervo que lo habia robado, le dice estas palabras, trasunto fiel de las que habia oido de los labios de Cristo; recíbelo *no ya como siervo mas en vez de siervo como hermano muy amado, mayormente de mí; ¿pues cuánto mas de tí en la carne y en el Señor?—Por tanto si me tienes por compañero, recíbele como á mi.* (2)

Toda esta dulce y amorosa predicacion es sostenida con milagros, pero no milagros de poder sino de misericordia, milagros de consuelo, de amor. Toda ella respira la mas dulce benevolencia; veamos si no á la mujer adúltera perseguida por los jueces que querian su vida, acogerse con los ojos bajos á la proteccion del Divino Salvador, impetrarle misericordia, é imponerle solo por castigo el que no vuelva á pecar; veámoslo en Bethania, casa de Lázaro, recibir benigno el tributo que Maria le ofrece; admirémoslo en Sichar convirtiendo á la mujer de Samaria.

¡Qué sublimidad y mansedumbre! ¡qué doctrina tan pura y bella! ¡qué rasgos tan conmovedores!.....

¡Bendita seas, Religion Santa del Nazareno, áncora salvadora del hombre, íris de bienandanza y dicha, bendita seas!.....

Pero tiempo es ya que comencemos el asunto que nos ha movido á tomar la pluma: ya hemos contemplado el repugnante y sombrío cuadro que un pueblo sin fé, sin creencias y sin religion presenta á los ojos del espíritu; visto tambien el sublime, tierno, conmovedor de un solo hombre predicando una moral desconocida de todas las gentes, sin mas recurso que la humildad, sin mas armas que la paciencia, sin aspirar á mas premio que crueles tormentos é inmensos sacrificios; considerado como con sus divinos preceptos, devuelve al hombre su dignidad, destruye su esclavitud, estrecha el sagrado vínculo del matrimonio, y devuelve al alma la paz perdida; presenciemos ahora su incomparable martirio, veamos confirmadas tan admirables doctrinas con la horrible muerte de un Dios Hombre.....

III.

Era al declinar una tarde de primavera. La naturaleza ostentaba todas sus galas, el horizonte toda

(1) San Mateo.—XIX.—6.
(2) San Mateo.—V.—39.
(3) San Mateo.—XVIII.—3.
(4) San Mateo.—XVIII.—6.
(5) San Lúcas.—VI.—39.

(1) San Mateo.—VI.—3.
(2) Ep. á Philem.—V—16 y 17.

su luz, las aves modulaban sus mas sonoros cantos, la brisa balanceaba los árboles con mas delicados movimientos. Por uno de los caminos del monte del Olivar, desde donde se divisa á Jerusalem en toda su magestuosa grandeza, y estrechados por las altas palmeras y verdes olivos que á aquel sombrean, caminan con paso lento varios hombres. Al llegar cerca de la aldea de Betphage uno de ellos, de gentil continente, frente espaciosa y castaños cabellos, se dirige á dos de los que le acompañaban y con mesurado acento les dice: *Id á esa aldea que está frente de vosotros y luego hallareis una asna atada y un pollino con ella, desatadla y traedmelos; y si alguno os digere alguna cosa respondedle que el Señor lo ha menester, y luego los dejará.* (1)

Asi lo hicieron ellos; y al poco rato volvieron con el manso animal, en cuyos lomos tomó asiento el que habia hablado. Continuan la marcha, pero no ha transcurrido mucho rato, y ya ocupa por completo el camino la multitud gozosa; súbense á los mas elevados árboles, cortan ramas que con vestidos y capas que estienden por el terreno, sirven de improvisada alfombra, resuenan por todas partes los mas entusiasmados vivas, los mas atronadores hosannas.

Oyense por doquier gritos de alegría y dicha, gritos que exhalan pechos agradecidos.

¡Bendito el hijo de David!

¡Bendito el Juez, el Rey, el Padre!

¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!.....

Aclamaciones justas y espontáneas, aclamaciones que nos hacen saber quien es el que camina y por qué es el entusiasmo. Pero esos gritos alegres pronto se convertirán en el ahullido del chacal que ansia una presa, ese camino de flores, pronto se transformará en senda tortuosa de espinas y guijarros, esa espresion de justa gratitud, pronto se volverá manifestacion de odio y sangre. ¡Oh inconstancia! ¡Oh virus fecundo de maldades! cuán dañosa eres para el alma, cómo envenenas los dias del hombre!.....

Mas entra en Jerusalem, llega al templo, se indigna al verlo convertido en casa de tráfico y comercio, increpa á los que á la sombra de sus venerables paredes buscan el lucro y la ganancia, y los arroja de él con estas palabras dignas de tenerse en cuenta en todos tiempos y lugares. *Mi casa, casa de oracion será llamada, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.* (2) Acude á Él multitud ansiosa de escucharlo y recibir sus dones, sana cojos, mancos y tullidos, prodiga hasta el esceso los tesoros de su misericordia.

(1) San Mateo—XXI—2 y 3.
(2) San Mateo.—XXI—13.

Mas ha oscurecido por completo, sale Cristo de la ciudad de Sion, retírase á la de Bethania y queda encendido en el corazon de los fariseos y doctores la infernal llama que pronto los hará cometer el mas horrendo de los crímenes.

IV.

Grande y aderezada estancia preséntase á nuestra vista. Ricos tapices cubren las paredes, ancho divan rodea una mesa, al rededor de la cual toman asiento trece hombres.

Celebran la festividad instituida por sus mayores, rinden tributo de respeto á las antiguas leyes, cumplen con el precepto instituido por Moisés al sacar de la tierra y esclavitud de los Faraones al pueblo de Israel. Mas han consumido el cordero sin mancha, han apurado el pan ázimo, y se halla cumplida la ley. Levántase en este momento el que presidió la cena, quítase sus vestiduras, cíñese una tohalla, echa agua en un lebrillo y comienza á lavar los piés á todos los que le acompañan.

Llega por fin á uno de ellos que haciéndose eco del sentimiento de los demás, prorumpe en esclamaciones de la mas viva admiracion. *¿Señor*, dice, *tu me lavas á mí los piés?* (1) Señor, tu que eres el supremo Rey de lo creado, la eterna Onnipotencia, el hijo de Dios, vás á humillarte hasta mí, hombre oscuro, pobre pescador, ínfima criatura? no, esto es imposible. Nosotros somos los que debemes besar el polvo que tus plantas mueve, nosotros los que debemos anonadarnos tan solo á tu presencia.

Cese ya acto tan humillante.

Mas Jesus levanta su pura cabeza, fija sus azules ojos en los de Simon Pedro, y con vibrante voz, en la que se trasluce toda la dignidad de juez y amor de padre le contesta. «*Si no te lavase no tendrás parte conmigo.* (2) Ante la perspectiva de tal castigo, enmudece el discípulo, déjase lavar los piés, obedecen todos el mandato, y cuando ya ha terminado de purificarlos toma asiento de nuevo.

¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? les pregunta. ¿Nó? Pues oid. *Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís porque lo soy. Pues si yo el Señor y el Maestro os he lavado los piés, vosotros tambien debeis lavar los piés unos á los otros, porque ejemplo os he dado para que como yo he hecho, vosotros tambien hagais.* (3)

¡Qué estraordinaria humildad! ¡Qué sublimes preceptos! ¡Qué admirable religion, la que tales principios sanciona!

(1) San Juan.—XIII—6.
(2) San Juan—XIII—8
(3) San Juan.—XIII.—12—13—14—15.

Sí, sus vínculos mas estrechos son los del amor, su base mas sólida la igualdad absoluta; no hay mas diferencia entre el señor y el vasallo, entre el noble y el plebeyo, que la que señala la virtud; no hay mas privilegios que los del corazon recto.

Mas todavia no han concluido los misterios de tan inolvidable noche; resta el mas augusto, el mas grande, el mas trascendental. Parte Jesus el pan, lo distribuye á los discípulos, y al mismo tiempo les dice *Tomad, este es mi cuerpo.* (1) Pone vino en el cáliz, eleva la mirada al cielo, dá gracias á su Eterno Padre hace que beban todos los presentes, pronunciando antes estas palabras: *Esta es mí sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada.....* (2)

Está instituido el mas grande de los sacramentos, la divina Eucaristia; puede ya morir Cristo, pues entre nosotros queda. Mas en esta noche un hombre que su pecho abriga la mas desconocida ingratitud y envidia, toma tambien el cuerpo del Salvador, bebe de su sangre. A él y á los que en tan miserable estado despues se hallen, dirige el Dios compasivo esta terrible amenaza.

¡Ay de él, mas le valiera no haber nacido. (3)

V.

¿No os acordais de una de aquellas noches tenebrosas, en que se respira una atmósfera mezcla de sangre y plomo, en que parece está el éter poblado de negros fantasmas que os persiguen, en que el miedo os embarga por completo? ¿No habeis escuchado durante ella, esas silenciosas vibraciones, que parecen ecos repetidos de voces que fueron? ¿No se han retratado entonces en vuestra alma, las acciones de vuestra vida, de una manera mas detallada, mas fuerte en colores y contornos; más envueltas en misterios y abstraciones? ¿No habeis sentido vuestra alma dilatarse, ocupar gigantescos espacios, formar parte de la oscuridad, de lo inmenso, de lo ilimitado?..... Pues semejante á esa, era la noche que nos ocupa; tambien habia tinieblas, tambien impalpables sombras, tambien pavorosos fantasmas, tambien miedo, sobresalto, atmósfera pesada, luces sin forma que iban y venian como mensajeras de ocultos encargos, oscilaciones inmensas de masas invisibles: y en medio de esta noche, al otro lado del Cedron, en la huerta de Getsemaní, vése un hombre dotado de una naturaleza superior, de un espíritu que puebla mundos y espacios, de una mezcla inconcebible y admirable de Dios y de hombre, postrado en la tierra que creó, con la cabeza baja, las manos cruzadas sobre el pecho, el cabello estendido sobre el rostro, que suda, solloza, ruega, suplica. Esta horrible angustia de que es presa su alma, no tanto es debida á la consideracion de los dolores que ha de esperimentar, sonrojos que ha de sufrir, insultos de que ha de ser objeto, cuanto al conocimiento de que aquella sangre que ha de derramar, aquellas humillaciones bochornosas de que ha de ser blanco, serán desconocidas de muchos, insultadas de los más, escarnecidas de gran parte. En su ilimitada inteligencia se retrata como en claro espejo, los acontecimientos futuros; considera echados por tierra los dioses del panteon, pero mira erigirse altares á la Razon, venerar á esta como diosa, hacerla única juez en todas las cuestiones; contempla destruidas las sangrientas escenas del Circo, donde las jóvenes de Roma, pronunciaban sentencias de muerte y era mas considerada y obsequiada la que más habia fulminado, y donde al solo capricho de un hombre morian destrozados por las fieras centenares de ellos, pero vé en lontanazna tiranos que por engrandecerse sacrifican millones de seres, lúgubres campos de batalla cubiertos de miembros palpitantes, de cadáveres insepultos; escucha el penetrante grito de la viuda qne contempla desierto el lecho conyugal, el horrible de la madre que busca ansiosa al hijo de sus entrañas y no lo encuentra, el indescriptible del desdichado huérfano que faltándole su apoyo, su consejero, su padre, se tuerce en el camino de la vida, tropieza y cae en las más profundas simas. Y tan multiplicadas víctimas tan lastimeros ayes, solo tendrán por objeto el entronizar hombres semejantes á los Tiberios, Claudios y Nerones, hombres llenos de ambicion, ansiosos de poder y mando, sedientos de sangre y luto.

Mira aterrado que sus santos principios tan llenos de candor y sencillez, serán objeto de abominables controversias, de sangrientas persecuciones, de horrorosas matanzas; que se levantarán sectas religiosas, que con la espada en una mano y la tea en la otra, tratarán de abrir paso á una religion, que todo es persuacion, dulzura y amor; vé los trabajos y fatigas del pobre indio, del infeliz esclavo, á quien naciones que se llaman católicas aplican la absurda ley de la vara, los feroces preceptos del castigo no merecido; preséntase á su vista una desdichada época en que la córte cristiana por excelencia, el pueblo donde se establecerá la silla pontificia, se entregará de nuevo á los mas inmundos vicios, en que todos harán alarde de desvergüenza, donde el puñal y el veneno, el libre amor y el libertinaje tendrán mas sólido asiento.

Al contemplar semejante cuadro, gime, se angustia, y con sudor en la frente, y miedo en el corazon, esclama: *Padre mio, mi querido padre, traspasa de mí este*

(1) San Márcos.—XIV.—22.
(2) San Márcos.—XIV.—24.
(3) San Márcos.—XIV.—21.

cáliz..... (1)

Empero como reverso de este cuadro, como antítesis de esta medalla, preséntase á sus ojos multitud innumerable de varones que por Él sufrirán los mas rudos tormentos, que por seguirlo en la predicacion de su doctrina, sacrificarán gustosos vida y hacienda, los sublimes ejemplos de caridad que contemplará el mundo, las vírgenes dedicadas á constante oracion; la grey numerosa de apóstoles que sin mas armas que el santo madero donde se verificará la redencion, sin aspirar á mas premio que el martirio, recorrerán los mas estraviados pueblos, las mas desconocidas soledades, sin mas idea que llevar al corazon de los infelices sumidos en la oscuridad, la mas pura luz, la mas benéfica enseñanza.

Estas imágenes hacen que su espíritu se reanime, cobre ánimo y que con la mirada mas diáfana esclame tambien á su divino Padre: *Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.* (2)

VI.

En uno de los montes cercanos á Jerusalem ,de aspecto lúgubre y sombrío, redonda cima, cubierta de restos de cráneos y huesos, tiene lugar la mas trágica escena que el mundo ha conocido. Numeroso pueblo se apiña en las veredas del Gólgota para presenciar la muerte del profeta que cantó Isaias. Sediento de escenas de sangre y luto, no les ha satisfecho las que presenció casa de Pilatos, no ha tenido bastante con ver escarnecido al que por todo mal les concedia á cada paso inmensos favores, no ha tenido bastante con ver su cuerpo hecho girones, su cabeza taladrada, su cara llena de sangre y saliva, quiere aun mas, quiere aspirar el último soplo de vida de aquel hombre, quiere lanzarle maldiciones é injurias en sus últimos momentos, quisiera beber gota á gota toda la sangre que en sus venas queda.

Pero estremécese de pronto esta apiñada multitud, llénase de miedo y sobresalto, apodérase de ella mortal congoja; en el instante de ser elevado á los aires el infamante madero, ha sentido estremecerse la tierra bajo sus piés, ha cubierto sus ojos tupido velo; y este pueblo que queria contemplar hasta la última hora la agonia de Cristo, huye, se aleja, se atropella, siente un malestar indefinible; es que lleva sobre su frente la marca por que será conocido de todos, la marca de ignominia que persistirá á través de los siglos y de las generaciones, la mancha de la sangre inocente que ha derramado.....

(1) San Márcos.—XIV.—36.
(2) San Lúcas.—XXII.—42.

Queda solo y oscuro el Calvario; solo permanece en él la centuria que cuida del cuerpo de los reos. Todavia en aquellos breves momentos en que la vida se escapa del pecho del Justo. continua su grande ministerio de enseñar y perdonar. Todavia un ladron que á su derecha tiene, vuelve á él sus ojos, le suplica con una mirada, demándale misericordia, y Él siempre augusto, siempre sublime, se lo concede presto, le señala un asiento á su lado; todavia enmedio de los insultos, de los sarcasmos, de las burlas, dirige los ojos al nublado cielo, y con voz llena de mansedumbre le dice al Padre: *perdónalos porque no saben lo que se hacen.* (1)

Palabras de suprema esperanza, que solo pueden ser pronunciadas por un Dios. Y si no, yo convoco á los antiguos pueblos que sobre la tierra fueron; yo convoco á los Espartanos de muerte gloriosa en los combates, á los Griegos de voluptuoso fin enmedio de los placeres, á los romanos estóicos sin apego á la vida, y que manifiesten si han tenido un filósofo, si han poseido un sabio, que de tal modo haya dado la vida por su doctrina: nada me contestarán; pues si Sócrates dedica sus dias á propagar la idea de un solo Dios, ya en sus últimos momentos le aquejan dudas respecto á la inmortalidad, y solo fué su muerte segun el incrédulo Rousseau, la de un justo.

Si hubo quien sacrificó la vida ó se burló de ella, si hubo un Codro que se dá la muerte por asegurar una victoria, si hubo un Augusto que en el último momento de su vida se burla de si mismo, y pregunta si ha representado bien su comedia, nada me digais; el primero es un hombre que cede á las supersticiones de su tiempo, un suicida á quien admira el mundo; el segundo un desgraciado, un loco sin esperanza, que al dejar la vida cree dejarlo todo; pero el hombre que se sacrifica por todas las naciones y pueblos, que enseña su celestial doctrina tanto en las calles y plazas cuanto en los tribunales y en el patíbulo, el que solo tiene para sus enemigos frases de perdon, el que prescinde de su madre, de sus discípulos para solo pensar en la humanidad á quien rescata, este no es un filósofo, no es un hombre digno de admiracion, es un Dios.

Mas se aproxima la hora de nona. Jesus exhala incomparable gemido esclamando: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* (2) Y como si de estas solas palabras hubiese estado suspendida la máquina del mundo, no bien acaban de salir de los labios de Jesus, densa oscuridad lo cubre todo, circula un frio semejante al de la muerte, agítanse en voluminosas masas las nubes y los elementos, óyese el crujir de

(1) San Lúcas.—.XXIII.—34.
(2) San Lúcas.—XXIII—46.

los sepulcros, el rechinar de las piedras, el caer de las montañas; todo es presa del mayor desconcierto, pero sobre este ruido, sobre esta agonia, sobre esta confusion, percíbense voces ténues como remedo de lejanos ecos que caminan diciendo: Padre, perdónalos, perdona á mis enemigos . . . . . ,

. . . . . ;

. . . . . ,

He tratado de bosquejar rápidamente los dos cuadros mas grandes y opuestos que ha contemplado el mundo. El uno, tipo de molicie y libertinaje, de horrores y escándalo; el otro, lleno de consuelos misteriosos, de inmortales encantos. La senda de los placeres, de la crápula, de la orgía, de la falta de fé, del racionalismo, conduce al primero; el camino de la virtud, de la continencia, del amor puro, lleva al segundo. A la vista de todos están los dos senderos: el uno, por medio de flores que pronto se marchitan conduce á la Roma pagana; el otro, por entre inmortales rosas y cándidos lirios, conduce al Calvario.

José Delgado Carabot.

LA MÚERTE DE JESUS.

Soneto.

¿Por qué nos trae de la ciudad lejana
Sordo murmullo el presuroso viento?
¿Es del pueblo tal vez el ardimiento,
O el alarido de la guerra insana?
¿Por qué nubes de oro y filigrana
No embellecen el ancho firmamento?
¿Por qué á la oscuridad cede su asiento
El astro que lució por la mañana?
¿Por qué chocan las piedras y en pedazos
Saltan, y del sepulcro los mortales
Aparecen de nuevo?.. .. A nadie asombre;
Que ya son rotos los funestos lazos
Del pecado, termínanse sus males:
¡Muere Jesús por redimir al hombre!

José Ruiz Toro.

A LA MUERTE DE JESUS.

Tiembla la tierra en convulsion creciente:
Sobre un monte una cruz, abre sus brazos,
Una madre á sus piés, llora doliente.....
Sintiendo el corazon hecho pedazos:
Un sordo est ruendo en derredor se siente
Pues de la compasion rotos los lazos,
Dejan que muera un Dios crucificado
Por redimir al hombre del pecado.

¡¡Lloremos con Maria, sí, lloremos!!
Y prometamos ser sus buenos hijos,
Nuestras faltas desde hoy purifiquemos
Teniendo en su dolor los ojos fijos.
El martirio de Cristo, no olvidemos,
Que siendo sus tormentos tan prolijos,
Murió por dar la paz al mundo entero
Con sublime dulzura en un madero.....

Maria Antonia Gonzalez Amieba.

LONGINOS EL CIEGO.

El dia se ha vuelto noche.

La luz huye de la tierra dejándola envuelta en el oscuro manto de las tinieblas, y sus fuertes sacudimientos y temblores, llenan de pavor á los aterrados mortales.

Los montes se desgajan y sus rocas se deshacen y dividen en contínuos y repetidos choques.

Las lozas sepulcrales saltan en fragmentos para dar paso á los esqueletos que los habitan en todo el valle de Josafat.

Él trueno con su horrísona y cavernosa voz retumba por el espacio cual una maldicion lanzada por Dios.

De vez en cuando el rayo serpentea é ilumina la tierra, infundiendo más pánico y temor al pueblo jerosolimitano.

A su rojiza luz se vé un monte en el cual se desenvuelve un drama terrible con escenas desgarradoras.

Un grupo numeroso de soldados romanos contempla con salvage ferocidad á tres víctimas que destilando sangre cuelgan de tres maderos.....

Aquellos verdugos se asemejan al tigre que goza en ver á su inocente presa después de despedazarla.

Uno de estos soldados enristra su lanza y pide á

los demás que lo aproximen á la cruz de enmedio.

Sobre esta hay una inscripcion concebida en esta forma: «INRI»

En aquel leño está clavado el sagrado cuerpo de Jesus con el rostro amoratado y sus labios contraidos por el dolor.....

Allí se vé sin exhalar una queja; el mártir ha lanzado su postrer aliento; mas aun resuenan en los oidos de la soldadesca aquellas dulces palabras:

—«Padre, Padre mio, perdonálos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores; porque no saben lo que se hacen.»

El pueblo hebreo está aterrado cual si la sangre de aquel Justo pesara sobre su frente; mas este soldado ciego de cuerpo y alma, se mantiene arrogante y fiero en medio de tanto horror.

Su valentía es digna de mejor causa.

Ostenta un arrojo satánico, y parece que las furias infernales le inspiran y ayudan para desafiar al autor de tanta maravilla.

Allí, apoyando la ancha cuchilla de su lanza en el costado del Hombre-Dios, blasfema contra Él diciendo:

—«Hipócrita Nazareno; si los mares domas y calmas las tempestades, si eres Dios, si dás vida á los muertos y la quitas á los vivos, haz que aquí me confunda y anonade; si tienes tanto poder, inutiliza mi brazo para que no te ofenda; mas en prueba de que nada vales, recibe esta muestra de odio que no te es dado evitar».....

Y así diciendo, su brazo empuja el acero que se introduce en el divino costado de Cristo..... De su sagrado pecho brota un rocío de sangre y algunas gotas caen en el rostro del feroz soldado.

Este siente en todo su ser un temblor extraordinario, cual si por él pasase una corriente eléctrica; al contacto de aquella sangre sus ojos se abren desmesuradamente y en aquel momento recobra su perdida vista; sus piernas vacilan y cae arrodillado abrazando el sagrado leño, pidiendo misericordia y perdon al mismo que momentos antes insultara..... Con los ojos del cuerpo había abierto tambien los del alma.

El deicida estaba arrepentido de su obra y pedia su perdon.

. . . . . .

Algun tiempo después, un hombre doblaba su cabeza recibiendo la palma del martirio en defensa de la cristiandad.

Aquel hombre era Longinos, el que abrió la ancha herida en el costado de Cristo en el monte Calvario.

SALVADOR DURÁN.

Charadas.

Cuando pone la gallina
mucho repite *primera*.
La *segunda* la sostiene
con mucho fervor mi abuela;
y dice que es necesaria
para vivír en la tierra.
Importáron de la China
yo no sé quién, la *tercera*.
La *primera* con *segunda*
lo tomamos con frecuencia.
Primera y *cuarta* la ves,
si la tienes, en tu suegra:
muchas personas la tienen
una mala y otra buena;
y algunos conozco yo,
que tienen lo menos treinta.
Con lo dicho me parece
que el TODO bien se claréa;
pero si alguno tan torpe
hubiere, que no lo entienda,
tome *primera* y *segunda*
que aclára la inteligencia.

G. G. P.

Letra vocal es la *prima*,
La *segunda* es otra letra,
Y es el TODO necesario
Para distinguir la *tercia*,

J. R. T.

Al primero que remita la solucion de esta última charada, se le regalará un ejemplar de «La Abadesa de las Claras», novela que está en publicacion.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

BU—FE—TE.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 1.° de Abril de 1875. Núm. 29.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO.—Consideraciones sobre la unidad religiosa, decretada en España en tiempo de Recaredo, por D. Angel Garcia M. Reguera.—Sonetos, por D. Juan Perez de Guzman.—El Angel del sentimiento, por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.—Cantar, por Maria S. L.—Una cinta en tu garganta (poesia), por D. Guillermo Gonzalez Puya.—A nuestros colaboradores.—Charada.—Salto de caballo.—Soluciones.

CONSIDERACIONES SOBRE LA UNIDAD RELIGIOSA,

DECRETADA EN ESPAÑA EN TIEMPO DE RECAREDO.

II.

(Continuacion.)

1.° A la muerte de Leovigildo, acaecida, como digimos en el año 586, subió al trono Recaredo, á quien habia asociado al poder su padre; y cuyas dotes, como militar y gobernante, habia demostrado en varias ocasiones.

Poderoso rey de un floreciente estado, quiso unir los antagónicos elementos de que se componia; y al efecto, ya fuera por la educacion recibida de su madre Teodosia, católica, ya por el ejemplo de su hermano, ya, como quiere el Turonense, alentado por la última disposicion de su padre, se dispuso á abjurar el arrianismo, y á entrar en el seno de la religion católica. Convocó y reunió antes los obispos arrianos; noticióles su determinacion, y les excitó á que siguieran su ejemplo; pero ellos resistieron á la pretension del monarca: y en su vista, Recaredo, instruido en los misterios de la fé por San Leandro, llevó á efecto su propósito, reparando inmediatamente las injusticias que su padre habia cometido con la iglesia. La abjuracion de Recaredo, si bien no fué hecha en el concilio 3.° de Toledo (1), se ratificó solemnemente en él. Ante sesenta y cinco prelados y dos metropolitanos reunidos en la iglesia de Sta. Leocadia, declaró que acataba la religion católica, aceptando el símbolo de fé del concilio de Nicea, y rogó á sus súbditos le imitáran. Bagda, esposa del monarca, y la familia real, hicieron igual protesta de fé, que fué seguida de las de los próceres y magnates mas distinguidos de la nacion.

Si nos paramos un instante á contemplar el cuadro que ofrece la basílica donde se celebró el concilio, ¡cuántas reflexiones no surgiria á nuestra mente! Allí veriamos al rey, uniéndose por la fé con el último vasallo; al ilustrado obispo abrazando al rudo magnate; allí á dos pueblos que han depuesto sus odios y antiguas diferencias; y allí escucharíamos las tiernas plegarias que dirigen al cielo los prelados, para que, rompiendo la azulada esfera lleguen, al trono del Altísimo pidiéndole su bendicion para el nuevo convertido.

La abjuracion de Recaredo tiene una importancia tal que no es necesario demostrar. Nosotros, entre los hechos que ofrece la historia, siempre hemos dado esa importancia á aquellos que tienden á producir un pueblo, ó á remover los obtáculos que á ello se oponen, ó á dar una nueva faz á las nacionalidades, por que éstas, como los hombres, nacen, crecen, y mueren, y la unidad religiosa fué en la historia patria quien dió nuevo aspecto y vigor á la monarquia visigoda, por que con ella llamadas estaban á desaparecer los odios de razas que tantos males habian acarreado. Uno de nuestros publicistas modernos, ocupándose del suceso que sirve de epígrafe á estas desaliñadas líneas, ya lo ha dicho: «mientras dos pueblos, aunque sean hermanos, queman sus inciensos ante dis-

(1) El concilio se celebró en el año 589, y á los diez meses de reinar Recaredo, segun dice el Padre Florez y confirman las primeras palabras que dirigió el rey á los obispos «Paucos dies post decessum genitoris nostris», anunció públicamente que abrazaba el catolicismo, y exhortaba que le imitasen. Recaredo no usó de su autoridad para este fin segun demuestran las palabras del Biclarense «Ratione potius quam imperio converti ad cathólicam fidem facit».

tintos altares, las creencias les dividen, la fé les aparta; pero desde el instante en que dirigen sus oraciones á una misma divinidad, se unen en la tierra con esa igualdad que engendra el culto al eterno».

La historia presenta hechos en apoyo de tal idea: la union de los antiguos pueblos reconoció por base el sincretismo religioso; por que donde falta la cohesion política, donde hay diversidad de costumbres, donde rigen diferentes leyes, es necesario que haya un lazo superior que una las voluntades; y ese lazo solo puede serlo la religion. Los helenos confundieron su culto grosero con las deidades de los antiguos pueblos del Oriente; Roma, sobre la base del Zeus, creó un culto mitológico tomado de las tres naciones que intervinieron en su formacion: etruscos, sabinos y latinos; y si la unidad de creencias produjo la fusion entre estas razas, no necesitaremos esforzarnos en probar que el concilio de Toledo realizó la fusion de los distintos elementos que existian en nuestra patria, puesto que la religion abrazada era la católica, cuyo fundador es uno, cuyas ideas acerca del origen humano se basan en la unidad, y acerca de sus relaciones en la fraternidad que nos dice: «Amaos los unos á los otros», y en la caridad, virtud la mas sublime que nos lleva á enjugar las lágrimas del desvalido y á socorrer al necesitado

La unidad religiosa vino por sí misma, sin grandes esfuerzos, por que era necesaria. No debe olvidarse, dice Balmes, un hecho universal y constante, cual es que tan luego como hay un desórden grave se levanta un principio fuerte para contrarestarlo, cuyo principio siempre prevalece, á menos que haya otro mejor que lo sustituya. En los siglos medios ese poder era la iglesia; por que en sus leyes tenia la justicia, en sus dogmas la verdad y en su gobierno la prudencia. ¿Pero existia ese desórden grave de que nos habla el filósofo catalan? Nosotros creemos que sí. Época de disturbios fué la de los siglos medios; y mas aun la de los que pertenecen al periodo en que España fué visigoda. En ella las naciones se sucedian con rapidez pasmosa; unos pueblos empujaban á otros pueblos; las hordas del Norte, en su odio á la corrompida Roma, amenazaban apagar hasta las últimas chispas de la cultura latina; la rudeza del gobernante oprimia al gobernado; el robo, el píllaje y el incendio se llevaban por doquiera; y más, que hombres parecian, fieras las razas que habian destruido el imperio de los Césares. No era posible que aquel periodo de luchas sangrientas, de guerras encarnizadas, de perpétuos disturbios continuase; se necesitaba un poder fuerte que reprimiese los desórdenes, como dice el ilustre filósofo catalan, y la Iglesia se levantó en contra de tantos males y logró inclinar la cabeza del bárbaro al blando yugo de la religion católica.

Desde el momento en que esta dominaba la fusion entre los elementos existentes en nuestra patria podia darse por realizada; porque en primer lugar, se borró la diversidad de creencias; y en segundo, la Iglesia fué por medio de la persuacion templando la rudeza del bárbaro, y por medio del ejemplo mostrándole cuán loables son las virtudes, y que no deben ser los hombres enemigos sino hermanos; y de este modo se derrumbaron por sí mismos los privilegios que gozaban los unos y las vejaciones que los otros sufrian, siendo notable que los pueblos del Norte, que habian abrazado la religion católica, fueron los que por mas tiempo ejercieron su autoridad en los paises conquistados.

Y es mas: en aquella época de parcialidades y revueltas, la diferencia religiosa ejerció mucho influjo. El estado temia á los ciudadanos; las parcialidades cundian; los mismos obispos de la Galia gótica, al decir del Turonense, auxiliaban á los monarcas francos, solo por ser católicos, en contra de sus legítimos reyes; pero luego que la unidad religiosa domina, la nacion forma un cuerpo compacto, y cuando el tostado agareno derrumba el imperio de Ataulfo sobrevive el espíritu religioso, que fué el áncora de salvacion á que se acojieron los dispersos restos del vencido, y el lábaro santo que, siete siglos despues, guió á nuestros antepasados hasta los muros de la Odalisca de Occidente, último baluarte del poder musulman en España.

2.° Como corolario de la unidad religiosa podemos sacar la segunda consecuencia de ella: influencia del clero en los negocios civiles.

Errantes los pueblos septentrionales, el elemento guerrero dominaba, y este espíritu era el mantenido en nuestra patria por los visigodos. Mas pasado el periodo de luchas, y necesitando mas bien conservar que adquirir, el predominio del clero era natural y legítimo: natural, por que fué originado por la misma naturaleza de las cosas; legítimo por que cuando peligra la sociedad se necesita un poder que la salve, y ese poder estaba en la Iglesia. A no haber existido esta, dice Guizot, no sé lo que hubiera sucedido en medio de la caida del imperio romano. Y en efecto, mientras los bárbaros con su fiereza propagaban la guerra, la opresion y las venganzas; la Iglesia extiende su protector manto y bajo él cobija á la afligida humanidad, disminuyendo las divisiones procedentes de la desigualdad de origen; suaviza las costumbres de los bárbaros; y al par que reforma las legislaciones, protege la libertad, y modera la autoridad de los príncipes.

Ese predominio estaba mas justificado sin duda en nuestra patria que en ningun otro pueblo. El clero español, ya hemos dicho mas atrás que era el ele-

mento civilizado de España, y aun por egoismo del gobierno, debió vivir al lado de éste para ilustrarle en las cuestiones que á cada paso surgen en la administracion de los pueblos, é indicarles cuales son los medios de captarse el cariño de los gobernados.

Pero aunque la Iglesia tuvo gran participacion en los negocios civiles, no usurpó las atribuciones del poder temporal. Hubo, sí, una conmixtion de facultades: el poder temporal declinó motu propio, parte de su autoridad en el espiritual; la Iglesia, por el opuesto, concedió algunos de sus derechos jurisdiccionales al Estado; y en este consorcio fraternal se ayudaron mútuamente ambas potestades, pudiendo muy bien esclamar el citado Padre Florez, al ver esta reciprocidad en la concesion de atribuciones, que «los jueces parecian obispos, y los obispos daban leyes á los jueces». Los reyes pedian á los prelados su consentimiento, ó su parecer al menos, en las cuestiones de organizacion ó administracion del Estado, naciendo de aquí la influencia del clero, cuyos beneficios pagaron los monarcas otorgando derechos á los prelados españoles. (1) Formaron estos una especie de cuerpo consultivo de los reyes, que convocaban sus reuniones, mezcla de religiosas y civiles, y quizás orígen de nuestras gloriosas córtes.

No nos detendremos á analizar los concilios ni su carácter, (cuestion muy debatida); pero séanos lícito decir que los de Toledo son verdaderas antorchas en medio de la oscuridad de los siglos medios. Aun los mismos que combaten la influencia de la Iglesia (2) reconocen los beneficios que los concilios toledanos reportaron á la causa de la civilizacion. «Hojead la ley de los visigodos, añade el tantas veces nombrado Guizot, y vereis que no es obra de los bárbaros, sino de un principio mas alto, y civilizado.»

El consorcio entre los poderes espiritual y temporal se estendió á la disciplina eclesiástica. La española se habia formado en los concilios provinciales y era especial de nuestra patria. Verificada la conversion de Recaredo y existiendo unidad de miras entre la Iglesia y el Estado, los reyes habian de tener derechos en lo espiritual, como en lo temporal los gozaban los obispos. A cuatro se reducen las facultades concedidas á los príncipes, que únicamente se encuentran en nuestra disciplina, porque esta, como dice Masdeu, tenia muchas costumbres particulares, que se estendieron por varias iglesias y aun llegaron á aceptarse por la romana.

El primer derecho consistia en dictar leyes sobre materia de disciplina y aun para la edificacion de los fieles. Como ejemplo de ésta facultad citaremos á Recaredo, que dispone que las potestades espiritual y temporal persigan á la idolatría; (1) á Chintila, que manda celebrar anualmente rogativas; á Recesvinto, que recibe un voto de gracias del concilio emeritense por el acierto con que gobierna la Iglesia; y á otros, que dictaron disposiciones pertenecientes á la autoridad eclesiástica y que decretaron ellos.

Era objeto del 2.° derecho el planteamiento de un tribunal, que llevase á cabo las decisiones de los concilios. Este derecho de conocer los reyes en último término de las causas eclesiásticas, dice Romey, les fué concedido en el concilio 9.° de Toledo, y posteriormente confirmado en el 13.° (2) El historiador francés, en su afan de disminuir los derechos del pontificado en aquella época, combate la teoria de Cenni, el cual niega que los reyes tuvieran esta facultad, fundado en los negocios de que conocian y en la situacion por que atravesaba la Iglesia española; pero no podemos admitir en absoluto la idea de Romey, por que ejemplos tenemos de apelaciones á la Santa Sede, como ocurrió con Salviano, obispo de Málaga, el cual acudió á Roma y obtuvo del Pontífice Gregorio la gracia de que enviara un legado para depurar los hechos de su acusacion; siendo, en vista de la falsedad de ella, repuesto en su silla: (3) y tambien puede citarse la apelacion interpuesta ante Hilario contra una ordenacion viciosa conferida por Salviano, obispo de Calahorra, segun nos refiere Risco en su Historia Sagrada. (4) Lo que á nuestro parecer es cierto en este punto es que el rey conoceria de ciertas apelaciones de poca monta, y que en los de gran importancia entendieran los Pontífices.

El tercer derecho otorgado á los reyes fué la eleccion de obispos. En un principio esta se hacia por aclamacion, como en toda la cristiandad; pero Recaredo gozó de la prerogativa electoral, que se estendió á sus sucesores de una manera exclusiva, restringiéndose despues, hasta que en los últimos tiempos de la dominacion visigoda era disciplina admitida que el metropolitano de Toledo presentára al monarca, y éste eligiera de acuerdo con él, reservando al clero y al pueblo de su diócesis el derecho de acla-

(1) El cánon 18 del Conc. 3.° de Toledo marca la primera concesion temporal que se hizo á los obispos: mandó que los jueces seculares y los recaudadores se presentáran ante el concilio provincial para qne los obispos examináran su conducta.

(2) Sempere. Hist.ª del Dro. Esp.

(1) Prueban su existencia los cánones 7, 11.° y 2.°, de los conc. 10.°, 12.° y 16.°

(2) Hist. d'Esp. Tom. 1.° cap. 18.

(3) Aguirre.

(4) Tom. 33.—Trat. 69.—Cap. 9.°

macion del prelado. El último derecho concedido á los reyes era la convocacion de los concilios, prerogativa que tenia en su apoyo las razones alegadas acerca de la estrecha union entre la Iglesia y el poder temporal, y la necesidad de que éste protegiera la vida de los obispos, y les diera seguridad en el concilio y en los caminos que habian de recorrer para llegar al punto designado para la celebracion de la asamblea.

3.º Unidos estrechamente los concilios de Toledo y la disciplina de la Iglesia con el Derecho, naturalmente hemos de examinar ahora la influencia que la unidad religiosa hubo de ejercer en la legislacion visigoda.

Ya dijimos anteriormente que cada una de las razas que poblaban nuestro suelo tenia un cuerpo legal por el que se regia. Mas la legislacion de un pais es el reflejo de su cultura y de las tendencias que en él dominan: por eso al desaparecer las diferencias entre godos y españoles, aquellos códigos de raza no llenaban las necesidades del nuevo pueblo, siendo indispensable una nueva ley que las satisfaciera.

He aquí la mision que viene á desempeñar el Fuero Juzgo, obra de los concilios toledanos, ley de vencedores y vencidos, cuya importancia todos conocemos, y cuya influencia en el derecho patrio se deja aun sentir en nuestros dias. No fué este inmortal código obra de un instante: habia, despues de realizada la union, leyes que debian derogarse, faltaban otras que vinieran á satisfacer las nuevas exigencias del pueblo fusionado, y era indispensable tiempo bastante para obrar con acierto en la eleccion de las disposiciones que habian de formar la compilacion. Por eso no creemos al Fuero Juzgo hecho en tiempo de Recaredo, como quieren algunos, sino obra lenta de los concilios toledanos sobre las antiguas codificaciones de una y otra raza.

Mas, qué juicio debe merecernos el Fuero Juzgo? Oigamos las opiniones de varios autores: «No es el Fuero Juzgo, dice Romey, una legislacion de cartas como el código de Eurico ó la ley romana, aunque en él domina el elemento germánico por razones fáciles de comprender.» (1) El mencionado Guizot hace de él un gran elogio que hemos copiado ya; Gibbou le enaltece diciendo que es uno de los monumentos imperecederos del derecho. (2) Sempere y Guarinos elogia á los autores de la compilacion; (3) y enmedio de todas estas alabanzas solo se escucha á Montesquieu, que dice son las leyes del Codex Wisigothorum pueriles en la forma é inútiles en el fondo, aunque despues reconoce su error, y añade que aquellas leyes son mas sanas y mas justas que las contenidas en el Código de los Francos. (1)

Nosotros en primer lugar le encontramos ese carácter de generalidad que le asigna el historiador Romey, como quiera que venia á derogar antiguos privilegios; la ley 9.ª, título 1.º, libro 2.º, permite y aprueba el instruirse en leyes extrangeras; pero, añade, que basta el código para el desempeño de la justicia, sin que haya necesidad de recurrir á otras leyes extrañas. Pero la ley fundamental es la 2.ª, título 2.º, libro 3.º, que deroga la prohibicion de contraer matrimonios entre individuos de una y otra raza: ley que estaba en desuso ya por la costumbre, pero que no llegó á escribirse hasta que tuvo razon de ser.

Si entramos á examinar ahora las ventajas que obtuvo el juriconsulto de la unidad religiosa, podemos observar que la legislacion de razas es una rémora para el derecho, por que dificulta la libre accion de los tribunales; se presta á abusos; impide la rapidez en los negocios; burla la justicia; y es fuente perpétua de querellas y disturbios. La unidad, por el contrario, facilita los medios de accion, sometiendo á todos á una misma ley; deroga los privilegios y hace brillar en todo su explendor la antorcha de la justicia. Creado además el Fuero Juzgo en los concilios toledanos por los hombres mas eminentes de la nacion, sus disposiciones llevan el sello científico de sus autores; suavizan las leyes godas; los cánones conciliares se trasladan al libro de los Jueces, y los principios mas acertados de justicia brillan en sus leyes.

Si otro mérito no tuviera el Fuero Juzgo sino haber unificado las leyes españolas, ocuparia un puesto elevado en la Historia del Derecho; pero la sabiduría de sus disposiciones y la justicia que en ellas resalta le harán vivir eternamente en la memoria del jurisconsulto español, pudiéndole citar como uno de los códigos en que se refleja la marcha progresiva del derecho.

4.º No escasa influencia ejerció la memorable unidad religiosa en el desarrollo de la literatura patria. Mientras existieron las diferencias religiosas, dice el Sr. Amador de los Rios, en su erudita Historia literaria de España, los cristianos se dedicaban á la controversia, á la oposicion de principios á principios, pero luego que llegó á dominar la religion católica aparecieron los poetas, los historiadores, los cultivadores, en una palabra, de los diversos géneros literarios. No

(1) Hist. d'Esp. T. 1.º
(2) Hist. de la Decad. del imp. rom.
(3) Hist. del Dro. espl.

(1) Esprit. des Lois.—Lib. 28, cap. 1.º—No hemos querido trascribir las opiniones de autores nacionales que podian tacharse de parcialidad, y sólo sí la del Sr. Sempere, entre estos, por que combate la influencia de la Iglesia.

era muy apropósito, dijimos mas atrás, la situacion que atravesaba España para el desarrollo de las letras. El ardor de las contiendas y laconcentracion de toda la vida en una sola idea son obstáculos insuperables contra los cuales se estrellan las mas brillantes fantasias y los mas claros ingenios. El clero católico, añadimos, no podia abandonar los deberes de su sagrado ministerio para dedicarse á las placenteras ocupaciones de la literatura; y ¡por esto, hasta la época del tercer concilio toledano apenas se escuchan los tiernos vagidos de la poesía, ni la armoniosa robustez de la prosa.

Llega el ansiado dia en que el combate espiritual termina; en que las persecuciones cesan; en que el sacerdote puede pulsar la lira cristiana; y á la unidad religiosa sucede el periodo mas brillante de la literatura visigoda. Mas las obras de esta época se distinguen por su piedad y erudicion, y á la belleza y galanura de las formas prefieren la verdad del concepto. Atentos los prelados á velar por la pureza del dogma, é inflamados en el amor divino, esparcen los melodiosos acordes de sus sonoras liras en loor al Omnipotente, son sus cantos el arranque espontáneo de los sentimientos de un alma cristiana. (1) En medio de la brillante pléyade de literatos que ofrece este periodo, pocos son los que pertenecen á la raza visigoda. Juan de Biclara es el primero, mereciendo por ello especial mencion de San Isidoro. (2) Al Biclarense debemos la crónica que lleva su nombre, que es un precioso monumento que ha legado á la posteridad, de los sucesos de aquellos tiempos. Brillan tambien los escritores visigodos, Recesvinto, de quien se conservan algunas epístolas; Sisebuto, autor de una vida de San Desiderio; y el conde Bulgarano, del que solo tenemos algunas epístolas escritas en latin con elegante estilo.

Pero el elemento español puede gloriarse de contar los hombres mas eminentes de la época, no solo de España sino del mundo. Dejando aparte á San Leandro, y Eutropio, como escritores de un periodo de transicion, aparecen sus hermanos Fulgencio, obispo de Ecija; Isidoro, prelado de Sevilla, el Doctor de las Españas, cuyas Etimologías, sin fijarnos en las demás obras, son el compendio de los conocimientos de la época; Braulio, autor de varios trabajos en prosa, y del poema titulado «De vanitate seculi sapientia»; Máximo y Corancio, cuyos himnos, llenos de uncion evangélica, brillan tambien por la belleza de las formas; Eugenio, metropolitano de Toledo, notable por la variedad de sus composiciones, ora en prosa, ora en verso; Ildefonso, que pulveriza la heregia y canta las glorias de la Sta. Virgen; Julian, prelado de Toledo, que muy poco nos ha legado; Pablo Emeritense, Tajon, Valerio, y otros muchos, cuya enumeracion seria enfadosa.

No solo se dedicaba el sacerdocio á escribir obras de erudicion y de estudio: al mismo tiempo no se desdeñaba de componer himnos populares dedicados á las clases bajas; por que los restos de la disolucion y vicios romanos, infiltrándose en las costumbres visigodas, comenzaban á desmoralizar á la virgen raza de los septentrionales bosques. Los lascivos cantares de los amores mitológicos corrian de boca en boca; y el clero, siempre celoso de todo lo que á la religion atañia, sustituyó á las báquicas canciones antiguas, dulces y sentidos himnos acomodados á la ilustracion del pueblo, acercándolo así mas al supremo Hacedor, quien con su gran misericordia le abrió el camino del arrepentimiento para hacerle merecedor de la bienaventuranza.

Hemos examinado el estado de la nacion antes y despues del concilio 3.° de Toledo: que con tan glorioso acontecimiento se dió un gran paso en la senda del progreso es innegable; pero, ¿produjo algunos males? ¿tienen fundamento las inculpaciones lanzadas contra la unidad religiosa decretada en el tercer concilio? Es es lo que vamos á examinar en párrafo separado.

(Se continuará.)

(1) Verdaderamente la escuela lírica cristiana estaba formada antes de la venida del visigodo. Aquilino Juveneo y Prudencio Clemente echaron los cimientos de esta literatura, continuada por Orencio y Draconcio: al mismo tiempo se notaba igual movimiento en las demás naciones.

(2) Joannes Gerundensis Ecclesia épiscopus *nativitate gothus* provinciee Lusitana Scalabi natus. De vir. ilustr.

Sonetos.

Duelo mortal me declaró fortuna
Domar pensando mi aspereza innata,
Y tan constate y díscola me trata,
Que es mi vida una lid desde la cuna.
Parcos laureles á su encono aduno,
Pues si tenaz me obliga á que combata,
Para que altiva mi teson abata
No tiene fuerza, ni tendrá ninguna.
¿Qué fin debo temer de mal tan fuerte?
Se asentará el dolor en torno mio,
Me envolverán las sombras de la muerte;
Pero no dejaré que el hado impío,
Ni me rinda á los fieros de la suerte,
Ni sojuzgue á su imperio mi albedrío.

II.

Jamás me saciaré: del bien ó el daño
Que salgan de mi pecho dolorido,
Será el caudal tan grande, como ha sido
En mi sencilla fé mi desengaño.
Mostrar al infortunio el rostro uraño,
Es fátuo humor de un ánimo encogido;
La herida que no mata, estando herido,
Del émulo ennoblece el torpe amaño.
En las sangrientas lides con la suerte,
Para el que todo al éxito abandone,
Luchar es la victoria ó es la muerte:
Que en este mundo miserable y loco
Se perdona lo atroz, no se perdona
Lo mediano, lo mísero, lo poco.

JUAN PEREZ DE GUZMAN.

EL ANGEL DEL SENTIMIENTO.

Cuando recibimos una impresion que nos conmueve, ya sea por nosotros mismos, ya por nuestros semejantes; es sin duda que el Angel del sentimiento tiende sus álas sobre nuestro corazon, y bajo su influjo esperimentamos sensaciones consoladoras unidas á nuestro dolor. Este divino espíritu, al tocar con sus puras álas las fibras mas delicadas del alma, arranca un eco armonioso que endulza los pesares, como el sonido de arpas melodiosas que, pulsadas por dedos invisibles, lograrian consolar y distraer al que sufre.

El Angel del sentimiento fué formado indudablemente del mas encantador conjunto de poesia, pues reune la sonrisa de la paz en sus lábios y la nube de la melancolía en su frente.

El sentimiento es la vida del alma, mientras esta permanece sugeta á los lazos de la tierra; el sentimiento es una sublime creacion que despierta á la criatura para que goce y para que sufra, apreciando asi el valor de diferentes y encontradas impresiones: sin el sentimiento, ¿qué seria el mortal? un ser indiferente á todo y desgraciado, pues sin el dolor no se apreciaría la alegria, y sin la lucha no se comprenderian las ventajas de la paz.

Sentir es tener una seguridad de que vivimos y de que tenemos un alma; sin el sentimiento no amariamos á Dios, ni á la naturaleza, que es un libro en el que está escrito su poder para que no dudemos jamás.

El sentimiento nos hace encontrar atractivos en las tinieblas de una noche borrascosa, por que todo nos habla del criador; y en la pura y rosada mañana de primavera, que ilumina un dorado sol.

El sentimiento hace conmover el corazon lo mismo al recuerdo de nombradas y heróicas acciones, que á la memoria de una pobre flor marchrtada por el estío ó tronchada por el huracan; y es que para el sentimiento, no hay pequeñeces: no existen para él, pues todo lo sublima elevándolo á su altura.

¡Bendito seas mil veces, dulce sentimiento, que agitas el mar de la vida, que sin tí seria un lago de aguas estancadas, por que tu eres el que únicamente sabe rizar sus olas con tu aliento! ¡bendito seas!

Del mismo modo que los rayos del sol reflejan sobre la inmaculada blancura de la nieve, que á su grato contacto se derrite, asi la fúlgida inflencia del sentimiento hace derretir la fria nieve de la indiferencia.

Las lágrimas del sentimiento, son como el rocío de la aurora que refresca y embellece las flores. Dios conserve este espíritu entre nosotros. pues el dia que volviese á su mansion, se llevaría cuanto de noble y hermoso abriga el ser humano; la mente quedaría en una triste oscuridad, y el corazon sentiría un vacío que, sumergiéndole en lánguido desmayo, no le permitiría tomar parte en nada.

Si el sol dejase de alumbrar á la tierra no habria alegría posible, pues el grandioso cuadro de la naturaleza no tendria colorido; y si el sentimienlo, que es el sol del espíritu, batiese sus álas para volar al cielo, moriria la actividad moral que nos sostiene.

Imperecedero, como el curso de los tiempos, es el sentimiento; pasan, se oscurecen y hasta se borran las pasiones; la dicha y el dolor, todo tiene su fin; menos el sentimiento, que vive en el corazon mientras este palpita; y que no se borra mientras la existencia dura, pues siendo parte de nuestto ser, ¿cómo nos habia de abandonar? ¡imposible!!

El Angel del sentimiento debió formarse de una lágrima de aquellas que, puras como brillantes, se deslizaban de los tristes y hermosos ojos de Maria cuando angustiada gemia al pié de la cruz; lágrima que la helada soledad cristalizó; y que, al tender el Altísimo su compasiva mirada sobre ella, se convirtió en estrella clarísima, cuyas luces desprendian amor; esta estrella fué mirada con admiracion por los querubines; un suspiro ténue como la brisa de serenas playas, se elevó del pecho de los pecadores, que contemplaban aquel astro, adorándole como se adora un imposible sin esperanza de obtenerlo nunca: mas Dios entonces quiso dar á los mortales un consuelo digno de su onnipotencia, y bastó su voluntad para que el astro fuese convertido en espíritu angelical, que, al impulso de la mas santa obediencia, bajó á la tierra; y desde entonces, feliz el que siente, feliz el que sufre, feliz el que llora, pues la vida no es un árido desierto, porque brotan en el alma las fragantes flores de la virtud, que el Angel del sentimiento cultiva.

MARIA ANTONIA GONZALEZ AMIEBA.

CANTAR.

La semilla del amor,
Si la siembras en el alma,
No la seca la razon,
Ni la agosta la desgracia.

MARIA S. L.

UNA CINTA EN TU GARGANTA.

Tu garganta torneada,
que es jazmin en su blancura,
ví que llevabas ornada
de rica cinta encarnada,
puesta con gran donosura.

Y era un contraste tan bello
el del alegre color
con la nieve de tu cuello,
que, á no ser tanto mi amor,
naciera de ver aquello.

¡Ay! si á mis manos viniera
la cinta aquella que ví,
una señal de ella hiciera,
que estuviera junto á mí
en cuantos libros leyera.

¡Y qué bella parecias
llevando la cinta aquella!
mirándola se diria
que á muchas flores unia
en ramo cinta tan bella.

Que son flores las facciones
de tu faz de arcángel puro;
mas hermosas que ilusiones,
que admiráran de seguro
las angélicas legiones.

GUILLERMO GONZALEZ PUYA.

A NUESTROS COLABORADORES.

El Dia 23 del corriente Abril se celebra en España el 259 aniversario de la muerte de Cervantes.

Tambien Ronda tuvo la gloria de ser visitada por el autor de *Galatea*: tambien hay rondeños entusiastas admiradores del *Regocijo de las musas*.

Por ahora la redaccion de los Ecos DEL GUADALEVIN no puede solemnizar como quisiera tan memorable acontecimiento; y tiene que sugetar la satisfaccion de sus deseos á muy estrechos límites.

No podemos hacer otra cosa que rogar á nuestros colaboradores se esfuercen por terminar para el próximo aniversario alguna composicion (verso ó prosa) que tenga conexion con Cervantes, su vida ó sus obras, y nos la remitan.

El número 32 de esta Revista deberia publicarse el dia 24 de Abril, y se anticipará un dia para que, en loor á Cervantes, lleve la fecha del en que falleció el *príncipe de los ingenios*.

En dicho dia se reunirá la redaccion y se leerán las composiciones recibidas; y las que presenten los Redactores, acordándose además cuáles han de ver la luz pública en el número 33 siguiente al del aniversario.

Charada.

Defecto que por desgracia
en la sociedad abunda,
engaño y fraude funesto
es mi *primera* y *segunda*:

Colocadas á la inversa
dá señales de inmundicia,
tan comunes en Gaucin
como en Paris y en Galicia.

Segunda y *tercia* denotan,
si no es crasa mi ignorancia,
elevada posicion
de estrangera aristocracia.

Hallarás en mi *tercera*
de animales variedad;
al paso que mi *primera*
es un signo musical.

Y mi TODO, en conclusion,
como puedes comprender
si pusieres atencion,
es un nombre de mujer.

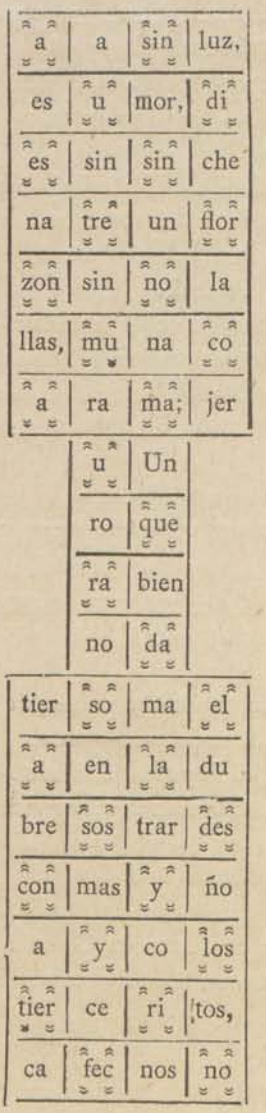
CÁRMEN LLINÁS.

Gaucin.

SALTO DE CABALLO

REMITIDO POR

D. Agustin Prolongo y Montiel.



Principia en la última casilla de la octava línea y concluye en la casilla primera de la línea décima.

La solucion en el número 31, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos las remitan.

Solucion á el Salto de caballo inserto en el número 27:

«A UNA RONDEÑA.—Mucho tiempo has estado ausente; durante él todo lo contemplaba triste y sombrio, el sol sin luz, las flores sin perfumes; pero cuando apareciste otra vez en mi horizonte, lució de nuevo el puro astro que todo lo embellece; aspiré el sublime aroma de la *esperanza*.»

Nos la han remitido: Srta. D.ª Dolores Palacios. Srta. D.ª Cármen Moreti.—D. José Gonzalez Villalobos.—D. Aurelio Diaz Durán, de Ronda.

Srta. D.ª Aurora M. Danino Llinás, de Gibraltar. Srta. D.ª Flora Lobo Carabot, de Salamanca.—D.ª Catalina Gimenez y Gonzalez de Serna, de Grazalema. D. Manuel Astorga, de Málaga.

Tambien hemos recibido con retraso las del salto de caballo del núm. 25 que remitieron D. Adolfo Aparicio, de Gibraltar, y D. Juan Martinez y Romero, del Instituto Topográfico de Madrid.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

La solucion mas exacta
A la Charada primera
Del número veinte y ocho
No es otra que *ca—fe—te—ra.*

Algun tanto receloso,
Dije agusando el sentido,
¿Si será la solucion
De la segunda el *o—i—do*?

Loja. SATURINO GARCIA CALVO.

La primera charada la descifraron en Ronda: Srta. D.ª Pilar Bazo.—Srta. D.ª Encarnacion Ruiz.—Srta. D.ª Teresa Agüera.—Srta. D.ª Clara Salazar.—Srta. D.ª Dolores Palacios.—Srta. D.ª Ana Reguera Moreno.—Srta. D.ª Manuela Molina.—Srta D.ª Manuela Santos. y Srta. D.ª Cármen Llinás, de Gaucin.

A la segunda han remitido solucion:

Srta. D.ª Rafaela Brabo.—Srta. D.ª Dolores Palacios. Srta. D.ª Manuela Molina.—Srta. D.ª Encarnacion Salazar.—D.ª Dolores Martin Muñoz.-D. Rafael Atienza Huertos.—D. José Gonzalez Villalobos, de Ronda.

Srta. D.ª Cármen Llinás de Gaucin, y Srta. D.ª Aurora M. Danino, de Gibraltar.

No habiendo podido averiguar con exactitud qué persona fué la que remitió primero la solucion de la charada *oido*, hemos resuelto repartir un ejemplar de la novelita, á cada una de las que nos avisó haberla descifrado. El tomo constará de 40 entregas, de las que van publicadas 9.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 8 de Abril de 1875. Núm. 30.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO.—A la respetable memoria de D. Manuel Bueso y Ortiz (poesia), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macias.—Tricornios y tijeras (cuadros de costumbres), por D. José Estevan Bravo.—A la niña Concepcion Sola Martinez (poesia), por D. Antonio Gimenez Verdejo.—¡Qué poco duran! (poesia), por G. de Puga.—A una golondrina (poesia), por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.—Los Angeles buenos. (Conclusion.) El ángel del consuelo (poesia), por D. Francisco Gimenez Campaña.—Cantar, por Maria S. L.—¿Serán bellos.....? (poesia), por Ramiro Lasso de la Vega —Charadas.

A LA RESPETABLE MEMORIA
DE
D. MANUEL BUESO Y ORTIZ.

No existe yá; la descarnada mano
de la sombría muerte
cortó con rapidez aterradora
el hilo de su vida.
No existe ya; no existe: la materia
inerte y fria quedará en su tumba.
Se hundió en las sombras de su triste ocaso.
Asi el mortal, con inseguro paso,
en la impalpable nada se derrumba.
Solo queda en la tierra,
del noble sér que todos conocimos,
yerto cadáver que un sepulcro encierra.
Todo acabó: su espíritu elevado,
libre de las humanas ligaduras,
al seno del Señor habrá volado.
Honremos su memoria,
ya que en la vida conseguir no pudo
ni un justo lauro de su ansiada gloria.
Cuando medito en los amargos dias
de sus postreros años;
Anciano, sin familia, enfermo y triste,
devorando crueles desengaños,
y contemplo despues cuando marchita
se inclina su cabeza,
cuando del mundo nada necesita,
que el mundo entonces á ensalzarlo empieza,
siento inmenso pesar. ¡Se le corona
al desplomarse en funerario lecho!
Cuando en esto se piensa y se razona
arde la indignacion dentro del pecho.
Si lauros merecia
¿por qué no se los daban
cuando su noble corazon latia?
¡Suerte cruel! En su elevada mente
de la ciencia brillaban los destellos;
Sólida y elocuente
la ilustracion se reflejaba en ellos.
Al escuchar su acento, parecia
que el puro rayo de una luz secreta,
su altivo pensamiento esclarecia,
ensanchando su alma de poeta.
Y á pesar de la ciencia,
que con tan digno afan atesoraba
y de sus altas dotes,
un infausto destino deploraba:
sañuda, pertinaz, infatigable
siguióle la desgracia en su camino,
pidiéndole tributo
cuando gozoso recoger creyera
de sus afanes el ansiado fruto,
y cuando se le ofrece
homenage que tanto mereciera;
cuando Ronda con él se enorgullece
y en mostrarle persiste
la sincera espresion de su cariño,
ya no puede escucharla; ya no existe.
¡Amarga realidad; dura esperiencia
que grave y silenciosa nos señala
el término infeliz de la existencia!
Todo acaba: cual sombra fugitiva
el hombre cruza la escabrosa tierra.
Su condicion altiva,
la espantosa miseria que le aterra,
la riqueza, la gloria, la esperanza,
las bellas ilusiones,

cuanto el mortal en su camino alcanza,
nace, súbito crece;
y en raudo torbellino
se ensancha, se dilata y desparece.
Todo pasa en el mundo
cual rápida centella que rutila
y húndese al fin del mar en lo profundo.
Ayer en nuestro suelo
se alzaba majestuosa su figura;
hoy sus amigos, con profundo duelo,
lo dejan en la triste sepultura:
mañana; de su muerte
el recuerdo tambien se habrá borrado,
y en la sombría y lúgubre morada
de los que fueron, quedará olvidado:
yó misma, yó que tanto le merezco,
que tanto lo admiraba y le queria
y que su muerte lloro,
quizá me olvidaré de que existia.
¡Es tan varia y ligera
la condicion humana!
Mas, ¿quién puede decir, quién me asegura
si se puede estinguir un sentimiento
ó si en el alma para siempre dura?
¿Tan frágil es mi afecto y tan sencillo?
Yó pienso y hablo sin mirar siquiera
que hasta mi propio sentimiento humillo.
¡Oh! nunca: su recuerdo
está en mi corazon, está en mi lira,
yó no podré olvidarle; si lo dije,
jamás pude sentirlo; fué mentira.
El puro, el delicado sentimiento
de inmensa gratitud, que el alma siente,
y llena el pensamiento,
no se puede estinguir tan fácilmente:
si entre los pliegues de su helado manto
la muerte lo sepulta
para en éstasis misterioso y santo
elevarle á la Gloria,
mansion dichosa de la eterna vida,
allí le seguirá la fiel memoria
de un alma para siempre agradecida.
Esa es la sola ofrenda que los vivos
podemos tributar á los que han muerto,
mientras seguimos llenos de zozobra
de la vida infeliz por el desierto:
despues, ¡Dios mio! tu sagrada mano
estiéndese potente
para ocultarnos el profundo arcano
de ese mundo en que piensa nuestra mente.
Tan solo en nuestro anhelo descubrimos
una senda de abrojos,
á cuyo fin se ostenta funerario
encerrando del mundo los despojos
y envuelto en un fatídico sudario,
inmensurable, horrible cementerio,
y allí, naciendo como densa bruma,
las gigantescas sombras del misterio:
mas tambien los fulgores
surgen allí de nuestra fé cristiana
y sobre el triste mundo y sus dolores
vemos la Omnipotencia Soberana.
¡Oh Bondad infinita!
yó respeto y adoro tu grandeza:
yó te bendigo hasta en la misma muerte
y hoy quisiera vencer, serena y fuerte,
de mi angustiado pecho la tristeza;
pero es tan dolorosa
la pérdida final de un ser querido;
es la muerte tan dura,
que si te adora el alma fervorosa,
es enmedio del luto y la amargura.
¡Oh, nunca mas su persuasivo acento
resonará en mi oido!
¡Brota en mi corazon el sentimiento!
Mas cese ya mi canto dolorido.
En el tranquilo cielo
goce su alma la eternal ventura.
Harto tiempo luchó desconsolada
en las miserias de la tierra impura.

RAFAELA BRABO MACIAS.

Ronda 13 *Marzo* 1875.

TRICORNIOS Y TIJERAS.

CUADROS DE COSTUMBRES
POR
JOSÉ ESTEVAN BRAVO.

A MI QUERIDO PRIMO D. JOSE FERNANDEZ BRAVO.

I.

EN EL TEATRO.

—Suplico á V. caballero que se coloque bien en su asiento: me está incomodando con sus rodillas.

—Pero si está usted recostándose, señora...,.

—Yo no me recuesto sobre nadie: está usted faltándome.

—Señora, yo no le falto á usted. Los asientos son muy estrechos, y no puedo evitar que todos se encuentren ocupados.

—Puede usted encojer un poco las piernas.

—Me es imposible, señora. La persona que se halla colocada en el asiento inmediato superior al mio,

tiene puesto un pié en este. Siento mucho no poder complacer á usted.

—¿Me importa á mi algo esa persona? Usted es quien está molestándome.

—Tambien á mi me incomodan y sin embargo no me quejo: ruego á V., caballero, que tenga la debida compostura.

—Nunca la olvido.

—Entonces. ...

—Acabemos, señora; y asi ruego á usted que no me importune mas con su conversacion; váyase con su *compostura*, que no trae usted poca, á otra parte.

—¡Insolente!—¡Oh!.....—!Mal cria. ....—¡Ah!

La señora, que era muy gruesa, nariz ancha y un si es no es respingona, y como de unos cincuenta, refunfuña y agita furiosa el abanico; mientras el caballero, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, estremadamente alto y flaco, la mira con desden, encaramándose las gafas hasta el nacimiento del cabello.

Este sugeto llamábase Romualdo Conzalez.

El anterior diálogo habia tenido lugar en uno de los anfiteatros de *El español*.

Era Domingo y estrenábase un drama Los billetes habíanse vendido á un precio fabuloso: lo cual, como es sabido, poco importa á las gentes de Madrid en un dia de fiesta. Confiadas en la acreditada reputacion del autor, habian pagado con gusto la primada á los revendedores.

Antes de llegar en esos dias de bulla la persona que vá á tomar billete á la ventanilla del despacho, vése rodeada de una multitud de esos *pájaros*, cuyo oficio consiste en aligerar los bolsillos del prójimo con anuencia de este (hoy pagan contribucion, usan gorra con golon dorado..... y vamos andando, que otras mas estrañas cosas se ven en nuestro pais), y dándole empellones y codazos esclaman, mientras preséntanles una porcion de billetes:

—Butacas, butacas por su precio.—¿Entradas de abono?—¿Paraiso?—No hay mas localidades.....

La persona que se encuentra en este caso, pugna por acercarse al despacho de billetes, contestando con el silencio á los que lo empujan y aturden. Empero los esfuerzos, que hay que emplear para llegar á la codiciada ventanilla, suelen ser ineficaces en un dia festivo, sobre todo si es de *estreno*. Un inmenso grupo, que compónese en general de aspirantes á espectadores de la funcion anunciada, (decimos en su mayor parte, en razon á que unos por *limpiar* los agenos bolsillos; otros por la singular satisfaccion que reciben de recibir y dar empellones, sobre todo si hay señoras en danza, y algunos por otras causas, introdúcense donde abundan aquellos) suele llenar gran trecho de la calle, y de él parten quejas, imprecaciones y denuestos, Cual, que hállase próximo al codiciado ventanillo, pide á gritos su entrada, esforzándose para alcanzar la reja; cual atropella á los que le rodean á fin de perseguir á un prójimo que le ha robado su reloj; cual pone el grito en el cielo á causa de un pisoton morrocotudo; cual jura y maldice de que háyasele caido el dinero que en las manos llevaba, y como resultado de esta y otras parecidas y no parecidas cosas que debemos omitir, suelen ser los postres correspondientes á tan buena comida, algunas raciones muy regulares de estacazos.

Muchas gentes prefieren comprar su billete á un revendedor á tomarle en el despacho por menos dinero, pero á costa de mas codazos y pisotones. La persona que acércase á quel con decidida intencion de comprarle una entrada, ofrece el precio de esta con la adicion de un sesenta por ciento; pero el revendedor, en atencion á sus buenas narices, narices que asi olfatean á los primos como á las liebres los podencos, conoce enseguida que el que solicita ser engañado está decidido á conseguirlo; y así, pide un ciento cincuenta por ciento de ganancia, cuya cantidad, amen del precio del billete, entrégale el comprador, no sin llamar antes al *comerciante*, sanguijuela de los aficionados al teatro.

Empero cerremos el paréntesis, que va yá siendo largo, y mézclémonos de nuevo entre los espectadores.

En la fila tercera del anfiteatro, á que el lector se ha servido acompañarnos, habia tres señoras bastante próximas al asiento ocupado por Gonzalez. La mayor contaría cuarenta y cinco años, y era tuerta, de nariz larga, barba saliente en estremo, abultados pómulos, y usaba de peluca. Dicha señora tendria, pues, muchos atractivos físicos si consistieran estos en la fealdad mas espantosa. Eran las otras jóvenes rubias, bonitas, de ojos tan puros como el cielo. La mayor podria tener veintidos años y su compañera de diez y siete á diez y ocho.

—¿Te gusta el drama, Maria? pregunta la menor de las jóvenes.

—Mucho, responde la otra; y aunque no hemos visto mas que el primer acto, preveo el desenlace.

—¿Y eso te agrada?

—Sí.

—Pues á mi me gusta mas que el autor dé un desenlace á su obra distinto del que he imaginado.

—Yo creo es mas natural el que se provee.

—¿Cuántos actos tiene el drama? pregunta la apergaminada vieja.

—Tres. ¡Cuanto nos hubiéramos divertido, Margarita, si estuviera con nosotras Federico! dice Maria, por lo bajo á su compañera.

—Efectivamente; pero dime, ¿cuándo piensa hablar á nuestra tia? Hace mas de tres meses que tiene relaciones.....

—Varias veces se lo he indicado á Federico, y siempre me contesta que aun no es tiempo. Y no desconfio de él apesar de que esquiva entrar en nuestra casa.

—Si te engañara.....

Maria interrumpió á su compañera lanzando un suspiro de cuyo origen no se podia dudar. Despues, asiendo á esta de una mano, y apretándosela cariñosamente, dijo:

—Federico aun no ha concluido su carrera. Cuando sea abogado.....

—Oh! te llamarán señora y.....

—Jesús! qué calor! dice el pergamino en espíritu, si se nos permite la palabra, enjugándose el abundante sudor que corria por su frente.

—Es insoportable, señora, repuso una mujer de pueblo, de abundantes cabellos, negros ojos, asi morena como obesa, que hallábase junto á Margarita. Las gentes de abajo están tan *arrellanás* en sus butacas..... pues y las de los palcos?..... Ya se vé! ocupando esas *localidaes*, bien puede venirse al teatro. No es cierto señora doña.....

—Gertrudiz, para servir á usted.

—Pues sí, doña *Gertrues*, dijo la morena inclinándose ligeramente; aqui se suda mucho, se vé poco, y se oye menos. *Miste*, doña *Gertrues*. yo no quisiera mas que ver á una de esas que se echan tantos polvos y se ponen tantos cintajos y enseñan tantas cosas mas que las manos, la cara y el pescuezo, aqui arriba, por no poder ir á otro asiento. No vendria, de seguro, mas que una vez, por que las que venimos á este sitio venimos á ver y ellas vienen á que las vean. Pero no tienen ellas la culpa.

Diciendo estas, que conceptuamos de verdades, en razon á que algunas señoras, sea dicho con perdon de ellas, ocúpanse poco de lo que deben ocuparse mucho, y ocúpanse mucho de lo que no se deben ocupar, levantaba la buena mujer la voz y accionaba con tales brios, que en esto un orador intransigente comparado con ella, hubiérase quedado en mantilla.

Siguió hablando y dejando caer las manos con fuerza. Una de las veces fué á dar un golpe á su redondo muslo; pero combinó mal la punteria con el movimiento que tenia este de derecha á izquierda, y la robusta mano cayó pesadamente sobre el hombro de un jóven semi-lechuguino, de atléticas formas y semblante estúpido, que hallábase colocado en el asiento inmediato inferior, entretenido en golpear con un bastoncillo de hierro las puntas de sus piés.

—¡Canario! esclamó ei jóven volviendo bruscamente la cabeza.

—Dispense usted: ha sido involuntariamente.

—Tenga usted mas cuidado.

—Repito que ha sido involuntariamente. Y aunque no hubiera sido así, qué?

—Por las once mil virgenes, señora, tengamos la fiesta en paz. Tengo malísimas pulgas.

—Me importa lo mismo que si fueran buenas.

El jóven nada contestó, y para terminar el diálogo que por momentos iba agriándose, volvió la cabeza y comenzó á golpear el suelo con su bastoncillo talareando una cancion popular,

—Tenga usted la bondad de no dar golpes con el baston, dijo á nuestro jóven, otro agente de órden público, que se habia llegado á sosegar la disputa.

—Yo no hago ruido, contestó el aludido, torciendo el gesto.

—Si hace usted ruido, repuso el agente. No dé usted golpes; de lo contrario me veré en la necesidad de echarle del teatro.

—A mi no me echa nadie de aquí.

—A usted y á cualquiera que arme ruido.

El del bastoncillo nada dijo; y como viera el agente que sus palabras habian producido buen efecto, se disponía á marchar: empero volvióse bruscamente y, asiendo de un brazo al jóven, esclamó:

—Repito á usted que está prohibido hacer ruido con los bastones. Dé usted palmadas, que es lo único que puedo consentirle.

—Suélteme usted—¡vive Dios!.....

Y aquí comenzó nuestro jóven á soltar ternos y á jurar y á maldecir de lo que le ocurria.

Exasperado el agente comenzó á forcegear con su antagonista á fin de levantarlo de su asiento; pero el del bastoncillo, cuyo rostro habíase puesto rojo, alzó el brazo que tenia libre y dirijió un terrible golpe á la mejilla derecha del agente. Pudo este evitar la caricia bajando la cabeza; mas no que su galoneado sombrero, que recibió aquel, fuera á caer sobre la cabeza de la señora á quien habian incomodado las rodillas de Gonzalez.

—Bárbaros! esclamó esta, y asiendo el tricornio, mientras con la otra mano arreglaba el desórden ocasionado en sus cabellos, lo arrojó con fuerza al irritado agente,

La casualidad, madre de tantos acontecimientos, hizo que el brazo de la gruesa señora tropezara con Gonzalez que en aquel momento habíase puesto de pié, picado de la curiosidad, y el sombrero, cambiando de direccion, fué á dar en las narices de la mujer de pueblo, causa de aquel semi-alboroto.

—Caramba, esclamó aquella poniéndose de pié: bien podia usted echar el sombrerito á otra parte.

—Tambien me lo han arrojado á mí.

—No es culpa mia.

—¡A la calle! esclamó el enfuriado polizonte.

—¿Y esto es un teatro? preguntó la señora que había llevado el primer sombrerazo.

—Si no le parece á usted bueno, márchese. repuso la que habia recibido el segundo: nos haria usted un favor grandísimo.

—Yo me marcharé cuando me acomode. He pagado como usted, quizá más.... ¡qué desverguenza!—

—La desvergonzada es usted. Si estuviéramos mas próximas tendria la satisfaccion de arrancarle los cabellos....: á fé, á fé que no le habrán costado menos de cuatro duros.

—Silencio! esclamó el agente.

—Es que esa señora.....

—¡Silencio!

—No quiero callar.

—Callará usted mal que le pese.

—¡Y he de consentir que esa cursi!.....

—¿Cursi yó?..... ¡Desvergonzada!.....

—¡Que salga el toro! esclamó uno que hasta entonces habia guardado silencio.

—Señora, calle usted por Dios, dijo doña Gertrudis á la mujer de pueblo. Lo que ha ocurrido no es cosa.....

—Pero ¡por san Juan Crisóstomo, señora, si me han deshecho las narices!..... si yo cojiera á esa.....

—Está usted insultándome, repuso la aludida..... ¡Ay!..... si mi esposo estuviera aquí.....

—Se guardaria las manitas en los bolsillos, dijo el que habia pedido la salida del toro.

—¿Y á usted quién le dá vela en este entierro? dijo aquella señora.

—Calle usted, repuso el aficionado á la tauromaquia: si es usted la que ha causado todo.....

—¿Yo?... ¿lo dice usted por lo que me ha ocurrido con este caballero? añadió señalando á Gonzalez: ¿habia de consentir que me tocara con sus rodillas las espaldas?.....

—Poco á poco, señora, repuso Romualdo ya amostazado: usted se ha recostado....

—¡Insolente!.....

—Señora dos veces me ha llamado usted asi, y por Dios, no me lo ha de llamar otra, que ni sufro insultos, ni tolero me dé lecciones quien debe recibirlas.

—Silencio, señores, dijo el agente calmado ya de su rebato; y usted, añadió dirigiéndose al del bastoncillo, me seguirá cuando termine la funcion.

Estas últimas palabras surtieron mal efecto.

Romualdo estaba de pié enjugándose el copioso sudor que bañaba su frente; Maria y Margarita, pálidas, asustadas, aproximábanse á su tia como si temieran alguna agresion; el polizonte limpiaba y arreglaba su magullado sombrero; las dos prójimas que habian recibido las caricias de este, de pié y rojas por el calor y la cólera, mirábanse y gruñian, como si fueran á acometerse; y la mayor parte de los restantes espectadores que se encontraban en el anfiteatro, unos de pié, sentados otros, gritaban, silbaban, golpeaban las tablas con sus bastones y dirijan bolitas de papel al desgraciado agente, que esforzábase y sudaba á fin de aplacar aquella infernal barahunda.

De repente oyóse gritar ¡fuego! ¡fuego!, y todos los espectadores que contenia el anfiteatro, cual si estuvieran sujetos á la accion de un resorte, levantáronse á un tiempo é inmediatamente comenzaron á bajar por las escaleras atropellándose los unos á los otros.

Romualdo, que se hallaba muy próximo á una de las puertas, salió de los primeros. En dos segundos llegó casi á la terminacion de la escalera, y alli tropezó con un mozo de café que llevaba varios vasos llenos de agua. Los vasos vinieron á tierra y parte del agua cayó sobre una vieja que se encontraba junto al mozo. Esta, que sin duda era poco aficionada á refrescarse, puso el grito en el cielo al sentir la frialdad del líquido en sus espaldas, y con el rostro descompuesto por el coraje y, á mayor abundamiento, por la impresion recibida, intentó arrojarse sobre el autor del hecho. Romualdo esquivó el ataque saltando tres escalones; pero la mala suerte, que aquella noche habia sido su inseparable compañera, hizo que resbalara y rodase por la escalera, arrastrando en su caida á una señora que en aquel momento pasaba seguida de su esposo, la cual, en su descenso, mostró á las agenas miradas cierta parte voluminosa de su cuerpo.

Levantóse Gonzalez jurando y maldiciendo de su torpeza, y se lanzó á la calle sin presentar sus escusas á la señora que rodó por la escalera en su compaña.

Cuando el teatro quedó medio desocupado y comenzó á reinar la calma, se vió que las voces que la habian ahuyentado y sido causa de otras muchas desagradables cosas, debió darlas un chusco ó tal vez un malvado, que no ignoraba podia servise de los empellones para reunir algunos pañuelos, relojes y monedas.

(Se continuará.)

A LA NIÑA

CONCEPCION SOLA MARTINEZ.

Concha pura, ángel bello, niña querida,
nueva flor, que á la brisa de la mañana,
vas abriendo tu cáliz, en donde anida
esa santa inocencia, que te engalana;
tímidas son tus frases, celestes notas
que extasian el alma con su dulzura;
ellas vibran del arpa las cuerdas rotas,
ellas brindan encanto, prestan ventura;

ténues como las áuras de primavera,
puras y angelicales
rosas que se columpian en los jarales
de la pradera.

¿Dices que no te quiero? ¡pobre ángel mio!
¡Si es imposible el verte sin adorarte!
¿No ves lo que has logrado? ¡que en desvario
pulse mi tosca lira para cantarte!
tú eres claro arroyuelo, yó turbio rio;
la inspiracion tú eres, yo soy el arte:
tú eres la flor que mece suave la brisa,
yó soy helado tronco que se derrumba;
tú vas vertiendo goces en tu sonrisa,
tú vas hácia la vida, yó hácia la tumba.

Sé pura siempre, Concha, como esas flores
que hoy inclinan sus tallos ante tu frente;
velen tus castos sueños hadas de amores;
guarde Dios tu pureza, niña inocente:
Sea para tí la vida, raudal fecundo
de tiernas emociones, que goce el alma;
nunca el emponzoñado viento del mundo
en su abrasado aliento seque tu calma:
nunca el dolor tu pecho, fiero taladre,
y en santo anhelo
no olvides nunca, Concha, que está tu madre
viéndote desde el cielo.

Antonio Gimenez Verdejo.

Diciembre, 1874.

¡QUÉ POCO DURAN!

Al soplo que los vientos
dan á los mares,
blancas espumas, niña,
saltan al aire;
y apenas saltan,
otro soplo del viento
las desbarata.

Al soplo de la suerte
nacen las dichas,
pero apenas las vemos
otro, las quita.
Dichas y espumas
¡qué pronto se dechacen!
¡qué poco duran!

Graciliano de Puga.

A UNA GOLONDRINA.

Alegre golondrina, que has dormido
Sobre la puerta de mi misma estancia,
¿Por qué tan pronto para mí te has ido,
poniendo entre los dos tan gran distancia?
Yo al reposo tranquila me entregaba,
Cuando tú te mecias oscilante
En tu lecho, y el sueño me guardaba
Tu presencia, dulcísima y constante.
Todas las noches á ese lecho amigo
Dedico una mirada cariñosa,
Y en mi imaginacion tu vuelo sigo
Creyendo que te alcanzo fatigosa.
Todo lo que perdemos deseamos,
¡Qué triste condicion la de la vida!
Junto á la dicha á veces nos pasamos
Y luego la lloramos ya perdida.
Ahora conozco lo que te queria
Dulce avecilla, que cruel te alejas
Solo por tu regreso yo daria
Mas de lo que poseo, y tú me dejas.....
Yo espero con anhelo tu venida
Mas, falta largo invierno que pasar
Y deseo tu vuelta ver seguida
De dichas, esperanzas y bien-estar.
No olvides dulce amiga tu morada,
Y torna y ameniza mi vivienda:
Mira que sufro mucho al ver borrada
Tu huella, y á Dios pido que me atienda.
Confiada yo aguardo tu venida,
Pues tú, no cabe duda, has de volver
Que tan segura como fué tu ida,
Tan seguro el regreso debe ser.
Como un techo á las dos nos abrigaba
Muy triste es para mí tu larga ausencia
Y cuando mi oracion á Dios alaba
Para otro año le pido tu presencia.
Tú arrebatas al irte los amores,
Pues que contigo huyó la primavera,
Tambien huyó el verano con sus flores,
Perdiendo su belleza la pradera.
Con tu venida vuelve la alegria,
Y renacen la vida y el contento
De dichas para todos es el dia
Que tus álas agitan este viento.
En tu ausencia la nieve cubre el monte
Y cubren pardas nubes la ciudad:
Cuando vuelves se aclara el horizonte,
Cuando llegas todo es felicidad.

Maria Antonia Gonzalez Amieba.

LOS ÁNGELES BUENOS.

III.

(CONCLUSIÓN.)

EL ANGEL DEL CONSUELO.

Lloraba Maria, la Virgen hermosa,
La luz de los astros, la paz del Eden,
La flor de los valles buscando angustiosa
Al tierno capullo, nacido en Belen.

El llanto bañaba, cual lluvia de perlas,
Sus frescas megillas de nieve y carmin,
Y alados querubes del cielo á cojerlas
Bajaron, llenando de luz el confin.

En copa de oro su llanto llevaron
Al trono esplendente del sumo Hacedor,
Y apenas el lloro sus ojos miraron
Tornóse un arcángel radiante de amor.

Yo soy ese espíritu, creacion misteriosa,
Mi esencia es ternura, mis ojos bondad,
Y llevo en mis álas de nácar y rosa
Al hombre, que gime, la célica paz.

Yo vivo en el sólio, que tiene Maria,
Su rostro contemplo de nube al través;
Y, como formado del llanto, que un dia
Vertiera sus ojos, me aduermo á sus piés.

Yo velo en la tierra los castos amores.
Yo endulzo en las almas la hiel del pesar,
Yo llevo al marino del mar entre horrores
Suspiros, que suele su amante exhalar.

Al triste cautivo, que gime en la oscura
Prision, lamentando la suerte fatal,
Le presto en sus trovas eterna dulzura,
Que ahuyenta del pecho las sombras del mal.

Yo muestro á la madre que trémula llora
La muerte temprana del hijo mejor,
Abiertos los cielos, la imágen que adora,
Que tierna la llama con voces de amor.

Yo al hombre, que pierde la dulce esperanza
De que oiga sus quejas divina mujer,
Le inspiro cual genio y trova y alcanza
Diadema de gloria de eterno valer.

Yo soy el arcángel de paz y consuelo,
Yo enjugo los ojos, que enturbia el pesar,
Yo vivo en el sólio, que tiene en el cielo
La Virgen excelsa, la perla del mar.

FRANCISCO GIMENEZ CAMPAÑA.

Hemos tenido el gusto de recibir el cambio de *El Cronicon Herdeme*, magnífica revista de ciencias, artes literatura é historia local, de Lérida.—*La Verdad*, revista elegantemente impresa y perfectamente escrita en Cadiz.—La universal, científica y literaria, revista que con el título de la *Defensa de la Sociedad* dirige en Madrid D. Cárlos M.ª Perier, y su adjunta *La Hoja popular*.—*El Semanario Gaditano*.—*La Fé*, semanario religioso, de Málaga, dirigida por el presbítero D. José Avilés Perez.—*El Genio*, revista de instruccion y recreo, ilustrada con preciosas fotografías.—*El Sentido Comun*, revista dedicada á combatir el espiritismo, y que se publica en Lérida.—La bien redactada *Crónica de Leon*.—*La Lira*, periódico musical que sale en la Coruña.—*La Revista de Málaga*, órgano de la sociedad de ciencias, físicas y naturales; y el *Correo de Andalucia*, de Málaga; y *El Noticiero de Murcia*, diarios.

Reciban todos nuestro mas cordial saludo,

CANTAR.

Mi amigo ha sido el dolor,
Y mis amores las penas:
¡Asi tengo el corazon
Que solo Dios lo consuela!

MARIA S. L.

¿SERÁN BELLOS.....?

Un dia..... tú eras muy niña
y en la cuna recostada,
te habias quedado dormida
con las manitas cruzadas.

En un rayo del sol claro
bajó un ángel á tu casa;
y, como estabas tú sola,
entró, volando en la estancia.

Llegó temblando á la cuna;
plegó un momento sus álas
y *curioso* se detuvo,
por ver tu faz agraciada.

Tú sonreias durmiendo,
¡quién sabe! ¡tal vez soñabas!
él tambien se sonreia
y en éxtasis te miraba.

En esto abriste los ojos;
y en esas pupilas claras,

se retrató de aquel ángel
la belleza estraordinaria.

Y como fué de improviso
no pudo tender sus álas,
volando, sin que tus ojos
su angélica faz copiáran.

Pasó tiempo, y diz que luego
la hermosura reflejaban
del ángel que, por *curioso*,
lloró en el cielo su falta.

Hoy que mujer te has formado,
el que esos soles repara,
de una emocion misteriosa
siente conmovida el alma;

Y es que en tus ojos divinos
aquella imágen copiada,
ni en los años que has vivido
ha querido Dios borrarla.

RAMIRO LASSO DE LA VEGA.

Charadas.

Era *primera* con *tercia*
De mis sueños ideal.
La *segunda* con la *prima*
En un rio la hallarás.
Y si buscas la *segunda*,
Fácilmente te dará
Una nota de las siete
De la escala musical.
Prima y *segunda* yo creo
La charada juzgarás,
Mas confio en tu indulgencia,
Lector, con seguridad.
En el TODO, si lo aciertas,
El propio nombre verás
De una poblacion bonita
Que se retrata en el mar.

ANA PONCE BOCANEGRA.

En el juego de esconderse,
que en muchas partes se juega,
salida de bellos lábios,
he escuchado la *primera*.
Un nombre que dice el niño
apenas á hablar comienza,
es *segunda* repetida
por tan tiernecita lengua.
Prima y *tercera* de antiguo
son pastores en la tierra,
que constantes encaminan
al redil á las ovejas.
Y el TODO, si vas al Norte
en campaña te lo encuentras.

G. G. P.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

Supongo que á la charada
La solucion es *Do—lo—res*,
No estoy ducha en acertarlas
Y puede que me equivoque.

ANA PONCE BOCANEGRA.

—

Dias pasados me ofreció
Mi primo un ramo de flores,
Y en la cinta que traia
Escrito estaba *Dolores*.

ISABEL GUTIERREZ Y MORALES.

—

Hecha la combinacion
De *res*, *dolo*, *lodo* y *lores*,
No hay mas que aumentar el *do*
y encontraremos *Dolores*.

CÁRMEN MORETI.

—

Al momento que la ví
ya no abrigaba temores
de poder equivocarme
en el todo, que es *Do-lo-res*.

G. G.

Tambien la han descifrado: Srta. D.ª Dolores Bazo. Srta. D.ª Ana de la Reguera Moreno.—Srta. D.ª Serafina Velasco.—D. Rafael M.ª Durán.—D. Francisco Nuñez y Nuñez.—D. Rafael Atienza, de Ronda. Srta. D.ª Joaquina Treviño, de Yunquera.—D. Enrique Gordon y Luque, de Velez-Málaga.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 15 de Abril de 1875. Núm. 31.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Consideraciones sobre la unidad religiosa, decretada en España en tiempo de Recaredo, por D. Angel Garcia M. Reguera.—La mariposa (poesia), por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—Lo que son besos. A Marieta (poesia), por D. Juan Perez de Guzman.—Cantar, por Mosen-Jorge.— Los poetas (poesia), por D. Antonio Luis Carrion,—Un sueño (poesia), por D. Guillermo Gonzalez Puya.—A... (improvisacion), por Mosen Lope Benavides —Soneto, por D. Francisco Gimenez Campaña.—A... (improvisacion), por D. Antonio Gimenez Verdejo.—Salto de Caballo-charada.—Charadas.

CONSIDERACIONES SOBRE LA UNIDAD RELIGIOSA,

DECRETADA EN ESPAÑA EN TIEMPO DE RECAREDO.

(CONCLUSION.)

III.

Dificilmente podrá encontrarse en el inmenso arsenal de acontecimientos históricos una institucion, que no haya tenido éntusiastas defensores y enconados adversarios. Las pasiones humanas, subordinando los hechos al espíritu de escuela, llegan á negar las verdades mas evidentes; y la Iglesia española, genuina representacion de la gran obra cuyo cimiento se echó en el tercer concilio toledano, no fué en esta parte mas afortunadada que las demás instituciones. Aun reconociendo, como todos reconocen, el gran paso que con aquel hecho la nacionalidad española dió en la senda del progreso, no ha faltado quien haya abultado los lunares que tuvo (que como obra del hombre debió tenerlos); ni quien haya tratado de negar que la unidad religiosa fuese campo donde, en medio de lozanas plantas y fragantes flores, un ojo escudriñador pudiera encontrar una mata de zizaña ó una punzadora espina, quizás allí colocada para realzar con su falta de belleza la hermosura del cuadro que se ofrece á la contemplacion del espectador.

Mas si examinamos imparcialmente las acusaciones lanzadas contra la unidad religiosa, nos convenceremos de que ella no es combatida en sí misma; lo es solo en sus consecuencias: que aun los mismos detractores del gran hecho, que se realizó en la Basílica de Santa Leocadia, no se atreven á dirigir sus tiros contra un suceso, que la historia ha estampado «con caracteres de gloria» en sus páginas, y la posteridad colocado en el número de los que pueden marcar y marcan época en la vida de las naciones.

Quien, acusa á la Iglesia de haber levantado frente al trono un poder que, robusteciéndose, adquirió grandes prerrogativas; quien, la moteja de legitimadora de usurpaciones; quien, de haber favorecido las sediciones, no trocando en hereditaria la forma electiva de la monarquía visigoda; quien, de cruel perseguidora de la raza judáica; quien, por último, de haber corrompido con la civilizacion romana las costumbres vírgenes del germano: cargos graves á primera vista, pero que caen por su base luego que se examinan con el impasible y frio cálculo del raciocinio. Entremos en su estudio, y veamos el fundamento que tienen.

La primera acusacion que hemos apuntado es que el poder espiritual se inmiscuó en las atribuciones del temporal; llegando á adquirir tal influencia, que disponia de los destinos de la nacion.

Aparte de que en la época de formacion de una nacionalidad, como era aquella, no pueden encontrarse señaladas las atribuciones de cada potestad; y mirando de una exclusiva manera á los derechos puramente temporales que tenian los obispos, nos convenceremos de lo apasionado de la argumentacion. Ya lo digimos mas atrás: la influencia del clero en los negocios del Estado fué natural, legítima y necesaria; y el sacerdocio español, llamado por los monarcas á vivir cerca del trono, no pudo usurpar unas atribuciones que no tenia, y de que si en realidad gozó, fueron debidas á la superioridad intelectual que le distinguia, y al espíritu de prudencia y sello de sabiduría, que encerraban las disposiciones que de él emanaban.

Mas, fijándonos aun en la pretendida usurpacion, podemos preguntar con un publicista de nuestros dias: ¿A qué poderes aspiraba la Iglesia? Al espiritual nó, por que lo tenia; del tomporal nó necesitaba, por que los reyes le daban participacion en la administracion de los pueblos; luego si alguna cosa desearon los obis-

pos españoles fué el acrecentamiento de las iglesias y el desarrollo de la fé, y quizás para obtener fines tan laudables llegáran á poner en juego su influencia cerca del sólio. Además, aun supuesto, no concebido, que el clero ejerciera la jurisdiccion temporal, no habria verdadera usurpacion; por que, si el monarca no podia gobernar sus estados, no debia quejarse de que otro lo hiciera teniendo la ilustracion y fuerza necesarias; y, si como prueba de la acusacion se citan los numerosos casos en que los obispos se mezclaban en los asuntos temporales, pudiéramos decir que en el consorcio de los poderes eclesiástico y civil debe buscarse fundamento de esa extralimitacion mútua de potestades.

Efecto de la armonía, en que vivieron monarcas y prelados, fué que los usurpadores buscasen un apoyo en estos últimos, para afianzar en sus sienes la mal adquirida diadema, de donde sacan algunos otro argumento para combatir la supremacia del clero, diciendo que favoreció las sediciones legitimando las usurpaciones de los que llegaban á empuñar por malas artes las riendas del gobierno.

Si se entiende por legitimar la usurpacion respetar la persona del que se habia apoderado del trono, y confirmar su autoridad en un concilio, no podemos negar la existencia de tales legitimaciones, disculpables por la razon política y por el espíritu de humanidad, que guiaba á los prelados españoles á tomar semejantes resoluciones.

Desgraciadamente la historia de la monarquía visigoda, como en general la de todas las electivas, presenta una série de torpes manejos y de sediciones no interrumpidas, puestas en juego por ambiciosos para ceñirse la corona, blanco de sus miradas y obgetivo de sus deseos. Unas veces los descontentos lograban llegar al sólio; otras sufrian la pena que imponia la ley á los reos de sedicion; pero si realizaban el logro de sus aspiraciones, ¿debian los obispos negarles la obediencia? Semejante conducta seria censurable: de ese modo hubieran nacido las discordias civiles, hubieran sido causa de la efusion de sangre, cuando la mision que estaban llamados á desempeñar en la tierra era la mision de paz, de caridad, de amor entre los hombres.

Lo único que podian hacer los obispos españoles, y lo hicieron, fué proteger con el manto eclesiástico á la autoridad real, fulminando excomuniones contra los usurpadores, ejemplos de lo cual nos suministran los concilios 4.°, 5.°, 6.°, 12.°, 13.°, y 14.°, en los cuales se dictaron disposiones para precaver estos males, ora lanzando como ya hemos dicho censuras contra los ambiciosos, ora afianzando el cetro en las manos del rey por medio de otras disposiciones.

Encontramos, no obstante, y lo confesamos, la singularidad de que los usurpadores fueran los que mas derechos concedieron á la Iglesia; pero aparte de que con esto no se hacia ningun ultrage á los príncipes, no creemos cosa extraña que, como entidad, gozare aquella de tales ó cuales prerogativas de que expontáneamente la dotáran los monarcas.

Corolario de la anterior acusacion es el tercer cargo que se dirige contra la Iglesia por no haber cambiado la forma de gobierno monárquico-electiva, que tenia el pueblo godo, en la hereditaria; evitando así los regicidios y las discordias que surgian á cada instante para destronar á los príncipes.

Pretender, no obstante, alterar la constitucion del germano; herir el sentimiento individualista de su dignidad, que como expusimos en un principio, formaba la base de su carácter social, era una empresa arriesgada y casi imposible de llevar á buen efecto.

No era extraño, sin embargo, que la eleccion recayese en individuos de una misma familia, segun nos dice Fornandes que cita la de Amalo (1) ni tampoco ver una série de reyes descendientes, como son Leovigildo, Recaredo y Liuva II; pero no era esto lo que mas se adaptaba á las costumbres del godo. Por desgracia, la forma electiva de aquella monarquía dió en el periodo primero de la época que estudiamos, un número de reyes asesinados, mitad de los que habian empuñado el cetro; y algunos, en vista del riesgo que corria su existencia, determinaron asociar al trono á personas de su familia para que, teniendo de este modo un inmediato sucesor, no atentáran los ambiciosos contra su vida. Vano empeño: Liuva II que reinó en pos de su padre y de su abuelo, fué envenenado; arrojado del trono Suintila por asociar al gobierno á su esposa y á su hijo Recimiro; Tulga, llamado á ocupar el puesto de su padre Chintila decalvado, y cuantos quisieron, aunque de una manera gradual, verificar la conversion, fueron víctimas del furor de los pueblos que recibian con desagrado las innovadoras medidas.

Colocado en esta situacion, qué debia hacer el sacerdocio? ¿Decretar la alteracion? No era el clero el llamado á convertir en hereditaria la forma de la monarquía visigoda, como no creemos que hubiera en aquella sociedad un poder bastante enérgico para ello. Si procuró el clero suavizar las costumbres del visigodo, ya no es el puñal ó el veneno el instrumento de que se vale el usurpador para el logro de sus deseos; es la decalvacion, y el monasterio acoge

(1) Hablando de un individuo de ella para ocupar el trono, exclama: ¿Quisnamque de Amalo dubitaret, si vacasset eligere? A la mencionada familia pertenece la línea de reyes desde Teodoredo hasta Amalarico.

al infortunado monarca, que viste la cogulla, y pasa eternamente su existencia en la tranquila celda del monge, apartado del mundo y comparando cuan distinta es la vida sosegada del cláustro de la agitada y bulliciosa del trono.

Pero el mas envenenado dardo, que se lanza á la unidad es la intolerancia con que trató á la raza judáica, y la encarnizaba persecucion que contra ella dirigió.

Ya los cánones 49 y 50 del concilio iliberitano, celebrado próximamente hácia el año 300, aconsejaban á los cristianos de España se apartasen de los hebreos que habian arrivado á nuestro suelo. El 3.° de Toledo dictó algunas disposiciones, que auguraban serios males á la deicida raza; y el 6.° severísimo, mandó que los judios fueran separados de sus hijos cuando estos llegasen á los 7 años, entregándolos á personas piadosas que cuidaran de su educacion. Pero cuando la persecucion arrecia es en tiempo de Sisebuto, quien á instancias del emperador Heraclio, (al cual la Astrologia habia profetizado que seria destronado por un pueblo, cuyos caracteres daban á entender seria el judáico) suplicó al príncipe visigodo arrojase de España á la maldecida raza: lo que fué ejecutado, si no recordamos mal, en el año 620. En el concilio 8.° se dictaron algunas medidas contra ellos; y Egica en el 16.° expuso la necesidad de expulsarla de nuevo, por creerla fundadamente en tratos con el sarraceno, que ya expiaba una ocasion propicia para lanzarse á las playas del mediodia de la península.

Esta es su historia de persecucion; pero tambien podemos citar hechos que demuestran que alguna consideracion se tenia á la mencionada raza, y personas que hicieron grandes esfuerzos en pró de ella. El concilio 4.° de Toledo disminuye la opresion en que gemia y predica la tolerancia; San Isidoro levanta su elocuente voz en defensa del perseguido, haciendo notar la necesidad de atraerle por medio de la persuacion; y Witiza alivia de sus cargas á los judios ofreciéndoles grandes honores y recompensas si abrazaban la religion católica.

Nosotros no afirmamos que la intolerancia sea el mejor medio de llevar la creencia al corazon del perseguido; pero no debemos olvidar al propio tiempo la rudeza del siglo; el carácter religioso de la monarquía goda; las ideas dominantes de aquella época; el deseo que animaba á los prelados á dictar tales medidas; la extension que daban los reyes á las disposiciones conciliares; las pocas simpatias que en todo tiempo ha tenido la maldecida raza; y el peligro constante que amenazaba á la nacion, abrigando en su seno á un enemigo que ansiaba verla en poder de extraños, como desgraciadamente se probó en la desastrosa batalla del Guadalete.

Si estas razones no bastan á eximir de responsabilidad á la Iglesia por el hecho que se la imputa, servirán á lo menos para disminuir su culpabilidad, exagerada por la pasion y recargada de sombrío colorido por sus enemigos.

Combaten igualmente á la unidad religiosa aquellos que dicen ser ella causa de la afeminacion del visigodo, en cuya sangre infiltró el corrompido vírus de la cultura pagana, luego que se mezcló con el elemento indígena de nuestro suelo. Extinguíase, dice un moderno historiador patrio, el vigor militar y la energia viril del pueblo godo, que en un dia de prueba habian de ocasionar la pérdida del Estado, atribuyendo este decaimiento á la causa que acabamos de exponer.

Afirmar que el pueblo de D. Rodrigo era la raza virgen comandada por Ataulfo seria un absurdo; mas reconociendo el efecto, no podemos admitir que la religion del Crucificado, ni su idfluencia desarrollaran la corrupcion: juzgamos por el contrario que ella atajó los efectos de un mal, que posteriormente fué en aumento hasta reducir al pueblo visigodo á un estado abyecto y vergonzoso. Y á la verdad ¿cómo habia de corromper una religion que predica la pureza de costumbres, y ofrece al varon sobrio y casto un puesto en el reino del Señor? ¿Cómo habia de conducir los hombres por el camino del vicio cuando ella se asienta en la virtud?

Tomaron los godos de la civilizacion romana el lujo y pompa, tomaron lo que halagaba á sus sentidos: mucho antes de que Recaredo abrazara la religion católica ya dominaba el mundo pagano el corazon del visigodo. (1) Las fiestas que se celebraban aún, siguiendo las costumbres libres de Roma; los lúbricos juegos, las lascivas orgias, los impuros cantares, despertaron el apetito de los conquistadores, y de sobrios trocáranse en viciosos: morales y robustos antes, se entregaron á toda clase de excesos, acasionando esta perversion la debilidad primero, y por último la pérdida de sus antiguas cualidades. A remediar estos males se dirigió preferentemente la iglesia; predicó la moral; exhortó á los cristianos á retirarse de la ponzoñosa atmósfera que respiraban y empleó cuantos medios estaban á su alcance para extirpar un mal que ya comenzaba á inficionar al clero; para todo fué inútil; la sociedad se despeñaba y cuantos esfuerzos se dirigian á tan loable fin se estrellaban contra la

(1) Bien conocido de todos es el aparato romano de que rodeó Leovigildo su corte y el nombramiento de empleados de la real casa á semejanza de los Césares. Antes de este monarca se daba á los príncipes el dictado de Dominus noster, segun se puede ver en un decreto de Alarico fechado en Tolosa en 505, y en tiempos mas atrás, Eurico recibe embajadores con grande solemnidad y pompa.

ceguedad de aquel pueblo corrompido: era un edificio de arena, como ha dicho un moderno escritor, que al más leve soplo se derrumbaba.

No merece, pues la Iglesia los dicterios con que se ha pretendido empañar su brillo: el clero, en cuanto se mezcló en los negocios del Estado, podria producir algunos males, pues como toda obra humana llevaria el sello de la imperfeccion; pero son tan pequeños en comparacion de los beneficios que reportó á la sociedad española, que solo aquellas personas movidas de la pasion religiosa han podido abultar los lunares de nuestra aplaudida iglesia. (1)

Reasumamos brevemente todo lo expuesto. Al atravesar el Pirineo, encuentra el godo en nuestra patria un pueblo con religion, costumbres, leyes y aun idioma diferentes: engreido en la victoria, cifrando su gloria en la libertad y su dicha en la espada, mira con desprecio al vencido y procura apartarse de él: de este modo se crea una separacion de razas, separacion duradera; son dos pueblos enemigos en un mismo territorio; se rigen por códigos legales distintos, y en su deseo de perpetuar su mútua independencia, prohiben en las leyes celebrar matrimonios entre vencedores y vencidos.

La religion les aparta: el latino es católico; el godo arriano, y tolerante con su antagonista. Leovigildo, con la persecucion, encona los ánimos: corre la sangre de Hermenegildo y sobre este pedestal de gloria aparece la colosal figura de Recaredo, á quien saludan alborozados los católicos.

El concilio 3.° de Toledo es el lugar en donde el monarca abjura sus errores, y donde se echan las semillas de la fusion: la unidad religiosa trae la social, y tras esta aparece la legal, tambien debida á los concilios: el Fuero Juzgo, compuesto de los códigos de raza, es la ley general con que se realiza y conmemora en la legislacion el gran adelanto social de nuestra patria.

Los monarcas favorecen la union entre la iglesia y el Estado, recibiendo de la primera honores, seguridad y prerogativas; los obispos legislan; los reyes adquieren derechos propios de los prelados; y las asambleas de Toledo son el centro de donde parte la civilizacion á los distintos estremos de la península.

La literatura, hija de la paz y del sociego, adquiere rápido desarrollo, y los obispos que la cultivan le imprimen un carácter que la distingue de las clásicas Los Isidoros, Leandros, Braulios y Eugenios son otros tantos puntos luminosos en la caótica noche de los siglos medios, en que las inteligencias yácian aletargadas en la barbarie dominante. El mismo visigodo desecha su altanería y mezcla sus obras á las de aquellos que figuran en el movimiento literario de la época.

El resultado inmediato de la unidad religiosa fué, pues, la fusion, desapareciendo las diferencias esenciales que apartaban á godos y latinos: la union se habia de realizar, pero de una manera lenta por que no tan pronto se reparan los males, hijos de largos años, viviendo la memoria de Hermenegildo, objeto de veneracion para unos y de odio para otros; las luchas religiosas no hubieran terminado, y las contiendas debilitarian á la nacion, que, como madre cariñosa necesitaba de todos sus hijos.

La Iglesia desempeña en nuestra patria su salvadora mision, ora en el Estado, ora en la familia, ora en el individuo: ella guió al pueblo español por el camino del perfeccionamiento; suavizó con sus doctrinas la barbarie de los godos; estrechó las relaciones de la familia; ungió al monarca con el óleo santo para que su carácter sagrado hiciera su autoridad mas respetada; evitó los regicidios; estableció los trámites de la eleccion; fué la depositaria de la ciencia en aquellos siglos de rudeza; creó asilos; levantó iglesias; templó el rigor de la esclavitud; (1) salvó á la sociedad de los peligros que la rodeaban; dió á la legislacion un gran impulso; y su influencia evangélica se extendió á todas partes.

Llega un dia la corrupcion á dominar todas las esferas: la voz del sacerdote que predica la virtud no se escucha; los cánones conciliares, que condenan los abusos, no se obedecen; y el tostado agareno, al pisar las playas de nuestra patria, encuentra un pueblo cuya desmoralizacion le conduce al precipicio.

La nacion visigoda tenia señalado su fin en el relox del destino; su mision se habia cumplido: habia arrojado la semilla de una nacionalidad y fusionádose con el elemento latino, formando así la levadura de la sociedad moderna. Nada le restaba que hacer;

(1) Los obispos de España se respetaban así mismos y eran respetados por el pueblo y los monarcas y la regular disciplina eclesiástica introdujo la paz y el órden en el gobierno del Estado. Gibbon—Obra cit.

(1) Las primeras disposiciones en favor de los infelices esclavos se encuentran en el cánon 5.° del concilio iliberitano, y 15 del emeritense. El 6.° del concilio 3.° de Toledo ordenó que los prelados favoreciesen á los manumitidos, y bastaba, dice Balmés, que los esclavos hubieran servido bien á la Iglesia á que estaban adscritos para que pudieran darle libertad los obispos. El cánon 74 del 4.° concilio toledano permitia que se ordenasen y el 11.° del 9.° dispuso dar libertad á los esclavos de la iglesia que hubieran de ingresar en el sacerdocio Esto en cuanto á los siervos adscritos á la propiedad eclesiástica; mas conociendo el clero que en el terreno privado se podian cometer abusos con aquellos infelices, dispuso en el cánon 6.° del concilio 11.°, que no los mutilaran; que no se vendieran á los judios en el 7.° del 10.° concilio, y por último el cánon 15 del 17.° excomulgó á los dueños que arrebataran la vida á sus esclavos.

la vida caduca que arrastaba era el anuncio de su próxima muerte; y el huracán de las sarracenas hordas desgajó el podrido ramo del arbol representante de nuestra secular independencia.

Despues la unidad religiosa dió á España su libertad en la titánica lucha de los siete siglos contra el hijo del desierto, pues á su fanatismo le opusimos nuestro fervor; á su media luna nuestra cruz; á su deseo de conquista nuestro amor nacional: y ante esos obstáculos, las huestes del profeta mordieron el polvo en Las Navas y Clavijo, en el Salado y Lepanto, como siglos despues, el leon español al grito de independencia, derrocó el soberbio poderío del génio guerrero de nuestra época.

ANGEL GARCIA M. REGUERA.

LA MARIPOSA.

En torno á la llama bullendo gozosa,
En giros graciosos de círculos mil,
Ostentas brillante fugaz mariposa
Tus álas de nieve, tu adorno gentil.

Volando entre flores te vió la mañana
Luciendo tus galas del sol á la luz,
Y acaso las flores desprecias ufana
Que es poco á tu orgullo, color, juventud.

Ni aroma fragante te para un momento,
Ni logra fijarte brillante matiz,
La rosa, que altiva te sirve de asiento,
Tu vuelo versatil ya llora infeliz.

En vano á tu paso se ostentan hermosas
Las flores mas bellas del rico vergel,
Livando la esencia revolas graciosa
De blancos jazmines, del rojo clavel.

Mas tiende la noche su lóbrego manto,
Su tierna corola inclina la flor,
Y entonces ansiosa, buscando otro encanto,
Al dia echa menos tu jóven candor.

Y miran tus ojos, brillante, divina,
La llama traidora, quizá, de un quinqué,
Y que es sol radioso tu mente imagina,
Y en torno á su lumbre volar te se vé.

No sigas, incauta, no sigas, detente;
Conten un momento tu raudo volar:
¿No ves que esa llama que adoras luciente
Tus álas de gasa te puede quemar?

Mas, ¡ay! no me escucha; mi acento es perdido;
la pobre insensata mi voz despreció,
Y al fin revolando con juego atrevido
Se quema en la lumbre del sol que adoró.

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

LO QUE SON BESOS.

A MARIETA.

¿Con el alma enamorada
Me preguntas qué es un beso?
Un beso es mucho y no es nada·
Quien piensa que es un exceso;
Quien dice que una monada.
Siendo yo niño inocente,
Blanca amada, Blanca ardiente,
Me preguntó qué era un beso:
Me acerqué, besé su frente,
Y entonces la dije: es... eso.
Sin que en ello fundes pique,
Pues lo digo sin agravios,
Hoy no sé cómo lo explique,
Sin que mis lábios aplique
A las mieles de tus lábios.
¿Hay maldad en mis ardores?
Tú, que entre flores consumes
Tus pasatiempos mejores,
Pregunta qué son perfumes
Al secreto de las flores.
Y si con el beso iguala
Su virtud, entonces mira,
Que es un beso que resbala
Un perfume que se exhala,
Y un perfume que se aspira.
Otros fundan su razon
Presuponiendo que son
Sobre la frente de niño,
En la mejilla cariño,
Y entre los lábios pasion.
No sé si mas advertidos
Nosotros que ellos estamos
En tan opuestos partidos;
Mas si tu me besas... ¡vamos!
Estamos los dos perdidos.

JUAN PEREZ DE GUZMAN.

CANTAR.

Para vivir en la tierra
Se necesitan tres cosas:
De calma y dinero, mucho,
Y de vergüenza, muy poca.

MOSEN-JORGE.

LOS POETAS.

Seres que al cruzar el suelo
corren de la gloria en pos
con santo y férvido anhelo,
con el pensamiento en Dios
y la mirada en el cielo.

Aman cuanto les rodea;
y su entusiasmo profundo
tan solamente desea
ver el mundo de la idea
tras la miseria del mundo.

Seres, cuyo rico acento
lo mas sublime pregona
con sublime sentimiento,
y llevan de zona á zona
gloria, virtud y talento.

Misteriosos trovadores
que al triste vuelven la calma,
y mitigan sus dolores:
seres que cuidan las flores
de los jardines del alma.

Con tierna solicitud
y fervoroso cariño,
al compás de su laud
hacen brotar en el niño
el gérmen de la virtud.

Ellos conservan la historia
de génios que van pasando;
en cariñosa memoria
á nuestros hijos legando
ricos poemas de gloria.

La caridad los inspira;
y ellos calman la afliccion
del infeliz que suspira,
al arrancar de su lira
las notas de una oracion.

Ellos quieren, al cantar
sus pensamientos humanos,
la oscura sombra rasgar,
y las naciones juntar
en una pátria de hermanos.

Ellos, con dulce pureza,
sus preces á Dios levantan;
y al despreciar la riqueza
en tono inspirado cantan
la virtud de la pobreza.

Ellos muestran la verdad
bañada en celeste luz;
y alienta esa claridad
á la probre humanidad,
que camina con su cruz.

Ellos con ruda potencia
vibran su trompa sonora,
despertando la conciencia,
si vén que la pátria llora
por su santa independencia.

Que su libre voluntad
conmueve á la Sociedad
con la mágia de su acento,
lanzando, inspirado, al viento
un himno de libertad.

Y de fuego el alma llena,
su grito potente y bravo
que en libre nota resuena,
y hace romper la cadena
del pueblo que vive esclavo.

ANTONIO LUIS CARRION.

UN SUEÑO.

Soñaba yo alegremente
que en las aguas de una fuente,
tu semblante virginal
mirabas tímidamente
en el límpido cristal.

¡Qué sueño tan rico aquel!
¡Qué recuerdo tan divino
tengo cuando pienso en él!
Hoy, que pintarlo imagino,
hallo torpe mi pincel.

Plácido sueño sentia
despues de pasar un dia
no pensando mas que en tí;
cuando apenas me dormia,
en mis ensueños te ví.

Flotaba al aire el cabello,
que pasa de tu cintura,
ondas haciendo en el cuello,
y al pecho de nieve pura
dando sombras ¡Ay, qué bello!

Tu pié, que igual no se vé
debajo del azul cielo,
descalzo en mis sueños fué,
pisando flores del suelo.
¡Qué bonito! ¡Vaya un pié!

Y asi inundada de luz,
y entre olores de fragancia,
arrobando tu elegancia,
ángel del suelo andaluz,
me causabas mortal ánsia.

Caminando á paso lento,
atravesaste un pensil,
que estaba en mi pensamiento,
lleno de delicias mil,
que aumentaban mi tormento.

Y llegaste dulcemente
á la orilla de la fuente,
y entonces las aguas de ella
salpicaron á tu frente
y alli dejaron su huella.

Quise entonces enjugarte,
feliz mi mano alargué,
pero no pude tocarte;
y ¡Oh desgracia! en esta parte
de mi sueño, desperté.

GUILLERMO GONZALEZ PUYA.

A...

(Improvisacion.)

Corrí trás del amor, y en mi carrera
Con el fiero y terrible desengaño
Tropecé por doquiera;
Fuí buscando mi bien y hallé mi daño:
Tornóse mi placer en desvarío,
Y mi ilusion mas pura
Fué manantial fecundo de amargura.
¿Cómo quieres que así le dé cabida
Al fuego del amor dentro del pecho,
Si, en lágrimas deshecho,
Volando vá trás ilusion perdida!

MOSEN LOPE BENAVIDES.

Soneto.

Arrugado el jubon, rota la capa
Se fugó de *las tablas* un Tenorio,
Creyendo en realidad que, si no escapa,
Ulloa se lo lleva al purgatorio.
El público, que á nadie vicios tapa,
Siguió en tropel al cómico ilusorio,
Sobre él arrojando cuanto atrapa,
Y haciendo su delito asaz notorio.
Al fin solo se vió: por calle oscura
Torció, desenvainando la tizona:
Que un fantasma en las sombras se divisa.
Con pié lijero, y con letal pavura
Cruzó junto al espíritu en persona:
Miróle al paso..... y era una camisa.

FRANCISCO GIMENEZ CAMPAÑA.

A.....

(IMPROVISACION.)

Amame, niña mia,
como las flores aman al rocío;
presta al corazon mio
la mágica ternura,
que dé á tus ojos la mirada amante;
dime tú que me adoras,
y aunque estalle la cumbre,
aunque el mundo en estruendo fragorozo
se rompa en mil pedazos, aunque el cielo
desgájese entre lumbre,
me verás sonreir, seré dichoso.

ANTONIO GIMENEZ VERDEJO.

Solucion á el Salto de caballo inserto en el número 29:

«Un corazon sin amor, es un dia sin luz, una noche sin estrellas, una flor sin aroma; la mujer que no ama desconoce los mas tiernos y cariñosos afectos y duda encontrar el bien sobre la tierra.»

Lo han descifrado: Srta. D.ª Paca Reguera Ponce.—Srta. D.ª Elodia Rios.—Srta. D.ª Ana Fernandez.—Srta. D.ª Cármen Moreti.—D. José Gonzalez Vilallobos.—D. José Morales Durán.—D. Manuel Gutierrez Gimenez.—S. de R. de P., de Ronda.

Srta. D.ª Aurora M. Danino, de Gibraltar.—D. Agustin Prolongo, de Málaga.—D. Saturnino Garcia Calvo, de Loja.

SALTO DE CABALLO-CHARADA

REMITIDO POR

D. JUAN MARTINEZ Y ROMERO.

		Di	ra	bra	con	de	on	
	el	som	cu	su	pa	de	da	za
del	ar	es	os,	la	nos	ci	en	pos	gun
á	y	sol	u	que	ci	van	de	ra	de
ta	yo	do	pa	al	que	fa	en	se	o
la	ra	do	ben	cu	is	on.	za	gran	do
ra	ob	que	to	ci	y	ri	lu	tros	la
be	ter	di	an	de	chos	ma	Es	a	la
	al	ge	ad	ra	fle	de	ra	pri	
		ce	ja	to	mi	con	re		

Principia en la octava casilla de la octava línea, y concluye en la casilla sétima de la línea sesta.

La solucion en el número 33, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos las remitan.

Charadas.

¿Será posible mujer
que á *primera* repetida
Con tanta facilidad
Des á entender que lo olvidas?
¿Ni que en su ausencia *una* y *dos*
Sientas por él ni una chispa?

El olvido en tu *una* y *tres*
Muy pronto encontró cabida,
con lo que á entender me das
Que la cuestion tú la miras
Como cosa de á quien cantan
La *segunda* repetida.

Me han contado que á un guerrero,
Cuando á las cruzadas iba,
Llevaba un TODO tan grande
Que por él lo conocian.

ANA PONCE BOCANEGRA.

La *primera* repetida
trageron de otra nacion;
y de España fué acogida
hasta el último rincon.

Repetida la *segunda*
es igual á la *primera*;
ya entre nosotros abunda
pues se vé por donde quiera.

Y no me estraña que pruebe
el TODO, y cause ilusion;
que es el siglo diez y nueve
siglo de relajacion.

G. G. P.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª

MÁ—LA—GA.

La han descifrado: Srta. D.ª Cecilia Moreno.—Srta. D.ª Dolores Delgado Carabot.—Srta. D.ª Africa Valle y Baqueriza.—Don Rafael Atienza Huertos.—D. Manuel Gutierrez.—D. Juan Rodriguez Bielsa, de Ronda.

Es Málaga tu charada
Y no es mala, sino buena,
Con que así ponga otras muchas
Ana Ponce Bocanegra.

SATURNINO GARCIA CALVO.

Loja.

Con placer inesplicable
Tu charada la he leido,
Que Málaga puede ser
Desde luego he comprendido.
Yo no estoy conforme Ana
En la prima con segunda,
Pues calificas de mala
La que muy buena es sin duda.

MANUEL SAINZ.

En el número treinta
de la revista
he visto una charada
muy bien escrita,
¿cuál será el todo?
¡quién la acertára!
¿me daré por vencida?
vaya... ¡si es Málaga!

CÁRMEN MORETI.

2.ª

CU—CHA—RA.

El Sr. D. Nicolás Muñoz Cerissola acaba de publicar un folleto, del cual ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar, consagrado á la defensa de la idea asaz debatida ya sobre construccion de barrios obreros en Málaga. En él se hace una descripcion del ensayo bastante afortunado que en Málaga ha hecho el Sr. Huelin en su barrio del Palo Dulce.

Reciba nuestro parabien el Sr. Cerissola, cuyo trabajo deseamos vivamente ver recompensado con la aceptacion de sus ideas en pró de la clase desvalida.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

En el estrangero han publicado el QUIJOTE en Amberes. — Amsterdam. — Berlin. — Besanzon. — Boston. — Bruselas. — Burdeos. — Copenhague. — Cothen. — Dublin. — El Haya. — Edimburgo. — Francfort sur M. — Glasgow. — Lion. — Hildburghausen. — Konisgberg. — Leipsick. — Lisboa. — Lóndres. — Milan. — Nueva York. — París. — Pforzhein. — Roma. — Rouen. — Salisbury. — Stocolmo. — Stuttgard. — Tours. — Utrech. — Userlum. — Venecia. — Weimar. —

LOS ECOS DEL GUADALEVIN.

Á LA MEMORIA DE

MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

NACIÓ EN ALCALÁ DE HENARES.

El 9 de Octubre de 1547.

MURIO EN MADRID.

23 *de Abril de* 1616.

259 ANIVERSARIO.

23 *de Abril de* 1875.

DEL

EL INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha.

SE HAN IMPRESO 279 EDICIONES.

En el siglo xvii: Trece, en España.—Doce, en castellano, en el estrangero, y veinte y cuatro, en diferentes idiomas.—Total, cuarenta y nueve.

En el siglo xviii: Veinte y cinco, en España.—Nueve, en castellano, en el estrangero, y cuarenta y seis en otros idiomas.—Total, ochenta.

En el siglo xix: Cincuenta, en España.—Veinte y ocho en castellano en el estrangero, y setenta y dos en distintos idiomas.—Total, ciento cincuenta.

Madrid lo ha impreso cincuenta y ocho veces.

Barcelona, veinte.—Valencia, dos.—Zaragoza, dos.—Sevilla, dos.

Tarragona, una.—Argamasilla, dos.—Cádiz, una.

Año II. Ronda.—Viérnes 23 de Abril de 1875. Núm. 32.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO. El Angel de la Caridad, por D.ª Sofía Tartilán.—Un recuerdo (poesía), por Kerina.—A la violeta (poesía), por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.—San Pedro Abanto (episodio de la guerra civil), por D. Antonio Luis Carrion.—A Lola (soneto), por D. José Palacios Gonzalez.—Soneto-charada, por G. G. P.—Cantares, por S. y A. Charada.

El doscientos cincuenta y nueve aniversario de la muerte de Miguel Cervantes Saavedra.

Rica en deseos y entusiasmo, pero harto modesta y humilde para poder añadir una hoja á la corona con que el mundo ha ceñido las sienes del *Príncipe de los Ingenios*, la Redaccion de los *Ecos del Guadalevin*, se limita á dedicar á la memoria de Cervantes el presente número, anticipándolo para que salga á luz en el mismo dia en que se conmemora su muerte.

¿A qué llenar las columnas de esta Revista de composiciones en verso y prosa en loór del calificado de *honor y delicia del género humano*?

¿De qué le servirian nuestras alabanzas?

Satisfechos con dejar en el presente número, testimonio de la admiracion que como españoles le debemos, ocúpense en buen hora plumas mejor cortadas en ensalzarlo: quédese aqui por nuestra parte, que

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

EL ANGEL DE LA CARIDAD.

Tristísimo era el cuadro moral y físico que presentaba la corte de Portugal á mediados del siglo XVIII. El rey D. Juan V que habia gastado sumas inmensas para obtener el título de Magestad Fidelísima, y que desgraciado imitador de Luis XIV se rodeó de un fáusto ruinoso para sus estados, sorprendido por un ataque apoplético, puso la nacion en manos de un regente inhábil, que con sus desaciertos la llevó hasta la anarquía.

Muerto por fin D. Juan, aquel que habia sido rey de uno de los paises mas ricos del mundo, el que habia fabricado el famoso acueducto de Lisboa y el palacio de Maíra; no se encontró dinero bastante para hacerle las exequias de su rango. (1)

Sucedióle su hijo José I (1750), que habiendo vivido hasta los treinta y cinco años en la mas completa ignorancia de las cosas del reino, carecia de las cualidades necesarias para gobernar.

Débil de carácter y de cuerpo, vivia en tan absoluta dependencia, que cuando los cortesanos iban á visitarle, decian: *vamos á ver al rey en la jaula* (2)

Este fantasma de rey servia de pantalla á corrompidos y viciosos palaciegos. El infante D. Juan, su hermano, al frente de unos cuantos nobles, que solo tenian el nombre de tales, armaba una azonada cada dia, cometiendo desmanes y atropellos, mas propios de una partida de salteadores, que de un bando político. Otro puñado de hombres de la segunda nobleza, capitaneado por un intruso italiano llamado Ascanio Falsseli, se habia dedicado á turbar la tranquilidad de las familias, que contaban en su seno hijas jóvenes y hermosas. Las seduciones y los raptos se sucedian unos á otros, siendo pocos los dias en que no se registraban un nuevo escándalo ocurrido en la noche precedente.

En vano el ministro Pombal usaba de rigor con los menos influyentes, pues el mal tenia sus raices en una esfera harto elevada: y mandar á la horca unos cuantos lacayos, que solo habian cumplido las órdenes de sus señores, era demostrar á estos que nada tenian que temer, escudados con su alta gerarquia.

El pueblo, que recordaba á D. Juan V, de enérgico carácter é irascible, hasta el punto que castigaba á palos las faltas de su ministros (3), se mofaba de la debilidad de su nuevo monarca, que se entregaba al ócio y á la indolencia y desplegaba actividad tan solo

(1) Histórico
(2) Histórico.
(3) Histórico.

cuando se trataba de venganzas particulares.

Enmedio de este plantel de estériles ortigas y venenosas flores, descollaba losana y gentil como el lirio de los bosques la princesa Maria, tan bella de alma como de cuerpo. Nada mas hermoso que su semblante pálido y grave, en el que, dos ojos de un azul purísimo, y una frente de nítida blancura, revelaban la pureza de sus pensamientos. El gracioso óbalo de su rostro, ligeramente redondeado en la barba, y una boca algo grande, con lábios gruesos, pero siempre húmedos, y rosados, indicaban aquella esquisita sensibilidad que mas tarde habia de hacerla tan desgraciada.

La caridad era el mejor floron de cuantos adornaban la esplendente diadema que ceñia las sienes de la princesa; mas no esa caridad que se contenta con dar el oro, aun cuando sea á manos llenas; Maria prodigaba tantos consuelos como *cruzados*; y muchas veces las lágrimas de sus bellos ojos humedecieron las manos de aquellos que recibian la limosna, que casi nos atreveriamos á llamar limosna del alma.

Ancho campo ofreció á los caritativos desvelos de esta noble princesa, el atribulado reino lusitano durante la terrible catástrofe acaecida en la semana del primero de Noviembre de 1755, año quinto del reinado de su padre, y cuando ella apenas habia entrado en la primavera de la vida.

El temblor de tierra, consignado en la historia con el nombre de *Terremoto Lisboa*, es un acontecimiento demasiado conocido, para que tratemos aquí de hacer una detallada reseña de sus horrores. Las dos terceras partes de los edificios de esta hermosa ciudad, fueron sepultados en las entrañas de la tierra: su grandiosa catedral, diez y ocho parroquias, las magníficas iglesias de San Pablo y San Nicolás, los palacios del rey y de Braganza, el del Tesoro, los de los duques de Cadooal y de Lafoen, el de la Inquisicion, la Bolsa, el Tribunal de Comercio, el grandioso teatro de la Ópera, y toda la parte antigua de la ciudad, conocida con el nombre de *Ciudad de los moros*, con mas setenta y dos calles de la parte nueva, desaparecieron por completo, no quedando de ellas sino montones de informes ruinas. La festividad del dia habia llevado á los templos á la mayor parte de los habitantes de la ciudad, y mas de cuarenta mil personas perecieron bajo los escombros, pasando desde las gradas del altar á los piés del Eterno.

Todos los elementes parecieron desencadenarse para asolar á la desgraciada corte portuguesa. El mar, subiendo quince metros sobre su nivel ordinario, precipitó montañas de amargas linfas sobre la arruinada Lisboa, barriendo al retirarse millares de seres, muertos unos, otros vivos y otros moribundos: dos horas despues de esta gran catástrofe, y como si el cielo irritado no se hallára aun satisfecho con tantas desgracias, un violento incendio se declaró en tres puntos diferentes. El fuego de los hogares, que, en medio de la general desolacion, nadie se habia cuidado de apagar, se comunicó á todos los objetos combustibles, y el viento, desencadenando sus terribles iras, propagó las llamas de un estremo á otro con estraordinaria rapidez. La pluma se resiste á describir tantos horrores; las nubes, desgarrando sus pardos senos, mandaban torrentes de lluvia, que cayendo sobre aquellos desgraciados, que, faltos de pan yde abrigo, sucumbian bajo su influencia de terribles enfermedades. Parecia que Dios irritado queria destruir á la hermosa y floreciente Lisboa y á sus hermanas Coimbra, Praga y Setubal, como en otro tiempo lo habia hecho con la impúdica Ninive y la corrompida Babilonia en castigo de su desenfreno.

En la campiña, último asilo que los desgraciados habitantes de Lisboa habian encontrado para librarse del furor del terrible Occéano, resonaban noche y dia angustiosos lamentos. Las familias que hallaron su salvacion en la fuga, solo consiguieron sustraerse á una muerte rápida, para perecer despues á manos de la miseria, y faltas de todo recurso, en lo mas crudo del invierno, corrian por los campos, dando espantosos alaridos que llenaban de horror, cayendo despues en una sombría y muda desesperacion. Los mas piadosos pedian á Dios aquella misma muerte de que se habian librado, y muy pocos eran lo que ponian de suparte algo para aliviar su suerte y la de sus hermanos de infortunio; porque una de las mas fatales consecuencias de las grandes catástrofes es el egoismo, que se desarrolla á su sombra con el vigor de una planta tropical.

En medio del espantoso desastre á que nos referimos, el abatimiento moral habia seguido al físico, y nadie cuidaba de dar á los demás consuelos, que tanto necesitaba para sí.

Entre los millares de personas que quedaron sepultadas en las entrañas de la tierra y en las embravecidas olas del mar, y las que se salvaron de la muerte, abandonando sus derruidos hogares, existian lazos que solo podia relajar el cataclismo de que eran víctimas. Calcúlese, pues, el dolor que sentiria una madre, que al encontrarse en salvo, echaba de menos al hijo de sus entrañas, y la desesperacion de un esposo, que veia desaparecer bajo un monton de humeantes ruinas á la que era la mitad de su vida y la alegría de su alma.

(Continuará.)

UN RECUERDO.

Es un recuerdo querido
De esa avecilla la historia,
Que guarda fiel mi memoria,
Grato á par que dolorido.

Era niña, y al rumor
Me desperté una mañana
Del himno que en mi ventana,
Alzaba un ave á su amor.

Sus cantigas peregrinas
Me hicieron saltar de gozo,
Y pregunté en mi alborozo:
—¿Qué es eso?—Las golondrinas.

Cada dia desde aquel
Despertaba de mi sueño,
Al gorgear halagüeño
De la golondrina fiel.

¿Será que en su pecho abriga
Amor hácia el ave el niño?
No sé esplicar mi cariño,
Mas la amaba; era mi amiga.

Yo mi primera sonrisa
Le consagraba amorosa,
Y en torno de mí, graciosa,
Ella volaba sumisa.

Y cuando durante el dia,
Con mis hermanos jugaba,
El ave feliz cantaba
Su amor y nuestra alegria.

Un dia con desconsuelo
No escuché su alegre pío,
Yo las busqué en torno mio...
¡Estaba nublado el cielo!

Corrí á visitar su nido
Y lo hallé triste, desierto,
—¡Madre, pregunté, habrán muerto?
—Nó, hija mia, es que se han ido.

Una esperanza postrera
Iluminó el alma mia,
—¿Y volverán algun dia?
—Vendrán por la primavera.

¡Con qué pueril ansiedad
Ví pasar el triste invierno!
¡Ah! ¡jamás fué tan eterno
El tiempo en la soledad!

Mas ya al mundo el sol de Abril
Con su pura lumbre baña,
La nieve de la montaña
Convierte en arroyos mil.

Cada tarde iba á esperar
La avecilla viagera,
¡Cuán triste es para el que espera
El bien que tarda en llegar!

Y al fin llegaron; su canto
Vino á sorprenderme un dia,
Casi loca de alegria
Lloraba de gozo tanto.

. . . . . .

Recuerdos de mi niñez,
¿Por qué venís á mi mente,
Si sus dichas tristemente
No han de venir otra vez?

¿Por qué llegais bullidores,
De blanca ilusion vestidos?
¿No veis recuerdos queridos
Que acrecentais mis dolores?

¿No veis á mi corazon,
Como la tumba sombrío,
Y que devuelve el vacio
El eco de mi cancion?

¿Dónde fué la dicha mia?
¿Mi casita con sus nidos,
Y mis hermanos queridos
Y mi madre y mi alegria?

Ya para siempre perdidas
Fueron sus horas risueñas,
¡Ilusiones halagüeñas
Por siempre desvanecidas!

Fugaces como el vapor
De que se forma la bruma,
Y que como leve espuma
Lleva el viento bramador.

Por eso hoy triste lloro
Al recuerdo de mi ayer,
Él me hace padecer
Y él es tambien mi tesoro.

Que hay recuerdos adorados
Que aunque roben nuestra calma
Están por siempre en el alma
Profundamente grabados.

Ah! por eso á tu cancion
Brota á mis ojos el llanto,
Golondrina, es que tu canto
Destroza mi corazon.

No vuelvas mas á cantar
Con tu cantiga sencilla,
No vuelvas mas, avecilla,
Mi pecho así á desgarrar.

KERIMA.

A LA VIOLETA.

Hay en el campo una flor
Que aunque mas oculta crece,
Su aroma es mas seductor
Y es mas bonito el color
Que entre sus hojas florece.
Esta flor, de la humildad
Es el símbolo patente,
Ignora la vanidad
Y solo eleva su frente
Del cielo á la magestad.
Es tan linda en su virtud,
En su retiro es tan bella,
Tan modesta en su actitud,
Que sobre los campos sella
El nombre de rectitud.
No envidia nunca á las flores,
Aunque sean mas hermosas.
Mira en ella los amores
Retratados en las rosas
Con sus mas vivos colores.
Mira en todas la hermosura,
Conociendo su belleza;
Y oculta su frente pura
Reclinando su cabeza
Sobre la fresca verdura.
Lucen todas su atractivo,
Todas brillan á porfía,
Y empeño muestran activo
Para saludar al dia
Que las sonríe festivo.
Y todas rivalizando,
Graciosas muestran sus galas
Al céfiro, que besando
Sus cálices, va llevando
Grato aroma entre sus álas.
Todas convidan amores,
Y convidan al placer
Al exhalar sus olores,
Cuando el dia vá á nacer
Entre nubes de colores.
Y por eso todas visten
Sus trages mas esplendentes,
Y con gratitud resisten
Del sol los rayos ardientes,
Y en agradarle persisten.
Y es muy bella la azucena
Con su nítida blancura,
Cuando de perfumes llena,
En su cándida hermosura
Presenta su faz serena.
Tambien el clavel airoso,
Que vá prometiendo amores,
Con su arrogancia orgulloso
Luce altivo sus colores
Y se ostenta presuntuoso.
Como nevadas estrellas
Sus flores luce el jazmin,
Y hermoso adorna con ellas
El delicado jardin
Que contiene plantas bellas.
Nacen con el sol las flores;
Mueren al marcharse el dia;
Nace el alma á los amores,
Y muere si desconfia
De sus goces seductores.
Cuando de la noche el velo
Descorre la clara aurora,
Las aves tienden su vuelo,
Y el hombre que á Dios adora
Su oracion eleva al cielo.
El rio entonces refleja
Rayos de luz y colores
Que el sol en sus aguas deja,
Y arrastra sus resplandores
La corriente que se aleja.
En esa hora de quietud,
En que tan bello es el orbe
El poeta en su laud,
Sin que nada se lo estorbe
Puede cantar la virtud.
Pues que las aves tambien
Con sus trinos á Dios cantan,
Y hácia la region del bien
En su impulso se adelantan
Mecidas por el vaiven.
Por eso todas las flores
Vuelven de la vida al goce,
Cuando el áura sus amores
Les ofrece con el roce,
De sus besos seductores.
Y cuando el dia desliza
De puro rocío el llanto
Y el arroyuelo se riza,
La violeta entretanto
Se inclina y se ruboriza.
Siempre dulce y cariñosa
Se mece sobre sus tallos,
Demostrando candorosa
Su gratitud, á los rayos
De la aurora vaporosa.
Mas no presenta gentil
Sus encantos peregrinos
En el frondoso pensil,
Guarda sus matices finos
Con timidez infantil.

Siempre en su gracia ideal,
Oculta modesta y bella
Su atractivo virginal,
Como se oculta una estrella
Entre el manto celestial.

MARIA ANTONIA GONZALEZ AMIEBA.

SAN PEDRO ABANTO.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

«.....Y basta de consideraciones sobre la guerra y sobre la desgracia del 25.»

«No quiero, amigo Antonio, afligir tu ánimo contándote mas desdichas; que harto apesadumbrado te supongo al ver los peligros que corre la libertad, y los dias de prueba por que está pasando nuestro desventurado pais.»

«Un triste acontecimiento me ha proporcionado ocasion para facilitarte algunos de los apuntes que me pedias en tu última carta, que recibí en las alturas de Somorrostro, antes de emprenderse el movimiento de avance. En ella me manifestabas tu propósito de escribir algunos episodios de esta campaña, para publicarlos despues coleccionados en un libro que sirva de remordimiento y enseñanza á los que sostienen esta guerra cruel, poniendo de manifiesto las horribles escenas á que dan lugar las funestas y apasionadas contiendas civiles. Pues bien: ahí llevas esos borrones para que hagas el primero de tus episodios: arréglalos como Dios te dé á entender; pero ten en cuenta que lo escrito no es fábula inventada para dar pretexto á tu trabajo, sino uno de los muchos dramas que aquí se desenvuelven diariamente.»

«Deseo el mas lisongero éxito á tu empresa; y me despido hasta otra, rogándote que no te olvides de este pobre médico, que pasa horas muy negras asistiendo á los infelices que llegan á este improvisado hospital.»

Asi termina la carta que acabo de recibir, escrita por uno de mis antiguos y querido amigos, el cual pertenece al digno cuerpo de sanidad militar, y es uno de los médicos que despues de la retirada de Abanto acompañaron á los heridos que se encuentran actualmente en los diferentes hospitales de sangre establecidos en Castro-Urdiales, gracias á la caridad de aquellos habitantes, que con ese obgeto han cedido las principales casas del pueblo.

No estuve desacertado al pretender buscar interesante asunto para mi trabajo en los trascendentales acontecimientos que se desenvuelven en el Norte; y ¡haga el cielo que el tristísimo episodio que mi amigo me cuenta—y que voy á trasladar á las cuartillas con la misma sencillez y con el mismo agradable desaliño que están hechos los apuntes—sirva para templar el encono del hermano que lucha con el hermano y del padre que descarga su fusil sobre el pecho del propio hijo!

¡Quiera el cielo que las elocuentes enseñanzas de las horribles escenas que el libro y el periódico publiquen con ocasion de la lucha fatricida que cada dia toma mas alarmante vuelo, toquen al corazon y á la conciencia de los que, en el último tercio del siglo décimonono, siendo honrados y siendo españoles, se despedazan en nuestros valles y montañas cual si fueran manadas de sanguinarias bestias!

Hé aquí el desgarrador episodio á que se refieren los apuntes que acabo de recibir.

I.

Grandes pruebas están dando en Madrid y las provincias de que los españoles no son indiferentes á los sacrificios y penalidades que heróicamente soportan nuestros soldados en el Norte y en los demás puntos donde el absolutismo levanta su negro y odioso estandarte; pero donde la caridad brilla en toda su santa sublimidad y donde se revela toda la ternura que guardan para los que sufren los corazones de nuestros compatriotas, es en los pueblos mas próximos á los lugares en que se libran las acciones, cuyos habitantes son los que prestan los primeros auxilios á los heridos, los que ceden sus casas, sus lechos y sus ropas para los enfermos, los que entierran los cadáveres, los que primero victorean á los vencedores, los primeros que lloran con los vencidos.

Desde la funesta jornada del 25 de febrero ¡qué grandes ejemplos de caridad están dando á España los honrados y humildes vecinos de Castro-Urdiales!

El pueblo entero se ha consagrado á la asistencia de los heridos, y todas las puertas se han abierto con cariño para recibir á los pobres soldados, cediéndose los edificios que tenian mejores condiciones para establecer hospitales. En una de esas casas va á tener lugar la escena conmovedora que nos proponemos escribir, y á ella vamos con nuestros lectores.

Está amaneciendo el tercer dia del mes de marzo de 1874. El sol naciente hiere con sus primeros rayos los opacos cristales de las ventanas que dan luz á la espaciosa habitacion donde nos encontramos, en la cual reina profundo silencio, interrumpido solo por los ecos lejanos de la campana que llama á la primera misa y por el acompasado ruido de las olas que se rompen en las piedras de la próxima costa.

Aunque son varias las camas que están cuidadosamente preparadas á lo largo del salon, no hay mas que un solo herido en este departamento. Arropado en el largo capote que usan los soldados de infan-

tería, con un pañuelo de yerbas atado á la cabeza y con las piernas envueltas en su manta de campaña, está recostado en un antiguo sillon convenientemente preparado con almohadas, un jóven que representa de veinte á veintidos años, con la barba algo crecida, y el demacrado rostro curtido por el sol y por el frio viento de las sierras. El aspecto del enfermo es hermoso y simpático, revelando una gran virilidad apesar de lo caido que se encuentra por la mucha sangre que perdió al ser herido en la retirada de Abanto, y por la fiebre que, cada vez de peor carácter, tiene desesperados y en gran inquietud á los médicos.

Apoyándose en el respaldo de la cama del enfermo, con las manos cruzadas y los ojos puestos en una gran estampa de la Virgen del Cármen, que está colgada casi á la altura de sus lábios, se encuentra una jóven, de hermosura delicada y simpática. elevando al cielo silenciosamente una sentida y fervorosa oracion.

El soldado se llama Pablo Rodriguez, servia en el valiente regimiento de Cantábria, su compañia se distinguió mucho en el ataque de Mantres, siendo casi destrozada por los batallones navarros, y él fué uno de los primeros heridos que llegaron á Castro, con el pecho pasado de un balazo y con un brazo roto, pues despues de caido en tierra fué magullado por uno de los enormes peñascos que los carlistas rodaban desde la cumbre de la altísima montaña.

La jóven se llama Dolores; aun no habrá cumplido los diez y siete años; lleva el modesto y gracioso trage que visten las pescadoras de la bravia costa cantábrica; no tiene familia, y se ha criado en el pueblo de Santoña, recogida en la casa de la madre de Pablo, queriendo á éste mientras fué niña como á un hermano, y amándole despues con la vehemente pasion que, cual ningunas otras mujeres, saben sentir las hijas de aquellas escarpadas rocas.

Pablo, que correspondia en sus amores á la virtuosa huérfana, al tocarle la suerte de soldado se despidió de su madre, encargándola que velase cuidadosamente por la que habia de ser su esposa al volver de la guerra.

II.

Dos años de miseria y de angustia habian pasado aquellas desvalidas mugeres desde la partida de Pablo, que era su único apoyo. En su ausencia, Dolores trabajaba constantemente, llenando el lugar de su novio, y devolviendo á su madre adoptiva el cariño y los cuidados que le habia merecido en otros mas venturosos tiempos.

A ser mas previsoras nuestras leyes, ó mas concienzudos los encargados de entenderlas, Pablo no hubiera sido soldado, pues su madre debía ser considerada como viuda, toda vez que su marido faltaba hacia muchos años del pais, ignorándose su paradero. y siendo notorio que solamente por el trabajo del honrado mozo libraba su existencia aquella delicada y enfermiza anciana.

Dolores y la madre de Pablo supieron por la última carta de éste, que su regimiento se hallaba en Somorrostro. y que de una hora á otra recibirían la órden de avanzar sobre Bilbao, para hacer que los facciosos levantaran el sitio de la heróica villa; despues, con indecible angustia, se enteraron de la desgracia del 25; y por último, como las malas nuevas corren velozmente, un pescador les contó que habia visto á Pablo muy mal herido, y que lo conducian las ambulancias de la Cruz Roja á uno de los hospitales de sangre establecidos en Castro-Urdiales.

Dolores tuvo fuerzas para resistir tan tremenda noticia; pero la infeliz anciana, quebrantada por los años y por los pesares, cayó sin sentido pudiendo apenas exclamar:

—¡A Castro, Dolores!.... Que nuestro Pablo no muera solo..... Cuídale, y dile que su madre va detrás de ti para volverle la vida con sus besos.....

III.

Dolores cumplió el mandato de su protectora, la cual quedó encomendada á unas generosas vecinas; y trayendo á Pablo el consolador recuerdo de su madre y la esperanza de que pronto vendria á verlo, se instaló á la cabecera del herido, pidiendo al cielo por él, y cuidándole con fraternal ternura.

Desde la media noche habia quedado sola velando al enfermo, pues el médico y una piadosa hermana de caridad, que compartia con Dolores el cuidado de Pablo, estaban acomodando en otras habitaciones á los nuevos heridos que habian llegado, entre ellos varios carlistas del atrevido batallon navarro que el dia 1.° fué casi deshecho al pretender forzar el puente de Somorrostro.

Alguno de estos debian traer á la sala que ocupaba el moribundo soldado de Cantábria, pues Dolores sintió ruido en el próximo pasillo, y besando la imágen ante la cual rezaba, se dirigió á la puerta muy quedito para recomendar silencio á los que venian.

Pocos instantes despues entraba en la habitacion un nuevo enfermo sostenido cariñosamente por dos hermanos de la Cruz Roja, á los cuales dijo el médico que les acompañaba:

—Mucho cuidado, señores. Coloquemos en un extremo del cuarto á este infeliz. Tengo un herido muy grave que quizás no salga del dia: aquel jóven, que hace algunas horas está aletargado por la fiebre y por el sufrimiento.

—¿Dejamos vestidos á este desdichado para no fatigarle mas? El viaje ha sido muy penoso.

—Le cubriremos por ahora con esta manta. Ya ha tomado abajo un poco de caldo: conviene que le dejemos descansar un rato.

Y los tres se apartaron al fondo de la habitacion. Dolores se retiró discretamente de ellos, y fué á sentarse cerca del sillon que ocupaba su amante.

(Se continuará.)

A LOLA.

Soneto.

Grato es mi bien en la estacion florida
entretener la vista en la pradera
cuando nuncio de amor la primavera
al mundo nuevo ser dá y nueva vida.
Grata es tambien la gloria merecida
que dá al vate la fama lisonjera
como es grata la paz al alma austera
que en áras de su Dios está ofrecida.
Pero es mas grato, aun, divina Lola,
contemplar embebido tu hermosura,
y abrasarme en el fuego de tus ojos,
Que circundan de amor dulce aureola,
y mirarte colmada de ventura
sonriendo al placer tus lábios rojos.

José Palacios y Gonzalez.

SONETO-CHARADA.

Desde luego *primera* repetida,
ha de ser en charada este soneto;
apesar de lo que, yo me prometo
el darle al todo regular salida.
En los primeros años de la vida
repetida *segunda*, tiene objeto:
la abuela se lo dice al tierno nieto,
que cariñosa mira y complacida.
Segunda y *tercia* en castellano puro
significan pureza de linage.
De la *primera* y *tercia* me figuro
á las aves cantar entre el ramage.
Que el todo no está lejos, lo aseguro;
y el que acertarlo quiera que trabaje.

G. G. P.

CANTARES.

Dicen que amor es un niño,
y yo afirmo que es verdad,
pues mas de una vez me ha hecho
con sus bromitas llorar.

Pintan sus ojos vendados
y es un pensamiento oscuro:
¿cómo dirige sus flechas
si nó vé tres en un burro?

S. y A.

Charada.

En útil composicion
Dada á luz hace algun tiempo,
Que hizo mi amigo Moreti
El Historiador Rondeño,
Encontrarás mi *primera*
Si la buscas con acierto.
A la *segunda* que agrada
A su final añadiendo
Una letra, forma el nombre
De aquel que en los vicios ciego
Suele faltar á las reglas
Que encierran los mandamientos.
El todo, caro lector,
Tan importante lo creo,
Que sin él no hay religion
Ni entre los hombres mas buenos.

A. Farela.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª
PE—NA—CHO.

La han descifrado: Srta. D.ª Paca Reguera Ponce. Srta. D.ª Ana de la Reguera Moreno.—Srta. Doña Africa Valle Baqueriza.—Srta. D.ª Encarnacion Ruiz. Srta. D.ª Ana Fernandez, y D. Joaquin Tenorio Vega.

Mal hacia aquel guerrero
en llevar tan gran *penacho*,
que á los enemigos tiros
podia servir de blanco.

G. G.

2.ª
CAN—CAN.

Tambien la han descifrado: Srta. D.ª Paca Reguera Ponce.—Srta. D.ª Ana de la Reguera Moreno. Srta. D.ª Africa Valle Baqueriza.—Srta. D.ª Encarnacion Ruiz.—Srta. D.ª Ana Fernandez, y D. Joaquin Tenorio Vega.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Sábado 1.° de Mayo de 1875. Núm. 33.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—A Cervantes (soneto), por la Srta. Doña Rafaela Brabo Macias.—El Cautivo de Argel (poesia), por D. Francisco Gimenez Campaña.—A Cervantes (soneto), por D. Guillermo Conzalez Puya. El Angel de la Caridad, por D.ª Sofía Tartilán. ¡A mi madre! (poesía), por G. de Castro.—San Pedro Abanto (episodio de la guerra civil), por D. Antonio Luis Carrion.—Salto de Caballo.—Charadas.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Al insertar en este número las composiciones conmemorativas, del doscientos cincuenta y nueve aniversario de la material muerte de Cervantes, que algunos de nuestros coloboradores han presentado en esta redaccion, no pretendemos con ellas honrar la eterna y esclarecida memoria del *Príncipe de los Ingenios*, y solo si, tributarle un modesto recuerdo en nuestra Revista.

La memoria de Cervantes, sólo se honra por sí misma.

A CERVANTES.

No pretendo elevar mi débil canto
Para enlazarlo á la inmortal corona
Que de siglos en siglos se eslabona;
Yó ni codicio, ni merezco tanto:
Para el noble soldado de Lepanto,
Para el que fama universal pregona,
Cantar no puedo; mi laud no abona
Al inseguro acento que levanto.
Ah! si bajo el rico sol de la poesia,
Las mas graciosas flores que abrillanta
Pudiera descubrir la mente mia,
Ya que tu *ingenio*, sin rival, me encanta,
Yó guirnaldas sin fin matizaria:
Para tus sienes no; para tu planta.

RAFAELA BRABO MACIAS.

EL CAUTIVO DE ARGEL.

Se esconde el sol en el mar
Entre hondas cristalinas,
Y aun quiere amante enviar
Su moribundo mirar
A las playas argelinas.

Mueve el viento las palmeras,
Dejando oir leves notas
De músicas placenteras,
Y el aire cruzan lijeras
Las nevadas gaviotas.

Allá se vé en lontananza,
Salvando arroyos y riscos
En corceles de pujanza
La fiera taifa, que avanza,
De ginetes berberiscos.

Y en prision de sombras llena
Modula un canto espresivo
De melancólica pena,
Al compas de la cadena,
Un castellano cautivo.

Y cuando acuerda en su son
La patria, que el Tajo baña;
Un rugido de leon
Se levanta en la prision
De los esclavos de España.

Entonces deja el cantar,
Y no sé qué historias cuenta
A los hijos del pesar,
Que en aquel triste lugar
Alegre risa revienta.

Y tiene tanta dulzura
De aquel cautivo el acento
Que el áura, que en la espesura
Entre palmeras murmura,
Viene á escucharle de intento.

Y cuando los mares pliega
Convertida en blanda brisa,

Al par que con ellos juega
Dulces chistes les allega,
Que el cautivo oyó con risa.

Y el mar, que en su turbio seno
Guarda con orgullo ufano,
Cual talisman el mas bueno,
De aquel cautivo sereno
Una desdichada mano.

Adurmiéndose en la playa
Escucha con dulce encanto
Al céfiro, que desmaya,
Y un canto épico ensaya
Al tullido de Lepanto.

Que el que en la prision oscura
Tiene por lecho una piedra,
Un dia á la edad futura
Con gloria, oirá, que murmura
Miguel Cervantes Saavedra.

Que si con su heróica Iliada
Homero admiró á la historia,
Cervantes en marcha osada
Con su eterna carcajada
Llegó al cénit de la gloria.

Por eso el mar, que le es fiel,
Hoy da la gloria por dote,
Hondas rizando en tropel,
Al triste esclavo de Argel,
Al claro autor del Quijote.

FRANCISCO GIMENEZ CAMPAÑA.

A CERVANTES.

EN EL ANIVERSARIO 259 DE SU MUERTE.

SONETO.

¿Qué tributo rendir á la memoria
del ínclito Cervantes, en el dia
que preclaros ingenios á porfía,
se ocupan de su vida y de su historia?

En versos que bien pueden ser la escoria
de versos que rebosen melodía,
yo no puedo rendir como querria
tributos merecidos á su gloria.

Su nombre resonó de polo á polo;
su nombre universal hizo la fama;
y fué Cevantes inmortal y solo.

Aquel que á su Quijote no proclama
la mejor de las obras, es por dolo;
porque el Quijote todo, luz derrama.

GUILLERMO GONZALEZ PUYA.

EL ANGEL DE LA CARIDAD.

(CONTINUACION.)

Ya hemos dicho que dos terceras partes de los edificios de Lisboa habian sido destruidos por el terremoto; y muy mal parados quedaban los restantes, teniendo que lamentar nuevas desgracias cada dia entre las familias que permanecian en algunos de ellos.

El ministro Pombal, verdadero monarca del reino portugués, dictaba enérgicas medidas para evitar nuevos males, y la reconstruccion de la ciudad era su primer cuidado.

Cuantos brazos podian hallarse se destinaban á tan laudable y humanitaria tarea, y las órdenes religiosas contribuian con el mayor celo á mejorar la situacion de los enfermos y heridos, partiendo con ellos sus vestidos y su pan.

Las damas de la corte hicieron cuantiosos donativos de ropas y alhajas; pero la princesa Maria fué la que mayores prodigios hizo de valor y caridad. Envuelta en sencillos vestidos, y acompañada de sus damas y aya, la ilustre marquesa de Arcos recorria los arruinados edificios, y con sus blancas y delicadas manos arrancaba de los brazos de la muerte las infelices víctimas, que de otro modo hubieran perecido; vertiendo lágrimas de alegría, cuando lograba conseguir su piadoso objeto.

Más de cien niños, huérfanos unos, por haber sucumbido sus padres en la catástrofe, y otros abandonados y perdidos, debieron su salvacion á la angelical princesa, siendo sacados ya de entre las ruinas, ya de los solitarios edificios. Conducidos á la corte, y cuidados con maternal desvelo á espensas del erario, formaron mas tarde una generacion, que aun hoy repite con religioso respeto el nombre de Maria I de Portugal.

Un episodio dramático acaecido á la princesa en sus caritativas escursiones, tuvo no poca parte en la meláncolica tristeza que formó en adelante el fondo de su carácter.

Una tarde en que D.ª Maria, acompañada de su aya, se retiraba de la devastada capital á la campiña, donde residia la corte, acertaron á pasar por nna calle, en la que solo un edificio habia quedado en pié. Era este el palacio de Conti, deshabitado muchos años hacia, desde que un alzamiento popular habia hecho caer á sus dueños de la gracia del monarca y retirarse á Italia, su patria

En verdad que el tal palacio deshabitado, y sin embargo ileso en medio de tantas ruinas, parecia un sarcasmo al lado de las muchas viviendas que, enchidas de moradores habian sido pasto de las llamas ó juguetes del huracan.

Hemos dicho que pasaba la princesa por delante del solitario edificio para retirarse á la campiña, cuando lastimeros ayes, hiriendo sus oidos, la hicieron retroceder y lanzarse valerosamente por la entornada puerta del palacio, deseosa de socorrer al infortunado ser, que parecia demandar sus caritativos auxilios.

Dificil la fué en el primer momento adivinar en qué punto del edificio se hallaba la persona que sufria, porque la misma soledad hacia que los sollozos, siendo repetidos por el espacio, desorientasen al oido. De pié en medio del zaguan, la princesa y sus damas escuchaban atentamente de qué lado venian los suspiros, cuando vieron girar sobre sí misma una de las estátuas de piedra que adornaban la ancha escalinata: un grito estuvo pronto á salir de todos los lábios; mas el estupor ahogó la voz en sus gargantas, viendo aparecer ante sus ojos un jóven de dulce y simpática fisonomia, cuyas miradas y ademanes revelaban la mas profunda angustia. Su trage era de camino, y hubiera parecido rico y elegante, á no ser por el espantoso desórden que reinaba en todo él, probando el estado de desesperacion en que se hallaba su dueño. El primer movimiento de él, fué de miedo y furor, al ver descubierto su retiro; mas un agudo sollozo, que parecia salir de las entrañas de la tierra, hizo que su rostro cambiase de espresion, y con las manos cruzadas en ademán suplicante, se adelantó al grupo formado por la princesa y su comitiva, diciéndola con voz conmovida por las lágrimas: «Mi esposa se muere; en nombre de Dios ayudadme á salvarla, asi como á mi hijo, y mi vida entera os pertenecerá.»

—Corramos en su auxilio, amigas mias, dijo Maria, volviéndose á sus damas, y vos, señor, guiadnos donde gusteis.

Volvió á girar la estatua, dejando ver una estrecha escalera, y permitiendo al mismo tiempo que los ayes de la enferma, asi como los vagidos de un niño, al paracer recien nacido, se oyesen mas claramente.

Todos descendieron por la misteriosa escalera, y un espectáculo en estremo desgarrador se presentó ante su vista. En una pieza abovedada y no de grandes dimenciones yacia en un estremo de ella, sobre un lecho improvisado con algunas ropas de vestir, una jóven hermosísima, á pesar de tener ya en su bello rostro todas las señales de una próxima muerte. A su lado estaba un niño, que solo parecia contar algunos dias de existencia, y mas allá se veia una porcion de ropas ensangrentadas, que debieron pertenecer á la dama moribunda.

Una linterna sorda alumbraba con su fúnebre claridad este doloroso cuadro.

Cuando la enferma percibió el ruido que los recien llegados hacian á su alrededor, abrió los ojos por un momento, fijólos en la princesa, y, lanzando un pequeño grito, quedó desmayada, ó, mas bien, muerta, segun la densa palidez que se estendió por todo su semblante.

Arrodillóse á su lado la sensible Maria, y ayudada por el jóven y sus damas, trataron de hacerla volver en si, vertiendo sobre sus pálidos lábios algunas gotas de agua. Pronto la vida pareció volver á recobrar su imperio, y la jóven enferma abrió de nuevo sus bellos ojos, mirando con infinita dulzura á la princesa, que seguia prodigándola palabras de consuelo.

Hizo entonces un esfuerzo supremo, diciendo con voz débil y entrecortada:

—Princesa Maria, estoy herida de muerte, y todos los socorros humanos serán inútiles para salvarme. Mis asesinos han dado el golpe con mano certera, y solo me quedan algunos minutos de vida: os recomiendo mi hijo. Vos le amareis, señora, porque sois buena y caritativa: porque su madre ha sido muy desgraciada; y además porque su padre es un bueno y leal servidor vuestro: los Vasconcellos fueron siempre los fieles alanos de la casa de Braganza.

Dichas estas palabras, estampó un ardiente beso en la frente del niño, miró tiernamente al jóven, que á los piés del lecho se deshacia en lágrimas, y murmurando un «adios, esposo mio», cierra los ojos para no abrirlos jamás. ¡Habia muerto!

Cuando la dama hubo lanzado su último suspiro, la princesa tomó en sus brazos al niño, y presentándoselo al cabellero, que seguia sollozando, le dijo con dulzura:

—Habeis perdido á vuestra esposa; pero vuestro hijo no queda sin madre, porque yo lo seré desde este momento. Asi lo he prometido en el fondo de mi corazon. Además, vos sois un servidor de mi padre; y los buenos súbditos del rey son moralmente mis hijos y mis hermanos. Ahora salgamos de este sitio, donde todo cuanto os rodea no puede menos de seros doloroso; y si la que de hoy mas servirá de madre á vuestro hijo os merece confianza, vos me contareis vuestras desgracias, y quienes son los asesinos de vuestra esposa, para que el rey os haga justicia.

Arrodillóse el caballero á los piés de la princesa, y regando con lágrimas sus manos, dió nuevo curso á su dolor, deshaciéndose en convulsivos sollozos. Despues estrechó al niño contra su corazon, posó los lábios en la frente de su esposa muerta, y se dispuso á seguir á Maria y sus damas, abandonando aquel triste lugar en que dejaba la mitad de su alma.

Grande sorpresa causó en la corte la aparicion del primogénito de los Vasconcellos, á quien todos creian sepultado entre las ruinas de su palacio con el resto de la familia, porque dicho palacio habia

sido uno de los primeros edificios destruidos totalmente por el terremoto.

Pronto la estraña manera con que la princesa habia hallado al conde, asi como la lúgubre escena oscurrida en el subterraneo, la jóven asesinada, que decia ser esposa de Vasconcellos, y aquel niño recien-nacido. dieron lugar á mil aventurados comentarios, y novelescas suposiciones, que, llegando á los oidos de la princesa, fueron causa de que el jóven conde ocupase en su memoria y en su corazon un lugar mucho mayor del que hubiera convenido para su tranquilidad.

(Continuará.)

¡A MI MADRE!

El dia vá á romper. La bella aurora
Tiñe en grana la cumbre de los montes,
Se iluminan los blancos horizontes,
Y empieza la mañana á despuntar;
El dia esplendoroso se desborda
En ráfagas de lúz y de colores,
Y empiezan los canoros ruiseñores
En la trémula rama á gorgear.

La lúz corona con su hermoso brillo
Los alcázares mágicos de Oriente,
Y rasgando su velo refulgente,
De un piélago de oro surge el sol.
La floresta murmura, gime el áura.
Rompe la rosa en virgíneo broche,
Se evaporan las perlas de la noche
En su cáliz teñido de arrebol.

Es que baja á la tierra un ángel puro
De esos azules, infinitos velos:
Azucena arrancada de los cielos
Que viene la existencia á perfumar.
Lucero de fulgores misteriosos,
Blanca rosa robada al Paraiso,
Arcángel bello, que el Eterno quiso
Descendiese á este mundo para amar.

De niña semejabas á la perla,
Que reposa entre nácar y corales,
Y es lanzada á las playas tropicales
Por la onda azulada en que durmió.
De virgen, semejante al astro bello
Que se pierde en el éter misterioso,
Así tu corazon jóven y hermoso
En los golfos del cielo se perdió.

Y de madre..! mi acento se detiene,
El alma late con impulso loco,
Cuanto exprese mi lábio, todo es poco,
Yo soy, madre, un oscuro trovador.
Ya no eres perla, que en los mares duerme,
Ni el astro que dá al éter su reflejo.....
El mar en que dormiste, es hoy tu espejo,
El cielo en que flotaste, es hoy tu amor.

Por eso, con cariño y entusiasmo,
Ardiente el alma sin cesar delira;
Y por eso tambien pulsa su lira
Este bardo de pobre inspiracion.
Pero el canto sencillo y verdadero,
Que de sus cuerdas desgastadas brota,
Es mi ser encerrado en una nota,
En un eco mi íntima adoracion.

Como prémio á estos cantos de mi alma,
De mi eterno cariño de fé impreso,
Te pido, madre mia, un solo beso,
Que confunda las almas de los dos.
El beso apasionado de las madres
Es un cielo de amor y de pureza,
Un himno saturado de grandeza,
¡El ósculo, tal véz, del mismo Dios!

G. de Castro.

SAN PEDRO ABANTO.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

(conclusión.)

IV.

El enfermo que acababa de llegar era un hombre como de cincuenta años, alto, flaco. desfigurado el rostro por recientes señales de quemaduras: traia cubiertos los ojos con una ancha venda. Vestia el uniforme que usan los carlistas de la division navarra.

—¿Y han podido ustedes averiguar quién es ese pobre ciego?—preguntó el médico á los que con tan caritativa solicitud lo habian colocado en el lecho.

—No sabemos quien será ese desdichado. Segun nos ha dicho se batió el 25 á las órdenes de Radica, y el dia 1.° llegó ante el puente de Somorrostro, pues formaba en el batallon que temerariamente quiso forzar el paso y que tan cara ha pagado su osadia.

—¿Y tiene alguna herida?

—Ninguna: sólo las quemaduras que le ha visto usted en la cara. No sabemos cómo la inflamacion de una poca de pólvora lo ha dejado ciego. Parece que en la desastrosa retirada sus compañeros lo abandonaron, y estuvo algunas horas desmayado entre los muertos, hasta que le recogimos.

—¡Pobre viejo!

—Tambien á nosotros nos ha inspirado mucha compasion, y no nos hemos separado de él desde que

le encontramos. Parece un gran carácter, á juzgar por las pocas palabras que nos ha dirigido en el camino. Es uno de esos carlistas ciegamente fanáticos por su causa, y hace diez ó doce años que vive lejos de su familia, sin haberse acogido á ninguna de las amnistías que se han dado, viviendo unas veces en campaña y otras en la emigracion.

—¡Qué funesta pasion política!

—¿Y V. cree que se repondrá pronto?

—Muy pronto; pero quedará ciego.

—¡Pobre hombre! A su cuidado de V. lo dejamos.

—Despues volveremos, y ya estará mas tranquilo. Ahora, si ustedes gustan, bajaremos á ver si han llegado los otros carros. Adios, Dolores, vuelvo inmediatamente. Mucho cuidado con nuestro amigo Pablo.

—Ahora poco ha abierto los ojos.

—Pues déle V. la bebida que ya sabe, mientras subo.

Y el activo médico salió detrás de los hermanos de la Cruz Roja, diciéndoles al bajar las escaleras:

—¡Pobre muchacho! Está pasado de parte á parte, y solo vivirá algunas horas.

V.

Dolores tomó un vaso y se acercó á Pablo, que hacia algunos momentos estaba contemplándola triste y cariñosamente.

—No te molestes, Lola. ¿A qué me das eso? ¿No sabes que mis heridas son incurables?

—Vamos, no seas aprensivo y no me aflijas, querido Pablo. Sé dócil, y toma lo que el facultativo ha dispuesto. Verás como te mejoras para cuando llegue madre.

—¡Pobrecita vieja! ¡Dios quiera que llegue antes que yo me haya muerto!

Y haciendo un ademan que revelaba su desconfianza en la medicina y la seguridad de que se sentia mortalmente herido, el jóven soldado bebió algunas gotas y luego continuó, estrechando las manos de la apesadumbrada Dolores, que se esforzaba por contener sus lágrimas:

—No te apures, Lola de mi alma, y llora cuanto quieras: yo no me impresiono porque llores mi cercana muerte.

—Dices cosas que una no tiene mas remedio que apurarse. Vamos, anímate. Ayer estuvo aquí Perico el barquero y me dijo que madre estaba mejor y disponiéndose á venir: quizás hoy mismo la tendremos á nuestro lado.

—Que la cuides mucho. ¡Yo no volveré mas á nuestras alegres playas de Santoña!

—¡Pablo!...

—¡Y si al menos supiéramos que mi padre! ¿Qué será del pobre viejo? El fanatismo político lo apartó de su hogar y su familia.

—¡Qué infaustas luchas civiles!

—¡Funesta guerra, que coloca al hermano en frente del hermano y que expone el pecho del padre á los tiros del propio hijo! ¡Si supieras cómo tiemblo al disparar mi fusil!... El 25, cuando subia por aquellas breñas con mis camaradas de Cantábria.....

Pablo no pudo seguir, y quedó silencioso y admirado, lo mismo que Dolores, al ver delante de ellos al viejo que poco antes habian colocado en una de las camas inmediatas.

Con el cuerpo encorbado, los brazos extendidos, cortada la respiracion, lleno de mortal ansiedad, el veterano carlista se presentó ante los jóvenes, que fijaron en él sus ojos con extrañeza al oirle preguntar:

—¿Quién habla aquí de Santoña? ¿Qué Pablo es este que está agonizando y cuya voz resuena en mi alma?

VI.

Cuando despues de marcharse los hermanos de la Cruz Roja y el médico, empezó el diálogo entre Dolores y Pablo, el ciego carlista se incorporó en su cama al escuchar las primeras palabras de los jóvenes.

A medida que estos avanzaban en su conversacion, iba despertándose el interés en aquel desdichado viejo. Cuando oyó hablar de Santoña y de una anciana abandonada; cuando escuchó el nombre de Pablo; cuando supo que á pocos pasos de él estaba moribundo un jóven soldado de Cantábria herido en la accion de Abanto; cuando oyó las amargas consideraderaciones que éste hacia sobre el carácter de la guerra civil y sobre la fatalidad que lanza al hermano contra el hermano y al padre contra el hijo, aquel desventurado, fuera de sí, con el rostro descompuesto, saltó de la cama y apoyándose en las paredes y tropezando con los muebles llegó ante el sillon de Pablo, haciendo aquellas extrañas preguntas.

Este y Dolores quedaron mudos, impresionados fuertemente por las palabras y la dramática actitud del viejo; pero él, cruzando las manos, suplicante, y con acento que revelaba cuánta era su pena y su ansiedad, dijo:

—¿Qué edad tienes, jóven soldado?

—Veintidos años,—contestó Pablo trabajosamente, cada vez mas fatigado por la gravedad de su herida y por lo violento de aquella escena.

—¿Y eres de Santoña?

—Si.

—Donde vivias con una santa muger abandonada por su esposo.

—Hace diez años que no sabemos de mi padre.

—¡Y tú caiste en el combate del 25!....

—Al pié de las trincheras carlistas, bajo las cerra-

das descargas de los batallones navarros.

—¡Dios del cielo! ¿Perteneces al regimiento de Cantábria?

—Mi compañia fué una de las que llegaron casi á la cumbre del monte.

—¿Y tu madre.... se llama tu madre Magdalena?....

—Magdalena, y yo Pablo Rodriguez.

—¡Justicia de Dios! ¡Yo hice fuego sobre mi mismo hijo! ¡Tal vez dirigí la bala que le corta la vida! ¡Pablo de mi corazon!

—¡Ay, padre mio!

VII.

¡Cómo describir tan interesante y suprema situacion!

Al reflexionar el padre de Pablo que él, desde la meseta de la fortificada montaña, habia sido uno de los que con mas encarnizamiento dispararon á los valientes de Cantábria, rodando sobre las acribilladas compañias enormes pedazos de roca; al recordar los detalles de tan sacrílega matanza, el pobre ciego se mesaba los cabellos con desesperacion. y abrazado á las rodillas de su hijo le aceleraba la muerte con sus frenéticas caricias y con sus lastimeras exclamaciones.

Pablo, al reconocer á su padre hizo un esfuerzo por levantarse para abrazarlo; pero tan estenuado y tan grave se encontraba, que cayó desplomado en el sillon, balbuceando algunas palabras que no se pudieron entender.

Dolores, atribulada, no sabia que hacerse, y conociendo que aquellas grandes emociones mataban á su pobre amante, procuraba calmar al desesperado viejo, y daba voces desde la puerta, pidiendo auxilio para Pablo, cuyo semblante cada vez se descomponia mas, viéndose en él marcadas las señales de su dolorosa agonía.

Poco tardaron en subir algunos de los hermanos de la Cruz Roja, los médicos y muchas de las personas que estaban en los otros departamentos, quedando todos inmóviles ante el cuadro que se les ofreció á la vista.

—¿Pero, qué es esto?—dijo uno de los médicos.

—Venga V., que Pablo se muere,—repuso Dolores.

—Sálvenme ustedes á mi hijo,—exclamaba el ciego dirigiéndose hácia el sitio donde sentia á los médicos, los cuales contemplaban desalentados la agonía del pobre herido.

—Imposible,—murmuró tristemente uno de los facultativos.

—¡Horrible lucha fratricida que ayudó á sostener mi fanatismo y mi tenacidad! ¡Perdóname Pablo mio! gritó el arrepentido partidario de D. Cárlos, tirándese á los piés de su moribundo hijo.

Este, levantándose ya con la rigidez de la muerte, haciendo un trabajoso esfuerzo, cogió con ambas manos la cabeza del desdichado ciego como para depositar en sus blancos cabellos el beso de despedida; pero sus fuerzas se agotaron, y, sin lograr su cariñoso propósito, cayó á plomo para no levantarse mas.

Estaba muerto.

VIII.

Hubo un instante de supremo y religioso silencio.

Dolores, abrazada á la cabeza de Pablo, con la mirada fija en el cuadro de la Virgen, rezaba silenciosa, y sus lágrimas goteaban sobre la pálida frente del cadáver.

El pobre anciano, caido en tierra, estrechaba con ternura las piernas de su hijo; y casi desfallecido apenas se oian sus entrecortados sollozos.

Las hermanas de caridad y los sócios de la Cruz Roja rodeaban este interesesante grupo: los hombres de pié profundamente conmovidos; las mugeres arrodilladas, con los ojos levantados al cielo y con las megillas mojadas por el llanto.

Los médicos y las demás personas que acudieron á los gritos de Dolores, en el fondo, cerrando el cuadro: todos silenciosos y tristes, todos dominados por lo severo y grave de aquel momento.

De repente se oye una voz en el pasillo inmediato que dice:

—¡Ya estoy aquí! ¡Dolores, Pablo! ¿Dónde está el hijo de mis entrañas?

—¡Su madre!—exclamaba Dolores dirigiéndose á la puerta.

—¡Magdalena!—grita el viejo, alzándose como movido por un resorte y retrocediendo hasta el extremo de la habitacion, temeroso, sin duda al ver que se acercaba su abandonada esposa.

El grupo se descompuso y todos se volvieron hácia la puerta, en cuyo umbral apareció la venerable y angustiada figura de Magdalena.

IX.

La madre de Pablo se detuvo sorprendida ante el cuadro que se presentó á sus ojos.

Sus primeras miradas se fijaron en el punto de la sala donde estaba su marido á quien reconoció inmediatamente, exclamando con asombro:

—¡Sebastian!....

Luego volvió enhelante la vista, poniéndola con espanto en el sillon donde, con los brazos colgando y la cabeza caida sobre el pecho, estaba el cadáver de su hijo.

Con esa rapidez con que las ideas siniestras penetran en la imaginacion de las madres, la infeliz anciana lo comprendió todo, y loca, tambaleándose, con los brazos abiertos y dando un grito de inex-

plicable angustia, cayó sobre el inanimado cuerpo de Pablo, cubriéndole de besos y exclamando con voz que partia los corazones:

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ay, Pablo de mi alma!....

Todos seguian silenciosos, mientras la infeliz desahogaba su pena con sus caricias y su lamentaciones.

Dolores, que olvidaba su propio infortunio ante la desgracia de los demás, viendo la amargura y los remordimientos que se reflejaban en el rostro y en la actitud del viejo Sebastian, interrumpió el silencio diciendo á su bienhechora:

—Madre... Pablo antes de espirar ha perdonado á su marido de V. El pobre viejo ha sufrido mucho, y está ciego...

—Si, Magdalena; perdóname como Pablo. ¡El fanatismo político me ha hecho derramar mi propia sangre! ¡Maldita sean las contiendas políticas, y maldita la hora en que abandoné la dichosa tranquilidad de mi pueblo!...

Era tan desgarrador, tan triste, tan sincero el arrepentimiento de Sebastian, que su muger, demostrando cuán buena y grande era su alma, se volvió hácia él, y tendiéndole con cariño la mano, le dijo conmovida y con acento solemne:

—¡Pablo Muerto!... ¡Tú ciego, y Dolores viuda!... ¡La miseria en mi alegre casita de Santoña!... *Esto es la guerra civil.*

—¡Maldita sea la guerra!—gritó el antiguo faccioso.

—¡Maldita sea!—repitieron todos, fijando la vista en el cadáver de Pablo.

Los pobres viejos se abrazaron, y cayéron de rodillas ante su hijo, rompiendo otra vez á llorar desconsoladamente,

ANTONIO LUIS CARRION.

Málaga, Marzo, 1874.

Solucion á el Salto de caballo-charada inserto en el número 31:

«Es la *segunda* con *cuarta*
que ansioso buscaba yó
la Me-ca, Ciudad de Arabia
«objeto de adoracion,
«para el árabe que admira
«la grandeza de su Dios,
«y la *tercera* con *prima*
es la ri-a en mi opinion
la cual sin duda ninguna
«refleja al rayo del sol
«la sombra de cien faluchos
«cuando unos de otros en pos
«van al TODO que es pais
«de riqueza y bendicion.
Juzgo que el salto-charada
que tanto me mareó
es A—mé—ri—ca, D. Juan
con que hasta otra, con Dios.

SATURNINO GARCIA CALVO.

Lo han descifrado: Srta. D.ª Paca Reguera Ponce. Srta. D.ª Rafaela Brabo.—Srta. D.ª Encarnacion Ruiz Toro.—Srta. D.ª Presentacion Gutierrez Morales.—Srta. D.ª Dololores Palacios Montero.—Srta. Doña Elodia del Rio.—Srta. D.ª Ana Fernandez.—Srtas. Valle Baqueriza.—Srta. D.ª Paz Ponce.—J. de R. de P. Sr. D. José Gonzalez Villalobos.—Sr. D. Joaquin Tenorio Vega.—Sr. Don José Morales Durán.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª

SO—NE—TO.

La han descifrado: Srtas. Valle Baqueriza.—Srta. D.ª Elodia del Rio.—S. de R. de P.

2.ª

E—RE.

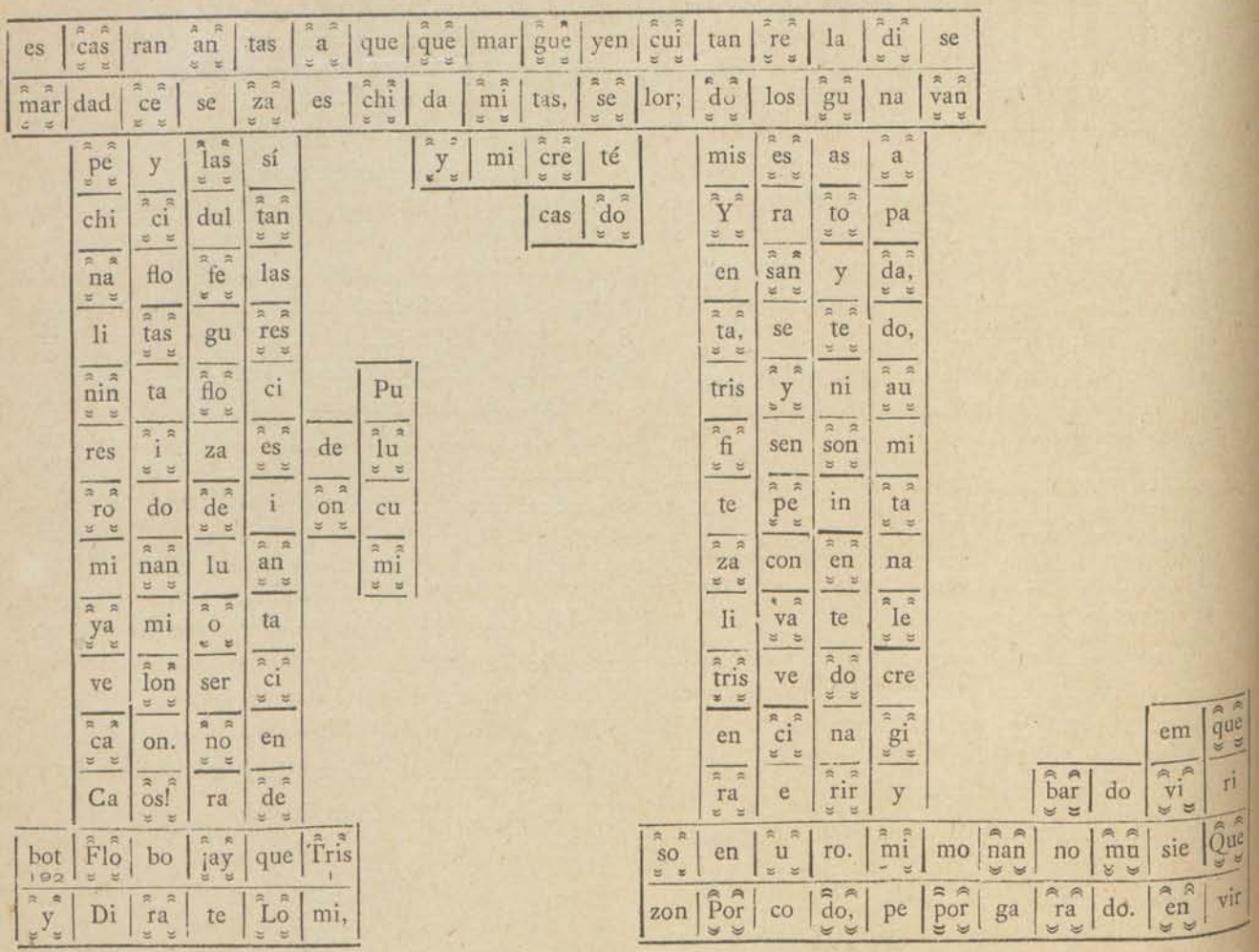
La siguiente solucion á la charada *penachó*, la hemos recibido con retraso, por lo que no la pusimos, como correspondia, en el número anterior.

Nos la remite un distinguido colaborador de nuestra Revista.

No seas ingrata, niña,
mira que *Pepe*
llorará cuando escuche
que no lo quieres:
¿no te dá *pena*,
ni se ablanda tu *pecho*,
niña hechicera?
Mas cantando la *nana*
viene á lo lejos,
por ver si así mitiga
tu desden fiero:
se vá acercando,
míralo, en su cabeza
trae un PENACHO.

Granada. J. R. T.

Salto de Caballo remitido por la Srta. D.ª Flora Lobo Carabot.



Principia en la casilla número 1 y concluye en la 192.

La solucion en el número 35, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos las remitan.

Charadas.

1.ª

La *segunda* con *primera*
una consonante es,
y si pasas por un TODO,
no te acerques nunca á él.

2.ª

—Esta tarde con Maria
fuimos al campo á jugar,
y vimos un hombre viejo,
que *dos tres* parece estár;
con una barba tan larga,
¡Jesus, que miedo me dá!
y un zurron de *tercia* y *cuarta*.
Mire usted, me dijo Juan;
á las niñas, *tercia* y *prima*.
¿Es eso verdad, papá?
—No, hija, ese es un pobre
que implora la caridad:
otra vez, si te lo encuentras
al salir á pasear,
y llevas la merendilla
que te prepara mamá,
dale del TODO, que es fruta
que prefieres á otras, mas.

ANA PONCE BOCANEGRA.

3.ª

En *prima* y *tercia* verás
el pueblo desenfrenado;
pidiendo sin saber qué,
para bueno ó para malo.
Primera y *segunda* están
en un refrán castellano,
muy parecido al que dice
que «un clavo saca otro clavo».
Poco tienes que pensar,
porque mucho te lo aclaro,
diciendo que subió el TODO
á la cumbre del Parnáso.

G. G. P.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Sábado 8 de Mayo de 1875. Núm. 34.

ECOS DEL GUADALEVIN.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—A la Santa Cruz (poesia), por la señorita doña Rafaela Brabo Macias —El Angel de la Caridad, por D.ª Sofía Tartilán.—No quieras amar al mundo (poesia), por D. Saturnino Garcia Calvo.—Cantar, por Maria S. L.—Tricornios y Tijeras (cuadros de costumbres), por D. José Estevan Bravo.—Soneto, por D. Antonio Rojo y Sojo.— A una máscara (poesia), por D. Angel Garcia. — Soneto-charada, por G. G. P. — Charadas.

Llamamos la atencion de nuestros lectores, sobre la siguiente notable composicion, debida á la pluma de la inspirada poetisa, nuestra distinguida colaboradora Srta. D.ª Rafaela Brabo Macias.

A LA SANTA CRUZ.

Para mengua y tormento del malvado,
Para castigo de la raza esclava
Era la cruz; en ella su pecado
El criminal sentia y espiaba.
Patíbulo maldito, siempre odiado,
Que desprecio, baldon y muerte daba;
Invencible terror, miedo profundo
Era su solo nombre á todo el mundo.

Mas debia llegar aquel momento
Que entre fervientes vivas y ovaciones,
Fuera de la justicia el instrumento
Colmado de infinitas bendiciones,
¡Oh incomprensible, divinal portento!
Escuchen de la tierra las naciones.
La cruz infamadora y execrable
Vá á convertirse en símbolo adorable.

Tres hombres van, con paso vacilante,
Conduciendo su cruz hasta la cumbre
De un alto monte; crece á cada instante
El rencor de la inícua muchedumbre
Que los sigue afanosa y delirante,
Aumentando la inmensa pesadumbre
De aquellos séres de funesta suerte,
Condenados los tres, á infame muerte.

Pero ¿quién es el reo que camina
En medio de los dos? la triste frente
Con mansedumbre, con dolor inclina:
¿Puede ser criminal? no, ciertamente,
En corazon malvado no germina
Tan profunda humildad; es inocente,
Lo dice la espresion de su mirada,
Angelical, dulcísima, sagrada.....

. . . . . .

Ya en la cima escarpada del Calvario
Se levanta una cruz: el triste reo
Que, envuelto en los girones de un sudario,
Espira en ella para ser trofeo
De la humana justicia; de falsario
Y demente, le acusa el pueblo ateo,
Que pretendió con locas profecías
Hacerse conocer por el Mesías.

La turba mira su angustiosa muerte
Con saña impía; con furor salvaje,
En piélago iracundo se convierte,
Y al ímpetu feróz de su oleage
Contra el reo infeliz rugiendo vierte
La ponzoña infernal de su coraje;
Y en su insensato, en su brutal delirio
Goza al causar tan bárbaro martirio.

En tanto lanza su postrer aliento
El mártir que en la cruz era enclavado;
Zumbó cual nunca furibundo el viento,
El sol, por las tinieblas, fué eclipsado;
Tórnase el cielo lívido, sangriento
Y el pueblo escucha trémulo, espantado
Un eco aterrador que repetía
¡«Era el hijo de Dios, Salem impía»!!

¡Oh gloria para tí, Cruz degradada!
El poderoso Dios yáce en tus brazos:
Te salpica su sangre inmaculada;

Te tiende de su amor los dulces lazos,
Y te deja por siempre celebrada;
Que rompió tu bajeza en cien pedazos
Y de su eterna y mísera ruina
Renaces noble, misterial, divina.

¿Qué se puede igualar á tu grandeza?
Si un tiempo fuiste cáliz de amargura,
Eres, al recibir tan grande alteza,
Inagotable fuente de ventura.
En tí la gloria del mortal comienza;
¡Humille Lucifér la frente impura!
Y vea, desde el báratro profundo,
Lejos de su poder ya libre el mundo.

Y corra sí, tu milagrosa fama
Por todo el universo, que á tu nombre
En fé divina el corazon se inflama
Y la gloria de Dios confiesa el hombre;
Bienhechora del mundo te proclama;
Santo es el esplendor de tu renombre,
La gracia de Jesús, cual pura estrella,
Rayos te presta de su lumbre bella.

Elévate de nuevo, Cruz divina,
No para recibir al delincuente:
El hombre tus grandezas adivina,
Y á tu planta se humilla reverente;
Que el Todopoderoso te destina
Para ser el amparo del creyente
Y dejar indeleble su memoria
En las páginas santas de tu historia.

Eres la erguida, la gloriosa enseña
De la Iglesia católica, romana;
Tú, degradante sobre ruda peña,
Eras el trono de la fé cristiana.
Ya tu nombre inmortal no se desdeña;
Tú, grande y firme y siempre soberana
Muestras la luz esplendorosa y pura
Que en la cumbre del Gólgota fulgura.

Gloria á tí, vencedora del *abismo*,
De los hijos de Adan dulce consuelo;
Estandarte feliz del Cristianismo
Levantado por Dios en nuestro suelo
Para obrar el grandioso cataclismo
Que nos mostrára la bondad del Cielo.
¡Adoracion á tí! Prez, honra y gloria
Al árbol santo y á su sacra historia.

RAFAELA BRABO MACIAS.

Ronda 3 de Mayo.

EL ANGEL DE LA CARIDAD.

(CONCLUSION.)

Por fin el mismo Vasconcellos puso en claro lo sucedido, que si bien tiene mucho de trágico en el desenlace, nada mas natural que sus principios. He aquí, pues, lo que habia pasado:

Hemos dicho que el palacio de los Conti, en el cual la princesa habia penetrado con sus damas, atraida por los ayes de la moribunda, estaba deshabitado hacía algunos años, á consecuencia de que su dueño, derribado del poder por un alzamiento popular, fué desterrado á Italia, su patria. Mas antes que esto sucediera, el primogénito de los condes de Vasconcellos, y la hija única del noble italiano, se habian jurado amor eterno; y un enlace que convenia á las dos familias hubiera coronado sus deseos, si los disturbios políticos no dispusieran otra cosa.

Cayó Conti de su elevado puesto, y aunque infundamente, se figuró que Vasconcellos padre, celoso de su poder, habia conspirado para derribarle; y desde aquel momento odió mortalmente al que creia su enemigo, quedando roto el pactado matrimonio de sus hijos.

Los jóvenes, que no tenian razon alguna para aborrecerse, siguieron amándose con mayor ardor, cuanto menor era la esperanza de verse unidos.

Salió Conti del reino lusitano, y Vasconcellos mandó á su hijo que viajase, para distraer el dolor de haber perdido á su amada. En cuanto á la jóven fué amenazada por su familia con encerrarla para siempre en un convento, si sus lábios volvian á pronunciar el aborrecido nombre del noble portugués.

Durante algun tiempo, los dos amantes pensaban someterse al rigor de su estrella; pero la pasion, mas fuerte que su voluntad, los impulsó uno hácia otro, y á fuerza de oro y astucia, Vasconcellos logró hacerse de amigos en la casa de Conti, y tener noticias de su antigua prometida.

Cuando supo que le amaba siempre, renació la esperanza en su corazon, y despues de haber visto á la jóven algunas veces á favor de ingeniosos disfraces; seguros mútuamente de su cariño, el conde la prometió obtener el consentimiento de su padre, para unirse á ella secretamente y llevarla a Portugal, porque el anciano Vasconcellos no odiaba á Conti, sino que era odiado por él.

Regresó el jóven á Lisboa, despues de cuatro años de ausencia, y enmedio de las tiernas demostraciones que sus padres hacian por su vuelta, él manifestó los dolores de su corazon por la pérdida de la que amaba, como el dia mismo en que se habia separado;

y tanto rogó, que su buen padre le hizo la promesa de abrir los brazos á la hija de su enemigo.

Con tan lisongeras esperanzas, partió de nuevo á Italia el jóven conde, deseoso de poner por obra sus proyectos, tan pronto como se presentase para ello una favorable ocasion.

Aun transcurrieron otros dos años mas, sin poder realizar su deseado enlace, porque Conti habia sabido la presencia del jóven en Nápoles, y le habia hecho perseguir con encarnizamiento, poniendo su vida en peligro varias veces.

Llegó por fin el anhelado momento, y un matrimonio secreto unió á los dos infortunados amantes, mas cuando ya estaba todo dispuesto para la fuga, fueron descubiertos por los agentes del vengativo italiano, y solo á ruegos de la dama huyó Vasconcellos, que queria morir ó llevarse por fuerza su esposa.

En vano suplicó esta á su padre del modo mas conmovedor: en vano declaró que pertenecia al conde por un enlace legítimo: todos sus ruegos no consiguieron mas que amenazas para su esposo y malos tratamientos para ella, declarando el desnaturalizado Conti, que antes la dejaria morir, aunque fuera cubierta de vergüenza, que verla llevar el odiado nombre de su enemigo.

Pasaron todavia algunos meses, y entonces ya no fué posible esperar mas La jóven llevaba en su seno el fruto de su amor; y lo que no habia temido por su vida, lo temió por la de su hijo.

Decidióse, pues, no ya á rogar, sino á engañar á su padre, llegando hasta el punto de indicarle que vería con gusto anulado su matrimonio con el portugués Con esto logró algo mas libertad, y aprovechándose de ella, se puso de acuerdo con su esposo para salir de Italia, y refugiarse á Portugal al lado del anciano conde, que les habia prometido su amparo.

Todo marchó bien en los primeros momentos: los jóvenes salieron de Nápoles, y caminando de noche, y por veredas escusadas, ganaron algun terreno; mas cuando ya se creian seguros, supieron que eran perseguidos de cerca por el mismo Conti y sus emisarios. Doblaron ellos sus jornadas, aun á riesgo de que la fatiga acelerase el alumbramiento de la infeliz esposa; y cuando ya pisaban el suelo portugués, casi á las puertas de Lisboa, fueron alcanzados por sus perseguidores Trabóse un sangriento combate entre las gentes del italiano, el jóven Varconcellos, y dos fieles sirvientes que llevaba consigo, siendo estos muertos y herida la jóven, que habia formado un escudo con su pecho, en el momento que un puñal amenazaba la vida de su esposo.

Mas ¡ah! todavia no debian acabar aquí los infortunios de estos mal aventurados amantes! El afligido conde recogió del suelo á su moribunda esposa, y colocándola á las ancas de su caballo, se dispuso á trasladarla á Lisboa, que solo distaba algunas millas, cuando torbellinos de humo y rojizas llamas oscurecieron el horizonte. Se hallaban en la noche fatal del 1.° de Noviembre de 1755.

Ocupado el jóven de sus desgracias, no se habia apercibido de lo que pasaba en torno suyo; y el cataclismo de la naturaleza, habia resbalado sobre la insensible coraza de que le revistió su propio dolor.

Con la preciosa carga en sus brazos, corrió desatentado al lugar que ocupaba la casa de su padre, ¡pero solo restaba del opulento edificio un monton de ruinas informes! Loco, desesperado, siguió corriendo al azar por las calles de la devastada capital. De pronto se encontró frente al abandonado palacio de Conti, que parecia ofrecer un asilo á la infortunada criatura que habia visto bajo sus dorados techos la primera luz, y la primera sonrisa de aquel amor que la llevaba á la tumba.

Dificil, muy dificil seria pintar todo el horror de aquella primera noche, pasada casi en las entrañas de la tierra, á donde llegaba sin embargo, el lúgubre estruendo de las casas que se hundian; los gritos de los infelices que morian aplastados bajo las ruinas: el espantoso chasquido de las llamas que devoraban los hogares abandonados, y el imponente bramar de las embravecidas olas del irritado Occeano.

La pobre jóven, que llevaba en el pecho una herida mortal, vióse además acometida por los dolores de un alumbramiento, que las fatigas y el trabajo del camino, el encuentro con sus perseguidores, y las terribles emociones por que acababan de pasar, habian acelerado, haciéndole por lo tanto mas peligroso. Y allí, en aquella lóbrega estancia, donde mas tarde la encontró la princesa falta de todo, sin mas lecho que sus ensangrentados vestidos, sin mas auxiliares, ni enfermeras que su atribulado esposo, dió á luz el niño, á quien la caritativa Maria prometió servir de Madre.

Tres dias aun sobrevivió la infeliz al nacimiento de su hijo. Tres dias de penosa agonía y de indecibles sufrimientos; y cuando ya se acercaba su fin, el desesperado jóven determinó salir en busca de socorro. Ya hemos visto lo que sucedió.

Los ayes de la moribunda, atrajeron á la princesa y á su comitiva que, hallándose con el conde, llegó bastante á tiempo, para recoger los últimos suspiros de aquella madre desgraciada, prometerla velar por su hijo, é impedir un acto de desesperacion en el esposo, que quizá le hubiera cometido, á no detenerle la angelical presencia de Maria.

Esta patética historia, que llegó á oidos de la prin-

cesa, primero en confusos rumores, y despues referida tierna y sencillamente por el mismo Vasconcellos, desarrolló en su corazon sensible y apasionado una tierna simpatía hácia aquel infeliz, que habia perdido en tan poco tiempo la esposa querida, los amantes padres y las esperanzas todas de su juventud, quedándole tan solo un tierno niño, que en aquellos momentos, mas que de consuelo, debia servirle para renovar sus pesares.

Pasaron algunos años. La princesa fué solicitada en matrimonio por varios pretendientes; y entonces comprendió que su compasion por el noble Vasconcellos, habia pasado á ser un sentimiento mas dulce; pero esclava de los deberes que la imponía su nacimiento, sacrificó su ventura al bien de los súbditos que estaba llamada á gobernar, y se casó con Don Pedro III, siendo modelo de reinas, madres y esposas. Lo único que quedó en su corazon como una memoria de aquella sonrisa primaveral de sus castísimos amores, fué una caridad ardiente, que si bien era innata en el alma de Maria, se sublimó mucho más con el recuerdo de que, egerciendo esta santa virtud, un dia habia salvado al hombre que hizo latir su corazon.

El conde por su parte, tampoco pudo ver por mucho tiempo con indiferencia la poética belleza de su real protectora, y la adoró en silencio todo el resto de sus dias; mas sin olvidar por un momento que en su lecho de muerte, la desgraciada hija de Conti le habia dicho *que los Vasconcellos eran los fieles alanos de la casa de Braganza.* Asi pues, amando á la princesa, fué siempre un súbdito leal de la reina, sin que jamás el secreto de su corazon asomase á sus miradas, ni mucho menos á sus lábios.

En las ocasiones difíciles prestó su fuerte apoyo al trono, desenmascarando los atrevidos planes del ambicioso Pombal, y contribuyendo á que se hiciera justicia á la verdadera nobleza portuguesa, que se hallaba postergada por el orgulloso ministro.

Antes de morir habia inculcado en el alma de su hijo los mismos sentimientos de rectitud, justicia y amor á sus soberanos, que no se han desmentido jamás en los herederos de su noble raza.

Maria I de Portugal, despues de su advenimiento al trono, sufrió muy rudos golpes, descubriendo intrigas y manejos indignos en aquellas mismas personas que mas habian merecido la confianza de su padre. Esto, unido al estado de su corazon, y á los dolorosos recuerdos que habia dejado en su juventud los desastrosos acontecimientos de la noche de Todos los Santos, la sumieron en una profunda melancolia, que duró tanto como su vida.

Muerto su esposo, (1783) poco despues nombró regente á su hijo (Juan VI), y retirándose casi á la vida privada, fué la madre de los pobres y los desvalidos, hasta que Dios la llamó á su lado, siendo su muerte sumamente sentida en todo el reino lusitano, donde de padres á hijos, mas que por su nombre de pila, y su título de reina, se la conoce por *El Angel de la Caridad.*

Sofia Tartilán.

Nolite diligere mundum
No querais amar al mundo. (1)

Epist. 1.ª *de S. Juan. Cap.* 2, *v.* 15.

Cebo de iniquidad y de maldades,
Grande plaza de engaños burladores,
Escuela de soberbia y vanidades,
Laberinto de equívocos errores,
Un mar de cenagosas tempestades
Y camino de inquietos malhechores
Es el mundo y su pompa fementida
Tras el que vá la sociedad perdida.

Examinadle por cualquiera lado
Vereis su senda por doquier torcida;
A su derecha el vicio idolatrado,
La virtud á su izquierda escarnecida,
A su espalda es un mundo condenado,
A su frente es un mundo fratricida
Que muestra sin cesar gratas señales
De loór á los vicios capitales.

Su mentira circula disfrazada
Con nombre de verdad en la apariencia,
Se propala á su vez engalanada
Con traje de verdad su falsa ciencia:
Y la cosa, que el mundo, mas preciada
Nos promete, demuestra la esperiencia
Al arrancar el velo de su daño
Ser un falso oropel, un desengaño.

Su máxima tal es «Sereis dichosos»
Y tras la frase que fulgente brilla
Se van los necios del gozar ansiosos;
Por ella es vana la mujer sencilla,
Y por ella los hombres orgullosos
Que al mirar la mentida maravilla,
El «Non serviam» esclama su egoismo
Como doctrina al fin del diablo mismo.

Allí do piensas encontrar franqueza,
Allá do buscas verdadero amigo
Hallas debilidad, error, flaqueza;
La sociedad mundana vá contigo
Propuesta á trastornarte la cabeza

(1) El mundo como enemigo de la doctrina de Jesucristo.

Si del mundo te llamas su enemigo,
El cual lleva por lema ante su frente
Lo contrario mostrar de lo que siente.

Del festin con desden ¡ay! se enagena
La virtud enemiga de la orgía,
Se goza al presentar impura escena
Ante el pudor de la familia pia:
La locucion mordaz se desenfrena
Mezclando al chiste la palabra impía,
Y por doquier se aspira refinado
Hálito mundanal envenenado.

Quizá un adulador tu mano estrecha
Para tenderte un lazo ocultamente,
En tu alma tal vez abre una brecha
Murmurador reptil y maldiciente,
Sin que falte un traidor que oculto acecha:
Todo lo cual te prueba claramente,
Que en las manos del mundo es leve llama
Reputacion, honor, hacienda y fama.

Asi pues este mundo fastuoso
Es un jardin florido, mas sin fruto;
Es un campo, mas campo pedregoso;
Es un rio de lágrimas y luto,
Un dulce frenesí, mas ponzoñoso,
Es un deleite sensual y bruto
Sus bienes falsos son perecederos
Y sus males durables verdaderos.

Su sociego es inquieto y congojoso
Su firmeza carece de cimiento,
Su trabajo sin fruto y laborioso
Y su gloria no tiene fundamento:
Su propósito nulo y mentiroso,
Su alegría terrible abatimiento,
Su esperanza la fija en vanidad
Y solo su dolor es realidad.

El mundo como tal está regido
Por el príncipe mismo del Averno,
Cuyo empeño formal y decidido
Es arrastrar los hombres al Infierno.
Pero en cambio del cielo ha descendido
Un fuerte defensor. El Verbo Eterno:
Con una Religion tan noble y santa
Que al hombre salva y al Infierno espanta.

Solo su Rellgion triunfa del mundo;
Ella se opone al vicio que te estraga
Y que del mal dragon es oriundo.
Refrena la pasion que mas te halaga
Para hundirte en el caos mas profundo;
Y venciendo el peligro que te amaga
Una vida mezquina y transitoria
Te ofrece bienestar, pureza y gloria.

SATURNINO GARCIA CALVO.

CANTAR.

Muchos dicen no he de amar
Que el amor es tontería,
Mas valiera que calláran
Que les llegará su dia.

MARIA S. L.

TRICORNIOS Y TIJERAS.

(CONTINUACION.)

II.

DOÑA CÁNDIDA Y SUS VECINOS.

¿Vísteis una mujer de unos cincuenta y cinco, morena, gruesa, de quisquillosos cabellos, ratoniles orejas, boca semi-deshabitada, asi roma de entendimiento como de nariz, de regular bigote, graciosa con sus puntos y ribetes de *guasona*, derecha como asta de bandera, entrometida, cariredonda, que jura, grita y maldice de las malas lenguas cuando oye hablar contra el absolutismo?

Pues esta era ni mas ni menos doña Cándida Martinez, viuda de un honrado maestro de obras, ama de huéspedes y dueña, amen de otros *bienes*, de una porcion de recibos contra sus amadísimos huéspedes.

Doña Cándida era beata; no una de esas beatas doctoras en chismografía, soberbias para su mantilla y humildes para la capa del prójimo; que se escandalizan con el hombre honrado que no se da frecuentemente golpes en el pecho, y nada dicen contra las truhanerias del que se lo hunde á puñetazos; que muestran los surcos causados en sus carnes por acerados cilicios y no dicen que gustan de jamon y gallina; que asi se sírven del rosario para hacer bien por sus almas, como manejan las tijeras contra la honra de sus semejantes, cubriendo la murmuracion de un lijero barniz de caridad.

Doña Cándida guardaba en uno de los cajones de su cómoda un trozo de paño del hábito de cierto fraile que murió en opinion de santo, varios papeles que llevaba en su bolsillo el reverendo padre A, algunas aceitunas petrificadas procedentes de la Tierra Santa, tres ó cuatro pequeños bustos de yeso, que representaban fielmente las facciones de otros tantos santos; un trozo de lienzo en el que se ven dos ó tres manchas de la sangre de un mártir; un cabello del padre B, sábio jesuita que iban á canonizar; medallas, escapularios, libros, estampas, rosarios y manuscritos.

Doña Cándida era tan fanática como caritativa, y decimos fanática en razon á que no poseia las auténticas de los objetos que guardaba.

Cuántas veces la he visto en las crudas y lluviosas mañanas del invierno, tomar su para-aguas y lanzarse á la calle á socorrer una desgracia! Cuántas

veces la he visto volver, roja, sudosa, llena de agua y lodo; y sin embargo en su rostro se dibujaba la alegria, en sus lábios la satisfactoria sonrisa que produce practicar obras de caridad, sonrisa que refleja los sentimientos mas puros del espíritu, sonrisa que espresa un poema de ternura y sencillez!

Los huéspedes toleraban la desmedida curiosidad de su patrona, porque esta los trataba con la mayor solicitud y manteníalos uno, dos y mas meses, sin exijirles otra cosa que un recibo por las cantidades que le adeudaban.

Cuando el bolsillo de alguno de los huéspedes se hallaba bien repleto, solía el huesped abandonar la casa hasta que veia desaparecer su última peseta: llegado este caso, tornaba el estudiante á la casa de doña Cándida y pedia á esta humildemente que le permitiese continuar en aquella. Doña Cádida le echaba un sermon de padre y muy señor mio, y dábase á todos los diablos habidos y por haber; pero admitía de nuevo en su redil á la descarriada oveja.

Por estas, otras parecidas y no parecidas cosas, doña Cándida tenia muchos disgustos, y sin embargo cada vez parecia mas gruesa y satisfecha, tanto que podia decirse que el volúmen de su abdomen estaba en razon directa en el número de disgustos asi como que el número de sus huéspedes en razon inversa respecto á la ganancia.

La casa de doña Cándida era el infierno: los huéspedes cantaban, gritaban, corrian, reñian á casi todas horas; y como resultado de los juegos y riñas rompiánse amenudo platos, muebles y cristales: los primeros eran reemplazados por otros, componiánse los segundos, y eran de ordinario sustituidos los últimos por ese papelito que todo el mundo lee llamado *La Correspondencia de España*.

Si se entraba en la sala de recibo solian verse varios libros sobre la mesa, á su lado un trozo de queso y los restos de un panecillo; mas allá un cabo de vela y junto á este unos calcetines; hallábanse botas en el suelo, colillas, camisas, calzoncillos, cuellos y puños súcios, periódicos, cortezas de salchichon, cáscaras de naranjas, bellotas, nueces ó castañas; hallábanse las paredes llenas de monigotes, de letreros, de manchas que habian resultado, sin duda, de algun tinterazo con que un huesped habia querido *obsequiar* á otro; hallábase la guitarra sobre una de las sillas, sobre otra una pistola, y al lado de esta un sombrero con mas arrugas que zurcidos el manteo de un estudiante sopista; hallábase, en fin, otras cien cosas mas que probaban que el desarreglo y la falta de limpieza habian echado profundísimas raices en la casa de doña Cándida.

La sala de recibo hacia, pues, simultáneamente las veces de comedor, gabinete, despacho y alcoba; siendo esto ocasionado, no porque doña Cándida fuera desarreglada, súcia y manirota, sino porque sus huéspepes, en su generalidad estudiantes, eran la piel del diablo.

Doña Cándida y su criada Agustina, vieja bigotuda, curiosa y apergaminada, que al hablar de sus cualidades no recordaba el fallecimiento de sus abuelos, barrian diariamente la casa; los huéspedes ensuciaban enseguida; doña Cándida mandaba componer los muebles rotos; los huéspedes rompiánlos nuevamente; y por estas y otras parecidas cosas doña Cándida se enfadaba, gritaba, pataleaba, amenazaba, injuriaba á sus huéspedes y maldecia de sus diabluras, y ellos reiánse de sus enfados, gritos, pataleo, amenazas, injurias y maldiciones. Empero, doña Cándida, que no era rencorosa, se olvidaba pronto de las discusiones habidas con sus pupilos y tornaba á ser una madre solícita y cariñosa.

Cuando los huéspedes eran presa del fastidio, es decir, cuando no poseian un cuarto, solian divertirse á costa de su infelíz patrona, víctima siempre de sus innumerables diabluras. Recuerdo que una noche, al tomar doña Cándida un poco de rapé, abrió desmesuradamente la boca, estornudó repetidas veces, escupió, rascóse la nariz con fuerza y dando una descomunal patada en el suelo, arrojó violentamente la caja. Contenia esta, segun supe luego, rapé, ajos molidos y pimiento picante.

En los primeros dias de cada mes disfrutaba doña Cándida de tranquilidad y sosiego, en atencion á que sus huéspedes *estaban en fondos*; pero como estos bien pronto cambiaban de dueño, la zambra y desórdenes á que habíanse entregado los huéspedes, eran reemplazados por diabluras, en perjuicio de doña Cándida, que se hacian sin el auxilio del dinero.

Componian la casa de doña Cándida, que era el piso bajo, la sala de recibo, el comedor y un largo pasillo que partia de este y terminaba en aquella, y á uno y otro lado del pasillo varias habitaciones pequeñas, oscuras é irregulares, que servian de alcobas; una cocina espaciosa junto al comedor, y en ella ese lugar tan súcio como necesario que todos conocemos. Las habitaciones eran interiores á ecepcion de la sala que tenia dos ventanas á la calle.

En el piso principal de la casa vivia doña Robustiana, viuda de un coronel de caballería. Esta señora, para la cual no transcurría el tiempo desde que cumplió treinta y siete años, habia sido guapa y elegante, pero conservaba muy pocos restos de sus antiguos atractivos. Tiene á su servicio una linda mozuela, gruesa y vivaracha, que revuelve el barrio con sus negros y rasgados ojos.

Doña Gertrudiz Alvarez y sus sobrinas Margarita

y Maria, á las que ya conocen nuestros lectores, habitaban en el piso segundo, y tenian á su servicio á una asturiana, llamada Andrea, de redondas formas y elevada estatura, tan robusta y forzuda como escasa de entendimiento.

El inquilino del cuarto tercero llamábase don Timoteo Naranjo. Este sujeto, que habia sido empleado de Aduanas, era estremadamente alto, flaco y nervioso, y contaría, unos cincuenta años. Su hija Mercedes, rubia, de unos treinta, picada de viruelas, de facciones diminutas y alta estatura, y su criada Antonia, eran las personas que sufrian diariamente las impertinencias del amo de la casa.

En el piso tercero vivia un prestamista, hombre seco de cuerpo y alma; su nariz larga y granujienta sostenia unas gafas azules, bajo las cuales ocultábanse unos ojos pequeños y frios cuando el brillo del oro no penetraba por sus cristales, y cubria su cabeza una asquerosa peluca rubia.

Vivian en el último piso (las bohardillas no eran habitables) dos jóvenes, llamadas Casilda y Esperanza, morenas, graciosas, de talle flexible, ojos rasgados, pardos, invitantes, juguetones; lábios encendidos, y cabellos negros como las noches en que Noé navegó encerrado en el arca. Casilda era mas gruesa y alta que su compañera, un poco mas aprensiva y mucho mas burlona. Dedicábanse á la costura y asi gustaban de bromas y jolgorios como de retozar con los corazones de aquellos á quienes hacia suspirar su hermosura.

(Continuará.)

Soneto.

En una noche hermosa de verano,
En una noche del agosto ardiente
No pudo contemplar su casta frente
Por culpa de un alcalde vil, tirano. (1)
Su rostro encantador, fresco, lozano,
Oculto por las sombras y la gente,
Adiviné en mi amor puro, riente
Como la rosa del Abril galano.
Pero todo se anima en el paseo;
Ya se duerme la luna entre la sierra,
Y luz artificial de pronto brilla.
¿Mas dónde está mi amor que no le veo?
¿Dónde está? Si. ¡Gran Dios! ¡¡Abrete tierra!!
Va cogido del brazo de un guindilla.

Antonio Rojo y Sojo.

Granada, Agosto, 74.

(1) Sabido es que en Granada no se encienden los faroles cuando el amanaque dice que hay luna.

A UNA MÁSCARA.

Cuando el sol por Oriente
La faz asoma
Se envuelve entre mil nubes
De ópalo y rosa;
Y por la tarde
Se esconde entre dos montes
Al ocultarse.

Las flores mas hermosas
De la pradera
Con el modesto broche
Sus gracias velan;
Y solo el áura
Abre el cáliz que oculta
Tan ricas galas.

El ruiseñor sus trinos,
Dulces, suaves,
Canta desde las copas
De altivos árboles;
Cual si quisiera
Que apagáran las hojas
Sus dulces quejas.

Y tú, preciosa niña,
De lindo talle,
Tus hermosas facciones,
Asi ocultaste;
Tambien modesta,
Guardabas los encantos,
De tu belleza.

Y un rostro peregrino
Mostraste luego
Mas bello que el celage
Del firmamento;
Mas que las áuras
Que besan el rocío
De la mañana.

Dulces recuerdos guardo
De tu hermosura
Que ya solo borrarlos
Puede la tumba;
Gratos recuerdos
Que llevan á mi alma
Paz y consuelo.

Angel Garcia.

Málaga.

SONETO-CHARADA.

Prima y *segunda*, á todo el que lo huela
le repugna, marea y se apresura
á buscarle un lugar donde asegura,
que el mal olor se acaba con cautéla.
En *prima* y *tercia*, en vaporosa tela
si una mujer oculta su hermosura,
azucena parece, bella y pura,
que en vaso de cristal, luce, riela.
Segunda y *tercia*, cinco en este mundo
encontrarás de cierto, si te fijas,
sin ser en Geografía muy profundo.
El TODO fué defensa de las hijas
de encantadas princesas, y lo fundo.....
No doy esplicaciones mas prolijas.

G. G. P.

Charadas.

1.ª

Es mi *primera* vocal
y *segunda* consonante,
signo de música *tercia*,
y el TODO nombre elegante.

ANA FERNANDEZ.

2.ª

Dá vida á la primavera
la *primera*,
En España mucho abunda
la *segunda*,
Y nunca cuadrada vés
la *tres*.
Y aunque sencillo me es
el estudio de mi TODO,
cuando empiezo me incomodo
con el *prima*, *dos* y *tres*.

JUAN MARTINEZ Y ROMERO.

3.ª

En Africa un militar
dió renombre á mi *primera*;
porque hizo su apellido
célebre en aqulla guerra;
mi *segunda* con mi *cuarta*
nunca, ve lo que desea,
una nota musical
es mi sílaba *tercera*,
y ésta misma con la *cuarta*
cosa es que de agua llena
de seguro, le hallarás
en el mar de Galilea,
en Dalmacia y Lombardia,
en Bitinia de Nicea,
y entre otros infinitos
los nombrados de Venecia:
es mi TODO una avecilla
y dudosa por mas señas,
pero advierto á quien se oponga
que á mi me consta que vuela,
y á mas del abecedario
las cinco vocales lleva.

SATURINO GARCIA CALVO.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª

Por acertar tu charada
En balde, niña, trabajo.....
¿Me dices cuál es el «todo»?
Ó me precipito al TAJO.

2.ª

No tengas susto del viejo
Que *loco* te pareció:
Deposita una limosna
En su bolsa de *coton*;
Y no pienses que se *come*
A las niñas: eso nó,
Mas que comerse á las niñas
Le gusta un MELOCOTON.

3.ª

Con sumo placer, Guillermo,
Tu charada ayer leí,
Y combinando «una» y «tercia»
Me resultaba *motin*:
Con ésto envalentonado,
Atrevíme á proseguir,
Y en la «primera» y «segunda»
Hallar *mora* pretendí.....
Ahora dime, caro amigo:
¿Es el «todo» MORATIN?....

Granada. J. R. T.

Loco, cotón y *come*
bien combinadas,
forman la fruta, *todo*,
con mucha gracia.
Satisfaccion
causóme la charada
Me—lo—co—ton.

UN SUSCRITOR.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Sábado 15 de Mayo de 1875. Núm. 35.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Aves y flores, por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—El barco del pirata (canto), por D. Francisco Jimenez Campaña.—A tí (poesia), por D. Miguel Gonzalez Grano de Oro.—Cuita de amor (poesia), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Charadas, por D. Rafael Morales del Valle.—Fragmentos (poesia), por Don Rafael Luna.—Soneto-charada, por G. G. P.—Charada.

AVES Y FLORES.

I.

Es un hermoso dia.

Un sol magnífico ilumina con sus espléndidos rayos el cielo puro y trasparente y la tierra engalanada con el manto de flores que se entreabren al soplo juvenil de primavera.

La naturaleza entera parece regocijarse. Está de fiesta.

Multitud de bulliciosas aves cruzan alegres el anchuroso espacio. Todas cantan.

Es el himno de la juventud elevado á Aquel que esparce el hálito de la vida.

Por doquiera que nuestras miradas investiguen el horizonte, he aquí lo que se ofrece á nuestra vista: aves y flores.

Las unas brotan á nuestros piés embalsamando el aire que respiramos, cruzan las otras por encima de nuestras cabezas embelesándonos con sus gorgeos. Extrangeras convidadas al festin de la naturaleza, vienen como alados músicos á desempeñar su parte en el concierto y partirán mañana en busca de nuevas alegrias.

¡Ah! las flores no son así.

Nacen á nuestros ojos, desembolviéndose al soplo de Abril tivio y vivificante y las vemos tambien morir al rayo abrasador del sol de Agosto. Despues el cierzo de Octubre arrastra sus ojas secas y las hace chocar contra la tierra convirtiéndolas en polvo.

¿No es esto un trasunto fiel de nuestra existencia?

¡Qué indefinible malestar oprime entonces al alma al contemplar la naturaleza devastada sin pájaros y sin flores!

Dirigimos una triste mirada al nido desierto de la golondrina ó á las desnudas ramas de los árboles y un suspiro se escapa de nuestro pecho. Entonces comprendemos que las amábamos.

¿Y cómo no amar las aves? ¿No son ellas unas compañeras fieles? ¿qué niño no ha amado tiernamente un pajarillo á quien el mismo alimentaba y no ha vertido lágrimas de dolor á su muerte cual si llorara la pérdida de su más querido amigo?

Ellas parecen atraer la dicha al revolar en torno de nuestra morada cantando sus amores.

Al llegar de remotas playas en las que tal vez habita alguna prenda de nuestro cariño, con cuanto afan nuestros ojos les preguntan por los amados seres.

Ellas tal vez se han posado sobre las hojas de la palmera á cuya sombra descansaban, ó en la techumbre de la tienda que los defendia de los ardores del sol. Acaso han presenciado sus dolores y escuchado los suspiros que exhalaban al recordar su patria.

¿Quién sabe si el pobre desterrado las ha seguido desde la opuesta orilla, contemplando con los ojos arrasados en lágrimas, la inmensidad de las olas que no puede cruzar con su rápido vuelo?

Al llegar saludan gozosas el hogar hospitalario en que quizá hallan el nido de la primavera anterior, y despues cantan y cantan interminablemente. ¿Nos dan acaso en su idioma desconocido las apetecidas nuevas? ¿nos cuentan la historia de su peregrinacion?

Tal vez narran el naufragio de sus compañeras en medio de las soledades del Occeano; sus aventuras en alguna isla desierta, ó sus amores bajo el cielo de su patria y la crueldad de algunos hombres que dieron muerte á sus hijuelos.

Ellas, como los huéspedes de los poemas de Homero, nos regalan sus armonias en cambio de nuestra hospitalidad: nosotros no entendemos su lenguage; pero nos sentimos conmovidos á su acento.

II.

¿Y las flores? ¿quién no ama esos delicados seres, que nacen hermosos y brillantes, como las ilusiones del corazon, y consagran su existencia de un dia á nuestro encanto?

El hombre ama las flores cuando niño: despues las desprecia por parecerle harto humildes para ocuparse de ellas; y sin embargo corre tras de quimeras mas vanas y deleznables que las flores muchas veces. Ha habido á pesar de eso muchos hombres de genio que las han amado con pasion; y los poetas más distinguidos las han dedicado sus más bellas inspiraciones.

La mujer las ama siempre: de jóven halla en ellas su solaz, gusta adornar su cabeza con flores que prefiere acaso á las más ricas joyas y gusta estar siempre acompañada de ellas, como de unas tiernas amigas: ya anciana le traen quiza gratos recuerdos; por que en la historia de la mujer siempre figuran las flores.

Pero ellas tienen sin duda una mision mas alta del Creador, que halagar nuestra vista con sus colores y deleitarnos con su aroma: con ellas está relacionada de tal modo nuestra existencia, que acaso no hay un acto de nuestra vida en que no tomen parte, ni un solo afecto del corazon que no simbolicen.

Flores enviamos á un amigo para felicitarle, y flores llevamos tambien á los sepulcros en muestras de dolor.

Con flores se teje la corona del heroismo y del génio, porque ellas están destinadas á solemnizar todos los triunfos.

Una persona ausente puede hablar con otra solo con enviarle una flor; esta flor puede ser un *pensamiento*, y le dice que su recuerdo vive siempre en su corazon.

Una corona de azahar ciñe las sienes de la desposada. Una guirnalda de siemprevivas colocada sobre una tumba indica que jamás será olvidada la memoria del ser que allí descansa.

Cuando nuestra piedad, ó acaso la voz imperiosa de nuestras necesidades, nos conduce al pié de las aras del Eterno, flores son tambien lo que llevamos muchas veces en ofrenda: si nuestros votos se han cumplido, si la felicidad nos sonrie, llevamos gala, espléndidos tulipanes y olorosos claveles: si por el contrario somos desgraciados, vamos á buscar los lirios solitarios, nacidos entre las rocas y vestidos con su triste color de luto.

La azucena está consagrada á la Reina de los ángeles tan pura y cándida como ella, y en sus cánticos la iglesia la llama Rosa de los jardines del cielo.

Todos nuestros afectos, nuestras virtudes, nuestros dolores y nuestras alegrias los simbolizan las flores. La tímida violeta significa la humildad, la pasionaria la fé, el girasol la firmeza..... Infinita es la variedad de su lenguage, como ellas son infinitas.

Hay flores á las que vá unida alguna ignorada tradicion que aumenta su encanto. Tales son el Amor encontrado, amor perfecto y la dama de noche: otras traen á nuestta memoria un recuerdo conmovedor como las vellosillas ó *no me olvides* y el trévol de Judea, cuya original tradicion nos ha descrito tambien un distinguido novelista.

¿Y quién podrá negar la semejanza de la sensitiva con esos corazones delicados, dotados de una suceptibilidad tan esquisita que son sensibles á la mas leve impresion? Hay tambien una flor llamada lágrimas: su pequeño cáliz blanco, manchado de negro, se inclina hácia la tierra: parece la inocencia perdida ó el arrepentimiento. Finalmente, entre la inmensa variedad de especies, es de notar que las flores mas hermosas, como la dalia, la hortencia y la camelia, carecen de aroma; mientras que como una compensacion, las menos bellas como el jazmin y la violeta son estimadas por su delicada fragancia.

III.

Bajo el ardiente sol de los trópicos, lo mismo que en los climas de las zonas templadas, siempre tenemos aves y flores que nos regalen perfumes y armonias: es el más delicado presente de la Providencia, que, no contenta con subvenir á nuestras menores necesidades, previene tambien nuestros placeres.

En las regiones tropicales es donde la naturaleza despliega toda la riqueza de sus galas. Allí las flores se ostentan magníficas y exhalan perfumes mas penetrantes: allí hay guirnaldas suspendidas sobre rios sin nombre y colgadas á lo largo de interminables riveras, y aves de ostentoso plumaje teñido de colores vivísimos, cuyos acentos se pierden en los desiertos bosques. Es el gran templo donde la naturaleza solitaria adora á su Criador.

Sin embargo, en nuestro pais es muy hermosa. Magnifico es el concierto de las aves de nuestros bosques en una mañana de primavera. Allí hay tonos que espresan todos los sentimientos: notas altas y precipitadas para el placer: monótonas y cadenciosas como una melodia tristísima: unas las forman el alegre canto del mirlo, otras el arrullo de la paloma ó el gemido de la tórtola viuda.

Si en el silencio, por último, de una noche embalsamada con la fragancia da las lilas, alza su voz la filomela que dá al viento las divinas armonias de su canto, ¿qué corazon no se siente conmovido?

Cúantas veces al seguir con la mirada el rápido vuelo de un ave de paso que cruza ráuda nues-

tro horizonte, no meditamos sobre la inmensidad de esos mundos que la viagera de los aires vá á contemplar. ¿Quién al ver ante sus ojos subir el águila audaz hácia ese cielo objeto de nuestros deseos y de nuestras esperanzas, no eleva tambien su pensamiento á Dios, que le ha concedido la inteligencia para poder remontarse con ella tan alto como el águila y abarcar con la idea los remotos horizontes?

¿No habeis contemplado nunca unas abandonadas ruinas que la mano del tiempo ha revestido de musgo salpicado de frescas florecillas, ni habeis ido á orar sobre un sepulcro en que la naturaleza ha derramado flores tambien? Imposible espresar los pensamientos sugeridos del estraño contraste que hacen las flores en estas dos especies de ruinas. ¿Por qué inconcebible capricho de la naturaleza orna con verdes festones los derruidos arcos y las piedras negruzcas y amarillentas que hablan de muerte y desolacion? ¿es acaso un sarcasmo vestir de flores llenas de vida y gala la tierra que oculta los miserables restos de la muerte? ¿tan indiferente, tan insensible se muestra la naturaleza á nuestros sufrimientos, que prodiga sus sonrisas en medio de la devastacion? ¡Oh, nó! esas flores esparcidas sobre las tumbas, ese manto de verdura que envuelve las ruinas y los sepulcros, son por el contrario un mentís á la muerte, una esperanza cierta, una promesa sublime de la inmortalidad.

IV.

Las aves y las flores son por lo tanto una necesidad de nuestra existencia.

En las primeras edades del mundo, no obedecian los hombres á otras leyes: ellas les servian de relojes, de barómetros y de seguros anuncios del porvenir. La florescencia de la plantas ó la llegada y partida de las aves, ponia en conmocion una nacion entera, que comenzaba sus tareas agrícolas, hacia sus provisiones, ó preparaba sus viages segun las predicciones de estos astrónomos infalibles. De aquí nació el arte de la adivinacion en algunos pueblos.

Entre los antiguos, las flores gozaban de tal favor, que se coronaban de ellas los triunfadores, los sacerdotes de los ídolos y los romanos mas nobles, para asistir á sus banquetes. La Holanda, en tiempos posteriores, instituyó fiestas en honor de las flores tambien.

Aun en las edades modernas ha habido hombre que han tenido por un próspero anuncio la vista de tal ó cual ave, mientras la aparicion de otra, un cuervo por ejemplo, ha sido para ellos de funesto presagio. Los poetas han sacado gran partido de esta fé misteriosa del corazon.

En cuanto á las flores, los mismos poetas las han hallado tan puras y tan hermosas y las han amado tanto, que sus pensamientos más delicados, sus ideas más abstractas y sublimes, las han espresado por medio de su emblemático lenguage. Han hecho, pues, abrir las flores del alma, nacer y marchitarse las de las ilusiones, y crecer esparciendo su purísima fragancia las de la inocencia, la virtud y la esperanza.

V.

Exhalar su perfume como un eterno pebete elevado de la tierra al cielo, inspirarnos ideas de alegría y de consolacion, he aquí la mision de las flores y las aves.

Las unas nos muestran el cielo con sus rectos cálices, las otras nos señalan por los aires el camino que un dia recorrerán nuestras almas en busca de las moradas eternas.

A la aurora lo mismo que al morir el dia; en esa hora solemne en que el astro rey desaparece en Occidente con su manto de púrpura y su corona de luz, es cuando exhalan las flores sus perfumes mas penetrantes y las aves sus cantos más sentidos. Unamos tambien nuestros acentos al himno universal levantado al Hacedor Supremo.

Cármen Nuñez Rodriguez.

Como verán nuestros abonados en la nueva cubierta que repartimos con el presente cuaderno, se ha aumentado nuestra redaccion con un considerable número de Redactores y Colaboradores. Entre ellos figura D. Juan Martinez Romero, del Instituto Geodésico de Madrid; D. Saturnino Garcia Calvo, Presbítero, de Loja; y otros varios, cuyas firmas habrán visto nuestros lectores en los pasados números. En los sucesivos verán repetirse la del jóven é inspirado poeta madrileño, D. Rafael Luna; la de D. Gerónimo Fortesa, escritor sevillano, satírico, fácil en el decir, de estilo claro, y fluido; la de D. Arturo Vazquez, director que fué en Madrid del periódico el Diablo Mundo.

Entre las de colaboradoras aparecerán la de la eminente escritora novelista y directora de la Ilustracion de la mujer, D.ª Sofía Tartilán; y la de la simpática y amable Srta. D.ª Aurora M. Danino, de Gibraltar, una de las protectoras de nuestra Revista, que mas apoyo y decidida cooperacion ha prestado á nuestro semanario.

El Sr. D. Graciliano de Puga, poeta jerezano de gran fama, nos tiene prometida una coleccion de poesias, que muy en breve empezaremos á publicar.

EL BARCO DEL PIRATA.

CANTO.

Los mares son mi imperio; me rinden vasallaje
Las naves de Batsora, los barcos del Japon;
Venecia me dá feudo; y temen mi abordaje
Los fieros *leviatanes* de la gentil Albion.

Ave es mi barco raudo, que vuela por doquiera;
Las syrtes huye, y quiebra las mares de cristal;
Y, cual fugaz relámpago en su veloz carrera,
Llanuras cruza inmensas, sembradas de coral.

De noche, al deslizarse por agua que se riza,
Parece un *dios*, que vaga en carro de marfil,
Envuelto en regio manto de tela movediza
Por mares apacibles, que alumbra astro gentil.

Y callan las sirenas sus mágicos cantares,
Y escuchan adormidas el dulce y vago son,
Que el barco, al resbalarse por los serenos mares,
Produce, cual los ecos de plácida cancion.

Y cuando el astro inmenso, que alumbra en claro dia,
Levántase del lecho de plata y de zafir,
Y va esparciendo rayos, que infunden alegria
Y alumbran tierra y mares, marchando hácia el zenit.

Cual águila que enfrente del sol bate las álas
Y fija la atrevida mirada en su alma luz;
Asi henchidas las velas, é izando régias galas,
Entre las ondas marcha con rauda prontitud;

Y altivo desafia al sol que rayos lanza,
Y el astro ante su aspecto se humilla á su pesar:
Que si es rey del espacio, cuando sereno avanza,
Entre las gayas naves mi barco es rey del mar.

Por eso cuando rugen los roncos aquilones,
Y el rayo fragoroso flamea abrasador,
De entre los negros senos alíjeras visiones
Se elevan, y lo acorren con sonriyente amor.

Y va marchando el barco entre rabiosa espuma,
Sin miedo al oleaje, que impide el huracán,
Por una vasta senda, que entre la densa bruma
Le forman las ondinas con amoroso afán.

Y las hirvientes olas aduermen al pirata
Cuando á sus piés se abre la instable inmensidad,
Porque es á mis oidos nocturna serenata
La voz, que ronca anuncia la negra tempestad.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Desde el número próximo venidero empezaremos á publicar una Crónica Teatral, donde haremos la reseña de las obras que ponga en escena la nueva compañía dramática, que bajo la direccion de D. Juan Manuel Palau, actúa en nuestro coliseo.

A TÍ.

¿Oyes gemir la brisa
Besando flores
Y el gilguero que canta
Dulces acordes?
Pues mas encantos
Que el gilguero y la brisa
Lanzan tus lábios.

¿Ves la celeste gasa
Que el cielo cubre
En los dias serenos
En que no hay nubes?
Pues mas hermosos
Que su celeste gasa
Son ¡ay! tus ojos.

¿Ves si encierra primores
La primavera
Cuando á los campos viste
De flores bellas?...
Pues mas hechizos
Que los floridos campos
Tienen tus rizos.

¿Viste una clara noche
Del mes de Mayo,
Poética la luna,
Verter sus rayos?...
Pues mas poesia
Que la noche y la luna
Tiene tu dia.

¿Ves si es bella la noche,
El mar, la luna,
Las flores, la alborada,
Y en fin Natura?...
Pues mas perfecta
Que tan sublime obra
Es tu belleza.

MIGUEL GONZALEZ GRANO DE ORO.

En su reciente viage á Gibraltar, ha tenido ocasion nuestro director de estrechar relaciones de íntima amistad con los reputados literatos D. Dionisio J. Delicado y Rendon y D. Ernesto Silva. Como consecuencia de ello, tomarán de hoy en adelante dichos señores una parte muy activa en la redaccion de los Ecos. El Sr. Delicado se ocupa en la actualidad en escribir, especialmente para nuestro periódico, una novelita que muy pronto aparecerá en las columnas de esta Revista.

CUITA DE AMOR.

FABLA,

Vuélvete á Toledo
Que ya estoy casada
Y amarte no puedo.

¿Dime, fermosa sin par,
Garrida doncella, dime
¿Por qué al trovador que gime
Non le quieres escuchar?
¿Por qué me fuyes esquiva
Si finco por él tu amor,
Desfallece mi color,
É mi faz ya non es viva?
Sal yam de tanta mesura
Ca non la puedo sofrir
É yo me habré de morir
Si non sientes mi tristura.
Mio laud non ha sonidos
Con que falague y solace,
Desque te ví ya non face
Sino cuitas é gemidos.
¿El mi plañir amoroso
Non llegará fasta tí?
¿Qué es lo que topas en mí,
Non so yo caballeroso?
Non he feudos, señorio,
Nin castillo, nin vasallo,
Solo he la espada, el caballo,
Mio laud é mio alvedrio.
Por rico-home non valgo,
Brocado é oro non visto,
Magüer d' aquesto por Cristo
Del rey al par so fidalgo.
Ninguno non puede amarte
Á guisa que yo lo fago,
É pongo á Dios é á San Yago
Juzgador en esta parte.
Amor malaventurado
Me acongoja padesciente
Ten ya por bien é consiente
Darme amor si lo he ganado.
Un garzon ansi fablaba
Al pié de una torre altiva
Que tras de la estrecha ojiva,
Brillar una luz dejaba.
Su plañidera razon
Apenas hobo finado,
Una fembra se ha asomado
De pechos sobre el balcon.
Gallardo doncel, contesta,
Tu trovar me da alegria
Non meresco tal valia
Atiende la mi respuesta.
Vuelve garzon á Toledo,
Non me quieras cortejar,
Ca yo non te puedo amar
Estoy casada é non puedo.
Aquesta fabla el doncel,
Tan cedo que la hobo oido
El laud habia rompido,
Cabalgaba en su corcel.
Con el acicate lo fiere
La su gran cuita llorando,
É la mustia faz tornando
Á la que d' amor requiere.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

CHARADAS.

No vamos á ocuparnos de dar una definicion de esta palabra, ni mucho menos á decir quien la inventó, cuándo, ni cómo; todos saben lo que dicho vocablo significa, y pocos habrá que con un periódico en la mano, almanaque, ó cualquiera otra publicacion análoga, no hayan pasado el rato, viendo la manera de descifrar una charada. Nuestro ánimo es solo proporcionar á los afiicionados á esta clase de entretenimientos, infinito número de ellos, sin que tengan que recurrir á la lectura; para lo cual, solo basta fijar la atencion en los variadísimos cuadros que nos presenta la vida.

¿La vida?..... dirán con estrañeza nuestros lectores.

—Si señor; la vida. Ella que de por si es la charada magna, que á tantas y tan respetables molleras ha dejado, deja y dejará sin un pelo para un remedio, siguiendo no obstante indescifrable, ofrece en si otras muchas y variadas que pueden descifrarse. más ó ménos fácilmente, segun sean ellas, y entre las que, las hay tan curiosas y bien puestas, que atraen la atencion, y hasta el mas topo las acierta. Y si nó, ahí ván, como ejemplos, unas cuantas charadas de esta clase, que he tenido la curiosidad de recojer estos últimos dias:

Doña Nemecia Fuen-Caliente es mujer de don Cornelio Lila; Doña Nemecia tiene treinta y cinco años, buenos ojos, se conserva, y sonrie á todos de manera tan insinuante, que..... casi..... casi deja adivinar parte de la charada. Don Cornelio tiene ¡ochenta años! se le cae la baba, y derrama siempre la mitad de su correspondiente vaso de café, antes de lograr llevárselo á la boca.—Charada.—¿A qué vá doña Nemecia tan compuesta, al café de Eslava todas las noches?

¿Qué tal, queridos lecctores? Ya veis esta charadita es bien clara, es de las que, con la primera convinacion, se adivina el todo.

Arturito Previsor es un jóven de veinte y ocho años, hijo de una familia distinguida que ha venido á menos; Teresita Bodorres, es una chica ni buena, ni mala, fea como ella sola, pero con dos millones de dote. Arturito Previsor hace el amor de una manera desesperada á Teresita; lanza miradas de petróleo inflamado; es satélite perpétuo de Teresita; elogiador constante de su *mérito*; en fin, todo lo que constituye el estado que se designa con la frase «hacer el ozo» hace Arturito á Teresita.—Charada—¿Por qué hace el amor Arturito á la jóven Teresita, de una manera tan desesperada? ¿Eh? A que no se atreve el amigo Gutierrez á prometer regalito al que esta charada acierte.

Sensitiva Delicado es una hermosa jóven de veinte Abriles, rubia, alta, delgada, con unos ojos decidores, y de un azul puro como el del cielo; Sensitiva es muy sensible; y tan nerviosa, que á cualquier emocion le acometen las mas fuertes convulsiones; digo, esto dice ella, por mas que asegure cierta amiguita suya, que las tales convulsiones son fingidas. D. Simplicio Bobadilla es lo que se llama un buen hombre; tiene cuarenta años, y cuarenta mil duros de capital; su físico no es del todo malo; y sus condiciones, las mas apreciadas para constituir un buen marido. Don Simplicio frecuenta asíduamente la casa de Sensitiva. Charada.—¿Por qué á Sensitiva le acometen los nervios, dándole convulsiones terribles, siempre que se encuentra á solas con D. Simplicio?

Yá ven Vdes. que pudiera ponerles cuantas charadas quisiera, todas por este estilo, estremadamente fáciles, con solo fijar la atencion en el café, en la calle, en el paseo, en la casa del vecino, en cualquier parte; mas como quiera que lo fácil hastía, pronto no encontrarán los aficionados diversion en estas charadas; entonces recurriremos al grupo de las difíciles, que ya hemos dicho son muchas y varias las que nos presenta la vida.

Difíciles: D. Canuto Pretenciones, gasta, triunfa y derrocha con largueza, sin que nadie le conozca capital, ni intereses algunos.—¿En dónde escarba don Canuto?

Doña Rosa Pundonor dice que es viuda de un brigadier; vive sola con su hija, muchacha guapísima, de diez y ocho años de edad. Mi amigo Pepe, suele visitarlas con frecuencia; y sin embargo de que dichas señoras viven solas, mi amigo ha visto sobre una silla, varias veces, una gavina!—¿De quién es aquella gavina?

Y por último; á más de la misma vida, hay en ella otras muchas cosas, que tambien son charadas indescifrables; como verbi-gracia, la naturaleza de algunas viandas, á las que mi pupilera llama pomposamente un principio.

Y no sólo hallareis en la sociedad charadas, sino todo cuanto pueda desear el mas incansable buscador de X. X.; logogrifos, saltos de grillos, de caballo: en fin todo lo que el ingenio ha inventado para entretener el ocio de los desocupados, ó para que sirva de solaz al hombre trabajador en sus ratos de descanso, os lo presenta ella. Y si nó, allá vá un ejemplo de lo último:

Doña Petra Provecho y D. Nicomedes Exerecundia hace seis años que se juraron, al pié de los altares, amor y fidelidad. ¡Seis años llevan de casados! Doña Petra, aparte de su buena presencia, y de su fisonomia un tanto mas que pasable, no posee nada. D. Nicomedes, su marido, solo cuenta con un empleo de seis mil reales; sin embargo, poco menos le cuesta el piso que habita, y el gasto diario de su casa excede en mucho á su pequeño salario. Doña Petra primera casilla, casilla negra; de igual color, y no mas negra porque en dicho juego no la hay, la de D. Nicomedes, que es casilla ultima; y claro está que para pasar de una negra, á otra negra, habremos de haberlo hecho antes á una blanca, resulta en la dicha casilla blanca ¡muy blanca! el propietario del piso, viejo verde, y para quien la Sra. Petra no es un grano de aniz.

Y basta de molestar la atencion á aquellos pacensudos lectores que hayan llegado hasta aquí leyendo estos insulsos renglones; puesto que nuestra intencion ha sido sólo procurar ancho campo á los aficionados á las charadas, y creemos que ya lo hemos hecho, aunque torpemente, con nuestras indicaciones y ejemplos. No queremos ser pesados, ni molestos, insistiendo en cosas por demás sencillas; asi, no hacemos mencion de multitud de acertijos y enigmas de pequella valia, porque su estremada facilidad en ser acertados, no los hace acreedores á que de ellos pongamos ejemplos; pudiendo decir que son enigmas mas claros, que algunas verdades, oscuras; me refiero á esos sencillísimos acertijos que nos ofrece la sociedad, en los cuales vemos sobrinas que no tienen con su tio mas parentezco que el de Adan; suegras que aseguran quieren mas á su yerno que á su hija, y yernos que aparentan creerlo. Y otra infinidad de inocentes mentiras, y variadísimos quid-pro-quos, que adoptan la forma menos complicada del enigma, ó sea la del sencillo acertijo.

Y adios lector; que el cabo de vela, que debo á la munificencia de mi pupilera, está al concluir; y por otra parte, ya creo conseguido mi propósito, tanto

Que si hay alguien tan sufrido,

Que hasta el fin me haya seguido,
despues de otras varias cosas como se le ocurrirá, prorrumpirá en estrepitosa carcajada, pasada la cual dirá:—Que majadero es el autor del tal artículo; me abre camino á las charadas sociales, y no vé, que su artículo no es mas que una charada muy clarita, cuyo todo es—muy mal—..... pero lector ten en cuenta que si esto dices, que no dirás mentira, resulta ya que te has aprovechado de mi articulejo; que es lo único que quiero; pues que, lo de malo, muy malo, es la prueba mas fiel, de que ya sabes acertar estas charadas.

RAFAEL MORALES DEL VALLE.

Madrid Enero 13 de 1875.

FRAGMENTOS.

. . . . . .

Cuando del sol el rayo tembloroso
Sus hebras de oro en el orizonte asoma,
Y á las flores el céfiro amoroso
La arrebata su preciado aroma;
Cuando despierta el mundo perezoso,
Y color, vida, movimiento, toma;
¡Cuán bello es el encanto, cuan profundo,
Que el alma siente, contemplando el mundo!

Y cuando en el cénit centelleando,
Cual augusta pupila del Señor,
El mundo todo, está vivificando
Con su luz, con su lumbre y su calor,
En los mares su disco reflejando,
Y en los pétalos tiernos de la flor,
¡Cuán suprema, halla al hombre, y acabada
Del universo la obra celebrada!

Mas cuando allá, en la tarde silenciosa
Su lenta marcha al Occidente inclina,
Y su postrera luz tibia ilumina
El verde prado, la alhameda umbrosa
Recogiendo la púrpura preciosa
Conque alfombrára el monte y la colina
Y en los mares su disco sepultando
Su color y la luz nos vá ocultando;

El alma, de su luz enamorada,
De su muerte aparente dolorida,
Se siente, á su pesar, arrebatada
A otro mundo, á otros goces, á otra vida.
De los terrenos lazos desatada,
Allá, en la inmensidad, vaga perdida,
Y dominando á la materia impura,
Ligera vuela hasta la inmensa altura.

Y en su delirio franquearse ansía
De lo infinito la escondida puerta,
Que el sol, mostrarle quiso en su agonía
La senda oculta, que á encontrar no acierta,
Y lucha audaz con la materia impía,
Y á su deseo, halla sólo abierta
La entrada de la tumba tenebrosa,
Que dá paso á otra vida misteriosa.

Mas cuando ya por fin se desvanecen
De Occidente los rojos arreboles,
Y las rubias estrellas aparecen,
Multiplicando un sol en muchos soles,
Cuando las sombras y el silencio crecen,
Y se apagan la luz y los colores,
De nuevo el alma á la materia unida,
En lánguido sopor se halla sumida.

Y en las arterias rápido serpea
Un deleite, un encanto misterioso,
Que en nuestros nervios con placer golpea
Y en ellos vierte el flúido amoroso,
De pasion la mirada centellea,
El corazon palpita codicioso,
Y rendida al placer el alma, siente
Que en el dominio material consiente.

. . . . . .

. . . . . .

Y el ser que de alma y cuerpo está formado,
Que mortal en el mundo se apellida,
Ni del alma existir, puede apartado,
Ni sin el cuerpo comprender la vida;
De voluntad y de razon, dotado,
De sentimiento, que al placer convida,
Luchando su razon con sus pasiones,
Víctima es de encontradas afecciones.

Porque cuando el espíritu dirije
Su ser, y al infinito lo arrebata,
Y la razon sus movimientos rije,
En ciencias, solo, y en virtudes trata;
Mas cuando al alma la materia aflije,
Y la pasion sus vuelos desbarata,
No tuvo nunca el alma poderío
Para vencer del cuerpo el señorío.

Ó pensar, ó sentir, este es su sino;
Y si es grande y audaz el pensamiento,
Que se alza en busca del mortal destino,
Es dulce, es tierno, es santo, el sentimiento;
Y es del mortal horrible desatino
Dar á ninguno preferente asiento;
Pues partes integrantes de una esencia,
Embellecen los dos nuestra existencia.

Y turnando á la vez en nuestra vida;

Ora el saber nuestra razon recrea,
Ora el amor al goce nos convida
Y nuestro pecho ansioso lisonjea,
A la ciencia, divina se apellida,
Al sentimiento, nueva citerea,
Ora al placer nuestros sentidos dando;
Ora en su ser el alma meditando.

. . . . . .

. . . . . .

¡Amor! ¡amor! los génios de la noche
Cantan, batiendo las ligeras álas,
Y de los ástros el dorado coche
Rueda apacible en las etéreas salas,
La rosa siempre el perfumado broche,
Recoge el dia sus brillantes galas,
Y la luna aparece en el espacio,
De las joyas de Dios, rico topacio.

. . . . . .

. . . . . .

RAFAEL LUNA.

SONETO-CHARADA.

Un signo músical es la *primera*;
Un signo musical la *cuarta* veo.
Prima y *segunda*, ofrécenos mareo
en una barca por el mar ligera.
Segunda y *tercia*, ahora en primavera
puedes ver por la tarde en el paseo.
Tambien el que lo hace, se hace reo;
que es un delito atroz para cualquiera.
Prima, *cuarta* y *segnnda*, en la farmacia
encierra vida ó muerte del paciente,
si tienen ó carecen de eficacia.
El TODO, me pusiste con tu gracia;
con tu tierno mirar tan elocuente,
cual no se viera desde España á Tracia.

G. G. P.

Con el objeto de evitar la monotonía que con las largas relaciones de solucionistas ocupaban gran parte de la última plana de nuestro periódico y dar mayor amenidad á esta seccion, suplicamos á los señores suscritores, remitan de hoy en adelante en verso las soluciones que den á nuestros pasatiempos.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª A-DE-LA—2.ª SOL-FE-O—3.ª MUR-CIÉ-LA-GO.

Idem del Soneto-Charada:—TI-ZO-NA.

Charada.

Dios te maldiga mujer—De maldades sitibunda,—Dios cebe en tí su poder—Haciéndote padecer — En mi *pimera* y *segunda*;—Y tu falsedad impura,—Con mi *primera* y *tercera*—Premiada sea con usura,—Y en fatídica amargura—Hunda la frente altanera;—Y de animales rabiosos—Te mire yo rodeada—Que despedacen furiosos—Tus hechizos engañosos—Con *prima* á *cuarta* agregada:—Si á mi *tercera* y *segunda*—Intentares acogerte—Que tus sentidos confunda—Y en el averno te hunda—Un anatema de muerte;—Los muertos te den pavura,—*segunda* y *cuarta* hermanadas Que te llenen de tristura,—Al dejar la sepultura—Sus sombras ensangrentadas;—Y esas sombras horrorosas Te arrastren al brabo mar,—Y entre angustias dolorosas, De *tercia* y *prima* espantosas—Yo mismo te vea arrojar,—Do te embistan irritados—Mil y mil monstruos marinos,—Y te deboren airados—Ya de mi TODO cansados—Con sus punzantes caninos.

UN SUSCRITOR.

Solucion á el Salto de caballo inserto en el número 33:

Triste de mí, ¡ay Dios!
que no veo en lontananza
ninguna dulce esperanza
que mitigue mi dolor.
Y los dias van pasando,
y mi pena va creciendo,
y por no vivir muriendo
quisiera morir penando.
Que embarga mi corazen
una tristeza infinita,
y están secas y marchitas
las flores de mi ilusion.
Pues cuando ya cerca miro
la felicidad ansiada
creyéndola asegurada,
se ausenta con leve giro.
Por eso en doliente son
triste entonaré mis cuitas,
que están secas y marchitas
las flores de mi ilusion.

FLORA LOBO Y CARABOT.

Lo han descifrado: Srta. D.ª Paz Ponce Bocanegra.—Srtas. Valle Baqueriza.—D. José Gonzalez Villalobos, de Ronda.

Srta Aurora M. Danino, de Gibraltar.—Manuel Ramirez Utrera, de Málaga.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez, Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Lúnes 24 de Mayo de 1875. Núm. 36.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—La Alhambra (recuerdos), por la señorita D.ª Josefa Ugarte Barrientos.—A mi muy apreciable amiga C. S. A. (despedida), por la Srta. Doña Cármen Nuñez Rodriguez.—Cantar, por Maria S. L.—Cuenca (episodio de la guerra civil), por D. Antonio Luis Carrion.—Himno á la Virgen para el mes de Mayo, por D. Cesáreo José de la Bandera y Mora.—Charada.

El número 7769, del *Correo de Andalucia* trae la mortuoria de su director D. Ramon Franquelo, que falleció el dia 22 del corriente.

Amigos del periodismo y de las letras y admiradores del talento, hemos sentido con toda nuestra alma este golpe que priva á nuestra capital de uno de sus hombres mas eminentes, y á España de uno de sus mejores periodistas.

Los amigos particulares que el finado tenia en Ronda, el Sr. Alcalde y algunos individuos del Ayuntamiento, han asistido á unas solemnes y suntuosas honras que por el alma de su íntimo amigo ha costeado el Sr. D. Gabriel Navas, Cura de la parroquial del Socorro.

Reciban nuestro pésame su familia y los individuos de la redaccion del acreditadísimo periódico que dirigía.

LA ALHAMBRA.

RECUERDOS.

¿Dónde se encuentran los guerreros bravos
Que tus torres altivas coronaban?
¿Dónde tus reyes? ¿Tus Señores moros
Dónde se hallan?

¿De tus blancos y esbeltos camarines
Dónde están las bellísimas Sultanas?
¿Dónde tus nobles del Muslim orgullo?
¿Dónde tus Zambras?

¿Dónde la turba que cruzó tus patios?
¿Dónde el murmurio de tus fuentes claras?
¿Dónde la aroma que el pebete rico
Blando exhalaba?

Vago misterio tu existencia envuelve...
Todo es silencio, soledad y calma;
Ya no tienes ni reyes, ni guerreros,
¡Ay! ni Sultanas!...

¡Ya no resuenan las moriscas guzlas
Ni los donceles sus amores cantan! ..
Ni las hermosas con tus bellas flores
Tegen guirnaldas!...

Todo ha pasado, cual las mústias hojas
Que á tus pensiles el otoño arranca;
Cual ensueño de plácida ventura
Lánguido pasa!...

Memorias solo, tu recinto pueblan;
Solo recuerdos, por doquier se hallan;
Sombras tan solo, en tus ruinas tristes,
Trémulas vagan!...

Aquí la sangre de inocentes corre;
Allí el espectro de *Alhamar* se alza; (1)
Allá en oculto camarin, sus cuitas
¡Llora Moraima!...

Y cuando es todo sepulcral silencio;
Cuando brilla la luna solitaria
Lámpara triste de tus ya desiertas
Bellas estancias.

El eco oimos del adufe moro
Que acompaña dulcísima balada;
Y los relinchos del corcel de guerra;
Ayes y danzas.

(1) El príncipe Alhamar, fundador de la Alhambra.

¡Es ay!... que el viento en las ruinas zumba!...
¡Es, que las aves agoreras graznan!...
¡Que entre las hojas de tu bosque umbroso,
Gimen las auras!!!...

¡Hijo infelice del Profeta!. Escrito
Asi en el libro del destino estaba!...
Lágrimas vierte por tu edén perdido;
¡Llora tu Alhambra!

Rico palacio de vergeles bellos
Que odoríferas flores embalsaman;
En donde ocultos por acaso moran
Genios y hadas;

¿Quién de tus fuentes el murmullo olvida?
¿Quién tus muros que sílfides alzáran?
De tus aves el canto melodioso
¿Quién olvidára?

. . . . . .
. . . . . .

Triste Boabdil que su beldad perdiste;
Cuando gimiendo en estrangeras playas
Vieras que el mar la negra golondrina
Ráuda cruzaba,

Quizá los ojos en las ondas fijos,
Dos lágrimas de fuego te abrasaban;
Y desgarrado el corazon clamaste,
¡Ay... de mi Alhambra!...

¡Ay de mi Alhambra! con acento amargo
Grita *Alhamar* desde su tumba helada;
Y en el desierto, el árabe suspira,
¡Ay... de mi Alhambra!...

Josefa Ugarte Barrientos.

A MI MUY APRECIABLE AMIGA
C. S. A.

DESPEDIDA.

Si al hallarse tal vez dos corazones
En el camino de la vida humana
Sienten nacer cual gratas ilusiones
Acordes simpatías, que galana,
Dulce amistad les brindan con sus dones
Y sus lazos de amor, ¿por qué tirana
Ha de dictar la suerte separarse
Corazones nacidos para amarse?

Que en medio allá de los inmensos mares
Bajo el azul sin fin del firmamento,
Naves que bogan hácia opuestos lares
Se detengan las dos por un momento,
Y sin placer despues y sin pesares
Se alejen impelidas por el viento
No dándoles el piélago profundo
Ni esperanza de hallarse en este mundo.

Eso bien puede ser; mas que en la vida
Pase como en el túrvido occéano,
Que un instante despues de la partida
Jamás se estreche ya la amiga mano,
Y que al último adios de despedida
No quede ni esperanza en lo lejano,
Esto al venir al triste pensamiento
Embarga al corazon el sentimiento!

No á ti sucederá: tú que te alejas
Como paloma en busca de su nido,
Y que en tu clara mente ya reflejas
Las dulces dichas de tu hogar querido
Tus álas al tender, ¿aquí qué dejas?
¿Este oscuro rincon, triste, escondido
Y el suelo desdichado de la España
Ardiendo en guerras de funesta saña?

Vas á buscar la paz y la ventura
De tus tranquilos apartados lares,
El cielo guardará tu frente pura
De las ondas en medio á los azares,
Y un dia al fin, verás cual raya oscura
Surgir de entre la bruma de los mares,
La tierra fortunada que ofreciera
A tus ojos la luz, por vez primera.

Entonces, como alegre peregrino
Que por el mundo caminaba errante,
Bendecirás al Hacedor divino
Que te concede ver su sol radiante,
Y á la luz de su rayo diamantino
Hácia tu hogar marchando palpitante,
De profundo placer el alma henchida
¡Qué puro gozo brindará á tu vida!

De aquel mundo, á tus ojos, la belleza
Se ostentará riquísima en colores;
Su espléndida, feraz naturaleza,
Los frutos de sus campos y sus flores,
De sus inmensos bosques la grandeza,
Sus aves de plumages brilladores,
De sus serenas noches la hermosura,
Y el tivio aliento de su brisa pura.

Y allí por tu bondad siempre querida,
De deudos y de amigos rodeada,
Tranquila y dulce pasará tu vida,
Cual rio de corriente sosegada,
Y cual ave en su nido guarecida
Dirás mirando su techumbre amada:
«Aquí mi cuna se meció en mi aurora,
Aquí tambien morir espero ahora.»

Clara, mi amiga, ¿nuestra suerte varia
La unirá por ventura una memoria?
¿Alguna vez alzando tu plegaria
Tendrá un recuerdo mi fugaz historia?
Mi pátria fué tu pátria hospitalaria,
Si no te concedió dias de gloria,
Dejas aquí profunda simpatía
Que al tiempo y la distancia desafía.

Ah, pero sí, que en tu mirar fulgura
Como al través de trasparente velo
El tesoro que guarda de ternura
Tu hermoso corazon; en este suelo
Trascurrieron exentos de amargura
Los dias de tu infancia, y á su cielo
Recordarás al recordar sus horas
Henchidas de alegrias seductoras.

Yo sé bien, que las sierras empinadas
A cuyo pié habitaste, el imponente
Precipicio, el rumor de las cascadas
Que forma GUADALVIN, y su corriente
Serán memorias que tendrás gravadas
Sin que el tiempo las borre de tu mente:
Que en un alma por Dios favorecida
Ni cabe ingratitud, ni nunca olvida.

Adios amiga, si el Señor piadoso
Mi constante oracion benigno atiende,
Un iris de esperanza venturoso
Allá en tu porvenir su mano estiende.
En medio de las dos ya misterioso
El tiempo acaso sus espacios tiende,
En la vida jamás nos hallaremos,
Mas allá de la muerte..... ¿lo sabemos?

¿No tienes tú la fé, faro del cielo,
Astro que brilla con fulgor divino,
Que á todo padecer presta consuelo,
Que alumbra sin cesar nuestro camino?
¿De nuestras almas al perenne anhelo
No le señala su inmortal destino,
Mostrándonos cual ciertos la esperanza
Mundos que apenas ni á soñar se alcanza?

¿Quién puede penetrar su oscura suerte?
¿Quién de esos mundos nos dirá el arcano?
Ah! pero si sabemos que la muerte
No existe para el alma del cristiano.
Que á quien sigue su ley con pecho fuerte
Dios le promete no esperar en vano,
Y como en él seguras confiemos
En la pátria inmortal nos hallaremos.

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

Abril de 1875.

CANTAR.

Para cantar, nació el ave;
Para perfumes, la flor;
Para reir, la alegría;
Para amar, el corazon.

MARIA S. L.

CUENCA.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

Ya me disponia á abandonar el hospital de locos de Granada donde, no curioso interés, sino exigencia sagrada de amistad habíame llevado á visitar á un infeliz compañero de la infancia, cuando al cruzar sus últimas galerias sentí una voz enronquecida que gritaba:

—¡Ahí están, madre: ya suben los carlistas!...

Desandé algunos pasos, torcí á la izquierda, y al terminar de un largo pasillo, figéme en una pequeña ventana de gruesos barrotes, detrás de los cuales debia encontrarse la pobre loca que daba tan destempladas y extrañas voces. Me acerqué apresurado, y quedé sorprendido ante el triste cuadro que se ofreció á mis ojos.

Agarrada convulsivamente á los hierros de la ventana, lívida, llorando y con la vista anhelante en el oscuro fondo del cuarto, habia una anciana que inspiraba compasion. Dentro, acurrucada en uno de los rincones, con las manos cruzadas y el rostro desencajado, estaba la loca en ademán suplicante, diciendo en el momento que llegué:

—¡No le mateis por Dios! ¡Defiéndeme, Miguel, de estos mónstruos!

El aspecto de aquella desventurada niña aterraba y conmovia. Aun no habria cumplido los veinte años; y apesar de que sus facciones estaban descompuestas por la excitacion y el miedo, sorprendia su poderosa hermosura. Suelto el enmarañado y rubio cabello, brillantes sus ojos azules, agitado el pecho, y pálida como una muerta, parecia la imágen del terror.

Casi al mismo tiempo que me acercaba presentóse un dependiente del establecimiento, y dirigiéndose á la muger que gemia cerca de la ventana, le dijo:

—Señora, es preciso que se marche ya. El Director no quiere que venga con tanta frecuencia á ver á su hija. Su presencia la irrita, y V. tambien debe pasar muy mal rato.

—¡Pobre hija mia!...

—Vamos,—le interrumpió el recien llegado,—decídase y demos término á la entrevista: el Juéves entrará V. otro ratito.

Y luego dirigiéndose á mi, continuó:

—Supongo, caballero, que será V. amigo de esta desdichada; llevésela pronto, que asi conviene á las dos.

—Tome V. mi brazo, y salgamos,—dije á la pobre madre.

Esta me miró con reconocimiento; envió á su hija un beso de despedida, y sin decir palaba agarróse á mí. Tiré de ella, y á los pocos momentos estábamos fuera de aquella lóbrega mansion: la anciana silenciosa y llorando; yo pensativo y triste.

Asi cruzamos diferentes calles. La muger guiaba, y yo no me atrevia á romper el silencio. Por último, en mi deseo de consolarla, preguntéle:

—¿Hace mucho tiempo que está loca esa niña?

—No recuerdo la fecha, ¡Han pasado tantas cosas por esta cabeza! Pero nuestra desgracia empezó cuando la toma de Cuenca por los carlistas. Somos víctimas de la guerra civil.

—¡Lucha insensata y sacrílega!

—Que yo contribuí á sostener. ¡Oh, si V. supiera cuán miserable soy!—añadió la infeliz con desesperada entonacion.

—¡Usted!...

—Mi fanatismo y mi locura han labrado el eterno tormento de mi alma. Pero ya hemos llegado: en la guardilla de esta casa vivo. Si V. quiere saber hasta qué punto soy miserable, suba conmigo y oirá la narracion de mis desdichas.

Y como yo vacilase, añadió:

—Suba V. caballero. Me gusta recordar mi pena, y en la confesion de mis extravios hallo consuelo.

Subí en silencio; y asi que llegamos á la desmantelada habitacion, la madre de la loca dió comienzo al siguiente relato.

I.

Sin mas familia que esa niña que V. acaba de ver, yo vivia dichosa en la ciudad de Cuenca, pues sin ser rica, poseia lo suficiente para pasar la vida cómodamente, sin privaciones y sin inquietudes.

Mi pobre hija, alma de ángel, me cuidaba con solícito cariño y adivinaba mis pensamientos: era la alegria del hogar, la esperanza de mi vejez. ¡Si V. hubiera conocido á mi Francisca! No habia en toda la comarca belleza mas delicada ni hija mas obediente y buena.

¡Cómo trasforma el sufrimiento! La que V. ha visto hoy, es solo sombra de su imágen; flor ajada por los huracanes de la vida.

Mimada por mi cariño; idolatrada por Miguel, su futuro esposo, iban á realizarse sus mas ricos ensueños, cuando mi funesta ceguedad rompió el encanto, labrando la ruina y la desgracia de los tres.

Yo ¡insensata! buena como muger, tierna como madre, sin rencores, sin esperanza de medro, tenia una pasion que ahora me avergüenza y que será remordimiento perpétuo de mi vida. Fanatizada por viejas preocupaciones, ignorante ó loca, hallaba justa la guerra que entonces como ahora arruinaba á las provincias del Centro; y al saber que por aquellas inmediaciones crecian y se organizaban las fuerzas del Pretendiente, batia palmas y admiraba á cuantos iban á tomar puesto en sus filas. Oyendo interesados consejos, desprendíme de parte de mi fortuna para ayudar á soportar los gastos de la campaña; y mas de una vez sentí no tener un hijo que enviar á que muriese por lo que yo entendia representaba la buena causa.

¡Hasta ese extremo cegábame el fanatismo y las exageradas ideas de que me ha curado la horrible leccion recibida.

II.

Un dia, cuando ya se acercaba el señalado para los desposorios de Francisca, fatal pensamiento asaltóme al leer cierta proclama de D. Cárlos, en la que hacia un llamamiento á la juventud y publicaba su seguridad de próxima victoria.

Sin meditar las consecuencias, olvidando el porvenir de mi hija, sin tener en cuenta que iba á desgarrar su corazon, concebí el proyecto de que Miguel fuese á engruesar las partidas que ya se habian presentado en nuestra provincia; y llamando al enamorado jóven, le dije:

—¿Quiéres mucho á mi hija, Miguel?

—Mas que á mi vida, señora.

—¿Y si yo te impusiera una condicion para ser su esposo, aceptarias?

—Sin vacilar, siempre que no se tratase de ningun acto indigno,—contestó resueltamente.

—Al contrario. Se trata de cumplir como caballero y como cristiano. Yo quiero que vayas á defender el Rey, la Religion y la Pátria.

—Pero, señora, si yo no soy carlista. Si yo soy de los que lloran al ver como esa guerra sacrílega desgarra el corazon de España; si yo amo la tranquilidad, y deseo ardientemente la pacificacion del pais.

—El pais no será dichoso mientras no lo gobierne el rey legítimo, y á su triunfo deben concurrir todos los buenos,—insistí ciegamente.

—Pues yo no contribuyo á aumentar las agonias de la pátria.

—Pues desde hoy renuncias á mi hija.

—¡Por Dios señora!

—Si cumples con tu deber, al regresar de la guerra la mano de Paca será el premio de tu valor.

—¿Y si me niego?

—Jamás permitiré vuestra boda.

—No me precipite V., por Dios, á lo que tanto me repugna; y déjeme en mi feliz apartamiento de las luchas políticas. ¿A qué lanzarme en ese revuelto torbellino? Cuando hay tantos que se afanan por despedazar esta desventurada nacion, ¿qué falta hace el concurso de un hombre pacífico y honrado?

—Llegó el instante de que todos contribuyan á la victoria, y solo deben vacilar los cobardes ó los desleales,—respondíle obstinada, sin pesar sus justos razonamientos.

¡Soñada victoria, que hace imposible el espíritu del siglo y los procedimientos que emplean esos fanáticos!

—No hay remedio, y déjate de reflexiones. O vas á cumplir tus deberes de español y de católico, ó todo concluye entre nosotros. No admito discusion.

—Basta, señora. Por Paca no habrá sacrificio que no arrostre. ¿Cuándo debo marchar?

—Mañana mismo, á unirte con las fuerzas de don Alfonso y D.ª Blanca, que no están lejos. No le digas nada á Francisca esta noche. Que no sepa nuestra resolucion hasta la hora de la despedida.

—No sabrá nada hasta mañana. Adios, señora.

Y el apasionado Miguel separóse de mí, decidido á cumplir su ofrecimiento; pero sin ocultar la repugnancia que le costaba ir á batirse en las filas de D. Cárlos.

III.

A la mañana siguiente presentóse Miguel en casa, dispuesto á llevar á cabo su promesa; y aunque no se lo habia exigido, delicado y prudente, ocultó á mi hija las amenazas con que yo violentaba su voluntad.

—¿Pero es posible Miguel,—le dijo Francisca al conocer su propósito,—es posible que me abandones para ir á comprometerte en esa campaña hácia la cual has demostrado hasta hoy tanta repugnancia? ¡Tú carlista! ¡Tú mezclado en las contiendas civiles que tanto horror te causan! ¿Qué funesta ceguedad es esta? ¿Te has vuelto loco?

—¿Y qué tiene eso de extraño?—repuse temiendo que el jóven vacilase ante las consideraciones de su prometida.—Miguel cumple con su deber, y su conducta me llena de alegria. Va á luchar por el rey legítimo, y al volver victorioso, tu mano será el premio de tan noble arranque.

—¿Pero estás decidido?—preguntóle con ansiedad.

—Es preciso, Paca; y dentro de algunas horas estaré en la faccion. Tú que conoces mis ideas sobre la guerra; tú que sabes cuan alejado estoy de los disturbios políticos; tú que sabes como me horroriza la sangre y como juzgo esta funesta lucha fratricida, respeta mi decision, y no me mortifiques con tus reconvenciones.

—Asolados los campos, muerta la industria, sin movimiento el comercio, arruinadas las poblaciones, el hambre y la agonía en todas partes. ¿no te angustia la horrible situacion de tu pátria? ¡Y vas á echar tu leño en la hoguera!

—Es preciso.

—No manches tus manos en sangre; no corras á una cierta perdicion.

—Yo volveré, Paca mia.

—¿Pero cómo? ¡Con la conciencia oscurecida, con el remordimiento de haber aumentado el número de las viudas y de los huérfanos!

—¡Oh, calla! Y si me amas, déjame partir; déjame que cumpla el duro sacrificio.

—¡Ay, Miguel de mi alma!...

—Compadéceme; pero no me detengas,—balbuceó el honrado jóven, casi sin poder contener sus lágrimas.

Francisca lloraba desconsoladamente. Yo, fanatizada y loca, presenciaba con gozo tan sentida escena.

Hubo algunos instantes de silencio. Los amantes se estrechaban las manos tiernamente y se miraban con tristeza. Inquietábame el temor de que Miguel se arrepintiera.

Pero éste era un gran carácter, estaba decidido, y haciendo un supremo esfuerzo se apartó de Francisca, diciéndole con resolucion:

—¡Adios... y no me olvides!

Ya en la puerta, volvióse hácia mí, y tal vez presintiendo lo que iba á suceder, me dijo sombriamente:

—¡Adios, señora! ¡El cielo nos ampare á todos!

Y partió desesperado.

Francisca, que ni aun habia tenido fuerzas para contestar al adios de su amante, cayó en mis brazos exclamando con acento desgarrador:

—¡Ay, madre mia! ¡Ya no volveré á verlo!

No sabia la infeliz que mi estúpido fanatismo era la causa de su desventura.

IV.

A los pocos dias supimos de Miguel. La carta que recibió Francisca acusaba una gran amargura; y en ella daba detalles horribles, contándonos actos de salvagismo, impropios de hombres civilizados. Yo juzgué exagerada su narracion; pero ¡ay! bien pronto comprendí toda la horrorosa verdad de sus palabras.

Las facciones reunidas avanzaban hácia nosotros. Se proyectaba el asalto de Cuenca, y mi gozo era inmenso, contrastando con el terror del vecindario y con la inquietud de mi hija, que temblaba por el triunfo de los sitiadores, apesar de que entre ellos debia venir su prometido.

Al fin llegó la hora solemne. La guarnicion se aprestaba á la defensa, las mugeres corrian á los templos, los tímidos se encerraban en sus casas, los mas valerosos cogian el fusil y se lanzaban á las calles. ¡Qué estrepitosa confusion! ¡Qué ruinas! ¡Qué horas tan negras para la pobre ciudad!

Sobre el llanto de los niños y las mugeres, sobre los vivas de los soldados y los juramentos de los paisanos que ven en peligro su hogar y su familia, resuena el estampido del cañon, las descargas de la fusileria, el toque de avance de las cornetas y los roncos gritos de los combatientes.

Un gozo infernal me animaba; y enmedio de aquel estruendo, sin que me preocup ase el terror de mi atribulada hija, pedia á Dios el triunfo de los carlistas.

De repente, siento precipitado tropel en la calle; se levantan siniestras llamaradas; las puertas de las casas caen con estrépito, y los lamentos de los que mueren son sofocados por los hurras de victoria y las aclamaciones á D. Alfonso y D.ª Blanca.

Corro desatentada á las ventanas, impaciente por saludar á los vencedores; pero en aquel instante resuenan en mi propia puerta furiosos golpes y oigo á la soldadesca que grita:

—Abrid pronto, ó pegamos fuego á la casa!

Aun no habia salido de la habitacion en que me encontraba, cuando ya, violentadas las pnertas, subia la escalera un grupo de esos desalmados que se introducen en todos los partidos políticos para deshonrarlos, y que solo aspiran á la rapiña y al libertinage.

V.

En las miradas y en los ademanes de aquellas gentes, se revelaba su funesta intencion.

Dios me castigaba, caballero. Miré á mi hija, y helóseme la sangre en las venas. ¿Qué iba á ser de nosotras en poder de aquellos foragidos?

—Vengan las llaves, vieja loca.—gritó uno de ellos amenazándome con su cuchillo.

—Y tú, buena moza, no tiembles,—dijo otro rodeando la cintura de mi Francisca, y besándola cínicamente en la boca.

La pobre niña dió un grito y pugnó por escapar de los brazos de aquel infame, lográndolo al fin por un esfuerzo desesperado.

—No te escaparás, niña mia,—dijo con diabólica sonrisa el miserable.

Y ya iba á lanzarse de nuevo sobre su presa, cuando interponiéndose Miguel, que entró en aquel momento, lo tendió á sus piés partida la cabeza de una tremenda cuchillada.

—¡Miguel!—exclamamos Francisca y yo, reanimadas con su providencial aparicion.

—Si, yo soy, que llego á tiempo de castigar á estos.....

El noble jóven no pudo acabar la frase. La bayoneta de uno de aquellos bandidos se hundió en su garganta; su sangre me salpicó el rostro, y rodó exánime á nuestro lado.

Francisca dió un grito supremo, desgarrador, inexplicable, y en vano quiso huir de los asesinos. El que por su ferocidad se habia impuesto y capitaneaba el grupo, la retenia entre sus brazos de hierro.

Mi pobre hija clavó en mí sus ojos, los volvió despues extraviados hácia el cadáver de Miguel, y rompiendo en insensata carcajada, gritó con acento sarcástico:

—¡Esto es la guerra!... ¡Viva la guerra civil, madre!

Comprendiendo la amarga reconvencion de estas palabras, fuerte ante el peligro de Francisca, como fiera irritada, cual furiosa leona que mira amenazados sus cachorros, salté ligera sobre el miserable, diciéndole:

—¡Qué vas á hacer, maldito!

Pero no pude sujetarle. En aquel instante sentí un golpe en la frente: una nube de sangre ofuscó mi vista, y cai sin conocimiento.

VI.

Cuando recobré el sentido, mi pobre hija, insultada brutalmente por aquellos infames, habia perdido la razon. ¡Ya la ha visto V. en la casa de los locos!

Saqueado mi hogar, perdida nuestra modesta fortuna, huyendo de los pueblos invadidos por las facciones, dejé á Cuenca, y vine aquí con mi hija al calor de unos parientes que ya no se encontraban en esta poblacion. Agravóse la demencia de mi pobre Francisca, y fué preciso llevarla al hospital. ¡Estas han sido las funestas consecuencias de mi fanatismo y mi ignorancia!

—¡Cuántas infelices como V. ayudan ciegamente á sostener la guerra, sin saber que la guerra civil es el peor azote de las naciones!

—Lleva V. razon. El fanatismo de la muger alimenta esa lucha fratricida. ¡Qué insensatez la nuestra!

—¡Y cuán provechoso seria el conocimiento del tristísimo episodio que V. me ha referido!

—Pues yo autorizo á V. para que lo publique, si cree que puede servir de saludable enseñanza. Y ojalá que las desdichas de esta pobre madre sirvan para templar el corage de los que pelean tan brutalmente.

—Así lo haré, ya que V. me lo permite,—contesté despidiéndome de aquella desventurada anciana.

—¡Quiera el cielo que su trabajo despierte la conciencia de las insensatas que como yo, en vez de predicar el amor y la concordia, excitan los rencores y

desencadenan furiosa la tempestad!

—Quiera el cielo, señora, que mi esfuerzo sea provechoso, y que mi buena intencion ayude á sofocar el incendio que amenaza devorarnos, contribuyendo los episodios que vengo publicando á que recobre su perdido asiento la conmovida sociedad española.

ANTONIO LUIS CARRION.

HIMNO A LA VÍRGEN

PARA EL MES DE MAYO.

CORO.

Gloria de los Cielos,
Placer de las almas,
Salve Estrella hermosa
De nuestra esperanza.

Cual rie natura
De flores ornada,
Y en dulces perfumes
El aire embalsama;
Asi fresca y pura,
Maria sin mancha,
Brillas para todos
De Mayo en las galas.

En tí la inocencia
Y el candor se hallan,
Cual lirio suave
Que aromas exhala:
Y entre la azucena
Modesta y nevada,
Tu sin par pureza
Su amor arrebata.

Luna, sol, aurora,
Lucero del alba,
Fuente que dá vida,
Soplo que regala.
Todo lo que brilla,
Todo lo que pasma,
Es de tu hermosura
Sombra desmayada.

Si Dios vistió el campo,
Matizó las plantas,
Y doró las nubes,
Y esmaltó la escarcha:
Te crió mas bella,
Vírgen soberana,
Y son tus reflejos
Las cosas criadas.

Todo cuanto al mundo
Cautiva y encanta,
Como emblema tuyo
Tu bondad ensalza;
Que antes de los siglos
Cual pasmo de gracia,
En el pensamiento
Del Señor ya estabas.

Ya de los Profetas
Las célicas arpas
Antes de nacida
Tus timbres cantaban.
Tú eres cedro y mirra,
Tú eres rosa y palma,
Tú eres cinamomo,
Tú, tórtola casta.

Tú, paloma pura
Tú, luna sin tacha,
Tú, huerto frondoso,
Tú, fuente sellada;
De Jacob estrella
Luz de la mañana,
Tierra prometida,
Incombusta zarza.

Arbol de la vida,
Del jardin entrada,
Del caudillo hebreo
Portentosa vara:
Torre de los fuertes,
Espejo sin mancha,
Cáuce de agua viva,
Arca de alianza.

Si el alma aflijida
Suspira apenada,
Ó aridez la seca,
Ó el vicio la arrastra,
Su llanto tu enjugas,
Sus angustias calmas,
Y á Dios la conduce
Con maternal ánsia.

Si tiembla la tierra,
Si el calor abrasa,
Si al suelo desola
Mortífera plaga;
¿A quién busca el hombre?
¿Qué remedio aclama?
¿Qué poder invoca?
¿Cuál es su esperanza?

A tí el moribundo,
A tí el que naufraga,
A tí el perseguido
Su grito levanta;
De evitados riesgos,
De impetradas gracias,

Mil votos y ofrendas
Cuelgan de tus álas.

Tres veces al dia,
Cuando nace el alba,
Cuando el sol mas arde
Y al un hundir su llama,
Te saluda el mundo,
Y humilde te alaba,
¡Oh Vírgen! que brillas
De Mayo en las galas.

CESÁREO JOSÉ DE LA BANDERA Y MORA.

El 15 de Mayo, con escasa concurrencia, inauguró la pequeña temporada de teatro la compañía dramática que anunciamos en nuestro número anterior. *Maria Estuardo*, una traduccion de muy poco mérito, fué la obra elegida por la Carolina Civili para presentarse por primera vez al público rondeño. Con muestras de profunda simpatía fué acogida la eminente trágica. La fama de que llegaba precedida era muy suficiente para ello. Su presencia y sus estraordinarias facultades dramáticas, fueron bastantes á disimular el mal efecto que causó en el público el que suprimieran algunas escenas, lo que fué causa de que la obra, mala de suyo, empeorase notablemente.

Como marido y como amante, chistoso juguete cómico, fué lo primero que se ejecutó en la segunda funcion de abono. Tanto el Sr. Sanchez como la Sra. Gomez interpretaron perfectamente esta preciosa pieza. Estaria escrito, sin embargo, que la funcion no habia de seguir y terminar como principió. La Civili se presentó á ejecutar el drama en dos actos, *Amor de Madre*, pero sin duda, impresionada desagradablemente por la escasez de público, pues la concurrencia casi se reducia á los abonados, se desanimó tanto que apenas trabajó. Esta señora abusó verdaderamente de su prestigio y de las simpatías con que el público la ha recibido, porque se limitó á decir su papel como pudiera haberlo hecho en un ensayo. Ninguna culpa tenian ciertamente las personas que concurrieron de que otras hubieran dejado de asistir. El fin fué digno de la noche, pues nos hicieron tragar *Los Parvulitos*, sainete antidiluviano, que colmó la medida del disgusto general.

En la *Norma*, que pusieron en escena la noche del mártes, la primera actriz estuvo bastante bien. El procónsul Polion, que en los tres actos primeros aparece disfrazado de galo, se marcha al campo de los suyos, dá la batalla y despues cuando cae prisionero aparece todavia disfrazado.

¿Con qué trage ó armadura dirigiría la batalla?

En la *Dama de las Camelias* se decidió la Carolina Civili á trabajar de buena gana. Estuvo verdaderamente á la altura de su fama. En el último acto probó que es una de las mejores actrices, quizá la primera trágica de España.

No estuvo el público todo lo galante que debió, pues que finalizada la representacion, no llamó mas que una vez al palco excénico á D.ª Carolina, y otra cosa merecia la que sin disputa es la mejor actriz que ha pisado la escena rondeña.

Las funciones de los tres dias siguientes, como de feria, y con esto está dicho todo.

El poco esmero, poco deseo de agradar y el descuido con que viene disgustando al público la compañía dramática, creció anoche en el *D. Juan Tenorio*. En todas las representaciones parece que de lo que tratan es de salir del paso, y haciendo poco ó ningun aprecio del criterio de las personas que concurren al espectáculo, cortan, mutilan, suprimen y arreglan á su gusto, ó mejor dicho, en beneficio de la brevedad, cuanto les dá gana.

No es este el modo de llevar el público al Teatro. No debe, pues, estrañar á la empresa que esté tan poco favorecido el coliseo. No disgustaría tanto que la compañía estuviera compuesta de malos actores, como desagrada el que manifiesten claramente el poco interés que se toman en agradar y su prurito de *salir del paso* de cualquier modo.

Charada.

La *segunda* con la *cuarta*
Deja niña que contemple,
Tres, *dos*, que con tu desden
Le vas á causar la muerte.
Y tendrán que darle *quinta*
Cuando ya malo se encuentre,
Y dirán *primera* y *quinta*
Está malo de quererle.
Conque deja tu desvío,
Pues como el desvío dejes
Te he de comprar el anillo
Que en el TODO estaba el viernes.

ANA PONCE BOCANEGRA.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

CA—MA—RO—NES.

Idem del Soneto-Charada:

RE—MA—TA—DO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Mártes 1.° de Junio de 1875. Núm. 37.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Un monumento á la memoria de Vicente Espinel, por D. Rafael Gutierrez.—Plegaria Infantil, por J. G. P.—Al niño José Escobar y Brabo, (poesia), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Marias.—El Barquero de Stambul (poesia), por Don Ernesto Silva y Arengo.—A... (Fragmento), por Jorge de Viezmen.—Flores á Maria (Plegarias de sus hijas), por D. Francisco Gimenez Campaña.-Cantares, por Jorge de Viezmen.—Acta de la primera sesion de la Comision Egecutiva de monumento á Espinel.—Charada.—Soneto-charada, por G. G. P.

UN MONUMENTO A LA MEMORIA DE VICENTE ESPINEL.

Ronda está de enhorabuena: la histórica ciudad serrana, la del azul y transparente cielo, la de las puras y saludables áuras, la de los verdes y floridos bosques, la de los fértiles y labrados campos, la del renombrado y medroso tajo, trata de esculpir en mármoles un nombre que casi tenia olvidado, el laureado de su mas famoso hijo.

Si los altos y poderosos merecimentos de Vicente Espinel no fueran suficientes y sobrados para excitar á los que tienen la honra de llamarse compatricios suyos, á iniciar una obra que patentizára perpétuamente el cariño, el respeto, la admiracion que profesan los Rondeños á la memoria del *mejor amigo de Apolo*; si no fuera el nacimiento de tan perínclito poeta, obgeto de justo orgullo para España entera; la sola y discreta consideracion de que él ha sido el mejor ingenio que ha producido la pintoresca ciudad, capital de la serranía, la creemos bastante poderosa y eficaz para justificar y apoyar el proyecto de que vamos á ocuparnos; porque asi como el individuo que no se estima asi propio, el aprecio de sus semejantes no merece; la ciudad que sus glorias menosprecia es como la persona que tiene en poco su fama.

Ingrata en verdad y desconocida fué Ronda para su mas famoso hijo; que despues de su muerte y en el transcurso de dos siglos á no ser por el rondeño D. Juan M.ª de Rivera que hizo colocar una lápida (1) en la casa que sirvió de habitacion al inventor de la décima, nada sabemos que se haya hecho para honrar la memoria de quien tales merecimientos tenia. (2)

Y en ello como en otras cosas se prueba la verdad de aquel tan conocido como repetidísimo proverbio de «nadie es profeta es su tierra.»

Hasta mediados de este siglo no comenzó Ronda á volver en esto por su nombre: á veinte y cinco de Enero de 1856, el entonces segundo alcalde, señor D. José Abela Pinzon, propuso, con motivo de la reforma en los empedrados de las calles, que las antiguas de Arrierros, Bola y Albertus se denomináran y rotulasen Carrera de Espinel, lo que consiguió. (3)

Un muy erudito é ilustrado Rondeño, el Sr. Don Rafael Atienza Huertos, marqués de Salvatierra, autor de *La Munda de los Romanos*, razonado y concienzudo estudio, donde se demuestra que Ronda fué Munda y que bajo sus inespugnables y altos muros se dió la batalla célebre que decidió la suerte del mundo, entre César y los hijos de Pompeyo; y otro no menos inteligente y notable anticuario, D. Cándido Gonzalez Campos, (4) hubieron de concebir el proyecto de levantar á Espinel un monumento. Llenos de ardoroso

(1) Dice la lápida, costeada por Rivera, y que puede verse en la fachada de la casa que habitó Espinel, junto á la Iglesia Mayor:
«Vicentio Espinel Gomez Adorno Lirico Rvmprincipi Mvsicis Praes Tant. Hic. Commoratio MDXCVI Conterraneus Ioannes Rivera Pizarro.»

(2) Tambien se deben á dicho Sr. Rivera los *Diálogos de Memorias Eruditas* para la historia de la nobilísima ciudad de Ronda, que en el pasado año de 1873 reimprimió, de la edicion de 1766, la imprenta de este periódico, en cuya oficina se vende á 3 pesetas ejemplar.—Figuran en este precioso libro: Espinel, Fariñas y Reinoso, y tiene gran copia de curiosos datos históricos.

(3) Libro de Actas Municipales de Ronda. Sesion del 25 de Enero de 1856.

(4) En poder de este Sr. Gonzalez existe el mas exacto retrato que de Espinel se conserva. En la biblioteca del mismo señor, que es de las mejores, se encuentra el famoso manuscrito llamado de *Las Marinas*, del rondeño D. Macario Fariñas, copioso en noticias histórico-geográficas de casi toda Andalucia.

entusiasmo, de halagüeñas esperanzas y bonísimos deseos, no se detuvieron hasta desarrollar completamente el plan, pero pidióse precio al escultor y la cantidad en que éste tasó la obra era tan excesiva para lo calamitoso de aquellos tiempos, que tuvieron que desistir, resignándose á dejar para mejores dias su realizacion.

A tan poco se reducia lo hecho y proyectado en Ronda, respecto del Maestro Espinel, hasta el año 74 en que empezamos á publicar los Ecos del Guadalevin. Amantes como los que mas, sus fundadores, de las glorias de España, algo pagados de llamarnos Rondeños, idólatras de nuestra hermosa Ronda, no desconociamos que de entre los hijos de la ciudad de Abomelik, el que mas la enaltecia, era el *Píndaro Moderno*. Lo desconocido y desestimado que su pátria lo tenia, en nuestro ánimo significaba el mas feo baldon para sus compatricios. Fáciles para el entusiasmo, con pocos años, muchas ilusiones y sobrada fé, porque aun no habian llegado para nosotros los desengaños que el mucho vivir dicen que trae, solo tardamos en concebir un medio de solventar ésta que creiamos deuda de honor, lo que tardó en asegurarse nuestra humilde y modesta publicacion.

Cuando inauguramos el aumento de tamaño de la *Revista* nos habiamos reunido los fundadores, y hablando de las halagüeñas esperanzas que nos hacia concebir nuestra obra, de que habia de llegar á consolidarse, se formuló por uno el pensamiento, azás, atrevido, de levantar por nosotros mismos el deseado monumento. Inmediatamente se formuló el proyecto y luego vino el comprometernos todos solemnemente á realizarlo: calculóse en quinientos duros el coste de la obra, que de cosa modesta se trataba, y nos propusimos los arbitrios siguientes: Se escribirian dos novelas, un tomo de poesias, otro de cuentos y un viaje á Manila por el Izmo de Suez. Tratóse de que se pondrian á la venta y de que si la diferencia entre el coste material y el importe de la espendicion no llegaba á cien duros en cada libro, contando con que habiamos de procurar su venta á nombre del benéfico proyecto de monumento de Espinel, luego se supliria con suscricion de donativos que habiamos de impetrar de entre los aficionados á las letras. Uno de los presentes en aquella reunion (que fué tambien de despedida) comprometióse á procurar la venta del mayor número de tomitos y á escribir el de Viajes en el Archipiélago Filipino, donde á la sazon habíanle empleado, y por último, se calculó en tres años el tiempo indispensable para realizar la obra. Antes de separarnos prometimos solemnemente alargar la vida del periódico por cuantos medios se pudiera hasta el dia en que se declarára órgano de nuestro plan y que este pensamiento no fuera del público dominio hasta estar en vias de segura realizacion.

En tal estado las cosas pasó Marzo y Abril y á trece de Mayo llegaron á nuestros oidos (no sin gran sorpresa para nosotros) rumores de que el municipio trataba de erigir á Espinel un obelisco. De un lado sentimos que se nos anticipáran y de otro nos alegramos de que al fin llegáran á realizarse nuestros deseos.

Fuimos á la casa consistorial, que á la sazon celebraba cabildo é hicimos presente que á ser ciertos los rumores que circulaban sobre el patriótico proyecto de elevar á Espinel un monumento, queriamos, si en ello no habia dificultad, contribuir por nuestra parte con recursos para ampliar el pensamiento, para lo cual aprontariamos una cantidad equivalente á la quinta parte del total que á la obra se hubiese destinado. Oida nuestra propocision, el Sr. D. Antonio Ruiz Higuero, regidor síndico, contestó: que aunque no podia ser ni mas útil, ni mas meritoria, ni mas patriótica tal empresa en el angustiosísimo y deplorable estado de las arcas municipales, con las atenciones que agoviaban materialmente á la corporacion, era improcedente pensar en que tal cosa se llevase á cabo á espensas de los fondos municipales. Que el proyecto honraria al que lo ejecutára, pues que hartos merecimientos eran los de Espinel; pero que el Municipio hoy era solo rico en buenos deseos, á mas de que siendo tan laudable y atendible cosa, debia quedar como sucede en los mas ilustrados paises, á la iniciativa de los particulares, que por lo tanto, si el Ayuntamiento no podia, no debiamos por ello desistir de un tan oportuno propósito y que desde luego contásemos con el apoyo decidido de todos. Que debiamos abrir la suscricion asegurando un resultado felicísimo. Hicimos entonces la historia de nuestro proyecto y de los arbitrios que habiamos pensado crear con la publicacion de libros, y significamos nuestro temor de que esto, aunque seguro medio nos parecia tan lento, que por algun tiempo habia de retardar la ejecucion. Habló D. José M.ª Jaudénes y juzgó hacedera y fácil la obra si abriamos la suscricion voluntaria desde luego.

Dijo: que abierta ésta, él tomaria con empeño el proyecto, escribiría á todos sus amigos de fuera de Ronda y que estaba seguro de que solo en la localidad se reuniria dinero sobrado para costear el modesto obelisco, cuyo diseño le habia mostrado el escultor D. Joaquin Rodriguez.

Visto el interés especialísimo y ardiente entusiasmo de que se hallaba poseido dicho Sr. Alcalde, fácilmente se comprendia que él tambien habia pensado en llevar á cabo de por sí la obra, y como á

todos nos guiaba un mismo fin é idénticos deseos, no vacilamos en suplicar al referido señor tomase la iniciativa y direccion en el asunto.

De acuerdo todos, el Sr. Jaudénes promovió la reunion, cuya acta al final se copia, desplegando desde el primer momento una actividad y un celo que le honran.

Desde el 15 de Mayo viene dedicando este señor tan preferente atencion al asunto, que hoy nos cabe la satisfaccion de decir que ya se han obtenido recursos que exceden al coste del primitivo presupuesto. Tal acogida, ha llevado á la Comision Ejecutiva, como es natural, mas allá de sus propósitos primeros y hoy ya aspira á mejorar en mucho el plan, dándole toda la estension que de sí dé la acogida que Ronda siga prestando á tan patriótico pensamiento.

A continuacion insertamos la lista de suscricion que desde luego SIGUE ABIERTA en las columnas de este periódico, órgano al fin, segun eran sus aspiraciones, de la *Comision Ejecutiva para erigir un monumento á Espinel.*

RAFAEL GUTIERREZ.

NOMBRES.	REALES.
D. José M.ª Jaudénes. (1)	
Antonio Collado.	
Sr. Marqués de Salvatierra.	
D. Adolfo Izquierdo.	
Bartolomé Morales.	
Lorenzo Borrego.	
José Pinzon Carcedo.	
Antonio Atienza Gomez de las Cortinas.	
Eusebio Aparicio.	
Leonardo Perez de Guzman.	
Francisco Atienza Oliva.	
Rafael Gutierrez.	
Excmo. Sr. D. Eduardo Garrido y Estrada, Gobernador Civil de Málaga.	500
La Redaccion de los ECOS DEE GUADALEVIN:	
Srta. D.ª Josefa Uguarte Barrientos.	80
D. Guillermo Gonzalez Puya.	20
Juan Perez de Guzman.	100
Antonio Luis Carrion.	40
José Jimenez-Pajarero y Topete.	100
Enrique Moreno.	20
SUMA Y SIGUE.	860

(1) Los individuos de la comision han dejado en blanco sus cuotas para despues suscribirse por una cantidad mas ó menos grande segun sean las necesidades ó costos de la obra.

SUSCRITORES.	REALES.
SUMA ANTERIOR	860
Excmo. Sr. D. Antonio Andia y Abela.	60
» » José de Carvajal y Huét.	200
» » Francisco Romero Palomeque.	80
Sr. Marqués de Casa-Loring.	100
D. Francisco Rios Acuña.	20
Manuel Izquierdo Diez.	20
Francisco Perez Madrid.	40
José M.ª Fojaco.	20
Augusto Caro Bedolla.	20
Eloy Garcia Valero.	20
José Jaudénes Gomez.	20
Fernando Jaudénes.	20
Francisco M.ª Tubino.	100
Sr. Promotor Fiscal.	20
D. Antonio Ruiz Higuero.	100
Manuel Ruiz Higuero.	100
Antonio Gonzalez	20
Camilo Hurtado Canceco.	20
Antonio Morales Rios.	20
Francisco Sanchez Gomez.	12
Rafael M.ª Raumel.	80
Miguel Loayza Garcia.	20
Rafael Ponce.	20
Pedro Ponce.	20
Francisco Pedro Ponce.	20
Eusebio Rioja.	12
José Perez de Guzman.	20
José M.ª Valero.	20
José Casado.	100
Bartolomé Borrego.	100
José Soler.	8
Angel Centeno	10
Vicente Callejo.	20
Juan Avilés Peñalver.	20
Mariano Avilés Peñalver.	20
Andrés Urruti.	12
Lorenzo Elvira	12
Andrés Sedeño Mena.	10
Manuel Sedeño	12
Francisco A. Garcia Ramirez.	20
Sr. Marqués de Motezuma.	100
D. Bruno Olfos.	20
Antonio Gomez Cortinas.	20
Miguel Gomez Cortinas.	20
Antonio Ruiz Reguera.	20
Gabriel de Navas	20
Francisco J. Durán.	20
José Diaz.	20
SUMA Y SIGUE,	2668

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	2668
D. José Abela Pinzon.	20
Adolfo de la Calle.	100
José M.ª Durán Morales.	20
Juan Borrego.	100
Juan J. Moreti.	20
Manuel Vallecillo.	20
Lorenzo Ortiz.	20
Eulogio Garcia.	20
Enrique Molina.	20
José Guerrero Peramos.	20
José Linares	20
José Lopez.	20
Santiago Sanguinetti	20
José Rodriguez Caballero.	20
Gaspar Valdivia.	20
Juan Palacios.	20
Manuel Lagos Zapata.	20
Francisco Valero.	20
Félix Atienza.	20
Bartolomé Escalante.	20
Isidoro Montero.	20
Frncisco Atienza Cortinas.	20
Lorenzo Sitches.	20
Juan A. Fernandez.	10
Mariano Ordoñez Vallecillo.	20
José Borrego.	8
Rafael Durán.	8
Francisco Burgos Torres.	20
Francisco A. Porra.	20
Ricardo Calvente.	88
José Guerrero Benitez.	400
Eduardo Cálvente	12
Rafael de Leon Troyano.	20
Francisco Perez Higuero.	8
Rafael Vela.	8
Antonio Cabrera Alvarez.	12
Manuel Hormigo.	8
Antonio Perez Vizcayno.	8
Cosme Sanchez.	8
Francisco Carrillo.	8
Juan Atienza Castrillo	100
José Aguilar.	20
Rafael Abela.	8
José Alguacil.	10
Vicente Carrillo.	10
Antonio Guerrero	20
Manuel Serna.	20
Rafael Ayala.	20
Juan M.ª Gutierrez.	10
SUMA Y SIGUE.	4172

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	4172
Sres. Fernandez Hermanos	10
D. Manuel Calvente.	10
José Rojas.	10
Antonio Madrid Muñoz	20
Joaquin Serna Rodriguez.	20
Salvador Sanchez Menjibar.	10
Francisco Sanchez Menjibar.	10
Cristóbal Reguera	20
José Lopez Lara.	20
Manuel Urbano.	12
Ramon del Prado, (hijo).	20
Cárlos Calvente.	10
Manuel Gonzalez Tineo.	10
Augusto Centeno	10
José Mazorra.	5
Gerónimo Gonzalez.	10
Antonio Abela Pinzon.	20
Cristóbal Rodriguez Pulido.	20
Juan Saez Tejada.	20
Miguel Loayza.	20
Eduardo de los Rios.	20
TOTAL.	4479

En el número siguiente se continuará la lista.

PLEGARIA INFANTIL.

Que ilumines nuestra mente
Te pedimos, oh Maria.
Pues la infancia noche y dia
Te venera reverente:
De consuno alegremente
Te alabamos, Virgen pura;
Cual la estrella que fulgura
En el alto firmamento
Brillas, pues, con fundamento
¡Oh esplendor de la hermosura!

Entusiasta se electriza
La niñez, oh Virgen Santa,
Cuando mira dicha tanta
Que tu imágen simboliza:
Tu candor bien patentiza
Ser tu rostro divinal;
Con afecto sin igual,
Y la mas viva eficacia
Te suplica, pues, la gracia
Y la gloria celestial.

Ronda. J. G. P.

AL NIÑO JOSÉ ESCOBAR Y BRABO.

Ven á mis brazos, inocente niño,
Y en mi pecho descansa dulcemente,
Mientras que ufana y conmovida ciño
Con besos mil tu candorosa frente.

Ven á mis brazos, ángel de consuelo,
Iris de bendicion y de ventura
Que bondadoso nos concede el Cielo
Para siempre calmar nuestra amargura.

Eres mi orgullo tú; eres encanto,
Eres delicia y dicha de mi alma;
Eres el serafin bendito y santo
Que, cuando sufro, mi tormento calma.

Tú, con tu pura y despejada frente,
Con tú mirada de candor bendito
Y tu boquita fresca y sonriente,
Alzas mi corazon á lo infinito.

Por eso me pareces mas hermoso
Que el sol que dora al esplendente dia
Cuando lanza sus rayos, luminoso
Sobre la alegre y bella Andalucia

Por eso tu sonrisa es mi consuelo;
Por eso tu carita peregrina
Me parece una flor que, desde el cielo,
Ha enriquecido la creacion divina.

Ay! cuando miro tu infantil semblante
Y veo en la espresion de tu mirada
La plácida inocencia, y que radiante
Sella el candor tu frente nacarada.

Y pienso que tu boca sonriente
Es cien veces mas pura que la brisa
Que en silenciosa y rápida corriente
Forma del manso lago la sonrisa;

Que de tu voz los ecos tan suaves
Tienen mas melodia que el concento
De esas canoras y ligeras aves
Que pueblan la region del libre viento.

Llena mi corazon un gozo santo
Que alejando del alma la tristeza
Hace verter de júbilo mi llanto;
Hace que adore á la eternal grandeza;

Y henchida de entusiasta regocijo
Bendigo al rey de la celeste altura,
Y en Él mi pensamiento siempre fijo
Le pido para tí dulce ventura.

Sí, poderoso Dios de lo creado;
Tú, á quien el cielo sin cesar adora;
Tú, de mundos y mundos respetado,
Tiende hácia él tu diestra bienhechora,

Para que llegue un dia, en que su alma
Siendo la clara luz de su conciencia,
Goce de paz la venturosa calma
En el seno, Señor, de tu clemencia.

RAFAELA BRABO MACIAS.

Ronda Enero de 1871.

EL BARQUERO DE STAMBUL.

Cuando mi esquife parte las olas,
el viento lleva con grata voz,
á tí mi vida, mis barquerolas,
llenas de fuego, llenas de amor.

Y cuando calma la leve brisa
me entrego al sueño, mi dulce bien,
y sueño entonces divina Elisa
con las venturas de un nuevo Eden.

Oh! son mis sueños tan seductores,
que tengo miedo de despertar,
pues sueño niña con tus amores
y siempre en sueños quisiera estar.

Mas, ay! que huye con sus encantos
el lindo sueño de oro y zafir,
y entonces lanzo suspiros tantos,
que alguno, pienso llegue hasta tí.

Elisa, corre, rompe los lazos
que te sujetan en Stambul,
ven á mi esquife, ven á mis brazos,
y sé del golfo la reina, tú.

ERNESTO SILVA Y ASENGO.

A.....

(Fragmento.)

—

. . . . . .

Borróse de la noche el negro manto
dejando en triste soledad mi pecho
pero nunca del alma, vida mia,
se borrará el recuerdo.

Podrán hundirse gigantescas torres,
perderse el sol, desmoronarse el mundo;
podré morir, pero en mi alma, siempre
vivirás, te lo juro.

JORGE DE VIEZMEN.

FLORES A MARIA.

PLEGARIAS DE SUS HIJAS.

I.

Blanca reina de Sion,
Azucena sin mancilla.
El cielo ante tí se humilla
Y te rinde adoracion.

En las moradas divinas
Pisas pabellon de estrellas;
Aquí en el suelo tus huellas
Alfombra de clavellinas.

Dichosas las blandas flores,
Que hoy te ofrezco en tus altares,
Pues sabrán de tus amores,
Esposa de los cantares.

Sabrán que á las almas quieres,
Como tu Jesus las quiso,
Sabrán que en el paraiso
La augusta reina tu eres.

II.

Puros como blanca aurora,
Que de oro borda las nubes,
Son los graciosos querubes,
Que te hacen guardia, Señora.

Y como en el balle oscuro
De lágrimas y dolores
Mas que las sencillas flores
No hay nada tan casto y puro.

Violetas, rosas, jazmines
A tus plantas esparcimos,
Y en la creencia vivimos
De que son tus querubines.

Flores son de otras campiñas,
Que tú al mirar tornasolas,
En sus fragantes corolas
Vá el corazon de estas niñas.

III.

El aura las arrulló
De esmeraldas en la cuna,
Dormidas, solo la luna
Castos besos las mandó.

No han tenido en pompa vana
Otro galan atavío,
Que las gotas del rocío,
Lágrimas de la mañana.

Puras, cándidas mis flores
Como la inocencia son,
Acéptalas como don
De mis sencillos amores.

Y así en el eterno cielo
Te llamen los serafines
La reina de los jardines,
El arcángel del consuelo.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

CANTARES.

I.

Es el amor ensueño
que cuando empieza,
el corazon, de goces
y dichas llena;
y cuando acaba
si no se ha despertado
destroza el alma.

II.

Llevo en el alma mia
tanto veneno
que no sé cómo vive
mi pobre cuerpo;
mas no me mata
porque tengo, aunque débil
una esperanza.

III.

Cuando te miro y me miras
no sé qué siento en el pecho,
pues me parece que el alma
vá de la tuya al encuentro.

JORGE DE VIEZMEN.

Acta de la primera sesion de la Comision Ejecutiva de monumento á Espinel.

En la ciudad de Ronda, domingo 16 de Mayo de 1875, por invitacion particular del Sr. Presidente del Iltre. Ayuntamiento de esta ciudad, se reunieron á las doce de la mañana en el despacho de la Alcaldía los señores que al final se espresan.

Constituidos en sesion, el Sr. Alcalde esplicó en breves palabras el objeto que le habia impulsado á promover la reunion. Pagar una antigua deuda de honor que Ronda tenia contraida con uno de sus mas preclaros hijos. Honrar la memoria de Vicente Espinel.

—Hace doscientos cuarenta y un años—dijo—desapareció de entre los vivos un rondeño ilustre entre los ilustres escritores españoles. (1) Nacido en aquel siglo

(1) Aun no se ha podido determinar fijamente la fecha de la muerte de Espinel.

venturoso para nuestra literatura, en aquel floreciente y rico período en que España, alzándose sobre el nivel de todos los pueblos, asombraba al mundo con sus génios, el primero y mas colosal de todos, Miguel de Cervantes le llamaba *el mejor amigo de Apolo*, y Lope de Vega no se desdeñaba de llamarse su discípulo. Poeta, músico y novelista, llegó á tanto con sus obras, que pasó á la posteridad su nombre como una gloria nacional.

Era, señores, Ronda, en aquellos tiempos, una ciudad populosa y rica, fecunda en literatos, madre de ilustres guerreros. El Capellan del Real Hospital de Santa Bárbara, el que en todas partes fué estimado y protegido de los príncipes y de los magnates por su talento, el admirado de todos, el imitado de los mejores ingenios, cuando buscó sosegado albergue en su patria, en vez de cariñosa acogida, solo encontró émulos envidiosos y petulantes; menosprecio para su génio, desestimacion para su mérito y todo linage de vejámenes y disgustos para su quebrantada salud.

Despues, cuando solo quedaban de él las cenizas y la imperecedera fama de sus obras, Ronda, ingrata tambien; Ronda, desconocida como cuando vivia, relegó al olvido su nombre y en el transcurso de dos siglos y medio, contando quizás con mejores elemèntos para todo que hoy, á ecepcion de D. Juan M.ª de Rivera en el pasado siglo y de D. José Abela Pinzon, D. Rafael Atienza y D. Cándido Gonzalez, que en el presente lo proyectaron, ni ayuntamientos, ni corporaciones, ni particulares, nadie, en fin, procuró de dicarle una modesta memoria, un sencillo recuerdo.

Tiempo es ya, señores, que la ingratitud se torne en reconocimiento, que Ronda deje de ser la Ronda ingrata y se vuelva agradecida. Si atraidos por la fama de sus pintorescos paisages, por lo apacible y saludable de su clima, por la pureza de sus aires, por la rara y sabrosa calidad de sus frutos, por la plácida alegría de su azul y clarísimo cielo, pisa un estraño nuestra tierra y acostumbrado á oir en las lenguas de la fama el laureado nombre de Espinel y conocedor de su mérito, recuerda que aqui vió la luz el autor de *Márcos de Obregon*, é inquiere, busca, indaga. ¿Qué podemos presentarle? ¿Qué idea formaria de un pais donde tan poco se estima la memoria ilustre de su mas discreto y famoso hijo?

¿Qué diremos, cuando vea que no ya suntuosos mármoles, ni artísticos monumentos que demuestren nuestro justo orgullo; pero ni una mezquina memoria, ni una modesta losa, ni un manuscrito, ni un libro, nada, en fin, poseemos que patentice la estimacion en que tenemos su memoria?

Pagar una deuda de honor he dicho y como tal la juzgareis, señores. Esta se solventa hoy que nuestros recursos son escasos, hoy que atravesamos angustiosísimos tiempos, con un modesto monumento. Hay un pequeño proyecto concebido. No es lo que se merece el varon eminente que escribió el *Incendio y rebato de Granada*, pero ya es algo y servirá de patente prueba de la admiracion que justamente le rinde su pátria, á lo menos demostrára que si nuestros recursos son estrechos nuestra aficion es grande, y que si no le podemos elevar mármoles y bronces fastuosos, hemos conseguido levantar una modesta obra donde al cabo tengamos la satisfaccion de leer su nombre.

Si el Ayuntamiento que presido no estuviera agoviado por ineludibles atenciones, exaustas sus arcas y entorpecidos, por la situacion precaria general que atravesamos, sus ingresos, no renunciariamos á la honra de procurar hacer una obra puramente municipal; pero hoy no puede realizarse mas que entre los particulares y tenemos que limitarnos contra nuestro gusto á prestar toda nuestra cooperacion y apoyo oficial y particular á la iniciativa de los rondeños. La Redaccion de los Ecos del Guadalevin, que abundaba en deseos de llevar á cabo por sí esta obra, se ha presentado á ofrecer todo su apoyo, prometido contribuir con el producto de una suscricion especial que abrirá entre los redactores y colaboradores á trabajar cuanto sea preciso por remover todos los obstáculos, hacer propaganda y poner, por último, sus columnas enteramente al servicio del proyecto.

El escultor Rondeño D. Joaquin Rodriguez, con un desinterés que le honra demasiado, se ha ofrecido á dirigir la obra proponiéndose no percibir por ella mas que el importe del trabajo material.

Ahora bien, señores, como el pensamiento presente no pertenece ni á corporacion ni á persona determinada, si no á Ronda entera, como tengo el convencimiento de que está en el ánimo de todos y cada uno de sus hijos, he contado desde luego con la cooperacion de Vds. y creo que debemos, si aprueban lo dicho, constituirnos en Comision Ejecutiva y proceder inmediatamente á su realizacion.

Acto contínuo hicieron uso de la palabra uno por uno los Sres. presentes y todos vinieron en aprobar con gran entusiasmo la idea, rivalizando á cual mas en demostraciones de agrado y ofreciendo su apoyo no solo para llevar adelante la obra en las condiciones propuestas, sino ampliando el proyecto hasta donde fuera preciso.

Se vió el dibujo presentado por el escultor Don Joaquin Rodriguez, que consistia en una elegante columna de órden Jónico, de cinco á seis varas de altura. En los cuatro lados del pedestal llevaria; en dos los atributos de la milicia del clero, la música

y la poesia. En las dos restantes la dedicacion é inscripciones que se acordáran.

Se habia de colocar en el centro del paseo ó alameda del Socorro, como sitio mas público de la ciudad. Sobre la columna iria colocada una á modo de corona formada por dos ramas de laurel y todo el obelisco labrado en mármol color hueso, traido del sitio llamado las Jerrizas.

Con el objeto de activar la realizacion del proyecto y obtener el mejor resultado posible, se vió una lista de todas las personas que en Ronda podian suscribirse y cada uno de los indivíduos presentes se comprometió á gestionar verbalmente acerca de los amigos ó conocidos suyos que aparecian en la misma, á cuyo efecto se hicieron otras particulares de las personas que cada uno elegia y se repartieron entre los circunstantes.

Se redactó una circular que habia de repartirse con profusion á todos los rondeños que estuvieran en actitud de contribuir para la obra y se dirigieron un buen número á los hijos de Ronda, ausentes de la ciudad, y tambien á algunos forasteros, personas con cuya amistad y buen deseo se contaba.

Los señores que habian concurrido prometieron asistir cuando por el Sr. Presidente se citáran á nueva junta y quedó, por último, constituida la Comision egecutiva del modo siguiente:

Presidente, D. José M.ª Jaudénes.—Vice-presidente, D. Antonio Collado.—Vocales: Sr. Marqués de Salvatierra.—Ldo. D. Adolfo Izquierdo.—Ldo. Don Bartolomé Morales.—Ldo. D. Lorenzo Borrego.—Ldo. D. José Pinzon Carcedo.—Ldo. D. Antonio Gomez de las Cortinas.—Ldo. D. Eusebio Aparicio.—Ldo. D. Leonardo Perez de Guzman.—Pbo. D. Francisco Atienza Oliva.—Secretario, D. Rafael Gutierrez Jimenez.

Y con esto se dió por terminada la sesion, de todo lo cual como Secretario, certifico.—Rafael Gutierrez.

Charada.

En *primera* con *segunda*
Quisiera yo pasearme,
Y en una calma profunda
A meditar entregarme.
Segunda con *prima* es,
Una tarea del hombre
Que saliendo al campo ves,
Sin apreciar (no te asombre).
Segunda y *tercia* está todo
Y es una calamidad,
Por la que yo me incomodo
Y toda la sociedad.
Cuarta es nota musical
Y con *primera* un oficio,
Higiénico sin igual
Y de grande beneficio.
Cuarta y *segunda* veremos.
En todas las drogerias,
Y *segunda* y *cuarta* hacemos
Con melones y sandias.
Tercia y *segunda* es egemplo
De la mayor fortaleza
Y de Natura en el Templo
Admiramos su belleza.
Mi *primera* con *tercera*
Es cosa que, por lo impura
Con gusto lo suprimiera,
Toda limpia criatura.
Y el TODO es una cancion
Dulce, tierna y melodiosa,
Que conmueve el corazon
Con su cadencia armoniosa.

ANTONIA G. Y DE A.

SONETO-CHARADA.

Has de ver con asombro la *primera*
que siempre en movimiento se sostiene:
se vé que viene y vá, que vá y que viene;
que ya sube, ya baja, ya se altera.
(Vamos á ver si encuentro la manera
de seguir lo que al *todo* le conviene).
Prima y *segunda*, la Pasion lo tiene
suprimiendo la sílaba tercera.
Segunda y *tercia*, de la antigua historia,
fué natural de un pueblo conocido,
que nos dejó sus páginas de gloria.
Por el TODO fué el hombre redimido.
No se viene otra cosa á mi memoria,
mas basta con lo dicho y... concluido.

G. G. P.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

ES—CA—PA—RA—TE.

Por falta de espacio no insertamos hoy las dos actas de las sesiones posteriores á la de constitucion de la Comision Egecutiva del monumento de Espinel. Las publicaremos en el número próximo: en ellas se ha acordado la reforma del primitivo proyecto y que se proceda á la construccion de la obra.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Mártes 8 de Junio de 1875. Núm. 38.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Maria (Canto de Angeles), por D. Francisco Jimenez Campaña.—Soneto. por D. José Fernandez y Nuñez de Prado.—Kamar (leyenda oriental), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Dos Flores (poesia), por D. José Ruiz Toro.—Lo que es la vida (soneto), por D. Miguel Gonzalez Grano de Oro.—Acta de la segunda sesion de la Comision Ejecutiva de monumento á Espinel.—Tus recuerdos (poesia), por D. E. Escobar.—Cantar, por G. G.—Charada.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	4497
La Redaccion de los ECOS DEL GUADALEVIN:	
Srta. D. Rafaela Brabo Macias.	20
Sr. D. José del Rio de la Bandera. . . .	20
SUSCRITORES.	
Sr. Visconde de la Torre de Luzon. . . .	20
D. Francisco Coca Sanchez, Pbro.	20
Manuel Sanchez Quiñonez.	20
Antonio Gonzalez Puya..	20
José Garcia Sierra	20
Manuel Sainz Gerrero.	10
Ramon del Prado Bedoya.	8
Mariano Escalante	20
Juan Holgado.	40
José Tenorio	40
Joaquin Tenorio.	40
TOTAL.	4795

En el número siguiente se continuará la lista.

MARIA.

CANTO DE ÁNGELES.

I.

Cantad, espíritus invisibles del amor. que habitais en palacios fantásticos de nácar y rubí, iluminados por la luz perpétua, que irradia el trono de la Divinidad. Cantad un himno melodioso de amor, vosotros, que estais formados del puro aliento del Dios de la caridad. Cantad, que ya están los huertos de Nazaret cargados de flores y pronto aparecerá en sus calles de plátanos y cinamomos la Virgen de Sion, blanca como una paloma del Sanir, y hermosa y pura como las azucenas de Jericó... ¿No veis como las palmeras se inclinan á su presencia, y las aves, el céfiro y las aguas murmuran un canto de inefable amor? Mezclad con su murmullo las notas argentinas de vuestras arpas de marfil, y llenad los espacios de suavidad con la música de vuestras voces.....

.....¿Pero qué sones son esos v. gos y misteriosos, que rompen dulcemente los aires y vienen á deleitar nuestros oidos? Ora se asemejan á una lluvia de perlas, que cae sobre un lago de cristal: ora á los últimos y armoniosos lamentos de un cisne moribundo: ora al suspiro tembloroso de la espuma, que hierve y desaparece de la superficie de las aguas, como los blancos y rizados cabellos ds las ondinas, al ocultarse en el seno azul de los mares. ¿Qué canto es ese, que suspende los sentidos y eleva al alma á regiones desconocidas? Ah! es el himno de amor que los ángeles levantan á la Señora de los cielos. Yo os diré sus palabras: escuchad.

II.

Maria es el mas bello de los pensamientos de Jehová.

De los lábios del Eterno salió en un suspiro hermosa y sin mancilla.

Los espíritus del Edem la contemplaron entre auroras de blanda luz y la llamaron su Reina.

Maria es bella como la sonrisa de Dios.

Su frente es una rosa blanca de Alejandría: sus ojos serenos, como las aguas tranquilas del lago Tiberiades, son fúlgidos diamantes arrancados de la corona del Eterno. Su boca es un nido de amor hecho de perlas de Ofir y de púrpura de Tiro. Su aliento mas oloroso que el ámbar: sus palabras mas suaves que el rumor de las fuentes: sus pasos bellos y apuestos como el andar de la gacelas del Líbano; y su aspecto risueño y gentil como las blancas tiendas de Israel, acampadas cabe las fuentes de Elim.

La primavera la ama; y el ángel del paraiso, que baja á la tierra á dar forma á las flores, toma de Maria las bellezas infinitas y las copia en el tulipán de Turquía, en las rosas de Bengala, en las camelias de Osira, en los claveles del Betis y en los lirios del Carmelio.

La aman los bosques, las selvas, las florestas y los vergeles, y allá en el fondo oscuro de sus enramadas, le entretegen una guirnalda de silvestres flores, que Maria lleva sobre sus sienes, cuando pasa por aquellos encantados lugares, para vestirlos de poesia, de galanura y magestad.

La ama el sol, que apaga su ardiente fuego en las aguas de los mares, cuando Maria quiere en él visitar el alcázar de nácar y topacios, que los querubines la han fabricado debajo de las ondas.

La aman los cielos, que la circundan de luz y armonía.

La aman los astros, que ruedan debajo de su pié.

La ama Dios, que la mira complacido como la obra mas perfecta de sus manos.

Y la amamos tambien nosotros los espíritus invisibles del amor, que para cantar sus divinas glorias hemos sido formados del puro aliento de Adonaí.

III.

Y callaron los ángeles, y sus arpas resonaron con las notas melancólicas de los recuerdos y tornaron á cantar.

IV.

La luna Yar (1) riela pacífica en los arroyos de Nazaret: el cesped gime bajo el leve pié de una Vírgen, y se siente el blando roce de su túnica de nieve con las flores, que le besan al cruzar.

Aromas, que adormecen los sentidos; blanco fulgor del cielo, que despierta el corazon; armonías, que solo el alma siente; la presiden como mensageras ó precursores de una divinidad.

Es ella: la perla de la Siria, la blanca nazarena del templo de Sion, la hermosa Sulamitis de las campiñas de Enggades.

Ella entiende el lenguaje del ruiseñor, que canta endechas de amor en la espesura: ella sabe lo que el galan arroyo dice á la flor, que enamorada de sus ondas de plata y de su dulce murmullo, vive solo de los besos que él le envia: ella sabe las misteriosas historias, que á los bosques cuentan las áuras, columpiándose en las ramas de los árboles: ella sabe lo que dicen á Dios esos sones infinitos vagos y ténues, que forman la armonía del silencio de una noche de verano.

Y viene sola á sorprender á la naturaleza dormida, que sueña con su Hacedor: ella oye la voz que la tierra levanta de su reposo, y la frase de amor, que envia á los cielos: ella siente el llanto de casto placer, que derrama la naturaleza dormida en la gota de agua sonora, que se desliza de la peña.

—Oh!, dice la hermosa Vírgen con voz mas suave, que una melodia de cielo; oh! como la tierra delira, soñando con su Criador! Yo diré á mi Jesus cuando despierte cuanto los céfiros, las aves y las aguas le aman; y le llevaré flores dormidas, por si el divino infante se desvela, que escuche los sueños de una flor. Él duerme y yo velo, y vengo á escuchar los deliquios de amor de la tierra como *la madre que soy del hermoso Amor*.

Y cayó la Vírgen, y las rosas volaron á sus manos y la dijeron: «llévanos á refrescar la frente de tu Jesus.»

Y cesó en el cielo el canto de los ángeles, y Dios envió á sus espíritus una mirada de eterno amor.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(1) Luna entre los hebreos correspondiente á nuestro mes de Mayo.

SONETO.

Una lozana flor, pura y hermosa
Yo vi nacer al despuntar el dia
junto á un límpido arroyo que esparcia
por el prado su linfa bulliciosa.

Llegó la tarde, el áura vagarosa
con eco lastimero repetia,
la flor ha muerto y en la tumba fria
deja escrita esta máxima penosa:

«El término fatal de nuestra vida,
breve como las tintas de la aurora,
es una tumba triste y escondida.

Feliz mil veces quien contrito llora
y de fé y esperanza el alma henchida,
á Dios, sumiso su perdon implora.»

JOSÉ FERNANDEZ Y NUÑEZ DE PRADO.

KAMAR.

LEYENDA ORIENTAL.

DEDICADA A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO EL JOVEN ESCRITOR DON RAFAEL GUTIERREZ JIMENEZ,

POR

P. Pionisio J. Pelicado y Rendon.

INTRODUCCION.

¡Arabia! nombre mágico, que como un misterioso amuleto hace levantarse á nuestra vista montañas de roja arena, terrenos pedregosos y calcinados, en cuyas grietas se retuercen, como los sarmientos en el fuego, plantas silvestres y raquíticas; y allá á lo lejos, la inmensidad del desierto, aquel mar de fuego movible, bajo otro mar de fuego inmóvil; la inmensidad del desierto bajo la inmensidad del cielo.

Mas allá aun, donde no sopla el *simun* enterrando bajo sus remolinos al camello y al camellero, donde no llegan ni el rugir de los chacales, ni el áspero graznido de los buitres, el oasis con su fresco tapiz de menuda yerva, con sus arroyos de agua pura y límpida, con sus arbustos aromáticos, con sus gallardas palmeras, con sus blancas tiendas, vaporosas habitaciones de unos hombres mas vagabundos que los pájaros conservan su nido en un lugar determinado, mientras que el árabe hoy asienta su tienda en la colina y mañana en la llanura.

¡Arabia! tierra clásica de la hospitalidad, donde el viajero desde que penetra en la tienda y come la sal con su huesped, es tan inviolable, tan sagrado como la kaba de Medinat, como los *Suras* del Coram.

¡Arabia! tierra del amor, pero de un amor tan violento, tan fervoroso, tan salvage, que dá vida ó mata al que lo siente. (1)

¡Arabia! tierra de la guerra, porque la venganza es un deber sagrado que se trasmite de padres á hijos, de generacion á generacion, exigiendo sangre por sangre, ojo por ojo, diente por diente.

¡Arabia! tierra de la poesia, donde aparece formada de repente losana y vigorosa como la Minerva griega saliendo del cráneo de Júpiter; donde los cantos de los poetas, escritos en seda con letras de oro, ornan las paredes del santo templo. Arabia que ya celebraba *mufacaras* (2) cuando aun dormia la Europa el sueño de la barbarie.

En esa tierra célebre, donde se alza el Sinaí, desde cuya cima habló Dios con el legislador hebreo, donde mana agua todavia la piedra de Soreb taladrada por la vara de Aaron, comienza nuestra historia.

En el Hedijar, comarca confinante con el Yemen y el Hadramant, bañada por el mar Rojo y unida al Egipto por el istmo de Suez, mas acá de Medinat, se alzaba en otro tiempo la pequeña ciudad de kariat. En sus cercanias estendíanse como una bandada de palomas, las tiendas de las dos tribus aliadas, los Assadies y los Azrraitas.

I.

Ismael-ben-Jusuf-al-Rakib (1) pertenecia á la tribu de los Assadies, de quienes era gefe: su padre Sidi-Maruan hijo del desierto, poseia todos los vicios, pero tambien todas las virtudes de un beduino de pura raza; ignorante, pero creyente; vengativo y sobervio, pero leal y agradecido; rudo, pero generoso. Desde muy niño dió á conocer sus belicosos instintos, que se desarrollaban y crecian cada vez mas á favor de la educacion que recibia en el Aduar.

Pasábase horas enteras acariciando al noble *Shafhad* el caballo de su padre, descendiente en línea recta del célebre corcel de *Mashor* (2) que atado á uno de los pilares de la tienda, heria el suelo con el duro casco demostrando lo mal que sufria la inaccion, y como si quisiera decir á su dueño: Desde que vás haciéndote viejo, me aburro de fastidio ¿por qué no corremos?

Otras veces se ocupaba en fabricar pequeños yalaganes de madera, y capitanear á sus tiernos compañeros parodiando los combates de sus padres.

Ismael era bravo como un leon, ligero como una gacela, fuerte y sóbrio como un *hadghin*. (3) El viejo Maruan solia decir á su esposa Zobheida, (4) cuando esta enojada le contaba alguna travesura del muchacho: Ese rapaz honrará mis canas!

Entretanto, Ismael llegó á cumplir veinte años, alentando dentro del pecho un corazon mas libre que el viento que azotaba la tela de su tienda, mas grande que la inmensidad del desierto.

Y sin embargo de su grandeza, dos sentimientos lo llenaban; la amistad y el amor. Su amigo se llamaba Jacub, su amada Kamar. (5)

Jacub-al-Asgar (6) era de la tribu de los Azraitas; el Oriente no habia producido un mancebo de cuerpo

---

(1) La ternura de los Ben-Usra era proverbial. Bastaba decir «yo soy de la tribu de los que se mueren de amor» para que contestase el que lo oia: Tu eres de la tribu de los Ben-Usra.

(2) Mufacaras: Certámenes poéticos, juegos florales.

(1) Rakib; ginete, cabalgador.

(2) Mashor; gefe ante-islámico de una tribu del Nejedh.

(3) Hadghin: Dromedario.

(4) Zobheida: El alba, la luz.

(5) Kamarn: luna.

(6) Ashgar: poeta.

mas gallardo, de alma mas hermosa. Era huérfano y pobre, pero todos los ancianos de la tribu se disputaban el honor de albergarlo en su tienda y sentarlo á su mesa; todos hubieran deseado adoptarlo por hijo, y colmarlo de riquezas.

Con Jacub soñaban las vírgenes agarenas, porque aquel cuerpo vaciado en el molde del Ontinos griego, aquel rostro cuya hermosura varonil hubiera hecho la desesperacion de un pintor, aquella tez brillante y dorada como un bronce antiguo, eran capaces de contentar á la mujer mas avara de belleza material.

Y no era solamente la hermosura lo que resplandecia en Jacub, era el valor, la lealtad, y mas que todo el entendimiento. Decíase que el divino Alkama (1) de quien era vástago, habia influido en él una gracia sobrenatural Ninguno como Jacub sabia contar esas viejas historias en que se retrata la vida de los primitivos ismaelistas, esos cuentos llenos de maravillas; sabia de memoria mil *Kasidas*, (2) y podia componer otras mil, porque era poeta.

Cuando á la luz de la luna, sentado á la puerta de su tienda tañia el bandolin é improvisaba una cancion, toda la tribu corria á oirle. porque parecía que los espíritus celestes bajaban de lo alto á herir con sus álas las cuerdas del bandolin y á encantar la voz de Jacub.

Jacub hubiera podido tomar por esposa á cualquiera de las doncellas del Hedjad. Cualquiera de ellas, aun la misma hija del emir, se hubiera enorgullecido con semejante enlace; pero Jacub no amaba, Jacub tenia el corazon de hielo. Por eso le llamaban por sobrenombre Suhi. (3)

¿Era esto cierto? Mil veces se lo habia preguntado Ismael y Jacub habia contestado afirmativamente, pero con una sonrisa tan amarga, con voz tan insegura, que Ismael se habia convencido de lo contrario.

—Tu amas, amigo mio, le dijo una tarde lluviosa y oscura que habia ido á pasar á la tienda del poeta: podrás engañar á ojos indiferentes pero no á los mios.

—Estás equivocado, contestó Jacub sin disimular que le desagradaba aquella conversacion.

—Pues si eso es asi, si es cierto que no amas ¿por qué te burlas? ¿por qué sonries melancólicamente? ¿por qué palideces cuando te hablo de ello? ¿por qué se apaga tu voz en la garganta? por qué se pinta el dolor en tu rostro? por qué lloras, en fin?

—¡Llorar! exclamó Jacub con acento irritado, ¿me has visto llorar acaso, Ismael?

—Si, amigo mio, si, dispensa mi indiscrecion, pero te he sorprendido.

—¿Y cuando? preguntó Jacub desarmado por el tono afectuoso de Ismael.

—Anoche en mi tienda: ¿Recuerdas que apenas entró Kamar, mi prometida, te levantaste para salir?

—Si, si, balbuceó Jacub, mas.....

—Espera; yo te detuve entonces por el manto y te rogué que permanecieras con nosotros. Despues... tu cantas como un ángel y te pedí que cantaras algo para que ella lo oyese.

—Y canté, suspiró el Suhi

—Es cierto y te vuelvo á dar las gracias por tu complacencia. Cantastes una gacela, (1) la improvisaste; asi que te alaban siento el mismo orgullo que si me alabáran á mi.

—Gracias, contestó el poeta estrechando la mano de su amigo, ¡no eres tú el que debes envidiarme por cierto!

—En la cancion te burlabas del amor; asi que cuando dejaste de cantar, mi prometida te dijo algun tanto enojada y como reconociéndote: ¡Ah Jacub, tú no amas, tú no comprendes el amor y te ries de él! Mentira parece que seas azrraita y poeta, que hayas nacido en una tierra de fuego y tengas un pedazo de hielo por corazon!

—Esas fueron sus palabras, pero no sé á qué las repites, contestó Jacub como si le hicieran daño.

—Aunque respondiste con una carcajada, no lograste engañarme; conocí que mentias porque una lágrima fugitiva rodó por tu mejilla y en vano pretendiste ocultarla volviendo la cabeza.

Jacub no contestó porque lo que decia Ismael era verdad.

—Tú amas, prosigió este, amas y lloras; luego tu amor no es correspondido. ¿Y qué mujer te desdeñaria á ti? Sin duda la hermosa por quien suspiras no conoce tu amor. Dime quien es, amigo mio, y por la sagrada piedra de Zem-Zem (2) te juro que aunque fuese una de las huries del Profeta, yo iré á buscarla para tí.

—¡Gracias!

—Vamos, cuéntame tus penas ó creeré que has dejado de ser mi amigo; ¿no te cuento yo cuanto me pasa?

—Pues bien, ¿á qué negarlo, si los sabes yá? Amo á una mujer, pero esa mujer no ha nacido para mi, y jamás conocerá mi amor.

—¿Cómo que nó? que yo sepa su nombre y te

(1) Alkama: poeta anterior á Mahoma.

(2) Kasida: Poema.

(3) Los Lulos son una triste persa, cuyos hombres son muy hermosos pero muy crueles. Diran de Hafiz. Gacela Traduccion de Kalph.

(1) Gacela. Oda anareóntica de la poesia persa.

(2) El pozo ó fuente que Dios hizo brotar en el desierto para que Agar apagase la sed de su hijo.

empeño mi palabra de que en el momento está hecha vuestra boda.

—Perdóname, Ismael, te he dicho cuanto podia, más quizá de lo que debia decirte; pero no insistas en averiguar un nombre que jamás saldrá de mi boca.

—Luego ¿no soy tu amigo?

—¿Pluguiera al cielo que no lo fueses tanto? Dejemos esta conversacion que me martiriza, Ismael.

—Ismael se levantó de su asiento visiblemente picado. Adios, pues, y hasta mañana, dijo despidiéndose de Jacub.

—Que Alah te acompañe.

Ismael salió de la tienda, murmurando: ¿quién será su amada? ¡Se ha empeñado en ocultarme su nombre y vive Dios que lo he de averiguar á su despecho! Decididamente no me quiere como yo á él, cuando se niega á aceptar mi ayuda.

Jacub en pié á la puerta de la tienda siguió con la vista á su amigo, hasta que desapareció: ¡ah! exclamó tristemente entonces, ¡Si él supiera lo que me cuesta su amistad, si supiera que voy á morir para que él sea dichoso!

II.

Al dia siguiente, uno de los pastores de Maruan llegó á él y le dijo: Señor, anoche entró un leon en los rediles y te mató mas de cincuenta ovejas; yo he dado con su guarida y vengo á avisártelo por si quieres apoderarte de la piel de la fiera, para alfombrar con ella tu tienda.

Por toda contestacion, el viejo Maruan, mandó á su hijo que ensillára los caballos; luego dirigiéndose al pastor le dijo, tú, Alí, prepárate á guiarnos.

Ismael ensilló los dos caballos y cuando hubo concluido, preguntó á su padre ¿Quiéres que avise á Jacub para que venga con nosotros? Tu sabes cuanto le agrada el peligro y cuan diestro es en burlarlo.

—Si, por vida mia! que venga, monta á caballo y corre á buscarlo; pero no tardeis.

Ismael saltó sobre su alazan y partió á escape hácia el aduar de los Azrraitas. Aun no habia transcurrido media hora y ya estaba de vuelta acompañado de Jacub.

Maruan recidió en sus brazos al poeta, porque le amaba como á un hijo, casi tanto como á Ismael, luego reparando el caballo que traia, exclamó sorprendido: Por Ariel y Eblis! qué es esto, Jacub? ¿vienes á cazar un leon con ese caballo? ¿Estás loco? Un caballo que nadie ha podido domar, un caballo bastardo que causará la muerte de su ginete! Ni tu mas encarnizado enemigo, hubiera podido aconsejarte peor!

—Estad tranquilo, Sidi, no os dé cuidado por mí.

—No, no, toma un caballo de los mios, cualquiera de ellos será mejor que el que traes.

—Sidi Maruan, exagerais, *Saitanu* es algo terco, pero nada mas; he resuelto dominarlo y lo conseguiré.

—Pero no es la caza del leon el ejercicio mas apropósito para conseguirlo, y aunque lo consigas ¿qué harás con un caballo cobarde, gloton, que necesita media hora para correr una legua, y que no obedece sino á fuerza de castigos?

—Nada, pero si lo dejase ahora, despues que me han visto salir con él del aduar, creerian que le he cobrado miedo.

—¡Miedo! necedad! todos saben que á excepcion de mi hijo, no hay ginete en Arabia que pueda competir contigo. Apéate.

—No, no os canseis.

—Como tu quieras, contestó el viejo *xeque* ofendido por la terquedad de Jacub; pero ¿no llevas armas? Muchacho! ¿te has figurado que vamos á cazar palomas?

—No; sé muy bien que vamos en busca de un leon, por eso traigo una flecha en mi carcax

—¿Una sola?

—¿Para qué mas? yo siempre doy en el blanco.

—Maruan no replicó, pero entróse en la tienda, diciendo entre dientes: El diablo que entienda á estos mosalvetes: van á la muerte como quien vá á una zambra; son presuntuosos hasta la temeridad. Quiera Aláh que no suceda una desgracia.

Luego salió, llevóse á los lábios una trompa de cuerno, que produjo un sonido bronco y estenso, examinó cuidadosamente las armas de Ismael, colgóse á la espalda un arco y un carcax y montó por último á caballo.

Diez ginetes armados de arcos y lanzas habian acudido al toque de bocina. Maruan se colocó á su cabeza, dió la voz de marcha y la cabalgata arrancó al paso, guiada por el pastor Alí.

III.

Dejemos marchar á los valientes hijos de Agar en busca del rey de las selvas, de ese rey que tiene por corona la encrespada melena, por cetro las poderosas garras armadas de acero, y cuyo formidable rugido hace retemblar las rocas como el aliento de la tempestad.

Zobheida, la madre de Ismael, habia quedado sola en la tienda. Sentada sobre una piel de leopardo, hacia girar el huso en la mano derecha, mientras que con la izquierda sugetaba la rueca. A sus piés y con la cabeza pegada á la tierra, dormian dos enormes perros.

De repente se alzaron y comenzaron á gruñir sordamente. Alguien se acercaba.

En efecto una voz juvenil, dulce como la del audalib (1) se escuchaba cada vez mas clara y distinta cantando una de las gacelas del Hamasa. (2)

Los perros se lanzaron fuera ladrando furiosamente; entonces la voz dejó de cantar para exclamar: Soy yo, *Maitu,* soy yo, Chomro. (3) ¿no me conoceis?

Dejaron los canes de ladrar y agitando la cola, fueron á acariciar á la persona que les hablaba. Esta les dió una palmadita en la cabeza y penetró en la tienda diciendo: La paz sobre tí, madre Zobheida.

—La paz sobre tí, hija mia, bien venida seas, Kamar

Adelantóse una muchacha como de trece años, linda como una perla y cuya morena tez tenia los reflejos del oro de Tibron. Sus ojos eran una maravilla, sus lábios mas rojos que el argován (4) parecian un hilo de púrpura. El seno mórbido, turgente, levantado, decia bien claro que aquella rosa habia abierto su cáliz por completo. En Arabia, las niñas dejan de serlo á los nueve ó diez años.

Era fuertemente hermosa, pero con una hermosura incitante, fastuosa, provocativa. Vestía un túnico blanco, sin mangas, largo hasta poco mas de la rodilla y sujeto á la cintura por un chal de cachemira.

Aquella cintura era tan breve, tan sutil, tan inverosímil que costaba trabajo comprender el por qué no se quebraba. Sus cabellos, negros como el rostro de Eblis, se deslizaban en dos gruesas y largas trenzas bajo un turbante de Mosoul; unos borceguies de cuero rojo calzaban sus menudos piés y completaban su caprichoso atavio.

La jóven puso en el suelo una cajita y un cesto de palma y despues de abrazar á Zobheida; aqui te traigo, le dijo, las primeras frutas que ha dado mi huerto y los regalos que mi padre os ha traido de Iskanderick. (5)

—Gracias, Kamar... Es decir, que ha vuelto tu padre.

—Anoche.

—Bien venido sea, y Zobheida ofreció á la niña un puñado de dátiles y un vaso de leche de camella. Kamar preguntó por el viejo Maruan. Sonrióse Zobheida porque comprendió que aquella pregunta podia traducirse por esta otra: ¿dónde está Ismael que no ha salido á recibirme? La niña vió aquella sonrisa y se puso mas encendida que la amapola de los prados.

(1) Audalibon.—El ruiseñor.

(2) Hamasa.—Coleccion de poesias populares.

(3) Maitu: Muerte: Chomro: fuego.

(4) Arbol de Judas. Lo llaman asi, los árabes, por que supone que de él se ahorcó el discípulo traidor.

(5) Iskanderick. Algandria.

—Mi esposo ha ido con tu prometido y Jacub-al-Ashgar á cazar un leon que entró anoche en nuestras ovejas; y Zobheida pronunció estas palabras con voz tan tranquila, como si se hubiese tratado de una fiesta.

Las mujeres árabes participan del indómito valor de sus maridos; acostumbradas á una vida semi-salvage, encuentran muy narural el arrostrar y aun provocar el peligro.

—Sin embargo, Kamar palideció; Saida Maryan (1) los proteja, contestó temblando.

—Van con ellos diez ginetes de nuestra tribu, dijo Zobheida en el mismo tono, y además, añadió moviendo el lábio desdeñosamente, el leon solo puede con los cobardes. (2)

Ambas guardaron silencio. Zobheida hilaba tranquilamente, mientras que Kamar, llena de zozobra, pensaba en el peligro que corria Ismael.

(Contianurá.)

(1) Maryan. Maria, la virgen santísima.

(2) Es una preocupacion muy arraigada entre los árabes.

DOS FLORES.

Eres, rosa, la flor que entre sus rizos
la altiva dama con orgullo ostenta;
mas pronto, ya marchita y deshojada,
perdido habrás tu esencia.

Sobre la hueca tumba ¡oh siempre viva!
en lágrimas bañada, eres la ofrenda
del amante recuerdo que no muere;
pues halla en tí su emblema.

José Ruiz Toro.

Granda Mayo 1875.

LO QUE ES LA VIDA.

SONETO.

Eres cárdena luz que el rayo lanza
Cuando entre negras nubes serpentea
Eco de un trueno que el aire ondea
Y se pierde despues en lontananza.
Eres rizo de espuma que no alcanza
A vivir lo que el agua que lo crea,
Eres lucha tenáz donde pelea
La duda del no ser con la esperanza.
Eres del *más allá* solo una cita,
Lágrima ardiente que la tierra besa,
Y errante ave que en el cielo habita.
Eres pecado que en el alma pesa,
Fiebre ó delirio que la mente agita,
Y eres..... un sueño que en la tumba cesa.

Miguel Gonzalez Grano de Oro.

Acta de la segunda sesion de la Comision Ejecutiva de monumento á Espinel.

En la ciudad de Ronda, Viérnes 28 de Mayo de 1875.

Prévio B. L. M. invitándolos, dirigido por el Sr. Presidente á los señores que al final se espresan, se reunieron á la una de la tarde en el gran salon de sesiones del Ayuntamiento.

El Sr. Presidente, D. José M.ª Jaudénes abrió la sesion esplicando el objeto que le habia impulsado á invitar á las personas que no pertenecian á la Comision Ejecutiva, enterarles de lo hecho hasta entonces. Oirlos respecto á varios particulares que habian de discutirse acto seguido á fin de que su dictámen ilustrára el acuerdo de la Comision.

Por el Secretario se leyó el acta de la sesion anterior que fué aprobada y seguida de la lectura de la lista de suscritores que arrojó un total de rs. vn. 4479.

A discutir el sitio donde habia de colocarse el monumento se procedió despues. Hicieron uso de la palabra varios señores, y conviniendo en que el lugar donde vivió Espinel no era apropósito por ser un callejon estrecho y antiguo, se dividieron en tres las opiniones acerca de este punto: optaban unos por el centro de la calle de enmedio del paseo principal ó alameda del tajo, otros por el centro de la del Socorro y algunos por la entrada de este último sitio: combatióse la primera opinion con que durante el largo invierno el paseo del tajo era poco concurrido y frecuentado, y se oponian á que se levantára en el centro de la Plaza del Socorro otros, fundándose en que muy estrecho y pequeño el paseo habia de estorvar á los que alli concurrian por la mucha estension que las gradas ocupaban, á mas de que los árboles le quitarian vista, oponíanse por último á su colocacion en la entrada por igual motivo y no viniendo de acuerdo en este punto, se decidió que la comision visitára el sitio y acordára en definitiva lo mas conveniente.

Procedióse al exámen del diseño presentado por el escultor D. Joaquin Rodriguez, que consistia en una columna de órden jónico de cinco varas, y como el resultado de la suscricion permitia ampliar el proyecto, se acordó que el monumento tuviera siete varas de altura, que las cuatro caras ó las dos del pedestal donde habian de ir las inscripciones, dedicacion y atributos fueran de mármol blanco de Carrara.

El Sr. D. José Casado, Comandante Militar, hizo uso de la palabra y demostrando grandes conocimientos artisticos y literarios, propuso que se cambiase en compuesto el órden arquiteotónico de la columna como mas adecuado al objeto; oyósele con gusto y no solo se accedió por unanimidad á su proposicion si no que se le rogó diese su particular dictámen al escultor para que de acuerdo con él formase el nuevo diseño.

Se preguntó si se habia de emprender la cobranza, que se procediera á ello inmediatamente: resolviéndose designándose para Tesorero al Sr. D. Leonardo Perez de Guzman.

Y no habiendo otra cosa de que tratar dióse por terminada la sesion, de todo lo que como secretario, certifico.—Rafael Gutierrez.

Señores que concurrieron:—D. José M.ª Jaudénes. D. Bartolomé Morales del Valle.—D. Adolfo Izquierdo.—D. Leonardo Perez de Guzman.—D. Antonio Collado.—D. Eusebio Aparicio —D. Francisco Atienza D. Lorenzo Borrego.—D. Rafael Atienza.—D. Rafael Gutierrez.

D. José Casado.—D. Manuel Lagos.—D. Gaspar Valdivia.—D. José Perez de Guzman.—D. Gabriel Navas.—D. José R. Caballeros.—D. Manuel R. Atienza.—D. Lorenzo Elvira —D. José Morales del Valle. D. Miguel Loaiza.—D. Antonio Madrid.—D. José Abela Pinzon. —D. Rafael Ponce.

TUS RECUERDOS.

Los instantes, las horas y los dias
Son ¡ay! la eternidad;
Ni dán al corazon sus alegrias,
Ni calman mi ansiedad.

Y minan inclementes mi existencia
Brindándome el dolor.
Los tristes pensamientos de la ausencia
Que giran en redor.

Y es tu imágen que dulce y vaporosa
Está siempre ante mí
Volando con sonrisa cariñosa
Mi ardiente frenesí.

Por eso en el afán que me estravia
Tus prendas busco yó:
Prendas queridas que me diste un dia,
Dia... que ya pasó.

Tres nardos, un clavel y un pensamiento,
Recuerdos del placer;
Flores marchitas por el raudo viento
Del tiránico ayer.

Flores marchitas, sí; pero no olvida
La mente su ilusion;
Si mis lábios no pueden darles vida,
Se las dá el corazon

Que tan bellas cual tú, te engalanaron
Con gracia sin igual,
Y sus hojas purísimas besaron
Tu frente virginal.

Tu retrato! que en álas de mi anhelo
Alienta mi existir;
Él es mi bien, el único consuelo
Que me quedó al partir.

En él veo tu talle peregrino
Que envidia dá al clavel,
Cuando luce su encanto purpurino
En medio del vergel.

Hallo en él tu sonrisa delicada,
De un ángel la espresion,
Inundando mi alma enamorada
De célica ilusion.

Y tus ojos, que en mí fijan amantes
Su mas dulce mirar,
Apartan de mi pecho fascinantes
El triste batallar.

Un rizo encantador de tu cabello
Robado á un querubin,
Que perfuma mi alma, mas que el bello
Perfume del jazmin.

Y al unirlo á mis lábios un suspiro
Que arranca mi dolor,
En sus hebras suavísimas aspiro
Tu aliento embriagador.

Y el rizo y tu retrato, con las flores
Que guarda mi querer,
Son el sello gentir de mis amores,
La vida de mi ser.

Por eso en el afán que me estravía
Tus prendas busco yó:
Prendas queridas que me diste un dia,
Dia... que ya pasó.

E. Escobar.

CANTAR.

Para las noches, la luna;
Para los dias, el sol,
Las estrellas, para el cielo;
Para mí, tu corazon.

G. G.

Cerrado el contrato con el escultor D. Joaquin Rodriguez, para la construccion del Monumento de Espinel, sabemos que se ha dado principio á los trabajos.

Por falta de espacio no incluimos en el presente número la Revista de las funciones ejecutadas por la compañía dramática dirigida por el Sr. Palau; pues como el número de funciones ejecutadas es bastante largo, por poco que dediquemos á cada uno, necesitariamos ocupar gran parte de nuestras columnas en ello.

Procuraremos decir algo de esto en el número próximo.

Una de las condiciones del contrato hecho con D. Joaquin Rodriguez para la construccion del Monumento á Espinel, es la de que precisamente para la víspera de la próxima feria de Setiembre ha de estar concluido y colocado en disposicion de que se inaugure en aquellos dias.

Se ha formado una comision que trata de registrar todos los archivos de Ronda á fin de indagar cuanto sea posible, de Espinel, en el tiempo que estuvo en Ronda y muy particularmente respecto de su muerte, de la que se tienen muy pocas y dudosas noticias.

Charada.

La *primera* es una letra,
Con que me propongo yó,
Dar principio á esta charada
Aunque nunca se escribió.
Segunda y *tercia*, son notas
De inspirado Trovador,
Y si no salta la *cuarta*
Desespera el jugador.
Y mi todo, en sus cantares
Tal sentimiento imprimió,
Que jamás cantor alguno
Le igualára en su dolor.

C. R.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

BAR—CA—RO—LA.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Mártes 15 de Junio de 1875. Núm. 39.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Efectos Contrarios (poesia), por G. de Puga.—Diversos Tipos (poesia), por D. Ernesto Silva y Arengo.—Sin amor (poesia), por D. A. de Feria y Adame.—*K*amar (leyenda oriental), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon. Cantares, por D. Antonio Morales Durán.—Pensamiento. (La constancia), por la Srta. D.ª Antonia Gonzalez Amieba.—Charadas.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	4795
La Redaccion de los ECOS DEL GUADALEVIN:	
D. Joaquin Checa y Checa.	160
Rodrigo Ramirez.	40
Francisco Jimenez Campaña.	20
José Delgado Carabot.	20
SUSCRITORES.	
D. Juan A. Perez Villalobos.	20
Manuel Loayza.	20
TOTAL.	5075

En el número siguiente se continuará la lista.

RECTIFICACION.

En nuestro número 37 y en la lista de donativos se cometieron las erratas siguientes:

Dice:	
D. Francisco Rios Acuña.	20
Francisco A. Porra.	20
Debe decir:	
D. Fernando de los Rios Acuña.	20
Francisco Porras.	20

EFECTOS CONTRARIOS.

¿A dónde vas tan de prisa?
dijo el *pesar* al *placer*:
—A un recien nacido á ver
para darle mi sonrisa.

—Pues no te apresures tanto
que siendo yo mas ligero
he de llegar el primero
para ofrecerle mi llanto.

—Tu presuncion no me extraña
que eres temible enemigo,
mas para luchar conmigo
aun no has adquirido maña.

—Tengo fuerza suficiente
para hacerme obedecer
—Veamos qué sabes hacer
cara á cara, frente á frente.

Ambos dejan sobre el suelo,
llanto y risa que llevaran
en un cesto, y se prepáran
á tener sangriento duelo.

El *pesar* la mano alzó,
mas, su movimiento al ver,
echa sagaz el *placer*
la suya á un cesto y huyó.

Sin que notára en su prisa,
(quien huye no observa tanto,)
que habia cogido el del llanto
dejándose el de la risa.

Con su nueva carga llega
que al recien nacido ofrece;

luego el *pesar* aparece
y el otro cesto le entrega.

El niño los dos tomó
sin saber qué fuese aquello;
y el niño, que era muy bello
á ser un hombre llegó.

Mas hombre que no acertaba
el por qué le sucedia
que con las penas reia
y con los goces lloraba.

Y era que desde la escena
que hemos dado á conocer,
tuvo su llanto el placer
como su risa la pena.

GRACILIANO DE PUGA.

DIVERSOS TIPOS.

EL CESANTE.—No os asombre
encontrarle hecho un alambre;
de hombre sólo tiene el nombre,
y es una imágen del hambre.

EL CARCELERO.—Es su pecho
tan duro, cual una roca:
las lágrimas no lo ablandan
pero lo ablandan las *onzas*.

Aunque se vista de seda
la CURSI, cursi se queda.

LA GAZMOÑA.—Se asusta
de los piropos:
cuando sale á la calle
baja los ojos.
Pero á las doce,
sube á su cuarto un *pollo*
todas las noches.

EL DANDY.—Funda su orgullo
en las botas de charol,
en sus trajes y caballo,
y además es *esprit fort*.

LA BEATA.—Al confesarse
comete mil sacrilegios,
pues dice lo que no hace
y se calla lo que ha hecho.

SUEGRA.—Segun yo discierno,
por no poderla sufrir
la hizo á la tierra subir
Lucifer, desde el infierno.

LIPENDI.—Aplauden sus obras
y sus ideas brillantes,
pero este pícaro mundo
lo deja morir de hambre.

LA JAMONA.—Bien le vá
el nombre á su condicion;
fué jóven, pero ahora está
rancia ya como el jamon.

EL BORRACHO.—Resucita
el culto de los paganos;
su vida entera consume
en sacrificar á Baco.

CÓMICO.—Enigma viviente;
sin una blanca, es banquero;
sin nobleza, caballero;
y sin valor es valiente.

ERNESTO SILVA Y ARENGO.

SIN AMOR.

¿Qué son muy bellas las pintadas flores,
que en delicioso y perfumado eden
del alba pura á la primer sonrisa
suspiran con placer....?

¿Qué del arroyo, que en florido prado
rápido bulle, cuando luce el sol,
y borda el suelo con brillantes perlas,
es muy bello el rumor.....?

¿Qué de la aurora, si riente y pura
brilla en un trono de dosel azul,
á disfrutar convidan los suspiros
y los besos de luz....?

Es cierto..... ¡si! Pero dejad que solo
busque en la noche mi consuelo yó,
en el arroyo que agostado yace
y en la marchita flor.

Muerta la flor de la esperanza mia,
seco de mi ilusion el manantial,
sin otra luz que esplenda en mi camino
que la luz del pesar;

Como los muertos sus sepulcros aman,
la muerte adoro yo;
¡Que es un cadáver, que en mi pecho yace,
mi pobre corazon!

A. DE FERIA Y ADAME.

Sevilla.

KAMAR.

LEYENDA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

IV.

El viejo xeque, su hijo Ismael, Jacub y los diez ginetes Assadies caminaban detrás de Alí. que con un largo cayado de acebo en la mano, los iba guiando. Al cabo de una hora de marcha llegaron al sitio en que el leon tenia su guarida; y Maruan determinó emboscarse para aguardarlo hasta que bajase á beber en el arroyo que corria no lejos de allí, deslizándose suavemente por entre los juncos.

El sol en medio de su carrera dejaba caer á plomo sus abrasadores rayos sobre la tierra calcinada: reinaba en el bosque un silencio profundo interrumpido solamente por el zumbido de los insectos, el susurro del arroyo y las ráfagas de viento que de cuando en cuando balanceaban las ramas de los corpulentos sauces y sicómoros.

De pronto los caballos irguieron las orejas, estendieron el cuello, comenzaron á dar resoplidos y á escarbar la tierra. Habian olfateado al leon.

—Ya está ahí, dijo Ismael á Jacub en voz baja.

—Bueno, que venga, contestó este afirmándose en los arzones y recogiendo las riendas.

Pocos segundos despues el alto y seco pasto que cubria el llano se removia en violentas ondulaciones como agitado por la cola de una enorme serpiente. Al fin la voluminosa cabeza del salvage monarca apareció sobre un altozano que dominaba el arroyo. Silvó en el aire una flecha y fué á clavarse hasta las plumas en el hijar del feroz cuadrúpedo. El leon dió un salto prodigioso, y vino á caer del lado acá del arroyo, lanzando espantosos rugidos y azotándose los costados con la cola. Sus ojos se revolvian en la órbita con una expresion de rabia indefinible, y sus bermejas fauces abiertas dejaban ver dos hileras de dientes fuertes y afilados como la hoja de un puñal.

Aun no habia descubierto la mano que le heria á traicion, pero la buscaba; Jacub vino á escitar mas y más su cólera saliendo al llano con su caballo.

—¿Qué veo? gritó el padre de Ismael, ese loco de Jacub se ha empeñado en morir! ¡Atrás! ¡atrás!

Ya no era tiempo, ni aunque lo hubiese sido, hubiese remediado Jacub su imprudencia; en lugar de retirarse avanzó hácia el leon resueltamente.

La fiera clavó en él sus verdosas pupilas, sacudió la melena, y permaneció indecisa un momento como asombrada de la temeridad de su provocador. Luego se inclinó sobre sus jarretes de acero y saltó por segunda vez.

El poeta aguardaba su acometida: tendió el arco y disparó. Todos los ginettes reunidos en el llano esperaron ver rodar por el suelo al terrible animal, por que Jacub era el mejor tirador de los contornos, y como decia él mismo, jamás habia errado un blanco.

Pero en aquella ocasion habia hecho tan alta la punteria, que Maruan y su hijo se miraron llenos de sorpresa; no acertaban á explicarse lo que veian. ¡Por Mahoma! que ha tirado á errarle, lo ha errado adrede, dijeron uno y otro.

La flecha habia pasado diez varas del leon y este hundia sus garras en la grupa del caballo de Jacub. El pobre animal relinchaba de un modo medroso y se esforzaba en huir, pero sujeto por el leon vino al suelo arrastrando en la caida á su ginete.

Jacub se puso en pié; pero, lejos de huir ó disponerse á la defensa echando mano al puñal que llevaba en el cinto, cruzóse de brazos y permaneció inmóvil.

Los diez guinetes armaron sus arcos y apuntaron á la vez: un segundo de vacilacion y Jacub era destrozado por el leon.

Pero Ismael estaba allí: antes de que pudieran disparar, habia sepultado su lanza en el pecho de la fiera, que abandonó su presa rodando con las convulsiones de la agonía,

Jacub que no habia hecho un solo movimiento, que no habia cambiado de color mientras que el leon lo tuvo entre sus garras, apretó los puños con ira y mordióse los lábios al verlo muerto. Volvió la cabeza hácia Ismael, y le dijo con voz en que vibraba la ironia y la desesperacion:

—¡Gracias! ¡no sabes que es lo que acabas de hacer!

—¡Salvarte la vida! exclamó Ismael abrazándolo con efusion.

. . . . . .

Los cazadores tomaron la vuelta del aduar. Dime, preguntó el viejo Maruan á Jacub: ¿por qué sacaste tu caballo al llano antes de tiempo? ¿Por qué levantaste tu arco para no herir al leon? ¿Por qué cruzaste los brazos cuando se lanzó sobre tí?

—No lo sé.

—Pues dá gracias á Aláh, porque hoy has nacido de nuevo. Luego, volviéndose á Ismael le dijo en voz baja: ¿sabes por qué ha querido morir Jacub?

—No, padre mio; ¿creeis que fuera esa su intencion?

—Si.

—.....Luego..... el caballo que traia....., el venir sin armas...

—Era todo meditado: le pesa la vida y ha querido quitársela.

—¡Ah!, murmuraba Jacub sollozando, mientras hablaban el padre y el hijo, ¡ni aun me deja morir, Dios mio!

V.

Es de noche; la luna en hebras de plata envia su tibia luz sobre las blancas tiendas del aduar que semejan un rebaño de ovejas cuando sestea en la llanura. El espléndido manto azul, con que se engalana el firmamento, aparece aquí y allá salpicado de refulgentes estrellas; ni una sola nube lo empaña.

El fresco y vivificador ambiente de la noche humedece los lienzos de las tiendas, las hojas de los árboles, y el polvo de las rocas; produciendo una temperatura tan grata, que su soplo podria tomarse por el aliento de una houri.

En lontananza brillan las rojas llamaradas de las hogueras encendidas por los pastores. En medio de aquella noche serena y melancólica se escuchan los acordes de la guzla que tañe la virgen agarena, y el canto del beduino que vuelve á su tienda.

Pero poco á poco se fueron apagando las hogueras, callaron las guzlas, y el sueño batió sus álas sobre el aduar. Entonces á doscientos pasos de la tienda de Omar-Asaif, dentro de un bosquecillo. resonó el agudo canto de la corneja. Pasó algun tiempo y el canto volvió á repetirse.

Esta vez. como si contestára al agorero pájaro, sonó un ruido seco, el que produce la mano al herir la palma de la mano. Inmediatamente aparecieron bajo una palmera dos bultos indeterminados é informes; porque el bosquecillo era tan espeso, que la luna no conseguia atravesarlo y lanzar su luz sobre ellos.

—¡Cuánto has tardado esta noche! exclamó uno de ellos.

—No ha sido mia la culpa, contestó el otro, cuya voz delataba á una mujer. Mi padre y mi hermano Kaleb, se han ido á acostar muy tarde, han hablado mucho de tí y de Jacub.

—¡Hola!

—Contaban lo que os habia sucedido esta mañana. ¡Ah! ¡yo tenia un miedo! sabia que nada tenia que temer y sin embargo, al oir á mi hermano, me parecia verte delante del leon.

—¿Tanto me amas? gacela.

—¡Oh si! contestó Kamar, porque eran ella é Ismael los que hablaban.

—Ismael pagó aquel si, estrechando á la niña contra su pecho. Tengo que pedirte una cosa, le dijo luego.

—Habla.

—Que me dejes posar mis lábios sobre tu frente, en castigo de lo que me has hecho aguardar y en premio de lo que he aguardado.

Kamar le presentó la frente y bajó los ojos. Entonces se oyó un rumor blando y suavísimo. El chasquido de un beso.

¿Sabeis lo que es un beso?

Es un cántico que habla al alma y á los sentidos, el suspiro de una silfa, la sonrisa de un ángel; un no se qué de dulce, de tibio, de diáfano.

Una historia de amor escrita con los lábios; todo lo que hay en el corazon de la madre impreso en la frente de su hijo, todo lo que hay en el alma del amante impreso en la boca de la amada.

Apenas sonó el beso, oyóse como un suspiro, como un ¡ay! lastimero; crujieron las matas de helecho holladas por un pié furioso, y relució un punto en la oscuridad. ¿Era un insecto fosfórico, ó el rayo de la luna que se refractaba en un objeto terso y pulido como el acero?

Kamar alzó la frente para fijar sus ojos húmedos en Ismael: Soy tuya, yo me confío á tí porque sé que me amas y me respetarás, le dijo.

—Por el Dios altísimo y único que nos oye, te lo juro, contestó él.

—Tengo que darte una prenda de amor, un talisman que quiero que lleves siempre sobre tí.

—No se separará de mi, si así lo quieres.

—Nunca lo abandones Ismael, porque él protegerá nuestros amores. Helo aquí, dijo Kamar sacando del seno un cordon de seda y oro á cuyo estremo pendia un hermoso carbunclo que brilló como un áscua de fuego entre las tinieblas de la noche.

—¿Qué esto? preguntó el árabe, tomándolo.

—Es, contestó su amada, un sello tocado al sello de Solaiman el encantador (1) Mi padre lo ha traido de Damasco para mí, y yo te lo doy porque.....

—¿Por qué?

—Porque el viejo Taraf, me ha dicho que es un amuleto misterioso, y que yo amaré forzosamente al que lo posea ¿Comprendes ahora porque te he pedido que no lo abandones un instante? ¡Ah! si lo perdieras me moriria.

Ismael oprimió la jolla contra su pecho; era supersticioso y las palabras de Kamar le causaron miedo; descuida, dijo, lo perderé con la vida; sólo asi podrán arrebatármelo. Luego alzando los ojos al cielo y contemplando la estrella de la mañana, añadió: Ya es tiempo de separarnos, apenas faltan dos horas para que nazca el dia, y pudieran notar tu falta, Kamar; Vamos.

(1) Solaimanu-Salomon, á quien los árabes consideran como un hechicero.

Los dos amantes bajaron al aduar.

Entonces salió del bosque un tercer personage, el poeta Jacub: He tenido su vida entre mis manos, dijo con voz desesperada, he podido quitarle ese talisman que le hace dueño del corazon de Kamar, pero es mi amigo. es mi hermano. Me arrebata la felicidad y no puedo odiarle.

Jacub calló porque las lágrimas le ahogaban. ¡Esa mujer ha nacido para mi condenacion: por ella he estado á punto de hundir mi puñal en la garganta de Ismael! ¡Perdon, Dios mio! ¡soy un miserable! y arrojó con horror el hierro homicida que aun empuñaba su mano.

¡Kamar! ¡Kamar! gimió luego cayendo por tierra: te has venido á interponer entre él y yo: uno de ambos debe morir, pues bien ese seré yo.

VI.

Jacub estaba enfermo Soñaba despierto y soñaba con la felicidad; en vano procuraba olvidar á Kamar porque el pensamiento rebelde y terco volaba tras de ella. La imágen de la doncella estaba impresa de un modo indeleble en el corazon y en vano era pretender borrarla.

Kamar era para el poeta un fuego fátuo; huia de él cuando la perseguia, y le perseguia cuando él huia de ella. Jacub evitaba su encuentro, cerraba los ojos para no verla, pero, ¿de qué sirve cerrar los ojos del cuerpo, sino se pueden cerrar los del alma?

Y entonces, vencido Jacub en aquella lucha de la pasion contra la voluntad, llegaba á creer, que Kamar le amaba y se arrobaba pensando en aquella gacela, cuyos ojos eran *violas goteando rocio*, cuyos cabellos eran *negros escorpiones*. Veíala con los lábios entreabiertos como si le estuviese enviando un beso y enloquecia al mirar sus dientes parecidos al *granizo*, y los lunares de su mejilla, *hormigas que corrian hácia la miel de su boca*. (1)

Pero bien poco duraba la ilusion pérfida y engañadora como el *serab*. (2) Jacub caía desde el cielo de sus sueños, al profundo de la realidad.

VII.

Han pasado muchos dias. Entre las familias de Ismael y Kamar humea la sangre derramada. Kaleb el hijo de Omar-asaf ha muerto al padre de Ismael.

Una tarde, á esa hora en que el sol abandona la tierra para ir á dormir en el lecho de espumas que le prepara el Occeano, Sidi-Maruan y Kaleb se encontraron á la entrada del desierto de Zim. Hacia algun tiempo que disputaban la posesion de un pequeño prado donde se abria un pozo de agua viva. Los pastores de uno y otro habian venido á las manos muchas veces, sobre el derecho de abrevar en aquel pozo sus respectivos ganados.

Maruan montado en un camello y con una larga lanza en la mano y Kaleb á caballo conversaban animadamente.

—Kaleb, tu sabes, decia el viejo, que tu familia y la mia están ligadas por los lazos de una estrecha amistad: tu sabes que mi hijo Ismael ha de ser el esposo de tu hermana. ¿por qué pues habia de hacer con vosotros lo que no haria con un enemigo? El prado y el pozo me pertenecen; desde tiempo inmemorial ha venido poseyéndolos mi familia; si no tuviera indiscutibles derechos á ellos no te los disputaria.

Kaleb era un mozo díscolo y soberbio. Tu lo dices, contestó con impaciencia.

—No lo digo yo solamente, preguntálo á toda la tribu.

—En resúmen, renuncia á tu derecho si tienes alguno; para nada necesitas este pozo, teniendo otros dos.

—¡Renunciar! ¿y por qué? Si me lo hubieras pedido como merced, si hubieras empleado el lenguage respectuoso que debes á un viejo de barba blanca, puede que lo hubiera hecho. Pero mandas con arrogancia lo que debes suplicar con humildad, y no cederé.

Kaleb se mordió los lábios de ira. Pues yo haré que te pese, exclamó.

—¿Me amenazas? mozo loco, ¿Sabes quién soy yo? ¿sabes quién es Maruan? y el viejo se puso pálido de cólera

—Ni me importa saberlo. Cede tu derecho de buen grado, ó por el ángel azrrael que te haré ceder á la fuerza.

Maruan no fué ya dueño de contenerse; ¿tú? ¡perro vil! contestó alzando su lanza y asentándola en las espaldas de Kaleb.

—El mozo se estremeció al golpe como si hubiese sentido la picadura de un reptil, inyectáronse sus ojos de sangre, tartamudeó una horrible blasfemia y blandiendo su puñal, lo hundió hasta el pomo en el costado de su adversario.

—Me has insultado de un modo sangriento ¡muere! bramó.

—Maruan no habia tenido tiempo de defenderse; cayó del dromedario al suelo, sin haber podido hacer el menor movimiento. El insulto y la puñalada se habian seguido como el relámpago y el rayo. habian sido mas que actos sucesivos, simultáneos.

(1) Estas comparaciones son sin duda extravagantes y forzadas en nuestra poesia, pero consideradas como bellísimas por los escritores orientales.

(2) Vapor ó neblina que se levanta y desaparece rápidamente.

Kaleb miró en derredor de sí; nadie habia visto lo sucedido. Entonces hizo un gesto de satisfaccion, oprimió los hijares de su corcel y partió á escape sin volver la cabeza hácia el cadáver del viejo xeque

VIII.

Ismael juró vengar la muerte de su padre. La sombra de Maruan estaba siempre delante de sus ojos, pidiéndole la sangre de su asesino, y aunque Ismael amaba á *K*amar, amaba mas su honra

La venganza y la hospitalidad son los dos grandes deberes del árabe. El que no tiene su puerta abierta y puesta su mesa para el forastero, es un ente despreciable; el que no venga una injuria recibida, es un ente despreciable é infame.

Ismael no podia aceptar el desprecio y la infamia, pero amaba á *K*amar y sabia que esta le impetraria el perdon de su hermano. Se la representaba hecha un mar de lágrimas y abrazada á sus rodillas sollozando: ¡Ismael, por nuestro amor, perdon para él, perdónale! y se sentia débil para rechazarla; comprendia que no tendria fuerzas para negarle nada.

Una mancha indeleble, un sello de oprobio, caeria entonces sobre él. Por eso, resolvió no volverla á ver hasta quedar vengado.

Omar-asaif fiado en la violenta pasion que por su hija habio concebido Ismael, fué á buscarlo. Iba á instarle para que el casamiento se verificase en seguida; creía con fundamento que una vez casado renunciaria á su venganza y perdonaria al hermano de su esposa.

Pero Ismael habia adivinado su proyecto y para desbaratarlo se alejó del aduar: se habia propuesto vengarse y conservar el amor de *K*amar. Vengarse le hubiera sido muy fácil, porque le sobraba aliento para matar á *K*aleb en su mismo hogar, en mitad del dia, delante de todos sus parientes; pero *K*amar le aborrecería. El caso era matarlo sin que ella lo supiese; queria ambas cosas, la venganza y el amor, y para obtenerlas fué á buscar á Jacub.

Cuando penetró en su tienda, el poeta manoseaba un pequeño tubo de madera. Sus ojos fijos de una manera pertinaz en aquel objeto, tenian una lucidez extraña, y su semblante densamente pálido se contraia con una expresion que daba miedo. Cualquiera hubiese dicho al verle: Ese hombre está loco, ó vá á cometer un crímen.

Ismael vió todo esto y olvidó por un momento el motivo que le llevaba allí: Jacub, Jacub, exclamó sobresaltado ¿qué te pasa? ¿qué tienes?

Era tan profundo el ensimismamiento, que aun no habia visto ni sentido á Ismael, pero á su grito levantó la cabeza.

—¿Qué ibas á hacer? repitió Ismael ¿qué hay ahí dentro? y señaló á la caña que Jacub tenia en la mano.

—Este tardó algun tiempo en responder como si la presencia de Ismael le arrancára de otra vida, de otro mundo y no acertase á coordinar sus pensamientos. Nada absolutamente, dijo al fin, arrojando con afectada indiferencia la caña que tanto terror inspiraba á Ismael.

—¿Nada? ¡oh! eso es mentira. No, no trates de engañarme porque será inútil: Crees que yo no he comprendido que quieres morir? ¿Crees que cuando fuimos á buscar al leon, no noté que llebabas un caballo loco? ¿Crees que yo no ví que tiraste de propósito á errarle? ¿Crees que no advertí que cuando el leon se lanzó sobre tí, permaneciste inmóvil como diciéndole: ¡Mátame, mátame, eso es lo que yo quiero!

—¡Vaya! contestó Jacub entre irritado y conmovido, el cariño que me tienes te hace ver visiones, te hace delirar. ¿Por qué habia yo de querer morir?

—No lo sé, pero estoy seguro de ello: tu me has confesado que amas y que amas sin esperanzas. Eso es lo que te hace infeliz.

¡Infeliz! por el contrario, soy dichoso, muy dichoso; he olvidado mi amor; y Jacub no pudo acabar la frase porque su voz se ahogó en la garganta y el llanto se agolpó á sus ojos.

—¿Lo vés? Tu corazon es más franco que tu lengua. no sabe mentir y te vende ¿si es cierto lo que dices, por qué lloras?

Jacub calló.

—Esa mujer que ha encendido una hoguera en tu pecho, se niega á apagarla ahora; si, eso es, estoy seguro de ello, ¡maldita sea!

—¡Callá! dijo Jacub poniendo su mano en la boca de Ismael, no maldigas sin saber á quien.

Era tan solemne el acento del poeta, que Ismael se turbó. Vamos, hermano mio, continuó, no hablemos de ella, si no de tí; confíame tu secreto, dime qué es necesario hacer para verte alegre y contento, y juro por el santo nombre de Alah, por la sangre de mi padre, que lo haré si puede hacerlo un mortal. Y como para acreditar la sinceridad de sus palabras dió un abrazo al poeta.

—Jacub vaciló un momento, iba á hablar sin duda, pero se contuvo: ¡Bah! te repito que nada tengo, que nada deseo, he olvidado á esa mujer y soy dichoso.

—¡Ojalá fuera así!; pero entonces ¿por qué el dia que mataron á mi padre, te encontré en el desierto tendido al lado de tu caballo? ¿qué habias ido á hacer allí cuando el sol se nublaba, brillaba el relámpago y se acercaba el *Simum*? ¿por qué habias degollado á tu caballo? No lo niegues; tu habias ido allí para que el *Simum* te sofocase bajo los montes de arena que lleva en sus álas. Habias muerto á tu ca-

ballo para privarte de todo medio de salvacion, no estabas seguro de ti mismo, temias que el instinto de la vida fuese mas poderoso que la locura de tu amor y te excitase á huir.

Jacub permanecia en silencio, le contrariaba aquella conversacion.

—Por fortuna, Dios me condujo á tu lado, si, tu ángel bueno fué quien guió mis pasos. Si hubieras permanecido allí una hora mas, hubieras servido de pasto á los chacales, hubieras conseguido tu intento. Y ahora, puesto que ya vés que lo sé todo, dime qué hay en esa caña que has arrojado, déjame que vea..... é Ismael se inclinó para recogerla.

—Detente, dijo Jacub sujetando á su amigo, no ¡por Alah!

—¡Lo sospechaba! ahí está encerrada una carta de esa mujer por quien deliras, y en ella te rechaza tal vez.

—No por mi honor, mas hablemos de otra cosa, dime á que venias.

—A pedirte un favor. Salgamos del aduar y te esplicaré en lo que consiste.

—Vamos.

Ambos amigos salieron asidos del brazo. Ni uno ni otro repararon que el perro de Jacub los seguia llevando en la boca la caña que su amo habia arrojado en un rincon de la tienda.

IX.

El perro jugueteaba con la caña mientras los dos amigos conversaban.

—Cuento contigo, decia Ismael.

—Descuida, contestó Jacub, yo estaré con mis amigos; respondo de ellos como de mí mismo. Ninguno hablará, puedo asegurártelo, antes de pronunciar una palabra indiscreta consentirian en perder la cabeza. Sin embargo, aunque ellos callen, todos te atribuirán la muerte de *Kaleb*, te perseguirán, y la misma *Kamar*.....

—En cuanto á eso, estoy tranquilo; me perseguirán inutilmente y *Kamar* no llegará á saber la muerte de su hermano.

—¿Cómo ocultárselo?

—Escucha, tu eres mi único amigo, no tengo secretos para tí; aquella misma noche huiré con *Kamar*.

—Jacub, abrió los ojos desmesuradamente, vaciló y se llevó ambas manos al corazon, como si hubiera recibido una puñalada en él.

—¡Por el profeta Ayasu! (1) ¿te pones malo?

—No es nada, dijo Jacub con voz desfallecida.

En aquel punto un ahullido lastimero vino á distraer á Ismael. El perro de Jacub con los ojos ensangrentados, la lengua fuera y el pelo erizado, saltaba frenéticamente pero sin salir de un mismo sitio; sacudia las orejas ahullando sin cesar, aunque cada vez con menos fuerza hasta que al fin cayó, vino al suelo y tras una convulsion horrible quedóse rígido é inmóvil. Habia muerto.

Ismael se acercó á él, no podia esplicarse lo que veia é interrogaba con los ojos á Jacub, pero de pronto retrocedió violentamente. Habia visto una víbora que se arrastraba junto al cadáver del perro, y mas allá la caña, que momentos antes, tenia Jacub en las manos.

—¡Ah! dijo volviéndose á aquel, he ahí lo que yo creia una carta, he ahí la muerte que te preparabas. ¿Qué amor es ese que sientes, que de tal modo te hace obrar? ¿qué mujer es esa que perturba tu razon hasta ese estremo? ¡Por el dios de Ismael! dime su nombre y te juro que he de hacerte dueño de ella, habla, dime quien es, aun cuando fuese la misma *Kamar*, mi prometida.

—A estas palabras Jacub se estremeció. Sí, dijo, te prometo decirte el nombre de la que amo pero será cuando hallas llevado á cabo tu venganza y partas con tu amada. Hasta entonces nada me preguntes.

—Bien, pero prométeme además que no volverás á pensar en la muerte.

—Te lo prometo, no me mataré; pero haré que me maten, añadió en voz baja el poeta.

(Continuará.)

(1) Ayasu—Jesus.

CANTARES.

Te tiene, niña, por pobre
Quien riqueza al oro llama:
Mas yo que sé tus virtudes
Te tengo por millonaria.

Hablando tú, me enamoras,
Me seduces cuando cantas,
Porque es sin duda tu acento
Eco puro de tu alma.

Quien es constante consigue
Cual á mí me sucedió,
Las espinas del desden
Trocar en flores de amor.

ANTONIO MORALES DURÁN.

Manila.

Por la Comision ejecutiva del monumento de Espinel, se ha expedido libramiento al escultor D. Joaquin Rodriguez, por el importe del primer pago de los tres en que se ha contratado la obra.

PENSAMIENTO.

La Constancia.—La constancia es bella, acariciadora y pura como el embalsamado perfume que exhalan las flores al recibir el cariñoso beso de la primavera.

Es tierna como el dulce gorgeo de las aves en el amanecer de un claro dia, cuando entonan sus himnos de adoracion.

Es consoladora como la hermosa mirada de compasiva clemencia que el ángel de las virtudes derrama, como un bálsamo de vida sobre los corazones que padecen.

La constancia, en fin, al envolvernos en su grata influencia, nos demuestra lo mucho de elevado y divino que tiene el amor cuando es verdadero y tiene el magnífico poder de la sinceridad, segun Dios lo depositó en el alma de sus criaturas y como lo sienten las imaginaciones apasionadas.

Maria Antonia Gonzalez Amieba.

Tenemos en nuestro poder el original de una preciosa novela, original de nuestro colaborador A. Farela, titulada la *Sultana de Medina Ronda*, que empezaremos á publicar luego que se termine *Kamar*.

CHARADAS.

Mi *primera* con *segunda*
es yerva medicinal,
que nada tiene de exótica
pues mucho suele abundar.
A una *segunda* con *prima*
le hacemos siempre lugar,
por aquello del mal rato
que comiéndola nos dá.
Si á la *tercia* se le agrega
una letra á su final,
ó denota parentesco,
ú ofende, segun verás.
Y la *cuarta* con *segunda*,
que á muchos disgustará
cuando necesariamente
en ella tenga que estar,
es por el contrario en otros
objeto de encanto tal,
que han de ver los perjudica
y no la quieren dejar.
Un libro nombra mi todo
y tan útil en verdad,
que cuando tú lo descifres
de mi parecer serás.

E. M. G.

Prima y *segunda* quitan
á la *tercera*,
y es una cosa el todo,
que se abre y cierra.

G. G. P.

De *primera* y *dos* vestida—vi á *tercia* y *cuarta*, bella como una nube—de la alborada.—Es tan hermosa,—que cuando nace Febo,—Febo la adora.

Su garganta es redonda,—negro su pelo,—de rosadas megillas—de ebúrneo pecho —Y su cintura era la mas perfecta—de las criaturas.

La dije, pues la hallaba—meditabunda:—¿qué tienes? y responde—«*cuarta* y *segunda*»—Y con su acento—pretendia ocultarme—su pensamiento,

Insistí en mi pregunta,—fuéme sincera,—y contó de su vida—la historia entera.—Harta estaria,—pues al *primera* y *cuarta*—se arrojaría.

Traté de disuadirla—todo fué en vano—para evitar un crímen,—cogí su mano.—Mas es muy fiera morir hay que dejarla—si ella se empeña.

Corro tras ella luego,—por fin la alcanzo—que las mujeres corren—menos que un galgo.—Le hago la entrega—de un vestido del todo—y está contenta.

Juan Martinez y Romero.

Muy pronto empezaremos á publicar algunos trabajos literarios hechos desde Manila, por nuestro querido amigo el redactor D. Antonio Morales Durán, del que, como verán nuestros lectores en el presente número, ya hemos empezado á recibir originales.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

GE—RE—MI—AS.

Idem del Soneto-Charada del núm. 37:

MAR—TI—RIO.

Ya se ha estraido de la cantera el mármol necesario para la construccion del monumento á Espinel. Una gran parte de las piedras llegarán mañana mismo á Ronda.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 24 de Junio de 1875. Núm. 40.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Kamar (Leyenda oriental), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—El hijo de los campos (poesia), por D. Antonio Luis Carrion.—Me gusta..... (poesia), por D. Ernesto Silva y Arengo.—Rimas (poesia), por D. Arturo Vazquez.—····· (poesia), por D. Graciliano de Puga.—Indecision (poesia), por D. José Jimenez-Pajarero y Topete.—Charada cómica en un acto por D. J. M.ª de P. y C.—Salto de Caballo.—Fuga de Vocales y Consonantes.—Charadas.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	5075
La Redaccion de los ECOS DEL GUADALEVIN:	
D. José Ruiz Toro.	20
SUSCRITORES.	
D. Adolfo Montero Guardado.	20
Manuel Ortiz.	20
Manuel Gutierrez.	20
Nicolás Aparicio.	20
Liborio Carcedo.	20
Pedro Nolasco Aurioles.	80
TOTAL.	5275
Hay que deducir:	
Por haberse dado de baja el suscritor Don Eduardo de los Rios.	20
LÍQUIDO HOY. . . .	5255

En el número siguiente se continuará la lista.

KAMAR.

LEYENDA ORIENTAL.

(CONCLUSIÓN.)

X.

Kamar no habia vuelto á ver á Kaleb, y las lágrimas no se secaban en sus ojos escaldados. Uno y otro dia permanecia sentada á la puerta de su tienda, con la mano en la mejilla, la vista en el desierto, é inmóvil como una estátua. Hubiérase dicho que lo era, si aquel pecho no se elevára de cuando en cuando, para lanzar un suspiro; si aquellos lábios no se movieran, para sonreir tristemente.

El dia estaba próximo á espirar; iba el sol escondiendo su radiosa frente tras de las montañas, y las aves se apresuraban á entonar sus últimos cantos, como si quisiesen despedirse del magnífico luminar que Dios ha suspendido de la bóveda celeste.

Kamar esperaba á su hermano Kaleb, por quien sufria una continua zozobra. Porque la pobre niña lo amaba, lo amaba á pesar de ser él quien le habia arrebatado la felicidad. Y es que en aquel corazon tan tierno, tan sencillo, no tenia cabida el odio; estaba lleno, rebosaba de amor.

Omar-Asaif comenzaba á inquietarse tambien por la tardanza de Kaleb; pero tranquilizóse luego, pensando que se habria quedado aquella noche en Kariat, como acustumbraba algunas veces, porque en Kariat tenia amores.

Pero Kaleb no estaba en Kariat, ni habia de volvér jamás á su casa.

. . . . . .

A una legua del aduar, en la vecina montaña de Gebal-al-Dick, y en la cumbre de un altísimo cerro cortado al oriente, como por la cuchilla de un titan furioso, se estiende una pequeña planicie limitada por el insondable precipicio.

Allí, mientras que Kamar y su padre aguardaban á Kaleb, tenia lugar un extraño espectáculo y una conversacion no menos extraña.

Ocho beduinos de musculatura atlética, tez ennegrecida por el sol, barba hirsuta y resuelto ademan, rodeaban á Ismael y á Jacub. Otros dos sujetaban un caballo en pelo sobre el cual cabalgaba atado fuertemente con una cuerda un tercer personage.

Este singular ginete era Kaleb.

—Oye, le decia Ismael con voz acerada y pene-

trante; óyeme antes de que encuentres en el fondo del barranco, la muerte que te preparo. Tú insultaste al viejo Maruan, mi venerado padre, yendo de paz; tu le asesinaste cobardemente, porque su cansado brazo no podia luchar con el tuyo sin desventaja.

Kaleb guardaba silencio, pero arrojaba á su interlocutor sangrientas miradas de ódio.

—Tú, continuó Ismael, le heriste á traicion como el cobarde chacal que cae sobre el camello abandonado en el desierto por la caravana. Yo he sido mas noble, mas generoso, te he buscado y te he dicho: riñe. Hemos reñido y te he vencido; no puedes quejarte, el vencido es del vencedor.

—Acaba pues, esclamó Kaleb espumante de rabia.

A eso vamos. ¡Vendad el caballo! dijo Ismael.

Uno de los beduinos que sujetaban el caballo, se quitó el turbante y le vendó los ojos con él.

Jacub callaba.

—Kaleb, prosigió Ismael cuando vió cumplida su órden, no te vendo á tí para que puedas medir con la vista la profundidad del barranco donde te vas á despeñar con tu caballo: ¡oh! añadió lanzando una carcajada cruel, agradéceme este favor; para un árabe de raza, siempre es un consuelo el morir con su caballo. Lo siento por él ¡lástima que el pobre animal se destroce en las puntas de las rocas!

Kaleb rugió como un condenado, pero no pensó en implorar piedad; sabia que hubiera sido perfectamente inútil. Los diez hombres que le rodeaban eran los mayores amigos de Jacub, y Jacub era el mayor amigo de Ismael. Acaba verdugo, barbotó, ¡y que Eblis te arranque el alma de hiena que tienes!

Los amigos de Jacub permanecian mudos é impasibles. Lo que veian era una cosa muy natural para ellos, y otro tanto hubieran hecho en iguales circunstancias. Solo Jacub estaba conmovido y separaba su vista de Kaleb.

—Prende fuego á la mecha, dijo Ismael á uno de ellos.

—Encendió el árabe una cuerda de estopas impregnada en cera y resina, que rodeaba la grupa y vientre del caballo de Kaleb.

Kaleb tembló como un epiléptico.

Los dos árabes pusieron al corcel, que relinchaba de dolor y se alzaba sobre sus patas traseras, enfrente de la sima, y á una señal de Ismael lo soltaron.

Al sentir el fuego que abrasaba su piel, el noble bruto, loco, frenético, relinchando de ira y de terror, partió en direccion del precipicio con la velocidad del rayo. Su carrera era una continuacion de saltos prodigiosos: el huracan, el vértigo.

—¡Hasta la eternidad! dijo Ismael cuando el caballo llegaba á la cortadura.

—Maldígate Alah, gritó Kaleb con voz ronca en el paroxismo de la rabia, y cerró los ojos.

El caballo avanzó en el espacio con tal rapidez, que parecia iba á continuar galopando por los aires; pero giró en breve, volteó y cayó al fin con su ginete, rebotando de roca en roca, y arrastrando al fondo del valle los brezos y lentiscos que encontraba á su paso.

Ismael se volvió entonces á sus amigos: Hemos concluido, les dijo, vámonos.

—Aguardad, repuso Jacub, aun queda algo que hacer y voy á hacerlo yo. Luego montó á caballo y partió, volviendo media hora mas tarde.

¿Qué has ido á hacer? ¿dónde has estado? le preguntó Ismael.

Despues te lo diré, ahora marchemos á buscar á Kamar y que Aláh proteja vuestra fuga.

XI.

Cuatro horas despues que Kaleb hallaba la muerte en el barranco de Gebal-al-dick, Ismael y Jacub llegaron junto á la tienda de Kamar.

La media noche habia pasado ya. Echó pié á tierra Ismael, y entregando á Jacub las riendas de su caballo, adelantóse corto trecho y remedó el canto de la corneja.

Kamar lo oyó porque no dormia. El sueño huye de los párpados del desgraciado; Kamar lo oyó y se estremeció. El lúgubre cantar de la corneja traia á su mente deliciosos recuerdos de ventura.

Pensó en Ismael, á quien tal vez habia perdido para siempre, y una lágrima, ardiente como una gota de plomo derretido, resbaló por su mejilla. Esperó, pero nada se escuchaba, todos los seres de la creacion dormian.

El deseo me engaña, se dijo, y un suspiro tristísimo se escapó de su angustiado pecho. Aquel suspiro era la pérdida de otra esperanza.

De nuevo se escuchó el canto del nocturno pájaro, pero esta vez, mucho mas cerca de la tienda. Entonces la hermosa no dudó yá, era Ismael, y un cielo de felicidad se abrió ante sus ojos.

Se arrojó del lecho y salió atropelladamente á riesgo de despertar á su padre. Un hombre la recibió en sus brazos, Ismael. Ismael que una vez cumplido el odioso deber de la venganza, pensó en su amada y quiso evitarle el dolor que habia de causarle la muerte de su hermano.

Temblaba además ante la idea de que Kamar pudiera aborrecer al matador de Kaleb; por eso trató de arrancarla del hogar paterno, para vivir con ella y realizar el sueño de sus amores.

Partamos, le dijo y Kamar, sin voluntad propia,

subyugaba, fascinada como el pajarillo que se encuentra bajo los efluvios de las pupilas de una serpiente, obedeció.

XII.

Los dos amantes llegaron al sitio en que Jacub aguardaba con los caballos.

—¡Ah! dijo Kamar lanzando un grito de sorpresa, ¿quién es ese hombre, Ismael?

—Nada temas, un amigo nuestro.

—¡Jacub! dijo ella reconociéndolo.

—Yo soy, balbuceó el poeta con voz trémula. Adios Kamar, añadió, adios Ismael, sed felices.

—¿Asi te separas de nosotros, cuando acaso no nos volveremos á ver; sin abrazar á tu hermano, sin dar un beso de paz á mi esposa?

Jacub se precipitó en los brazos de Ismael, llorando como un niño.

—Me has prometido que en este momento supremo me dirias lo que fuiste á hacer cuando te separaste de nosotros en la montaña y me revelarias el nombre de tu amada.

—Si, te lo prometí y voy á cumplir mi promesa pero separémonos de aquí para que ella no nos oiga.

Ismael y Jacub se alejaron algun tanto de Kamar.

—Cuando me separé de vosotros, dijo el poeta, fuí á clavar mi puñal en el pecho de Kaleb. ¿Ves? no está en mi cintura; mañana cuando encuentren el cadáver reconocerán mi puñal, porque es muy conocido, lo gané en las pasadas fiestas.

—¿Qué has hecho, desgraciado? exclamó Ismael mesándose la barba. ¡Has firmado tu setencia de muerte!

—¿Lo crees así? Entonces estoy contento, he conseguido lo que me proponia. Los parientes de Kaleb me matarán creyendo hacerme un daño, cuando en realidad me hacen un bien. Creerán vengarse, cuando no son mas que unos instrumentos que yo empleo para librarme de la vida que me pesa. Lo he preparado todo á las mil maravillas. Esta tarde juré en el aduar delante de cien personas, que clavaría mi puñal en el corazon de Kaleb; y á estas horas todo el mundo repetirá mis palabras.

—¡Pero estás perdido! mas ¿qué digo? exclamó Ismael, yo no puedo huir cobardemente y dejar que pagues con la cabeza un hecho que yo solo he ejecutado. No, ¡vive Aláh! me quedo aquí y moriremos juntos al menos.

—¿Y Kamar? ¿La sacrificarás á mi amistad? ¿Quieres envolverla en nuestra ruina? ¿Conseguirás algo con aumentar el número de las víctimas?

—¡Ah! exclamó desalentado Ismael, tienes razon, la olvidaba, pero ¿qué hacer?

—Partir sin pérdida de tiempo; cada minuto que transcurre es un paso que dais hácia la muerte.

Kamar separada algunos pasos de ambos amigos, no podia oir lo que hablaban, pero comprendia que sucedia algo terrible.

—¡Jacub, Jacub! dijo Ismael desesperado, tu insensato amor te ha perdido y nos ha perdido á todos. Esa mujer que te ha vuelto loco, que te ha hecho odiar la vida debe ser una furia, un genio malo. ¡Su nombre! para que pueda maldecirla.

—¿Su nombre? óyelo: Kamar. La mujer á quien amo, es tu prometida. Ahora maldícela si puedes.

Un rayo que hubiese caido á los piés de Ismael, no le hubiera causado el espanto que aquella revelacion.

—¿Kamar? repitió con voz desfallecida.

—Si, Kamar, contestó Jacub, ahora parte con ella, huye, te lo suplico.

Ismael experimentaba en aquellos instantes un martirio cruel. El amor y la amistad batallaban en el fondo de su alma, pero venció al cabo la amistad. Pues bien, dijo haciendo un esfuerzo sublime, no quiero que me venzas en generosidad; has arriesgado tu vida por mi, yo voy á arriesgar la mia por tí, me has sacrificado tu amor yo te sacrifico el mio. Te juré darte la mujer á quien adorabas aunque fuese la misma Kamar; ahí la tienes, tómala, monta en mi caballo y huye con ella.

—¿Qué dices? ¡Oh, nunca, nunca! moririas por mi.

—Y aunque así fuese, no haria mas que lo que tú has hecho por mi; pero no temas, yo fingiré que me has robabo el caballo, es el mas corredor entre todos los de Arabia, y me creeran; fingiré que me has robado á Kamar y me creerán porque te la llevas; fingiré que has muerto á Kaleb y me creerán porque tú lo has dicho y porque tu puñal apoyará mi aserto. Adios pues.

—¡No, nunca!

—Vé que amanece y nos perdemos.

—No, venga la muerte en buen hora.

—Jacub, en nombre del cielo, por la salvacion de tu madre, parte con Kamar Pronto, pronto que comienza á amanecer: é Ismael pretendia arrastrar tras si al poeta, pero el poeta se mantenia inflexible.

—No, mil veces no, dijo con acento lleno de resolucion.

—¡Ah! ¿no quieres? ¿Eres tú el que me reconvenia porque iba á derramar la sangre inocente de Kamar? No, tú eres el que la derrama, tú, su amante, tú que dices que la adoras.

—¿Yo? deliras Ismael.

—No, porque voy á matarla, muerte por muerte quiero que la reciba de mi mano, é Ismael desnudó

su puñal y avanzó resueltamente hácia su prometida.

—¡Detente, por piedad! gritó Jacub helado de espanto.

—Pues monta en mi caballo.

Jacub obedeció maquinalmente; la idea de ver muerta á Kamar y muerta por su causa, le habia privado hasta de voluntad.

—Kamar, dijo Ismael acercándose entonces á la doncella, yo no puedo partir contigo, pero Jacub vá á conducirte á un lugar seguro, donde nos reuniremos mañana.

—Sea lo que tu quieras, contestó Kamar, que no podia adivinar la mentira de Ismael.

—Jacub es mi amigo, es mi hermano, es otro yo, le debo mas que la vida y quiero que le ames desde hoy...

—Ya le amo, replicóle la niña sencillamente, yo amo á todos los que te aman.

—Jacub callaba avergonzado de su debilidad; el amor y la amistad luchaban en su alma como antes habian luchado en la de Ismael, pero al fin venció el amor.

—Adios, exclamó Ismael cogiendo á Kamar por la cintura y poniéndola en brazos de su amigo; adios amada mia ó mejor dicho hasta luego.

Adios, Jacub, poneos en salvo porque ya es de dia y muy pronto os perseguirán. Afortunadamente llevais un caballo que devora el espacio, que se burla del viento.

Adios, mi buen amigo, añadió dirigiéndose al caballo, adios mi fiel compañero que has participado de mis penas y alegrias, que has comido en mi mano y bebido en mi plato, que has peleado conmigo, adios.

El caballo relinchó con cariño; Kamar lloraba y Jacub iba á descabalgar, pero Ismael dió un silvido y el corcel partió con la velocidad del rayo.

XIII.

Al amanecer, uno de los pastores de Omar-Asaif bajó al arroyo que serpeaba por el fondo del barranco, donde yacian Kaleb y su corcel horriblemente magullados.

Llevaba un cántaro al hombro, para llenarlo de agua en el manantial y transportarlo á su cabaña. De improviso el perro de ganado que caminaba delante de él, se paró y tendió la nariz al viento. Un ahullido agudísimo que se escapó de sus fauces heló la sangre en las venas al pobre pastor.

Miró á su alrededor. Un bulto informe se destacaba entre los juncos, acercóse á él y pudo reconocer no sin trabajo el ensangrentado cuerpo de Kaleb, por que el bulto era un ginete muerto, sobre un caballo muerto.

Se ha despeñado, pensó, pero pronto salió de su error viendo que el caballo estaba vendado y que el ginete atado á él con una cuerda, tenia clavado un puñal en el pecho.

Entonces abandonando el cántaro, tomó á campo traviesa el camino del aduar, preguntándose quién podia ser el matador de Kaleb, recordó que el mozo habia muerto á Sidi-Maruan y el nombre de Ismael asomó á sus lábios; nadie mas que Ismael se hubiera atrevido á poner las manos sobre Kaleb que gozaba fama de bravo.

No habia caminado un cuarto de hora, cuando sintió un ruido sonoro á corta distancia. Volvió la cabeza y á la incierta luz del crepúsculo, vió pasar ligero como una exhalacion un caballo blanco. Sobre él cabalgaba, Jacub-al-Asgar, llevando entre sus brazos á una mujer, la hija de Omar-Asaif. Kamar.

XIV.

Ismael habia dado la voz de alarma en el aduar. Me han robado mi caballo, gritaba pateando y mesándose la barba, ¡ah! mi caballo ¿quién me devolverá mi caballo? y demostraba tal desesperacion, daba tales alaridos, que puso en conmocion á toda la tribu.

—¿Pero cómo os lo han quitado? le preguntaban; ¿sospechais quién puede ser el ladron?

¡Ah! no lo sé, contestaba Ismael desolado.

—Tranquilizaos, le decian, tal vez podais recobrarlo.

—¡Tranquilizarme! ¡recobrarlo! cuando es el caballo mas corredor de Arabia; é Ismael comenzaba de nuevo á gritar mezclando quejas é imprecaciones.

—¿Qué sucede? preguntó el padre de Kamar saliendo de su tienda.

Que esta noche, contestóle uno que pasaba, han robado el caballo á Ismael, el hijo de Maruan.

—¿Y quién es el ladron?

En aquel momento llegaba el pastor que habia encontrado muerto á Kaleb. Yo sé quien es el ladron, dijo.

—¿Tú? preguntó Omar-Asaif.

—Si, yo, porque lo he visto pasar junto á mi, hace una hora. El que ha robado el caballo á Ismael os ha robado tambien á vos.

—¿A mi? ¿qué me ha robado á mi?

—Si, á vos, os ha robado vuestro hijo y vuestra hija, y aquí el pastor refirió lo que habia visto.

El relato del pastor enfureció de tal modo á Omar que parecia un poseido. Pronto las trompas de guerra ensordecieron el aduar con sus amenazadores acentos; los caballos relinchaban, ladraban los perros, las lanzas se chocaban entre sí, produciendo un estrépito infernal.

Y en medio de aquella baraunda, la voz de Omar que tronaba: ¡Volemos! la muerte sobre el asesino y la cava. (1)

Ismael corrió á la tienda de Omar: ¿Es cierto lo que dicen? preguntó con fingida ansiedad. ¿Es cierto que se han llevado tambien á Kamar? Habia jurado no entrar en tu casa, el dia que tu hijo mató á mi padre, pero el amor ha hecho quebrantar mi juramento. ¿Me han robado á Kamar? contesta.

—Si.

—Pero ¿quién? habla por Aláh!

—Tu amigo Jacub-al-Asgar, ese traidor, ese perro, ha matado á mi hijo, me ha quitado mi hija.

—Y para escapar á nuestra venganza me ha robado el caballo. Ahora lo comprendo todo. El es, él es el ladron de mi caballo! É Ismael se dejó caer como anonadado; pero levántandose de repente, exclamó: Corramos, Omar, tal vez sea tiempo todavia, tal vez les demos alcance.

Omar se dejó arrastrar por Ismael y entrambos motaron á caballo. Tras de ellos se precipitaron mas de cincuenta ginetes.

—¿Crees que podremos alcanzarlos? preguntó Omar á Ismael.

—No lo sé. Si fuera yo el que montára mi caballo, no me alcanzaria el viento.

XV.

Jacub fiado en la ligereza del caballo que montaba y en la ventaja que llevaba á sus perseguidores, no habia acelerado su marcha tanto como debiera.

El sol se alzaba por oriente inundando á la tierra en torrentes de luz y la naturaleza toda despertaba de su sueño. Jacub que hasta entonces habia permanecido sepultado en una profunda meditacion, arrojó un grito de sorpresa.

Sobre su pecho, pendiente de un cordon de seda, brillaba un grueso carbunclo, el mismo que Kamar habia dado á Ismael en el bosque.

¡Ah! generoso corazon, exclamó, no te bastaba renunciar á tu prometida, no te bastaba dármela, ¡has querido que me ame! y admirando la abnegacion de Ismael, sintió remordimientos.

Se arrepintió de haber cedido á sus instancias. Ya iba á volver las riendas, cuando llegó á sus oidos el galopar de muchos caballos.

Ahí están, ahí están nuestros perseguidores, gritó batiendo instintivamente los flancos de su ligero corcel. Corre *Rhijhon*, (2) corre que nos salvas.

El noble bruto relinchó con valentía como si comprendiera lo que exigian de él y arrancó á escape.

(1) Cava.—Mala mujer.—Ramera.

(2) Viento.

Pero Omar y sus ginetes volaban espoleados por el demonio de la venganza: la rabia de sus corazones parecia haberse trasmitido á sus caballos, que apenas tocaban la tierra.

Fuera que Kamar impidiese á Jacub manejar el caballo, fuera que el peso que llevaba este le fatigára, comenzó á perder terreno visiblemente.

—¡Son nuestros! dijo Omar lanzando un grito de salvage alegria. Dentro de un instante los habremos alcanzado. ¡Animo!

Los perseguidores avanzaron con velocidad vertiginosa. Ya apenas distaban cien varas de Jacub.

Ismael vió perdidos á los fugitivos, su inmenso sacrificio infructuoso, la comedia, que habia representado descubierta. ¡Oh! no será, dijo entre si como si se le hubiera ocurrido una idea luminosa, y añadió en voz alta: Ese miserable vá á deshonrar á mi caballo, vá á dejar que lo alcancemos!

—¿Y qué te importa, si con su deshonra lo recobras? preguntó Omar.

—No, mejor quiero perderlo y perder á mi amada. Ponle la mano en la grupa, Jacub, gritó con voz estentórea.

—Jacub oyó el consejo de su amigo y lo puso por obra. El caballo dejó atrás á sus perseguidores rápidamente, pasaba sobre la arena como las golondrinas sobre la superficie de un lago; apenas dejaba huella de su paso, y en poco tiempo se perdió de vista.

—¿Qué es lo que haces Ismael? gritó el padre de Kamar atónito. ¿Dás tu prometida y tu caballo á ese ladron infame? ¿Libras al asesino de mi hijo? ¿Le ayudas á escapar de nuestra venganza? ¡Por Mahoma! si tú mismo le dás álas ¿quién podrá alcanzarlo?

—¡Ay! contestó Ismael, he perdido á mi prometida y á mi caballo, sea en buen hora, pero no podrá decirse que lo alcanzó otro caballo; lo he salvado de la deshonra. (1)

Y cayó desmayado porque el sacrificio que acababa de hacer, habia agotado todas sus fuerzas.

EPÍLOGO.

Cuantas pesquisas se hicieron para descubrir el paradero de Jacub y Kamar fueron infructuosas. Ismael desapareció del aduar á los pocos dias. Nunca mas se volvió á saber de él.

Dionisio J. Delicado y Rendon.

Tánger 1875.

(1) Para desvanecer los escrúpulos de algun erudito que pudiera acusarme de plagio en este episodio, declaro que ni es completamente original, ni pretendo venderlo como tal. El amor del árabe á su caballo, llevado hasta el punto de preferir perderlo á verlo vencido, ha servido de asunto á novelistas y poetas. Véase la novela italiana de J. Marignoli, titulada «Colpa é pentimento» y la coleccion de poesias «Saber de los Brahmines» del aleman T. Rückert.

EL HIJO DE LOS CAMPOS.

Mecieron mi pobre cuna
las brisas de la montaña,
y en miserable cabaña
se deslizó mi niñez.
Yo no tengo nombre altivo
que su grandeza pregona:
mas, ostento una corona
de inmaculada honradez.

Yo soy pobre, y mi pobreza
en mis plegarias bendigo:
quiero mas bien ser mendigo
que tiránico señor.
No me guarda blando lecho
entre perfumes suaves;
pero me aduermen las aves
con trino acariciador.

No arrastro de la soberbia
los harapientos girones,
á los inmundos salones
de impúdica bacanal;
pero recorro los campos
de la luna á los reflejos,
y vivo dichoso, lejos,
lejos de la sociedad.

Yo no avergüenzo al caido
con altivez prepotente;
pero sirvo humildemente
al que es mas pobre que yo.
No tengo poder, no tengo
dominacion opresora;
pero consuelo al que llora
con todo mi corazon.

De la impura cortesana
yo la caricia no aspiro;
que enamorado suspiro
en mi ardiente juventud,
por una mujer que envuelve
el velo de la inocencia,
perfumado con la esencia
de la flor de la virtud.

No habito dorado alcázar,
cuya grandeza mentida
pierde al hombre si se olvida
de la grandeza de Dios;
mas tengo, por él creado,
para endulzar mis dolores,
el perfume de las flores,
libre espacio... puro sol.

Con el poder sueñan muchos,
y muchos con la fortuna;
y todos corren tras una
soñada felicidad;
mientras yo, sin ambiciones,
soy feliz... y todo eso
no lo cambio por un beso
de cariño maternal.

Porque mecieron mi cuna
las brisas de las montrañas,
y en miserable cabaña
se deslizó mi niñez;
porque si no tengo un nombre
que su grandeza pregona,
ciño en cambio una corona
de inmaculada honradez.

ANTONIO LUIS CARRION.

30 *Abril* 1866.

ME GUSTA.. ..

Me gusta ver el cielo,
azul y despejado,
de estrellas tachonado
de fúlgido brillar;
y ver del limpio arroyo
las linfas argentadas,
correr precipitadas
mezclándose en el mar.

Me gusta ver la aurora
del valle iluminando,
color y vida dando
á tanta y tanta flor;
y oir en la enramada
cuando despunta el dia,
la dulce melodía
que entona el ruiseñor.

Del pescador me gustan
las tiernas barquerolas,
me gusta ver las olas
que el viento vá á rizar;
mirar de la alba luna
la luz esplendorosa,
sobre la mar undosa
brillante rielar.

ERNESTO SILVA Y ARENGO.

RIMAS.

I.

Yo la amo, sí. De sus azules ojos,
partió la aguda flecha,
que hirió mi corazon ya lacerado,
que amargó mi existencia.

Arde en mi pecho ya la viva llama
de inextinguible hoguera,
que no puede apagar toda la nieve
que su insensible corazon encierra.

¿Para qué he de decirla mis afanes
si el amor por sí solo se revela?.....
¿Hablarla con pasion?..... ¡Si ese lenguaje
quizás no lo comprenda!!

II.

La dije amor, y esperanzas
me dió; pero no hice caso
porque quien siembra ilusiones
recoge al fin desengaños.

III.

Yo no sé quien ha dicho que es el rostro
fiel espejo del alma.
¡Profundo pensamiento! ¡hermosa frase!
Sentencia deliciosa..... pero falsa.

Que yo conozco á una mujer tan bella
que un querube no mas puede igualarla,
y tiene el corazon, negro... tan negro
como hermosa es su cara.

ARTURO VAZQUEZ.

Madrid 1875.

* * * * *

Me dijo su madre
«¡repara qué hermosa!
anteayer ha nacido, y por nombre
la pusieron Concha.»

Yo dije á su madre
«usted se chancea,
porque veo que la concha es la cuna,
la niña, una perla.»

GRACILIANO DE PUGA.

INDECISION.

Ora brilla una luz trémula y vaga
Como incierto fulgor crepuscular;
Ora, entre sombras hacinadas, flotan
Presagios de siniestra tempestad.

Ora ondula el rumor de algun lamento,
Débil suspiro de placer quizás;
Ora el silencio de las tumbas reina,
Ora el silbo feroz del vendaval.

El alma allí, con vacilante paso,
De la esperanza al desaliento vá:
¡Piedad, mujer!... Arráncame la duda...
Mas, nó; ¡calla, por Dios, si he de llorar!!

JOSÉ JIMENEZ-PAJARERO Y TOPETE.

Málaga 12 *Mayo* 1875.

CHARADA COMICA EN UN ACTO.

Acto ùnico.

Representa el palco escénico un gabinete modestamente amueblado. Puertas al foro.

ESCENA I.

DOS y PRIMA. Pronto vendrá mi marido
Y no está lista la casa.
¡Jesus... qué vida tan triste
Pasa la mujer casada!
«*Dos* y *prima*... *dos* y *prima*»
Siempre mi esposo me llama.
¿Qué te se ofrece? (le digo).
Contesta de mala gana:
«Prepara *tercia* y *segunda*,
Una, *cuatro* y *una* saca,
Y tambien la *prima* y *dos*
Que ya el hielo nos maltrata.»
«Que avisen á mi barbero,
Que mandes comprar *dos cuarta*.»
Y despues de marear
De la noche á la mañana,
Dá tan sólo dos pesetas
Para comprar en la plaza.

ESCENA II.

Dicha y TRES CUATRO.

TRES y CUATRO. Adios, amiga querida,
¿Qué tal vá por *prima* y *cuarta*?
Perfectamente, señora,
Buenos todos, á Dios gracias.
TRES CUATRO. Te equivocas, hija mia,
Has tenido una desgracia.

Dos Prima. ¿Qué me dices?.....
Tres Cuatro. .....la verdad.
Ha poco que llegó á casa
En un *primera* con *tercia*
Tu esposo con faz vendada
Entre gruesas *cuatro* y *prima*
De las que sirven de paja,
Y me dijo que en *tres una*
Cayóse por la mañana.
Dos Prima. Adios, gratas ilusiones.
Adios, gratas esperanzas.
¿Es verdad lo que me dices?
¿No me mientes, *tres* y *cuarta*?
Tres Cuatro. Yo te diré la verdad,
Esto es todo pura farsa,
Sino que quise asustarte
Y hacerte perder la calma
Las dos, al público:
En las boticas, guardada,
El todo lo encontrareis,
Pero, por Dios, no silveis
Al autor de esta charada.

J. M.ª de P. y C.

SALTO DE CABALLO. —*Solucion á las tres charadas insertas en el núm.* 39 *de* Los Ecos, *presentado por*

D. Ramon del Prado Reguera.

jo	al	*ma,*	*na*	do,	ne	sa	*ma*
ca	si	y	te	de	*ti*	*sol*	tie
va	di	*se*	quien	*gra*	li	*gra*	*ca* han
no	*o* y	*ma*	se	el	*na,*	*da*	que
ma,	*da*	das	*ti*	*na*	*qui*	*qui*	*si*
do a	el	ti	*ta*	de	se	ti	*se*
li	*Gra*	gun	es	res	De	te	*ta*
se	cer	naun	jo.	vis	*sol*	*da*	do. 64

Principia en la casilla número 1 y concluye en la 64.

La solucion en el número 42, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos la remitan.

Solucion á las tres charadas insertas en el número 39 *de* Los Ecos.

Fuga de vocales y consonantes. (1)

L. pr. m. r. ch. r. d. q.. p. bl. c.
.l. ú. e. o. E. o. ..ei. .a y .ue.
Gr. m. t. c. .s s. n d. d. c. .l l. .spl. c.
.u .i. a. †.a .e .u. .a .ue e. .a. .e. e
Q. .t. s. l q.. .br. .c. .rr. s. gn. f. c. †
Y .a .ue .i .e .a .ie .a .ue. .o .e .e
.c .ns .rv .r s. o. d. pr. nt. .ncl. n.
.i u. ..a .e .e .e .a .e .e .a .i .a †

Un suscritor.

CHARADAS.

Prima y *segunda*
me gusta ver,
entre las flores
y en la mujer.
Tercera y *cuarta*
con gran placer,
te lo decia
cuando te amé.
El todo dista
del proceder
de un caballero,
si lo ha de ser.

G. G. P.

Quien le diga *prima* y *prima*
Que es un todo verdadero,
Sepa que es un majadero,
Que no merece mi estima.
Y si á tomar me invitára
Mi aromática *tercera*,
Segunda y *tercia*!, digera,
Y el obsequio despreciára.
Pues para mí, en conclusion,
No me *una* y *dos* para amigo,
El que no lleva consigo,
Una buena educacion.

R. M. del V.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª: GRA—MA—TI—CA.
2.ª: QUI—TA—SOL.
3.ª: SE—DA—LI—NA

(1) Los versos impares fuga de vocales y los pares de consonantes.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez, Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 1.º de Julio de 1875. Núm. 41.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—A una mujer (poesia), por D. José Ruiz Toro.—El Orgullo, por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—A orillas del Tajo (poesia), por la misma señorita.—La Cárcel de Cervantes, por D. Salvador Durán.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	5255
D. Miguel Morales.	20
Manuel Morales Ramirez.	200
Nicolás Ruiz.	20
TOTAL.	5495

En el número siguiente se continuará la lista.

Aunque la índole especial de esta Revista no nos permite tratar de asuntos locales, es de tanta trascendencia el que hoy ocupa los ánimos de todos los rondeños, que los Ecos, único representante de la prensa en Ronda, no puede prescindir de dedicar á él en sus columnas un preferente lugar. Hasta hemos aplazado algunas horas la publicacion del presente número, para saber el resultado de la gran reunion que en la noche del dia de hoy habia de celebrarse, para anticipar á nuestros abonados una ligera reseña de aquel solemne acto.

Quizá en el presente siglo no habrá tenido lugar en la casa consistorial de Ronda una sesion, ni tan numerosa, ni tan escogida como la que se ha verificado.

Todas las clases de la sociedad, todos los partidos, todas las gerarquías estaban representadas en el gran salon de sesiones por sus mas caracterizados individuos, citados allí con el carácter de asociados al Ayuntamiento, para tratar de la trascendental é importante cuestion de la traida de las aguas.

Llena estaba la gran plataforma del salon con los asistentes, hasta el punto de tener que formarse tres filas de asientos en derredor de la mesa presidencial.

A las nueve de la noche abrió la sesion el Sr. D. José M.ª Jaudénes, que la presidia como primer alcalde. La alegria se pintaba en todos los semblantes, una sola aspiracion embargaba el ánimo de todos, un solo propósito unía á todos los circunstantes: asegurar en el acto y por cuantos medios hubiera á mano, la realizacion de la empresa iniciada por el Municipio.

Leidas las proposiciones presentadas por D. Miguel de Cervantes y D. Cárlos Lamiable, desde luego se convino unánimemente en que era mas ventajosa la del último de dichos señores, y se desechó por consiguiente la del primero. Entablada la discusion, algunos señores significaron su deseo de que la proposicion Lamiable no se aprobára inmediatamente, sino que dieran algunos dias de tregua para que cada uno de los asociados meditase sobre las bases, para venir luego á discutirlas con opinion formada; pero la de la mayoría era que estando ya muy conocidas y estudiadas por el Ayuntamiento no habia necesidad de perder tiempo, máxime cuando el gran número de concurrentes y la competencia de las personas allí reunidas harian que la discusion fuere bien y completamente ilustrada.

Propusieron otros que se nombrase una comision para estudiar los ofrecimientos de la empresa concesionaria, lo que fué combatido con el argumento de que tales comisiones sobre no poder entender en ello con tanto acierto como la asamblea en masa, mas entorpecerían que acelerarian el definitivo acuerdo.

Votóse lo de la comision y lo de si se conceptuaba la asamblea competente para discutir y aprobar en caso de encontrar aceptable la proposicion Lamiable, y al

cabo acordóse casi por unanimidad que se procediera á nueva lectura de sus bases para aprobarlas si de ello se conceptuaban dignas.

Compareció el Sr. Lamiable, llamado para que aclarase las dudas que se suscitáran, é inmediatamente por el Sr. Secretario D. José Pinzon Carcedo, se dió principio á la lectura.

La discusion fué sumamente animada y detenida: no habia detalle que no se analizára, consecuencia que no se precaviera. Hablaron muy bien muchos asociados, entre otros, recordamos á D. Rafael Atienza Huertos, D. Adolfo Izquierdo, D. José Abela Pinzon, D. José M.ª Jaudénes, don Nicolás Ruiz, D. Eusebio Aparicio, D. José Pinzon Carcedo, D. Isidoro Montero, don Cárlos Lamiable y algunos mas que no recordamos en este momento.

El resultado fué hacer algunas alteraciones, á aque el Sr. Lamiable accedió, y acordar que una comision compuesta de los señores D. Pedro Ponce Ramirez, D. José Abela Pinzon, D. Adolfo Izquierdo, y D. Isidoro Montero Sierra, antes de que las bases se incluyeran en la escritura púbilca, de acuerdo con el Ayuntamiento, se ocupasen en redactarlas de nuevo con el fin de orillar, en cuerda con las condiciones aprobadas, cualquier cuestion de detalle ó redaccion.

Era la una de la noche cuando el señor presidente hizo la pregunta de que si la asamblea aprobaba todas y cada una de las bases, que fué afirmativamente contestada por unánime aclamacion.

En medio del mayor entusiasmo se levantó la sesion, no sin que antes uno de los asociados, por cierto de opiniones políticas enteramente contrarias al municipio, propusiera un voto de gracias al Ayuntamiento iniciador de tan radical é importante mejora, voto que tambien por aclamacion fué aprobado.

Al levantarse de sus asientos los concurrentes, en el silencio de la noche, sonaron al aire los armoniosos acordes de una banda de música. El entusiasmo entonces subió de punto; todos estábamos de enhorabuena, todos alegres. Poco á poco los concurrentes se fueron retirando á sus casas y nosotros con ellos fuertemente impresionados. Habiamos asistidos á un acto verdaderamente solemne.

Aquella asamblea era la genuina representacion de Ronda; pero representaba al mismo tiempo á Ronda ilustrada, fuerte, poderosa, inteligente, Ronda sacudiendo el letargo de su apatía; á Ronda, que si en aquel momento y por aquel solo hecho no daba precisamente un paso en la senda del progreso, se adivinaba, traslucia y dejaba ver una esperanza de que quizá esté en camino de recuperar la antigua importancia de que es digna por sus tradiciones y por su historia.

A UNA MUJER.

Escúchame, mujer, escucha atenta
lo que á decirte voy: es de mi historia
una página triste; su memoria
en mi pecho revuelve una tormenta.
Y no te cause enojos
de mi acento lo triste,
que tú la causa fuiste
de lágrimas copiosas que mis ojos
vertieron por tu amor; tú, mi ventura,
mis castas ilusiones,
mis primeras pasiones
en infierno cambiaste de amargura.

. . . . . .

Antes de conocerte, en dulce calma
dichoso sonreía;
la luna, el mar y las purpúreas flores
daban goce á mi alma,
en ellas yo veia
mis primeros y mágicos amores.
Mas ¡ah!... te conocí... ¿por qué el destino
tan bella te pintó en mi fantasía,
que cual ángel divino
descendido del cielo
te contemplaba loco en vivo anhelo!
¡Ay de mi, desgraciado!
Desde entonces mi alma
reconcentrada en tí, lejos del mundo,
se olvidó de las flores
y del mar azulado,
y de la luna el rayo, moribundo
lo vió yá, sin fulgores:
solo en tus ojos bellos,
descubrió del amor vivos destellos.
¡Cuánto entonces sufrí! ¡Cuánta esperanza!
¡Cuánta duda sombría
en mi mente lucharon á porfía!
¡Ora allá en lontananza
un horizonte puro descubría,
ora de negras sombras rodeado
suspiraba mi pecho acongojado!
¡Ya la inefable mágia de tu acento
con placer mis oidos escuchaban,
y en tus frases hallaban

piacion de su delito, y lo habia redimido. Deber suyo era por tanto reconocerlo, adorarlo, y cumplir con estricta puntualidad los preceptos de su ley santa.

Creyendo en Él, no podia menos de reconocer sus perfecciones infinitas, su inmenso amor á las criaturas, y el atributo de su Omnipotencia, de la que todo dependía. Reconociéndole, debia tributarle adoracion sin límites como á su Criador y Salvador. Amándole sobre todas las cosas, debia por lo misme acatar y cumplir sus mandamientos.

En los primeros tiempos del Cristianismo, la pureza de costumbre de los cristianos y su profunda humildad, fidelidad á los preceptos divinos, correspondian al celo de los Apóstoles y á la excelencia de la Religion que profesaban. Innumerables mártires sellaban con su sangre su fé ardiente; y nada, ni las persecuciones mas atroces, ni los tormentos más insoportables, parecian demasiado, padecidos por la fé de Cristo. Sus discípulos, aquellos hombres, escasos en número, pobres y oscuros, que Él habia conocido ejerciendo oficios humildes, bastaron para extender por toda la tierra sus doctrinas, y para echar los cimientos de la Religion que debia triunfar de sus sangrientos perseguidores y no debia morir jamás.

Pero Luzbel rugia de ira desde las profundidas tenebrosas de la mansion del mal.

Jesucristo habia echado por tierra con su Cruz las puertas del infierno, y abierto las de su reino inmortal. Su presa se le escapaba.

—¡Oh! El orgullo, dijo para sí. Yo atizaré en el corazon del hombre esta pasion fatal, que para siempre me desterró del Paraiso. Sí; yo dominaré su voluntad y venceré de nuevo por este medio. Y enarbolando la bandera de la rebelion, gritó con voz que la soberbia ahogaba:—¡Guerra á Dios!

Y en efecto. El hombre reconoció en sí un destello de la inteligencia que Dios colocó en él para elevarlos sobre los demás animales, para que mejor pudiera reconocer y admirar sus perfecciones. Empleó en un principio la luz de su razon en subvenir á sus necesidades y remediar sus males; más adelante quiso conocer todas las cosas, y despues anheló saber el por qué de algunas; y últimamente llegó hasta medir la distancia de los astros y saber en qué consiste su luz y su movimiento, dándose cuenta al fin del gran sistema del universo. Su inteligencia quiso abarcar tambien la naturaleza, y á su placer torció el curso de los rios, horadó las montañas, surcó las olas de los mares, y salvó las distancias de la tierra con la velocidad del viento.

—¡Oh grandeza de la ciencia humana! esclamó entonces el orgullo loco; ¿qué hay que pueda resistir á tu poder? Y ensoberbecido el hombre é instigado por el ángel del mal, repitió las palabras de Luzbel en el Paraiso. Despues de Dios no hay nada ni nadie como yo... Pues bien; no quiero que sobre mí haya potestad alguna; quiero tambien ser Dios.

Y deslumbrado y ciego por su orgullo, quiso remontar su inteligencia hasta comprender y analizar al Ser Supremo.

Envueltos en un dédalo de tinieblas espesísimas, caminando por la noche sin fin de sus horribles dudas, quisieron unos forjarse un Dios á su gusto y segun los deseos de su corazon soberbio, y dijeron otros:—No hay Dios. ¡Desventurados! Atomos perdidos entre la inmensidad de inumerable mundos, ¿qué sois vosotros? Recordad lo que dijo el Santo Job sobre lo que es el hombre.

¡Pobre ser, en el que todo es limitado, su existencia de un dia, su poder, su decantada ciencia! ¿Cómo, pues, es capaz de levantarse en álas de su necio orgullo, á conocer por medio de la razon los arcanos impenetrables de la sabiduría divina?

El saber humano ha llegado á descubrir la gravitacion de los astros, á medir sus movimientos y calcular sus distancias; ¿pero puede del mismo modo detener en su curso al más pequeño planeta de los que giran en el espacio? Ha podido llegar á unir los mares destruyendo para ello las montañas que los separaban; pero ¿llega todo su poder á hacer un grano de arena?

¡Ah! es el orgullo el que habla en el corazon del hombre, haciéndole dudar de Dios para eximirse así de la gran responsabilidad que su reconocimiento le impondria. Duda, ó aparenta dudar, porque asi se vé libre para satisfacer sus pasiones, haciéndose dueño y árbitro de lo que no le pertenece; porque si la voluntad nos fué dada libre por Dios en el órden natural, en el órden moral recibimos una obligacion imprescindible de reconocerle y adorarle; deber grabado profundamente en nuestras conciencias, y fin para que nos fué otorgado el atributo precioso de nuestra libertad.

Pero si esos hombres no hallan á Dios dentro de sí mismos, si no ven su poder en el cielo extendido sobre sus cabezas, y su sabiduría hasta en la hoja seca que pisan con sus plantas; si no oyen su voz en el grito de su conciencia, y en el anhelo de su propia alma; si no vislumbran, en fin, algo de la inmortalidad, ¿dónde irán á buscarlo? La luz natural de la razon basta para conocer la verdad, ayudada de esa otra luz sobrenatural y radiante de la fé, de ese sentimiento íntimo que existe en el fondo de todos los corazones; pero en vano pretenderá el soberbio alcanzarla con la sola fuerza de su sabiduría, tan débil como todas sus demás dotes, con su ciencia llena de

dudas y de contradicciones. ¿Ven, por ventura, sus ojos lo que está bajo una ligera capa de tierra? Pues ¿cómo quiere con la vista de su entendimiento penetrar hasta el fondo de la eterna sabiduría?

IV.

Es, pues, el orgullo la causa funesta de la impiedad; el orgullo, que deslizándose en el corazon del hombre, hace que considere al universo partiendo del erróneo centro de sí mismo, y no de su verdadero y único centro, que es Dios.

Pero ¿vencerá el príncipe de las tinieblas en la lucha contra el Omnipotente? No; podemos asegurarlo fundados en la promesa divina. «Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.»

¿Qué dia, qué hora será la elegida en nuestros tiempos para el triunfo del Señor? Nadie lo sabe. El arrogante ministro del rey Asuero estaba lejos de suponer, cuando preparaba la horca para el infeliz Mardoqueo, que seria para él mismo aquel suplicio. Nabucodonosor contempla, lleno de orgullo, en Babilonia el monumento eterno de su poder y de su gloria; pero en aquel mismo instante escucha la sentencia de Dios que lo condena al más terrible castigo por su soberbia. ¿Quién habia de decir á Baltasar el sacrílego, que mientras en el banquete llevaba á sus lábios los vasos sagrados del templo, llenos de vino, Ciro á las puertas de la ciudad seria el ejecutor de la venganza del cielo?

No: lo repetimos; el ángel de las tinieblas, vencido de una vez y para siempre en el Calvario, no podrá ya nunca nada contra su Criador; y esta seguridad nos hace abrigar la esperanza de que un dia, dia de gloria y de ventura para todos, caida la venda funesta del orgullo, los hombres mirarán con ojos desapasionados las verdades santas de nuestra Religion, contemplarán la grandeza de Dios, acatarán su Providencia ifinita, adorarán los atributos de su bondad y su sabiduría; y la paz interior de su espíritu, la calma de su conciencia, el gozo íntimo que nace de la virtud, los dulces consuelos que la fé derrama en los corazones, les harán comprender que para esto hemos nacido. Entonces, empleando las dotes que le fueron dadas en honrar y servir á su Criador, correrá en paz su existencia, segun la promesa de la palabra divina, lejos de las perturbaciones del espíritu y de las dudas é inquietudes del orgullo impío.

Cármen Nuñez Rodriguez.

A ORILLAS DEL TAJO. (1)

DEDICADA A MI QUERIDA AMIGA

R. B. M.

¿Quereis dar libertad al pensamiento
Y en álas de ilusion fascinadora
Soñaros en las nubes un momento?
¿Pensar que el anchuroso firmamento
Libre cruzais cual ave voladora?
Pues entonces, mirad: junto á la orilla
Del tajo, como el águila en su vuelo,
Delante el éter que azulado brilla,
A vuestros piés la soberana hondura
Y á vuestras frentes coronando, pura
La esplendorosa bóveda del cielo.
Entre las rocas de suprema altura
Que enhiestas siempre, siempre vigilantes
Cual soberbios gigantes
Sin fin amagan su espantable fondo,
Graciosos, verdes prados de esmeralda
Surgen de Abril al poderoso encanto,
Y cubren las laderas con su manto,
Y trepan de las peñas por la espalda.
Tendiéndose en el llano,
Esmaltando el contorno de la sierra,
Piérdense luego en el confin lejano
Que la cadena de montañas cierra.
Guadalevin allá en el fondo corre
Y sus bullentes ondas fertilizan
Los huertos encantados que tapizan
Sus mágicas riberas,
Mirándose en el rio
Su ramaje sombrío
Que leves áuras con su soplo rizan.
Y sus blancas casitas,
Surgiendo aquí y allá de entre las frondas,
Parecen cisnes de nadar cansados
Que al sol tendiendo sus nevadas álas
Gustan lucir sus galas
Por la fresca ribera dispersados.
Mas crecido con lluvias de repente
Si impetuoso el torrente,
En bramador revuelto remolino
Quebrándose entre peñas,
Saltando rocas y rompiendo breñas
Vuélcase en imponente catarata
Que al viento da la nieve de su espuma
Como raudales de fulgente plata....
Cuán sublime es ¡oh tajo! y peregrino
El grandioso portento.

(1) Profundo precipicio que divide la ciudad de Ronda, y por cuyo fondo corre el Guadalevin.

promesas de calmar mi cruel tormento!
¡Ya por tierra la flor seca, marchita,
de mi ilusion creciente
contemplaban mis ojos tristemente.
De éste modo pasó la primavera,
despues vino el estío,
y al fin le sucedió el invierno frío,
sin que yo consiguiera
colmado ver de dicha el afan mio.....
Mas la suerte cambió, y aquel instante
por mí tan suspirado,
llegó, para mi suerte ó desventura;
en tus ojos ver pude la ternura
de la mirada amante,
en ellos el amor ví dibujado,
brindándome consuelo en mi amargura.
¡Cuánta felicidad la de aquel dia!
¡Cuántas horas tu nombre bendiciendo
me pasaba, colmado de alegría,
un eden de venturas prometiendo
á mi inquieta y ardiente fantasía!
Pero ¡ay! que presto mi ilusion dichosa
vi trocarse en amargo desconsuelo
y perecer con ella mi esperanza;
de tus ojos borróse la amorosa
mirada que, no ha mucho, con encanto
contemplaba cual puerto de bonanza
trás de tanto luchar y sufrir tanto.
¿Qué motivó aquel cambio repentino?
¿Por qué mis ilusiones destrozaste
y á un abismo sin fondo me lanzaste?
¡Ah mujer! lo adivino:
tu loca vanidad fué satisfecha
al verme ánte tus piés de amor postrado.....
¿qué importaba á tu orgullo ver deshecha
mi mas cara ilusion, y destrozado
mi pecho por el duro sufrimiento?
¿qué mi angustía mortal ni mi tormento?.....
¡Quién pudiera pensar que encerraría
tanta maldad tu corazon inmundo!
¡Oh mujer miserable! tu falsía
el sarcasmo enseñóme de éste mundo.
Ya desgarrado el misterioso velo
que cubrió tu maldad y tus engaños,
tornaste en puro hielo
un corazon en sus primeros años.
Y aquellas horas que de amor colmadas
pasaba en mi ilusion, como las flores
son por el raudo viento arrebatadas,
me fueron arrancadas
de tu cruel vanidad por los rigores.
Y pérfida gozaste en mi quebranto
cuando al verme sumido
entre las olas, que elevó mi llanto,
del mar del corazon enfurecido,
sonreian tus lábios orgullosos
sin escuchar mis ayes dolorosos....
Mas... ¿por qué con mi canto plañidero
hoy pretendo traer á tu memoria
ésta página triste de mi historia,
si tu pecho altanero
solo puede encerrar mísera escoría?
Si mis quejas profundas no movieron
tu pecho á compasion, si mis gemidos
jamás te conmovieron,
¿por qué con mis acentos doloridos
te recuerdo las horas que pasaron,
horas que muerta mi ilusion dejaron?.....
¡Ah! que es un grito que mi pecho lanza
al recordar los tristes sufrimientos
y los duros tormentos
en que, altiva, trocaste mi esperanza!
¡Grito de indignacion, que moribundo
cual la ventura mia,
lanza mi corazon ¡grito profundo!
jurándote desprecio en su agonía.

José Ruiz Toro.

EL ORGULLO.

I.

—«¿Por qué el espíritu inmortal de Dios ha de dominar siempre mi espíritu? ¿Por qué á su esencia Omnipotente he de estar siempre sujeto? Luchemos: tambien soy fuerte; despues de É! no hay nada ni nadie como yó en el Paraiso. Pues bien, no quiero que sobre mí haya poder alguno; quiero tambien ser Dios.»

Así exclamó el ángel de las tinieblas, cuando encumbrado por el Eterno á la más elevada gerarquía, era el más hermoso de los espíritus que creára.

Como luna llena, soberana entre los coros de estrellas, así era él entre las milicias celestiales. Como sol sin nubes que sube al cénit resplandeciente, así era su gloria y su esplendor. Su nombre era Luzbella.

Pero ¡ah! tanta grandeza, tanta dignidad hubieron de engendrar el Orgullo. Luzbel piensa, y su pensamiento crea la soberbia, que como un miasma impuro, en un momento lo inficiona todo.

La frente del arcángel rebelde resplandece con una luz más viva. Una aureola de fuego la circunda; pero la llama que despide es la luz fatídica del orgullo, la lumbre que debe encender el fuego eterno.

Y el soplo de la rebelion es como huracán impetuoso que todo lo arrastra en pos de sí. Legiones numerosas desmémbranse de los ejércitos del Señor para seguir al ángel prevaricador; y al lanzar el Omnipotente el rayo de la indignacion divina, descienden al abismo insondable de las eternas sombras, en número sin cuento, como las gotas de agua que caen en copiosa lluvia durante la tempestad.

Desde entónces Luzbel, el ángel de la soberbia, lucha impotente contra el Sér Supremo: su campo de batalla es el corazon del hombre; sus armas las pasiones; su bandera nefanda el orgullo.

Apenas acababa Dios de crear al primer hombre y á la primera mujer, y colmándolos de dicha en el Paraiso, solo una prohibicion les habia impuesto como justo homenaje á su dependencia divina, cuando ya se insinúa en el corazon de Eva, diciéndole:

—¿Por qué vacilas? Come de este fruto y llegarás á conocer la ciencia del bien y del mal; y tu espíritu comprenderá los misterios de la naturaleza y llegarás á ser grande y Omnipotente como Dios.

Y ella incauta obedece sus pérfidas palabras, y ambos se precipitan en un Océano de dolores y de infelicidad.

Y por entonces la obra más perfecta del Hacedor, la criatura hecha á su imágen y en quien pusiera sus complacencias, se hizo esclava del demonio, y vino á ser herencia de Luzbel.

II.

Para la obra de la reparacion tenia el Hijo del Altísimo que descender del cielo, y hecho hombre, ofrecerse como víctima por la expiacion debida.

Largo tiempo fué esperado. Habíase hecho anunciar por los santos Profetas y habia dado prendas ciertas en sus palabras divinas.

Y en medio de sus desgracias, de sus persecuciones y de su prevaricacion misma, el pueblo escogido lo esperaba como su Salvador.

Pero lo esperaba de otra manera.

El deseado de las naciones, el que habia de reinar sobre los reyes de la tierra, imagináronse los hombres que vendria dando testimonio de su grandeza, ostentando la gloria y el poder de su padre.

Pasan al fin las semanas de Daniel; llega el tiempo prefijado, y en la ciudad en que se habia predicho, nace el Mesías anhelado por tanto tiempo.

Y para recibir al huésped divino que viene á redimirla, apenas tiene la tierra un miserable y oscuro albergue; para reclinar al divino infante, solo le ofrece unas duras pajas.

Verdad es que poderosos soberanos vienen de apartadas regiones á rendirle homenajes; pero lo buscan en espléndidos alcázares y lo hallan en una mezquina gruta; pretenden verlo rodeado de toda la pompa y grandeza de la tierra; y Él se les muestra ofreciéndoles por córte unos rudos y sencillos pastores, por manto real la pobreza más extremada, por sólio un mísero pesebre.

¡Primera y sublime leccion del Unigénito del Padre, de aquel ante quien tiemblan las potestades del cielo y del abismo!

El edificio de su celestial doctrina necesitaba tener este cimiento. Venia á combatir el orgullo, y traia por armas la humildad.

Treinta años de su vida consagra á enseñarnos esta admirable virtud; treinta años de una existencia pobre, oscura, ignorada.

Seguidlo luego al través de los montañas de la Judea, por las ciudades y pueblos donde propagaba su ley divina.

Una inmensa turba lo rodea; pero entre esta muchedumbre ved si acaso descubrís un continente altivo, una frente orgullosa. ¡Cuán pocos potentados cuán pocos ricos! Casi todos los que lo siguen son pobres desgraciados. Para estos son los consuelos de su palabra divina; á estos ama particularmente.

—Bienaventurados, dice, los mansos y humildes de corazon; bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los que lloran; y ¡ay! de aquel que se ensoberbezca en los designios de su corazon, porque mi brazo abatirá el edificio de su orgullo, y su vanidad será deshecha como la espuma de las aguas.

Sus obras confirman su doctrina, y Él mismo nos dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.»

Y en confirmacion de esta verdad, el último acto de su vida, la leccion postrera que dá á sus discípulos, como para que quede más profundamente grabada en su memoria, es la de lavarles los piés, á ellos, pobres y oscuros pescadores, á quienes Él habia iluminado. Despues todo ha concluido. Ha instituido el Sacramento de amor, por el que se queda entre nosotros; nos ha recomendado la humildad, para que jamás le perdamos; y solo le falta padecer y morir por nosotros, sufriendo con heróica y sobre-humana resignacion los tormentos más crueles, y muriendo con la muerte más afrentosa para consumar la redencion.

Pero al morir, triunfa de la muerte misma, y haciendo de la Cruz un trono de infinita grandeza, domina desde allí sobre todas las generaciones. La justicia divina estaba satisfecha; Luzbel estaba vencido.

III.

Pasan los siglos.

Sobre la conciencia del hombre pesaba una deuda inmensa de gratitud. No solo le habia formado Dios de la nada, sino que habia tomado sobre sí la ex-

El mundo que parece en miniatura
Visto desde la altura
Mientras mas analiza el pensamiento,
Mas mira en él las eternales huellas
Del Dios omnipotente
Para quien és la inmensidad asiento.
Allá en la noche oscura
Que densa niebla temerosa envuelve,
Si de tu orilla en la soberbia altura
La humana criatura
Tu negro abismo á contemplar se atreve
Pavor infunde al alma
El espantable misterioso fondo
Que cual imágen fiel del mismo averno
Surge rugiente de su seno hondo
La sorda voz de su bramar eterno.
Y de tinieblas impalpables lleno
Tu tenebroso seno,
Parece oculta algun titan vencido,
Por siempre encadenado,
Y es su iracundo lúgubre rugido
El que en tus peñas cóncavas resuena
Y de terror los corazones llena.
O tal vez será acaso
Mezclados y confusos alaridos
Que suben confundidos
En éco clamoroso
Del báratro profundo y espantoso.....
Mas pálida y hermosa
Aparece la luna en el oriente,
Y con luz argentada y vagarosa
Los claros rayos de su casta frente
Iluminan ¡oh tajo! tus orillas,
Esparciendo despues por la llanura
Su luz tranquila y pura
Y dejando olvidada,
(De tu abismo quizás amedrentada)
De oscuridad y sombras revestida
Tu negra sima rebramante siempre
De rocas seculares circuida.
Abismo aterrador: cabe tu orilla
Contemplando tu fondo soberano,
Ora á la luz del sol que ardiente brilla
O ya al claror de amarillenta luna
¡Cuán alto vuela el pensamiento humano!
¡Cuanto el orgullo del mortal se humilla!
De cien siglos que fueron
Y que en el mar undísono sin fondo
De la terrible eternidad se hundieron,
Se juzga oir el eco misterioso
Que aun vaga por la sierra
Y que en informe son repercutido
En tu recinto cóncavo se encierra.
De Cártago y de Roma los feroces
Sangrientos dramas presenciar te hicieron
De combates y horrores
Laurus y Arunda los testigos fueron.
La sombra de Pompeyo fugitivo,
Vencido, destronado,
Del triunfador de la orgullosa Munda
Huyendo acelerado,
Se vé vagar por tus fragosas peñas
Pidiendo abrigo á tus ocultas breñas.
Despues..... despues como huracán violento
Cual rápido revuelto torbellino
Que trae del norte tempestuoso viento,
Se vieron derramarse por la tierra
En número sin cuento,
Las legiones que Atila conducia
Bajo cuyo poder Roma se hundia.
Guadalevin, Guadalevin, tus ondas
En sangre se tiñeron
Y tus bullentes cristalinas aguas
De púrpura un instante parecieron.
De los remotos tiempos que pasaron,
Del romano y del godo
¡Oh rio! que á su paso te admiraron,
Cuántas sombrías, lúgubres memorias
Guardarás de tu cáuce en lo profundo!
No, jamás sabrá el mundo
Tu larga série de funestas glorias.
Ronda la bella, Ronda soberana
Se alza altiva á tu borde
¡Oh tajo! y tú los piés de la sultana
Besas humilde, y de tu eterno acorde
El éco la regalas,
Con que se aduerma al cadencioso arrullo
Como una ninfa entre floridas galas.
Hermosa perla que se halló escondida
Al trasponer la altísima montaña
La raza fementida
A que el traidor Julian vendiera á España.
Y al llegar fatigados
Por el ardiente sol del Mediodia
De sus desiertos áridos cansados,
Cuando oreó sus abrazadas fuentes
Tu fresca brisa de preciado aroma,
Sin duda que soñaron en sus mentes
Que eras el paraiso de Mahoma.
Pasaron ocho siglos y la luna
Sucedió de la cruz al estandarte,
Que Isabel alcanzó tan gran fortuna,
Y huyeron de tu suelo
Como aristas que el viento desparrama
Las árabes legiones que á su arena
Tornaron á ocultar bajo su cielo
Su humillacion y su profunda pena.
Pero siempre quedó, bella odalisca,

Algo de mora en tu contorno ameno,
Y tu sierra gentil siempre es morisca.
Y tus casas de nítida blancura
Que á la orilla del tajo se eslabonan,
Sobre sus rocas de gigante altura
Blanco turbante son que las coronan.
Que al arrancar gozosa de tu frente
El árabe diadema
Para ostentar la enseña del cristiano,
Aun en la noche al tajo contarias
Encantadas historias
De las morunas fiestas y las zambras,
Y á tan dulces memorias
Suspiros de dolor exhalarias.
Y otros hombres llegaron.. ..
Y en los futuros tiempos como entónces
Horrendo precipicio,
Vendrán tambien con religioso pasmo
Vendrán á contemplar tu maravilla.
Y siempre confundido
Eco de catarata bramadora
Que en tu fondo resuena
Hará eterno el ruido
Allá en los siglos, que se escucha ahora.
¿Cuándo el instante fué que su voz grave
En tu profundo seno resonára?
¿Cuándo será que acabe?
Dios tan solo lo sabe
Dios que á los siglos límite marcára.
Tú de la eternidad imágen viva
Al pensamiento eres
¿Qué valen junto á tí de tantos séres
La mísera existencia fugitiva?
¿Qué valen sus pasiones,
Sus viles y mezquinas ambiciones
Ni su soñoda gloria?
Tu acento de gigante
Grita al alma arrogante
Eso es miseria, vanidad, escoria!!

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

Ronda Setiembre 1873.

LA CÁRCEL DE CERVANTES.

Harto sabido y descrito mil veces por plumas que saben dar coloridos interesantes á los escritos que presentan á sus lectores, es el asunto que me propongo relatar. Tal vez no sea tomado en consideracion, ni aun quizá leido por aquellos que, teniendo sobradas noticias del caso, temen perder el tiempo leyendo lo que tan multiplicadas veces se ha referido.

Pero no temas, escribe, tosca pluma, escribe y estampa lo que tan sabido es; estámpalo á tu rudo modo y al menos tendrás la inmerecida honra de ocuparte del célebre poeta, del insigne crítico que en «1605» dió á luz la primera edicion de nuestro Ingenioso Hidalgo, obra que jamás caerá de las manos de los admiradores de lo bello y lo grandioso.

En Argamasilla de Alba, lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiso acordarse el manco de Lepanto en su inmortal Quijote, existe aun la casa en que gimió preso el que habia de morir casi de hambre el 23 de Abril de «1616».

Triste pago, en verdad, le dió España á cambio de la gloria que tuvo en producir un hombre, honra de su siglo; mas ¿qué estraña? su pátria siempre fué ingrata para con sus grandes hombres.

Así es, que la vida del primero de los escritores españoles fué solo un conjunto de aventuras y desgracias.

Se ignora la causa de su prision; mas la creencia general es, que llevando el gran novelista cierta comision de apremio contra los vecinos de Argamasilla, faltó alguna formalidad á los documentos que presentó, y de esto se valió la justicia para ponerlo preso.

Tambien influyó mucho para lo mismo un tal Pacheco, caballero pudiente, quejoso de que Cervantes hubiese dirigido cierto chiste picante á una sobrina suya y que el tal hidalgo tomó muy á mal.

Por estas ó muy parecidas causas fué llevado aquel hombre célebre á la casa de un tal Medrano, cuya cueva sirvió de cárcel por no haberla en el pueblo, y por esto fué encerrado en aquel lóbrego sótano Miguel de Cervantes Saavedra.

Allí estuvo preso el príncipe de los ingenios.

Bajo aquella húmeda bóveda y en aquel tenebroso encierro, en aquel agustioso cajon de cal y canto, concibió su fecunda imaginacion la idea sublime, triste rara vez, satírica casi siempre, del INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

Allí reia muchas veces á grandes carcajadas cuando venian á su ardiente y fecunda imaginacion los chistes y escenas ridículas en que habia de colocar á la andante caballería, llegando la vecindad á tacharle de loco, al oir sus estrepitosas risas á solas y sin motivo al parecer, ni fundamento alguno; mas el antiguo cautivo de los moros, siguió con tenaz empeño escribiendo el Quijote, dado á luz bajo los auspicios del duque de Bejar, el cual se llenó de gloria al protejer una publicacion cual ninguna otra vieron los nacidos, tanto por los chistes de que está llena dicha obra, tanto por la oportuna crítica y profunda filosofía que encierra, cuanto por el magnífico y castizo lenguage que en ella usó el soldado que supo enaltecer á la dichosa Alcalá de Henares por haber nacido en ella; pero que en cambio no tuvo que agradecer á su pátria más que miseria, hambres. y pesadumbres.

Hoy llora España á Cervantes, é Inglaterra á Shakspeare.

Los dos celebérrimos literatos, murieron en el misma dia, mes y año.

Tal vez á la misma hora, sus grandes almas se unieron en el cielo.

SALVADOR DURÁN NAVARRO.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª: BE—LLA—QUE—RÍA.

2.ª: PE—TA—TE.

Idem de la charada cómica:

CA—PA—RRO—SA.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 8 de Julio de 1875. Núm. 42.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Un recuerdo y un suspiro (poesia), por D. Rafael Quintana Medina.—A Angela (soneto), por D. José Fernandez y Nuñez de Prado.—Adios!! (poesia), por D. Rafael Quintana Medina.—Discurso para el acto de la distribucion de premios á los alumnos de instruccion primeria, por D. Gabriel de Navas.—El invierno de la vida (poesia), por D.ª Angela Grassi. Al rio Genil (poesia), por D. Francisco Jimenez Campaña.—Charada.

Hemos visto el Reglamento que la Empresa Lamiable piensa repartir para regimentar la venta y arrendamiento de las aguas potables, de que ha de abastecer á Ronda, y hemos creido oportuno insertar hoy unos cuantos cálculos hechos sobre las tarifas que se han convenido.

Para que la empresa establezca un abono, esto es, para tener dentro de la casa el agua, bien en fuente ó depósito particular, hay necesidad de suscribirse por ocho arrobas diarias cuando menos.

*
* *

Vamos á establecer el cálculo de dicho abono mínimun: tres cargas de las que venden los azacanes tienen seis arrobas y tres cuartos, y valen real y medio próximamente. Suscribiéndose por *un solo año* la empresa suministra todos los dias 8 arrobas y cuestan dichas 8 arrobas cuarenta y siete céntimos de real por dia. Ahora bien, si el abono ó suscricion se hace para tomar el agua *diez años* seguidos, las mismas 8 arrobas costarán diariamente 24 céntimos, y si el abono es *por* 20 *años*, solo 20 céntimos ó sea un real cada cinco dias. Sale la arroba de agua hoy á mas de 21 céntimos, y suscribiéndose se obtiene, si es por un año á 6 céntimos, si es por diez años á 3 céntimos, si por 20 años á *dos y medio* céntimos de real.

*
* *

Supongamos que una casa necesite cinco cargas diarias ó sean 11 arrobas. Hoy le cuestan un real y noventa y dos céntimos. Tomando un abono de 12 arrobas y suscribiéndose por un año, tendrá que pagar solo 70 céntimos diarios, pero si se suscribe por diez años solo pagará á razon de 36 céntimos por las 12 arrobas que recibe todos los dias, ó á 30 céntimos si se abona por 20 años.

*
* *

Si necesita hoy 12 cargas por dia, que son unas 27 arrobas, por las que esté pagando 5 rs. 72 céntimos, tendrá que suscribirse por 28 arrobas abonando, si es por un año, á razon de 1 real 62 céntimos por dia, á 84 céntimos si es por diez años la suscricion, y á 70 si es por 20.

*
* *

Advertimos que los precios anteriores de las tarifas de la empresa son los que comprenden á un consumo en toda la poblacion menor de mil metros cúbicos, porque en pasando de esta cantidad todos esos precios disminuirán en una cuarta parte, y pasando el consumo de 1500 metros, se reducen á la mitad.

*
* *

Estos precios se entiende que son para cuando el agua ha de aplicarse á usos domésticos, pues cuando sea para usos industriales como fábricas, riegos, molinos, etc. en que el consumo puede ser de 28 cargas (metro cúbico), en adelante, las tarifas se abaratarán notablemente, tanto, que por un abono de un año, las 64 arrobas diarias (próximamente 38 cargas), que hoy valen 13 rs. 44 céntimos, cuestan 3 rs. 70 céntimos y si la suscricion es por diez años dicha cantidad de arrobas vale 1 real 94 céntimos por dia, que baja hasta 1 real y 60 céntimos diarios si el abono es de 20 años.

*
* *

Para comodidad de los suscritores de los Ecos del Guadalevin repartimos hoy con el presente número un *Estado de Regalo*, donde aparecen los anteriores cálculos mucho mas por estenso. De este *Estado* tene-

mos á disposicion de nuestros abonados todo los ejemplares que necesiten para sí ó para sus familias, y se facilitan gratis en esta redaccion.

*
* *

Tenemos entendido que en la mayor parte de las calles de la poblacion se han de establecer por la empresa depósitos ó fuentes para venta al por menor y á los precios de tarifa.

*
* *

Las personas que tomen abonos de agua que pasen de 8 arrobas diarias pueden obtenerla dentro de sus casas en todas las habitaciones de los pisos bajos y altos.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

A. . . . .

I.

En vano el tiempo intenta
borrar de mi memoria
el recuerdo tiernísimo ¡ay de mí!
de aquellas dulces horas, que á tu lado
pasé, de amor y gloria,
que para siempre acaso ya perdí.

II.

¡Es tan dulce un recuerdo
para el pobre que mira
deshecha su ventura y su ilusion!
Si el alma que lo evoca en su quebranto
tristemente suspira
en cambio hace gozar al corazon.

III.

Si no puedo ofrecerte,
como en mejores dias,
un amor que aunque siento he de callar;
al menos *un recuerdo y un suspiro*
que son mis alegrías
mientras aliente no te han de faltar.

Rafael Quintana Medina.

A ANGELA.

SONETO.

Quiero escuchar de tu purpúrea boca
palabras de cariño y de ternura,
besar tu frente nacarada y pura
con anhelante afán, con ánsia loca.

De tu mirada que al amor provoca
quiero gozar la sin igual dulzura,
y los hechizos mil de tu hermosura,
que trastorna mi mente y la sofoca;

á tus sienes ceñir de mirto y rosas
nupcial diadema, trasparente velo
recamado de flores olorosas,
y que al pié del altar, con santo anhelo
á nuestras almas puras, candorosas
las una amor y las bendiga el cielo.

José Fernandez y Nuñez de Prado.

Granada Junio 75

ADIOS!!

A UNA GRANADINA.

Antes que muera la luz del dia
que del Oriente las puertas baña,
en otro suelo de aquí distante
veré á la noche tender sus álas
Tambien con rumbo contrario al mio
dices que dejas tu hogar mañana;
yo acaso vuelva dentro de poco
á la morisca bella Granada;
tú al separarnos dices—¡Por siempre!—
¡ay! ¡cuántos seres á quien amaba
por siempre niña
perdió mi alma,
sin que de verlos
tenga esperanza!!

¿Por qué me encargas que no te olvide?
si me pidieras que te olvidára,
mejor tu afecto me mostrarias,
que ese remedio quieren mis ánsias
¡Que no te olvide! ¡Bien se comprende
que desconoces ¡ay! cuan amargas
son las memorias de un bien gozado
que ya no existen sino en la nada!
¡Adios por siempre!!! Hija de un sueño
creeré que has sido; ¡quimera vana!
tanta hermosura
con tantas gracias,
tanta inocencia,
virtudes tantas!

Rafael Quintana Medina.

DISCURSO,

que para el solemne acto de la distribucion de premios á los alumnos de instruccion primaria de esta ciudad, pronunció el presbítero D. Gabriel de Navas, Cura ecónomo de la Parroquia de Ntra. Señora del Socorro de la misma.

SEÑORES:

Cuando damos una ojeada por el mundo literario y científico, y vemos ese flujo y reflujo de ideas que tanto bulle en la mente de todos, ese rápido vuelo del pensamiento que por medio de la inventiva realiza los problemas mas difíciles y sorprendentes, esos grandes descubrimientos, fruto precisamente de profundas meditaciones sobre la naturaleza, sobre sus leyes y propiedades, cuando vemos en fin que todo lo que interesar puede al hombre se adelgaza, se aquilata por medio de la discusion, necesariamente nos encontramos con la ciencia que mas influjo tiene en nuestro corazon y en nuestro entendimiento, aquella ciencia de cuyo conocimiento depende nada menos que la norma de nuestras acciones, como reguladora que es de nuestras creencias, esta ciencia, es la ciencia de Dios.

Al presentarme en este tan solemne acto para tributar un debido homenage á la religion del Crucificado, que dichosamente profesamos, ni mi insuficiencia, ni la carencia de dotes oratorias en que me encuentro, me permitirán espresar mis pensamientos con la ostentacion y pompa de un estilo sublime que pueda arrebatar todo el lleno de vuestra atencion, ni satisfacer todo el vacío de vuestros deseos. Yo no puedo presentar otros títulos al acometer tan delicada como difícil empresa que los de un ministro de la religion misma, que aunque indigno, se cree en el imperioso deber, por el sagrado minisierio que egerce, de esparcir la sana doctrina y hacer ostensible á todos la verdad, siquiera sea de una manera inteligible.

Lejos, muy lejos de mí la temeraria presuncion de querer ni aun siquiera imitar á tantos ilustres apologistas, esforzados campeones, que con delicada pluma y bien notoria maestría describieron á grandes rasgos su establecimiento, sus progresos, la santidad de su doctrina, la verdad de sus creencias, sus persecuciones y sus triunfos, conservado siempre incólume el precioso tesoro de la fé.

Ni la ilustre corporacion que preside este acto, ni los señores que se han dignado honrarnos con su asistencia esperen por lo tanto en este mi humilde discurso grande elevacion de pensamientos, ideas nuevas y peregrinas; sino mas bien, yo me lisongeo que con su habitual benevolencia le darán una favorable acogida; cubriendo con el manto del disimulo y la caridad las imperfecciones de que adolece, y que podrá observar su buen criterio y la altura á que se hallan sus conocimientos.

Yo me dirijo muy principalmente á esos nuevos plan-teles de la sociedad que en su dia deberán sustituir á la generacion presente, me dirijo á ese bullicioso grupo infantil que se presenta á nuestra vista, verdadera representacion de la inocencia y el candor, tipo el mas aproximado en la tierra al ángel puro del cielo, embeleso y alegría inesplicable de sus padres, objeto primordial, de sus afanes, de sus esperanzas, de sus cuidados, y sus ilusiones; yo señores me dirijo precisamente á aquellos de quien dijo el mismo autor de la religion, dejad á los pequeñitos y no les prohibais acercarse á mi, pues de estos es el reino de los cielos.

Dejadlos, y no les prohibais se acerquen á su Dios por medio de mi religion santa, que sabrá inculcarles aquellos principios mas fecundos de amor y de caridad, para que si arrebatados algun dia por el torbellino impetuoso de las pasiones y del gran mundo, siempre les quede en sus corazones aquel gérmen de virtud, de honradez, y tiernos sentimieutos que los haga gratos para con Dios, y para con los hombres. Que recuerden siempre con fruicion del entendimiento, y dulzura inefable en el corazon aquellas preces y religiosa plegaria que imprimieron en su alma sus piadosos padres, cuando en su regazo, su tierna lengua aun podia balbucear.

Dejadlos, y no les prohibais se acerquen á mí para recibir su instruccion literaria bajo la proteccion y auspicios de mi religion, de mi católica Iglesia, que como mi esposa que es, será una madre tierna y cariñosa para guiarlos por el recto camino de su felicidad, así temporal como eterna.

Dejadlos, y no les prohibais acercarse á la religion católica, que como maestra asistida siempre por el espíritu santo, sabe muy bien donde se hallan las fuentes de puras y cristalinas aguas con que abastecer y nutrir á sus queridos hijos, apartándolos del inmundo y asqueroso cenagal, que con sus miasmas pútridas inficionan á cuantos se le acercan, transmitiéndoles la ponzoña, la malicia y la impiedad. Dejadlos, y no les prohibais acercarse á la justicia, á la verdad, á la vida; á la doctrina de Jesuscrito, de ellos es el reino de los cielos.

Venid pues, hijos mios, venid y cobijaos bajo el piadoso manto de la religion de Jesucristo, agrupaos en torno á sus venerandos altares, y esperad allí humildes las inspiraciones mas santas, las ilustraciones mas claras, los pensamieutos mas delicados, las mociones mas fervientes; allí lloverán sobre vosotros las bendiciones del cielo que inundarán vuestra alma de inefable consuelo, allí oireis la melodiosa voz de esta madre tierna que os dice, venid hijos mios, oidme; yo os enseñaré el temor de Dios.

Si, señores, el temor de Dios, este es el bien imponderable que la religion presta á sus hijos como fundamento de la ciencia, como base de la verdadera ilustracion. La ciencia sin temor de Dios es una ciencia superficial y efímera, toda vez que las luces del entendimiento son una participacion de aquella divina luz que ilumina

á todo hombre, y separarse de esta luz para hacer propias sus elucubraciones, es caminar á las tinieblas, es precipitarse en el error, es entregarse á la decepcion, y marchar á pasos agigantados al orgullo, á la estupidez y á la ignorancia.

La ciencia sin el temor de Dios se halla siempre espuesta á todos vientos como nubes de otoño; lo que hoy afirma, mañana niega, lo que hoy tiene por un bello ideal, mañana es un tránsfuga que en vano quiso sorprendernos, ó como un meteoro que resplandecientemente brilla, é instantáneamente sepulta su vivísima luz en el espacio inmenso del horizonte.

La ciencia sin el temor de Dios no parte de aquel principio sólido é inconcuso de íntimas convicciones, de las relaciones íntimas que existen entre este mismo principio y la conciencia, que siempre severa é inexorable para con nuestros actos le arguye siempre de su soberbia y mala fé. Es preciso confesar que el principio de la sabiduría es el temor de Dios; si pues la religion nos enseña el temor de Djos, luego deberemos precisa y necesariamente concluir que la religion nos enseña el principio de la sabiduaría, de la ilustracion y la cultura.

Pero, señores, ¿conducir la juventud por los senderos que marca la religion católica, nó será conducirla por el camino del fanatismo, del oscurantismo y nulidad?

Así han creido algunas escuelas como la de Kruset, Prudhon, Roussau con todas sus respectivas agrupaciones, de ateistas, materialistas, racionalistas, escépticos é indiferentistas.

En el temerario empeño que estos han tenido de destruir la Iglesia católica, no han dejado piedra por mover para llevar á cabo su incalificable intento, valiéndose de todos los medios que hau estado á su alcance.

La nomenclatura impropia de la materia que se trata, la arqueologia, la física y astronomía, la historia, la pintura y la poesía, la ciencia y bellas artes, todo lo han puesto en juego para hacer al catolicismo una guerra sin tregua. De esta confusíon de ideas, de aquel «calumnia que algo queda» de Volter, de involucrar las cuestiones y adulterar los hechos históricos, es de lo que se prevalen los enemigos de la religion para hacerse oir de sus cándidos discipulos.

Pero no hay que admirarse que en nuestros dias la religion sufra tan fiera aunque sorda persecucion.

Ntro. Smo. Padre el Papa Pio IX ha dicho muy recientemente que Jesucristo al morir no nos dejó otra herencia que la cruz. De tan augusta como verdadera sentencia debemos nosotros inferir que este signo de sufrimien to debe llevarlo en sus hombros todo el que quiera llamarse discípulo suyo; así que su católica Iglesia, desde su orígen, siempre ha llevado este emblema, si por una parte de salvacíon, por otra de persecucion, de abyeccion, de padecimientos y trabajos.

No hay que admirarse que las escuelas disidentes de nuestros dias nos llamen á los católicos gente fanática; apenas se exhibe ante el mundo el precioso madero, apenas se descubre sobre la cima del Calvario, y bajo sus frondosas ramas principia á esparcirse la fructífera semilla del evangelio, cuando ya los cristianos éramos un escándalo para los judios, y unos locos para los gentiles; y bajo tan denigrante calificativo, dieron principio á sus trabajos apostólicos aquellos discípulos elegidos por el divino maestro, llevando la predicacion de su doctrina por doquiera llevaron su voz, es decir, á todos los confines del orbe, á todos los ángulos de la tierra, como lo habia predicho un profeta entre los acordes de su melodiosa arpa.

Bajo el denigrante calificativo de escándalo y locura convirtio Pedro en su primer discurso al pueblo, mas de tres mil personas; y ni la calumnia, ni la perfidia, ni las maginaciones del infierno fuerou suficientes á contrariar la obra de Dios; creciendo por el contrario y aumentándose cada dia mas y mas, el número de creyentes.

La religion católica no solamente cuenta con un rebaño numeroso de fieles en la Judea sino que se estiende por la Libia, el Ponto, el Asia, la Capadocia hasta que por último llega á fijar su planta en Roma; Roma, la Ciudad entonces Señora del mundo, que aletargada y delirante con sus glorias y sus triunfos era el foco de la sensualidad y la molicie; allí no se conoce un sentimiento noble, un rasgo de caridad; allí la abyeccion y el mas fiero depotismo; allí, como en los otros pueblos gentiles, se vé á la mujer degradada, siendo una vil cosa del hombre; el hombre envilecido al par que déspota y entregado á los mas repugnantes caprichos; allí donde el infanticidio no solo era admitido, sino autorizado, como igualmente la venta y tráfico de estos séres inocentes; allí donde el pueblo presenciaba divertido la jadeante sangre de los pugilatos, y gladiadores, devorados por las fieras; allí donde edificaban templos para uua multitud de Dioses, donde ofrecer pudieran otra multitud de víctimas de carne humana que inmolaban; allí se presentó la religion del Crucificado con el conocimiento y adoracion del solo y único Dios verdadero con los principios inconcusos de la caridad, con sus nobles instintos de reformar al individuo, á la familia, á la socieddad entera, con su sábia doctrina en fin, con la doctrina Santa del Evangelio.

La religion del verdadero Dios habia de hacer frente á la de todos los Dioses, y habia de destruir leyes antiguas, instituciones arraigadas, inveterados hábitos, habia de crear nuevos corazones, nuevos instintos, un nuevo órden de ideas basado precisamente en la justicia y la verdad; y cuando esta religion vá estendiendo sus ramas, y llega á conocimiento de los grandes y poderosos, ¿cuál es el calificativo que se le dá á sus secuaces?

Los Nerones, los Caligulas, los Dacianos y Dioclecianos, y tantos otros que por mas de trescientos años gobernaron el imperio romano, tuvieron á los cristianos

por una turba miserable de supersticiosos que conspiraban contra el imperio, solo porque no adoraban aquellos Dioses improvisados por ellos mismos. Eran unos ilusos porque por su abnegacion y penitencia se abstenian de todos los placeres, y no acompañaban á los gentiles en sus orgias y nefandos crímenes; eran unos fátuos, porque despreciaban los honores y las riquezas antes que faltar á su fé; eran conspiradores, porque no querian dar al César lo que era de Dios, sin embargo de darle al César lo que le era propio; las armas no podian ser mas desiguales, la debilidad contra el poder, la virtud contra el vicio, la pobreza contra la opulencia, la abnegacion y la humildad contra la soberbia y el desenfreno; y sin embargo tantas desventajas, fué preciso, en el fiero empeño de esterminarlos, acudir al supremo recurso de los tormentos, y la muerte.

La sangre de los ilustres confesores de Cristo se derrama á torrentes por todas partes, llevando en sus frentes el sello de la inspiracion divina y de la verdad de su fé. La sangre de un mártir, cual fructífero grano que cae en la tierra, hace producir cristianos á millares. De aquí ese numeroso y rutilante egército de mártires, argumento invencible, imperecedero é inmortal monumento de la verdad de la religion que profesamos.

Cesa la persecucion, la Cruz triunfa y el lábaro de Constantino aparece sobre la diadema de Emperadores y Césares, demostrando al mundo todo, que su autoridad, que sus leyes, su poder y su gobierno, se hallaban sometidos á la Cruz, á la doctrina sabia y santa, á la sana moral del Evangelio.

No hay pues porque admirarse, repito, que en nuestros dias se les llame fanáticos á los verdaderos católicos, si en todos tiempos la persecucion los ha distinguido con algun calificativo que los haga odiosos; lo que sí de admirar es, que esto suceda en este nuestro estado de ilustracion y de luces, que cuando mas se proclama la tolerancia y una ilimitada libertad de conciencia, se mire con cierto desden al católico, y con él á la religion que profesa, no pudiendo tolerar ni la fijeza é inviolabilidad de su doctrina, ni la observancia de sus leyes, ni la práctica de sus ritos y ceremonias.

En el delirio que padecen algunos filósofos y sectarios de destruir la sociedad antigua para edificar una nueva, queriendo apropopiarse el nombre de redentores de ella, empleando las reformas radicales que abrigan en su mente, y lisongeándose de llevar adelante un cambio total en la faz de la tierra, como lo hizo el Cristianismo, no han premeditado, que la obra del Cristianismo era, y es y será siempre la obra de Dios; la obra de ellos es, ha sido y será siempre la obra del hombre miserable, espuesto siempre, á la aberracion, á la decepcion, y las influencias atmosféricas que respira, segun el siglo en que vive, y hasta sujeto y dominado por su temperamento propio.

En el delirio que nuestros nuevos sectarios padecen de incluir en su preconcebido cambio social la destruccion dal Catolicismo, no han premeditado que la religion, es tan antigua como el hombre, y cuando hablo de religion hablo de la católica, pues si hasta la venida de Jesucristo no la hubo en realidad, la hubo en figuras, no faltando escritor sagrado que haya dicho que la religion y el gobierno teocrático del pueblo judío es el archivo de la religion y gobierno cristiano.

Ellos no han premeditado, que el cambio radical que la religion cristiana hizo en la sociedad antigua fué maravilloso y sobrenatural, pues como dice un sábio doctor de la Iglesia, si este cambio se hizo sin milagros ¿qué mas milagro que este? y sin con milagros, allí hay que reconocer la mano de Dios que dirigle a obra.

No han premeditado que al querer destruir la religion como base de la antigua sociedad, esa base, esos fundadamentos tienen un indestructible enlace con el tiempo y la eternidad; y que á la manera de la misteriosa escala de Jacob, existen relaciones íntimas entre el mundo mortal y caduco, y la ciudad eterna y santa; la misteriosa escala de Jacob, tiene su planta fija en la tierra; y llegando con su vértice á los mismos dinteles del Cielo, está demostrando la contínua, la indefectible asistencia divina que el Sér Supremo presta á una religion establecida con la sangre de su propio hijo humanado, y que en prenda de mayor seguridad tiene empeñada su palabra de estar con ella hasta la consumacion de los siglos.

Ellos en fin, no han premeditado que la religion de Jesucristo destruyó el mal para edificar el bien, destruyó los vicios para edificar virtudes, para estender el conocimiento del verdadero Dios, para asentar el estado normal y mas conforme á la ley eterna de Dios, y segun las nociones de la recta razon respecto á la honestidad y los sentimientos mas puros y que mas enaltecen á la familia y al hombre criado para vivir en sociedad.

Pero ellos destruyen para amontonar ruinas y escombros, destruyen el órden para crear disturbios y anarquía, destruyen el bien para entronizar el mal, haciendo en vez de progreso un retroceso de la sociedad á los tiempos de barbarie, al fiero depotismo de los Césares, ó al caos y cataclismo social.

Y despues de tantas conmociones y guerras intestinas con sus hecatombes y proscripciones, despues de tantas convulsiones con su mal estar y consiguientes inquietudes, ¿qué habrán adelantado en su tan decantada obra de reforma? Que tras los judíos y gentiles vieneu los Corintios, los Efesos y los Gálatas: tras los Nerones y Calígulas, los Constantinos, y tras unos filósofos se suceden otros y otros filósofos, y la palabra de Dios permanece inmutable, y la Iglesia católica firme y estable, y los fieles y siempre verdaderos hijos de esta Iglesia siempre constantes en su fé, despreciando altamente el calificativo de fanáticos con que quiere distinguirlos el espíritu de impiedad que los persigue, y arrostran impávi-

dos todos los peligros hasta la misma muerte, sacrificándose heróicamente por su Dios.

Pero examinemos con la mas precisa detencion qué sea el fanatismo y por qué al enunciarlo haya de entenderse precisamente en religion, cuando en todo se halla.

El fanatismo es el error, la religion es una verdad. La religion es el deber, el fanatismo es el abuso. ¿Podrán unirse en amigable consorcio la verdad con el error, el deber con el abuso? La religion tiene su asiento en la divinidad, y de allí parte para difundir, cual esplendorosos rayos, sus bienes á todos los que la observan íntegra y fielmente; el fanatismo reside solo en el fantástico é ilusorio asiento de aquel que llevando la exaltacion de sus pasiones al grado de frenesí por una idea, no repara en los medios para llevarla adelante; y como quiera que estos medios parten de un cerebro impresionable y fogoso, de aqui los males que produce el fanatismo, sea en religion, ó sea en cualquiera otra materia.

Bulle en la mente de un filósofo la idea de sostener un sistema, acalorada esta idea por otra que le sugiere su imaginacion, y por las estrañas que cree le son favorables; él mismo se forja sus principios, forma sus deducciones, y llega por último á tal grado de convencimiento que con decidido empeño quiere hallar prosélitos; ciegos por supuesto, que en cuerpo y alma se entreguen á su nueva doctrina como á la verdad mas palmaria, cuando en realidad no es otra cosa que el error mas craso y supino. Y si el sistema recienvenido quedase solo en las esferas de la teoría, ó allá por las regiones de la especulativa, no se tocarian sus funestos resultados.

Pero es el caso, que á fuer de valientes y fanáticos, el filósofo y sus secuaces descienden al terreno de los hechos, y desgraciado el que le salga al encuentro en su carrera de destruccion, de terrores y espanto. Esto en mi sentir es fanatismo filosófico.

Por una de aquellas vicisitudes de la vida, ó diré mejor, por uno de aquellos juicios de la Providencia, preséntase en un siglo la gran figura de un valiente y esforzado capitan, que lleva por doquiera pisa su planta una huella de esterminio y devastacion. Embriagado con los laureles de sus victorias y triunfo, el mundo le parece un punto para satisfacer su espíritu de conquista, de dominio y mando, y confiado mas en sus fantásticas ilusiones que en las reglas del arte, avanza y avanza tanto que cae precipitada y vergonzosamente de aquella altura á que lo guiaba su pasion de dominar, su ambicion desmedida de humillar bajo sus plantas á todos los soberanos de la tierra. Esto en mi sentir es un fanatismo guerrero.

Por los grandes conocimientos de química, fisiología, anatomía y otras ciencias análogas que posee un gran Doctor en medicina, hace sus esperimentos, forma sus combinaciones, y por último resultado de sus trabajos y vigilias llega al felíz descubrimiento de una panacea que purifica la sangre, que entona los nervios, que preserva al estómago de indigestiones y lo predispone al apetito; un medicamento en fin, que aplicado al paciente, cualquiera que sea su enfermedad, queda casi instantáneamente sano y salvo. El nuevo específico sale á luz con todo el aparato de propiedad del autor, distintas medallas se ven en su embase y prospecto y haciendo gran furor se aplica indistintamente á toda clase de enfermedades. Esto en mi sentir es un fanatismo médico, que á no pocos les cuesta la vida.

Y así de este modo hallaremos fanatismo y fanáticos en política, en la vida pública y privada del hombre, en el hogar doméstico, en el trato social, en sus relaciones lícitas ó ilícitas, y en todo aquello donde impere una idea acogida con furor, y se lleve por miserables pasiones á tal grado de exageracion y frenesí que produzcan crímenes.

¿Y quién duda que la religion católica proscribe con caracteres indelebles toda exaltacion de pasiones, toda idea exagerada, y todo aquello que no esté conforme con la ley de Dios y la recta razon? ¿Y por qué la religion católica ha de ser la que únicamente tenga fanáticos, ó á la que únicamente se le atribuya el fanatismo? ¿Es por que bajo su sombra se han cometido escesos, y se ha abusado de una institucion tan santa para llevar á cabo otras miras temporales é interesadas? ¿Pero qué es lo que se pone en manos del hombre por sagrado que sea que no sufra abusos? ¿Y si de lo bueno y justo se hace abuso, habremos de confundir lo bueno y justo con lo malo é injusto del abuso? ¿Habremos de proscribir lo bueno y justo porque de ello se haga abuso?

La escuela moderna, constante enemiga de la religion católica, no cesa de clamar, que toda religion es una peste pública, que para hacer á los pueblos ilustrados y felices, es preciso desterrar del universo la funesta nocion de un Dios.

¡Desventurados! Antes que se erigiesen templos ya existía en la inteligencia del hombre la idea de un Dios, idea mas ó menos verdadera, idea que despues viciada, siempre fué la idea de una divinidad que se ocupaba esclusivamente en satisfacer las necesidades de los hombres y cuidaba de complacerlos en sus deseos. ¡Desgraciados! ¿Ellos ignoran acaso que todos los males que sobrevinieron al pueblo de Israel fueron debidos á la separacion que una parte de él hizo del verdadero Dios, entregándose á la idolatría, adorando dioses falsos, corrompiendo aquella luminosa idea, que el Señor había impreso en su alma, del verdadero Dios?

Los sectarios de esta escuela, es decir los ateistas y racionalistas, son los que en realidad hoy pueden llamarse fanáticos, los únicos depositarios del fanatismo, en la misma esencia de sus doctrinas, en la manera de propagarlas y en sus funestos resultados.

(Continuará.)

EL INVIERNO DE LA VIDA,

A DOÑA CELESTINA IGUAL DE LLEONART.

Cuando te ví era ayer!... La primavera
Vestia de esmeraldas
Y olorosas guirnaldas
El escarpado monte y la pradera,
Y *amor* con éco blando
Iban aves y fuentes murmurando.
Hoy, regada la mies en campos de oro
Trocáronse los prados,
Los frutos regalados
Penden del árbol, y el alegre coro
Que amor cantaba un dia,
Tan solo atiende á su naciente cria.
Mañana... ¡Oh dulce amiga! ese mañana
Que tan bello se muestra,
Al que entra en la palestra
Coronada la sien de flor temprana,
¡Parece hórrido y frio
Al pisar los linderos del estío!
Mañana ni una flor habrá en los prados,
Ni una yerba amorosa
Se ostentará orgullosa
En los montes de nieve coronados
Do insectos y avecillas
No cantarán de Dios las maravillas.
Nieve do quier... Doquier escarcha y nieve,
Pálido sol persiste
En reavivar al triste
Arbol, que el cierzo sin cesar conmueve,
Mas ¡ay! que hoja por hoja
De su espléndido manto le despoja!
¡Silencio y soledad!... Pájaro errante
Cruza con vuelo incierto
Por el confin desierto,
Ó á lo lejos anciano vacilante
Se vé que tardo hacina
Las secas ramas que al hogar destina!
¡Hé aquí el invierno lúgubre y sombrío!
Hé aquí el triste mañana
Que primavera ufana
Arrastra de sí en pos... Y ¿cuál, Dios mio,
Cuál será, pues, el nuestro
Limitado por túmulo siniestro?
¿Mas cómo, hermana?... Su semilla esconde
Bajo la nieve el trigo,
El árbol busca abrigo
A su raiz, y el insectillo dónde
Su crisálida hermosa
Ocultar á la muerte desastrosa;
Y solo el hombre, él solo, en podredumbre
Quiere trocarse aleve?
¿Oh quién, oh quien se atreve
A derrumbarle así de la alta cumbre,
Do al precio de sí mismo,
Plugo elevarlo al Dios del cristianismo?
No lo crees... verdad?... No, no! Quien siente
Esta ardorosa llama
Que el corazon le inflama,
Que eleva al cielo su intranquila mente
Sabe que huesa inmunda
Es quien su gérmen celestial fecunda.
Sí, sí! lo sé... lo siento... Me lo dice
Este afanar tan loco
Que el mundo tiene en poco,
Este gemir del ánima infelice
Este amor cuyo centro
Busco por todo el orbe y no lo encuentro.
Mas al volver la mística paloma
Al arca sacrosanta,
Por su pico levanta
Ramo de oliva que entre el musgo asoma,
Y el alma por tributo
No llevará á su Dios preciado fruto?
Tú mas feliz que yo... tú, dulce hermana,
Al regreso dichoso
Dirás al juez piadoso:
¡Hubo en la tierra un hombre á quien ufana
Consagré mi fé pura
Amándole con sincera ternura.
Le hice feliz, Señor! Velé su sueño,
Mitigué sus dolores:
Con bálsamo de amores
Conjuré de la suerte el torvo ceño:
Mira mi copa hermosa
Cual hasta el borde con su bien rebosa!
Y sonarán mil cantos de alegría
En la mansion serena,
Que esto Dios nos ordena:
Amar sin tregua, amar, hermana mia,
Cual los querubes aman
Que en el foco eternal de amor se inflaman.
Dichosa tú, dichosa... Mas mi pecho,
Hermana, tú lo sabes
Que de él tienes las llaves,
Jamás á tierna compasion fué estrecho
Y al lloroso, al doliente,
A Dios y á la creacion amó ferviente.
¿Qué importa pues que airado el cierzo ruja?
Venga el invierno umbrío,
Con su hórrido atavío
Que negra sombra en el confin dibuja;
Venga en buen hora ufano
Y esgrima su segur con férrea mano;

Que si él de plata mi cabello engasta,
Para vencer su hielo
Fuego me ha dado el cielo,
Y con el fuego de mi amor me basta:
Que á su luz portentosa
La caduca vejez parece hermosa!
Flores de amor buscando peregrinas
Crucemos el desierto.....
La muerte es dulce puerto
Porque tras esas nubes argentinas,
Si nuestra vida trunca,
Hay primaveras que no acaban nunca!

ANGELA GRASSI.

AL RIO GENIL.

Rio claro, yo te ví
muy niño, en tu curso blando
trovas de amor ir cantando
al pueblo donde nací:
hombre ya, lejos de tí,
y del pueblo que recreas,
¡oh Genil! ¡bendito seas!
tus ecos, en triste calma,
cuando á sus piés jugueteas,
aún está escuchando el alma.

Los olmos de tus riberas
me dieron para guirnalda
su follage de esmeralda
diez y siete primaveras:
y allí en horas placenteras
con las guijas amarillas
de tus risueñas orillas,
porque á mi amor bien le cuadre,
dobladas ambas rodillas,
hice el nombre de mi madre.

En vano el Miño y el Duero,
alzando su voz bramante,
forman concierto gigante
con el huracan más fiero;
en vano el mar altanero
me hace escuchar su rugido;
yo jamás pondré en olvido,
ni tus pequeñas cascadas,
ni tu arrullante gemido,
dulce concierto de hadas.

Estos valles al cruzar,
en los ecos de la fuente
de tu argentina corriente
oigo el vago murmurar;
te escucho en el castañar
donde la tórtola pia,
y allá en la noche sombría,
si el viento tiene su imperio,
hasta en la inmensa crugía
de este santo *monasterio*.

Manso Genil, cristalino,
que con cuentos orientales
de Loja aduermes los males
en tu curso peregrino;
duélete de mi destino
y al cruzar por Loja, ufano
envia á mi madre, humano,
un casto beso de amor,
y á la tumba de mi hermano
un suspiro de dolor.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

CHARADA.

Yo con tu *segunda* muero
y vivo con tu *primera*;
no me dés tú la *segunda*,
que mi TODO no es que muera.

M. RAMIREZ. U.

Solucion á la fuga de vocales y consonantes del número 40:

La primera charada que publica
El número los *Ecos* treinta y nueve,
Gramática es sin duda cual la esplica.
La segunda, que es mas breve,
Quitasol que abre y cierra significa.
Y la que al Sena diera cuerpo leve
á conservar su vida pronto inclina
si un traje se le dá de *Sedalina*.

Solucion al salto de Caballo inserto en el número 40:

Grama, magra, tio y cama
de *gramática* han salido
Sol que *quita* el quitasol
es el segundo acertijo.
De *seda* se viste *Lina*
quien *nada* tiene, te dijo,
y vá al *Sena* si no dás
de *Sedalina* un vestido.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Juéves 15 de Julio de 1875. Núm. 43.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Influencia de la literatura en el modo de ser de los pueblos, por D. Rafael Luna.—A mi madre (poesia), por D. Rafael Quintana Medina.—Un recuerdo (poesia), por D. Gabriel Enciso Nuñez. Discurso para el acto de la distribucion de premios á los alumnos de instruccion primaria, por Don Gabriel de Navas.—La duda (poesia), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Cantares, por D. Antonio Morales Durán.—Bibliografía (Las Colonias de Inglaterra en América), por D. J. R. T.—Ayer (poesia), por D. José Palacios y Gonzalez.—Amor eléctrico (poesia), por D. Ernesto Silva y Arengo.—Salto de Caballo-charada, por D. José Delgado Carabot.—Charada.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR .	5495
Excmo. Sr. Capitan General de Granada. . .	100
D. Manuel Serna Higuero.	20
Ricardo Valenzuela.	20
Cándido Gonzalez.	20
TOTAL.	5655

En el número siguiente se continuará la lista.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA EN EL MODO DE SER DE LOS PUEBLOS.

Vos estis lux mundi.

Los poetas, llamados en la antigüedad *vates*, que quiere decir, adivinos, no han perdido ni perderán jamás esta prerogativa de su ser, y hoy, como siempre, su mision entre los hombres, no es solo la de ilustrarlos y moralizar sus costumbres, sino tambien preparar las vias del porvenir, cuyas oscuras sendas abren al progreso de la humanidad.

La prueba mas palpable de la importancia de la literatura, del culto que siempre le rindieron los hombres, es que en todos los pueblos de la tierra son los libros sagrados sus mas preciosos y ricos monumentos.

Sin la literatura, sin la forma poética, jamás las ideas completamente abstractas de Dios, de lo infinito, de lo eterno, hubieran tenido asiento en el corazon de los pueblos.

Porque la poesía precedió en el mundo sensible, á cuanto es, á cuanto ha sido, y á cuanto será.

Ella, brotando de la mente del supremo Hacedor, como su hija predilecta, fué la divina inspiracion que le impulsó á crear el universo.

La poesía es solo una, como Dios es *uno*, y si varian su forma y sus atributos, segun la diversidad de pueblos y razas, siempre es la misma la influencia que opera sobre los hombres.

Un pueblo sin literatura, es un pueblo sin vida propia, sin pasado ni porvenir; el verdadero ilota de las naciones.

Antes que su literatura y su idioma, perderán los pueblos su religion, sus leyes, sus costumbres, su misma pátria; porque á su lengua, á su literatura, vá unido su modo de ser, y mientras las conserve, conservará su nacionalidad y su puesto entre los demás pueblos de la tierra.

En tanto que han desaparecido tantas valerosas naciones en el antiguo y en el nuevo mundo sin dejar la menor huella de su paso, el pueblo judío, en su larga peregrinacion por el mundo, en sus diez y ocho siglos de ostracismo, conserva intactas su nacionalidad, sus leyes, su religion, sus costumbres, porque ha sabido guardar cuidadosamente su idioma y su grandiosa literatura.

Sin el poeta, ese verdadero rey de la creacion que condensa en sí todas las afecciones de la humanidad, que cual la luminosa estela, que en los mares tropicales vá señalando la marcha de los buques, señala él la del pueblo que le cuenta entre sus hijos, y semejante á la gigantesca pirámide que en el desierto nos revela el paso de una gran nacion que marcó en ella su huella indeleble sobre aquel vasto mar de movible arena, marca á los ojos de la posteridad la

existencia, la ciencia, la gloria de su pueblo; sin el poeta, repetimos, la humanidad hubiera permanecido siempre en estado salvaje, sin lograr levantar su mente al infinito.

La poesía, la literatura, revelando al hombre su saber, su poderío, la existencia de un ser superior de cuya voluntad depende, revelándole al mismo tiempo las bellezas de la creacion, su superioridad sobre los otros séres que pueblan nuestro globo, le hizo religioso, filósofo, sabio, sociable, apto en fin, del destino para que fué creado.

Porque la religion y la inspiracion son hijas de la fé, y el poeta, el ser mas creyente de los séres racionales.

Si en la infancia de los pueblos, la poesía reviste formas casi sensibles, usa imágenes enérgicas, acentos vigorosos que hieran fuertemente las rudas imaginaciones de sus incultos y sencillos oyentes, cuando adelantando en su progreso material y moral la sociedad trueca en palacios sus cabañas, en esplendente púrpura sus vestidos de toscas pieles, la literatura á su vez adopta formas mas galanas y pulidas, imágenes mas tiernas y dulces, periodos mas redondeados y brillantes, no ejerciendo menor influencia sobre los pueblos cultos y civilizados, que sobre los agrestes y vírgenes.

Los primeros poetas, antes que existiera la escritura, cantaban y recitaban al pueblo sus poesías, sus himnos religiosos, sus cánticos guerreros, sus trovas de amor, que éste conservaba tradicionalmente.

Cuando las necesidades intelectuales fueron creciendo, aun cuando ya el árte de escribir les ofrecía un medio fácil de conservar y propagar su saber, los poetas, progresando en su marcha civilizadora, inventaron el diálogo escénico, y de él nació el teatro, que es hasta hoy el mayor esfuerzo del talento humano en cuanto á la literatura se refiere.

El teatro; es decir el drama, la tragedia, la comedia, que nos representa vivas nuestras pasiones, nuestras debilidades, nuestros vicios, que nos ofrece los héroes del pasado revestidos de la misma forma, animados de las mismas pasiones, víctimas de los infortunios que esclarecieron su virtud, ó castigaron sus crímenes, cual si á través de los tiempos hubieran surgido sus sombras del polvo de la tierra; el teatro, que hace meditar al pensador, llorar al melancólico, reir al risueño y dar á todos útiles lecciones envueltas en grato deleite; el teatro, ó mejor dicho, las representaciones escénicas, son la forma más genuina, más útil, más apreciable de la literatura.

Si hoy la influencia creciente de la música, cuya inferioridad á la poesía no nos atreveriamos nunca á determinar, parece que vá á proscribir el drama de nuestros teatros, y han sido hasta el presente infructuosos los esfuerzos hechos para que estos dos divinos artes puedan aparecer juntos en la escena sin que el uno brille á espensas del otro, como sucedia en el teatro de la antigua Grecia, en el que la poesia era el todo, y el cántico ó la música puramente accesorio; y como sucede en la ópera moderna, en la que la música, el canto, es lo principal, y la versificacion solamente secundaria: quizá en lo porvenir aparezca algun genio que haga intervenir á estos dos poderosos agentes en las representaciones teatrales, sin detrimento de una ni de otro.

Para nosotros, que la poesia no fué nunca el árte de hacer versos mas ó menos correctos, sonoros y galanos, sino la inspiracion, la idea que encarna toda verdadera obra poética, la música cantada, la ópera, mejor dicho, es una obra literaria mas ó menos grandiosa y que se diferencia del drama propiamente dicho, en que en éste, es siempre uno mismo el poeta y el versificador, guardando la mayor unidad y armonía el pensamiento y la forma, la idea y la palabra, la imágen y su vestidura.

En las óperas, el verdadero poeta es el músico generalmente, que sabe revestir su creacion de todas las grandiosas melodías que la inspiracion le arranca, pero que encarga á otro el trabajo de buscar las palabras para espresar su pensamiento, y como el verdadero poeta no puede plegar las álas de su génio á tal prosaismo, los versificadores de óperas suelen ser gentes tan estrañas al arte, como á la inspiracion.

Mas apesar de la creciente importancia de las representaciones musicales y de la innegable decadencia de la declamacion, aun cuando aquí, y solo temporalmente, perdiera la literatura el primer puesto, quédale empero, hoy que tanto se lee, el vasto campo del libro, en el cual reina y reinará sin rival.

En vano las ciencias, en vano la filosofía, en vano las mismas ártes é inventos quieren invadir éste terreno; para penetrar en él, tienen que principiar rindiendo párias á la literatura; para que su libro sea leido, tienen que darle una forma enteramente literaria; forma á la que tienen que amoldarse hasta la misma grave y severa historia.

La literatura marcha tan íntimamente unida á la humanidad, que jamás ha adelantado ésta una línea en su progreso, que no hallemos este adelanto señalado y registrado por la otra.

La filosofía que, hija sola de la razon, pugna por emanciparse de los sentidos, ofreciéndonos únicamente ideas abstractas, no ha conseguido nunca hacerse propalar aislada del sentimiento, y como del sentimiento, aunado al pensamiento, nace la poesia, hé aquí por qué el poeta sabe hablar directamente al corazon de los hombres.

El sabio, el filósofo, al proclamarse cosmopolitas ni aun consiguen, á veces, las alabanzas de sus compatricios; en tanto que el poeta, sin perder nunca su nacionalidad, consigue los aplausos de todos los pueblos de la tierra.

Porque los sentimientos, las pasiones. los afectos, las alegrías, las dichas, son las mismas en toda la raza humana, mientras que las preocupaciones, las leyes, las costumbres, varian hasta lo infinito.

El poeta habla al corazon y á la cabeza de los hombres, y sus palabras hallan siempre eco en ellos.

El sabio, el filósofo, hablan solo á su inteligencia, y no de todos son comprendidos.

El poeta es á la humanidad, lo que el aroma á las flores, lo que la armonía al sonido, lo que la luz á los astros, lo que la belleza á la forma.

Él, personifica, idealiza, reasume las virtudes, las pasiones, los dolores, las esperanzas del pueblo en que vive, y sus cantos y su poesia trasmiten á través de las edades y los siglos el recuerdo, la historia, los hechos de aquel pueblo, como á través de la atmósfera se difunde la armonía; como á través del espacio se dilata la luz, como á través de la materia se dibuja la belleza de la forma.

Y percibimos el aroma, y oimos las armonías y vemos la luz, y admiramos la belleza, por mas que las flores, los sonidos, los astros, las formas. no estén á nuestro alcance.

La literatura, volvemos á repetir concluyendo, es el modo de ser de los pueblos, su vida, su ciencia, su espíritu; y el influjo siempre benéfico que ejerce en su progreso moral, intelectual y material, tan innegable como ineludible.

La literatura marcha siempre á *vanguardia* en el progreso de la humanidad, que se estacionaria, si ella no le abriera las sendas del porvenir.

Cuando la acusamos de impía, corruptora é inmoral porque se adelanta á su época, no olvidemos que la posteridad nos ha de suceder para juzgarla, sancionando y justificando, transformando en *hechos* sus mas avanzadas teorias.

Aun cuando dejamos dicho muy poco de todo lo que, sobre la «influencia de la literatura en el modo de ser de los pueblos» puede decirse, terminamos aquí éste artículo, sin que por eso nos despidamos de los amables lectores de los Ecos, pues quizá en algun otro, volvamos á ocuparnos de este importante asunto.

RAFAEL LUNA.

Á MI MADRE.

¡Ví aquel cuerpo sin vida
amarillento y frio!
¡ví aquellos ojos que me hablaron tanto
sin luz, secos y hundidos!

Yo la llamé mil veces,
mas no halagó mi oido
su acento mas dulcísimo y mas blando
que del áura el suspiro.

Su corazon amante
no daba ni un latido;
¿por qué si ella murió, que era mi vida,
palpitando está el mio?

Yo veo morir las flores
faltándoles rocío,
¡y á mí aun cuando me faltan sus caricias,
por el contrario, vivo!

Y es que sé que su alma
de Dios está al abrigo;
hasta que ya la Eternidad nos junte
ruégale, madre, por tu pobre hijo

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

A MI AMIGO EL DISTINGUIDO POETA
D. ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

UN RECUERDO.

Perdona buen amigo
que al escribirte por la vez primera
cien ecos de dolor, de hondo quebranto
broten del alma mia.
es que busco en el alma una memoria
y solo encuentro llanto!
Hay una pena en mí que me persigue
cual negra sombra del dolor crüento,
á veces se adormece
cansada de luchar, mi voz entonces
de la eterna afliccion libre, levanto
y canto yo al amor, otras se agita
y en medio de mi canto
cual oscura fantasma resucita.
Es un recuerdo triste! Es un recuerdo
que el alma alienta que en mi ser palpita
que sigue á mi existencia
sin que lo acerbo del dolor mitigue,
como sigue la luz siempre á la noche
como la muerte á la existencia sigue.

. . . . . .

Deja, mi caro amigo,
que deposite en tí mi amargo duelo
recuerdo de una historia muy sencilla,
cual su queja en el bosque la avecilla;
cual en la flor sus lágrimas el cielo.
La amistad es el campo
donde dá rienda suelta á sus pesares
el alma dolorida;
oásis perfumado
en el desierto inmenso de la vida.
. . . . . .
Estoy en un jardin: cien y cien flores
me cercan por doquier que en otros dias
robaron á la tarde sus colores.
Hoy las veo; las toco; mas no encuentro
ese pétalo ardiente
que asemeja á los rayos de la tarde,
ó es que ciegan mis ojos
el fuego de los rayos de mi frente.
No canta el arroyuelo
los himnos que cantaba en otros dias;
ni escucho ya en las aves
aquellos ecos suaves
que llenaban los mundos de armonías;
¡así como mi lira están de tristes!
¡así como mi alma visten luto!
¿Señor, por qué en mi anhelo
haces tú sin que calmes mis dolores
que vea tantas sombras en las flores;
que mire tantas nubes en el cielo?
¡Ah! que el cierzo iracundo
llevó en sus álas al correr sin calma
la flor mas hermosísima del mundo;
la flor á quien canté!... la de mi alma.
Desde entonces un páramo sombrío
mi pecho fué, mi corazon arbusto
desnudo de sus hojas;
el llanto á borbotones
corrió surcando mis megillas rojas,
y no hallé un cáliz para el llanto mio.
Los cielos para mí visten encajes
negros como el dolor, el mundo entero
es buque que se agita cual fantasma
en piélago profundo
formado con las lágrimas del triste;
y yo llevo el timon; yo, hácia la costa
del llanto y del pesar, arrastro al mundo.
En mi loco delirio
miro por todas partes; no veo flores,
ni pájaros, ni fuentes, ni colores;
todo es opaco y triste y todo arredra;
el cielo ante mis ojos
paréceme sombrío cementerio
entre oscuros crespones oscilando;
las nubes que se ven, tumbas de piedra,
y los fúlgidos astros que se agitan,
espíritus no mas que van llorando.
Diria que los cielos y los mundos
la pena de mi alma adivinaban,
y que tristes cual yo, cual yo afligidos,
la flor llorando que en mi alma habia,
con mantos de dolor se cobijaban.
Diria... ¿mas quién sabe
si el Hacedor al escuchar mis quejas
mezcladas con el canto
que tristísimo entona el pecho mio,
por último rocío,
arrojó sobre el mundo olas de llanto!
Oh! ¿cuándo este recuerdo que en mi alma
vive siempre perenne como vive
el sol en lo infinito, ya apagado
se borre para siempre?
Cuando torne la calma
y la flor que perdí haya brotado.
Pero jamás será: aquellas flores
que mústias, deshojadas, ya marchitas,
arrastran por los suelos
sus corolas benditas,
otro tiempo vendrá, vendrá otro dia
que la sávia, las perlas de los cielos
les den nuevo calor, nueva ambrosía;
entonces ellas lucirán sus galas;
entonces ellas se alzarán hermosas;
y otra vez recordando
la flor que yo perdí, la flor del alma,
que no vendrá pues que se fué por siempre,
me mirarán llorando,
y las lágrimas tristes de mis ojos
cual ásperos abrojos
caerán punzantes en mi herida abierta
sin dejar en mi pecho paz ni calma
. . . . . .
que la flor que arrancaron de mi alma
es la mujer que amé, que lloro muerta.

GABRIEL ENCISO NUÑEZ.

DISCURSO,

que para el solemne acto de la distribucion de premios á los alumnos de isntruccion primaria de esta ciudad, pronunció el presbítero D. Gabriel de Navas, Cura ecónomo de la Parroquia de Ntra. Señora del Socorro de la misma.

(CONCLUSION.)

Quitadle al hombre la religion y la conciencia y entregarlo al capricho de sus inclinaciones naturales, quitadle la idea de Dios y dejadlo á mereced de su ra-

zon; ¿serán buenas todas sus inclinaciones naturales?¿ se hallarán todas conformes con la justicia y equidad, si es que queda este principio equitativo y justo? Divinizada la razon... ¿prestará al hombre todas las garantías de una razon recta, de conformidad con la razon mas ó menos recta de los demás? Esto seria el mayor de los fanatismos, porque sin ley, sin Dios, y sin conciencia, cada cual llevaria los abusos al mas alto grado de frenesí, sus pasiones sin freno no conocerian límites, y el furor por hacer imperar sus ideas sobre los demás, reduciria á la sociedad á una horda de salvages. La venganza, la ambicion, la avaricia, la envidia, los estímulos de la carne y todas las demás inclinaciones naturales tomarian un desarrollo estraordinario, como nos lo acredita una triste esperiencia, y la historia del siglo pasado, que al espirar, manifestó al mundo lo que es el hombre entregado á sus propias inclinaciones, adorando con supersticiosos cultos á criaturas degradadas y cubiertas del lodazal inmundo de la prostitucion, bajo el título de la diosa razon, llevando su fanatismo á tal grado de delirio, que la cuchilla se hallaba ya embotada por el número de víctimas que habian sido inmoladas en la guillotina.

¿Y qué diremos de nuestra contemporánea historia?

La secta es la misma, los sectarios los mismos, los resultados los mismos y el fanatismo el mismo; y estos mismos pretenden conducir á los pueblos á la felicidad y á la ilustracion desterrando de ellos como fanática la idea de Dios, de religion y de conciencia.

Por eso ha sido y aun es siempre ese decidido empeño en despertar en las masas y en todas las clases de la sociedad el deseo de saber, no para enseñarlas, sino para prepararlas á recibir inconscientes sus malignas como impías inspiraciones; ese es el verdadero y lógico resultado de las luces que han difundido, luces que lejos de ser antorchas que iluminaran los entendimientos, son mas bien terroríficas teas incendiarias, que llevan en pos de sí la devastacion y la ruina; ese es todo el gran desarrollo de la literatura, á la que tanto se glorian algunas naciones haber dado tan estraordinario como eficacísimo impulso; ciencia, literatura y luces que siempre han estado vedadas por la religion católica, cual otra fruta del paraiso, por mas que la serpiente diga hoy lo que dijo entonces á nuestros primeros padres; comed de esa fruta, amamantaos de esa doctrina, de esa ciencia, de esas luces, y sabreis como Dios; sereis ilustrados, sereis científicos, y saldreis de la ignorancia. Esta ciencia, estas luces, esta literatura impía es la que ha prohibido siempre la religion á sus hijos, como contraria á la verdad, como nociva á las costumbres, como destructora de la sociedad, y mas que todo, como contraria á Dios y á sus leyes inmutables; y esta prohicicíou tan justa, tan equitativa y razonable, es el pretesto de los sectarios para inculparla de obscurantista y fanática.

Las universidades, los colegios, las casas religiosas, las escuelas particulares, tantos centros de enseñanza para el pueblo, sostenidos todos y fundados por la Iglesia, son una prueba incontrastable de que la religion del Crucificado ha protegido siempre la ciencia, la ilustracion del entendimiento, que ha difundido siempre las luces y ha mejorado en lo que ha estado de su parte las condiciones de todas las clases, tendiendo siempre al perfeccionamiento de ellas.

Pero sobre sus falsedades, y sofismas, sobre sus maquiavélicos principios está la palabra de Dios que nos dicta que toda criatura está sugeta á la potestad de su Criador, y esta sugecion y dependencia se halla en proporcion de su modo de ser, y relativamente á su creacion. El inanimado, el vegetal, el animado, el simple espiritual; ¿y será únicamente el hombre que participa de todos estos, el que haya de ser tan libre é independiente de su Criador, tan dueño absoluto de sus acciones y tan irresponsable de ellas, que no tenga otras ligaduras ni deberes que la de darse cuenta á sí mismo para juzgarlas?

Si pues esto es un absurdo como todos los sistemas de la moderna filosofía contra religion, diremos para concluir, que la existencia de un Dios, la religion santa que nos enseña esta existencia con los preceptos de amor, de adoracion y obediencia que debemos tributarle, la religion sacrosanta que nos enseña la caridad como base fundamental de nuestras acciones para amar aun á los mismos que nos odian y persiguen, no es el fanatismo, no envuelve el fanatismo, no produde el fanatismo; la religion del Crucificado es la perfecta observancia de la ley de Dios, cuya observancia por estricta que sea no puede llamarse fanatismo, porque en ella no hay abusos, ni conciencia estraviada, ni exaltacion de pasiones, ni furor de ideas que produzcan males, ni crímenes que manchen la dignidad del Cristiano.

Conducir pues á la juventud en su vida doméstica, social, y literaria por los preceptos y consejos de la religion católica, religion única y verdadera, no es conducirlos al fanatismo, al oscurantismo y la ignorancia.

Ahora bien. ¿Y quiénes son los primeros llamados á inculcar estos religiosos principios en el tierno corazon de la juventud? A los directores y maestros les ha cabido esta feliz suerte, en cuyas manos, han depositado sus padres esas prendas de su corazon, esperando de su celo, de su bien conocida piedad y virtud, y de la caridad tan inherente al ministerio elevado que egercen, sabrán corresponder con fino y delicado tacto á sus fervientes paternales deseos, no olvidando aquella máxima, de que empapada por primera vez un ánfora de esquisito licor, aun despues de muchos años, sus fragmentos conservarán su grato aroma, el suave y fragante olor.

Aquellas primeras nociones, aquellas primeras ideas que imprimais en su alma, las conservarán siempre. De

vuestros lábios pende la educacion moral y religiosa, la educacion literaria y social y acaso, acaso la suerte ó desventura de vuestros discípulos.

Mucha contraccion, mucho trabajo, trabajo asíduo y constante, mucho desprendimiento es necesario á vuestro digno cargo; este exige de vosotros que consagreis todos los momentos de vuestra vida, en bien de estos séres inocentes, viendo vuestros trabajos altamente compensados con la gloria que esperimentais, con el dulce consuelo con que rebosará vuestra alma, al ver que han correspondido á la educacion y buena enseñanza que les habeis prestado.

De este modo habreis tambien correspondido exacta y fielmente á las sábias disposiciones del Gobierno que felizmente nos rige, el gobierno de nuestro monarca Alfonso XII, que entre los gloriosos timbres que tanto le enaltecen, ostenta el de piadoso católico, para honra y gloria de Dios, para bien y felicidad de la Iglesia, y para honor y prosperidad de nuestra España

De este modo habreis tambien secundado los fervientes y benéficos deseos de esta Junta directiva, que emplea todos los medios, que escogita recursos, y adopta cuantas disposiciones se hallan á su alcance en utilidad y adelanto moral y literario de la juventud.

Y vosotros, tiernos hijos de la católica Iglesia, que en los primeros albores de vuestra vida principiais á alimentar vuestra alma de aquellas ideas, que desarrolladas en su dia han de formar un núcleo de doctrina y ciencia que os conduzca al honor y á la ventura, aquel núcleo de rectitud, de fidelidad, de justicia y de lealtad para combatir las malas pasiones que presenta el genio del mal; vosotros, esperanza de vuestros padres, de la religion y de la pátria, seguid marchando por la venturosa senda que os marca esta misma religion.

Así sereis gratos á vuestros padres, que con tanto afan, con tanto desvelo, y acaso con tantas penalidades y privaciones os crian y os educan para proporcionaros un porvenir honroso, un distinguido puesto en la sociedad, y toda la mas segura subsistencia.

Esta misma religion os enseña que los honreis, que los respeteis, y los obedezcais, reconociendo en ellos una autoridad, que como emanacion de la autoridad de Dios, representan en la tierra al mismo Dios. Que los ameis, despues de Dios mas que á ninguno otro ser, y los socorrais, si fuese preciso, en sus necesidades.

Asi serais gratos á vuestros maestros, que interesados en ilustrar vuestro entendimiento y dirigir vuestros pasos en el tiempo mas interesante de vuestra vida, no han perdonado medio en consagrar todos sus cuidados á vuestro bien, á vuestra ilustracion y aprovechamiento.

Obedecedlos y respetadlos siempre como á otros segundos padres, y que vuestra conducta sea la corona de gloria de sus trabajos.

Amad y respetad siempre á vuestros semejantes, aborreced siempre el pecado, y jamás aborrezcais al pecador; sed caritativos, siempre benignos, siempre dóciles, siempre humildes: que Dios resiste á los soberbios y á los humildes les dá su gracia; y estad seguros que de vosotros es el reino de los Cielos.

He dicho.

LA DUDA.

Sombra, que cruzas por mi frente, vaga;
pero que oprimes mi anhelante pecho;
nube que ciegas mis marchitos ojos,
déjame presto.

Ven, realidad, terrible ó como seas;
ven; aleja ó confirma mi tormento;
retira de la duda el hondo y triste
martirio incierto.

Ven y dame reposo ó desvarío;
dame paz ó enloquece mi cerebro;
mira el alma, que tiembla y se confunde;
mira mi pecho.

¡Ay! que la duda con su lento paso
ya mis sueños de amor vá destruyendo;
voy mirando caer, mústias y secas,
dichas que fueron.

Fiebre letal mi corazon corroe;
siento hervir en mi pecho ardiente fuego,
y bullen en mi cráneo, entre mis sienes,
ideas de hielo.

. . . . . .

Vuela, si, realidad; ven á mí pronto;
beban mis lábios el placer ó el duelo;
¡no puedo sufrir mas! ¡es muy terrible
vivir muriendo!

ANTONIO GIMENEZ VERDEJO.

CANTARES.

Si crimen fuese el amarte
Y cárcel tu corazon,
Ser sentenciado anhelara
A perpétua reclusion.

Es una nave el cariño,
De nuestra vida en el mar;
¡Ay de ella, si los celos
Le levantan temporal!

Manila. ANTONIO MORALES DURÁN.

BIBLIOGRAFÍA.

Las Colonias de Inglaterra en América.

Este es el título de un bello discurso debido á la pluma del escelente publicista D. Rafael M. de Labra, que hemos recibido en esta redaccion.

No nos proponemos hacer el juicio crítico del citado discurso; casi puede decirse que el buen nombre y reputacion de su autor nos escusan de esta tarea; nuestro objeto es solo indicar á aquellas personas para quienes sea desconocido el interés de la obra que nos ocupa.

Su importancia se deduce de su título; la colonizacion moderna, como el mismo Sr. Labra tiene dicho, es uno de los hechos capitales que registra la historia de nuestros tiempos, y su trascendencia tal, que por sí solo bastaria para definir y carecterizar la historia de las sociedades modernas.

Asi, pues, esto indicado y para no salir de nuestro objeto, pasamos á reseñar la obra que nos ocupa.

Al fijar el autor sus miradas en Inglaterra, cuyo sistema de colonizacion estudia, pinta con elevado criterio la civilizacion de este pais, manifiesta su admiracion hácia él y encarece su importancia en la historia, considerándolo como el salvador de las modernas nacionalidades porque ha sabido asegurarles su independencia y su libertad política.

Revestido de la imparcialidad histórica, como debe, y teniendo en cuenta el objeto que se propone, se decide luego á «fijar el sentido y valor de Inglaterra»; y al hacerlo, al formular el concepto que le merece la nacion inglesa, al querer sintetizar en una sola palabra su juicio acerca del pueblo británico, le llama *pueblo positivo*, pero no *egoista*, aduciendo en apoyo de este juicio, fehacientes pruebas sacadas de la historia filosófica y económica de Inglaterra.

Cumplido este primer objeto, examina ó, por mejor decir, investiga las causas que han determinado el carácter inglés, y como resultado de su estudio, las halla en su raza, su situacion geográfica, la naturaleza de sus relaciones con los demás pueblos, su religion y sus instituciones políticas. Nadie puede dudar de la importancia de estas investigaciones; pero el que lea el discurso del Sr. Labra, podrá convencerse de la exactitud de sus juicios y de la oportunidad con que sabe aprovecharse de ellas al estudiar la obra de la colonizacion inglesa.

Una vez sentados por el autor estos preliminares, pasa á determinar el orígen y procedencia de las diferentes colonias de Inglaterra, y tomando como punto de partida la confederacion de *los trece estados*, se detiene particularmente en Virginia, trazando su historia política. Dignas de todo encomio son las consideraciones en que al llegar aquí se detiene, y tanto más lo son, cuanto que la verdad de sus apreciaciones históricas dá nuevo interés á este trabajo.

Parando luego su atencion en otra série de ideas, estudia las condiciones en que se hallaban estos estados cuando se llevó á cabo su colonizacion: las circunstancias porque atravesaron, su grado de cultura y otros detalles importantes, todos se hallan consignados, todos se analizan á través del prisma de la historia y guiado por las severas reglas de la crítica.

La política adoptada por Inglaterra con respecto á los colonizadores, las relaciones comerciales de las colonias entre sí y de estas con su Metrópoli y con el estrangero, las modificaciones operadas en el sistema político de las mismas á causa de los cambios verificados en la Constitucion de Inglaterra, todas las peripecias, en suma, que atajaron ó favorecieron la obra colonial, todas se hallan espuestas en el discurso que reseñamos; llegando por último su autor á la época en que aquellos estados que por doquier respiraban las puras áuras de la libertad, sintieron empañado su brillo con el impuro hálito de la esclavitud, institucion funesta y de trascendentales consecuencias, institucion que mas tarde habia de contribuir á levantar los corazones de los hombres libres y á proclamar la independencia de aquellas colonias donde mas fuertemente arraigó tan tiránica servidumbre.

Aquí termina este magnífico discurso por no ser de su objeto (y si de otro trabajo aparte, el entrar en el exámen de la obra colosal de la independencia americana, de aquella gran obra consecuencia del pacto de 1776.

Nada añadiremos á lo dicho al comenzar; el discurso del Sr. Labra es verdaderamente digno de aprecio; su detenida lectura no puede por menos de ser útil y grata á los que se dedican á los estudios históricos, económicos y políticos; es además una obra de propaganda como la llama su propio autor, una obra que bajo la forma de un discurso y dentro de los límites del mismo, se halla escrita con detenida meditacion, profundo juicio y correcto estilo, una obra por último, digna de ser siempre leida y acaso nunca con mas razon que hoy, ante los grandes acontecimientos políticos y sociales de nuestra época.

J. R. T.

A. C. G. y G.

AYER.

Cándida flor de perfumado aroma,
Aura sutil de sin igual frescura,
Rosa linda, ideal, casta paloma,

Mas que del ángel la sonrisa, pura
Eres tú para mí, porque mi alma
No encuentra sino en tí la dulce calma.

Graciosa ninfa de ideal belleza
Ondina amante que en el rio mora,
Bella sultana de oriental grandeza,
Aérea silfa que mi pecho adora,
Ráuda vision de celestial encanto,
Tu gracia, amor y tu hermosura canto.

Gimiendo triste sin cesar mi pecho
¡Oh hermosa Cármen! cuando yo te ví
Bendije tu hermosura satisfecho
Ardiendo amante el corazon por tí;
Rogué tanto mi bien que al fin rendida
Tu amor me distes y con él la vida.

José Palacios y Gonzalez.

AMOR ELÉCTRICO.

Tu calma me desespera,
pues cuando llego á tu casa,
una hora y otra, pasa,
y yo *espera* que te *espera*.
Además me han *enterado*
que coqueteas con otro,
y esto me tiene en un potro
y de un humor endiablado.
Por mas que mi ingenio afilo
para buscar la razon,
no la encuentro, y mi pasion,
me vá dejando hecho un *hilo*.
Si un dia te pido cuenta
de tu estraño proceder,
entonces hay que temer
una furiosa *tormenta*.
¿Has creido que mi amor
no se resiente por esto?
Si estás en ese supuesto
estás en un grave *error*.
Sabes que es grande mi afan,
que tu faz tan pura y blanca,
me atrae como á la *palanca*
atrae el *electro-iman*.
Pero, chica, aunque te pese,
(no digas que me propaso)
si sigues asi, en el caso
me veré de darte el *cese*.

Ernesto Silva y Arengo.

SALTO DE CABALLO-CHARADA

REMITIDO POR

D. JOSÉ DELGADO CARABOT.

			tra	es			
		mas	ger.	bre	quin		
	Dos	le	ta	to	u	nom	
na	en	Se	de	mu	ra,	me	re
de	em	Es	mi	ra	do	na	el
	u	u	ti	del	pri	pa	
		bre	mi	na	de		
			ta;	mú	ra	se	
			ca	le	no	te	
		ar	Sig	ce	si	u	ten
		gun	tra	cu	vés.	en	nan
mi	bi	lo	me	ter	ta	na	cua
da	ra	se	tam	y	tro	mi	so
			es	en	y	pri	con	y

Principia en la casilla número 1 y concluye en la 80.

La solucion en el número 45, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos la remitan.

CHARADA.

Soy legítima diccion
del vocabulario nuestro,
un verdadero adjetivo
de dos palabras compuesto;
sílabas tres, letras siete
con mezcla de malo y bueno:
es mi sílaba *primera*
el mal que á nadie deseo,
así como *dos* y *tres*
para todo el mundo quiero
por ser de lo que mas sano
en el diccionario encuentro.
Debiendo advertir ahora,
como por via de ejemplo,
que nunca se ha de mezclar
lo que es malo con lo bueno,
porque el todo será malo
como claro dicho dejo.

Saturino Garcia Calvo.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

SI—NO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Sábado 24 de Julio de 1875. Núm. 44.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Discurso leido en el acto de la adjudicacion de premios por la Junta de Instruccion Primaria, por el Secretario Ldo. D. José Pinzon y Carcedo.—Epístola (poesia), por D. José Pajarero y Topete.—Mi vecina (soneto), por D. Antonio Rojo y Sojo.—Cantares, por D. J. R T.—Acta de la tercera sesion de la comision ejecutiva de monumento á Espinel.—En el abanico de mi inolvidable prima la Srta. D.ª A. S. T. (poesia), por D. Rafael Gutierrez.—¿Qué es la mujer? (poesia), por D. José Perez Cortina.—Declaracion (poesia), por D. Angel Garcia.—Charadas.

DISCURSO

leido en el acto de la adjudicacion de premios á los niños de las escuelas públicas de esta ciudad, por el Secretario de la Junta de instruccion primaria, Ldo. D. José Pinzon y Carcedo.

Qui misericordiam habet, docet et erudit, cuasi pastor gregem suum.

Eclesiástico cap. 18. v. 13.

SEÑORES:

Al molestar hoy vuestra atencion por breves momentos, no lo hago solamente por el deleite que esto me proporciona, sino en cumplimiento del deber que me impone la ley en razon del puesto que entre vosotros ocupo. Esto solo os bastará para comprender que pido seais indulgentes, compasivos conmigo en la lectura de esta mal coordinada oracion. Entro, pues, con timidez en ella pero con gusto, porque siempre estoy ganoso de ocuparme de cuanto al engrandecimienlo del humano espíritu se refiere.

La Junta de primera enseñanza, cuya existencia es debida al decreto del Gobierno del Reino de 19 de Marzo pasado, ha venido á continuar la árdua tarea empezada por la que cesó en ese dia y que tenia su razon de ser en el de 5 de Agosto ds 1874. Estos en mas lata esfera, como cumplia al estado político que la creó, y aquella en mas reducida órbita como corresponde al presente, una y otra responden de una manera cumplida al objetivo de su creacion: el fomento y desarrollo de la instruccion de todos, el mejoramiento intelectual y moral de la generacion que naciente hoy ha de regir mañana los destinos de la pátria, en sus aspectos político, social, económico y moral; es decir, que ha de personificar mañana la idea del derecho en su mas ámplia manifestacion.

Si no fuera, Señores, por temor de molestaros demasiado, quizás me estenderia mas de lo que he de hacerlo, porque harto conozco como vosotros, que es difícil, imposible encerrar en estrechos límites un trabajo, cuando este trabajo tiene por objeto ponderar la excelencia del cultivo intelectual y moral del hombre, como ser sensible, inteligente y libre. Pero yo estoy precisado á ahogar mi deseo por mi deber, que es ahora molestaros, repito, todo lo menos posible. Y como este trabajo tiene por objeto haceros presente, patentizaros los de la junta en este semestre, os diré que desde el dia 19 de Abril pasado en que se constituyó, se agita sin descanso por llenar el fin de su cometido; y una prueba paladina de ello la teneis en este acto, que es por decirlo así el resultado, la síntesis de su actividad material é influencia moral en la enseñanza pública primaria. Inspirada en el principio santo de que todos los hombres somos iguales ante la ciencia, como ante Dios, puesto que Dios es la ciencia misma, ha tenido en cuenta para la adjudicacion de premios los grados de adelantamiento de el sugeto, sin desoir las consideraciones de lugar y de tiempo, pero sí desatendiendo las posiciones sociales que en nada pueden pesarse ante el mérito, porque nada valen. Vereis, pues, acercarse á este recinto confundidos todos los niños de Ronda; el hijo del que ocupa posicion social encumbrada, con el del que es menestral ó bracero, porque como he dicho y ahora repito, ante la ciencia y ante Dios, todos los seres humanos tienen la misma consideracion y merecen el mismo respeto.

Satisfactorio ha sido el resultado de los exámenes ocurridos en el pasado mes; satisfactorio en estremo, tanto para examinadores y examinados cuanto para sus ilustres maestros que han demostrado una vez mas

con cuanta abnegacion y desinterés ejercen la mas grande de las obras de misericordia, *enseñar al que no sabe.*

Y digo la mas grande, porque los es, porque el saber es lo que dá por resultado la verdadera moral, y por consiguiente el mejoramiento de la humanidad que busca su ideal en el perfeccionamiento psicológico, por mas de que muchas veces los hombres erremos el camino. Voy entrando ya en consideraciones que no son de este lugar, pues repito, que es difícil encerrrar en estrechos límites un trabajo, cuando tiene por objeto ponderar las excelencias del engrandecimiento del espíritu humano. Poco flexible ha sido la junta en prodigar los premios del saber. Así lo digo para satisfaccion de todos: el que veais aquí, honrado con ellos, es porque lo merece, es porque sabe; y sabe en razon de su desarrollo físico y moral, que en el órden general de la naturaleza caminan siempre paralelos.

Asi pues, no debe estrañaros el que sean premiados niños de escasa edad, que son los ángeles de la tierra, porque esos niños saben lo posible en razon de su desarrollo físico y moral. La Junta, señores, en una palabra, ha premiado el saber donde quiera que lo ha encontrado. ¿Y sabeis cuál es el premio á que ella aspira, en pago de sus desvelos, de su abnegacion, hasta el estremo llevada de abandonar sus mas urgentes quehaceres, para consagrar el tiempo al fomento de la instruccion primaria? Pues es la gratitud de los padres y familias de los niños. Solo con esto queda premiada, porque los premios de las accioues del alma se remuneran con la paridad, es decir, con otra igual manifestacion del alma misma.

No quiero molestar mucho vuestra atencion, pues ya veo en el semblante de alguno que es padre, el deseo de que llegue el momento en que su hijo obtenga el premio á que se ha hecho acreedor.

Pero aunque molesto os vaya siendo, no puedo dar punto aquí, porque es de mi deber consagrar algunas frases á los maestros de primera enseñanza. Todos los pueblos modernos, á imitacion de los de la antigüedad, han consagrado mucha parte de su atencion á la enseñanza primaria por haberse creido el mas neeesario elemento para la prosperidad material y moral de los estados. Grecia, cuna del saber moderno, consagró tanto su atencion á esto, que la potente Roma, la orgullosa señora del universo, se vió precisada á llevar á Atenas sus jóvenes mas aventajados para que recibieran allí y pudieran importar á su pátria los conocimientos que tanto distinguieron á aquel pueblo en las ciencias físico-naturales y político-sociales. Y sin embargo de que Roma, es por decirlo así, discípula en el saber de la estudiosa y reflexiva Grecia, se diferencian en mucho en sus manifestaciones literarias. Roma cultiva con excelencia la ciencia del derecho, pero del derecho civil, en primer término, descuida el político y abandona en absoluto el penal. Grecia desarrolla el derecho en su aspecto político hasta el grado que no hay idea ni fórmula en este siglo, que no conocieran Platon y Aristóteles; descuida el civil de una manera incomprensible, olvidándose tambien en absoluto del penal. (1) Grecia cultiva la literatura toda en su mas ancha esfera. Roma la cultiva tambien, pero se hace representar en su teatro las comedias y tragedias griegas. Es decir que Grecia fué original en la poesía, en el teatro, en las artes, en la filosofía, y Roma plagiaria en todo, menos en la evolucion del derecho.

Pues bien, señores, estos pueblos que son por decirlo así los maestros de las civilizaciones modernas, han consagrado mucha parte de su atencion á la enñanza del pueblo por creerlo el principal elemento de su prosperidad. Asi vemos abrirse en las principales ciudades de Grecia y Roma escuelas en donde se enseñaba á mas de lo elemental y rudimentario, física, matemáticas, historia natural, filosofía, artes y derecho. A ejemplo de estos pueblos, todos los modernos han procurado fomentar la instruccion, y comprendiendo la importancia del profesorado, se elevó á la categoría de destino público.

España tambien entró desde muy temprano en este sendero, y si desde luego no dió los resultados tangibles que en otros paises, ha sido solo por estar ocupada con una guerra de raza, que comenzando en las llanuras de Guadalete y reanudándose en las montañas de Asturias, duró siete siglos en terminarse en los pintorescos y amenos valles de Granada. España pues, tiene confiada á vosotros el porvenir, puesto que os ha encargado de la primera educacion de sus hijos, y os toca llenar cumplidamente vuestro deber para que ella obtenga los beneficios que espera.

Ha dicho un sabio, «dadme la educacion de una »generacion y os daré el porvenir de un siglo». Pues teneis en vuestras manos ese porvenir, que lo merece muy alagüeño España, porque si hoy está postrada por razones que no son de este lugar y por una guerra fratricida que devasta y empobrece sus provincias del Norte y del Oriente, es sin embargo la España de Viriato, de Pelayo, de Cervantes, Lope y Calderon, de Churruca, Gravina y Galiano, la que civilizó el nuevo continente, y la que ha sacrificado en aras del mejoramiento de la humanidad, su tranquilidad y su desarrollo intelectual ó científico é industrial.

(1) Este abandono es bajo el punto de vista filosófico.

España merece el respeto del mundo y el cariño de sus hijos; y como cada cual debe demostrar el amor á la madre pátria dentro de la órbita que le está trazada, la vuestra se reduce á no poco, *á enseñar al que no sabe*. Si trabajais por ello y lo conseguis, estad tranquilos, que os debe mas á vosotros, modestos obreros de la ciencia, que á los que crean haberlo hecho todo conduciéndola á la victoria en cien combates.

En esta ocasion habeis demostrado que sois operarios diligentes, y que trabajais con decision por su reconstitucion y fomento.

Debo decir para terminar cuatro palabras á los jóvenes que me escuchan que pueden oirme como el amigo mas sincero. No abandoneis el camino que teneis empezado, no desmayeis por adversa que la fortuna os sea. Trabajad y sereis felices y honrados, os servireis á vosotros mismos, á vuestras familias y á la pátria. Oid siempre con ávida y religiosa atencion los consejos del maestro. Entrad siempre en la ciencia sin despreciar los conocimientos de hoy por encariñaros demasiado con los de mañana, porque en la ciencia como en todo, la tradicion es necesaria para el progreso, porque no puede concebirse este sin aquella. La generacion que se vá os lega el caudal de conocimiento, que tiene, y vosotros, conociendo en pocos dias lo que ha sido el resultado de pensar muchos años, adquirís un caudal de conocimientos grande; esta es la tradicion, lo que á vosotros toca hacer es el progreso.

Sed revolucionarios, sí, pero revolucionarios del espíritu, revolucionarios como Jesucristo que predicó y enseñó la emancipacion del hombre como ser racional y libre. Que demostró de una manera tangible la igualdad del ser humano, lo odioso de los privilegios antiguos; y con ellos los del dia, que sentó para siempre sobre la tierra el principio imperecedero de igualdad, sin predicar absurdas nivelaciones, porque hubiera sido tanto como menoscabar su omnipotencia, creando una monotonía que daria por resultado la paralizacion del progreso. Que anatematizó la esclavitud, que enseñó á respetar al poder civil, que organizó la familia, que estableció y definió las relaciones de los cónyuges; en una palabra, que varió en absoluto y por completo el organismo social de la humanidad. Esta es la verdadera revolucion, la revolucion del bien, la que representa la virtud, la que representa y encarna el progreso, la que está en armonía con la razon y el derecho.

Sed sordos á las utopias; despreciad al que os halague, porque la verdad es siempre austera, y halaga, no á los sentidos ni á la fantasía, sino á la conciencia, á la razon, al alma. Si no olvidais estos consejos, si los practicais sereis buenos, honrados, virtuosos, y recibireis la bendicion de Dios, de la pátria y de la ciencia. He dicho.

A MI AMIGO, EL ILUSTRADO PUBLICISTA Y DIPUTADO A CORTES,

D. ANTONIO LUIS CARRION.

EPÍSTOLA.

En la ciudad que Guadalvín undoso
Copia, al pasar por el profundo alveo
Tendido al pié del tajo tenebroso;

En este hermoso eden, donde yo creo
Pronto en las mias estrechar tu mano,
Esta epístola fecho, y te deseo,

Caro Carrion, cual á mi mismo hermano,
Salud, prosperidad, dichas extrañas
Y cuanto halague al corazon humano.

Yo entre tanto, Luis, de estas montañas
Entre el nevado circulo viviendo,
Sosegado rincon de las Españas,

Iré con la memoria recorriendo
Aquellos dias de placer, pasados
Como las olas en el mar, corriendo.

Corriendo, sí! ¿No fueron como airados
Rayos de la tormenta de la vida,
En un cielo revuelto desatados?

¿No fueron como en rápida corrida
Esos bellos paisages que se alejan
Por nuestra espalda con veloz huida,

Y que en el alma los recuerdos dejan,
Negras cenizas de apagado fuego
Que ni aun los años al pasar despejan?

Bajo el manto de paz y de sosiego
Que la mañana de la vida tiende
Por sobre el génio de la infancia ciego,

Surge el fantasma del amor, que prende
Su inmensa antorcha en la rosada lumbre
Que el candoroso corazon enciende,

Y luego, poco á poco, á la vislumbre
De su ardiente fulgor, abre los ojos
La juventud fogosa, y á la cumbre

De la existencia alzándose, en despojos
Vé trás ella quedar las ilusiones,
Cual desde ocaso el sol sus rayos rojos.

Empieza á descender; los escalones
De la ráuda pendiente de los años
Salta, mejor que pasa, á tropezones,

Y abrumada por fieros desengaños,
Oye la voz de la verdad que zumba

Con tristes ecos, á su oido extraños,
Y un ¡ay! que exhala postrimer, retumba,
Ronco gemido, en el espacio hueco
Y cae, por fin, en pavorosa tumba.

Tal es la triste vida, débil eco
De un suspiro fugaz, desvanecido
Como en la hoguera el combustible seco.

Por eso no comprendo al descreido
Mundo, en que flota la existencia mia,
Bajel de penas en su mar perdido,

Por eso no comprendo la porfía
Ni el vivo afan con que, buscando el oro,
Conmueve al hombre la avaricia impía.

¿Qué vale, pues, al rico su tesoro,
Amasado quizás con desventuras
De otros que vierten incesante lloro?

¿Qué al cesáreo poder las inseguras
Conquistas que le brindan sus victorias,
Alzadas sobre negras sepulturas?

Empresas de los héroes irrisorias,
¿Qué sois, si hasta Roma la invencible
Del bárbaro á los piés echó sus glorias?

¿Podreis, domando su poder terrible,
Vencer al tiempo y levantar alguna
Herencia secular indestructible?

El necio, el vano orgullo os dió la cuna,
Brillando vuestra rápida existencia
Mientra en sus brazos os llevó fortuna.

Perenne solo tu poder, ¡oh ciencia!
Es y á la vieja humanidad fecundo,
Porque es tu esencia la Divina Esencia.

Oye, Carrion: cruzando el ancho mundo,
El génio de la Grecia osó, altanero,
Bajo la planta de su pié iracundo

Mirar esclavo al universo entero.....
¡Hoy, disipado su poder, le restan
Solo los nombres de Platon y Homero!

Álzase Roma; al asomar, le prestan
Sábios principios las helenas ruinas
Que en laureles marchitos se recuestan,

Y elevando su vuelo en las colinas
Que el Tiber manso y cristalino baña,
Las indómitas águilas latinas

Van á clavar con furibunda saña
Sus garras destructoras, desde Oriente
Hasta la noble y valerosa España.

César, ceñida de laurel la frente,
Sube atrevido al Capitolio, y Roma
Bebe en tanto el placer lánguidamente:

Acrece el vicio; mas, al cabo, asoma
Por la cumbre del Gólgota sagrado
La luz de la verdad, que le desploma,

Y el mundo entonces, de fulgor bañado,
Al bote rudo de la goda lanza,
Vé el gentílico altar desmoronado.

Ruedan los siglos sin cesar; avanza
El Cristianismo por la ingente tierra,
Rico de fé, virtudes y esperanza,

Y entre el incendio de salvaje guerra,
Salva el arte, la ciencia y cuanto bueno
La civilizacion que muere encierra.

Mas perdona, Luis, si te condeno
A enojosas y largas digresiones,
Del púnico al hablarte ó del heleno,

Quiero decir que buscan las naciones,
Nenospreciando la razon, la gloria
En la bárbara lid con sus legiones,

Y llenando de crímenes la historia,
Consiguen conquistarse solamente
Un nombre de odiosísima memoria.

Mas tú, que elevas la inspirada mente,
En álas de una rica fantasía,
Sobre los siglos, como luz ardiente,

No necesitas que la musa mia,
Pobre, enferma, raquítica y llorona,
Te aturda con histórica elegia;

Pues conoces muy bien, (y lo pregona
Tu ilustracion profunda,) los achaques
De la arrugada humanidad *jamona*.

No, pues, amigo, á relucirme saques
Las gloriosas conquistas de la ciencia,
Que cambian ya de rumbo mis ataques,

¿No es verdad que es maestra la esperiencia
En hombres y en principios, y que guia,
Faro de salvacion, la inteligencia?

Contempla, Luis, la pátria; donde ardia
La llama de la fé, surge imponente,
Preñada de rencores, la heregía;

Donde la oliva de la paz riente
Un génio laborioso cultivaba,
Hoy el laurel de guerra alza la frente,

Donde la calma y el amor reinaba,
En la rica ciudad como en la aldea,
Sus corvas garras la discordia clava,

Y al eco rudo del cañon que humea,
Tremolando sus negros estandartes
Vá la muerte en los campos de pelea.

Muere la industria, arruínanse las artes,

Desplómanse costosos monumentos
A la luz del incendio, en todas partes.

Dominan corrompidos elementos;
Que viven en caótica anarquía,
Ambiciosos sin fin, los pensamientos.

¡Ah, desdichada España, pátria mia,
Consume, al fin, el cáliz de amargura
Que llenaste en el mar de la utopia!

Ayer con lumbre vigorosa y pura
Un sol de libertad te coronaba.....
¡Hoy te amaga tremenda desventura!

Mas lucha, lucha como siempre, brava;
Que es mas noble, mas grande, mas glorioso
Morir con honra, que vivir esclava.

Y si en los brazos del tirano odioso
Sucumbieras al fin, si las cadenas
Sugetáran tu brazo poderoso,

Con la sangre caliente de tus venas
Escribirás sobre tu inmensa fosa,
Tu historia de combates y de penas.

¡Oh, luz del génio, libertad preciosa!
Será posible que vencida seas
Por la vil ignorancia tenebrosa?

De la humana razon ricas preseas
Que en tu cielo purísimo se agitan,
¿Morirán deshonradas las ideas?

¡No es posible, gran Dios, pues aunque irritan
Los violentos embates y extravios
Que en esta loca sociedad palpitan,

Tambien desbordan su raudal los rios,
Y despues, encauzada su corriente,
Se amortiguan sus ímpetus bravíos.

Entre tanto, ¿en qué piensan los que al frente
Están de nuestra pátria desdichada,
No hace mucho feliz y sonriente?

. . . . . .
(1) . . . . . .

¡Cuánto plagiario cuenta en sus anales
La historia de este siglo de las luces,
Cómicos Bonapartes en pañales!

Yo me quedo, Carrion, haciendo cruces
Al verlos elevarse; pero luego,
¡Cómo me rio cuando caen de bruces!

La política actual es como el juego:
Talla el mas hábil con astucia y maña;
(Perdóname la frase) suelta el pego,

Y dejando á los probos la cizaña,
Siega la miés en la campiña amena
Del presupuesto de la madre España.

Mas, aunque tanta sinrazon me apena,
Creo muy justo que pase lo que vemos
Todos los dias con la faz serena,

Aquí, sin excepcion, todos queremos,
Aun aquel que no tiene una peseta,
Tocar de la abundancia los extremos,

Y dándola de sábios, la palmeta
Del crítico empuñar, y cual yo mismo,
Echarla, haciendo versos, de poeta.

¡Cuánta audacia! qué impúdico cinismo!
¡Qué ambicion tan procaz, tan desmedida!
¡Qué subido de punto el egoismo!

Ya no se busca en el amor la vida:
Sino en el oro, á quien se vende el hombre
Como la impura meretriz perdida.

Y doncellas conozco, (no te asombre
Tan horrible verdad), que han subastado
Su amor, su dicha, su virtud, su nombre.

Pero dejemos esto..... Enamorado
Te supongo, Carrion, de alguna hermosa
Belleza de ese eden privilegiado,

Cuando asi olvidas la amistad preciosa;
La amistad, que te envia estos tercetos
De mal rimada, vergonzante prosa.

Y aquí termino por salir de aprietos:
Ama, goza, diviértete y recibe,
Con esta humilde epístola, respetos
Del amigo sincero que la escribe.

José Jimenez-Pajarero y Topete.

Ronda 25 de Octubre de 1873.

(1) No siendo noble ni discreto combatir á los caidos, suprime el autor algunos tercetos en que censuraba actos de determinados personajes políticos, hoy alejados de las esferas gubernamentales; descartando, además, de esta manera, todo lo que no es relativamente general.

MI VECINA.

SONETO.

Mas esbelta y gentil que la palmera
que se mece atrevida en ancho valle,
existe para adorno de mi calle
una niña preciosa y hechicera.

De luenga y abundante cabellera,
mirada que asesina, airoso talle,
su rostro encantador basta miralle
para tener el alma prisionera.

Miradla en su balcon, dejad que ria
y separe el cabello de su frente;

quiere estár aun mas bella todavía,
Parece que hace señas á un teniente
y le contempla henchida de alegria...
¿Quiere usted esplicarme lo que siente?

ANTONIO ROJO Y SOJO.

CANTARES.

Me dices que eres de otro
Y que adorarte no debo.....
Pues..... *¿hay fruta mas sabrosa*
que la del cercado ajeno?.....

Me dices que él te adora,
Y no lo estraño,
Porque al fin tu cariño
Le das en pago.
Mucho mas grande
Es mi amor, pues no espera
Que tú le pagues.

J. R. T.

Acta de la tercera sesion de la Comision Ejecutiva de monumento á Espinel.

En la ciudad de Ronda, Mártes 1.º de Junio de 1875.

Reunida la Comision Ejecutiva del Monumento de Espinel en el despacho de la Alcaldía, el Sr. Don José M.ª Jaudénes abrió la sesion esplicando que el objeto de ella era celebrar un contrato particular con el escultor D. Joaquin Rodriguez para que éste procediese inmediatamente á la construccion del Monumento. Presentóse el dicho Sr. Rodriguez y mostró un diseño de tamaño natural que fué detenidamente examinado por los señores de la Comision, y puestos de acuerdo en todas y cada una de sus partes, se estendió por el Secretario un documento que copiado dice:

«El Sr. D. Joaquin Rodriguez Illescas queda desde este momento comprometido con la Comision Ejecutiva que entiende en el proyecto de levantar un monumento á la memoria de Vicente Espinel, á construir el que representa el plano que entrega, bajo las bases y precios siguientes:

Primera.—La altura de toda la obra será la de siete varas desde su zócalo hasta el remate de la corona de laureles, divididas en la siguiente poporcion: zócalo y grada, una vara; pedestal, vara y cuarta; columna, tres varas y tres cuartas; y arquitrabe y corona una vara.

Segunda.—El material que ha de emplearse será: de mármol del pais, del capitel abajo; los cuatro costados ó caras del pedestal, de mármol de Carrara; y del capitel arriba, de la mejor piedra que se eucuentre en el pais y mas apropósito, teniendo en cuenta que sea de la mayor solidez posible.

Tercera.—El monumento quedará terminado, colocado y cubierto de lienzos, para la antevíspera de la próxima feria de ocho de Setiembre.

Cuarta.—La Comision abonará al Sr. D. Joaquin Rodriguez, por el importe de su trabajo, gastos de colocacion, materiales y aparatos todos de la obra, la cantidad de seis mil y quinientos reales, pagaderos en los plazos siguientes:

Primero, el dia 15 de Junio.

Segundo, el dia 1.º de Agosto, en que estarán mediados los trabajos.

Tercero y último, el dia que quede colocado el monumento y recibido por la Comision.

Estos plazos será cada uno de 2166 rs. y 66 cts.

Quinta.—El Sr. Rodriguez garantiza el cumplimiento de este contrato y la seguridad y solidez de la obra, con los bienes que posee.»

Acto seguido el Sr. D. Joaquin Rodriguez firmó el contrato á presencia de la Comision, que acordó que por el Secretario se le estendiese y entregase copia autorizada.

Inmediatamente se procedió á redactar las inscripciones que habian de llevar los dos lados del pedestal que no contenian bajo relieves con los atributos, y despues de un ligero debate se aprobó que la dedicacion fuera concebida en estos términos:

RONDA.

A

SU HIJO

VICENTE ESPINEL.

AÑO

DE

1875.

El Sr. D. José Pinzon Carcedo propuso que en el otro lado se esculpiera:

Márcos de Obregon.
Incendio y rebato de Granada.
Espinelas, Sátiras.

Aprobada su proposicion, y no habiendo otro asunto de que ocuparse, se dió por terminado el acto de todo lo que como Secretario, certifico.—Rafael Gutierrez.

Señores que concurrieron:—D. José M.ª Jaudénes. D. Bartolomé Morales del Valle.—D. Adolfo Izquierdo.—D. Leonardo Perez de Guzman.—D. Eusebio Aparicio.—D. Francisco Atienza.—D. Rafael Atienza. D. Rafael Gutierrez.

Está muy adelantada la construccion del monumento de Espinel.

Es notable por su mérito el chapitel de la columna que está ya terminado.

Parece que empieza á agitarse el proyecto de erigir en Ronda otro pequeño monumento al Padre Fray Diego José de Cádiz, en la plazuela de la Paz.

UNA PUESTA DE SOL EN LA ESTACION DE FERRO-CARRIL DE ANTEQUERA.

EN EL ABANICO DE MI INOLVIDABLE PRIMA LA SEÑORITA

DOÑA A. S. T.

El sol con sus puros rayos
Dora la estendida vega
Y ya su fúlgido rostro
Próximo á ocultarse muestra.
Es de la tarde el crepúsculo,
Y la claridad incierta
Vá dando campo á las sombras
Que por Oriente se acercan.
Es el misterioso instante
En que con tintas mas bellas
Pinta el sol montes y prados,
Campiñas, valles y sierras.
Es la hora en que las flores
Ya cerrar su cáliz piensan,
Y sus mas ricos aromas
Dan al céfiro que llega.

. . . . . .
. . . . . .

Aun del sol los rayos bañan
Aquella elevada peña,
Que la tradicion romántica
A dos amantes recuerda.
Mira como..... allí..... á lo lejos
Como un gigante se eleva,
Un sudario de oro y grana
Parece que el sol le presta.
¿No es verdad que allá en su cima
La imaginacion inquieta,
Cree divisar un fantasma,
Cree ver la amante pareja
Unida en estrecho abrazo,
Pronta á arrojarse por ella...

. . . . . .

Séres que tanto se amaron
Siempre el que siente recuerda,
Y si la mano del tiempo
Esparció como pavesas
Sus cenizas, aun no han muerto,
Que viven, bullen, alientan;
La tradicion les dá vida,
Les dá forma la leyenda.

Tambien del que ausente vive
No se está si en él se piensa;
La memoria evoca ausentes,
Y en la mente se presentan.
Tú que, niña, abandonaste
A Ronda, tu pátria bella,
La ciudad del hondo tajo
Que el claro Guadalvin riega,
Las de las tajadas rocas,
Las de las frondosas huertas,
Dedica, Anita, un recuerdo
A las personas que en ella,
Por lo amable, no te olvidan;
Por simpática, te aprecian;
Por lo graciosa, te quieren;
Te admiran, por lo discreta.

RAFAEL GUTIERREZ.

Agosto 1874.

QUÉ ES LA MUJER?

CARTA A MI QUERIDO AMIGO ANTONIO MORALES DURAN.

Fuertes razones me hacen escribirte
esta carta; y decirte
que me aclares, Antonio, cierto asunto
que me tiene algun tanto cejijunto:
mas te advierto que guardes gran secreto
y no seas indiscreto;
pues como ya verás en lo que resta
te hablo de la mujer..... y es cosa espuesta.
Antes que yo existiera, mil autores
cantaron sus primores,
ó con graciosa sátira, felices
cantaron *sus deslices*:
unos dijeron mal, otros muy bien
y yo diria tambien;
pero prudente callo: es mi intento
solo contarte un cuento
ó hacerte en lo posible comprender
que es lo que opino yo de la mujer
despues que casualmente me he enterado
cómo un *santo* y un *sábio* la han llamado.

Yo que me gusta leer los libros viejos
forrados en pellejos

por aquello que dice la sentencia.....
buscando en ellos ciencia
tropecé cierto dia
con un libraco y en el cual decia:
«*Es orgullo del hombre la mujer*»
yo, no dudaba que pudiera ser,
mas pensé que este dicho era del diablo,
pero ¡asómbrate Antonio! era San Pablo:
quien con tanto cariño la llamaba,
yo tambien me asusté; no recordaba
ese vulgar probervio tan sabido
y que tu habrás oido,
«*La mujer puede tanto, puede tanto*
que hace pecar á un santo:
Entonces yo, llamando á mi memoria
de la mujer la historia,
se vino lo primero á mi mollera
lo que nunca quisiera,
Antonio, me acordé, ¡qué maldicion!
que el sábio de los sábios, *Salomon*
la llama entre otras cosas *condenada*,
y al verla de este modo asi llamada,
dudé de Salomon y de San Pablo
y con verdad te hablo,
que yo no acierto quién tendrá razon
si será San Pablo, ó Salomon.
Por lo dicho ya ves cual es mi duda
y al llamarte en mi ayuda
comprenderás, Antonio, que no entiendo
lo que sea la mujer; yo no comprendo
siendo San Pablo, santo,
¿por qué la ensalza tanto?
¿Por qué la ultraja con impío lábio
el sábio Salomon, siendo tan sábio?

José Perez Cortina.

DECLARACION.

Señorita: que me admita
A usted por Dios la suplico,
Porque si me dá usted un mico
Me divide, señorita.
Yo soy un jóven que espera
Gran cosa del porvenir;
Ya la puedo á usted decir
Que la ofrezco una carrera.
En facultad, licenciado
Solo aspiro á ser Doctor;
Si consiguiera su amor
Cuénteme usted doctorado.
Tengo escrita una pragmática
En estilo supra-enfático
Con ella yo catedrático
Seré y usted catedrática.
Si consigo ser Rector,
Que lo seré sin demora,
La juro á usted por mi honor
Que la llamarán Rectora.
Si de ministro ponente
Subo al tribunal de Renta
Usted será presidenta
Si me nombran presidente.
Y si mi suerte no es mala
Y en una guerra formal
Ascendiera á general,
usted será generala.
Soy un dije, Señorita,
Y á juzgarlo yo la invito;
De usted un sí necesito,
Y ese sí es el que me admita.
Su contestacion espero
Y me mata ya la espera,
Si usted me dice que muera
Digo ¡muérete! y.... me muero.

Angel Garcia.

Granada 1872.

CHARADAS.

Yo te adoro,—*tres* y *cuatro*,—con anhelo—y con afan,—y por eso—*tres* y *dos*—toco á veces.—regular. Y si dudo,—niña mia,—y cantando—lo hago mal, no por eso—*dos* y *cuatro*—con derecho—me dirás—tu dijiste—que mi acento—de conteto—te llenó,—cuando en *prima tres* y *cuatro*—me esperabas—con amor.—yo gozoso un regalo—muy bonito—te llevé,—y como era—de mi todo—y era bueno—lo compré.

Juan Martinez y Romero.

Letra vocal es mi *prima*,
mi *segunda* es letra griega,
mi todo dice el que rie
y el que le duelen las muelas.

R. P. C.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

MAL—SA—NO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Domingo 1.° de Agosto de 1875. Núm. 45.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Algunas reflexiones sobre el emplazamiento de la columna en honor de Espinel, por Don José Jimenez-Pajarero y Topete.—La Oracion de la Tarde (Leyenda), por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—A Sofía (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—La niña enamorada (poesía), por D. Rafael Quintana Medina.—Antonio y Maria (cuento), por Mosen Lope Benavides.—A una niña (poesía), por D. Salvador Lopez Ramos.—Cantares, por D. R. M.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	5655
D. Miguel Gomez de las Cortinas.	20
» Ramon Gomez de las Cortinas. . . .	20
Exmo. Sr. D. Francisco de los Rios Rosas. .	80
TOTAL.	5775

En el número siguiente se continuará la lista.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE EL EMPLAZAMIENTO DE LA COLUMNA EN HONOR DE ESPINEL.

Los anales de la historia de Ronda registran muchos y muy brillantes períodos de engrandecimiento; ninguno, sin embargo, tan fecundo como el presente, en que tantas importantísimas mejoras vienen de consuno á enriquecer los raros atractivos de la capital de la serranía.

La traida de aguas potables, trascendental suceso que hará digno de eterno aplauso al actual municipio; la reedificacion de la plaza de la Constitucion, y por último, la ereccion de una columna que conmemore dignamente el alto merecimiento del insigne rondeño, orgullo de las pátrias letras, excelente músico, soldado valeroso y docto sacerdote, Vicente de Espinel, timbres son todos que este pueblo debe consignar en su antigua y nobilísima ejecutoria.

Por nuestra parte, al escribir estos desaliñados renglones, haciéndonos intérpretes de la opinion de gran número de respetables personas de esta Ciudad, nuestra pátria adoptiva, enviamos á sus hijos todos la mas sincera y entusiasta enhorabuena.

En cuerda con nuestro propósito y con la representacion de que nos hemos revestido, vamos á emitir algunas observaciones respecto al parage donde, en nuestro sentir, debe erigirse la citada conmemorativa columna; y para que la exposicion de los argumentos en que creemos apoyarnos sea clara y metódica, examinaremos la cuestion bajo tres aspectos distintos: bajo el punto de vista histórico; con relacion á las condiciones locales de los sitios elegibles, y finalmente, teniendo en cuenta la conveniencia general. Pero ante todo, cúmplenos protestar de que una austera imparcialidad, exenta de todo género de afecciones, ha de inspirar este modesto escrito, para el que, anticipadamente, impetramos la indulgencia de nuestros lectores.

Solo cuatro puntos diferentes, porque hacemos abstracion de la alameda del barrio de San Francisco, conocemos en Ronda que puedan disputarse la posesion del honorífico monumento, á saber: la alameda principal, la del Socorro, la plaza de la Constitucion y la que por antonomasia es llamada desde remotos tiempos, «Plaza de la Ciudad». Ninguna de las tres primeras, áridos despoblados en el siglo XVI en que floreció nuestro poeta, puede alegar, como la última, el que podemos llamar derecho de tradicion; derecho que por sí solo debe inclinar la balanza del lado de la antigua plaza.

En vano se pretendería trasportar íntegro á otros lugares, erigiendo en ellos el artístico monumento, el imperecedero recuerdo del fecundo escritor; en vano se

esculpiría su nombre y el de sus mas notables obras sobre lucientes y ricos mármoles, si estos se amontonaban lejos de aquellos sitios que fueron inmediatos testigos de su vida. Mas elocuentes que todos los monumentos póstumos, mas elocuentes que todas las inscripciones y todos los relieves, son esos modestos compañeros, si abandonados de su cuerpo, saturados de su espíritu. ¡Con cuánto mayor y mas vehemente afán busca el ilustrado *touriste*, al recorrer la isla de Córcega, la casa en que naciera el coloso de este siglo, Napoleon el grande, que en la fastuosa París los arcos, columnas y obeliscos consagrados á su memoria! ¡Cuánto mas habla de Bernadotte la modesta, la humilde casa de Pau, casi reducida á escombros, que sus palacios de Stockolmo! Cruzad la Europa, el mundo en todas direcciones; contemplad, henchidos de fé santa, las suntuosas basílicas, los magníficos templos del Cristianismo; volad luego á Palestina, y arrodillados sobre las tostadas arenas del desierto, fijad los ojos en los áridos montes que circundan á Jerusalem..... ¿Dónde palpitará con mas violencia vuestro corazon, ante los monumentos de Roma ó ante la breñosa frente del Gólgota? Si se nos diera la eleccion sobre un viaje á Roma ó á la tierra santa, todos, seguramente, optariamos por la cuna de nuestra consoladora religion.

Pero cortando estas digresiones, sobradamente extensas para nuestro propósito, aunque perseverando en el mismo órden de ideas, volvamos directamente á nuestro objeto.

Suponed erigido el monumento en el parage mas adecuado fuera de la ciudad antigua, en la alameda principal; suponed adornadas sus inmediaciones con todo el gusto y esmero posibles, embellecidas con fuentes y jardines, con árboles y flores, atractivos todos que, (dicho sea de paso), quedarán muy por debajo del encanto que la natutaleza otorgó rumbosamente á nuestro primer paseo. ¿Habreis conseguido con eso dar al monumento aquel colorido clásico, aquella poética atraccion que le darán indudablemente los vetustos y blasonados edificios de la ciudad antigua? No lo creemos así, no lo creen tampoco, - y esto ha fortalecido nuestra opinion, - la mayor parte de las ilustradas personas á quienes hemos oido sobre este asunto. Además, ¿creeis que los extraños que visitáran nuestra poblacion, contemplarian el monumento con preferencia á las vistas de los balcones del Tajo? Ni siquiera osamos suponerlo. En suma, si la columna se colocase en el hermoso barrio del Mercadillo, cualquier viajero, aun despues de verla, buscará con avidez la casa que habitó Vicente, el hospital de Santa Bárbara, del que fué Capellan Real, y, sobre todo, el soberbio templo, al que estaba adscrito como Beneficiado, y bajo cuyas altas bóvedas, á los armoniosos acordes del órgano, su génio inmenso, elevándose á las serenas regiones del Arte, buscaba á raudales ardentísima inspiracion; extrañando no ver levantada esa columna al lado de esos otros monumentos que han hecho rodar el nombre de Espinel sobre las frentes de tres siglos. Estas son, á nuestro juicio, algunas de las razones históricas y generales qne apoyan nuestra pobre opinion.

Condiciones partículares de los sitios elegibles.

Hemos dicho antes que entre todos los lugares que, fuera de la ciudad antigua, pueden disputarse la posesion de la obra á que venimos refiriéndonos, el mas propio, el que llena mayor número de condiciones es la alameda principal. Esta verdad, que á primera vista se evidencia, la hemos oido confirmar por autorizadas personas de indisputable competencia; sin embargo, atendiendo á las consideraciones que llevamos expuestas, teniendo presente, que para realizar esta idea, seria forzoso hacer una revolucion completa en tan bello paseo, (perfectamente concebido por cierto), destruyendo calles enteras, talando la mayor parte de los árboles, á tanta costa criados, y sin conseguir por eso realzar su encanto, tan favorecido por especiales condiciones topográficas, superiores á los ornatos del arte; creemos inoportuna, hasta inconveniente esta eleccion, si bien juzgamos necesarias en él algunas reformas, que no habrán pasado ciertamente desapercibidas para el ilustrado Cuerpo Capitular y su dignísimo Presidente.

La plaza de la Constitucion, centro de Ronda, pero servidumbre de paso para el puente y otras dependencias públicas, queda *ipso facto* fuera de concurso; tanto mas cuanto que, si nuestros informes son exactos, se piensa atinadamente construir en su centro una gran fuente con grueso y abundante salto de agua.

Réstanos en el Mercadillo la elegante, pero pequeña alameda llamada del Socorro, otro de los puntos señalados por algunos para la colocacion de la obra conmemorativa; pero esta obra, que necesariamente ha de establecerse sobre una plataforma de proporcionadas dimensiones, erigida en el centro de dicha alameda, la obstruiría casi totalmente, quedando, además, ella misma ahogada y sin condiciones de vista ni lucimiento. Hemos oido tambien asegurar que se optaba por algunos establecer el monumento en el estremo sudeste de esta alameda; pero estos rumores deben ser infundados, por cuanto semejante anti-artístico y anti-geométrico pensamiento no merece ocupar la atencion de ninguna persona de mediano gusto siquiera.

Hablemos ahora de la conveniencia general, que aconseja la ereccion en la antonomástica plaza de la Ciudad.

¿Será posible que exista un habitante de Ronda, uno solo, que vea con glacial indiferencia el primer

templo de su pátria ciudad, uno de los mejores de esta diócesis, levantarse entre escombros y ruinas? No lo creemos, no podemos ni queremos creerlo. Pues cuenta que, si no se ataja la desercion ya iniciada, embelleciendo las cercanías de la Iglesia Mayor, pronto, muy pronto nos contristará tan desolador espectáculo, pronto, muy pronto tendremos que exclamar, imitando á Rioja:

La casa de Espinel, antes preciada,
¡Ay! *yace de lagartos vil morada.*

Semejante desgracia cedería en desdoro de Ronda, y no creemos que haya quien manche los preclaros blasones de su pueblo natal.

La plaza de la Ciudad, aun cuando bastante irregular al presente, por su extension, mayor que la de todas las de Ronda, por tener dos de nuestros primeros edificios, Santa Maria y el Cuartel, por ser de fácil y poco costosa la reforma, mayormente cuando tambien se esperan obras en las ruinas del Castillo, por todas las razones históricas, locales y de general conveniencia arriba enumeradas, es el sitio llamado á poseer el artístico monumento. Eríjase, pues, en ella, y habremos prestado á Ronda un señaladísimo servicio.

Esta plaza podria exornarse á semejanza de la de la Merced de Málaga, ó bien en otras formas distintas; que muchas ocurrirán á los que se hallan al frente de este asunto.

Para concluir, repetiremos que estas observaciones, si bien en armonía absoluta con nuestra opinion, nos han sido inspiradas por multitud de personas de arraigo, respetabilidad, ilustracion, y reconocido gusto; siendo esta la causa que nos hace dirigir hoy nuestra pobre y desautorizada, aunque sincera voz, á los lectores de los Ecos del Guadalevin.

José Jimenez-Pajarero y Topete.

Ronda 25 de Julio de 1875.

LA ORACION DE LA TARDE.

LEYENDA.

CAPÍTULO I.

LA DESPEDIDA.

Era una noche silenciosa, oscura:
De esas tétricas noches del invierno
Que envuelven como en fúnebre sudario
Entre sus sombras al callado suelo.
En que el rumor de la uniforme lluvia
Se oye tan solo en medio del silencio,
Trayendo á la memoria muchas veces
Su monótono son, tristes recuerdos
Como negros fantamas del pasado,
Pesares y dolores envolviendo.
En que se juzga oir voces estrañas
En el silbar de impetuoso viento,
Y en que todo por fin, melancolía
Inspira al agitado pensamiento.
De una empinada sierra allá en la cumbre
Entre nieblas densísimas envuelto,
A la luz del relámpago se mira
Un antiguo castillo que altanero,
Su negra planta entre las rocas hunde
Y su cabeza en la region del trueno.
Vago fantasma de la noche oscura
Que al alma infunde indefinible miedo,
Parece dibujándose en la sombra
Erguido hasta tocar el firmamento.
Allá en su torre el agorero canto
Se oye del buho, destemplado y seco,
O la estridente voz de la lechuza
Que dá á la noche singular concierto.
Mas con estos rumores confundido
Se percibe tambien dudoso éco.....
No es el fragor del trueno todavia,
Ni el zumbar melancólico del viento.....
Bien pronto por la falda de la sierra
Del relámpago azul á los reflejos,
Se mira galopar marcial ginete
Hácia el castillo el rumbo dirigiendo.
No le acobardan las nocturnas sombras,
Ni de la tempestad los signos ciertos,
Ni los mil precipicios que halla al paso
Le hacen templar de su carrera el vuelo.
Entre peligros mil con loca audacia
Por el alta montaña vá subiendo,
Y al pié del negro muro del castillo
Detiene su corcel; mudo un momento
Permanece, y al fin dá tres palmadas,
Cuyo leve rumor repite el eco.

A la luz de una lámpara sencilla
De lumbre temblorosa,
Se mira con trabajo una capilla
Desierta, silenciosa.

Solo en un breve círculo esparcia
La luz su resplandor;
Y el resto entre las sombras se perdia
Infundiendo pavor.

Y un blanco altar que adornan solo flores
De aroma virginal
Se vé, y en él la virgen de Dolores,
Purísima, ideal.

La débil claridad casi estinguida
Baña con triste luz
La imágen de la Madre dolorida,
De pié junto á la cruz.

De sus pálidos lábios un gemido
Parece vá á salir.
Cual si su pecho de dolor transido
Pudiera ya gemir!

Y es tanta la tristeza que fulgura
Su amoroso mirar,
Que en él un mar inmenso de amargura
Se deja adivinar.

Yo no sé qué perfume, qué consuelo
Se exhala de Maria,
Cuando nos mira así á través de un velo
De llanto, de agonía.

Mas su mirada dolorosa y pura
Se refleja en el alma,
Y cual el sol ahuyenta noche oscura,
Al triste corazon vuelve la calma.

Ante el místico altar arrodillada
Una mujer se vé: ferviente ora,
Y en suspiros envuelve la cuitada
La gracia aquella que en su anhelo implora.

Como cendal de espíritu celeste
Que se abandona en pliegues, ondulante,
Así es de blanca su sencilla veste
Que resalta su pálido semblante.

Suelta la cabellera, negra, ondosa,
Acaricia sus hombros y su cuello,
Y en su triste mirada vagarosa
Se vé lucir purísimo destello.

Y el blanco mate de su ebúrnea frente
Que vela melancólica tristura,
Y de sus ojos el mirar luciente
impregnado de lánguida ternura,

Sus lábios agitados, temblorosos,
Y sus manos cruzadas sobre el seno,
Revelan en sus signos silenciosos
Que está su corazon de angustia lleno.

¡Pobre mujer tan apenada y sola!
En el mar de la vida turbulento,
Batida acaso por revuelta ola
De ignorado y amargo sufrimiento!

Mas, súbito un rumor hirió su oido;
Que de fuera en el muro resonára,
Y su lábio lanzó débil gemido
Cual si de sueño ansioso despertára.

Alzóse leve; y turbada, incierta
A un ángulo llegó, murmuró un nombre,
Oyóse el rechinar de oculta puerta,
Y el sagrado recinto pisó un hombre.

—Maria! esclama con ansioso acento:
—Fernando! dice ella en débil voz,
Y quedan silenciosos un momento
Sin atreverse á proseguir los dos.

—Llegó el instante al fin de la partida,
(Siguió el galan, apuesto caballero),
Vengo á darte mi adios de despedida,
Un adios que tal vez será el postrero!

Se aprestan ya los bravos campeones
De la morisma infiel á la pelea,
Y al tremolar al aire sus pendones,
El último á partir no es justo sea.

El rey, la voz de mi deber me llama:
Calle de amor el poderoso grito
Que aquí en el fondo de mi pecho clama:
Es preciso marchar; asi está escrito.

Silencio sepulcral siguió un instante;
Oyese empero el llanto de Maria,
Que á las tristes palabras de su amante
Con ahogados sollozos respondia.

—Si acaso léjos de tu lado muero
¿Tendrás para mi amor una memoria?
—Jamás olvidaré mi amor primero
Ni jamás de tu fé la triste historia.

Mas no, Fernando, tu temor es vano;
Ven, de la dulce celestial Maria
A implorar el auxilio soberano,
Y en salvo, en salvo estás si ella te guia.

¿Lo recuerdas? la vez que tu mirada
Mi vida iluminó por vez primera,
Ya entre sombras la luz casi velada,
La dirijia mi oracion postrera.....

Y siempre luego al resonar los bronces
A ella oré y me escuchó: ¿por qué no ahora
Si su amparo imploramos, como entonces,
No ha de ser nuestra tierna protectora?

Pongamos con entera confianza
Nuestro amor en sus manos de clemencia,
Y nuestra firme fé, nuestra esperanza
Templarán lo rigores de la ausencia.

La oracion de la tarde rezaremos
Unidos en espíritu los dos,
Y el uno por el otro rogaremos;
Verás al fin cual nos escucha Dios.

¿Quién sabe, quién si en el combate rudo,
En los peligros mil de cada instante
Nuestra doble oracion será el escudo
Que te esconda á la muerte amenazante?

—¡Oh, mi buena, mi angélica Maria,
Cuán dulce al corazon suena tu acento;
Tú eres la luz que mi existencia guia,
Tú me inspiras la fé y el sentimiento!

Tú el hada bienhechora y bendecida
Que ahuyentas del dolor la torva faz;
El ángel de la guarda de mi vida
Que me señala un porvenir de paz.

Adios! mi bien: no olvides la plegaria
Que cada dia has de elevar al cielo.
—No temas que en mi vida solitaria
Pueda el alma omitir ese consuelo.

—Es hora ya: la fé que me has jurado
Guarda en tu corazon; ah! ¡triste suerte!.....
Y al partir el galan apresurado,
—Jamás, dice, tal vez volveré á verte!

Mas se confunde con el ronco acento
Del trueno, su postrera esclamacion.
¿Será quizá fatal presentimiento
Que le augure al partir el corazon?

Monta á caballo y pesaroso y triste
Mil veces vá á partir, y atrás volviendo,
A proseguir su marcha se resiste,
Su adios de despedida repitiendo.

Y—Adios! Fernando, adios! dice Maria
Llevando el viento su apagada voz,
Y el eco allá á lo lejos repetia
De peña en peña su postrer adios.

(Se continuará.

Cármen Nuñez Rodriguez.

Á SOFÍA.

Bella es la rosa que en el valle oculto
su tallo esbelto y sus colores muestra;
bello es el sol cuando su luz esparce,
pero eres tú mas bella.

Pura es la brisa que con manso aliento
mece las flores que el jardin perfuman;
puro el aroma que el jazmin exhala,
pero eres tú mas pura.

Dulce es el trino del gilguero amante
que con ecos sublimes se confunde;
dulce el murmullo del arroyo lento,
pero es tu voz mas dulce.

Y del valle las flores mas altivas,
y el dulce susurrar de la enramada,
y del sol los purísimos destellos
se rinden á tus plantas.

En tus rizos recojen su perfume
las brisas que resbalan entre flores,
y tu aliento es mas puro y mas süave
que el áura de los bosques.

Y las tintas rosadas de la aurora
envidian de tu rostro los matices;
y si cantas, los pájaros se alegran,
si lloras, están tristes.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Y eres mas bella que la rosa egipcia;
y eres mas pura que la luz del alba;
tienes el rostro de hechicera virgen;
de ángel tienes el alma.

Antonio Gimenez Verdejo.

LA NIÑA ENAMORADA.

—¿Qué tiene la niña
que está triste y pálida?
¿Por qué silenciosa, sus cantos cual antes
no alegran la casa?

¿Por qué ya su brillo
perdió su mirada?
¿Por qué entre suspiros y llanto la noche
y el dia se pasa?

¿Está acaso enferma?
—Sí; enferma del alma.
—¿Qué tiene la niña? ¿por qué son sus penas?
—Está enamorada.

Rafael Quintana Medina.

Granada

ANTONIO Y MARIA.

POR

MOSEN LÓPE BENAVIDES.

I.

En un pueblecito de los más pintorescos de Andalucia, vivia hace algunos años un labrador de posicion acomodada, conocido en toda la comarca por sus buenas costumbres y afable trato. Componian con él su familia, su mujer y una hija llamada Maria.

Era ésta hija el encanto nó solo de sus padres, sino de cuantas personas la trataban ó habian hablado con ella una vez siquiera. Por eso la llamaban *el ángel del pueblo.* Sus azules ojos, que reflejaban la pureza de su alma, y la rubias trenzas que por su espalda descendian, llegando hasta mas abajo de la cintura, habian ya cautivado la atencion de más de un jóven, pero ninguno sin embargo, se habia atrevido á decirle «buenos ojos tienes».

Todos desconfiaban de conseguir el amor de Maria, y apesar de lo querida que, como hemos dicho, era en el pueblo, no faltó alguno que hallándose en corro con varios mozos que alababan su hermosura, dijera: —«Pues como no se case con Antonio, quizás se quede para vestir imágenes»—ni alguna envidiosa de su hermosura que esclamára:—«¡Vaya con Maria! ¡Como sabe que la llaman *el ángel,* está tan engreida que á nadie quiere!

.....¡Y que están hoy buenos los hombres para darse tanta importancia!»....

Mas creo oir á alguna de mis lectoras que me pregunta: ¿quién era ese Antonio que nombró el del corro?..... Voy á decirlo.

II.

Antonio era el hijo único de un antiguo amigo del padre de María y casi de la misma edad que esta; junto se habia criado con ella y juntos habian ambos sentido deslizarse los primeros albores de su vida, amándose con un cariño verdaderamente fraternal. Ni un solo pensamiento de él habia permanecido oculto para María; ni la cosa mas sencilla pensó esta que no la pusiera en conocimiento de su íntimo compañero,

Así trascurrieron los dias de la infancia, hasta que Antonio llegó á cumplir los diez y siete años y Maria los quince.

Ni una sola frase de esas que llaman *galanteos* las gentes de buen tono y *flores ó piropos* las gentes mas sencillas, habia hasta entónces escapado de los lábios de Antonio. Maria por su parte, vió siempre en él á un hermano, y como tal le consideraba; pero como á los cambios en la edad parece que se suceden cambios en los afectos, llegó el dia en que ambos jóvenes debieron sentir *cierta cosa* diferente de lo que hasta entónces habia pasado por ellos, algo que turbára la apacible calma de que hasta allí habian disfrutado, puesto que ya las mozas y los mozos del pueblo que siempre estaban al alerta en cuestion de *noviajos* empezaron á murmurar, como antes vimos á cerca de Antonio y de Maria.

Y no se crea que fueron solos los mozos: alguna cosa debió tambien descubrir su madre en ella, pues una tarde tuvo con su marido el siguiente diálogo:

—Oye, Juan, le dijo, ¿no has notado nada nuevo en nuestra hija? ¿No la encuentras triste? Yo no sé que tendrá la muchacha..... aunque me lo figuro..... Me parece que Antonio.....

—¡Bah!... Ya sé lo que vas á decir. Por lo menos que está enamorada.

—¡Qué!... ¿Piensas tú que nó?

—¡Calla, mujer! no seas inocente..... ¿no ves que nuestra hija es una muchacha sencilla que ni quizás sabrá lo que es eso que los jóvenes llaman amor? Una niña que no se aparta de nuestro lado, que no trata á mas hombre que á Antonio que es tan inocente como ella..... ¡Bah! no es posible.. ..

—Dí tú lo que quieras, pero no me convencerás de lo contrario. ¡Ya se vé! como paras tan poco en la casa, como tus ocupaciones te impiden dedicarte á estudiar todo lo que hace nuestra hija, no puedes como yó haber notado el cambio que desde hace algunos dias vengo observando en ella, ni has podido ver lo que yo.....

—Son aprensiones tuyas, mujer; no te negaré que Antonio y Maria se quieren, nó: se han criado juntos y se aman como dos hermanos, pero de esto á quererse como novios, vá mucha diferencia.

—Como no me has dejado concluir, no he podido decirte las razones en que me fundo; pero si lo deseas, te hablaré claro, y verás si llevo ó nó la razon.

—Habla, Luisa, habla—contestó el marido, á quien habian dejado algo perplejo las últimas palabras de su esposa.

—Pues escúchame,—dijo con cierta gravedad la madre de Maria.—Esta mañana, á poco de haberte tú marchado, entró Antonio. Estuvo hablando conmigo, hasta que tuve necesidad de dedicarme á mis faenas domésticas, y le dije: «Ahí te quedas con Maria: yo pronto vuelvo.» Retiréme algo preocupada porque observé que cuando hablaba conmigo respondia como si estuviese distraido á mis preguntas.

No habrá trascurrido media hora,—prosiguió—cuando llamé á nuestra hija (no recuerdo para qué); ¡Maria, Maria!..... Nada, no respondia la muchacha..... Dije «¡vaya! estará en el huerto enseñándole como acos-

tumbra, á Antonio las nuevas flores que está cultivando». Bajo al huerto, miro al rededor, y no la veo; pero apenas dí algunos pasos por entre la calle de rosales, oí la voz de Antonio que hablaba con ella: entonces los ví; los dos se hallaban sentados en el poyo que está junto á la puerta falsa; se encontraban solos, y quise escuchar como otras veces su inocente conversacion; me oculté, pues, en un sitio desde donde pudiera verlos y oirlos sin que ellos me sintieran, apliqué el oido con atencion y pude escuchar á Antonio que le decia:

—«Pero tú crees que habrá oposicion por parte de tus padres, conociéndome ellos desde que nací y sabiendo cuanto te quiero? ¿No dices que me amas? Pues entónces, ¿por qué no respondes á mi pregunta? ¿Serías tú dichosa viéndome á mí sufrir?»

Nada contestó nuestra hija; pero ví que llevó á sus ojos el delantal como para enjugar sus lágrimas..... Figúrate, Juan, la sorpresa que ésta escena me causaria. No acierto á esplicarte lo que pasaba por mí en aquellos momentos ni lo que siento ahora al recordarlos... Vacilé un instante, no sabia qué partido tomar: determiné, por último, ahogar aquella emocion en lo profundo de mi alma, retirarme y llamar á Maria como si nada hubiera visto ni oido. Así lo hice: volvíme á la entrada del huerto sin perderlos de vista, y la llamé, cual si acabase de bajar. Ella al oirme, se levantó presurosa y dijo á Antonio una palabra que no llegó á mis oidos; pero sí ví que éste, cogiendo una mano de Maria, la selló con un beso.

(Continuará.)

Á UNA NIÑA.

Angel de paz, consuelo de mi vida,
venida al mundo á bendecir el lazo
de la union mas querida;
recibe el tierno abrazo,
el dulce beso de mi amor, que ansioso
de ver abrir tu párpado precioso,
que el sueño cierra con su blanda mano,
te consagra, alma mia,
mi corazon ufano
rebosando de amor y de alegria.
Despiertas, y tus ojos centellean
como el sol entre el fúlgido celaje,
y tu rostro hermosean;
y ese mudo lenguaje
que, batiendo tus manos tiernecitas,
anuncia tu placer, encanto mio,
colma tus gracias cuando el pecho agitas.
La noche tenebrosa,
cuyo aspecto sombrío
inquieto sueño ofrece al que reposa,
¿qué ha sido para tí? éxtasis dulce,
pacífico embeleso
que ni le turba el mundanal ruido,
ni el corazon opreso,
cansado de velar, yace rendido.
Tú, libre de las penas,
que al hombre acosan hasta el blando lecho,
en visiones amenas,
duermes tranquila en el materno pecho.
Te visten, y te fajan, y te oprimen.....
y lloras. ¿Dónde está aquella alegría
que al despertar bañaba
tu rostro angelical? mas te valía
el rústico desórden que vagaba
en tu vestido al asomar la aurora.
Pero lloras aun. ¡Oh! ¡quién pudiera
adivinar la causa de tu llanto!
¡Ah! ¡quién me diera
aliviar tu quebranto,
y enjugar esas lágrimas ardientes
que surcan tus mejillas inocentes!
¿Será que mal halladas
tus carnes delicadas
con la opresion de nuevas vestiduras,
que del lujo inventó la servidumbre
ó la ciega costumbre,
la rechazan con lágrima doliente?
¡Oh! si dado le fuera
á tu angélica lengua, balbuciente
espresar tu dolor! yo lo sufriera,
porque tú, vida mia,
libre te vieras de su audaz porfía.

Pero ya tu tierna madre
te recibe entre sus brazos,
y con mil besos y abrazos
te ofrece el néctar de amor.
Avida el bálsamo aplica
á tus lábios coralinos,
y ya tus ojos divinos
cambian en gozo el dolor.
Pones tu mano graciosa
sobre su túrgido pecho,
y mejor que en blando lecho
en su regazo estarás.
Alimento y medicina
hallaste, luz de mis ojos;
acabaron tus enojos,
pronto al sueño volverás.

Ries, y gozas, y juegas,
y quedas en dulce calma.
¡Oh! ¡cuánto goza mi alma
con tu gozar y reir!
Yo embelesado te miro.
y te ofrezco mis caricias,
y cuantas son mis delicias,
no es posible describir:
¿Qué son los vanos placeres
que pinta el mundo tan bellos,
comparados con aquellos
que me ofrece tu candor?
Esa risa de tus lábios
sin ficcion ni hipocresía,
ni adulacion, ni falsía,
¿quién aprecia su valor?
Pero alegre y juguetona,
y tu gusto satisfecho,
buscas con afán el pecho
y aquel suave elixir.
Otra vez tu amante madre
satisface tu deseo,
y en este dulce recreo
vuelves de nuevo á dormir.

Ahora contemplo de tu rostro hermoso
el rosado color de tus mejillas,
y más que el nácar trasparente brillas
entregada al reposo.
Tus ojos ántes vivos, centellantes,
ahora del terso párpado cubiertos
rica pestaña en derredor ostentan.
Tus lábios entreabiertos,
tintos de nieve y grana,
el boton de una rosa representan
abierto por el sol de la mañana.
El torneado cuello, el blanco pecho.....
toda hermosa apareces á mis ojos;
te beso y te bendigo,
y hablando con mi Dios así le digo:
Dios, padre de clemencia;
cuyo trono millares de millares
de angélicos espíritus componen,
y desde allí proteges la inocencia,
libra al ídolo mio
de los lazos del mundo y sus pesares;
yo solo en tí confío,
que soy de los que ponen
toda su confianza en tu promesa,
y tu palabra espresa
escrita veo en tu evangelio santo.
Que no entrará en tu reino sempiterno
sino aquel, cuya rígida conciencia
iguale á la inocencia
del párvulo en edad, del niño tierno.

SALVADOR LOPEZ RAMOS.

Málaga 1856.

CANTARES.

En el juego del amor
quien mas pone pierde más,
por eso ganas tu siempre,
pues nada arriesgas jamás.

Las arenas de la mar
son en número infinitas,
pero son más los pesares
que tus miradas me quitan.

R M.

LA MADRE DE FAMILIA, interesante revista de literatura que vé la luz pública semanalmente en Granada, bajo la direccion de la reputada escritora Doña Enriqueta Lozano de Vilchez, es hoy una de las mas recomendables en su género, tanto por la importancia de los artículos que publica, cuanto por lo módico de su precio. Consta de 8 páginas en fólio, en buen papel y esmerada impresion. Su precio: 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

Solucion al Salto de caballo-charada inserto en el número 43:

Es mi *primera* una letra,
mi *segunda* lo es tambien,
y en *primera* y *tercera*
una consonante vés.
Signo de música *cuarta*,
una letra *quinta* es;
mas en mi TODO repara
el nombre de una mujer.
Dos de Setiembre del setenta y cuatro.

Solucion á esta charada:

E—U—FE—MI—A.

Lo ha descifrado D. Manuel Ramirez Utrera, de Málaga.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª: CO—RA—LI—NA.
2.ª: A—Y.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Domingo 8 de Agosto de 1875. Núm. 46.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Una página de sangre, por D. Salvador Durán Navarro.—En la celebracion de la primera misa del presbítero D. C. M. (poesia), por D. Eloy Garcia Valero.—La Oracion de la tarde (leyenda), por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—Antonio y Maria, por Mosen Lope Benavides.—Un recuerdo (poesia), por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.

UNA PÁGINA DE SANGRE.

I.

Hace sesenta y siete años que España levantó con rugiente voz el grito de guerra en las calles de la heróica Madrid, y desde entonces quedó añadida á la historia de nuestra Pátria una nueva corona que costó mucho luto y sangre á nuestros padres.

Las huestes del gran Napoleon supieron introducirse engañosamente en este pais, y cuando el pueblo despertó del profundo letargo en que se hallaba sumido, ya estaba preso entre robustos lazos.

II.

Era el mes de Enero de 1810 y en una de sus tenebrosas noches se desarrollaba un drama en que la arbitrariedad de los franceses hermanaba con las terribles venganzas que sabe tomar el pueblo ibero.

Vivia en aquel tiempo en la ciudad de Ronda una familia honrada, pero pobre, y mas pobre aun por las duras consecuencias de una invasion extrangera.

Esta familia se formaba de un venerable anciano de luenga y plateada barba, cuyos hijos Enrique, Miguel y Diego, eran el sosten de su vejez y el apoyo de su hija Clara.

Esta, jóven y lozana cual la blanca azucena en el mes de las flores, poseia la hermosura mas completa y deslumbradora.

Atraidos por sus hechiceros encantos, habia siempre hombres deseosos de adquirir su mano, disputándose su dulce mirada, ó bien apropiándose la divina sonrisa que contínuamente vagaba en sus carmíneos lábios.

Reuniendo á belleza tanta el gracejo que caracteriza á nuestras andaluzas y la florida edad de quince años que contaba, podemos formar una idea de Clara.

III.

Ocupada Ronda por los hijos de Francia, no tardaron en parar los ojos en tan divina niña, brillando en sus pupilas el fuego impuro del deseo.

Su anciano padre la recataba, y sus hijos temblaron de ira á la idea de ver manchadas las honrosas canas que blanqueaban su venerable cabeza, por aquellos galos que ansiaban saciar en Clara su brutal apetito.

Descollaba entre estos desalmados un sargento de hercúleas formas, desarrollados músculos y feroz semblante.

Richard, pues así se llamaba, estaba siempre acechando á la hermosa niña y no pudiendo jamás dirigirse á ella, concibió el plan de robarla á su padre para abandonarla luego á sus compañeros, ó tal vez al asqueroso cieno de la prostitucion.

Eligió para esto la mas lóbrega noche del frio y tenebroso Enero, y ayudado por seis soldados mas, forzó la débil puerta de la humilde casita que guardaba en su centro á tan codiciada beldad.

IV.

Apenas sonaron los primeros golpes en la endeble cerraja, despertó la família con el natural sobresalto sin saber á que atribuir aquella violencia brutal; mas por uno de esos recónditos presentimientos del corazon humano comprendieron todos que se trataba de robar aquella joya humana.

Enseguida se apercibieron á la defensa ya con palos ó bien con cuchillos ó herramientas del trabajo; pues en aquel tiempo no era permitido á los españoles el tener armas ofensivas, temerosos los invasores de que

fuesen empleadas en su exterminio.

Por esto, nuestros amigos se encontraban en el mayor aturdimiento y desórden; cuando aquellos bandidos lograron penetrar en la estancia.

Inútil era la resistencia; pero sin atender á la inferioridad de sus armas, nuestros amigos la hicieron tenaz y vigorosa.

Miguel peleaba como un leon; mas sin efecto, porque su puñal no servia contra las imponentes bocas de los fusiles que se disponian á despedir sus penetrantes balas contra el pecho de aquellos hombres indefensos.

Viendo lo inútil de su arma en aquel caso, la arroja desesperado cual una saeta yendo á clavarse en el cuello de un francés, que cae lanzando una blasfemia.

En el acto se lanzan furiosos sobre el desarmado Miguel y maltratándolo con rudos golpes, lo hacen prisionero.

Enrique tambien pelea con valentia; mas cuando mejor se disponia para dar un golpe seguro, un balazo lo dejó sin vida.

El infeliz no pudo exhalar ni una queja.

No era ya posible continuar el combate, y conociendo esto Diego, que tambien se batia, huyó por una habitacion inmediata, esclamando:

—Perdona si huyo, Enrique, yo vengará tu sangre, yo la vengaré.

Y descolgándose por una ventana, huyó con la velocidad del rayo.

V.

No es tan ligero el chacal del anchuroso desierto cuando se tira sobre su angustiada presa para devorarla entre sus afiladas garras, ni cae el gavilán con mas rapidez sobre la tímida paloma, clavando en su pecho el corvo pico, como lo fueron los soldados al intentar apoderarse de la divina Clara.

Empero, tampoco acude con mas prontitud la leona á la defensa de sus pequeños cachorros, como el buen viejo llegó á impedir le arrebatasen su querida hija, ostentando todo el valor de un español y toda la arrogancia de un héroe.

Los soldados braman viendo un nuevo obstáculo á sus deseos, y con una fiereza propia de salvages, cierran contra el decrépito anciano, el cual cae bañado en su propia sangre, lanzando un ¡ay! postrimero.

Vuelven entonces á la infortunada Clara, la que viéndose perdida y horrorizada, desnuda un agudo puñal que sepulta en su propio seno, diciendo con moribunda voz:

—¡Malditos, malditos!..... antes de ser vuestra, muero ....

Despues pronunció ininteligibles frases en el estertor de su agonia y revolcándose en su propia sangre, espiró aquella heroina.

VI.

Richard entonces, viendo fustrados sus impúdicos deseos, se revuelve como un tigre hambriento, y alzando el rígido cadáver de su víctima, lo profana con un satánico beso en su helada boca.

No pudo hacer más.

Sus ojos relumbraron lúbricamente, y lleno de la mas desenfrenada ira descarga todo su furor sobre el infeliz Miguel que, viendo á toda su infortunada familia bañada en sangre, brama tratando desligarse de los fuertes cordeles que sugetaban sus brazos; mas todos sus esfuerzos se estrellan contra la impotencia.

Richard se vá hácia él, y con sus robustos brazos lo estrangula, lo levanta en alto y lo echa por un balcon con la facilidad que hubiera arrojado una pluma.

El pesado cuerpo de aquel hombre cayó á la calle produciendo un eco aterrador.

Despues, al rayar el alba, abandonaron la casa que fué testigo de tan inhumana escena, para entregarse á los escesos y atropellos con que trataron los franceses á los españoles durante la guerra.

. . . . . .

. . . . . .

VII.

Han trascurrido seis meses desde los mencionados acontecimientos.

Un hombre alto, enjuto de carnes, pálido, de formas nerviosas y carácter vigoroso, se vé á la puerta del cuartel de Ronda, vistiendo el uniforme francés y conversando amistosamente con el sargento Richard.

En su mirada se nota la tristeza que su corazon devora.

En su trage vemos que es francés; mas su lenguaje denuncia que es español, y español andaluz.

A primera vista parecen ser verdaderos é íntimos amigos; mas si nos fijamos detenidamente, comprenderemos que hay algo de terrible y siniestro por parte de nuestro compatriota.

Su mirada revela el ódio mas recóndito hácia Richard, al par que el sufrimiento que tortura su alma está retratado en su semblante.

Diego, pues era él, dijo al sargento:

—Hoy quiero pasear contigo, y me parece justo que veas la *casa del rey moro*, ya que nunca la has visto.

—No dices mal, Diego, vamos, vamos á ver ese edificio subterráneo.

Dió el sargento algunas órdenes á sus subordinados, y salió á pasear con su amigo favorito.

VIII.

A poco bajaban las derruidas y húmedas escaleras que desde la dicha casa conducen al renombrado tajo que sirve de eterna muralla al ruidoso Guadalevin. A cierta profundidad, y cuando se creyó en parage seguro, el soldado desnudó un cortante machete y asiendo á Richard fuertemente por el cuello, dijo con voz enérgica:

—Si te mueves, eres muerto: infame asesino, quien á hierro mata, á hierro muere.

Richard lo miraba con espanto, y sin poder defenderse; sus desencajados ojos estaban fijos en el afilado acero, que cual otra espada de Damocles, amenazaba cortar el hilo de su existencia.

Diego continuó con ronca voz sus inexorables acusaciones,

—Acuérdate de Clara, miserable, acuérdate de sus hermanos, acuérdate de mi padre. Yo soy el que ahora venga, aunque débilmente, á tanta víctima.

Y descargando el afilado acero sobre el cuello de Richard, le hizo caer en tierra rodando algunos peldaños.

Diego pone su rodilla sobre el pecho del moribundo sargento y allí vuelve á evocarle los tristes recuerdos de aquella noche desastrosa.....

Despues hunde con espantosa celeridad el tajante machete en el pecho de Richard, y aunque mal satisfecha su ansiada venganza, abandona el subterráneo.

En su locura olvidó limpiar las manos, que teñidas en sangre lo denunciaban.

Asi es, que á poco fué detenido por algunos oficiales y puesto en prision.

IX.

Diego habia tenido el valor de sentar plaza en un batallon enemigo de su patria, por vengarse del asesino de aquellas personas para él tan queridas; por eso estrechaba con fingido cariño la mano que asesinó á su familia, sin que el francés conociera en él al mismo que pudo fugarse en aquella noche sangrienta.

Valido de esta estratagema logró al cabo dar muerte á su enemigo; mas él tambien debia morir á su vez; por eso, pasados tres dias, se balanceaba en el aire el cuerpo de un hombre que colgaba de una horca.

Era el de Diego, que fué sentenciado á ese horroroso suplicio.

SALVADOR DURÁN NAVARRO.

Velez, Abril 18 de 1875.

EN LA CELEBRACIÓN DE LA PRIMERA MISA DEL PRESBITERO

D. C. M.

Hoy que desde su trono de alma gloria
Por vez primera, á tus ungidas manos
Eterno Dios desciende,
Tu espíritu levanta al santo gozo
De tan alta eleccion, ¿qué á los humanos
Dado le fué, que iguale á la grandeza
Que hoy reviste á tu ser? Negro y odioso
El repugnante cuadro donde bullen
Míseras vergonzosas ambiciones
De donde Dios y las virtudes huyen,
Dará afliccion al pecho generoso,
Mas no turba el interno santuario
Del sacerdote fiel; cual templo vivo;
De agitadas y míseras pasiones
Cércale la salvage vocería;
En tanto en eco acompasado y grave
Desde la augusta, reposada nave
Se alza hasta Dios la mística armonía.

Deja que en tanto á tu alrededor se agite
La torpe adulacion, la vil lisonja
Con que del procer que escaló la cima
De su ambicion pueril, alza humillada
La vanidad altares:
Cual, en tormenta airada
Las encrespadas olas de los mares
Hunden al polvo su arrogancia fiera
Y otras su puesto y su soberbia alcanzan
Para hundirse á su vez, así en la historia
Que nuestro siglo turbulento deja,
Cada ambicion se eleva en las ruinas
De otra hundida ambicion ¡funesta gloria
Que engrandece y acusa! Cuan augusta,
Cuan tranquila y sublime
Del Sacerdote, la mision descuella!
Con ese mundo que en miserias gime
Mas lazos no te ligan
Que los lazos del bien; luchan contigo
Cuantos el vicio y el error abrigan
Mas Dios tu brazo y tu palabra rige
Y humilla la cervíz de tu enemigo,

Que eslo suyo tambien: ¡Empresa santa
La del ministro del Señor! la historia
Tantas veces injusta, no levanta
A la virtud sublime y escondida
Mármoles en memoria;
¿Pero qué importa, si al que nada oculto
Esconden tierra y cielo,
Contempla desde el trono de su gloria
Tu heróica abnegacion? El triste llanto
Que enjuga, el evangélico consuelo:
La amarga duda que arrancó del alma
Del sacerdote, la palabra augusta:
La vacilante fé, que su desvelo
Confirma y robustece
Volviendo al pecho la perdida calma
Que solo Dios ofrece.
El bálsamo bendito
Que restañó la herida
Volviendo en el perdon á nueva vida
El alma conturbada del precito:
La bienhechora mano
Que cierra cariñosa y conmovida
Del moribundo los errantes ojos.
La virtud de su acento sobrehumano
Que hace encontrar la calma en la agonía
Y asomar en el rostro moribundo
Sonrisa misteriosa;
Quizá desprecio del dejado mundo,
Quizá aurora dichosa,
De ese dia feliz que nunca muere.....
Esa la empresa es, ese el destino
Que hoy dás á tu ardimiento; esa es la santa
Mision que sobre el Angel te levanta,
Derramar siempre el bien en tu camino.

Hoy que con mano temblorosa y pia
El primer incruento sacrificio
Ofreces al Señor, que mas propicio
Tus ruegos hoy escucha,
Pídele, que sostenga nuestro brazo
En la del mundo, peligrosa lucha;
Que ánimo preste al corazon cobarde,
Y de fé y caridad, en santo fuego
Nuestro espíritu encienda, y purifique
La vida en el combate:
Asi bendiga Dios tu santo celo
Y á los que siempre su esplendor desean,
Y heraldos fieles de tu gloria sean,
Las almas que conquistes para el cielo.

ELOY GARCIA VALERO.

Sevilla 1869.

LA ORACION DE LA TARDE.

LEYENDA.

CAPÍTULO II.
ESPLICACIONES.

Entre los quebrados riscos
Que ostenta Sierra Morena,
Ha siglos ya, que elevaba
Sus carcomidas almenas,
Un arrogante castillo
Señor de las altas sierras.
De don Alvaro Gonzalo,
Sobre la portada ostenta
Antiguo escudo de armas
De acreditada nobleza,
Que sus viejos pergaminos
En letras de oro nos cuentan,
Que allá en los tiempos remotos
Le dejaron en herencia
Ilustres antepasados
Que, de su valor en prueba,
Lo ganaron peleando
Como buenos en la guerra.
Y aunque cien veces al moro
Le sirvió esta fortaleza
De formidable guarida
Desde donde el campo asuela,
Otras cien, noble el cristiano
La conquistó en la pelea
Con esfuerzo generoso
Y á costa de sangre inmensa.
Mas ya que los nombres santos
De Fernando é Isabela,
A las agarenas huestes
Despavoridas aterran,
En paz gozaba don Alvaro
Su tan disputada herencia.
Dichosos dias pasára
Bajo las torres aquellas
En lazo amoroso unido
Con Leonor, su esposa bella.
Mas ¡ay! que fiera la parca
Llena de envidia proterva,
Duelo sembró, llanto y luto,
Donde antes sus dichas eran;
Bajó, infeliz, á la tumba
Hermosa y jóven cual buena.
Mucho la lloró don Alvaro;
El viento inundó de quejas
Y á su dolor fiero y hondo
Ni el tiempo puede dar treguas.

Mas ya es fuerza que mitigue
De su pesar las tristezas,
Pues á su dolor constante
Algo la vista consuela,
De sus fugaces amores
El angel que quedó en prenda.
Un ángel, ah, ¡pobre niña!
Desgraciada, suerte adversa,
Hado funesto sin duda
A su vida presidiera;
Y en vez de dulces canciones,
Y de enamoradas fiestas,
Y carñosos cuidados,
Y maternales ternezas,
A su cuna solitaria
Luto y dolor solo cercan.

Y así en belleza y virtudes
Fué creciendo dia por dia,
La hija del noble don Alvaro
La hermosa y buena Maria,
Como un arroyo entre flores
Deslizándose su vida,
Placentera y sosegada
Inocente y escondida,
Siendo de aquellos contornos
El arcángel de la dicha,
La providencia y amparo
De sus tierras y alquerías;
Que cuando á las pobres chozas
Sus pasos se dirigian,
Siempre su huella graciosa
La caridad precedia.
Dulces consuelos reparte
Donde la desgracia gima
Y donde angustia y tristeza
Siembra la paz y alegria.
Y sus generosos dones
Siempre acompaña benigna,
Con palabras de esperanza,
Con celestiales sonrisas,
Dulces, amorosas frases,
Frases del alma nacidas
Que ella tan solo las dice,
Que ella tan solo sabria.
Por eso las bendiciones
De aquellas gentes sencillas.
La siguen por todas partes
Fervorosas á porfía.
¿Por qué pues, si es tan dichosa
Se muestra siempre abatida?
¿Por qué su frente de nácar
Hácia la tierra se inclina,
Como los lirios del valle
De blanca corola nítida?
¡Ay! es que Maria ama
Y en triste ausencia suspira.
Una tarde que vagaba
Paseando cual solía,
De los amenos contornos
Cogiendo las florecillas,
Para teger las guirnaldas
Que ornen la imágen bendita
De la virgen que veneran
Del castillo en la capilla,
Por el bosque caminando
Vá alejándose abstraida:
Ya las torres del castillo
A lo lejos no se miran,
Ni echa de ver que la tarde
Allá en el ocaso espira.
De sombras tétrico manto
Cubre á la tierra adormida;
Y entonces, sobresaltada
Se halla la pobre Maria,
Sola y en la noche oscura
Entre los riscos perdica.
Profundo silencio reina,
Solo á lo lejos se oian
Rugidos de hambrientas fieras
Que el eco allá repetia.
Y helada de horror y espanto
De pavor estremecida,
Su pié se arraiga á la tierra,
Su voz en su lábio espira.
Vienen y van en su mente
Mil recuerdos que se agitan,
Mil ideas que la ofuscan
Mil fantasmas que la inspiran
Ese temor vago, oscuro,
Que causa la muerte fria:
Mas de repente, cual faro
De luz que el alma ilumina,
Cual astro puro y brillante
Que esperanza le ofrecía,
Un nombre acude á su mente
Su propio nombre, Maria.
Entonces cruza las manos,
Cae al suelo de rodillas,
Y así murmuran sus lábios
Que temblorosos se agitan
—¡Salvadme, reina del cielo,
Madre de Dios, madre mia!
Y en el ancho firmamento
Su triste mirada fija;
Inmóvil queda un instante

Y en cruel espectativa.
Vago rumor que á su espalda
Lejano se percibia,
Cual resonantes pisadas
De alguien que hácia allí camina,
Resucita su esperanza,
La saca de su agonía:
A poco un hombre aparece,
A la luz que escasa brilla,
Chispas despide el acero
De su armadura bruñida;
Dibujándose en la sombra
Su noble figura altiva.
Y así cabalga á galope:
Apareciendo á Maria,
Como el génio de la noche
De balada peregrina.
—Socorro, Señor, esclama,
Y él conteniendo la huida
Del bruto,—¿Quién sois? pregunta
Con voz dulce y sorprendida
—Soy, Señor, una cuitada,
Entre estos riscos perdida.
—¿Vuestro nombre?—¿qué os importa?
Me llamo solo Maria,
—¿Vuestra morada?—El castillo.
—Venid, Señora, tranquila,
Y os conduciré á sus puertas
Quedando así complacida.

Don Fernando de Montoro
Hijo de noble familia
Era el galan. Recibido
Por el padre de Maria,
Con muestras de gratitud
Y cordialidad cumplida,
Bien pronto estrecha amistad
A don Alvaro le unia.
Y tal vez no tarde mucho
En ver en su jóven hija,
El ángel de sus amores
Que el corazon presentia.
Mas ya su deber lo llama:
Contra el agareno lidian
Los católicos monarcas,
De Granada en la conquista;
Y el rey convoca á su lado
A la española hidalguía.
Entonces el de Montoro,
Franco al padre de Maria
Cuenta su amor, y le cuenta
Las esperanzas que abriga,
Y al despedirse obligado
Deja allí su prometida.

Grande cambio aquel instante
Produce en la bella niña;
Indiferente abandona
Lo que antes la divertía,
No es ya la jóven risueña,
Es la mujer pensativa.
Si sale al campo, ya toma
Por confidente á la brisa,
Ya á las flores sus hermanas
Ya á las aves sus amigas.
Tal es, lector, cual la pinto
De mi historia la heroina,
Y tal es, aquel castillo
Que viste en la noche umbria.
Hoy yacen tristes, desiertas
Sus olvidadas ruinas;
Solo algun ave nocturna
Entre sus peñas habita;
Y el ruiseñor solitario
Canta con queja sentida,
Las misteriosas historias
De sus torres derruidas;
Y la luna silenciosa
Con su luz las ilumina.

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

(Se continuará.

ANTONIO Y MARIA.

POR

MOSEN LÓPE BENAVIDES.

(CONTINUACION.)

Calló un momento Luisa para enjugar las lágrimas que resbalaban por sus mejillas; Juan hizo lo mismo, y ambos permanecieron silenciosos algunos instantes, hasta que éste dijo á su esposa:

—Perdóname, Luisa, si dudé al principio de tus palabras;—y reprimiendo luego sus sollozos, continuó: —tú que conoces el inmenso cariño que profeso á Maria, podrás comprender lo que siente mi alma al escucharte;..... pero, dime: ¿crees tú que Maria nos dejará por unirse á Antonio?..... ¿Piensas tú que Antonio amará á nuestra hija con el cariño del que aspira á su mano, ó solo existirá en él ese afecto que se desprende de un trato íntimo, al que acompaña una profunda simpatía?.....

—Si hemos de atender á las palabras que de su conversacion llegaron hasta mí cuando los escuché en el huerto, me parece que, dadas las buenas condiciones de Antonio, no será otro su propósito que unirse á Maria ante el altar de Dios.

—¡Ah! Llevas razon, Luisa; comprendo que mas tarde ó mas temprano ese será el fin de estos amores; pero quépanos el consuelo y aún la satisfaccion de que no es un estraño quien ama á nuestra hija, sinó Antonio á quien siempre, lo mismo tú que yó, hemos considerado como á un hijo.

Llegaban aquí en su diálogo los dos esposos, cuando se vieron obligados á suspenderlo, procurando reprimir aquella agitacion indefinible, mezcla de pesar y de alegría de que se hallaban poseidos: caia la tarde, y en la Iglesia del pueblo daban el toque de oraciones; Maria se presentó para elevar sus plegarias al Cielo en union de sus padres que no olvidaban un solo dia esta piadosa costumbre.

III.

Pasaron algunos meses, y ya se afirmaba en todo el pueblo que eran novios nuestros dos jóvenes, adelantándose algunos á asegurar que no tardarian mucho en celebrar su casamiento.

Con tales rumores ¿podía el padre de Antonio ignorar las relaciones de éste con la hija de su antiguo amigo Juan?..... Y, aunque nada oyera decir, no lo hubiera descubierto al ver á su hijo siempre pensativo, siempre melancólico y con todos los síntomas, en una palabra, del que está enamorado?.....

Don Fernando de la Fuente, el padre de Antonio, era un labrador que, tiempos atrás, habia disfrutado de una posicion mas que desahogada; pero despues cambió la suerte, vinieron malas cosechas y tuvo, por consiguiente, pérdidas considerables: asi, su caudal fué disminuyendo más cada dia, hasta que llegó uno en que creciendo los apuros, y agravándose el mal de su situacion, se propuso, despues de imaginar varios, un medio que adoptó como el mas seguro, para librarse de la inminente ruina que ya le amenazaba de cerca. Acordóse de un primo suyo que tenia una hija jóven y soltera, la cual, si nó era un portento de belleza, contaba en cambio con una cuantiosa fortuna que al morir le dejára su madre. Pensó, pues, desde que sus negocios empezaron á tomar tan torcida direccion, que casando á su hijo con una parienta rica como esta, podria como de antiguo contar con un capital que, ya que no asegurase el éxito de sus operaciones agrícolas, hiciera menos sensibles las pérdidas que en sus negocios pudiera ocasionársele en lo sucesivo. Por eso, al llegar á la época en que tiene lugar nuestra historia, habia ya Don Fernando trabajado lo posible para representar á su hijo las ventajas de semejante enlace, al mismo tiempo que para fingirle ó exagerarle las buenas condiciones físicas y morales de su prima Inés, que así se llamaba la parienta en cuestion.

Figúrese, pues, el lector qué sorpresa causaria en su ánimo la noticia de las relaciones de su hijo con Maria que, comparada con Inés, era una pobre.

Echados ya por tierra todos sus planes, apeló primero á la persuacion para apartar á su hijo de unas relaciones que él llamaba perjudiciales, puesto que en vez de reparar su perdida fortuna, traeria á su casa la ruina mas completa.

Pero Antonio amaba á Maria con toda la efusion de los diez y ocho años; era la única mujer capaz de satisfacer las exigencias de su corazon, la única que poseia el talisman de su felicidad.

Ningun efecto produjeron, pues, en nuestro jóven las observaciones, consejos y mandatos de su padre. Adoraba cada dia mas á su íntima compañera, y todos los esfuerzos de aquel se estrellaban ante un cariño tan acendrado.

Todo fué inútil.

Antonio, sin rebelarse abiertamente contra la autoridad de su padre, manifestóle que su propósito era decidido y que su palabra estaba empeñada, suplicándole por último, que no contrariara su resolucion, pues nada le haria variar de parecer aunque fuese necesario arrostrar toda clase de consecuencias.

A tal estremo llegó la oposicion entre el padre y el hijo, que Don Fernando se propuso á todo trance colocar una valla entre Antonio y Maria.

Para ello se valió, no yá de la persuacion, si nó del rigor mas severo. No permitió á su hijo ni aun pisar la calle, para evitar que viese á su amada.

Pensaba que aquella pasion se desvanecería con el tiempo.

No comprendia que á la edad de Antonio y cuando se ama con la vehemencia que él amaba no bastarian los mayores tormentos para borrar de su mente la imágen de la mujer adorada, ni para detener los latidos de su corazon.

¿Y qué consiguió con tan escesiva dureza?

Lo que se consigue en tales casos; producir el mismo efecto que cuando se arroja combustible en una hoguera.

La lucha era, pues, sostenida por ambas partes. En Antonio obraban además dos fuerzas distintas: el cariño á su padre y el amor á Maria.

Pero cuál de éstas dos fuerzas operaba mas enérgicamente en su alma? ¿Cuál debia pesar mas en la balanza de la decision, el cariño á un padre que le contrariaba en sus mas nobles afectos, que le privaba de la dicha mas suprema del mundo, ó el amor á una mujer, á un ángel que á su vez le adoraba y cuyo corazon latia á un mismo tiempo que el suyo, ambos al impulso de una misma emocion, de un mismo sentimiento?

¿Qué mas natural que Maria triunfase? ¿Es acaso dable el legislar en cuestion de amor? ¿Existe agente mas poderoso sobre el sentimiento humano que éste afecto divino?

Maria debia vencer, y venció.

Antonio, víctima del rigor de su padre, se olvidó de cuanto le ligaba á la vida, no existiendo ya para él en el mundo ni otro ser ni otro objeto que Maria. Un mes habia pasado desde que lo redujera su padre á la situacion en que lo encontramos, y sin embargo de ser tan corto el espacio de tiempo trascurrido quizás no lo conocería quien durante él no lo hubiese visto.

Esto hizo que Don Fernando empezára á concebir ciertos temores por la salud de Antonio.

Ya el cariño á sus hijos que la Providencia graba en el corazon del hombre desde el momento en que llega á ser padre, empezaba á renacer en su alma; pero aún no habia vencido el corazon á la cabeza; estos dos elementos de constante lucha en la naturaleza humana, se iban apoderando ya de su espíritu, pero sin decidir uno ni otro la victoria.

Entre tanto los médicos aconsejaron á Don Fernando que dejára de oponerse á las inclinaciones de su hijo, si no queria tocar las funestas consecuencias de aquel padecimiento moral.

¿Y qué hizo el padre de Antonio? ¿Desistió ó nó de su propósito ante la fuerza de estas reflexiones?

¿Era posible que un egoismo inspirado por los bienes materiales, pudiera mas en él que el santo amor paternal?

No: llegó un momento en que Don Fernando, comprendiendo su aberracion, sintió el dolor del remordimiento y se arrepintió de su conducta.

El corazon venció al fin á la cabeza.

Pero ¿venció á tiempo ú obtenia ya tarde la victoria?

Véamoslo.

(Concluirá.)

UN RECUERDO.

(SOBRE LA TUMBA DE MI QUERIDO ABUELITO.)

¡Sitio Real de Aranjuez, alegre y bello
Para el que goza con tu amena vista:
Tú siempre fuiste de placer destello,
Y á mí, solo el mirarte me contrista.
Esas tus calles de árboles frondosos
Que á todo viagero agradan tanto,
Esos paseos por extremo hermosos,
Al mirarlos, mis ojos vierten llanto.
Y esa arboleda secular y altiva
A mí me llena de mortal pavor;
Pues creo ver gigante comitiva
Que indiferente mira mi dolor.

¿Por qué, por qué, Señor, la criatura
Amor abriga en su ferviente pecho?
¿Por qué guarda un tesoro de ternura
Que en lágrimas amargas vé deshecho?
¿Por qué sentimos con vehemente anhelo?
¿Por qué sufrimos tanto por amar?
¿Por qué en nuestro cariño hay un desvelo
Que padecer nos hace sin cesar?
¿Por qué tanto sufrir, si al fin la vida
Pasa breve y fugaz cual meteoro,
Y si cuando el destino abre una herida
De consuelo la fé nos dá un tesoro?
Siempre esperar se debe en el Señor
Que calma nuestras penas desde el cielo;
Las estrellas, miradas son de amor
Que de la eternidad rasgan el velo.
Y el reflejo dorado de la aurora
Es sonrisa de un Dios que fortalece,
Sonrisa de bondad deslumbradora,
Que presta ánimo firme al que padece.
Pero hay momentos que el dolor impera
Con fuerza tal, que oprime el corazon,
Y el débil ser de todo desespera,
Pues que confusa encuentra su razon.
Y entónces ¡ay! se nota ese vacío
Que el espíritu aquí en la tierra siente.
Y entónces se conoce el desvarío
Que atormenta y exalta nuestra mente.
Y de negros matices densa nube
Se estiende sobre el alma dolorida:
Nuestra oracion con llanto al cielo sube
Sintiendo así la pena adormecida.
¡Triste consuelo queda en este mundo
Para el que pierde un ser que amaba tanto;
La fé nos brinda manantial fecundo,
Mas enjugar no puede nuestro llanto.
¡Pobres séres que nada comprendemos,
(Y pese á nuestra loca presuncion),
Cuando para ésta vida ya perdemos
Otro ser que adoraba el corazon.....
Yo pido para tí de Dios la gloria;
Yo no olvido la pena que me aflige,
Yo alimento constante tu memoria,
Por tí rogando *al* que los mundos rige.
Yo espero en Dios que acogerá tu alma
Con su misericordia paternal,
Concediendo á tu espíritu la calma
De la suprema dicha celestial,
¡Sitio Real de Aranjuez para otros bello:
Tú guardas en tu tierra un ser que adoro,
Y tienes para mí marcado el sello
De la trtste desgracia que deploro.

MARIA ANTONIA GONZALEZ AMIEBA.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Domingo 15 de Agosto de 1875. Núm. 47.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Los Globos Aereostáticos, por Don J. R. T.—A la Srta. D.ª Cármen Casas (canto), por D. Gabriel Enciso Nuñez.—Madrigal, por D. Francisco Jimenez Campaña.—Antonio y Maria, por Mosen Lope Benavides.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—La Oracion de la Tarde (leyenda), por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—A una morena (poesía), por D. Rafael Quintana y Medina. Por estorbarle lo negro (Boceto Cómico), por Don Dionisio J. Delicado y Rendon.—En un baile de máscaras (soneto), por D. José Perez Ochen.—Cantares, por D. J. J. P. y T.—Epígramas, por D. G. Pereu Vico.—Salto de caballo-logogrifo, por D. José Delgado Carabot.—Seguidillas, por D. R. M.-Charada.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	5775
D. Rafael Dominguez.	20
Enrique Ortiz	20
Rafael del Prado.	20
TOTAL.	5835

En el número siguiente se continuará la lista.

LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.

No satisfecho el hombre con habitar la tierra, y como si esta fuese estrecho recinto para el desenvolvimiento de las aspiraciones del espíritu y la satisfaccion de las necesidades de la materia, concibe el proyecto de surcar los mares; y lánzase al Occéano en una frágil embarcacion, arrostrando el furor de los elementos; pero ni su ambicion ni su osadia se detienen aquí; ya ha acortado las distancias, ya, perfeccionando los medios de navegacion, ha descubierto nuevas tierras, ya por último, ha enriquecido la ciencia con nuevos y preciosos datos. Y sin embargo, aun ambiciona algo, todavia se cree con fuerzas para vencer nuevas dificultades, prosiguiendo por el camino de los descubrimientos: considera que es grande su superioridad sobre los demás séres, que es la obra mas perfecta del Hacedor, y cree humillada su dignidad cuando, al mirar al cielo, contempla á las aves cerniéndose sobre su cabeza.

Y entónces se dice: si he podido surcar las aguas y posesionarme de ellas, ¿por qué no hacerme dueño del espacio? Agita, pues en su imaginacion miles de proyectos para conseguirlo, hasta que plantea uno, el que mas natural le parece: observa y examina el medio por el que las aves se sostienen y elevan por los aires, y discurre un aparato que, supliendo á las álas ó haciendo el oficio de tales, le diera el resultado apetecido. Y he aquí al hombre que, olvidando la fábula de Ícaro, se lanza temerario á las regiones aéreas.

Bien pronto el malogrado éxito de sus ensayos vino á demostrarle la insuficiencia de los medios adoptados para llevar á buen término su empresa. Las desgracias ocurridas á Juan B. Dante, matemático del siglo XV, y á otros que, tenaces en su propósito, vinieron despues de él, fueron causa de que abandonara éste medio.

No podia suceder de otro modo, pues aun dadas al hombre las álas, eran débiles y escasas las fuerzas de sus músculos relativamente á las de las aves, existiendo asimismo notable diferencia entre la estructura de los órganos de esta y los del hombre. No es la fuerza muscular, sino otra superior la que preside al progreso de la humanidad y corona sus trabajos: la fuerza de la inteligencia, la fuerza del génio.

Recurrióse, pues, á otro sistema que descansára mas sobre bases científicas y estuviera mas en armonía con las leyes de la física. Fundado en aquel principio del célebre siracusano de que *todo cuerpo sumergido en un líquido pierde una parte de su peso, siendo igual esta pérdida al peso del volúmen líquido desalojado*, y estendiendo el esperimento hecho en los líquidos á los gases, al aire, imaginó el célebre Bacon la construccion de una esfera ó de un elipsoide metálico de

paredes delgadas, apropósito para encerrar un espacio del cual se hubiera de antemano extraido el aire.

Mas tarde, á mediados del siglo XVII. ó á principios del XVIII, el jesuita Lanna, tomando como punto de partida el término de los trabajos de Bacon, construyó un aparato compuesto. no yá de uno solo, sino de cuatro globos metálicos vacíos tambien de aire que habian de sostener una barquilla, y que, como los de Bacon, se elevarian en la atmósfera hasta llegar á capas de igual densidad que la suya, en virtud de las condiciones á que estan físicamente sometidos los cuerpos flotantes.

Muchos amantes de la ciencia se afanaron y trabajaron con ardor y entusiasmo por el progreso de esta invencion; pero los que mas contribuyeron á su perfeccionamiento, fueron los mas injuriados y perseguidos: hecho es este que se reproduce á cada paso en la historia, y que confirman numerosos ejemplos; sírvanos de tal en el caso presente los sufrimientos que arrostró el P. Guzmao, cuando despues de haberse elevado en un aparato de esta clase á presencia del rey de Portugal, se vió condenado á las prisiones de la Inquisicion.

J. R. T.

(*Continuará.*)

A LA SEÑORITA DOÑA CARMEN CASAS.

CANTO.

I.

Cuando mi altiva mente
en su loco delirio se lanzaba
por el espacio ardiente,
y cien y cien imágenes forjaba
girando en su destino
con sus cabellos sueltos y sus risas
mas puras que los cielos y las brisas
que sembraban de flores su camino,
entonces mi alma inquieta
que la materia vil aprisionaba,
recordando que el cielo era su cuna
y tambien que era el alma de un poeta,
del mundo terrenal se desligaba,
y subiendo por cima de la luna
sobre tronos de gloria se asentaba.

II.

Despues y cuando ya mas fatigado
de volar y volar de fuego lleno
mi espíritu á los mundos se volvia,
como altivo torrente desbordado
que se convierte en manantial sereno,
mi mirada estendia
revelando en su fuego la tristeza
que al descender mi espíritu tenia,
cuando ví de repente un ángel bueno
rico emblema de encanto y de pureza
que en el mundo terrestre aparecia
todo bien, todo amor, todo belleza.

III.

Y comprendí á mi modo
ageno de afliccion y pena alguna
que asi como la luna
en las límpidas aguas se retrata,
no manchando sus rayos con el lodo
que en el fondo se vé de la laguna;
cual azucena en ásperos abrojos,
en el mundo del mal que el hombre habita
hay ángeles del cielo
que tienen como el cielo hermosos ojos;
que tienen como el cielo faz bendita.

IV.

Aquel ángel del bien que habia mirado
eras tu Cármen, tú, que altiva y bella
parecias esa estrella
que tu Vírgen ostenta en su tocado;
y ante tanta hermosura deslumbrado,
como el ciego, anhelante,
que no lo fué desde la cuna, luego
que recobra la vista en un instante
se queda, fijo al sol, otra vez ciego;
así me parecia
al observar tu rostro tan brillante
no ser mujer lo que veia delante,
ser un ángel no más lo que veia.

V.

Angel de aquellos que en el cielo hay miles;
que apenas contaria
(y afirmo que en la cuenta no hay engaños)
algunos quince abriles,
que son segun mi cuenta quince años;
tiene en sus negros ojos
todo el fuego de un alma candorosa
que no es capaz de enojos;
y es su faz tan hermosa, tan hermosa,
y su mórbido cuello alabastrino
que rodean formando sus cabellos
alguna que otra onda caprichosa,
tan puro y tan divino,
que dá envidia á los ángeles mas bellos
y á la nácar y al pórfido y la rosa.

VI.

¡Oh! si en loco estravío
la mente humana con creciente empeño
quiere buscar la realidad de un sueño
que se encuentra por cima del vacío;
cuando el hombre, potente,
mirando al mundo cual monton de escoria
levanta su alta frente
buscando en su mirada algo de gloria;
y maldice del mundo en que se agita
que en loco torbellino
la copa le ofreció de amargo néctar
y cubierto de abrojos un camino;
y ya la llama de su fé apagada
por cierzo horrible de la duda impía
ni cree en la virtud, ni amor, ni en nada;
¡oh Cármen! admirándote tan pura
cruzando altiva la terrena esfera
de su duda tenáz se arrepintiera
y quedára suspenso á tu hermosura;
y llevando conmigo al infinito
su mirada fogosa y penetrante
«Señor; Señor; esclamaria, bendito
pues con amor profundo
has querido poner á tantas dudas
una mujer, un ángel por delante
que una idea mas alta dá del mundo.»

Gabriel Enciso y Nuñez.

MADRIGAL.

Dormia sin pesares blando niño,
Y su madre velaba el dulce sueño
Cabe lecho tan puro como armiño,
Como nido de tórtolas risueño.

—Madre, toma—con lábio balbuciente
Dijo soñando el niño en su embeleso,
Y flébil, cual rumor de clara fuente,
Oyóse el vago son de un tierno beso.

Moviendo del infante los cabellos
Los céfiros, gimieron de delicia;
Y la madre intentaba aborrecellos,
Del hijo por robarle una caricia.

Francisco Jimenez Campaña.

ANTONIO Y MARIA.

POR

Mosen Lope Benavides.

(conclusión.)

IV.

Era una tarde del mes de Diciembre, pero una de esas tardes que llenan el alma de profunda melancolía. Densas nubes tornaban en pardo el azulado firmamento, y un aire frio y cargado de vapores traia en sus álas una recia lluvia que al caer azotaba las vidrieras del cuarto de María.

Penetremos en este y fijémonos en el cuadro que se presenta á nuestra vista.

Lo primero que al entrar se descubre es á Maria; descansa en su lecho y deja ver en su rostro una palidez mortal; suelto el cabello y cruzadas sobre el pecho ambas manos, fija su ojos en un crucifijo, que adornado sencillamente con algunas flores artificiales, se eleva sobre la mesita de su habitacion.

Al pié de la cama se vé luego á Juan y á Luisa que, con la mirada atenta en su adorada hija, dejan asomar á su semblante la mas honda tristeza.

Reina un silencio sepulcral que solo de vez en cuando interrumpe algun sollozo mal reprimido.

Mas hé aquí que de pronto se abre la puerta de la estancia y dá paso á un nuevo personage. Es un anciano de venerable aspecto, y viste el hábito sacerdotal.

Era el párroco del pueblo.

María al verlo quiso incorporarse, pero cayó sin fuerzas sobre el lecho lanzando un apagado suspiro. La presencia del buen sacerdote debió recordarle sus dias de ventura; aquellos dias en que acudia á oir la misa que él celebraba, aquella misa que tantas veces oyó acompañada de sus padres y de Antonio; quiso incorporarse como hemos dicho, pero fué vano su intento; hizo entónces señas al párroco para que se acercase hasta ella. Este movió la cabeza y los brazos como quien accede á lo que le piden; pero antes se acercó á la puerta de la habitacion y condujo hasta el interior de esta á otros dos que de la parte afuera esperaban.

Un grito de sorpresa que apenas pudo salir de su garganta, escapó del pecho de María, la que abriendo los ojos desmesuradamente y tendiendo los brazos, esclamó con trabajo:

¡¡Antonio!!..... .

Habia reconocido á su amante, pues él era quien acompañado de su padre, penetraba en el cuarto de María.

—¡Cielos!—esclamó Antonio con acento desesperado al ver á su amada en tal estado; y dirigiéndose presuroso á ella, que habia caido desvanecida, se inclinó de rodillas delante de María, le cogió una mano y la estrechó contra sus convulsos lábios.

Inponente era aquella escena y capaz de ablandar el corazon mas empedernido,

Nadie se hubiera atrevido á interrumpirla.

Los padres de María abrazados al lecho de su hija que regaban con lágrimas; D. Fernando, el padre de Antonio, retirado en un ángulo de la estancia con el rostro escondido entre las manos, como quien se horroriza ante el suplicio de su víctima; todo era imponente y conmovedor.

El sacerdote fué el primero que se movió del sitio que ocupaba; arrasados sus ojos en lágrimas, se postró ante el crucifijo que tenia á su vista y murmuró en silencio una oracion. Luego, acercándose á Antonio y María y viendo que aún permanecian en la misma actitud, con sus manos estrechadas, bendijo aquella union que no habia de durar un instante más en la tierra.

El cuerpo de Maria estaba ya rígido, su semblante cadavérico y sus ojos entornados; pero en sus lábios parecia vagar una dulce sonrisa que decia á Antonio:—Perdona á tu padre que yo lo perdono y Dios tambien lo perdonará.

Antonio al fin cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, ya no estaba en aquella habitacion y habia perdido la memoria de cuanto por él habia pasado; los médicos le nombraban á María para conocer su estado patológico; pero este nombre no hacia mas impresion en él que otro cualquiera.

Mas pasaron algunos dias, y Antonio recobró la memoria, asoció sus ideas, y entonces comprendió el lastimoso estado en que se hallaba.

Presa su alma de la mas honda tristeza, y firme su recuerdo en la muerte de su adorada Maria, pasaba los dias y las noches en constante vigilia, evocando la sombra de aquel ángel.

D. Fernando le procuraba toda clase de distracciones, pero Antonio huia de la presencia de su padre, como el que huye horrorizado á la vista del verdugo.

Esta situacion, no podia prolongarse: Antonio llegó casi á perder la razon; solo de noche salia de su casa sin permitir que nadie le acompañase; pero su padre daba órdenes secretas á los criados para que le siguiesen sin que él pudiera advertirlo.

Estos observaron que sus paseos eran siempre por el campo, y que cuando estaba á cierta distancia del pueblo comenzaba á dar voces llamando á María.

Con esto y con otras estravagancias á que despues se entregó, no era dudoso que habia perdido el juicio; todo presiagiaba un desenlace funesto.

Aquella crisis era violenta y debia resolverse pronto.

Así fué en efecto: extenuadas ya sus fuerzas y agobiado por el horrible padecimiento que sufria, cayó el infeliz Antonio en una inaccion tan completa, que ya se alentaba la esperanza de verle recobrar sus facultades mentales; pero esta lucidez aparente duró muy corto tiempo, y aquella lisongera esperanza se desvaneció ante la mas triste realidad.

Al siguiente dia Antonio sucumbió, impotente para luchar contra un padecimiento superior á sus fuerzas; el golpe habia sido terrible.

Dejó de existir sobre la tierra, para unirse en el Cielo con Maria.

V.

Y ahora bien, amables lectores, ¿son los protagonistas de esta historia las únicas víctimas sacrificadas á una ambicion desmedida ó á una mal entendida conveniencia?

¡Cuántas veces el orgullo fundado en la diferencia de clases, el interés mezquino cimentado en la ambicion, ó el egoismo exagerado de algunos padres, han labrado la desgracia ó la total ruina de sus hijos!

La historia de Antonio y María es solo un ejemplo de los mil casos semejantes que todos los dias presenciamos por desgracia en nuestra sociedad.

FIN.

RIMAS.

Me dicen que desista de mi empeño
y la olvide... ¡ojalá!... pero es en balde.
¿Cómo olvidarla si en mi pecho vive
su encantadora imágen?

Siempre la hallo presente ante mi vista
revestida de formas impalpables;
y lo que es mas aún, siempre la veo
en brazos de su amante.

José Ruiz Toro.

LA ORACION DE LA TARDE.

LEYENDA.

CAPÍTULO III.

LA GUERRA.

¡La guerra! horrible nombre
Que el corazon del hombre
Debiera rechazar. ¡Dios infinito!

Sin duda tú en los tiempos en que el mundo
Prevaricado de tu ley habia;
Con enojo profundo,
En castigo á su torpe rebeldía,
Lanzaste á la tierra
El azote horroroso de la guerra!
¡Guerra! sonó en el viento.
Y de viles pasiones instrumento
La ambicion desde entonces fué su guia,
De su imperio partió la tiranía.
Glorias, triunfos, laureles,
Con tan pomposos nombres encubrieron
Inhumanos, crueles,
Los sangrientos estragos con que vieron
Sembrado el ancho mundo,
Al grito de la guerra furibundo.
Y en mar de sangre tinto,
Nos presentó la historia
Cada palmo de tierra conquistado,
Cada brillante página de gloria.
Y al vencedor de lauros coronado
Cercado de cadáveres sin cuento
Cantando impío el himno de victoria.

. . . . . .

¿Veis los estensos campos del cristiano
Dilatados en huestes infinitas
Que el católico rey manda en persona?
Cubierto el monte y anchuroso llano
De guerreros está: sus armaduras
Brillan del sol heridas,
Reflejando mil luces mal seguras
Como chispas de soles divididas.
A conquistar á la imperial Granada
Marchan los esforzados campeones.
La venidera próxima alborada,
Verá ya sus pendones
Tremolar en la hermosa y rica vega
Que domina sin par Sierra Nevada,
Y el manso Darro con sus aguas riega.
La joya mulsumana,
La ciudad de las torres orgullosas,
Pronto ha de ver alardear al viento
Sobre su Alhambra altiva cual ninguna,
El estandarte de la fé cristiana,
En lugar de la odiosa media luna.
Se acercan como mar enbravecido
Que amenaza arrojar con recio empuje
De Boabdil las numerosas huestes.
¡Ay de los fieros hijos de Mahoma
Cuando caigan cual olas desbordadas
Las potentes falanges del cristiano!
El poder de ocho siglos ominoso,
Por siempre se hundirá, del Mahometano.

Oh, mirad cuan apuestos, cuan galanes,
Desfilan los valientes caballeros
Al trote de gallardos alazanes.
Lucen al aire bandas de colores,
Reverberan los límpidos aceros,
Del sonoro clarin la voz resuena,
Se oyen, lejos, sonoros atambores.
Música militar el viento llena.
Ah, qué dolor! al entusiasmo santo,
Al estruendo marcial y alegres ruidos,
Pronto sucederán ayes de espanto;
Voces de confusion, tristes gemidos.
Mas ¿dónde está Fernando?..... sí, miradlo
El primero en marchar á la pelea,
Arrogante á la par que caviloso
Como embargado de fatal idea.....
Rápido como el mismo pensamiento
Sobre el negro corcel gallardo avanza,
Y al lejos se confunde,
Como ilusion que forja la esperanza.
Una bala perdida,
Puede romper el hilo de esa vida,
Que es de María el alma:
Puede inundar en mares de amargura
De su existir la navecilla frágil
Su esperanza, su amor, y su ventura.

Las agarenas huestes han huido.
¡Venció nuestro pendon!
Fatídico silencio ha sucedido
Al eco del cañon.

Nuestro gigante triunfo denodado
Proclamará la historia,
Mas, cuánta sangre, oh Dios, cuánta ha costado
Tan ínclita victoria!

Muerte y desolacion siguen las huellas
Del triste Boabdil;
Tintas en sangre van las ondas bellas
Del Darro y el Genil.

De sangrientos cadáveres y heridos
La tierra está sembrada,
¡Ay! su sangre era el precio, y sus gemidos,
De la altiva Granada.

Mártires ignorados, ni sus nombres
Tan dignos de memoria,
Sabrán jamás los venideros hombres
Ni ensalzará la historia.

. . . . . .

A la luz de dos teas que oscilantes
Dan resplandor dudoso,

Se miran unos hombres anhelantes
En grupo silencioso.

A cada instante páranse y guiados
De algun débil gemido,
Prodigan compasivos sus cuidados
Al falleciente herido.

Y otras veces, ¡gran Dios! puesta la mano
Sobre el helado pecho,
Tienen que abrir al infeliz hermano
Una fosa por lecho.

Uno tropiezan en la sombra oscura;
Y acercando las teas,
Ven lucir en su rica vestidura
Magníficas preseas.

Es un noble: adelántase un soldado
Y vé con precaucion,
Junto al guerrero aquel, arrodillado,
Si late el corazon,....

—Ya, esclama levantándose, está yerto.
¡Digna hazaña del moro!
—¿Y quién, preguntan, otros es el muerto?
—Fernando de Montoro.

¡Fernando! oh Dios, Fernando, si lo viera
Ensangrentado, frio,
La pobre niña que con ánsia espera
Su regreso, Dios mio!

Muerto Fernando..... muerto; bienandanza
Soñaba, y alegría,
Y muerto está su amor y su esperanza
Muerto su porvenir, ¡pobre María!

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

(Se continuará.)

A UNA MORENA.

Envidias de las rubias la blancura
tú que eres tan morena;
¡Ah! cuantas, la blancura de tu alma
envidiarán, de aquellas.

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

POR ESTORBARLE LO NEGRO.

BOCETO CÓMICO.

Presento á VV. al Sr. D. Calisto Pirueta, soltero y maestro de baile. No sabe leer gracias á la educacion que le dieron, ó mejor dicho, no le dieron, sus padres, y ha tomado la resolucion de hacer carrera con sus piernas.

Creo supérfluo advertir, que no sabiendo leer el Sr. Pirueta, ha renunciado por completo á escribir, rasgo que habla bien alto en su favor.

Son las cuatro de la tarde.

Pirueta acaba de entrar en su casa, sudando á chorros, el sombrero tirado atrás y el pañuelo en la mano.

Se deja caer en una silla y comienza el monólogo siguiente, que constituye la primera escena de esta *quisicosa*.

ESCENA I.

«¡Esto es para perder el juicio! Voy á la calle de »Mendez-Nuñez núm. 20 y pregunto por la baronesa »del Camelo, una gran señora, una dama de la alta »sociedad, que me ha escrito para que vaya á darle »lecciones de baile; me dicen que acaba de trasladar- »se á la calle de Bayona núm. 7, corro á la calle de »Bayona y allí me informan de que se ha mudado »á la plaza de la Union núm. 15; llego á la plaza de »la Union y me encuentro con que la baronesa no »vive allí ya, que ha ido á habitar á la fonda de »Armida. Me dirijo á la fonda y el fondista me dice »que esa mujer *intangible*, ha salido esta misma ma- »ñana para Italia, y que me espera para aprender á »bailar, en Nápoles, calle de *Espanha* núm. 101.

»¡Cuatro mudanzas en un dia! ¡qué ligera debe »ser esa mujer! ¡qué pronto hubiese aprendido á bai- »lar.»

Aquí Pirueta se enjuga la frente con el pañuelo, sorbe un polvo de rapé, saca una carta del bolsillo y dá un profundo suspiro.

«Hé aquí ese maldito billete que tanto me ha hecho »correr. Parece imposible que no tenga alguna pos- «data para esplicarme..... ¡Qué desgracia es no saber »leer! ¡Cuánto siento que la *inteligencia* de aquí abajo, »se haya desarrollado á espensas de la *inteligencia* de »aquí arriba!»

Y Pirueta se dá una palmada en la frente.

«¡Como si los batimanes y el alfabeto, Terpsícore »y la cartilla estuvieran reñidos! Pero despues de »todo, hoy dia el medio mas eficaz para brillar en »sociedad, no es el saber leer, sino el saber bailar.»

En este momento llaman á la puerta.

—Adelante, dice Pirueta ¿eres tú, Rigodon?

Rigodon es un colega de Pirueta.

ESCENA II.

Rig. Buenos dias, Pirueta, vengo á avisarte que el ensayo del *Espíritu del Mar* es á las seis en punto.

Pir. Bien, gracias. (Registrándose los bolsillos.)
Rig. ¿Qué buscas?
Pir. Mis quevedos, pero ¿te vás?
Rig. Sí, tengo prisa.
Pir. Escucha. ¿Tú sabes leer sin anteojos?
Rig. ¡Hombre! con ellos es como yo no sé leer.
Pir. ¿De veras? pues me alegro, ya que no necesitas anteojos, vás á leerme esta carta.
Rig. Con mucho gusto. (toma la carta.) Hum! ¡que demonio de idea! vaya un *guason*!
Pir. ¿Qué dices?
Rig. Nada; que tiene una letra detestable ¡Uy! que garabatos!
Pir. Es decir, que no la entiendes...
Rig. Aguarda, déjame respirar... sí, (leyendo) «Muy Sr mio: tengo el honor de»..... Pirueta, ¿tú tienes *ingleses*?
Pir. ¡Que si tengo! no tengo otra cosa, amigo mio, pero sigue...
Rig. «Muy Sr mio: tengo el honor de...
Pir. Ya me has leido eso, adelante, adelante.
Rig. «de advertirle que el dia 15 del corriente giraré sobre V. por la cantidad de 375 pesetas que me adeuda hace un siglo. S. S. S. Q. B. S. M.» Ca..... Carranza, no, no es eso, Mon... Montero. Espera, se me figura que ni ¡es Carranza, ni Montero esto es A... pe... ce... sí, justo, eso es, Apecechea.
Pir. Pues no se parecen tanto los tres nombres, para confundirlos así.
Rig. ¿Qué quieres? la firma es ilegible, juzga tú mismo.
Pir. ¡Si tuviera aquí mis quevedos! (registrándose los bolsillos.)
Rig. No recuerdas tener ningun acreedor de ese nombre!
Pir. ¿De cual... Carranza, Montero, ó Apecechea?
Rig. De cualquiera de los tres.
Pir. No; pero eso no es un motivo para... ¡soy tan frágil de memoria! ¿A quién diablos debo yo 375 pesetas? El 15 del corriente y estamos á 14. ¡Sin un cuarto!
Rig. Mi bolsa está siempre á tu disposicion. Pirueta.
Pir. (Abrazándole.) ¡Querido Rigodon!
Rig. Pero ahora está vacía, tan vacia como la cabeza del *niño terso*. Adios, no te olvides de que el ensayo empieza á las seis.
Pir. (Con abatimiento.) ¡Adios!

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

(Continuará.)

EN UN BAILE DE MÁSCARA.

SONETO.

Dije á una máscara: tu blanca mano,
y tu rubia y sedosa cabellera
me dicen que tu faz es hechicera;
no pretendas negarlo que es en vano.
Descúbrete por Dios, fuera inhumano
que al que por tí, niña graciosa, diera
su bien, su corazon, su vida entera,
pensáras darle un mico soberano.
Calme tu afan, me dice; yo te juro
que á verme vás, pues que tambien se alegra
mi corazon por tí: yo ya seguro
de su amor, la dí un beso; ¡suerte negra!
entonces grita en alta voz ¡perjuro!
se quita el antifaz, y era..... mi suegra.

JOSÉ PEREZ OCHEN.

CANTARES.

Si supieran por ahí
Lo que pasa por mi alma,
Alguna gentil doncella
su corazon me otorgára.

—

Como brillan las estrellas
En el azul firmamento,
Tu imágen brilla en el fondo
De las sombras de mis sueños.

J. J. P. Y T.

EPÍGRAMAS.

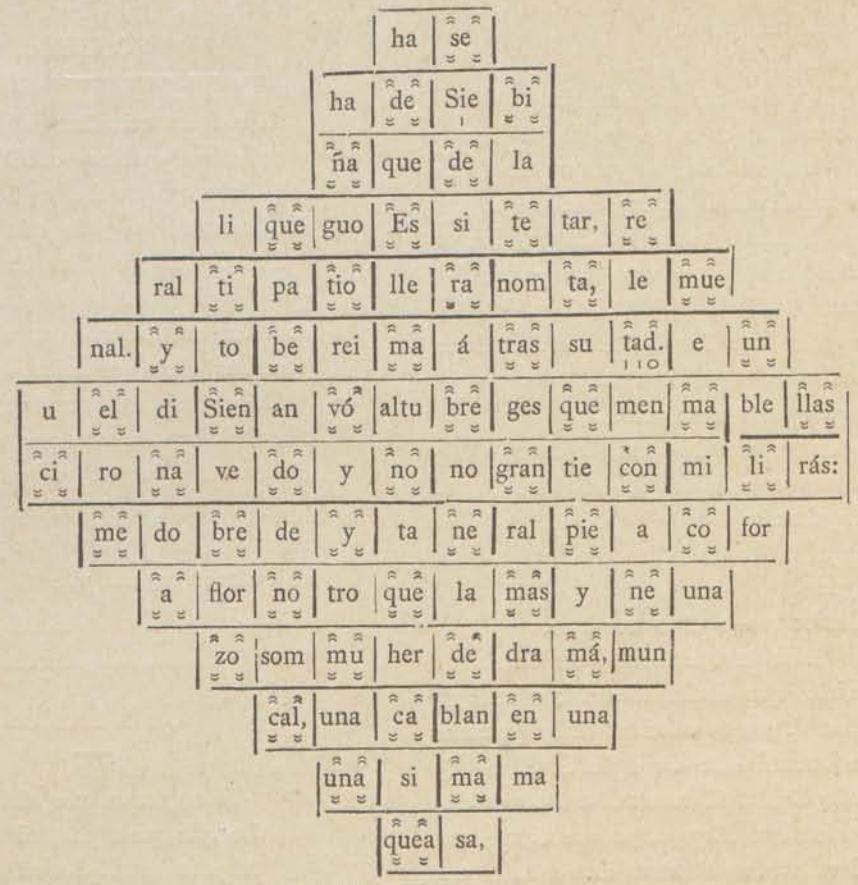
Por chismes de Juan Peña,
anduvieron dos suegras á la greña.
Y aun dice en un refran el vulgo bobo
que no se muerden nunca lobo á lobo!

Dicen Blas y Federico
que el escritor D. Eugenio,
tiene un magnífico *ingénio*:
y es verdad..... en Puerto-Rico.

Que en su séxo todas son
curiosas, me dice Olimpia;
y la digo, con razon,
que hay en la regla escepcion,
pues mi suegra no es muy limpia.

G. PEREU VICO.

Salto de Caballo-logogrifo presentado por D. José Delgado Carabot.



Principia en la casilla número 1 y concluye en la 110.
La solucion en el número 49, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos la remitan.

SEGUIDILLAS.

Que son los ojos, dicen,
del alma espejo,
y la mujer que adoro
los tiene negros:
diérame pena
que su alma negra fuese
si la tuviera!.....

Nunca te digo, hermosa,
lo que te quiero,
porque sé que en mis ojos
lo estás leyendo:
dichoso fuera
si á mí siempre lo mismo
me sucediera.

Tienes negros los ojos,
negro el cabello,
y son negros al verte
mis pensamientos;
pues veo, niña.
de que acaben mis penas
lejano el dia.

R. M.

CHARADA.

Una vocal es *primera*
Y con *segunda* detrás,
Consonante formarás
Que hallas, lector donde quiera;
Vocal es tambien *tercera*,
Y la *cuarta*, aunque te asombre,
Es consonante que el hombre
Aplica á un licor no estraño;
En *quinta* siempre me baño,
Y en TODO verás un nombre.

J. P. G.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Mártes 24 de Agosto de 1875. Núm. 48.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO.—Los Globos aereostáticos, por D. J. R. T. A Adela (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo. La Oracion de la Tarde (leyenda), por la Srta. doña Cármen Nuñez Rodriguez.—La Ciencia (soneto), por D. José Jimenez Pajarero y Topete.—Por estorbarle lo negro (boceto cómico), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—A la Srta. D.ª S. R. P. (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Bravo y Macías.—Te ví tres veces (poesía), por D. Rafael Quintana Medina. Pensamientos, por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.—El Loco (poesía), por D. Ernesto Silva y Arengo.—Anacreóntica, por D. Antonio Rojo y Sojo.—Charada.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	5835
D. Francisco de P. Romero.	20
Francisco Garcia Leon.	60
Manuel Andia y Abela.	60
TOTAL.	5975

En el número siguiente se continuará la lista.

LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.

(CONTINUACIÓN)

Pero volvámos á nuestro objeto:

Hasta ahora, solo hemos visto el problema de la navegacion aérea en un estado embrionario: ha sido preciso construir los globos de metal para que, extraido el aire de su interior, pudiera evitarse por la resistencia de sus paredes el aplastamiento de las mismas, cosa que, á no emplear la indicada materia, hubiera ocurrido inevitablemente en virtud de la presion atmósferica del esterior, en cuyo caso, el aparato quedaria reducido á un objeto inútil.

Mas hé aquí que llegamos á una época de grandes adelantos, á una de esas épocas que señalan una brillante etapa en la senda del progreso: nos referimos al año de 1782, fecha en que tuvo lugar la aplicacion del *hidrógeno* á los globos.

Ya era conocido éste cuerpo de antiguo, ya en tiempos posteriores fué analizado por primera vez de una manera verdaderamente científica por Canvendich que le dió el hombre de *gás inflamable* y descubrió sus propiedades entre las que halló como la principal su gran ligereza específica (14 veces mas ligero que el aire); pero no se sabe que en todo el tiempo trascurrido desde 1776, época en que Canvendich hizo sus esperimentos, hasta la fecha ya citada de 1782, se aprovechara nadie de tan precioso descubrimiento, hasta que cupo esta gloria á Cavallo, que demostró públicamente en Londres los felices resultados que de este cuerpo se obtendrian si se le aplicaba á llenar los globos, haciendo primero sus ensayos por medio de esferas de agua de jabon que llenas de este gás se elevaron en la atmósfera.

Descubierto el hidrógeno, natural parece que se hubiera renunciado á los demás medios adoptados para la elevacion de los globos y que solo á este se hubiera recurrido.

No fué así, sin embargo. El génio incansable de algunos hombres pugnaba con cuantas dificultades se interponian en su marcha; y cada uno por distinto camino se proponia llegar al mismo fin: al ensayado problema de la aereonatacion.

En esta misma época fué, pues, cuando los hermanos Montgolfiers, fabricantes de papel establecidos en Annonay (Francia) se propusieron hallar la tan deseada solucion del problema por medio del aire enrarecido ó calentado.

Construyeron al efecto unos aparatos, que del nombre de sus inventores tomaron el de *montgolfieras*, denominacion que aún hoy se dá á los globos que se fundan en este sistema. Consistian en unos globos de seda, de grandes proporciones, y que llevaban en su parte inferior un hornillo para dilatar ó enrare-

cer el aire por la repulsion que al calórico opera en sus moléculas.

Grande fué el entusiasmo con que se acogió el nuevo proyecto, y brillante el éxito de las espediciones llevadas á término por los dos hermanos; mucho pudiera decirse de todas y cada una de ellas; mas teniendo en cuenta los reducidos límites de que disponemos, forzoso nos es omitir detalles para fijarnos solo en los hechos principales; pero antes de pasar á otra série de consideraciones debemos apuntar al lado del nombre Montgolfiers, otros dos que representan á los mas infatigables partidarios de su sistema: Pilátre des Rosiers y el marqués d' Arlandes que, segun la opinion comun fueron los primeros audaces que confiaron su vida á una embarcacion aérea; pues sí bien es verdad que, como antes dijimos, ya habia Guzmao surcado los aires en su globo, no fué este un viaje propiamente dicho, sino un simple ensayo en que apenas corria riesgo la vida del aereonauta.

Si examinamos ahora las ventajas en que este nuevo sistema del aire enrarecido escedia al antiguo, no tendremos necesidad de detenernos mucho en tal exámen. ¿Quién desconoce el trabajo necesario para la construccion de los primeros globos, y no vé los obstáculos que venian á salvar las montgolfieras?

La preparacion de las láminas metálicas, la construccion del aparato y la extraccion del aire, son operaciones que por sí solas bastan para patentizar las dificultades que habia que vencer en los primeros y el trabajo que se economizaba en los últimos.

Y aun vencidas estas dificultades, aun extraido el aire del interior del globo, todavia la materia de que este se componia era bastante pesada para que, á no medir grandes dimensiones pudiera elevarse á una altura de cierta consideracion.

Por estas razones, el invento de los hermanos Montgolfiers fué importantísimo para la ciencia, pues haciendo desaparecer los globos metálicos. los sustituyó con otros que atajaron muchos de los inconvenientes que, como acabamos de ver, ofrecian los anteriores. Buscóse para su construccion, una materia mas ligera que el metal, y se hicieron de tela; no fué ya necesario estraer el aire de su interior, solo se procuró reducirlo de más á menos denso, y esto como queda indicado, se consiguió por la fuerza repulsiva del calórico sobre las moléculas de dicho fluido.

De este modo, hinchado el globo por la fuerza espansiva del aire, adquiria mayor volúmen, desalojaba por consiguiente mayor cantidad del fluido en que se hallaba sumergido y ascendia en virtud de la gravedad, á la manera que flota un cuerpo sobre la superficie de un líquido.

Mas apesar de estas ventajas relativas, aun encerraban estos últimos globos ciertas imperfecciones que la esperiencía demostró.

El fuego del hornillo destinado á enrarecer el aire ocasionó mas de una vez lamentables siniestros, pues quemándose la tela del aparato, se sucedió inevitablemente su destruccion; y la direccion oblícua que tomaban al ascender, dió lugar asimismo á que, chocando con algun edificio elevado se malográra la empresa del aereonauta.

J. R. T.

(Continuará.)

A ADELA.

EN SUS DIAS.

A PETICION DE MI AMIGO DOM EMILIO VELAZQUEZ.

Bellas las rosas que esparcen
sus perfumados aromas,
y los soplos de las brisas
que besan rizadas olas,
y bella es la luz que ténue
lanza la tímida aurora
cuando entre gasas y tules
su faz candorosa asoma;
pero mas dulce, mas tierno,
mas seductor que las rosas,
es el soplo de tus lábios
y el perfume de tu boca.

. . . . . .

Puro es el manso murmullo
del arroyo que entre flores
se desliza por la falda
de los aromosos bosques,
puro el melodioso acento
de los tristes ruiseñores,
y pura es la luz del alba
y los ecos de la noche;
pero mas dulces, mas puros,
mas armoniosos, mejores,
son los ecos de tu alma
que al alma mia responden.

. . . . . .

Por eso, cuando murmuran
aves, flores, mar y viento,
van celebrando estasiados
tu dulzura y mi embeleso.
Y así, al anunciar tu dia,
la mano veloz del tiempo
se detiene á contemplarte
y endechas graba de acuerdo
con el mar y con las brisas,

con la aurora y con el cielo,
y hasta lejana se escucha
cual un vagaroso eco
una voz que alegre dice:
«Adela, cuánto te quiero!»

ANTONIO GIMENEZ VERDEJO.

LA ORACION DE LA TARDE.

LEYENDA.

CAPÍTULO IV.

LA ORACION.

El espléndido sol marcha á Occidente:
Aun colora su rayo moribundo,
De las altas montañas la agria frente
Dando un adios de despedida al mundo.

Y en rizos matizados de oro y grana,
Entre las leves nubes de la tarde,
Con que el inmenso espacio se engalana,
Su desmayada luz fulgura y arde.

Mas pronto vá á morir: sombras ligeras
El crepúsculo tiende vespertino;
Y sus pálidas luces postrimeras
Sucederán al esplendor divino.

Cual fantasma, despues, que eternamente
Sigue á la luz aunque jamás la alcanza,
Con su manto de estrellas refulgente,
La oscura noche misteriosa avanza.

Su sombra vá agrandándose y creciendo
Allá en la inmensidad: vaga tristeza,
Calma y silencio augusto difundiendo,
Su paso por la gran naturaleza.

Entonces es cuando la flor y el ave
Dá sus últimos trinos y su aroma;
Entonces es cuando su faz suave
La blanca luna por Oriente asoma.

Se apagan lentamente los rumores:
Solo á veces la nota cadenciosa
Se escucha del cantar de los pastores,
Y el son de la corriente presurosa.

Hora inefable; místico momento
En que la luz del espirante dia,
Infunde indefinible sentimiento,
Derrama inspiradora poesía.

Óyese melancólica, indecisa
La metálica voz de la campana,
Que rodando en las álas de la brisa
Convida á la oracion, triste y lejana.

A su voz evocadas, cuántas voces
Se elevan al Señor! del triste suelo,
Cuántos ecos á Dios suben veloces,
De esperanza, de amor, de desconsuelo.

Voz de la religion; voz soberana
Que cual del mismo Dios la voz potente
En álas llega de la fé cristiana
A levantar al cielo nuestra mente.

Voz de esperanza y paz que en dulce calma
Hiere del corazon la oculta fibra;
Que en los pliegues recónditos del alma
Con blando son consoladora vibra.

Que hace arrasar de lágrimas los ojos;
Que hace venir dulcísimas memorias;
Que calma del presente los enojos;
Y que del porvenir canta las glorias.

¡Solemne vibracion! tu grave acento
De unas almas parece los gemidos;
De otras acorde, místico concierto,
O de un mundo mejor ecos perdidos.

A tu potente voz, del alto cielo,
Del ocaso tal vez entre las nubes,
Descienden á la tierra en manso vuelo
Falanges infinitas de querubes.

Invisibles espíritus divinos,
Que poblando del aire las regiones,
Conducen á la tierra, peregrinos,
Del cielo las fecundas bendiciones.

¿Qué son las nubes de ópalo y de rosa
Mas que sus esplendentes vestiduras?
¿Qué el murmullo del aura vagarosa
Mas que los giros de sus álas puras?

Celestes mensageros de Maria
La reina de sus cándidas legiones,
Que desde el almo coro los envia
A recoger las santas oraciones.

Y ellos cruzan el ancho firmamento,
Y atrás dejando las etéreas salas,
Dispérsase en los ámbitos del viento
El rumor misterioso de sus álas.

Y acá recogen la plegaria pura
Del alma tierna que ferviente ora:

Allí el llanto infeliz de la amargura
Del que abismado entre desdichas llora.

Allá un canto de amor y de alegría,
Aquí de un niño la oracion piadosa;
Mas lejos el gemido de agonía,
De una madre afligida y angustiosa.

Del mísero cautivo los clamores;
El ruego del hermano por su hermano,
El que consuelo y paz en sus dolores
Demanda al alto cielo soberano.

Las preses de viuda que llorosa
A Dios implora por su esposo muerto;
La voz de la tranquila religiosa
Junto al ciprés del escondido huerto.

El suspiro del pobre desterrado:
Del enfermo tal vez el son doliente;
El himno al Creador que alza inspirado
El corazon que sus amores siente.

Del anciano que agobia el sufrimiento
La voz que eleva hasta la Virgen santa;
Del huérfano infeliz el triste acento
Que solitario al cielo se levanta.

Del culpable, tal vez arrepentido,
La tierna invocacion: de los mortales
El variado, múltiple gemido,
Que sube á las mansiones eternales.

Todos los ruegos, todos los clamores;
Cada lágrima y cada sufrimiento,
Los recogen los ángeles de amores
Para llevarlos al celeste asiento,

Y á los piés de su Reina Inmaculada
Presentan las ofrendas terrenales:
¡Cuánto dolor mitiga su mirada,
Cuántos ocultos, ignorados males!

Ella, á cada suspiro de ternura,
A cada voz, á cada triste anhelo,
Vá enviando un alivio, una ventura,
Una esperanza, un celestial consuelo.

Es la madre que escucha de sus hijos
El largo padecer; ¿quién no la adora?
¿Quién con los ojos en el cielo fijos
No eleva su oracion en esta hora?

En el fulgor de la primer estrella
Brilla quizá su maternal mirada;
Quizá en el disco de la luna bella
Ilumina la bóveda sagrada.

Crepúsculo fugaz; luz misteriosa;
Luna que en el espacio centelleas,
Oracion de la tarde venturosa,
María celestial; ¡bendita seas!

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

LA CIENCIA.

Foco de luz á cuyo lampo ardiente
Descubre la verdad el pensamiento,
Y en la tierra, en el mar y el firmamento
Ciñe el génio en laurel su altiva frente.
Invisible doquier, doquier presente,
Su origen divinal, su eterno asiento,
Al humano finito entendimiento
Es perenne misterio y aliciente.
Desplómase los tronos, los altares;
Pasan razas y pueblos; con violencia
El globo cubren los revueltos mares (1)
Todo acaba ó transforma su existencia:
De la historia en los múltiples azares
¡Siempre, esencia de Dios, flota la ciencia!

JOSÉ JIMENEZ-PAJARERO Y TOPETE.

POR ESTORBARLE LO NEGRO.

BOCETO CÓMICO.

(CONTINUACION.)

ESCENA III.

Pirueta solo: «Ordenemos un poco las ideas. Ayer »recibo esa carta, ruego á un amigo que me la lea, »y me asegura que es de la baronesa del Camelo que »quiere aprender á bailar. Corro de mi casa á la ca»lle de Mendez-Nuñez, de la calle Mendez-Nuñez á »la de Bayona, de la de Bayona á la plaza de la »Union, de la plaza de la Union á la Fonda de Ar»mida, y la baronesa huyendo delante de mí como »un fuego fátuo. Hoy me lee Rigodon la carta y en»cuentra que es de un acreedor; Carranza, Montero, »Apecechea... ¿qué se yó? un acreedor que me pide »dinero»

«Si es lo uno, no puede ser lo otro, y si es lo »otro, no puede ser lo uno. ¿Se equivocaria ayer mi »amigo y me daria una carta suya en lugar de la

(1) Alude al Diluvio Universal.

»mia? á no ser que Rigodon haya sido... yo me em»brollo cada vez mas.»

Aquí entra la Srta. Pepa Anzuelo, suripanta que no se ha casado porque no ha querido..... nadie cargar con ella y que al presente procura hacer caer en la red del matrimonio, al pobre Pirueta.

Pepa tiene dos ojos que valen dos Perús y su labio superior está encantadoramente sombreado por un ligero bigote negro. Su aire es resuelto, su estatura magnífica, su voz varonil; es muy viva de génio y muy larga de manos; uno de esos individuos del sexo *débil*, que manejan á su antojo al sexo *fuerte*.

ESCENA IV.

Pir. Aquí la tenemos ya. ¿Qué apostamos á que viene á hablar del matrimonio?

Pep. ¿Qué decia V.?

Pir. Digo, querida Pepa, que el amor es semejante á las flores; para que no se marchite es preciso que permanezca sobre su tallo. El tallo del amor es la libertad.

Pep. ¡Jesus que ideas!

Pir. El matrimonio es la tijera que corta ese tallo, haciendo que la flor caiga y se seque. Me dirán que entonces se recoge la flor caida, se coloca en un vaso, cuya agua se renueva diariamente, pero con esto no se consigue mas que prolongar algun tiempo su facticia existencia, al fin y al cabo hay que arrojarla del vaso.

Pep. A menos que no se prefiera conservarla marchita y todo sobre nuestro corazon.

Pir. En una bolsita, como si fuera una reliquia ¿no es eso?

Pep. Se burla V., despues de haberle sacrificado mi juventud (Pirueta tose), mi porvenir, (Pirueta tose mas fuerte) mi reputacion (Pirueta tose como un asmático). He creido en sus juramentos.

Pir. Ha hecho V. muy mal, los juramentos de amor no se cumplen nunca. Un juramento de ese género es un billete que se dá á la puerta de un corazon para entrar en él, como si dijéramos, en el teatro. La pasion, llamémosla comedia, dura un acto, dos ó tres; pero cuando ha concluido, el billete que se dió á la entrada no puede servir mas.

Pep. ¿Y qué me quiere V. decir con ese discurso? ¿que se ha concluido ya la comedia de nuestro amor?

Pir. No por cierto; estamos en el prólogo de ella, pero todo espectáculo tiene entreactos y en los entreactos sale uno á refrescarse; toma una contraseña y vuelve á entrar.

Pep. Muy bien, señor mio, pero todas las comedias concluyen con un casamiento.

Pir. Tambien concluirá así la nuestra.

Pep. ¿Pero, cuándo?

Pir. Aguardemos al tercer acto.

Pep. ¡Oh, eso es muy largo, los entreactos sobre todo.

Pir. ¿Y qué hemos de hacerle? paciencia, ten paciencia; yo te empeño mi palabra, de que nos casaremos tan luego como se establezca el divorcio.

Pep. Ingrato! seductor!! infame!!! ahora me lo esplico todo; esa frialdad, esos tres dias pasados sin verme. Otra mujer; sí, no hay duda.

Pir. ¡Otra mujer! qué disparate, para el amante no hay mas mujer que la que ama; las demás no existen *ya*, ó no existen *todavia*.

Pep. (viendo la carta.) ¿De quién es esta carta? dámela, quiero leerla.

Pir. Tómala, lee, ¿á quién viene dirigida?

Pep. A Don Calisto Pirueta, maestro de baile. (leyendo) «Miserable.»

Pir. ¿Qué dices?

Pep. No lo digo yo, lo dice la carta; escucha: «Mi»serable, mientras que se ha tratado de mí »solamente, nada he querido pedir al esposo »indigno que me ha abandonado, he prefe»rido ganar el sustento con el trabajo de mis manos, pero.....

Pir. ¿Qué diablos estás diciendo? Esa no es la carta que te acabo de dar.

Pep. ¿Con que estás casado Calisto? ¡Ah Calisto, Calisto!

Pir. ¡Casado yó! (registrándose los bolsillos.) Me habré convertido en una balija? cuántas cartas...

Pep. Es claro, no podias casarte sin que se estableciera antes el divorcio, es claro, hubieras sido bigamo.

Pir. Bígamo! seria curioso. Pero señor, no atino.....

Pep. Escucha y tiembla, pérfido. (leyendo.) «pero »cuando se trata de una inocente criatura »cuyo padre es V. ante Dios y la sociedad, »debo demandarle ante los tribunales para »que nos alimente.....

Pir. ¡Caracoles! esto ya no se puede sufrir ¿quién es la que firma? ¿Paca?

Pep. ¿Luego tenias una querida, bribon? No, no es Paca.

Pir. Será Lola.

Pep. ¡Eran dos, tunante! No es tampoco Lola.

Pir. Ni Paca, ni Lola! ¿será Antonia?

Pep. Pero bandido, monstruo, ¿tenias un serrallo? Lovelace! Tenorio!! Barba-azul!!! no es ni Paca,

ni Lola, ni Antonia.

Pir. ¿Quién firma entonces? habla.

Pep. Nadie.

Pir. Esto se complica deliciosamente. ¡Un anónimo! y si fuera solo un anónimo, pase, del mal, el menos, pero además de ser un anónimo viene sin firma, ¡Parece increible! á qué grado de perversidad han llegado las costumbres! si yo escribiera anónimos lo primero que haria, seria firmarlos.

Pep. Cuando se escribe á un marido, no se necesita firmar.

Pir. Es que yó no soy marido de nadie, Pepita; ¿lo entiendes? y cuidado con ponerme motes.

Pep. No se trata ahora de palabras, sino de obras. Cásate conmigo; solo de este modo te creeré. En casa vive el Secretario del Juzgado Municipal, voy por el.....

ESCENA V.

Rigodon, entrando. ¿Todavia estás aquí Pirueta? ¿y el ensayo? Buenas tardes, Pepita!

Pep. Buenas tardes.

Pir. A propósito, Rigodon, hazme el favor de volver á leer la carta de Carran... ó Monte... ya sabes...

Rig. ¿Aun no has encontrado los quevedos? (lee.) «Muy Sr mio:

Pir. ¿Estás seguro de que dice eso?

(Pepa hace señas á Rigodon para que calle.)

Rig. Segurísimo.

(Pirueta le quita la carta y se la dá á Pepa.)

Pir. Lée tú ahora.

Pep. (leyendo.) «Miserable...

Pir. ¡Uno de vosotros no sabe leer!

Rig. ¿Cómo que nó? (tomando la carta y leyendo.) «Muy Sr. mio: Tengo el honor de advertirle »que el dia 15 del corriente giraré sobre V. »por la cantidad de 375 pesetas que me »adeuda...

Pep. (Arrancándole la carta y leyendo.) ¿Que yo no sé leer? «Miserable; mientras que se ha tra»tado de mí solamente, nada he querido pe»dir al indigno esposo que me ha abando»nado etc. pero cuando se trata de una ino»cente criatura cuyo padre es V.....»
Amigo Rigodon. ¿por qué método, ha aprendido V. á leer? (guiñándole.)

Rig. ¿Por qué... método?..... pues... por el método.....

Pep. Antiguo ¿no es verdad? oh! el método antiguo es detestable!

Rig. V. lee por el moderno; ¿no es así?

Pep. Justamente, es el mejor.

Pir. Se me figura que aun hay un tercer método, porque ayer la carta hablaba de lecciones de baile, de la baronesa del Camelo...

Rig. Decididamente, señorita, V. tiene razon. Ahora comprendo..... me marcho al ensayo, Abur.

Pep. Yo voy por el secretario municipal. (Vánse.)

Dionisio J. Delicado y Rendon.

(Concluirá.)

A la Sta. S. R. P.

Estás en los dinteles de la vida;
Hasta aquí tu poética existencia
Se deslizó risueña y adormida
En los brazos de plácida inocencia.

La senda que se estiende ante tus ojos
Será sin duda, de atractivos miles;
Que nunca se distinguen los abrojos
En los benditos diez y seis abriles.

Por doquiera tu alegre fantasía
Verá gallardas y olorosas flores
Ricas de juventud y lozanía,
Vergel ameno de ilusion y amores.

Edad feliz de irresistible encanto.
¡Cómo bulle y se eleva nuestra mente,
Soñando siempre bajo el puro manto
De la esperanza bella y sonriente!

La dicha en todo: la ilusion dorada
Nos deja ver su juvenil figura
Radiante de placer y rodeada
De amor y de entusiasmo y de ventura.

¡Cuán hermosa es la vida! goza, goza
De su delicia y sus encantos bellos,
Pero debes mirar si se reboza
Alguna hiel, algun pesar en ellos:

Que no, por Dios, tu corazon henchido
De sencillas y gratas ilusiones,
Sienta apagarse su feliz latido
Por el soplo de rudos aquilones.

Mira, Socorro, el porvenir te brinda
Con su risueña y esplendente gala;
De sus jardines con la flor mas linda
Tu generoso corazon regala.

Nada mas natural que, placentera,
Acojas sus espléndidos favores;
Penetra, pues, en la brillante esfera
De tanto goce y de tan bellas flores;

Mas si el brillo de alguna te domina,
Antes que ufana tu ligera mano
Toque su tallo, tente y examina
Si la corroe mísero gusano.

No te seduzca nunca la belleza:
No te olvides que, á veces, allí donde
Se encuentra mas placer, mayor vileza
Bajo su encanto irresistible esconde.

La calumnia. la envidia y el engaño
Visten sus formas de luciente oro,
Mientras que labran el eterno daño
Que al corazon arranca eterno lloro.

Pero tanta advertencia y frase tanta,
Sinceramente, inútiles las creo:
Tu comprension altiva se levanta
Y acaso encuentra lo que yó no veo;

Que, si eres jóven, á tu buen talento
Quiso juntar la santa Providencia,
Con el mas esquisito sentimiento
La virtud esencial de la prudencia.

Si en esta vida existe bienandanza,
Tú cual ninguna gozarás en ella.
¿No crees tú, Socorro, que se alcanza
Con las virtudes venturosa estrella?

Mas, si la suerte se mostrara impía
(A la suerte del mundo me refiero),
La proteccion de Dios, amiga mía,
Te seguirá del mundo en el sendero.

Que sencillez y elevacion, terneza
Y grave dignidad, alma dotada
De férvido entusiasmo y de grandeza
Es lo que brilla en esa tu mirada.

Entra, Socorro, en el risueño mundo;
Alza orgullosa la serena frente;
No temas, no; su lodo nauseabundo
No te salpicará, no, ciertamente.

A la naciente luz de la mañana;
En las tinieblas de la noche oscura,
Serás la flor purísima y galana
Y la estrella serás que refulgura.

Entra en el mundo; la virtud sencilla
Te halaga y te proteje; confundido
El vicio ante tu frente sin mancilla,
Reprimirá su aliento envilecido.

RAFAELA BRABO MACIAS.

Ronda 29 de Agosto 1873.

TE VÍ TRES VECES.

I.

Te ví una vez en apacible ensueño
como vision angelical, divina,
y te adoró, y te buscó en el mundo,
y te encontró por fin el alma mia.

II.

Te ví otra vez, radiante de hermosura
jurándome un amor que era mi dicha,
temblando de emocion, como en su tallo
la bella flor al beso de la brisa.

III.

Y te he visto otra vez; la última ha sido,
pasar indiferente, distraida,
huyendo á mis miradas que te piden
el corazon que me robaste un dia.

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

PENSAMIENTOS.

La felicidad es como una bellísima mariposa que nos halaga y distrae mientras juguetea á nuestro alrededor; pero que en el momento en que, demasiado exigentes queremos apoderarnos de ella, al tratar de conseguirlo, causamos su muerte y á la vez la de todas nuestras ilusiones.

Dios al formar á sus criaturas, dejó impreso en sus almas un sentimiento, esclusivamente propio de su divinidad; es el amor: por él se elevan nuestros carazones y se comunican con el Ser Supremo, pues ese don precioso nos aproxima á todo lo celestial.

Asi como cada estacion del año tiene sus diferentes frutos y flores, tambien la vida del hombre se presenta con diferentes fases.

Es propiedad de la niñez, la alegria, que brota confiada en el corazon, como brotan en un rosal tiernos capullos.

Lo es de la juventud la esperanza, esa hermosa y perfumada flor que esparce su fragante aroma, dando la vida del alma, y elevando sus altares cual divina Diosa en los juveniles pechos; flor que puede llamarse ilusion, por lo pronto que nos abandona.

Luego viene el juicio, y cual si lanzase un ardiente suspiro, deshoja con despiadada firmeza el ramo precioso, delicado y fragante que formó la primera edad.

La vejez tiene el triste destino de encontrar todas estas flores y otras muchas, marchitas ya, por el devastador huracan de los desengaños.

María Antonia Gonzalez de Amieba.

EL LOCO.

Mirad aquel hombre de errante mirada,
miradle en las calles vagando sin tino,
mirad como corre con mano crispada,
con pié vacilante, su incierto camino.
Levanta sus ojos idiotas al cielo,
detiene su paso, detiénese un poco,
mas vuelve á su idea y aumenta su vuelo,
y nunca descansa; el pobre está loco.
Ya toma una senda, ya vuelve ó ya gira,
y lanza cansado profundo gemido,
su faz se entristece, solloza y suspira,
de pena y pesares su pecho transido.
Encantos no tiene para él esta vida,
no siente su alma ni goces ni amor,
pues solo este mundo al loco convida
á apurar la copa de inmenso dolor.

Ernesto Silva y Arengo.

ANACREÓNTICA.

Luzcan otros sus brios
en marciales torneos,
ó el poder de su lanza
en combates sangrientos.
No me importa que en pistas
obtenga un caballero,
miradas de su dama
ó de valiente el premio,
que no envidio la gloria
ganada á tanto esfuerzo.
Envidio al que estasiado
contempla un arroyuelo,
cuyas aguas semejan
por su curso sereno,
los años que allí pasa
feliz y placentero,
mirando sus facciones
en cristalino espejo.
Envidio al que entrelaza
jugando entre sus dedos
de la mujer que adora
el sedoso cabello,
pensando que son hebras
que dán tristeza y celos
á los dorados rayos
del rubicundo Febo;
y al propio tiempo liba
el nectar placentero,
que finge nuevas dichas
con eróticos sueños.
Viva yo de este modo,
que en brazos de Morfeo
y al lado de mi bella,
atraviese contento
del mar de la existencia
el proceloso piélago.
Y mientras soy felice,
que luzca otro su esfuerzo
en luchas y en combates
y en pistas y en torneos.

Antonio Rojo y Sojo.

CHARADA.

De la escala son signos
Prima y *segunda*,
Esclamacion la *tercia*
Que mucho abunda.
Lo que las tres primeras
Dicen clarito
Verás sin duda alguna
En *todo* escrito.
Cuarta y *quinta* nos gusta
En la pradera,
Pues refresca las flores
De primavera;
Y encanta contemplarlo
En sitios bellos,
Cuando lanza la luna
Tibios destellos.
Tercia y *segunda* temo
Con fundamento,
Pues que corta las vidas
En el momento.
De la infancia es el todo
Ocupacion,
En ella está basada
La educacion.

María Antonia Gonzalez Amieba.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

E—LE—U—TE—RIO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez, Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Miércoles 1.° de Setiembre de 1875. Núm. 49.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Influencia de la mujer en la regeneracion social (cartas á Concha), por D. Antonio Pareja Serrada.—La Oracion de la Tarde (leyenda), por la Srta. D.ª Cármen Nuñez Rodriguez.—Anacreóntica, por D. Angel Garcia.—Por estorbarle lo negro (boceto cómico), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Abolicion de la Erclavitud (poesía), por D. Antonio Luis Carrion.

ADVERTENCIA.

Hoy hace doce meses que empezaron á ver la luz pública los Ecos del Guadalevin. El primer año, el año de prueba, ha trascurrido para nosotros. Durante este tiempo hemos logrado introducir grandes mejoras en la Revista. Veremos si el público corresponde en el segundo á nuestros esfuerzos y buenos deseos.

Suplicamos á nuestros abonados que no tengan satisfecho el importe de su suscricion, nos lo remitan en sellos ó letra de giro mútuo para regularizar las cuentas del primer año.

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA REGENERACION SOCIAL.

CARTAS A CONCHA.

Amiga mia: Cuando volvemos una mirada sobre el estado de nuestra sociedad y tratamos de establecer un paralelo entre ella y la de otras naciones de Europa, nuestros ojos se velan de lágrimas y nuestro corazon exhala un suspiro de dolor. La mas cruel de las decepciones, nos presenta en repugnante desnudez el cuadro de nuestras costumbres, de nuestra manera de ser, poniéndonos de manifiesto los vicios de que su conformacion adolece, y alentándonos a buscar el remedio á tantos males, ese *quid* que nos impide marchar á la cabeza del mundo civilizado; á la par que, como el mas eficaz, como el único tal vez de los medios, nos presenta á la mujer con cuya influencia no es aventurado suponer conseguido tan hermoso fin.

Innecesario es acudir á la filosofía para demostrar tan palmaria verdad: la historia, enseñanza de los pueblos, es la prueba mas elocuente que pudiéramos aducir en pró de nuestra idea, y á ella nos ceñiremos en estos desaliñados apuntes, hijos de nuestras impresiones, voz de nuestra conviccion, aunque oscuros intérpretes de nuestro pensamiento. Para ello, mi buena amiga, séame permitido lanzar una mirada retrospectiva á esa historia que es la vuestra, que es la del adelanto y el progreso, que es en fin la de la civilizacion.

La mujer en las primeras edades del mundo, juega un papel tan secundario, que casi desaparece, digámoslo así, en las tinieblas de lo despreciable: reducida al estado de *cosa*, ni representa nada en la familia, ni goza de los privilegios para que su organismo delicado la destinó. Sus deberes son exigidos con despotismo: sus derechos ninguno, sí que el triste de obedecer sin murmurar, y prestar su sangre, su naturaleza, su vida en fin, á los caprichos de su despótico señor. Sus relaciones en la familia se reducen á la reclusion en la tienda, donde dá á luz sus hijos para que antes de balbucear las primeras frases, los arranquen de su lado, emancipándoles á su amor maternal. Su amor es un mito, pues que careciendo de voluntad, considerándola como *cosa* no como *ser*, el hombre la desprecia, la compra y la vende á capricho, la hace su esposa un dia y la repudia al inmediato, ocupando su sitio en el hogar otra compañera no mas feliz que ella.

En esta época el hombre es el todo. Pero ¡qué hombre! Su instruccion no puede ser mas rudimentaria; se viste de pieles; su habitacion es el campo, el monte; su hogar la copa de un arbol, y su vida nómada sin principio fijo, no obedece mas ley que la conservacion natural; son sus placeres las emociones de la caza, por la caza se fatiga, por ella no se

fija en terrenos fértiles, ni goza de la encantadora perspectiva de paisages vírgenes: ella le empuja de pais en pais cual otro Judío Errante, y..... ¡causa repugnancia! le lleva al robo y al asesinato sin darse cuenta de la bondad ó malicia de sus actos. Sus armas, son el dardo de espina de pescado, la lanza, el hacha de piedra; los útiles de su hogar, un hueco en la ceniza para asar los productos de su caza; es en fin el verdadero hombre fósil que los naturalistas buscan con tanto afan.

Síguense los tiempos; la mujer goza de mas libertad y obtiene el privilegio de educar á sus hijos por lo menos hasta la adolescencia: es, si no única, al menos legítima asociada del hombre: sus compañeras del gineceo no son libres, nacieron en la esclavitud, y si bien comparten con ella el tálamo conyugal, son menos respetadas, tienen menos autoridad que la mujer legítima. Y ¿qué sucede entonces? los hombres escitados por la mujer, levantan soberbios monumentos, asombro de nuestra era, dedican templos á la naturaleza femenina bajo los nombres de Isis, Diana, Ceres y otras mil diosas de la antigüedad, y dan el primer paso en el camino de la civilizacion: empiezan por enloquecer ante la hermosura del rostro, y la mujer con su penetracion, adivina las glorias que el porvenir la reserva, rompe con las tinieblas que entorpecen su rápido paso á lo desconocido, y crea. Agar, pobre, desvalida, mísera esclava arrojada del hogar por su señor, vagando en el desierto con su hijo Ismael, es mas grande, mas respetable en su infortunio, formando de aquel pedazo de su alma un pueblo tan inmenso, una generacion tan fuerte y vigorosa, que su memoria será imperecedera. La mujer no se detiene á contemplar su obra, avanza, y avanza siempre en álas da su fantasía y alentada por su fé: Babilonia es testigo de sus triunfos, y recuerda en Semíramis la atrevida autora de sus jardines aéreos, de sus colosales esfinges. El hombre entonces, dá nueva forma á la familia; comparte con la esposa el cuidado de alimentar y vestir á sus hijos, dulcifica sus costumbres y cambia por completo su modo de ser.

Hay un periodo en que el hombre, dedicado á la guerra, olvida en su ocupacion habitual los fecundos gérmenes que la esposa hiciera brotar en su pecho. El fragor de los combates, la gloria del triunfo, perturban su cerebro, que no trabaja sino para producir elementos destructores: las armas absorben su dia; en la noche sueña batallas y asedios, levanta templos á Marte y Júpiter, y les ofrece en holocausto las sangrientas víctimas de sus prisioneros, colocando como trofeo al pié del ara los repugnantes despojos del que fué su enemigo. En esta desgraciada época el padre y el esposo adquieren derecho de vida y muerte sobre sus hijas y esposas; la menor falta, el mas ligero síntoma de contradiccion, determina la pérdida de su vida, se las relega al interior de sus moradas, y no se las permite el menor átomo de autonomía. En estas condiciones, la inteligencia del hombre se embrutece, su deleite es la sangre cuya vista le embriaga, y falto de la inspiracion de la mujer por la reclusion á que la condenára, las artes decaen, la agricultura agoniza, y no comprende mas belleza, mas armonía, que el brillo de las armas y el estrépito de la pelea.

Pasó aquella edad desventurada; el hombre se cansó de luchar sin fruto, sin otras consecuencias que el lucro del botin, quiso descansar, y no halló reposo sino en los brazos de la mujer: su entendimiento embotado respondió á los primeros destellos de luz que su compañera le prestó, abrió las puertas del gineceo y volvió, no á ser lo que era, sino á encauzar sus sentimientos, á emprender de nuevo la reforma de sus costumbres, á despertar en fin del letárgico sueño en que yacia. Las artes renacieron como por encanto, se fundó el Areópago, y algunos hombres coronaron su frente de inmarcesibles laureles en los certámenes de aquel campo de civilizacion: Grecia asombró al mundo entero y produjo aquellos inmortales Esguilo, Sófocles, Euripides y otros mil mas que fueron el asombro de sus tiempos y la admiracion de las generaciones futuras. La mujer, sin embargo, no se limita á su iniciativa: comprende las dificultades en que estriban los males de la sociedad, y aprovecha la misma corrupcion del hombre para instruirle y modificarle. La *etaire* adormece en su séno al amante, pero no con cánticos guerreros, no con la poesía épica, sino con los ricos veneros de su vasta erudicion; y el hombre, al par que bebe en sus lábios el amor, deja infiltrar en su alma los conocimientos en ciencias, artes y literatura que la astuta cortesana desliza en sus conversaciones. Esta es quizá la mas bella época de la antigua historia, la que nos presenta el cuadro mas esplendente de adelantos; y todo ¿por qué? porque la mujer goza de mas libertad, comprueba su estado actual con el que antes tenia, y ante su obra de regeneracion no vacila en sacrificarse haciendo abstraccion hasta de su pudor, á tal de instruir al hombre. Este la ama, se inspira en su acento, en su mirada, en su belleza; se identifica con su dolor, se satura de su alegria, y de tal modo la estudia, que deja poblada la ciudad de Atenas de estátuas cuya espresion no nos es dado imitar.

El mundo todo sigue el ejemplo de Grecia y se ilustra; la mujer adquiere tanta preponderancia, que el hombre doblega sus pasiones ante ella. Roma concede á sus matronas el derecho de vida ó muerte en los combates de gladiadores, y cuando el vencedor

empapado en sangre intenta dar el golpe de gracia á su enemigo vencido, la matrona levanta un dedo, y la espada cae de la mano homicida perdonando á su víctima. La mujer no obra entonces por capricho; lo hace porque vé al hombre exaltarse á la vista de la sangre, y pone coto á su embriaguez usando del derecho que la galantería convertida en ley la concede. Si dejase al hombre aislado con sus initintos, anularia los esfuerzos que hiciera para educarle, y ella no puede resolverse á destruir lo que creó á costa de dolores, de lágrimas y de sacrificios: comprende, adivina una época mas gloriosa para su nombre, y trabaja sin descanso en su preparacion, ínterin llegan los tiempos que constituyen la Edad Media.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega 28 de Agosto de 1875.

LA ORACION DE LA TARDE.

LEYENDA.

(CONCLUSION.)

Indiferente, fantástica
Cual sombra que vaga errante,
Maria, la triste amante,
A la luz crepuscular,
Discurre por las cañadas
Testigos de sus amores,
Entristeciendo á las flores
Su amarguísimo pesar.

Doblada al suelo la frente
Del color de la azucena,
Su faz antes tan serena
Nublada por el dolor,
Con sus rizos descuidados
Jugando leve la brisa,
Desterrada la sonrisa
De sus lábios sin color.

Solo es ya reflejo pálido
Su celebrada belleza;
Desoladora tristeza
Marchitó su juventud.
Y mas que mujer parece
Una sombra que evocada,
De la tumba levantada,
Va de nuevo al ataud.

Sola camina abismada
En su amargo desconsuelo,
A veces levanta al cielo
Su mirar apenador,
Y un nombre acaso murmura
Con melancólico acento,
Nombre que repite el viento
Suspirando en derredor.

Pobre niña! en loco ensueño
Le mostró su fantasia,
Mares de luz y armonía
Cielos de dichas sin par,
Y al querer volar alegre
Al horizonte risueño,
Fugaz se deshizo el sueño
En horrible despertar.

Ah, si acaso el suelo esmaltan
De este valle de dolores,
Cuan fugaces son las flores
Del alma felicidad!
Nube alígera que pasa
Y el aire deshace luego,
Ave rauda, fátuo fuego
Perdido en la inmensidad.

Blanco fantasma formado
De húmedo vapor del rio,
Que vaga en el bosque umbrio
De la luna al resplandor,
Y tras él el hombre ciego
En su delirio se lanza,
Ya está cerca, ya lo alcanza
Va á tocarlo... y es vapor!
. . . . . .

Grave, solemne, lejano,
Se escucha cual un gemido,
Melancólico sonido
De pausada vibracion.
Su eco estremece á Maria
Y tiembla la desgraciada,
¡Ay, ya nada implora, nada,
Al toque de la oracion!

Murió Fernando; en la tumba
Su amor, su dicha se encierra;
¿Qué le resta ya en la tierra?
¿Qué le guarda el porvenir?
Solo luto, sombras solo,
Triste noche, duelo, llanto,
Y por fin á su quebranto
Su esperanza en el morir.

Mas por misterioso impulso
Que el corazon no se esplica,
Esta vez tambien suplica,
¿Ruega por su muerto amor?
Ah, dos lágrimas de fuego

Resbalan por sus megillas,
Y ora en tanto de rodillas
Con insólito fervor.

¿Qué pide á Dios? ¡ay! sin duda
Que apiadado de su duelo,
La lleve tambien al cielo,
Al cielo donde le vé.
Y su plegaria bañada
En lágrimas de agonía
Sube al trono de Maria
En las álas de la fé.

Pero ¡oh Dios! ¿qué ven sus ojos,
Qué ven que tanto la asombra?
¿Miran acaso una sombra?
¿Es ensueño?... ¿es realidad?
Sí, sí, es Fernando, ¡Fernando
Que adelanta sonriendo!
No es ilusion, lo está viendo
Y aun duda de que es verdad.

Pero es su amante sí, rápido avanza
Mientras muda y estática lo mira,
Y al choque de distintas emociones
De sorpresa, esperanza y alegría,
En confuso desórden sus ideas
Al suelo va á caer desvanecida;
Pero Fernando llega y es su acento
El que suena llamándola: ¡Maria!
Y en sublime esplosion, de gozo el alma
A un tiempo enagenada y oprimida,
Exhala ronco grito, débil nota
Que el viento en torno vagaroso vibra,
Que allá en el corazon su eco resuena
Aunque fuera imposible traducirla.
—¿Es verdad? si? ¿no es ilusion, no es sombra
Que me fingió tal vez la fantasía?
Habla pronto, Fernando, dí si es cierto
Que eres tú, que te miro, que respiras,
Que vienes á decirme que me amas,
Que no amenazan ya tu cara vida.
Ah! mi pobre razon está tan débil
Que á veces imagino que delira.....
—Sí, es tu amante, no temas, separarnos
De hoy mas, solo podrá la muerte fria.
—Oh, la muerte! ¡gran Dios! la tumba helada
Donde juzgué, Fernando, que yacias.
—Por un instante, su sombrio reino
Creí habitar; mas fué ilusion mentida.
Es cierto sí, que la terrible parca
Tocó mi pecho con su mano fria;
Mi sangre heló con su glacial aliento,
La eternidad oscureció mi vista,
Y entre el vago sopor que me embargaba
Huir del corazon sentí la vida.
Pero sin duda entonces, angel mio,
Tu ferviente oracion se interponia,
Y el Dios de las clemencias apiadado
Por tu plegaria me dejó la vida.
—Es verdad que mis votos y mis preces
Alzaba siempre al declinar el dia,
Esperando constante, con fé ciega
Que en salvo de la guerra volverias;
Mas no fuí yo, Fernando; mi plegaria
Poco ante el trono del Señor podia;
Quien te arrancó del borde de la tumba
Fué la Reina del cielo, fué Maria;
Ella fué nuestra tierna protectora;
De rodillas, Fernando, de rodillas
Y hasta su excelso trono levantemos
La oracion de la tarde con fé viva.
Gracias, gracias, Maria inmaculada
Madre del casto amor, Virgen bendita
Tú que clemente y pia me devuelves
Mi esperanza, mi bien, mi amor, mi dicha,
Tú, que, agostada en flor, hácia el sepulcro
Mirabas resbalar mi triste vida.
Y que al agudo padecer del alma
Ni lágrimas mis ojos ya tenian,
El llanto de placer que vierto ahora,
De gratitud emanacion sencilla,
En nube trasformado, allá en el clelo
Humedezca tu altar, Virgen Maria.

Dos meses han pasado; un sol brillante
Su luz derrama por el ancho cielo,
A su rayo vivífico y radiante
De gayas flores se engalana el suelo,
El aura impregna aroma penetrante,
Las aves cruzan con su ráudo vuelo,
Cantos de amores á los aire dando,
Himnos de gloria al Hacedor alzando.

Saltan los corderillos por el prado
Despuntando la pálida retama;
La tórtola su arrullo enamorado
Dá entre las hojas de la verde rama;
Alegre va el pastor tras su ganado
Quejas en su cantar dando á quien ama,
Y el eco melodioso llena el viento
Con vagas notas del lejano acento,

Bajo la fresca bóveda sombria
Que el bosque ofrece, grata y silenciosa,
Blando solaz al caluroso día
Queriendo hallar en su techumbre hojosa,

Se miran á Fernando y á Maria
En animada plática sabrosa,
De ventura, de amor, de paz radiantes
Unidos ya y dichosos los amantes.

Y así vivieron siempre: bendiciones
Doquiera recogiendo tras su huella,
Porque un alma feliz consuelo y dones
Como la luz el sol, fácil destella:
Sin jamás olvidar sus corazones
A la que fué su protectora Estrella,
Rezando cada dia fervorosos
La ORACION DE LA TARDE los esposos.

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

ANACREÓNTICA.

PARODIA A LA DE MI AMIGO ANTONIO ROJO Y SOJO. (1)

Pasen otros sus dias
En eróticos sueños
O acariciando vanos
Y efímeros proyectos;
O en la soledad tétrica
Del despoblado yermo
Oigan cantar las aves,
Quejarse el arroyuelo,
Cuya mansa corriente
Retrata, fiel espejo,
La tachonada bóveda
Del azulado cielo:
Oigan el misterioso
Y agradable concento
De ese vago ruido
Que engendra el blando céfiro;
O vean del rocío
Las perlas en los pétalos
De las fragantes rosas
Y hermosos pensamientos;
Que no he querido nunca
Ni otra cosa ver quiero,
Que arcones seculares
De monedas repletos;
Y escuchar el sonido
Y dulce clamoreo
De las doradas onzas
Cayendo en los talegos.
Sienta yo mis bolsillos
De plata y oro llenos
Y luzcan otros galas
Y busquen pasatiempos
Que para mi no existe
Otro *dios* que el dinero.

ANGEL GARCIA.

(1) Inserta en el número anterior.

POR ESTORBARLE LO NEGRO.

BOCETO CÓMICO.

(CONCLUSIÓN.)

ESCENA VI.

Pir. (paseándose con los brazos cruzados.) ¿Me habré vuelto loco sin saberlo? La baronesa del Camelo, tres lecciones á la semana, Nápoles, calle de *Spagna*, número 101, una letra de 375 pesetas girada contra mí por Carranza, Montero ó Apecechea, una mujer, un hijo, Paca, Lola, Antonia; todo esto me zumba en la cabeza como un emjambre de abejorros. ¡Todo esto ha salido de esa carta que es la caja de Pandora!

ESCENA VII.

Pir. (al portero que entra.) Señor Cerbero, ¿ha visto V. mis gafas?

Por. ¿Cómo quiere V. que las haya visto si no tengo puestas las mias? Pero voy en seguida... (Saca sus anteojos y se los pone.)

Pir. ¿Quiere V. hacerme el favor de leer esta carta?

Por. ¡Con mil amores, caballero! (mirando la carta.) Hum, hum. ¡Cápista! ¿ha tenido V. alguna cuestion?

Pir. ¿Cuestiones yo?

Por. (leyendo.) «Caballero, V. ha creido conveniente ocultarse despues de haberme insultado...

Pir. ¿que yo he insultado á uno? Esta es la mas negra ¡Dios mio!

Por. «pero he mandado que le sigan y sé quien es V.»

Pir. Pues mire V. Sr. Cerbero, ese hombre sabe mas que yo.

Por. «Una injuria como la que V. me ha inferido; no puede lavarse sinó con sangre»

Pir. ¡Bonitas lejias hará ese bárbaro!

Por. «sinó con sangre. Mañana á las seis de la mañana, aguardo á V. con mis testigos y mis armas, junto á la venta del Collado»

Pir. Sí, que me aguarde, pero sentado porque si no se vá á cansar de tanto aguardar.

Por. «del Collado. Le prevengo á V. que si no acude á la hora y lugar convenidos, voy á su casa y le corto las orejas.

Silvestre Rompehuesos.»

Pir. Llegó mi última hora!

Por. Yo espero que no, ¡morir uno de mis inquilinos en Diciembre! despues que pasen los aguinaldos, no digo que nó.

Pir. (tocándose y mirándose al espejo) Pirueta; ¿eres el mismo?
Por. No siempre se muere en un desafío.
Pir. ¿Cómo salgo de esta marimorena?
Por. Han llamado; voy á ver quien es.
Pir. No abra V., se lo prohibo terminantemente, Sr. Cerbero.
Por. ¡Oh! no hay miedo, si es el Sr. Rompehuesos, le diré que se ha mudado V. (sale)
Pir. Si, eso es, dígale V. que vivo en la calle que el Ayuntamiento piensa construir tan luego como tenga fondos.

ESCENA VIII.

Pir. (corriendo como un loco.)
Rig. ¿Qué mosca te ha picado?
Pir. Rigodon, ¿tú eres amigo mio?
Rig. Puedes dudarlo acaso!
Pir. Pues bien, dime sinceramente, lealmente, auténticamente, qué dice esta carta?
Rig. Nada hombre, una broma que he querido darte. La letra y los acreedores, todo era invencion mia.
Pir. En cuanto á la letra no digo que nó, pero en cuanto á los acreedores te equivocas, nó son invencion tuya, sino mia y muy mia.
Rig. Pepita inventó á su vez otra fábula.
Pir. ¡Qué gracioso! En resumidas cuentas, quien me escribe es la baronesa del Camelo, eh?
Rig. La carta no dice una palabra de esa señora.
Pir. ¡Todavia! no sabremos al fin de todo, qué dice esa carta?
Rig. Sí, hombre sí, voy á leértela. «Cartagena 12 de Dicicmbre de 1874. Mi querido hijo.....
Pir. ¡Acabáramos! es de mi madre!
Rig. «Manuela, á quien tu recordarás sin duda.....
Pir. Perfectamente. Era tan fea que metia miedo...
Rig. «acaba de heredar doce mil duros.....
Pir. Ahora que me acuerdo, no era tan fea Manuela...
Rig. «doce mil duros en tierras de labor...
Pir. La nariz de Manuela era muy bonita ¡y los ojos! ¡y la boca! la boca sobre todo.
Rig. «No te ha olvidado nunca y me ha dejado comprender que seria dichosa ofreciéndote su mano. Ven pronto pues, para celebrar tu matrimonio. Tu madre que te abraza... etc.
Pir. (poniéndose el sombrero y dirigiéndose á la puerta.) Ya decia yo!
Rig. ¿A donde vás?
Pir. A Cartagena.

ESCENA ÚLTIMA.

PEPITA Y EL SECRETARIO MUNICIPAL.

Sec. Ha decidido V. tomar estado, ¿no es cierto, caballero?
Pir. Si señor, me caso.
Pep. Nos casamos.
Pir. ¡Calla! ¿tambien te casas tú? y te casas sola?
Sec. La ley exige dos contrayentes por regla general; es una costumbre antiquísima... Adan y Eva...
Pir. Si lo sé, pero yo no me caso aquí, me caso en Cartajena.
Sec. La ley exige igualmente que el casamiento se verifique en el lugar donde reside la futura.
Pir. Precisamente, Manuela reside en Cartagena.
Pep. ¿Qué dices?
Pir. Señorita, he descubierto su trama, y ahora ya sé lo que dice esta carta. Una mujer con 12,000 duros de dote, me ofrece su corazon, su mano y sus tierras de labor. Lea V. Sr. Secretario.
Pep. Si, lea V. y que vaya este imbécil á casarse con su Manuela.
Rig. Me voy.
Pir. Espera, me acompañarás hasta la estacion del ferro-carril.
Sec. (leyendo) «Cuando el Sr. Pirueta que no sabe »leer, pregunte á V., qué es lo que dice esta »carta, V. le dirá lo que se le ocurra para embromarlo!!»
Pir. ¡Se han burlado de mi! *Tu quoque*, Rigodon!
Rig. Ya ves, por broma! entre amigos!
Pep. ¿Me perdonas, Pirueta?
Pir. No; te quiero castigar, me caso contigo.

FIN.

Arreglada del francés por

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

I.

Los que pedís la igualdad
con entusiasmo ferviente;
los que llevais en la mente
un mundo de libertad;
los que amais la caridad
odiando la tiranía;
hijos de la pátria mia,
pueblo generoso y bravo...
¿No oyes de otro pueblo esclavo
la aterradora agonía?

¿No percibes el lamento
que á las costas españolas
van trasportando las olas
impelidas por el viento?
¿No agita tu pensamiento
el cuadro desolador

del negro que á su señor
le pide perdon en vano,
cuando azotan á su hermano
y á los hijos de su amor?

Oyendo el agonizante
grito del negro que llora,
¿no es verdad que se colora
de vergüenza tu semblante?
¡Oh, sí!—Ya escucho el gigante
eco de tu indignacion,
que ofrece con efusion
aun la sangre de tus venas
para romper sus cadenas
al grito de redencion.

Que el mundo asombrado vea
la grandeza de mi España,
y por tan bendita hazaña
mi pueblo bendito sea.—
Hoy se levanta una idea
de sublime magnitud;
hoy se asocia la virtud,
y de caridad crisoles,
hoy quieren los españoles
abolir la esclavitud.

Hoy del esclavo vendido
quieren romper la cadena;
que España escucha con pena
su prolongado gemido.
Pues la sangre que ha corrido
del pobre negro doliente,
que atado al yugo, impotente,
apura la amarga copa,
de los libres de la Europa
está manchando la frente.

Hoy quiere España en el nombre
de aquel que murió en la Cruz,
hacer que brote la luz
ante los ojos del hombre.
Hoy quiere que al mundo asombre
su férvida caridad;
hoy quiere que la verdad
á los tiranos humille,
y que en América brille
el sol de la libertad.

II.

Ilustre dama nacida
con estrella sonriente,
y por el suave ambiente
de la fortuna mecida:
tu joya mas preferida
venga á calmar la amargura
del esclavo sin ventura,
que al ver cesar sus enojos,
con las perlas de sus ojos
adornará tu hermosura.

Sean tus joyas el consuelo
del porvenir que le aterra;
que el bien que se hace en la tierra
abre las puertas del cielo.
Rasga de su sombra el velo
y haz que la dicha recobre:
del tesoro que te sobre
al mísero esclavo dále;
que el tesoro que mas vale
es la gratitud del pobre.

Hijas del pueblo: llegad,
y cual amorosa prenda,
tambien una pobre ofrenda
para los negros dejad.
Tiernas madres, esperad
de aquellas madres la palma;
que al ver sus hijos en calma,
os pagarán su ventura
bendiciendo con ternura
los hijos de vuestra alma.

Mitiguen las aflicciones
del pobre esclavo que azotan,
esas lágrimas que brotan
vuestros libres corazones.
Y alzad vuestras oraciones
al compás de su agonía,
pues la plegaria que envía
una madre en su dolor,
la recibe con amor
la pura Virgen Maria.

Tú, soberbio potentado,
dichoso con tu grandeza,
que al peso de tu riqueza
vas caminando agobiado:
para el negro esclavizado
dá tu fortuna sin duelo,
mira que en férvido anhelo
van todos del bien en pos;
mira que el ojo de Dios
te contempla desde el cielo.

Dios, que la virtud escuda
y que tus acciones vé,
Dios, que levanta la fé
sobre el mundo de la duda.
Dios, que al desvalido ayuda

y á la maldad pone freno;
Dios que de justicia lleno,
siempre en su ley apoyado,
sabe humillar al malvado
y sabe premiar al bueno.

III.

Los que soñais, al cantar
pensamientos sobrehumanos,
en una pátria de hermanos
á las naciones juntar;
los que lograis despertar
con el laud la conciencia;
predicando la clemencia
cambiad del negro la suerte,
y ahogad sus cantos de muerte
con himnos de independencia.

Poetas, que con teson
alzais la voz redentora,
al ver que la pátria llora
en estúpida opresion:
pidiendo la abolicion
libres cantos entonad;
que el poeta es en verdad
la luz que en la sombra avanza,
y es el primero que lanza
el grito de libertad.

Tú, pueblo, que en tus prolijos
afanes y en tu despecho,
por recobrar tu derecho
das la sangre de tus hijos...
allá en América, fijos
los ojos, ¿no hay qué te asombre?...
¡Son esclavos!—Vé en el nombre
de un Dios que esclavos no quiere;
y si es necesario, muere
para redimir al hombre.

Por el negro envilecido
tu voz soberana vibre;
que no merece ser libre
quien no levanta al caido.—
Responde al triste gemido,
y sus derechos pregona;
la santa empresa corona
con noble y potente hazaña,
y que el nombre de tu España
admiren de zona á zona.

Pobres, ricos, trovadores,
tribunos de la virtud...
¡Abajo la esclavitud!
¡No más siervos ni señores!

Ahuyentemos los horrores
de ese tráfico inhumano,
antes que oprima el tirano
yugo de conciencia al pecho,
gritando..... ¡Caín! ¿Qué has hecho
de la vida de tu hermano?

Hijos de España: avanzad
de la ilustracion en pos;
que el negro, imágen de Dios,
nos pide su libertad;
y si sucumbís, pensad
en el ejemplo fecundo
de Cristo, que en su profundo
cariño al darnos la luz,
murió azotado y en Cruz
por la libertad del mundo.

ANTONIO LUIS CARRION.

10 *Abril* 1866.

Solucion al Salto de caballo-logogrifo inserto en el número 47:

Siete letras no mas tiene
y con ellas formarás:
un mineral que alimenta,
sitio que se ha de habitar,
mueble comun en la casa,
una hermana de mamá,
una piedra que blanquea,
una nota musical,
trozo de ave y sombrero
y una flor medicinal.
Siendo el TODO reino antiguo
de la España liberal
que llevó á gran altura
su renombre y magestad.

Solucion del logogrifo:

CASA—SILLA—TIA—TILA—LÁ—SAL—ALA.

El *todo* CASTILLA.

JOSÉ DELGADO CARABOT.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

SI—LA—BA—RI—O.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Miércoles 8 de Setiembre de 1875. Núm. 50.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Los globos aereostáticos, por D. J. R. T. A la Asuncion (oda), por D. Pio Lopez y Lopez. A un mendigo (poesía), por D. Valentin Lamas Carvajal.—Rimas (poesía), por D. José Ruiz Toro.—A Dorotea (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo. Un problema (soneto), por D. A. R. S.—Influencia de la mujer en la regeneracion social (cartas á Concha), por D Antonio Parejo Serrada.—Zahara (leyenda morisca), por D Francisco Jimenez Campaña. Salto de caballo-charada, por D. José Delgado Carabot.—Cantares, por D. J. J. P. y T.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	5975
D. Manuel Montero Sierra.	40
TOTAL.	6015

En el número siguiente se continuará la lista.

LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.

(CONTINUACIÓN.)

Con tales motivos y con ser ya bien conocida, despues de los esperimentos de Cavallo y Liethember, la utilidad resultante de la aplicacion del hidrógeno, no se titubeó en emplear éste gás para llenar los globos.

Colegios, academias y particulares, todos prestaron decidida proteccion á aquella multitud de hombres esforzados que espusieron entonces su vida en sacrificio de la ciencia.

Los ensayos de Charles aumentaron el número de prosélitos, y las atrevidas ascenciones de Robert, Blanchard, Jefferies y otros que dedicaron el tiempo y sus bienes al adelanto de ésta invencion, contribuyeron á perfeccionar en poco tiempo los medios de que ya se disponia para surcar los aires, siendo una prueba patente de éstos adelantos las espediciones llevadas á cabo en el siglo XVIII, pues lejos de disminuir su número ante las desgracias que continuamente se oian referir de globos destruidos y de aereonautas estraviados, aumentó por el contrario de tal modo que todos los dias se tenian noticias de nuevas ascenciones.

Pero llegamos al siglo XIX.

Un siglo tan fecundo desde su principio en toda clase de descubrimientos y adelantos, no podia mirar indiferente la cuestion que habia agitado todas las inteligencias del anterior. Tal fué, al iniciarse ésta época, el delirio por lanzarse al espacio, que hasta el bello sexo tomó parte en tan arriesgadas empresas. Entre las víctimas que sucumbieron á este entusiasmo se cuentan la viuda de Blanchard, que continuó las espediciones de su esposo, y Elisa Garnerin, hija del aereonauta del mismo nombre.

Sin embargo; las ascenciones de mas importancia, aquellas que realmente llenaron un objeto científico, fueron las demasiado celebres y conocidas para que nos detengamos en sus detalles, verificadas por Gay—Lussac, Biot, Glaisher, Brioschi, y otras que, aunque importantes, no lo son tanto, y que callamos por consiguiente, para no esceder los límites que nos hemos trazado.

Las mas dignas de mencionarse son las de Gay—Lussac y Biot: de ellas tan solo nos ocuparemos, consignando algunas de las observaciones y esperimentos que recogieron como fruto de su trabajo. Con esto, daremos á conocer (si es que por la palabra pueden significarse las sensaciones) lo que al elevarse por los aires siente el hombre.

Transcribamos antes un párrafo de la obra *La Atmósfera* de Flammarion:

«*Sentirse arrastrado*, (dice el físico moderno) no »dá una idea exacta de la situacion que entonces se »esperimenta. Es mejor decir verse arrastrado, porque »no se siente movimiento alguno y en apariencia es »la tierra la que baja.»

A medida que se eleva el aereonauta, respira con mas holgura: el aire que penetra en sus pulmones, es mucho mas puro que el de la ciudad; ésto si la elevacion no es escesiva, pues llegando á cierta altura en que la presion atmosférica y los grados de temperatura disminuyen, se alteran las funciones del organismo y de la inteligencia, llegando á ser imposible la vida si el globo traspasa ciertos límites en el espacio, pues lo que comienza por un ligero malestar se torna luego en una penosa respiracion por ser insuficiente la densidad de aquel aire para que la sangre se renueve en los ventrículos del corazon, se dilatan los vasos sanguíneos de la superficie del cuerpo porque la atmósfera apenas gravita sobre ellos, y se suceden con frecuencia hemorragias que se precipitan particularmente por las narices, los oidos y hasta por los ojos.

Cuando á principios de éste siglo tuvo lugar la célebre ascencion de Gay-Lussac y Biot llegando hasta la altura de 4000 metros, ambos, y especialmente el último, tuvieron ocasion de esperimentar las funestas consecuencias que trae consigo una gran altitud. Sintió Biot que su sangre circulaba con gran celeridad y que su respiracion se hacia difícil por la estrema sequedad del aire, produciendo ésto y algunos de los fenómenos arriba indicados una perturbacion tal en sus facultades intelectuales, que le privó del conocimiento.

Sin embargo de ésto, y léjos de temer por tan desagradables accidentes, hizo Gay-Lussac á los pocos dias una segunda ascencion, mas brillante que la primera y en la cual llegó á la considerable altura de 7000 metros sobre el nivel del mar.

Las observaciones recogidas por él en éste viage lo hacen unos de los más ó acaso el más importante de cuantos hasta entonces se llevaron á efecto, pues no solo vino á confirmar numerosos principios de física, cuales son entre otros la necesidad del aire para la trasmision de los sonidos y de la presion atmosférica para evitar la evaporacion de los líquidos y mantener en estado normal las funciones del organismo, sinó tambien por los esperimentos llevados á cabo y que vinieron á aumentar el tesoro de las ciencias, siendo uno de los mas notables el haberse establecido una proporcion exacta entre los grados de calórico relativamente á las altitudes, fijando en un grado la pérdida calorífica correspondiente á cada 174 metros de elevacion.

Por último y aunque no sea mas que una cita, apuntaremos las memorables ascenciones de Glaisher y Coxwell por haber llegado en ella hasta 11,000 metros de elevacion, pasando de aquí, por no pecar de difusos, á tratar de lo que hace referencia á la construccion de los globos siguiendo el método que, con más ó menos modificaciones accesorias, se halla hoy generalmente adoptado.

J. R. T.

A LA ASUNCION.

ODA.

¡Himno, gloria al Señor! ¡Oh tú, alma mia.
Celebra la victoria,
Que las sienes orlára de María
Con corona de gloria!
Himno, gloria al Señor! con noble planta
Del sepulcro triunfante
La celestial Princesa se levanta
Al Olimpo radiante.
Vuela feliz, ligera, acompañada
Del soberano coro,
Traspasando la esfera tachonada
De astros brillantes de oro.
Globos de fuego mil, y mil estrellas
Pisa y vistosos soles:
El camino bordado en luces bellas
Y hermosos arreboles,
Y claveles y rosas y jazmines,
Y blancas azucenas,
A su paso abrasados querubines
Vierten á manos llenas.
Esplendoroso al trono del inmenso
Mientras que rauda sube,
El aroma le ofrecen del incienso
En ondeante nube.
Y en amor encendidos sonorosos
Pulsan suaves laudes,
Dulces himnos cantando armoniosos
Los tronos y virtudes.
¿Y quién es esta, esclaman, que del suelo,
Cual alba nacarada
Se levanta y veloz remonta el vuelo
En su amado apoyada?
Esta la que agraciada del Eterno
Holló con pié sublime
La cabeza del rey del hondo averno,
Y victoriosa oprime.
Quien quebrantara duras las prisiones
Del horco denegrido,
Y abriera de la vida las mansiones
Al humano aflijido.
Abrid, abrid, ministros celestiales
En armonioso acento
Dicen; abrid las puertas eternales
Del alto Firmamento.
Abrid que viene ya la mujer fuerte,
La que de gracia llena
Venció la culpa atroz, y horrible muerte
Y en júbilo enagena.
Quien llenó el orbe de virtud divina
Con la agradable esencia;

Y de la Magestad augusta trina
Amor fué y complacencia.
Gloria, alabanza á la inmortal María
En vuestras liras suenen;
Y en divinal y en plácida armonía
Vuestras arpas resuenen.
Llega por fin, do el Hacedor del mundo
Tiene su trono hermoso,
Y el orbe rige con saber profundo
Y cetro poderoso.
Y allí sentada en silla esplendescente
Por la mano suprema
Coronada se vé su hermosa frente
Con eternal diadema.
Y allí por reina y celestial señora
De Jehováh aclamada
Es María de ocaso á do la aurora
Se ostenta sonrosada.
Si elevó á tanto honor el sacrosanto
Señor su humilde esclava,
De gratitud en himno, y suave canto,
Alma, á tu Dios alaba.

PIO LOPEZ Y LOPEZ.

A UN MENDIGO.

¿Por qué inclinas la frente
Ante esa sociedad desapiadada,
Que viendo tu pobreza, indiferente
Con la sonrisa helada
Del desprecio, responde á tu mirada?

Si adversa la fortuna
No te ha dado riquezas en el suelo,
Si te criaste en miserable cuna,
Vuelve los ojos hácia el alto Cielo;
Allí estan tus grandezas una á una.

Pon sobre el corazon tu seca mano,
Escucha sus latidos, que no en vano
La voz de la conciencia
Te dirá que señor y soberano
Eres en tu indigencia,
Como el rico que vive en la opulencia.

No inclines la cabeza humildemente,
No tu triste demanda
Acompañes con súplica doliente,
Socorrer al hambriento Dios nos manda:
El negro pan que el mundo indiferente
Deposita en tu mano,
Es de la caridad el santo fruto,
Es la ofrenda sencilla del cristiano
Que rinde á la desgracia fiel tributo.
Tal vez llegará un dia
En que implorando caridad, te encuentres
Ante una loca y prolongada orgía,
Y una voz te dirá: «Aquí no entres»
Y un contraste terrible harán sin duda
El hambre que te agobia, con su hastío,
Tu figura desnuda
Con su pompa, su lujo y su atavio.

. . . . . .

Mas mírala impasible ¡desgraciado!
No maldigas tu suerte;
Si el Cielo ese destino te ha marcado
Resígnate á sufrir hasta la muerte.

No todo lo que ves ante tus ojos
Son placeres y amores,
Siempre ocultan abrojos
Las mas galanas y olorosas flores.

Tras esa alegre orgía
Donde ruedan las copas y manjares
Y se entonan de amor gratos cantares,
Con amarga ironía,
Corazones ahogan sus pesares
Con los recuerdos de un dichoso dia.

¡Cuántos seres habrá, que al contemplarte
Implorando piedad, sin un amigo,
Sin el amor que es de la vida parte
Tu suerte envidiarán, triste mendigo!
Que entre los goces de la orgía loca
Sucede muchas veces
Que el sabroso licor el lábio toca
Mientras que el alma apura
La copa del dolor hasta las heces
Cansada de fingir en su amargura.

Nada envidies del mundo:
Sus glorias, sus placeres y ventura
Son un dolor profundo
Que el hombre en su locura
Pretende convertir en bien fecundo.

Si alguna vez te agobia el desconsuelo,
Acógete á la fé, que ella conforta
El alma del que sufre en este suelo:
Si vás morir á un Hospital ¿qué importa?
Desecha ese temor, porque la muerte
Ha de abrirte las puertas de ese Cielo
Donde hallarás tu ambicionada suerte.

Yo no puedo ofrecerte una fortuna
Aunque de hacerlo la intencion me sobre
Que no he nacido en poderosa cuna,

Yo mendigo no soy, pero soy pobre:
Puedo darte un tesoro
Para mi mas preciado que el del oro,
Si es que te place así, parte conmigo
Ese secreto torcedor tirano,
En mí siempre hallarás un dulce abrigo
Que al fin eres mi hermano,
Te veo en la desgracia, y soy tu amigo.

VALENTIN L. CARVAJAL.

RIMAS.

Tu lenguaje, tu risa, tus suspiros
son para mí un enigma;
no acierto á comprender como te ries,
precediendo el suspiro á tu sonrisa.

Ora me hablas de goces, yá de penas
que en tu pecho se agitan;
ora te muestras franca, complaciente,
ó yá te tornas de repente esquiva.

Y al verte tan mudable en tus afectos
mi cabeza se inclina,
y entre duda y temor yo me pregunto:
¿será todo mentira?

José Ruiz Toro.

A DOROTEA.

EN SU ABANICO.

Esta vitela del color del cielo,
con su nido, sus pájaros, sus flores,
encierra la epopeya de la vida,
es emblema de amores.
El azúl es color de la pureza;
es el iris de paz y de la calma;
es bello, Dorotea, mas te juro
que es mas bella tu alma.
Ese nido que guardan cuidadosas
dos avecillas con afan profundo,
revela el sentimiento mas süave,
el mas santo del mundo.
Quiera Dios Dorotea, que mañana
cuando aspires tus mas puros amores,
te bendigan los pájaros y cielos,
y te envidien las flores.

Antonio Gimenez Verdejo.

UN PROBLEMA.

SONETO.

A MI AMIGO D. M. G.

Apenas he sufrido ni he gozado
y ya el cansancio y la tristeza siento;
y causa mi dolor y mi tormento,
ver lo que otros mortales han pasado.
Se mueve el hombre en campo limitado
sin hallar ni reposo ni contento;
y hasta para ensanchar su pensamiento
encuentra un algo mas que está vedado.
Cercad á un alacran de combustible
y observad que el veneno en él emplea
porque vé su derrota ineludible;
¿Qué debe hacer el hombre cuando vea
que saltar ó romper le es imposible
la valla de metal que le rodea.

A. R. S.

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA REGENERACION SOCIAL.

CARTAS A CONCHA.

Mi buena amiga: Es una verdad que la esperiencia se ha cuidado de patentizar, que los acontecimientos sociales se eslabonan de modo que unos son precursores de otros, y estos de mayor trascendencia que aquellos.

Una verdadera revolucion social se agitaba en las sombras del porvenir al correr la época que sirvió de término á mi carta anterior: un Hombre Dios, nacido de una vírgen de Nazaret, aparecia predicando una religion llena de caridad, llena de amor. Jesus, hijo del Eterno, daba la voz de paz al orbe entero, y sus huestes conquistadoras eran doce pobres pescadores, sin mas armas que su palabra, sin otro escudo, ni otra ambicion que su ardientísima fé. El cristianismo, proclamaba la unidad en la familia, el amor al prógimo, la igualdad ante Dios, el perdon de las ofensas, el olvido de las injurias; y su religion, impregnada de ternura, respirando candor, habia de encontrar adeptos en el sexo débil, que por su constitucion, por sus condiciones fisiológicas necesitaba una atmósfera saturada de estas ideas, para su nutricion moral.

Miles, millones de mujeres siguiendo los impulsos de su corazon y arrastradas por la mágica palabra de los predicadores, abrazaron una religion, tan en consonancia con sus afecciones, que tan poderosamente

llamaba á su alma. Su fé, mas viva que la del hombre, abrió los ojos á la luz, y vió: Jesus predicaba el respeto á la mujer, y no solo lo hacia de palabra, si que sus obras confirmaban lo que de su labio salía.

Una pobre mujer, encenagada en el vicio, deja penetrar en su alma la divina voz: se postra á los piés del Redentor, los unge de bálsamo oloroso y los lava con lágrimas de arrepentimiento: los discípulos se escandalizan del hecho que presencian, no se atreven á comprender por qué su amado Maestro permite en su cuerpo el contacto de una mujer que á mas de su sexo era una célebre pecadora, y él, sin embargo, la levanta del suelo, perdona sus pasados estravios, y en público la rehabilita mandándola *ir en paz*. Otra, acusada de adulterio, vá á morir apedreada segun la ley mosáica; pero Jesus se interpone, y para hacer patente el egoismo y la mala fé de sus acusadores, les dice: «el que esté limpio de pecado, sea el que le »arroje la primera piedra». Todos se apartan temiendo que en su frente aparezca la mancha de su corrupcion, causa eficiente acaso del delito de aquella pecadora, y la dejan en libertad.

Jesus admite á su trato tanto al hombre como á la mujer; por igual los habla, en lo mismo les instruye, les impone idénticos deberes, y comprendiendo la diferente índole de sus afecciones, encarga á la vigorosa constitucion del hombre la alimentacion de su familia, y á la delicadeza de sentimientos de la mujer, la nutricion del alma, la educacicn moral é íntima de sus hijos. Era á no dudarlo un gran paso en el camino de la ilustracion y del progreso: arrastrada por la lógica de los sucesos, la mujer comprende la importancia de su nueva mision, dirige sus pasos á la luz que vé brillar en lontananza; se hace cristiana, inculca esta creencia en el corazon de sus hijos, y sufre gozosa con ellos el martirio, porque adivina que su sangre será benéfico riego para la semilla que los apóstoles estienden sobre la tierra. No es ya el ser débil que necesita el apoyo del hombre para caminar el áspero sendero de la vida; es la síntesis de los sentimientos levantados, la columna indestructible del adelanto, la espresion mas genuina de la energía, y asombra á los guerreros cuando en presencia de los mas crueles tormentos esclama con potente voz: «¡soy cristiana!» es decir; sigo la doctrina del innovador, acepto su progreso y desafío tu barbarie. El cristianismo triunfó: su índole especial era muy apropósito para atraerse al pueblo, saciado de la lucha, hambriento de paz: su auxiliar mas poderoso fué la mujer, que le proporcionó la prueba mas evidente de su divinidad, llevando su abnegacion hasta el heroismo, y confesando sus ideas en las cárceles y los suplicios. De este modo llegó la época de tregua, la era mas brillante de la historia: el esposo, solo tuvo una esposa, los hijos, una madre á quien el padre respetaba, se acostumbraron á seguir sus preceptos, y la palabra de la mujer, fué un oráculo en la familia.

A la par que se operaba este cambio, Mahoma brotaba del desierto predicando uua nueva fé, estraña amalgama de todas las religiones entonces conocidas. Esta secta estendida por la fuerza de las armas, contrastaba en muchos puntos, era en otros la antítesis de la doctrina predicada por Jesus, y si bien llegó á dominar en toda el Asia y Africa, fué su propaganda mas bien el resultado de una conquista que el triunfo de la idea. Impuesta á los pueblos vencidos como una ley, estos la adoptaron; la mujer volvió á ser relegada á los últimos términos del cuadro, y el hombre solo se ocupó de satisfacer sus pasiones halagadas por esta religion. Europa, no obstante, supo preservarse del contagio; conservó á la mujer en su estado, y las armas del Islam, si bien dominaron parte del país, no pudieron imponerle su religion. España, nuestra querida España, rompió el círculo de hierro que comprimía las arterias de Europa, y un puñado de héroes al grito de «Santiago y Covadonga,» se lanzaron de las montañas de Asturias sobre los castillos agarenos, emprendiendo la terrible lucha que durante tantos años sostuvo la cruz con la media luna.

Entretanto, tenia lugar una terrible profanacion: los árabes subyugaban el Asia; el Santo Sepulcro del Redentor era objeto de sacrílega burla, y todo presentaba los síntomas característicos de un retroceso hácia los antiguos tiempos. Pedro el Ermitaño recorrió los pueblos predicando la Cruzada, y millares de guerreros ciñéndose la armadura, corrieron á libertar los santos lugares de las abominaciones del conquistador.

La mujer tuvo su parte de gloria en estas jornadas; viviendo en un siglo en que el amor era casi una religion, impuso al amante la obligacion de ir á la guerra santa para merecer su cariño, le inspiró la mas noble ambicion de gloria, y supo tocar de tal modo la fibra mas sensible de su corazon, que Jerusalem se recuperó. Durante este periodo ya que la debilidad de su sexo no la permitia ceñir el arnés, empleó su ternura, la persuacion de su palabra, en procurar prosélitos á las armas cristianas, y no vaciló en seguir al ejército para dar ejemplo á los que desmayaban, aunque para ello hubo de arrostrar el hambre, la sed, y la fatiga, con un heroismo solo comparable á su fé.

Terminó la guerra santa, los árabes fueron arrojados de Palestina, y si bien no se conjuró el peligro de una manera radical, por lo menos se consiguió interponer una valla entre la ignorancia y la civilizacion, entre el despotismo y la libertad. Sin embargo; el ejemplo de las ciudades reconquistadas, habia hecho nacer en el corazon de los guerreros cristianos

algunas ideas inarmónicas á su fé y á sus antiguas costumbres: pero la mujer volvió por su dignidad, y supo avasallar al hombre de tal modo, que este periodo bien merecia llamarse *el reinado de la mujer*. El esposo no faltaba á la esposa, el prometido guardaba á su amada un respeto y una adoracion tal que hubiera perdido mil vidas antes que ofenderla; se formó el celebre «Tribunal de amor» que obligaba al hombre á ejecutar lo que su dama le ordenaba, y sus penas, que hoy nos parecerian ridículas, nos dán la medida exacta del ascendiente que supo conquistarse la mujer. Esta es la época mas caballeresca, mas elegante; es la época de los héroes, de las acciones mas levantadas, de los mas soberbios monumentos, porque la imaginacion del hombre alumbrada por los rayos que le prestára el genio soñador de la mujer, dió cuerpo á sus concepciones artísticas, y convirtió sus magníficos ideales en asombrosas traducciones de piedra, mármoles y metal.

En nuestra pátria, el ultraje hecho á una mujer, trae á los árabes á dominarla, y otra mujer los arroja por completo á las costas africanas, despues de una lucha tenáz cuya duracion se cuenta por siglos. En el reinado de esta heroina, un atrevido genovés sueña con descubrir un nuevo mundo: lucha con las preocupaciones de una época en que solo se comprendian la guerra y la oracion, y cuando fatigado vá á renunciar á su proyecto, una mujer, D.ª Beatriz Henriquez, le alienta, le anima á buscar las incógnitas regiones, y otra mujer, Isabel la Católica, despoja de joyas su corona real, para armar las naves de Colon. Sus carabelas salen del puerto bajo el influjo de Maria: su imágen brilla en los gallardetes de la capitana, cuyo nombre lleva, y en este buque tras una noche de mortal angustia, descubre el osado marino la luz que vagaba por las costas de aquel pais vírgen, á quien por un azar de la fortuna no habia de legar su nombre.

Corriendo este periodo, la madre forma, digámoslo así, el corazon de sus hijos, los educa en la caridad y el amor al prógimo; su primer paso en la vida es socorrer las necesidades del mendigo, y cuando los varones están en disposicion de manejar las armas, protegen á la inocencia, la debilidad y la desgracia, esclamando al enristrar su lanza: «Por mi Dios, y por mi dama.» Todo respira nobleza; por grandes, por innumerables que sean los tormentos que haya de sufrir un caballero, no se le hará renegar de los principios que sustenta, se le verá abatido, destrozados sus miembros uno á uno, pero jamás faltará á su fé ni cometerá una accion indigna; no parece sino que la madre revistió su corazon de una cosa mil veces mas fuerte que la malla que le resguarda del arma homicida. De este modo, la mujer siguió conservando sus derechos, los aumentó al par que se impuso obligaciones sagradas; el hombre la miró como complemento de su ser, y el renacimiento de las artes y la modificacion de las costumbres, fué un hecho. Las ideas guerreras se fueron amoldando al nuevo gusto de la época, se crearon variedad de instituciones á cual mas benéficas, desarrollóse el sentimiento, y á las grandes batallas, sucedieron los grandes monumentos; á las tinieblas, la luz.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega 5 de Agosto de 1875.

ZAHARA.

LEYENDA MORISCA.

I.

En camarin alhajado
Con galas ricas de Oriente,
Donde el aire que se aspira
Es aroma de pebetes,
Y el rumor, que se percibe
El murmullo de una fuente
De la China, donde bullen
Blancos y rojos los peces;
En cogines recostada,
Cubierta de gasas leves,
Cual entre diáfanas nubes
Blanca la luna aparece,
Está Zahara, flor nacida,
A orillas del Guadalevin,
Con sus esclavas mas bellas
Conversando dulcemente.
—¿Por qué, dice, mi buen padre
De la algarada no vuelve?
¿Y por qué la su llegada
El corazon desea y teme?
¿Por qué á mis ojos serenos
La pena los entristece,
Y al par el ama cautiva
Entre alegrias se aduerme?—
—Amor llama á tu sentido—
Dijo esclava de ojos verdes
Y las otras prosiguieron:
—Gozo y pena?... Amor es ese.—
Y de sus guzlas doradas
Salió armónico torrente:
Que al vírgen amor de Zahara
Saludar con himnos quieren.
Mas, ¡ay! cual si aquellos cantos
Preludio de guerra fuesen,
Como la aurora suave

Al sol radioso antecede;
De los roncos atambores
Y añafiles la voz fuerte
Se escuchó con el estruendo
De las cadenas del puente.
Y luego el trotar sonoro
De los briosos corceles
Hijos del aire, y el rudo
Rechinar de los arneses.
—Alá es grande! Gloria á Alá!
¡Gloria al que todo lo puede!—
Se oyó gritar en el *patio*
De las armas del Zenete.
—¡Loor á Firuz-Ben-Zaide
El Profeta le proteje:
Hoy de sus blancas almenas
Cien cautivos colgar puede.—
A estas voces, cual gacelas,
Que al manantial claro vienen,
Al ajimez acudieron
Zahara y sus siervas alegres.
Y en medio de los guerreros,
Tostados del sol ardiente,
Que embrazan la férrea lanza
Y afianzan los broqueles,
Vieron, á pié caminando
Sin coraza y capacete,
Garrido doncel, que apenas
Si el bozo en la cara tiene.
Negro el cabello rizado;
De los negros ojos vierte
Una mirada de reto
Noble, atrevida y valiente.
Jóven leon del desierto
Con tan malhadada suerte
Que en la primera salida
Con rabia apresado vese.
Libre que ni al rey tributo,
Ni amor á doncellas debe,
De un tributario es cautivo,
Y de amor no ve las redes.
Clavó en él Zahara los ojos
Al par que eleva la frente
El garzon, y presa el alma
En la bella mora advierte.
Calmó su rabia y tornando
A mirarla con deleite,
Bendijo el negro combate
Que á Ronda preso le vuelve.
Y en medio á los vencedores
Vá con firme continente
Y tras él desalentados
Sus escuderos inermes.
Y la mora de ojos negros
Vá al camarin tristemente
Murmurando:—El castellano
Cautivo, cautiva tiene.—

II.

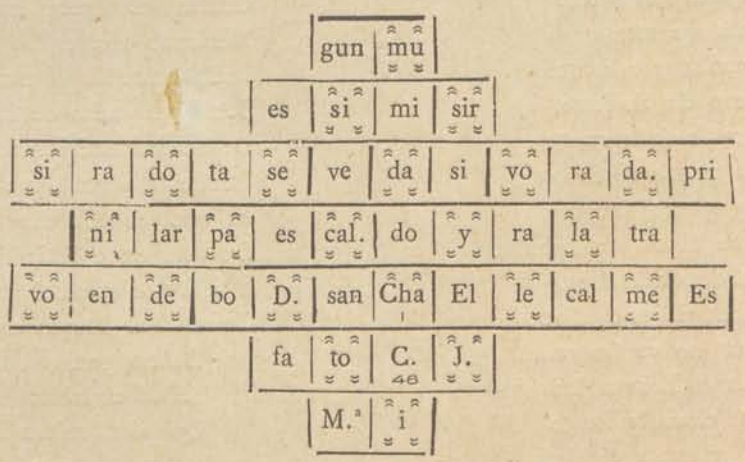
—Sobeiha, canta, Sobeiha,
Tu voz calma mis pesares,
Tu voz es dulce aunque turba
De mis ojos los cristales.
Mas si lágrimas destilan
El ánima se complace,
Pues siento vas endulzando
Uno tras otro mis males.
Sobeiha, canta, Sobeiha,
Es tu acento tan suave
Que del Edem te lo envidian
Las huries inefables.
Canta, que la blanca luna
No alumbra los alminares,
Y hasta que los bañe fúlgida,
Rodrigo á verme no sale.
De esta guisa rica mora
Que Zahara por nombre trae
Habla á Sobeiha, su esclava,
Triste, blanca, de ojos grandes.
Y la sierva obedeciendo
Pulsa el bandolin con arte,
Y por contentalla suelta
Su voz así por el aire:
Gimen las auras, llenas de olores,
Meciendo alegres las blandas flores;
Riela triste la blanca luna
Sobre las ondas de la laguna;
De los jazmines entre la sombra,
Donde la yerba sirve de alfombra,
El nazareno de edad temprana
Duerme en la falda de la sultana,
Y allá los ecos del manso río
Cuentan al bosque su desvarío.
Dulces genios del viento,
Sellad el labio;
Que si el sultan lo sabe
Venga el agravio.
¡Pobres amores,
Si su vida es tan corta
Como las flores!...
Calló Sobeiha, y la música
Del bandolin fué la imágen
De los suspiros que exhala
Quien lamenta penas graves.
Y como si aquellas notas
La bella Zahara imitase

De lo profundo del pecho
Dió un gemido inesplicable.
—¿Por qué suspira tan triste
La hada blanca de estos valles,
La de los luengos cabellos,
La de sonrisa de ángel,
La de la frente de nieve,
La de los ojos brillantes
Como las noches de Estío,
Como los plácidos mares?
Penas desecha y que el gozo
De tus miradas se irradie,
Si del hermoso cristiano
Aliviar quiere los males.
—Sobeiha, tu dulce canto
Presentimientos me trae
Al corazon tan horribles
Que en lágrimas se deshace.
Tú lo has dicho: ¡pobre amor!
Si al fin mi padre lo sabe:
Será efímera su dicha;
Como las flores del valle.
Mas ya la luna ilumina
Los moriscos alminares
Y siento el leve ruido
Que al llegar Rodrigo hace.
Él se acerca; ya no hay penas
Negras, que el pecho quebranten,
Vuelo hácia él: ¡cómo el alma
Por verle á mis ojos sale!—
Asi dijo, y como rauda
Vuelan al nido las aves,
Corrió á la puerta, y apenas
Si el gozo en su pecho cabe.
Mas oh dolor! negro esclavo
Frio descorre el cortinage
Y le muestra una cabeza
Que mana caliente sangre.
—Toma, dice, esto me entrega
Para tí el bizarro alcaide:
Pues supo de tus amores
Y me ordena regalarte—
Y en la mano de la mora,
Con formidable coraje,
Dejó marchándose fiero
La cabeza del amante.
Ella en sus ojos sin vida,
Que espantados se entreabren
Con afan de amor inmenso
Un beso dió suspirante.
Y apretando contra el pecho
Objeto tan entrañable
Deja el camarin, y loca
Del fiero castillo sale.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Concluirá.)

Salto de caballo-charada presentado por D. José Delgado Carabot.



Principia en la casilla número 1 y concluye en la 46.

La solucion en el número 52, donde publicaremos los nombres de los suscritores que nos la remitan.

CANTARES.

—

Como las velas que cruzan
Ligeras el mar inmenso,
Las ilusiones pasaron
Por mi mente, y los deseos.

¡Cómo quieres que mi vida
Sea feliz, si no me quieres!
¿Quién vió nacer flores bellas
En desiertos ó entre nieves?

J. J. P. y T.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Miércoles 15 de Setiembre de 1875. Núm. 51.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Vicente Espinel, por D. Rafael Luna. Recuerdos tristes (poesía), por D. Antonio Luis Carrion.—A Elisa (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—Engañadoras palabras (poesía), por D. José E. de la Cuesta y Torres.—Maliba (leyenda mora), por D. Francisco Jimenez Campaña.—La niña coqueta cogida en sus redes (poesía), por D.ª Sofía Tartilan.—Zahara (leyenda morisca), por D. Francisco Jimenez Campaña. La Caridad (poesía), por D. José Perez Cortinas. Anacreóntica, por D. Juan de la Cruz Martin y Diaz.—Soneto, por D. Antonio Rojo y Sojo.—Epígramas, por D. E. Pereu Vico.—Cantares, por don J. J. P. y T.

VICENTE ESPINEL.

«El libro *Gil Blas de Santillana*, está particular»mente calcado sobre *El Escudero Marcos de Obre»gon*, de Vicente Espinel, y si nuestros lectores se »tomasen la molestia, como nosotros nos la hemos »tomado, de comparar libro con libro, hallarian trozos »enteros en los que el francés, no se tomó mas trabajo »que el de copiar en su obra lo que el español ha»bia dicho antes en la suya».

Esto decimos nosotros en un artículo titulado *Estudios sobre el Gil Blas*, y que vió la luz en la «Ilustracion Española y Americana».

El Marcos de Obregon, fué sin disputa la obra que se propuso por modelo Lesage, para escribir su Gil Blas, y el que por tan completo le supera, no disminuye en nada el mérito de ella, ni mucho menos rebaja el indisputable talento de su autor.

Vicente Espinel, aunque alcanzó en dias á Cervantes, pertenece mas bien á nuestros escritores del siglo XVI, que á los del XVII,, viniendo á ser como el punto de interseccion entre Mateo Aleman, Hurtado de Mendoza, Luis de Leon, los Argensolas etc, y Cervantes, Quevedo, Lope de Vega y nuestros demás escritores del primer tercio del citado siglo XVII.

Nacido en Ronda, en Diciembre de 1551, pasó á estudiar á Salamanca, donde su talento poético, su aprovechamiento en el divino arte de la música le alcanzaron gran celebridad entre sus compañeros y condiscípulos, ayudándole á soportar su estudiantil pobreza, tanto su festivo y amable carácter, como sus mal retribuidas leccioncillas.

Es inimitable las ingenuidad con que en el libro de sus aventuras nos relata algunos curiosos detalles de la vida escolar, en aquellos tiempos en que la segunda universidad de Europa, daba abrigo á mas de diez y seis mil estudiantes, y el gracejo con que describe sus penalidades y miserias, acopladas y entretegidas de alegres y á veces truhanescas aventuras.

Discípulo, en la cátedra de música, del célebre ciego Francisco Salinas, que pasaba por el primer teórico de la época, Vicente Espinel llegó á ser un notable compositor, por mas que nada nos haya conservado el tiempo de sus obras musicales, si bien nos consta, y él mismo afirma, que eran suyas la música y letra de la mayor parte de las canciones amorosas y patéticas de su época, y que identificado el poeta con el músico, pues ambos eran uno mismo, llegaban sus canciones á alcanzar un éxito maravilloso; citando á éste efecto un caso sucedido á un caballero enamorado, que estando ante las rejas de su amada, dándola una tiernísima serenata, al oir cantar á los músicos que llevaba una estancia escrita y puesta en música por nuestro autor y cuya estrofa primera decia:

«Rompe las venas del ardiente pecho
»Ninfa cruel, y con sangrienta llaga
»Abre camino al corazon difunto,
»Verás de mi dolor la injusta paga,

se sintió tan arrebatado por la pasion amorosa, que desabriendo su pecho y sacando la daga, á no contenerle sus compañeros la hubiera clavado en él.

Aun cuando el nombre de Vicente Espinel, esté hoy relegado al segundo lugar entre nuestros primeros escritores, es indisputable que en su época gozó tanta celebridad como el mismo Lope de Vega y muchísima mas que Cervantes.

La verdad sea dicha, Espinel, es en la poesía mas popular que estos dos escritores, y el gran aplauso que alcanzó entre sus contemporáneos, es causa de que hoy no sea tan comprendido y apreciado; contratiempo que alcanza también al mismo Lope de

Vega, cuyas comedias reputadas no solo por las mejores, sino hasta por las primeras de su tiempo, ceden hoy el puesto á las de algunos de sus contemporáneos cuyo nombre apenas fué conocido durante su existencia.

La poesía de Espinel, tan rica, varia, viva, y espontánea como lo era en su siglo la española, no es en su conjunto tan magestuosa y clásica como la de Luis de Leon, siendo esto mismo la causa de que tan por completo se popularizase, haciendo de su autor el poeta genuino de su época, hasta el punto de decirle creador de la décima, llamada de su nombre espinela, siendo así que fué usada mucho antes que él floreciera.

No es esto decir que no fuera Vicente Espinel el primero que, siguiendo el ritmo usado por Juan de la Encina en algunas sétimas de sus villancicos, que encadenan armoniosamente el consonante de la primera rendodilla á los versos siguientes, no lograra dar á la décima la galanura, la suavidad, el ritmo musical y para nosotros inimitable, que admiramos en la versificacion de todos nuestros poetas del siglo XVII, en cuyas obras ocupó siempre la décima un preferente lugar.

Antes de Espinel, las décimas usadas por los poetas castellanos eran, ó dos quintillas, como aun nos ofrecen algun ejemplo las comedias de Tirso, ó dos redondillas seguidas de un dístico; y si como nosotros creemos fué Espinel el que dió á la décima la singular estructura que admiramos en nuestros mejores poetas, es lo mismo que si en realidad hubiera creado ese metro, hoy casi en desuso, y que tanta ternura, pasion, gracia y sentimiento imprime al lenguaje.

La obra de más mérito del poeta Rondeño, es á nuestro juicio, su *Escudero Márcos de Obregon*, no solo por la circunstancia de haber sido la inspiradora, digámoslo así, de un libro tan notable en todos los tiempos, como el *Gil Blas*, sino por su verdadero valor intrínseco; por la verdad de sus pinturas; por la enseñanza moral que encierran sus sábias páginas; por los inapreciables datos históricos que contiene.

Mas Espinel, que al escribir éste libro relata sus propias aventuras, deja ver demasiado la lucha de la realidad con la ficcion, y arrastrado por el poderoso encanto de los recuerdos de su mocedad, se hace difuso y á veces hasta incomprensible, hablando ya por cuenta propia, ya en nombre del Escudero, y despojando á su libro de toda unidad.

El estilo aunque castizo, es algo descuidado, y las reflexiones filosóficas y morales con que recarga su narracion perjudican á la viveza y galanura de esta.

Apesar de estos, que si hoy pueden llamarse defectos, no lo eran tanto en la época en que Espinel escribió su libro, nosotros lamentamos y hemos lamentado siempre, lo poco conocido que es *El Escudero*, y que á espensas de ésta obra casi peregrina en nuestro suelo, se haya hecho tan popular y célebre en toda Europa su imitador Lesage.

Aun cuando al escribir este articulo no nos propusimos hacer la biografía de Vicente Espinel, tanto por la falta de datos, cuanto porque es de todos conocido lo poquísimo que sobre tan notable músico y poeta se ha averiguado, diremos para terminarlo que, despues de haber sido estudiante en Salamanca, fué, siguiendo el impulso de la época, soldado en Italia, y aun tal vez como Cervantes, cautivo en Argel; pues no nos parecen del todo inventadas las aventuras que en su libro cuenta sobre su cautiverio. Hallándose viejo, achacoso y sin fortuna, habiendo prodigado con la imprevision propia de su siglo, su salud, su sangre, su juventud, su talento, sin recobrar de ello beneficio alguno, concluyó por acogerse al gremio sacerdotal, punto de descanso de casi todos nuestros hombres de letras, y se ordenó de sacerdote, recibiendo de la munificencia de Felipe II, por todo premio á sus relevantes servicios en las letras y en las armas, el puesto de capellan del hospital real de Ronda, y últimamente, siendo ya muy anciano, el de Capellan de Sta. Catalina de los Donados, en Madrid.

Por esta época y completamente alejado del mundo, si no del comercio con los hombres de letras, escribió El Escudero, que segun él dice en el prólogo del mismo, tardó algunos años en aventurarse á publicar, consultándolo antes con cuantos hombres de ciencia y valer vivian en aquel entonces, entre ellos Lope de Vega y Pedro Mantuano, imprimiéndose la primera vez en 1618.

De la época de su muerte, así como del lugar en que reposan sus restos mortales, no se tienen datos ciertos, siendo ésto causa de que no hayamos tenido el disgusto de ver las cenizas del respetable poeta Rondeño, peregrinando por las calles de Madrid, como hemos visto con tanto dolor como indignacion, á las de otros no menos insignes y esclarecidos ingenios, cuyas tumbas fueron infructuosamente profanadas por un proyecto harto prematuro y ageno á nuestra habitual indolencia.

Hoy la célebre Ronda, pátria amantísima de nuestro poeta, levanta un monumento á su memoria de todos modos imperecedera, dando una prueba palpable, así de su ilustracion y cultura, como del amor y distincion que profesa á sus hijos, siendo el predilecto en las letras y en las ártes el inmortal Vicente Espinel.

Madrid. RAFAEL LUNA.

RECUERDOS TRISTES.

A MI BUEN AMIGO D. PEDRO LLINÁS.

Desde mi aislado retiro,
desde una sierra de Africa,
y con la mirada puesta
en las costas de la pátria
que al espirar de la tarde
pesadas brumas empañan,
te envio el triste recuerdo
que ofrecí en horas amargas.

Aun tengo, mi pobre amigo,
en la memoria grabada
la escena que presencié
en aquella tarde infausta,
cuando al cruzar por tu pueblo
en busca de tierra estraña
ví cortejo funerario
á las puertas de tu casa.

Aun suenan en mis oidos
de tus hijas las plegarias;
aun siento, infeliz anciano,
sobre mi rostro tus lágrimas,
y contemplo con cariño
aquella caja enlutada
donde para siempre duerme
un pedazo de tu alma.

¡Pobre Paco! solo pude
estrechar su mano helada;
y cual las hojas caidas
que el huracán arrebata,
empujado por el sino
que me separa de España,
te dí un abrazo y seguí
presuroso mi jornada,
cuando á doblar por tu hijo
empezaron las campanas.

Dicen que todo lo borra
el tiempo en su fria marcha
y que todos los pesares
al pasar los años, pasan;
mas yo que conozco cuanto
á tu hijo idolatrabas,
no te aconsejo que olvides
aquella horrible desgracia,
ni que dejes de llorar
—¡benditas sean las lágrimas!—
que cuando los padres lloran
los hijos muertos se salvan.

Llora, que el llanto mitiga
las aflicciones del alma;
llora, porque el muerto era
la lumbre de tu mirada,
el jugo de tu existencia,
la juventud de tus canas.

Llora, pobre amigo mio,
que el llanto las penas calma
cuando las desdichas vienen
y se van las esperanzas.

ANTONIO LUIS CARRION.

A ELISA.

EN SU ABANICO.

Elisa mia, te vas
y triste el alma me dejas;
para tí serán mis quejas
suspiros y... nada mas.
Y no sabes, que mañana
cuando triste me despierte
sentiré un frio de muerte,
pues me faltará una hermana.
Tú conoces mi cariño
y mi pesar no te asombre;
para todos soy un hombre
y para tí soy un niño.
Y es que cuando el alma siente
ese afecto puro y santo
no nos avergüenza el llanto
y es el mundo indiferente.
Versos quisiste que hiciera
para tu abanico, Elisa,
y que su vitela lisa
en un álbum convirtiera.
Mas tu perdon necesito,
pues al ponerme á escribir
quiso mi pluma reir
y con lágrimas ha escrito.
Pero, Elisa mia, ¡adios!
¡sé feliz, lejos de aquí!
y que te acuerdes de mí!
y que te bendiga Dios!

ANTONIO GIMENEZ VERDEJO.

RIMAS.

La mejilla apoyada en una mano,
colocada la otra sobre el pecho,
destrenzado el cabello por la espalda,
la contemplé dormida desde lejos.

Me aproximé marchando de puntillas,
de turbar temeroso aquel silencio;
y al llegar junto á ella, oí que un nombre
murmuraban sus lábios entreabiertos.

Sentí helarse la sangre de mis venas,
mis ojos se anublaron, vine al suelo,
no pude sostenerme: ¡hasta soñando
el nombre pronunciaba de su dueño!!

José Ruiz Toro.

ENGAÑADORAS PALABRAS.

Las auras murmuradoras
de aquellas risueñas playas
donde por la vez primera
al amor se abrió tu alma
como se abren las flores
al soplo de la mañana;
las áuras que refrescaron
nuestras frentes fatigadas,
recojiendo los suspiros
que tus lábios exhalaban,
son los ecos misteriosos
que aun por los espacios vagan
repitiendo tristemente
de tu promesa olvidada,
palabras que me vendieron
engañadoras palabras.
Las avecillas parleras
de aquella espesa enramada
á cuya sombra crecieron
en amor nuestras dos almas,
las canoras avecillas
que escondidas entre ramas
oyeron los juramentos
que me hiciste enamorada,
cuando cautiva en mis brazos
y en la noche solitaria
tu corazon consumia
del amor la ardiente llama;
esas aves trinadoras
que á los reflejos del alba
cuando el sol por el Oriente
despliega sus ricas galas
al creador de cielo y tierra
le cantan sus alabanzas
en himnos que lleva el viento
en sus invisibles alas,
parece que al modularlos
de tu promesa olvidada
repitiendo van las mismas
engañadoras palabras.
Las olas de aquellos mares
en cuya orilla te hallabas,
el instante aquel terrible
de mi ausencia y de tus lágrimas,
que con voces gemidoras
nuestro duelo acompañaban
y un ay! profundo exhalaron
de sus profundas entrañas
al ver con la inmensa pena
que de tí me separaba;
esas ondas, ya serenas
y por la brisa rizadas,
ya impelidas por bravío
huracan que las levanta,
van tambien por los espacios
de tu promesa olvidada,
repitiendo una por una
engañadoras palabras.
En vano es, pues, que te esfuerzes
en disimular tu falta,
pues aunque darla al olvido
quisiera, mujer ingrata,
fuera imposible un momento,
uno tan solo olvidarla,
que la pregonan las ondas
y las aves y las áuras.

José E. de la Cuesta y Torres.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

Don Francisco Jimenez Campaña.

INTRODUCCION.

Era el año de feliz recuerdo de 1858; el galan mes de las flores tocaba á su término, y queria despedirse de la pintoresca sierra, donde Loja se recuesta, de su hermosa vega y de su manso rio con una noche azul, serena y brillante, que pudiera ser rival, y aun vencedora de las poéticas noches de los trópicos.

Volvia yo con mis buenos padres, mis jóvenes tias, y algunos amigos de mi honrada familia, de una rica y estensa cazería, aun no rendidas las fuerzas de jugar

y con sobrados ánimos y deseos de estarme correteando largo tiempo.

Era cerrada la noche, cuando cruzábamos por lo que hoy se llama *Fuente de la Mora*, y como ya la ciudad distaba de nosotros un débil tiro de piedra, cesó la alegre música de las guitarras que para distraccion de ánimos y fin de fiesta habian venido tañendo con maestría durante el camino, manos hábilmente ejercitadas en arte tan delicioso.

En tanto mi familia subia fatigosa la empinada cuesta, que por esta parte da entrada á la ciudad, yo, sentándome con aparente resolucion en las grandes piedras, que entonces servian de asiento en paraje tan ameno, grité con toda la valentía de los ocho años: «yo me quedo aquí á que el fantasma me cuente la historia de *La Fuente de la Mora*» Y era verdad que tenia picada la curiosidad por saber cuento tan mavilloso. Mis padres no me hicieron caso, pensando que el miedo no me dejaria estar largo tiempo en aquel lugar. Así sucedió: pero antes de seguir á reunion, primero tan divertida y luego tan callada, corrí á saciar la sed en uno de los veinte caños de la fuente misteriosa, que por sus anchas bocas están perennemente derramando para contentamiento de Loja, la nieve blanca de la cumbre de las montañas. Bebí con ánsia buen espacio de tiempo, saboreando el dulzor y solazándome con la frescura de aquellas aguas tan puras; cuando al volverme para seguir á mis padres, á quienes ya echaba de menos, ¡oh poder de la febril imaginacion de la niñez! miré delante de mí con ojos espantados alto, tan alto como colosal gigante, y blanco, tan blanco como la espuma de las aguas que á mi lado murmuraban, al medroso fantasma que desde tiempos remotos diz atemorizaba á los pacíficos vecinos de aquellos contornos; al ánima en pena, que tiene su habitacion encantada dentro del manantial bullicioso y cristalino que los árabes llamaron con el poético nombre de *Alfaguara*; al poderoso mago ó celador nocturno de aquellos agrestes y amenos lugares, que hechizaba solo con el mirar de sus fosfóricos ojos al infeliz mortal que osára cruzar su misterioso señorío despues que la hueca campana del alto reló de la ciudad hubiera dejado rodar lentamente por el espacio, doce notas vibrantes y sonoras.—¿Quiéres escuchar la historia de *la fuente de la mora*?—me dijo el fantasma con temerosa voz, salida al parecer del fondo de un abismo.—Sí—contesté lleno de espanto, alentando entre el espanto mismo deseos de saber tan fabulosa leyenda.—Pues ven conmigo—repuso el gigante blanco,—que yo creia formado de las nieblas densas y blanquecinas, que se posan en las faldas de las sierras; pero que apesar de mi creencia, me cogió en sus brazos y conmigo empezó á caminar, como ladron que huye con su presa de manos de la justicia. Yo me desvanecí, y apenas si recuerdo que el fantasma se achicó al ponerme sobre sus hombros. Despues me dejé conducir hasta el borde del mismo cristalino manantial, donde la maga ó el mago tenia la entrada instable y diáfana de su encantado palacio. Yo sentí en mi cuerpo y en mi rostro la desagradable impresion del agua el zambullirme con el misterioso aparecido en el murmurante arroyo por el manantial formado. Entonces todo cambió de aspecto, y el miedo huyó del espíritu, dejando paso franco al asombro: abrí encantado los ojos y halléme en el patio de un alcázar moro. Miré con ojos, indagadores al que me conducia, y ya en él, lo tétrico y sombrío del fantasma habia desaparecido: era entonces una hermosisíma doncella de ojos negros y brillantes, de sedosas pestañas, de frente de alabrastro y de lábios de púrpura. Vestia á la usanza de las odaliscas orientales, y sonreia melancólicamente con la tristeza de un alma justa y apenada.—Yo soy,—me dijo con una voz dulcísima, en nada parecida al acento frío y despeluznante del fantasma,—yo soy Amina, la esclava favorita de la sultana Maliba, que habita en el paraiso de los buenos con Miriam, la reina de los espíritus celestes, la madre de Jesus, por haber abrazado la fé de los cristianos que es la verdadera, única y esclusiva. Ven y te contaré su historia, que está llena de luz y poesía, sabrás mis desventuras, y por qué al manantial de arriba, querido espejo de la luna, viene conservando al través de los siglos el nombre misterioso de *Fuente de la Mora*. Yo me dejé conducir de la mano por aquella hada singular, y atravesamos estrechas galerías, salas suntuosas, riquísimos camarines, hasta que por fin, ya el ánima cansada de tanto esparcimiento, nos encontramos en una pieza en la que estaba reunido todo cuanto el refinado gusto de los hijos del Asia pudo inventar de bello para el placer de una sultana. Amina me indicó por asiento un cogin de damasco y ella ocupó otro á mi lado y comenzó la historia, que te voy á referir, lector benévolo, si la memoria no se me torna enemiga é infiel el pensamiento.

LA NIÑA COQUETA COGIDA EN SUS REDES.

«Soy astuta,
soy discreta,
soy hermosa,
que es mejor:
Y consigo,
cuanto quiero
que yo no muero
nunca de amor.»

Esto decia

la hermosa Celia
cuando su Estrella
se oscureció;
Y cual abrojo
nace entre flores,
en sus amores
nació el dolor.
Y era que amaba
cual no creia
y que sufria
cual no sufrió
al ver su dueño
que alado *genio*
alegre gira
de flor en flor.

Amante suspira,
y su amargo llanto
causára quebranto
en la árida roca.
Ya tierna se humilla,
ya altiva provoca;
ya lanza su boca
sonrisas de amor.
Mas su ingrato amante
riendo se aleja,
y el alma la deja
sumida en dolor.
. . . . . .
. . . . . .
¡Acuérdate Celia
cuando sonriente
alzabas tu frente
sin darte rubor;
hacen de tus rizos
cadenas doradas
donde aprisionabas
incauto amador,
y al verlo prendido
en pérfidos lazos,
hacias pedazos
su fiel corazon!

SOFÍA TARTILAN.

ZAHARA.

LEYENDA MORISCA.

(CONCLUSIÓN.)

III.

Fenece tras alto monte
Rojo el sol, opacas sombras
Suben, el aire poblando
De imágenes vagarosas.
A orillas del Guadalevin,
Sentado en las piedras toscas,
Viejo moro, ávido escucha
El murmullo de las ondas.
Triste la noble cabeza
En ambas manos apoya,
Y entre ellas, raudal de plata,
La barba luciente asoma.
El aura, que riza leve
Claras aguas, juguetona,
Se entretiene del turbante
Con la desprendida toca.
El moro á veces levanta
La frente asaz melancólica,
Mira á las aguas y luego
A hundirla en las manos torna.
Y mientras ronco gemido
Da su ánima angustiosa,
Y ardiente y furtiva lágrima
Brilla en su mirada torva,
Con acento, que semeja
La voz del trueno remota,
Dice en su rencor el moro
Estas palabras furiosas:
—¡Guay de ella, si á este lugar
La impele fortuna loca,
Porque dormirá sin vida
Del rio bajo las ondas!
¿Conque lejos del castillo
Mis nobles timbres desdora.
Muerta cabeza besando
Del que amancilló su honra?
¡Con que burla mis castigos,
Y su innoble amor pregona
Cantando Rásidas tristes,
Sentada sobre una roca?
Pues yo haré que en mis almenas
A la luz del sol radiosa
Brillen un dia las dos
Cabezas, que me deshonran.—
Y esto diciendo Firuz,
El fiero alcaide de Ronda,
Empuñaba de ira lleno
El acero de hoja corva.
Pero sus iras burlando
Escuchó una voz hermosa,
Que le llamaba *verdugo*
Al compás de tristes notas.
Cual viejo leon herido
Por mano oculta en la sombra,
Firuz se alzó de las piedras,

Buscando quien le provoca.
Y allá del Tajo gigante
Casi en la punta medrosa
Vió una mujer que reia
Y cantaba hermosas trovas.
Entonce el moro, á quien hambre
De horrible venganza acosa,
Voló hácia ella sañudo,
Como avanza negra tromba.
Y en tanto al compás del rio
Sigue cantando la mora,
Y la cuitada no advierte
Que tiene la muerte próxima.
—¿Quién eres tú, dice Zahara,
Pues es ella la que trova,
Quién eres, dice á su padre
Que no me dejas á solas?
—Gualá! Quién soy? La venganza
Del justo cielo, que rota
En pedazos la clemencia,
Hoy tu crímen no perdona.—
Dijo y blandiendo con rabia
La fiera cuchilla corva
Fué á descargar, pero Zahara
Huyó, diciendo quejosa:
—Arrebatármela quieren,
Y vuelo yo por las rocas—
Y una cabeza ocultaba
Entre las moriscas ropas.
Firuz, depuesta la ira,
Siguió en marcha peligrosa
Tras ella, esclamando triste
—¡La pobre Zahara está loca!—
Y cuando el padre anhelante
Veloz la distancia acorta
Y la abraza, de un abismo
Se hundieron en la ancha boca.
Y dos gritos resonaron
Que en espresion lamentosa
Repitieron las montañas
Y los valles, y las ondas.

De entonces, cuando la noche
Estiende el manto de sombras,
Dos fantasmas ven con miedo
El viejo y niño de Ronda,
Que de las grietas del Tajo
Salen dando voces roncas
Y uno en pos de otro discurren
En marcha vertijinosa.

Francisco Jimenez Campaña.

LA CARIDAD.

Virtud la mas grande que encierra alma pura
que vive gozando de célico amor,
así resplandece con magna hermosura
allí donde existe miseria ó dolor.

En nubes de incienso desciende del cielo
ornando su frente tegido laurel,
y amor derramando, vertiendo consuelo
se torna hasta el cielo dó esta su dosel.

Jamás abandona á aquel que padece,
al pobre y al rico confunde en su amor,
¡es hija del cielo! su influjo obedece
lo mismo en el justo que al que es pecador.

No encuentra mancilla si el vicio sorprende
olvida los hechos que el vicio forjó,
con santa ternura el crímen reprende
y oculta las huellas que el crímen dejó.

Si encuentra miseria, afliccion ó llanto,
jamás se propone la causa buscar,
que solo es su gloria, su vida, su encanto,
poder dar consuelo, el llanto enjugar.

Valiente ella asienta su planta segura
en lóbrego sitio de males mansion,
si escucha entre el llanto la voz que murmura
pidiendo la ayuda de fiel proteccion.

Y busca al hambriento que gime en su choza
sintiendo impotente la muerte llegar,
allí se presenta y en santo amor goza
si al verla, el hambriento, comienza á gozar.

Y sube al palacio que habita el magnate
si escucha en su pecho doliente gemir,
y activa aniquila el mal que le abate
y troca en dichoso su acerbo vivir.

Y allí donde el odio enciende la guerra
ó fiera discordia estingue la paz,
su influjo divino el odio destierra
y cesan discordias mostrando su faz;

Que allí donde existe virtud tan hermosa,
la paz y la dicha, con grande esplendor
endulzan la vida, gozando amorosa
divina existencia que envuelve su amor.

José Perez Cortina

ANACREÓNTICA.

ALUSIVA A LAS DE LOS SEÑORES D. ANTONIO ROJO Y SOJO Y D. ANGEL GARCIA.

Atónito me deja
que un poeta cual Rojo,
envidie al que disfruta
de sueños amorosos,
en los que con ternura
y con delirio loco
(1) tege de su adorada
el cabello sedoso:
ó al que arrobado mira
deslizarse el arroyo,
retratando los cielos,
la flores, ó su rostro.

Tambien me maravilla
que á un vate cual Reguera
arcones lleno de oro
su corazon conmuevan,
y escuchando el sonido
del repletas talegas
enzalce y rinda culto
á doradas monedas.

Yo pues, no quiero amores
ni tampoco dinero,
los unos son mentira,
el otro lo desprecio,
y fundo mis placeres
mis delicias y anhelo,
en el *jamon*, el *lomo*,
y el vino *malagueño*.

Divinice pues Rojo
á la insensible *Venus*,
y Reguera no tenga
otro Dios que el *dinero*.

Porque yo sin amores,
sin arcas, ni talegos,
sin arroyos, ni brumas,
sin onzas, ni cabellos,
viviré muy robusto
muy dichoso, y contento
con el *jamon*, el *lomo*
y el vino *malagueño*.

JUAN DE LA CRUZ MARTIN Y DIAZ.

(1) Trenza.

SONETO.

A MI AMIGO DON ANGEL GARCIA.

Tú adoras á una Filis, tus acentos
á ella solo diriges en tus cantos;
deben ser admirables sus encantos,
y debe ser ingrata á tus lamentos.
Si tus puros y castos sentimientos
loca desprecia, sentimientos santos,
y quejas y suspiros y quebrantos
debes variar por nuevos pensamientos.
Si se burló hasta aquí de tus miradas,
propongo una venganza que le duela;
una venganza de las mas sonadas;
una venganza que mi frente hiela:
la llevamos á casa de *Cañadas*
y hacemos que le arranquen media muela.

ANTONIO ROJO Y SOJO.

EPÍGRAMAS.

¿Quién fué el hombre mas feliz?
preguntó Felipe Guerra:
y le contestó un casado:
¡Adan, que no tuvo suegra!...

Dice Antonio de Alcañices,
que no vé Don Nicanor
mas allá de sus narices.
¡Y es chato el pobre Señor!

E. PEREU VICO.

CANTARES.

Al morir van las cenizas
A parar al cementerio:
¿Dónde, dime, hay una tumba
Para inhumar mis afectos?

Dicen que el amor es vida
Para aquellos que lo sienten;
Eso dicen, pero ¡ay cielos!
Para mí tan solo es muerte.

J. J. P. y T.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Viérnes 24 de Setiembre de 1875. Núm. 52.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Influencia de la mujer en la regeneracion social, por D. Antonio Pareja Serrada.—A Elisa (Fantasía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—Maliba (leyenda mora) por D. Francisco Jimenez Campaña.—Dudas (poesía), por D.ª Sofía Tartilan.—A la memoria de Miguel Cervantes Saavedra (poesía), por D: Francisco Jimenez Campaña.—Cantar, por D. J. J. P. y T.—Flores y Espinas (poesía), por D. Antonio Morales Durán.—La entrada del otoño (poesía), por D. José Perez Cortina.—Charada.—Solucion.

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA REGENERACION SOCIAL.

CARTAS A CONCHA.

Mi buena amiga: Si grandes fueron los triunfos por vuestras ascendientes conquistados en la historia de los primeros tiempos, aun podeis con sobrada razon envaneceros con los en la moderna conseguidos.

Eternos monumentos habia levantado el hombre á la mujer en los siglos que á grandes rasgos he pretendido bosquejar en mis cartas anteriores. La arquitectura, la escultura, la pintura, guardaban en piedra, mármoles y frescos los episodios mas brillantes de la historia de la mujer: el hombre afanándose en perpetuar el ascendiente que sobre él tenia su compañera, en recrear su imaginacion para pagarla en parte lo muchísimo que la debia, creó industrias mil cuyo ejercicio diese nuevos atractivos á la hermosura, perfeccionó la armonía musical, y encontrando débil, poco ideal, la pintura al fresco y al temple, inventó los colores al óleo, en los que podia á su placer y aprovechando su transparencia, fijar sobre el lienzo el destello de uua mirada, la morbidéz de una forma, el sentimiento purísimo del candor que reflejaba la frente de una vírgen; en una palabra, no se contentó con representar la forma de la materia, sino con vivificarla; profundizó, torturó su genio hasta reproducir en ella la espresion de los pensamientos, los efluvios del alma, para que al asomar el espíritu á la superficie del cuadro, amasen sus descendientes lo que él habia amado, y admirasen lo que causaba su admiracion.

Tanto y tanto supo la mujer conquistar el aprecio del hombre, que una mirada impudente, una palabra mal sonante á ella dirigida, eran bastante á veces para que dos espadas salieran de la váina y un hombre dejára de existir. Una mujer habia empujado á Colon hasta las costas de América, dotando á nuestra España de un nuevo mundo tan vírgen como fértil, tan risueño y encantador como inmenso y rico. Habíase fundado en la Española un sub-gobierno dependiente del consejo de Indias que lo era á la vez de la Corona, y el rey podia mandar desde su alcázar al estremo del inmenso Occéano, como á la mas próxima aldea de los alrededores de la Corte. Diego Velazquez gobernaba en su nombre desde Habana los paises descubiertos; pero adormido en la voluptuosidad del oro y los placeres, desoia la voz de la fama que publicaba la existencia de un imperio poderoso, cuya conquista haria estremecer de envidia á las naciones de Europa. Hablábase á la verdad de este pais con un acento tan hiperbólico, que mas bien se tenia por un sueño, que por la verdad de una conquista realizable. Sin embargo; esta idea, cruzando los mares, llegó á las playas de Iberia, y resonó en Medellin, pequeña aldea de Extremadura: allí, consumido por el tédio y la inaccion, agobiado por la carencia de recursos, vivia un guerrero que, cansado de luchar en pró de su rey sin alcanzar el premio á su valor, veia á sus cariñosos padres sufrir las consecuencias de su desgracia. Oyó Cortés esta voz, y le pareció un aviso celestial enviado á su alma como una deliciosa profecía que le auguraba risueño porvenir: descolgó la mohosa espada, y trasladándose á América, ofreció á Velazquez capitanear una espedicion que emprendiese la conquista de aquellos paises. La envidia destruyó

en flor tan generoso propósito, y Hernán se vió aherrojado por aquel que debiera tenderle una mano amiga, y de quien ciertamente no habia soñado recibir semejante ultrage. Pero estaba probado que ni una de las grandes obras de la humanidad se ejecutára sin el concurso de la mujer: Catalina Suarez Pacheco, comprendió la grandeza de aquella alma, meditó las ventajas que reportaria la idea de Cortés, y abriéndole las puertas de la prision, pudo el héroe tender su vuelo á los soñados paises, emprendiendo con solo doscientos españoles la temeraria empresa de conquistar á Méjico y agregar tan hermoso floron á la corona de España. Poco espertos en la navegacion, escasos en número aunque sobrados en valor, ignorando la topografía de su campo de operaciones, é impotentes para comunicarse con sus indígenas, cuyo idioma desconocian, escasos resultados, podian prometerse de su espedicion si otra mujer, una india llamada Caoniana y bautizada despues bajo el nombre de Marina, dotada de un carácter enérgico y emprendedor, no hubiese sido el hilo salvador que dirigiera á Cortés en el dédalo inextricable de las selvas vírgenes: esta india que mereció un lugar honrosísimo en la historia de la conquista, estaba adornada de un especial criterio, y puede decirse que fué el cuerpo diplomático agregado al cuartel general, con cuyo auxilio pudo el héroe realizar la mas gloriosa de las conquistas. Méjico fué provincia española, y los nuevos colonizadores, modificando la ya notable civilizacion de aquellos indígenas por la religion del Crucificado, consiguieron utilizar las grandes riquezas de aquel privilegiado suelo; arrancaron rios de oro y plata de lo profundo de sus montañas, exportaron esencias y perfumes, piedras preciosas, maderas finas é infinidad de productos medicinales; enriquecieron la industria, dilataron la esfera comercial, y consiguieron que en los dominios del Rey de España jamás se ocultase el astro del dia.

El espíritu de progreso avanzaba siempre; la mujer le animaba ó modificaba con acertado ingenio, y las artes, el comercio, la industria, la ciencia, la esploracion de regiones desconocidas, se desbordaban por todas partes como la hirviente lava de un volcan. Cada dia, cada hora se aumentaba en el planisferio la situacion de un pais recientemente descubierto; el Atlántico, el Pacífico, el mar del Norte, eran surcados de contínuo por millares de carabelas que volaban á lo desconocido, con la fé en el alma y el valor en el corazon. Lope, Calderon, Tirso, nuestros grandes poetas, nuestros eminentes políticos, nuestros ilustres marinos, fueron la generacion que sucedió á los guerreros. Las artes, la industria, el comercio, sucedió á la guerra; la mujer, coronada de una aureola de gloria, aparecia en este cambio como su égida protectora; por ella se escribia, por ella se pintaba, por ella aguzaba el hombre su ingenio, y por ella en fin se efectuaban los grandes adelantos que tenian lugar en ambos mundos. La pluma del escritor, la paleta de los pintores, la espada del caballero, estaban á sus órdenes; era la fuerza motriz de la gran maquinaria social, y ¡ay del que la ofendiera en su pudor! ¡ay del que levantase la punta de su manto! Las gradas de San Felipe, las encrucijadas del Buen Retiro, las márgenes del Guadalquivir y las sombrías alamedas del Tajo, pueden decirnos cuántas víctimas han recibido por este abuso, cuántas ofensas se han lavado con sangre, cuántas cuchilladas han sido la contestacion de una mirada, ó el sonido de un imprudente beso.

En tanto Francia lanzaba sus naves á la esploracion del polo: Inglaterra colonizaba y subyugaba la India, Holanda doblaba el cabo de las Tempestades, Portugal dominaba el Brasil, y en todas partes las grandes creaciones, los inventos útiles, eran inspirados directa é indirectamente por la mujer. El feudalismo caia por su peso del altar donde le habia colocado la fuerza de las armas, como el edificio cuyos cimientos carcomidos por el tiempo, solo recuerdos deja de lo que fué; la medicina ensanchaba el campo de su accion, la química reemplazaba á la alquimia, todo lo útil, todo lo grande, todo lo bueno, se creaba, se aumentaba, se enriquecia, al par que se derrumbaban las antiguas instituciones. La mujer daba el ejemplo en todo, y cuando encerrada en su casa con sus hijas al rededor, las enseñaba á hilar el lino, á teger tapices, á modular el canto, las educaba en el temor de Dios y en la conciencia de lo que habian de representar cuando, de obedientes hijas, fuesen convertidas en fieles esposas ó cariñosas madres.

Habia sido hasta aquí una cosa perfectamente admitida, que la mujer habia de carecer de educacion literaria; pocas, muy pocas, se permitian el lujo de saber escribir. La educacion de los hijos, tenia que estar confiada á personas estrañas, tenian que recibirla lejos del hogar, y la madre, adivinando los peligros á que esponia á sus hijos con este sistema, saltó por encima de las preocupaciones, aprendió á leer y escribir, y pudo de este modo ser la institutríz de la familia. Otra ventaja produjo este paso á la sociedad conyugal; el hombre necesitaba de su tiempo para dedicarse á los vastos conocimientos que de dia en dia enriquecian la ciencia; la mujer tomó á su cargo la parte económica de la casa, niveló los gastos con los ingresos, fortaleció el capital, y descargando al esposo de trabajo, pudo este dedicarse asíduamente á completar su ilustracion. Acaso sea este el paso mas trascendental de la mujer en la historia moderna; acaso

le debamos hoy todos los adelantos de nuestra época: pero aun cuando no hubiéramos fijado en ello nuestra atencion, bastaria considerar que de él han brotado las Teresas de Jesus, las Gomez de Avellaneda, las Sinués, las Jorge Sand y otras mil mujeres célebres de todos los paises, cuyos nombres tan ilustres como respetados en la república literaria, serán de eterna memoria en el libro de la humanidad.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega 20 de Setiembre de 1875.

A ELISA.

FANTASÍA.

Elisa mia, luz de mis ojos
por qué me matas con tus enojos,
con tu ironía?
¡Ay si supieras lo que te quiero!
¡ay si supieras que por tí muero,
Elisa mia!
Tú que eres dulce como las brisas,
como los cielos;
tú que revelas en tus sonrisas
puros anhelos;
tú que eres ángel que amar ya sabes,
como las flores, como las aves,
con dulce arrullo;
tú que en tus lábios de frescas rosas
dejas que liben las mariposas
ténue murmullo;
¿por qué á tus frases das ironía
Elisa mia?

. . . . . .

Oye un instante tristes canciones,
oye un momento dolientes sones,
flor de mi alma!
tú que aun no sabes lo que es el mundo,
tú que aun no sientes dolor profundo,
robar tu calma.
Y si en las notas del triste canto,
si entre sus frases encuentras llanto,
pasa adelante;
y no te fijes, Elisa mia,
en los lamentos de mi agonía,
ni un solo instante.

. . . . . .

Los últimos reflejos
del sol ya moribundo,
se pierden á lo lejos
hundiendo sus fulgores en el mar.
Se apagan los rumores
sobre la faz del mundo;
los pardos ruiseñores
empiezan sus endechas á cantar.
Y las siluetas
de las montañas
entre crespones
de opaca luz;
vagas, semejan,
formas estrañas,
sombras envueltas
en su capúz.
Delirios son, que al alma
le dá la fantasía;
de la perdida calma
recuerdos misteriosos del ayer;
y el áura que murmura
en la arboleda umbría
gemidos de amargura
y sollozos imita en su vaiven.
Entre las sombras
y densas brumas
vagan flotando
fantasmas mil.
Forma el torrente
con sus espumas
sordo estruendo,
vago gemir.
Y el cielo se oscurece
y cubren el espacio
las apiñadas nubes
que arrastran en su seno al huracán.
Y allá en los torreones
del árabe palacio,
ocúltanse las brisas
huyendo de la horrible tempestad.
La campana de la Vela,
triste son que al alma hiela
lanza monótono al fin;
y destructor y violento
rasga las nubes el viento
con horrísono rugir.
Y los castillos vacilan,
los viejos muros oscilan
á su impulso aterrador;
y del cielo se desprenden
lenguas de fuego que encienden
un volcán abrasador.
Y chocan las nubes con rudo estruendo,
y alumbra el espacio fosfórica luz,
y el viento que ruge los mundos barriendo
se arrastra creciendo,
flotando en sus hombros rojizo capúz.

En las árabes almenas
que hasta el cielo se levantan
himnos diabólicos cantan
los génios del huracán.
Y ruedan por el espacio
sus cantares, confundidos
con los tétricos bramidos
que dá el trueno al estallar.
Y en horrible desconcierto
mundo y cielo se confunden;
y destrozados se hunden
con satánico fragor,
el alúd que se despeña,
el árbol que se desgaja
y la almena que se raja
al choque del aquilon.

. . . . . .

Mas calla el trueno, se apaga el rayo,
cesan los vientos en su rugir;
alzan las flores su roto tallo
y en lángido desmayo
se estingue de los bosques el gemir.
Y al desacorde, rudo estruendo,
sordo gemido, ronco fragor,
triste reemplaza, vaga y gimiendo
una voz que creciendo
dice así con sentido clamor.

. . . . . .

Brisas que besais su frente
venid acá;
y escuchad el son doliente
que mi alma dá.
Auras que vagais serenas
en su redor,
ocultadle el gemir de mis penas
y mi dolor.
Que no sepa nunca mi triste agonía;
que nunca sospeche mi fiero sufrir;
que aspire su lábio constante alegría;
tú... ¡pobre alma mia!
tú... puedes en tanto gemir.
Y cuando con negro manto
nazca la noche en el mar,
tú puedes verter tu llanto
puedes llorar.
Brisas que besais su frente
idos de mí:
callad mi gemir doliente,
decidla... que soy feliz! (1)

. . . . . .

La voz se estingue, se apaga el viento,
sigue dormida la tempestad;
crece lo oscuro del firmamento;
no se oye ni un acento;
el mundo sigue, sigue sin despertar.
Túrbio el torrente, ya se desliza
sin que se note solo un rumor;
ni un ténue soplo las hojas riza,
ni una sola ceniza
se mueve en el espacio aterrador.

. . . . . .

Mas ya vá apuntando el dia
y allá en la cumbre bravía
vá apareciendo la luz.
Y desde la alta montaña
que tibio reflejo baña
se rompe el negro capúz,
Y como fiel centinela
la campana de la Vela
dá á los aires su clamor;
y anuncia al mundo dormido
que habrá ya reaparecido
sobre los mares el sol.
Y se disipan las sombras,
y el cielo cubren alfombras
de gualda, azul y carmin:
y de la Alhambra en el hueco
se escucha cual vago eco
«*decidla que soy feliz*!»

. . . . . .

Adios Elisa, luz de mis ojos,
no me atormentes con tus enojos,
con tu ironía:
y ya que sabes lo que padezco
vé que tus quejas yo no merezco,
Elisa mia!
Tu alma es tan pura
como las álas de los querubes;
¡ay hermosa criatura!
yo bajo hácia el infierno, tú al cielo subes,
Tú vás mostrando un alma bella y dormida,
yo ya escondo la mia yerta y podrida;
tú vás cantando,
yo voy gimiendo:
tú al cielo vás volando,
yo por el mundo vago sufriendo.
Si la que llora con mis desvelos
si la que siente puros anhelos
te habla de mí;
tú ya que has visto mi triste canto,
nunca le digas que vierto llanto,
dila... que soy feliz!

ANTONIO GIMENEZ VERDEJO.

(1) Música del jóven compositor D. Francisco de P. Valladar.

RIMAS.

I.

Si me miran sus ojos entornados,
siento en el alma mia
lo que deben sentir las gayas flores
al percibir del áura las caricias.

Si en sus lábios de grana fugaz brota
una leve sonrisa,
corre vertiginoso por mi mente
un manantial de inspiracion divina.

Si percibo su voz, oigo mil notas
de música suavísima
que repite en mi pecho enamorado
su mas ardiente y delicada fibra.

Y miro en sus contornos la belleza
que dió el cincel de Fidias
á las grandes creaciones que surgieron
de la abrasada mente del artista.

Mas ¿por qué en lo más hondo de mi alma
siento profunda herida?.....
¡Mi sufrir es terrible!..... ¡Amarla tanto,
sin la esperanza de decir «es mia!!»

II.

Su corazon há tiempo que dió á otro.....
En lazo estrecho al fin
los dos se juntarán: ¿podré yo, acaso,
esa union impedir?...

III.

Lucho por arrancar de mi cerebro
las horribles ideas que me asaltan;
hago por estinguir de amor el fuego
que enciende mis entrañas.

Un desenlace busco que termine
de ésta pasion el complicado drama;
pero es tan enredado el argumento
que la inventiva falta.

Para cortar el nudo es necesario
una situacion trágica:
un personage ménos; pero aun dudo
si le dará esto fin á la jornada!.....

José Ruiz Toro.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

Don Francisco Jimenez Campaña.

(Continuacion.)

CAPÍTULO I.

EN QUE SE DA CUENTA A DONDE FUE A PARAR UN FUGITIVO DE LA BATALLA DE LAS NAVAS.

Arrojadas al suelo las vistosas divisas en medio de la batalla, y ocultando en los anchos pliegues de un albornoz las brillantes galas de su riquísimo traje, tornó brida Abu-Said, viendo contraria la suerte, y seguido de Amrú, viejo walí de las tropas africanas, huyó del campo sangriento de las Navas, dejando morir sin caudillo á los heróicos zenetes y valientes almohades.

Era el visir Abu Said aquel ambicioso favorito, que tanto quiso brillar en la corte del desdichado emir Amumenim Mohamad Anasir, adormeciendo el ánimo esforzado del rey con los placeres del harem; era aquel ministro intrigante celoso de la gloria del fiero alcaide de Calatrava Abu Hegiag Aben Cadis, á quien negó el socorro con dañada intencion, cuando este se encontraba estrechamente cercado en su alcazaba, y á quien despues de vencido, malas artes le jugó, para que fuera decapitado, como tristemente sucedió, por órden del emir.

Y corria, corria Abu Said dejando escapar relámpagos de cólera de sus pardos ojos, y exhalando en un ronco grito todo el pesar de su arrogancia humillada; y le seguia Amrú, el viejo walí africano, rugiendo como el tigre del desierto, que huye vencido por el leon.

—Maldicion, dijo al fin Abu Said, traduciendo en palabras su coraje, maldicion ha caido sobre la raza de Agar: hoy ha vuelto Alá su rostro á los muslimes.

—Maldicion, sí, replicó Amrú con sorda voz, maldicion sobre los alcaides andaluces, que en lo mas recio de la pelea han abandonado el campo, dejando que á torrentes se vierta la sangre de sus hermanos.

—Han pretendido, obrando así, vengar la muerte de mi rival Aben Cadis; pero yo les juro por la santa Meca, que las almenas del alcázar de Sevilla, adornadas serán con sus cabezas ensangrentadas.

—Eso será si te deja salir en paz de tus tierras el fiero jóven castellano.

—¿Y has soñado que podrá el rapaz lobo de España contra el leon de la Libia? Amrú, mide las palabras, porque otra vez mi puñal no respetará tus canas.

—Perdona, Zidi Abu Said; tú eres bravo como el salvaje rey de las selvas; pero yo he visto al garrido doncel castellano sembrar la muerte con su férrea maza entre los intrépidos gomeres, como el simoun del desierto trepa con su aliento emponzoñado á los tristes peregrinos de innumerable caravana.

—Y nada hicieron contra él mis indomables gomeres?

—Sí, le cerraron el paso formando contra sus ímpetus una muralla de acero; porque con su mirada sagaz comprendieron que el bizarro doncel pretendia dejar sin caudillo las santas huestes de Alá.

—Por el ángel Azrael, walí, que ya no me contengo, dijo Abu Said, esgrimiendo un puñal y revolviendo con furia su caballo.—¿Con que me juzgaron cobarde los gomeles?

—Deten el brazo, Zidi; esclamó Amrú, parando su caballo y mirando sereno á Abu Said,—No lo armes contra el que de tí no se defenderá. No te buscaba solo en el combate el garzon de los cabellos rojos; apesar suyo le seguian los caballeros de *la banda verde*, (1) y los apuestos guerreros de las *tres fajas* (2)

—Y por qué á su pesar? preguntó Abu Said, dando treguas al furor.

—Porque así lo espresó él: «mengua mia ha sido, decia, conteniendo á los otros caballeros con noble ademan, que un muslin solo me arrebate la divisa; dejadme, pues agora, que en su demanda vaya solo.» No le viste, Zidi, prosigió Amrú, alzarse sobre los estribos, cuando el escuadron de gomeres se interpuso entre los dos, levantarse la visera, y decirte en son de reto con poderosa voz: «Visir, yo te juro por Dios uno y trino que si hoy en la pelea no me he contigo faz á faz, la tierra toda registraré, para arrancarte el corazon ó la prenda que él más adore.» No oiste, Zidi, su voz?

—Sí, la oí, contestó Abu Said, que, aunque de alma templada en el fuego de las batallas, se estremeció á su pesar. Mas luego serenándose esclamó:—Por Eblis, que es el príncipe de los demonios, Amrú, que vás mostrando miedo al mozo imberbe de los cabellos rojos.

—Miedo! esclamó Amrú. ¿Podrá tener miedo quien ha roto lanzas con el invicto caballero D. Diego Lopez de Haro, y quien no ha tornado rienda ante los escuadrones de Aragon?

Abu Said no supo dar respuesta á tan solemnes y verídicas palabras. Él sabia que, si Amrú habia vuelto rostro al campo de las Navas, era por seguirle á él y defenderle, si en el camino se vieren acometidos. Pero no dejándole su orgullo callar por mas tiempo, dijo al fin, aparentando calma:—Entonces por qué hablas con temor del reto de ese jóven, que tiene mas de temerario que de valiente?

—Porque está presagiando este fiel corazon mio, que si en tu busca el rencor le lleva á tu alcázar, con los ojos tropezará de Maliba, que es la alegría de tu espíritu y el consuelo de mi vida. Y ya sabes, Zidi Abu Said, que nadie puede ver los ojos de aquella hurí del último cielo, sin sentirse luego abrasado por un incendio de amor.

—Oh! sí, demasiado lo sé. Pero desdichado del nazareno que en tu hija pusiera ojos sacrílegos, porque caeria sobre él todo el rigor de mi venganza, de mi ira, y de mis celos. Tú sabes que la amo como el leon quiere á las selvas, como á los aires aman las águilas, y en su corazon quiero reinar como señor absoluto, aunque sea preciso para conseguir su cariño, poner á sus piés las coronas de Córdoba y Sevilla.

—Maliba es una niña sin ambicion; catorce primaveras tan solo han deshojado sus rosas sobre su frente pura; su alma duerme aun el sueño de la inocencia, y apenas si comienza á estremecerse, como la gota de rocío tiembla en la corola de los lirios del Yemen. No la ofrezcas tesoros; que no te comprenderá; despiértala con el arrullo del amor, para que abra los ojos de su alma, queriéndote; y rodéala despues de grandezas, para que te quiera mas. Yo deseo que te ame, para verla feliz, y te la doy por esposa por contemplarla sultana.

—Amrú, Amrú, dónde ha aprendido esa filosofía el tigre sangriento de las batallas?

—Dime tú, Zidi, quién amansa á la pantera cuando cria á sus cachorros? Quién torna en débiles lamentos los roncos rugidos con que atronára la selva? El amor de sus hijos. Maliba no ha tenido madre, porque murió al ella nacer, y yó que he sido rayo destructor en el combate, enjugado hé con mis toscos lábios las lágrimas, que rodaban por sus mejillas en los dias de su infancia. ¡Cuántas veces, armado de hierro, sonando en los valles las trompas guerreras, y piafando por volar á la lucha mi fiero corcel de batalla, sostenido la hé en mis rodillas y besado en la frente, mientras ella se entretenia en jugar con mi luenga barba y con las rojas plumas de mi férreo capacete! Considera, Zidi, cuanto la querré, y cuáles serán los discursos de mi corazon por contemplarla un dia feliz. Tuya es mi vida, y mi brazo no hará nunca armas contra tí, sí, cuando sea tu esposa, la sigues adorando como ahora, pero guay de tí, visir, si haces despues infeliz una hora sola de su existencia, porque el que hoy tratas como á esclavo, y lo sufre él, contra tí se levantará, como el ángel del exterminio y de la muerte.

(Se continuará.)

(1) Los Mendozas.

(2) Los Munozes.

DUDAS.

Un dia mis cabellos
Quise adornar con flores
Y entre varios colores
El blanco me agradó.
Galante me ofreciste
Bajar á los jardines
Y cortar los jazmines
Que mi lábio eligió.
¿Lo hiciste por amor?
¿Qué se yo?. · creo que nó.
Al coger una rosa,
Galana y encendida,
Una espina atrevida
Cruel me lastimó.
Al ver mi mano herida
Yo lloré de despecho:
El ¡ay! que de tu pecho
Doliente se exhaló,
Te lo arrancó el amor?
¿Qué se yo?... creo que nó.
Mas tarde entre la brisa
De plácida sonrisa,
A mi abrasada mente
Con tu mirada ardiente,
Diciendo «yo te adoro»
De goces un tesoro
Tu lábio me ofreció.
¿Deseabas amor?
¿Qué se yo?... creo que nó.
Del baile en los salones,
Quejándote de celos,
Jurabas por los cielos
Que tu vida era yo:
Y quejas tan sentidas,
Con tal ardor pintadas
Fueron por mí escuchadas,
Fueron por mí creidas.
¿Te las dictó el amor?
¿Qué se yo?... creo que nó.

. . . . . .

. . . . . .

¡Pobre niña desvalida,
Que en la aurora de la vida
Desengaños encontró!
¿Será feliz algun dia?
¿Qué se yó?... creo que nó.

SOFÍA TARTILAN.

A LA MEMORIA

DE

MIGUEL CERVANTES Y SAAVEDRA. (1)

Cómpluto poderosa, los terrenales siglos,
Que el cáos produjera, formados de vapor,
Cruzaron tu horizonte, cual tétricos vestiglos
Vertiendo de sus álas miasmas de sopor.

Cómpluto, adormecida por hórridos pesares,
Despierta, que un sol nuevo te envuelve en clara luz,
Y ven á las orillas del bullicioso Henares,
Y pídele á sus ninfas el célico laud.

Venid, áuras del bosque, traed en vuestro acento
Aromas perfumados, dulzura en vuestro son,
Porque este pueblo escuche vuestro gentil concento,
Y hierva en sus entrañas la sacra inspiracion.

Canta Cómpluto el himno, que á tu grandeza cuadre,
Ciñe tus nobles sienes de mirto y de laurel,
Para que el mundo sepa eres la augusta madre
Del que escribió el Quijote, del que gimió en Argel.

Vertiendo de sus ojos el lastimero llanto,
Dormíase en la cuna al son de tu cantar;
Creció, blandió la espada intrépido en Lepanto.....
Une tus voces hora al cántico del mar.

Del cielo, que te cubre, bebió la poesía
Tu hijo, y á la cumbre subió del Helicon;
Pide á ese mismo cielo te dé sacra armonía,
Y canta de Cervantes la noble inspiracion.

Homero vé en la Grecia que olvidan su memoria
Y rompe de su Iliada las páginas de luz,
Ven, sombra de Cervantes, Cómpluto te alza gloria,
Deja á sus nobles hijos tu homérico laud.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Gaanada Setiembre de 1875.

CANTAR.

Cuando dobles la rodilla
Delante del confesor,
Para perjuros traidores
Le pides absolucion.

J. J. P. y T.

(1) Escrita para ser leida en Alcalá de Henares en la fiesta religioso-literaria, que en conmemoracion del natalicio de Cervantes, celebra ésta ciudad, el 9 de Octubre del presente año.

FLORES Y ESPINAS.

A C. S.

Hoy siembra la ilusion de bellas flores
La senda de tu vida,
Y mañana tal vez el desengaño
La cubrirá de espinas.
Hoy tiende sobre tí sus puras álas
El ángel de la dicha,
Y tu alma tal vez, pronto no sienta
Sino terribles cuitas.
Hoy te ofrece el amor su dulce encanto,
Sus mágicas delicias,
Y de esperanza, de ventura henchido
Tu corazon palpita.
Quizá pasando el tiempo, solo haya
Indiferencia fría,
En tu virgíneo pecho, quizá muera
La fé que te ilumina.
Es tan triste y faláz la suerte humana,
Que en un instante, niña,
Se truecan en dolor nuestros placeres,
Las lágrimas en risas.
Con vacilante, con incierto paso
La senda de la vida
El hombre sigue, sin saber dó existen
flores y espinas.

ANTONIO MORALES DURÁN.

Manila, 1875.

LA ENTRADA DEL OTOÑO.

Los valles frondosos
de encantos hermosos,
la alegre floresta,
la brisa templada tras fuerte calor,
aquella monótona y lánguida siesta
perdió ya su ardor.

Los gratos olores
de esencias de flores
tambien han cesado;
el áura aromosa cesó ya tambien
que el viento á las flores su tallo ha tronchado!
¡murió aquel eden!

Del bosque la hoja
que el viento despoja
cual parca inhumana,
rechina en el fondo de oculto rincon,
cual lúgubre eco de fatal campana
al fúnebre son.

Tan solo ya queda
de aquella alameda
que sombra nos daba,
los tiernos retoños que secos están,
y allí donde el áura apenas besaba
ruge el huracán.

Ni el dulce jilguero
que fué tan parlero
entona su trino,
que no encuentra aromas, ni plantas, ni flor,
que secas y muertas las vé en el camino
y muere su amor.

Desnuda la planta,
el valle no canta
cual antes lo hacia,
y turbio el arroyo de claro cristal!!...
¡nada! nada queda! de aquella poesía
que no tiene igual!

JOSÉ PEREZ CORTINA

CHARADA.

Mi *primera* es consonante;
Un pronombre la *segunda*,
Y mi TODO en los ancianos
Por lo regular no abunda.

Solucion al Salto de caballo-charada inserto en el número 50 remitida por D. Rafael del Prado Reguera:

CHARADA.

Es la primera
letra vocal,
y mi segunda
es musical.
El todo sirve
para volar,
siendo bonita
si es de faisan.

J. M.ª D. C.

Solucion á esta charada: A—LA.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Viérnes 1.° de Octubre de 1875. Núm. 53.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: —Los Globos aereostáticos, por D. J. R. T.—Por una lágrima (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—A una rosa (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macías.—El Maestro Vicente Espinel, por La Redaccion.—El Cruzado (leyenda), por D. Pablo Lopez Muñoz.—Un paseo por el cementerio, por D. Angel García.—Seguidillas, por D. Mariano Batanero.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	6015
La Redaccion de los ECOS DEL GUADALEVIN:	
D. Antonio Jimenez Verdejo.	20
Suscritores:	
D. Gaspar Carrillo Sanchez.	10
TOTAL.	6045

En el número siguiente se continuará la lista.

LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.

(CONTINUACIÓN.)

Los hermanos Montgolfiers, podemos decir que dieron el modelo de los globos tales como hoy se construyen. Solo algunas modificaciones que el tiempo y la esperiencia, maestros en todo, han introducido, y el uso del hidrógeno reemplazando al aire dilatado, son las diferencias que distinguen á los globos de hoy de las antiguas montgolfieras.

Varios materiales pueden emplearse en su construccion: sin embargo los que están mas en uso son el tafetan y el papel barnizado.

La operacion se reduce, despues de amoldado el globo á la forma esférica, á dar al tafetan, papel ó material que se adopte, un baño en espíritu de vino que contenga uua disolucion de goma laca, ó bien segun indica Torneux á prepararlo con «un barniz »caliente compuesto de aceite de linaza desecante y »de caoutchouc disuelto en esencia de trementina.»

Hemos dicho que ántes de éste barniz se dá al globo la forma esférica, para lo cual se corta el tafetan en varios pedazos ó cascos, teniendo cuidado de unir despues los intersticios que entre ellos queden con tiras superspuestas adheridas con cola comun. El objeto de éste barniz y estas tiras, es evitar que el hidrógeno traspase, en virtud de su ligereza, la tela del globo.

Preparada ya esta envoltura, adáptase á su parte superior una *válvula* (1) llamada *de seguridad* que abriéndose de fuera á dentro queda cerrada por la presion del hidrógeno. Cuando el aereonauta quiere descender, abre esta válvula por medio de una cuerda sujeta á un resorte y dá entrada al aire atmosférico, dejando escapar una porcion del gas; por éste medio, disminuyendo el volúmen del aparato, aumenta su peso específico y desciende, como indicamos, hasta equilibrarse en otras capas mas densas de la afmósfera.

Envuélvese luego el globo en una red de seda por ser esta materia mas resistente y ménos pesada que otras, la cual lo cubre en su mitad superior; á ésta red, se sujetan unas cuerdas, de las que á su vez pende la barquilla que ha de conducir al osado viajero.

Además acompañan al globo otros objetos accesorios, tales son: el para-caidas, el cata-descenso, el lastre y el ancla, pudiéndose añadir si la espedicion lleva un objeto científico, el barómetro, termómetro, electrómetro, telescopio, reloj de segundos y campanilla.

(1) La invencion de la válvula se atribuye generalmente á Charles.

Espliquemos el oficio que desempeñan cada uno de estos objetos y aparatos.

Ya dijimos que por medio de la *válvula* le es fácil al aereonauta descender cuanto quiera; mas no es solo para el descenso, como objeto inmediato, para lo que se la destina: sabido es que las capas superiores de la atmósfera pesan menos que las inferiores, (puesto que estas sostienen el peso de aquellas y de cuantas les están superpuestas); son tambien ménos densas y no oponen por consiguiente tanta resistencia á la fuerza espansiva del gas que infla el globo, adquiriendo aquel por ésta causa mas dilatacion y operando necesariamente con mas fuerza en las paredes de su envoltura: nada, pues, más fácil en éste caso que la ruptura del globo, si no fuese por la prevision del aereonauta que, abriendo la válvula y dejando escapar una parte del gás, disminuye la suma de las fuerzas repulsivas del mismo.

La invencion del *para-caidas* vino tambien á salvar de un riesgo seguro la vida del aereonauta, por mas que no siempre llenase su objeto. Blanchard, Garnerin y Lemornand, los tres se apropiaron la gloria de haber sido sus inventores, sin que aun se haya descubierto cual lo fué en verdad. Tal vez este, como la mayor parte de los grandes descubrimientos, débase á la cooperacion de varios, ó acaso, segun una autorizada opinion, inventára cada uno de los tres contendientes un para-caidas distinto.

Consiste el para-caidas en una pieza de tela dispuesta á la manera de un paraguas y sujeto convenientemente al globo para que cortando las cuerdas que al mismo le sostienen cuando es inminente el peligro, pueda el aereonauta confiar á ella su vida; pues desplegándose al descender, opone mayor estension que el cuerpo humano, es sostenido por la resistencia del aire, y la caida, violenta de otro modo, se trasforma así en un regular descenso.

La esperiencia ha demostrado desgraciadamente las consecuencias que pueden seguirse á una exagerada temeridad, aconsejando no hacer uso de esta especie de salva-vida si no en un caso estremo, ya porque no siempre se despliega en el momento oportuno, ya por otras circunstancias imprevistas que han dado ocasion á lamentables desastres.

El *cata-descenso* lo constituyen unas tiras de telas que sirven para dar á conocer la mayor ó menor velocidad que lleva el globo en su ascencion ó descenso.

Como medio de acelerar la ascencion, conduce siempre el globo una cantidad suficiente de *lastre*: éste por lo regular consiste en varios taleguillos de arena que se vacian en proporcion con la necesidad, consiguiendo así, aligerar el peso total del globo, en cuya virtud se eleva este con mayor velocidad, como acabamos de decir.

El objeto de *el ancla* es asegurar ó fijar el globo en tierra en el momento de descender.

El barómetro que determina la altura sobre el nivel del mar; *el termómetro* que fija los grados de temperatura de la atmósfera; *el electrómetro* que nos dá á conocer la tension y naturaleza de la electricidad; *la brújula* que marca la posicion y direccion del globo; *el telescopio* que amplificando el ángulo visual de los objetos nos facilita las observaciones astronómicas, *el reloj de segundos* que reemplaza en su oficio á los metálicos en aquellas altas regiones donde éstos no sirven por las alteraciones que esperimentan; *la campanilla* por último, que nos dá á conocer por la mayor ó menor intensidad de su sonido, el grado de rarefaccion del aire, todos estos son instrumentos y aparatos de gran utilidad en toda ascencion y de necesidad imprescindible en aquellas que se proponen un fin científico.

Cuando los globos se llenaban con aire dilatado, el principal cuidado del aereonauta consistia en mantener constantemente el fuego del hornillo: sustituido hoy éste sistema por el del hidrógeno, digamos algo de este cuerpo en sus aplicaciones á los globos aereostáticos.

No entraremos en detalles relativos al modo de obtenerlo; materia es ésta que pertenece al dominio de la Química, y en las obras que de ésta ciencia tratan podrán hallar los que las deseen, esplicaciones sobradas acerca de esta operacion. A nuestro propósito, basta mencionar el medio generalmente adoptado por ser el mas fácil: consiste en descomponer el agua que, como todo el mundo sabe, se forma de la combinacion del hidrógeno con el oxígeno; y se verifica ésta descomposicion por medio de un hierro candente que, sumergido en ella, se apodera del oxígeno, en virtud de la afinidad que con dicho cuerpo tiene, dejando libre el hidrógeno, que es recogido en una campana de cristal ó porcelana, desde la cual, por diversos aparatos se le traslada al globo que ha de llenar.

Trasladado ya el gás al interior del globo, débese tener especial cuidado en que no ocupe mas de sus tres cuartas partes, para evitar que en llegando, al ascender, á aquellas capas de la atmósfera cuya resistencia es menor por efecto de su escasa densidad, llegue aquel á desarrollar una considerable tension y rompa las paredes que le aprisionan.

Manifestado ésto, solo nos queda que añadir por lo que toca á los preliminares indispensables para la ascension de los globos aereostáticos, que ántes de lanzarlos al espacio, debe conocerse su volúmen, como asímismo el del aire que desaloja para, en la dife-

rencia entre uno y otro, hallar el peso que el globo puede sustentar. Esta es una consecuencia del principio de Arquímedes, base en que como dijimos al comenzar, descansa la ciencia de la aereostacion.

Fáltannos para concluir, dos palabras acerca de la direccion de los globos.

(Concluirá.) J. R. T.

POR UNA LÁGRIMA.

Era una niña como una rosa,
era mas pura que un cielo azúl,
y en su sonrisa dulce y graciosa
guardaba ansiosa
un tesoro de amor y virtud.
Mas una noche, ¡noche de llanto!
cuando la luna nace en el mar,
sintió en su pecho rudo quebranto
y su alma en tanto
una lágrima vino á abrasar.
Y desde entonces la niña llora
cuando con negro y triste crespon
tiende sus sombras, aterradora
noche traidora;
que un recuerdo le quema el corazon.

Antonio Jimenez Verdejo.

A UNA ROSA.

Desplega ufana tus brillantes hojas
Y al céfiro embalsama
Con tu fragancia pura,
Abre tu cáliz á las luces rojas
Que desde Oriente el claro sol derrama
Colorando con ellas tu hermosura.

Y si cuando luciendo en tu corola
Las perlas del rocío,
Brillando á impulsos del radiante Apolo,
Si en medio de tu brío
Tronchan tu tallo con fiereza impía,
No exhales ni una queja en tu agonía.

Soporta silenciosa el rudo embate
De la mano tirana
Que despiadada para siempre abate
Tu belleza lozana;
Eres muy débil y la fuerza tuya
Tiene que doblegarse ante la suya.

Nada importa que goces en tu tallo
Dulcísimas delicias
Recibiendo los besos del rocío,
Y del áura ligera
Las calladas y plácidas caricias
Al cruzar el espacio en su carrera.

Nada importa que el cielo te creára
Mucho mas inocente
Que ese candor divino
Que muestra el niño en sus serenos ojos,
Si tu fatal destino
Te elige para víctima de antojos.

Que no respetarán ni tu hermosura,
Ni tus colores bellos;
Te arrancará el amante que procura
Dar en tus hojas de su amor destellos;
Te arrancará quien sufra desventura
Y quien lucirte quiera en sus cabellos.

¡Amargo es tu destino, pobre rosa!
Tú que muestras ufana tus primores
Y pura y olorosa
Eres la reina de las bellas flores,
No puedes disponer ni aun de la esencia
Que te diera la sábia Providencia.

Eres muy débil; en tu esbelto tallo
Solo puedes lucir la poesía
Y el plácido color de tu belleza;
Y esos preciosos dones
Son de poca valía
Para nuestros altivos corazones.

Abre, pues, tu corola, y si tiranos
Destrozan tu ventura,
Gime infeliz, con todos los que arrastran
Una existencia llena de amargura;
Que no eres tú la sola combatida
Por el rudo infortunio de la vida.

Rafaela Brabo Macías.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

El Ayuntamiento de esta ciudad encomendó á nuestro distinguido paisano el Sr. D. Juan Perez de Guzman, que reside en Madrid, una memoria biográfica del Maestro Vicente Espinel, insigne poeta rondeño, para que fuera leida en el acto de la inauguracion del monumento que este pueblo, tan amante de sus glorias, ha de erigir al autor del *Marcos de Obregon*.

Correspondiendo á la invitacion honrosa del espresado Municipio, el Sr. Perez de Guzman aceptó al momento tan agradable encargo; y deseando desempeñarlo con la mayor lucidez, como de sus talentos se espera, á pesar de tener hechos singulares estudios por espacio de mas de diez años acerca de aquel ilustre poeta de Ronda, acometió con toda actividad la empresa dificilísima de completar sus investigaciones para poder hacer el cuadro completo de aquella preciosa é interesante vida.

Segun nuestras noticias el trabajo del Sr. Perez de Guzman es mas que una memoria, es un libro. En él se pintan al vivo todos los mas interesantes episodios de la vida de Espinel, dejando dilucidados al mismo tiempo los puntos mas oscuros que hasta ahora no habian podido aclarar los biógrafos mas diligentes. La pintura de la universidad de Salamanca y su concepto crítico-literario; la de la vida popular en Sevilla, la militar en Italia, la literaria en las Academias de Madrid y la eclesiástica en Ronda y en el alto destino en que murió, son cuadros de una animacion encantadora.

El trabajo del Sr. Perez de Guzman aun no está concluido, pues habiendo dado últimamente con un rico manantial de antecedentes, que echa por tierra y rectifica parte del trabajo hecho, como escritor de conciencia, está rehaciéndolo y sacando las copias de los documentos testificantes.

Entre estos últimos se halla el siguiente, que nos adelantamos á publicar con la anuencia de uno de los mas queridos individuos de su familia, su señor hermano D. Leonardo, director gerente y catedrático del Colegio de San Cayetano de esta ciudad.

He aquí el documento á que nos referimos:

«Como Teniente mayor de cura de la Iglesia Parroquial de San Andrés de esta corte:

CERTIFICO: que en el libro segundo de difuntos de la misma, sin número, y que comprende los años de mil seiscientos tres al mil seiscientos treinta, fólio 370 vuelto, se encuentra la siguiente:

PARTIDA.—En cuatro de Febrero de mil seiscientos veinte y cuatro años murió en la capilla del Sr. Obispo de Plasencia el Maestro Vicente Spinel, capellan Mayor de ella: Testó ante Juan Serrano, Escribano que asiste en el oficio de Luis de Baena: albaceas el maestro Franco y el licenciado Gerónimo Martinez de Castro. Recibió los Santos Sacramentos. Dió á la fábrica de sepultura cuatro ducados.»—Al márgen dice—Maestro Spinel.

Corresponde con su original al que me remito. San Andrés de Madrid Setiembre veinte y tres de mil ochocientos setenta y cinco.—Pedro Lumbreras.—Hay un sello. »

Solamente este documento, cuyo hallazgo se debe á la esquisita diligencia del que de aquí en adelante unirá á sus yá brillantes títulos literarios el de biógrafo único de Espinel, nuestro querido conciudadano y amigo D. Juan Perez de Guzman, rectifica muchos errores que son comunes á cuantos hasta aquí han escrito la biografía de Espinel.

EL CRUZADO.

(LEYENDA.)

Al pié de feudal castillo,
Cuyas soberbias almenas
Escándalo son del viento
De altivo hidalgo defensa,
Un Trovador, de su lira
Puesta la mano en las cuerdas,
El corazon en su dama,
Y ambos ojos en la reja,
Preludia canto amoroso;
Y el áura que en torno juega
La ilusion que le acaricia
Con su murmurio acrecienta.
La luna en mitad del cielo
Blandos albores destella,
Testigo de amantes hurtos
Y halagadoras ternezas.
La soledad de la noche,
Dulcísima compañera,
Solo el confuso rüido
Del turbio torrente inquieta;
O bien algun ruiseñor
Que junto al dueño gorjea,
Entre el espeso ramaje
De la gigante alameda.

Despierta, señora mia,
Del lecho el descanso deja:
Ven, no tardes, que á la reja
Te espera fiel Trovador.
Ven, mi encanto, mi alegría,
Ven, mi beldad soberana,
Y á la enrejada ventana
Asoma tu resplandor.
Tal ¡ay! al son de lira enamorada
Bermudo entona plácido cantar,
Cuando una voz que tácita responde

Tras de la reja se escuchó sonar.....
Era su Elvira: cándido ropage
Cubre su forma esbelta, virginal:
Lumbre de amor sus ojos reverberan
Al través de finísimo cendal.
Y el caballero trémulo á su vista
Palpita de entusiasmo y de placer,
Y al saludarla con gentil talante,
Tiñe la faz en vivo rosicler.
Y suspira la hermosa: su mejilla
Una sensible lágrima surcó.....
¡Ay¡de su dicha!... altivo castellano
Llama tan ¡dulce á la infeliz vedó.
Que no á los timbres de su escudo igualan
Los timbres del amante trovador;
Y es celoso el hidalgo castellano
De su heredada gloria y de su honor.

De enamorada plática murmullo
Luego en la reja oyérase zumbar.
Cual de palomas regalado arrullo,
Cual de las silfas vago susurrar.
Y entre los hierros se mostró una mano
Mas blanca y torneada que el marfil,¡
Y en ella audaz, enternecido, ufano,
Imprimió un beso el trovador gentil.
Y estrechóla en su seno palpitante,
Y afinojado, y en solemne voz
Un voto pronunció y un ay amante¡
Como quien lanza el postrimer adios.
La luna entonces bronceado velo
De un nublado tristísimo envolvió,
Y un ¡trueno ronco el adormido suelo
Cual presagio fatal estremeció.

Allá de Palestina sobre el confin ardiente
Brioso caballero se mira guerrear:
La Cruz es su divisa del capellar pendiente,
Su fúlgida coraza de luz refleja un mar.
Cojer gloriosas palmas con que adornar su escudo
Y orar ante la tumba, juró, del Redentor.
Llama infeliz su mente, su brazo asaz forzudo
La fé celeste guia, sus huellas el honor.
En medio del desierto, los pátrios horizontes
Y el suelo de Castilla recuerda sin cesar:
Y cuando arroja el viento de polvo densos montes,
Suspira por las brisas que halagan su solar.
Ya reza fervoroso benditas oraciones,
Mirando de Solima cercana la mansion;
Ya del laud al tono despide sus canciones,
Debajo de su tienda sentado el campeon.
Ausente de su bella hasta cumplir sus votos
Por el ansiado premio, la diestra al estender,
Terror fuera en la liza de musulmanes rotos,
Logró con sus proezas su sangre enaltecer.
Mas ¡ay! que al fin herido, cayendo en las arenas
Pobladas de recuerdos, riberas del Jordan,
Traza preciosas líneas con sangre de sus venas,
Pronuncia un nombre caro con moribundo afan.
Y una reliquia santa pendiente de su cuello
Besa y devotas preces exhala con fervor:
Sus ojos mústios lanzan el postrimer destello,
Y el simoun su aliento recibe abrasador.

Del sol el disco luciente
Allá en ocaso al caer,
Ante la mansion de Elvira
Llega un ligero corcel,
De polvo y sudor cubierto
El roto y gastado arnés,
De sangre la enhiesta lanza,
De cicatrices la cien;
Al rayo del sol lumbroso
Tostada la blanca tez,
Y mostrando en su divisa
Ser campeon de la fé.
Las silenciosas murallas
Rodea con cauto pié,
Y de una gótica reja
Busca con ánsia el dintel.
Hallólo; y tras de una seña
Mostró su cándida sien
Medrosa y mústia, una dama
Mas hermosa que el clavel.
«Señora (dijo el guerrero),
»Un cruzado de alto prez
»Que en Palestina conmigo
»Ciñó glorioso laurel,
»Para vos me dió esta carta:
»Tomad, señora, leed.
»Guárdeos el cielo»... y aprisa
Partió del bosque al través.
Al resplandor de una antorcha
La dama empezó á leer:
«¡Elvira! ¡adorada Elvira!...
»Bermudo, tu amante fiel»...
Y un grito dió lamentable
De aquí al pasar y á la vez
Bien como herida de un rayo
Se vido al suelo caer.
Alborotóse el castillo;
Todo fué susto y tropel;
Corrió llorando la dueña,
Lloró el hidalgo tambien;

Y de la víctima hermosa
Afinojóse á los piés,
«¡Ay hija mia! (diciendo)
»¡Mal haya mi orgullo, amen!»

PABLO LOPEZ MUÑOZ.

UN PASEO POR EL CEMENTERIO.

PÁGINAS DE UN DIARIO, DEDICADO A MI AMIGO ANTONIO ROJO.

Acabo de abandonar el cementerio. La atmósfera que se aspira en su recinto asfixia, el lúgubre silencio que reina por todas partes pesa sobre mi pecho como las terribles losas de los sepulcros, y el sombrío cuadro que presenta abrasa mi frente como si sobre ella cayesen los plomizos rayos del ardoroso Sol de los Trópicos.

No creas, amigo mio, que en aquella mansion de eternal sosiego haya enmudecido la naturaleza, nó: las galas de una lozana vegetacion primorosamente cuidada por la mano del hombre, brillan por todas partes, pero sus tintas son sombrías; pálidos los pétalos de las flores; lúgubre su conjunto; todo en ellas convida á la oracion y á la melancolía. Sin aquellas galas de la naturaleza hubiera salido menos impresionado del vasto campo de la Parca; yo creo que la siempreviva, el ciprés y el sáuce son los naturales compañeros de los que habitan el alcázar de la muerte.

Si el silencio se interrumpe, el cuadro tórnase mas imponente aun: el viento que gime en las espesas ramas de los árboles; los cánticos de los pajarillos que posándose en la cruz del severo mausoleo elevan sus plegarias al cielo; el Sol que se oculta por entre los picos de las vecinas montañas y cuyos últimos reflejos se pierden en la copa del melancólico ciprés ó coloran la modesta cúpula de la capilla, la voz grave del ministro del Señor que entona el aterrador *De profundis*; el murmullo de las cristalinas fuentes; el túmulo suntuoso, grande, elevado y que solo encierra recuerdos, polvo y miseria, la estátua del ángel, blanca como los sudarios del sepulcro, reclinado en el pedestal de la sencilla cruz que ciñe con sus delicados brazos, y el tañido lúgubre de la campana que dobla tristemente, forman un cuadro grandioso, sublime, ante el cual si no humillan su frente los hombres, ó carecen de alma, ó de ella borraron los mas hermosos y consoladores sentimientos de que la dotó el Hacedor Supremo.

A cuantas meditaciones, amigo mio, se presta un cementerio; cuán grande es la idea de la muerte: como que lleva en sí envuelta la idea de lo infinito, la idea de Dios; cuántas reflexiones han surgido á mi mente al contemplar la larga fila de sepulcros que cual mudos espectros pregonan con su silencio la instabilidad de las mundanales glorias.

Y al ver los riquísimos mausoleos que por doquiera alzan su altiva frente, he pensado que el lujo penetra tambien en la morada de la muerte.

¡Pobre humanidad que lleva su orgullo mas allá de la tumba! No serás por eso mas digna de compasion ¿qué importa un suntuoso catafalco si no has dejado en la tierra memoria de tu existencia? No será el dolor de tu familia mas sincero por eso; no te atraerás mas oraciones del hombre compasivo, aunque las miradas de los inteligentes é impasibles contemplados-res se extasien en los blancos mármoles de tu sepultura, en sus talladas columnas y en sus arrogantes cúpulas; nó; no inspira mas compasion el lujoso sarcófago que la humilde fosa. El fausto, aunque severo, es rechazado por la muerte; ella busca al hombre desnudo, como desnudo salió del vientre que le concibió y dió á luz.....

Dejo los mausoleos, porque en ellos no encuentro la verdad de la muerte; el mundo oculta tanto la falsía con los ropajes hipócritas de la verdad, que aquellas mundanales pompas, sin querer, traian á mi mente las ideas del fáusto, del lujo y de las ficciones de la tierra; seguí á la fosa, á la mansion de los muertos pobres, ¡ridícula palabra! que aun en la muerte quiere hallar el mundo distinciones.

Y en tanto llegaba á la huesa impresionado con el espectáculo que á mi vista se ofrecia, mis lábios repetian los preciosísimos versos de Manrique:—Nuestra vida son los rios-que van á dar en la mar-que es el morir-Allá van los señoríos-derechos á se acabar-y consumir-Allá los rios caudalès-los pequeños los medianos-é los ricos-allegados son iguales-los que viven por sus manos-é los chicos.

Ya he llegado al patio de los pobres: unos cuantos piés de terreno forman un sepulcro, y entre las capas de nuestra primera madre duermen el sueño de los justos millares de infelices. Mira aquí, amigo mio, esos rústicos enverjados que cercan una tumba: las cañas que le forman son regadas diariamente con lágrimas de un padre cariñoso, de una amante madre, de un esposo afligido; mira allí el triste sáuce cuyas ramas cubren con solícito afan la tumba del inocente niño, como si el arbolillo con sus delicadas hojas disputára al cielo el alma del tierno infante; mira allá sobre la modesta lápida de una sepultura la corona de siemprevivas, símbolo del eterno dolor que lacera el alma que dedicó la modesta ofrenda, y mas lejos la cruz de madera que bajo sus brazos cobija los cadáveres de la madre y del hijo, como si viviendo un dia en un solo cuerpo quisieran tambien gozar juntos de la mansion eterna de la gloria.

Nada sin embargo me ha impresionado tanto como

la vista de un modesto sepulcro; una losa de mármol lo cubría: la tierra estaba removida como negándose á cubrir un cuerpo ayer viviente, y sobre la lápida se leia un nombre y una fecha: MARIA—1870.

No sé por qué el espectáculo de aquel modesto sarcófago me impresionó tan vivamente: sin querer, mi fantasía creó un tipo hermoso como el ángel de los sueños y le infundió el espíritu del ser que yacia bajo las capas de tierra que yo pisaba. Y en tanto que mi imaginacion se remontaba á otros mundos, maquinalmente mis lábios proferian por el alma de aquella mujer una oracion que repitieron los ecos y cuyas últimas palabras se confundieron con los dulces quejidos del cantor de los bosques, mientras el último rayo del Sol se ocultaba tras las altas montañas de Occidente.

No te apartes todavia.

Aun resta que presenciar otro cuadro mas sombrío: aquí la mano del sepulturero ha rasgado las entrañas de la tierra; este hoyo servirá mañana de eterno lecho al ser que pocas horas ha gozado de vida; dirige la vista á la fosa; mira aquel cráneo que el azadon del sepulturero dejó medio enterrado pugnando por rechazar las capas terreas que sobre él pesan. Mil pensamientos bullirian en aquellas oseas paredes; mil esperanzas segadas por la implacable guadaña, mil ilusiones desvanecidas como desvanecen las tinieblas las bellas tintas del crepúsculo. Y considera amigo mio que ese cráneo perteneció quizá á un padre cariñoso cuya falta priva á los pequeñuelos del sustento; quizá al hijo, único apoyo de los que le dieron el ser; quizá al esposo amante, que arrastró á la tumba la felicidad de la mujer á quien dió su nombre, y con quien, ante la religion, juró compartir los dolores y aflicciones de la vida.

. . . . . .

Cada vez mas, examinando estos inmensos inventarios de la humanidad que se llaman cementerios, reconozco y acato la omnipotencia divina: no todo ha de ser caduco en el mundo; no todo ha de ser fuego fátuo; hay algo grande, eterno, sublime, inmutable en oposicion á lo pequeño, efímero, bajo y variable de las cosas del mundo: desdichado del hombre que al contemplar el sitio donde yacen las cenizas de las personas á quienes amó, no eleva sus plegarias al cielo: jamás regará su corazon el rocío de la esperanza; su vida será un tejido de amargura; un suspiro que llevarán las áuras de la tarde, que repetirán los ecos y que se perderá para siempre en la mansion del olvido.

. . . . . .

Yo, amigo mio, vislumbro algo mas; y en ese algo espero y confio el dia en que rompa mi espíritu los lazos de la materia; sin esta consoladora esperanza, yo, peregrino del mundo, nave abandonada en las borrascosas tormentas de la vida, me despojaria de esta para gozar eternamentente con vosotros de la mansion que contemplo.

Adios, sagradas tumbas, asilos del hombre, principio y fin de la vida; adios seres invisibles, yo os abandono; ¡mas quién sabe si pronto vendré á reposar con vosotros de la fatigosa jornada de la existencia y á esperar el fallo de *Aquel* que es infinitamente justo é infinitamente misericordioso!

ANGEL GARCIA.

SEGUIDILLAS

DEDICADAS A LA UNICA SANTA DOCTORA ESPAÑOLA, TERESA DE JESUS, GLORIA DE SU SEXO, DE SU ORDEN, DE SU NACION, Y DE TODA LA CRISTIANDAD.

De virtudes prodigio,
Pozo de ciencia,
Fué la española vírgen
Santa Teresa.
Y sin embargo,
No la obsequian, cual deben,
Los literatos.
Injusticia tamaña
Sufrir no puedo;
Porque indigna la juzgo
De caballeros:
Que ser galantes
Saben con las Señoras
En todas partes.
Por eso les suplico
Den mil elogios
A la insigne Doctora
Del siglo de oro:
Que en tierra y cielo
Conquistó con su pluma
Láuros eternos.
Yo he visto que á Cervantes
Flores poéticas,
A cual mas aromáticas,
Dió nuestra prensa.
Y que á porfía
En Abril le ensalzaron
Nuestras revistas.
En Galicia es notorio
Que, á fin de Julio,
De Santiago en obsequio,
Certámen hubo.
Y que una dama,
Por voto del Jurado,
Ganó la palma.
Al saber estos hechos,
Quise que Octubre

Viese juegos florales,
De mayor lustre;
Y que lucháran
Del ingenio en las lides
Solas las faldas.
Como idea de viejo,
Caduco y pobre,
Efecto no ha tenido
Mi antojo noble.
Mas la paciencia,
Todo, todo, lo alcanza,
Dijo Teresa.
Quizá yo del suceso
Tengo la culpa,
Por mi grande torpeza,
Y escasa industria,
Que en plazo corto
Exigia del númen
Canto sonoro.
Pero yo considero
Que, sino ahora,
Por obstáculos graves,
Mi plan se logra;
Dentro de un año,
Le podrán las mujeres
Llevar á cabo.
Quiera Dios bondadoso
Que el ruego mio
En todas las provincias
Sea acogido.
Mis seguidillas
A las niñas de estímulo
Ojalá sirvan.
Por ellas á luz salen
Varios periódicos;
Se escriben para ellas
Mil y mil tomos,
Ellas, si quieren,
Lo que yo las indico,
Practicar pueden.
Y lo harán las vascuences,
Las castellanas,
Leonesas, andaluzas,
Y catalanas;
Y las Gallegas,
Y todas las que tienen
Virtud y ciencia.
Doncella pudorosa,
Flor del Carmelo,
A sus tiernas palabras
Presta tu aliento.
Dá á tus devotas
Tus sublimes conceptos,
Mística autora.
De Jesus los mandatos
El sexo hermoso
Propague infatigable
Por todo el globo.
Y aparte al hombre
Su enseñanza discreta
Del amor torpe.
Recuerda que tú eres
La Compatrona
Del pais que Maria
Colmó de gloria.
Pide á tu Esposo
Que mire á nuestra España
Con buenes ojos.
Que aparezcan varones
Que en paz y lides
De su nacion aumenten
La prez y timbres;
Y den al mundo
De cristiano heroismo
Modelo público.
Que al Vicario de Cristo
Siempre obedientes,
De la Iberia los hijos,
Cual tú, respeten.
Y que sus lenguas
Nunca injurias pronuncien
Contra la Iglesia.
Y que canten los salmos,
De noche y dia,
En sus coros y casas,
Tus tristes hijas.
Y que mas justa
Sea con todas ellas
Nuestra centuria.
Al Santo Patriarca,
Y al gran Jacobo,
Y al monarca Fernando,
Terror del moro;
Dí que contigo
Soliciten cuanto antes
Lo supradicho.
Y entonces, como tienes
Formal promesa
De Jesus, de otorgarte
Lo que pretendas,
Por tus plegarias,
Santa, sábia, y potente,
Será tu España.

Motril, 1875. MARIANO BATANERO.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:—PE—LO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Viérnes 8 de Octubre de 1875. Núm. 54.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Influencia de la mujer en la regeneracion social (cartas á Concha), por D. Antonio Pareja y Serrada.—A D. José Rodriguez-Caballero, en la muerte de su hijo Cayetano, (poesía), por Don José Ruiz Toro.—Ayer y hoy (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—El Galan y la niña (poesía), por D. Alfredo Martinez.—Para el álbum de D.ª Maria G. (poesía), por D Antonio Rojo y Sojo. Maliba (leyenda mora), por D. Francisco Jimenez Campaña.—A la Srta. D.ª Rafaela Lazaeta y Dosal (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—La niña y el ruiseñor (poesía), por la Srta. Doña Luisa Escudero.—Cantar, por D. J. J. P. y T.—Charada.

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA REGENERACION SOCIAL.

CARTAS A CONCHA.

Mi buena amiga: He procurado en mis anteriores trazar, aunque ligeramente, la historia de la mujer, para demostrar vuestra influencia en el adelanto social: sin embargo, no puedo decidirme á terminar estos apuntes, sin consignar en ellos mis creencias, mi conviccion, lo que una escasa esperiencia me ha hecho aprender.

Al formar el Creador al primer hombre, le dotó de todas las condiciones necesarias á la viabilidad: su cuerpo se alzó recto para distinguirle de los demás animales; su piel fina y nacarada, no fué cubierta de crin ó lana, para darle á conocer que era una perfeccion, si asi puede decirse, que cerraba la escala de lo creado. Hízole de vigorosa constitucion; ancho de torax, robusto de piernas, fuerte de brazos: al presentarse desnudo en la naturaleza, su estado acusaba el valor; podia arrostrar la fatiga, luchar con la fiera y vencerla, porque sus músculos de hierro estaban regidos por nervios de acero. Su inteligencia se reflejaba en una frente espaciosa, en una fisonomía franca, en una mirada de altivez. Dominaba, efecto de su constitucion, los tres reinos de la naturaleza con los que estaba enlazado, y al mirarlos á sus piés, comprendió la primera necesidad, llevó un dedo á su frente, y pensó.

El Hacedor le miraba sonriendo; se habia reservado para este momento la sorpresa de presentarle un tipo cuyas condiciones físicas estaban quizá en contraposicion con las del rey de lo creado, pero cuya inteligencia, instinto y sentimiento fuera mas sutil, mas delicado.

Cuéntanos el Génesis que Adam se durmió, y que el Señor, estrayéndole durante el sueño una costilla, formó de ella á Eva: el primer hombre despertó, vió á su lado otro ser como él y le contempló extasiado. Examinó su musculatura, y la encontró débil aunque elegante; vió su diminuto pie, y comprendió que era poco apto para la fatiga; tocó su mano fina y delicada, y notó en ella la falta de fuerza: sacó deducciones de su exámen, é iba á volver la espalda con desprecio; pero mirando á sus ojos, sorprendió en ellos una cosa desconocida, un fluido vivificador que le embriagaba, y tomándola de la mano quiso guiarla á la morada donde se guarecia. La mujer le dejó hacer; pagó con una mirada esta simpatía, y con otra hizo conocer al hombre que estaba desnudo, y que habia sido creado para algo mas que para pasear por el Edem. El hombre se detuvo sin saber qué hacer: en su inteligencia habia nacido la idea de que debia cubrirse, pero no podia discurrir el modo de subsanar la falta; la mujer lo comprendió, arrancó hojas de los árboles, se las ciñó á la cintura, y dió al hombre la primera idea del vestido con el primer pensamiento del pudor: entonces el hombre aceptó la superioridad del genio sobre la fuerza, y comprendió que su compañera habia sido creada para complemento de su ser. Si lográsemos descifrar el enigma de la existencia de nuestros primeros padres en el paraiso..... ¡cuántos hechos encontraríamos que nos diesen la clave de esos grandes inventos que hoy admiramos!

Todos los adelantos de la humanidad son, pues, obra de la mujer, como inspiracion suya. Un dia el hombre, que se vestia de pieles, encontró aquel traje

demasiado incómodo y poco adecuado á la variabilidad de temparatura, se recluyó voluntariamente en su tienda y consumió en ella durante los prolongados dias del invierno el tédio que le abrumaba. El tiempo que destinaba á reconcentrar en su corazon la cólera de que se hallaba poseido, la mujer le dedicaba á pensar: arrancó de su túnica algunas hebras de lana, retorciólas distraida, y notó que con aquellas primeras materias podia fabricar un vestido que la resguardase mejor de la intemperie sin privarla ninguno de sus movimientos; ensayó en su esposo, y quedó satisfecha: el hombre podia desde entonces desafiar los rigores del clima, y ella..... daba el primer paso en su emancipacion y en el progreso humano. Hasta aquí el matrimonio era *la caza* de la mujer por el hombre: este corria tras ella, la alcanzaba, luchaban, y si resultaba vencedor, hacia de un matorral el tálamo de sus bodas; á partir de este momento, el contrato se hizo por compra y venta, porque el hombre reconoció dotes en la mujer que la elevaban á su condicion apartándola del estado de *cosa*. ¡Bendita mil veces la hora en que realizó este progreso! ¡Benditas aquellas hebras que habian de ser la señal de nuevas ideas, de inmensos adelantos en el porvenir!

La mujer en todas las fases de la vida tiene una gran mision que cumplir, la de dirigir al hombre: bajo tres estados se presenta; es hija, esposa ó madre. Lazo de union del matrimonio, es la hija un rayo de sol en el cielo de la felicicidad conyugal, y no hay trabajo, no hay sacrificio que el padre no acepte por ella: por merecer un beso, una sonrisa de este ángel del hogar, el padre se levanta al rayar la aurora y trabaja sin descanso hasta el crepúsculo vespertino: fijando su mirada en el porvenir, reune con avaro desvelo el óbolo que puede distraer de las atenciones cuotidianas; y por atender al porvenir de su hija, no hay privacion que no se imponga, ni escaséz que no tolere.

Los esposos tienen un carácter especial, gustos distintos, ya que no opuestos, hijos de su temperamento ó su educacion: esto pruduce disensiones en el matrimonio, se altera la paz, y en el momento mas crítico de la desavenencia, se presenta la hija, comparte entre los dos sus caricias y auna sus voluntades al calor de sus castísimos besos: entonces el ofendido perdona, y los dos seres que un dia contrajeron la obligacion de tener solo un alma, vuelven á sentirse dignos uno de otro, se aman de nuevo, y la dicha renace en el hogar.

Esta hija llega á ser núbil, y paga su tributo á la naturaleza con la primer emocion de amor; un hombre la consagra su cariño y ella le ama: no se para á reflexionar las circunstancias en que su nueva vida empieza, le basta que sea honrado, porque lo demás es cuenta suya. Si no tiene hábitos de trabajo, ella en fuerza de cariño se los hará contraer; si está dominado de un vicio cualquiera, se le hará abandonar resistiendo enérgica á las pruebas de cariño que su amado le pida, y poniéndole por condicion para obtenerlas el olvido de esta pasion. Dos armas invencibles esgrime la mujer en estos casos; la sonrisa y las lágrimas: por obtener la primera, por evitar la segunda, el hombre hace cuanto desea la mujer, y es lo que ella quiere que sea. Sintiendo el amor, está dispuesto á tomar por su amada uno de dos caminos á cual mas opuestos: si ella le dirige por el camino del bien, este hombre será útil á la sociedad y á la familia; si por el contrario, le inculca ideas de perdicion, hará de él un criminal.

Llegó la situacion á su fin, y la doncella pasó á ser esposa: unió su suerte á la del hombre, y empezó á desplegar toda su inteligencia en beneficio del nuevo hogar. Sus ideas económicas agradan tanto al esposo, que trabaja dia y noche sin sentir la fatiga, porque sabe que si su union es bendecida de la Providencia, sus hijos han de tener pan en dias de aflicion; conoce que la futura madre, laboriosa hormiga de la casa, recolecta grano á grano el trigo que ha de ser el sustento de la familia, si falta á sus brazos el trabajo; y cuando vuelve al hogar recostando su cansada frente en el seno de una compañera amante y laboriosa, se cree tan feliz, que bendice la fatiga del dia, y ansía la llegada de la aurora para emprenderla de nuevo. Vé su casa en órden, sus gastos nivelados, tiene mesa y cama limpias, sus ropas cuidadas, sus ahorros multiplicados; aprecia en lo que es el desvelo de su esposa, y en vez de cobrar el tédio al trabajo, le busca con doble afan y le perfecciona para aumentar sus utilidades. Antes de terminar esta breve reseña del estado de esposa en la mujer, habrás de permitirme, amiga querida, una breve digresion; toda medalla tiene su reverso, y el matrimonio por desgracia no siempre es el bello ideal de una desusada felicidad. Dícese que muchos de los disgustos domésticos no pueden evitarse, y yo opino de diferente manera en este asunto, porque dependen de un egoismo infundado, y cediendo los esposos cada uno un poco de lo que creen su derecho, el mal tiene remedio seguro y pronto. El modo de ser del matrimonio ha cambiado por completo; en la antigüedad, la mujer era conducida al gimneceo ó habitacion conyugal, en un carro de madera, cuyo eje se quemaba á la puerta para manifestarla que no debia inmiscuirse en los asuntos del marido; esta costumbre se abolió por sí misma, y al decir hoy el sacerdote «esposa os doy y no esclava», manifiesta al hombre que debe participar á

la mujer sus penas y sus alegrías, sus aspiraciones y sus actos, para que examinados unos y otros por dos inteligencias distintas, sea mas fácil resolver las dificultades de su ejecucion sin peligro de que el egoismo las desfigure. Atribúyense tambien á la presencia en el hogar de la madre ó los padres de la mujer; y esto si bien se mira no es mas que la consecuencia lógica de lo antedicho: si el hombre comparte con la mujer su confianza, la madre le amará como hijo suyo, porque fija siempre en su hija, en un ser sobre quien ha reconcentrado el amor de toda su vida, si la vé amada del esposo y que este la consagra todas las atenciones que su estado requiere, sentirá por él esa tierna solicitud, que evita las recriminaciones y la indiferencia que algun dia puede llegar á traducirse en ódio con gran detrimento en la felicidad conyugal. Y no se diga que la oposicion de la madre es sistemática, porque no puede haber una que lleve su egoismo hasta el estremo de hacer infeliz á su hija creando dificultades en el matrimonio: si hace una advertencia á cualquiera de los cónyuges, es por amor á la hija, porque nadie es capaz de medir el corazon de una madre; podrá equivocarse, podrá infundadamente creer que lo que propone es lo mejor, pero jamás tendrá por móvil causar el menor daño á sus hijos. Esto supuesto, pasemos á considerar la mujer en su tercer estado, en el de madre.

Nace el primer hijo, y desde este momento empieza nueva vida para la esposa: no es ya á las necesidades del esposo, es á las de este y el hijo á las que tiene que consagrarse. Su solicitud se duplica, se duplican sus afecciones, porque ha de amar á dos á la vez, cuidarlos, atender á sus necesidades, en una palabra, vivir en su vida. El niño crece, y la madre es su preceptora: empieza por enseñarle á hablar, y termina su educacion el dia en que su hijo toma estado. Si notais en él una fé inquebrantable en creencias, una abrasadora sed de ciencia, una vivificante caridad, no creais estas ideas innatas en su cerebro, nó; son ideas de la madre que amamantándole con la leche de sus pechos, alimentó su alma con los veneros de su corazon. El hijo es el reflejo de su madre, la copia exactamente: si la madre es buena, si le imbuye ideas de aplicacion y de progreso, el hijo será bueno y progresará; ¡se aprende tan bien lo que enseña una madre!

En este asunto, hay tambien su escepticismo, amiga mia, y los refractarios á estas ideas nos presentan á la mujer como causa de todos los males. No es posible negar que hay escepciones (aunque escasas por fortuna) en esta regla general: como que la mujer es de nuestra misma naturaleza, «carne de nuestra carne» y está poseida de pasiones como el hombre, mas vehementes aun porque su organismo es mas delicado, por precision ha de haber alguna que sea la antítesis de las demás; pero si inquirimos la procedencia de este mal, si analizamos el por qué de ello, habremos de encontrar (no hay porque negarlo) que probablemente á un hombre se debe su perversion. El egoismo le ciega, y semejante á los fariseos que condenaban á la adúltera del Evangelio, no deja de arrojar al rostro de la culpable el lodo de su propia infamia, tratando de cubrir de este modo el estigma de su falta.

Tú que eres á la par esposa, y madre amantísima de tus hijos, conocerás, como yo conozco, que hay mucho que decir aun, pero que mi escaso talento no puede abarcar asunto tan grande, ni comprenderle íntegro para trasladarle al papel: dispénsamelo, amiga mia, y no califiques mis cartas de ambicion de gloria, porque si alguna les cabe es la de haber traducido los sentimientos de mi corazon.

Antonio Pareja Serrada.

Post-scriptum—Bellas lectoras de esta Revista: para vosotras tambien he escrito estas cartas. Teneis en vuestras manos el medio de regenerarnos; y si empleais vuestra influencia con vuestros esposos, vuestros amantes, y vuestros hijos, no lo dudeis, la regeneracion social será un hecho, y añadireis una brillante página á las de vuestra ya gloriosa historia. Desechad vulgares preocupaciones; aprended y enseñad, para que al descender al ocaso de la vida podais decir en alta voz: «hemos cumplido nuestra mision sobre la tierra».

Brihuega 5 de Octubre de 1875.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

D. JOSÉ RODRIGUEZ-CABALLERO,

EN LA SENTIDA MUERTE DE SU HIJO CAYETANO.

Justo es llorar cuando la Parca impía
corta el hilo vital de un ser querido.....
¿Qué estraño que tú llores, si del alma
un hijo que adorabas has perdido!
¿Y quién no verterá de amargo llanto
lágrimas como tú? ¡Ah, sí, mi frente
tambien al peso del dolor se inclina!.....
¿Quién puede recordar indiferente
de aquel génio infantil la viva llama
que en sus ojos brilló, como destello
de un espíritu noble que se inflama
solo al calor del bien y de lo bello?.....

Mas dá tregua al dolor y reflexiona,
no embargue tu razon el sentimiento:
mira á la humanidad, oye el gemido
que escapa de sus lábios, cruel tormento
la abate sin cesar; en lucha siempre
espíritu y materia, honda amargura
viene trás el placer, y vé trocados
en espinas sus sueños de ventura.
¿Qué esperanza le alienta en este mundo
al que siente la sed de lo infinito?
Pasar de la ilusion al desencanto,
luchar con las miserias de la vida,
que marcha envuelta en llanto,
á eso solo este mundo nos convida!
Huya pues de tu alma esa congoja
y tu mirada eleva al alto cielo:
todo lo puede Dios; hasta la hoja
que del árbol se arrastra por el suelo,
cede á su voluntad, pero la muerte
no acaba con el ser: otra existencia
mas allá del sepulcro nos destina
de Dios la omnipotencia;
una vida feliz, donde la calma
reina léjos del mundo, dó el misterio
que envuelve nuestra vida
hasta el umbral del mismo cementerio
no existe para el alma;
una region feliz á donde vuela
el espíritu, imágen del Dios Fuerte.....
A esa region voló tu hijo querido
cuando rompió la muerte
los lazos con que al polvo estaba unido.
Ya, exento de pasiones, hácia el mundo
una mirada tiende, y tu profundo
dolor al contemplar, á Dios consuelo
pide para tu alma,
y pídele dichoso, que en el Cielo
á su suerte la tuya vaya unida
cuando, al dejar la vida,
vuelva á tu pecho la perdida calma.

José Ruiz Toro.

AYER Y HOY.

A SOFÍA.

¿Me miras? en tus ojos
arde una llama de implacable sed:
¿son placeres ó enojos?
¿es amor ese fuego ó es desden?
No me mires, mi vida,
que tórnase mi pecho en un volcán
y el alma desprendida
hácia tus ojos á quemarse vá.
. . . . . .
¿No me miras? ¿tus ojos,
el alma que te adora, ya no ven?
¿mudos tus lábios rojos
no me dicen ni aun frases de desden!
Mírame, vida mia,
mírame un solo instante, por piedad,
que mi alma está ya fria
y helado el corazon muriendo está.

Antonio Jimenez Verdejo.

EL GALAN Y LA NIÑA.

¿Me quieres niña preciosa?
Dí?
Y ella contesta donosa:
Sí!
Y este *sí* tan dulce y bello
Parece que lleva el sello
De una pasion venturosa.
El galan la mano tiende,
Y ella, con faz sonrosada,
Hace como que no entiende
Y no se muestra enojada.
El es airoso, atrevido,
Ella pobre enamorada,
Siente su pecho encendido
Al fuego de su mirada.
El mancebo entre sus brazos
Oprime su breve talle
Y es en vano que batalle
Por romper tan dulces lazos;
Pues rendida y fatigosa
Entregándose á su amante
Deja caer delirante
Su cabecita preciosa.
. . . . . .
Mas ¡ay! cuando vuelve en sí
Se encuentra que está sin él,
Que la abandonó cruel
A su triste suerte allí.
Sola sin amparo ya,
Por montes, prados y valles,
Por ciudades y en sus calles
Pidiendo limosna vá.
Pasa junto á un caballero
Y alargándole la mano,
Una limosnita, hermano,

Con acento lastimero
Dice, y él impresionado
Al mirar tan bellos ojos
Se postra al punto de hinojos
Cual amante apasionado;
Y por reparar la odiosa
Conducta de su pasado,
Al pié de un altar sagrado
Llevó la niña preciosa.

ALFREDO MARTINEZ.

PARA EL ALBUM DE D.ª MARIA G.

Por primera vez te hablé
una noche en carnaval;
yo soy raro y te choqué,
y la gran zumba llevé
de tu inagotable sal.

Hoy te puedo asegurar,
que ya no me acuerdo de ella;
mas nunca podré olvidar
tu rostro, tu imágen bella,
ni el fuego de tu mirar.

ANTONIO ROJO Y SOJO.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

DON FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Continuacion.)

Amrú dijo las últimas palabras con acento sombrío y aterrador, y Abu Said, al escucharlas, se estremeció sobre su caballo, como los cedros gigantes, cuando el huracan los azota. Nunca Amrú se le habia mostrado tan amenazador, tan inteligente, tan altivo, tan sombrío, ni con tan inmenso corazon de padre. Por eso al verse vencido por aquel á quien tantas veces humilló, desahogó su rabia en su arrogante corcel, hundiendo con furia las espuelas de plata en sus hijares, y tendiéndolo al escape, se contentó con decir:

—Vamos, Amrú, deja las amenazas, y sígueme, que ya el tiempo se me hace largo, y deseo con ánsia hallarme dentro de los muros de mi alcázar.

Y Amrú le siguió poniendo á la carrera su caballo.

Aquella noche llegaron á Baeza, donde supo el vasir que el desdichado rey Anasir pudo escapar con vida de la batalla de las Navas, y que habia, momentos antes, salido de Baeza para Jaen con solo cuatro caballeros árabes. Abu Said por no toparse en el camino con el rey, no quiso abandonar la poblacion donde se encontraban y pernoctaron allí.

A la mañana del siguiente dia tornaron á montar en sus lijeros corceles, y dejándose á Jaen á un lado, por caminos solo de Amrú conocidos, llegaron aquella noche á Granada.

Con pena de Abu Said hubieron de permanecer tres dias en esta poblacion, para asistir al entierro de un caballero moro, déudo suyo, que murió la misma noche que ellos llegaron á la árabe ciudad. Al cuarto dia, aguijoneado Abu Said por el ánsia de hallarse en su alcázar y celebrar las bodas con Maliba, y no pudiendo resistir á tan incesante deseo, pretestó una escusa á sus parientes, y salió para sus tierras, cuando el sol descendia á su ocaso, bordando las nubes de oro y de grana.

Ya la luna bañaba con su plateada luz los valles y las colinas, cuando divisaron los blancos alminares de la alcazaba de Loja, y vino á sus oidos el murmullo del Genil, que besaba los piés de la ciudad, exhalando suspiros, ayes y quejas: así el rendido amante islamita besa los enanos piés de la sultana que le cautiva, y se los riega con las lágrimas de sus ojos, al par que de su pecho se escapa el amoroso deseo en un profundo suspiro. Un poco mas avanzaron, y apareció cercada de arroyuelos la ciudad tendida en la falda de la sierra, como bayadera rendida de la danza, que se recuesta á descansar en cogines de azul-oscuro, bordados de plata. Pero lo que mas cautivó su atencion fué mirar allá á lo lejos y detrás de la poblacion luces rojizas, que se movian acá y acullá, y el penetrante sonido de mas de diez bocinas, que se repetia de valle en valle.

—Dime, Alí, dijo Abu Said reconociendo con la luz de la luna á un ginete moro, que hácia ellos se acercaba al buen paso de su caballo.—Qué luces son aquellas? Qué pasa en la ciudad? por qué tocan á alarma las bocinas de guerra?

—Zidi! dijo el ginete moro echando pié á tierra, y arrodillándose delante de Abu Said, en el que habia reconocido á su señor.

—Qué pasa en la ciudad? tornó á preguntar el visir con voz de trueno, viendo que Alí permanecia mudo.

—Zidi Abu Said, dijo al fin Alí, tu adorada Maliba, la luz de tus ojos, ha sido robada de tu palacio.

—Maldicion de Alá, mi corazon no me engañaba, esclamó Amrú, castigando con rabia á su corcel, que partió como un venablo hácia donde las luces titilaban.

—Ay del doncel de los cabellos rojos, si se ha interpuesto en mi camino, dijo Abu Said, siguiendo al fiero walí á todo escape.

Ninguno de los dos reparó en el temblor de Alí,

que cuando se vió solo, apretó contra su pecho una bolsa de oro, saltó lijero sobre su caballo, y lo tendió á la carrera por diverso camino, riéndose, como lo *haria el príncipe de las tinieblas.*

CAPÍTULO II.

De como no tenia los cabellos rojos, quien robó del palacio á Maliba.

I.

Mandemos al tiempo retroceder tres dias de los hechos referidos. Estamos en una fresca y deliciosa mañana del mes de Julio del año 1212.

Asomaba el sol la hermosa faz por las crestas de la sierra, y vistiendo iba con los rayos de su luz de púrpura las nubes, de esmeralda los valles, y de plata los abundosos manantiales. La moruna Loja descansando entre huertas, olivares y jardines, parecia una bandada de pequeños cisnes, meciéndose sobre las verdes aguas de revuelto lago, y agrupándose en torno de su esbelta madre, la almenada alcazaba, que era á la vez palacio de Abu Said.

En uno de sus altos miradores, contemplando con ávidos ojos el poético panorama que se estendia bajo sus piés, habia dos jóvenes moras, principales al parecer por lo rico de su atavío.

Si un poeta árabe entonces las hubiera sorprendido, habria dicho que la mas jóven, casi una niña, era el ángel Gabriel enviado por Mahoma á manifestar á una hermosa creyente toda la gala de la naturaleza, al aparecer el sol en aquel suelo privilegiado. Y á fé que hubieran encerrado verdad las palabras del rabí, si en la belleza de la mora se fijaba, al hacer tan osada comparacion. Llamábase Maliba, nombre, que en el rico idioma de los árabes significa *bella*, y la nombraron así por lo singular y peregrino de su hermosura.

Era Maliba alta y esbelta como las palmas cimbradoras de la Arabia; el cabello, negro como las álas del cuervo, le caia en luengas trenzas sobre sus redondos hombros; su frente cándida como el nevado turbante de las montañas; los ojos rasgados, negros, hermosos, brillantes, encerrabin mas poesía en sus dulcísimas miradas, que los sublimes pensamientos del *libro santo* del Profeta; para formar su boca trajeron las ondinas de la mar húmedos corales de Ofir, y las inefables huris perlas preciosas del rio del paraiso (1); tenia su tez la pálida blancura del nácar, lijeramente sonrosada con los tintes de la aurora; las manos pequeñas y delgadas; el pié enano y blanco oomo los pececillos del Genasal (1); y aunque las auras de las florestas tan solo la arrullaron catorce primaveras, ya se advertia en su rica aljuba la mórbida turgencia de su virgíneo seno. Pero toda esta belleza de formas esteriores en nada era comparable á la hermosura de su alma: educada por un padre guerrero, de él solo habia aprendido la grandeza é hidalguía de corazon; y de las blancas palomas, que ella cuidaba y que comian en su mano, la candidez y la inocencia. Amaba á Dios como á su Criador, y de él como de fuente universal de todo bien, esperaba la salvacion de su padre cuando este marchaba á la guerra, dejándola con Kengie, su buena nodriza. Cuando el emir Mohamad Anasir el Verde dispuso que los alfakis y santones predicasen la guerra santa, que dió por resultado la famosa batalla de las Navas, vino á Loja, como señor de ella, el visir Abu Said, á aprestar la hueste para el combate. Una tarde, á puestas del sol, vió en un ajimez á Maliba, la hija de Amrú, el mas bravo de sus walies, y tanto se prendó de su gracia y hermosura, que, no parando mientes en la nobleza de su linaje, que venia de los persas (2) la pidió á Amrú por esposa, y Amrú se la concedió, no reparando en los cuarenta años de Abu Said, y dándose por muy satisfecho que todo un visir del rey amumenim, quisiera emparentar con su familia. Las bodas, empero, se aplazaron para despues que la guerra diera fin. Un dia antes de la partida para el combate, murió repentinaamente Kengie, la nodriza de Maliba, y como la hermosa niña se quedára sola, por tenerla que abandonar su padre, Abu Said le abrió las puertas de su palacio, consintiéndolo Amrú, la rodeó de esclavas, y la puso bajo la vigilancia de Sohaid, segundo alcaide de aquella fortaleza.

(Se continuará.)

(1) El Kauster, rio del Edem descrito por Mahoma, que lleva aguas de leche y miel, y tiene las riberas de rubies, perlas y esmeraldas.

(1) Rio de las inmediaciones de Loja en término feraz.

(2) Varias narraciones de guerras, y algunas biografías árabes prueban que en Loja se avecindaron familias persas despues de la batalla del Guadalete. (Lafuente Alcántara, historia de Granada, tomo 2.°)

A MI BELLÍSIMA AMIGA

LA SRTA. D.ª RAFAELA LEZAETA Y DOSAL.

Musas venid á mí; que vuestro aliento
Llene de inspiracion mi ruda frente,
Templad mi pobre lira, y que su acento
Embargue los oidos dulcemente,
No os pido sentimiento, porque él llena
Mi corazon, os pido la armonía,

La rima cadenciosa, esa que suena
Bien, aunque de verdad esté vacía.
Á la flor no le basta para hermosa
Aromas perfumados:
Necesita cambiantes delicados,
Cálices de esmeralda fastuosa,
Tallos gentiles que acaricie el viento,
Y hojas, donde el rocío al recorrerlas
Sus gotas pueda transformar en perlas.
El poeta es así. Si á los olores
De la fé y sentimiento no pudiera
El colorido unir, del arte y sus primores,
Ninguno por poeta le tuviera.
Sin él y ellos, seria
Vaso de tosca arcilla,
Lleno de rico bálsamo precioso,
Y barro despreciable se veria,
Mientras fuera encantada maravilla,
El búcaro vacío pero hermoso.
Tal vez, yo soy así; torpe mi pluma,
Nunca acierta á esplicar lo que entusiasta
El alma siente; y el pesar me abruma.
Tengo fé y corazon, pero no basta:
El arte que me falta la sujeta.
¿Por qué he de cantar mas? No soy poeta,
¿Por qué canté? ¿Quién me enseñó? Lo ignoro.
¿Por qué canta la alondra sobre el nido?
¿Quién enseñó á cantar al vário coro
Alado, entre los bosques escondido?
Dios el canto les dió, y *El*, sumo santo,
Tambien me lo dió á mí; por eso canto.
Ya sabes lo que soy: escucha ahora:
Si á cansarte llegára mi poesía,
Dá el perdon á mi musa pecadora,
Recordando paisana encantadora,
El puro sentimiento que la guia.

II.

Lejos, muy lejos de aquí
Do el Torme en ondas de plata,
Negras murallas retrata
Naciste tú, y yo nací.
Por primera vez allí,
Vimos del sol los reflejos,
Y gozamos los festejos
Primeros de nuestras madres;
Alli tambien nuestros padres
Nos dieron sanos consejos.

No estrañes pues, que mi lira
Vibre hoy sones en tu honor,
Que de la patria el amor
Aun en mi pecho respira,
Y este amor santo me inspira
Otro á todos mis paisanos;
Que aun en paises lejanos
Si es mi madre la region
Do nací, sus hijos son
Como en ella, mis hermanos.

La amistad, diva centella
Esa celeste armonía
Unió á tu madre y la mia;
Así cuando el alma bella,
Recuerdo triste de aquella,
No las puedo separar,
Que la sombra al evocar
De aquella que me dió el ser
Siempre, siempre aun sin querer
Vengo en tu madre á pensar.

La belleza y la virtud,
Son los únicos asuntos
Á que he consagrado juntos
Las notas de mi laud.
Llena, así de juventud
Hoy siento el alma dichosa,
Al ver la chispa preciosa
Que brilla sobre tu frente,
Que ella me dice elocuente,
«Es tan buena como hermosa.»

Estos los móviles son
De los versos que te envio,
Pobres y sin atavío
Pero hijos del corazon.
Eran la deuda sagrada
Que mi pluma te debia,
Y con inmensa alegría
Ahora te dejo pagada.
Nada valen, son un ruido
Si la intencion no se alcanza,
Pero abrigo la esperanza
De que tú me has comprendido.
Así, si lenguaje rudo,
Y falta de galanura
Ven en ellos por ventura
Estoy cierto no lo dudo,
Que con dulzura he de oir
Así á tu lábio esclamar,
«¡Él no se sabrá espresar
pero sí sabe sentir!!»

Dionisio J. Delicado y Rendon.

LA NIÑA Y EL RUISEÑOR.

Sentada en la pradera
bella zagala,
de su pecho amoroso
un aye exhala,
y triste llora
la ausencia del que tierno
su pecho adora.

¿Por qué, dice angustiada,
el alma mia
nunca ha de hallar encanto,
nunca alegría?
¿Por qué de pena
mi juventud, mi vida,
siempre está llena?

Permitid ¡oh! Dios mio!
que un solo instante
pueda encontrar alivio
mi pecho amante:
que hasta las flores
aumentan con su aroma
hoy mis dolores.

Los cánticos sonoros
que lanza el ave,
el murmurio del rio,
el viento suave,
todo parece
que sin cesar me dice
sufre y padece.

Y se queda la niña
triste, angustiada,
alzando al firmamento
dulce mirada.
Que solo el cielo
al alma que padece
le dá consuelo.

Un ruiseñor la dice
con dulce acento,
cobra, niña, tu calma
por un momento.
Que si la pierdes
quizá sin hermosura
tambien te quedes.

¿No adviertes que ese llanto
roba á tus ojos
el brillo que al diamante
le diera enojos,
y si te viera
tu amante sin encantos
no te quisiera?

Acaso en este instante
tambien suspira
porque de su adorada
lejos se mira.
Y quizá jura
amarte eternamente
con pasion pura.

Si he de vivir sin verle
ave del alma,
detesto la existencia,
la paz y calma.
Solo la muerte
puede trocar en grata
mi adversa suerte.

¿Cómo quieres que cese
mi triste lloro
si me hallo separada
del bien que adoro?
vuela á buscarle
y dí que hasta que espire
siempre he de amarle.

LUISA ESCUDERO.

CANTAR.

Cuando veo el sol salir
Rompiendo las sombras densas,
Me digo: ¡si aquellas dichas
Como estas luces volvieran!

J. J. P. y T.

CHARADA.

Tanto vale *prima* y *cuarta*
como *prima* repetida;
tanto dice la *tres*, *cuatro*,
como *tercera* con *prima*.
Tres y *dos* es un pais
de costumbres muy sencillas,
es fruta que mucho abunda
y un instrumento que chilla.
Prima y *dos* hace mi TODO
que es una niña bonita,
cumpliendo con un precepto
de la Religion bendita.

E. LLINÁS.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Viérnes 15 de Octubre de 1875. Núm. 55.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—El duelo, por D. Antonio Morales Durán. ¡Pobre alma mia! (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—Esperanza (soneto), por D. Francisco Jimenez Campaña.—Maliba (leyenda mora), por el mismo autor. Un adios á Ana (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Al dulce nombre de Maria (poesía), por la Sra. D.ª Rita Beloso.—La mujer ante la sociedad, por D. Salvador Durán Navarro.—A una loca (poesía), por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.—Tus ojos (poesía), por D. Antonio Pareja Serrada.—Cantares, por D. J. J. P. y T. Egígrama, por D. Máuro Santiago.—Charada.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	6045
D. Camilo Granados.	100
TOTAL.	6145

En el número siguiente se continuará la lista.

EL DUELO.

Incompetentes somos en verdad, para ocuparnos de un acto de tal importancia y trascendencia; mucho mas cuando tantas y tan bien cortadas plumas de él han tratado con envidiable acierto. No pretendemos pues, al trazar éstas líneas, hacer un trabajo digno de figurar ni aun á retaguardia de los que han llevado á feliz término notables escritores. Es únicamente nuestro objeto, verter un pobre pensamiento sobre el mencionado asunto, rogando antes al que el presente articulejo leyese, que nos mire con benevolencia.

En la historia antigua, como ha dicho perfectamente un literato célebre, no se vé un solo ejemplo de un duelo.

No demuestra esto que en aquel tiempo hubiese mas moralidad en los pueblos, ni que estuviese mas arraigada en ellos la verdadera idea de justicia, que en los que alcanzamos y vivimos nosotros. Es tal vez una consecuencia de las costumbres de entonces y del *carácter pacífico* de nuestros antepasados. No á otra causa puede atribuirse, puesto que en la época á que nos referimos, apenas habia recibido la sociedad un débil destello de la luz de la civilizacion á cuya sombra han nacido, desgraciadamente, multitud de crasos errores, que no han podido desterrar del corazon humano ni los rectos principios de la filosofía, ni las santas máximas de la religion cristiana.

Figura entre éstos errores la idea absurda que se tienen formada del duelo, los que acuden á éste medio salvaje creyendo vindicar con él las ofensas que sus semejantes les infieren, ó que se imaginan haber recibido, que para el caso es igual.

Es admirable que en las que pasan hoy y no sin razon, por las mas ilustradas naciones, sea en las que se repita más frecuentemente el delito de que nos ocupamos. Ahí están, entre otras las estadísticas criminales de Inglaterra, que confirman sobradamente esa triste verdad.

Ya no hay los combates, sacrílegamente denominados juicios de Dios, á los que con ánimo esforzado iban nuestros abuelos para verter su sangre y esponer sus vidas por castigar un insulto, por vengar un ultraje. Ya no vemos esas lides en las que todo se fiaba á la fuerza de las armas, considerándose inocente de la falta que se le imputára al que mas diestro ó mas afortunado, lograba la victoria.

Concluyeron para siempre los *torneos*, diversion favorita de los antiguos nobles, que por el deseo de agradar á sus dulcineas y de ser considerados como buenos guerreros, no hallaban inconveniente en sacrificar sus existencias en aras de un incomprensible é inesplicable orgullo.

¿Pero, qué hemos adelantado con que no se conozcan prácticamente en el dia ni torneos ni juicios de

Dios, si por el motivo mas insignificante nos desafiamos á muerte?

. . . . . .

Si un amigo murmura de nosotros, en lugar de retirarle nuestro afecto y despreciarlo como se merece por su comportamiento, le enviamos *dos padrinos* para que se *entiendan* con los que él nombre. Si no acepta el reto que le dirijimos, se le llama cobarde, se le pone en la alternativa de firmar un acta del *suceso* en la que se humille hasta la indignidad ó de hacer pública su conducta para que sea tema obligado por algun tiempo, de las conversaciones frívolas de la gente desocupada.

Si, por el contrario, recoge el *guante* que se le arroja y conviene en todas las condiciones que se le imponen, nos batimos con ese hombre que quizá ha sido un compañero de nuestra infancia, que quizá es nuestro protector á quien estamos obligados á rendir homenage de gratitud y amor.

¡Ay del que, escuchando la voz de su conciencia, rehuse el combate! Se verá precisado á vivir monacalmente si no quiere soportar burlas y desprecios.

Por una palabra que consideramos *subversiva*, por una mirada que nos parece imprudente, vamos al *terreno del honor* á hacer víctima de un bárbaro capricho á una familia, tal vez á un pueblo entero: Llevamos las lágrimas y el luto al seno del hogar, causamos la desgracia de los seres mas queridos de nuestro corazon. ¿Pero qué importa si damos una prueba palmaria de que nuestro pundonor está sobre todo?...

¡Triste criterio el de la sociedad que de tal manera piensa y lo que es peor aun, que de tal manera obra!

Las leyes han sido y son impotentes para cortar un mal que ha echado hondas raices, para estirpar la enfermedad moral que es ya casi incurable.

Las penas terribles marcadas en nuestros antiguos códigos para castigar á los duelistas; las señaladas con idéntico fin en la célebre pragmática de Cárlos III, no tuvieron el resultado que prometiéronse conseguir sus autores al dictarlas.

Enmedio de los campos. como en los alcázares régios, nobles y plebeyos, jóvenes y ancianos, medían sus armas por cualquier achaque.

La época vulgarmente conocida por el mote de *capa y espada*, en la que se resolvian las cuestiones con el acero en la mano, inspiró á insignes vates españoles magníficas producciones dramáticas, en cuyas obras ponen de relieve las *costumbres caballerescas* de la edad media, y la historia nos demuestra que en este largo período, el duelo era cosa corriente en la pátria de Cervantes.

Se califica de grosero y estúpido al que dejándose dominar por su carácter violento en un acceso de ira abofetea ó insulta al que le ofende, y se juzga valiente, pundonoroso al que despues de haber reflexionado con calma los agravios que le han hecho, comete la punible accion de herir ó matar á un hombre.

Vertemos el veneno cruel de los celos en el alma de un amante, deshonramos á una mujer; sembramos la semilla del dolor en un matrimonio, y luego con el mayor cinismo disparamos una pistola sobre el pecho del cónyuge desventurado, del amante infeliz, á quienes hemos robado el tesoro inapreciable de su honor y de su dicha. Perpetramos un crímen; pero podemos en cambio decir á nuestros conocidos, ¡á los pendencieros y espadachines de oficio: «El peligro no me arredra, conozco la esgrima, ó aunque ignore este arte, he aprendido á ser homicida.»

Nosotros que echamos en cara su ignorancia á los siglos precedentes; que anatematizamos sus vicios; para baldon del siglo XIX, conservamos en todo su rigor el duelo; rendimos culto al sofisma que lo establece como necesario, como tribunal sentenciador de las discordias humanas.

¡Buen modo de desempeñar el papel de censores y críticos, cayendo en las faltas que vituperamos! Vergonzoso, pero necesario es confesarlo, el autor mismo de éstos desaliñados renglones, apesar de todas sus teorías sobre el duelo, quizá no tendria inconveniente en batirse alguna vez, si á ello se viese *precisado*.

¡Nos seducen tanto las preocupaciones sociales!...

ANTONIO MORALES DURÁN.

Manila, 1875.

¡POBRE ALMA MIA!

Apartado de su lado,
con el corazon vacío,
entre dudas, amores y celos,
no sé lo que siento, ¡Dios mio!
Desgarra rudo mi alma
un incesante martirio,
y en redor de mis sienes se esparce
un confuso, estridente gemido.
Y no sé de qué me quejo;
y no sé por qué suspiro;
solo sé que no alienta mi alma:
solo sé que mi pecho está frio!
¿Serán de mi pensamiento,
los ponzoñosos delirios;
realidades que abrasan mi frente,
ó temores injustos, Dios mio?
¿Será que con ánsia loca
les doy la forma yo mismo

y despues mis creaciones de fuego
aniquilan mi pecho, Dios mio?
¿Será que tú me condenas
á este horroroso castigo
porque dudo de un ángel que sufre
con mis dudas injustas, Dios mio!
Y entonces ¿por qué sollozo?
entonces ¿por qué deliro?
si no tienen motivo mis penas
aparta de mí este martirio.
¿Mas y si su pensamiento
no fuera del todo mio?
y si su alma buscase otra alma?
ay! apaga Señor mis gemidos!
Que apartado de su lado,
con el corazon vacío,
entre dudas, amores y celos
no sé lo que siento, Dios mio!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

RIMAS.

Sabes que yo te adoro, y por lo mismo
tú te muestras esquiva.
Si en vez de amarte con pasion, te odiara,
dime mujer ¿qué harias?

JOSÉ RUIZ TORO.

ESPERANZA.

SONETO.

Yo como el ave en la region del viento,
Sin rumbo fijo por la tierra voy:
No tengo hogar: doquier la planta asiento,
Hollando abrojos por mi mal estoy.
Como el antiguo trovador yo soy,
Siempre cantando y con pesar violento;
Si pena al corazon le aflije hoy,
Cuitas mañana llorará sin cuento.
Mas la vida es relámpago que brilla,
Estela que en la mar limpia y serena
Deja en su marcha la fugaz barquilla.
Esta idea de gozo me enagena,
Ver á la muerte de la vida á orilla,
Y allá *la patria* á la desdicha agena.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

DON FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Continuacion.)

Al siguiente dia Maliba, acompañada de algunas esclavas, veia marchar para Granada desde uno de los miradores del alcázar la lucida mesnada del noble persa, su protector, en cuyas filas, y al frente del más terrible de los escuadrones, iba su padre.

Fué tanto el consuelo, que prestó la esclava Amina en su amargura á Maliba, que la tomó por compañera, sin que jamás supiera separarse de ella.

Esta es la razon porque hoy las vemos juntas en el alto mirador; y como debe ser asaz amena la conversacion que las dos sostienen, por Dios que la hemos de escuchar.

—Qué hermoso es el mar—decia Amina con languidez,—semejanza tiene con los bosques, olmedas y olivares, que desde aquí se distinguen. Las copas de los álamos, que se inclinan empujadas por el viento, y muestran la faz blanca de sus hojas, son la propia imágen de las ondas suavemente rizadas por la brisa; y el manso Genil, que viene sonando entre tanta verdura, y mintiendo en sus aguas los nacientes rayos del sol, la hirviente estela que en su arrogante curso dejan las gayas naves de Batsora..... Pero mis palabras, Maliba, llegan á tus oidos y tu espíritu no se dá cuenta de ellas. ¿Qué pensamiento te distrae, y á la par entristece tu noble corazon? ¿Será digna la esclava de guardar tus primeros secretos?

—Amina, repuso Maliba con voz mas dulce que el reir de las aguas, tú no eres mi esclava; pobre flor arrancada del suelo bendito que te vió nacer, y que lloras como yo la muerte de tu madre; si la desdicha á las dos nos trajo á este palacio, ¿por qué has de ser tú la sierva y yo la señora? No: tú eres mi hermana, mi hermana del corazon—dijo y se lanzó en sus brazos, derramando copiosas lágrimas que bañaron el rostro de Amina, comunicando á su alma inefables consuelos.

Cuando se hubieron separado, Maliba prosiguió—El recuerdo de un sueño habido la pasada noche absorbia por entero mi pensamiento, é involuntariamente no te escuchaba.

—Seria un sueño de color de rosa; porque como es nobilísima tu alma, hasta tus ensueños han de ser puros y hermosos.

—Soñaba, dijo Maliba, sonriéndose cándidamente por las cariñosas palabras de Amina,—que un garrido doncel de hermosos ojos me conducia por una region desconocida, llena de vivísima claridad, en la

que los ángeles enjugaban las lágrimas á los que lloraban, y estampaban un beso en la frente del que reia. Allí todos eran felices; pues los que se aflijian tenian unos tan benignos consoladores, que presto concluian con la pena y la desventura, y los que se alegraban recibian aumento de placer con ósculos tan inefables. Tanta dicha allí mi ánima poseyó, que ahora siempre tengo el pensamiento fijo en el mancebo de mis ensueños, y al corazon le entra congoja, porque querria volar otra vez, y no puede, á aquel lugar de ventura.

—Asaz misteriosos son tus ensueños; pero segun á mi pobre entender se le alcanza, preludios son del amor que en tu corazon se despierta.

—Amor! Qué es el amor?—

—El mayor bien de los bienes de la tierra, si es correspondido; el mas grande de los infortunios, si no hay correspondencia. Plegue á Alá que el mortal, á quien entregues tú el corazon, no te sea infiel, porque entonces serás la mas desdichada de las criaturas de este mundo.

—Sí? pues soy la mas feliz; porque hace tiempo rendí á mi padre por entero mi corazon, y él me es tan leal, que por hacerme dichosa, me dijo se fué á la guerra á pelear con los cristianos. ¿Cuándo volverá?

Amina sonrió con dulzura, al escuchar tan candorosas palabras, y luego añadió: —y si el mancebo de tus ensueños se convirtiera en realidad, y á él se aficionara tu corazon, no viéndote nunca del apuesto doncel correspondida, serias feliz sobre la tierra?

—Ah! Entonces ...

Maliba no pudo concluir: el trote sonoro de un arrogante corcel llamó poderosamente su atencion, y las dos se fijaron en el ginete que lo enderezaba hácia el palacio.

Era un garrido mozo, que apenas contaria diez y nueve primaveras: venia armado de punta en blanco; sobre su férrea armadura ostentaba con gallardía el morisco alquicel, y encima de su brillante casco lucia la dorada media luna envuelta entre el blanco plumaje. Como traia alzada la visera se observaba que la color de su rostro era blanca, algo tostada por el sol, negros los ojos hermosos y ardientes, y negro el bozo ya algo crecido de su cara; por ende debieran ser tambien negros los cabellos ocultos por el casco.

—Apuesta semblanza tiene. Si traerá noticias de la guerra, dijo Amina á media voz.

Maliba no contestó: tan ensimismada le habia dejado la vista de aquel mancebo.

Sepamos nosotros qué asunto le trae al palacio de Abu Said.

(Se continuará.)

UN ADIOS A ANA.

Que no parta, con anhelo
Me pides Ana, y llorando,
Sin ver qne me está matando
Tu llanto! ¡Pluguiera al cielo
Que del encantado suelo
Donde fé y amor te dí,
No me lanzára ¡ay de mí!
La ruda enemiga suerte,
Que me condena á no verte
A vivir lejos de tí.

¡Ay! ¿si en mi mano estuviera
Permanecer á tu lado,
Hubiera jamás pensado
Partir á tierra extranjera?
¿Crees Ana mia, hechicera,
Que no me ahoga el pesar?
Ojalá llorase al par
Que tú; mas sufro y devoro
Mi pena, mudo; no lloro
Porque no puedo llorar.
¿Imaginar has podido
Que de no partir soy dueño?
¿Qué placer mas halagüeño
Me hubiera el hado ofrecido?
¡Vivir en el lindo nido
De nuestros castos amores,
Mirarme en tus seductores
Ojos, cual el inocente
Gilguero se vé en la fuente
Que retrata sus colores!
¡Aspirar el suave aliento
De esa boca purpurina,
Oir tu risa argentina,
Que imita el gemir del viento,
Cuando en blando movimiento
Suspira en la selva umbría!
¡Ceñir, alma de la mia!
Tu brevísima cintura.
¡Oh! ¿pues qué mayor ventura
Ni aun en sueños pediria?
¿Y aun, que no huya, tu boca
Me pide? ¿pues qué, huye el rio
Del inquieto mar bravío,
Do atraido desemboca?
¡Que no huya! ¿Es que estás loca?
¿Huye el hierro del iman?
¡Pues si hierro y rio van
Iman y golfo buscando,
Quien está por tí alentando
Huirá de tan grato afan?
¿Deja con placer el ave

El prado por la dorada
Jáula, do muere encerrada
Bajo la inflexible llave?
¿Quiére abandonar la nave
El puerto que la adormece?
No, no, que solo obedece
A la fuerza que la impele,
Fuerza que enviarla suele
Al peligro en que perece.
¡De tí lejos ángel puro
Moriré, como la hiedra
Muere, si arrancan la piedra
Del vetusto recio muro,
Do enreda su tallo oscuro!
Cual muere el mas claro dia
Si el sol su luz no le envia;
Como muere el girasol
Si lo separan del sol.
¡Vida de la vida mia!
Mas no, morir no pudiera
Quien no tiene vida suya,
Siendo la que tengo tuya
Solo el golpe que te hiera,
Muerte me dará certera.
¡Morir no! ni aun sufrirá
Mi pecho desierto ya,
Que solo sufre afliccion
Cuando guarda un corazon,
Y el mio en tí quedará.
No llores mas, dulce bien,
No empañen esos cristales
De pena tristes cendales,
Que si los ángeles ven
Llorar á un ángel, tambien
De tí llorarán en pos.
¡Ana, no llores y adios!
Que lejos nunca estaremos,
Teniendo como tenemos
Sola un alma entre los dos!

Dionisio J. Delicado y Rendon.

AL DULCE NOMBRE DE MARIA.

Cuando el sol se presenta en el Oriente,
Reflejando su luz al nuevo dia,
Mi lábio te saluda reverente,
Pronunciando tu nombre, Madre mia.

A su acento las penas se adormecen;
El alma enagenada se extasía;
Los cielos y la tierra se engrandecen
Al pronunciar el nombre de Maria.

El Angel del Señor, cuando á tí vino,
A decirte eras Madre de Dios Hijo,
Inflamado su ser de amor divino,
Con su voz celestial ¡Maria! dijo.

Isabel que descubre el eminente
Y excelso ministerio que en tí habia,
Bendito sea el fruto de tu vientre,
Y bendito tu nombre repetia.

En tránsito feliz y coronada
Cuando al Cielo por Reina te subiste,
De espíritus de luz acompañada,
En himno celestial tu nombre oiste.

Escucha, pues, mi voz desde ese Cielo,
Que en régio trono ocupas rico asiento,
Pues en tu nombre fijo mi consuelo,
Y en él, tan solo en él, mi pensamiento.

Rita Beloso.

LA MUJER ANTE LA SOCIEDAD.

Mucho se ha hablado y se ha escrito acerca de la mujer, pero desgraciadamente, muy poco se ha conseguido para mejorar su estado.

Aun existen en nuestra sociedad preocupaciones añejas que no pueden desligarse de sus carcomidos hábitos, y aunque los fuertes sacudimientos que recibimos por medio de las revoluciones, van poco á poco despojándonos de costumbres ó vicios que al par de ridículos son altamente perjudiciales, todavia tardaremos mucho en alcanzar la deseada perfeccion.

Se ejerce en todas las naciones y muy particularmente en nuestra España una verdadera tiranía sobre la desgraciada mujer.

Muchas de ellas prefirieran nacer hombres; preguntadlas y hallareis que la mayoría lo desea; y es bien sencilla la causa. En el hombre ven una libertad absoluta; en el hombre ven satisfechos casi todos sus caprichos; venle abrir el gran libro de la ciencia y leer en él con ojos ávidos y codiciosos para poder así exhibirse, popularizarse, hacerse notable y tal vez inmortal en la historia, debido todo á sus principios é ilustracion; principios é ilustracion que en general le son vedados á la pobre mujer.

Sabido es que está dedicada desde la niñez á los quehaceres domésticos y comunmente los libros no son para ella, escepto tal ó cual novela que le sirve de pasatiempo; pero nunca la vemos estudiar leyes, medicina, filosofía, astronomía y otras mil y mil verdades que nos han legado los sábios para admiracion, estímulo y honra de la humanidad.

La mujer vé deslizarse con su existencia tan brillante y grandioso panorama, sin poder disfrutarlo ni aun en el átomo mas insignificante que presenta; pero aun es mas; hasta ese hermoso sentimiento que ocupa el lugar preferente en el corazon humano, el amor, que llega casi á igualarnos al Creador, le está vedado demostrarlo sin esponerse á la majadera é injusta crítica de nuestra sociedad.

Ella vé pasar tal vez indiferente á su lado al hombre que ama, sin poder demostrárselo; por que ¡desgraciada si se lo manifiesta!.... la sociedad la censura, la acusa y la ridiculiza, como si hubiese cometido un crímen con decir la verdad, separando de su faz la máscara de la ficcion.

A la infeliz mujer no le es permitido el derecho de elegir esposo; así es que, aun cuando vea al hombre querido de su corazon, tiene que resignarse á sufrir los ímpetus amorosos de su espíritu sin proferir una sola queja, sin lanzar un doloroso gemido de su enamorado pecho, sin dejar escapar un tierno suspiro de sus ardientes lábios.

Luego, mas tarde, cuando ya tristes desengaños han helado el fuego amoroso en su alma y se han apagado en su pecho las pasiones, se entrega sin resistencia á cualquier hombre aunque le sea el mas antipático del mundo.

Casarse, esa es su ambicion, ese su anhelo; pero ya sin amor y sí solo por concluir *su carrera* y formar familia.

Esto se vé á cada paso, y muchas veces son fatales las consecuencias para un matrimonio que no tiene por base un amor recíproco y verdadero.

Tambien es atacada la mujer hasta en el seno de su familia, prohibiéndosela á veces que alimente su legítimo amor para cambiarlo por otro cualquiera que ofrezca mas conveniencias ó ventajas pecuniarias.

Sin precision de buscar ejemplos para convencer á mis indulgentes lectores, voy á presentarles una escena que conmueve, que irrita y que hace pensar en lo mal que obran ciertos padres al imponer á sus hijas un esposo arbitrariamente.

¡Cuántas en el colmo de la rabia y encendidas por la ira, han ido á sepultarse en el mas inmundo lupanar!

¡Cuántas en su locura se han fugado de la casa paterna buscando al hombre que aman!...

Y la que guiada por los deberes que la sociedad le impone, no hace esto ¡qué sufrimientos tan crueles esperimenta al contener los ardientes latidos de su corazon despedazado! ¡qué odioso le será el hombre á quien se une forzosamente!.....

Postrada en su lecho está la mujer de quien hablo.....

Una fiebre devoradora la consume y aniquila...

De vez en cuando mueve los desfallecidos miembros y pronuncia un nombre mezclado con sollozos.

—¡Eduardo, yo te amo y por tí muero nombrándote, y mi postrer suspiro es para tí; ¡ah! ¿Nací yo para ser tan desdichada?

Estas y otras exclamaciones tiernas y sentimentales son interrumpidas por la madre que en vano se esfuerza por consolarla.

Mas allá está el padre convulso y desesperado; su conciencia le acusa de cruel y tirano, y no puede soportar el pesar que gravita sobre su corazon, al ver espirante por su causa á su única hija.

Aquella jóven ama á Eduardo, de quien es correspondida con exceso; pero á pesar de su honradez y aficion al trabajo, como no ha tenido cosa que heredar de sus padres, no posee bienes de fortuna, y sí solo una conducta intachable. Por esto no podia ofrecer á su amada, mas que un amor puro y una buena voluntad, segun la frase...

En cambio un rico hacendado, pero de malas condiciones y de una edad poco conveniente, se ha interpuesto entre los dos amantes, y pide al padre la mano de su hija. Este la concede sin consultar con ella, y de ahí nacen los sinsabores y pesares que ágrian la existencia de dos séres ántes felices.

La niña se niega obstinadamente á abandonar y rechazar el amor de su Eduardo para sustituirlo con el de aquel hombre, y su padre la reprende, la maltrata, la martiriza, quiere imponerle á viva fuerza un matrimonio contra todo el torrente de su voluntad, y para conseguirlo pone en juego los medios mas bruscos y ridículos, llegando un dia, ciego de furor, á golpearla sin piedad. ¡Proceder indigno y vergonzoso!

Lástima daba ver á la desgraciada niña pálida, desencajada, con el vestido en desórden y el cabello enmarañado.

Los ojos se revuelven en sus órbitas; de repente dá un grito agudo, penetrante, prolongado, y cae al suelo, esclava de una fuerte convulsion.

De allí pasó al lecho en que la vimos, donde una larga enfermedad moral puso fin á su vida.

¿Qué haces ahora, padre cruel? ¿Vives aun sabiendo que tu hija ha muerto por tu cáusa? ¿Y puedes vivir tranquilo?

Mentira; nó, y mil veces nó. La conciencia, cruel á su vez, morderá inexorable tu corazon de piedra, hasta que deshecho en pedazos dé contigo en la tumba.

Tu sueño será siempre intranquilo, azaroso, y siempre tendrás á la vista la sombra de tu hija llenándote de terror..... Mas dejando las recriminaciones que solo sirven para hacer hervir la sangre y exal-

tarse calurosamenre, veamos las cosas al través de un prisma mas frio é imparcial.

Sucede con frecuencia que los padres imponen á sus hijas maridos que al principio no son amados y que llegan á ser aborrecidos por el mas insignificante motivo; de aquí las discordias domésticas, la intranquilidad, el recelo, la guerra contínua, la desesperacion y por último, el mal ejemplo para sus hijos que beben el veneno que sus mismos padres les prodigan con abundancia.

Sucede tambien que cuando una mujer no ama á su esposo, está muy predipuesta á serle infiel: y siéndolo, falta al mayor de sus deberes; y á consecuencia de esto ¡cuántas desgracias, cuántas ruinas, cuántas víctimas se han ocasionado, se lamentan y se llorarán!

Y todo por la codicia, la ambicion y el amor al dinero..... ¡oh miseria humana!

Despues de esto, ¿qué no añadiria respecto al ser estúpido qué solicita un matrimonio en semejantes condiciones?

Un hombre así, se pone en ridículo al creer que puede comprar el amor con su dinero. ¡Desgraciado! el amor no se compra, él nace puro, se desarrolla espontáneamente y así liga á los séres dulcemente por toda la vida.

Mucho mas debiera decir; pero mis cortas fuerzas no me permiten otra cosa, y así forzoso me es contentarme por hoy con echar una mirada compasiva sobre la mujer tiranizada, con tener lástima al padre que así piensa y con despreciar al hombre que sabiendo no es amado, proporciona desdichas tan graves con su tenaz obcecacion; mas reasumiendo diré que ese ser hechicero que es la mitad de nuestra vida, la copa de la felicidad, el encanto de nuestra existencia, el paño de nuestras lágrimas, el consuelo de nuestros pesares y el alivio de nuestras penas; ese ángel, en fin, que Dios colocó entre nosotros para que llorára nuestras cuitas y participase de nuestros quebrantos, está llamado á ocupar un puesto mas elevado en el santuario de la ciencia y en el banquete de la vida, disfrutando de ciertos derechos en contrapeso de sus innumerables deberes.

Difícil, si no imposible, es que mis toscas palabras sirvan en provecho de la mujer, y mucho menos que mi opinion tenga eco; hay mucho apego aun á las antiguas costumbres, y tal vez no falte alguno que, arrugando el ceño, proporcione á mi articulillo el epíteto de inmoral; pero si me equivoco y por fortuna alguien aplaude mi modo de pensar, tendré el sublime orgullo de haber arrimado, aunque rudamente, un grano de arena al suntuoso y magnífico edificio de la civilizacion y del progreso.

SALVADOR DURÁN.

A UNA LOCA.

¿Qué causas han turbado tu reposo?
¿Qué pensamiento invade tu cabeza?
¡Lástima dá mirar tu rostro hermoso!...
¡Lástima contemplar tanta belleza!!...

Dime si en tu trastorno sufres poco,
O si te mata padecer oculto;
Dime si es muy cruel el estar loco
Y dime á qué pasion le rindes culto.

Tal vez son mis preguntas indiscretas,
Mas la curiosidad ya me conduce;
Porque yo miro en tí luchas secretas
Y á pensar sin querer esto me induce.

¡Fatal te fué tal vez tanta hermosura
Pues que las consecuencias son tan tristes,
Que marchitó el dolor tanta frescura,
Que arrebató la dicha que tuvistes.

Tú sonries á gratos pensamientos,
Acaso por no ver la realidad
Y no respiras ¡ay! esos alientos
Que esparce, por doquier, fatalidad.

Mucho te compadezco, Dios lo sabe,
Pero conozco, pobre trastornada,
Que para el mundo un loco, es cuanto cabe,
Pues que de lo que pasa no vé nada.....

. . . . . .

¿Quién será mas desgraciado,
El loco que ignora el mal,
O el cuerdo que vé fatal,
Que la dicha no ha logrado,
Y en soledad triste, aislado,
Vé pasar hora tras hora,
Allá en un sitio apartado
Donde la dicha no mora?

Ya por fin he discurrido
Despues de mucho pensar,
Que es doble mas triste, estar
Desprovisto de sentido;
Pues los cielos siempre dan
Al cuerdo una dulce calma,
Si con la paciencia van
Otras virtudes del alma.

ANTONIA GONZALEZ AMIEBA.

Marzo, 1875.

TUS OJOS.

Cuando miro tus ojos,
hermosa mia,
desfallezco de amores
si en mí los fijas:
son tan hermosos.....
que no hay ojos tan bellos
como tus ojos.

De sus negras pestañas
entre la sombra,
sin que á notarlo llegues
tu alma se asoma,
y leo en ella
como en abierto libro
leer pudiera.

Por ellos, alma mia,
sé que me amas:
cuida que no me digan
que eres ingrata,
ni con desvío
de mí un dia se aparten
por el olvido.

Sus brillantes pupilas,
cual un espejo,
fieles copian la imágen
de tu talento:
jamás he visto,
vida mia, unos ojos
tan espresivos.

Si al cielo se dirijen,
perla querida,
hasta los querubines
lloran de envidia,
porque hay en ellos
un encanto indecible
que imita al cielo.

¡Quién tuviera la dicha
de estar al lado
de sus arqueadas cejas
para besarlos!
¡Ay! ¡Quién lográra
con dulcísimos besos
secar sus lágrimas!

Adios, encanto mio;
que tu mirada
del amor mensajera
llegue á mi alma;
y si tú quieres
que viva, de ese modo
mírame siempre.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega 10 *de Octubre de* 1875.

CANTARES.

Como van los raudos rios
Hácia la mar á morir,
Crueles afanes, niña,
Me llevan detrás de tí.

Tus ojos negros y ardientes
Son la causa de mis penas;
Me miraron no sé como,
Y ese como me atormenta.

Para aprender son los años
Y tambien para olvidar;
Cuando algunos de estos pasen,
Nuestro amor ¿dónde estará?

J. J. P. y T.

EPÍGRAMA.

La noche de la soiré,
en casa de Cayetano,
comió un melon valenciano,
el petulante José.
Y al bailar un rigodon
con la dueña de la casa,
ésta, le dijo con guasa,
cómo huele usté á melon.

MAURO SANTIAGO.

CHARADA.

La *primera* mucho daña
Al que la suele tomar,
Pues destroza los pulmones
Lo mismo que el agua-rrás.
La *segunda* imperativo
De un verbo que es regular,
Y tambien en el presente
Si conjugas hallarás.
En el TODO existen bellas
Elegantes por demás
Que cautivan por sus gracias
Al que las llega á tratar,
Y alegran al alma triste,
Tan solo con su mirar.

G. G.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:—A—MA—LI—A.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Domingo 24 de Octubre de 1875. Núm. 56.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Los Globos aereostáticos (conclusion), por D. José Ruiz Toro.—A la natividad de Maria (oda), por D. Pio Lopez y Lopez.—Allá vá la barca (poesía), por D. Rafael Quintana y Medina.—La despedida de Almanzor (romance), por D. Antonio Pareja y Serrada.—Ligera meditacion, por la Srta. D.ª Rafaela Bravo Macías.—A orillas del Dauro (poesía), por D. Baltasar Martinez Durán.—Un sueño (poesía), por la Srta. D.ª Maria Antonia Gonzalez Amieba.—Contradiccion (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—A una Vieja (soneto), por D. Máuro Santiago.—Charada. Solucion.

Suscricion para erigir un monumento á Vicente Espinel.

NOMBRES.	REALES.
SUMA ANTERIOR. .	6145
La Redaccion de los ECOS DEL GUADALEVIN:	
D. Antonio Morales Durán.	40
Suscritores:	
D. José Morales Ramirez.	160
TOTAL.	6345

En el número siguiente se continuará la lista.

LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.

(CONCLUSION.)

El problema de la direccion de los globos es uno de los que mas han ocupado la atencion de aquellos que al estudio de las ciencias físicas se dedican; y sin embargo, y apesar de los numerosos y considerables premios ofrecidos al primer inventor por academias y corporaciones científicas ¡cuán vanos en resultados favorables, cuán infructuosos han sido siempre los trabajos para dicho fin practicados hasta el dia! Todos los esfuerzos han sido estériles; cuantos han pretendido pasar por inventores, han visto estrellarse sus planes contra algun escollo cuando ha llegado la hora de poner en práctica sus ensayos. Sírvanos como ejemplo para comprobar esta verdad el éxito de los trabajos de Henson, Green, Muzzi, Fresne, Eulriot, etc., entre los entranjeros, y los de D. Pedro Montemayor y D. Manuel Rozo, entre nosotros.

Si dispusiéramos de mas espacio, tal vez descendiéramos á pormenores para señalar las dificultades y obstáculos que á la solucion de este problema se oponen; pero debiendo reducirnos á los límites que marcan las columnas de una revista, solo mencionaremos el principal y el que acaso ha sido menos tomado en cuenta.

La falta de un punto de apoyo en las navegaciones aereostáticas es indudablemente lo que mas dificulta la direccion que se ha querido y se quiere dar á las mismas; y la analogía que estas presentan con las marítimas, no justifica la aplicacion de los medios que para la direccion de las últimas se han copiado de las primeras. Los barcos navegan en dos fluidos: el agua y el aire; pero los globos solo se mueven en uno: el aire. Con esto queda esplicada la razon de por qué ni con aletas, ni remos, ni velas, ni timones se ha conseguido conducir los globos á voluntad del aereonauta, como conduce el piloto el barco á su capricho.

Pero ¿habremos de deducir solo por esto una imposibilidad absoluta en la resolucion de dicho problema? No lo creemos así: antes nos inclinamos á la opinion contraria, y confiamos en que algun dia, ya por la aplicacion del vapor, ya por la de otro agente ú otro medio, cuyo hallazgo sea el fruto de los trabajos del hombre, ó acaso el mero resultado de la casualidad, verán si nó la presente, las generaciones futuras resuelto el tan ensayado problema de la navegacion aereostática.

Incalculables son las ventajas que reportaria á la ciencia tal descubrimiento.

«Ya la imaginacion (así se espresa un autor mo-

derno) se admira á la vista de un marino que confia su vida á un frágil leño, y se abre camino hasta las comarcas mas apartadas. ¿Qué sería si el hombre recorriese á su voluntad las vastas regiones del aire? ¡Ver ya á sus piés revolverse unas sobre otras silenciosamente esas nubes gigantescas, esas montañas movibles que el calor del dia levanta en el horizonte! ¡balancearse blandamente en unas regiones de paz y de luz y desde aquella altura dominar la tempestad y el rayo! ¡ó ya cuando la nube se abriera á sus miradas, ver pasar rápidamente y huir las ciudades y los campos, los rios y los mares y los montes coronados de sus verdes florestas ó de sus nieves eternas, y al cabo de algunas horas de un viage sin fatiga, descender dulcemente en algun valle risueño de Grecia ó de Italia».

Incalculables, repetimos, serian los beneficios reportados á las ciencias desde el momento en que el hombre, ya dueño del espacio, aplicára en mayor esfera el método esperimental al estudio de la atmósfera y del cielo. La altura en que cambian los vientos de direccion cuando concurren dos corrientes opuestas; la naturaleza propia de las nubes, la formacion del granizo y esa multitud de fenómenos meteorológicos, cuya esplicacion casi está reducida á meras hipótesis, son otros tantos problemas que, mediante la resolucion del que nos ocupa, vendrian muy luego asímismo á resolverse.

Mas, junto á una perspectiva tan agradable, al lado de estos nuevos tesoros que vendrian en aumento del caudal de los conocimientos científicos, ¿no seria por otra parte la segura direccion de los globos motivo ocasional ó tal vez gérmen de nuevas desgracias para la humanidad? ¿No se vió ya á los franceses, dirán algunos, aplicar aquellos, aun sin estar descubierta su direccion, para favorecer sus operaciones de guerra, durante los sitios de Maubeuge, de Charleroi y de Maguncia? ¿No les vimos fundar la escuela aereonáutica de Meudon con igual objeto? Y recientemente, durante el último sitio de Paris ¿no los han empleado para hostilizar al enemigo, favoreciendo la fuga de los sitiados y permitiéndoles observar las operaciones y aparatos de los sitiadores? ¿Quién no descubre, pues, en éstos preliminares el objeto inmediato á que se aplicaria entónces tan importante descubrimiento, siendo tanto mas fecundo en lamentables consecuencias, cuanto mayor fuera la perfeccion alcanzada?

Esta, como objecion, en contra de las ventajas de tan importante descubrimiento, nos parece se ocurrirá desde luego á algun pesimista, pero como no creemos que el hombre debe desmayar ante los obstáculos y los males que acompañan ó siguen á todo los grandes adelantos; como pensamos que el espíritu del bien debe luchar hasta vencer al espíritu del mal, no podemos de ningun modo, ni creemos pueda ninguno de nuestros lectores, desechar como contrario al bien, el deseo de que se realice tan importante descubrimiento aun suponiéndole tan fatales consecuncias.

Pero no son tan grandes los males que se seguirian á la direccion de los globos; ni se necesita reflexionar mucho sobre ello para convencerse.

Admitamos ya como resuelto el problema y figurémonos al hombre aprovechándose de esta invencion como de poderoso instrumento de guerra, y tendremos que el mal seria inevitable mientras solo una nacion ó un partido (lo cual es difícil) poseyera el privilegio de invencion; pero despues ¿qué sucedería? ¿habria el enemigo de ser tan lerdo que al conocer los principios en que dicho adelanto se fundaba, no los hiciese suyos y los aplicase al mismo objeto?..... Y no se diga que podria tardar muchos años en conocerlos, pues nada mas fácil, por mucha que fuese la perfeccion de los medios empleados, qne estraviado un globo en el espacio cayese en poder de los enemigos, reproduciéndose en ellos el ejemplo de los romanos en la primera guerra púnica, cuando legos en el arte de la navegacion, y habiéndose apoderado por una feliz casualidad de una de las embarcaciones de los cartagineses, les sirvió de modelo para construir otras que les dieron por resultado el triunfo mas completo.

Tenemos, pues, que serian las circunstancias iguales, y vendrian las cosas á quedar en el mismo estado que si la accion ó el ataque se diese por tierra. Y ¿habremos de suponer tal candidez ó tal absurdo en el hombre, que pudiendo pelear donde ni le faltasen víveres ni pertrechos de guerra que no puede conducir un globo, renunciase á ellos para atacar al enemigo de una manera mas original ó fantástica?.....

Nos hemos estendido tal vez mas de lo justo en estas últimas consideraciones; pero han brotado espontáneamente de la pluma, al recordar el siguiente párrafo que estampa un escritor contemporáneo, refiriéndose á las yá dichas consecuencias de la direccion de los globos.

«El hombre en este caso, dicen los que están en el proyecto de la invencion, habrá cambiado la faz del mundo, considerándolos como instrumentos de guerra; pues calculan que una armada de globos de 450 caballos, podria salir de Europa incendiando al paso las poblaciones y buques enemigos hasta anclar en Pekin á los pocos dias del orígen del movimiento».

Para terminar estas líneas. No pretendemos plantear ningun sistema ni presentar ningun medio encaminado á conseguir la direccion de los globos aereostáticos; presuncion temeraria seria ésta en quien no reune ni la capacidad ni los conocimientos necesarios;

pero lo repetimos, alentamos la esperanza de que algun dia vean las futuras generaciones llevada á feliz término la navegacion aereostática, de la que indudablemente sacará la ciencia muchos mas numerosos y variados beneficios de los que á grandes rasgos nos ha sido dado señalar.

José Ruiz Toro.

A LA NATIVIDAD DE MARIA.

ODA.

¿Qué rosado esplendor por la alta esfera
Hermoso se difunde;
Y por los aires cunde,
Y de un polo á otro polo reverbera?
De brilladora
Graciosa aurora
¿Es de ventura, que presagia el dia?
Y por el vago viento
Del célico instrumento.
¿No ois, no ois sublime melodía?
Respira ya, mortal. El alto cielo
De tí compadecido
Escuchó tu gemido,
Y ya te brinda el áura del consuelo.
Deja la pena:
Alza serena
Del polvo humilde la abatida frente,
Que á la tierra angustiada
La lumbre deseada
Comienza ya á brillar en el oriente.
En su curso veloz marcó brillante
Con rayo luminoso
El sol esplendoroso
De salvacion el venturoso instante
Y hermosa y bella
La clara estrella,
Que Jacob anunció en la noche umbría
Entre oriambar y grana
En faz dulce y galana
Presiéntese llegar. Nace Maria.
Vedla risueña en agradable arreo
De virtudes sin cuento
Mas que en el firmamento
Rayos esparce de esplendor febeo.
No la campiña,
Hermosa niña,
Riquísima atesora tantas flores
En vistoso conjunto,
Cual tú de Dios trasunto
Esparces de mil gracias los olores!
El árbitro del mundo al ver su hechura
Mirándola risueño
El enojo del ceño
Depone y el furor. Desde la altura
De perlas y oro
El sacro coro
Absorto la contempla y la bendice;
Y ardiendo en viva llama
De amor gozoso esclama
¡Salve, oh hija de Adam, la mas felice!
Por tí del hombre la maldad horrible
Ya se verá estinguida:
Por tí, niña querida
El tiempo tornará mas bonancible,
Y el Dios eterno,
Infante tierno
Al mortal se dará por rica herencia,
Y vencido el profundo,
Al libertado mundo
Rejirá en paz con cetro de clemencia.
Salve, oh niña, de Dios celeste gozo,
Salve, oh hija del Padre,
Salve del Verbo Madre,
Del Paráclito amor, dulce alborozo.
Tú las moradas
A Adam cerradas
A su estirpe abrirás ya no proscrita,
¡Salve, reina del cielo!
Del Empíreo y del suelo
Bendita veces mil, siempre bendita.

Pio Lopez y Lopez.

ALLÁ VA LA BARCA....

En el mar de la vida se ha lanzado
Mi inesperto bajel,
Es muy largo el viaje á que se entrega
Y los peligros evitar no sé,
¿Mas qué importa? la mar en calma yace,
Sereno el cielo está,
Sopla las velas de mi frágil barco
El viento de mis sueños, y allá va!.....
La brújula es mi fé, por lastre llevo
El deber y el honor.
Es la virtud de mis primeros años
La caña que me sirve de timon.
¡Quiera Dios que salvando los escollos
Que ignoro por mi mal,
Llegue al ansiado puerto donde pueda
Por siempre el alma mia descansar!

Rafael Quintana y Medina.

LA DESPEDIDA DE ALMANZOR.

A INVITADION DE MI AMIGO DON T. V.

Sultana la de ojos garzos,
la de blonda cabellera,
la de coralinos lábios,
la de los dientes de perlas,
la que gozosa esperaba
de dolor ver mi alma llena,
vé con Alhá, y él te guarde
del daño que hacerte puedan
tu veleidoso carácter,
tu locura y tu soberbia.
No te goces en mal hora
del que la amorosa hoguera
sienta brotar en su pecho
y á tus piés rendido veas,
porque Alhá es justo, no puede
consentir tan torpe mengua,
y entonces verás, sultana,
volver contra tí la piedra
que en tu loco desvarío
al honor lanzaste ciega.
No creas que tus desdenes
mis palabras envenenan:
un buen consejo te doy,
ya que aconsejarte es fuerza,
y mi corazon tan solo
venganza tal te reserva.
Quizá amarás algun dia;
entonces no habrá quien crea
en el amor que fingiste
siendo solo una quimera,
y seco tu corazon
sin tener quien le comprenda
morirás desesperada
con tu amor, ingrata Leila,
que la justicia del cielo
tal premio al falso reserva.
Alhá te guarde, sultana,
vé en pos de tu dicha incierta
y él te haga tan venturosa
como paz en mi alma dejas.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega.

LIGERA MEDITACION.

Mi vista se dilata por el horizonte y contemplo con detenimiento los negros nubarrones que crecen y se ensanchan cargados de electricidad.

Un relámpago deslumbra mis pupilas y un ruido sordo y prolongado retumba en los espacios: es un trueno; el vendaval rebrama y gruesas gotas de lluvia salpican la tierra. «¡Agua!» murmuro, con sorpresa, agua; llueve y llueve y cada vez aparece mas encapotado el firmamento.

Al fin cesa la lluvia: las nubes amenazando nuevo chubasco aun velan la luz del radiante sol, pero poco á poco se disipan dejanda limpio y sereno el anchuroso espacio, ¿dónde fueron las nubes? Tanta y tanta agua como las henchia, ¿dónde está, quién la absorbe? Mas no es en eso en lo que quiero fijarme; lo que llama mi atencion es el agua. La inteligencia de los hombres, descubriendo un tan importante misterio de la naturaleza, dicen que prueban matemáticamente, ser el agua una composicion de hidrógeno y oxígeno, considerandola como resultado natural de la combinacion de los citados elementos; mas yó que, sin reparo lo digo, desconozco el oxígeno é hidrógeno como asímismo su conversion en agua, no puede examinarla ni comprenderla en sus principios; lo único que puedo hacer y lo que hago con deleite, es mirarla y escuchar su misterioso murmullo. Muchas veces al contemplar las espumosas olas del Mediterráneo he pensado en las inmensas cantidades de hidrógeno y oxígeno que se confundirian para surgir las infinitas aguas de los mares. ¡Oh! con qué gusto viera la manera de formarse y la disgregacion de ese líquido incoloro que doquiera encuentro, ora claro y sereno, ora sombrío y tumultuoso hendiendo hasta las rocas que atajan su impetuosa corriente; para mí el líquido elemento tiene encantos sobrenaturales. No es estraño que la tierra se ostente hermosa con sus mil y mil galas, con las maravillas artísticas que la embellecen, con el agua misma que la refresca y fecundiza, pero si lo es que el agua, siendo siempre la misma, aparezca con tantos y tan diversos atractivos: yó no encuentro nada comparable á la espuma del soberbio torrente ¿á qué se pueden igualar las majestuosas corrientes de los profundos cáuces? Y el dormido lago en cuyo cristal se refleja hasta la mas vaporosa nubecilla que se dibuja en el espacio? Y ¿no es grande, no es incomprensible, que de las entrañas de la tierra nazca un venero hirviente, cuando, no distante, contemplamos otros frios, casi helados? ¡Oh, el agua es para mí lo que el supremo Dios para sus criaturas! El agua tan límpida, tan clara, que puedo examinarla gota á gota, no me deja ver ni comprender su orígen; Dios se nos revela en todas sus obras y ni el mas profundo sábio, pudiera descubrir la misteriosa forma de su ser.

Pero volvamos á nuestro objeto.

En lo mas árido de las sierras, donde solo aparecen enormes picachos é imponentes concavidades,

bullen parleras y cristalinas fuentes iguales á las que fertilizan las mas cultivadas y floridas praderas: agua en todo; agua desde las mas profundas simas hasta las mas elevadas cúspides de los montes; agua sabrosa y fresca para calmar nuestra sed; agua para restablecer nuestra salud con los infinitos minerales que, cual preciosos tesoros, le confía la naturaleza para que robustezca y conserve la vida de sus hijos; pero apartando la mente de los pequeños nacimtentos, como de las tronantes cataratas, olvidando el grato murmullo de los raudales, rechazando ese vago y fantástico sentimiento que levanta en nuestra alma el murmurante curso de los rios, fijémonos en el inmenso Océano. Muda de admiracion, estiendo con avidez la mirada por su móvil llanura: el pensamiento profundiza hasta las mas ignatas concavidades del inmensurable abismo; mas diestro buzo que ningun otro, sabe salvar los peligros y llegar sin fatiga hasta donde hombre alguno pudo penetrar, y allí ¡oh! allí contempla la existencia de un mundo irracional, un mundo libre sín mas leyes que la fuerza y sin mas consideraciones que sus propios instintos; allí la colosal ballena no tiene mas derecho que el miserable pecesillo. ¡Cuánta diversidad de séres, y cuántos séres girando y regirando en todas direcciones y devorando con ánsia los despojos que el furioso oleage les arrojára como sabrosa y codiciada presa. Allí se ven revueltos unas veces y dispersos otras, siendo juguetes de los hirvientes torbellinos, cien y cien navíos que fueron; descarnados esqueletos y recientes cadáveres flotando, como débiles pajas, por la superficie del mar: ni despues de muerto puede el hombre tocar con sus yertos miembros el recóndito fondo de los mares; su esqueleto fluctuaria en las salobres aguas si sus voraces habitantes no lo destrozáran para satisfacer su inmoderado apetito ¡qué horror! algunos infelices sufren la angustia, la desesperacion, la mas suprema de las agonías, porque, vivos aun, se sienten desgarrados cruelmente ¡desdichados!, mas no quiero detenerme en tan dolorosos pensamientos; concluiria por hacérseme aborrecible ese maravilloso elemento que tanto admiro y no, no quiero perder el encanto que me inspiran las espumantes olas que lamen las finísimas arenas de la playa; olvido pues, cuantas escenas desagradables se suceden con harta frecuencia en su centro; no quiero mirar los tesoros que sumergieron sus movibles y encrespadas montañas, ni los gallardos buques que estrellaron furiosas, no, no quiero pensar en sus estragos, me causaria horror ese mar que se dilata ante mis ojos como la obra mas grande del Hacedor Supremo; solo admiraré el agua como salta á la vista; no conozco sus causas ni quiero pensar en sus tristes efectos: el agua es buena porque todo lo fecundiza y purifica, proporciona peligros, pero ¿dónde no los hay? la naturaleza cuya sábia economía es tan grande como su autor, dispone precipicios al borde de las llanuras, entre abrasadas arenas, potables fuentes, agrestes selvas no lejos de cultas y populosas ciudades, y como á un mismo tiempo tiene que sostener su influjo en todo lo existente, presentar peligros y seguridades, porque lo que constituye el bienestar de unos, causa la desgracia ó la ruina de otros: el agua, pues, no tiene peligros escepcionales; si arrastra en su corriente cuanto ataja su paso; si todo lo absorbe en su procelosa furia, en cambio el hombre arranca de su seno incalculables riquezas y con su ayuda, hace fructiferos los campos mas estériles. Todo está compensado, todo guarda el equilibrio conveniente y preciso: la inmensa creacion no deja nada que desear. Con gusto vuelvo á fijarme en la bullente superficie del mar. ¡Qué grandioso es! Antes de verlo, mi pensamiento creia encontrarlo en una interminable laguna, pero ¡ah! cuán distinto lo hallo ¡qué movimiento tan ineomprensible el de sus aguas, como se levantan olas y olas, cómo tienden su argentada espuma mientras nacen y renacen otras y otras que se suceden, ya redondas y suaves, ya impetuosas y bramadoras; y al estallar, al romperse en las ennegrecidas rocas, cómo lanzan mil y mil gotas que brillan deslumbradoras heridas por los rayos del sol! Mas tal vez revelaron al hombre, con sus cambiantes, las piedras preciosas de su seno; sus nacaradas conchas; sus riquísimas perlas, sus árboles de coral; así como las pequeñas partículas de agua coagulada que descienden á la tierra en forma de blanquísimos copos, hacen pensar en la region de la nieve perpétua; las brilladoras espumas pudieron despertar el interés humano descubriéndole por misteriosa intuicion el brillo de otros destellos menos claras, sí, pero mas estraños y por lo mismo mas codiciables; pero ¡ah! ninguna pidra, por luciente que sea, brilla como la espuma del mar ni cual las tembladoras gotas de agua. ¿Quién no ha visto en una de esas gratas mañanas de Mayo las risueñas praderas con su verde alfombra salpicada de florecitas y de rocío? yó puedo decir que las he contemplado muchas veces y que al ver esas cristalinas gotas, medio escondidas en las gallardas flores, me he preguntado con el mayor asombro: ¿Cómo el agua tan líquida, tan vaporosa, cómo sus gotas tan suaves, tan delicadas, se mineralizan hasta el punto de convertirse en duros granizos? y meditaba y medito en ellas con fijeza, pero mientras mas las examino menos las comprendo y concluyo por convencerme que el agua es la encantadora maravilla, cuyo misterio no puede desvanecerse á la escasa luz de mi inteligencia.

RAFAELA BRABO MACÍAS.

Ronda, Octubre de 1874.

A ORILLAS DEL DÁURO.

IMPROVISACION.

En este sitio, éste dia
en tan grata diversion,
haré una composicion
ya que aquí es todo poesía.
Aquí con rayo fecundo
baña el sol un campo hermoso:
aquí en cuadro esplendoroso
mézclanse el cielo y el mundo.
Apolo, si no lo rehusas,
voy á decir algo de ellas;
las que están aquí, por bellas
mas que mujeres son musas.
. . . . . .
Doña Carmen, consecuente
con tradiciones gloriosas,
figura entre las graciosas
aunque algo mas formalmente.
Su trato es solo, en lo amable
como sin par su finura,
y es cuando agradar procura,
cariñosa, infatigable.
Por su ilustracion notoria
y su elegante atavío
pudiera llamarse Elío,
que es la musa de la historia.
. . . . . .
Amalia es, cuando en su aspecto
su corazon reverbera,
de una gravedad severa,
de un carácter circunspecto.
Tiene gran juicio y talento,
gran sencillez y bondad,
y en cualquiera sociedad
es símbolo de contento.
Sacárase en consecuencia
por callada y por altiva,
que es Polimnia reflexiva,
que es la musa de la ciencia.
. . . . . .
Trinidad, es..... Trinidad;
¿á qué compararse puede
si á toda hermosura escede
con su divina beldad?
Los lunares de esta bella,
que un mundo, un cielo merecen,
besos de ángeles parecen,
que en su faz dejaron huella,
Parece un junco su talle;
como de cisne es su cuello,
semeja su rostro bello
una azucena del valle.
Arrogante, entre las bellas;
risueña, entre las graciosas;
su boca escede á las rosas;
sus ojos á las estrellas.
Que es hechicera, esto es ovio;
tiene una gracia estremada,
lo único que no me agrada
es, que quizá tenga novio.
Porque al verla se creería,
por pura, por seductora,
que es Erato encantadora,
la musa de la poesía.
. . . . . .
Leocadia, niña divina,
que honra á Granada la hermosa,
es un ángel, una diosa,
que al cielo nos encamina.
Es la flor de Andalucia;
rosa del mundo y del cielo;
cisne que tiende su vuelo
sobre un lago de poesía.
Dios, el cielo quiso hacer,
porque el sol su frente ciña:
es una flor, hecha niña,
una estrella, hecha mujer.
De su faz encantadora
toman tintas, flores bellas:
cual sus ojos, no hay estrellas:
ni cual su frente hay aurora.
Los cielos al verla, ingratos
de envidia sienten enojos,
que tiene, en fin, unos ojos
que dán al sol malos ratos.
Así afirmarse podría,
por linda, por arrogante,
que es Urania deslumbrante
musa de la astronomía.
. . . . . .
Luisa, niña seductora,
de una gracia peregrina,
es como un ángel, divina,
como una hada, encantadora.
Por lucir mas sus primores
su toca fueran los cielos,
mata los astros de celos,
mata de envidia las flores.
Con su talento fecundo
triunfos logra, amor reparte,
es un genio para el arte;
un tesoro para el mundo.
Dá á la sociedad consuelo

su carácter dulce y llano;
y cuando toca el piano
la tierra trasforma en cielo.
Y como una red de amores,
que el sol teje, son hechizos
de sus cabellos los risos
que prenden almas y flores.
Creyérase, pues fascina
y complacer no rehusa,
que es Euterpe, que es la musa
de la música divina.

. . . . . .

Concha es de las mas graciosas;
tan alegre, tan ligera,
que es como la primavera
que vá derramando rosas.
Es un ave, es una flor;
correr, estender su vuelo
es cual la alondra en el cielo
y en el bosque el ruiseñor.
Es un ensueño de amores,
linda, gentil, vaporosa,
parece una mariposa
que vá corriendo entre flores.
La dicha en sus lábios rojos,
se posa su voz oyendo:
su alma se vé sonriendo
cuando se asoma á sus ojos.
La gracia su rostro abona
y hasta el sol sale por verla;
mas que concha es una perla
que echó Dios de su corona.
Digérase por la apuesta,
por lo gentil, por lo hermosa,
que es Terpsícore graciosa,
musa del baile y la fiesta.

. . . . . .

Decir la verdad se debe:
seis son, y aunque minoría,
cualquiera al verlas diría
que saben mas que las nueve.
Por aquí, á campo raso,
donde es mas dulce sentir,
muy bien se puede decir
que este sitio es un Parnaso.
Que hizo Dios en tierra amada,
porque el cielo aquí estuviera,
un edem, de esta ribera
y un Olimpo, de Granada.

BALTASAR MARTINEZ DURÁN.

UN SUEÑO.

Soñaba una vida cual yo la concibo;
Soñaba y mis sueños no ví realizar,
Mostrábame el sueño su dulce atractivo,
Mas, todo cual humo voló al despertar.

Soñaba y mis sueños tan reales creia
Que cuando á la vida por fin ya volví,
Mi pecho un vacío con pena sentia
Perdido llorando todo lo que ví.

La vida era hermosa, carrera florida
Que con pura frente cruzaba el mortal,
Y así en una dicha serena y cumplida
Ignorada estaba la fuerza del mal.

No habia pesares, no habia amarguras,
Los hombres se amaban cual Dios lo mandó,
Dejando del mundo las vanas locuras,
Huyendo á ocultarse la vana ilusion.

Soñaba en un mundo tan puro y tan bello
Que todos los seres ventura gozaban,
Y en todos brillaba de Dios el destello,
Y en paz cariñosa la tierra poblaban.

Huia el engaño confuso á ocultarse
Vergüenza sintiendo de su oscuridad,
Pues que la franqueza miró apoderarse
Reinando en el seno de la humanidad.

Hallaba el impulso de los corazones
Que siempre mostraban sencillo candor,
Solo se abrigaban las nobles pasiones,
Luciendo sin celos un constante amor.

De dulce ambrosía brotaban mil flores,
Y un céfiro blando sus tallos meciendo,
Al par que robaba sus gratos olores
Con gracia al espacio los iba vertiendo.

Todo era esparanza, todo era delicias,
Las almas sentian celeste placer
Gustando afanosas del bien las primicias,
Y el mal para siempre logrando vencer.

Mas solo fué un sueño que la fantasía
Con vivos matices, perfecto formó.
Y que la rosada pura luz del dia
En álas brillantes, consigo llevó.
¡Qué hermoso seria, Señor de los cielos,
Convertir mi sueño en una verdad!!...
¡Qué vida tan santa, que dulces consuelos,
Qué dicha tan grata, qué felicidad!!.....

ANTONIA GONZALEZ AMIEBA,

Abril, 1875.

CONTRADICCION.

Los nombres de la mujer
En mas de mil ocasiones
Vinieron á hacerme ver,
Que son, á mi parecer,
Palpables contradiciones.
¡Que lo niegue quien se atreva
Mi aserto le he de probar,
Lo dicho; cada hija de Eva
Por lo comun nombre lleva,
Que no debiera llevar.
Conozco una Blanca hermosa
Una ondina, una sirena,
Es una perla preciosa,
Pero hombre, cosa asombrosa
No es blanca, sino morena.
Nieves se llama su hermana
Que es de la pasion emblema,
¡Quince años y americana,
Fuego de su pecho emana
Y aunque nieve abrasa y quema!
Otra se llama Leona
Y se asusta de un raton,
De una araña se impresiona,
Y tiembla y se desazona
A la vista de un salton.
Es Clara tan franca y clara,
Que aunque mil novios contó,
De tal manera esplicara
Lo que sintiera y pensara,
Que ninguno la entendió.
Severa bien podrá serlo,
Nada acerca de ello digo,
Mas para poder creerlo,
Lo de Santo Tomás, verlo,
Pues nunca lo fué conmigo.
Prudencia, no ha concedido
Jamás (por que es muy prudente)
Lo que su amor le ha pedido,
Lo dió antes y así ha sido
El pedirlo inconducente.
Victoria, tantas obtuvo
En amor segun sus trazas,
Que jamás un novio tuvo,
Y toda su vida andubo
Recojiendo calabazas.
Máxima es pequeña en todo,
Como en el cuerpo, en el alma.
Modesta, arrastra en el lodo
Su virtud si de algun modo,
Lleva del lujo la palma.
Gracia, todo menos gracia
Tiene en su ser desgraciado,
Paz, irrita por su audacia
Es atroz su pertinacia,
Y jamás en paz ha estado.
Cándida pudiera dar
A Mesalina leccion,
Y Dulce al feroz Omar.
Bárbara, ciencia enseñar
Al filósofo Platon.
Ved si me engaño al creer
Fundado en tales razones,
Que los nombres de mujer
Vienen en conjunto, á ser
Palpables contradiciones.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

A UNA VIEJA.

SONETO.

¡Oh! vieja, presumida y orgullo-
que te adornas con tul, flores y ga-
sin mirar que el espejo de tu ca-
te llama fea, rara y asquero-
A tu cara antiquísima horroro-
mas arrugas la surcan que á una pa-
y aunque á tus lábios das carmin sin ta-
es tu mano muy negra y muy callo-
Eres vana, gruñona, eres espe-
á todos tu figura causa ri-
pues pareces cucaña Portugue-
Y ya que el mundo vas dejando á pri-
en vez de bailar wals y polone-
manda decir por tu alma alguna mi-
SA.

MÁURO SANTIAGO.

Salamanca.

CHARADA.

Una, tres: déjame en paz,
Que el que piensa que *tres, dos*
De un modo tan importuno
Una guirnalda de amor,
Se equivoca, pues le digo
Que no quiero, porque nó:
Conque *una, tres* necio TODO,
Y mitiga tu emocion.

Así una niña esclamaba
De amor al ser requerida
Por un ridículo amante
De quien ella se reia.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:—RON—DA.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Lúnes 1.° de Noviembre de 1875. Núm. 57.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Hércules; estudios sobre la mitología griega, por D. José Sanchez Castellano.—El dia de difuntos (poesía), por D. Valentin L. Carvajal.—A la noche del dia de los Santos (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macías.—Dudas (poesía), por D. Graciliano de Puga —Maliba (leyenda mora), por D. Francisco Jimenez Campaña.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—Poesía, por D. Rafael Quintana y Medina.—Las niñas y las flores (poesía), por D. Mariano Poggio y Bermudez de Castro.—Epígrama, por D. Dionisio J. Delicado y Rendon. Charada.—Solucion.

HÉRCULES.

ESTUDIO SOBRE LA MITOLOGÍA GRIEGA.

«Al primer estallido del rayo levanta el hombre del suelo su frente embrutecida y reconoce un ser superior; se forma un dios de lo que le es provechoso ó de lo que le espanta, y adora los mas toscos objetos, (*fetiquismo*), ó bien rinde á los astros su homenaje (*sabeismo*); asemeja despues á sí propio los poderes de la naturaleza (*antropomorfismo*) y venera despues de muertas á las personas á quienes tuvo miedo ó cariño hasta que á poco crea la mitología perfeccionada.» De este modo componen algunos filósofos pedazo á pedazo las religiones, de elementos aislados y sin vida, sin principio orgánico ó comun. Sin comprender que la especie humana no es tan aficionada á abstracciones y sutilezas metafísicas como ellos la suponen, y que este desenvolvimiento de ideas es diametralmente opuesto á la marcha ordinaria del espíritu humano, y está totalmente desmentido por la Historia.

No es el fetiquismo el grado mas ínfimo de la religion, porque poco importa que sean cualesquiera los objetos de su adoracion, si el hombre enlaza á ellos la idea de una causa predominante, y no los considera mas que como instrumentos de mágia. Si no existe un solo pueblo, por tosco que sea, sin tener una religion ¿cómo pudo el hombre pensar en inventarla, ocupado, como debia estar totalmente, en satisfacer urgentes necesidades? ¿Cuál de los objetos que le rodeaban pudo enseñarle á adorar, si los mas perfeccionados sistemas no pudieron conducirle por la idea del yo y de la razon á la nocion de la divinidad?

Conviene, pues, empezar por poseer el conocimiento de Dios, para encontrar sus vestigios en la naturaleza y en la inteligencia. La unidad de Dios es la fuente de donde emanan y á donde se dirigen todas las religiones. Sin necesidad de recurrir á la China esencialmente patriarcal y monoteista hasta que Lao-Tsen propagó el racionalismo, la Trimourtí india no es mas que una emanacion de Brachm; Hom es anterior á todos los dioses del Egipto; y Ormuz y Arimanes en Persia son engendrados por Zervano el eterno, el excelente.

Por una falsa interpretacion de las verdades reveladas, se les asocia la idea de un genio maligno, representado por la lucha entre la luz y las tinieblas, entre lo real y lo ideal, entre el espíritu y la materia. El recuerdo vago de una gran culpa, sugiere su reparacion por medio de los sacrificios, no tanto para rendir homenage á la divinidad, cuanto para conjurar á los poderes tenebrosos y hacer caer sobre la víctima las penas del sacrificador.

Necesita el hombre sostener su adoracion con prácticas esteriores que hieran á los sentidos; la imaginacion pregunta á la razon quién es Dios, le reconoce en la naturaleza que parece superior á las humanas fuerzas. Entonces la imaginacion adora á Dios en el mundo que le revela; deja enseguida el ser por el emblema y cae en el error capital del paganismo: es decir, en la deificacion de la naturaleza. Esos admirables astros, cuya revolucion invariable mide el espacio y el tiempo, leyes del pensamiento humano, debieron parecer á los antiguos dignos de un culto, y pasó entre el vulgo por adoracion la solicitud que dedicaban los sacerdotes á examinarlos.

A las deidades planetarias se asocia el culto de los fenómenos y de los elementos como fuerzas vitales y fecundantes que, venerados primero bajo formas si-

muladas, aparecen luego bajo la figura de cono, de disco brillante y de piedras caidas del cielo.

Mas tarde, y á consecuencia de la propension natural en el hombre á asimilárselo todo, fueron representados los dioses bajo la figura humana; se multiplican sus nombres y sus atributos, sus historias y sus genealogías; el vulgo exagera unos y otras, y de aquí las estravagancias de los mitos, de las ceremonias iniciatorias y de las orgías licenciosas. El estrangero que lleva de lejos las artes y las costumbres, que adquiere la dominacion sobre el vulgo por sus cualidades físicas ó sus grandes empresas, se grangeará la estimacion de este que no sabe apartarse de las exageraciones, la muerte le hará subir sobre el nivel de los mortales, la gratitud ó la adulacion le invocará, y se convertirá en un dios ó en un semidios. Hasta los mismos recuerdos de arcáicos tiempos, vistos al través del tupido velo de los siglos, toman un aspecto vago y prodigioso (á la manera que las sombras se agrandan é indeterminan cuanto mas se aparta de la luz el cuerpo que las proyecta), se complican y acumulan sobre un solo personage, que superando la medida humana se eleva á la categoría de los inmortales.

Personificado un ser cualquiera, hay que atribuirle ideas, sentimientos y pasiones humanas. La imaginacion griega no se contentará con piedras caidas del cielo, y nombrará á Faeton y Vulcano, dirá entonces que el uno fué arrojado por la ira de lo alto, y que el otro se dejó derrocar por su imprudencia.

Daban los mismos símbolos orígen á los mitos, porque no satisfecha la imaginacion con representaciones que no comprendia, forjaba cuentos á su modo con el fin de esplicarlos. Cada edad, cada pueblo eligió á su vez lo que mas le convino en las tradiciones primitivas alteradas de esta manera: el niño diversiones, cuentos y ficciones milagrosas; el mancebo narraciones guerreras; el anciano una moral á veces exagerada. Cada cual ingerta allí su clima, su gobieno, y las costumbres son de este modo trasladadas de la tierra al cielo; resulta de aquí, que cada mitología viene á ser la expresion del aspecto de la naturaleza de cada pueblo, (1)

Viene mas tarde la cultura á alterar estas invenciones, examinando filosóficamente los sentimientos religiosos. Eurípides y los sofistas en Grecia pretenden hallar en estas leyendas la razon de todo hecho, y cuando el pueblo habia atribuido á un solo héroe las acciones de muchos, emprenden ellos la tarea de anatomizar los caractéres, atribuyéndoles inclinaciones personales, de manera que el tipo de un siglo, de una nacion se reconcentra en un solo hombre.

(1) César Cantú: Historia Universal.

Los Pelasgos de raza japhetica, que dirigidos por Ogiges se establecieron en la Beocia, asi como los Egipcios de Dánao y Cécrope, y los fenicios de Cadmo y Pélope importaron sucesivamente á Grecia las tradiciones míticas de los pueblos de donde procedian. Creemos, pues, que en Grecia, asi las costumbres como la poblacion se derivaron de muchas fuentes, y es tan difícil distinguir sus diferentes elementos, como reducirlos á un todo uniforme.

La distincion que hemos supuesto entre las tribus primitivas de la Grecia se atestigua por la diversidad de los cultos, reducidos primeramente á pequeñas localidades, donde cada uno tuvo posteriormente su predilecto santuario. Apolo habitaba en el norte de la Teselia, Baco guiaba las orgías de la Beocia, Neptuno recibia sacrificios en Corinto, y Pan con las divinidades pastoriles en la Arcadia. Los cantos de los poetas, los derechos de soberanía y consideraciones políticas extendieron sucesivamente el culto de cada uno de estos dioses, y convirtieron en ritos particulares de un pais, y luego en ritos nacionales, los que en un principio fueron esclusivamente domésticos.

Pero las religiones estrangeras nunca pudieron identificar á su carácter el de la religion griega. Al contrario, ésta la modificó y amoldó á su índole especial. A las ideas absolutas, inmutables é indefinidas de la India, para las cuales no era nada el hombre, sucede el individualismo griego, la lucha del hombre contra el destino, idealizada por Sófocles y el valor para arrostrar sus golpes. En las creencias orientales, el dios movido de amor y compasion se humilla hasta el hombre; en las creencias griegas, puede el hombre elevarse hasta los dioses, y saciarse del néctar alegremente. Domina en Grecia la idea de la belleza, de la variedad, de la elegancia, tanto en la religion como en las artes. Así los griegos abandonan toda otra forma por el *antropomorfismo*, asimilando los dioses á los hombres, y atribuyendo á aquellos genealogías, hazañas y pasiones.

José Sanchez Castellano.

(Continuará.)

EL DIA DE DIFUNTOS.

EN EL CEMENTERIO.

I.

¡Contraste aterrador, triste concierto
La moribunda voz de la campana
Forma, doblando á muerto,
Con el bullicio de la vida humana!

Aquí en el Campo santo un hoyo abierto
Los restos de algun ser yace esperando,
Y en la alegre ciudad contraste haciendo
Al ¡ay! del infeliz que está espirando
Vá el gemir del que nace respondiendo:
. Aquí termina todo;
Glorias, poderes, vanidad, pobreza,
Yacen en confusion del mismo modo;
Enmudece aquí el hombre, y la belleza
No es mas que corrupcion, miseria, lodo.
En el mundo se sueña, se suspira
Por hacer inmortal tanta quimera,
Nunca este cuadro de dolores mira,
Aquí todo es verdad, calma severa,
Allí todo ilusion, farsa y mentira.

II.

Mirad para un hosario resignados:
¡Qué perspectiva extraña, qué conjuntos
Forman esos despojos hacinados!
¡Cuántos se odiaron y hoy se encuentran juntos!
¡Cuántos se amaron y se ven aislados!

. . . . . .

¡Quién pudiera sondear tantos secretos
Como vuestra presencia en mi alma évoca!...
Frios y descarnados esqueletos,
¿El eterno sonreir de vuestra boca,
Es la expresion irónica, lanzada
Al ver vencida la ficcion del suelo?
¿Reis ó sollozais desde la *nada*?
¿Hablais ó maldecis desde algun cielo?

. . . . . .

III.

¿Y qué es la historia mundanal del hombre?
Un ensueño no más; .. apenas nace
Cuando muere y no deja ni su nombre:
Vapor que el vendaval lleva y deshace,
Frágil nave en la mar abandonada,
La señal de la muerte es su bautismo,
Su historia es el dolor, su orgullo... . ¡nada!
Es el mundo su mar, este su abismo.

. . . . . .

IV.

Mirad ese panteon condecorado
Con multitud de nobles distinciones:
Dentro de él un rico potentado
Duerme el sueño final con sus blasones.
¡Cuánto explendor, qué fausto, qué opulencia
Acompaña á la urna mortuoria!...
¡Y apesar de esa gran magnificencia
Nadie llega á verter en su presencia
Una lágrima triste á su memoria;
Con cuidar del Panteon es lo bastante
(Que asi cubren sus deudos la etiqueta.)
¿Tambien aquí tu farsa y tu careta
Mezquina sociedad? Mas..... adelante.
Ved ese otro rosal que toca al suelo
Cubriendo una modesta sepultura.
Que acompaña una hermosa en desconsuelo;
Esa mujer que llora es un consuelo
Para el ser que la vé desde la altura.
¡Otro contraste mas, otro misterio!
Dejad que al poderoso el bien le sobre;
El rico es el desden de un cementerio
Las lágrimas y amor son para el pobre.

V.

Mirad esa ciudad tan bulliciosa
Tan magnífica y grande, tan querida;
Ved á su juventud, siempre animosa,
Gozar en ella y bendecir la vida,
Pasan años, y muda y silenciosa,
Se limita á este círculo pequeño:
¿Qué fué pues su grandeza? Un vago sueño.
Tanta ambicion y ley, tanto capricho,
Desmentidos están que aquí reposa
El que vivió en cabañas, en la fosa;
El que habitó palacios, en un nicho.

VI.

¡Dormid en dulce paz generaciones,
Hundidas en la sima de la muerte
Por una eternidad...! Mudos panteones
Que dais albergue á la materia inerte,
Revelad vuestro fúnebre misterio,
Decidnos que es la vida,
Una corriente nunca interrumpida
Que camina hácia el mar del cementerio.
¡Ay...! ¿Y en esta mansion triste, sombría
Se hunde la historia y la ambicion del hombre?
Verdad amarga y fría...
¡Cuánto sufro al pensar en que algun dia
No han de existir los restos de mi nombre!

VALENTIN L. CARVAJAL.

Orense, 1875.

A LA NOCHE DEL DIA DE LOS SANTOS.

¡Cuánta, cuánta es la ufanía
De tu plácido contento!
Ya resuenan á porfía,
Llenas de dulce armonía,
Las notas de tu concento.

Goza ¡oh noche! goza, en tanto
Yo te contemplo con pena:
Que mientras luces tu encanto;
El mas penoso quebranto
De horrible angustia me llena.

Tú brindas con el recreo:
Todo en placer lo convierte
Tu generoso deseo,
Mas en tí, yó solo veo
Pálidas sombras de muerte.

Ay! que en mi alma retumba,
Cual melancólico son
Que se alzára de una tumba,
De esa campana que zumba
La doliente vibracion.

La escucho lenta, sonora,
Doblando por los que fueron,
Y en tu fiesta seductora
Miro la gente que llora
A los séres que murieron.

Pasen yá, pasen los goces
Con los cuales te engalanas;
Feliz tú que no conoces
Esas plañideras voces
Que dan, tristes, las campanas.

Feliz ¡ay! que en la ventura
No miras al que llorando,
Fieros dolores apura,
Quizá su horrible tortura
Con tu dicha comparando.

Que es muy duro el escuchar
La festiva carcajada
De regocijo sin par
Cuando en lúgubre penar
Se llora desconsolada.

¿Por qué tan dichosa brillas
Enmedio de padeceres
Que con tus fiestas humillas?
Goza, en tanto, de rodillas,
Gimen millares de séres.

Que al rumor de tus festines
Elevan tristes plegarias
A los celestes confines,
Cumpliendo los altos fines
De las honras funerarias.

Goza, mas ¡ay! que la aurora,
Sus celajes desplegando,
Ya el firmamento colora,
Y su luz encantadora
Va tus dichas disipando.

De tus plácidos conciertos
Olvida las sensaciones:
Mira los templos abiertos;
Allí rezan por los muertos
Angustiados corazones.

¡Contraste raro en verdad!
A tu gozo sin segundo
Reemplaza la eternidad
Con su grave austeridad;
Con su silencio profundo.

¡Cuán pronto despareció
Tu bullicioso placer!
Bellísimo se mostró,
Mas tambien se confundió
Del mundo en el padecer

Ay! en tí, de nuestra vida
La imágen mas fiel se advierte;
Luces y al fin, abatida,
Te rindes desvanecida
En los brazos de la muerte.

RAFAELA BRABO MACÍAS.

Ronda 1.º Noviembre 1875.

DUDAS.

Pregunté en su casa, viendo
que era de goces un nido,
¿qué sucede que no entiendo?
y me dijeron riendo
«que al mundo un niño ha venido»

Volví despues, y notando
del pesar el sello cierto,
pregunté ¿qué está pasando?
y me dijeron llorando
«es que una mujer ha muerto»

Y junto aquella mujer
un filósofo decia

segun pude oir y ver:
«es una pena el nacer,
es morir una alegría».

Yo que lo contrario ví
y en el filósofo creo
tuve que pensar así
«ó es mentira lo que oí,
ó es mentira lo que veo».

Si es una pena el nacer
¿por qué nos cáusa alegría?
Si la muerte es un placer
¿por qué dá llanto doquier
que pone su planta fría?

¿El mundo goce no tiene?
¿Solo en el sepulcro está?
El alma que nos mantiene
¿es dichosa cuando viene
ó es dichosa cuando vá?

GRACILIANO DE PUGA.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

DON FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Continuacion.)

II.

Desmontándose está en el patio de armas del castillo, y aunque viene armado hasta los dientes, trae colgada del arzon del caballo una preciosa guzla de cuerdas doradas.

—Alá te traiga en paz á esta fortaleza—le dijo Sohail, anciano de barba blanca y terribles ojos, que como sabemos era el segundo alcaide del castillo.

—Él llene tus dias de ventura, y haga reine la calma dentro de tu alcazaba,—le respondió el jóven caballero en árabe purísimo.

—¿Cómo viene el rawí tan dentro de la coraza, ó cómo el guerrero trae con la lanza y el escudo la guzla del árabe poeta?

—Oh! la guzla ni en los combates me abandona: cuando suben las sombras de la noche y la luna refleja su tibia luz sobre nuestras blancas tiendas, entono al compás de sus notas canciones guerreras, que inflaman el ánimo de mis hermanos para el combate. Pero ahora sus cuerdas dormirán; porqué he jurado por la santa Meca, no tornarlas á pulsar, sino á ruegos de una vírgen.

—Pues qué desgracia ha acontecido al poeta y al guerrero?

—Que las tribus del desierto han corrido delante de las lanzas de Aragon; que las victoriosas enseñas de los almohades, humilladas han sido por los soldados de Castilla; que hemos sido vencidos por las fieras huestes de Alonso en el campo maldito de las Navas; y que por fortuna el emir amumenim ha podido escapar de la derrota con solo cuatro caballeros en una yegua tan veloz como el pensamiento.

Al escuchar estas palabras los ojos del anciano chispearon de furor, cerró con fuerza las manos, y de su pecho se escapó un ronco grito, espresion de su rabia y de su angustia.—¡Nos han vencido! esclamó al fin, dando tregua al furor, y abriendo pecho á la amargura.—¿Y mi dueño y señor Abu Said?

—Pudo escapar de la derrota: en su busca vengo de parte del emir, y aquí me habrás de hospedar hasta su llegada, que no se hará esperar largo tiempo.

—Entonces tú eres uno de los cuatro leales caballeros que al rey acompañaron en su huida?

—Sí, por fortuna y honra mia, contestó el doncel.

—¿Y á dónde se dirige el rey vencido?

—A su alcázar de Sevilla; allí esperará á su Visir Zidi Abu Said.

—Puédesme decir á quien tengo el alto honor de hospedar en este palacio?

—A Omar-ben-Azomor, del noble linage de los persas, dijo sin orgullo el árabe garzon.

Sohail se inclinó en muestra de respeto, y luego añadió:—pasa, pues, á despojarte de las armas, y si es mucho el tiempo que de Zidi Abu Said has de estar en espera, holgado le aguardarás.

Omar, asi le nombraremos desde ahora, cogió del arzon su guzla querida, acarició al generoso corcel, dió las bridas á un soldado del castillo, y siguió á Sohail, que se internó en la fortaleza. Al cruzar una de aquellas suntuosas salas, aparecióse Amina, que haciendo mesura dijo con tímida voz, dirigiéndose á Sohail:

—Maliba, la hermosa vírgen prometida de Zidi Abu Said, quiere hablar en tu presencia al jóven guerrero por ánsia que tiene de saber de su padre, y en su camarin espera.

—Su voluntad es mi ley—contestó Sohail.

—Y la mia tambien, repuso Omar, que se habia estremecido, no sabemos si de gozo ó dolor, cuando oyó que Maliba era la prometida del señor de la fortaleza.

—Pues vamos en su busca, añadió Sohail, Amina, muéstranos tú el camino.

Amina comenzó á guiar por un laberinto de salas á cual mas ricas, hasta que por fin llegaron al pre-

cioso camarin de Maliba, bello trasunto de la mansion de las huries en el cielo. Sentada estaba sobre cogines de damasco, rodeada de esclavas cariñosas.

Cuando Omar llegó á la puerta labrada, se detuvo contemplando estático á Maliba, y casi no reparó en las hermosas que le rodeaban: bien así el solitario cuando de noche sale de su gruta á contemplar la magestad de los cielos, embebido se para en admiracion de la luna, sin que le robe la atencion el dulce centelleo de los demás astros. Maliba vió en Omar el apuesto mancebo de sus ensueños, y sus mejillas se tiñeron de carmin, como las cándidas nubes se coloran, cuando el sol les envia de Occidente sus rayos postrimeros. Las miradas de los dos jóvenes se acariciaron dulcemente, y al par en el aire se besaron dos suavísimos suspiros, escapados del fondo de sus almas, sin que la voluntad fuera suficiente á contenerlos. Al fin Omar hincó la rodilla en tierra, descubrió su cabeza dejando ver una negra y rizada cabellera, y esclamó con voz insinuante:

—Alá guarde á la sultana, hija de las flores, amada por hermosa del Profeta: delante de tí de hinojos espero que tus lábios se muevan, para acatar tus palabras como una inspiracion de los ángeles.

—Levanta, doncel, que ni yo soy sultana, ni aun cuando á serlo llegára cumple á tal guerrero y poeta humillarse de esa suerte.

—No se humilla el caballero, que rinde culto á la hermosura; bien está así el rawí de hinojos delante del genio que inspira: hada blanca de estos valles, en la mirada de tus pupilas hay centellas de fuego donde parece se está irradiando la luz pura del trono del Dios omnipotente: este es un paraiso de la tierra y tú eres el arcángel que lo guardas; esta es una mansion de hadas y tú eres su reina inefable. Bien hayan los mortales que lo habitan, pues respiran el aire que tú embalsamas con tu purísimo aliento, y pueden poner los lábios, donde tú posas la breve planta.

—Cesa, rawí, bien haya la vírgen que te inspire: tus palabras al ánimo arrebatan á la region de los ensueños. Yo soy la flor sin aroma; que si alguno había, evoporado se há con las lágrimas que la huérfana ha vertido por su madre. Yo soy la estrella eclipsada; porque el brillo de mis ojos se ha gastado en fuerza de tanto mirar la senda por do marchó mi buen padre. Tú, apuesto caballero, que de la guerra vienes, dime si sabes cuál es la suerte de mi padre, que es el cariño de mi alma, severo traje en el combate lleva; las rojas plumas de su casco ajadas están por mis caricias infantiles; blanco como la nieve su albornoz señales lleva de mi llanto; tiene la barba nevada como el seno de su hija, su nombre es Amrú, sus ojos dicen que tienen en la lucha el brillo salvaje de los de la pantera, y el brazo con que me acariciaba dulcemente, cuentan que es el rayo fuerte de Alá en los combates. Dime si le has visto vencer; y si á tu lado sucumbió, cuéntame si fué mi nombre el último suspiro que se escapó de su garganta.

—Hele visto; contestó el mancebo, de noche en su blanca tienda mirar la luna, y pronunciar un nombre; le he escuchado hablar á los vientos, que agitaban la toca de su turbante, y darles encargos sagrados y cariñosos; hele visto mantener lucha tremenda con los bravos capitanes nazarenos; sembrar la muerte y el estrago entre sus filas, pronunciando con ronco acento nuestro santo grito de guerra, y despues.....

Omar de pronto enmudeció y una sombría nube de tristeza pasó por su semblante.

—Y despues? preguntó anhelando Maliba.

—Despues que fuimos vencidos, contestó Omar, mirando á Maliba con tristes ojos, sé que pudo escapar con Zidi Abu Said, y que de Loja traen el camino, para hacer tu ventura.

—Mi ventura! preguntó Maliba, mirando con dulce fuego á Omar, sin darse cuenta de por qué así le miraba.

—Tu felicidad—repuso el mancebo casi suspirando olvidado de que no estaba solo con la hermosa doncella.—Tu dicha, sí, prosiguió, luz del alba, pues pronto se percibirán las recias pisadas de los briosos corceles, que traerán volando como el viento á los fugitivos que tú esperas, y en cuanto ellos sean aquí, tus bodas se celebrarán con el muy poderoso Visir Abu Said, y yo..... yo pulsaré la guzla para cantar tus desposorios.

Omar pronunció las últimas palábras con acento de amarguísima ironía, y como si fueran las voces fatídicas de un mago, delante de sus ojos surgió un horizonte para ella hasta entonces desconocido; en su espacio se destacaron dos figuras, una la de Zidi Abu Said, que le mostraba con orgullo palacios, diamantes y esclavas; la otra la de Omar, apuesto mancebo, que le enseñaba un corazon rendido, inmenso, amante, henchido de bellos y sublimes sentimientos. De pronto se borró aquel cuadro de su imaginacion, reparó en Omar, que estaba á sus piés, y le amó con todas las veras de su alma, al par que aborreció el casamiento con Abu Said, que hasta entonces había mirado con indiferencia. Y como el amor verdadero es puro y vergonzoso, Maliba se llevó las manos á los ojos, temerosa de que estos reveláran á sus esclavas todo el incendio en que se ardía su corazon.

Sohail entendió aquella accion de otra manera, y dijo á media voz á Omar, su huesped, cogiéndole de un brazo entre cariñoso y severo.

—Ven, doncel inadvertido; has hablado á esa púdica flor de Abu Said su amor, y de las bodas que naturalmente desea, y has conseguido con eso que se cubra el rostro encendido por la vergüenza.

Y Omar siguió á Sohail confuso en un mar de dudas, y concibiendo en su cerebro descabellados propósitos de impedir aquellas bodas, robando del palacio á Maliba á quien principiaba á querer con todo el frenesí de los primeros amores.

(Se continuará.)

RIMAS.

Tu cabello dorado, abundoso,
De tu frente divina la nácar,
Y tus ojos azules cual cielo,
Me roban la calma.

De tu seno turgente el latido,
Y tu talle flexible de hada,
Y tus pasos sonoros de diosa,
De mi pecho suspiros arrancan.

Pero mas que tu frente y tus ojos,
Mas aun que tus trenzas doradas,
Mucho mas que tu seno y tu talle
Es bella tu alma.

José Ruiz Toro.

* * * * * * *

Cuando lloro del mundo algun engaño
Bien pronto me consuelo
Huyendo de ese mundo y encerrándome
En el que en mí yó llevo.

Solo, en el santuario de mi alma
Me abandono á mis sueños;
Mi espíritu se lanza á los espacios
Y se remonta al cielo:

Del mundo que arrancó llanto á mis ojos
Las miserias contemplo
Y me rio del mundo y los que gimen
Por no imitar mi ejemplo.

Rafael Quintana y Medina.

LAS NIÑAS Y LAS FLORES.

Abre la flor su capullo,
A la brisa matutina,
Su aroma, esencia divina
Esparce por el vergel;

Mientras ruiseñor canoro,
Allá en la floresta umbría,
Sus trinos al Rey del dia,
Envia mensagero fiel.

Liba la industriosa abeja
En el cáliz de la rosa,
La miel pura y deleitosa
Que luego fluye en panal;

En tanto que bella aurora
Con tintas de azul y grana,
Anuncia al fin la mañana,
Que regocija al mortal.

Y de cambiantes colores
Las pintadas mariposas,
Cuyas álas temblorosas
Se agitan de flor en flor.

Juguetean entre lirios
Pensamientos y claveles,
Como mensageras fieles
De la dicha y del amor.

Así el áura semejando
Pura la mujer cual ella
Ostenta en su frente bella
La inocencia juvenil;

Y si del vergel ameno
Son el encanto las flores
Ella en sus dulces amores
Tambien reina en su pensil.

Aspira la flor la brisa
Que el áura leve la envia,
Y ella vé en el rey del dia
Por Oriente al asomar,

De su purísimo sueño
La realidad deliciosa,
Envuelta en nubes de rosa
De safir y de azahar.

Mas ¡ay! que el ábrego impío
Mas mortífero que el rayo
Troncha de la flor el tallo
Marchitando su color,

Como desengaño artero
Mata la inocencia pura,
Agostando la dulzura
Del mas purísimo amor.

La niña apenada llora
Dando sus quejas al viento,
Este lleva su lamento
En torbellino cruel,

Y de la marchita rosa
Los pétalos arrancando
Vá con ellos semejando
Un vértigo de Luzbel.

Son las flores y mujeres
En su edad prima v lozana
De la una la otra hermana
Trasuntos bellos de Dios.

Ambas tan puras y bellas
Nacen á la vida un dia
Y de amor y poesía
Imágenes son las dos.

MARIANO POGGIO Y BERMUDEZ DE CASTRO.

EPÍGRAMA.

Persuaden al buen Cipriano
Á que estudie medicina,
Y él que es ferviente cristiano
En lo contrario se obstina,
Porque dice que jamás,
En obra ni en pensamiento,
Infringirá el mandamiento
Que dice: «No matarás.»

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

CHARADA.

A A. C. Y G. N.

En una noche, señora,
glacial, mojada y oscura,
al salir yó de Palacio,
morada entonces augusta,
cxacto, fiel y cumplido
estaba en *prima* y *segunda*
resignado un centinela
bajo su poncho y capucha.
Con la *primera* y la *tercia*
Papas y Reyes se escusan
en ciertos casos supremos
de correr una aventura,
y es la *cuarta* con la *quinta*,
sin que lo pongas en duda,
tan precisa en el verano,
produce tanta frescura,
que bellas y pollos á ella,
en amalgama confusa,
van cual si fueran, Amélia,
á alguna alegre tertulia.

. . . . . .

Espuestos ya los detalles
el TODO míralo, en suma,
en ese altivo portento
de gallarda arquitectura
donde el geómetra Al-Jebar,
de noble estirpe moruna,
dejó esculpido su ingenio
en piedras toscas que asustan.
Cabe ese templo, señora,
con que Sevilla se ilustra,
en una estensa capilla
rica en frescos y en molduras,
y en la cual verás de hinojos
ante la imágen augusta
de una Vírgen de Murillo,
dulce y bella como suya,
grande concurso de pueblo
á quien el acto deslumbra,
puedes fijarte en el TODO,
si á conocerlo te empuja,
tu sexo siempre curioso,
sin que me riñas, ni argullas.
Disipa, pues, las tinieblas;
piensa, demanda, consulta,
y hallarás, discreta amiga,
lo que este enigma te oculta,
lo que yó desde estos cerros
en ritmas pobres, insulsas,
te encubro para que inviertas
cinco minutos de holgura.

SIDI-ALIATAR.

Ronda.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

VE—JE—TE.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Lúnes 15 de Noviembre de 1875. Núm. 58.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Hércules (estudios sobre la mitología griega), por D. José Sachez Castellano.—A Maria (poesía), por D. Antonio Pareja Serrada.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—Un expósito (poesía), por D. Andrés Casado.—Soneto, por D, Rafael Quintana y Medina.—Maliba (leyenda mora), por Don Francisco Jimenez Campaña.—Adios (serenata), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—A un nardo (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Al tiempo de acostarme (soneto), por D, José Perez Cortina. A una niña (poesía), por D. José Palacios y Gonzalez.—Epígramas, por Yo.—Charada.—Solucion.

HÉRCULES.

ESTUDIO SOBRE LA MITOLOGÍA GRIEGA.

(CONTINUACIÓN.)

II.

En los sombríos desfiladeros de los estrechos valles de la Phócide, en el fondo de sus precipicios, en sus grutas de estraños ecos, donde creemos siempre ver la figura fantástica de Pan, en el pais de los Centauros de cuerpos monstruosos que recorren por mañana y tarde las verdes praderas, en Delfos mismo, en el templo del dios de la luz se repiten los ecos estraños del rudo tamboril y de la flauta de Frigia, mezclados con las groseras risas y los obscenos cánticos de la embriaguez.

Cuando la Grecia se aseguró por su gran victoria contra el Asia (la ruina de Troya), otra guerra, que pudiéramos llamar civil, estalla con violencia: la de la *flauta* y la *lira*. Durante la primera, Baco, el *dios cornudo* del Oriente estiende por la Grecia sus misterios, y pasea por sus ciudades al viejo Sileno coronado de pámpanos, y rodeado de sátiros y bacantes. Todas las secretas borrascas de la naturaleza, todas las pasiones y los desvaríos de un corazon enfermo, que la luz de Apolo y la lanza de Minerva habian desterrado, vuelven á aparecer. La mujer que las guerras habian relegado sola y viuda al hogar doméstico, se emancipa y sigue á Baco. Las largas vestiduras desaparecen, y corre tras del Dios, suelta la cabellera y desnudo el seno como una esclava.

Un testigo casi presencial nos lo cuenta (1) «La furia de la flauta (es decir de Baco) despues de las guerras heróicas, acomete á los lacedemonios. Sus fuertes hijas entregadas ya á la molicie, se vengan del amor, hasta el punto de pasear la orgía sobre las rocas del Taigeto. Atenas, por otra parte, no le va en zaga: por todas partes la flauta y el delirio; por todas partes las bacantes armadas de sus tirsos. Las Atenienses bajan en cuadrillas al mismo Delfos, y bajo los ojos de Apolo y de las castas musas celebran sus obscenos misterios».

«Pero ¿qué importa? Ven conmigo, jóven, y sentémonos á los piés de este héroe de granito, que el Sol levantándose de Delfos enrojece. Todos los montes, atrevidamente perfilados como los dientes de una sierra, se coronan de lumbre viva y pura, y parece que sus puntas tocan al cielo. Este, grave y fuerte, que mira desde lo alto á todos sus vecinos de Tesalia y se enorgullece con su gloria, este es el Oeta, la pira y el sepulcro de Hércules».

«Todavia puede el carácter heróico luchar contra Baco. Todavia puede el noble, el grande Hércules combatir contra el jóven afeminado y vacilante, y sostener alta y erguida la bandera de la epopeya. Hércules, al que se cree grosero, rival á veces, pero casi siempre amigo de Apolo, es es el más decidido defensor de la lira. Es el héroe de Occidente que persigue al oriental Baco, al afeminado, al furioso». (2)

¿Qué ha impedido al noble dios del dia tomar parte directamente en esta lucha? ¿Por qué Apolo, que es el dios de la sabiduría, de la inspiracion y de la vida no puede medir sus fuerzas con el sensualismo, con el materialismo grosero simbolizado en Baco? Apolo no ha querido la lucha, no ha querido los esfuerzos contra la muerte; no ha querido las desgracias, ni los

(1) Aristóteles: Política.

(2) Michelet: Biblie de l' humanité.

crímenes involutarios, ni las espiaciones de Hércules; esa llama inmortal, que purificándole le lleva vencedor al cielo.

Entonces aparece Hércules, personificacion del carácter heróico que consagra su vida al servicio de la humanidad, y procura apartarla de la degradacion y la molicie, consecuencia fatal del sensualismo. En lucha siempre con el destino, siempre perseguido y siempre vencedor, alcanza los honores de la apoteosis por sus trabajos en pró de la regeneracion social de la especie humana.

Hércules es la gran víctima, la acusacion viviente contra las determinaciones del Destino y la arbitrariedad de los dioses. Hijo de Júpiter y Alcmena, á quien el rey del Olimpo engañara tomando la forma de su marido el rey Anfitrion (1), vióse privado por el ódio de Juno del poder supremo que su padre le habia conferido, y perseguido y errante la mayor parte de su vida. Educado en Tebas, su pátria, aprendió de Harpálico el arte de la lucha, de Eurito el manejo del arco; Lino y Eumolpo le enseñaron las artes y las ciencias; Quiron y Radamanto el conocimiento de las cosas justas é injustas, adquiriendo de esta manera ese carácter casi universal que le convierte en héroe predilecto de todos los pueblos antiguos.

No entra en nuestro ánimo el referir todas las aventuras que la fábula ha atribuido al hijo de Alcmena: para ello se necesitaria un libro completo, porque cada pais que ha adoptado este héroe como hijo de la fuerza del alma, y de la fuerza del cuerpo, le ha asignado caractéres y aventuras especiales que no son otra cosa que la personificacion de las aventuras y del carácter de cada pueblo.

Así, en todas partes, el instinto popular ha adoptado por héroe á la víctima del Destino. El consuelo de la muchedumbre oprimida consiste en oponer la grandeza del miserable y del esclavo á la severidad de los dioses, un Hércules á un Júpiter.

El primero de los trabajos de Alcides (que con este nombre se conoce tambien á nuestro héroe), es la paz, que impondrá en todos los lugares de Grecia por la fuerza de su robusto brazo. Los mónstruos del viejo mundo, las hidras y los leones son sofocados. Los nuevos tiranos, los bandoleros sienten el peso de su clava. Los impetuosos torrentes son domados, encerrados en seguro cauce, y forzados á marchar tranquilos. Sus riberas se convierten en caminos. Se facilitan las comunicaciones entre los diferentes estados de Grecia. La raza helénica se congrega en Olimpia, donde Hércules ha fundado delante del altar de Júpiter los combates de la paz, inmortalizados por la lira de Píndaro.

(1) Plauto: Anphitruo.

Pero la Grecia es muy pequeña: Hércules necesita estender por todo el mundo los beneficios de la paz, y por todas partes fundar el nuevo derecho. Nuevos trabajos, nuevas penalidades. En Tracia, un rey bárbaro que arrojaba los hombres á sus caballos furiosos, y los saciaba de carne humana. En las desconocidas regiones del Boreas, las crueles Amazonas que regaban sus campos con la sangre de sus víctimas. La misma ferocidad en Africa, en donde Busiris daba á los náufragos la hospitalidad de la tumba. He aquí los adversarios que Hércules busca á través de los mares, y á los que trata de la misma manera que ellos habian tratado á sus huéspedes. La ley de la hospitalidad se funda entonces desde el Táuro hasta los Pirineos, desde el Ponto Euxino hasta las ignotas regiones de la Libia.

Hércules rompe los misterios que constituian la fuerza de los pueblos bárbaros; arrostra los peligros del sombrío mar del norte, santuario de las tempestades, al que ninguno osaba entregarse. La reina de estas espantosas riberas, la cruel Hipólita, es vencida como el mar que baña sus plantas. Por todas partes, delante de Hércules, la naturaleza pierde su salvage virginidad. En Gades, rompe con sus hombros la barrera que seperaba los dos mares del mundo antiguo, y abre el estrecho de Gibraltar. El tranquilo Mediterráneo, bordado de risueñas islas se une al turbio y alborotado Occéano preñado de borrascas; y volviendo los dos á la Grecia en estrecho consorcio, enseñan el camino de la lejana Atlántida.

Lo temerario no le arredra. El fondo tenebroso de las florestas célticas no le intimida. El héroe se abre camino á través de sus profundidades; atraviesa las eternas nieves de los Alpes; salta los abismos sin fondo, y se rie de las avalanchas y de los mónstruos de horrible presencia. En estos lugares de terror, abre un camino; el camino de Anibal, de los Cimbros, de Atila; el camino de todos los pueblos bárbaros que, como un torrente, invaden mas tarde el mundo meridional, para tomar parte en los despojos del Coloso de Occidente.

Ya era bastante. Hércules dejaba tras de sus pasos monumentos imperecederos. Entonces creyó poder sentarse á descansar sobre la cumbre del Etna, al pié del gran altar que humea eternamente. Allí respira tranquilo, y contempla las sagradas praderas esmaltadas de flores, y el hermoso mar de Sicilia. Su corazon rebosa de alegría y en su orgullo heróico pronuncia estas palabras: «Me parece que ya soy dios».

Pero Némesis le oyó; la diosa de la justicia que vuela incesantemente por toda la tierra, y recoje las imprudentes palabras de la prosperidad, esos gritos de fiereza ó de audacia que fatalmente salen de nues-

tros lábios, no podia dejar sin castigo el orgullo del hombre que al vencer los obstáculos de la naturaleza, se cree desligado de todo género de reconocimiento á la Divinidad. Empiezan nuevamente los trabajos del héroe. Los Centauros que Baco incitara contra él, son exterminados despues de un horrible combate. El infierno abre sus puertas al terrible Alcides, y el trífauce Cerbero se arrastra encadenado á los piés del hijo de Alcmena. Pero este no podia dejar de pagar su tributo á la naturaleza. Su corazon lleno de pesadumbre y de duelo, ansía la medicina feliz que se burla de nuestros males, el Amor. Prendado de la celosa, de la encantadora Deyanira, encuentra la muerte en esta última debilidad de su vida.

Los últimos momentos del héroe, están llenos de sublimidad y grandeza. Envuelto en la túnica teñida con la sangre del centauro Neso, que su esposa le habia regalado creyendo recobrar su amor con aquel filtro, atruena la isla de Lemnos con sus tristes clamores, y desesperado de todo ajeno auxilio se tiende sobre la pira que él mismo preparó, y ruega á su amigo Filoctetes que le prenda fuego. Entonces un rayo baja de lo alto, y purificado de cuanto tenia de mortal alcanza la gloria de la apoteosis. (1)

José Sanchez Castellano.

(Concluirá.)

A MARIA

EN SUS DIAS.

¡Qué hermosa estás, Maria! Dulce sueño
en tu frente refleja la inocencia:
no conoces del mundo lo pequeño,
ni has libado la hiel de la existencia;
jamás de un desengaño el torvo ceño
tu ilusion destruyó con su presencia
y en brazos del candor así dormida,
no sientes, ángel, deslizar tu vida.

¡Dichosa tú, que ignoras la amargura
que la envidia cruel doquier prodiga!
¡Dichosa tú que cifras tu ventura
en las caricias de una mano amiga!
Al contemplar tu espléndida hermosura
¿qué estraño que mi alma la bendiga
si en ella vé con palpitante anhelo
perfecta copia de riente cielo?

Tu amigo te saluda, y apagando
el ruido de sus pasos, en tu dia
acércase á la cuna dó soñando
oyes, tal vez, celeste melodía;
se detiene, tu rostro contemplando
que le arroba en su plácida armonía,
y á riesgo de turbar sueño inocente
un beso deja en tu rosada frente.

Te estremeces; tu cándida mejilla
se tiñe de carmin, y tu cabeza
vuélvese á reclinar; tu cútis brilla
al destello quizás de tu pureza.....
así en estío débil nubecilla
pasa ante el sol velando su grandeza,
para despues mostrarle esplendoroso
cada vez mas luciente, mas hermoso.

No te despiertes, nó; yó no queria
alterar tu reposo ni un momento:
tranquila duerme, angelical María,
si has de sentir despierta lo que siento:
un tiempo como tú tambien dormia
del cántico materno al dulce acento,
y al despertar despues, ángel querido.....
mi pobre corazon ¡cuánto ha sufrido!

Felicidad, ensueño de la vida,
guárdala con tus álas de zafiro:
acógela en tu seno adormecida
y tan cándida siempre cual la miro:
no llore nunca su ilusion perdida
ni jamás de dolor lance un suspiro;
préstale el sueño que á su edad ofreces
porque es muy triste el despertar á veces.

Flor virginal que entreabre su capullo;
no te marchite el mundanal rüido,
ni te despierte su faláz murmullo,
que es muy triste llorar el bien perdido:
duerme así de tu madre al blando arrullo,
y antes que desgraciada, ángel querido,
te lleguemos á ver, tiende tu vuelo
y otra vez torna á la mansion del cielo.

Antonio Pareja Serrada.

Brihuega. Noviembre de 1875.

(1) «Al modo que la renovada culebra, dejada la piel, suele remozarse y resplandecer con las nuevas escamas, asi Hércules, despues de haber perdido lo que tenia de terrestre, tomó vigor en su mejor parte y empezó á parecer mayor y á hacerse digno de veneracion por su augusta gravedad.» Ovidio. Metamorphoseos: libro 9.° fab. 4.ª

RIMAS.

Si quisiera vengarme, divulgara
las pruebas que me diste de tu amor,
mostrando lo voluble y caprichoso
que fué tu corazon.

Pero no lo haré así: yo te perdono,
la conciencia será el cruel roedor
que tu vida atormente, castigando
tu pérfida traicion.

José Ruiz Toro.

UN EXPÓSITO.

Bien haya la vírgen pura
Que consagra su ternura
Sin rubor,
Al expósito inocente
Que se anega en el torrente
Del dolor.

Yo nací, cual flor temprana,
Al albor de la mañana
Del abril;
Y del frio á los rigores,
No gusté de los olores
Del pensil.

Fruto de amor pasajero
Que se finge verdadero
Por gozar,
Entre llanto vine al mundo,
Y es acerbo sin segundo
Mi penar.

Do quiera la maldicion
Me persigue con baldon
De mi madre;
Y en olvido criminal
El nombre yace fatal
De mi padre.

Yo sus cariños imploro
Cuando miro mi desdoro
Y orfandad.
Y hallo solo por respuesta
El ósculo, que me presta
Caridad.

Tiendo doquiera afanosos
Mis brazos, que están ganosos
De cariño,
Y el ángel de mi desvelo
Esclama: «Vano es tu anhelo,
¡Pobre niño!

Hijo de furtivo beso,
Que careces de embeleso
Celestial,
Vivirás cual flor de mayo
Separada de su tallo
Virginal.

Es, oh niño, tu destino
Andar penoso camino
Y entre espinas;
Pero el fin de tu desvelo
Es aquel hermoso cielo
Do caminas.

Allí tienes, niño hermoso,
Un Padre, tan cariñoso,
Tan divino,
Que recoge en copa de oro
Tus lágrimas, cual tesoro
Peregrino.

Solo á él tiende tus ojos
De este mundo en los enojos
Y pesares,
Que en la tierra, donde moras,
Solo vivirás las horas,
que penares.»

De entonces la dulce calma
Gocé contínuo, y mi alma
Abatida,
Renunció la triste herencia
Que lloraba en mi demencia
Cual perdida.

Bien haya la vírgen pura,
Que consagra su ternura
Sin rubor,
Al expósito inocente,
Que se anega en el torrente
Del dolor.

Andrés Casado.

SONETO.

Recibí tu billete perfumado,
Tal vez con el aroma de tu aliento
Que aspiraba otras veces, cual sediento
Al márgen del arroyo, abandonado.

¿Conque tu amor en nada ha variado?
Que siempre fija está en tu pensamiento
Mi imágen? ¡ay de mí! y cómo siento
Que en sitio tan ruin la hayas guardado!
¡Olvídame, mujer, yo te lo pido
De hinojos á tus pies que humilde beso.
¿Qué delito tan grande he cometido
Para en tu pensamiento vivir preso?
¡Antes que esté de vívoras comido
Dame la libertad hoy que estoy ileso!

RAFAEL QUINTANA Y MEDINA.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

DON FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Continuacion.)

III.

Omar entró en una habitacion, que ya tenia aparejada, y se despojó de la morisca armadura.

Aquel dia y el siguiente por mucho que lo procuró, no pudo encontrarse con Maliba; el deseo de verla, no satisfecho, aumentó en su imaginacion la hermosura de la mora, y acreció la llama del amor que á su corazon inflamaba. El dia tercero, apenas la aurora comenzó á despuntar, corrió á los jardines á refrescar con las áuras de la mañana su cabeza que ardia con los sueños febriles de la pasada noche. ¿Y cuál no fué su sorpresa cuando al entrar en un bosquecillo de jazmines vió que por la parte opuesta tambien penetraba la hermosa de su pasion, seguida de tres esclavas?

Maliba venia triste y en su rostro huellas había de reciente lloro: la tierna doncella amaba por la primera vez de su vida, y le habian hecho comprender lo imposible de su amor. Cuando vió á Omar, primero se alegró como una niña á la vista de su madre, y le envió una muy cándida sonrisa; pero luego vino á su rostro una palidez mortal, y quedóse estática delante del doncel, sin atreverse á levantar los ojos de la tierra, para mirarlo. Omar olvidóse de todo en la presencia de Maliba, y voló á arrojarse á sus plantas, y á declararle frenético su pasion. Contúvole Maliba con severo ademan, y le dijo con voz apagada y ténue:

—Huye, doncel, ¿no sabes que soy prometida del visir y que tu cabeza peligra, si los ojos del eunuco te vieran aquí de hinojos en mi presencia?

—Y ¿qué importa á la hermosa, replicó Omar, que mañana apaparezca en una almena la cabeza del mancebo, si pasados algunos dias, ella podrá ser dichosa al lado del visir del rey?

—Pluguiera á Alá, dijo Maliba bajando la voz hasta convertirla en un murmullo que solo Omar percibia, plugiera á Alá que Zidi Abu Said traerme pudiera la ventura.—Paróse un momento Maliba luchando con su corazon, y, dejándose al fin llevar de la violencia de su pasion, como náufrago que pugna con la corriente de un rio, y por último de ella es arrebatado, le dijo con voz temblorosa y precipitada:

—¡Oh! yo moriria sinó desahogara el corazon contigo: esta noche cuando la luna oculte sus rayos tibios y deje entre sombras la tierra, ven á este mismo paraje, que á él acudiré con Amina, mi hermana del corazon, á suplicar una merced del honor de un caballero.—Esto dijo y desapareció con sus esclavas por una calle de laureles, dejando á Omar abismado en nuevas dudas y confusiones.

Largo espacio de tiempo se estuvo parado sin saber qué le acontecia, hasta que por fin se arrancó de aquel lugar con ánimos de acudir á cita para él tan halagüeña, y con deseos vehementes de que la hora se acercara.

Y la hora llegó como todo llega: brilló en el espacio el último rayo de luna, la oscuridad tendió su manto de tinieblas, y los árboles, las almenas y los riscos tomaron formas distintas, indecisas, vagorosas; paró el viento las álas y durmióse en las ramas de los árboles; el galan arroyo cesó de decir ternezas á las flores; las ninfas del Genil dejaron sus ondas de plata, y cogidas de las manos vinieron de puntillas al jardin de la cita á presenciar curiosas una escena de puros y bellos amores. Como murmullo de una fuente, que suena mezclado con el canto sentido de tímida aldeana, que se aleja por el monte á su cabaña, airosa llevando á la cintura su cántaro lleno, llegó este amante diálago á los oidos de las ninfas.

—¿Ese es tu amor? ¿Y quieres que mis ojos no te miren; que no vayan buscando las huellas que tú dejas, para inclinar allí mi frente en muestra de adoracion; que me aleje del castillo en que tú moras, cuando mañana torne Abu Said, para dejarte en sus brazos. ¡Oh sultana mia! bien has conocido el imperio que tienen sobre mí tus ojos, cuando me pides que convierta lo imposible en realidad.

—Sí, Omar, yo no sabia qué cosa era amor; y ahora sé que amor es afán, es congoja, es valor, es miedo, es dicha, es desventura: yo tengo afán, cuando estás lejos de mí, de que vuelvas pronto á mi lado, para embelesarme en el mirar de tus ojos; y cuando mis ojos te ven, viene congoja á mi pobre corazon, que está sintiendo cuán presto te has de ausentar; miedo tenia yo de cruzar estas calles de árboles so-

litarias, cuando reinaba la oscuridad de la noche; y ahora me siento con sobrados ánimos de irte á buscar á lugares mas temerosos y oscuros, y apesar de eso tengo miedo de estar contigo porque parece que la voluntad me abandona para hacerse tu vasalla, tengo miedo de verte en mi castillo, porque allí á donde tú estas, me quiere arrastrar un torbellino, y no sé por qué, cuando á tí me voy acercando, le cobro miedo á Alá, miedo á mi padre, miedo á las esclavas, miedo á los soldados del castillo, miedo á las flores, que no hablan, y á los vientos que no miran. Oh! tú que eres la dicha mia, ¿por qué te has levantado en mi camino para hacer mi desventura? Omar, Omar, te lo vuelvo á suplicar; mi padre quiere sea la esposa de Zidi Abu Said, y estando tú en el castillo, yo no sabria cumplir su voluntad; huye de aquí y no quieras amargar los dias del venerable autor de mi existencia; huye, mi corazon, que es todo tuyo, acompañarte há por todas partes, como quiero que contigo lleves este amuleto que traigo al cuello desde mi infancia, única herencia que me legó mi madre al espirar.

—Trae, Maliba; tus manos lo han tocado, posado se há sobre tu seno, quizá tus lábios lo habrán sellado con cándidos besos, cuando viniera á tu memoria el recuerdo de tu madre; dame, luz de mi alma, yo lo guardaré junto á mi corazon, como el recuerdo mas sagrado de mi vida; pero no me digas que de tí me aleje, que eso es mandarle al fuego que atrás se vuelva, cuando el viento lo impele, y viene abrasando el bosque. No: no me iré y ánimos tengo de arrancarte de los brazos de Abu Said en la noche detus bodas, y de huir contigo á donde Alá bendiga nuestros amores. No: no me alejaré de tí: tu amor dá fuerzas á mi voluntad, ya de suyo firme eomo las rocas.

—Ah Omar! tú no me amas: que no es amorosa voluntad, la que á los ruegos de la mujer querida no se doblega: deja, déjame llorar desvanecida la primera ilusion de mi alma.

—Maliba, vida de mi vida, ángel de Alá que te has cruzado en mi camino para dejarme entrever el Edem de las delicias, y luego hundirme en el caos de la desventura y de los celos, yo haré lo que tú quieras, aunque muerte dé á mi angustiado corazon. No: yo no quiero verte llorar, porque una de tus lágrimas tan solo trae mas pena á mi alma que una eternidad de ausencias y de celos. Toma este otro amuleto que me echó mi madre al cuello cuando me fueron entregadas las armas de combate. Tú me amas, tú con nadie puede ser feliz sino conmigo, y como te han de suceder desdichas sin cuento sobre la tierra, yo te ruego que cuando presientas la mayor de tus desgracias, abras este precioso amuleto; é invoques al ser divino que dentro veas. Y ahora que Alá te guarde; tú lo quieres, hasta la eternidad: selle este ósculo la alianza de nuestros eternos amores.

Y se escuchó en el viento el crujido de un beso ardiente, amoroso, suspirante, y luego los pasos gentiles del apuesto mancebo que se alejaba.

Una lucha inmensa comenzó entonces en el corazon de Maliba: las últimas palabras con que Omar acabó de declararle su amor sublime, fascinado la habian; y la pobre niña luchaba entre obedecer á su padre, casándose con Abu Said ó fugarse con Omar á quien amaba con todo el delirio de su juvenil edad, y con toda la grandeza de su alma vírgen. Largo trecho estuvo abismada en sus profundos pensamientos; sin acordarse de Amina, que estaba á su lado y presenciado habia la anterior escena. Amina la acariciaba, y la triste doncella no se daba cuenta de sus caricias. Al fin sus ojos comenzaron á verter gruesas lágrimas, se levantó su seno, lanzó un profundo suspiro, y dijo delirando con una muy suave ternura:

—Te amo, te amo, Omar de mi vida!

Entonces enmedio del silencio de la noche se oyeron los dulcísimos acordes de una guzla morisca, y luego una voz vibrante y sonora, que en son amoroso cantó estos sentidos versos:

Ya trae el áura rumor guerrero
De la mesnada de tu su'tan,
Y en su alazan
Perlas y plumas trae altanero;
Dignos presentes de un rey galan.

Ya en las almenas de la alcazaba
Ondula altivo rico pendon;
Y en tal mansion
Se oye el acento de hermosa esclava
Cantar tus bodas en dulce son.

Abre los brazos y en ellos cierra,
Tierna Maliba, tanto esplendor;
Ronco clamor
Lejos se escucha, parto á la guerra:
Que Alá te vele, mi eterno amor.

Al par que iba creciendo el cantor en sentimiento, iba aumentando en Maliba la agitacion y el encanto; y cuando se oyó en los aires la última nota de la guzla con la última palabra de la cancion, la amante doncella no pudo contener los impulsos de su pasion y voló hácia donde la voz habia sonado, sin atender á las súplicas de Amina que la llamaba. Maliba cruzó el jardin y al fin de él en una pequeña esplanada vió á Omar que concluia de montarse en un brioso corcel.

—¡Omar, Omar mio! esclamó la desdichada cor-

riendo hácia él;—tras de tí el alma se me escapa y no puedo vivir. Yo iré contigo donde tú me lleves: Alá guie nuestros pasos en la tierra.

—Maliba de mis entrañas—esclamó el doncel bajándose del caballo y subiendo en su arzon á la doncella. Y cuando él tambien estuvo ginete dijo con fuerte voz:—ahora el viento preste á mi corcel sus álas.

—Atrás, dijo un moro que habia franqueado la puerta, por la que iba Omar á salir:—yo puedo dejarte escapar á tí solo; pero jamás permitiré nos robes á la hermosa prometida del visir.

—¿Y quién osará arrancar la codiciada presa al fiero vencedor de los muslimes? rugió el apuesto mancebo con poderoso acento.

—¡Castellanos en el alcázar! gritó á media voz el moro aterrado; pero no pudo continuar: una bolsa llena de monedas de oro le fué arrojada al rostro por el doncel, que le dijo:

—Toma, Alí, cobarde, sácia tu codicia, y échate un lado sino quieres acabar con tu vida.

Y enseguida picó al corcel, que de un salto salvó la falsa puerta y se tendió al escape orgulloso de llevar en su dorso tan apuesta pareja.

Alí que era con creces avaro, tiróse al suelo á buscar el oro, mientras Amina veia marchar con lágrimas en los ajos y angustia en el corazon al ángel que tan poco tiempo pudo aliviar las penas de su esclavitud.

(Se continuará.)

¡ADIOS!

SERENATA.

Ya la mañana con sus colores
de tu ventana pinta las flores;
tiembla la luz.
Tú en blando lecho duermes en calma,
mas en tu pecho se agita tu alma
con inquietud.

Es que ha sentido, que el alma mía
vagando está
junto á tu lábio que dulce envía
suave perfume, grata ambrosía,
tibio azahar.

Al fin tu pecho lanza un suspiro
y entre su aroma con raudo giro
se unen las dos;
y en una nube blanca se funden,
y en vaga forma ya se confunden,
y las bendice Dios.

¡Ay dulce momento de amor y ventura!
¡cuán rápido fué!
¡que ya de la aurora la luz no fulgura!
¡llevóse entre sombras su ténue blancura!
¡mi dicha tambien!

Y entre las flores de tu ventana,
luce radiante, muéstrase ufana
la luz del sol,
Y al separarse, con agonía,
tiemblan y lloran tu alma y la mia
y se dicen «¡adios!»

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

Nuestro querido amigo y colaborador D. Dionisio J. Delicado y Rendon, ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar de la coleccion de rimas originales que, con el título de BRISAS DEL MAR, publicó no hace mucho. No haremos la crítica ni el encomio de este libro donde se encuentran poesías de todos los géneros, desde el epígrama hasta la elegía; conocido ya este trabajo de gran parte del público, solo insertaremos sin repasar hojas para elegir, una de las poesías que contiene.

A UN NARDO.

¡Cuán de orgullo y vida lleno
te ostentabas nardo, un dia,
porque tu cáliz se abria
sobre su mórbido seno!

¿Te acuerdas bien? Los cambiantes
de su tez de nieve pura
aumentaban la blancura
de tus pétalos brillantes.

Tu olor, que robaba el viento
al pasar no se agotaba,
porque *ella* lo renovaba
con su suavísimo aliento.

Tal envidia me causabas
pobre flor hoy consumida,
que hubiera dado la vida
por estar donde tú estabas.

Del destino pretendí
me hiciera flor, pero en vano,
porque el destino tirano
nunca se apiadó de mí.

Mi amoroso desvarío
dejóme al fin discurrir,
que tú podias unir
aquel pecho con el mio.

Te pedí nardo, y juré
por mi honor á la que adoro,
guardarte como un tesoro
y cumplírselo sabré.
. . . . . .
Hoy aunque secas están
tus hojas ya sin olores,
eres contra mis dolores
un mágico talisman.

Tu escuchas mi ardiente ruego
cuando á Dios alzo la frente,
y recibes el torrente
de mis lágrimas de fuego.

Tú serenas mi semblante
cuando con fiebre deliro,
tú recojes el suspiro
que dá mi pecho anhelante.

Y cual santo relicario
puesto sobre el corazon,
de mi secreta pasion
eres fiel depositario.

Por eso, aunque de mi bella
me aparte el hado inclemente,
no es ya tan dura mi estrella,
porque tú, flor elocuente,
me estás hablando de ella.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

AL TIEMPO DE ACOSTARME.

FILOSÓFICO-SONETO.

Si la humana existencia se pasara
En un costante interminable dia,
Quién se atreve á dudar, qué causaria
Si la noche jamás, nunca, llegara?
Eso de verse siempre cara á cara
Juzgo que habia de ser monotonía
Y mas de un *amador* se moriria
Y mas de una *amatriz* se suicidara;
Pero llega la noche con su capa,
(Que no siempre ha de usar su negro manto)
Y en densa oscuridad que oculta y tapa,
Suceden tantas cosas..... pasa tanto.....
(Si me descuido un poco, se me escapa)
Chiton..... yo nada sé..... duermo entretanto.

JOSÉ PEREZ CORTINA.

A UNA NIÑA.

Eres flor lozana y pura,
Que aun no ha abierto el tierno broche
Ni al rocío de la noche,
Ni á la brisa matinal;
Flor que esconde cuidadosa
De su hermosura el tesoro
Y sus pétalos de oro,
Porque teme al vendabal.

JOSÉ PALACIOS Y GONZALEZ.

EPÍGRAMAS.

Don Marcos escritor, *corto de vista*
Se casó con Pilar la cancanista.

La juzgó querubin en su ilusion
Y de hinojos pidiola inspiracion.

Ella para mostrar genio fecundo
Mil escenas contó que hizo en el mundo.

De entonces sus comedias con afan
Se aplauden porque acaban en can—can

Andas tú por la calle
Con tanta gracia,
Que los fotografistas
Te fotografian;
El otro dia
Con la máquina al hombre
Tres te seguian.

Yo.

CHARADA.

Me deleita la *primera*,
Porque es de gusto aromático;
Una cosa es la *segunda*
Sin la que no existe pámpano:
El ginete en *tercia* y *prima*
Se espone á un suceso trágico.
Y en el TODO, con frecuencia
Tienen lugar espectáculos
Que hacen llorar al mas fuerte
Y tornan el rostro pálido,

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

VE—LA—TO—RI—O.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Miércoles 24 de Noviembre de 1875. Núm. 59.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Hércules (estudio sobre la mitología griega), por D. José Sanchez Castellano.—Fantasía (poesía), por D. Francisco Jimenez Campaña.—A Y. C. y C. (soneto), por Sidi-Aliatar.—Ante el cadáver de mi amigo, por D. Rafael Morales del Valle. Recompensa (poesía), por D. Rafael Quintana y Medina.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—¿Quién se fia de niñas? (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Cantares, por D. José Palacios y Gonzalez.—Crónica literaria, por la Redaccion.—A la Srta. D.ª R. M. (poesía), por D. Eduardo Llinás de Casas.—Un gitano (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Charadas.—Solucion.

HÉRCULES.

ESTUDIO SOBRE LA MITOLOGÍA GRIEGA.

(CONCLUSIÓN.)

III.

Tal es la historia del mito-Hércules.

Símbolo para los antiguos del astro poderoso que anima y fecunda el mundo, del Sol cuyo ojo esclarece é ilumina la bóveda celeste, y que semejante á un córcel infatigable gira rápidamente alrededor de uno ó de otro polo, encadenando á su carro á la juventud y á la vejez, habia de ser adorado por todas partes, pues por doquiera derrama el padre Sol sus vívidos raudales de luz. Asi se esplica que en la Etiopia como en la Bética, en Egipto como en las Galias, en la nebulosa Britania como en la ardiente Libia, por todas partes, en fin, se encuentra establecido el culto de Hércules.

Y ciertamente, mucho antes que viniese al mundo el pretendido hijo de Alcmena, el Egipto y la Fenicia habian erigido templos al Sol bajo el nombre de Hércules, llevando su adoracion donde quiera que los atrevidos bajeles tirios arribaban en busca de riquezas y de aventuras marítimas. Asi España vió cambiado el sencillo culto de los iberos por el de las divinidades estranjeras, que mas de una vez la hicieron teatro de sus portentosas hazañas.

En los tiempos modernos, Dupuis (1) el fabricante de religiones, que se empeña vanamente en adaptar las ideas teogónicas de todos los pueblos á sus conocimientos astronómicos, y asegura con sin igual aplomo que el orígen de toda idea religiosa se encuentra siempre en la esplicacion de un fenómeno natural, piensa tambien que el mito-Hércules no es otra cosa que una alegoría de los movimientos aparentes del Sol por los doce signos del Zodiaco. La *Heracléida* ó poema sagrado de Hércules, es para él un calendario engalanado con las maravillosas ficciones de que la poesía sabia valerse en aquéllos tiempos remotos para animar y embellecr sus pinturas. Aduce, en prueba de su aserto. el himno de Orfeo, en el que la palabra Hércules, varias veces repetida, adquiere los atributos propios del astro del dia.

«Hércules, dice, tú que estás lleno de fortaleza y magnanimidad: tú que eres invencible, haciendo impávido frente á los mas ter ribles combates; padre eterno de los tiempos, y que no obstante tus diversas formas, eres siempre brilla nte: tú que todo lo produces, que todo lo consumes, que sin cansarte jamás, derramas incesantemente tus dones sobre la tierra· tú que con tu fuerza sostienes la Aurora brillante y la oscura noche, dando cima á doce trabajos desde Oriente á Occidente». etc.

Banier, celosísimo defensor del sentido histórico, considera á Hércules como un personaje real y efectivo. Sus aventuras, sus empresas son verdades inconcusas, cuando mas, algo abultadas por el trascurso de los tiempos, y acumuladas en un solo individuo. Cual otro P. Mariana desdeña investigar el sentido alegórico de las fábulas que narra, y sigue paso por paso la vida de su héroe, sin que ni una sola consideracion filosófica, ni una sola idea elevada brote de su pluma al detallar minuciosamente cada una de las portentosas hazañas de Alcides. Semejante en esto al

(1) Origine de tous les cultes.

erudito Le Clerc (1) que metamorfosea á Hércules en un mercader fenicio notable por sus viajes y por su comercio.

Para nosotros, Hércules no es el Sol. El astro del dia tiene su representacion mas genuina en Apolo, el dios de la luz, que alimenta el sacro fuego de la inspiracion y difunde por toda la tierra los efluvios de la poesía y de las ciencias, vivificadoras de la humanidad. Apolo que, tambien como Hércules anda errante y desterrado del Olimpo, que tambien como Hércules tiene trabajos que simbolicen el curso de las estaciones y los movimientos planetarios. No es, no puede ser tampoco un personage real, un héroe de Tebas. El buen sentido y la sana crítica lo repugnan. Las investigaciones históricas, desprovistas de las galas de la ficcion poética, lo rechazan. ¿A cuál de los tres Hércules de Diodoro de Sicilia y de los cuarenta y tres de Varron habrian de asignarse los hechos famosos que la fábula atribuye al hijo de Júpiter? ¿Cuál entre ellos fué el primero? ¿Cuál el verdadero Alcides?

Para nosotros, Hércules es la personificacion de la lucha del hombre con la naturaleza para amoldarla á sus necesidades. Es la idea de la sociabilidad que se abre camino á través de las preocupaciones y de los feroces instintos del hombre primitivo. Es la representacion simbólica de la inteligencia humana aplicada á la fuerza de voluntad mas enérgica, para llevar á cabo las mas árduas empresas. Es el genio, ese *mens divinior* que eleva á un hombre sobre el nivel de sus contemporáneos, dotándolo de una doble vista que le hace adelantarse á su época; que lo arrastra en pos de lo desconocido, arrollando en su camino cuantos obstáculos opone la naturaleza, ávida guardadora de sus misterios.

La religion, cuya tendencia en general es el engrandecimiento, la elevacion, la dignidad de las ideas, y cuyo sello se imprime en todo lo que causa admiracion, en todo lo que afecta vivamente la fantasía, en todo lo que inspira respeto, veneracion y gratitud, personificó la existencia de facultades estraordinarias. Creó la fuerza, la invencion, la poesía y la justicia, considerándolas como séres reales, y nombró á Hércules, á Teseo, á Eneas á Orfeo, á los que llamó primero héroes, y luego semidioses.

Los fenómenos naturales idealizados por la imaginacion y revestidos de formas monstruosas; el aspecto general de la tierra aun no bien restablecida del trastorno que el diluvio produjera, cubierta de pantanos, de selvas impenetrables, de profundas hendiduras y de otros osbtáculos que se oponian á la libre comunicacion de las tribus esparcidas en su vasta superficie; la muchedumbre de fieras y reptiles que poblaban las selvas, y cuya abundancia era proporcionada á la escasez de las habitaciones humanas; la falta casi absoluta de conocimentos geográficos que acreditó la creencia en centauros, sirenas, sátiros y otras criaturas monstruosas: todas estas causas hicieron que las primeras generaciones desplegasen toda su actividad en purgar á la tierra de tales mónstruos.

Y cuando uno de estos gigantescos trabajos era llevado á cabo por una generacion entera, la fantasía popular lo atribuia á un personage fabuloso, al que solamente creian digno de tan árdua empresa. Asi el estrecho de Gibraltar, que la mitología atribuye á Hércules, no será otra cosa que la inmensa laboriosidad del carácter fenicio que necesitaba un nuevo camíno para proseguir sus especulaciones mercantiles.

Hemos procurado dar una idea de las circunstancias que componen el carácter de Hércules; de sus relaciones con las otras clases de la sociedad, y del influjo que alcanzó en el desenvolvimiento sucesivo de la humanidad. No terminaremos sin recordar, que á fines del siglo pasado, el espíritu analítico de los enciclopedistas, encarnado en Dupuis, se empeñó néciamente en probar que las analogías que entre algunas ficciones mitológicas y los hechos de la Segrada Escritura indudablemente existen, demostraban la falsedad de esta. Como si la semejanza de la ficcion con la verdad probára nada contra la última; porque cuando se finge, se busca la *posibilidad* de lo fingido, que en rigor no es otra cosa que la semejanza entre lo falso y lo cierto. En una palabra, toda la teoría de Dupuis solo alcanza á probar que, en medio de las quimeras de los paganos, se encuentra tal cual vislumbre de la doctrina verdadera. Negar por eso la revelacion, es negar al Sol la esclusiva direccion del dia, porque en las tinieblas de la noche brille acaso fugaz relámpago.

José Sanchez Castellano.

Ecija 28 de Octubre de 1875.

(1) Biblotheque universelle.

FANTASÍA

Dedicada al P. Francisco Calvo

en el dia de su primera celebracion.

Suelto el cabello por la blanca espalda,
Y envuelta en el pendon de ambas Castillas
Va la vírgen España; su guirnalda
No tiene ya el color de la esmeralda,
Ni el tinte de las rosas sus mejillas.

Hay en su frente luto y amargura,
Tristeza en el fulgor de sus pupilas,
Mas la risa en sus lábios de ternura
Eleva su seráfica hermosura
A la dulce beldad de las Sibilas.

Vaga indecisa cual pagana diosa,
Que en busca de su amor va solitaria;
Por fin vuelve hácia aquí su faz hermosa
Y viéndole camina presurosa:
Óyela hablar, escucha su plegaria.

Soy España; desecha los temores:
Fuí la reina feliz del viejo mundo;
Ansié gloria y mis bravos defensores
Lucharon con el mar y sus furores
Y otra tierra surgió de lo profundo.

Doquiera al ¡Criador se bendecia
En el lenguaje de mis cantos bellos;
El orbe á mi poder enmudecia
Y el sábio de placer se estremecia,
Mirando de mis ojos los destellos.

Envidioso Luzbel de tanta gloria,
Cercó de sus espíritus mi trono,
Alcanzando por fin triste victoria;
Y hoy repaso los fastos de mi historia
Y á la pena y al luto me abandono.

Porque solo laureles ya marchitos
Y este roto pendon de ambas Castillas
Me restan de mis triunfos infinitos;
Y hoy lloro de mis nobles los delitos,
Y me aterran siniestras pesadillas.

Y, ansiosa del consuelo de mis males,
Marcho sola por páramos desiertos,
Y allí evoco las sombras celestiales
De mis bravos y sábios inmortales
Y celebro festines con los muertos.

Allí miro á Pelayo y Recaredo,
A Gonzalo v al Cid y al gran Fernando,
Maldiciendo á sus hijos por su miedo;
Y allí escucho á Leon que blando y quedo
Un canto de tristeza está exhalando.

. . . . . .

. . . . . .

Hoy que del cielo descendió á tu mano
El Dios de majestad á quien venero,
He compuesto el semblante, y me engalano
Y vengo con sonrisa, dulce hermano,
A que gloria me des; que si nó muero.

Inflama el corazon de aquella infancia,
Que fiel de tus virtudes participe,
Y que sábia y piadosa y con constancia
Ella puede tornarme á la arrogancia
Que me dieron los tiempos de Felipe.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Marzo de 1871

A Y. C. Y C.

SONETO.

Brillante en tus colores, orgullosa,
Naciste, Nise, ¡singular ventura!
Mecida por las gracias con dulzura
Bajo el techo de otra Nise cariñosa.
El lirio, el alhelí, la deleitosa
Cándida flor de sin igual frescura
Dulce jazmin, como ninguna pura;
La alejandrina y encendida rosa;
El clavel con su excelsa gallardía;
La blanca y balsámica azucena,
Que camarines orientales llena;
El nardo de suavísima ambrosía;
Todas, todas envidian tus primores
Porque eres tú la reina de las flores.

SIDI-ALIATAR.

Ronda 12 *Noviembre* 1875.

ANTE EL CADÁVER DE MI AMIGO.

REFLEXIONES.

Triste, muy triste es seguir atentamente los estragos que una de esas crueles enfermedades, contra las cuales no hay remedio posible, produce en una persona querida, hasta verla gradualmente pasar de la mas florida salud á la caquexia mas extremada y de esta á la muerte. Pero es mucho mas triste despedirse alegremente de un ser querido, alejarse de él acariciando mil proyectos llenos de vida y de animacion, y cuando aun no ha pasado media hora, cuando aun resuena en el oido el eco de su voz, oir que le dicen: tu hermano, tu padre, tu amigo, ó lo que sea, acaba de morir, ó se está muriendo.

Cuando ocurre lo primero, el curso de la enfermedad nos hace sufriir al par que al paciente; pero los progresos de esta por un lado y el tiempo que dura por otro, nos preparan á esperar su resultado.

Mas cuando la muerte sobreviene de improviso, cuando con cruel sarcasmo convierte las alegrías de la víspera en horrores del presente, sin que la reflexion que presta el tiempo nos prepare á tan radical cambio, entonces sentimos de una vez todos los dolores, todas las desdichas, toda la tristeza en que nos sumerje la muerte de la persona amada, y á la desesperacion sucede el abatimiento y á este el estupor, cuando no la blasfemia.

Hace diez dias Rafael Losilla y Usero era mi amigo; vivia en la calle de Toledo en Madrid, á donde habia venido á concluir su carrera.

Solo hace nueve dias que Rafael Losilla y Usero ya no es mi amigo. Ya no vive en la calle de Toleledo. Descansa en un nicho de la Sacramental de San Isidro.

Sonreia á mi amigo la fortuna en cierto modo. Tenia veinte y cuatro años, una gran inteligencia y un corazon hermosísimo.

Ansiaba concluir su carrera, pues le esperaba su madre, que no tenia otro hijo, ni á nadie mas que á él en el mundo, y Maria, huérfana recojida por su madre de un modo parecido al que nos cuentan en las novelas, y por su madre criada y educada.

Mi amigo idolatraba á su madre y adoraba á Maria, con gran contentamiento de la primera que veia en esta union la raiz del árbol hermoso á cuya sombra pasaria felizmente los dias que le quedaban de vida.

Todo esto tenia razon de ser hace diez dias.

Si alguien antes de este término le hubiera dicho á alguna de estas tres personas que solo en pensamiento quedarian sus ilusiones, bien modestas por cierto, no hubieran podido creerlo, no lo hubieran comprendido.

Hace nueve dias, sin que nadie les diga nada, sin mediar explicacion alguna, una horrible verdad le hace á las dos que quedan, comprender lo que antes hubiera sido para ellas incomprensible.

¡Triste privilegio el de la muerte!

A Rafael no podia tratársele sin amarle, sin admirarle, porque Rafael era la razon; porque Rafael era la bondad personificada; porque Rafael sabia hacerse amar.

Murió no obstante lejos de su madre y de su prometida, únicas personas á quienes tenia en el mundo; en una casa peor que extraña, de pupilos!

Cuando supe que estaba enfermo corrí á su casa. Solo dos horas vivió despues! Miguel, otro amigo suyo, y yó lo velamos toda la noche. Yo no lo dejé hasta que lo depositaron en la sepultura.

Durante el tiempo que estuve velando su cadáver, ni una palabra salió de mis lábios; en cambio mi cabeza amenazaba trastornarse.

Me acordaba de su madre, de su novia, de él, y no podia olvidar que la última vez que paseamos juntos, como tantas otras, nos ocupamos *de la muerte, de lo que ella seria*: y Rafael como siempre, en aquella ocasion fué el número uno, como le llamábamos en las áulas.

La muerte de mi amigo; las circunstancias que la rodearon, junto con la honda mella que deja en mí su recuerdo, y principalmente la noche que pasé *ante el cadáver de mi amigo*, de una manera desaliñada y sólo procurando retratar la verdad de lo que aquella noche pensó mi pobre cabeza, es el objeto que me mueve á emborronar estas cuartillas, para las que, al decidirme á darlas á los Ecos, pido indulgencia.

I.

Héme aquí, pobre amigo mio, parado ante tu cadáver. La muerte! tema que tantas veces ha sido objeto de nuestras discusiones, se rie descaradamente de mi dolor. La veo, la toco, miro sus escuetas formas, sus descarnadas mejillas, sus hundidos ojos y siento en lo mas profundo de mi sér el horrible frio que, por doquiera ella está, hace sentir!

Aun no hace treinta horas que la sangre corria por tus venas, que tu voluntad movia tus músculos, que tus ojos acusaban tu naturaleza superior y tu poderosa inteligencia, que por todas partes respirabas vida; la vida hermosa de los veinte años!

Pobre amigo mio! Treinta horas han bastado para trocar en polvo tu lozanía!

Ya la sangre no corre por tus venas; ya tus músculos no obedecen á tu voluntad; ya tus ojos apagados solo acusan la muerte!

¿Quién me habia de decir al estrechar tu mano el sábado último, despues de pasear en tu grata compañía, que habia de volver á verte á las dos horas postrado en el lecho, preso de la horrible enfermedad que á tan agigantados pasos te condujo al sepulcro; ni cómo figurarme que aquella mano tersa, sonrosada y tibia que entre las mias estreché al separarme de tí, volveria á hallarla descolorida y fria y sin que ella á su vez estrechára la mia? Pobre amigo!

Cuando tu tirano verdugo te concedió la pequeña tregua que precedió á tu muerte, tu mano moribunda, que aun retenia entre las mias, me las oprimió convulsiva, y dos palabras, qué digo dos palabras! dos poemas de dolor que no olvidaré, se escaparon á tus espirantes lábios. ¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Maria!!! volví á ver en tus ojos la vida, pero como fugaz meteoro, apenas apareció se fué para siempre! . . . . . .

Pobre amigo mio! Qué debiste sufrir en el corto espacio en que fuiste de nuevo dueño de tu inteli-

gencia! Tu madre querida, la viejecita de quien tantas veces gustabas hablarme, se hallaria tal vez gozosamente entretenida en prepararte comodidades para tu próxima vuelta, mientras tú exhalabas el postrer aliento sin poder imprimir en su frente el beso de despedida; y tu prometida, la infeliz Maria, tal vez reciba la noticia de tu muerte al concluir de bordar el velo que preparaba para vuestros desposorios!.....

II.

¡Oh! cuántas ideas acuden á mi imaginacion al contemplarte muerto!

¿Te acuerdas de aquel tema que tantas veces fué causa de nuestra conversacion y amistosas discusiones? ¡El dolor me ciega; me dirijo á tí como si tu inanimado tronco, vil materia, único resto que de tí queda en este mundo, pudiera contestarme!

Cuando aun no cumplidos tus dias me hablabas de la muerte, unia á tu gran imaginacion la pobre mia y gustábame seguirte de la tierra á otro mundo y de este á otros; mundos á los que tu fantasía ayudada y exaltada por las ideas cogidas en las producciones de Allan Kardec y tantos otros, veia como teatros futuros donde habian de llevarse á cabo otras tantas reencarnaciones de nuestro espíritu; es decir; como moradas que forzosamente habremos de habitar en el incesante comercio que el espíritu tiene con la materia, en esa serie de reencarnaciones sucesivas por las que, con el objeto de purificarse para el alma, al decir de los espiritistas, hasta que purgando de un todo el pecado que cometiera, llega completamente pura al mundo por excelencia, al mundo de la verdad. O ya parados, perderme contigo en la complicadísima máquina del cuerpo humano, estudiar las propiedades de la materia y aquellas circunstancias mediantes, las cuales creen los materialistas se produce todo lo creado, ora entusiasmados y ya corriendo por distinto camino, no teniamos inconveniente en admitir qué partes de la Causa Única, la inmensa reunion de todo lo creado, constituia la unidad perfecta que todo lo rige y sustenta todo. De la idea panteista me sacaba tu imaginacion y me llevaba á otras más ó menos osadas, cuando no ridículas, y entonces nos reiamos de Pirron y de sus ideas y de nuevo veniamos á parar la imaginacion, despues de tan variado paseo, ante la idea de la muerte.

La densa oscuridad que la envuelve, el pavoroso misterio en que se encierra, haciendo imposible penetrar su secreto, te lanzaban en el engañoso campo de la hipótesis. Entonces prorrumpias: ¿acto en virtud del cual nos despojamos solo de lo que es de este mundo, acaso la muerte será el comienzo de otra nueva vida, ó nos perderemos en los anchos pliegues de su medroso sudario por toda la eternidad? Purgatorio este mundo de faltas cometidas en otro, acaso la muerte será señal misericordiosa de un dios justiciero que nos manda su perdon?

Y si esto es así, ¿deberemos representarnos á la muerte, fatídica figura envuelta en negros crespones, de ojos hundidos y aspecto demacrado, ver en ella el último horizonte de esta vida á cuyos límites encontraremos el feliz punto que dá paso á otra nueva, mas amplia, mas dichosa y mas perfecta que esta, ó á angelical enviado de un Dios todo misericordia que se ha dignado perdonar?

Pobre amigo mio! Hoy como otras veces tambien vaga mi imaginacion entre estas ideas, y tambien ahora tú me invitas á ello. ¡Cuán diferentes son las circunstancias! Antes tu imaginacion esclavizando la mia, la llevaba hasta ellas y me decia cosas bonitas, *hermosas mentiras* que nos hacian entusiasmar. Ahora su mudo cadáver me dice mas que toda esa multitud de teorías con que la variedad humana trata de esplicar lo que nunca estará á su alcance. Él me convida al recojimiento y siento en mi alrededor algo que no me esplico, pero que me incita á pensar en mi pequeñez y en la terrible grandeza de la muerte.

III.

Con el escalpelo de la hipótesis nos creemos fuertes para penetrar toda clase de cuestiones; nuestra vanidad nos hace creer que estamos en lo cierto, cuando de él hacemos uso, siempre que nos dá por resultado una hermosa mentira que nos halague; sobre todo en aquellas cosas que por su completa oscuridad y misterioso aparato señalan límites á la inteligencia humana, colocándose ellas por encima.

Esto ocurre con la muerte.

Mas ay! que todas estas falsas teorías, todas estas engañosas hipótesis muestran de lleno su exíguo valor, cuando el sentimiento de la amistad ó el amor nos prestan ánimo para interrogarla frente á frente?

¿Qué es la muerte?

Eterna pregunta que nunca sabrá el hombre responder.

La muerte es la miseria; responde la infeliz madre que mira á sus hijuelos huérfanos.

La muerte es la soledad, dice tristemente el huérfano que á nadie vé en su alredor, y se halla privado de todo apoyo en el revuelto mar á que llamamos vida. Es la desesperacion, prorumpe entre sollozos contemplando á una madre que besa con afán á su hijo.

La muerte es el mas cruel verdugo que puede atormentar el corazon humano, esclama el padre que ha visto morir uno por uno todos sus hijos.

La muerte es la desolacion, el llanto, el dolor, la

miseria, el abandono, grita en coro toda la humanidad.

¡Solo el desesperado vé en ella un término á su pesar!

¡Oh, qué bien se comprenden estas respuestas! ¡Con cuánta verdad hablan la viuda y el huérfano, el infeliz padre y todo aquel que lo hace bajo la impresion de tan tremenda desgracia!

No así respiran verdad las mas acertadas teorías que acerca de su naturaleza íntima, de su esencia, han podido los hombres formar. Inútil el tiempo que invirtamos, en querer resolver tan oscuro enigma; y el viejo y el niño, y el rico y el pobre, y el sábio y el ignorante, todos en fin, seguiremos siempre pagando tan terrible deuda.

Pero es esta la muerte?—No; es su resultado.

La pregunta siempre queda en pié para desesperacion del hombre.

IV.

¡Oh! Y al ser cierto que tenemos alma, que esta jamás muere; tú que de fijo estarás en el lugar de los buenos, puesto que fuiste buen hijo, buen hermano y buen amigo; que no conociste el rencor ni la envidia; y que siempre tuviste la caridad por norte, en este momento en que libre de la opresora materia vaga tu alma por la region eterna y contempla la honda pena que tritura el corazon de la pobre viejecita que fué tu madre en este mundo, dime: ¿embarga tu espíritu la amargura, ó deslumbrado por el sin fin de soles que sirven de pedestal al Dios Todopoderoso, atónito al contemplar tanta hermosura, gozando de la Suprema Belleza, un éxtasis divino será continuamente el estado de tu alma, que te impida recordar tu estancia en este mundo, los deudos que en él dejas, y hasta tu madre?.....

¡Oh muerte, oh muerte! Arcano impenetrable, todo misterio donde tú comienzas, no seré yo el osado que intente sorprender tu secreto. Confieso que me desespera tu oscuridad, que me irrita tu insensibilidad y cruel incertidumbre; mas sea lo que quiera de tu esencia última, fuerza es doblegarse á tu incansable guadaña; pero tú, que eres la noche, tú qué eres la duda, tú que arrebatas el hijo á la madre, el padre al hijo, el hermano al hermano, que creas el huérfano y la viuda, que por doquiera siembras la desolacion y el llanto ¿es posible que haya quien te vista de alegre ropaje, ponga la sonrisa en tus lábios, la oliva en tus manos y cifre en tí su ventura? Tú que trocaste en polvo la lozanía de mi amigo y borraste su edad del tiempo, ¿cómo es posible que te contemple bella? Tú que eres la destruccion, cómo quieres que te mire sin espanto? Huye diosa avara y mas negra que la noche; tú que á nadie perdonas, que con tétrico sigilo acechas implacable nuestra última hora, no creas verdad lo que el hombre arrebatado por el dolor dice de tí; no ves que la oliva en tu mano, la sonrisa en tus lábios, y otro atavío que los negros crespones de tu sudario seria un sarcasmo? No creas que en realidad pueda alguien amarte. No confundas la resignacion que presta la imposibilidad de serte insolvente con el asentimiento de seguirte. Ten por seguro que sin esta precision ineludible, las Parcas quedarian ociosas y las medrosas aguas de la laguna Estigia solo por Caron serian cruzadas.

V.

Pobre amigo mio! Qué triste suceso me disuade una vez mas á no levantar la imaginacion hasta los augustos misterios de la Divinidad. ¡Qué grande es despues de todo la muerte y qué pequeño el hombre! Pero si ella es obra de Dios, el hombre no lo es acaso tambien? Puedo yo remediar sentir en mi corazon horror hácia ella?... Créeme, amigo mio, no sé que es la muerte, ni lo sabré nunca; en justicia no sé cual deba ser su atavío; pero el hombre al querer darla forma la pintó negra y fria, vestida de lágrimas y luto, llevando tras sí el desamparo, la desesperacion, la miseria y la ruina. No otro vestido la conviene; no otra pintura seria exacta. Cree á tu amigo;..... pero qué digo? Si es verdad que despues de muerto aun vé el alma lo que ocurre en este mundo, pídele su parecer á tu pobre madre, pídesela á la infeliz Maria.

VI.

Terrible intervencion la de la muerte; tú que á no haberte robado la fiera Parca de entre los vivos con las soberbias concepciones de tu poderosa inteligencia, con los admirables rasgos que constituia tu carácter, con tu incesante aplicacion é incansable laboriosidad, con tantas buenas cualidades como reunias, hubieras sin duda añadido un nombre más á tantos ilustres, para honra de la pátria y gloria tuya, sólo dejas de tu paso en este mundo un triste recuerdo entre tus amigos, un manantial de lágrimas en los cansados ojos de tu anciana madre, y una triste historia de amor en el corazon de la infeliz Maria.

Rafael Morales del Valle.

Madrid y Octubre 24 de 1875.

RECOMPENSA.

A. . . . .

De todo el mundo te encontré olvidada;
Te amé por compasion... y me has dejado!
¿Que lo siento has creido? ¡no ha pesado
Jamás una obra buena á un alma honrada!

RAFAEL QUINTANA Y MEDINA.

RIMAS.

¡Cuán grave fué mi error! ¡Cómo inocente
creí ciertas tus frases espresivas!...
¡Pensaba que á tu edad, siendo tan jóven.
la mujer no fingía!

Hoy ya me he convencido que el engaño
de la mujer es propio y de la niña;
¡donde pensaba hallar fragantes flores
solo he encontrado espinas!

¿Qué estraño que mañana, en tono escéptico,
mi corazon, ya desgarrado, diga:
el amor, la virtud y la pureza,
todo es ficcion, mentira!

JOSÉ RUIZ TORO.

¿QUIÉN SE FIA DE NIÑAS?

Creí un tiempo que me amabas
porque así me lo decian,
dos niñas que no sabian,
Celia, que las engañabas.
Mas vanas son mis querellas,
ambos merecemos riñas;
tú por engañar á niñas,
yo por fiarme de ellas.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

CANTARES.

El agua abunda en los rios,
En la pradera las flores,
En mi espíritu tristeza,
Y en mi corazon dolores.

Yo sembré una planta un dia
En el jardin del amor,
Mas fué la tierra tan mala
Que la planta se secó.

El pecho de la mujer
Es como el melocoton,
Que el mas hermoso por fuera
Siempre es por dentro el peor.

JOSÉ PALACIOS Y GONZALEZ.

CRÓNICA LITERARIA.

Restablecida la digna directora de *La Madre de familia*, de la enfermedad que le aquejaba, hemos tenido el gusto de volver á ser favorecidos con la visita del apreciable colega que tan cumplidamente llena el objeto que su título indica.

*
* *

Tambien *El Espiritismo*, de Sevilla, cumplido el plazo de su suspension, ha vuelto á honrarnos con el cambio.

*
* *

El Periódico para Todos, de Madrid, continúa publicando bellísimas novelas acompañadas de láminas y graciosos chistes; la gran aceptacion que merece del público ilustrado, es la mejor recomendacion que de él puede hacerse.

*
* *

Hemos tenido el gusto de volver á ver en nuestra redaccion á la *Gaceta Internacional*, de Bruselas, despues del largo tiempo que su ausencia nos ha privado de la lectura de tan ilustrado colega. Tanto á éste como á los demás que nos han honrado con la reproduccion de los artículos y poesías publicados en nuestra modesta Revista, damos las gracias por una tan señalada prueba de deferencia.

*
* *

Hace algunas semanas que no recibimos la visita de *El Museo*, de Málaga; *El Liceo*, de Granada; *La Lira*, de la Coruña, y *El Sentido Comun*, de Lérida; tambien recibimos con irregularidad la de *El Ramillete*, de Barcelona. Sea ésto debido á mala administracion de Correos ó á otras causas, siempre sentimos estas faltas y retrasos.

A LA Srta. R. M.

El sol al manto de la niebla cede,
Dormir parece la natura entera,
Y llora el alma que dormir no puede,
Vivir ansiando en la celeste esfera.

Llega la noche y vierte protectora
En el mundo mil sueños de ventura,
La tierna voz del corazon que adora
Habla de amores en la sombra oscura.

Amor! palabra mágica, divina,
Que presta al corazon paz y dulzura,
Que halaga nuestra mente y nos fascina
Y llena el alma de eternal ventura.

Amor! eterno y sin igual torrente
Que junta al alma con el alma pura
Para formar un alma solamente
Mas capaz del placer y la ventura.

Yo siempre te adoré, siempre estasiado
Contemplé tu beldad hija del cielo,
Y tan solo de tí, yo enamorado
Esperé la ventura en este suelo.

Mi ventura era amar y ser amado,
Esta fué mi esperanza, este mi anhelo,
Y amé por fin con loco desvarío.....
Ay! á quien no responde al amor mio.

EDUARDO LLINAS DE CASAS.

UN GITANO.

Juan Rosendo caminaba
Sobre una mula tordilla,
Que para vender llevaba
Á la feria de Sevilla.
Sucedió pues, que al pasar
Junto á las tapias de Utrera,
Oyó la mula roncar
Á un *cochino* (que tal era)
El animal que dormido
Se hallaba allí..... *á la fresquita*,
Al verlo, pega un bufido,
Bota, salta, se encabrita
De modo tal, que rompiendo
Las cinchas (que eran ya viejas)
Hizo apearse á Rosendo
Mal grado por las orejas.
Quedó el pobrete en la via
Dando alaridos atroces,
Mientras el campo corria
La mula tirando coces.
Siguióla con turbios ojos
Hasta que al fin se paró;
Cojióla y con mil enojos
Así furioso la habló:
«No ziento la corchaita»
«zino que tengo que isir»
«Que tú erex güena ¡mardita!»
«¡Para poerte pulir!»

DIONISIO J. DELIDADO Y RENDON.

CHARADAS.

Tres, cuatro, cinco,
es una moza
de blondos rizos,
bella y graciosa,
Y *una, dos* por el paseo
con tanta gracia y tal aire,
que en mi TODO yo no creo
haya quien pueda igualarle.

E. LL.

Me muero: llegó mi hora;
Pero antes, niña, te advierto
Que *una cuatro*, segun debe
Quien se encuentra tan enfermo;
Y porque al mundo no digas
Que de tí ya no me acuerdo,
El prado de *tres, segunda*
Como legado te dejo;
Mas si á alguno se le mete
en la *prima* y *dos* que miento
Díle que el *segunda* y *cuarta*
Lo mate, que yo me muero,
Y aunque quisiera vengarme,
Ya ves, niña, que no puedo;
Mas si te pide las pruebas
Quien á ello tenga derecho,
Abres el TODO, y los datos
En él hallarás de cierto.

J. R. T.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

TE—A—TRO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Mártes 30 de Noviembre de 1875. Núm. 60.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—El Maestro Vicente Espinel, por La Redaccion.—A la Muerte (poesía), por don Benedicto Antequera.—Historia de un paraguas (seminovela bufa), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—Soneto, por don M. Santiago P.—Rimas, por don José Ruiz Toro.—Maliba (leyenda mora), por don Francisco Jimenez Campaña.—Cantares, por don Rafael Quintana y Medina.—La Perla (apólogo oriental), por don Antonio Pareja Serrada. Crónica literaria, por La Redaccion.—Epígrama, por don José Perez Cortina.—Charada.—Soluciones.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

En la sesion celebrada en 25 de Noviembre del corriente año por nuestro Municipio, se dió cuenta y lectura de un oficio de nuestro distinguido amigo y compatricio el ilustrado escritor, Sr. D. Juan Perez de Guzman, notificando haber concluido ya el trabajo literario sobre Vicente Espinel y tenerlo á disposicion del Ayuntamiento.

Hé aquí los términos en que está concebido este notable documento:

Copia del oficio, que el ilustre escritor Sr. D. Juan Perez de Guzman dirije al Iltmo. Sr. Alcalde de esta ciudad.

«Puesto término á la noticia biográfica que V. S. I. se sirvió encomendarme para que fuese leida en el acto solemne de la inauguracion del monumento que Ronda erige á la memoria insigne de su glorioso poeta Vicente Espinel, deber mio es comunicarlo á V. S. I., poniéndola desde luego á su disposicion. No ha sido la perentoriedad del tiempo en que he tenido que escribirla obstáculo á realizar el gran deseo que desde hace años abrigaba de intentar una prolija investigacion sobre los actos principales de su vida, que ni Sedan ni Castro acertaron á descifrar en el Parnaso Español el uno y en la Biblioteca de autores españoles el otro, á los errores introducidos de antiguo por los que en el siglo pasado han sembrado tantas equivocadas noticias en nuestra historia política y literaria, dominados por la indolencia y vacíos para acudir á las fuentes donde solo pueden hallarse testimonios de verdad histórica. Por eso la escasa nocion que hasta aquí teníamos del Maestro Vicente Espinel queda reducida desde su orígen hasta su muerte á pura fábula, desde el instante en que con documentos de autenticidad irrefragable me cabe el honor de haber reconstruido la relacion de su interesante vida. Débese esta laudable tarea, tanto como á mi mas ardiente deseo de antiguo alimentado, á la bondadosa escitacion con que ese Municipio me ha obligado á apresurar su tentativa y tengo sumo placer en consignarlo aquí, para que sobre ese Municipio de la digna presidencia de V. S. I., recaiga el lauro que de mi ensayo, si lo merece, resulte.

Tambien debo espresar á V. S. I., para que de V. S. I. merezca el voto de gratitud á que son acreedores, que he tenido la fortuna de hallar entusiastas auxiliares en mi trabajo de investigacion, á una porcion de distinguidas personas, de nombre ilustre las mas en la república de las letras, que no han perdonado medio de proporcionarme los datos y documentos que estaban á su alcance ó bajo su custodia, ayudándome en la ímproba tarea de su prolija inquisicion. Aunque en número no corto, permítame V. S. I. que las designe aquí al conocimiento de V. S. I. y al agradecimiento de mis conciudadanos todos, puesto que todos contribuyen con igual suma de interés y en atencion á la honrada memoria que Ronda dedica á la de uno de sus hijos predilectos.

Iltmo. Sr. D. Adolfo de Castro, Secretario del Ayuntamiento de Cádiz.

Sr. D. Antonio Sanchez Moguet, Biógrafo de Rodrigo Caro.

Sr. D. Antonio de Trueba, Cronista del Señorío de Vizcaya.
Iltmo. Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, de la Academia Bibliotecaria Española.
Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta, Director de la Escuela Normal de Música y Declamacion.
Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri, de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.
Sr. D. Francisco Diaz, Jefe del Archivo de Simancas.
Sr. D. Francisco Javier Simonet, Catedrático de la Universidad de Granada.
Iltmo. Sr. D. Joaquin Maldonado Macanal, Director general de Instruccion pública.
Sr. D. José Maria Asencio, de la Academia de Buenas Letras, Sevilla.
Sr. D. José Octavio de Toledo, Jefe de Sala de Músicas de la Biblioteca Nacional.
Sr. D. José Sancho Mayor, Secretario de la Sociedad de Bibliógrafos Españoles.
Sr. D. José Soler, Oficial de la Secretaría del Hospital de Santa Bárbara, de Ronda.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch, Director jubilado de la Biblioteca Nacional.
Sr. D. Juan Novilla, Archivero de la casa de la Excma. Sra. Duquesa viuda de Hijar.
Sr. D. Leonardo Perez de Guzman, Catedrárico del Colegio de San Coyetano de Ronda.
Sr. D. Lorenzo Nuñez, Teniente de Cura de la Parroquial de Santa Cruz de Madrid.
Sr. D. Mamés Esperebé y Lozano, Rector de la Universidad de Salamanca
Sr. D. Manuel de la Fuente, Archivero del Archivo Notarial de Madrid.
Sr. D. Manuel Goicoechea, Archivero de la Academia Española de Historia.
Sr. D. Manuel de Góngora, Catedrático de la Universidad de Granada.
Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle, Director de la Biblioteca de S. M. el Rey.
Sr. D. Miguel Martinez Sanz, Capellan Mayor de la Capilla del Obispo de Plasencia.
Sr. D. Narciso Ullana, Beneficiado de la Iglesia de Alcalá de Henares.
Sr. D. Pedro Angel Lumbrera, Teniente Mayor de Cura de San Andrés de Madrid.
Sr. D. Pedro Mangado, Secretario de la Congregacion de esclavos del Santísimo Sacramento.
Sr. D. Rafael de la Escosura, Oficial del Ministerio de Gracia y Justicia.
Sr. D. Rafael del Prado, Cura de Alpandeire.
Sr. D. Ricardo de Heredia, propietaeio de la Biblioteca de D. Vicente Salvá.
Sr. D. Teodoro de Robles, Administrador general de la casa Ducal y Estados de Hijar y Salvatierra.

Con tan notable cooperacion, creo haber hallado cuanto es materialmente posible para ilustrar la vida del Maestro Vicente Espinel desde su fé de bautismo hasta la de su defuncion, desde las primeras matrículas de Salamanca, hasta sus últimos empleos eclesiásticos, desde los ardientes versos que sazonaron la atrevida empresa de su juventud bulliciosa, hasta aquellos reposados y profundamente filosóficos con que se disponia á la triste despedida de la existencia.

La necesidad de completar con sus correspondientes recuerdos históricos y con sus necesarias consecuencias críticas cada uno de los grandes períodos de la vida de Espinel en las diversas vicisitudes de su fortuna, me han conducido insensiblemente á dar al trabajo encomendado por V. S. I. tales proporciones, que salen con mucho de las exigencias impuestas para la ocasion determinada. Por esta razon he procedido á hacer además un nuevo extracto que cumpla las condiciones de mi tarea, quedando á su eleccion y á la de ese Municipio la de la remision de uno ú otro segun sea su voluntad.—Dios guarde á V. S. I. muchos años.—Madrid 21 de Noviembre de 1875.—Juan Perez de Guzman.—Iltmo. Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Ronda.»

Esta comunicacion fué leida por el Secretario de la Ilustre Corporacion, y el Sr. Regidor, Ldo. Don Manuel Rodriguez Gil de Atienza sometió á la aprobacion de la misma la proposicion que publicaremos en el siguiente número de nuestra Revista.

A LA MUERTE.

¡Ven oh muerte feliz, ven; hoy te llamo
Lleno de angustia y destrozado el pecho!
¡Ven deleitosa muerte, yo te amo!
¡Escala con premura el débil lecho,
Y ligera y fugaz ven; no te tardes!
¡Esgrime la guadaña; no la guardes!

Ya resonando siento las campanas
Que exhalando en los vientos sus gemidos
Anuncian ha dejado estas profanas
Regiones mi alma; escucho los latidos
Del corazon de mi angustiada madre,
Y la triste congoja de mi padre.

Desata pronto leves ligaduras
Que á esta infecunda tierra me aprisionan;
Quiero ver las brillantes hermosuras
Que al Dios de los ejércitos coronan!
Quiero cantar unido á los querubes
Al que desata el rayo de las nubes.

¿Qué me importa este mundo de maldades
¿Qué me importan los cetros del tirano?
¿Qué me importan sus viles cruëldades?
Ni ¿qué me importa su sangrienta mano,
Si al fin sobre su altiva é impía frente
Corona y cetros romperás potente?

Vano es el mundo y vano sus placeres;
Vanidad son sus honras y ambiciones;
Vano su amor y vanos sus poderes;
Vanas su gloria y lúbricas pasiones;
Vanas son sus riquezas y sus galas,
Vanidades tan fútiles cuan malas.

Nada en la negra tierra me divierte,
Todo oscuro á mi vista se presenta;
Mas la vida que viene tras tí, oh muerte,
Belleza y claridad fúlgida ostenta:
Cruzando, espíritu, el eter leve y puro
Vuela veloz á su *inmortal seguro*.

Me dirijo al teatro y dibujado
Encuentro al hombre allí; fantasma escueto
Con relumbrantes trajes adornado,
Y engañoso cubriendo su esqueleto
Con afeite de gloria, que al vahido
De la muerte, se esconde entre el olvido.

Miro bailes y danzas cortesanas,
Miro aquellas bellezas seductoras
Encendiendo las almas en livianas
Y bastardas pasiones; yo sus horas
De vida cuento, y cálculos muy ciertos
Dicen que son las danzas de los muertos.

Tiendo la vista al escenario horrible
Do lucha la política ambiciosa,
Y enmedio del fragor sordo y terrible
Risa escucho sarcástica, horrorosa;
Es la voz estridente que el infierno
Triunfante lanza en su penar eterno.

Un sueño es todo, mas horrible sueño
Lúbrico y triste y lleno de amargura.
El hombre es sombra, y de letal beleño
Se alimenta; es la sombra allá en la oscura
Y fria noche del pecado insano,
Que se destaca cual fantasma humano.

¡Ven muerte! ¡Pronta ven! ¡Ven escondida!
Tú me despiertas del mortal delirio
Cautelosa cortando aquesta vida,
Cual corta el segador el bello lirio!
¡Quiero gozar la gloria á que convida
El justo Dios al que sufrió martirio!
¡Tú romperás la niebla que me abruma
Cual rompe el sol la asficiadora bruma!

BENEDICTO ANTEQUERA.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

SEMI-NOVELA BUFA DE

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

I.

Lectores, ¿habeis pasado algun invierno en Granada?

¿Sí? Lo siento. ¿Que nó? Pues os felicito por ello.

Yo he pasado tres; dos de ellos sin paraguas; al tercero me dejé llevar de una mala tentacion. Vivia en la calle del Escudo del Cármen, y desde allí á la Universidad, hay mas de dos pasos.

Me era preciso recorrer esta distancia cuatro veces todos los dias, recibiendo estóicamente la lluvia que en aquella ciudad, recuerda el pasage bíblico «*y las cataratas de los cielos fueron abiertas, etc.*»

Comenzaba el que llaman *dichoso mes*, vulgo Noviembre, yo habia cobrado la libranza mensual que mi curador me enviaba, y despues de pagar doce duros de pupilage á razon de dos pesetas diarias, quedábanme ocho para mis gastos particulares.

Formé el presupuesto.

Tabaco.	30 rs.
Café.	40 »
Ahogos ó desahogos imprevistos.	40 »
Total.	110

Restaban aun 50 rs. y esta cantidad bastaba, á mi entender para comprar un paraguas.

Decidíme pues, y echándome en el bolsillo del chaleco, los 160 rs. me fuí derecho al Zacatin y entré en una tienda cuyo nombre no quiero estampar aquí, por razones que mas adelante adivinarán mis lectores.

—¿Qué se ofrece? me preguntó un hortera, vestido conforme al último figurín, el pelo rizado, las

manos llenas de anillos; y oliendo á bruto que trascendia.

—Un paraguas, contesté, metiendo la mano en el bolsillo para cerciorarme de que mis 160 rs. estaban allí.

—¡Oh! los tenemos magníficos, muy *fashionables*, *haute noveauté*, mire V.—y al decir esto, comenzó á abrir los paraguas que habia sobre el mostrador.

—Y ¿cuánto? dije yó fijándome en el que me pareció peor y por consiguiente mas barato.

—Se lo pondré á V. á precio de fábrica; 80 rs., vea V. la factura.

No me tomé tal molestia, porque hubiera sido completamente inútil, estos geroglíficos mercantiles son indescifrables para los profanos.

Si la Esfinge hubiera propuesto uno de estos enigmas, á buen seguro que no hubiera habido Edipo que lo acertára.

—Me parece caro, contesté, pensando en que el precio excedia á lo que yó habia consignado en mi presupuesto.

—¡Caro! por el contrario, es *muy baratísimo*; vea V., gró diagonal, varillas de bambú, y puño de carey.

Yo por mas que miraba, no veia nada de esto, el gró se me antojó seda de ínfima calidad, el bambu ballena, y el carey cuerno, pero acordándome de aquellos versos que dicen:

> En este mundo traidor
> nada es verdad, ni mentira,
> porque todo es del color
> del vidrio con que se mira,

saqué dos monedas de á cuarenta reales, segun creí, y las coloqué sobre el mostrador.

Recogiólas el hortera y dióme en cambio el paraguas *haute nouveauté*.

Salí de la tienda con direccion á la Universidad, pidiendo á Dios, fervorosamente que lloviera.

Podeis calificar mi ruego de pueril, no me opongo á ello, pero yo necesitaba lucir mi paraguas, y ya comprendereis que no habia de ir á abrirlo sin un motivo racional,

Este motivo no podia ser otro que la lluvia.

El Cielo escuchó mis votos, mostrándoseme propicio, y antes de que llegase á la plazeta de las Pasiegas, llovia de una manera deliciosa; es decir, llovia á cántaros.

Abrí mi paraguas magestuosamente, con un gesto parecido al que debió hacer César al tirar de su espada para pasar el Rubicon, salva la distancia.

Me sonreia lleno de gozo, pensando en el efecto que iba á producir entre mis condiscípulos. Ya los veia reunidos en la puerta de la Universidad dirigiéndome miradas de admiracion y gritando llenos de entusiasmo: ¡Evohe! ¡Evohe! ¡*Dion* con paraguas!!!

Pero en el comedio de la calle de San Gerónimo tropecé con dos hembras que corrian á guarecerse del chaparron en un portal inmediato.

Ninguna ocasion mejor que aquella, de lucir mi paraguas y de mostrarme fino y galante; fuíme resueltamente al porton y les ofrecí el brazo para acompañarlas hasta su casa.

Ellas vacilaron, estuvieron un momento indecisas en admitir aquel pequeño servicio de un desconocido, pero el chaparron apretaba y aceptaron al fin dándome las gracias.

Eran madre é hija.

La madre era, sin adulacion, bastante fea; la hija ¡ah! la hija tenia una nariz remangadita, y un pié, y una pantorrilla capaces de entrar en calor al pico de Muley-Hazen.

La mamá se llamaba D.ª Angustias, la niña Encarnacion.

No sé por qué se me puso en la cabeza esplicarle prácticamente el misterio de su nombre.

Emprendimos la marcha; atravesamos la calle de San Gerónimo, plazuela de las Pasiegas, plaza de Bib-a-rambla, calle del Príncipe, plaza del Cármen, calle de Navas, y ya penetrábamos en la de San Matías, donde me habian dicho que vivian, cuando mi hechicera Encarnacion dió un grito.

—¿Qué es eso, niña?—preguntó severamente doña Angustias, recelando que yo me hubiera permtido alguna licencia poética.

Yo callé porque me reconocia culpable.

—¿Qué ha de ser?—dijo Encarnacion,—que vengo hecha una sopa. Mire V., mire V.

En efecto, el agua corria por su pañolon formando una caprichosa red, un laberinto de pequeños riachuelos que iban á desembocar en el puff y en la sobre-falda.

—¡Pues es verdad!—esclamó D.ª Angustias notando que su trage no iba más enjuto;—pero, ¿cómo nos ha caido este agua? ¿por dónde?

—¿Que por dónde?—contestó Encarnacion, tras una sonora carcajada,—por ahí, por ahí, y alzó su mano hasta tocar la tela del paraguas.

Seguí con los ojos la direccion de su mano y ví..... En aquel momento hubiera querido que me tragase la tierra con zapatos y todo; mi paraguas estaba literalmente hecho una criba.

—Caballero,—me dijo D.ª Angustias con acritud,—cuando se tiene un paraguas tan viejo y tan malo como ese, no se le ofrece á ninguna señora.

—Pero..... tartamudeé.

Encarnacion se mordia los lábios de risa viendo que mi rostro tomaba sucesivamente todos los colores del espectro solar.

Mi primer intencion fué contestar á D.ª Angustias que aun no hacia una hora que habia comprado el paraguas, pero era esta una verdad tan inverosímil, que no me atreví. Quise excusarme de un modo mas satisfactorio y contesté con aplomo: Señora, este paraguas no le uso nada mas que los dias que llueve.

—¡Bravo! ¿estás plagiando á Ribot y Fonseré?—oí que me gritaba una voz burlona.

Volví rápidamente la cabeza y me encontré de manos á boca con mi amigo y condiscípulo Perico Arjona, el estudiante mas calavera que ha pisado las áulas.

Tomóme del brazo, y sin darme tiempo para resistirle, me llevó hácia el Campillo.

Doña Angustias, Encarnacion, y lo que es mas, mi paraguas, habian desaparecido.

(Continuará.)

A MI QUERIDO AMIGO EL JOVEN POETA

P. Dionisio J. Delicado y Rendon.

SONETO.

Ando buscando, amigo, un pensamiento
digno de tí, ingenioso y elevado,
para con él, querido Delicado,
ensalzar tu clarísimo talento.
Quiero encontrarle, pero ¡loco intento!
huye de mí; no viene el condenado,
y, ¡vive Dios! que estoy desesperado
y maldigo mi corto entendimiento.
Nada..... no doy con él..... estoy corrido,
jamás me he visto en semejante aprieto:
me he lucido, Dionisio..... me he lucido.
Mas, ¡oh qué pensamiento mas completo!
ya lo hallé y lo transcribo decidido;
pero..... si está acabado este soneto.

M. Santiago P.

RIMAS.

Á A. . . . .

I.

Te prometí en mis versos *tus orejas*
cantar, mi bella amiga;
pero ¿no te parece que esto fuera
hacer prosáicas rimas?

¿Qué se puede decir que sea poético?....
¿Te diré que son níveas?....
¿Que semejan, quizás del Oceano
conchas de nácar nítida?....

Estas son cosas ya que el mundo todo
las calla por sabidas:
mas cumplir lo ofrecido me es forzoso,
aunque otro tema elija.

Un suspiro vá envuelto en los renglones
que mi estro te dedica;
te suplico, por Dios, que *tus orejas*
no sean con él esquivas.

II.

Quisiera yo esplicarte lo que siento
en lo más apartado de mi alma,
al recordar tu imágen seductora,
al recordar tus gracias.

De tu nevada frente los fulgores,
que tu génio declaran,
son rayos que en mi pecho, al contemplarlos,
encienden voráz llama.

Como las dulces tintas del crepúsculo
que acompañan al alba,
si estás risueña, alegre y distraida,
es bella tu mirada.

Y si algun pensamiento, algun recuerdo
triste y lejano tu atencion embargan,
no sé qué melancólica ternura
en tus ojos retratas.

Nunca he visto esos ojos, empañado
su brillo por las lágrimas.....
¡Deben, entonces, semejar estrellas
envueltas de una nube por la gasa.

Pero he visto vagar una sonrisa
por tus lábios de grana,
y el corazon saltárseme del pecho
ha querido con ánsias.

De tus hombros la curva he contemplado,
de tu seno la forma levantada,
y tu talle que tiene la soltura
de cimbradora palma.

Entonces he sentido que la sangre
su curso aceleraba
por mis venas; de mi se ha apoderado
una inquietud extraña.

Luego han cruzado por mi vista sombras
como vagos fantasmas,
y han zumbado despues en mis oidos
misteriosas palabras.

Me he querido dar cuenta de estas frases
y esas sombras fantásticas;
¡esfuerzo vano! y suspirando he dicho
¡Quién dejará de amarla!

José Ruiz Toro.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

Don Francisco Jimenez Campaña.

(Continuacion.)

III.

Donde declara á donde se fugó Omar con Maliba.

I.

Como á seis tiros de ballesta de la moruna ciudad, y coronando la cima de una pequeña montaña, habia por entonces un castillo desmantelado, quizá destruido en tiempo de la irrupcion de los árabes en la Bética. Habitábalo un viejo judio de luenga barba y ancha conciencia, que tenia por todo el contorno fama de alquimista y nigromante con lo que sacaba muy bien el oro á los crédulos mahometanos.

El sol acababa de asomar la rubia faz por los picos de la sierra y Habacuch, apoyado en el desvencijado balcon de la Torre del Homenaje, única que restaba á aquella fortaleza, contemplaba al rey de los astros, pálido y sin que de sus lábios saliera ardiente plegaria al Dios de Abraham y de Jacob. La rubia color del astro del dia, que iba tiñendo con su fulgor las nubes y las colinas, levantaban en su alma sueños ambiciosos de color de oro. Habacuch no temia poner ojos sacrílegos en aquel globo de fuego, donde resplancecia la gloria de Jehovah, quizá no le vendria á la memoria el recuerdo de aquel terrible castigo, que Dios hiciera con Ozá, por haber puesto manos temerarias en el arca sagrada del viejo testamento.

Sacóle de sus sueños el sonoro trotar de un soberbio corcel, hijo del viento; y cuando hubo visto que en él venian un caballero y una dama, esclamó ébrio de gozo y avaricia.--Mi fortuna al castillo los envia.—Y luego, porque observó que el doncel tornaba rienda, cuando le hubo divisado, gritó con voz chillona y desapacible:

—Eh! caballero, caballero, vuelve á enderezar tu corcel hácia el castillo, que no soy bandido, ni ésta es guarida de malhechores. Te lo juro por la gloria del Dios de Israel.

—Judío tenemos, esclamó Omar, pues él era el que en el caballo cabalgaba, y Maliba la dama, que en sus brazos sostenia.—Pues si judio es, el oro pondrá una mordaza en sus lábios, y nos dará cabida en ese destruido castillo. Y diciendo y haciendo, dirigió el caballo por la empinada y tortuosa senda que conducia á aquella fortaleza. Cruzó la barba cana medio echada por tierra, y el lugar donde en tiempos remotos debiera estar el puente levadizo, lugar ahora cegado con las gruesas piedras y escombros de los caidos muros para hacer practicable el sendero hasta el patio de armas, donde crecian en abundancia encarnadas amapolas y amarillos jaramagos.

Maliba callaba y de vez en cuando alzaba sus ojos llorosos buscando una mirada del mancebo, que le diera fuerzas para llevar á cabo tamaña resolucion. Una vez sus ojos se dirigieron al cielo, y los cerró aterrada, como si hubiera visto la justicia de Dios brillar en el espacio.

Habacuch se volvió á estremecer de alegría, cuando vió mas de cerca á Maliba: le pareció conocerla, y nuevos pensamientos de ambicion cruzaron por su frente. Cuando los amantes se hubieron apeado en el anchuroso patio, donde él los aguardaba, les dijo endulzando la voz:

—Bien llegada sea la linda pareja que busca nido en los agujeros de este viejo castillo.

—Gracias—dijo con voz seca Omar—conduce el caballo á la cuadra, si por ventura la hay, y torna pronto, porque he de hablar largamente contigo.

—Soy tu siervo—dijo Habacuch, inclinándose profundamente; y cogiendo el caballo del diestro se alejó por entre arcos y muros derruidos. A poco volvió y condujo á los huéspedes á la pieza donde él tenia su laboratorio y recibimiento. En él reinaba un completo desaliño: el olfato percibia mezclados los olores de las pócimas y ungüentos, y la vista tropezaba con los instrumentos desordenados de que él se servia para sus cábalas y oráculos, Aquí se veia

un *in folio* mugriento y voluminoso; allá un magno compás al lado de una calavera, acullá una retorta rodeada de grandes y pequeños pomos de cristal; y en el fondo de la habitacion un tosco hornillo de barro del que se levantaba entonces una columna negra de humo, que iba á perderse por un agujero abierto en el techo de tan peregrina habitacion.

—Qué quiere el apuesto caballero, dijo el judio, de la humilde ciencia de Habacuch?

—De tu ciencia, nada; porque no creo que los astros te digan la verdad cuando tú los interrogas; ni he menester tampoco de veneno para matar, ni de narcótico para adormecer.

Habacuch se mordió los lábios de cólera al ver que ponian de manifiesto delante de una dama todo lo inícuo de su comercio: que no hay mal ninguno que al hipócrita cause mas daño como el ser descubierto en su mentira. Pero como se juzgaba impotente para luchar con jóven tan bizarro, lugar no dió á que su ira se inflamase, y la apagó sagaz con una muy cándida sonrisa, y

—El judio Habacucfi, dijo, aunque conoce la yerba que mata, jamás en sus narcóticos la emplea. Dios desde el cielo y los reyes en la tierra deben disponer solos de la vida de los hombres. ¿Qué quieres, pues de mí, si en mi ciencia no crees?

—Que nos busques en el castillo lugar mas secreto y con mas decencia amueblado, y que abras tus viejos arcones, por ver si en ellos encuentras traje de caballero que le cuadre bien á esta doncella.

—Sí, que le tengo muy rico y bien conservado, y armas tengo que al traje acompañen; pero no sé yo, si tú querrás comprarme ropa de tan subido precio.....

—No hables mas, Habacuch, que puedes ofenderme. Ahora necesito que me compres un caballo en una de las alquerías mas cercanas; pero pronto, porque es mucha la prisa que tengo de abandonar tan hediondo albergue.

—Garrido caballero,—dijo Habacuch, tornándose á morder los lábios por las últimas palabras de Omar;—la guerra va consumiendo todos los caballos de pura raza, y si alguno queda querrán por él un tesoro.

—Mira—dijo Omar, echando mano á su escarcela y sacando de ella una caja, que descubrió,—mira si esta sortija podrá valer todo el oro que tú quieras llevarme por lo que yo necesito.

Los ojos de Habacuch brillaron encendidos por la avaricia, porque aquella joya, que miraban era de tanta valía que bien podia ser el espléndido regalo de un Sultan á su favorita.

Maliba ni aun siquiera en la sortija reparó: tenia el rostro encendido de vergüenza, los ojos en el suelo y el pensamiento en su padre, á quien pedia perdon en el lenguaje del alma, como si realmente hablando con él se hallára.

—Es preciosa la joya, dijo Habacuch, pero aun pierdo en el cambio: son de mucho precio los vestidos que te he de dar, y muchos los *zequies* que me han de llevar por el caballo.

—Habacuch,—repuso Omar con voz terrible—tú me has dicho que este castillo no era caverna de bandidos, y has mentido como un infame.

—Por el Dios de Israel que.....

—Calla, perjuro; toma y sácia tu codicia—dijo y alargó á Habacuch la sortija, mas una bolsa llena de oro.—Y ahora, repuso, guíanos á otra habitacion, donde seguros estemos, tráenos viandas y déjanos solos.

Habacuch condujo á los jóvenes huéspedes á otra habitacion amueblada con mas lujo, aunque no muy ricamente; les llevó algunos manjares, que dejó sobre una mesa, y haciéndoles una profunda reverencia salió de aquel lugar, aseguró las puertas de su laboratorio, y á poco abandonó el castillo, apoyándose en un báculo.

Habacuch conocia á Maliba, y sabia además era la prometida del visir del emir amumenim. Por eso cuando descendia del castillo su aváro corazon, idea le sugirió de vender á sus huéspedes, enviados á aquel castillo por malhadada fortuna.

(Se continuará.)

CANTARES.

Cuando me miras te pones
En estremo colorada;
¿Temes que digan mis lábios
Lo que tu rostro declara?

Año santo, año santo
Llaman al setenta y cinco,
Y yó digo que es muy cierto
Porque en él te he conocido.

Nunca me quedé dormido
Sin antes haber rezado;
Despues que te he conocido
Sin haberte recordado,
Jamás dormirme he podido.

RAFAEL QUINTANA Y MEDINA.

LA PERLA.

(APOLOGO ORIENTAL.)

A LA SRTA. DOÑA R. G. Y B. (1)

En un harem del Cairo, deslumbrante
de oro y azul, y nácares y plata
en almohadas de raso y terciopelo
está la hermosa egipcia reclinada:
á sus piés una niña fresca y pura
como el primer albor de la mañana,
cuenta las piedras que el katfan ostenta
y ante una perla párase asombrada:
—Madre, dime, ¿de qué se hacen las perlas?
su purísima voz de pronto esclama,
y la odalisca la responde:—Escucha
y tenlo muy presente, mi Zoraida:

«En las hojas de un árbol suspendidas
»y en el hueco de peña solitaria,
»viven las pobres rosas del rocío
»cuando entre nubes se despierta el alba.
»Alguna vez al perfumado aliento
»con que la pura brisa se engalana,
»una gota, de aquello sus cristales
»tiñe feliz y hácia la mar resbala:
»el mar tranquilo suspirando bebe,
»al fin la gota en sus abismos guarda,
»lecho le forma con su blanca espuma,
»seguro apoyo entre sus verdes algas;
»baja un rayo de sol dulce y ardiente,
»fecundiza de vida sus entrañas,
»una concha la encierra, y es la gota
»en purísima perla transformada.»

Alhá confunde la soberbia altiva
y en un rincon del paraiso guarda
tesoros mil para la humilde perla,
que es hija de la flor, el sol, y el agua.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega. Noviembre de 1875.

CRÓNICA LITERARIA.

Felicitamos á nuestro antiguo colega la *Revista de Málaga* por su reaparicion y desearíamos nos siguiese honrando con el cambio.

La *Ilustracion de la mujer*, sigue trabajando con constancia para cumplir con su lema que es «moralidad, instruccion y trabajo.» Enviamos el parabien á su directora, Doña Sofía Tartilan, distinguida colaboradora de nuestra Revista, por sus artículos sobre *Educacion popular*.

*
* *

Enviamos asimismo nuestra enhorabuena á *La defensa de la sociedad*, *El Heraldo Gallego* y *El Folletin*, de Madrid, Orense y Málaga respectivamente, por las continuas mejoras con que aparecen tanto en la parte literaria como en la material.

EPÍGRAMA.

¡Te idolatro!!!: un amante repetia
á los piés de la ninfa que adoraba;
y al decir *te idolatro* no mentia,
que el amante me consta profesaba
en cuestiones de amor la *idolatría*.

JOSÉ PEREZ CORTINA.

CHARADA.

Una vocal es la *prima*,
Consonante la *segunda*,
Otra vocal la *tercera*,
Y consonante la *última*.
En la cocina mi TODO
Lo encontrarás si lo buscas.

EL MISMO QUE VISTE Y CALZA.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª: AN—DA—LU—CÍ—A.

2.ª TES—TA—MEN—TO.

(1) Los dísticos entrecomados son la solucion á una fuga de consonantes propuesta por esta Señorita.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. Ronda.—Miércoles 1.° de Diciembre de 1875. Núm. 61.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—El Maesto Vicente Espinel, por la Redaccion.—La fé del amor (poesía), por don Antonio Pareja Serrada.—Maliba (leyenda mora), por don Francisco Jimenez Campaña.—Fragmento de un viaje (poesía), por el Doctor Apuros.—Historia de un paraguas (semi-novela bufa), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—El estío (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—A. . . . . Suspiros de amor (poesía), por don Arturo Rosal de la Vega. Cantar, por Yó.—Solucion.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

Hé aquí la proposicion presentada por el Sr. Don Manuel Rodriguez Gil de Atienza, á la que aludíamos en el número anterior:

PROPOSICION.

«El que suscribe tiene el honor de proponer al Ayuntamiento: 1.° Que por medio de oficio muy espresivo se dén las gracias al Sr. D. Juan Perez de Guzman por el desempeño de su obra en que, como este Municipio confiaba en sus talentos, se ha escedido de lo que era lícito esperar. 2.° Que se le signifique la gratitud con que el Municipio acepta la dedicatoria que de su obra nos ofrece, y que siquiera sea como una pequeña muestra de reconocimiento se le regale, en nombre de la ciudad, una pluma de oro con la siguiente inscripcion: «El Ayuntamento de Ronda en 1875 al biógrafo del Maestro Vicente Espinel Sr. D. Juan Perez de Guzman.» 3.° Que se le solicite la publicacion de la misma obra en los términos que juzgue mas convenientes y decorosos, aceptando como expresion del buen deseo de esta Corporacion enmedio de sus cargas y apuros, una suscricion de 50 ejemplares, parte de los cuales se remitirán en su dia á las Reales Academias de Madrid y Universidades literarias. 4.° Que por medio del autor este Municipio exprese la gratitud de esta ciudad á las dignas personas que se han servido auxiliar al Sr. Guzman en sus trabajos de investigacion sobre la vida de Espinel. 5.° Que se le invite á venir á esta ciudad, si sus ocupaciones se lo permiten, para asistir á la inauguracion del monumento que Ronda dedica á la memoria de su preclaro hijo el Maestro Vicente Espinel. Casas Consistoriales de Ronda 25 de Noviembre de 1875.—Manuel Rodriguez Gil de Atienza.»

Inmediatamente preguntó el Sr. Presidente si la proposicion se tomaba en consideracion y el Ayuntamiento lo acordó así y fué aprobada enseguida por unanimidad y con sumo gusto del Ilustre Ayuntamiento.

Por consecuencia de lo cual se ha dirigido á nuestro ilustre paisano, al par que las comunicaciones de gracias á sus auxiliadores en los trabajos de investigacion, la que está concebida en los términos siguientes:

Copia del oficio que el Iltmo. Sr. D. José M.ª Jaudénes, Alcalde de Ronda, dirige al Sr. D. Juan Perez de Guzman, contestando al anterior.

«Enterado el Iltre. Aynntamiento de mi presidencia del contenido de la comunicacion de V. S. de 21 del corriente, relativa á la terminacion del trabajo biográfico que por encargo de la espresada Corporacion ha tenido V. S. la bondad de llevar á cabo en loor y gloria del Maestro Vicente Espinel y de esta ciudad que le sirvió de cuna, ha acordado en sesion de ayer que se den á V. S. cumplidísimas gracias en su nombre, como tengo el gusto de hacerlo, por su desinterés y buena voluntad en este asunto; que se le remita y que se le suplique acepte una pluma de oro con que el Municipio intenta demostrarle su gratitud y que se deje á la eleccion de V. S. el envio de todo el trabajo que ha hecho ó el del extracto á que se contrae en su oficio, si es que este cumple en su juicio y llena el objeto

razon dispuesto á no reparar en infamia, si doncella en mi camino se cruzaba, con tal de lavar con sangre ó con honor la afrenta mia; vine aquí y tropecé contigo, y por tierra vinieron los castillos que fabricó en el aire mi venganza y mi lujuria. Tú eres, vida mia, el ángel que me salvas, y yo el caballero que arranco del cieno el cándido lirio, para llevarlo donde áuras suaves lo acariciarán, y arroyos de plata besarán su cáliz.

—Omar, tus palabras disipan en mi ánima el miedo que habia de estar contigo sola, al par que hacen crecer en mi corazon la ternura hácia tí. Ya solo me resta la pena de abandonar á mi padre. ¿No te juzgas criminal, cuando me arrancas de sus brazos?

—No; porque en la religion de tu padre está la muerte, y yo que te amo como se quieren los ángeles en el cielo, consentir no debo que en ella tu ánima perezca.

—Luego en el pais á que me llevas, no solo las leyes y las costumbres son distintas que las de aquí, sino que además adorais otro Dios.

—Sí, Maliba, pero es el Dios verdadero.

—Ah! yo no sé porqué me dejo arrastrar de tus palabras y dá mi ánima asentimiento á tu doctrina.

—Porque mi doctrina es la verdad, y la verdad tiene el encanto de la seduccion. Allí por la madre, que muerta lloras encontrarás otra mas buena, mas bella, mas pura, mas poderosa; porque tiene ángeles que la sirven, y porque su voluntad inspira en los elementos, en los alcázares del Edem y hasta en la oscura region de los precitos. Si á tu ánima rodea el gozo y la calma, sus ángeles aumentarán tu ventura; y si por desgracia la pena inundare tu corazon de amargura, tambien verterán sus ángeles sobre tu frente el bálsamo del consuelo.

—Ah! el sueño, el sueño mio! esclamó Maliba; como si realmente tornára á pasar por delante de sus ojos aquel sueño de dulzuras, que ella contára á su sierva Amina en el mirador del palacio de Abu-Said.

—Omar, continuó, mi alma ha soñado contigo no ha mucho, pero sí antes que te conociera; tú me llevabas por region desconocida, donde habia ángeles que acrecentaban la paz y que endulzaban la pena. Mi sueño comienza á convertirse en realidad: aquí está el dedo de Alá; nuestros amores estaban escritos en el libro de los cielos.

—Sí, Maliba, Dios lo ha querido; y esa augusta Señora de que te hablo ha tornado contra mí los dardos de mi malicia, convertidos en saetas de fuego, que han incendiado mi ánima en sus purísimos amores, que han hecho del soldado aventurero heraldo de sus doctrinas celestiales. Oh! siempre ella, la Vírgen, la bella, la santa, la sin mancilla: ella haciendo vencer á nuestros abuelos en Covadonga, y dándonos la victoria sobre los muslimes en el campo bendito de las Navas.

—Tú, esclamó Maliba, mirando á Omar con ojos aterrados. Tú el vencedor de mi padre; y eres cristiano, y esa hada, ó santa mujer te acompaña, y me hace sentir sus benéficos influjos, y parece que mi ánima despierta de profundo letargo, y la hace ver nuevos horizontes, donde la verdad campea irresistible; y Alá lo quiere.... Y mi padre? Ah!!

Maliba no pudo resistir tan encontrados sentimientos y cayó desvanecida en brazos de Omar, que acudió á su socorro.

—Dios mio! esclamó el mancebo en el colmo de su afliccion: no le arrebateis la vida; que yo os juro por la preciosa sangre que derramasteis en la Cruz, devolvérosla cristiana y pura como los lirios del Carmelo.

Y como hermano que vé en peligro la vida de su hermana, asi se hubo el llamado Omar con Maliba.

Buen espacio de tiempo duró el desmayo de la doncella; al fin el mancebo roció agua sobre su frente, y Maliba abrió los ojos y los tornó á cerrar, volviéndolos á abrir: así envia á la tierra sus rayos la luna, y los torna á esconder detrás de las blancas nubes, para aparecer de nuevo mas brillante y magestuosa en el manto azul de los cielos.

—Omar!

—Maliba! dijeron casi á un tiempo los jóvenes amantes, y Maliba prosigió:

—Lo he soñado yo, ó eres tú cristiano?

En esto se escuchó el ruido de unos pasos que se acercaban, y el mancebo le respondió:

—Habacuch se aproxima; despues te contaré mi historia.

Y Habacuch penetró misteriosamente en la habitacion de los jóvenes. Despues de tres ó cuatro afectadas reverencias dijo:

—Como no quiero que la impaciencia consuma el ánimo de mis huéspedes, heles de prevenir que en la alquería mas próxima al Castillo, me han indicado donde podré hallar el corcel deseado; y como sea lugar algo distante de esta fortaleza, les prevengo humildemente que hasta entrada la noche no me esperen. Ya dije antes que la guerra concluidos tenia todos los caballos, y esa es la razon porque....

—Bien, le interrumpió Omar, el tiempo es precioso: no lo emplees aquí hablando cosas ya de suyo harto sabidas para volverlas á repetir.

—Hasta la noche, pues, dijo Habacuch.

—Alá te abrevie el camino, respondióle Omar.

Y Habacuch salió con paso precipitado, y cuando libre se vió de la presencia de los jóvenes, una diá-

bolica sonrisa de triunfo se dibujó en su semblante, y apareció entonces como el demonio de la avaricia.

Dejemos pues á Maliba escuchando la historia del llamado Omar, y sigamos las huellas de Habacuch por ver donde lo llevan la traicion y la codicia.

(Continuará.)

FRAGMENTO DE UN VIAJE.

AL DOCTOR ARREPENTIDO EN EL OTRO MUNDO.

Era una tarde del florido Mayo,
El sol al declinar por Occidente
De luz rojiza tiñe la alta cumbre
Con su prostrero rayo:
Gime la fresca brisa aprisionada
En las pintadas flores,
Y entonan tristemente en la enramada
Sus endechas de amores
Los dulces y parleros ruiseñores.
Quiero decir, Doctor Arrepentido,
Y dejo la poesía,
Que era una tarde despejada, hermosa:
Aquella en que salia
De esta rica ciudad de Andalucía,
Camino de Granada
La poblacion por Alhamar fundada.
Ronco silvido anuncia
(Fuera la prosa) que llegó la hora
De que el tren con su marcha voladora,
Las distancias salvando,
Vaya el genio del hombre pregonando.
¡A Granada! dijimos; y al instante
Confunde su sonido
El metal de la alegre campinilla
Con el ronco quejido
Del vapor concentrado en la caldera,
De aquel vapor que nueva maravilla
Ya no encuentra distancias en la esfera,
Y en ímpetu furioso cual torrente,
Como del mar undoso la coriente,
Cruza valles y montes y cañadas,
Profundos precipicios,
Rasga la altiva sierra,
Penetra en las entrañas de la tierra,
Y el silvido gigante
Al invadir las vírgenes regiones
Grita con ronca voz: ¡genio, adelante!
Y con furor se agita
Y á otro nuevo confin se precipita.
Mil hermosos paisajes
Que ornó naturaleza con ropajes
De espléndida verdura,
Lucir pueden apenas su hermosura;
Que del tren la corriente voladora
No corta ya el espacio; lo devora.
Aquí feraz pradera
Esmaltada de lirios y otras flores
Esparce los olores
De eternal y fragante primavera;
Allí el limpio arroyuelo
Cuya linfa refleja el azul cielo
Murmura al deslizarse entre las flores
Un poema de amores
Mas puro que el candor de la doncella
O que el fulgor de rutilante estrella;
Allá la altiva cumbre
Del empinado monte
Amenaza rasgar el horizonte
Perdiéndose en la bruma
De tupido celage,
Y mas lejos el mar embravecido
Levanta copos de rizada espuma
Con su iracundo y múltiple oleaje.
Todo ante nuestra vista desparece:
Valles, montes, cañadas,
Y un punto imperceptible pronto crece.
Y huye pronto tambien de las miradas.
Así veloz cruzamos
La pintoresca vega malagueña,
La de Cártama antigua
Y la fértil comarca pizarreña;
De Álora los jardines
Que esparcen sus perfumes delicados
A remotos confines
Dejamos muy atras luego olvidados.
Gobantes, Bobadilla,
Del Guadalhorce á la derecha orilla,
Ví nacer en las faldas de una sierra,
Y en la última escuché la campanilla
Y una voz que con sones plañideros
Cada instante decia:
Comida aquí se sirve á los viajeros;
Y á renglon añadia,
Cambio de tren de Córdoba y Granada.
Yo tomé una chuleta mal asada,
Y otros dos ó tres platos infernales
Que en junto me costaron doce reales,
Y luego que acabé mas que desprisa
El tren siguió su marcha y la primera
Ciudad en que tocamos fué Antequera;
Luego vino Archidona,
Y en pos de las Salinas
Vimos de Loja la frondosa vega,

Que el límpido Genil gozosa riega.
Y despues á Granada
La ciudad por nosotros tan amada.
Salimos ya del tren; en el primero
Coche que tropecé dije: A la fonda,
Y encargué á un mandadero
Sacara mi equipaje;
Y mientras yo maldigo á este cochero
Y reniego tambien de este viaje,
Permíteme Doctor que me despida,
Que cansa una jornada tan seguida;
Con que á dormir Doctor, y hasta mañana,
Que me rinden el sueño y la galbana.

DOCTOR APUROS.

Granada Mayo de 1874.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

SEMI-NOVELA BUFA DE

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

(Continuacion.)

II.

—Entremos aquí, en la fonda de Simancas, me dijo Pedro,—yo aun no he almorzado y tengo mas hambre que un maestro; vamos, hombre, vamos, añadió al verme atontado como un palomino, ¿qué te pasa?

—Es que, es que... balbuceé yo.

—¡Bah! no te inquietes por eso, te convido yo, repuso, creyendo que mi indecision procedia del estado de mi bolsa; anoche hice un viaje redondo. Mira, continuó señalándome con el dedo el café del Recreo, allí tropecé con la suerte, he acertado tres *plenos* de á duro. ¡Viva la ruleta!

—Pero....

—¿Qué, tienes acaso cita con Encarnacion? á lo que creo eres su novio oficial.

—Si supieras!

—¡Hola! lances, aventuras, eh! bueno, ahora me lo vás á contar todo mientras tomamos un bocadito.

—Es que van á dar las doce y tengo que ir á la clase de derecho civil.

—¡Bah! al diablo las Partidas, el ordenamiento de Alcalá y todo ese fárrago indigesto. De aquí á Junio hay tiempo sobrado de aprender.

—Como tu quieras, dije, cediendo al fin á tan vivas instancias.

Entramos en la fonda.

Sirviéronnos el almuerzo, y mientras dábamos ocupacion á las mandíbulas, conté á Pedro lo que me habia sucedido aquella mañana.

—Te has enamorado de Encarnacion y quieres entrar en su casa; pues nada mas fácil, yo te presentaré.

—¡Cómo! ¿tú?

—Sí, yo, yo, ¿qué hay de extraño en eso? ¿por qué me miras con esos ojos tan abiertos?

—Pero, ¿tú conoces á esa familia?

—Pues no que no; como que he sido novio de Encarnacion.

Aquella noticia disparada á boca de jarro. no me hizo feliz. Pedro era uno de esos mozos que cuando dan con una chica que *toma varas,* la obligan, la obligan y se van á los medios.

Y yo harto sabia que Encarnacion no solo tomaba varas sino que *se crecia al palo.*

—¿Has sido su primer novio? le pregunté.

—Sí, en este curso su primer novio, pero estamos á tres de Noviembre.

Instintivamente, eché la cuenta: llevabámos un mes de curso, y á tal paso, Encarnacion debia tener nueve novios cada año, sin contar las vacaciones.

Pero no me aterré; si nada nuevo podia enseñarle, le haria recordar lo que sabia. Acepté la proposicion de que me presentaria.

—Bueno, te advierto, dijo Pedro, que está comprometida, segun me han dicho.

—¡Comprometida!

—Sí, pero es con un hortera, y á ella le gustan mucho mas los estudiantes, sobre todo los de derecho.

—Respiré, y como el nombre de hortera me trajese á la memoria los agujeros del paraguas, supliqué á Pedro me acompañara al Zacatin para reparar la distraccion imperdonable de no examinar lo que compraba.

—Eso está arreglado sobre la marcha, no tengas cuidado y déjame obrar. O el horterilla nos dá otro paraguas ó se come el mio. ¡Mozo! ¡mozo! Añadió dando una palmada.

Acercóse el mozo.

Pues bien, exclamé, deja que pague yo; bien merecen un almuerzo las noticias que me has dado, las ofertas que me has hecho y los favores que me harás...

—Pero ¿tienes dinero?

—Sí.

—Pues haz lo que quieras, consestó mi amigo encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto se debe? pregunté yo al mozo.

—Treinta y dos reales.

—Metí la mano en el bolsillo y... ¡lo encontré

vacío. Creí haberme equivocado de lugar y busqué el dinero en el opuesto, pero sin obtener mejor resultado. De los bolsillos del chaleco pasé á inspeccionar los del patalon, los de la levita... ¡trabajo en balde! Yo estaba encarnado hasta lo blanco de los ojos, sudaba como un pollo y me irritaba cada vez mas ante la sonrisa irónica del camarero. Volvia y revolvia mis bolsillos para ver si estaban rotos, palpábame por todas partes, no fuese que las monedas se hubieran metidos entre los forros, pero todo fué inútil. Al fin corrido como un mico, tuve que contar á mi amigo lo que me sucedia.

Pedro sin darme mucho crédito pagó al mozo, y salimos de la fonda..

—Confiesa, me dijo, cuando estuvimos fuera, que no tenias un cuarto.

Pero protesté y juré con tal calor, que Pedro llegó á convencerse de que le decia la verdad.

—¿Dices que esta mañana tenias ocho duros?

—Sí, respondí con abatimiento.

—¿Recuerdas en qué clase de monedas?

—Eran dos ochentinas.

—¿No has comprado nada?

—El paraguas de que te he hablado ya.

—¿Cuánto te costó?

—Cuatro duros... ¡ah! me has salvado, exclamé dando un grito de gozo y abrazando á Pedro; ahora recuerdo que dí las dos monedas de á cuatro duros, creyendo que eran de á dos.

—¿Al que te vendió el paraguas agujereado?

—Sí.

—Pues vamos allá; ahora mismo vá á darnos un paraguas nuevo, item mas, cnatro duros ó le parto en dos: en marcha.

Mi segunda distraccion era mas grave aun que la primera.

III.

Al cabo de diez minutos llegamos al Zacatin, y nos metimos, primero Pedro y despues yo, en la tienda donce pocas horas antes comprára el paraguas.

—¿Qué se ofrece? nos preguntó el hortera dirigiéndonos su frase sacramental.

—¿V. conoce á este caballero? dijo Pedro señalándome.

—Nada mas que para servirlo.

—Muchas gracias; pues éste caballero, prosiguió Pedro, es amigo mio, y ha venido esta mañana á comprar un paraguas.

—En efecto, ahora recuerdo, y ¿en qué puedo servir á ustedes?

—En poca cosa; el paraguas que compró este caballero está todo lleno de agujeros.

—Es cierto, afirmé yo.

—¡Que está agujereado! es posible, no lo niego, con el uso se estropea todo.

—Pero qué uso, ni que ocho cuartos, cuando no hace dos horas que lo compró. Ese paraguas estaba ya así.

—Es posible, no lo niego tampoco, pero el señor debió haberlo mirado. En resumidas cuentas ¿qué quieren ustedes?

—Que nos dé V. un paraguas bueno...

—Cuando un objeto ha salido de la tienda, no podemos cambiarlo ya; y ¿nada mas?

—Sí, hay algo mas todavia, dijo Pedro, á quien se le iba subiendo la sangre á la cabeza, con el tonillo impertinente del hortera; éste señor viene tambien á que le devuelva V. cuatro duros que ha pagado de mas, porque en vez de dar dos monedas de á cuarenta reales, dió dos ochentinas.

—Oiga V. señor mio, repuso entonces el hortera todo azufrado, que yo no robo á nadie ¿se entera V.?

—Vamos, contestó Pedro, deme V. el paraguas y cuatro duros y tengamos la fiesta en paz.

—Lo que voy á hacer yo, es plantar á ustedes en lo del rey; ustedes vienen de guasa y ya me voy cargando.

—Con que se vá V. cargando! eh! exclamó burlonamente Perico, pues descárguese V. y si es capaz de ello, échenos á la calle como dice, seor *cursi*, estantigua, mono sábio, que parece que lo han arrancado de una caroca.

—¡Caracoles! dijo el hortera, saltando el mostrador con la vara de medir en la mano.

Pero antes de que la pudiera levantar, se le fué al bulto Perico y la emprendió en él á mojicones.

—Traté de separarlos, ¡pero, que si quieres! Pedro menudeaba los puñetazos que era un contento, y por un hábil movimieuto estratégico, llevaba á su adversario hácia la puerta de la calle.

—¡Favor! ¡socorro! ¡que me matan! ahulló al fin el hortera en el momento en que Perico le descargaba tan tremenda puñada en las narices, que lo derribaba de espaldas.

—A los gritos acudieron los demás dependientes, tras los dependientes, el principal, tras el principal, la señora, tras la señora, las criadas, y como no viesen en la tienda á nadie mas que á mí, me acometieron armados de varas de medir, de tijeras y hasta de escobas.

Yo que no estaba de humor de dejarme apalear, me apodero de la vara de medir del caido y tajo por aquí, revés por allí, los tuve á raya, mientras el hortera tendido en el suelo gritaba como un energúmeno.

Aquello era un campo de Agramante, y tal gritería y escándalo tan mayúsculo se armó, que acudieron los vecinos del Zacatin y hasta los habitantes de la plaza de Bib-arrambla.

Me sujetaron, me quitaron la vara de medir, y levantaron al hortera, cuya cara era un cónclave de cardenales.

Sobrevinieron los agentes de órden público avisados sin duda por algun vecino oficioso, y al verlo Pedro, metióse por la Alcaicería, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos,

Yo fuí conducido á la cárcel.

(Se continuará.)

(DOLORA.)

EL ESTÍO.

El mar la playa batia;
iba la luna subiendo;
la brisa leda, gimiendo,
del bosque aromas traia.

Tu brazo estrechaba el mio;
nuestro aliento se mezclaba;
tú reias, yo... temblaba;
era una noche de Estío.

Llegamos junto á unas flores;
el cesped nos daba alfombra;
las ramas tupida sombra
y trinos los ruiseñores.

A tu lado me senté
y á mis lábios trajo el viento
tus rizos, ¡dulce momento!
yo... tus cabellos besé.

Tu boca exhaló un gemido,
un suspiro, acaso un beso,
y de afan horrible preso
temblé mas, quedé abatido.

Quise tus lábios besar
y me sacaste de allí;
¡con cuánta tristeza ví
la luna, la playa, el mar!

Y dije entonces, ¡Dios mio!
ya que siento esta pasion,
ablanda su corazon
ó que se acabe el *Estío*.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

A. . . . .

SUSPIROS DE DOLOR.

Sultana del alma mia,
Angel del sétimo cielo,
Sumida en amargo duelo,
Por tí el alma desvaria.
En un insomnio cruel
Del cielo hermosa vision,
A mi pobre corazon
Palabras dice de miel.
Y, cuando mi ardiente amor
Declaro á la sombra blanca,
Un negro trasgo me arranca
El alma llena de amor.
Y es que en tus lábios divinos
Vida del cielo me dás,
Y me dices que te vas
Donde te arrastra el destino.
¿Por qué, si es pasion del cielo
La que alienta nuestras almas,
No haremos como las palmas,
Que sustenta el frágil suelo?
Te amo, sí, dulce gacela,
Hurí de eternas delicias;
Son mas bellas tus caricias
Que luz, que en el mar riela.
Quiéreme: yo sin tu amor
Seré noche sin estrellas,
Y entonces no serán bellas
Las notas del trovador.
Y pues que fieros enojos
Suerte adversa darme quiso,
Deja vea el paraiso
En tus bellísimos ojos.

ARTURO ROSAL DE LA VEGA.

CANTAR.

Dicen que entre tu costura
Un corazon hay envuelto,
Si es del otro, que lo punces,
Si es el mio, dale besos.

Yó.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

A—CE—I—TE.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. 24 Febrero 1876 correspondiente al 8 Diciembre 1875. Núm. 62.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Certámen científico literario Malagueño, por la Redaccion.—Monumento á Rios Rosas (suscricion).—¡Una lágrima! (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—Vestir al desnudo, por don Francisco Jimenez Campaña.—Ilusiones y desengaños (poesía), por don Andrés Casado.—Tu llanto (poesía), por don Rafael Quintana Medina.—En el álbum de la Srta. Socorro Fontseré (poesía), por don Francisco Jimenez Campaña.—Costumbres del pais, por D.ª Sofía Tartilan.—De rechazo (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—A María (poesía), por don Pio Lopez y Lopez.

EL PRÓXIMO CERTÁMEN CIENTÍFICO LITERARIO MALAGUEÑO.

Esta Redaccion ha tenido el gusto de recibir del ilustrado Liceo Malagueño la carta é impreso de convocatoria que á continuacion publicamos:

Liceo de Málaga.—Secretaría General.

Sr. Director de los Ecos del Guadalevin.

Muy Sr. mio: Suplico á V. se sirva dar la mayor publicidad posible, á la adjunta convocatoria de certámen, quedándole altamente reconocido S. S. S. Q. B. S. M.—El Presidente, P. A.: Antonio Escaño.—Málaga 12 de Febrero de 1876.

Liceo de Málaga.

Academia de Ciencias y Literatura.

Esta corporacion ha acordado celebrar un certámen científico literario en la festividad del Córpus del corriente año, bajo las siguientes bases:

1.ª Serán objeto del certámen las composiciones que acontinuacion se espresan:

1.ª composicion. Una oda en estrofas regulares á la Paz.

2.ª Un romance en el que se narre, La Prision del Conde de Cifuentes en la derrota de Axarquia. (1)

3.ª Un cuento en prosa relativo á costumbres españolas de fines del Siglo xviii.

4.ª Una memoria científica, que verse sobre el asunto siguiente: Defectos de las actuales edificaciones que se están construyendo en Málaga, con respecto á la ventilacion y á la luz y medios de remdiarlos.

2.ª Se adjudicarán, un Pensamiento de oro, uno de Plata, un ejemplar del Quijote, de la edicion fototipográfica de Fabra y una Medalla de oro respectivamente, á la Oda, Romance, Cuento y Memoria que merezcan el primer premio, y como accesit cuatro diplomas de sócio honorario del Liceo.

3.ª Las producciones deberán ser remitidas al Presidente de esta Academia antes del dia 31 de Mayo.

4.ª Cada composicion llevará un lema igual á otro escrito en un sobre cerrado que se acompañará, dentro del cual deben encontrarse las firmas del autor y la indicacion de su domicilio,

5.ª La Academia nombrará el Jurado calificador y publicará los nombres de las personas que han de constituirle, treintas dias antes de aquel en que se cierre el plazo para la admision.

6.ª El Jurado juzgará las producciones segun su mérito absoluto.

7.ª Los trabajos que no se estimen acreedores á premio ni accesits, pasarán si sus autores no los reclaman, al Archivo de la Academia, quemándose en Junta general los sobres á ellos adjuntos, tales como se hubiesen recibido.—Málaga 28 de Enero de 1876. El Presidente, F. Guillen Robles.—El Secretario, M. Rivera.»

Si siempre han hablado muy alto en favor de la cultura de un pais, hechos como para el que convoca el Liceo Malagueño, es preciso convenir que hay circunstancias en las cuales, llevados estos á efecto, dan una idea aun mas elocuente de lo que expresan. Un certámen científico literario en la hermosa capital de nuestra provincia, en una época como la

(1) M. Lafuente Alcántara: *Historia del reyno de Granada* t. III pág. 422.—*Historia de Málaga y su provincia* pág. 363 y sigs.

que atravesamos, dice mucho en favor de su ilustracion.

Los temas de las composiciones sobre que ha de versar el certámen, segun se dan á conocer en el programa, revelan que han sido escojidos por verdaderos españoles. Muy en su lugar se encuentran cada una de ellas en el órden en que el ilustrado Liceo Malagueño las anuncia.

La oda á la Paz, merece sin disputa el primer premio; que si su trabajosa composicion, patrimonio esclusivo de consumados poetas, no fuera por sí bastante para ocuparlo, le sobra el santo y sublime nombre que por lema lleva. Síguele el romance, que con igual justicia ocupa su puesto; sin que sean partes á negársela los que contrarios al ilustre duque de Rivas, tengan al romance *«como metro despreciable y chavacano»*; pues á mas de las razones que el ilustre duque aduce en su defensa, mas que suficientes para deshacer cuantos falsos testimonios le levantaren, *fué el metro propio de nuestra poesía popular mas antigua, su orígen se confunde con el orígen de la misma lengua castellana* y puesto que la fiesta es en casa, justo es que en ella el romance se haga oir.

El cuento en prosa de costumbres españolas del siglo XVIII tambien ha sido feliz pensamiento, y no desdice tanto como generalmente se cree, de las demás composiciones literarias, si ha de ser bueno; además por el objeto de que ha de tratar, está colocado en su sitio con acierto.

La memoria, punto solo reservado á los Malagueños, manifiesta que el citado Liceo no es indiferente á las cuestiones de su localidad, y que sabe apreciar la importancia que las buenas reglas de higiene pública deben alcanzar en todos los paises que de civilizados se precien.

Bien escojidos los temas, y dispuesto todo con los mejores ánimos por el Liceo, no dudamos que el estímulo hará lo demás, llevando opositores en buen número que luzcan sus dotes en este concierto literario.

Al ser elegido Presidente del Liceo el historiador de Málaga y su provincia el reputado literato señor Guillen Robles, parecia lo lógico que la Sociedad, iniciando un período de agitacion literaria, removiendo los buenos elementos de ilustracion con que Málaga cuenta, entrase de lleno á cumplir la obligada mision de un Liceo. Claro es que algun dia habria de preguntarse: ¿qué hizo el Liceo mientras fué su presidente el historiador Sr. Guillen Robles?

Estamos, pues, convencidos de que el certámen anunciado será el primer paso, y que á este seguirán otras empresas con las que aquel Círculo ganará fama y favor las letras andaluzas.

Una cosa echamos de menos. Que el Liceo no tenga un órgano Literario como es costumbre en las sociedades de esta especie. Ya que no crear un nuevo periódico, uno de los que hoy tienen asegurada su existencia en Málaga debia llenar este vacío. *El Folletin* parece el mas llamado á procurar esto, no solo por su antigüedad y sus tradiciones, cuanto por la envidiable altura á que ha sabido elevarlo su ilustrado director nuestro amigo D. José C. Bruna.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

De la Comision Ejecutiva constituida para llevar á cabo el proyecto, hemos recibido una galante invitacion, en virtud de la cual queda desde hoy abierta en las columnas de los Ecos del Guadalevin la

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
Director de los Ecos del Guadalevin. . .		5
La Secretaría de la Comision nos remite hoy la siguiente lista:		
Ronda.	D. José M.ª Jaudénes. . . .	50
Idem	» Ramon Gomez de las Cortinas.	25
Idem	» Isidoro Montero. . . .	5
Idem	» Antonio Ruiz Reguera. .	125
Idem	» Pedro Ponce Ramirez. .	80
Idem	» Antonio Morales Rios. .	25
Idem	» Rafael Atienza Tello. . .	25
Idem	» Leonardo Perez de Guzman.	25
Idem	» José Pinzon Carcedo. . .	25
Idem	» Juan Palmero Córdova. .	5
Idem	» Francisco Godoy. . . .	2
Idem	» Gaspar Carrillo	2
Idem	» Francisco Pedro Ponce. .	25
Idem	» Juan José Moreti. . . .	5
Idem	» Rafael Ventura.	2
Idem	D.ª Celedonia Lozano. . .	5
Idem	D. José Borrego.	5
Idem	» José Vallecillo.	3
Idem	» Rafael M.ª Durán. . .	5
Málaga.	Redaccion del Mediodia. .	25
Idem	D. Ramon Franquelo. . .	5
Idem	» Luis Corro de Bresca. .	80
Idem	» Antonio Rabanal. . . .	50
Idem	» Joaquin Garcia Briz· . .	25
Madrid.	Ecxmo. Sr. D. Joaquin Maldonado.	5
Idem	» » » Feliciano R. de Arellano.	15
Ronda.	D. Juan M.ª Montero. . .	3
Málaga.	» Juan de Pol, Gefe Económico.	15
		672

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR. .	672
Sevilla.	Ecxmo. Sr. D. José Nuñez de Frado.	25
Madrid.	D. Antonio Candalija. . .	10
Idem	Ecxmo. Sr. D. Cirilo Alvarez.	25
Idem	Sr. Director del Boletin de administracion local. .	100
Málaga.	Redaccion de El Diario Mercantil.	25
Idem	Ecxmo. Sr. D. Jorge Loring.	50
Madrid.	D. Agustin de la Paz Bueso.	5
Ronda.	» Nicolás Ruiz Cortés. . .	5
Idem	» Juan Bautista Morales. .	15
Granada.	» Augusto Caro Bedoya. .	5
Madrid.	Ecxmo. Sr. D. Francisco de los Rios Rosas. . . .	250
Idem	D. Manuel Zapatero. . . .	15
Algodonales.	» Fernando de los Rios Acuña.	100
Idem	» Eduardo de los Rios Acuña.	100
Idem	» Eduardo Tardio y Avila.	80
idem	» Rafael Avila Dominguez.	25
Madrid.	Ecxmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta.	25
Ronda.	D. Cristóbal Morales Ruiz.	50
Herrera del Duque.	» José Morales Salvago. .	25
Ronda.	» Manuel Morales Salvago.	25
Idem	» Joaquin Morales Salvago.	25
Idem	» Rafael Vela Rouco. . .	3
Madrid.	Ecxmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.	50
Ronda.	D. Miguel Gonzalez. . .	10
Idem	» Gaspar de Puya. . . .	5
Idem	» Antonio Gonzalez Gomez.	5
Albacete.	» José Marin Ordoñez. . .	25
Madrid.	Ecxmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera. . . .	25
Cañete la Real.	D. Baltasar Bocanegra. . ,	5
Idem	» José Bocanegra. . . .	5
Idem	» Serafin Bocanegra. . .	5
Idem	» Rafael Bocanegra. . . .	5
Granada.	» Francisco Perez Madrid.	10
Ronda.	» Francisco Valero, Pbro. .	3
Idem	» Luis Garcia Lagares. . .	3
Idem	» Francisco Madrid Clavero.	5
Benaojan.	» Manuel Basilio del Valle.	5
Idem	» Manuel Durán Bravo. .	3
Madrid.	Ecxmo. S. D. Domingo Moriones.	25
Ronda.	D.ª Ana Lobo de Alvarez. .	4
Idem	D. José Soler y Jimenez. .	3
Bruselas.	Sr. Director de la Gaceta Internacional.	25
Algodonales.	D. Gaspar Merencio y Mesa.	25
Idem	» Francisco Giron y Peñalver.	20
Idem	» Manuel Diaz Crespo. .	5
Málaga.	D. Francisco Garcia Aguilar.	20
Ronda	» Cándido Gonzalez. . . .	5
Idem	» Vicente Jimenez Garcia.	3
Cadiz.	Exmo. Sr. D. Santiago Dupuy, Gobernador Civil.	30
Gastor.	El Ayuntamiento Constitucional.	15
		2009

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR. .	2009
Gastor.	D. Joaquin Roldan Valle. .	5
Idem	» Rodrigo Bermudez. . .	5
Idem	» Miguel Valle Atienza. .	1
Idem	D.ª Maria de Gracia Asencio.	1
Idem	D. Rafael Jimenez Dominguez.	2
Idem	» Alvaro Valle Salguero. .	1
Idem	» Antonio Bermudez Gamero.	2
Idem	» Manuel Piqueras. . . .	1
Idem	» José Roldan Gamero. .	1
Algodonales.	» Lorenzo Garcia. . . .	5
Ronda.	» José M.ª Piojaco, Juez de 1.ª instancia. . . .	5
Idem	» José Guerrero Peramos, Presbítero.	5
	TOTAL. . . .	2043

En el número siguiente se continuará la lista.

¡UNA LÁGRIMA!

A LA MEMORIA DE...

Era yo niño y con precóz vehemencia
amar ansiaba en mi febril locura;
sueños forjé que me llevaron pronto
ante una tumba.

Ví la mujer que adivinó mi mente,
loco delirio conmovió mi alma,
y de mis lábios escuchó intranquila
dulces palabras.

Y ella me amó como el gilguero al bosque,
la rosa al sol, al huracan la brisa;
¡me amó! tal vez porque, aunque niño, era
mi frente altiva.

Resbalaron veloces nuestras horas
cual resbalan las áuras entre flores;
ella, dichosa al parecer, yo, ciego,
lleno de goces.

Mas ¡ay! que pronto se tornó mi dicha
en mar rugiente que se alzó bramando,
y del dolor la inagotable copa
llegó á mis lábios.

Ví en sus mejillas el carmin süave
perder muy pronto sus rosadas tintas,
y la ternura que brilló en su rostro
la ví marchita.

¿Qué oculto mal su corazon guardaba?
¿por qué cuando mi mano entre las suyas
con afan estrechó, temblaba inquieta?
¡pobre criatura!

En las calladas horas de la noche
en que la luna por la vez postrera
juntos nos vió, su alma que era mia
en un sollozo me cantó sus penas.

. . . . . .

Ella murió como las pobres rosas
que apenas viven lo que el sol, un dia:
¡angel de amor! el hado tu camino
sembró de espinas.

Nadie tus penas conoció en el mundo,
nunca tu lábio se quejó de nada,
solo al morir, de tus marchitos ojos
brotó una lágrima.

Lenta rodó por tu mejilla mústia;
yo la enjugué con doloroso anhelo,
y de tus ojos el fulgor estraño
quemó mi pecho.

Ruja bramando el huracan bravío,
cruce el espacio abrasadora llama,
nada me importa, si al perder tu vida,
perdí mi alma!

Antonio Jimenez Verdejo.

VESTIR AL DESNUDO.

Discurso de accion de gracias pronunciado por el niño Luis Ferrandi y Marquez, en la reparticion de vestidos á los niños pobres de las Escuelas Pias de Granada el 19 de Diciembre de 1875, por la Asociacion de señoras presidida por la Sra. Doña Maria Luisa de Toledo y la Exma. señora Condesa de Santana.

Señoras, dignísimas señoras, que venís á la casa de Dios, traidas por la caridad, á enjugar las lágrimas del niño que llora, porque el frio le hace gemir; embargada de suspiros, quizá entrecortada por el llanto, escuchad la voz que sale del fondo de mi corazon, y en ella el acento agradecido de mis hermanos en la desgracia.

Allá, en el fondo de nuestras pobres viviendas, cuando el sueño huia de nuestros ojos, porque el hambre con su faz horrible lo espantaba; cuando el cierzo que tiene aliento de nieve, se introducia por las rendijas de las desvencijadas puertas de nuestras casas; cuando veiamos con ojos espantados el rostro macilento de nuestro padre, á quien fiebre traidora enervaba las fuerzas en el lecho de la miseria..... hemos aprendido de la boca de nuestras madres á ser agradecidos y á venerar como ángeles de la tierra á los seres benditos que nos dan medicina para nuestro padre y abrigo para nuestros cuerpos.

Tal vez en dia oscuro, cuando la lluvia azotaba con dura mano el cristal de vuestras ventanas, nos visteis cruzar con los pies desnudos, las calles llenas de cieno, y guarecernos del agua en los anchos portales de vuestras casas.—Son los pies de la inocencia desvalida, diriais vosotras, no permitiremos que se ensucien por mas tiempo en el fango corrompido; guardaremos sus cuerpos de las injurias del tiempo, como los hijos de Calasanz defienden sus almas de las insidias del diablo.—Y hoy, señoras, que os vemos entrar en la casa donde el temor de Dios nos enseñan, y que venís á cubrir con el manto de la caridad nuestra triste desnudez; todos hemos esclamado en el colmo de nuestra gratitud:—Ahí vienen las que nos aman como nuestras madres; caigamos de hinojos antes los altares de Jesús, y alcémosle una súplica, para que huyan las penas de sus almas y el luto de sus corazones—Y Jesús nos escucha, porque nosotros se lo pedimos con lágrimas en los ojos, y el niño divino no puede ver á sus pobres hermanitos llorar, sin atender al punto sus peticiones. Nosotros le hemos pedido muchas veces llorando la salud para nuestros padres, y el celeste Infante ha escuchado nuestras voces gemidoras, quizá parecidos á sus lamentos de Belen, y nuestros padres se han visto sanos, y nuestras lágrimas secados se hán. Ahora suplicado le habemos la ventura para vuestras almas si apenadas están, y Jesús nos lo ha de conceder. Como somos agradecidos, devolvemos oraciones por limosna. ¿Con qué otra cosa podrán los niños pobres retribuir el bien que se les hace?

Pero permitidme, señoras, que me deje llevar de los deseos de mi corazon, y que un tanto fantasee mi loca imaginacion de niño: que aun me parece que de otro modo os podremos agradecer el bien que nos procurais. Vosotras sois las ilustres hijas de aquellos bravos caballeros de brazo de hierro y corazon de oro, que tantos dias de honra dieron á nuestra pátria: vosotras amais con idolatría las glorias de vuestros abuelos, que glorias son de nuestra infortunada España; vosotras sentís que la mancillen, porque á la vez que pisotean los laureles del hermoso suelo en que se meció vuestra cuna, desdoran el esplendor de

vuestros ilustres blasones. Pues bien, nosotros los niños desvalidos que hoy amparais con mano generosa, juramos ante los altares de Jesús, que es el Dios de la verdad, velar, cuando seamos adultos, por la honra de esa pátria, que tanto quereis, como velaron nuestros abuelos combatiendo con fé bajo las invictas banderas de vuestros nobles ascendientes.

Aquí, en esta hermosa tierra que pisamos, la magnánima Isabel primera, vendió generosa sus joyas de mas valía, para armar las veleras naves, en que Colon habia de descubrir el nuevo mnndo; y vosotras las ilustres hijas de aquellas damas de noble porte, que rodeaban á la augusta reina de Castilla, regalais vestidos á la niñez desvalida, para que pueda sin sonrojo cruzar los caminos del mundo en busca de nuevas conquistas para España. Si pues algun dia venturoso nos abre sus doradas puertas el templo de la fama, nosotros penetraremos en su sagrado recinto buscando laureles para echarlos á vuestras plantas: que tal debe ser nuestro eterno reconocimiento, y tal la alfombra que huellen los pies de los seres que van socorriendo á los niños pobres y desamparados. Y en tanto las que teneis hijos, pedazos de vuestro corazon, no os aflijais por su desventura, ni temais que enfermedad los aseche, ni que el rayo los hiera, ni que la guerra los mate, ni que Luzbel se los lleve, que por ellos á Dios ruegan nuestras madres, y vosotras solas podeis comprender hasta donde llegarán las súplicas de las madres agradecidas por los beneficios concedidos á los hijos de sus entrañas.

Y por fin, señoras buenas y caritavas: Jesús el hijo de Maria, el que como nosotros lloró envuelto en pobres pañales, el que como nosotros ayudó á su padre putativo con tiernas manecitas en el rudo trabajo, y el que es al mismo tiempo el príncipe de los cielos y Señor augusto del universo, ese mirando está la generosidad de vuestro corazon para con nosotros, y en el dia tremendo del juicio acordarse há de que vosotras con mano bienechora *disteis de comer al hambriento y vestisteis al desnudo.*

Francisco Jimenez Campaña.

ILUSIONES Y DESENGAÑOS.

FLORA.

I.

Soy hermosa cual las flores,
Que se mecen blandamente
Al ambiente
De la brisa matinal,
Y del fuego de mis ojos
Son despojos
Los de Venus inmortal.

Soy la reina de las bellas,
Iman de los corazones,
Y en prisiones,
Tengo al tímido doncel,
Que cual leve mariposa
No reposa
En las flores del vergel.

¡Quién como yo! dadme gasas,
Que sientan bien á mi talle,
Flor del valle
Adorne mi blanca sien,
Y en mis gracias adormidos,
Cien queridos
Me demanden parabien.

Y yo con dulce sonrisa
Desde mi trono de amores
Sus favores
Desdeñe con aire tal,
Que abrasados de los celos
Beban hielos
En la tumba funeral.

II.

¿Dónde está la bella Flora,
Que no se muestra arrogante
A la vista penetrante
De juventud, que la adora?
¿Que no sale á los jardines
Al albor de la mañana,
Ni sonrie á su ventana
Coronada de jazmines?
¿Dónde está?—se oye doquiera—
La diosa de la hermosura?
Escuchad: su desventura
Canta con voz lastimera.

Es la vida una ilusion
Que fascina el corazon
Con su brillo,
Es un sueño que embelesa
Y que al alma tiene presa
Sin sentillo.

Yo corria en mi delirio
En pos de ella; blanco lirio
La juzgaba.
Y en mi loca fantasía

Ignoré la vil falsía,
Que ocultaba.

Embriagada en los loores
Que mentidos amadores
Me ofrecian,
Soñaba que era una diosa,
¡Ay de mi! con negra losa
Me cubrian.

¿Quién como yo desgraciada?
La hermosura mas preciada
Del oriente
Se marchita en un verano,
Si airada tiende su mano
Dios potente.

Jóvenes, que en la ilusion
Cifrais vuestra bendicion
Y ventura,
Sabed que en el mundo infiel
Es amarga como hiel
La dulzura.

III.

Así la hermosa lloraba
Sus amargos desengaños.
¡Triste el que pasa los años
Sin gemir y suspirar!
Velóz como el pensamiento
Pasará la edad florida,
Vendrá la muerte temida
Para empezar á llorar.

ANDRÉS CASADO.

TU LLANTO.

A MI AMADA.....

¡Tienes celos y lloras!
¿Que te he engañado, crüel?
Tus quejas son injustas, mi cariño
Tan solo tuyo es.
Dame á beber tu llanto.
¿Que es amargo, mi bien?
¡Yo lo encuentro tan dulce ¡ay! que temo
Su fin llegar á ver!

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

EN EL ABUM
DE LA Srta. SOCORRO FONTSERÉ.

Hermosa ninfa del Segre,
Que al compás de su murmullo,
Haces á Ilerda el arrullo,
Porque en su dormir se alegre.

Un espíritu cantor
Era en el cielo tu alma,
Que en noche de dulce calma
A Iberia mandó el Señor.

Por eso el hombre se eleva
En álas de tu cantar
A la region, do el pesar
Horas amargas no lleva.

Y yo, que escuchar ansío
El himno de los querubes,
A los vientos y á las nubes
El mi pensamiento envío.

Quiero, que al cruzar tu suelo.
Recojan de tus cantares
Las notas, como en los mares
Bebe el ave en tardo vuelo,

Y al ceñir la altiva frente
De las torres de la Alhambra
Do tienen perpétua zambra
El áura, el ave y la fuente,

Mezclen tu voz melodiosa
Con su arábiga armonía;
Porque pueda el alma mía
Oir voz tan deliciosa.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Granada y Diciembre de 1875.

COSTUMBRES DEL PAIS.

Hé aquí un epígrafe que puede servir lo mismo para uu artículo escrito en la sonora lengua de Cervantes que en la de Homero. En chino, en hebreo, en griego. ó en sanscripto, puede escribirse la palabra *costumbres*. En todos los idiomas su significado será el mismo. Las costumbres son, sin duda alguna, la fisonomía moral y física de los pueblos: podrá haber pueblos sin artes, sin literatura, sin diplomacia, ni civilizacion: pueblos que desconozcan por completo todas las delicadezas de la sociedad culta,

todos los refinamientos del lujo, todos los adelantos del progreso; pero no hay, de seguro, ninguno, por remota que sea la zona en que se encuentre situado, por grande, por supina que sea su ignorancia, por desconocidos que le sean los beneficios de la civilizacion, que no tenga estas dos cosas: *Religion* y *Costumbres*. No, no hay pueblo sin costumbres, como no hay, no puede huberle que no rinda culto á una idea religiosa, sea cual fuere su forma. Las costumbres forman parte de la vida moral y material de los pueblos, y ni la gran palanca del progreso, que ha removido las montañas y trastornado el mundo, ni el cosmopolitismo, cualidad que el hombre posee en alto grado, han podido borrar ese sello que distingue las razas, que dá á conocer á los pueblos, que hace recordar lo que las vicisitudes de la vida y de la fortuna parecian haber alejado de la memoria, *las costumbres* del pais.

A donde quiera que el hombre lleva su exsistencia, lleva tambien sus hábitos, y si los deja, no es seguramente sin un dolor punzante y amargo. El tiempo calma este dolor, llena este vacío, pero es solamente para cambiar su cadena y, hacerse esclavo de las costumbres de el nuevo suelo que habita; y es que el hombre no puede vivir sin rendir culto á las costumbres.

El mas rico filon que han esplotado los escritores de viages de todos los tiempos ha sido el de la descripcion de las costumbres. Plinio el jóven, ya nos habla de las costumbres egipcias; y desde él hasta Alejandro Dumas, en diecinueve siglos, otros muchos escritores y turistas han hecho lo propio. Tesoros de poesía han gastado unos tras otros en estas descripciones y, sin embargo, aun no lo han dicho todo.

Las costumbres de un pueblo aun del mas salvage, son siempre dignas de respeto, porque en ellos está encarnada su vida moral y material.

Bajo el punto de vista del interés narrativo, nada hay que cautive tanto como una relacion bien hecha en la que se pinten las costumbres de un pais. La armonía imitativa, y la onomatopeya, desempeñan en este caso el principal papel; pero aunque el lenguage fuera descuidado y tosco, no por eso el interés dejaria de existir, y es que todos hallamos un encanto especial al contacto de esa parte de la existencia íntima de los otros, porque nos recuerda la nuestra.

Muchas veces hemos visto consignados, y quizá tambien nosotros lo habremos dicho, «las costumbres se pierden.» El grito que, sin duda tenia algo de doloroso, nos lo ha hecho lanzar la vertiginosa rapidaz con que estamos viendo desaparecer usos, costumbres, é instituciones que parecian eternos. El progreso es quien ha realizado este prodigio, haciendo que desaparezcan las barreras con que la naturaleza misma habia separado los pueblos; pero aun así, el grito es prematuro, la alarma infundada. Las costumbres no se pierden, no pueden perderse, porque como los *Vestales* conservaban el fuego sagrado en los templos gentílicos, el pueblo guarda en el santuario del hogar las costumbres de sus mayores, encarnadas en los juegos de la infancia, en el tosco lenguage del vulgo, en el sencillo ornato de sus viviendas, en la administracion de sus bienes, en sus regocijos públicos ó privados, en la manifestacion de sus pesares; cuando entierran á sus muertos y casan á sus hijos. Las costumbres vivirán tanto como el mundo, y segun hemos dicho al comenzar, no hay pueblo sin costumbres, como no hay pueblo sin religion, porque las dos cosas son una necesidad del espíritu.

La idea religiosa, sea cual fuere su forma, es una necesidad del espíritu, y esto solo bastaria para confundir á los que pretenden que el hombre no es mas ni menos que un animal de una especie mas perfecta que las otras; porque jamás se ha visto que ninguno de los animales por inteligentes que sean, le rindan culto á nada que se parezca á una religion. La idea religiosa, la necesidad de rendir culto á un ser superior, es innata en el espíritu humano, y ha sido allí colocada por la mano misma de Dios para llevar al hombre hácia Él, hácia su perfeccionamiento. En todas las religiones por bárbaras que nos parezcan, en sus prácticas se halla siempre esa idea del mas allá que dice claramente que el espíritu no perece allí donde muere el cuerpo, donde la materia se descompone. Siempre vemos presidiendo á esa idea la del premio ó el castigo futuro, segun las obras, y siempre domina en toda religion el encanto que se desprende de la sublimidad de esta aspiracion hácia lo infinito, hácia lo desconocido, en donde se presiente á Dios rodeado de todo su poder. La religion es la base de las costumbres; por lo tanto no puede existir, no existe pueblo alguno que no tenga religion y costumbres.

A medida que aquellas son mas sencillas, la idea religiosa está mas clara y precisa.

En donde las primeras son mas refinadas y cultas, la segunda se mezcla menos en ellas, pero por regla general siempre marchan unidas.

Si la idea religiosa es una necesidad del espíritu, las costumbres son una necesidad y una manifestacion de la vida material, y por eso ni una ni otras podrán perderse ni dejar de existir. Allí donde quiera que haya una agrupacion de seres humanos forman-

do un pueblo, una sociedad, una tribu, ó una familia, allí se encontrarán la religion y las costumbres, formando una parte integrante de la familia, la tribu ó el pueblo.

La civilizacion, ya lo hemos dicho, con todos sus adelantos, con su cosmopolitismo, nada ha podido en contra de las costumbres, que se conservarán siempre en el rincon apartado de la aldea, en el caserío, en el cortijo, en la alquería, en el fondo del valle, y serán trasmitidas de padres á hijos como un depósito sagrado. Las costumbres se modifican pero no se pierden; como tampoco pueden confundirse por completo las de un pueblo con otro: el dia que esto sucediera no habria ya costumbres, y el mundo presentaria otra escena parecida á la que presenciaran los hijos de Noé, cuando quisieron levantar la famosa torre de Babel. La confusion y el desórden serian el resultado de la desaparicion de las costumbres, porque la verdadera fraternidad no puede estribar en esta desaparicion, sino en el sentimiento de amor hácia nuestros semejantes, sin que por eso dejemos de respetar los usos y costumbres de todos.

Roma, ese pueblo conquistador, que fué un dia dueño de casi todo el mundo, dió en este asunto la mas alta prueba de sensatéz. Cuando los Romanos sometian á un pueblo, lo primero que hacian eran respetar sus costumbres, y de este modo, siendo Roma señora de tantos y tan difereutes paises, dando la ley á tantos y tan apartados súbditos, recibiendo tributo y homenaje de tantos reyes convertidos en vasallos suyos, supo imponer sus leyes, hacer que se hablase su lengua, que se adorasen sus dioses, que se adoptaran sus juegos, sus fiestas cívicas, su moneda; sus magistrados, y hasta parte de sus costumbres precisamente porque habia respetado las de los otros.

Así pues, lo repetimos, las costumbres no se pierden. Cuando decimos tal cosa decimos una vaciedad falta de sentido. Mientras haya pueblos habrá costumbres, y en todas las lenguas, vivas ó muertas, podrá escribirse con mas ó menos acierto un artículo que como el presente lleve por epígrafe estas palabras:

Costumbres del pais.

Sofía Tartilan.

DE RECHAZO.

Anoche, ya muy tarde, (eran las doce),
por su reja pasé; la ví entreabierta;
por fuera un hombre recostado habia!
por dentro estaba ella.

Rumor confuso de palabras vagas
llegó á mi oido,
y una frase completa; así decia:
—¡yo te adoro bien mio!—

¡Qué recuerdos me trajo á la memoria
tan cariñosa frase!
los lábios que á aquel hombre la decian,
lo mismo me dijeron mucho antes!

Sin querer ni saber lo que pensaba,
sin darme cuenta de ello,
esta frase mis lábios murmuraron:
—¡pobre! ¡lo compadezco!

Mas el paso apreté; que en otra reja
me estaban esperando:
¡otra reja! ¡otro altar de mis amores,
y trás ella la diosa que idolatro!

El infierno de mí quiso burlarse,
levantando esta idea
en mi alma—¿si habrá tal vez alguno
que á mí me compadezca!—

Antonio Jimenez Verdejo.

A MARÍA.

PLEGARIA DE UNA NIÑA.

¡Oh cándida María!
Del corazon hechizo,
Objeto de mis ansias
Y mi filial cariño;
A tus plantas postrada
Yo te presento el mio,
De celestial afecto
Con el harpon herido.
De flores de inocencia
Y de candor sencillo
Te ofrezco, reina pura,
Un ramillete lindo.
Ah! dignate amorosa,
Propicia recibirlo;
Que en él mi amor te envia
Un férvido suspiro.

Pio Lopez y Lopez.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. 1.° Marzo 1876 correspondiente al 15 Diciembre 1875. Núm. 63.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de los suscritores al monumento de Rios Rosas.—Historia de un paraguas (semi-novela bufa), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—A una mujer (poesía), por don José Palacios y Gonzalez.—Los ojos y el alma (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—A una máscara (poesía), por don José Ruiz Toro.—El chocolate, por don Antonio Jimenez Verdejo.—Fragmento (poesía), por don Rafael Luna.—A.... (poesía), por don Rafael Quintana Medina.—A la Srta. D.ª Emilia Puertas (poesía), por don M. S. P.—Suelto.—Charada.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.	
	SUMA ANTERIOR..	2043	
Ronda.	D. José Manuel Morales. .	5	
Teba.	» Francisco Javier Rioboo. .	25	
Cádiz.	» Bartolomé Sanchez Almagro.	12	50
Benaojan.	» Manuel del Valle y Valle.	10	
Idem	» Manuel Basilio del Valle mayor.	10	
Cádiz.	» Estéban Aragon Dominguez.	110	
Ronda.	» Antonio Maqueda García.	25	
Idem	» Juan Carrillo Sanchez. .	2	
Idem	» Cosme Sanchez.	2	
Idem	» Antonio Perez Vizcaino. .	2	
Idem	» Manuel Hormigo. . . .	2	
	TOTAL. . . .	2248	50

En el número siguiente se continuará la lista.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

SEMI-NOVELA BUFA DE

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

(Continuacion.)

IV.

No habrian transcurrido tres horas cuando me pusieron en libertad. En la puerta de la cárcel me aguardaban Perico y mi recomendado, á cuyas gestiones debí no pasar aquella noche en la amable compañía de los tomadores del dos.

Apenas escapára Pedro de los corchetes, se habia ido á casa de mi recomendado y le habia contado lo que pasaba.

—Espero, caballerito, me dijo aquel buen señor al verme, que estas aventuras no se repetirán ó me veré en la precision de informar á su curador, de la vida disipada y turbulenta que V. hace.

—Pero señor mio, le contesté, le juro á V. que aquí no ha habido disipacion ni turbulencia alguna, sino un paraguas, un maldito paraguas.

—Ya he tenido el honor de decírselo, observó Pedro con suma gravedad.

—¡Un paraguas! pero ¡canario! ¿me quiéren ustedes comulgar con ruedas de molino? ¡tendria que ver! el que ha sido cocinero antes que fraile.....

Tomé el partido de callar á riesgo de que quedara en duda mi inocencia, porque cuando mi recomendado emitia una opinion, no le convencian de lo contrario frailes Franciscos y además porque temblaba ante el chaparron de refranes con que nos iba á regalar los oidos.

Mi recomendado hubiera dado quince y falta en esto de refranes al famoso gobernador de Insula Barataria.

Nos despedimos de él dándole gracias por su benéfica y eficaz intervencion, pero no me atreví á pe-

dirle dinero, aunque buena falta me hacia, porque la ocasion no era nada oportuna.

Cuando estuvimos solos, Perico soltó la carcajada. ¡Eh! me dijo, deja ese gesto compungido.

—Pero te parece á tí que es para menos lo que me sucede? Decididamente hay dias aciagos; pierdo un paraguas, pierdo el dinero, falto á clase, me apalean y me meten en la cárcel.

—Eres pesimista, ¿y no cuentas por nada el haber conocido á Encarnacion, el almuerzo, los golpes que has dado y el alboroto que hemos producido? De seguro que esta misma noche salimos á relucir en La Idea. (1)

Suspiré domostrando que no me halagaba aquel género de celebridad.

Pedro enlazó su brazo al mio y echamos á andar.

—¿A dónde vamos? pregunté.

—Primeramente á pasearnos por el Zacatin, tengo ganas de ver las narices del hortera, luego te dejo en libertad, puedes ir á casa de Encarnacion ó donde se te antoje.

—¡Cómo! ¿no me prometiste acompañarme tú?

—Sí, pero he reflexionado que ni hay necesidad de ello, ni seria conveniente. Para visitarla tienes un pretesto excelente, vas á recoger tu paraguas. Luego, que si la chica sabe que somos amigos, quizá te diera calabazas por aquello de que yo he sido su novio. Las mujeres son muy desconfiadas, querido, con dificultad aceptan por amante á un amigo del que lo ha sido ya.

—Admiré la profunda filosofía de Pedro, pero le advertí que no conocia la casa de Encarnacion.

—Te la enseñaré yo, me replicó, y mientras tú conquistas el corazon de la chica, yo le voy á dar tres golpes á un duro.

—Bien está, contesté porque no encontraba objecion alguna que hacer á aquel plan.

Entramos en el Zacatin y apesar mio, nos detuvimos ante el aparador de la tienda donde compré el paraguas. Allí, Pedro fingiendo que miraba los géneros, estuvo haciendo muecas y dirigiendo pullas al hortera que con la cara llena de apósitos y vendajes, nos enseñaba los puños.

Cuando se hubo cansado de provocarle, de irritarle, de martirizarle, nos dirigimos á la calle de San Matias.

—Ahí es, me dijo indicándome una casa, cuyo número se ha borrado de mi memoria, adios, dentro de una hora te espero en el Suizo.

—Adios, contesté entrando en el portal y haciendo sonar la campanilla.

(1) Periódico que á la sazon se publicaba en Granada.

—¿Quién? oí que decia una voz, al mismo tiempo que se abria la puerta.

—Servidor de V., repuse yo cerrándola tras mí.

V.

Encarnacion estaba sola, *y no de Dios* como ella dijo; eran las cinco y media de la tarde y su mamá habia ido á rezar una salve á la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias.

La oscuridad que aumentaba gradualmente, la ausencia de testigos importunos, el temor de aparecer vergonzoso y encogido á los ojos de Encarnacion, lo que de ella me habia contado Pedro, lo que yo sabia, y finalmente su desenvoltura y su gracia, desataron mi lengua y le declaré mis amorosas pretensiones.

Jamás he tenido pretensiones de Tenorio, porque harto sé que para conquistador de corazones, me faltan muchas cualidades, y muchos defectos tambien, pero Encarnacion me dijo que *sí*.

Si fué amor ó coquetismo
vive Dios que no lo sé.

pero el caso es que pronunció el ansiado monosílabo.

Tal vez estaba ya cansada de su constancia hácia el hortera y deseaba variar.

No hay cosa mas agradable que la variedad
Per troppo variar natura é bella

ha dicho el divino Alighieri, y con él yo.

A mi me gusta tambien todo lo vario.

Los arlequines por la variedad de helados que los componen.

Las silvas (salvo el parecer de los autores dramáticos) por la variedad de metros en que se escriben.

Los mosáicos por la variedad de colores que en ellos entran.

Y las hembras en general por la variedad de tipos que ofrecen.

El hecho es que me dijo que *sí* y yo loco de placer, sin saber lo que hacia, le tomé una mano.

Sin saber lo que me hacia, le dí un beso.

Le estreché el talle tambien sin saber lo que me hacia y á todo esto con la mejor intencion por supuesto.

De repente, como la estátua del comendador, apareció D.ª Angustias en el umbral de la estancia; dirigióme una mirada que preguntaba claramente ¿qué hace V. aquí?

—Señora, la dije despues de saludarla con una profunda inclinacion de cabeza, pido á V. mil perdones por mi atrevimiento, pero he venido en primer lugar á ofrecerles mis respetos, y luego...

—A recoger el paraguas que tuvo la galantería de prestarnos esta mañana, interrumpió con oportunidad Encarnacion.

Sí, justo, eso es, á recoger el paraguas, repetí yo que malhaya si me acordaba de semejante cosa.

El rostro de D.ª Angustias se dilató, perdió su espresion de desconfianza, y contestó:

—Dispénsenos V., pero como ignorábamos cómo se llama V. y dónde vive, no hemos podido enviárselo segun nos tocaba de obligacion.

No eché en saco roto aquella indirecta á lo P. Cobos; me llamo D. D. R, le dije, soy estudiante de derecho y vivo en la calle del Escudo del Cármen número » piso 2.°.

D.ª Angustias me escuchó atentamente, era indudable que queria conservar en la memoria mi nombre y mis señas.

—Y ahora añadí, si ustedes me lo permiten me retiro.

—Caballero, damos á V. mil gracias por su atencion, hé aquí el paraguas. Nada tengo que decirle, esta casa y las que la habitan están á su disposicion.

Tomé el paraguas que me presentaba, y con un «á los piés de ustedes» salí de allí, ébrio de gozo sin acordarme que mi bolsillo era una campana neumática.

La alegria del alma comunica ligereza al cuerpo y en dos minutos me puse en el café Suizo.

Allí me aguardaba Perico.

VI.

—Y bien, le dije, sin tomar aliento, yo he sido afortunado, Encarnacion me ha dicho que sí, ¿y tú? ¿lo has sido tambien? has ganado?

—¡He perdido! lo he perdido todo! como el rey Francisco de Valois!

—Entonces recordé que no tenia dinero y que solo Perico me lo podia prestar.

Pero hombre, dije yo, que no podia esplicarme cómo se ganaba y perdia tan fácilmente el dinero, ¿cómo ha sido eso?

—¡Oh! es muy sencillo. Cuando te dejé en la puerta de Encarnacion me fuí al *monte*.

—A Sacromonte! y ¿qué fuiste á hacer allí?

—¡Qué Sacromonte ni qué niño muerto! al *monte*, á la *timba*, á la casa de juego, ¿me entiendes ahora?

—Me parece que sí.

—Entré en la sala; sobre la mesa habia dos cartas, el rey de oros y la sota de bastos. La sota estaba *cargada*, el rey vacío; á mí no me gusta ir con los *puntos*, y puse diez duros al rey.

—¿Y qué?

¿Qué? nada, que vino la contraria.

—¿Perdiste?

—Si.

—Ya lo creo; si juegas contra todo el mundo.

—¡Eh! ¿qué sabes tú de eso? A la siguiente *talla*, jugué veinte duros de *pároli*, y... los perdí tambien.

—Fero, Perico, ¿á quién se le ocurre jugar un *pároli*?

—¿Te quieres ir á paseo, y no fastidiarme con tus necias observaciones? ¿Sabes tú acaso lo que es un *pároli*?

Callé, porque efectivamente, no lo sabia.

—Jugué luego *mayores*, continuó Pedro, *contrajudias*, *elijan*, *entreses*, esperando que cambiara la suerte, pero cá, no se cansó de perseguirme hasta que saqué mi último amadeo del bolsillo.

Y al concluir de hablar mi condiscípulo exhaló un suspiro mas amargo que el de Boabdil al perder de vista á Granada desde el cerro de Padúl.

—¿Tienes dinero? me preguntó luego.

—Ni un cuarto, bien lo sabes contesté yo suspirando á mi vez.

—Dame un cigarro entonces.

—No tengo tampoco.

—¡Pues estamos frescos! exclamó Pedro, y es preciso, absolutamente preciso que yo recupere lo perdido.

—¿Y qué se necesita para ello?

—¡Tienes unas salidas dignas de un mozo de cordel: ¿qué se ha de necesitar? dinero, hombre, dinero! Ah! añadió dándose una palmada en la frente, ya lo tengo, dame ese paraguas.

—No comprendí á Perico, pero le dí mi paraguas,

—Aguárdame una hora aquí, me dijo; dentro de una hora habré recuperado lo perdido.

Y salió del café.

(Se continuará.)

A UNA MUJER.

. . . . . .
. . . . . .

Tú fuiste un tiempo cristalino rio,
Manantial de purísima limpieza,
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza
Y estanque, en fin, de agua corrompida
Entre fétido fango detenida.

(Espronceda.)

Ayer eras tesoro de gracias peregrinas,
De amores y de encantos y angélica virtud,
Cual del tranquilo lago las ondas cristalinas,
Alegre sonreia tu bella juventud.

Sus mágicos perfumes te dió la primavera,
Sus flores y sus galas risueña te brindó,

El áura te adormia besándote ligera,
Y el alba nacarada tu frente iluminó.

En lánguidos ensueños de amor y de dulzura,
Felice se agitaba tu vírgen corazon:
Tu espíritu soñaba un mundo de ventura
Al blando y dulce halago de plácida ilusion.

Tendió el egregio manto de espléndida belleza
La cándida inocencia con risa celestial,
Ornando tus hechizos, velando tu pureza,
Ciñendo á tu alba frente diadema virginal.

Mil tiernos amadores buscábante rendidos,
Tus prendas adorando con indecible afán,
Y absortos al mirarte quedaban sus sentidos,
Sus ojos despidiendo la lava de un volcán.

Posaban en tu oido mil frases lisonjeras,
Humildes declarándote su férvida pasion,
Tan solo deseando que les correspondieras
De sus amantes súplicas teniendo compasion.

Entanto tú inocente, feliz no comprendias
Las dulces y halagüeñas mentiras del amor,
Y á todo indiferente, y alegre sonreias,
Rosando tus mejillas las tintas del rubor.

Así se sucèdian tus rápidos abriles
En calma seductora que al fin pasó fugáz,
Pintada mariposa volando en sus pensiles,
El mundo te admiraba con venturosa paz.

Y en pájaros y flores, y gratas armonías,
Cifrabas tu ventura buscándola doquier:
Entre ellas deslizaban tus encantados dias,
Con sus felices horas de dicha y de placer.

Incauta palomilla tus álas desplegabas
Cruzando los espacios, agena de temor,
Sin comprender ¡ay triste! que fiero te acechaba,
Tendida á tu inocencia su red, el cazador.

Que audáz, gentil mancebo de altivo continente,
Por seducirte infame, rendirte procuró,
Y se fingió tu amigo, y siempre indiferente
Para en tu orgullo herirte siquiera te miró.

No lo advertiste al pronto, mas vino al fin un dia
En que aquella conducta llegóte á disgustar,
Y correjir queriendo su indiferencia fria,
Mil medios proyectáste queriéndolo humillar.

Primero fué quimera, y luego despechada
Gimió tu triste pecho con lento padecer,
Despues pasion terrible, y al verte despreciada,
Al cabo le adoraste, que tal es la mujer.

Amante al fin un dia cuando juzgó seguros
Su triunfo, y tu derrota, amores te pidió,
Y amores ¡ay! le dieron tus rojos lábios puros,
Y el pecho enamorado ternura le brindó.

Feliz y confiada bebiendo la dulzura
En la encantada copa de dicha y de placer,
Ávida gozó el alma, de amor y de locura
Las horas que pasaron para jamás volver.

Pues en momento aciago, rendida tu hermosura
Ante su voz sumisa miró el galan cruel,
Y profanó tus gracias con torpe mano impura,
Para despues ¡ay cielos! abandonarte infiel.

A su contacto impío deshecha en mil girones,
Quedó de tu inocencia la túnica ideal,
Cayeron una á una tus bellas ilusiones,
Y al fin perdió la calma tu seno virginal.

Pues cuando bendecia de aquel amor los lazos
Soñando mil delicias tu espíritu en su afan,
Hastiado de deleites, huyendo de tus brazos,
Te abandonó á tu suerte el pérfido galan.

En la fatal vertiente del mundo colocada,
Sin honor, ni pureza, perdida la virtud,
Del vicio en la ancha senda corrió desenfrenada
A impulso del destino, tu loca juventud.

Allí pintadas flores de cáliz purpurino
Alfombra de esmeralda brindaban á tus piés,
Hollándola tu planta seguias tu camino,
Con vértigo insensato, con ciega rapidéz.

En báquicas orgías tu vida se ha agitado,
Y en el contínuo infierno de impura bacanal,
Cual las revueltas olas del mar desenfrenado
Se agitan al impulso del fiero vendaval.

Entre el licor, y el vino, é impúdicas mujeres,
A impíos calaveras vendiáles tu amor,
Cambiando en tu cinismo por oro los placeres,
Sin que abrigara el alma un resto de pudor.

A todos igualmente tu lábio sonreia
Brindando en torpe beso volcánica pasion,
Embriagador deleite que el pecho no sentia,
Porque era ya de cieno tu frio corazon.

La red de tus miradas por doquiera estendias
Sirena voluptuosa de víctimas en pós;
Así de tu existencia pasabanse los dias,
Que el oro era tu encanto, y el lujo era tu Dios.

Mas ¡ah! tambien pasaron de aquel placer las horas
Tan breves como amargas están siendo despues,

Y al fin hoy sin consuelo arrepentida lloras
Al borde del abismo abierto ante tus piés.

¡Flor triste marchitada, apena en tus abriles,
Tu cáliz deshojado se encuentra por tu mal,
Encanto ya no prestas del mundo en los pensiles:
Apura tu desdicha en mísero hospital!

Gimiendo en triste lecho de penas y dolores
Deplora tu destino que en tierna juventud,
Sin compasion te arranca aromas y colores,
Y aquí te arroja fiero perdida la salud.

No vuelvas ¡ay! los ojos del mundo á los engaños,
Porque es mentira todo cuanto se admira en él,
Tras bellas ilusiones dá amargos desengaños,
Y en copa de deleites nos brinda con su hiel.

Y pues que ya los brazos de caridad cristiana
Te aduermen en el seno de santa religion,
Desecha ese pasado y atiende á tu mañana,
Al Dios de las bondades pidiendo tu perdon.

José Palacios y Gonzalez.

Sevilla.

LOS OJOS Y EL ALMA.

Tiene Rosa unos ojos mas azules
que el azul de los cielos;
y lleva en su mirar no sé qué cosa,
que revela la calma de su pecho.
Apenas con sus lábios quince veces
rozó la primavera;
ella es hermosa y rica y pretendida;
¿qué mujer más desea?
Todos dicen al verla:—¡ángel dormido,
bendito sea tu sueño!—
y ella levanta entonces con dulzura
sus ojos hácia el limpio firmamento.
Yó que la ví llorar en cierto dia,
le pregunté admirado:
—¿por qué el tranquilo cielo de tus ojos
viene á empañar el llanto?
¡Tú! ¡una niña tan buena, tan dichosa!
¿Lloran tambien los ángeles?
¿Por qué ha de ser amargo ese rocío,
que hasta la flor de tus mejillas cae?—
Sus lábios desplegó triste sonrisa,
y enjugando sus lágrimas,
ella me contestó:—me llamo Rosa
y llevo las espinas..... en el alma!—

Antonio Jimenez Verdejo.

A UNA MÁSCARA.

Otra vez que te vistas,
niña, de máscara,
procura cual tu rostro
cubrir tus gracias;
pues tus hechizos
son tantos, que por ellos
te he conocido.

Tu cintura flexible,
tu pié y tu mano
te vendieron, y «es ella»
dije turbado.
Miré tus ojos,
y exclamé:—cual los suyos
me vuelven loco.

¿Te extrañan mis palabras?
¡Qué! ¿no recuerdas
lo que te dije entonces,
ni mi promesa?
Pues no lo olvides:
muchas cosas me quedan
aun por decirte.

José Ruiz Toro.

Carnaval de 1876.

EL CHOCOLATE.

CRÍTICA GASTRONÓMICO-QUÍMICA, É HISTÓRICO-NOVELESCA.

A mi amigo D. José Ruiz Toro:

¡Ay Pepe de mi alma! no leas mi artículo si no quieres ponerte malo al recordar aquellos negrísimos dias en que nos despertaba la cascada voz de Doña Policarpa y el nauseabundo olor de *aquello* que nos traia para desayunarnos y que ella llamaba chocolate (!!!) He mandado á la botica por una arroba de limonada purgante para tomarla al terminar mi trabajo: y eso que hago gracia á mis lectores de ciertos detalles que por sí solos bastarian para echar á perder el estómago mas *empedernido*: te aconsejo, pues, que si no es suficiente la advertencia que te hago para qué no me leas, te prepares lo mismo que yó. Vale. Tuyo

Antonio.

PERSONAJES.

Una JÍCARA—verdinegra y no muy limpia; mayor de edad.

Un PLATO—roñoso, amarillo y convertido en mapa á fuerza de tanta grieta; y—

Yo—muchacho de veinte años, robusto, sanote y... etc. (1)

La accion ocurre en Granada en la calle X número » piso 4.° casa de huéspedes. Al descorrerse la cortina, aparece la habitacion de un estudiante humildemente decorada; una cama, donde ronca tranquilamente el cuerpo de *Yo*; al lado de ella una mesa cuajada de libros y papeluchos todo revuelto y desordenado; el plato tendido á la *redonda* sobre la mesa y encima de él, la jícara de patitas.

YO... (*soñando.*) Callad parlanchines, que no me dejais dormir con vuestras habladurías.

JÍCARA... (á media voz al PLATO) ¿nos habrá oido? ¿qué hacemos? yo estoy decidida á confesárselo todo: no puedo consentir en ser por mas tiempo encubridora de tantas maldades; soy *frágil* y hablaré.

PLATO... Y yo tambien, porque no puedo soportar mas el peso de tus secretos unido al de los mios.

JÍCARA... ¿Y cómo lo hacemos, hombre?

PLATO... ¿Qué cómo? hablándole, contándole del *p, á pa,* todo cuanto D.ª Policarpa (2) hace en presencia nuestra.

JÍCARA... Pero, chico, ¿te atreverás tú á decírselo todo?

PLATO... Mujer, todo no sé si podré decírselo; mejor sería, que tú que tienes la suerte de llamarte *la*, quiero decir que eres *hembra*, se lo digas; de seguro te atenderá con mas agrado que á mí; y no ha de pasar de hoy; no sabes qué pena siento al ver al pobre muchacho coger tu bracito con su mano derecha mientras que con la izquierda sujeta un libraco donde fija sus ávidas miradas, y sorberse de un golpe su ponzoñoso contenido sin reparar en lo que traga: muchas veces he estado á punto de dar un grito y decirle «*¡detente desgraciado!*» pero cuando acudo á hacerlo ya es tarde: todo ha pasado á su estómago: si no cubriera mi cara esta capa amarillenta, te juro que me verías ponerme mas encarnado que una amapola, tal es mi ira y mi vergüenza.

(Mientras el anterior diálogo, *Yo* se ha despertado y ha estado escuchando).

YO... (entre dientes) ¡Cosa mas original! hablan á mi lado, y no veo á nadie; y estaban ocupándose de mí sin duda: nada, ó estoy soñando ó aquí *andan espíritus:* escuchemos y veamos en qué para esto.

PLATO... Pues lo dicho, hermosa; tú te encargas de hablarle cuando estés entre sus dedos y contárselo todo.

JÍCARA... Todo! No me atrevo: le diré algo; le advertiré que esté sobre aviso, que observe, pero..... referirle cuanto sé, no puedo; Dios sabe si esto daria lugar á un terrible cataclismo del que tú y yó no saldriamos muy bien librados; vamos á ver, ¿cómo quieres que le diga que esta mañana, mientras D.ª Policarpa preparaba la composicion de su famoso chocolate, el gato se llevó la manteca que ella le pone para suavisarlo (segun dice) y no teniendo otra echó mano á la que anoche le sobró de untarse las....

PLATO... ¡Calla, que me pongo malo! no se lo digas; que no lo sepa, arrojaría tu contenido y á tí tambien.

YO... ¡Demonio!

JÍCARA... ¡Ay! pues eso son flores y ayer cuando al ir á remover su filtro y no hallaba el molinillo ¿no viste de qué se sirvió en su lugar? ¿no reparaste de donde cortó aquel pedacito de caña? ¿recuerdas la que sirvió para desatascar el caño....

PLATO. . ¡Silencio, por Dios, que puede oirnos!

YO... (haciendo violentas contorsiones) ¡No puedo mas! voy á matar á esa vieja infame; pero antes quiero escuchar su acusacion por estas voces misteriosas.

PLATO... ¡Y yo, de alcurnia tan limpia, tan brillante; yo que en mis buenos años he ocupado un lugar en la mesa de opulentos magnates, he venido á parar á esta angustiosa situacion! ¡Oh tiempo lo que puedes! nada, me suicido, *¡que halla un cadáver mas qué importa al mundo!*

JÍCARA... ¿Y yo, plato de mi alma, nacida en las pintorescas y alegres riberas de Valencia, educada para manos finas y delicadas, besada mil veces por los sonrosados lábios de niñas bulliciosas y encantadoras; yo que he llevado en mi seno los mas ricos y aromáticos cacaos americanos, haber venido á parar al poder de esta asquerosa vieja y de su inmunda fregona, y verme destinada á sufrir el peso de este brebaje horrible que huele mal y sabe

(1) Aviso á las polluelas bonitas de quince á veinte abriles.

(2) Mi patrona.

peor, en el que se echa la leche que sobró al gato y la manteca que sirvió para...

Yo.., (arrimando un terrible puñetazo á la Jícara y el Plato que caen rodando al suelo y se hacen pedazos) ¡Miserables! ¡y habeis aguardado á este dia para darme á conocer los viles manejos de mi patrona! ¡cuando ya me he tragado tantas dósis de su receta! ¿os he roto? ¿y qué? ahora voy á hacer lo mismo con los huesos de esa maldita vieja: (*gritando*) ¡Doña Policarpaaaa!

En este momento me desperté, y ví con no poca sorpresa á mi pupilera con un plato en la mano y sobre él una jícara de la que salía un vaporcillo negruzco y un olor al que siempre habia llamado (metafóricamente, se entiende) olor de chocolate; dirigí mis ojos hácia el suelo y como no ví los restos del plato y la jícara que yo creia haber roto me convencí de que todo habia sido un sueño; sin embargo presa aun mi imaginacion de este recuerdo, dije á D.ª Policarpa, sin darle tiempo para hablar, y con entonacion dramática.

—Señora, necesito la receta de eso que me trae V. ahí.—Abrió una boca descomunal dejando ver dos dientes y medio enclavados en sus encías y dejó escapar una carcajada diciéndome al mismo tiempo.

—¿Con que lo sabia V? ¿quién se lo ha contado? ¡que ocurrencia! Tome V. hombre.

Y dicho y hecho, con una sangre fria espantosa, metió una mano en su arrugado seno y sacó un papelito cuidadosamente doblado y me lo alargó para que lo tomase; un pensamiento horrible pasó por mi imaginacion al ver el cinismo de aquella criatura que al ser descubierta en su asquerosa trama se reia del modo mas tranquilo del mundo; no sé como no me arrojé á su cuello y la estrangulé: pude contenerme, desdoblé el papel y me hallé con esto que traslado á mis lectores:

RECETA.

Con el sumo de un tomate,
unas hojas de escarola,
almagra, azúcar y cola
puede V. hacer chocolate,
añadiéndole amapola.

Por muy grande que fuera mi enojo no pude menos de reirme á carcajadas al ver un disparate tan enorme en una quintilla; ella me hizo el duo con su *boca-caverna* y cuando cesó de reir me dijo:

—¿Ha visto V.? tiene el Sr. Ruiz la buena de Dios; anoche para reirse de mí me escribió eso y me dijo que con todos esos *ingridientes* resultaría mejor chocolate que el que yo doy á ustedes ¡Hábrase visto hombre mas pícaro! en fin, es poeta y... basta: conque, ea, niño, vamos á levantarse que aquí tiene V. el chocolate: hoy le he puesto mas leche y manteca; yo miro mucho por mis huéspedes, los quiero como á hijos y...

—Sí, todo lo sé, le dije interrumpiéndola, pero hoy estoy algo malo y no quiero chocolate.

—¿Cómo que no? mire V. que tiene manteca y leche.

Todo mi sueño se desarrolló en un momento en mi memoria, sentía cosquilleos en el estómago y le dije:

—Sí, sí señora, pues precisamente por eso! lléveselo V. y desde mañana póngame café en su lugar todos los dias; y añadí por lo bajo—para eso no tendrá receta.

Por último, lector, desde que tuve este sueño que acabo de referirte juré no volver á tomar chocolate en ninguna casa de huéspedes, cumplo mi juramento y me vá perfectamente; haz tú lo mismo: ¡adios.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

Granda 12 de Febrero de 1876.

FRAGMENTO.

. . . . . .

Cual el reflejo de naciente aurora,
Que de rosa y jazmin los campos baña,
Cual el rayo del sol, que al morir dora
La nieve que blanquea en la montaña,
Cual el luciente espejo, que enamora
Con su luz á los hijos de la España,
Tal Eva, ante la vista aparecía
De Luzbel, que al mirarla enloquecía.

Era su tez tan delicada y pura,
Cual si jamás del sol el rayo ardiente
Hubiera reflejado en la blancura
Que ostentaban sus sienes y su frente,
Era tan acabada su hermosura,
Cual obra del Artista omnipotente,
Y Luzbel su belleza contemplando,
De su infierno el abismo iba ahondando.

Sedosos rizos su nevado cuello
Acarician con lánguido descuido,
Y el dorado color de su cabello,
Forma á su rostro refulgente nido,
Es el conjunto de su cuerpo bello
De morbida hermosura revestido,
Y su pequeño pié, de huella breve,
Parece copo de apretada nieve.

Sus cejas y pestañas, líneas de oro
Trazadas en su frente y su mejilla;
Es su boca de perlas un tesoro,
A sus lábios la rosa se le humilla;
Sus manos de azucenas son desdoro;
De la nieve su seno maravilla,
Y sus ojos dulcísimos, dan celos
Con el color que roban á los cielos.

A su rostro hermosísimo, añadia
Doble belleza, el celestial reflejo
De un alma, que en su rostro se veia,
Como á través de transparente espejo,
Su puro corazon, no conocia
Del mundo el vicio, del pecado anejo,
Y aquella candidez solo gozaron
Eva y Adam, primero que pecaron.

A la vista de aquel conjunto breve
De hermosura y amor, Luzbel vencido,
A grandes tragos la esperanza bebe
De un bien embriagador, desconocido,
Con planta ansiosa, vacilante y leve
Se acerca, de placer estremecido,
Sin comprender que contemplando á Eva,
Su orgullo abdica, ante una deidad nueva.

RAFAEL LUNA.

A. . . . .

—

Una hora en mi vida
Tuve tan solo de ventura y calma,
Instante delicioso
Que eternamente vivirá en mi alma.
¿Sabes cuál fué, bien mio?
Aquella dulce noche en que la marca
De un beso de tus lábios,
Por tu esclavo ¡feliz! me señalara.

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

A LA Srta. D.ª...

El dia Emilia que en tí,
Mi mirada se fijó,
Inmediatamente huyó
La tranquilidad de mí,
Irresistible poder
Arrastróme de tí en pós.
Poder con que acaso Dios
Unió mi sér á tu sér,
Entonces, el alma mia
Rendido te consagré
Suya fué; y desde aquel dia,
Adórote tanto, que
Sin amarte moriria.

M. S. P.

Uno de nuestros abonados de Filipinas, el señor don Emilio Martin Bolaños, Alcalde Mayor del distrito de Intramuros, en Manila, ha demostrado á nuestro corresponsal en aquellas islas, su deso de prestar un decidido apoyo al proyecto de monumento á Espinel, ofreciendo por este motivo una fuerte suma, al representante de los «Ecos» en dicho Arehipiélago, para cubrir los gastos que pudieran resultar como déficit, una vez terminada la espresada obra.

El Sr. Morales, creyendo y no sin razon, que estaría inaugurado el monumento cuando hizo su oferta el Sr. Bolaños, no ha admitido la cantidad que éste puso á su disposicion y le ha manifestado, en nombre de los «Ecos», su gratitud por ese acto de noble desprendimiento, que tanto honra á nuestro mencionado suscritor.

Los «Ecos DEL GUADALEVIN» dan las mas espresivas y sinceras gracias á quien tan amante se muestra de las glorias rondeñas.

CHARADA.

No te *dos, cuatro, tercera,*
Lo que me vas á escuchar:
Dime, niña, ¿cuál *segunda*
De los dos te gusta mas,
El que es propio de la flauta,
O el del dorado metal?...
¿Te callas?... ¿no me contestas?...
No es preciso, la verdad
La sé hace tiempo, y yo nunca
He sido TODO; verás
Que *primera, tres* y *cuatro*
Soy en decirla, alla vá:
El *segunda* que te gusta
Sobre todos los demás
Es de cierto.... (no lo niegues),
El del dorado metal.

J. R. T.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año II. 8 Marzo 1876 correspondiente al 24 Diciembre 1875. Núm. 64.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de los suscritores al monumento de Rios Rosas.—La juventud (traduccion), por don José Ruiz Toro.—Triste episodio de amor (poesía), por don Andrés Casado.—Poesía, por don Jose Perez Cortina.—Historia de un paraguas (semi-novela bufa), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—Rimas, por don José Ruiz Toro.—En la ausencia. Tu mérito mayor (poesías), por don Rafael Quintana Medina.—Rafaela (poesía), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—Solucion.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	2248 50
Albacete.	D. Ildefonso Ruiz Tapiador.	5
Canarias.	Excmo. Sr. D. Vicente Clavijo, Gobernador Civil. .	10
Málaga.	D.ª Manuela Muñoz. . . .	5
Algodonales.	D. Federico Canalé. . . .	3
Idem	» Antonio Sanchez Barroso.	4
Málaga.	» José C. Bruna.	10
Ronda.	Sres. Aldecoa Larqué y Compañía.	3
Madrid.	Excmo. Sr. D. Fernando Cuadros.	25
Ronda.	Srta. D.ª Adelaida del Pozo Reyna	5
Madrid.	Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon. . . .	25
Ronda.	D. Cristóbal Reguera Ponce.	5
Idem	» Juan Morales Marin. . .	5
	TOTAL. . . .	2353 50

En el número siguiente se continuará la lista.

LA JUVENTUD.

(DEL CABALLERO DE JAUCOURT).

TRADUCCION LIBRE DE JOSÉ RUIZ TORO.

Entiéndese por *juventud* el periodo que corresponde y acompaña á la última evolucion de la adolescencia, y que llegando hasta la edad viril, halla por lo regular su término en los treinta años.

Considerando los griegos á la juventud como la estacion del año en que los frutos llegan á su madurez y deben ser cogidos, la significaron ordinariamente con el nombre de *otoño*.

Sea que los latinos participasen de las mismas ideas, ó ya que las aprendiesen de los griegos, ello es lo cierto que Horacio compara al jóven con un racimo de uvas que el otoño esmalta con sus colores mas vivos:

Jam tibi vividos
Distinguet autumnos *racemos,*
Purpureo varius colore.
(Oda V. lib. II).

En nuestra lengua (y lo mismo sucede en la española), espresamos una idea distinta con la palabra *otoño* al referirnos á la edad; puesto que, por via de metáfora, designamos con ella á la persona que entra en el periodo de la vejez. Los poetas llaman á la juventud la primavera de los bellos dias, ó en otros términos:

Es la agradable estacion
En que el corazon impera
Y avasalla la razon. (1)

El Guarini la llama *verde etade*, porque siempre vá acompañada de los felices arranques de la imaginacion, los atractivos seductores y las gracias encantadoras.

(1) Cette agreable saison
Où le cœur a son empire
Assujetit la raison

Esta edad tiene, sin embargo, sus defectos como todas las demás; defectos que dejó trazados el lápiz de los grandes artistas:

Fogoso siempre el jóven en todos sus caprichos,
Del vicio ansioso acoge la nociva impresion;
Es vano en sus palabras, voluble en sus deseos,
Desprecia la censura, y del placer vá en pós. (1)

Aún podriamos añadir que la juventud inesperta se entrega gustosa á la crítica que le enseña á despreciar aquellos mismos modelos que debieran ser objeto de su imitacion. Demasiado presuntuosa, todo lo espera de sí misma; y aunque frágil, nada le parece imposible, nada le atemoriza; allá se lanza confiada en sus fuerzas sin tomar precauciones prévias. Emprendedora y activa, proyecta su imaginacion árduas empresas que ni estan á su alcance, ni se detienen en el límite de sus facultades. ¿Se ha propuesto un fin y quiere realizarlo? ¿Qué importan los medios ni la reflexion!

Enloquecido su cerebro con las quimeras que ha forjado y con la venda en los ojos, se aventura al azar, concibe su resolucion extrema y, semejante á esos indómitos corceles que ni quieren detenerse ni volver á trás, en ella se precipita desalada.

Mas apesar de los estravíos de la juventud y de la verdad de este cuadro, copiado del natural, ello es lo cierto que la edad mas apreciable y brillante de la vida es la juventud: guardémonos, pues, de proclamar al invierno como á la estacion mas digna de aprecio, y de colocar el periodo mas triste de nuestro ser á la altura del mar floreciente. Si la edad avanzada exige consideracion y respeto, la juventud, la belleza, el vigor, el génio que marchan en pós de la primera, son dignos de nuestros altares. (2)

Los que hablan en favor de la ancianidad como sabia, madura y moderada para enrojecer las mejillas de la juventud como viciosa, disipada y loca, no saben apreciar en lo justo el valor de las cosas; pues las imperfecciones de la ancianidad son seguramente mayores en número y mas incorregibles que las de la juventud. El invierno de la vida, traza aún mas arrugas sobre nuestro espíritu que sobre nuestra frente. Pocas almas se ven, decia Montaigne que al envejecer no perciban lo agrio y lo enmohecido; y cuando Montaigne se espresaba en estos términos, habian encanecido sus cabellos.

En efecto, la invencion y la ejecucion, esas dos grandes y bellas prerogativas, pertenecen á la juventud; y si sus desvíos la conducen demasiado léjos, los de la vejez, glaciales y sin energía como son, retardan y detienen la marcha del progreso.

La sangre que fermenta en la juventud, hácela sensible á las impresiones de la virtud, del amor, de la amistad, de todo lo que es capaz de conmover el alma. La circulacion amortiguada por el contrario, en los ancianos, produce en ellos la indiferencia, el enfriamiento, por decirlo así, para todos los objetos susceptibles de conmover el corazon, personificando en ellos la inercia.

La juventud es inconstante por actividad; la constancia de la vejez proviene de su pereza. De un lado la petulancia que confia demasiado en sus proyectos; del otro la general desconfianza y la contínua sospecha, defectos que se reflejan en la mirada, en la conversacion, y hablando en general, en la conducta de los ancianos.

El jóven es amante de la novedad porque es curioso y gusta de la variacion. El anciano se obstina en sus preocupaciones, solo porque son suyas y no le queda ya ni tiempo para instruirse, ni vigor para apasionarse.

En una palabra, no se puede sin faltar á la razon, dar la preferencia á la luz que se apaga sobre la luz que brilla; pero guardémonos bien de olvidar que esta luz tan brillante, esta bella edad tan justamente celebrada, es no más que una flor que apenas abre su corola cuando ya es marchita. Las gracias sonrientes, los dulces placeres que la acompañan, la fuerza, la salud, la alegría se desvanecen á la manera de un agradable ensueño del que no quedan al despertar más que imágenes fugitivas: y si por desgracia se ha consumido esta brillante juventud en una vergonzosa voluptuosidad, no le queda para despues otra esperanza que un triste y cruel recuerdo de aquellos fugaces placeres que ya desaparecieron. ¡Páganse con usura al llegar la tarde las locuras y devaneos de la mañana.

(1) Un jeune homme toujours bouillant dans ses caprices,
Est pront à recevoir l'impresion des vices,
Est vain dans ses discours, volage en ses desirs,
Retif à la censure, et fou dans les plaisirs.

(2) Tal vez peque de atrevida la figura con que este párrafo concluye; pero no hemos creido deber modificarla en una mera traduccion, limitándonos á hacer ésta llamada.

TRISTE EPISODIO DE AMOR.

Ni una voz en el espacio
En álas del viento leve:
¡Oh noche! nada se atreve
Tu sueño á desconcertar.
Solo el murmullo apercibo

De la fuente cristalina;
Triste sus rayos declina
La luna, sin murmurar.
Mil estrellas refulgentes
Coronan el firmamento;
Sobre ellas tiene su asiento
El Dios de la magestad:
Nada á su vista se oculta;
¡Quizá el hombre descuidado
Duerma en brazos del pecado
El sueño de iniquidad!
Quizá, mientras del otero
Eleva canto divino,
Dando al aire dulce trino
Inocente ruiseñor,
El hombre apure la copa
Del crimen hasta las heces;
Triste noche, ¡cuántas veces
Eres manto del dolor!
¡Cuántas veces á la sombra
De la luna plateada
Brilla la hoja acerada
En la diestra del traidor,
Que acecha, cual tigre fiero,
De la venganza el instante!
¡Ten tu paso, pobre amante,
Que tienes cita de amor!
Tu pecho respira
Amor placentero,
En sueño ligero
Tu hermosa respira.
Inquieta, afanosa,
Febril, delirante,
La cita de amante
Espera amorosa.
Mas ¡ay! de la bella
Que en noche confia!
Quizá al nuevo dia
Maldiga su estrella.
Quizá los amores
Que eternos augura,
Serán la figura
De negros dolores.
La mano alevosa
De fiero asesino
Trocó tu destino:
¡Ya no eres esposa!

Triste mucho, y abatida,
Cubierta con negro velo,
Sus ojos allá en el cielo
Y el llanto en el corazon,
Una hermosura sus quejas
Exhala en noche callada,
Y con voz casi apagada
Así empieza su cancion:
—¡Mal haya la noche oscura,
Que enlutó mis alegrías;
Y en tristes trocó mis dias
De ventura!
Mis risueñas ilusiones
Fueron asaz pasajeras,
Volaron mis primaveras,
Cual visiones.
Apenas de mis amores
Gusté la copa dorada,
Me cubrió mano malvada
De dolores.
Ya no me llaman hermosa,
Ni escogida entre millares,
Ni sirena de los mares,
Venturosa.
¡Mal haya la noche oscura,
Que enlutó mis alegrías,
Y en tristes trocó mis dias
De ventura!—
Su frente ardorosa
Cayó sobre el lecho,
Ahogose en su pecho
Su voz melodiosa.
La noche tranquila
De luna serena
Renueva su pena,
Su vida aniquila
Por que ¡ay de la bella,
Que en noche confia!
Quizá al nuevo dia
Maldiga su estrella.

ANDRES CASADO.

* * * * *

Qué es un beso?
La espresion fiel del cariño,
Que por eso
Tanto los prodiga el niño:
Pues sus besos de candor
Nacen en su alma inocente
Remedando dulcemente
Los de su madre..... de amor.

Si es al hijo
A quien dá la madre un beso,

Es de fijo
Su mas gozoso embeleso;
Siente al dárselo dolor,
Siente á la par alegría,
Y diciendo ¡*prenda mia*!!!
Vierte lágrimas... de amor.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Las mujeres,
Si cual niños los prodigan,
Mil placeres
Estos besos siempre abrigan;
Son besos de mas ardor
Que las pasiones encienden;
Pero besos, que trascienden
Desde que brotan.... amor.

José Perez Cortina.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

SEMI-NOVELA BUFA DE

Dionisio J. Delicado y Rendon.

(Continuacion.)

VII.

Habia tal seguridad en el acento con que Pedro dijo «ya tengo dinero», que ni por un momento dudé de que volviera con él, de allí á una hora, como habia ofrecido.

Hacia dos que no fumaba, y tan prolongada abstinencia comenzaba á molestarme.

Si tuviera cigarros, pensé, le aguardaria con mas impaciencia; el tabaco es enemigo mortal del fastidio.

Pero ni tenia cigarros ni dinero con que comprarlos. Busqué con la vista algun amigo á quien pedirle una cosa ú otra, y entre tantos concurrentes no pude encontrar uno solo.

Para mayor tormento mio, todos fumaban envolviéndome en azuladas nubes de humo. ¡Esto es insoportable! pensé, ¿puede darse mayor descaro, que el de venir á fumar en las barbas de un fumador que no tiene tabaco! ¿No es un insulto el que me lanzan al saborear sibaríticamente el humo de esa deliciosa planta?

Como se vé la privacion incitaba mi apetito hasta hacerme injusto.

La perpétua movilidad de la imaginacion me llevó del tabaco, á comentar el

Cupimusque negata.....

y ya me habia sumergido en profunda meditacion, cuando escuché que murmuraban junto á mí.

—¡Juraria que lo he dejado aquí!

Volví la cara, porque la voz no me era desconocida, y ví.. á mi recomendado que registraba debajo de las mesas y de los asientos con tanta atencion como si buscara un alfiler.

—¿Ha perdido V. algo? le pregunté.

—¡Hola caballerito! respondió mirándome todo hosco, ¿V. por aquí? yo le hacia á estas horas trabajando sobre el Benito Gutierrez.

Afecté no hacer alto en tan inoportuna reflexion, y reiteré mi pregunta.

—Sí, me dijo, he perdido el paraguas, un paraguas nuevo, flamante, magnífico y no he estado en parte alguna...

—¿Está V. seguro de que lo sacó de casa? puede ser que lo haya dejado allí.

—¡Hum! hum! seguro, francamente, no lo estoy; no me acuerdo bien de si lo saqué ó no, pero de que el paraguas no está allí, estoy seguro, muy seseguro, segurísimo,

—Preguntemos á los mozos si lo han visto.

—No, es inútil, ya he preguntado á todos uno por uno, ninguno lo ha visto.

—Es probable que se lo haya llevado el primero que lo viera abandonado.

—¡Es probable! murmuró mi recomendado, es probable, como si eso me satisficiera á mí! ochenta reales tirados á la calle! ea, abur, y cuidadito con lo que se hace, jóven, porque... ochenta reales, y sin estrenar! adiós.

—Vaya V. enhorabuena.

—Mi recomendado salió del café gruñendo sordamente y repitiendo: pero señor ¿dónde lo habré dejado? parece mentira que se pierda asi un paraguas nuevecito y que ha costado ochenta reales.

Permanecí aguardando á Perico, pero pasó una hora y otra, dieron las nueve, las diez, las diez y media, las once menos cuarto y Perico no volvia.

¿A dónde habrá ido por el dinero? me pregunté desazonado.

Dieron las once y los concurrentes empezaron á abandonar el café.

Me sentia mal, mi inquietud crecia á medida que las manillas del relój avanzaban hácia las doce, pero hice un esfuerzo por tranquilizarme.

—Tal vez haya encontrado alguna dificultad, me dije, no siempre se ha de «llegar y besar el santo.»

A cada momento se me figuraba ver entrar á

Pedro que despues de devolverme el paraguas, me prestaba diez ó doce duros.

Pero sonaron las doce sin que mi esperanza se realizara; los mozos amontonaron los taburetes sobre las mesas, colocaron las maderas en las puertas y ventanas, apagaron el gás, y con la mayor amabilidad, eso sí, me echaron á la calle.

Miré en derredor de mí y comprendí toda la justicia de aquella medida; no quedaba en el café nadie mas que yo.

VIII.

No me restaba otro recurso que irme á dormir, si por dicha podia hacerlo, porque era punto menos que imposible encontrar á Perico á las doce de la noche sin tener el mas leve indicio de su paradero.

Llegué á mi casa dado á todos los diablos; ya estaba cerrada la puerta, y para que me abrieran me ví en la precision de alborotar el vecindario.

Subí las escaleras sin hacer caso de los graznidos de mi pupilera que con un velon en la mano y en camisa bajó á abrir, y apenas entré en mi cuarto me arrojé sobre la cama vestido y calzado.

Apesar de todo, dormí, pero con un sueño agitadísimo. Soñé con el paraguas, con los ocho duros perdidos, con la lluvia y con el almuerzo. Soñé que me enviaban á presidio por la riña del Zacatin, que me suspendian en los exámenes y que me casaba con Encarnacion.

Cuando desperté me encaminé hácia la Universidad, para ver si allí encontraba á Perico.

Porque á los perdidos es á quienes se encuentra.

Entré en clase de derecho civil, y el catedrático me preguntó la leccion.

Inútil es decir que contesté elocuentemente porque en ocasiones, no hay nada tan elocuente como el silencio.

Volví á casa á la hora de comer; tomé la pañosa y me dirige á la calle de San Matías resuelto á aprovechar la ausencia de D.ª Angustias.

—Vamos, pensé, esta hora que voy á pasar al lado de Encarnacion me consolará de las contrariedades que he sufrido desde ayer.

Veinticuatro horas hacia que no fumaba y pensé en las cubanas.

Si Encarnacion lo fuera, dije para mí, fumaria y fumando me ofreceria cigarros. Una mujer fumadora hubiera sido entonces para mí el *non plus ultra* de lo bello, de lo sublime de lo...

Pero Encarnacion no fumaba.

Llegué á su casa, llamé y subí.

—¡Jesus! que loco! me dijo afectando enojarse por mi atrevimiento, ¿te has propuesto comprometerme? es preciso qne te marches inmediatamente, ¡si mi mamá viniera!

—No temas; tu madre está á estas horas durmiendo ó murmurando en la iglesia, me iré antes de que pueda volver.

—Es que estoy sola y... dijo con turbacion encantadora la chica.

—No sé lo que iba á decir, porque no la dejé acabar, la cerré la boca con la mia.

Encarnacion me rechazó suavemente; el pequeño esfuerzo que empleó para ello, la hizo tropezar con un paraguas que estaba puesto á enjugar en un rincon.

Reparé en él y una nube de rabia oscureció mi vista; era el mio, el mio, lo conocia en los agujeros.

—¿Quién ha traido aquí este paraguas? le pregunté pálido y convulso.

—¿Qué tienes? me dijo al notar el violento cambio que se habia operado en mi semblante.

—¡Ah, esclamé yo rechinando los dientes;! por eso no quiso presentarme á ella! Bribon, y me pide prestado el paraguas para venir á verla. Eso es, mientras yo pasaba tres horas mortales en el Suizo, él pasaba tres horas deliciosas aquí! Me vengaré.

Encarnacion me miraba llena de asombro, ¿te has vuelto loco! me dijo, ¿qué hablas de presentacion, de Suizo y de....

—Señorita, le contesté furioso por lo que creia hipocresía refinada, conozco á su amante de V.; debiera haberme dicho que no podia aceptar mi cariño, pero burlarse de mí!...

—¿Es eso todo? pues bien, yo no me atreví á decirte que tenia novio. Era además inútil, porque en el momento en que tú te declaraste á mí, le escribí una carta despidiéndole.

—Bravo! señorita, ya que mienta V. no urda embrollos groseros, mienta de un modo verosímil.

—Me estás ofendiendo, yo no miento, te he dicho la verdad.

—¡La verdad! pero ¿V. se ha figurado que soy tonto? ¿Y si yo le digo que su novio ha estado hoy aquí, que está tal vez?

—Caballero, no permito que V. me insulte; si se ha arrepentido V. de haberse dirigido á mí, dígalo con franqueza, rompamos, pero rompamos de un modo decente, y no eche mano de pretestos que ofenden mi dignidad.

—Señorita, á no verlo, me pareceria imposible tanto disimulo, pero repito que se toma V. un trabajo inútil; tengo pruebas de lo que digo.

—¿Pruebas? y ¿dónde están? ¿cuales son?

—¿Dónde? aquí. ¿Cuáles? este paraguas.

—Señor mio, me dijo por fin con altivéz, para broma, basta ya, porque la que V. me está dando es muy pesada y de muy mal gusto.

—Es decir que ¿persiste V. en negar? bien está, beso á usted los piés.

—Beso á V. la mano, me contestó Encarnacion secamente.

—Ciego de ira, dí un portazo y bajé las escaleras como un loco. Cuando salí á la calle llovia abundantemente.

—Al menos he recobrado mi paraguas, dije abriéndolo; he recobrado mi paraguas y he conocido que él y ella me engañaban.

Fiése V. de la amistad y del amor en estos tiempos.

IX

Me fuí á mi casa, decidido á buscar en el estudio la tranquilidad perdida.

El trabajo y sobre todo el trabajo intelectual, es el mejor consuelo, la medicina mas eficaz que puede emplearse contra los pesares. Este es un fenómeno anímico, bien fácil de esplicar; la actividad influye sobre la sensibilidad de un modo evidente. Cuando la atencion, esa operacion mental, se separa de los sentimientos y se fija en otro objeto, aquellos disminuyen, desaparecen para dejar lugar á este que llena y ocupa por completo nuestra inteligencia.

Abrí un libro y me puse á estudiar.

Pero apenas bubo transcurrido un cuarto de hora cuando vino á distraerme un fuerte campanillazo; poco tiempo despues la puerta de mi cuarto se abrió para dar paso á una fregona que puso en mis manos una carta.

—De parte de la señorita Encarnacion, me dijo guiñando picarescamente.

—¿Le ha encargado á V. que aguarde la contestacion? pregunté yo viendo que no trataba de marcharse.

—No señor, pero.....

—El estado de mi bolsa no me permitió entender aquella reticencia.

—La Maritornes se fué refunfuñando por lo de la propina. Juraria que al salir pronunció las palabras «silvante, roñoso.»

Rompí el nema y saqué del sobre la carta de Encarnacion. Hé aquí lo que decia con una ortografía y una forma de letra que hubieran hecho honor á una monja del siglo pasado.

«Mi querido D..... una equivocacion lamentable ha »sido la causa de nuestro disgusto. Ven en seguida, te »lo esplicaré todo y no solo quedarás convencido de »que te engañaban las apariencias, sinó que me pe»dirás perdon de rodillas. Trae el paraguas, es abso»lutamente necesario y sin esa circunstancia imposi»ble toda explicacion.»

Tuya

Encarnacion.

Volvió á lucir para mí la estrella de la esperanza y aunque no comprendia cómo podria probar la inocencia de Encarnacion el malhadado paraguas, lo busqué para ir á su casa.

¡Que si quieres! el paraguas que diez minutos antes estaba en un rincon de mi cuarto, habia tomado las de Villadiego.

¡Por vida de! dije yo, agotada ya la paciencia. ¿Estoy soñando ó despierto? ¿Habremos vuelto á los tiempos de las hadas? ¿y cómo me presento yo ahora á Encarnacion sin el paraguas?

Vamos á cuentas amigo mio. Compras un paraguas desaparece el paraguas; vás á recogerlo, lo recoges en efecto, lo prestas á un amigo y vuelve á encontrarlo donde ménos podia figurarte. ¿Quién lo llevó allí? por que el paraguas no se iría sólo; aunque casi, casi no me atreveria á asegurarlo, por que hace un momento estaba aqui y ahora es indudable que ya no está. Si al ménos viniera ese pillo de Perico, me ayudaria á desenredar esta maraña, pero ¡ya escampa! quién sabe donde andará á estas horas esa alhaja!

Cual si mis palabras hubieran sido un conjuro mágico, Perico se presentó delante de mí.

X

Estaba mústio y cabizbajo, traia levantado el cuello de la levita y las manos metidas en los bolsillos del pantalon.

¡Cómo! le dije apretando los puños y lleno de coraje por que á su vista se reanimaron mis sospechas; ¿aun tienes valor para ponérteme delante? ¡Judas, Galalon, Bellido Dolfos, amigo traidor!

—Desahógate, contestó tendiéndose en mi cama y dando á su rostro un aire de resignacion cómica, desahógate, insúltame, dime cuantos improperios se te vengan á la lengua, confieso que lo merezco: yo no debi portarme asi contigo.

—¡Por vida de Barrabás, exclamé en un acceso de cólera, que no se cómo me contengo, ¿con que confiesas tu traicion? canalla!

—¡Eh! no creo que la ofensa sea para tanto. Harto castigado estoy por hacerte esperar un rato en el Suizo..... pelillos á la mar!

—¡Que no! crees tú que puede quedar asi este asunto? te equivocas, tú crees que la ofensa no es grave: pues yo sí, y nos vamos á dar de cuchilladas ahora mismo.

—¡Te has vuelto loco! desafiarme por haber empeñado un paraguas, un miserable paraguas.

—¿Qué dices?

—Yo lo empeñé con la mejor intencion del mundo, con el dinero que sobre él me dió el prestamista esperaba ganar treinta ó cuarenta duros y partirlos contigo, ingrato! pero la suerte me fué contraria... convengo en que debí decirte para qué queria el paraguas pero al fin y al cabo la intencion me absuelve. ¿Es esto bastante motivo para matarnos?

—Empecé á columbrar alguna luz en aquel embrollo; Perico, le dije, me dás tu palabra de honor de que dirás la verdad á lo que yo te pregunte?

—Palabra de honor.

—Pues bien, ¿estuviste anoche en casa de Encarnacíon?

Perico se echó á reir á carcajadas ¿era eso todo? estás celoso como Otelo! já, já, já, vaya amigo mio, tranquilízate, no he vuelto á casa de esa chica desde que troné con ella.

—Y entonces ¿quién llevó alli mi paraguas, el paraguas que te presté?

—¡Diablo! ¿qué estaba allí el paraguas! preguntó Perico, sorprendido de tal manera que se arrojó de la cama al suelo.

—Si.

—¡Bah! eso es imposible.

—¿Imposible! si lo he visto con mis propios ojos, ¿qué mas? hombre, si me lo traje aquí,

—¡Caramba! ó tu estás loco ó lo estoy yo Veamos el paraguas.

—¡Ah! dije yo, no puedo enseñártelo por que ha desaparecido. Y aquí le conté su maravillosa desaparicion.

Vamos, observó Perico, tu has soñado anoche y aun te dura la pesadilla; no has podido ver el paraguas, ni menos traértelo por que desde antes de anoche está en una agencia de préstamos sobre *efectos y alhajas*; hé aquí el recibo.

—A ver, dije yo, y le arrebaté de la mano el papel que me alargaba.

Efectivamente, era un recibo del paraguas empeñado dos dias antes en treinta reales.

—¿Estás convencido? me preguntó.

—Todavía no: aquí hay algo que yo no comprendo, pero que espero comprender. Vamos á desempeñar el paraguas.

—¿Tienes dinero segun eso?

—No, pero dejaremos en camhio mi reloj.

—¡Magnífico! sublime! y haremos que nos den treinta reales mas; con ellos voy á hacer saltar la banca, ya verás.

(Se concluirá.)

RIMAS.

Tú estás alegre, yo triste,
Tú elevas la vista al cielo,
Yo la dirijo á la tierra,
Tú gozas mientras yo peno.

En tus pupilas los rayos
Fulguran del sentimiento,
Y de mis ojos se escapa
Extraño brillo siniestro.

Suena tu voz cual murmurio
De susurrante arroyuelo,
La mia cual catarata
Que vá rodando al Averno.

Tú sueñas con los amores
Que envuélvense en el misterio;
A mí me cercan fantasmas
Pavorosos en mis sueños.

Tú los placeres del mundo
Desprecias, y tus deseos
Brotan del alma purísimos
Y á Dios remontan su vuelo.

Yo me entrego encenagado
Del vicio en el mar revuelto,
Y allá desalado corro
A donde me arrastra el vértigo.

Tú vives de la esperanza,
Yo, ni aun vivo de recuerdos;
Para mí el presente es todo,
Para tí, solo un momento.

. . . . . .
. . . . . .

Tú has bajado de la Gloria,
Yo he subido del Infierno;
A tí te nombran *poesía*,
A mí *escepticismo* nécio.

Por eso yo con sarcástica
Risa la virtud desdeño,
Por eso tú, reverente,
Le rindes culto en tu pecho.

Y mientras que yo maldigo
Del mundo, y al mundo vuelvo,
Tú confiada levantas
Tu mirada siempre al cielo.

José Ruiz Toro.

EN LA AUSENCIA.

Entre los blancos celajes
Del alba, tu imágen veo
Que me invita al trabajo y al punto
Abandono mi lecho;
Entre las nubes de púrpura
Que ocultan al sol cansado
Flotar miro tu imágen querida,
Y juntos oramos.
Entre los negros crespones
De la noche yo te veo,
Tus arrullos me duermen, me inspiran
Hermosos ensueños.
Y entre ilusiones de gloria
Miro y te veo en mi alma,
No la ausencia lloremos, no existe
Para dos que se aman.

TU MÉRITO MAYOR.

A ENCARNACION.

¿Cómo puedes seguir indiferente
Al pasar por mi lado?
¡Por Dios! que finges tan perfectamente
Que estoy, niña, admirado!
¡Gracias á Dios que al fin alguna cosa
Perfecta encuentro en tí!
Lástima que no sea, niña hermosa,
Todo lo tuyo así!

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

¡¡RAFAELA!!

Cuando los genios trataron
De forjar una mujer,
Hermosa como el placer
Tu imágen adivinaron.
Un tipo ideal crearon
Para sí, mas sin cautela;
Pues el pintor en la tela,
Y el escultor en los bronces,
Solo copiaron entonces
Tu belleza, Rafaela.
¿Que hizó el pincel de Murillo
Sus vírgenes al pintar?
Solamente adivinar
De tus encantos el brillo.
¡Qué hizo el cincel, el martillo
De Fidias y de su escuela!
¡Qué hizo Ariosto aunque le duela?
¿Qué hicieron Tasso y Cervantes?
Copiar aunque siglos antes
Tu belleza, Rafaela.
Quiso torpe Rafael
Robar el azul del cielo,
¡Quimera fué; vano anhelo!
Al fin arojó el pincel.
Te soñó, y entonces fiel
Comprendió ya sin enojos,
Que no estaba tras los rojos
Celajes del firmamento,
Aquel azul opulento,
Si no que estaba en tus ojos.
De entonces quien con destreza
Pretendió el oro finjir,
No fué ya á buscarlo á Ofir
Si no á tu linda cabeza.
De las perlas la riqueza
No se buscó ya en Bassora,
Que en tu boca encantadora
Trocadas en bellos dientes,
Se atesoraron lucientes
Tras púrputa brilladora.
Ya el bardo tuvo un modelo
Que cantar y no ficciones,
Ya de su arpa los sones
Saludaron en el suelo
Á un ser bajado del cielo;
Y mientras que tú no subes
Á habitar sobre las nubes,
La poesía y la pintura
Podrán copiar la hermosura
Que allí tienen los querubes.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Quiera Dios, darte á vivir
Años dichosos y tantos,
Como tú tienes encantos,
Que es cuanto puedo decir;
Tal vez es mucho pedir,
Pero no temas ser vieja:
Dios á los ángeles deja
Vivir desde que hizo el mundo,
Y nadie hasta hoy, iracundo,
De viejo á un ángel moteja,

DIONICIO J. DELICADO Y RENDON.

Solucion á la charada inserta en el número anterior: LI—SON—JE—RO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 15 Marzo correspondiente al 1.° Enero 1876. Núm. 65.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Descripcion de la M. N. y M. L. Ciudad de Ronda, por los Sres. Rios Rosas, Bueso, y Huet.—A la Virgen de los Dolores (poesía), por la Srta. doña Rafaela Brabo Macías.—Rimas, por don Rafael Quintana Medina.—Historia de un paraguas (semi-novela bufa), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—Las flores (poesía), por el mismo autor.—Bibliografía, por la Redaccion.—Charada.

Con el presente número inician los Ecos del Guadalevin el año tercero de su publicacion. Si se realizan nuestros deseos, será el que inaugura el presente número, año de transcendentales reformas para esta Revista.

DESCRIPCION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE RONDA.

La importancia de los datos históricos que contiene, la brillantez y propiedad de las descripciones con que está adornado, y sobre todo el ser debido á la pluma de los Sres. D. Antonio de los Rios Rosas, D. Manuel Bueso y D. Antonio Huet, nos deciden á publicar el presente artículo por mas que, habiendo trascurrido cuarenta y tres años desde que se escribió por aquellos Sres., el mudable tiempo, modificando á Ronda, haya hecho necesaria la adicion nuestra que al pié publicamos para completar la descripcion de Ronda autigua y moderna.

Hé aquí la parte redactada por aquellos jóvenes en 1833.

RONDA, *Arunda*, ciudad de España, reino de Granada, provincia, obispado y á 11 leguas O. de Málaga, cabeza del partido de su nombre. Pobl. 16.000 hab. (1) Está situada en la parte meridional de Andalucia á los 36° 40" lat. N. y 1° 32" longitud E. sobre la meseta y desclive de una elevadísima roca, de origen secundario, tajada perpendicularmente por la naturaleza: esta cortadura, que forma un horroroso precipicio llamado el *tajo de Ronda*, comienza de E. á N. O., inclinándose al O. y fenece al S. O. dividiendo la ciudad en dos partes, los cuales se comunican entre sí por medio de dos puentes. El nuevo está construido en la parte mas angosta y profunda de la cortadura y sacado de cimientos desde el mismo pie de la roca: su fábrica, magnificamente labrada de piedra de silleria, se va ensanchando á medida que se eleva, acomodándose á la configuracion de los dos lados del precipicio; y es de tres cuerpos, de los cuales el inferior, que sirve de zócalo á la obra, solo tiene un arco; el segundo otro mucho mas elevado, y el tercero dos pequeños laterales y uno cerrado en el centro que forma una espaciosa cuadra abovedada con balcones que miran al tajo; bájase á ella por una vereda peligrosa practicada en la prolongacion de la roca el borde del precipicio por la parte del Mercadillo. Sobre la bóveda de este último cuerpo está el piso del puente, que tiene 36 piés de latitud y 336 de longitud, cerrado con sólidos y bien acabados pretiles con balcones salientes, que dejan ver el pie de la fábrica: su altura total es de 276 pies y ocho pulgadas. Por debajo del arco inferior pasa el rio Guadalevin de que se hablará despues. Este puente fué construido por el arquitecto de Málaga D. José Martin Aldehuela, en el mismo sitio donde estuvo otro de un solo arco, que se arruinó apenas se habia concluido. Comenzóse la obra por los años de 40 del siglo pasado, y se acabó en 1788. Sírve de comunicacion al casco de la ciudad con el Mercadillo, y hace las veces de una clave de bóveda, impidiendo que las dos márgenes de la cortadura se arruinen con los edificios fundados encima de ellas. Este gigantesco monumento por la valentia de su ejecucion, su grandeza, solidez, utilidad y hermosura, y sobre

(1) Hoy 24.000 almas próximamente.

todo, por el asombroso sitio que ocupa, es un admirable ejemplo del poder del arte.

El puente viejo edificado por los Arabes á la entrada oriental de la cortadura, es de un solo arco, tiene 120 pies de elevacion y sirve para la misma comunicacion que el anterior. Contiguo al viejo se halla el de las Curtidurias, construido asimismo por los Arabes en la parte mas baja de la roca, de un solo arco y de 27 pies de altura: sirvió en lo antiguo de comunicacion entre el barrio de San Miguel, que hoy no existe, y los caminos de Málaga é interior de Andalucia; ya no se usa mas que para la comunicacion del barrio de San Francisco y curtidurias con los caminos citados.

La planta de la poblacion es de figura muy irregular y está dividida en dos partes, una al N. y otra al S. de la cortadura: la primera, llamada el barrio del Mercadillo, se estiende con algun declive hácia el O. y S, hasta las márgenes del Tajo, que la limitan en forma de media luna, quedando por consecuencia en la llanura de la meseta libres solo las entradas N. y E. La parte S., que forma el casco de la ciudad , y que arranca del borde meridional de la cortadura, es un cerro tajado proyectado de N. á S, de mas de 2.000 pies de longitud y cerca de 1.000 de latitud en su mayor anchura, limitado por precipicios. El barrio de San Francisco, que se une al casco de la ciudad por medio de una calzada árabe practicada en la márgen oriental de este cerro, está situado sobre pequeñas colinas en la misma direccion S., las cuales se van elevando hasta juntarse con laa sierras fronterizas, de manera, que esta ciudad, que tendrá cerca de un cuarto de legua de largo y mucho menos de anchura, está ceñida por todas parte de tajos, escepto por las entradas S. y E. del Mercadillo y por el barrio de San Francisco.

La meseta del Mercadillo termina una estensa llanura de mas de una legua de largo que por el N. y E. arranca de las sierras inmediatas; el elevado cerro del casco de la ciudad y las colinas del barrio de San Francisco están aislados por el E. y O. mediando entre ellos y las alturas vecinas, valles de varia profundidad y estension. El que ciñe la parte occidental de la poblacion baja de collado en collado hasta una hondura considerable terminándose por el S. O. y O. en diversos cerros y por el N. en la falda del Tajo. Limitan el horizonte por el O. varios ramales de la sierra de Libar, y á mayor distancia el gigantesco monte de San Cristóbal; por el S. y E. la sierra Bermeja, y por el N. los empinadoe cerros Frontones.

Esta ciudad es el pueblo mas elevado de la provincia sobre el nivel del mar, á lo cual se debe en gran parte la pureza de sus aires; los vientos dominantes en ella son el E. y el de N. O. Aunque el invierno es largo y crudo, apenas se padecen peripneumonias ni otras enfermedades de pecho; el estío es corto y muy benigno y apacible, no pasando de quince los dias de rigurosos calores, y refrescándose siempre la atmósfera aun en ellos á la caida de la tarde. Las gargantas de las montañas, que circundan la ciudad, producen corrientes encontradas de vientos, que acarrean frecuentes huracanes y purifican el aire: esto unido á la escelencia de las aguas y alimentos hace el clima muy saludable. Pero en el dia no lo es tanto como otras veces, sobre todo en la parte oriental de la poblacion, donde en el verano y principio de otoño se padecen endemicamente algunas fiebres con tipo por lo comun intermitente. Las emanaciones de las aguas del arroyo de las Culebras, estancadas durantes las referidas épocas del años uniéndose á los miasmas de las curtidurias, que se han aumentado en estos últimos tiempos, originan aquellas enfermedades. A pesar de esta última circunstancia, la bondad del clima influye favorablemente y sobremanera en la perspicacia de ingenio, robustez y longevidad de sus habitantes, y en la hermosura del bello sexo. Son por cierto de ver la gentileza de las mujeres en el andar, la frescura de su tez, la viveza de sus colores y el brillo de sus negros y penetrantes ojos; pudiendo asegurarse que no hay en la provincia otro pueblo de igual vecindario, á quien embellezcan tantas hermosas.

Hay en las cercanías de esta ciudad infinitas fuentes de agua potable muy delgada y digestiva, y numerosos arroyos y rios, que riegan su término; el más grande de todos nace á 1 legua S. E. de la poblacion, en una vertiente de la sierra Bermeja en el peñasco de los Manaderos. Este presenta una faz convexa semejante á la de un pan de azúcar, y está roto á trecho por innumerable muchedumbre de surtidores, que arrojan las aguas á borbotones, formando cada cual una pequeña cascada, cuyos arroyos se estrellan en los cóncavos y saltan cruzándose en todas direcciones. El primer surtidor distará del alveo, que allí comienza á formar el rio, setenta varas aproximadamente, y en tan largo declive se forman varios remansos, que dan al conjunto una perspectiva, no menos estraña que halagüeña; luego, entre sierras altísimas y escarpadas, sigue su curso hasta que en el valle de los Navares se le une el arroyo de la Toma, el cual procede del nacimiento de este nombre abundantísimo y saludable; se adelanta hácia la ciudad, y cerca del puente de las Curtidurias se le junta el arroyo de las Culebras, que viene de las sierras del

S. E.; al desembocar por este puente principia á lamer la base de los tajos, y toma el nombre de Guadalevin (en árabe rio hondo); á corta distancia lo acrecienta el copioso manantial de la mina, que nace en una caverna situada al pié de la roca formando un estanque, cuyo fondo sembrado de guijas de colores dejan ver las trasparentes aguas; sigue por la oscura garganta, y pasando por debajo de los puentes Viejo y Nuevo se espacía algun canto para precipitarse desde lo alto formando una cascada de mas de 90 pies de altura, y despues otras pequeñas, que se cruzan en opuestas direcciones, hasta dar en la última no menos elevada que la primera. Al pié del despeñado torrente contempla el curioso viajero con respetuoso silencio el terrible poder de la naturaleza y la audacia del arte, que compite con ella oponiendo prodigios á prodigios. Mira atónito delante de sí sobre la primera cascada la puente colosal, que de arco en arco se alza hasta las nubes apoyando sus hombros en las inmensas moles de la roca; á uno y otro lado el altísimo tajo tapizado á trechos de musgo sombrío y de yedra y madreselva, y coronado de edificios que descansando en sus bordes parece que desdeñan el espantoso vacío; y mas abajo embutidos en la roca, multitud de molinos que descienden por escalones en un espacio escabroso y cubierto de verdura hasta la orilla del rio, el cual suspendido en los aires forma muchísimos arcos de espuma, que hiere el sol haciendo mil visos y matices. Las altas cascadas, los profundos vasos que las reciben y las rechazan en espuma y rocío, el habitante de la ciudad, que al atravesar el puente inclina la cabeza á medir el abismo sobre que camina, y las ruinas de inmemoriales muros, que yacen acá y allá entre precipicios, y el horrísono bramido del torrente, que acrecientan los cóncavos peñascos y devuelven los ecos del tajo, y la luz que cayendo de través en lo profundo baña tan solo los prominentes picos de las peñas, y las sombras que estas levantan por el maravilloso recinto... todo el espectáculo en fin llena el alma de aquel hondo y religioso pavor, que siempre inspiran lo grande y lo sublime.

Sigue el rio su curso, y atravesando el valle, que se describirá despues, recibe los de Sijuela y Guadalcovacin y los arroyos del Cupil y de la Laja, y mas abajo el de la Cueva del Gato; continua corriendo de N. á S. tomando á 3 leg. de esta ciudad el nombre de Guadiaro, con el cual desemboca en el Mediterráneo entre Estepona y Gibraltar.

(Se continuará.)

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

INVOCACION.

¡Oh! tú, Señor, que riges y próvido gobiernas
Desde el arcangel santo que mora junto á tí
En dichas celestiales y en glorias sempiternas,
Hasta de nuestro suelo el mísero reptil.

Tú que por muy piadoso tu caridad no agotas,
Escucha de mis lábios la fervorosa voz;
Hoy suenan de mi lira las mal seguras notas
Y á tí tan solo pido divina inspiracion.

De la sin par Maria. el llanto y los dolores,
Al mundo, en grave canto, quisiera recordar.
¿Pudiera yo pintarle, con todos sus colores,
De tu afligida madre el angustioso afan?

¡Mísera criatura! jamás el triste acento
Que con fervor profundo, Señor elevo á tí,
De tan heróica Martir el rudo sufrimiento
Ni la mortal congoja pudiera describir.

Mas, yó quiero seguirla, seguirla en su agonía;
Si comprender no puedo tan íntimo dolor,
A sus divinas plantas le rinda el alma mia
Sencillos homenages de fé y adoracion.

¡Dios mio! tú que siempre, allá desde tu esfera,
Inconmutable ostentas tu escelsa Majestad,
Y ante tu clara vista la creacion entera
Flota como la nave por el inmenso mar;

Tú, cuya diestra mano fulmina el rayo ardiente;
Tú que salvas al hombre con tu infinito amor
Y al par que justiciero, benéfico y clemente
Sabes trocar tu enojo en plácido perdon,

Tiende hácia mí benigno tu sacrosanta mano,
Guíe mi pensamiento la poderosa fé
Y de tu luz divina, destello soberano
A iluminar descienda mi conturbada sien.

I.°

Despuntaba la aurora matutina
Despejando con nítido celaje
El cielo encantador de Palestina;
Poco á poco el magnífico paisage
Con sus tímidas luces ilumina,
Y allá de la arbolada en el follage
Ya suena de la tórtola el arrullo
Confundido del agua en el murmullo.

La ciudad que venció, firme y valiente,
El rey David, y en cuyo agreste suelo
Quiso elevar á Dios omnipotente
Morada digna: la que el mismo cielo
Ya decretara sábio y providente
Para calmar en ella nuestro anhelo,
Del alba pura con la luz incierta
De su lánguido sueño se despierta.

Y ya la gente por sus calles cunde,
Y se mezcla el indómito romano
Con el hebreo cuya frente hunde
Ante la ley del césar Octaviano,
Y allá entre todos ellos se confunde
Un grupo digno del famoso Cano:
Un patriarca de aústera figura
Y una virgen de célica hermosura.

Se apróximan los dos con firme planta
A la casa de Dios; al templo bello
Cuya soberbia mole se levanta
De la grandeza con el aureo sello.
Al templo que aún espléndido abrillanta,
Despues de tantos siglos, el destello
Que infundiera en la rica inteligencia
De Salomon, la Sábia Providencia.

Como el Abril osténtase risueño
De vida y hermosura deslumbrante,
Así de bello y puro y halagüeño
De la mujer aquella es el semblante,
Y con sencillo y cariñoso empeño
Cobija en su regazo á un tierno infante
Cuya preciosa y despejada frente
Irradia como el sol en el Oriente.

Y entraron en el templo, y parecia
Que el niño aquel, su angelical mirada
Con estraña insistencia dirigía
A un anciano de barba plateada,
Y ¡Oh portento! radiante de alegría,
La ya marchita frente levantada
Y en fervorosas lágrimas deshecho,
Aquel anciano le oprimió en su pecho

Y le contempla con afan creciente;
Late su corazon acelerado,
Y en el gozo purísimo que siente,
Un momento quedóse trasportado:
La mirada del párvulo inocente
Misterio del Señor le ha revelado,
Y en el vivo entusiasmo que le inflama
Con voz solemne y conmovida esclama

—¡Ahora Señor te llevas á tu siervo;
Ya tu salud he visto y tu clemencia!
Mas vos, Señora, cual ninguno acerbo
Será el dolor que lleno de inclemencia
El hombre os dé tiránico y protervo;
De este inocente niño la existencia
Será para Israel la voz divina
Que anunciará de muchos la ruina.

Tomad á vuestro hijo: soberana
Su mision ha de ser sobre la tierra;
Mas tambien su doctrina sobrehumana
Será el objeto de constante guerra—
Aquella madre que llegára ufana
A las gradas del templo, ya se aterra,
Y al llenarse de lágrimas sus ojos
Temblando de dolor cayó de hinojos.

¿Quién es esa mujer de rostro bello
Que en el sagrado templo se arrodilla
Y modesta inclinando el lindo cuello,
Hasta la tierra su mirada humilla?
¿Quién el varon aquel de albo cabello,
De noble faz do la esperanza brilla,
Que al niño, entre su pecho palpitante,
Estrechaba de gozo delirante?

Llegó por fin el hora deseada:
Es Simeon el venerable anciano,
Ella la Virgen és, predestinada
Para santo refugio del cristiano;
Es Maria, la Madre inmaculada
Del verbo Eterno y del linaje humano:
Ella que á su Jesus llevando al templo,
De obediencia nos dá divino ejemplo.

Mas ¡oh cuán pronto la gallarda *Rosa*
De Jericó se inclina y palidece!
La tempestad le amaga procelosa
Y á su cálido soplo se estremece;
Tan pura y tan feliz y tan hermosa
¿Quién el sol de su dicha le oscurece?
¿Quién turba, quién, la paz en que yacía
El corazon amante de Maria?

Es la Madre de Dios; Él solo pudo
Agitar el humano pensamiento
Para que el hombre, bárbaro y sañudo,
Le dé á probar la hiel del sufrimiento:
Dios nada más, porque al dolor agudo
Del tierno corazon, luzca el mometo
En que al pié de la Cruz, ya vencedora,
Pueda ser la inmortal Corredentora.

Rafaela Brabo Macías.

RIMAS.

Ayer dijo que no me conocia
La ingrata por quien muero;
Que no me conocia..... porque al verla
No la adoré de hinojos cual un tiempo.

Dijo bien... yo cual ella, de mí mismo
Dudé en aquel momento!
¡Ay! si supiera como yo, Dios mio,
Lo que le oculto y en el alma llevo.

Pero no, harto tiempo le he mostrado
Mi amor y mi tormento,
Y ella, sin piedad, con sus desdenes
A esta inmensa pasion daba mas fuego.

Yo la ahogaré, aunque consuma al alma:
¡Consumida la tengo!
Y si ayer fuí tan débil como un niño,
Hoy como hombre ocuparé mi puesto.

Ojalá que esta prueba sobrehumana
Dando á mi amor mas mérito,
De la hermosa que adoro consiguiera
Romper la nieve de su duro pecho.

Entonces mi ventura envidiarían
Los ángeles del cielo;
Hasta entonces sufrir es mi destino
Sin que nadie saber pueda mi duelo.

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

SEMI-NOVELA BUFA DE

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

(Conclusion.)

XI.

Fuimos á la agencia y el prestamista nos devolvió el paraguas amen de treinta reales, mediante la entrega de mi relój.

Avalancéme al paraguas mientras Pedro se guardaba en el bolsillo las siete pesetas y cincuenta céntimos.

—Ahora no dudarás de mi inocencia, me dijo marchándose á la calle.

No me cuidé de responder, abrí el paraguas convulsivamente. ¡¡No tenia agujeros!!!

Sentí que un sudor frio inundaba mi frente; los celos se despertaron en mi corazon con insólita rabia; fuí á arrojar á Pedro una mirada que lo anonadase, pero no lo encontré.

—Sin duda se ha equivocado V. dije al prestamista. ¿Está V. seguro de que es este el paraguas que empeñó mi amigo antes de anoche?

—Segurísimo; véa V. el número. ¡Oh! yo tengo especial cuidado en que no se cambien las prendas. ¿Le parece á V. ahora peor su paraguas?

—Al contrario, mucho mejor; porque el mio estaba lleno de agujeros y este no los tiene.

El prestamista se echó á reir. No lo crea V. contestó, ese paraguas jamás ha estado agujereado; buena prueba de ello es que yo haya dado treinta reales sobre él; si hubira tenido una sola picada de polilla yo la hubiera descubierto y no hubiera dado un cuarto.

El enredo se iba embrollando cada vez más; decididamente aquello era para volverse loco. Me metí el paraguas debajo del brazo y salí sin saludar al logrero.

XII.

¡Gracias á Dios! exclamó Encarnacion viéndome entrar en su casa; estaba segura de que vendrias. ¿Sabes, añadió haciendo un mohin delicioso y entornando los ojos de un modo provocativo, que eres muy celoso y muy tonto?

Yo no contesté, aunque aquel ¡*tonto!* tan dulce y tan tierno me hizo cosquillas.

—A ver, ¿traes el paraguas?

—Sí, le dije secamente, aquí está.

—Encarnacion lo tomó, lo abrió y dió un ligero grito de gozo ¿lo vés, lo vés? era lo que yo me figuraba.

¿Que se figuraba V.? señorita.

—Vamos, no seas niño y deja el V. Lo que yo me figuraba y efectivamente ha sucedido es, que cuando viniste á recoger tu paraguas, mi madre te dió este otro, y si no, verás. El tuyo estaba lleno de agugeros ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien, míralo; y Encarnacion tomó de un rincon un paraguas y me lo dió.

Lo abrí, era el mio, el que yo me habia llevado á casa, el paraguas agujereado, el paraguas embrujado.

Renuncié á esplicarme lo que pasaba.

—Vamos, y ahora ¿qué castigo deberia yo imponerte, dijo Encarnacion, por haber dudado de mí, suponiendo que yo habia recibido á....

A Pedro Arjona.

—A Pedro Arjona, ¿qué nuevo despropósito es ese?

—¿No me confesaste tú misma que cuando yo te hablé de amor, estabas en relaciones con él?

—Yo no he dicho semejante cosa. Te he dicho que me hacia el *oso* un hortera del Zacatin á quien dí calabazas.

—Luego Perico no ha traido aquí ese paraguas.

—¡Que habia de traer! si ese paraguas no ha salido de casa: tú te llevaste el de D. Anacleto que se lo dejó olvidado aquella mañana!

—¿D. Anacleto Cócora? mi recomendado!

—Sí, es visita nuestra.

—Pues ya di con el *quid*, Perico es inocente, en efecto, D. Anacleto estaba aquella noche en el Suizo, buscando un paraguas.

—El que se dejó aquí y tú te llevaste.

—Bien decian Pedro y el prestamista; yo se lo dí sin mirarlo y él lo empeñó sin.. y aquí conté á Encarnacion lo sucedido.

—¡Ah! me dijo riéndose, ahí lo tienes esplicado todo.... de rodillas, y béseme V. la mano en castigo.

No anduve rehacio en cumplir la penitencia; besé y dije á Encarnacion: no está aun esplicado todo, no; porque yo me llevé anoche el paraguas agujereado, yo lo tenia en mi casa cuando recibí tu carta y..

—No es posible.. repito que ese paraguas ha estado siempre aquí. La criada salió con él ó al menos con él entró.

—Llámala, dije yo, que á cada momento veia mas claro.

—Manuela, Manuela, gritó Encarnacion.

—¿Qué *quiusté* señorita? dijo la doméstica presentándose.

—¡Cuando V. fué á casa de este caballero, llevó paraguas?

—No señora.

—¡Como! pues yo ví que V. lo traia cuando volvió!

—Sí, señora.

—Esplíquese V. entonces.

—¡Toma! *pus na*, ¿qué mas *isplicacion quiusté?* ¿usté no me dijo que llevára una carta al señorito, para que *trujera* un *paaguas* que se llevó por *dequivocacion* creyendo que era el suyo?

—Sí.

—*¡Pus güeno!* Yo lo ví allí y *pa jorrarle* tratrabajo al señorito, por que como los señoritos no *puen* llevar *ná* en la mano, pues, *pa* que no tuviera que pagar un mandadero, pues, me lo *truje*.

Encarnacion y yo, nos echamos á reir.

XIII.

Un instante despues entraban, D.ª Angustias y D. Anacleto.

—¡Hola, hola! dijo este reparando en mí; ¡V. por aquí! hombre es V. como Dios que se halla en todas partes.

Me incliné para dar las gracias por aquel cumplimimiento cerril.

D.ª Angustias interrogó con la vista á Encarnacion.

—Este caballero, dijo la chica, ha venido á devolver el paraguas de D. Anacleto que antes de ayer se llevó en lugar del suyo.

—¡Caracoles! exclamó D. Anacleto, bien decia yo, en alguna parte me he dejado el paraguas ¿con que estaba aquí?

—Lo acaba de traer este jóven.

—Y ahora que me acuerdo, continuó mi recomendado, yo le estuve preguntando á V. por él en el Suizo, bien podia V. haberme dicho que lo tenia V.!

—Es que no lo sabia.

XIV.

—¡Hourra! ¡hourra! exclamó al verme salir Perico que me estaba aguardando en la puerta, y ¡cómo has tardado! pero no importa, somos ricos, ricos como Creso.

—¿Has ganado? le pregunté.

—Cinco mil seiscientos ochenta reales: he hecho saltar la banca, ¿no te lo decia? ¡con siete pesetas y media!

—A ver, cuenta, cuéntame, dije abrazándole cariñosamente.

—Escucha pues. Entré en la *timba* en el momento en que el banquero tiraba un *albur* sin *gallo*. Era un siete contra un as; los *puntos* se fueron todos al as, yo puse los treinta reales al siete.

¿Y que?

—A la tercera carta vino la mia.

¿Ganaste?

—Si.

¡Es claro! jugabas contra los *puntos*.

—No decias eso el otro dia ¡A la otra *talla* puse los sesenta, gané; puse los ciento veinte, gané tambien; y siempre doblando acerté nueve cartas seguidas. ¡Cinco mil seiscientos ochenta reales. ¡Viva el *monte* y los paraguas!

¿Qué, has comprado uno? dije yo reparando en el que traia debajo del brazo.

—No hombre, pues ¿no le conoces? es el tuyo, me lo traje cuando fuimos á desempeñarlo.

—¡Quita de ahí! si quien se lo trajo fuí yo.

—¿Estas seguro de ello?

—Vaya, como que lo tengo aquí, mirálo, y abrí mi paraguas!

—¡Calla! pues es verdad exclamó Pedro riéndose, entonces yo me he traido este distraidamente de la casa de juego.

XV.

Diciendo esto, entramos en la fonda de Simancas, pero apenas nos sentamos á la mesa, se nos presentó el hortera del Zacatin.

—Caballero, dijo á Perico, V., por equivocacion sin duda, se ha traido mi paraguas de la casa de juego.

—En efecto, le contestó mi amigo, aquí está, y crea V. que me tenia muy disgustado no poder devolverlo á su dueño, porque ignoraba quien fuese.

Y alargando la mano cogió uno de los dos paraguas que habiamos colocado en un rincon y se lo dió al hortera.

Este se lo puso debajo del brazo y se marchó sin darnos las gracias.

Cuando concluimos de comer, salimos de la fonda; llovia y abrí el paraguas.

—¡Diablo este no es el mio! no tiene agujeros exclamé observándolo.

—Perico se echó á reir; le he dado el tuyo, el que te vendió y no te queria cambiar despues; ha pagado con exceso los cuatro duros que te estafó. ¿Reparaste con qué rabia nos miraba? Pues no era por la paliza del Zacatin, si no porque á él es á quien he ganado los cinco mil reales, y á él es á quien tú has quitado la novia.

FIN.

Dionisio J. Delicado y Rendon.

Salamanca 29 de Octubre de 1875.

LAS FLORES.

Dios que al hombre concedió
Con infinita largueza,
Mercedes mil, y nobleza
Cual á otro ningun ser dió,
Del lenguaje le hizo dueño
Para que expresar pudiera
Cuanto su pecho sintiera,
Su bien ó mal más pequeño,
Cual al hombre, á lo que veo,
Dióle á la oveja el balido,
Al leopardo su rugido,
Y al ruiseñor su gorgeo.
En sus bondades fecundo,
Dió al mar su voz mujidora,
Y á la brisa hizo cantora
De la armonía del mundo.
Si á todo lo que ha creado
Que hablara le concedió,
¡Á las flores lo vedó?
No, lenguaje les ha dado,
Un lenguaje que, aunque mudo,
Es en extremo elocuente,
Lenguaje de amor, riente,
Y de falsedad desnudo,
El mate y níveo color
De la pálida azucena,
Representa el alma llena
De pureza y de candor.
Y la rosa purpurina,
De verde cáliz cercada,
Lleva en sí como anidada,
La belleza peregrina.
Es la modestia la hermosa
Violeta, que entre la inculta
Yerba se esconde y oculta,
Del rubio sol temerosa.
El lirio soberbio, alzando
Su tallo gentil y airoso,
De sí mismo está orgulloso
La grandeza pregonando.
Significa el mirto amor,
Paz y ventura la oliva,
El pudor la sensitiva,
El triste ciprés dolor.
La malva expresa dulzura,
El verde laurel la gloria,
La oriental palma victoria,
La adormidera locura.

Dionisio J. Delicado y Rendon.

BIBLIOGRAFÍA.

Hemos tenido el gusto de leer la obra titulada Decenario del Señor San Juan Bautista, escrita por el P. Fr. Diego José de Cádiz y adicionada por el ilustrado catedrático del Instituto de Sevilla, Dr. Don Francisco Rodriguez Zapata, el que indudablemente ha hecho un señalado beneficio á la religion y á las letras con la reimpresion de tan notable obra, por lo difícil que hace ya tiempo se habia hecho su adquisicion.

Conteniéndose en ella cuanto notable se ha escrito del Bautista, lo mismo en prosa que en verso, y avalorada nuevamente por las importantes adiciones de que dejamos hecha mencion, omitiremos, por escusado,

todo elogio, limitándonos á reproducir el siguiente romance, original de Juan Lopez de Úbeda, que por su respetable antigüedad, por la perfeccion con que relativamente á su época está escrito, y por la descripcion que de la vida del Bautista encierra, así como del motivo que preparó su trágica muerte, creemos será del agrado de nuestros lectores.

En esa gran Palestina
Junto á un desierto arriscado,
Ribera del rio Jordan,
Yace un pastor desgreñado,
El cabello Nazareno,
Rubio, crespo, envedijado,
La barba espesa y crecida,
Que núnca se la ha cortado;
El rostro hermoso en facciones,
Aunque moreno y tostado,
La frente grande y rugosa,
De la nariz afilado,
La boca graciosa y chica:
Su lenguaje es soberano.
De pelambre de un camello
Tejido viste un zamarro,
Aspero, hierto, cerdoso,
Con que el cuerpo trae domado,
Con un pellejo de fiera
A sus lomos apretado;
Más prodigioso en su arreo,
Que aquel rústico villano,
Que apenas andar sabia
Cuando aborreció el poblado.
Un yermo elije por casa.
Por mullida cama un prado,
Por colchon la grama y heno,
Y por cabecera un canto.
El manjar que le alimenta
Al mundo pone en espanto;
Langostas y miel silvestre:
No bebe sinó de un charco,
Por otear las ovejas
De Israel á su rebaño.
Comienza á cantar un dia,
Sobre una peña sentado,
Y al son de su caramillo
El mundo trae embelesado.
En este santo egercicio
Está el Pastor ocupado,
Cuando vió venir al yermo
Un escuadron denodado:
La custodia era de Herodes,
Aquel sangriento tirano.
A guisa viene de guerra,
Hácia el pastor se ha llegado:
Asénle por los cabellos;
No se atreven al zamarro,
Porque los ásperos pelos
No lastimasen las manos.
—Traidor, dicen, sóis, Bautista,
Y por traidor encartado:
El rey os manda prender,
Y poner á buen recáudo;
Porque osastes poner lengua
En su persona y estado,
Diciendo que tenia cuenta
Con la mujer de su hermano.—
Métenle en un calabozo,
Gravemente aprisionado:
No pasaron muchos dias;
Que Herodes ha celebrado
Fiesta de su nacimiento.
¡Si nunca fuera engendrado!
Ellos estando en aquesto,
Un saráo se ha ordenado,
En el cual danzó una infanta
Con pensamiento dañado:
Hija era de Herodías,
Manceba de su cuñado.
De ver danzar á la infanta
Está el rey regocijado,
Díjole: « pide mercedes,
Nada te será negado,
Aunque piedieses, la infanta,
La mitad de mi reinado».
La rapaza con consejo,
Que de su madre ha tomado,
Pide luego la cabeza
Del Precursor en un plato:
Mandan llamar á un sayon...
¡La cabeza le han cortado!

CHARADA.

Esencial es la *primera*
en el ámbito del mundo
para el pobre y para el rico,
para el viejo y el adulto.
La *segunda* y la *tercera*,
si lo tenemos robusto,
dicho se está que nos sirve
constantemente de mucho.
Y sin el TODO, Angelina,
tenlo por cierto y seguro,
nunca el hombre á la mujer
se exhibe sin darle susto;
Por mas que haya quien crea,
mas esto no es absoluto,
que á ciertas menos medrosas
en vez de miedo dán gusto.

Ronda. SIDI-ALIATAR.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 24 Marzo correspondiente al 8 Enero 1876. Núm. 66.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de suscritores al monumento á Rios Rosas.—Descripcion de la M. N. y M. L. Ciudad de Ronda, por los Sres. Rios Rosas, Bueso, y Huet.—La Anunciacion (oda), por don Pio Lopez y Lopez.—Ambicion (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—Rimas, por don José Ruiz Toro. Ante la tumba de un soldado en Monte-Jurra (poesía), por don Antonio Pareja Serrada.—Las llamas cantantes y el pirófono de Kastner, por don Vicente Guimera.—La carta de Marta (poesía), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—La muerte de una flor (poesía), por don Rafael Quintana Medina.—Charada.—Solucion.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR. .	2353 50
Cieza.	Exmo. Sr. D. Diego Marin Barnuevo	30
Ronda.	D. José Perez de Guzman. .	5
Olvera.	» Francisco Calle de las Cuebas.	10
Idem	» José Llovet Ramirez. . .	5
Idem	» José Perez Guerrero. . .	10
Idem	» Mariano Perujo Luque. .	10
Idem	» Rafael Jimenez y Jimenez.	25
Ronda.	» Manuel Rodriguez Gil de Atienza.	5
Idem	» Juan Holgado Motezuma.	15
Idem	Sr. Marqués de Motezuma. .	150
Arriate.	D. Diego Cabrera.	10
Ronda.	» José Aznar, Comandante Militar.	5
Teruel.	» Cárlos Barroso Gonzalez.	12 50
Idem	» Antonio Barroso Higuero.	12 50
Ronda.	» José Rodriguez Caballero.	5
		2663 50

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR. .	2663 50
Algodonales.	D. Fracisco Fantoní Roldan.	40
Idem	» Ramon Fantoní Roldan. .	80
Granada.	» José Salvador de Salvador.	5
Algodonales.	El Ayuntamiento Constitucional.	25
Olvera.	D. Pedro de Castro. . . .	25
Idem	» Antonio de la Rosa Perianes.	25
Grazalema.	» Miguel Pomar y Herma.	15
Idem	» Santos Pajares Alvarez. .	10
Idem	» Rodrigo Vasquez Moscoso.	10
Idem	» Antonio Gomez Jimenez.	10
Idem	» Matias Barea Gomez. .	5
Olvera.	» Alonso de Troya Candil.	5
	TOTAL. . . .	2918 50

En el número siguiente se continuará la lista.

DESCRIPCION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE RONDA.

(CONTINUACION.)

La real jurisdiccion ordinaria de esta ciudad comprendia en lo antiguo los pueblos de la Serranía y algunos otros; mas al presente está circunscrita á los dos lugares de Serrato y las Cuevas del Becerro. Tiene un corregidor de capa y espada, presidente de su Ayuntamiento, subdelegado de rentas, montes, baldíos, y pósitos; un alcalde mayor asesor nato de aquel, y un vicario eclesiástico foráneo. (1) Por decreto de la Reina Ntra. Sra. de noviembre de 1832, se ha establecido una comandancia militar general en ella, que comprende toda la Serranía, á cargo del Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. José de Rojas, á quien está cometida la subdelegacion de Po-

(1) Ya ha desaparecido todo esto como es natural.

licía, que antes pertenecía al corregidor. En el dia se halla suspendida la provision de este corregimiento por una Real órden reciente. Tiene un Ayuntamiento creado por Real cédula de los Sres. Reyes Católicos espedida en Córdoba á 5 de Julio de 1485, compuesto en su creacion de trece regidores perpétuos, que por esta causa se llamaron caballeros treces, cuyo número se ha aumentado posteriormente hasta 36, asi como el de los jurados, que eran solo 12 de primera creacion. Tiene subdelegacion de Policía, de montes y baldíos, y depósitos, administracion de rentas de partido, administracion de correos encargada de la recaudacion de fondos de canales y caminos, y casa de posta con tres caballos, administracion de loterías subalterna de la de Algeciras, un cabildo de beneficiados, cuyos destinos son de provision Real en los naturales de ella, prévia oposicion y propuesta del diocesano. Tiene asimismo un cuerpo de Maestranza de Caballería, el mas antiguo de España, creado por cédula de Felipe II en 1572, y otro de milicia Provincial, que es el 27.° de esta arma. Hay tres parroquias con los nombres de Santa Maria de la Encarnacian la Mayor, el Espíritu Sto. y Sta. Cecilia; esta última tiene un auxiliar en la glesia del Socorro. (1) Hay ademas las iglesias y ermitas siguientes: en el Mercadillo la de la Concepcion, y las del Calvario y San Miguel estramuros; en el casco de la ciudad la de San Juan de Letran y la de Ntra. Sra. de la Aurora; y en el barrio de San Francisco la de Ntra. Sra. de Gracia: seis conventos de Frailes, trinitarios calzados, trinítarios descalzos dominicos, mercenarios calzados, franciscanos y de San Juan de Dios; tres de monjas, dos hospicios para los religiosos enfermos de los conventos del Desierto de las Nieves, de Carmelitas descalzos, y de Caño Santo del Órden Tercero, que están en despoblado; un hospital civil llamado de Sta. Bárbara, administrado desde el año de 1683 por los religiosos de San Juan de Dios bajo la inspeccion del Ayuntamiento, otro dirigido por la hermandad de Caridad para uncionados y hospedage de pobres transeuntes; otro sito en la iglesia del Socorro para hospedage de peregrinos, y el de San Cosme para refugio de ancianos pobres. (1) Hay dos cementerios el uno ventajosamente situado estramuros por la parte del mercadillo, y el otro establecido junto á la parroquia del Espíritu Santo en mala localidad, que sinó daña á la salud pública se debe á la pureza de los aires que reinan en esta ciudad. Tiene casas consistoriales y cárcel; cuartel de Milicias espacioso y cómodo, que antes fué pósito, construido pocos años há por haberse arruinado el antiguo, que existia en el castillo; una plaza de toros, propia de la Real Maestranza, toda de cantería á escepcion de las gradas, de sólida y hermosa construccion, de dos cuerpos de igual altura, y el superior guarnecido de un antepecho ó barandilla de hierro, con balcones para SS. MM., dicho Real Cuerpo y las autoridades;y espaciosas y cómodas cuadras, patios y otras dependencias: dos cátedras de latinidad y dos escuelas de primeras letars dotadas por la ciudad, y una academia de primera educacion dotada por la Real Maestranza, donde además de la lectura y caligrafía se enseñan rudimeutos de geografía y de dibujo. (2) Hay además en esta ciudad una tertulia literaria compuesta de algunos jóvenes dedicados al cultivo de la literatura y bellas letras, de cuyas tareas ha visto la nacion varias producciones de mérito, y á cuya laboriosidad y amor pátrio debemos las principales descripciones del presente artículo.

Divídese esta ciudad, como se ha dicho, en tres barrios: el primero; que es el casco ó parte antigua de ella, es de construcion árabe, de calles estrechas y tortuosas con muchas casas antiguas, espaciosas y cómodas; en él está la plaza mayor, dilatada, pero de mal piso, la iglesia matriz fundada sobre el terreno de una mezquita; las monjas de Sta. Isabel, las ermitas de San Juan de Letran y de Ntra. Sra. de la Aurora, el convento y hospital de San Juan de Dios, los dos hospicios del Cármen y de Caño-Santo, el convento de frailes Dominicos, los dos hospitales de la caridad y de San Cosme, el cuartel de Milicias, y las casas consistoriales y cárcel. El barrio de San Francisco es de calles mas anchas y rectas: tiene una plaza con alameda, aunque en completo abandono: la parroquia del Espíritu Santo; que con sér ancha y espaciosa tiene por techumbre una

(1) En vez de las tres son ya cuatro parroquias; las que se indican en el texto y la del Socorro que es la mas importante feligresía. La iglesia de Trinitarios Descalzos es en la actualidad auxiliar de la de Santa Cecilia. Esta última que es quizá la mas antigua de Ronda y que fué donde se bautizó Espinel, estaba en un estado bastante ruinoso, pero cuando en 1875 desempeñó con el carácter de Ecónomo su curato el jóven é ilustrado sacerdote rondeño D. Francisco Coca, emprendió importantes obras de reparacion é hizo fundir nuevas, las destruidas campanas, todo ello con el producto de limosnas, rifas y donativos que él inició y que con una constancia á toda prueba, consiguió realizar reuniendo elementos hasta para ampliar las obras á la iglesia de los Descalzos que quedó perfectamente pintada y reparada.

(1) Esto ha variado completamente.

(2) En nuestro artículo nos ocupamos del estado actual de la enseñanza.

sola bóveda, y su coro estriba en un solo arco llano de superior mérito arquitectónico; el covento de monjas descalzas de Sta. Clara, la ermita de Ntra. Sra. de Gracia, la cilla decimal y dos fuentes públicas. El Mercadillo es la parte mas poblada, alegre y moderna de la ciudad, de calles anchas y tiradas á cordel, con casas generalmente bien construidas; tiene tres plazas, entre las cuales la del puente nuevo es notable por elegancia; la desembocadura de este ocupa uno de sus lados que unido con otros tres constituye un perfecto cuadrilongo; consta de dos cuerpos; el inferior tiene cuarenta arcos sostenidos por otras tantas columnas de tres varas y media de alto y de bella arquitectura; sobre estos arcos se eleva el segundo cuerpo con otros tantos balcones cuyas puertas cuadradas y con un pequeño relieve forman una perspectiva muy regular y uniforme: el espacioso pórtico, que en derrededor forma la colunata, revela estraordinariamente la hermosura de esta plaza, que tiene 180 pies de largo y 120 de ancho; en ella están la alhóndiga, carnecería y tiendas de comestibles. En esta plaza; además de la entrada del puente. que tiene por el S., desembocan por el N., las calles de San Cárlos; por el N. O., la de la Pescadería, y por el N. E., las del Rosario y Nueva. A la otra parte del puente, que ya corresponde á la ciudad hay una galería frente del convento de Domínicos, de 120 pies de largo y 9 de ancho, sostenida por 13 pilares y 12 arcos y encíma balcones y viviendas. Volviendo á la descripcion del Mercadillo, tiene 5 fuentes públicas; la parroquia de Sta. Cecilia con la iglesia auxiliar del Socorro, los conventos de Trinitarios descalzos, Trinitarios calzados y Mercenarios calzados, cuya iglesia de buena arquitectura tiene una vasta y grandiosa cúpula; un convento de monjas Dominicas; las ermitas de la Concepcion y del Calvario; la plaza de toros, el teatro y una preciosa alameda colocada al S. O. regularmente poblada de álamos y rosales, con 9 anchas calles y dos salones, terminada por un balconage en la orilla del precipicio. que por esta parte se eleva 400 varas. Puesto el espectador en este mirador magnífico contempla pasmado la inmensa cadena de montañas, que cierran el horizonte y los tres colosales pico del San Cristóbal. Desde sus faldas descienden varios cerros. los unos negruscos y áridos, y los otros poblados de bosques, viñedos y olivares, que limitan el valle occidental, arriba mencionado. Este muestra la espaciosa hondonada de su centro poblada de casas rústicas y huertas, por entre las cuales se desliza manso y cristalino el rio Guadalevin. Las arboledas, las flores, los cimétricos cuadrados de hortaliza y los frondosos cañaverales forma una encantadora perspectiva, que fenece al pie del altísimo precipicio. Desde alli parecen pequeñas matas los árboles mas corpulentos, y el milano se mece sobre su presa á las plantas del espectador, que ve por el dorso al ave carnicera y á la tímida paloma. Las montañas, son magestuosas, los cerros melancólicos, el valle risueño y lleno de vida, y la tajada roca grande y terrible sobre todo encarecimiento. No parece sino que se ha empeñado aqui la naturaleza en mostrarse á la vez dentro de un pequeño recinto graciosa y sublime, árida y fecunda, desnuda y llena de atavios con profusion inagotable y maravillosa.

El término de esta ciudad es de figura irregular, y de bastante estension. Linda por el E., con el Istan, y bajando por las cordilleras y crestas superiores de Sierra Bermeja, con el de Marbella por el nacimiento de Rio Verde: despues con el de Benahaxi por los pinares y por lo alto de la misma Sierra; sigue al S,, con los de Pujerra, Igualeja, Parauta, Juscar, Faraján, Alpandeire, y Atajate; luego hácia el O,, con los de Jimera, Benaojan y Montejaque, y en seguida, adelantándose hácia Grazalema por el alcornocal de Bogas, con el de esta villa; desde que cesa de lindar con él sirve de límite al reino de Granada descabezando en los términos de Zahara, Gastor y Olvera: comienza á lindar por el N., con el de Torre-alhaquime, y volviendo á entrar en el territorio del reino de Granada, dejando de ser su aledaño repecto del de Sevilla, sigue inclinándose hácia el E., y tocando con los de Setenil, Alcalá, la Cueva del Becerro, Serrato, el Burgo y Yunquera, y por la falda de la Sierra de las Nieves vuelve á Istan.

En este dilatado término se ha mostrado pródiga la naturaleza en toda clase de producciones agrícolas. Aunque se carece de exactas noticias estadísticas, podrá valuarse la cosecha de trigo en 80.000 fanegas, y la de cebada y semillas en 12.000. Hay muchos pagos de olivares, que producirán sobre 20.000 arrobas de aceite de buena calidad; 372 huertas divididas en partidos, donde se crian sabrosas legumbres y excelentes frutas, que abastecen los mercados de los pueblos vecinos y las principales ciudades de la Andalucía baja. Son muy celebrados los esquisitos peros, singulares por su tamaño, delicado gusto, hermosa vista y mucho aguante; se trasportan á largas distancias, y sobre todo á Madrid, donde sirven de gran regalo en las mesas de SS. MM. y AA. y de otros personages. El valor aproximado de estas frutas y hortalizas ascenderá por un quinquenio á cerca de un millon de reales. Hay muchos terrenos plantados de viñas, que producen vinos de

buena calidad, los cuales competirian con los mejores, si la vendimia y la preparacion de los mostos, se hiciesen con mas inteligencia y esmero. Pero esto no podrá lograrse mientras se carezca de caminos que ofrezcan fácil y segura extraccion de dicho artículo para los puertos é interior de Andalucia. Así es que no exporta ni una arroba de las 40.000 á que de ordinario asciende la cosecha.

Son pocos los ganados á proporcion de la abundancia y escelencia de los pastos: habrá sobre 460 yeguas, 4.000 obejas, 5.000 cabras, otros tantos cerdos y el ganado vacuno indispensable para el cultivo.

Los montes son muy lozanos y el fruto de bellota, que producen, abundante y de buena calidad. Los principales son las dehesillas de Córtes, cuyo aprovechamiento es comun entre esta ciudad y aquella villa. La Sierra de las Nieves produce mucha madera de pino, y así ella como las demás, caza mayor y menor, que con ser muy perseguida no escasea. Los rios crian bogas, anguilas y peces sabrosos y en gran cantidad; pero no se estiman porque abunda el pescado fresco traido en horas de las playas de Marbella, Manilva y Estepona.

Cuenta en su recinto quince tenerías para todo género de pieles, que se adoban con la mayor perfeccion, y son preferidas en todos los mercados de la Andalucia, Estremadura y otras partes. Hay tambien algunos talleres de tegidos de lana, donde se fabrican sayales de varias especies, jerguetas ó estameñas de diferentes colores, y soleras ó mantas ordinarias de camas. Hay asimismo telares para lienzos y mantelería: 21 molinos de aceite, 16 harineros, varios hornos de tejas y ladrillos, alfarerías y algunas fábricas de sombreros tendidos ó chambergos. El arte de la armería, en el ramo correspondiente á la fabricacion de llaves de escopeta, será quizá el único que ha llegado en este pais al último ápice de perfeccion; son muchos los artífices que las hacen de singular mérito; y de toda Andalucía y aun de la Córte las demandan con empeño por su justa celebribad.

El comercio está circunscrito á la extraccion de estas llaves, de pieles curtidas, suelas, sombreros, botines y frutas; la industria se halla muy atrasada. (1)

El terreno es de los mas variados. Obsérvanse á la vez dentro del horizonte de esta ciudad grandes masas del núcleo del globo ó de primera creacion, y no lejos de ellas terrenos secundarios, que forman rocas de diferentes aspectos compuestos de capas orizontales, donde se ven incrustados séres orgánicos, con especialidad testáceos univalvos y bivalvos. Hállanse en seguida los terrenos terciarios, que conservan evidentes señales de haber sido depositados por las aguas, y abundan en despojos animales, bancos calizos y yesos, carbon de piedra y algun otro betun. n finalmente muy comunes los de la cuarta especie ó de trasporte, en los cuales predominan el óxido de hierro en todas sus variedades, el aluminico, etc.

(Se continuará.)

(1) Véanse al final los datos sobre la actual riqueza de Ronda.

LA ANUNCIACION.

ODA.

Llegó el instante: en el alzado cielo
Se oyó el hosanna en cántico sonoro;
Y la ancha esfera con ligero vuelo
Un nuncio hiende del sublime coro.
Y batiendo las alas refulgentes
De oro y carmin, se lanza de la altura;
Y hollando las estrellas esplendentes
Viene al mundo á anunciar paz y ventura
Llega por fin á Nazaret, do mora
Muy más pura que el sol la Virgen Santa,
Que para el mundo la piedad implora,
Y su oracion al cielo se levanta.
Entra á su estancia el paraninfo alado
Perfumes esparciendo y ambrosía,
Doblando la rodilla prosternado,
Os bendiga el Señor, dice, oh Maria.
Llena estás de las gracias celestiales;
Yo te saludo del Escelso á nombre;
Él quiere en tus entrañas virginales,
El mundo por salvar, hacerse hombre.
Tú la madre de Dios: tú la escojida
Para romper del tenebroso infierno
La coyunda del mal aborrecida,
Santo engendrando al hijo del Eterno.
Tú la madre de Dios; mas no, no tema
Tu pudor virginal, que preservado
Tú le verás por la virtud suprema,
Como lirio del austro no tocado.
Vírgen y madre junto con sus alas,
Bajando desde el cielo diamantino
Del aroma atraido que tú exhalas,
Te hará sombra el Espiritu Divino.
Respondióle Maria humildemente:
De su señor á la órden sometida
Aquí la esclava tienes obediente;
Véase en mí su voluntad cumplida.

Y el cielo se vistió de resplandores,
De rosicler, de púrpura y de grana,
Y en acorde concierto en sus loores
Los ágeles repiten el hosanna.
Hossanna, oh santo, santo. El orbe estenso
Celebre tu bondad y tu clemencia:
Ante tu trono ¡oh Dios! arda el incienso
Y gloria sea á tu eternal esencia.
Gloria al Dios Sabahot, gloria al Dios fuerte,
En alegre cantar el coro dijo:
Y á rescatar el hombre de la muerte
Del Empíreo bajó divino el hijo.
Y en ahullido espantoso el Orco horrendo
Se oyó bramar hasta lo mas profundo;
Y el iris de bonanza apareciendo,
La paz y bendicion anunció al mundo.

Pio Lopez y Lòpez.

AMBICION.

Por un áspero sendero
que á elevada cumbre guia
lo ví subir altanero;
su continente era fiero,
apuesta su gallardía.
No se paraba un instante;
bañaba el sudor su frente,
y con pasos de gigante
iba trepando anhelante
por la escabrosa vertiente.
Nada su paso estorbaba;
nada á su afan se oponía;
si era un pico, lo escalaba,
si un abismo, lo saltaba,
si maleza, la rompía.
Llegó al fin á la alta cumbre;
de allí dominaba al mundo;
quiso aun más, y el sol su lumbre
como tímida vislumbre
puso á sus pies un segundo,
Quiso aun más, tender su vuelo
á la celeste region;
hizo un incapié en el suelo
y al querer tocar al cielo
perdió su base el peñon.
Bajó al abismo rodando,
de polvo y sangre cubierto,
y yo que lo ví gozando,
al acercarme temblando
solo me hallé... con un muerto.
¿Qué es esto, dije, Dios mio?
quién su altivo poderío
derribó en esta ocasion?
y un eco triste y sombrío
me contestó «*la ambicion*».

Antonio Jimenez Verdejo.

RIMAS.

Mis recuerdos más gratos, al olvido
Los diera por tu amor;
Pero olvidarte á tí... eso por nada,
A no ser que me arranque el corazon!

José Ruiz Toro.

ANTE LA TUMBA DE UN SOLDADO EN MONTE-JURRA.

¡Pobre! ¡Infelíz! ¡Sin padre, sin hermanos
que sus ojos cerraran,
vió rebosar la tierra con el jugo
que de sus rotas venas escapaba!
Tal vez.... ¡socorro!.... balbuciente, dijo,
y el ruido de las armas
ahogó en su pecho la doliente súplica
ó la contuvo entre su boca helada.
Quizás era de un padre la ventura;
formaba la esperanza
de jóven prometida, ó era apoyo
de vacilante y cariñosa anciana,
cuando el hilo cortó de su existencia
la inexorable Parca;
tal vez sonoro grito de victoria
en su labio apagó candente bala,
y el canto funeral de su agonía
perdido en la batalla,
fuera el supremo cántico de triunfo
que entonasen sus mismos camaradas.
¡Quién sabe el pensamiento que á su mente
como último brotara!...
Acaso el de su padre, el de su madre,
acaso el de un hermano, el de su amada,
acaso con su último suspiro
fuera el nombre de patria,
y vedle aquí, perdido entre las brumas
en la cumbre de altísima montaña,
ciclópeo monumento que á su nombre
el mismo Dios levanta.
En vano el buitre su pesado vuelo

sobre él abate; sus rapaces garras
hacer presa no pueden en el pecho
del mártir de la patria:
en vano el lobo ahulla só la huesa
y hambriento mira la feráz cañada.....
Duerme en paz, quien oyera los ahullidos
de otros *lobos* de España:
quien vertiera su sangre generosa
en los montes y valles de Navarra
y á las fuertes trincheras enemigas
impávido llegára.
Duerme en paz, pero.... ¡solo! Pobre mártir,
víctima de una idea sacrosanta
por la que dió la sangre de sus venas
de su vida la sávia....
No; no estás solo, héroe; tu nombre
se escucha entre los himnos de alabanza,
y las madres lo enseñan á sus hijos
y vives en la fama:
tu memoria es mas larga que tu vida;
la historia entre sus páginas la guarda,
y no habrá un español que ante esa tumba
no derrame una lágrima.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

El artículo que á continuacion insertamos, forma parte de la *Seccion Cientifica* que trae uno de los últimos números de nuestro ilustrado colega LA GACETA INTERNACIONAL. Llamamos la atencion de nuestros lectores acerca de tan importante invencion que está llamada á imprimir un notable progreso en el arte musical, y en general en las bellas artes.

LAS LLAMAS CANTANTES Y EL PIRÓFONO DE KASTNER.

Celebrábase hace pocos dias en la capital de Francia un concierto musical que era una maravilla de las ciencias físicas. Solo se componia la concurrencia de algunos profesores y aficionados reunidos para oir las sonoras y misteriosas armonías de las *llamas cantantes*, de ese fenómeno prodigioso que comunica á la luz en vibracion el timbre más puro y más bello de la voz humana. Mudos los asistentes, oian como extasiados aquella dulce melodía que remedaba un cántico de los ángeles, y el espíritu de todos se elevaba fascinado hácia el firmamento como en busca de regiones etéreas é incógnitas donde pudiera hallarse la explicacion del deleite que los embriagaba. Se estaba ensayando el pirófono de Kastner. Y el pirófono de Kastner es un piano, cuyas teclas, en lugar de herir cuerdas vibrantes, hacen sonar una série de luces convenientemente dispuestas

Si en el interior de un tubo de cualquier materia, pero mejor de cristal, para mayor visualidad, penetran á la altura de su tercio inferior dos mecheros susceptibles de acercarse ó separarse, ambas luces vibran al unísono, produciendo un sonido de agradable timbre cuando están á cierta distancia una de otra; pero la vibracion cesa y la voz se apaga si las dos llamas se confunden en una sola. La mayor ó menor longitud de los tubos da diferente tono al sonido, y de aquí la posibilidad de establecer la série de escalas musicales que se quiera. La tecla que se hiere separa los mecheros correspondientes, y las llamas suenan. Cuando la tecla vuelve á su posicion, los mecheros se acercan y el sonido desaparece.

¿Qué hay, pues, de comun entre la luz y el sonido? Nadie lo sabe. Solo llamaba la atencion hace algunos años que los sonidos se distinguieran por siete notas principales y varias modificaciones intermedias, y que la luz se descompusiera en siete colores tambien con matices interpolados. La vibracion juega aquí un gran papel. Las luces suenan indudablemente porque vibran. ¿Más por qué razon vibran, y, sobre todo, por qué lo hacen cuando son dos y no una sola? Se establece una corriente de aire ascendente por efecto del tiro que las llamas ocasionan, y esa corriente pasa silenciosa alrededor de la luz única, y se torna sonora al rozar la doble llama. Hé aquí todo. El entendimiento se pierde al querer penetrar este arcano, como se extravía al remontarse hácia las primeras causas de todos los fenómenos que la ciencia nos enseña. Y la ciencia adelanta ofreciéndonos de año en año nuevos portentos que el hombre quiere explicar, pretendiendo sorprender la obra del Criador y descubrir sus profundos misterios. Y las teorías se suceden unas á otras, y á la hipótesis de la radiacion sigue la de las ondulaciones, y el antiguo flogístico y los primitivos torbellinos del espacio, y la materia etérea, y todo lo ideado por los sábios y filósofos del pasado siglo para dar á cada efecto su causa, se va sucesivamente desvanaciendo ante los progresos de la observacion experimental. La ciencia acumula una multitud de hechos, lo coordina, los clasifica, y los metodiza, establece las leyes de los fenómenos físicos y químicos, mide la fuerza, el tiempo, el espacio, el calor, la gravedad, las densidades, los equivalentes químicos, todo lo que ha de ser objeto de sus estudios é investigaciones, y pasando de lo conocido á lo desconocido, cumple su principal mision ofreciendo á la industria, á las artes y á las necesidades humanas

medios de satisfaccion y de desarrollo. Ella da á los pueblos el vapor para abreviar las distancias y acrecentar la produccion; ella los hace comunicar rápidamente entre sí por medio de la electricidad; ella tiñe sus vestiduras, mejora sus viviendas, les proporciona sustancias medicinales que defiendan la vida; ella da cuerpo á una infinidad de utilidades, multiplicando sus aplicaciones con admirable prodigalidad.

Y como si comprendiese que para el hombre no basta la vida física, tambien le ofrece la revelacion de grandezas inmateriales, robusteciende las esperanzas del espíritu y dando á las creencias religiosas sublimes medios de manifestacion, adecuados á la índole de los actos con que el sér humano descubre sus aspiraciones á la eterna vida del alma. El pirófono, por ejemplo, si bien segun todas las opiniones ocupará como instrumento músico un lugar distinguido en las orquestas profanas, hallará su principal uso en los templos, donde sustituirá al órgano, en el cual no se producen vibraciones sino con la propulsion forzada y artificial del aire, mientras que en el nuevo invento esas vibraciones son expontáneas. Y entonces las luces mismas que acrecientan el prestigio de las prácticas religiosas, serán las que entonen los cánticos divinos con eco majestuoso, inefable y místico. ¡Y quién sabe si algun dia y por medio de mecanismos semejantes á los de las cajas de música, y por ese contraste que nace de la variedad de las cosas terrenales, mientras que por un lado canten en los salones las lucernas alegres sinfonías, despidan por otro lúgubres é imponentes salmos funerarios los blandones que alumbren á los muertos!

VICENTE GUIMERA.

LA CARTA DE MARTA.

Ayer recibí una carta
de Marta la poetisa,
y aunque mi tristeza es harta
¡vamos! la carta de Marta
movióme un momento á risa,

Abandonóme clemente
la negra melancolía
que me aqueja eternamente,
al ver tanta boberia
escrita tan seriamente.

Del original copiada,
te envío, para que rias,
la epístola bien-hadada,
que por señas, vá aumentada
con algunas notas mias.

Si en esta singular obra
alguna falta resalta,
no te produzca zozobra
por que detrás de la falta,
vendrá en seguida la sobra.

De su valor literario
no me cumple hablar á mí;
cuando la leas, á tí
toca hacer el comentario.
La misiva dice asi:

«Salud poeta! la lira
que desdeñosa arrojé,
hoy pulso otra vez con fé,
el amor es quien me inspira.» (1)

«Te ví, no recuerdo cuando
y al punto una voz secreta
llegó á mi oido exclamando,
¡tu amarás á ese poeta!» (2)

«No fué la voz embustera,
por que desde aquel momento
sentí una angustia, un tormento
que amargó mi vida entera.» (3)

«Despierta, en tu amor pensaba;
dormida, en tu amor soñaba;
por que tu imágen querida
jamás de mi se apartaba.» (4)

«Traté de darte al olvido,
¡ay! vivias en mi pecho
y á no haberlo trizas hecho
¡no lo hubiera conseguido!» (5)

«Y tú en tanto, en rudos giros
trás de la gloria corrias.
sin ver las lágrimas mias,
sin escuchar mis suspiros.» (6)

«Aunque me sentia morir
de la tristeza al vaiven,
para vencer tu desden
me empeñé más en vivir.» (7)

(1) *¿Y á mí qué me cuenta Usté?*
(2) *Vamos, ya se va esplicando!*
(3) *¡Señora, cuánto lo siento!*
(4) *¡Qué imágen mas atrevida!*
(5) *Del dicho al hecho hay gran trecho.*
(6) *¡Cuénteselo usted á sus tias!*
(7) *¡Hizo usté muy retebien!*

«Era mi vida tu amor,
tu indiferencia mi muerte;
quise descifrar mi suerte
aun á costa del pudor.» (1)

«Entonces la confesion
de mi amor, te hizo mi lengua,
que no sabe el corazon
cuando adora lo que es mengua.» (2)

«Tú á mi amante desvarío
cediste, y de encantadora
alegria salvadora,
henchistes el pecho mio.» (3)

«Fuí feliz, ¡mas cuán ligeros
aquellos dias pasaron!
dias que en mi alma dejaron
mil recuerdos placenteros.» (4)

«¿Recuerdas cuando á mis plantas,
la rodilla en tierra hincada,
y con la faz demudada
me hacias promesas tantas?» (5)

«Era una noche de mayo,
brillaba la luna cana,
lanzando su blanco rayo
en la laguna cercana.» (6)

«Cantaba en el bosque umbroso
el ruiseñor dulcemente,
y oreaba nuestra frente
el viento voluptuoso.» (7)

«Pero ¿por qué esos instantes
á tu memoria traer?
fueron ráfagas brillantes
que espiraron al nacer.» (8)

«¿Por qué no calmas mi pena?
¿por que no enjugas mi llanto,
si sabes que te amo tanto,
que tu imágen mi alma llena?» (9)

«Vuelve á mí, querido dueño,
que es tuyo mi corazon!
Dá formas á mi ilusion,
ven á realizar mi sueño.» (1)

«Si laureles ambicionas,
yo laureles te daré,
yo tejeré mil coronas
y á tus plantas las pondré.» (2)

«Si mas noble, amor prefieres,
yo te inundaré de amor
que es el tesoro mayor
que guardaron las mujeres.» (3)

Aqui termina la carta
de Marta la poetisa.
¿No te provocan á risa
los disparates de Marta?

Dionisio J. Delicado y Rendon.

(1) *¡Asi me gusta á mí, fuerte!*
(2) *¡Jesus y que ignoranton!*
(3) *¡Eso no es verdad, señora!*
(4) *¡La del humo, se marcharon!*
(5) *¡Yo no me acuerdo de nada!*
(6) *¡Si sigue asi, me desmayo!*
(7) *¡Pues lo hace divinamente!*
(8) *¡Qué frases tan retumbantes!*
(9) *¡Cuánto disparate, cuánto!*

LA MUERTE DE UNA FLOR.

A AMALIA.....

Coloqué en el ojal de mi levita
La flor encantadora
Que tú me diste ayer;
Pero al instante la arranqué marchita;
Que el fuego del afán que me devora
Y en mi pecho se agita,
No puede á nadie, Amalia, dar el sér.

Rafael Quintana Medina.

CHARADA.

En cierto juego que tú
de jugar te sientes harta,
es la *primera* y la *cuarta*
voz frecuente y usual.
Con la *tercera* y *segunda*
muestra el hombre su corage,
adquiere forma salvaje,
y hasta se muestra brutal.
Y en el todo yo viviera.....
¿por qué al pensarlo te ries?
con niñas bellas y huríes,
si allí pudiera yo ir.
Es un jardin encantado
de aromas blandos y flores,
donde en perpétuos amores
se puede siempre vivir.

Ronda. Sidi-Aliatar.

Solucion á la charada inserta en el número anterior: PAN—TA—LON.

(1) *¡No, los sueños, sueños son!*
(2) *¡Ni por esas me impresionas!*
(3) *¡Dinero fuera mejor!*

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 30 Marzo correspondiente al 15 Enero 1876. Núm. 67.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de suscritores al monumento de Rios Rosas.—Descripcion de la M. N. y M. L. ciudad de Ronda, por los Sres. Rios Rosas, Bueno, y Huet.—A la Vírgen de los Dolores (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macías.—Sí, la amo..... (poesía), por Ramiro Lasso de la Vega.—Rimas, por D. José Ruiz Toro. Apuntes para un drama, por D. Mariano Poggio Bermudez de Castro.—Soneto octosílabo, por D. Rafael Quintana Medina.—El Miosotís (poesía), por D. Antonio Pareja Serrada.—Charada.—Solucion.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	2918 50
Arriate.	D. Rafael Gomez Marin. . .	12 50
Idem	» Valentin Lopez Ruedas. .	2 50
Idem	» Antonio Gomez Conde. .	2 50
Idem	» Antonio Ramirez Gonzalez.	2
Idem	» Francisco Conde Gonzalez.	2 50
Idem	» Francisco Durán Caballero.	2 50
Idem	» Melchor Gomez Conde. .	2 50
Idem	» Juan Marin Pimentel. .	2 50
Idem	» Pedro Sanchez Melgar. .	2 50
Idem	» José Sanchez Durán. . .	5
Idem	» Antonio Conde Gonzalez.	2 50
Idem	» Francisco Roman Barranco.	2
Idem	» Francisco Ramirez Haro.	2
Idem	» Sebastian Lopez Conde. .	2 50
Idem	» José Lopez Conde. . .	2 50
Idem	» Diego Félix Lopez. . .	2 50
Idem	» Diego Tenorio Durán. .	2
Idem	» Francisco Lopez Ruedas. .	2 50
Idem	» Francisco Pastora Ruiz. .	2 50
Idem	» Blas Barroso Alvarez. .	2
Idem	» Lúcas García Martin. . .	2
Idem	» José Gordillo Espejo. . .	2 50
Idem	» Cipriano Cardin. . . .	2 50
Idem	» Márcos Viñas Ramirez. .	2 50
Idem	» José Sanchez Moreno. . .	2
Idem	» Diego Gomez Melgar. .	2
Idem	» Diego Amaya Suarez. . .	2 50
Idem	» Miguel García Alvendin.	2
		2996 50

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR. .	2996 50
Zahara.	D. José Calero.	10
Idem	» Juan Calero.	10
Ronda.	» Miguel Castro Niza. . .	3
Idem	» Francisco J. Durán. . .	15
Idem	» Rafael Ponce Ramirez. .	25
Idem	» Rafael de Leon Troyano.	15
Idem	» Eusebio Aparicio Buendia.	5
Idem	» Lorenzo Ortiz.	5
Idem	» Manuel Vallecillo. . . .	10
Idem	» Vicente Callejo. . . .	10
Idem	» Pascual Peralta y hermano.	10
Idem	» José de la Torre Puya. . .	4
Idem	» Francisco Agustin García.	5
Madrid.	» Segundo de Pineda y Lopez.	15
	TOTAL. . . .	3138 50

En el número siguiente se continuará la lista.

DESCRIPCION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE RONDA.

(CONTINUACION.)

El reino mineral presenta reunidas dentro de breves recintos sustancias muy diversas. El hierro se halla bajo distintas formas y combinaciones: las minas del carburo de este metal ó de lápiz y grafito, son abundantísimas. En los Perdigones, no lejos de esta ciudad, hay una mina de hierro piritoso. que mineraliza en glóbulos de varia magnitud, y es sobremanera maleable. Aprovechando esta ventajosa calidad se estableció en aquel sitio á principios del siglo pasado una fábrica, llamada de San Miguel, donde se manufacturaban hojas de clase superior, cuyo consumo perjudicaba mucho al comercio de Gibraltar que consiguió arruinarla, por medios harto conocidos. Al O. de esta ciudad en *Montecorto* hay otra profunda mina beneficiada en tiempos remotos, cuyas galerías y pozos están en el dia casi obstruidos: los caractéres

de las tierras inmediatas indican que lo que se estraia era hierro; mas la naturaleza de las escorias, que se han encontrado en grandes montones, confirman al parecer la tradicion antigua de que se esplotaba plata. En el dia solo se saca de esta mina abundante y buen almazarron. Encuéntranse en diversos puntos muestras de minas de plomo; á 2 leguas de la ciudad frente del convento de las Nieves se comenzó á beneficiar una del sulfuro de este metal, que se abandonó, al parecer, por pobre. A 4 leguas S. E. en el camino que va á Estepona, cerca de la hacienda del Naranjo se halla con abundancia el amianto en sus especies de filamentos duros y de filamentos suaves. Se ven diferentes canteras de buenos jaspes blancos, y matizados de negro, encarnado y azul; y se hallan tambien á cada paso cristalizaciones en espatos y estalactitas. Hay muchas tierras nitrógenas, que producen abundante y buen salitre: tambien hay aguas minerales ferruginosas y algunas sulfurosas, siendo la mas notable de estas últimas la que se halla á media legua N. de la poblacion en las huertas del Alcovacin, donde el Real cuerpo de Maestranza ha construido á sus espensas un buen baño con tres albercas. Estas aguas, aunque no tan abundantes como las célebres de Carratraca, contienen los mismos principios que ellas y sirven con sumo provecho para la curacion de enfermedades cutáneas, especialmente herpéticas, para las debilidades, neurosis procedentes de debilidad y flujos inveterados. Tambien es considerable la riqueza del reino vegetal; hállanse plantas propias de varias temperaturas; hay las medicinales, y asimismo á propósito para los tintes, como la grana de Aviñon, la rubia, la gualda y otras; zumaque en abundancia, flores raras y hermosas, té español, liquenes varios, etc. La cochinilla comun, ó grana kermes, se presenta á cada paso, asi como la coscoja ó *quercus coccífer*, donde aquella se alimenta y prolifica. Las cántaridas aparecen anualmente en algunos parages templados. Hay algunos colmenares, que dan escelente miel, pues las abejas encuentran donde quiera buenos y aromáticos pastos.

Hay varias simas, de las cuales la de la sacristía es profundísima: tabien hay cavernas, y la mas considerable es la de la sierra de las Nieves, capaz de albergar muchos hombres y caballos.

La fundacion de esta ciudad se pierde en la oscuridad de los siglos. Es la *Arunda* de los Romanos y segun Plinio fué fundada por los Celtas, aunque Estéban Bisancio cree la fundaron Fenicios ó Griegos en conmemoracion de otra del mismo nombre que hubo en Tracia. Fué Municipio romano, segun se demuestra por la facultad que gozaba de dedicar estátuas, y lo testifican dos que se conservan, halladas en el *bosque de los Césares*, hoy prado; la mas deteriorada de ellas fué dedicada á Julio César en tiempo de Augusto por el consistorio Arundino, y la otra á Lucio Junio Juniano, Dumviro y de la collacion Quirina por su liberto y heredero Furio Junio Ancilno: así consta de una lápida que existe en la Alhóndiga, de la cual hace mencion Vicente Espinel al fin del descanso veinte del tomo primero de su Obregon. Despues de la batalla de Guadalete se apoderaron de ella los Arabes, y la conservaron por mas de seis siglos hasta que decayendo su poder y fortuna hubieron de implorar el favor y ayuda del Rey de Marruecos ofreciéndole en remuneracion de los servicios que les prestase, la importante plaza de Ronda y su tierra hasta Algeciras, para que coronára en ella á su primogénito Abomelique, el tuerto. Cumplióse el pacto por una y otra parte; y posesionado Abomelique del nuevo reino conquistó á Gibraltar ayudado de la traicion de Vasco Perez, y murió en un encuentro con los cristianos; estinguióse con su muerte el reino de esta ciudad, que fué ganada de los infieles por los Reyes católicos el dia segundo de Pascua de Pentecostes á 20 de mayo de 1485.

Tiene por armas las Reales de la casa de Austria con coyundas y un haz de flechas, y el lema: *Ronda fidelis et fortis*.

Dividíase esta ciudad en lo antiguo en cinco partes, á saber: el casco de ella, la villa del Espíritu Santo, el Barrio del puente Viejo, el de San Miguel ó de las Curtidurías y el de la Fuente de la Arena ó de San Francisco: estaba murada y flanqueada por torreones construidos de trecho en trecho, y el centro de ella guarnecido de una muralla de primer órden, que cerraba en el castillo situado en la parte S. de la ciudad, al borde del precipicio, al lado derecho de la calzada Arabe, como se baja al barrío de San Francisco; los puntos esteriores tenian una simple cortina: estas fortificaciones unidas á su ventajosa localidad la hacian inexpugnable. Todas conservan vestigios de haber sido construidas por los Romanos, y reparadas y aumentadas por los Arabes; y en la actualidad están arruinadas y en absoluto abandono. Desde una casa de la calle de San Pedro se baja por 365 escalones hasta el rio, y en este tránsito hay unas salas subterráneas que se conocen con el nombre de la *Casa del Rey Moro*, y en tiempo de los Arabes con el de *Baños de Galiana*, habiendo tradicion de que los construyó para su favorita uno de los gobernadores de esta ciudad. Por este camino se proveian los Moros de agua en tiempo de asedio, tomándola del rio y subiéndola en hombros de cautivos cristianos, que solian perecer de fatiga en un trabajo tan penoso; de donde vie-

ne la maldicion antigua que decia «*en Ronda mueras acarreando zaques,*»

Se ven en este término muchas ruinas de tiempo de Romanos, hácia el molino de la Indiana y cerca de la Quinta de Tavares; hallándose en una y otra parte monedas y sepulcros. Mas las pricipales de todas y que merecen particular mencion, son las de *Acinipo*, que llama el vulgo *Ronda la Vieja*. Estuvo situada á 2 leguas N. O. de esta ciudad, sobre un elevadísimo peñasco tajado en su circunferencia casi perpendicularmente, sin mas que una entrada bastante áspera, que conducia al sitio hoy llamado la *mesa*, que es una llanura de dos caballerías de tierra (cerca de 70 fanegas), las cuales estuvieron cercadas de gruesas murallas con espesos cubos y torreones de piedra menuda y mezcla derretida: desde esta fortaleza descienden las ruinas de los arrabales y enterramientos, que ocupan casi otras 20 caballerías, en donde se advierten muestras de grandes y ricos edificios, muchos mármoles labrados con singular primor, é infinitas inscripciones dedicadas á Emperadores, Cónsules, Duumviros y Patricios; siendo muy notables las de la ilustre familia Emilia, de la cual vinieron á España muchos individuos, que habitaron en Calahorra, Porcuna, Murviedro y otras partes, segun consta de medallas. Parece que este pueblo fué destruido por incendio, segun se deduce de sus ruinas; no se sabe á punto fijo en qué época; mas puede conjeturarse que seria antes de los Godos ó en la irrupcion de estos, puesto que no se encuentra monumento alguno de esta nacion, y sí infinitos Romanos. Hay otros muchos monumentos que indican fué habitada esta ciudad por otras varias nobles familias: en las ruinas de un templo sito estramuros, encontró D. Fernando Reinoso, de quien se hablará despues, un pedestal de jaspe con una inscripcion que prueba claramente ser Acinipo el nombre de la ciudad; colocóse este pedestal por los años de 1650 en las paredes de las casas capitulares de Ronda: la inscripcion dice así:

FABIAE MATRI
L. FABIUS VICTOR
TESTAMENTO STATUAM
PONI IUSSIT
ORDO ACINIPONENSIS
LOCUM DECREVIT
M. AEMILIUS S..... P.....
STA..... F.... RI
P.... O..

Y en castellano: A Fabia su madre mandó Lucio Fabio Victor por su testamento poner una estátua; y el cabildo de *Acinipo* le señaló el lugar: Marco Emilio cuidó que se hiciese de su dinero y pasóla al Cabildo: ó bien se puede leer. S. P. *sumptu público*, á espensa del público.

Entre otras curiosidades se han encontrado una Venus desnuda, enjugándose el cabello con la mano derecha, en ademan de salir del mar; es de bronce con una asa en la espalada para colgarla. Hállanse muchas y diversas monedas de diferentes cuños; uno contiene una cabeza varonil, desnuda vuelta á la izquierda, con el nombre de Acinipo, y por el reverso una hoja de higuera ó de parra; otro contiene el nombre de Edil Lucio Folce entre dos espigas y con el racimo de uvas: el tercer cuño representa al mismo Edil entre dos ramos con racimo de uvas y astro; en el cuarto cuño se lee el nombre de *Acinipo* entre dos ramos con astro á un lado, á el otro media luna, y debajo trece globos: los demás cuños espresan el nombre de *Acinipo*, ya con racimos dentro de corona de pino, ya con racimo entre cuatro astros y media luna, ó con diferentes combinaciones de racimos y espigas. Se hallan tambien muchas puntas de saeta de varias formas, y camafeos de cornerina y de ágata oriental: vénse asimismo muchos patios con ladrillos de tamaño y figura de una baraja de naipes. Otro pedestal se halla en la *Mesa*, junto á las ruinas del templo grande y principal, cuya inscripcion dice asi:

M. MARIO M. F. M. N.
:::IR FRONTONI
POPULUS ET CALLI. II
VIR::::
::::ENTE PATRONO OB
ME:::: TA EX AERE
CO :::: TO DD

Que puesta en castellano dice: El pueblo y los Duumviros del Callo dedicaron á Marco Mario Fronton de la Tribu Quirina, hijo de Marco, y nieto de Marco, esta estátua de metal colado, á peticion de su patrono por sus buenos merecimientos Este pueblo de que habla la lápida copiada, parece que estuvo situdo entre *Arunda* y *Acinipo*, en el sitio que llaman los Villares. De este nombre de Marco Mario Fronton se deriva el de Frontones, con que se conoce un pago de olivares, que hay frente de las ruinas de *Acinipo*, donde se encuentran con frecuencia vestigios de aldeas y magníficas casas de campo. En este terreno tiene orígen el rio Letéo, que los Arabes llamaron Guadalete. El templo grande de que se ha hablado era cuadrangular, y de sesenta varas de largo; tiene cubierto todo el pavimento con los escombros de su fábrica, pero se conoce bien que el piso es de grandes losas de jaspe blanco y cárdeno, de mas de tercia de grueso y cinco cuartas de ancho; todo el templo estaba dividido en aposentos cuadrados

de ocho varas de largo, cuyas paredes se componian solamente de losas como las descritas, que servian asimismo de asientos para las gentes que iban á hacer sacrificios: hay en cada aposento á la parte oriental, un pedestal de vara y media de alto con señales de los pies del ídolo, y enfrente un ara para el sacrificio de la víctima; corren no lejos de los asientos unas gruesas canales, que paran en sumideros para recoger la sangre de los animales sacrificados: con las lozas de este pavimento se labró la portada de las casas capitulares de esta ciudad de Ronda.

(Se continuará.)

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

II.

Dormia San José ¡Cuánta ventura
Coronaba su plácida existencia!
De su amor conyugal la fé segura;
El sosiego feliz de su conciencia;
Aquella Vírgen tan hermosa y pura;
Del Niño Dios la celestial presencia
Y allá reverberando en lontananza
El faro de la bienaventuranza.

Así en el sueño sin cesar cruzaba
Por un sendero de pintadas flores;
El anchuroso espacio contemplaba
Bendiciendo del Cielo los favores
Y por doquier estático escuchaba
Cantos mil de suavísimos amores;
Que sobre blancas y rojizas nubes
Descienden á la tierra los querubes.

Mas ¡oh fatalidad! fiero el destino,
El sueño aquel tan grato y lisongero,
Inexorable á interrumpirlo vino;
La grave faz de aquel varon austero
Se vió cercada de fulgor divino;
Hendió el espacio alado mensajero,
Y el fácil vuelo que en el aire tiende
Sobre el Patriarca un punto lo suspende.

«Levántate, le dice, y sin tardanza
Toma al divino Infante, y con Maria,
Huye á tierra de Egipto, que ya lanza
El Rey Herodes con soberbia impía
El rayo asolador de su venganza:
Le ofende la esencial supremacía
Del Niño de Belen, y en ciego encono
Quiere verlo morir ante su trono»

Y despierta y alzando la cabeza
En torno mira con temor creciente;
La realidad á comprender empieza
Y lleno el corazon de angustia siente;
Melancólico tinte de tristeza
Nubla la dicha que halagó su mente,
Mas en medio de tanto desconsuelo
Lleno de gratitud bendice al Cielo.

Y José con su esposa bendecida
Sufriendo su desgracia resignado,
Presuroso dispone la partida
Con el mayor solícito cuidado.
¡Oh déspota y cruel infanticida!
En tus designios quedarás burlado!
¿Puedes tú hacer que el alba no refleje?
No lo persigas más ¡Dios le protege!

Con qué profundo y angustioso duelo
Abandonó la Madre atribulada
Aquel preciado y delicioso suelo
Donde fué tan querida y respetada;
Donde libre de pena y de recelo
Se deslizó su vida sosegada;
Donde tuvo el inmenso regocijo
De ser la escelsa Madre de Dios Hijo.

Miradla caminar entre la sombra
De oscura noche, trémula y llorando
Y llena de inquietud: hasta le asombra
Del aura que susurra el giro blando,
Eco se le figura que le nombra
Al Niño que afanosa vá ocultando
Y tiembla la cuitada; reza y gime
Y en su amante regazo mas le oprime.

Y aparece la luz de la mañana
Dando su claridad süavemente
Entre reflejos de topacio y grana:
El dia levantándose fulgente
Todo lo llena, todo lo engalana
Desde el azul del cielo trasparante;
Y el sol en el Ocaso ya se hundia
Y en la misma inquietud sigue Maria.

Y trascurre una hora y otra hora:
Pasan los dias, y al rasgar el manto
De lentas noches la riente aurora,
Contrasta de aves mil el dulce canto
Con el dolor en que la Vírgen llora,
Y prosigue temiendo con espanto,
Que el sanguinario Herodes la sorprenda
Del Patriarca en pos la ruda senda.

¡Cuánta horrible inquietud! á cada instante

La desdichada Madre se creia
Descubrir el fatídico semblante
Del mónstruo que tenáz les preseguia,
O ya medrosa, incierta, delirante
Le finge la exaltada fantasía
Millares de soldados herodianos
Que á su Niño le arrancan inhumanos.

Cual paloma tan pura como hermosa
Que negro buho de su nido ahuyenta
Y al escapar turbada y temblorosa
Hasta su propio vuelo le amedrenta;
Cual ligera y errante mariposa
Huyendo de la horrísona tormenta,
La Vírgen al salir de su morada
Dejando vá su tierra idolatrada.

Y avanzaba la triste Nazarena
Siempre por el terror sobrecogida,
Hasta que al fin entre ventura y pena
El término encontró de su partida:
No ya el tirano, cual sangrienta hiena,
Podrá del niño amenazar la vida;
Que allí le ofrece generoso asilo
La hermosa tierra del fecundo Nilo.

Ya pisó la Familia sacrosanta
La pátria de los grandes Faraones;
Mientras el ángel la victoria canta,
Ella sus fervorosas oraciones
Hasta la esfera del Señor levanta;
Latieron sin temor sus corazones
Y en los divinos lábios de Maria
Su apagada sonrisa renacia.

Más pura que grandioso el firmamento
Su angelical mirada resplandece,
Y ya de su elevado pensamiento,
La sombra del terror desaparece;
Mas ¡oh Dios de bondad! ¿qué es un momento,
Fugaz como el placer que nos ofrece,
Cuando se queda en la doliente alma
El triste gérmen que turbó su calma?

Como la clara diamantina estrella
Que rasgando las nubes del altura
Quiere mostrarse como nunca bella,
Vírgen de Nazaréth es tu ventura;
Ese reflejo que nos muestra ella
Lo cubre la borrasca en su negrura
Cual tu grata esperanza, Madre mia,
Pronto, muy pronto envolverá sombría.

RAFAELA BRABO MACÍAS.

SÍ, LA AMO... ...

Vago misterio que la mente ofusca,
Dulce delirio que padece el alma,
Sueño que llena la existencia toda,
Bello fantasma;

Fatal efecto de un secreto impulso,
Afan medroso, que el insomnio causas,
Martirio lento, padecer horrible,
Locura estraña;

Grata vision de encantador ropage,
Soplo de Dios que el corazon inflama,
Luz que reviste de rosadas tintas
La vida amarga;

En mí te busco y en mi ser rebosas;
En mí te encuentro y con tu ardor me abrasas;
Ya sé que existes... tu poder conozco
Amor te llaman.

RAMIRO LASSO DE LA VEGA.

RIMAS.

Ya comprendo mi error y tu inocencia;
Ya la duda se aparta de mi mente;
Ya te amo cual te amé, yo te lo juro,
Tuya es mi vida, quiéreme.

JOSÉ RUIZ TORO.

APUNTES PARA UN DRAMA.

POR D. MARIANO POGGIO BERMUDEZ DE CASTRO.

A.....

I.

Mucho tiempo hace de ello, y los sucesos que han sobrevenido despues de la noche que voy por un momento á traer á tu memoria quizá hayan borrado por completo la impresion que tú y yo esperimentamos aquella noche que recuerdo perfectamente.

Era el 25 de Junio de 1871.

Ante una elegante mesa de tu *fashionable* cuarto-despacho nos hallábamos sentado tú y yo departiendo cariñosamente sobre las fragilidades de la vida y vicisitudes por que cada prójimo atraviesa á su pesar en este pícaro mundo; quejábaste de ser sin ra-

zon conocida, uno de los desposeidos de la fortuna, deidad tan veleidosa como injusta; oponia yo á tus filosóficos razonamientos mil frases de consuelo que tu buen corazon aceptaba, cuando la entrada de nuestro desgraciado y buen amigo Zipegler interrumpió nuestra agradable controversia.

Aun me parece verlo.... vestia aquel célebre traje de mesclilla que siempre tan limpio como viejo parecia adherido á su cuerpo cual una segunda epidermis, dibujábase en su varonil é inteligente fisonomía un malestar físico grande ó un pesar profundo.

Lo recuerdo perfectamente, despues de darnos las buenas noches dejó caer su humanidad en una de las butacas próximas al balcon y saludándonos lo mas breve posible, casi con una ligera flexion de los lábios quedó sumido en el silencio mas profundo.

Nosotros le mirábamos de hito en hito sorprendidos ambos de igual manera al ver su triste fisonomía y su enarcadas cejas que revelaban un malestar creciente.

Él, tan locuáz, tan chistoso, de tan amena é instructiva imaginacion, con una voluntad que no eran capaces de doblegar los acontecimientos mas dolorosos, permanecia ahora triste, ensimismado, fatigoso.

Media hora trascurrió, y ni Zipegler ni nosotros habíamos pronunciado la menor palabra. por fin arrugando entre sus crispados dedos una carta al parecer recien recibida, rompió el silencio en estos términos.

II.

Perdonadme amigos mios, dijo, si os he ofendido media hora, no he sido dueño de mí mismo ni podia por otra parte subordinar mi corazon hasta el punto de hacerlo casi insensible á la inmensa pena que me ha causado esta carta (y nos enseñaba la que aun apretaban sus crispados dedos).

Hay momentos horribles.

Yo que siempre me he antepuesto á todas las vicisitudes de mi turbulenta vida; yo que he visto con el ojo enjuto caer á mi lado uno tras otro víctimas de rápidas enfermedades, mis parientes mas queridos, yo que he perdido una tras otra mis mas doradas ilusiones recogiendo en cambio desengaños á miles, hijos del esceptícisimo, de la ambicion ó las pasiones..... os confieso no he podido sobreponerme al dolor que ha traido este papel... pero, á qué cansaros? escuchadme un momento y vereis cómo no sin razon aun en todas las almas laceradas se halla siempre una fibra sensible.

. . . . . .

. . . . . .

En el año de 186... me hallaba yo en Cádiz: me habian llevado á la perla del Occéano los azares de mi carrera y las vicisitudes de mi familia.

Los primeros meses que allí pasé confieso que fueron crueles. Sus correctas pero estrechas calles, aquellas elevadas y elegantes casas, aquella atmósfera marina me mareaba, el movimiento comercial de la ciudad me volvia loco.

No comprendia cómo habia hombres que llamaban á Cádiz el paraiso de Andalucía.

El tiempo se encargó de formar mi opinion.

A los dos meses comprendí todas las bellezas de su suelo, toda la salubridad de los puros aires que las ondas nos enviaban, toda la poesía que encierra el potente elemento que lame como avasallado los muros de aquella ciudad siempre envuelta entre fúlgidas nubes de nácar y oro.

Me incrusté de tal modo (perdonadme la palabra) en la bella Gades, que comprendí al fin la razon con que sus hijos encomiaban sus innumerables atractivos.

Perdonadme amigos mios estas divagaciones... hijas á no dudarlo de mi agradecimiento, pues os aseguro que en los dos años que residí en aquel precioso puerto fueron quizá los únicos que realmente gocé en mi angustiada vida.

Mis largas escursiones por el célebre paseo del Peregil; mis meditaciones en el campo del Sur; mis paseos por la Alameda y muralla del barrio de S. Cárlos contemplando horas y horas aquella estensa bahía en la que se hallan fondeados buques de todos los puntos del globo y teniendo á mi espalda una ciudad que blanca y coquetona ostentaba sus preciosos edificios como haciendo gala de su poder y desafiando las olas que á sus piés pagaban un tributo de vasallage, me entusiasmaban de tal modo, me hacian gozar á solas en tal forma, que bendecia con todo mi corazon á la Providencia que me otorgaba aquel paréntesis de felicidad en mi triste y azarosa existencia.

Hay en efecto en aquesta ciudad el corazon marítimo por decirlo así del Mediterráneo y del Occéano, santuarios de poesías y de belleza que ni el tiempo ha borrado, ni la mano asesina del hombre ha podido destruir.

Cuadros inmensos en que el dedo de Dios se ostenta con todo su poderío, un horizoute vasto y grandioso terminado en tres ó cuatro villas que como el Puerto de Santa Maria, Rota y San Fernando limitan aquella inmensa bahía en que los apiñados mastiles de los buques surtos en el puerto se balancean al impulso de las rizadas ondas, unas graníticas murallas á cuyos piés vienen á depositar aque-

llas el ósculo de amoroso vasallaje, inmensos edificios en que resaltan todas las bellezas del arte.... todo esto habla al alma con una energía sublime y al corazon con el sentimiento que le inspira al contemplar el poder del Altísimo en la obra maestra de la naturaleza.

Cádiz! Cádiz... es la hija del mar, la coquetona náyade que sobre un piélago unas veces rizado otras turbulento alza sus nacarados y mórbidos hombros. Llegué á cobrar un cariño tan entrañable á aquella ciudad, que quizá alguno de sus mas afectos hijos no hubiera con ventaja rivalizado conmigo en aquel sentimiento.

Poco á poco y como era natural, fuí adquiriendo amistosas relaciones y con el tiempo éstas aumentaron hasta el punto de creerme ya uno de los hijos de aquel privilegiado puerto.

III.

Conocí (entre muchas) una familia que por azares de fortuna habia venido á establecerse hacía algunos años en la capital.

Don José Z..., su anciana esposa Micaela y sus dos hijos Petra y Lorenzo eran todos y uno el tipo verdadero de la honradez y de la pobreza.

Habitaban un modesto tercer piso de una mas modesta casa en la calle de Ahumada.

Vecino yo tambien de la misma calle y frente por frente los balcones de ambas casas, no tardé en contraer amistad con aquella honrada familia con la que al cabo de cierto tiempo llegué á adquirir una intimidad casi fraternal.

Todos los desgraciados simpatizan.

Habia militado don José en las filas de don Cárlos de Borbon y con una razon digna de mejor causa, con un valor corroborado y hecho heróico en veintisiete encuentros, al concluir el convenio de Vergara no queriendo volver á su pais (Navarra) donde sus parientes le hubiesen quizá rechado por haber abdicado sus derechos al abrazarse el ilustre Espartero y el caudillo Maroto, colgó su uniforme y boina de capitan y sin mas patrimonio que él y 15 heridas regaladas en los campos de batalla, refugióse en Cádiz viviendo años y años de la modesta profesion de memorialista.

Al abdicar sus derechos de soldado, al convertirse en pacífico ciudadano, se habia desposeido por completo de su continente guerrero (incluso rasparse el marcial bigote) convirtiéndose en el ser mas pacífico del mundo.

Y lo era realmente.

Rayaba cuando yo le conocí en los 38 años y en mi vida he visto un hombre mas sencillo é inofensivo. Su profesion de memorialista que desempeñaba con un celo y exactitud enterameute militar, unida á lo que el trabajo de su hijo modesto oficial de carpintero daba, eran el único patrimonio de aquel honrado padre para mantener su dilatada familia.

Doña Micaela que desde huérfana de un laborioso artesano pasó á ser la esposa del ex-capitan carlista compartia con sus hijos y marido los no pequeños sinsabores de aquella estrechez que ya avecinaba á la miseria.

Pero era don José el mártir de su sencillo hogar y jamás las tribulaciones lo exasperaron, ni nunca en su corazon de acero hicieron mella los golpes de la fortuna.

Educada en tan virtuosa escuela, seguia doña Micaela con una resignacion digna del mayor encomio, la conducta de su marido, inoculando en sus dos hijos durante su pobre infancia tan sencillas como inestimables dotes.

No pasaron los años en balde ni dejó la semilla de fructificar con usura, convirtiendo á Lorenzo y Petra en dos séres dignos del mayor respeto, una hábil bordadora y un artesano laborioso.

Tan luego como empezó á entrar en el fondo comun de la familia el jornal del hábil carpintero y los productos de la habilidad de Petra, fué poco á poco desapareciendo la escasez, dando paso á una holgada medianía.

Dios era justo como siempre en sus inescrutables designios, y de dia en dia Lorenzo fué mas solicitado por los maestros de su profesion y los selectos trabajos de su hermana mas admirados y mejor retribuidos.

El porvenir empezaba á bordar para aquella honrada familia un horizonte mas estenso.

La felicidad sin embargo es perecedera.

(Continuará.)

SONETO OCTOSÍLABO.

El sol en el mar se hundia;
Junto á la playa sentados
Mirábamos extasiados
El espirar de aquel dia.
El horizonte vestia
Sus crespones enlutados
Y entre sus pliegues, velados,
Mis afanes te decia,
Y las sombras se espesaban. . . . . .
Y ni un rumor, ni un acento
Aquel silencio turbaban. . . . . .
. . . . . .
Huyó tan grato momento
Mas ¡ay! ¡que lo acompañaban
Tu ventura y mi contento!!

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

EL MIOSOTÍS.

HABANERA

A LA Srta. D.ª CONSUELO SECADES.

Cuando las luces
de la alborada
tiñen los campos
de oro y zafir,
dulce suspiro
mi pecho exhala
y entre la brisa
vuela hácia tí.
Su cáliz abren
las azucenas,
canta en la selva
el ruiseñor;
sus dulces trinos
al alma llegan,
brota un recuerdo
del corazon.
El fresco rocío,
la brisa sutil,
meciendo las flores
de aquí para allí,
sonidos producen
que en juego feliz
murmuran tu nombre
en torno de mí.

La fresca rosa
mece su tallo
vuelve sus hojas
al cielo azul,
lanza su aliento
embalsamado,
mas no es tan bella
como eres tú.
Entre el follaje
de violetas
el arroyuelo
corre feliz,
y amante oculta
con sus arenas
la flor hermosa
del miosotís.

Morado es su cáliz;
su aroma ideal
se exhala entre el beso
del aura fugáz,
y vuela en el prado
de aquí para allá
un tierno suspiro
dejando al pasar.

Para tí sola
crecen las flores
por tí murmuran
ecos de amor;
á la pradera
ven, alma mia,
reina del valle,
dulce ilusion:
bella diadema
de frescas rosas
pondré en tu frente
pura, ideal,
y la belleza
de sus corolas,
la de tus lábios
envidiará.

Verás cual las flores
y el aura sutil
amores murmuran
de aquí para allí;
oirás cómo al alma
dice miosotís
«Mi bien, nunca ingrata
te olvides de mi.»

ANTONIO PAREJA SERRADA.

CHARADA.

A. C.

Desde tiempos ya remotos
es de costumbre y de ley,
que el secretario del Rey
en alta y grave funcion,
primera y *tercia* practique
en casos mil de importancia
lo mismo en Prusia que en Francia
y en toda otra nacion.
Madrid, la perla de España,
nidal de dulces amores,
con sus damas y señores,
y su altivo y noble ser,
es aunque rica y brillante
y fastuosa y hechicera,
la *segunda* y la *tercera*
que tú tendrás que entender.
Y en el todo, gran ciudad
de renombre y gentileza,
luciste tú la belleza
de tu rostro celestial,
en ocasion, Celia mia,
que veinte Abriles contabas,
y en que los ojos fijabas
del mas inerte y glacial.

Ronda. SIDI-ALIATAR.

Solucion á la charada inserta en el número anterior: PA—RA—I—SO.

Imprenta y Librería de la Sra. Viuda de Gutierrez,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 3 Abril correspondiente al 24 Enero 1876. Núm. 68.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO.—Descripcion de la M. N. y M. L. ciudad de Ronda, por los Sres. Rios Rosas, Bueso y Huet.—A la Virgen de los Dolores (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macías.—Maliba (leyenda mora), por don Francisco Jimenez Campaña. Rimas, por don José Ruiz Toro.—Dudas (poesía), por don Rafael Quintana Medina.—Apuntes para un drama, por don Mariano Poggio Bermudez de Castro.—A la Paz (canto), por don Francisco Jimenez Campaña.—Charada.—Solucion.

DESCRIPCION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE RONDA.

(Continuacion.)

Hácia el lado de las viñas de Leches se descubrieron varias urnas sepulcrales de piedras cuadradas de dos tercias de alto con sus cubiertas de encaje, y dentro cenizas de cadáveres quemados: tambien se han encontrado urnas de plomo en algunos sepulcros. Cerca del templo grande se halla un pedestal con la siguiente inscripcion:

GENIO OPPI::.
SACRUM
M. SERVILIUS
ASPER GENII
SACRORUM
CURIARUM
D. SPP.

La cual en castellano dice así: Ara puesta, ó dedicacion hecha, al Dios genio tutelar y patrono de este pueblo. Púsola de su dinero, ó del dinero público, Marco Servilio Aspero Sacerdote del templo, ó Curia, del Dios Genio. Consérvase tambien un gran pedazo de su teatro, semejante al que describe Vitruvio libro 5.° cap.° 6.° de su arquitectura: tiene veinte y tres gradas; está aun entero el paredon de la luna con dos bóvedas y una de las células ó casillas, en que ponian los vasos de metal armónico; hay en pie varias paredes y parte del pórtico: el suelo está limpio y su empedrado sin daño alguno; vénse enteras las subidas de las gradas y asientos, y se conocen algunas de las puertas por donde la gente salia de la representacion.

En el año 1824 se hicieron en estas ruinas escavaciones á espensas y bajo la direccion del Señor D. Rodrigo Aranda, vecino de Madrid, que á la sazon residia en esta ciudad; se trabajó mas que en ninguna otra parte en un collado próximo á la Mesa, donde existe el teatro y donde estarian los principales edificios, segun hemos ya insinuado. Encontráronse allí muchos vasos lacrimatorios, lámparas, monedas y urnas cinerarias; y se notó en estas la particularidad de que las unas contenian pendientes y adornos mujeriles; y las otras empuñaduras de espadas, broches de mantos, y otros adornos de hombres; lo que sirvió para discernir á qué sexo pertenecian las cenizas que se examinaban. Tambien se halló un edificio arruinado, sin duda por incendio, en vista de las inmensas porciones de carbon que habia entre las columnas derruidas, y en uno de sus recintos cantidad de monedas y restos de una bajilla de búcaro, que en todas sus piezas tenia esta inscripcion:

Q. F. SABINUS,

Recogiéronse asimismo dos *sigilas* ó figurillas con asas de donde pendian los emblemas de la virilidad; un Neptuno de bronce de 6 pulgadas de alto con un pie sobre la cabeza de un delfin y el cuerpo apoyado en la cola; varios anillos y camafeos, y entre estos uno admirable por la finura y delicadeza del cincel: era de figura oval, de piedra ágata blanquecina, y de menos de media pulgada de diámetro. En tan reducido espacio representaba un cuadro muy esmerado y primoroso: en primer término se veia distintamente una pradera y un sátiro, que violaba á una ninfa á la entrada de un bosquecillo: la prolongacion de éste mismo bosque

en el segundo, y por remate nubecillas y celages en el tercero. No puede darse cosa mas acabada en el arte, ni de mayor mérito en su línea. Algunos de los anillos tenia una ágata roja, y en troquel un alacran, que serviria para sellar. Es de advertir que las tierras de *Acinipo* producen muchos de estos animalejos, y quizá por eso los naturales de ella adoptarian su figura para sello. El vulgo creyó que se buscaban tesoros y se profanaban los sepulcros, y fué preciso suspender las escavaciones.

(Continuará.)

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

III.

Con el mayor é indescriptible anhelo
Hácia el recinto de Salem camina
Temblorosa y llorando sin consuelo
Una mujer de faz tan peregrina,
Que en la triste congoja de su duelo
Mas bella ostenta su espresion divina:
Parece que le dan mayor encanto
Las delicadas perlas de su llanto.

No aparece tan pura cual su frente
Del matinal lucero la belleza;
Ni la erguida palmera del Oriente
Puede igualar su noble gentileza;
De su mirar dulcísimo y fulgente
Los ángeles tomaron la pureza;
La luna su encantada poesía,
Y su vivo esplendor la luz del dia.

Y esa mujer divina, en cuyo aliento
Se perfuman los lirios de los valles,
Va mostrando terrible sufrimiento,
Jerusalem, por tus hermosas calles;
Escucha tú, su desolado acento;
No á su dolor indiferente calles;
Mira que llora en su perdido Hijo
Al Niño que Isaias te predijo.

La Virgen busca con mortal zozobra
Al Hijo de su amor que no parece,
Y si de hallarlo la esperanza cobra,
Pronto la realidad la desvanece:
Todo á su corazon, todo le sobra
Sin el Ser que sus dias embellece,
¿Dónde su Niño está, dónde, la planta
Dirigirá la Madre sacrosanta?

En su Jesús el pensamiento fijo,
Por Él llorosa la infeliz procura,
¡Inmenso es su dolor, dolor prolijo!
Ninguno ha visto la gentil figura
De su inocente, de su hermoso Hijo,
Y aquella Madre llena de amargura
Con febril ansiedad buscando sigue.....
¿No hay en Salem quien su dolor mitigue?

Al contemplar su frente delicada,
Al escuchar su voz conmovedora,
¿Verá Jerusalem desapiada
El angustioso afan que le devora?
¿Cómo esa débil Madre desolada
Podrá vivir sin el que tanto adora?
No parece Jesús ¿Y no hay consuelo
Que disminuya su incesante duelo?

Luzca de nuevo la divina estrella
Que en la esfera celeste aparecía
Y que irradiando misteriosa y bella
Dominaba su luz á la del dia:
Brille otra vez, y de Jesús la huella
Por compasion descúbrase á Maria,
Cual mostrára benigna y esplendente
La gruta de Belem á los de Oriente.

Ya en el ancho y tranquilo firmamento
Tres dias derramaron sus fulgores
Sin que calmar pudiera ni un momento
De la sagrada Vírgen los temores;
Y crece su indecible sufrimiento:
Que la cándida Luz de sus amores,
Acaso para siempre ya eclipsada,
Descubrirla no puede su mirada.

Y prosigue abatida y sollozando;
Mas Dios se compadece de su pena,
Que un pensamiento su dolor templando
De esperanza gratísima le llena:
Del Niño que afanosa va buscando
Ya piensa descubrir la faz serena,
Y en su ilusion la Madre dolorida
Hácia el templo se lanza conmovida.

No enciendas, no, tu brillo fulgurante,
Estrella de los Magos guiadora;
No de Jesús el cándido semblante
Descubra ya tu lumbre bienhechora,
Que de Maria el corazon amante
Adivinó el lugar en donde mora:
¡Es cual ninguno sublimado y tierno
El claro instinto de su amor materno!

Allí bajo la bóveda sagrada

Estaba su Jesús, allí María
Elevando á los cielos la mirada,
Con dichoso trasporte de alegría,
Bendice al creador enagenada
Por el inmenso bien que le ofrecia:
En tanto de Jesús el grato acento
Lo vá en sus ondas dilatando el viento.

Sacerdotes y escribas y rabinos,
Llenos de admiracion y de temores
Escuchan sus conceptos peregrinos,
«¿Quién eres tú, murmuran los doctores,
Que abarcas pensamientos tan divinos
Y en medio de celestes resplandores
Con el claro raudal de tu elocuencia
Confundes y anonadas nuestra ciencia?».....

Ancianos de Israel, sábios hebreos:
Cumplidas son las santas profecías;
Ese Niño de padres galileos
Es la Figura escelsa del Mesías;
Se colmaron al fin vuestros deseos;
¡Suenen con armoniosas melodías
Las arpas de Sion: llenen sus notas
Del mundo las regiones mas remotas!

¡Himnos de adoracion y de alabanza
Publiquen la clemencia del Eterno!
Ya sobre el mundo y sus miserias lanza
Una mirada compasivo y tierno;
Ya con Jesús nos vuelve la esperanza,
Ruje vencido el miserable Averno:
¡Cesó la esclavitud, Jehováh potente
Alza su maldicion de nuestra frente!!

Rafaela Brabo Macías.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

Don Francisco Jimenez Campaña.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IV.

De como la codicia rompe el saco.

I.

—Con que ocultos los tienes en tu nido?

—Sí, allí estarán arrullándose como palomos, y podrá el gavilan caer sobre ellos fácilmente.

—¿Y no te has encontrado en el camino á Sohail y la gente que le sigue en busca de la prometida del visir?

—No: ni el eco de una bocina ha llegado á mis oidos.

—Estraño es.

—Torcerian despues la ruta y dirigido se habrán por otros senderos.

—Tal vez.

—Entonces acompáñame tú é iremos en su seguimiento.

—Yo no puedo abandonar el castillo en el que solo quedan ocho soldados, que están bajo mis órdenes. Tiempo de guerra es este, y los infieles nazarenos surgen de las entrañas de la tierra, para sorprender las fortalezas.

—La fortuna me vuelve el rostro: que el Dios de Jacob esté en tu ayuda y dirija mis pasos hasta el valiente alcaide Sohail.

—Espera, Habacuch: ¿tú sabes al *valle de los tres pinos*?

—Dos veces lo he cruzado todo, en busca de una yerba medicinal.

—Pues bien, encamínate á él; que en ese valle hay resonancias, que repiten hasta los pasos de un corcel, que galope distante seis tiros de ballesta.

—No me engañas, Alí?

—Eh! Llévete Eblis; si no querré yo que la sultana Maliba vuelva al alcázar, antes que torne Abu-Said de la guerra, y sin ella se encuentre y nos mande á todos asaetear por sus feroces ballesteros.

—Que Jehováh te confunda, si has mentido.

—Que Alá aparte de mí sus ojos, si te engaño.

Y Habacuch se separó de Alí en direccion del mencionado valle.

Alí era el moro, que abrió las puertas del castillo á Omar y á Maliba. Cuando vió que Habacuch se alejaba, esclamó con desprecio:

—Marcha, viejo imbécil, de qué te ha servido ahora tu ciencia? Loco te volverás en el valle no sabiendo de donde vienen los sonidos de las bocinas y las pisadas de los corceles. Y yo... yo salvaré al cristiano y á su amada del peligro que les amaga; y ellos me harán tan rico como un sultan, y abandonaré estas tierras donde realizar no he podido mis ensueños de oro.

Y hablando solo Alí de su ambicion se entró por el patio de armas del castillo.

Y pasó el dia: el sol desapareció tras de la sierra, subieron las sombras y Alí saltó sobre un ligero caballo, que encaminó hácia la ruinosa guarida de Habacuch.

Encontróse á su pesar con su dueño y señor Abu-Said, y Ali tembló como la hoja del naranjo sacudida por el viento. La vaguedad de los rayos de la

luna no dejaron ver su estremecimiento y al fin pudo escapar y dirigirse de nuevo á todo el correr de su caballo á la miserable vivienda del judío.

II.

Habacuch llegó al *valle de los tres pinos* fatigado por el calor. Largo espacio de tiempo estúvose escuchando, sin que á sus oidos llegara mas que el canto de los pájaros y el melancólico rumor de infinitos arroyuelos, que cruzaban el valle. Cansado de esperar, marchábase ya de aquel paraje lanzando anatemas contra Alí, cuando oyó claro y distinto el sonido de una bocina, que se repitió tres veces por los aires. Cobró esperanza y paróse por ver si tornaba á sonar la bocina, y averiguar podia de dónde procedian sus sonidos. Pero pasarónse largas horas sin que el mas leve grito de alarma volviera á llegar á sus oidos: esta vez no quizo dejar su sitio de escucha, animado como estaba por aquellos sones, que por su mal se oyeron en el viento. En fin, ya habia el sol ocultado los rayos de su luz y en el valle iban las sombras avanzando, cuando se tornaron á oir, primero lejanos y despues mas cerca los ecos sonoros de dos ó tres bocinas y despues las recias pisadas de muchos corceles. Esta vez no tuvo que averiguar Habacuch de dónde procedia aquel ruido belicoso, porque pronto aparecieron en la entrada del valle con teas encendidas, tres ginetes árabes, que al divisar al judío gritaron con toda la fuerza de sus pulmones:

—Por aquí.

Y como si aquella voz una evocacion hubiera sido, se vieron salir por diversas partes del valle hasta una veintena de hombres á caballo, que pronto rodearon á Habacuch, esclamando:

—Alá esté con nosotros!

—Este es el brujo del castillo derruido.

—Es nigromante.

—Él nos dirá donde está Maliba.

—No hablará sino á fuerza de oro.

—Oro! que me pongan al viejo á tiro de arco; que hablarnos tendrá.

—Calla, Zobeir, no sea que te hechice.

—Con eso veré las magas de nuestras leyendas.

—Respetad las canas de un anciano y dejadme hablar, dijo Habacuch con voz desapacible.

—Silencio! esclamó en son de autoridad la voz de un anciano: era Sohail, y todos se tornaron mudos.

—Yo quiero hablar contigo, sin que nadie nos escuche; tengo que revelarte un secreto.

—Bueno, Habacuch, dijo Sohail.—Retiraos, añadió dirigiéndose á los suyos; y como viera á los soldados indecisos, lo tornó á repetir con la voz llena de mando.

Los moros se alejaron á una prudente distancia, no sin que alguno preparára su arco con un venablo por lo que á Sohail acontecer pudiera con el judío.

—Sabes dónde está Maliba? preguntó el alcaide á Habacuch, cuando estuvieron solos.

—Sí, que lo sé, respondió el hebreo.

—Pues es preciso que nos muestres el camino, porque ya se me hace tarde el encontrarla.

—Yo te lo mostraré, pero ya sabes que Maliba, como prometida de Zidi Abu-Said, tiene los rangos de una sultana, y como á tal la he hospedado.

—Y bien, y qué?

—Que he gastado un tesoro en aparejarle tan lujosa habitacion.

—Y quieres que yo te devuelva ese tesoro, que no creo hayas gastado, cuando tú, mostrándote fiel vasallo, debieras tener á honra el entregarme la joya perdida, la gacela estraviada de tu señor.

—Ya te la devuelvo, dijo temblando Habacuch, porque empezaba á verse perdido, y luego añadió:—Pero además quiero hacerte otro favor por el que me entregaría Zidi Abu-Said la mitad de su alcazaba.

Eh! dijo Sohail, adivinándolo todo, tú ocultas en tu guarida al mancebo, que del palacio la ha robado; agotado habrás su escarcela por darle en tu nido el hospedaje, y ahora vienes á hacerles traicion y con el dañado intento de que yo te compre á los fugitivos á peso de oro; pues engañado te has, usurero miserable y fementido; porque si el parage no nos enseñas donde se ocultan los malamente enamorados jóvenes, colgarte hé de la almena mas alta del castillo hasta que entres en ganas de decirme la verdad.

Habacuch quiso huir, mas se encontró cojido del cuello por la mano nerviosa de Sohail.

—Aquí mis soldados! gritó el alcaide.

Y los ginetes acudieron, prorumpiendo en estas esclamaciones:

—Eh! el judío, que se nos huye.

—Preparad los arcos, que puede volar por el aire.

—Si en verdad es hechicero, ahora que nos lo pruebe.

—A quemarlo vivo.

—A asaetearle.

—Que nos diga donde está nuestra sultana.

—Que muera!

—Que muera!

—Por compasion, gemia Habacuch amenazado á la vez por veinte puñales.—Dejadme la vida que yo os diré donde se oculta un tesoro.

—Infame! repuso Sohail, nos juzgas tan inícuos

como tú? Nosotros no queremos riquezas; queremos á Maliba, que es para nosotros mas preciada que todos los diamantes de un Kalifa.

—Paso! bramó una voz ronca detrás de los soldados, una voz sombría parecida al rugido de la tormenta.

—Dónde está mi hija?

—Dónde está Maliba! dijo otra segunda voz, que hizo volver el rostro á los soldados.

—Amrú!!

—Zidi Abu-Said!! esclamaron todos á coro desmontándose de los caballos y cayendo de rodillas.

Y en efecto, eran el visir del emir Anasir y su viejo walí, que como saben nuestros lectores habian sido enterados por Alí de la pérdida de Maliba, y acudian furiosos al lugar donde vieron brillar las luces de las antorchas.

—Cobardes, imbéciles, rugió Abu-Said; arrodillaos para besar los cascos de mi caballo, despues de haber dejado perder la hermosa perla que os dejé encomendada. He de echar vuestro corazon á mis lebreles, si Maliba no parece.

Un horrible estremecimiento se apoderó del ánimo de los soldados, sabian harto que su señor les cumpliria con creces tan bárbara promesa.

—Zidi, dijo con respeto Sohail, ese judío que tus vasallos apresado han, la oculta en el viejo castillo donde habita.

—Dónde está el judío de que hablas? interrogó Amrú.

—Ha desaparecido, esclamaron todos, viendo que Habacuch no estaba allí.

El astuto viejo se habia aprovechado del estupor que se apoderó del ánimo de todos con la aparicion repentina de Abu-Said y de Amrú, y ocultado se habia detrás de unos espesos matorrales.

—Alzad las teas, bergantes, gritó Amrú, mis ojos de tigre lo sabrán buscar donde se encuentre.

Los soldados obedecieron, y apareció iluminado por el siniestro resplandor de las teas el turbante del judío mal oculto entre las ramas.

Divisólo Amrú, dió un grito salvaje de gozo y de ira, y á poco Habacuch se vió á su pesar sobre el poderoso corcel del walí y sujetado con furia por sus manos de hierro.

—A dónde me llevas! Qué quieres hacer conmigo? preguntó respirando apenas Habacuch.

—Te llevo á tu castillo, y, ó mostrarme has donde se oculta mi hija, ó yo haré caer sobre tu cabeza derretido todo el oro que guardes en tus arcas.

El miserable viejo no dudó que aquel tigre de las batallas le cumpliria la oferta, y determinó, aconsejado por el miedo, ser mas esplícito con Amrú.

—Yo te la devolveré, dijo, y haber podrás tambien á las manos al atrevido caballero, que en mal hora la sacó de la alcazaba.

—Has oido, Zidi Abu-Said? Por la santa Meca que nos hemos de topar bien á gusto mio con el valiente doncel de los cabellos rojos.

—Plegue Alá que sea él, dijo el visir estremeciéndose á su pesar, y luego añadió, dirigiéndose á los soldados con voz de mando:

—Al castillo de Habacuch!

Los moros saltaron sobre sus caballos y siguieron con la velocidad del rayo á Zidi Abu-Said y á su fiero walí, que el primero de todos hundia con rabia las espuelas de plata en les hijares de su soberbio corcel, al paso que apretaba entre sus membrudos brazos al codicioso nigromante.

(Se continuará.)

RIMAS.

Sé que corro detrás de un imposible
y que todo es quimérica ilusion;
sé que una valla altísima me aparta
de la mujer á quien adoro yó.

La prudencia me dice que me aleje
de este funesto amor;
mas ¿cómo conseguir que la cabeza
impere cuando grita el corazon!

José Ruiz Toro.

DUDAS.

A MI ADORADA LUISA.

Dudé de la eternidad,
Y en el tiempo que tardé
En recobrar de la fé
La divina claridad,
Inmenso fué mi sufrir;
Mi espíritu ha vacilado
Cuando tambien ha dudado
De mi oscuro porvenir;
Mas nunca fué mi dolor
Tan grande, tan infinito
Como en el que hoy palpito
Porque dudo de tu amor!

Rafael Quintana Medina.

APUNTES PARA UN DRAMA.

POR D. MARIANO POGGIO BERMUDEZ DE CASTRO.

A.....

(CONTINUACIÓN.)

Doña Micaela adquirió, efecto de su escesivo trabajo, una enfermedad mortal.

El mal hacia progresos increibles.

En vano se absorbieron en su curacion todas las pequeñas economías de aquella honrada familia; en vano Petra y Lorenzo trabajan con mas ardor cada dia para sufragar los gastos ocasionados por la enfermedad de aquella buena madre; dos meses despues doña Micaela murió como habia vivido, mártir de su deber, de su cariño y de su enfermedad.

Pintaros, amigos mios, el dolor que sintió el infeliz viudo y la cruel pena de aquellos dos hijos, daria materia para un libro in folio.

Pero el tiempo que es el mejor lenitivo para los dolores del alma, se encargó de mitigar aquellos y devolver de nuevo la tranquilidad aunque solo aparente á don José y sus hijos.

Y aparente era en efecto.

Petra encargada ya del manejo de la casa de su padre descuidaba su labor de un modo visible y las ganancias eran mas pequeñas.

Don José, á quien rendian poco producto sus trabajos de memorialista, pasaba horas y horas ante su modesta mesa de tal, sin qne un solo cliente viniera á ocuparle.

Lorenzo que habia tenido la desgracia de herirse en el taller trabajando un mueble de encargo, llevaba ya mas de tres meses sin ganar un solo real.

La situacion era cada dia mas aflictiva.

Habia pues que aplicar un medio heróico para estirpar el mal.

La miseria principiaba otra vez á asomar su tremenda faz en la modesta casa del viudo y sus hijos.

Muchos meses trascurrieron y apenas el jornal de Petra y las exíguas entradas del trabajo de don José, bastaban para cubrir las primeras necesidades de la familia.

Como era natural, en la fisonomía de cada uno de los individuos que la componian, se reflejaba como en un espejo la afliccion que les destrozaba el alma.

Todos á una sufrian con resignacion los azares de su mala suerte, y ni una palabra de queja formulaban sus lábios.

Pero el mal iba cada dia en aumento.

Los bordados de Petra no eran ya tan buscados por sus aristocráticas parroquianas.

El trabajo de don José era ya casi nulo.

La indigencia tiene, como vulgarmente se dice, cara de hereje.

Así es que Lorenzo, á quien por deber correspondía sacrificarse por su padre anciano y por su hermana soltera, encontró un medio de llevarlo á cabo.

La Providencia no abondona jamás al buen hijo, y Lorenzo halló un dia 8.000 reales, vendiéndose como sustituto.

Entregó religiosamente 7,000 al autor de sus dias, y una semana despues dejó su modesta habitacion por el dormitorio de un cuartel.

Lágrimas de Petra, reflexiones de don José que aun conservaba en su corazon las ideas carlistas fuertemente arraigadas, fueron inútiles; Lorenzo partió para Africa pocos meses despues con el regimiento á que como soldado pertenecia.

El dinero del sustituto aplacó en un tanto la miseria del ex-capitan y su hija.

Pero, difunta doña Micaela, no era ciertamente una razonada economía la que presidia al manejo de aquella casa.

Asi es que un año despues y mientras el bravo Lorenzo ceñía á sus mangas las insignias de sargento ganadas por su valor ante los hijos del Ríff, terminaban tambien en su casa los últimos reales, valor de la sangre del brillante soldado.

Volvió por tercera vez la miseria á enseñorearse en el albergue de Petra y de su padre.

Acostumbrado el último á la molicie de un año de buena vida, sin privaciones ni sobresaltos, sudaba de un modo indecible al contemplar por tercera vez su modesta mesa de memorialista y su desvencijado sillon de baqueta.

No era sin embargo este el mayor mal.

La escasa clientela de don José habia encontrado en un año mejor servidor, y dias pasaban sin que la pluma del ex-capitan trazase un solo renglon.

Petra, por otra parte, viviendo un año en la holgura que para la indigencia puede dar una cantidad cual la de 7,000 reales, bordaba á duras penas y con un trabajo indecible cualquier labor que le encomendáran.

La situacion era pues insostenible.

Pero un dia un imprudente espejo reveló á Petra que tenia una hermosura bastante aceptable, y sin detrimento de su honra halló medios de que un acaudalado banquero de Cádiz nombrase á don José administrador de sus haciendas en Puerto Real.

Un sueldo de setecientos reales, casa y algunas

pequeñas obvenciones prometian al incansable veterano y á su linda hija un bienestar que nunca tuvieron la menor esperanza de conseguir.

Tomada posesion de su destino, pocos dias despues hallaron los dos séres un paraiso en aquel sitio que la Providencia siempre benigna les deperaba.

Se habian olvidado de Lorenzo.

Aquel honrado hijo, aquel cariñoso hermano no dejaba un solo dia de dedicar un recuerdo á su atribulada familia.

Entre los contratiempos de la guerra, entre el fragor y el humo del combate, entre las privaciones y vicisitudes de mil escaramuzas cada cual á mas sangrienta, el venerado nombre de su padre, el cariñoso recuerdo de Petra presidia á mil actos de valor, debido á los cuales, llevaba ya en sus hombros las charreteras de capitan.

Era un verdadero héroe.

Ni un puesto de peligro le arredraba, ni la fuerza numérica del enemigo dominaba aquel valor que no tenia igual.

Distinguióse en la guerra y sin recibir sino una ligera herida, la guerra recompensó al oscuro soldado con dos charreteras ganadas á fuerza de valor y de heroismo.

Lorenzo se habia hecho, al entrar en el primer combate, una reflexion desesperada.

Si muero, se decia, á nadie hago falta en el mundo; si vivo, me espera la gloria, los honores, un porvenir brillante que compartiré con mi padre y con mi hermana.

Dios habia recompensado con usura tan filial cariño, tan fratenal afecto.

Asi es que en el brillante ejército español era Lorenzo citado como modelo de los oficiales valientes y pundonorosos.

Pero como la felicidad es incompleta en esta vida, mientras que el oscuro soldado ganaba palmo á palmo entre las balas y la metralla honores y distinciones, su hermana y su padre eran víctimas de nuevo de los mayores rigores del infortunio.

Pero esto, ó mejor dicho, el describiros esto, merece, amigos mios, una ligera digresion que espero me perdoneis.

Para contárosla necesito hacerme fuerte contra mi mismo corazon... porque yo amaba á Petra.

Sí, la amaba como se adora á una Diosa, como el desgraciado quiere la felicidad, como el enfermo la salud...: ella tan hermosa, tan elegante enmedio de su sencillez, tan modesta teniendo tantos atractivos, llegó á impresionar mi corazon tan ávido de alegría verdadera, que hoy á solas conmigo no he podido darme cuenta de un amor tan grande, tan desesperado.

A pesar de ser hija del pueblo, á pesar de que su educacion distaba mucho de ser completa, Petra, estudiosa por intuicion habia hecho un caudal de sentimiento, de saber y poesía de cuantos libros habia llevado la casualidad á sus manos.

Las mejores pruducciones de Walter-Scott, las brillantes concepciones del malogrado Espronceda, las sublimes obras de Milton, Byron, Dumas y Cervantes, eran tan conocidas para ella, como son para el humilde artesano las herramientas de su oficio.

Lo mismo recitaba una égloga de Virgilio, que describia un pasaje de los fantásticos cuentos de Hoffman.

Aquella riqueza de conocimientos me habia admirado.

Memoria tan felicísima, merecia todo mi respeto. Un año habia bastado para esto; no podia ser mas rápido. Los 7000 rs. que tal metamórfosis causaron en la casa de don José, dieron á éste tranquilidad y bienestar, á su hija ciencia y deseos de saber mas aun.

Con un talento poco comun, con una imaginacion vivísima no eran para aquella oscura hija del pueblo un difícil problema los estudios de Leibnitz y de Descartes.

Ahora comprendereis el por qué pagaba yo tan justo tributo á su hermosura y á su talento.

Pero la inteligencia humana es escesivamente limitada y en aquella linda cabeza no podian tener cabida tantos y tan hetereogéneos conocimientos.

Como era natural á ello sobrevino el caos; tal superabundancia de saber era sobrenatural y el cérebro limitado de una mujer, por desarrollados que se hallasen sus órganos, no podia absorber con entera conciencia, por decirlo así, tal diversidad de ideas y de estudios profundos.

Así es que olvidando estos por las buenas novelas de Walter ó las fantásticas leyendas alemanas, Petra cayó en el peor de los resabios de la literatura y de las ciencias.

Llegó á ser romántica.

De la física pasó á la dinámica, de esta á la absorsion, de aquí al brumoso pensamiento de las alemanas historias, cayendo cada vez más en el romanticismo.

Entre el ex-capitan carlista que absorbia entre sus canas toda la prosa de la vida y entre los dorados cabellos de Petra, bajo los cuales surgía un número de ciencia y de poesía, habia una distancia tan inmensa como entre el sol y las tinieblas.

El asendereado don José solo hallaba placer en

referir sus hazañas en los campos de batalla, las peripecias de un combate, el ardor de la pelea.

Petra tenia todos sus goces en pasar las horas enteras con las brillantes descripciones del vizconde D'Arlincourt ó los viajes al rededor del Globo de Duguay.

Pero vayamos derechos á nuestro asunto y perdonadme de nuevo, amigos mios, si os entretengo con mis estraviadas comparaciones.

El amor me impulsaba y éste hace á los hombres niños.

Continuo, pues, refiriéndoos los percances de aquella familia.

(Continuará.)

CANTO.

A LA PAZ.

Dormíase en la playa el mar sereno,
El viento, en honda sima aprisionado,
Callaba con furor su voz el trueno,
El sol brillaba en el zenit alzado;
Y el apuesto leon, á la ira ageno,
A las plantas de Adan come postrado;
Todo yacía en paz, cuando á la tierra
Luzbel nos trajo la sangrienta guerra.

Guerra!-dijo Cain el brazo armando
Contra hermano sencillo é inocente,
Y á su ciego rencor trabas quitando,
En la sangre de Abel tiñó su frente.
Asustada la tierra al golpe infando
Con ojos de terror vió al delincuente;
Y alzando siempre voz ante su huida
Por doquiera lo llama—fratricida.—

Cuerra! dijo ambicion, y ante su acero
Rios de sangre hácia la mar saltaron
Y amasado con llanto lastimero
Y en la sangre infelíz que derramaron,
Monumento, los hombres, altanero
Y ciudades innúmeras alzaron;
Que con Tebas se hicieron sobre estrago
Babilonias y Atenas y Cartago.

Pero Dios las tornó negra ruina
Hacinando sus glorias en montones;
Y llamando en su cólera divina
A los fieros y raudos aquilones,
Con rabia ante el estrago los inclina
De su ira volviéndolos sayones
Y ante su aliento asolador y sumo,
Del altivo esplendor no quedó humo.

Y aun Roma en el triclinio saborea
La sangre de los pueblos que ha vencido:
Aun luce del furor la horrenda tea
En las manos del bárbaro temido,
Aun el negro pendon Eris ondea
En el campo de Marte enrojecido.....
Cuando suena el hosanna en las alturas
Y paz á las humanas criaturas.

Yo tengo sed de paz dice en la cumbre
Del Gólgota Jesús con triste pena,
Y este grito de dulce mansedumbre
Del mundo por los ámbitos resuena
Y lo aclama sangrienta muchedumbre
En el Rhin, en el Támesis y el Sena,
Y á su curso feliz no opone valla
Ni el Gangés, ni el titánico Himalaya.

Grito de redencion! en esta tierra
De nobles y de altivos corazones
Mil veces se escuchó, dando á la guerra
Fin entre sus indómitos leones.
Y otra vez resonó; la lucha aterra
Entre hermanos; el manto hecho girones
Abre á sus hijos, que el furor ensaña
Y los cubre en su amor la madre Espña.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Granada y Marzo de 1876.

CHARADA.

Mi *primera* es cierta enseña
De real familia extranjera;
Y mi *segunda* y *tercera*,
Reptil que al tigre domeña:
Tres de privilegio es dueña,
Pues fué entre todas primera;
Y mi TODO es hechicera
Ciudad, gentil y risueña.

ISABEL GUTIERREZ MORALES.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

En tu charada, Aliatar,
Combiné *sella* con *villa*,
Y así conseguí acertar
Que su TODO era *Se-vi-lla*.

I. J.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 8 Abril correspondiente al 1.° Febrero 1876. Núm. 69.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de suscritores al monumento de Rios Rosas.—Descripcion de la M. N. y M. L. Ciudad de Ronda, por los Sres. Rios Rosas, Bueso y Huet. Los ojos verdes (poesía), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—Apuntes para un drama, por don Mariano Poggio Bermudez de Castro.—Todo negro (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo. Solicitud dirigida al ilustrísimo Ayuntamiento de esta ciudad, por Rafael Gutierrez. — Cantares. Suelto.—Solucion.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria

para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.	
	SUMA ANTERIOR..	3138	50
Ronda.	D. Francisco Atienza. . .	5	
Idem	» Juan Guillen.	5	
Idem	» Manuel Gutierrez. . . .	5	
Idem	» Antonio García Bastó. .	5	
Idem	» Antonio Cabrera Alvarez.	5	
Idem	» Juan Copello.	5	
Idem	» Francisco Brabo Trujillo.	5	
Idem	» José Diaz.	5	
Olvera.	» José M.ª de la Rosa. . ,	25	
Idem	» Pablo Serratosa. . . .	2	50
Alpandeire.	» Francisco M.ª Sanchez Carrasco. . , ...	3	
Matanzas (Cuba.)	» José Richarte Guerrero. ·	50	
Madrid.	Exmo. Sr. D. Pedro Nolasco Aurioles.	40	
Algodonales.	D. Manuel A. Sanchez Carrillo.	10	
	TOTAL. . . .	3309	

En el número siguiente se continuará la lista.

DESCRIPCION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE RONDA.

(Continuacion.)

Esta ciudad es patria de varones célebres en la milicia, literatura y artes. Sea el primero Luis de Linares, poeta y maestro de Humanidades en ella; compuso en versos exámetros la vida de San Pablo primer ermitaño, impresa en Toledo en 1527 en un tomo en 4.°; Francisco de Luzon, soldado valeroso, que en el siglo XVI se halló en las guerras de Flandes, Saboya é Italia, distinguiéndose en la empresa de Amiens y Verceli: escribió un libro del órden de formar escuadrones, y murió siendo gobernador de Fuentes. El licenciado Mateo Luzon fué Maestro de Jurisprudencia y murió en Salamanca apreciado de todos los sabios. El Doctor García Perez de Gironda, abogado, dió á luz dos obras impresas en Madrid en folio una *De gavellis* en 1594, y otra de *esplicationes privilegiorum* en 1617: casó en 15 de Marzo de 1579 con Doña Beatriz Villalon; despues enviudó, y fué sacerdote y beneficiado de las iglesias de esta ciudad, y murió en 26 de Marzo de 1619 á los 67 años ds edad. El Mtro. Juan Causino, de quien Vicente Espinel en la relacion primera, descanso 9 de su Obregon, dice: «fué docto en todas las ciencias que enseñó con la lengua latina, en la cual hacia muy elegantes versos»; publicó un comentario sobre la filosofía de las armas de Gerónimo Carranza. El Dr. Juan Jimenez Savariego, Protomédico de las galeras de España que mandaba el Adelantado de Castilla Don Martin Padilla: imprimió en Antequera en un tomo en 4.°, año de 1602, un tratado *de pestes*, sus causas, preservacion y cura, y otro tratado sobre la curacion de las viruelas. El Mtro. Diego Perez de Mesa, historiador y matemático, que enseñó en Alcalá de Henares y en Sevilla: D. Nicolás Antonio cita muchas de sus obras de geometría práctica, cosmografía, arte de navegar, y método de escribir y en-

señar, sacado de la doctrina de Aristóteles con el compendio de su física y de los libros de generacion: tambien publicó varios sermones y la historia general de España, desde su fundacion hasta el reinado de Felipe II; libros todos en el dia sumamente raros: tradujo igualmente del italiano, en 1586, el Julio Falcon de la *limosna* y aumentó é imprimió en fólio en 1605, las grandezas de España de Pedro de Medina. El licenciado Bartolomé de Ahumada, Mercado y Mudarra, célebre jurista: escribió un escolio ó breve interpretacion á la glosa de Gregorio Lopez, en la 1.ª y 2.ª partida, que se imprimió en Madrid, en 1588 y murió de 80 años de edad, hácia el año de 1624. Vicente Espinel: nació en 28 de Diciembre de 1550 y fué bautizado en la parroquia de Santa Cecilia, pasó á estudiar á la universidad de Salamanca, y despues de recibir el grado de maestro en sagrada teología, militó algun tiempo y se ordenó de presbítero, dotándole el Sr. D. Felipe II con la capellanía del real hospital de Santa Bárbara en su pátria, de cuyas iglesias fué igualmente beneficiado: persecuciones y disgustos particulares le obligaron á establecerse en Madrid, donde murió á los 90 años de edad, segun espreso testimonio de su contemporáneo y amigo Lope de Vega, al fin de su silva 1.ª del laurel de Apolo. Fué escelente músico, y además de añadir la quinta cuerda á la guitarra, inventó las de siete órdenes: compuso é imprimió en Madrid, en un tomo en 4.°, en 1618, las relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon, el cual se opina con sobrado fundamento que contiene en parte la vida de su autor: muchos pasages y aventuras de Gil Blas de Santillana, son copiados ó imitados de esta obra. Inventó las décimas llamadas de su nombre Espinelas: fué el primer traductor del arte poético de Horacio, y publicó en Madrid un tomo en 8.° de sus rimas, impreso por Luis Sanchez, en 1591, cuya obra se ha hecho sumamente rara: hay en esta coleccion escelentes trozos y sobre todo varias églogas llenas de bellas imágenes, de estilo dulce y diccion muy poética; tal es, por ejemplo, la que comienza: *¡Ay apacible y sosegada vida!* Don Macario Fariña, tenia en su poder 3 tomos de poesías manuscritas de este célebre ingenio, que se han perdido. Don Cristóbal de Salazar Mardones, fué licenciado en derecho civil y secretario de S. M. con ejercicio en el real consejo de Italia; ilustró la fábula de Piramo y Tisbe de Don Luis Góngora, que imprimió en Madrid en 1636: tambien hay versos suyos en las lágrimas á la muerte de Montalvan. El Sr. D. Bartolomé Lobo y Guerrero, bautizado en la parroquia del Espíritu Santo, fué hijo del Dr. D. Francisco Guerrero Lobo, médico natural de Moron y de D.ª Catalina de Góngora, natural de Carmona; fué colegial del Maese Rodrigo de Sevilla, en el año de 1575; inquisidor fiscal en el tribunal de dicha ciudad, visitador del de Méjico y últimamente arzobispo de Lima, donde murió. Mandó trasladar los huesos de sus padres á la bóveda de la capilla mayor del convento de monjas Domínicas de esta ciudad, que habia dotado. Pasado algun tiempo se trajeron tambien sus cenizas de América y se colocaron al lado de las de sus padres en la misma bóveda. Don Fr. Juan de Bustos, religioso del órden de San Francisco y obispo de la provincia de Nicaragua. El Dr. Peña Freyle, de la religion de San Juan de Malta, que murió electo obispo. El Dr. D. Francisco Moreno, vice-limosnero del Sr. D. Felipe II, por su mano vino á esta ciudad el cáliz grande, que le regalaron los Sres. Reyes. D. Fernando Valenzuela y Enciso, caballero de la órden de Santiago, gentil hombre de cámara con ejercicio, marqués de Villa Sierra, señor de las villas de San Bartolomé de los Pinares, etc., etc. Fué elevado por sus muchos méritos y los de sus mayores á los empleos de embajador en Venecia, alcaide del Pardo, Zarzuela y Balsain, general de las costas del reyno de Granada, grande de primera clase, primer ministro de Cárlos II, y caballerizo mayor de la reina Doña Mariana de Austria. Despues de haber vivido muchos años retirado por real órden en el castillo de Cávite en Filipinas, pasó á la ciudad de Méjico, donde murió en 3 de Febrero de 1692. Fué muy dado á la poesía y otros estudios, y escribió: 1.° despertador de Príncipes y Validos, sobre la vida de S. Juan Bautista: 2.° comento sobre los Macabeos, 1.ª y 2.ª parte: 3.° la Sofonisba, en verso heróico en sestetos: 4.° varias obras poéticas en 6 tomos: 5.° otros muchos opúsculos, comedias, sainetes y letras para cantar. Fué notable en aquel tiempo su comedia *harmónica* titulada: *Sin mudar de señor, mudar de afecto*, al casamiento del Sr. D. Cárlos II con Doña Maria Ana Sofía de Neoburgo. Dió tanto por hablar de sí, que fué conocido con el nombre del *Duende de Madrid*. El Dr. Don Juan Antonio de Campos y Naranjo, médico célebre que nació á mediados del siglo XVII y murió el 4 de Noviembre de 1691: escribió en idioma latino, un libro titulado: Propias señales si las hay, de veneno dativo, para luz de jueces en procedimientos contra presuntos agresores, y luz á médicos y cirujanos en sus declaraciones: otro libro en castellano sobre si sea accion natural arrojar sangre el cadáver de muerte violenta en presencia del agresor, contradiciendo esta creencia vulgar de aquel tiempo; quedan de él varios manuscritos sin concluir, á saber: 1.° daños y provechos del uso de la nieve en los enfermos: 2.° des-

engaños de la errada opinion de la observacion de la luna y astros para el uso de la purga y sangria, y contra astrólogos judiciarios: 3.° varios apuntes curiosos sobre la historia de la ciudad de Ronda. El licenciado D. Macario Fariña, abogado de los reales consejos, fué célebre anticuario, é instruido en varias ciencias y artes, y descubrió el sitio de *Acinipo*, como consta de carta escrita por él en 1650 á Don Félix Laso de la Vega y publicada por el P. Florez, en el tomo 1.° de sus medallas. D. Fernando Reinoso, anticuario, vivió á principios del siglo XVIII: se conservan de él varios manuscritos de la hisioria de Ronda, y se ignora la época de su muerte. Alonso Vazquez, célebre pintor del siglo XVII, y Don José Ramos, pintor asimismo, que dejó muy buenas obras en esta ciudad y la de Málaga, y murió en la última en 1802.

(Concluirá.)

LOS OJOS VERDES.

¡Ay ojuelos verdes!
¡ay los mis ojuelos!
¡ay hagan los cielos
que de mí te acuerdes!!

R. A.

En vano locos poetas,
alabais en vuestros cantos,
la hermosura de los ojos
negros, azules ó garzos.
Sin duda no conoceis
el color de los que amo,
que á conocerlo, no hubiérais
otro color ensalzado.
¿Ni cómo lo hubiérais hecho
despues de haber comparado
verdes esmeraldas ricas
con turquezas y topacios?
Negra es la nube que anuncia
el Simoun al africano,
parda la arena que pisa
su cansado dromedario.
Negras las escuetas rocas
que á veces le cierran paso,
y el rayo ardiente del sol
que abrasa su frente, es pardo.
Azul es el engañoso
fantasma que allá lejano,
le finje el onda de un rio,
ó el claro cristal de un lago.
Pero es verde la palmera
que sobre un suave collado,
le ofrece alimento y sombra,
frescura, sueño, descanso.
Verde es tambien el oasis
que aparece por ensalmo
en medio la parda arena
cual un palacio encantado.
Verde césped es la cuna
del arroyuelo liviano,
que apaga su sed ardiente,
corriendo en murmurio grato.
Ya veis; son nubes y arenas,
rocas y fantasmas vanos,
los ojos que vos cantais,
negros, azules y garzos.
Mientras cimbradoras palmas,
fresco oasis, césped blando;
y arroyo murmurador,
los ojuelos que yo canto.
Negro es el traje de nubes
que viste el invierno helado,
y pardas mieses alfombran
en el estío los campos.
Mas la suave primavera
se cubre de un verde manto,
manto emblema de la vida
que vuelve á natura Mayo.
Negra aparece la noche
cuando espira el sol galano,
indicando con su ropa
la tristeza, el luto, el llanto.
El hombre para pintar
su torcedor mas tirano,
los celos que al alma roen
siempre el azul ha empleado.
Pero el afecto mas dulce,
el sentimiento más grato,
que lo anima, que lo alienta,
en medio de sus trabajos,
la virgen que le sonrie
tendiéndole su alba mano
para vencer con la espada
de la batalla en los campos,
para hacer que su pincel
dé vida inmortal al cáñamo,
para encantar su martillo
que trueca en dioses el mármol,
para que su lira vierta
en dulces ó ardientes cantos
tesoros de poesía,
raudales de fuego sacro,
esa virgen que contesta,
de ESPERANZA al nombre grato
para el mortal, se ha vestido

siempre con un verde manto.
Dejad, pues, locos poetas
de alabar en vuestros cantos,
la hermosura de los ojos
negros, azules ó garzos.
Cantad, pues ya conoceis
el color de los que amo,
los ojos que á la esmeralda
su matiz arrebataron.
Los ojos con cuya tinta
tiñe su ropage Mayo,
los ojos do la ESPERANZA
depositó sus encantos.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDÓN.

APUNTES PARA UN DRAMA.

POR D. MARIANO POGGIO BERMUDEZ DE CASTRO.

A.....

(CONTINUACIÓN.)

IV.

Ya os decía poco antes que mientras el oscuro soldado ganaba en los campos de batalla honores y distinciones, cernia de nuevo el infortunio sus álas sobre la casa del ex-capitan carlista.

Ahora vereis por qué cúmulo especial de circunstancias vino á ser para Petra y su padre una verdadera desgracia la administracion de aquella hacienda.

Frente á la preciosa casa de campo que ambas personas habitaban residia una viuda, que fresca aun á pesar de los 30 años, tenia una hermosura deslumbradora.

Sus mórbidas formas, sus aterciopelados ojos, sus desenvueltas maneras habian producido mas de un altercado entre los jóvenes Porto-Realeños.

Nadie sabia su procedencia, todos ignoraban quien era y quien habia sido.

En vanos las comadres murmuradoras y entremetidas que tanto abundan en los pueblos habian tratado de descubrir los antecedentes de Teresa.

En vano las autoridades locales habian tratado de inquirir el misterio que envolvia á aquella mujer.

Todos y todos habian llevado un solemne chasco.

Las noticieras solo pudieron saber que era una viuda jóven y no mal parecida que con un pequeño capital regenteaba un mas pequeño establecimiento de seda y bisutería.

Las autoridades vieron en los papeles de la forastera una viuda de buena conducta que con todos los requisitos marcados por las leyes abria en Puerto-Real, al público su pequeño comercio.

Por otra parte cuantas gestiones se hicieron para descubrir otra cosa, no tuvieron el mejor éxito.

Carolina (que así se llamaba) era reservada como una tumba, prudente como la prudencia misma.

Al cabo de algun tiempo la morigerada é intachable conducta de la viuda hizo callar la maldiciente lengua de sus detractores y el reposo de los Porto-Realeños, perdido con la novedad de la aparicion de la forastera, volvió de nuevo á su curso natural.

Carolina por otra parte habia tenido la suficiente diplomacia para con sonrisas, en que se entrveía una esperanza nunca realizada y con palabras de miel que auguraban un porvenir de delicias, convertir en sus paladines á los mozalvetes mas ricos y desocupados del pueblo.

Habia, pues, desarrollado una táctica especial que algun dia debia dar muy sólidos resultados.

Educada en la escuela de los pesares, estos habian reformado su voluble carácter hasta el punto de hacerla una actriz consumada.

Con los restos de una fortuna que habia podido salvar del naufragio á que la llevaron las pasiones de su marido, difunto ya en aquella época, marchaba derecha á su objeto cual era el de acrecentar aquellos por medio de una hábil estrategia velada entre sonrisas y promesas de amor que nunca tuvieron efecto.

Francesa de nacimiento, habiendo hecho un papel brillante en el gran mundo, al resignarse á aceptar su humilde posicion y conseguir el ardiente deseo de su atribulada vida despues de la muerte de su dilapidador marido, se habia propuesto llevar adelante su deseo aun á costa de los mayores sacrificios, buscando los medios para ello con una habilidad poco comun.

Contaba para la realizacion de su plan, madurado en algunos años de crueles desengaños y privaciones sin cuento, con tres datos infalibles.

Una voluntad de hierro.

Una hermosura que hubiese avergonzado á Medora.

Un talento diplomático que hubiera admirado á Metternich.

Así es que arrollando obstáculos al parecer insuperables, al elegir para sentar sus reales un pue-

blo tan pintoresco, pero tan pequeño como Puerto-Real no lo hacia sin conocimiento de causa.

Y era esta que un mes antes, habiendo llegado á Cádiz procedente de Gibraltar la hermosa aventurera, al presentarse á cobrar una letra en casa del banquero dueño de la quinta que don José en Puerto-Real administraba, sorprendió una conversacion por la cual pudo saber que el actual poseedor de aquella magnífica hacienda era entonces el mismo don José á quien la caprichosa suerte, por uno de esos rasgos que se ven muy á menudo, pero que nadie se esplica, habia favorecido con el premio mayor de la lotería, cuyas dos tercias partes empleó en comprar la hacienda á su antes dueño, vendiéndosela este al ex-capitan con ganancias exorbitantes sobre su verdadero valor.

Para la sutil Carolina era más de lo que necesitaba saber.

Acto contínuno formó su plan que tenia mucho de diabólico, pero que no tardó como vereis en llevar á cabo.

Un acontecimiento tan sencillo como el de haber hecho la lotería tan señalado servicio á don José, cual era elevarlo de la miseria á la opulencia, habia producido triples efectos en diferentes personas.

En el banquero, una bonita jugada de bolsa vendiéndo en doble de su valor una finca improductiva.

En Carolina, la realizacion del sueño de oro que haciá años alimentaba y que con tal decision se habia propuesto llevar á cabo.

Por eso os dije antes que una y ortra noticia, casualmente sorprendidas por la sutil francesa en casa del banquero, era mas de lo que á la casualidad podia pedir para llevar adelante su propósito.

No perdió el tiempo.

Pocos dias despues, como queda ya dicho, regenteaba en Puerto-Real una pequeña tienda que precisamente vino á colocar vis-á-vis de los balcones de don José.

Hechas estas aclaraciones, para la mejor inteligencia de los incidentes que aun me quedan por referir, continuemos en la relacion de estos acontecimientos tan dramáticos como verdaderos.

V.

Habian pasado dos años:

Nos hallámos en una hermosa habitacion de la opulenta hacienda del ex-capitan carlista.

Un inmenso vaso del Japon conteniendo apenas infinitas flores cogidas aquella mañana por las diminutas manos de la bellísima Petra, embalsamaba la estancia.

Las ramas de los jazmines y acacias bordaban con sus hojas y odoríferos botones las cortinas de terciopelo azul, velando los rayos del sol que entraban por entre las ventanas.

En el lugar preferente de la habitacion lucia sus preciosos adornos un elegante piano de Blanchet que con una deliciosa orquesta en su sonora cavidad gemia bajo las obras de Verdi y de Mozart, de Beethoven y de Weber.

Divanes magnificos, sillería á lo Luis XIV, paises de Dupré, copias de Rubens, ginetes árabes de La Croix y preciosas obras de Salvator Rosa, completaban el ajuar de aquella elegante estancia.

En el testero, y muellemente reclinados en un precioso confidente forrado de raso azúl y blanco departian cariñosamente don José y Carolina.

El primero, elegantemente vestido, cuidadosamente afeitado, habia rejuvenecido de un modo notable ante el poder mágico del oro.

La segunda con su esplendente hermosura velando una amorosa mirada que dirigia al ex-capitan, parecia la hermosa estátua con que Praxiteles modeló su famosa Venus.

Petra, sentada en una poltrona junto á una de las ventanas, leia con avidez un trozo selecto de las bellas poesías de Arolas.

Don José contemplaba á la viuda con el arrobamiento con que un jóven de 18 años se estasía ante la mujer que le inspirára su primer amor.

No sin razon la juventud y la vejez dicen que tienen muchos puntos de contacto.

Y envuelto en la mirada de fuego de la astuta y hermosa viuda jamás pudo comprender como el pajarillo envenenado por el hálito de la serpiente viene á ser pasto del taimado reptil.

Os estrañará la intimidad que en aquellos dos años habia nacido entre el carlista y la francesa, pero esta última, tenaz siempre en su propósito y habiendo comprendido la impresion subyugadora que en el alma del ex-capitan producia su atrevida y profunda mirada, buscó un medio para enseñorearse de aquel corazon posesionándose luego de su víctima.

Tuvo que apelar á un remedio heróico.

Y sin vacilacion alguna lo llevó á cabo.

Una noche los vecinos de Puerto-Real se despertaron sobresaltados al alarmante tañido de las campanas que tocaban á fuego.

Al parecer, la quinta de don José era presa del devorador elemento.

La opinion pública, sobreescitada por el miedo, se engañaba.

No era en la quinta donde habia cebado el fuego su destructora garra.

La casa y tienda de la francesa se hallaban envueltas en torbellinos de llamas y humo.

Nada pudo salvarse.

En vano los sirvientes de la quinta, los vecinos mas inmediatos, bombas, etc. trataron de cortar el incendio.

Todo fué inútil: solo se consiguió concentrarlo en casa de la viuda, salvando las demás contíguas de ser tambien devoradas.

La francesa perdió aquella noche cuanto tenia, segun ella misma á lágrima viva referia al dia siguiente.

Muebles, alhajas, ropas, artículos de comercio y su pequeño capital que cuidadosamente guardaba en billetes de Banco... todo fué pasto de las llamas.

Solo pudo salvar una cajita que contenia una pequeña cantidad en oro y papeles de familia.

No podia la desgracia cebarse con mas saña en la encantadora viuda.

El fuego nació sin embargo en su misma casa y allí se habia extinguido gracias á los titánicos esfuerzos de los vecinos, pero algunas lenguas murmuradoras aseguraban habia sido á mano armada ó, mejor dicho, intencional.

La murmuracion es cruel.

Nacida de una suposicion vertida en algun corrillo por algun oficioso corria de boca en boca, haciendo la autopsia sobre el cadáver de su víctima con el elástico escalpelo de la lengua.

Y entregada Carolina al maldiciente rum-rum de los murmuradores, era un ser ya desprestigiado y sin encantos, desaparecidos bajo una siniestra intencion.

Las hablillas llegaron como era natural hasta los oidos de Don José.

Pero en aquella alma grande á la que habian elevado aun mas sus antiguas tribulaciones, se estrellaron las repetidas diatribas de los maldicientes y lleno de conmiseracion por la, al parecer atribulada viuda, ofrecióle un cuarto en su casa y un cubierto en su mesa.

Carolina aceptó, preñados los ojos de lágrimas.

Nadie averiguó jamás si estas nacian de reconocimiento ó de placer al ver adelantar una obra cuyos cimientos con tal tino habia echado.

Instalóse con una majestad régia en una de las habitaciones contiguas á la de Petra.

Una vez ya en la casa de D. José, una vez llevada á cabo la primera parte de su plan, puso en juego sus demás artificios para hacerse dueña por completo del alma de aquel sencillo anciano.

A este fin, á los pocos dias desarrolló una táctica especial ante la cual los mas insuperables obstáculos debieran ser vencidos.

Insinuante como ella sola, comprendiendo con su clarísimo talento ó su refinada astucia los defectos y buenas cualidades de ambos, es decir de padre é hija, asentó su plan de ataque sobre ellos con una maestría digna de mejor causa.

Esplotó en Petra sus románticas ideas, hasta el punto de que, identificada completamente con ellas, y habiendo caido la primera en el laso tan hábilmente tendido por la astuta francesa, escuchaba esta con una religiosidad y fingido entusiasmo hora tras hora los trozos mas selectos de los autores favoritos de la hija de D. José.

Esta, ya subyugada, y no pudiendo comprender sinó lo que á primera vista aparecia, ¡bendecia mil veces á la Providencia que le habia deparado una compañera en quien tambien sus ideas hallaban perfecto eco.

Y señoríos feudales que recorria montada en su preciosa hacanea blanca como el armiño y obediente á su voz como el perro á la de su amo, y palurdos vasallos que arrodillábanse al paso de su hermosa castellana, y trovas nocturnas, á la luz de la plateada Diana, y rejas á cuyos piés venian á cantar sus amores los garzones de los contiguos señoríos.... todo esto halagaba aquella alma romántica por exelencia cuando la sutil Carolina la pintaba con tan acariciante voz mil escenas de la edad media en la que la erigia heroina.

Conquistado ya ante su hábil estratagema el corazon de Petra, poco tenia Carolina ciertamente que hacer para dominar por completo el de don José y lo consiguió á su satisfaccion.

Así es que algunos meses despues la que en la quinta habia entrado por un rasgo de la caridad de su dueño, dominaba ya como señora ante cuyos caprichos bajaban la cabeza Petra y su padre.

Habíase elevado este al pedestal de un amoroso entusiasmo de tal modo alentado por fingidos desdenes ó por miradas abrasadoras, que el dia en que la vimos en aquella preciosa habitacion de la quinta sentada en un confidente con el ex-capitan carlista, amorosamente departiendo, mientras que á veinte pasos de ellos leia Petra al inolvidable Arolas, era la sétima ú octava vez que oia Carolina de los lábios de don José la súplica de que lo aceptára por esposo.

Una aureola de felicidad envolvia á la francesa, pero aun no estaba por completo desarrollado su plan y todavía no era tiempo de aceptar con el título de esposa de don José las riquezas de este tan codiciadas por Carolina.

Existian aun dos obstáculos importantes que superar, y hasta vencer por completo estos no decidió aquella acceder á los deseos del padre de Lorenzo, empleando todas las dotes de su diabólico talento en completar la obra que desde el principio se propuso cual era la de poseer en absoluto las riquezas del anciano.

Estos dos obtáculos representados por Petra y Lorenzo, eran casi insuperables para la sutil aventurera, pero halló sin embargo medios de vencerlos, con una maña que solo Satanás pudiera inspirarle.

Vereis el como.

(Continuará.)

¡TODO NEGRO!

Pardas nubes, negras sombras
que envolveis mis pensamientos
y dais al alma tortura,
idos muy lejos, muy lejos.

. . . . . .

Pasaron aquellos dias
encantadores, risueños
en que en pos de una esperanza
volaba con pié lijero;
aquellas horas de amores,
aquellos blancos reflejos
con que mi mente de niño
se estasiaba en dulces sueños,
y ya de mis alegrias
solo me quedan recuerdos
borrados por la amargura
y cambiados por el tiempo.
Ya para mí, las azules
tintas, ha perdido el cielo:
las alboradas son tristes,
los jardines campos secos,
y en el cristal de los lagos
solo miro inmundo cieno.
¡Y aun está tersa mi frente,
aun no está blanco el cabello,
y sin embargo mi alma
ya todo lo encuentra negro!
¡Pobre corazon! ¡Dios mio,
arrancad de mi cerebro
estas nubes que lo oprimen
con sus negrísimos velos.

. . . . . .

Pardas nubes, negras sombras
que envolveis mis pensamientos
y dais al alma tortura,
idos muy lejos, muy muy lejos.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

El miércoles fué entregada por nuestro Director al Municipio la siguiente exposicion:

Ilustre Ayuntamiento Constitucional de Ronda.

Rafael Gutierrez Jimenez, Director de la Revista Rondeña ECOS DEL GUADALEVIN, á V. S. respetuosamente expone:

Que la gran importancia de la antiquísima ciudad de Ronda, la diversidad de razas que sucediéndose á través de los siglos han venido á residir al abrigo de sus fortísimos muros, su historia, sus tradiciones, todo en fin, hace suponer que un dia debieron levantarse en su recinto suntuosas obras y duraderos monumentos que, testigos de su poder, fuesen ahora vestigios de su pasado.

Hoy la vista apenada contempla en vez de significativos despojos de su antiguo esplendor, exánimes ruinas y destrozados restos de lo que debia ser un histórico tesoro.

Si nuestros antepasados dejaron perecer abandonadas tantas preciosidades, no es justo que nosotros permitamos que se complete la obra de destruccion: tiempo es de acudir á salvar lo poco que desgraciadamente queda.

Un problema histórico de la mayor trascendencia ocupa hoy la atencion de los sábios. Se trata de averiguar el sitio donde tuvo lugar aquella célebre batalla que decidió la suerte del mundo antiguo. Ronda es la poblacion que con mas derechos aspira á la gloria de haberse llamado Munda, y mientras se esté discutiendo tan importante cuestion, son de un inmenso valor las lápidas y antigüedades que milagrosamente se han conservado, como que ellas serán tal vez los títulos que atestigüen el glorioso pasado de Arunda.

Urge, pues, cobrar los diseminados fragmentos y asegurar su conservacion.

Esto es lo que el que suscribe tiene la alta honra de solicitar de tan ilustrado y patriótico municipio,

limitando por hoy la súplica á que se recojan, trasladen y reunan en un salon de la Casa Capitular las siguientes antigüedades:

La lápida que se conserva enclavada en la puerta del Pósito ó antigua Alhóndiga y que empieza

L. IVNIO.

La que existe enclavada en el muro de la Iglesia de Santa Maria de la Encarnacion sobre la puerta principal antigua de dicha Iglesia, y que hoy se halla cubierta con el retablo del Sagrario, y que dice

IVLIO DIVO MUNICIPES.

El Ara romana que existe en la calle del Progreso, número 16, casa del Sr. D. Eulogio Garcia.

Las dos estátuas romanas que se encuentran en el jardin de la casa del Sr. Marqués de Motezuma y que se estrajeron del Prado de los Césares por don Rodrigo de Ovalle.

La lápida procedente de Acinipo que se halla colocada en el muro de las antiguas Casas Consistoriales que comienza

FABIAE MATRI.

Primero porque de este modo se comenzaria á formar coleccion, y segundo porque asi se resguardarian de las injurias del tiempo que no tardará en destruirlas, tiene el firmante el honor de ampliar la solicitud para que tambien se trasladen y reunan las siguientes piedras que se conservan en las ruinas de la cercana Acinipo:

El pedestal que se halla tendido junto al suelo y engastado en la pared de la esquina izquierda entrando por la puerta esterior del cortijo de Ronda la vieja; tiene 90 centímetros de alto y 60 de ancho y dice

GENIO OPPI.

El pedestal que se encuentra tendido en las vertientes de la meseta de Acinipo que comienza

M. IVNI.

Otro pedestal que pareció en Acinipo y que principia

M. MARIO M. F. M. N. ::::IR FRONTONI.

Persuadido el infrascrito del gran interés con que la ilustrada corporacion que hoy representa á Ronda, vé todo aquello que puede recaer en bien de las letras, y de la preferente atencion que dedica á cuanto puede redundar en pró del buen nombre de nuestra hermosa ciudad:

A V. S. SUPLICA se digne acordar la traslacion de las referidas antigüedades y que queden coleccionadas en la Casa Capitular en la forma que mas conveniente estime.

Gracia que no duda alcanzar del celo, cultura y patriotismo que en V. S. son notorios. Ronda 5 de Abril de 1876.

RAFAEL GUTIERREZ JIMENEZ.

Tenemos casi la seguridad de que el Ayuntamiento accederá á lo solicitado con lo que conquistará la gloria de haber prestado un eminente servicio á la historia pátria.

CANTARES.

—

Antes de negar Suñér
ciego la divinidad
debió contemplar tu ser:
¿Quién sino Dios pudo hacer
tanta belleza y bondad?

No haré nunca tu elogio
porque no quiero
empañar tu belleza,
con un defecto.
Que tal haria
al cantar tus hechizos
mi tosca lira.

Dicen que se lleva el viento
las palabras pronunciadas;
las que modula tu acento
se quedan en el momento,
en mi corazon grabadas.

Dicen que mata el dolor
y que el llorar asesina;
los goces no interrumpidos
quitan mas pronto la vida.

ANTONIO ROJO Y SOJO.

Varios de nuestros abonados se quejan de que algunos números de esta Revista no han llegado á su poder. Esta falta que consistia en el antiguo repartidor, procuraremos no se repita. Suplicamos á todos en general se sirvan revisar la coleccion de los Ecos y remitirnos nota de los números que les falten que inmediatamente se le remitirán gratis.

Solucion á la charada inserta en el número anterior: LIS—BO—A.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 15 Mayo correspondiente al 8 Febrero 1876. Número 70.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de suscritores al monumento de Rios Rosas.—La Noche, por D. Antonio Jimenez Verdejo.—¡Ay mi Granada! (poesía), por D. Antonio Pareja Serrada.—Despedida (poesía), por D. Rafael Quintana Medina.—Apuntes para un drama, por D. Mariano Poggio Bermudez de Castro.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—La Caridad (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—A la Resurreccion de Jesucristo (poesía), por D.ª Maria Antonia Gonzalez de Amieba.—Sueltos.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria

para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	3548
Zahara.	Ayuntamiento Constitucional.	25
Idem	D. Basilio M.ª de Peñalver y Cuenca. , ...	25
Madrid.	Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo. , . . .	50
Idem	» Sr. D. Francisco Barca. .	25
Algodonales.	D. F. Angel Mesencio y Mesa.	5
Ronda.	» Juan Vela Ronco. . . .	5
Idem	» Manuel Clavero. , . .	5
Idem	» Santiago Sanguineti. . .	5
Idem	» José del Rio de la Bandera.	3
Idem	» Vicente Carrillo Sanchez.	5
Idem	» Diego Pinzon Serna. . .	15
Idem	» Cristóbal Rodriguez Pulido.	10
Idem	D.ª Bárbara Corona, Viuda de Rios.	2 50
Idem	D. Manuel Rodrigez Pulido.	10
Idem	» Joaquin Tenorio. . . .	10
Idem	» Cristóbal Morales Sedeño.	5
Idem	» Rafael Sedeño.	5
Idem	» Manuel Sainz.	5
Idem	» Fructuoso Palacios. . .	15
Idem	» José Rodriguez de los Rios.	25
		3803 50

		PE
	SUMA ANTERIOR. .	3803 50
Ronda.	D. Cristóbal Rodriguez de los Rios.	25
Idem	» Alonso Durán Lopez. . .	25
Málaga.	» Manuel Durán.	10
Idem	Sociedad de «El Liceo». . .	125
Olvera.	D. Gabriel de la Rosa. . .	5
	TOTAL. . . .	3993 50

En el número siguiente se continuará la lista.

LA NOCHE.

I.

¡Oh noche, bendita seas!

Cuando tus negras sombras pueblan el espacio, ora tapices el cielo de brillantes estrellas, ora pardas nubes rueden por tu manto, mi alma siente una espansion infinita, se ensancha mi pecho y torno á la vida que el dia me arrebata: y es, porque los seres que tenemos el corazon lleno de recuerdos y marchitas esperanzas, amamos la soledad que tú sola nos prestas, y nos refugiamos en tu seno como en el de una madre cariñosa.

Todo es silencio: vagos rumores, que con el ténue soplo de las brisas se confunden, es lo que apenas interrumpe mi meditacion: si el ruiseñor canta ecos tristísimos, notas que parecen lamentos, es lo que de su garganta brota: si el arroyo murmura, gemidos meláncolicos semeja con monotono son de su corriente: si mueven sus hojas los árboles, suspiros de dolor parecen sus murmurios.

¡Qué sentimientos mas dulces y delicados haces nacer en el alma!

La imaginacion vuela atrevida, y evocando recuerdos, dando vida á sus mas sublimes concepciones,

se aisla, se confunde con tus sombras y mundos se crea donde todo es felicidad: en éxtasis divino arrulla sus sueños que nacen contigo y mueren cuando tú mueres.

II.

Acaba de cruzar por mi imaginacion un tristísimo recuerdo, negro como tus sombras, como las de mi alma.

Era la noche del 2 de Noviembre; de ese fúnebre aniversario de las pasadas generaciones.

Menuda lluvia descendia de las pardas nubes que el cielo entoldaban.

Podria decirse que aquellas gotas de agua eran el llanto que los muertos derramaban por los vivos.

Me encontraba en un cementerio, sentado sobre la rojiza y mojada tierra y con la frente apoyada en una modesta y sencillísima lápida.

En ella se leia un nombre de mujer.

Mis lábios tocaban aquel nombre, y mis lágrimas corrian sobre él confundidas con el agua de las nubes.

Bajo aquella tosca piedra dormia el sueño de la muerte un ángel.

Era ella: la mujer que habia despertado mi alma: ella era quien habia abierto mi corazon de niño á desconocidas sensaciones: quien habia dado vida á mi vida, quien habia leido mis sentimientos en mis ojos.

Radiante de hermosura, llena de vida y alegría, yo la habia contemplado con cariñoso anhelo sin sospechar siquiera que podia la muerte arrebatarme mi dicha, mi tesoro, y con él mi felicidad para siempre.

¡Pobre Maria! si desde el cielo ves mis sufrimientos; si las emociones de mi alma, al recordar el dia de nuestra eterna separacion, suben hasta tí, perdodóname que llegare á tu fosa tal vez á interrumpir tu eterno sueño.

Diez y seis primaveras habian pasado rozando con tu frente cuando se rompió el hilo de tu vida: nunca tus lábios habian proferido una queja, y sin embargo, cuando por última vez me dijiste «¡adios!», dos lágrimas silenciosas rodaron por tus megillas.

¿Porqué llorabas?

Aun estabas radiante de hermosura, aun brillaba la vida en tu rostro y en tus ojos el fuego de la juventud.

¡Pobre ángel! ¡Tal vez presentia tu corazon que aquel «¡adios!» era el último, que aquella despedida era eterna!

Cuando te volví á ver ya no respirabas; tus ojos estaban cerrados y hundidos; tus megillas pálidas y mústias: al acercarme á tu cadáver, al arrodillarme á tu lado, me pareció que tus lábios se movian, y en mis oidos resonó un apagado y tristísimo «¡adios!»

No sé lo que despues fué de mí, pero ya no te volví á ver mas.

Por eso, la noche del 2 de Noviembre yo velaba tu tumba; por eso entregado á tu recuerdo apoyaba mi frente sobre la lápida que ostentaba tu nombre; por eso, ni sentia las horas que pasaban, ni el agua que bañaba mi cuerpo, el viento que azotaba mi rostro.

La última vez que de tus lábios escuché palabras de cariño era de dia; cuando tu alma se desprendió de tu cuerpo, el sol alumbraba los espacios: por eso aborrezco al dia; por eso amo á la noche y en su seno me refugio con tus recuerdos y el de mi felicidad.

Tambien el dia me despertó sobre tu fosa, y me hizo abandonar la tristísima mansion en que tu cuerpo yace.

Abandoné el cementerio porqne el sol, alumbrando las tumbas, arrebata su poesía á la morada de los muertos.

III.

La vida de los sueños es la que dá mas dulzuras al alma, y tu eres, noche, quien representa esa vida.

Cuando todo calla, cuando el hombre busca el descanso y el mundo duerme, es cuando la fantasía crea, sueña, y el alma vive.

¿Por qué se identifican tanto los seres tristes con la noche? ¿por qué te amo yo tanto, reina de las sombras?

Misteriosos recuerdos, dolorosos arcanos de mi corazon, son las memorias que de tí guardo, y sin embargo yo te adoro: ¿en qué consiste esto?

¡Ah! si; lo sé: consiste en que cuando todas las esperanzas se han perdido, cuando las ilusiones se han borrado de la vida del hombre, su imaginacion pretende reanimar los sentimientos, quiere atraer el pasado al presente.

Triste lenitivo; estraño modo de curar las heridas del alma, pero modo que existe, que yo mismo esperimento y que aprecio sus benéficos resultados.

En tus silenciosas horas nada me interrumpe, nada me impide evocar mis recuerdos y concentrar mi pensamiento en mi pasado, y vivo como entonces vivia, amo como entonces amaba, y me traslado en un

todo á aquellos dias de mi vida.

En tus vagos rumores; en tus fantásticos murmullos; en tus apagados y meláncolicos acentos; en tus negras sombras, en fin, veo retratada mi alma, mi modo de ser, de vivir, de pensar.

Hé aquí porqué te adoro; hé aquí porqué no me canso de repetir «¡oh noche, bendita seas!»

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

Granada 23 Abril 76.

¡AY MI GRANADA!!

. . . . . .

«¡Granada! Bella Granada,
»la sultana de las flores,
»la de los baños de nácar,
»la de codiciados dones,
»la que potente algun dia
»viste á tus piés tantos nobles
»rindiéndote su homenaje
»de piedad á los clamores;
»la que orgullosa ostentabas
»cuatro mil altivas torres
»y encerrabas en tus muros
»hasta cien mil campeones.....
«No me culpes, si angustiada,
»tus cármenes sin colores,
»eres presa del cristiano
»quien fija en tí sus pendones
»y no le puedes negar
»lo que es fuerza yo abandone.
»Si mis esfuerzos se estrellan
»en civiles disensiones, (1)
»¿qué he de hacer?... ¡Harta vergüenza
»cubre mi faz de rubores!»

. . . . . .

y Zoraida la sultana
al ver el llanto que corre
de Boabdil por las megillas,
prorrumpió en aquestas voces:
«¡Llora como una mujer,
»ya que no sabes ser hombre!»

ANTONIO PAREJA SERRADA.

(1) Las frecuentes colisiones entre Zegríes y Abenerrages.

DESPEDIDA.

LUISA.

Ya el Oriente se colora
Y pronto la blanca Aurora
Brillará;
Las áuras se han despertado
Y en tu aliento embalsamado
Se vienen á perfumar.

Sus nidos dejan las aves
Y los acentos suaves
Vienen á oir de tu voz,
Para imitar su armonía
Cantando al naciente dia
Y á la grandeza de Dios.

Mas esa luz argentina
Que al firmamento ilumina
Trae á mi alma el pesar;
Que al apagar sus reflejos
¡Ay triste! ¡lejos!... ¡muy lejos
De tu lado, debo estar!

¿Lloras?... ¡ah! ¡yo tambien lloro!
¿Cómo, si tanto te adoro,
Podré estar lejos de tí!
Si al recuerdo sufro tanto
Y ardiente corre mi llanto,
¡La ausencia será morir!

¡Morir! no temo á la muerte
Si es que á mi lado he de verte
En ese instante fatal.
¡Pero lejos de tu lado!
Moriria... ¡condenado
Por toda la Eternidad!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Adios!... ¡adios, vida mia!
¡Que ya el astro rey del dia
Brilla en todo su esplendor!
¡Para mí la noche empieza,
Noche de eterna tristeza
Separado de mi amor!!

RAFAEL QUINTAMA MEDINA.

APUNTES PARA UN DRAMA.

POR D. MARIANO POGGIO BERMUDEZ DE CASTRO.

A.....

(Conclusion.)

VI.

Terminada la guerra de Africa en que tan alto rayó el bravo ejército español al mando de su invicto caudillo el malogrado general O'donnell, empezó Lorenzo á disfrutar de los placeres de la paz, comenzando por conseguir una licencia que disfrutó al lado de su padre y hermana.

La astuta Carolina habia tenido la suficiente maña para no presentarse ante Lorenzo, pretestando para ello un asunto urgente en Sevilla, para cuya capital partió y en la que residió mientras Lorenzo se hallaba en la casa paterna.

Esto ocurria pocos meses despues de la noche en que tuvo lugar el incendio que en el capítulo sub-anterior os relaté.

Así es, que en la que ahora me refiero, Lorenzo habia contraido matrimonio, prévio el paternal permiso, con la hermana de un compañero de armas, y el cielo habia bendecido aquella union otorgando á ambos esposos un año despues de ella un robusto niño.

Residia el matrimonio en Valencia donde con su regimiento se hallaba Lorenzo de guarnicion, y como quiera que sus ocupaciones militares no le permitian dejar á menudo la ciudad del Cid, tuvo el buen D. José que dejar su quinta para abrazar por primera vez á su único nieto.

Petra y Carolina permanecieron en Puerto Real. Tranquila esta última no solo con no tener ante sí á Lorenzo, sino con la ausencia del padre de este, tuvo un medio de presentar á Petra un primo suyo agregado á una embajada, segun ella decia, y que no era otra cosa sino un caballero de industria, confidente *in partibus* de los proyectos maquiavélicos de la francesa.

Durante la ausencia de D. José, el supuesto primo habitaba en una fonda del pueblo; pero la mayor parte del dia y aun de la noche hasta cierta hora de ella (por el bien parecer) lo pasaba al lado de Petra y Carolina.

Jóven, apuesto, gallardo y elegante, al cabo de pocos dias, sus palabras de miel, sus galanas frases hicieron mella en el sensible corazon de la romántica hija del ex-capitan.

Alentados por la ausencia de este, y protegidos por la astuta aventurera, los amores de ambos jóvenes tomaban cada dia mayor incremento.

Regresó aquel á sus lares, y con la sutileza tan natural en Carolina y en combinacion con Petra, le fué oficialmente presentado el primito como presunto esposo de su hija.

Ni una recriminacion, ni la menor palabra se escapó de los lábios del paciente ex-capitan, quien subyugado por la mirada de Carolina era ante ella un verdadero autómata.

Pero como era natural, llegó el momento tan hábilmente calculado por esta, y fué la de negarse D. José á dar la mano de su hija á una persona que como el supuesto primo de la francesa, no tenia bienes de fortuna; y ni las lágrimas de la enamorada Petra, ni las reflexiones intencionadas de Carolina, ni las súplicas del primo de esta, consiguieron torcer la voluntad del honrado anciano.

La aventurera habia ido combinando los acontecimientos cual un hábil problema matemático, prometiéndose un resultado favorable, cual era la negativa de D. José.

Esta necesariamente tenia que dar por resultado la retirada del novio de Petra.

Pero como todo lo emanado de la estrategia desarrollada por la francesa, la retirada era ficticia. Así es, que protegidos por ella, ambos amantes, burlando la vigilancia del capitan, se veian todas las noches; él en los jardines de la quinta, élla tras la reja de su ventana.

De los obstáculos nace el deseo, y la enamorada Petra permitió á su novio subir una noche hasta su habitacion.

Lágrimas de amor; ofertas que el tiempo se encargó no se cumplieran, hicieron caer á la inocente niña en el lazo que tan hábilmente se le tendia; y cuando al amanecer descendia de la alcoba de la jóven el primo de Carolina, era ya poseedor no solo del amor de la hija del ex-capitan, sino tambien de su honra.

Dado ya el primer paso en el sendero de la infamia, los demás son fáciles; así es que el primer desliz de Petra, fué seguido de otros, y el venturoso amante la propuso una noche huir con él á un pais extranjero, donde una vez casados lo dirian á su padre, que no podria menos entonces de sancionar esta union.

El diabólico proyecto de Carolina se llevaba á cabo con una perfeccion y un éxito admirables.

Colocada Petra, como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared, no le quedaba otro arbitrio que, ó confesar á su padre su falta, ó aceptar la infame proposicion de su seductor; y la mal aconsejada niña

llena de temor ante el primer estremo, y escuchando solo su corazon en que reinaba por completo aquel hombre, abandonó una noche la casa paterna llevándose á más, una respetable cantidad de dinero proporcionada por Carolina y estraida de la gaveta del anciano.

El genio del mal triunfaba.

Describiros, amigos mios, lo que pasó por el alma de aquel padre al saber la fuga de su hija, referiros lo que Carolina efectuó para consolar aquel lacerado corazon, que con tan mala intencion habia herido en su fibra mas sensible, seria asunto interminable.

La pena era acerba como ella sola, y el desgraciado padre harto sensible para que su salud no sufriera menoscabo; así es, que debilitado de dia en dia tuvo al fin que caer en lecho del dolor, de donde ya no volvió á levantarse.

Carolina, que veia en un solo momento caer por tierra toda su grandiosa obra, aquel corazon de cieno que miraba desaparecer el fruto de su diabólico proyecto, prodigó al anciano consuelos sin cuento, consiguiendo que al fin un sacerdote los uniera en indisoluble lazo.

El cielo no podia bendecir tanta infamia.

La providencia no pudo dejar sin castigo tal tegido de crímenes, llevados á cabo con un refinamiento de crueldad que espanta.

Pero continuemos nuestro relato.

Poco dias despues del casamiento de don José, espiraba este en los brazos de su hijo Lorenzo, maldiciendo á Petra, y rogando á su hijo mirase como á una buena madre á aquel ángel de consuelo á quien llamaba su Carolina.

Los ojos de esta, preñados de lágrimas, revelaban una hondísima pena con la muerte de su esposo; pero el corazon estaba bañado en una alegría infernal.

Apenas el cariñoso Lorenzo cerró los ojos á su desgraciado padre, empezó á poner en juego todos sus medios para realizar la fortuna del anciano.

Mas como su hábil madrastra no podia haber dejado ningun cabo suelto en su satánica obra, Lorenzo se halló con un obstáculo difícil de vencer.

Este obstáculo era el testamento de su padre.

La previsora y astuta francesa, habia encontrado medios de seduccion suficientes para en los últimos dias de D. José hacer que este otorgase un codicilo á su testamento, en que la dejaba heredera de su capital, dividiendo este en cuatro partes, de las cuales las tres serian para ella y la otra para Lorenzo.

No podia haber sido mejor tegida la repugnante red en que desde el momento de conocer al anciano habia sido envuelto.

Petra, como veis, habia sido escluida por completo do la familia y para nada se hacia mencion de ella en el testamento paterno.

Por otra parte, Lorenzo habia recibido una crecida herencia de un lejano pariente de su mujer, y si bien no nadaba en la abundancia, tampoco al menos le era muy sensible la pérdida.

Como veis, pues, la sutil Carolina haciendo armas de este último estremo, empleando cuantos encantos la seduccion puede emplear para trastornar el corazon de un hombre profundamente enamorado, habia conseguido de su anciano esposo un testamento por todos conceptos tan infamante para sus hijos, que habian quedado casi desposeidos de la fortuna de su padre.

Una mujer como aquella, era un aborto del infierno.

Con una tenacidad digna de mejor causa, con una voluntad que jamás doblegaron ni el tiempo ni las adversas circunstancias, habia sembrado la deshonra y el duelo en aquella honrada familia dando cima á su maquiavélico proyecto.

Era una obra titánica.

La providencia en sus inescrustables designios no podia permitir que el genio del mal prevaleciese en aquella forma haciendo un escabel de la honradez y de la virtud.

Así es, que la francesa sufrió su castigo.

Pero no adelantemos los sucesos y perdonadme, amigos mios, si me estiendo demasiado en referiros estos hechos que tan honda impresion han causado en mi alma.

VII.

Pocos dias despues de la muerte del ex-capitan carlista, y precisado Lorenzo á volver de nuevo al lado de su esposa, hizo ante testigos abrir el testamento de su padre.

Este dejaba por mitad su fortuna á sus dos hijos Petra y Lorenzo.

Pero como posterior á la fecha en que aquel fué otorgado habian sobrevenido las circunstancias que en el capítulo anterior os relaté, cuales eran la de la desaparicion de Petra seducida por el supuesto primo de Carolina, y el casamiento de esta última con don José, el testamento habia sido reformado por el codicilo de que antes hice mencion.

La lectura de este último documento hizo en Lorenzo el efecto de un rayo que hubiera caido á sus pies.

Su razon no podia darse cuenta de aquella aberracion, por decirlo así, del difunto anciano, y comprendió parte de la diabólica obra de la francesa.

El mal estaba hecho sin embargo, y si bien las

leyes podian en algun tanto barrenar el codicilo, Lorenzo no se atrevió á oponerse á la postrera voluntad del autor de sus dias.

Una sonrisa de triunfo vagaba por los lábios de Carolina, que fué contestada por el desposeido hijo con otra de infinito desprecio.

Mas para aquella infernal mujer nada significaba aquel ultraje; así es que devorando en silencio el insulto, tomó á los pocos dias posesion de su magnífica herencia enviando en metálico á Lorenzo la parte que le correspondia.

Pero aquel dinero era una limosna hecha á la honradez por la infame mano de un ser tan abyecto y tan ruin como la francesa, y por lo tanto el honrado militar entregó á los pobres y á establecimientos de beneficencia la cantidad enviada por Carolina, saliendo inmediatamente de aquel pueblo donde al lado de la tumba de su padre, habia fenecido la virtud de Petra y la fortuna del anciano.

Dos semanas despues la francesa halló medio de realizar con ventaja su herencia, partiendo seguidamente para el extranjero.

VIII.

Han pasado cinco años de aquellos dramáticos sucesos.

Nos hallamos en París.

En la grandiosa capital llamada por el siglo de las luces el emporio de la civilizacion, de las ciencias y de las artes, todo era ruido y movimiento. El comercio, la Marina, los empleados, agentes de bolsa y los mil y mil séres que la pueblan, corrian cada uno á sus asuntos con una actividad pasmosa.

En medio de una de las calles del faubourg Saint Honoré, existia una magnífica casa que rodeada de espeso arbolado y de infinitas flores, hacian mirarla como un oasis en medio del severo desierto de los mas severos aun edificios que la circunvalaban.

Llamábase, *La maison des malheureux*, y correspondiendo á su título, jamás fueron los desgraciados á llamar á sus puertas sin ser socorridos.

Uno de los filántropos, que tanto abundan en el decantado siglo de las luces, habia dejado al morir su inmensa fortuna que se convirtió en aquel magnífico asilo de caridad.

IX.

Una lluviosa noche del mes de Octubre, un anciano sacerdote ayudaba con los consuelos de la religion á una mujer que en uno de aquellos salones yacia postrada en una sencilla cama y en uno de los últimos momentos de su vida.

En su cadavérica faz que tintas violaceas, precursoras de la muerte, habian estampado su indeleble sello, se veian aun vestigios de una hermosura, que aunque marchita hasta lo sumo, debiera en algun tiempo haber sido deslumbradora.

Una hermana de la caridad se hallaba á los piés del lecho, arrodillada y orando por la agonizante enferma.

La caritativa hermana era Petra; la que moria, Carolina.

Por uno de esos juicios que Dios en su alta sabiduría revela pocas veces á los hombres, habia llevado á aquel piadoso asilo al verdugo y á la víctima.

Petra, abandonada por su seductor, que solo le habia dejado al huir de ella un caudal de remordimientos y desengaños, habia abjurado aquellos y tenido otros nuevos, entrando para aplacar su atribulada conciencia en la hermandad de San Vicente de Paul, y una vez en ella, de enfermera en aquel piadoso asilo.

Ambas se conocieron, y ante la esplícita confesion de la criminal Carolina, el corazon de Petra no pudo menos de otorgar un generoso y cristiano perdon.

La artista francesa habia caido en las propias redes que tendió á la inocente niña.

Al presentarse en París donde con su fingido primo residia la seducida Petra, este abandonó á aquella por la segunda, á quien en orgías, viages y gastos desmesurados, consumió en pocos meses la herencia de don José.

La pena del Talion la heria: Dios castigaba á aquella víbora.

Pero al tender su piadosa mano sobre la arrepentida pecadora, al oir la consoladora frase de perdon pronunciada por Petra, una sonrisa de de satisfaccion hasta entonces desconocida vagó por sus lábios y espiró.

Ya veis amigos mios, cómo no sin razon os dije, que la carta que aun veis en mis manos me habia desesperado.

Como al principio os hice notar, yo amaba á Petra; y la relacion de todas estas desdichas acaecidas á aquella familia, me han lacerado el alma como no podeis tener una idea.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Lorenzo vive hoy en Madrid, compartiendo las dulzuras del bien estar que le producen la tranquilidad de su conciencia, las virtudes de su esposa y las gracias de dos preciosos vástagos, habidos en este matrimonio.

Respetado por sus compañeros, alhagado por la fortuna, es quizá el único que decir puede no le alcanzó sino en parte la desgracia que continuamente envolvió á su familia.

M. Poggio y Bermudez de Castro.

RIMAS.

Cuando torno la vista á lo pasado
y evocos mis recuerdos,
en seguida la aparto. ¡Son tan tristes,
tan desconsoladores y tan negros!...

Cuando miro al presente se levantan
ante mí cien espectros
que me dicen: «por siempre, como ahora,
á nuestro yugo vivirás sujeto.»

¿Qué génio me persigue? Mis desgracias
¿cuándo hallarán su término?..
¡Maldigo del pasado y el presente,
y ante el futuro tiemblo!

José Ruiz Toro.

LA CARIDAD. (1)

A las Sras. de la Asociacion protectora de los niños pobres.

El invierno aterido
tendió su manto de granizo y nieve:
violento el huracan bramó atrevido
y arrastró con su aliento embravecido
rocas enormes, como polvo leve.

Templaron las estufas los salones,
y mullidas alfombras orientales:
á la nieve opusieron los cristales,
y brillantes reuniones
del rico en la morada
contemplaron su dicha mas preciada.
Alegres melodías
en aqnellas mansiones resonaron,
y entre flores y luces y poesías
las madres se agitaron
viendo risueñas resbalar sus horas
cual resbalan las aguas bullidoras
produciendo torrentes de armonías:
y era que aquellas madres no lloraban
con afanes prolijos,
porque despues de un baile, contemplaban
tranquilos y risueños á sus hijos.

Entre tanto, del pobre en la guarida,
sin luz, sin pan, sin lumbre,
más de una madre de dolor transida,
del rayo á la vislumbre,
contra su exhausto pecho,
al hijo de su amor, fruto bendito
cariñosa estrechaba:
su pobre corazon triste y deshecho
con dolor infinito
harto ya de sufrir, casi alentaba:
los mas dulces arrullos de cariño
con suspiros y lágrimas mezclados
la madre murmuraba;
y al gemido doliente y plañidero
del inocente niño
unia el huracan su soplo fiero.

¡Pobre madre! veia
morir de hambre al hijo de su alma;
y loca de dolor casi reia;
y muerta de pesar: con fé y sin calma.

Pero Dios no abandona á sus criaturas,
y por el triste sin consuelo vela
y calma las torturas
de una madre que sufre y se desvela.
Su bondad infinita
tan grande como Él en todo existe,
sobre las flores con que el campo viste
y en el azul del firmamento escrita.

Mirad: se abre la puerta
de aquella humilde choza,
y á la dudosa claridad incierta
se ven como entre nubes
ángeles, ó mujeres, ó querubes.
Hácia la triste madre se adelantan:
del miserable suelo
con cariñosa mano la levantan
y la dicen así: —templa tu duelo;
calma tu afan; aumenta tu cariño;
no mas la pena el corazon taladre:
ven con nosotras, ven infeliz madre,
que ya no morirá tu pobre niño.—

Erais vosotras, sí, las que oponiais
un dique á la miseria; afan prolijo
vuestros pasos guiaba, y devolviais
á aquella madre su espirante hijo.

Si gracias muestran vuestros lábios rojos,
si sois gentiles, cimbradoras palmas,
si hermosos son, vuestros tranquilos ojos,
mas hermosas aún son vuestras almas.

Seguid, seguid, los ángeles del cielo
mundos de luz en vuestras almas crean:
con fé seguid y con creciente anhelo,
y Loja esclamará: —¡benditas sean!

Antonio Jimenez Verdejo.

(1) Composicion leida en el Liceo de Loja en un concierto sacro, dado á beneficio de los niños pobres.

A LA RESURRECCION
DE JESUCRISTO.

Mucho sufriste, mi Jesús amado;
Mucho á tu corazon lastimó el mundo:
Mas hoy, Dios mio, ya resucitado,
Te contemplamos con amor profundo,
Hoy desde nuestras almas alabado,
Mirámoste cual manantial fecundo,
Que nos brinda las aguas de la gracia
Para borrar, Señor, tanta desgracia.

¡O mi dulce Jesús que padeciste
Tanto tormento y amargura tanta!
Que leccion de humildad al mundo diste
Con tu pasion y muerte sacrosanta!!.
Tú el árbol de la cruz ennobleciste
Donde tu hermoso cuerpo se quebranta
Enseñando amoroso una doctrina
Tan pura, tan sublime, y tan divina.

Resucitó el Señor... pasó el tormento...
Volvió á brillar el sol de la justicia,
Y sonrie de amor el firmamento.
Y sonrrie la tierra con delicia.
Se nota de la dicha el movimiento,
Iris de paz el horizonte inicia,
Y cantando tu gloria mil querubes
Forman de incienso perfumadas nubes.

Plácidamente el arroyuelo riza
Sus aguas cristalinas y serenas,
Hermoso juguetea y se desliza
Besando de su lecho las arenas.
Imágen de pureza simboliza
Su espuma blanca cual las azucenas,
Y limpio espejo cruza la pradera
Donde contempla el sol su cabellera.

La cascada cayendo sobre el monte
Entona el santo grito del hosanna,
Y éste grito repite el horizonte
Y éste grito repite la campana;
Y qara qué á los cielos se remonte
El éco de la pobre voz humana,
Elévase glorioso y placentero
Y la coge con gozo el mundo entero.

Abre su cáliz matizada rosa
Exhalando su esencia mas preciada,
Y luce sus colores mas hermosa
Con mas coquetería engalanada:
¿Por qué se valancéa tan graciosa
Sobre su esbelto talle colocada?
Por que al besarla el céfiro la dijo,
Que ya resucitó de Dios el Hijo.

Entona el ruiseñor su amante canto
Vibrando dulces notas en el viento;
Hoy tienen sus gorgéos mas encanto,
Hoy modula sus trinos mas contento.
¿Por qué las aves hoy se alegran tanto?
¿Por qué giran en raudo movimiento?
Por que ha resucitado el Dios bendito
Y el júbilo del órbe es infinito.

Glorioso Redentor: pronto á los cielos
Te volverá á elevar tu esencia pura;
Mitiga desde allí los desconsuelos
Que afligen á la débil criatura;
Afianza su fé, y en los desvelos
De ésta pobre mansion de desventura,
Concedednos, Dios mio, alguna calma
Mientras á otra region no suba el alma.

M.ª Antonia Gonzalez de Amieba.

Con la concurrencia que la noche del Sábado, quisiéramos ver siempre el Teatro. El anuncio de *El Dominó Azul* hizo que el público se animára á concurrir contra su costumbre, y en verdad que salimos complacidos como nunca aquella noche, pues la compañía cantó la difícil y delicada zarzuela, como nunca la hemos oido en ciudad.

Ahora piensa abrir un nuevo abono por veinte representaciones. Seria lástima que no llegára á reunir el corto número de abonados que necesita y que tuviera que marcharse una compañía tan adecuada y apropósito para Ronda.

Con el fin de que el Album poético de Espinel y demás relativo á la inauguracion del Monumento apareciese en su respectiva fecha, hemos adelantado los números 79, 80 y 81 de los Ecos, pero hoy continuamos los que faltan de los anteriores, retrasados á causa de los muchos trabajos de la imprenta, por lo cual el presente lleva el número 70, y seguiremos hasta ponernos al dia.

En el número 81, últimamente publicado, notarian nuestros lectores algunas erratas involuntarias que su buen criterio supliría: no hacemos por consiguiente mencion de estas, y solo rectificaremos por ir bastante equivocado, el texto latino que encabeza el artículo «La Soledad de María» de nuestro colaborador Don Francisco Jimenez Campaña, el cual debe leerse como sigue:

«Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus. (Thr. Jerm.....)»

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 30 Mayo correspondiente al 15 Febrero 1876. Número 71.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Lista de suscritores al Monumento de Rios Rosas.—Establecimiento de enseñanza, por la Redaccion.—El secreto (poesía), por D. Rafael Quintana Medina.—Rimas, por D. José Ruiz Toro.—Epitafio, por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Maliba (leyenda mora), por D. Francisco Jimenez Campaña. Antes y despues (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—El tabaco, por D. José Perez Cortina.—Charada.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	3993 50
Yunquera.	D, Francisco Jimenez Camacho.	5
Idem	» Joaquin de los Rios. . .	20
Ronda.	» Cristóbal Morales Sedeño.	5
Idem	» Joaquin Tenorio.	10
Idem	» Adolfo Montero Guardado.	5
Idem	» Antonio Castaño Gil. . .	25
Idem	» Rafael Brabo Castaño. .	2 50
Moron.	» Diego de la Hoz. . . .	2 50
Idem	» Juan Perez Orellana. . .	2 50
Idem	» José Escani.	5
Idem	» José Calero.	5
Idem	» Manuel Velez.	5
Idem	» Rafael Candau.	5
Idem	» Rafael Mariinez Santos. .	5
Idem	» Francisco Vargas García.	2 50
Idem	» Francisco Velez. . . .	1
Idem	» Diego de la Hera. . . .	5
Idem	» José García de Soria y Herce.	2
Idem	» Juan de la Hera. . . .	5
Idem	» José M.ª Romero Sanchez.	5
Idem	» Miguel Gordillo. . . .	5
Idem	» Pedro Sanchez.	5
Idem	» José Bohorque.	5
Idem	» José M.ª Halcon Ruiz. .	2 50
	TOTAL. . . . 4134	

En el número siguiente se continuará la lista.

ESTABLECIMIENTO DE ENSEÑANZA.

Con viva satisfaccion hemos recibido la noticia del proyecto de un Establecimiento libre de enseñanza que debe fundarse en Madrid para principios del curso próximo. La importancia del pensamiento tanto como la forma de su realizacion merecen á nuestro juicio detenido exámen; mas en la imposibilidad de juzgarlo con toda la estension que deseáramos, nos limitaremos á consagrarle algunas breves consideraciones.

El carácter de la futura institucion se halla clara y terminantemente precisado en una de las bases del prospecto que tenemos á la vista. «Esta institucion —dice— es completamente agena á todo espíritu ó interés de comunion religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagacion y esposicion respecto de toda otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor.» Queda, pues, afirmada terminantemente la libertad de enseñanza en su sentido mas capital y negado al propio tiempo así todo exclusivismo como toda intromision de extraños elementos en una obra que solo por la propia virtud de la razon cabe realizar. Ésta afirmacion de la independencia de una esfera de actividad, es la primera condicion para su desarrollo. Una institucion que, como la que nos ocupa, se propone como fin el cultivo y exposicion de la verdad no podia en realidad declarar más ni menos que esto: nada hay ciertamente prejuzgado aquí respecto del ulterior carácter de la enseñanza; la ciencia es hija del libre uso de las facultades humanas; la verdad no se indaga ni se comunica por ageno mandato, ni por extraña imposicion

Mas la libertad de enseñanza así declarada, es contraria á la anarquía y no se opone por consiguiente á que sea severísimo el régimen interior del Establecimiento: su relativa independencia con respecto al Esta-

do dice solo que ha de tener vida propia, sosteniéndose con sus propios recursos, ofreciendo la ventaja de una vigilancia mucho mas eficaz de la que en medio de sus variadas y multiples atenciones podria dedicarla el poder público, el cual á su vez se hallará en condiciones de llenar mejor las funciones que le son características el dia en que pueda descargarse por completo de las que accidentalmente viene desempeñando.

No se limita el fin de la institucion al establecimiento de estudios tanto de cultura general como de segunda enseñanza profesionales y superiores científicos: los fundadores se proponen, á medida que las circunstancias lo permitan, el planteamiento de cursos breves y conferencias de carácter ya científico, ya popular; así como el de concursos y premios, y la publicacion de libros y revistas, medios todos ellos propios de una institucion que no ha de limitarse á la enseñanza oral sino que deberá abarcar la investigacion y exposicion científica bajo todas sus formas. Tan elevado pensamiento podria—á tener completo éxito—hacer de la proyectada institucion un verdadero centro de la cultura nacional, donde al paso que todas las direcciones científicas encontraran racional tolerancia y fácil acceso, hallaria tambien el jóven noble y generoso estímulo.

Para subvenir á las necesidades de la institucion, se crea una sociedad por acciones de á *doscientas cincuenta pesetas* cada una: la modicidad de esta cuota bastaria por si sola á hacerla accesible á las fortunas mas modestas; pero aun se aumenta la facilidad de su pago dividiéndolo en cuatro plazos con intervalo de tres meses entre cada uno. Los socios tienen derecho al reintegro del sobrante del capital social despues de cubiertos los gastos que la institucion origine y á una matrícula para sí ó para la persona que designen, satisfaciendo solo la mitad de su importe. Este último derecho, insignificante á primera vísta, es no obstante, muy ventajoso si se considera que constituido durante la vida del socio y estando facultado para disponer de él en favor de la persona que desee, puede llegar á obtener de esta suerte un provecho muy superior al sacrificio pecuniario que se impone para adquirirlo.

Las firmas de los Sres. socios fundadores que autorizan el prospecto, no son ciertamente la menor recomendamos de la idea, supuesto que perteneciendo todas á personas consagradas á la enseñanza por verdadera vocacion, hay algunas entre estas que han alcanzando un gran renombre en las altas posiciones oficiales que han ocupado; bástenos citar á ese efecto la firma de D. Nicolás Salmeron, el primero de nuestros filósofos, y la de D. Eugenio Montero Rios, el mas ilustre de nuestros canonistas.

No podemos pues, dejar de asociarnos con toda sinceridad á tan generoso pensamiento: establecimientos de este género son siempre y en todas partes necesarios; pero más que en otra alguna en nuestra desgraciada pátria, tan estraña todavia al gigante movimiento de la ciencia contemporánea en los pueblos cultos. Es preciso no desconocer ni olvidar que la ignoraucia es la primera y principal causa de todos nuestros males, y que el contribuir á combatirla es á la vez que una obra humanitaria, un verdadero servicio nacional.

No se ocultan ciertamente á nuestros lectores estas consideraciones; por eso no dudamos en modo alguno de que el pensamiento que ha sido objeto de estas líneas, reciba la acogida que merece en esta ilustre y culta poblacion, á la que es deudora la pátria de tantas y tan brillantes glorias literarias..

EL SECRETO.

A . . . . .

No temas, no, que indiscreto
Pueda nunca publicar
El misterioso secreto
Que es causa de tu pesar,

Si de él tu honor has fiado
Del tuyo pende mi honor,
Que jamas un hombre honrado
Pudo ser, siendo traidor.

Y aunque mi orgullo quisiera
Para verse satisfecho
Que todo el mundo supiera
Esto que oculta mi pecho;

Y aun que exije vanidad
Que todo el mundo á porfia
La inmensa felicidad
Envidie, del alma mia,

No temas, dueño querido;
Quiero darme por contento
Con que tú sepas no olvido
Lo que sé que es tu tormento.

Rafael Quintana Medina.

RIMAS.

Si alguno te pregunta si me quieres
le respondes que nó,
y si yo te pregunto me contestas:
solo tuyo es mi amor.

Hablémos con franqueza: ¿á quien engañas,
á mí ó á los demás?
pues la que niega y á la vez afirma
no dice la verdad.

José Ruiz Toro.

EPITAFIO.

En la tumba de la Srta. Dolores Velazquez.

Angel que duermes bajo el mármol frio,
pura violeta de escondido valle,
tendiste el vuelo á la region purísima
donde cantan los ángeles.

Baja un momento nacarada vírgen,
casta azucena de candor imágen;
vuelve un momento á la mansion de luto
donde lloran tus padres.

Antonio Jimenez Verdejo.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE

Don Francisco Jimenez Campaña.

(Continuacion.)

CAPíTULO V.

En que acaba de confirmarse el adagio del capítulo anterior.

I.

—Por qué de esta manera huimos sin esperar á Habacuch? ¿Qué te ha contado Alí para que de tal manera perdamos el sosiego?

—Riesgo corremos, mi adorada Maliba, si el castillo no abandonamos pronto. Mucha es la gente que en nuestra busca viene, y aunque no me acobarde perder la vida luchando con ellos, cáusame espanto que á tí me arrebaten, á quien amo mas que á la vida. En mala hora salido habemos de la alcazaba.

—Ay! siempre en mala hora, replicó Maliba, la hija abandona á su padre.

—En busca vas de la verdad y de la fé, y el hombre que amas á ellas te dirige; no te aflija, pues, tal abandono.

—Tristeza á mi alma viene; que yo no dejé á mi padre por tu fé; dejéle por seguirte á tí, á quien debí tener en menos que á mi padre, y no lo hice.

—Mas ahora.....

—¿Qué ruido es ese? dijo Maliba de todo punto asustada.

—No temas, sultana mia: aquí hay un bosque donde ocultarnos podremos, mientras los perseguidores registran el castillo del judío.

Y era verdad que á tiro de ballesta de la vivienda de Habacuch habia un espeso é intrincado bosque de encinas; y en frente de él estaban cuando llegó á sus oidos sonoro tropel de corceles. Ya á él se dirigian á ocultarse, cuando Maliba dió un grito de terror, saltó del caballo del fingido Omar, y se dió á correr sin norte fijo como gacela perseguida. El mancebo la creyó demente y la pena de su locura le contuvo y no la siguió: que amor dá brios á veces, pero muchas los abate. Visto habia la mora á su padre Amrú, y llena mas de rubor que de miedo, desprendióse de los brazos de su amante, y quiso mas fiar su salvacion á la velocidad de sus piés que á la carrera de un caballo. Vió Amrú tambien á su hija; vióla en los brazos de un mancebo, vióla desasirse de él y correr desalentada, temiendo sin duda su presencia, y cien encontrados sentimientos brotaron de su corazon. Como su hija, saltó del caballo, dejando abandonado á Habacuch, que cuando se vió solo, corrió á ocultarse en el castillo, no sin que fuera visto por Sohail y los suyos, que corrieron á su alcance.

Amrú cruzó por delante del supuesto Omar, lanzándole al paso mirada de reto, y ya se disponia el valiente mancebo á seguir al viejo walí y disputarle la adorada de su corazon, cuando observó que hácia él se dirigia á toda brida un árabe caballero, ginete en un poderoso alazan.

—Poder de Dios! esclamó al punto el doncel reconociendo en el ginete á Zidi Abu-Said.—Poder de Dios! que á mí te trae, y sin escuadrones de zenetes que te acompañen: conóceme bien, que aunque parezco moro, no lo soy. Soy Diego Garcez de Aza, aquel caballero á quien tú inferiste agravio á mansalva en el campo glorioso de las Navas. Héme aquí en tus dominios: mio es el corazon de tu mora, la fermosa Maliba; ganada tengo su ánima para la fé cristiana, y agora vá á ser mia tu vida, y aun así no quedan harto vengadas mis ofensas.

—Largo has hablado, dijo á esta sazon Abu-Said

y quédote estás, acaso aguardando que tu lengua me acobarde.

Y en efecto, D. Diego Garcez, que este es el nombre verdadero del mancebo, distraido se habia viendo á Maliba huir delante de su padre y refugiarse en el castillo. Amor no teme á la muerte ni á riesgos traidores; y el infortunado caballero olvidóse del fiero enemigo que delante habia. Aprovechóse el pérfido Abu-Said de aquella malhadada distraccion, enristró la lanza, y de un duro bote derribó á nuestro jóven del caballo. Luego echó pié á tierra, descolgó del arzon la férrea maza, y fuese á rematar al castellano.

—Traidor! rugió D. Diego Garcez, pugnando por levantarse.

El visir llegó hasta él, y mudo de cólera blandió sobre su frente la mortífera arma. Entonces don Diego revolviéndose con furia, clavó su puñal en la una ingle al visir, que cayó herido de muerte sobre el mancebo. Este hundió segunda vez su puñal en la garganta de su adversario: quien en los últimos supremos instantes asestó duro golpe con su maza sobre el casco de D. Diego. Despues separados por un poder terrible, cayeron los dos en tierra sin movimiento.

II.

Mas penetremos en el castillo en el momento de guarecerse en él su dueño, el miserable judío.

Habacuch entró desalentado, y si miedo traia por sus feroces perseguidores, aun atormentaba mas su ánima una idea constante, que ni el riesgo de perder la vida pudo un momento desvanecer. Así es que tan luego como dentro de su vivienda se hubo, fuese derecho al lugar donde ocultaba su tesoro. Un abismo que se abriera á sus piés, no pusiera tal espanto en su corazon como el que sufrió al ver allí cargar á un hombre con dos cofrecillos, sin duda llenos de rica pedrería. Aquel hombre era Alí, que tan avaro como Habacuch, pensó robarle y escaparse despues por conductos subterráneos de él conocidos.

El judío rocobróse de su miedo, y como amante cobarde que alienta el ánimo y lucha con furia cuando quieren arrebatarle la prenda de su corazon, así él cobró valor, sacó de su hopalanda agudo puñal, y arremetió con denuedo á Alí, que viéndose de aquella suerte acometido, lanzó con fuerza el uno de los cofres al judío á tiempo que este le heria mortalmente en el corazon. Los dos cayeron en tierra bañados en su propia sangre: Alí muerto; Habacuch herido mortalmente en la cabeza.

—Justicia de Alá—gritó Sohail que llegó entonces al lugar de la contienda seguido de los suyos.—Alí! Habacuch! estos dos infames se han muerto por el oro, y Alá nos ha vengado de su traicion y su codicia. Busquemos en estos escondidijos á Maliba y despues prendamos fuego al castillo para que no sea mal albergue de bandidos y usureros.

Sohail se retiró de aquel lugar, y tras él los soldados sin escuchar las voces apagadas de Habacuch que los llamaba en su socorro.

—Por compasion, decia, tornaos y no quemeis el castillo, que aun tengo vida, y el fuego horriblemente me la ha de acabar.

—Aquí está la sultana—gritó uno de los soldados.

—Loado sea Alá, que nos la envia, respondieron todos á coro.

—Hija!! esclamó Amrú, asiendo por fin á Maliba, como que venia tras ella.

—Padre!! esclamó la doncella cayendo en sus brazos desvanecida.

—Oh! dijo Amrú fuera de sí, el rubor me la mata. El beso! El beso de siempre, el beso de bienvenida..... Esta frente no está manchada por el crímen. Atended, bergantes; que no sepa Maliba que su padre la ha besado en la frente, en tiempo que debió hundir el puñal en su garganta. Que no lo sepa. Yo no la puedo castigar. Que nuestro dueño y señor la condene á muerte si la cree culpable. Y entonces..... Oh! tambien yo saldria á defenderla, y guay del que osara levantar mano para herirla.

Amrú deliraba. El tigre sangriento del combate, vuelto se habia en manso cordero en la presencia de su hija. Tanto puede el amor de los padres!

—Amrú, dijo Sohail; vamos fuera de aquí: este castillo es la casa de Eblis; prendámosle fuego para que en él quede sepultado el brujo infame que lo habitaba.

—El judío se escapará de entre las llamas, dijo Amrú.

—Habacuch, repuso Sohail, ha sido muerto á manos de Alí, otro infame que de seguro abrió á los jóvenes amantes las puertas de la alcazaba.

—¿Y dónde está Alí? preguntó Amrú; quiero en él desahogar todo este furor que se amansa con la vista de Maliba, como las olas del mar se humillan cuando besan las playas de arena.

—Alí tambien ha sido muerto por Habacuch, contestó Sohail.

—Pues vamos fuera de este lugar; que Maliba respire el aire puro del campo y pueda volver en sí.

Ya estaban fuera del castillo, cuando dos soldados de la gente de Sohail, llegaron jadeantes y con el pánico en las facciones retratado.

—Qué pasa? preguntó al verlos Sohail.

—Alá es grande! respondió uno de ellos, y el otro prosiguió. El visir Zidi Abu-Said hundido há su ma-

za de armas en la frente del mancebo que nos robó á Maliba. Eblis habrá recibido su espíritu para llevárselo al lugar de las penas. Pero llorad, vasallos del mejor de los señores; mesaos los cabellos de dolor; porque el ángel de la muerte ha cernido su vuelo sobre la frente de nuestro alcaide, que está sin vida horriblemente herido en la garganta.

Un silencio profundo siguió á las palabras del soldado.

Amrú pensó que Alá habia vengado de esta manera al valiente alcaide de Calatraba Abu Hegiag Aben Cadis mandado decapitar por infames intrigas del envidioso Abu-Said.

Sohail interrumpió el silencio diciendo:—no te has engañado Alamin?

—No: puedes venir conmigo y yo te lo mostraré cadáver.

—Guia—dijo Sohail.

Alamin acompañó á Sohail y á seis soldados mas al lugar de la catástrofe, y á poco volvieron todos silenciosos y meditabundos.

Sohail convocó á los suyos alrededor de Amrú y de Maliba, que aun no habia vuelto en sí á pesar de los cuidados de su padre; elevó los ojos al cielo y comenzó á hablar de esta manera.

—En el nombre de Alá clemente y misericordioso..... La muy heróica ciudad de Loja, amada del Profeta, ha quedado sin padre que la gobierne: sus hijos, los valientes adalides, espanto de las huestes nazarenas, están sin caudillo que los dirija en la pelea; y yo, el mas viejo de los walies de estas comarcas, adivinando el pensamiento de mis hermanos, aclamo por alcaide de nuestra alcazaba y por dueño y señor de todos nosotros al intrépido Amrú, gloria de los ejércitos muslimes y rayo destructor en los combates.

Viva Zidi Amrú-ben-Hairam.

—¡¡Viva!! esclamaron todos unanimes, porque en realidad de verdad tenian amor á Amrú por sus dotes escelentes.

Amrú miró con ojos agradecidos á Sohail y á los suyos, y luego dijo, señalando tristemente á Maliba:

—El pueblo la cree deshonrada; cómo quereis que á su padre lo admitan por su señor! Yo debería principiar mi gobierno haciendo justicia en Maliba; y yo que jamás volví el rostro delante de las lanzas cristianas, tengo miedo de levantar mano contra esta hija desdichada. Dejadnos solos; y tú Sohail sé el padre de esos vasallos leales.

A estas razones repuso el anciano.

No: Maliba no está deshonrada: en su rostro se lee la inocencia. Si alguno dudare de su honor, conmigo se vea en liza y me lo pruebe. Tú serás nuestro señor; yo sé que esa es la voluntad del pueblo: vamos á anunciarle tan fausta nueva y que el fuego de este castillo incendiado alumbre tu coronamiento.

Amrú no pudo oponerse ya: un nuevo viva atronó los aires aclamándolo señor de Loja.

Poco despues Maliba, aun aletargada en brazos de su padre, era conducida á la alcazaba. Despues seguia Sohail y sus soldados: cuatro de estos llevaban el cuerpo inerte del ex-visir.

Esta estraña cabalgata era alumbrada por el fuego rojizo del castillo, que viejo ya, y socavado fácilmente se iba desmoronando. De pronto un lastimero y penetrante grito se oyó en el viento. Era el postrimer lamento de agonía de Habacuch, que moria achicharrado y envuelto en los escombros de aquel castillo maldito, lugar execrable donde tantos crímenes acabara su codicia.

III.

Comienza á alborear; las sombras huyen espantadas de la luz; el castillo del judío es ya monton de ruinas, y apenas si entre los escombros la llama se advierte de algun objeto que arde. Una aparicion blanca y misteriosa vaga por el derruido edificio, y los pájaros nocturnos posados sobre los tendidos torreones agitan las álas y vuelan á esconderse en sus nidos, asustados con la presencia de aquel fantasma. ¿Qué busca allí en aquel lugar de estrago? Por ventura vivia en los subterráneos de aquella fortaleza y ahora llora sobre sus ruiuas? ¿O es quizá el espíritu que mostraba á Habacuch el pasado y el porvenir en el movimiento de los astros ó en el cantar de las aves?

Sepamos su historia, mientras la luz del dia avanza y nos ilumina su forma para conocerle.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Nació en Toledo de muy noble y principal familia cristiana. Desde muy pequeño tuvo aficion á dos cosas: al manejo de las armas, y á escuchar y aun imitar á los apuestos trovadores, que de tiempo en tiempo solian aparecer por la casa solariega de sus padres.

Un dia, ya contaba diez años, cayó en poder de moros al ir con su madre á presenciar fuera de Toledo unas justas caballerescas. En vano su padre le buscó: largo tiempo tuviéronle oculto en Ubeda aquellos infieles. Ya eran pasados seis años, cuando en una algarada hubo de apresar su padre, que era muy buen caballero, al viejo alcaide de la fortaleza de Ubeda.

Temeroso este de acabar sus dias malamente en poder de los cristianos, propuso á su vencedor que le tornaria el hijo que tanto tiempo lloró perdido, en cambio de su libertad. No hay para qué decir que vió el castellano los cielos abiertos, y que á los tres dias abrazaba á su hijo convertido ya en un muy apuesto doncel. Este habia cobrado en su prision odio profundo á los moros, que de esclavo le hicieron servir; pero habia aprendido su hermosa lengua y hasta trovar sabia al modo que lo hacen los orientales. A los tres años, despues de haber mostrado sereno valor en algunas escaramuzas con los moros, fué armado caballero y partió con su padre á la batalla que se habia de librar contra el rey Anasir el Verde. En lo mas recio de la pelea, y cuando el bizarro y novel caballero deshacia con su lanza un peloton de zenetes, fuéle arrebatado por la espalda la divisa que su madre le pusiera, porque dama no habia, al partir á la campaña. Con ira revolvió su caballo para castigar al menguado que así le insultaba, pero se vió cercado de enemigos al través de los cuales miró su divisa lucir como banderola en la lanza del visir del rey. Luchó con rabia hasta que se hubo fuera de aquel círculo de lanzas africanas. Buscó aquí y acullá al visir, y como no le pudo haber á las manos, juró seguirle hasta el fin de la tierra. La batalla quedó por los cristianos, y á la postre de ella pudo averiguar de un prisionero que el visir Zidi Abu-Said habia tornado brida en lo mas peligroso de la pelea, y que seguido de un viejo walí sin duda se encaminaba hácia sus tierras de Loja. Entonces el novel caballero trocó sus ropas por la morisca armadura y blanco alquicel de un alcaide cautivo; colgó del arzon de su caballo una guzla de cuerdas doradas habida en la tienda del emir amumenim, cambió la color de su rostro y sus cabellos con una cierta pomada que le vendió un buhonero, y convertido de rubio garzon castellano en árabe apuesto de morena faz, emprendió guiado por sus instintos caballerescos el camino de la muy noble ciudad de Loja en seguimiento de su ya odiado enemigo Zidi Abu-Said. Buscando fué una venganza, y el corazon le aprisionaron unos muy dulces y ardientes ojos negros. Riñó con su rival y quitóle la vida en fiera contienda; pero no fué del todo buena su suerte; que sin sentido cayó de un polpe de maza de su adversario. Vuelto ya al conocimiento, algo mal parado, aunque sin herida alguna, encaminóse al castillo de Habacuch, donde viera entrarse á la prenda de su alma, y por tierra é incendiado lo encontró.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Pero el sol ya alumbra el horizonte y nos describe sus facciones. Es el caballero novel D. Diego Garcez de Aza. Un objeto singular tiene en sus manos; es un cráneo achicharrado, horriblemente feo: sin duda el de Alí ó el de Habacuch. El triste jóven lo lleva á la boca, lo besa con efusion, mientras un nombre se escapa de los senos de su alma.—¡Maliba! dice, porque sin duda cree que su amada ha sido víctima del incendio;—Maliba! yo vestiré por tí luto eternamente, y á Dios juro de no levantar nunca la celada, ni tomar mujer alguna por esposa.

Y las manos se le aflojaron por el dolor, y el cráneo vino al suelo produciendo un ruido estraño y desapacible.

Entonces el jóven entristecido salió de aquel lugar, buscó su caballo, montó sobre él, le hincó furioso el hacicate en los ijares y el animal partió con direccion á Granada, como en álas llevado de la tormenta.

ANTES Y DESPUES.

Si ante el altar divino, donde al cielo
nuestro voto elevamos,
hincáras la rodilla y me dijeras:
«rompí mis juramentos; no te amo;»
Ante Dios, ante el cielo y nuestras almas,
de ira y dolor temblando
oirias de mi lengua «¡calla, impía;
mentira es lo que dice ahora tu lábio!»
. . . . . .

Y si vieran mis ojos que á otro hombre
tu existencia enlazabas
y jurabas ser suya en los altares
y mi alma y mis oidos lo escucharan;
«Mentira, me diria yo á mi mismo,
es una duda vana:»
y antes que darme crédito, te juro,
me arancaria mis ojos y mi alma.
. . . . . .

Mas, ¡ay! vi mucho menos, mucho menos,
y por mi suerte infausta
sin luz desde aquel dia estan mis ojos;
muerta para gozar está mi alma.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

Granada 30 Marzo 1876.

EL TABACO.

I.

Rara será la historia que no tenga su principio en la *oscuridad de los tiempos*. La historia del tabaco no podriamos comenzarla en tal época, porque para nosotros, data su conocimiento mas remoto, despues del descubrimiento de las Américas. Los americanos indígenas le conocian de mas antiguo, y estos serian los que con datos mas fidedignos, podrian recordarnos las fases de su existencia, desde los tenebrosos tiempos del pasado; pero estos seres humanos que allí nos encontramos, no se dedicaron á *adivinar* sucesos extraños, y bien se comprende que tal hiciesen cuando les vemos con ánimo tranquilo, apesar de no haber tenido la menor idea respecto á su propio orígen. Pasemos pues por alto la impenetrable historia de la infancia de la *yerba* que nos ocupa.

II.

En diferentes ocasiones, he tenido lugar de ver multitud de monografías relativas á esta planta de la familia de las *solanáceas*: unas de carácter científico-médico, en las que se consideraba perjudicial su uso: otras del mismo género, asentando con todo el peso de la *ciencia*, su aptitud indiferente; y otras, atreviéndose á afirmar, ser altamente *ingiénico* su empleo en sus diferentes y variadas formas.

Tambien ha habido quien mirando la cuestion de un modo mas práctico, ha encabezado un artículo literario con este ó parecido epígrafe: *excelencia del tabaco*, y en él haya espuesto con toda la prosopopeya de un apasionado fumador, brillantes y poéticas descripciones de los deliciosos éxtasis que proporciona dejar escapar pausadamente su humo, y lo dulce que es contemplar sus azuladas espirales y respirar su embriagante aroma, reclinado muellemente despues de haber llenado el abdómen da suculentos ó apetitosos manjares.

No es nuestro intento hacernos partidarios de esta ó á la otra teoría, ni defender como energúmenos su utilidad ó inconveniencia, su bondad ó perversidad. Consideraremos solamente algunos dignos períodos de su brillante historia.

Cuentan las crónicas y las tradiciones afirman, que los manceres hijos de la *vírgen* de los occeanos, usaban las hojas del tabaco mascándolas y esprimiendo su acre zumo. Despues la *moda*, esa tirana de los caprichos de la sociedad, mas bien que el *gusto*, puesto que el gusto en este caso debia ser hipotético, dió al uso del tabaco otra nueva *forma*; y los consumidores de la americana planta, recibieron con regocijo y con la candidez propia con que la humanidad acoge las innovaciones, la nueva idea; y esclamaron llenos de verdadero entusiasmo: *¡que placer!! el tabaco, no solamente se masca, sino que tambien se fuma!!*. Con este nuevo *descubrimiento* no quedaron sastisfechos todos los *gustos*; y así se comprende que poco despues, el uso del *polvo de tabaco*, diera orígen á otra nueva aplicacion al indispensable escitador de los órganos respiradores.

Estos han sido, y son los principales usos del tabaco, sin tener en cuenta sus aplicaciones medicinales.

El uso del tabaco, que analizado de un modo puramente esperimental no tiene ó no aparenta tener la menor influencia moral, la tiene, y en tan alto grado, que por sí solo ha dado orígen á una revolucion social, á una verdadera revolucion.

«Revoluciones sociales son, dice el diccionario de la lengua, las alteraciones que modifican, mas ó menos profundamente, las costumbres de los pueblos», y el uso del tabaco, ó la consecuencia de su uso, produjo indudablemente alteraciones en las costumbres, y de tal naturaleza, que la conmocion se irradió con colosal estremecimiento, desde el trono de los soberanos, hasta las cabañas de la plebe; desde la silla de San Pedro, hasta los pórticos de los conventos y los recónditos rincones de las sacristías.

III.

En la historia general de los pueblos, podremos encontrar datos que nos revelen la conmocion que produjo la trascedental innovacion.

En 1642 el papa Urbano VIII promulgó una bula de excomuncion contra los que *tomasen tabaco* en las iglesias. Inocencio X, sucesor inmediato de Urbano, prohibió tomar tabaco en la Iglesia de San Juan de Letran, en el coro, en las capillas, en las sacristías, en los pórticos etc. (1) Benedicto XIII algunos años porsteriores, se ocupó del mismo asunto, aunque presentado sus conminaciones un aspecto mas tolerante que las de sus predecesores.

En el órden civil podremos recordar, que en Rusia hubo una época en que se castigaba con *cortar la nariz*, al que usase la yerba de Virginia. En Suiza se constituyó como apéndice y cláusula prohibitiva en los *mandamientos*, el uso del tabaco. Jacobo de Inglaterra, á principios del siglo XVII, denuncia su uso como detestable y perjudicial por innumerables conceptos, y dice *que su humo negro y apestante, se parece al horroroso de la insondable y terrible Stigia*.

Datos curiosísimos y que ponen de manifiesto, mas que los numismáticos objetos de aquellas épocas, las costumbres y el estado de esas pasadas sociedades.

(1) Montor.-Hist. de los soberanos pontífices.

IV.

Personas ilustres han sido todas las que figuran como *jefes* de la innovacion, especialmente en los paises Europeos. En 1535, Sir Walter Raleght, en Inglaterra. Santa-Cruce, purpurado de la córte Romana, fué el que llevó á Italia las hojas y el polvo de la planta que nos ocupa. Hernandez de Toledo fué el *importador* en España en el último tercio del siglo XVI. Catalina de Médicis, la memorable reina de la Francia, fué la innovadora en su pais. La ilustre dama, arrastrada sin duda por el deseo de sacrificarse á la ya generalizada costumbre de otros paises, y no pudiendo resistir su delicada naturaleza de mujer su repugnante sabor, ó la picante aspiracion de su humo, ella misma *inventó tomar el polvo*: y por su invitacion, ó por seguir el ejemplo de la aristócrata cortesana, le imitó inmediatamente la sociedad del *buen tono* de París. *Tomar polvo*, fué una necesidad imperiosa de los elegantes de la época. El uso del *polvo* se generalizó.

Mascar tabaco, se habia hecho repugnante; *fumar* tenia ese algo de *no se qué*... lo esencial, lo indispensable, era *tomar polvo*. Pero esta *costumbre*, llegó á ser la sastifaccion de un *deseo*; de un deseo, que engendraba nna *pasion*; y las costumbres que nacen de sastifacer pasiones se llaman..... *vicios*. El uso del tabaco llegó á ser uu *vicio*. Esta *sofística* conclusion, y no otra, fué lo que indudablemente hizo fulminar contra el tabaco, las terribles imprecaciones de los pontífices y de los reyes.

V.

El mal no tenia remedio. Su uso se estendió de dia en dia, y todos sabemos el papel que en la actualidad representa el tabaco.

El papel mas fino, es generalmente el de fumar.

Pero aquellos anatemas lanzados hace tanto tiempo, todavia guardan el éco de la tradicion. *Fumar*, esa costumbre tan general, tan ordinaria, tan natural, tan,.. necesaria, todavia, ya que los gobiernos actuales, mas ilustrados (quien lo diria) no nos prohiben con sus *morales* leyes tan lícita ocupacion, á cada paso, y en mil circunstancias, nos vemos forzosamente obligados á no poder hacer uso de *él*. La sociedad moderna, en sus *leyes interiores*, guarda todavia rancias preocupaciones, que no hacen armoniosa concordancia con su indiscutible progreso. La familia, los maestros, los mayores en nuestros años infantiles, son inflexibles guardadores é intolerantes morsigeradores de nuestras costumbres, y otros tantos enemigos que nos privan de la deleitable costumbre del uso del tabaco. Mas tarde, hombres ya, salimos de casa, encendemos un habano, que, dicho sea de paso, quisiéramos que llevase campanillas y un letrero colosal que anuciase su procedencia, se dirige uno... al teatro, á una reunion, á un baile, á una academia, á un museo, á la iglesia... y antes de penetrar, *se tira el cigarro* ó porque así lo marca la *costumbre*, ó porque al alcance de nuestra vista aparecen gruesos caractéres que nos dicen: *se prohibe fumar*. Nos encontramos en la calle con un señor, de los que nos han visto jugar en la puerta de su casa, ó en sus patios, con sus hijos ó con sus nietos: al emparejar con el inesperado personaje, llevamos en la mano un cigarro, y nuestra boca semeja el cráter de un volcan en miniatura: nosotros, no nos apercibimos de esta circunstancia; nos disponemos á saludar el encontrado, y este esquiva nuestro saludo, ó porque se indigna de nuestro *cínico descaro*, ó porque no quiere que *veamos* que nos *vé*, creyendo que si así sucede, el rubor va á colorear nuestras megillas.

En visita, si esta no es de *confianza*, está prohibido fumar; es una falta de urbanidad. En general, es una falta *irrespetuosa*. En una palabra, el consumidor de tabaco, es esclavo de su *vicio*; y esta es otra, aun se sigue llamándole *vicio*.

No somos, ciertamente, los llamados á resolver tan *trascendental* cuestion: sin embargo, se me ocurre una idea: las mayorias son la *base* de la *razon* y del *derecho*; somos muchos los fumadores, y si formásemos una colectividad organizada, podriámos, á despecho del mundo, esclamar con todas las fuerzas de nuestros ahumados pulmones: *¡viva el tabaco!! ¡abajo la opresora sociedad que se opone á nuestros humeantes fines!!!*.

José Perez Cortina.

CHARADA.

En uno de los jardines
con que se adorna Granada;
bajo un dosel de jazmines,
donde tantos paladines
contemplaron á su amada,
prima y segunda hechicera
ví que lozana se erguia,
y tan gentil ella era
que por tí yo la tuviera
á no ser flor, alma mia.
Tercera y cuarta, mi bien,
el traginante en su afan
la gasta, y ella es tambien
un nombre que allá en Belen
á ciertas hembras le dán.
Y con el todo lectora,
llamaba yo cierto dia
en felicísima hora,
á una niña seductora
que cerca de mí vivia.

Ronda Sidi-Aliatar.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 30 Junio correspondiente al 24 Febrero 1876. Número 72.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: Lista de suscricion al Monumento de Rios Rosas.—Bendiga Dios la Caridad, por la Redaccion.—La Mariposa (poesía,) por D. Francisco Jimenez Campaña.—A Dios (poesía,) por D. Andrés Casado.—Paralelo (poesía,) por D. Antonio Jimenez Verdejo.—En unas ruinas (poesía,) por Don Domingo Arjona Casado.—Maliba (leyenda mora), por D. Francisco Jimenez Campaña.—A la amistad (poesía,) por D. Antonio Pareja Serrada. Retrato del natural (soneto,) por D. Rafael Quintana Medina.—Canto epitalámico (poesía,) por Don Domingo Arjona Casado.—Charada.—Sueltos.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	4119
Ronda.	D. José M.ª Durán. . . .	40
Algodonales.	» Juan A. Benitez. . . .	5
Idem	» Diego Benitez Meza. .	5
	TOTAL. . . .	4169

En el número siguiente se continuará la lista.

BENDIGA DIOS LA CARIDAD.

Cuando en toda España se estaban recogiendo socorros para los heridos en la última guerra civil, Ronda contribuyó tambien con gran liberalidad á tan benéfico objeto.

Entre las muchas personas de todas las clases y posiciones que remitieron efectos y limosnas al campo de batalla, las hijas del conocido banquero de esta plaza Sr. D. Manuel Ortiz, enviaron una caja que contenia hilas y chocolate con una nota que decia:

Como primera virtud la caridad.

Las niñas

Lola y Victoria Ortiz.

12 *libras de chocolate.*

8 *mazos de hilas.*

Donativo para los heridos del ejército del Norte.

Ronda Marzo de 1874.

Hace pocos dias que bajo un sobre recibió por el correo nuestro amigo el Sr. Ortiz aquella misma papeleta que acompañaba al regalo de dichas niñas, y en el respaldo de la nota traia escrito lo siguiente:

«*Procedente de la Redaccion* de El Imparcial *llegó este donativo á Palencia al Excmo. Sr. Zorrilla, quien lo mandó distribuir entre los enfermos del hospital provincial de San Fernando, entre los qne habia un infeliz ciego de Málaga cuya desgracia le causó la célebremente triste voladura del carro de municiones. Uno de los heridos á cuyas manos llegó éste paquete de hilas con éste papel, bendice hoy desde su hogar las manos que las hicieron y ruega á Dios las haga dichosas en esta y en la otra vida.*

Bendiga Dios la Caridad.

Uno de los heridos en Somorrostro.»

Fácil es de comprender la alegría que habrá causado á la familia de nuestro amigo recibir esta conmovedora muestra de agradecimiento. Las buenas acciones nunca quedan sin recompensa.

Nosotros tambien nos congratulamos de que los donativos que hizo Ronda hayan tenido tan oportuna aplicacion, y solo sentimos no saber el nombre del héroe, pues el agradecido soldado lo oculta modestamente con el seudónimo de *Uno de los heridos en Somorrostro.*

LA MARIPOSA.

A MARIA.

(Versos recitados en el mes de Mayo por la niña Concepcion Sanchez Rubio.)

Insecto de gasas leves,
Aturdida mariposa,
Cómo de esa blanca rosa
La esencia á libar te atreves?

No sabes, por dicha mia,
Que yo en cuidarla me afano,
Para llevarla en mi mano
A las aras de Maria?

—Sin duda mi acento oyó
Embargado de suspiro;
Pues dando veloces giros
La mariposa voló.

Yo corrí, como con alas,
Al rosal por mí cuidado,
Y en la rosa habia dejado
La mariposa sus galas.—

Por eso, Reina de amores,
Te traigo la blanca rosa,
Que adornó la mariposa
Con gasas de mil colores.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

A DIOS.

Señor; ¿quién tus glorias, que el mundo pregona,
Podrá sin desdoro, sin mengua cantar?
¡Y el hombre mezquino, que altivo blasona,
Pretende en su orgullo tu nombre eclipsar!

Tú hiciste los cielos, do estan los querubes,
Y en coros acordes y armónico canto
Suspenden los mundos vestidos de nubes,
Y admiran al hombre, que treme de espanto.

Los mares que braman cubiertos de espuma,
Y en débil ribera su furia quebrantan,
Y ceden al viento, cual mágica pluma,
Tu nombre pregonan, tus glorias decantan.

La tierra, que ostenta torrentes profundos,
Y montes gigantes y valles doquier,
Y flores hermosas, y aromas fecundos,
Contínuo celebra, Señor, tu poder.

Las aves, que cruzan con rápido vuelo,
Los vagos espacios del éter sutil,
Tu nombre pronuncian con mágico, anhelo,
Y el eco repite florido el pensil.

El trueno que brama con hórrido canto,
Y el rayo homicida, que vibra feroz,
Tu fiel terremoto, que hiela de espanto,
Señor, de tus iras trasmiten la voz.

Si el ábrego ruge preñado de saña,
Y al cedro soberbio del Líbano embiste,
Y arrastra en su curso cual mísera caña,
Señor, en tu enojo la mano moviste.

El sol derramando torrentes copiosos
De luz sobre el mundo de seres poblado,
Los astros brillantes, que lucen hermosos,
Son polvo, que pisa tu cárcax sagrado.

. . . . . .

Señor! ¿quién tus glorias, que el mundo pregona,
Podrá sin desdoro, sin mengua cantar?
¡Y el hombre mezquino, que altivo blasona,
Pretende en su orgullo tu nombre eclipsar!

ANDRÉS CASADO.

PARALELO.

Nace en el mar la lluvia, sube al cielo,
y en cristalinas perlas
que reflejan del iris los colores
cae brillante á la tierra.
Y esas gotas diáfanas y puras,
lágrimas de los cielos
al caer en el polvo se convierten
en asqueroso cieno.

Brotan del corazon las ilusiones,
y á los espacios suben
en busca de los mundos donde habitan
los alados querubes.
El huracan violento las destroza
y hácia la tierra bajan;
tocan la realidad y se deshacen
en sollozos y en lágrimas.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO

EN UNAS RUINAS.

Rebrama el huracan, lóbrega noche
Tiende doquier su tenebroso manto,
Solo veo aquí escombros y no obstante...
¿Por qué siento placer dentro del ánimo?
...¡Oh! Entre este huracan y mi existencia,
La noche que me viene cobijando,
Mi pobre corazon y estas ruinas
Deben mediar sus puntos de contacto!!

DOMINGO ARJONA CASADO.

MALIBA.

LEYENDA MORA DE
DON FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Conclusion.)

CAPÍTULO VI.

Que dá fin á esta verídica historia.

I.

Han pasado doce años de los hechos referidos, doce años del desastre de las Navas, doce años de agitaciones y alzamientos, que trajeron luto y llanto sobre la hermosa Andalucía, y prepararon la ruina del árabe imperio en nuestra pátria. Todo ardia en desastrosa guerra civil por la ambicion desmedida de los alcaides, que querian añadir á las comarcas de su dominio los castillos y alcazabas de sus vecinos. Loja, empero, dormia en paz, halagada por la mano sabia y cariñosa de su bravo y entendido alcaide Zidi Amrú—ben Hairam, que, como fué asaz fiero en los combates, era agora mucho bondadoso y acertado para el gobierno de su alcaldía. Pero ay! que si los ambiciosos walis respetaron en Amrú al rey de las batallas, y armas no hicieron contra Loja, dejándola en sosiego, no sucede así al intrépido rey castellano Fernando 3.º el Santo, que habiendo levantado el cerco de Jaen, viene al frente de sus fieras mesnadas y acompañado de la flor de los caballeros de Castilla, estragando los campos con direccion á nuestra rica Loja. ¡Ay de la árabe ciudad de la enriscada sierra, de la pintoresca vega de innúmeros manantiales! ¡Ay de sus hermosas y de los persas caballeros que la defienden cuando el Rey santo estienda sus huestes alrededor de sus muros! Llanto y desolacion habrá delante de la espada del guerrero cristiano, que la esgrimirá con rabia sobre las cabezas de los moros, haciendo cautivas las beldades de sus harenes.

Pero no adelantemos los hechos, y vengamos á nuestra leyenda.

II.

¿Qué ruido es ese que se escucha dentro de la alcazaba y en las calles estrechas de la ciudad? ¿Qué potente clamor es aquel que se esparce en los vientos, como voz de tempestad? Ah! Es que la leona se despierta y ruge aprestándose á la defensa de sus cachorros. Es que Loja ha avistado las enseñas cristianas, y se revuelve dentro de sus muros, cierra con estruendo sus pesadas puertas, corona de ballestas las torres de sus castillos y prepara detrás de sus murallas los fieros campeones de duras lanzas y anchas cuchillas.

Allá vá Amrú, cabalgando sobre poderoso corcel de combate. Blanca tiene la barba como la plata y hay fuego en sus ojos y energía en su ademan, como si estuviera en la primavera de la vida. Ora pone en órden de batalla á los guerreros que llenan sus calles para hacer una salida; ora corre hácia la alcazaba y reparte su gente de armas como hábil y entendido capitan; ora se dirije á los grupos, donde cunde el terror, y los exhorta á la defensa y todo su valor les comunica; ora en fin hace de cada casa principal un baluarte, que servirá, si por desdicha penetran los castellanos en la plaza.

Y estos no hacen larga su espera; como fuego devorador vienen talando las huertas y segando las mieses, aun verdes, de la amena campiña. Grande lluvia de piedras y venablos cayó sobre ellos haciéndoles estrago, por lo que, irritados en demasía, se volvieron con furia hácia las puertas de la ciudad, y á pesar de los disparos de hondas y ballestas que los moros les dirigian, con suma presteza les prendieron fuego. Cuando las puertas vinieron por tierra dando paso franco á la ciudad, se vió en una de sus calles próximas un cercado escuadron de caballeros moros, que lanza en ristre, se disponian á acometer á los que primero penetrasen en la plaza. A su frente sereno y altivo estaba su alcaide Zidi Amrú, que luego que vió en las primeras filas de los cristianos á Gonzalo Ruiz Giron y á Garci Fernandez de Villamayor, conociólos como antiguos campeones adversarios suyos, y cobrando por esto mas valor y coraje, gritó á sus guerreros con ronca voz:—*Le galib ile Alá*—(1) y se lanzó con ellos á la pelea.—*Santiago y cierra España*—gritó don Gonzalo Ruiz Giron á los cristianos:—*á mí los valientes*:—y seguido de sus esforzados adalides corrió á detener el ímpetu de los moros. Trabose sangrienta batalla en las calles de la ciudad, que fué de corta duracion, porque los cristianos fueron auxiliados con nuevos resfuerzos, á cu-

(1) Solo Dios es vencedor.

yo frente venia un caballero de noble apostura, sin empresa ni divisa alguna, que traia de negra color la armadura, y negras las plumas de su cimera. Los moros, batidos por todas partes, huyeron al alcázar interior, dejando la poblacion en poder de los cristianos, á cuya soldadesca se autorizó para saquear á discrecion. El último de los caballeros árabes que tornaron brida fué su alcaide Zidi Amrú, quien herido ligeramente en un brazo, tambien hubo de entrarse en el alcázar, bien á su pesar, y atendiendo al ruego de sus walis.

III.

En el interior del castillo todo era llanto y confusion: allí iban mezclados al viento el grito de las mujeres atemorizadas con el lloro de los niños, y las esclamaciones de los combatientes con los ayes lastimeros de los heridos.

Cuando Zidi Amrú entró en su alcázar descompuesto el semblante por la ira y teñida en sangre su morisca vestidura, una mujer atravesó con serena planta por entre la multitud. Todos le abrieron paso, rindiendo homenaje de respeto á la hermosura; y era bella en estremo y estaban sus facciones animadas por esa luz que se difunde por el rostro de los mártires y de los héroes. Acercóse á Zidi Amrú, ósculo le dió en la frente, y luego comenzó á despojarle el brazo herido, de la armadura.

—Sangre te cuesta, señor, dijo la mora con voz cariñosa y llena de sentimiento, sangre te cuesta la defensa de nuestro pueblo. Ay! diera yo la mia toda, porque una gota de la tuya no se vertiera.

—Y yo diera mas de la que vierto, porque tus lábios otra vez me llamaran padre.

—Ay! señor, que no es tu hija digna de pronunciar nombre tan venerable.

Amrú la miró con ternura y guardó profundo silencio.

Y la mora, que no era otra que Maliba, limpió con un paño la sangre á su padre; vertió en la herida unas gotas de bálsamo, llenóla de hilas y despues vendóle con esquisito cariño.

Maliba no se podia perdonar nunca haber abandonado la casa en que su padre la dejó, aunque en otra cosa no faltara, como nunca podia apartar de su memoria el semblante de don Diego de Garcez, ni de su corazon arrancar el tiernísimo amor que por él contrajo. Y como del sincero arrepentimiento de una falta nace la virtud sublime, y de un amor desdichado se forma el corazon de los héroes y la inspiracion de los genios, Maliba era en su alcázar la sultana virtuosa, que no consentia amores de hombre alguno por noble y apuesto que fuera; el genio era que á Amrú aconsejaba en los negocios de alcaidía, y sus acciones llevaban toda señal de heroismo.

Cuando Maliba hubo terminado la cura, besó segunda vez á su padre en la frente y le dijo con dulce voz:

—Ahora mi señor podria buscar el descanso.

—El descanso, repitió Amrú, cuando el enemigo quebranta con sus máquinas de guerra los muros de mi alcazaba..... No: Maliba, no. ¿Quién dirigirá entonces en la lucha á mis valientes adalides?

—Tu hija! contestó Maliba con resolucion, causando espanto á los feroces guerreros que la rodeaban.

—Tú? dijo Amrú todo medroso, considerando ya á su hija espuesta á las iras de los enemigos.

—Sí, mi señor, quiero lavar con mi sangre el alcázar donde me olvidé de tu cariño; quiero por si alguno dudare de mi honor, que sepan soy digna hija tuya.

—Por la santa Meca, dijo Amrú besando á Maliba en la boca; que se aparten de tí pensamientos tan crueles. ¿Quiéres morir y dejar solo el anciano, cuando se acercan los dias en que mas te he de menester? No: que no habré yo de consentirlo. Amina! gritó llamando Amrú.

Amina que siempre iba en seguimiento de la sultana, salió de una de las habitaciones inmediatas y se presentó al alcaide.

—Señor! dijo cuando se hubo arrodillado en su presencia.

—Conduce á su camarin á la sultana: yo te lo ordeno, dijo Amrú con entera voz de mando.

Maliba fijó los ojos en su padre, como implorando compasion; y como lo viera impasible, cogióse de una de las manos de Amina, tornó á besar en la frente á Amrú, y muy luego retiróse de aquel lugar, esclamando cuando se hubo sola con su esclava:

—El corazon me dice que entre los guerreros que cercan este alcázar viene mi cristiano. Hoy echo de ver mas que otros dias en mi seno aquel talisman que me entregara en mis jardines en noche apacible y brillante como el mirar de sus ojos. Oh! Quiera su Dios que con mi padre en el combate no se encuentre. Seria yo entonces la mujer mas desdichada. Y aquella heroina que antes quisiera desafiar las tremendas iras de los valerosos castellanos, sintióse débil mujer vencida por el amor, y comenzó á verter copioso llanto de sus hermosos ojos, sin que fueran parte á consolarle las palabras cariñosas de su siempre buena esclava Amina.

IV.

Ya eran pasados tres dias de la toma de la ciudad, y cada vez se estrechaba mas el cerco de la fortaleza. Algunas compañías de arcabuceros colocadas hábilmente por San Fernando, herian y mataban á los moros que intentaban bajar por el agua de una fuente copiosa, que aun conserva el nombre árabe de *Alfaguara*, de donde antes surtido se habian, para dar bebida á un considerable número de mujeres y niños, que lloraban apiñados en las estancias de los torreones. (1)

—Por mi santiguada! decia uno de los arcabuceros, sosteniendo plática animada con algunos de los camaradas de la compañía, que ya se me hace el tiempo largo y me come la impaciencia. ¿Cuándo querrá otro señor moro hacer visita á la fuente?

Y siguieron los otros respondiéndole:

—Pardiez que ya hace buen espacio de tiempo que ninguno asoma.

—Hales costado harto cara la gana de agua y quieren morirse de sed, mejor que verse *blanco* de nuestros arcabuces.

—Por mi ánima y Santiago mi patrono, que aquellos bultos que ruedan despacio por la cuesta son moros con ánforas de cobre, que bajan rabiosos de sed.

—Cinco bultos son.

—¡Apunten!

—Que pierda la soldada quien yerre el tiro.

—Todos fuego á la vez.

—Ojo certero!

—Esperad que esten mas cerca.

En esto sopló la mecha de su arcabuz uno de los soldados, logrando con su tiro hacer rodar mas aprisa á uno de los bultos y que se escaparan los demás.

Apenas advirtirron el fogonazo de arcabuz los moros del castillo, cuando dos venablos silvaron por la aire, viniendo uno de ellos á clavarse en el hombro del soldado que hizo fuego.

—A tierra! gritó el alferez de aquella compañía; y los soldados obedecieron y una nube de flechas y piedras pasó con estrépito sobre sus cabezas.

—Por Mari-Santa, dijo suspirando el herido; venir á sacarme este hierro que me abrasa.

—Lleve tu ánima el diablo, dijóle un soldado que arrastrándose acudió hasta él para socorrerlos; tú nos ha descubierto, y agora contínuamente hannos de molestar los maldecidos de Dioss moros del alcázar.

En esto oyóse una prolongada esclamacion de asombro en toda la línea. Con mucha cautela asomaron nuestros soldados la cabeza por entre el ramaje de sus improvisadas trincheras, y vieron ya cerca de la fuente codiciada una mora, hermosa como sol de primavera y cubierta de ricas telas. Tenia su aspecto toda la nobleza y magestad de que se revestiria Judit al visitar con heróico intento al enemigo de su pueblo. Jugaban los vientos con el velo de su turbante y con su luenga cabellera, que traia destrenzada. Llevaba en los hombros una preciosa ánfora de plata, que aunque de aquel metal, iba haciendo injuria á formas de tanta hermosura. Por fin llegóse á la fuente, sin obstáculo alguno; que por breves instantes á todos cautivó tamaña valentía en mora tan delicada. Y ya se disponia á llenar su argentada vasija, cuando la voz tremenda de ¡fuego!—dejóse oir terrible y amenazadora por los aires. Entonces apareció como evocado por un conjuro el apuesto caballero de negra armadura y negro plumaje.

—Teneos, menguados, dijo á los feroces arcabuceros, y no empleeis vuestras armas en fembra que no há defensa, ni espada con que luchar.

Los soldados prestaron obediencia á su mandato, como de noble caballero muy principal; y él, veloz como el pensamiento, sin atender al blanco pendon de paz, que por salvar á aquella dama ondeaba en la torre mas alta de la morisca alcazaba, corrió hácia la fuente pareciéndole tarda la veloz carrera de su caballo.

La noble mora, que vió venir hácia ella caballero cristiano de tan misterioso aspecto, dobló las rodillas en tierra, diciendo con dulce voz:

—Agora es tiempo que me guarde su nunca olvidado talisman.

Y diciendo y haciendo, sacó de su seno una cajita de oro sostenida por una cadena del mismo metal; descubrióla y vió que contenia un crucifijo.

—Jesus! el Dios de los cristianos, esclamó, yo creo en tí, sálvame, sálvame.

—Maliba! Maliba de mi alma; heme junto á tí para salvarte; la dijo el caballero misterioso acercándose á ella y levantándose la celada.

—¡¡Mi cristiano!! dijo la mora conociendo en el guerrero á D. Diego Garcez de Aza.

D. Diego, pues él era, bajóse con intencion de robar á Maliba; pero en el mismo punto de llevarlo á cabo sintió tres flechas silvar por el aire, dos de las cuales vinieron á botar en su bien templada armadura, y la otra á clavarse en la garganta de Maliba.

—Ay! mi cristiano! dijo la mora con desfallecida voz; se cumplen los deseos constantes de mi alma de morir junto á tí.

—Cielos! esclamó D. Diego, tomad mi vida por

(1) Histórico. (Latuente Alcántara: Historia de Granada.—Tom. 2 cap. 12.)

la suya: y si ella á la vida no ha de volver, por qué tambien no os llevais la mia? Cobardes, rugió volviéndose á los moros del alcázar con potente voz; aquí teneis el pecho descubierto, usad otra vez de vuestras flechas, y por Dios uno y trino que no andeis torpes en el tiro, porque si con vida me dejais, he de colgaros de esas almenas para pasto de los buitres.

Los moros, que vieron su ademan, hicierónle algunos disparos con sus ballestas, aunque todos fueron errados.

—Cristiano! mi cristiano! dijo Maliba con voz muy tenue, yo quiero morir en tu religion.

—Pecador soy yo! esclamó D. Diego. ¡Vida mia! la salvacion de tu alma. Y sin miedo á las flechas enemigas, quitóse el capacete, llenólo del agua cristalina de aquella fuente, y la vertió sobre la cabeza de Maliba diciendo con firme voz:—Yo te hautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo.

—Oh! Jesus te lo pague, murmuró la moribunda doncella: Miriam, la protectora de los hombres, viene por mí con sus ángeles. Adios, sé justo y nos veremos en su paraiso. ¡Padre mio! ¡Mi cristiano! Adios.

Y aquella alma pura como la esencia de las flores, regenerada por las aguas del bautismo, voló á las regiones celestes de la gloria.

Desde entonces quedóle á aquel manantial el nombre de *Fuente de la conversion de la mora*; que despues el vulgo alteró llamándole simplemente *Fuente de la mora*, que es el que hasta hoy conserva. (1)

D. Diego hizo breve oracion sobre el cadáver de Maliba; despues, como poseido de un vértigo, la puso sobre el arzon de su caballo, subió sobre él, clavóle las espuelas, y el noble animal se tendió al escape con su preciosa carga fuera de las trincheras de los sitiadores, con direccion á la enriscada sierra.

EPÍLOGO.

Dos dias despues, el alcázar moro estaba en poder de los cristianos. Amrú murió en la refriega dentro del castillo, como bravo piloto que en la hora de la tormenta se sumerge en el mar profundo con su nave. Amina se arrojó por un ajimez, por no ser presa de las llamas, que arruinaron el castillo.

. . . . . .

. . . . . .

(1) Esta fuente tiene veinte caños de cerca de tres centímetros de luz, por los que contínuamente se está derramando agua en abundancia, que junta con la de otro manantial cercano, forma un riachuelo, que desemboca en el Genil, despues de hacer andar á dos molinos.

¿Y D. Diego? le pregunté yo á Amina que como saben nuestros lectores, fué la que me contó esta leyenda en el palacio encantado debajo de las aguas bulliciosas de la *Fuente de la mora*. ¿A dónde fué D. Diego con Maliba?

—Fuese á un monte, contestóme Amina, donde la enterró, y junto á su sepultura hizo una gruta, en la que se dió á la penitencia para ganar el cielo, á donde voló al cabo de algunos años.

—¿Y tú, por qué habitas este palacio de encantamiento?

—¡Ay de mí! Porque ví desde lejos la conversion de Maliba y no quise seguir su ejemplo.

Esto dijo Amina; y como loco que habla con aparente cordura hasta que se llega á su manía y entonces de pacífico se torna furioso y á todo se atreve, así Amina volvióse contra mí, mas terrible y amenazadora que cuando se me mostró fantasma.

Y entonces yo, todo medroso, abrí los ojos y..... me encontre en mi lecho, al lado de mi buena madre, que con solícito afan limpiaba el copioso sudor que por mi frente corria.

Sucedió pues, amigo y benévolo lector, que yo me desvanecí en la *Fuente de la mora*, de vuelta de aquel dia de campo, en brazos de uno de mi familia, á quien juzgué el ánima del otro mundo, que es fama sale de aquellas aguas, y yo soñé la leyenda, que, algo tomando de vieja tradicion, te he contado, y que yo te ruego aprecies como sueño de niño.

FIN.

A LA AMISTAD.

Quisiera definir un sentimiento
tan íntimo, tan noble, tan grandioso
que del alma brotar hace á su acento
un poema de amor puro y hermoso;
y aunque yo, por fortuna mia, siento
dentro de mí su influjo cariñoso,
al quererle cantar mi voz espira,
que es gran empresa para tosca lira.

¿Quién pretendió surcar el mar bravío
en débil tabla, sin timon ni quilla?
¿Quién contar las arenas que del rio
vienen á reposar junto á la orilla?
¿Quién pretendió, por fin, necio é impío,
tocar el cénit dó la luna brilla?
Pues aun mas fácil todo me parece
que cantar la amistad cual se merece.

¡Amistad!... santo nudo, amor de amores,
voz del Eterno, manantial fecundo
de dichas y esperanzas; tus loores
cantar no puede el deleznable mundo,
pues de todas tus glorias, las mejores,
moran del corazon en lo profundo,
y allí de su retiro en el olvido
un altar te levanta agradecido.

¡Cuántos dolores tu influencia acalla,
digno efluvio de Dios que yo bendigo!
¡Cuántas veces sin tí, rota la valla
del bien, hallára el hombre su castigo!
Tú haces que el soldado en la batalla
espire so el cadáver de su amigo,
y elevas en regiones apartadas
honrada tumba á entrambos camaradas.

Tú mitigas la voz de la tristeza,
tú cicatrizas de otro amor la herida,
en tu libro se escribe la nobleza
de la virtud, del alma eres la vida;
y aunque modesta ocultas tu grandeza
y cual violeta vives escondida,
difundes mil suavísimos aromas
cuando del hombre al corazon asomas.

Dios su aliento te dió; te dió su esencia,
de su ser el perfume que en sí implica;
cual Él tienes eterna la existencia,
como Él eres inmensa, cual Él rica,
como Dios inmortal es tu creencia,
como Él tu nacimiento no se esplica,
eres como Él eterna á inmutable,
como su ser, tu ser es..... *inefable.*

ANTONIO PAREJA SERRADA.

Brihuega 1.º Abril 76.

RETRATO DEL NATURAL.

SONETO.

Nada te falta para ser hermosa;
Desde tu rubia y larga cabellera
Hasta tus breves piés, niña hechicera,
Venus de tí bien puede estar celosa.
Es tu mirada dulce y cariñosa;
Es tu voz argentina, blanda y pura;
Deslumbra de tu cútis la blancura;
Tu boca es muy pequeña y muy graciosa.
Pero siempre te encuentro despeinada;
Tus dientes siempre sucios, á tu aliento
Dan un olor que *toca á retirada*;
En tus ropas se ven manchas sin cuento,
Y en fin, para decirlo en un momento
¡Eres muy puerca! ¡Ya estas retratada!

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

CANTO EPITALÁMICO

DEDICADO A MI BUEN AMIGO EL DR. D. EDUARDO AGUAYO Y RUBIO EN EL DIA DE SUS BODAS.

Voy á cantarte... sí...
mas yo quisiera
Dar mi vez á la brisa
blanda y ligera:
Ella sí te diria
himnos de amores
Al través de los rios,
fuentes y prados,
selvas y flores.

Escucha su cantar...
¿oyes su lira?
La acompañan los ángeles
y ella se inspira.
Bendice tu himeneo...
oye sus trovas
Más dulces que los cantos
de los gilgueros,
y las alondras;

Te dice entre el torrente
de la cascada,
Que es su sueño mirarte
junto á tu amada,
Junto á Dulce, tu vida,
porque es hermosa...
Más sensible que el tallo
de las camelias
y de las rosas:

Que vosotros vereis
cruzar las horas,
Cual las aves del cielo,
tiernas, canoras.
Como cruza el ambiente
la selva umbría,
Respirando placeres,
dichas, amores
vida y poesía;

Que sereis mas felices
que el ruiseñor,
Que canta en la espesura
himnos de amor.
Mucho más que la aurora,
más que las auras,
Que van tras el arroyo
tras de sus perlas,
tras de sus aguas.

Canta, que en dulce union
con vuestros hijos,
Y en ese azul diáfano
los ojos fijos,
Subirá vuestro acento
hasta los astros,
Como suben los ecos
de las neréidas
y de los pájaros:

Que contigo mil mayos
tu compañera
Contará sobre el tronco
de una palmera
A cuyo pié, tus hijos,
sabrán con gloria,
Quién es Dios..... el Excelso.....
cómo se alaba,
cómo se nombra...

Así hareis de la vida
solo un perfume,
Que el amor con su fuego
nunca consume;
Porque es Santo su aroma,
y duradero,
Como el laix y la mirra,
y el de los lirios,
y el de los cedros.

Eso te dice el cielo
con su sonrisa,
Eso dice Favonio
deshecho en brisa;
Además te lo cantan
los ruiseñores.
Entre el cielo y la tierra
entre los árboles,
y entre las flores.

Con su dulce gemido
la triste tórtola
Te propala dichoso
junto á tu esposa;
Tal te llaman los vientos
en las florestas,
Sobre tilos y mirtos
flores de acacia
nardos y vicletas.

Yo tambien cual la brisa
del valle umbrío,
Te dedico este canto:
ténlo, que es mio...

Si al través de sus versos
ves al poeta,
Estréchale la mano
que él como siempre
tu mano besa.

DOMINGO ARJONA CASADO.

CHARADA.

¿Oyes voces en la calle?
¿Percibes la algarabía?
Pues ese es, querida mia
el eco feroz y aleve
y con entrañas de fiera
de la *primera* y *tercera*
que yo te indico leal.
Con la *segunda* y la *prima*
compenso yo tus favores.
¡Galan es, niña, quien flores
te manda en cambio de amor!
Y es el TODO, Marcelina,
—verás que no guardo prendas,—
para que fácil lo entiendas
el nombre de un escritor.

Ronda SIDI-ALIATAR.

Caballero de la órden Americana de Isabel la Católica ha sido nombrado por S. M. el Rey, el Sr. D. Joaquin Rodriguez Puya á propuesta del presidente del Ayuntamiento de Ronda Sr. D. José M.ª Jaudénes.

Tan honorífica distincion es el justo y merecido premio á la constancia y laboriosidad del escultor del Monumento de Espinel.

Damos nuestra mas sincera enhorabuena al jóven Rodriguez que á fuerza de trabajo y de genio ha conseguido elevarse al distinguido puesto de artista que hoy ocupa.

Hay proyecto de llevar á cabo este año en Ronda una Exposicion de labores de mujer en la misma forma que las que recientemente se han verificado en Barcelona y Málaga. Por este acontecimiento, que es en verdad de suma trascendencia é importancia, deben estar de enhorabuena nuestras bellas suscritoras. En ninguna parte pueden verificarse con mas lucimiento que en Ronda esta clase de certámenes, por las buenas disposiciones que para ello tienen nuestras paisanas.

En el próximo número nos ocuparemos de esta idea.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 14 Julio correspondiente al 1.° Marzo 1876. Número 73.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: La Instruccion primaria en España y su desarrollo en Ronda, por D. Rafael Gutierrez Jimenez.—Recuerdo (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—A..... Suspiros del alma (poesía), por Don A. Rosal de la Vega.—¡No es verdad! (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Rectificacion.

LA INSTRUCCION PRIMARIA EN ESPAÑA Y SU DESARROLLO EN RONDA.

I.

Tristes y aflictivas han sido en verdad, las pruebas porque en España ha pasado el Magisterio de primeras letras. Tan amargas y difíciles, que maravilla el que con tales elementos haya alcanzado el desarrollo é importancia en que le vemos.

Desatendidos por los gobiernos hasta hace muy poco, debiendo á corporaciones y á veces á particulares los medios de subsistencia, perseguidos y desestimados por la ignorancia de los Municipios de ciertos pueblos en que todavia por desgracia quedan residuos de las ideas de oscurantismo inculcadas en nuestros antepasados, los profesores de primeras letras han prevalecido, viniendo á probar con esto cuán alta, necesaria é importante es la institucion que en vez de aniquilarse en la lucha con tan encontrados elementos sostenida, sale de ella robustecida, organizada, estendida á todos los ámbitos de la nacion, entronizada, ingerida en la sociedad de que hoy forma parte, y dentro de la que tiene para siempre asegurado el dominio de su regeneradora é ilustrada mision.

Y no se crea que tan exuberante vida es resultado de una proteccion decidida de parte de las clases ilustradas, ni que medidas radicales le han dado apoyo para contrarestar tales inconvenientes. No hay mas que hojear la historia para convencerse de ello. No hay que remontarse á tiempos muy antiguos para encontrar el periodo en que casi puede decirse empezó á organizarse, y tan corta en la relacion de las disposiciones que tendian á su mejora y que sin embargo han sido bastantes á fundarla, como largo el relato que pudiera hacerse de los bienes de ella recibidos.

Un poco de proteccion de parte de los Reyes hácia determinados individuos ó localidades, es cuanto se encuentra recorriendo los reinados de Enrique II, D. Fernando y D.ª Isabel, Cárlos I y Felipe III; alguna que otra corporacion que celosa por la enseñanza procuraba de tiempo en tiempo la creacion de escuelas ya en Madrid, ya en algun pueblo ó capital de provincia; pero todo ello de una manera débil, sin que se atendiera á plan determinado, sin que nunca estas medidas lograran un carácter general. Esfuerzos que poco ó nada han significado en la historia de la institucion, por mas que dieran á conocer que los que los practicaban comprendian ó adivinaban la saludable influencia que aquella habia de ejercer en el adelanto y cultura de los Españoles.

Hasta 1642 no aparecen medidas que ofrecieran mas cumplidos resultados, ó que fueran de notoria influencia en el desarrollo de lo que hoy existe. Ya en este año, los Maestros de Madrid, casi único punto de la península donde existian personas cuya sola y constante ocupacion fuera esta clase de enseñanza, acudian al Rey D. Felipe IV, pidiendo licencia para crear la Hermandad ó Congregacion de San Casiano, y con esto fué fundada la primera sociedad que en España se rigió por estatutos acordados para educar y enseñar niños á leer, escribir y contar, mejorar los medios y elementos para ello, protejerse los Maestros entre sí y autorizar la competencia de los que desde entonces se dedicaran á este ejercicio examinándolos y espidiendo los títulos que garantizan su aptitud.

Modesta desde su principio esta asociacion, á ella sin embargo se deben los primeros pasos para fundar el Magisterio. Las prerogativas que alcanzó de aquel Rey, supo conservarlas durante un siglo, y adquiriendo en 1743 nuevas preeminencias, usó de ellas hasta que en 1780 fué refundida en un Colegio Académico del noble arte de primeras letras que por entonces se estableció.

Por diferentes vicisitudes pasó desde entonces la enseñanza, hasta que ya en el presente siglo, la decidida

proteccion del Príncipe de la Paz, que mostró por ella un especialísimo interés, fué segun parece motivo de grandes resultados y progresos. Pero poco á poco fué apagándose aquel impulso: los acontecimientos políticos fueron haciéndola decrecer hasta llevarla á un estado deprorable; desapareció casi todo lo instituido en tantos años y al llegar el de 1820 eran muy contadas las escuelas, y de ellas muy rara la que podia subsistir. Pero en este año se abrieron nuevos horizontes, se dió el gran paso de que las Córtes Soberanas, decretasen la enseñanza gratuita, mandando establecer *escuelas públicas* en todos los pueblos desde los de 100 vecinos. De aquella disposicion y de la de 1839 creando Escuelas Normales, nació todo lo existente. Hasta el Decreto de las Córtes no tuvimos verdaderas escuelas; hasta que se abrieron las Normales en cuya organizacion tanto trabajó el inolvidable Gil y Zárate, no tuvimos verdaderos Maestros. Desde esta época cambia el modo de ser del Profesor de una manera radical. El antiguo Dómine, pobre, sin instruccion, menospreciado, viviendo con pocas excepciones de la rutinaria enseñanza, de los mas sencillos rudimentos, arrastrando una vida las mas de las veces miserable y abyecta, se trasforma en un hombre de carrera, en una persona ilustrada, atendida y considerada de todos, con conciencia de la alta mision que desempeña en la sociedad, instruido para educar, iniciado en los buenos métodos, conocedor de la materia á que dedica su acactividad y facultades. Una porcion de jóvenes llenos de ilusion, con el entusiasmo de los pocos años, con el convencimiento de los bienes que van á reportar, llenos de fé y esperanzas en el porvenir, ingresan en la Normal Central, y allí se dedican con ahinco, con verdadero celo, al estudio de las asignaturas necesarias para el desempeño de las penosas tareas del Magisterio, y se separan despues, diseminándose por toda la península, llevando á las provincias el propósito y el encargo de dirigir otras tantas Escuelas Normales, de las que bien pronto habian ds salir esos innumerables apóstoles de la infancia, esos pedagogos que han guiado los primeros pasos en la senda del saber de esos jóvenes que hoy llenan las Universidades y que son la esperanza de la pátria y han dado la necesaria instruccion á la gran masa de hombres, que solo con los conocimientos adquiridos en la escuela, forman la poderosa clase productora de la Nacion.

La institucion de Inspectores fué otra medida radical y de gran fruto para el desenvolvimiento de la instruccion. Por este medio, el gobierno adquirió una intervencion directa en el perfeccionamiento de las escuelas. Puesto en contanto el profesor con el ministerio de Fomento, con las oficinas creadas para su proteccion y con las corporaciones establecidas para procurar su progreso y adelanto, al par que una tutela que morigerase á ser preciso sus actos, recibia noticias y preceptos que luego aplicaba á su clase, y al cabo protegiendo á unos, corrigiendo á otros, pesando unas veces sobre la incuria de los Ayuntamientos descuidados; premiando otras el celo y la aplicacion de los buenos maestros, los Inspectores han sido y son una de las instituciones motoras de mas resultados prácticos.

Con la antes enunciada creacion de escuelas públicas pagadas por los fondos del Municipio y las disposiciones que obligaban á todos los pueblos á fundar (si no lo tenian ya hecho) establecimientos donde los niños no pudientes recibieran educacion é instruccion, apareció la diferencia entre públicas y privadas; fueron descartándose estas últimas poco á poco, y en breve plazo se organizó la enseñanza primaria con la extension é importaucia en que la vemos. Todo hacia presumir que se habia llegado á un punto que dejaba satisfechas todas las aspiraciones; que España poseia los suficientes medios de ilustrar á los niños, y que en esta parte estábamos al nivel de las mas cultas nacionalidades.

Pero en el fondo de todo esto habia surgido un inconveniente que, pequeño al parecer, ha esterilizado en realidad todos estos esfuerzos. Teniamos Maestros, teniamos escuelas, pero ni aquellos tenian medios de subsistir mas que nominales, ni estas, desprovistas por completo de material, podian facilitar la enseñanza. El mal estaba en la ignorancia ó descuido de los Municipios, que habiendo creado escuelas y dotádolas de Maestro, ni aquellas las surtian del material indispensable para poder enseñar, ni á estos pagaban sus sueldos con la regularidad que su corta estension exigia De aquí nacieron las persecuciones, los odios, las venganzas de ciertas autoridades locales hácia estos funcionarios; de aquí el desconcierto, el descuido, el hastío en que caia el Profesor; la falta, no ya de estímulo, si no de voluntad para desempeñar sus clases, y muchos otros perjuicios que hacian completamente inútiles la iniciativa de los gobiernos y la gestion de tantos como han venido dedicando su vida, su actividad, su inteligencia, á la organizacion y desarrollo de la enseñanza primaria.

Antes de la revolucion se conocian y tocaban estos inconvenientes tan gravísimos, y el último gobierno de Doña Isabel II, siendo Ministro de Fomento el Sr. D. Severo Catalina, inició en un proyecto que no alcanzó á ser ley, entre otras la reforma en la manera de hacer los pagos de tales y tan estimables atenciones. Los gobiernos de la revolucion, sin distinguir de escuelas ni partido, todos han conocido el defecto y concertado planes á cual mas radical para estinguirlo. El Magisterio ha tenido la desgracia de que todo quedase en proyecto, hasta que últimamente, conociendo que el mal no tenia espera y que urgia atender á su estirpacion sin diferirla como hasta entonces á la promulgacion de una ley definitiva de Instruccion Primaria, tarea ardua, difícil y de lenta ejecu-

cion, se ha decretado al fin que los Maestros perciban el importe de sus sueldos y material en las Capitales de Provincia, y que la Administracion Económica ejerza sobre los Ayuntamientos una fuerte presion, medida que si bien algunos no creen todo lo radical y apróximada al remedio, es para todos una importante mejora y en nuestro concepto un motivo bastante poderoso para que desaparezcan casi todos los males que la aquejaban.

Hemos recorrido ligeramente la Historia de la Instruccion Primaria en España, lo bastante para comprender, que siendo esta una tan importante como ineludible atencion para todo pais que en algo estime el progreso y adelanto, el acrecentamiento de su riqueza y la ilustracion de sus hijos, en el nuestro, por desgracia, ha sido hasta hace muy poco, en tiempos olvidada, casi siempre desatendida y á veces menospreciada. Hemos visto, que las especiales circunstancias de nuestra nacion, la hacian acreedora á mucho mayor desarrollo, y que para alcanzar el que hoy tiene, en parte debido á los elementos propios con qne cuenta, ha tenido que arrastrar una penosa vida de sufrimientos y de amarguras.

Casi sin apoyo, sin proteccion, sin ayuda, puede decirse que lo beneficioso de su instituto, lo necesario de su mision, la grave importancia de su ministerio, ha sido la sola causa capaz de conservarla cuando muy en pequeño todavia, no estaba llamada á ofrecer grandes resultados, de engrandecerla despues, cuando ciertos inconvenientes impedian que reportára todas sus ventajas y de perfeccionarla por último, poniéndola hoy en condiciones de que podamos disfrutar largamente del gran caudal de beneficios que ella sola puede repartir.

II.

Haciendo punto en las consideraciones sobre la instruccion primaria en general, seguiremos ocupándonos del estado de desarrollo que ha alcanzado tan vital institucion en la capital de la Serranía.

Muy doloroso es para nosotros tener que dedicar esta segunda parte de nuestro artículo mas á la censura que á la alabanza, pero á ello nos obligan dos deberes: la justicia é imparcialidad, y el amor á nuestra ciudad natal; quiera Dios que nuestra débil voz clamando contra el mal puede ser causa, si no de su radical remedio, al menos de su mejora.

Cuenta Ronda con doce establecimientos de enseñanza primaria, cuatro particulares y ocho oficiales en esta forma:

ESTABLECIMIENTOS PRIVADOS.

La Encarnacion: Colegio para la educacion de Señoritas, dirigido por las Sras. Doña Francisca y D.ª Teresa Gil Lobo.

Fundado este colegio en 1840 ha sido y continúa siendo muy favorecido por la clase mas acomodada de la ciudad, y en él han recibido educacion y enseñanza las hijas de las principales familias de Ronda. Tiene un local mediano en el sitio mas céntrico de la poblacion (Plaza del Socorro), y á él concurren en la actualidad 44 niñas.

Colegio para la educacion de Señoritas, dirigido por la Srta. Doña Ana Villarroya.

Creado en 1875 es un buen establecimiento que aunque pequeño, como muy nuevo, está llamado á adquirir mas importancia. Tiene un mediano local en la calle del Molino al que concurren 26 niñas.

San José: Colegio de niños, dirigido por D. Enrique Durán.

Fundado en 1874 es una buena escuela dotada de un regular menaje en la que el Sr. Durán obtiene grandes resultados en la enseñanza, merced á la extraordinaria fuerza de voluntad y constancia que emplea en la instruccion de sus alumnos. El local es inmejorable (situado en la Plaza Mayor), y concurren á él 47 niños.

San Fernando: Colegio de primera enseñanza de niños, dirigido por D. José del Rio de la Bandera.

Creado en 1872 es el primer establecimiento de la ciudad, tanto por lo bien dotado de menaje cuanto por el sistema de enseñanza empleado por su director. El Sr. Rios que no cesa de procurar ventajas para su clase ni de adquirir objetos que completen su establecimienio, introduce constantemente mejoras en la instruccion de los 74 niños que concurren al mismo, y cada año presenta algunas novedades en los exámenes públicos que practica por Julio. En los de este año presentó á sus alumnos perfectamente preparados, y al terminar el acto de que el público salió muy complacido; un niño dijo el discurso siguiente que insertamos porque algunas personas tienen interés en conocerlo. Decía así:

SEÑORES:

Dispensadme si me atrevo á levantar aquí mi débil voz y me permito molestar un momento vuestra atencion, pero mis compañeros y yo tenemos un deseo; significaros nuestro agradecimiento por el interés que les hemos merecido.

Aunque poco capaces, lo somos sin embargo para apreciar el inmenso beneficio que estimulándonos se nos proporciona.

En el discurso de nuestra vida, aunque tanto mis

compañeros como yo corramos vicisitudes sin cuento, aunque la providencia nos tenga reservados instantes supremos, ninguno nos impresionará como el presente, ninguno quedará tan profundamente gravado en nuestro corazon.

¡Es para nosotros tan imponente este acto! Niños todavia, nuestra imaginacion nos reviste este acontecimiento de atributos que en vano el tiempo tratará de borrar de nuestra memoria.

Esos premios con que nos habeis favorecido; esos galardones que tanto nos enorgullecen; la inmensa satisfaccion, el gozo que nos habeis proporcionado en este dia ¿á qué queremos mas recompensa que ésta á nuestros afanes, al trabajo que hemos invertido en el estudio?

Tened por cierto que ya comprendemos que del estímulo con que se nos alienta nacerá en nostros el deseo de saber, y con él adquiriremos el hábito del estudio y del trabajo; y yo me atrevo á decir que la semilla que hoy sembrais puede dar tan regalados frutos en mis compañeros, que mañana os enorgullezcais de haberla esparcido, pues que la habeis arrojado en una tierra que ya ha producido un Espinel á quien Cervantes llamó *Maestro*, y un Perez de Mesa que eclipsó con su sabiduría á los genios que en Salamanca iban en aquel tiempo á la cabeza de la ilustracion universal.

Ya empezamos á tocar, Señores, en nosotros mismos las ventajas del saber, el dulce regocijo que proporciona al ánimo el cultivo de las letras.

Empezamos á conocer la *Historia*, y su estudio nos proporciona un gran placer que crece á medida que adelantamos en el conocimiento de los hechos. ¡Cómo sentimos latir en el pecho el entusiasmo cuando recorremos algunas de las gloriosas páginas de la crónica de nuestros antepasados! ¡Qué orgullo sentimos de llamarnos españoles cuando vemos que tambien españoles se llamaban Jimenez de Cisneros, Pelayo, Fernando el Católico, Gonzalo de Córdoba y el Rey Sábio. Nos pintan tan bien nuestros libros aquellas batallas en que eran los españoles los que á cabo llevaban los mas heróicos hechos!

¡Qué alegría sentimos al comprender que aquellos héroes, aquellos soldados, aquellos caballeros eran antepasados nuestros!

La *Geografía* nos dá á conocer sus regiones y la figura y constitucion del globo que habitamos, y de los que vemos brillar en nuestro cielo. ¡Qué misterios nos descubre! ¡Cuánto fenómeno y cuánta maravilla! ¡Qué grande nos hace concebir á ese Dios bendito que tantas cosas ha creado, y á las cuales tan sublime forma ha concedido!

La *Aritmética* con sus problemas nos demuestra lo sublimemente organizada que está la inteligencia humana que de tal manera ha sujetado todas las cosas al dominio del número. ¡Cómo ha sabido supeditar á esta sencilla combinacion de signos el conocimiento de cuanto nos rodea!

¡Y cuán fáciles y claros nos parecen despues de analizados y comprendidos los problemas que en un principio ofuscaban nuestra razon!

¡Qué invencion tan útil la *escritura*! ¿Qué alegría puede compararse á la que sentimos nosotros cuando despues de haber pasado por una enseñanza mas ó menos penosa conseguimos al cabo poseer ese gran don que Dios ha reservado á los hombres, y podemos trasladar al papel nuestros pensamientos?

En la *Historia Sagrada* vemos á nuestros primeros padres, y comprendemos las vicisitudes y sufrimientos porque atravesaron antes de que llegára ese glorioso dia en que Dios mandó á este mundo á su Santísimo hijo para redimirnos y salvarnos. Apreciamos en esto el inmenso beneficio que hemos merecido á la Providencia con habernos hecho nacer en tiempos en que brilla la luz de la verdad, y no en aquellos en que la idea de ese Dios bueno y misericordioso, era desconocida de tantos.

La Doctrina y la esplicacion que de ella se nos hace, nos enseña los santos misterios de nuestra Religion, nos esplica el por qué de las ceremonias de la Santa Iglesia, y nos convence de que debemos creer y amar á Dios más que á todas las cosas y á nuestros hermanos como á nosotros mismos; ofreciéndonos que á nuestra muerte podemos alcanzar la vida gloriosa de los ángeles, si cumplimos bien tan divinos preceptos.

Yo, Señores, por mí puedo decir, y creo tambien que por mis compañeros, que no concibo mayor bien en este mundo que el que puede resultarme del saber mucho y de ser muy virtuoso; mis propósitos, pues, son estudiar y mis aspiraciones llegar á saber y merecer el nombre de español útil á mi pátria.

No olvidaré nunca este momento ni los favores que he merecido; solo puedo responder á ellos con el mas tierno cariño de mi corazon para todos; poco es, sin embargo, mi cariño de niño al digno Profesor que me instruye, á vosotros que me estimulais y á mis padres que tanto me adoran, para pagar lo que les deberé algun dia si Dios me dá su ayuda: el verme libre de la pesada carga de la ignorancia que es un mal que me espanta, pues todos los dias leo aquí que quien dice ignorancia es como quien dice: *atraso, ceguedad, errores, supersticion, despotismo, miseria é inmoralidad.* (1)

(1) Este discurso y el que sigue que leyó el Secretario de la Junta, son tambien del autor de este artículo.

ESTABLECIMIENTOS OFICIALES.

Escuela elemental superior de niños, dirigida por D. Juan Carrillo Sanchez.

Fundada en 1851, fué ganada por concurso por el profesor que hoy la desempeña. Tiene un buen local *público* con buenas condiciones higiénicas en el edificio que fué convento de Trinitarios Descalzos, y concurren á ella 168 niños.

Escuela elemental completa de niños, dirigida por D. José Gonzalez Villalobos.

Creada en 1848, entró á desempeñarla D. Miguel de Puya á quien en 1866 sucedió el Sr. Villalobos que la obtuvo por oposicion. Tiene un local malísimo en una casa particular de la calle de la Ermita y concurren 64 niños.

Escuela elemental completa de niños, dirigida por D. Juan Villarroya.

Fundada por el cuerpo de Maestranza, se elevó á pública el año de 1848 en que pasó á desempeñarla Don José Roman á quien le sucedió D. Marcos Durán hasta que la obtuvo por ascenso el profesor que hoy la regenta. Local malísimo en una casa particular: concurren 104 niños.

Escuela elemental completa de niños de D. Francisco del Moral.

Creada en 1869, la ganó por oposicion D. Jnan Almeyones Martin, hasta que en 1874 entró á dirigirla el Sr. Moral, por ascenso. Esta clase ocupa el local de la antigua iglesia de la Caridad y tiene condiciones muy ventajosas. Concurren 138 niños.

Escuela elemental completa de niñas, dirigida por D.ª Dolores Carrillo Sanchez.

Fundada en 1860, entró á desempeñarla por oposicion dicha profesora. Posee un local bueno en una casa particular de la calle de la Ermita. Concurren 130 niñas.

Escuela elemental completa de niñas, dirigida por D.ª Nieves Paradas.

Fundada en 1851, entró é desempeñarla por oposicion la profesora que hoy la dirige. Tiene local *público* en el ex-convento de Trinitarios Descalzos de bastantes buenas condiciones. Concurren 168 niñas.

Escuela elemental completa de niñas, dirigida por D.ª Mariana Gil.

Fundada en 1869, la obtuvo por oposicion D.ª Julia Martinez á quien le sucedió por ascenso D.ª Mariana Gil. Concurren 167 niñas.

Escuela elemental completa de niñas, dirigida por la Srta. D.ª Adelaida del Pozo y Reina.

Creada en 1.º de Julio de 1875, la obtuvo por oposicion la Srta. que la desempeña. Tiene un local de medianas condiciones, en una casa particular de la calle de Sevilla. Concurren 121 niñas.

El material de todas estas escuelas da una idea tristísima de Ronda. La Escuela que más, tiene cuerpos de carpintería para que escriban la mitad ó menos de los niños que á ella concurren. Algunas pizarras viejas, unos cuantos mapas rotos, la mesa del profesor y varias muestras de escritura que asistieron al acto de inauguraracion de la clase, es lo de mas bulto que se encuentra en ella, y esto es ciertamente bochornoso para Ronda. En útiles están no ya malísimamente servidas, si no que tan en absoluto carecen de libros para los niños pobres, que no se tiene noticia de que jamás se haya facilitado un solo ejemplar. ¿Qué resultados se pueden obtener con estos medios por parte de los profesores? Hoy que tanto se ha inventado, hoy que hay un verdadero lujo en aparatos para la enseñanza, ¿merece una poblacion de la importancia y de la riqueza de la que hemos dado en llamar *capital* de la Serranía, tales y tan raquíticos medios materiales de propagar las luces y la instruccion? ¿Puede progresar la enseñanza en un pais donde el pobre jornalero del campo que gana á fuerza de sudores una peseta para mantener miserablemente á su familia, tiene que costear los libros si quiere que su hijo adquiera los elementales conocimientos de la Primaria instruccion? Es por desgracia harto sensible el descuido con que hasta hoy se ha venido mirando la enseñanza en Ronda; no podemos dejar de lamentar el abandono con que todos los Municipios han mirado tan importante asunto, y gracias que el Ayuntamiento actual ha cuidado cuando menos de que estén bien pagados los profesores, ha procurado la creacion de una nueva escuela y ha facilitado á la misma el material que le correspondia en el año que lleva abierta, cosa en verdad tan extraordinria y fuera de los usos aquí establecidos, que quizá será la única vez que se ha practicado de este modo en Ronda.

Como prueba de lo anterior, baste decir que si se hubieran de satisfacer por los fondos municipales las cantidades que segun la ley han debido abonarse por este concepto, resultaria un déficit en favor de las escuelas de Ronda por razon de material lo menos de ciento treinta á ciento cuarenta mil reales.

De este modo se comprende que en una poblacion de veinte mil almas concurran á las escuelas 474 niños, es decir, menos de uno por cada cuarenta habitantes; proporcion que debiera avergonzarnos, porque quizá no haya poblacion en España que alcance este guarismo.

Son tantas las causas que en Ronda se oponen á que

adelante la instruccion, nos es tan doloroso profundizar la llaga y seria tan largo hacer la relacion circunstanciada de tantísimos defectos, que tenemos que renunciar á detenernos en una descripcion de esta clase por otra parte infructuosa.

Esto no obsta para que conozcamos que la actual Junta local abunda en buenos deseos y pone mucho de su parte para fomentar la enseñanza. Tambien nos consta el celo de los profesores; pero estos esfuerzos se esterilizan porque el mal viene de muy antiguo y necesitaria héroicos esfuerzos para remediarlo. No es bastante desear una cosa, es necesario trabajar cuanto sea preciso para conseguirla. Que tenemos aspiraciones lo prueba el ánimo de la Junta en promover el estímulo y el afan de los profesores en obtener resultados de sus alumnos. Bien claro lo han manifestado en los exámenes de Julio y en la pública adjudicacion de premios. Los concurrentes oyeron leer en aquel solemne acto el siguiente discurso-memoria que por los datos que contiene completa la ligera reseña que nos propusimos hacer en la segunda parte de este artículo.

DISCURSO

LEIDO POR EL SECRETARIO ACCIDENTAL DE LA JUNTA LOCAL DE PRIMERA ENSEÑANZA EN EL SÓLEMNE ACTO DE LA ADJUDICACION DE PREMIOS Á LOS ALUMNOS DE PRIMERAS LETRAS DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE RONDA, EN 9 DE JULIO DE 1876.

SEÑORES:

Ocupando por un incidente casual, como encargado de la Seccion á que corresponde el ramo de Instruccion pública, el puesto de Secretario accidental de la Junta local de 1.ª enseñanza, me veo en la necesidad de molestar vuestra atencion por breves instantes.

Hágolo con la timidez de quien carece de títulos y de suficiencia para ello, pero impulsado por el deber, y en la confianza de la indulgencia de tan respetable y escogidísimo auditorio.

Voy á permitirme algunas ligeras consideraciones acerca de la importancia y trascendencia del solemne acto que en este momento se verifica.

Demasiado conoceis, Señores, el significado que tienen estos ejercicios y que nunca se solemnizarán bastante ni será mucha la pompa de que se revistan unas sesiones para tan encumbrados fines instituidas. Como que llevan por objeto codyuvar á dos fines á cual mas trascendental é importante, á cual mas fecundo y poderoso: premiar y estimular á los niños, á los alumnos, á la generacion que ha de sucedernos, y premiar tambien á los maestros, á los preceptores de nuestros hijos. Si de una parte esos pequeños estudiantes ván á recibir de la Junta local el merecido galardon á que se han hecho acreedores por su aplicacion y aprovechamiento, de otra ván á recibir tambien los Profesores un premio de gran valía; el de que Ronda conozca por el mérito de los discípulos, los frutos que los maestros han obtenido de su trabajo, su capacidad pedagógica, su amor á la enseñanza, y por último el modo que tienen de cumplir la difícil mision que la sociedad les tiene encomendada.

Bajo este punto de vista podriamos considerar, Señores, este acto como una verdadera exposicion donde los concurrentes son Profesores de primeras letras, que aspiran á la honorífica recompensa del aprecio y gratitud de sus convecinos.

¿Y qué debe resultar de aquí? Estímulo para los Profesores y estímulo para los alumnos; y este estímulo sabeis, Señores, que significa el progreso en la instruccion, el ensanche de los dominios en la enseñanza, el aumento de las conquistas de la ilustracion y la cultura, y todo ello reunido, un paso más para echar los cimientos de una nueva era de adelanto para Ronda. Si de un lado despertamos con recompensas la aficion á saber en esos pequeñuelos que son el porvenir de nuestra hermosa ciudad, de otro alentamos la fé y la constancia de los que tienen á su cuidado las pesadas y difíciles tareas de la educacion, para que continúen la obra saludable y civilizadora de formar buenos rondeños y ciudadanos útiles á la pátria.

Todos sabemos cuán importante es para la vida de los pueblos el fomento de la enseñanza; todos sabemos que es la primera y mas apremiante necesidad de una Nacion; á nadie se ocultan sus resultados: pero Señores, nunca en la sucesion de los tiempos y de las edades, en las infinitas trasformaciones y cambios porque ha pasado la humanidad, en el dilatado curso de la historia de la dominacion de la raza humana sobre la superficie del Planeta, se ha dado el caso, se ha puesto como en nuestros tiempos tan patente y claro, tan de relieve, su poderoso influjo y sus maravillosos resultados.

Se lanza Alemania sobre Francia como una espantosa avalancha, como una mortífera tromba; cae sobre el territorio francés ese ejército innumerable como el de Atila, del mismo orígen, de la misma procedencia que el que acaudillaba *el azote de Dios*, y pesa sobre la nacion vecina como una abrumadora plancha de acero: el mundo contempla horrorizado aquella terrible hecatombe, aquella titánica lucha, aquel espantoso desastre que destruye y pulveriza en la Nacion mas rica y floreciente hasta los gérmenes

mismos de su riqueza; y como si en los inescrutables designios de la Providencia no fuese bastante que el Aguila Germana destrozase el imperio mas poderoso de los tiempos modernos, la demagogia, ese medroso, fatídico y destructor engendro de la tiranía popular, completa la obra de desolacion de los Germanos y pasea en su repugnante delirio la tea incendaria de la revolucion, como si trajese á la vida histórica de la humanidad la desastrosa mision de no dejar en ese París, emporio de la civilizacion y de las luces, institucion con vida ni piedra sobre piedra.

Todo el mundo tiembla: Europa compadece á Francia, y cree hundido para siempre, ó cuando menos para mucho tiempo, aquel prestigio, aquel nombre, aquella fama que la proclamaba Reina del mundo en el siglo XIX, y sin embargo, aun puede soportar otro golpe mas temido que la destruccion y la guerra: las consecuencias de ella. Por un oneroso tratado de paz se compromete á satisfacer á la Prusia una masa enorme de numerario, una suma tan inmensa de millones, que por sí sola podria constituir el capital de una Nacion rica y poderosa. Pues bien, Señores, cuando para todos era cosa indudable que Francia postrada, exánime, aniquilada por tan fatales desgracias tardaria siglos enteros en reponerse; cuando parecia lógico que su industria, su comercio y su riqueza necesitára muchos años y muchos esfuerzos para volver á recuperar su antiguo esplendor, la vemos en el certámen de Filadelfia presentar aparatos, máquinas, artefactos y productos de su industria y de su ciencia, no ya á la envidiable altura de los que exponia en los últimos y florecientes tiempos del Imperio, sino con una superioridad inmensa, como si nada hubiese alterado la marcha progresiva de aquella productora Nacion, y como si la catástrofe de Sedán y el aborto de la Commune, dos hechos de los mas desastrosos que registra la historia del mundo, hubieran sido un pequeño incidente incapaz no de detener, sino ni aun de turbar el sosegado y magestuoso curso de aquel pueblo en el glorioso camino del progreso.

¿Y á qué se debe, Señores, este prodigio por el que ha conquistado Francia imperecederos y poderosos títulos á la admiracion general? Al eminente grado de ilustracion de sus hijos; á la enseñanza que tan perfectamente tiene organizada; á la primera enseñanza que es la fuente de toda instruccion, que ha sido en aquel pais fuente tambien de riqueza, y que hoy ha servido de fuente de saludables aguas para sanar las heridas de la pátria y robustecer ó recuperar sus aniquiladas fuerzas.

¿Sabeis quién llevó las victoriosas Aguilas Prusianas hasta dentro de los muros de París? No fué la organizacion de Bismark, la táctica de Molke, ni la pericia de Federico Cárlos. Fueron los maestros de primeras letras segun la propia confesion del Canciller Germánico.

Poco es cuanto se diga, Señores, en pró del fomento de la instruccion. Nunca será sobrado, ni aun bastante, lo que se haga en provecho de ella. Así lo ha comprendido la Junta local de Ronda, y en cumplimiento de sus altos deberes, ha procurado contribuir en este último período de un año, al desenvolvimiento de tan vital institucion, vigilando las clases, verificando los exámenes trimestrales determinados por la ley: procurando medios de atender á los útiles y menajes de que tanto necesitan las escuelas, gestionando el abono de los sueldos de los profesores, utilizando las buenas disposiciones del Iltre. Ayuntamiento y de su Presidente, hasta conseguir que en los exámenes públicos recientemente celebrados, se haya manifestado un adelanto positivo en todos los alumnos, un gran celo altamente honorífico en los profesores, y por último el estado de mejora general en que se encuentra la educacion en Ronda.

En este dicho año hemos tenido la satisfaccion de que se cree una nueva clase para la enseñanza de niñas, con la cual se ha aumentado el número hasta cuatro para la educacion de Señoritas, que con las cuatro establecidas para niños, son ya ocho los establecimientos oficiales de esta clase. En ellos reciben instruccion 586 niñas y 474 niños, que forman un total de 1060; entre los cuales se han distinguido por sus adelantos 136 alumnas y 142 alumnos que recibirán el premio merecido en este solemne momento.

Voy á dejar, Señores, de molestar vuestra atencion, manifestándoos que no ha visto sin embargo cumplidas sus aspiraciones la Junta, más que en la escasa medida de lo que pueden dar de sí las condiciones de la localidad, lo cual dista mucho de los ilimitados deseos que es natural animen á personas interesadas en el progreso y adelanto de nuestra querídisima ciudad de Ronda.—He concluido.

RAFAEL GUTIERREZ.

RECUERDO.

Cruzábamos el lago, blandamente
mecidos en la barca por las olas:
el sol, que se ocultaba en Occidente,
con nuestro amor dejábamos á solas.
Mis brazos rodeaban su cintura
y la brisa agitaba sus cabellos,

y en su frente con tímida dulzura
la tarde reflejaba sus destellos.
Silenciosos los dos nos contemplamos,
de amante frenesí con embeleso,
y tanto nuestros lábios acercamos
que escuchóse el rumor de un tierno beso.

. . . . . .

Y la luz se perdió: borróse el lago
y las aguas rizaron sus espumas;
en sus brazos dormíme con alhago
perdido de la noche entre las brumas.
¡Ay noche de placer! ¿por qué no hundiste
nuestros dormidos cuerpos en tu sombra?
¿Por qué con tus encantos... estendiste
á nuestros piés resbaladiza alfombra?
¿Y tú, plácido lago, que sereno
reflejas en tus ondas la campiña,
por qué no guarda tu profundo seno
el cuerpo de el amante y de la niña?
¿Si murió para mí, cómo respiro
teniendo el corazon hecho pedazos
y aun resbala en mis lábios su suspiro,
y aun estrechan mi pecho sus abrazos?

. . . . . .

Aun quema aquel recuerdo mi memoria;
trocóse aquel placer en duelo eterno;
que dejamos el lago de la Gloria
para entrar en los mares del Infierno!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO

A.....

SUSPIROS DEL ALMA.

Blanca luna consejera
De nuestros castos amores,
Si en tus plácidos fulgores
Bañas su faz hechicera,
Dila que mi suerte es fiera.

Y si para mí te envia
Los suspiros de su alma;
Hora está la noche en calma
Y al pecho falta alegría,
Dáselos al alma mia.

Y si del pesar excesos
Sus ojos derraman perlas,
Tu arcángel vaya á cogerlas...
En horas ¡ay! de embelesos
¡Cuántas me amparó en sus besos!

Dulces horas bendecidas
De las noches del Estío,
¿Por qué tornais, si el bien mio
Del brazo no os trae asidas?
¿Dichas de amor, do sois idas?

Auras, que junto á mi frente
Movísteis sus negros rizos,
Pues no traeis los hechizos
De su habla pura y ardiente,
Dejad vuestro son riente.

Flores, del alma venero,
Hermanas de la que un dia
Prendí en su pecho y oia
Delirios de amor sincero,
Decidla que yo la quiero.

A. ROSAL DE LA VEGA.

¡NO ES VERDAD!

¿No es verdad, niña hermosa, qus tus ojos
retratan de tu alma la bondad,
y á mí solo dirijes sus miradas?
¡ay! ¡no es verdad!

¿No es verdad que tus lábios serán mios,
que tu aliento en mi aliento beberás,
y que fiel, siempre fiel, sabrás amarme?
¡ay! ¡no es verdad!

¿No es verdad que si sueñas es conmigo,
que pensando, en mí solo pensarás,
y que ser en mi sér tan solo quieres?
¡ay! ¡no es verdad!

¿Y no es verdad que ya en mi pecho guardo
un corazon cansado de llorar,
que apenas sé si vive ó si está muerto?
¡ESO SÍ QUE ES VERDAD!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

RECTIFICACION.

En la charada de Sidi-Aliatar, inserta el número 72 de los Ecos, se omitió por una errata involuntaria el cuarto verso que decia:

«en conjunto y en detall»

lo cual debemos rectificar en honor de la exactitud.

Solucion á la charada inserta en el número anterior: MO—RA—TIN.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 24 Julio correspondiente al 8 Marzo 1876. Número 74.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.



R. I. P. A.

EL SEÑOR

DON JOSÉ RUIZ TORO,

REDACTOR DE LOS ECOS DEL GUADALEVIN,

HA FALLECIDO EN GRANADA

EL DIA 12 DE JULIO DE 1876 Á LOS 18 AÑOS DE EDAD.

EL DIRECTOR,

LA REDACCION Y COLABORADORES

SUPLICAN Á SUS NUMEROSOS AMIGOS Y Á LOS LECTORES DE ESTA REVISTA

RUEGUEN Á DIOS POR EL ALMA DEL MALOGRADO POETA.

NECROLOGÍA.

El que agradaba á Dios fué amado de él, y viviendo entre los pecadores fué trasladado.

Fué arrebatado para que la malicia no alterase su entendimiento, ó para que lo aparente no sedujera su alma.

L. de la Sabiduría cap. IV ver. 10 y 11.

I.

¡Ruiz Toro ha muerto!

No es posible dudarlo, y sin embargo yo tengo que esforzar mi razon para convencerme de tan funesta verdad: me parece un sueño sombrío, una pesadilla horrible, una inconcebible mentira.

¡Pobre amigo! ¡qué de esperanzas risueñas, que de ilusiones de gloria se lleva á la otra vida; qué de brillantes empresas sin realizar, qué de gigantescos planes sin ejecucion se traga el sepulcro!

¡Murió para siempre! Ha traspasado la temida barrera, ha hecho el viage á esas ignotas regiones de donde nunca se vuelve, ha dado el tremendo paso que lo separa para siempre de los que le amaban, ha ido á pagar la deuda que contrajo al nacer y á devolver á la tierra el polvo que ella le habia prestado para revestir su alma con las perecederas y miserable vestiduras del cuerpo.

¡Morir y morir á los diez y ocho años!

Con tan temprana muerte su vida ha sido para el mundo fruto que se agosta en flor, dia de felicidad que anochece en su aurora, sol que se apaga antes de lucir, espiga que destroza el huracan sin que madure el grano, pensamiento sublime que se desvanece antes de haber sido traducido en palabra.

Para los que le amaban, y le amaban cuantos le conocian, ha sido su triste fin á la vez que el mas inespirado el mas cruel de los golpes. A la amargura de no volver á verlo se une la desesperacion de perder los bienes que de él hubiéramos recibido.

Ha muerto un génio, ha perecido uua lumbrera: nosotros tenemos el convencimiento de que hubiera honrado á su pátria. lloramos á un grande hombre, y sin embargo, ni su nombre llegará á la posteridad adornado con la aureola de la gloria que él habria sabido conquistarse, ni su muerte dejará en el mundo mas huella que la del mas oscuro y vulgar de los nacidos.

Es muy triste nacer con un alma de fuego dotada por Dios para la sabiduría, tener un espíritu gigante como el de esos escogidos que pueden decir al mundo: «Dios me ha dado esta inteligencia reflejo de su divinidad y que tiene mucho de su íntima esencia para que brille como una estrella clarísima en las sombras de la noche de la ignorancia y el error: mi alma es de las privilegiadas por el Todopoderoso: mi razon es fuerte é inflexible para el descubrimiento de la verdad: mi inteligencia crea como trasunto que es, aunque limitado de Aquel que todo lo ha hecho: inventa mi fantasía y veo en mi mente cual si fuesen hechos reales, las armónicas formas de mis idealidades, revestidas con el brillante ropaje con que las adorna mi ardiente imaginacion: en mi cerebro arde esa chispa luminosa encendida al contacto del dedo de Dios que se llama inspiracion: yo domeño en fin la frágil materia de mi cuerpo que me liga al polvo de la tierra, y dirijo mi espíritu hácia lo único inmutable, intangible, inmenso, buscando en una aspiracion divina el solo goce que puede satisfacerme, la única fuente que puede apagar la abrasadora sed de mi alma» y es muy doloroso ser como ellos, un espíritu de tan perfecta belleza y morir tan pronto. ¡Oh! ¡si! El árbol cuajado de tan olorosas flores es cruel que lo destroce el rayo antes de haber dado la primera cosecha de su dulce y sasonado fruto.

. . . . . .

Ruiz Toro desde que tuvo uso de razon se sintió dominado por un deseo, por una aspiracion; saber y saber mucho. Mas tarde, cuando ya pudo llamarse hombre, cuando se dió razon de sus facultades, se propuso conquistarse una reputacion por medio del trabajo. Tenia ese verdadero amor al estudio que convierte al hombre en sábio, tenia esa constancia que hace todas las cosas fáciles, tenia la aplicacion que es necesaria para obtener verdaderos frutos de la ciencia, y sobre todo, poseia una gran actividad; una actividad sobre natural, por lo poco comun que es este don en los caracteres meridionales.

Con la conviccion de que el ser inteligente se debe á la sociedad en que nace; con conciencia de que la mision del buen ciudadano es la de ser útil á sus semejantes; conociendo que de la sabiduría, de la instruccion, de la ciencia, no hay bien que no dimane, estudió y estudió con tanto afan, que á esto solo puede decirse que ha dedicado los cortos años de su malograda existencia.

Ya era rico, ya era feliz, ya estaba satisfecho; poseia un tesoro de un valor incomparable, habia aprendido tanto, tanto, que sorprendia cómo siendo casi un niño habia tenido tiempo de adquirir tan profundos conocimientos, tal caudal de ideas.

La muerte ha destruido todo esto. Por eso es tan deplorable su fin: por eso no podrán consolarse nunca los que le amaban. El campo era fértil, la tierra habia sido labrada con esmero, se habia sembrado aprovechando hasta la mas insignificante porcion de la

superficie, la cosecha habia recibido la bendicion de Dios y prometia la felicidad con la abundancia, la dorada espiga agobiada con el peso del grano regocijaba la vista, y un dia de tempestad fué bastante para destruirlo todo; el rayo de la muerte quemó la miés y el huracan del olvido esparcerá muy pronto sus cenizas.

¿De qué te han servido ¡pobre amigo mio! tus desvelos, tu constancia y tu aplicacion? ¿De qué te servirán ya esas verdades que con la avaricia de la hormiga buscabas en tus libros, y con la constancia y la laboriosidad de la abeja tratabas de grabar en tu memoria? Todo ha sido en vano, todo se ha perdido; aquel cúmulo de materiales con que habias de labrar el alcázar que habia de servirte de pedestal de gloria, se ha desvanecido como mísero humo. La muerte que de un solo polpe cortó el hilo de tu existencia, ha estinguido aquella luz de tu razon que admirábamos radiante y esplendorosa, y tu cabeza, aquella cabeza altiva, tan llena de verdades, tan fecunda, tan sábia, ya no se levantará más ostentando en sus sienes la aureola del génio.

II.

Nunca como hoy ha preocupado mi mente la idea del porvenir de las almas: problema grandioso á cuyo estudio no he querido dar principio, abismo que siempre he temido sondear, misterio en que no me he querido detener medroso de cometer tan difícil empresa sin estar antes prevenido por la esperiencia y auxiliado por el conocimiento en la verdadera filosofía. La mucha ciencia dicen que acerca á Dios y la poca instruccion hace al ateo, y yo he tenido siempre horror á padecer esa negra enfermedad del alma que se llama descreimiento. Hoy me he quedado perplejo ante una idea. Aunque creyente por educacion y espiritualista por naturaleza, la muerte de mi amigo Ruiz Toro ha turbado la tranquila calma de mi espíritu, y he estado á punto de ser arrastrado á pesar mio al para mí tan temido campo del análisis.

Cuando pasados esos primeros momentos en que el dolor aturde, queriendo reflexionar sobre tan deplorable desgracia, me he dicho á mi mismo: tu amigo no existe; aquel que vivia tan cerca de ti; aquel con quien te reunias todos los dias al dejar el lecho y de quien te despedias todas las noches para entregarte al descanso, aquel con quien compartias todas tus satisfacciones y comunicabas tus secretos, en quien depositabas tus cuitas y confiabas tus esperanzas: el amigo cariñoso que te hacia partícipe de sus mas reconditos pensamientos, el hermano del corazon, el compañero de tu juventud ha muerto, ha desaparecido, y ya no volverás á verle, con un afan irresistible, con un interés inmenso, con el afan y el interés que nos inspira el porvenir de una persona querida, de esas con cuyas alegrías gozamos y con cuyas desgracias padecemos, he interrogado á mi razon, y mi razon pobre, miserable y limitada, y mi inteligencia oscura é impotente no me ha sabido responder.

¿Qué ha sido de mi amigo? ¡Es tan tupido el velo que oculta los misterios de ese *despues* á donde con tal celeridad nos vemos conducidos! ¡Son tan torpes los ojos de nuestra inteligencia para que alcancemos á sondear ni aun el secreto arcano de nuestra existencia!

Y sin embargo, yo en esta ocasion he sentido un deseo inmenso, un angustioso afan por penetrar el misterio que envuelve la otra vida; yo necesitaba buscar un lenitivo á mi quebranto en la con viccion de que él babria mejorado de existencia, y me he tenido que conformar con una esperanza.

Hemos recorrido unidos una gran parte de la carrera de nuestra vida sobre la tierra, hemos hecho juntos de ese camino que empieza en la cuna y concluye en el sepulcro la jornada mas corta, la mas fácil, la mas agradable, la que se recorre en los primeros años con el corazon lleno de ilusiones, la mente henchida de esperanzas y el cuerpo rebosando salud y alegría: de repente he sentido que sus dedos se desligaban de mis dedos, y que sin tiempo para enviarme el adios postrero, se hundia para siempre en el tenebroso abismo de la muerte. Aun sabiendo que vivir es caminar hácia el sepulcro, nunca me ha podido parecer mas terriblemente cierta esta verdad, nunca ha podido sorprenderme tanto.

Conociéndolo como lo conocia, viviendo con él en tal union que existia entre los dos una completa comunidad de pensamientos, de aspiraciones, de ideas y de esperanzas, ha pasado tan cerca de mí la muerte, que me he estremecido como si se agitase á mi alrededor el viento removido por sus alas invisibles, como si hubiera sentido mi rostro helarse al contacto del frio soplo de su aliento.

A los que le perdimos, nó nos queda mas refugio que la esperanza en Dios, ni mas lenitivo al dolor que la fé en que babrá mejorado su suerte.

¡Dulce aspiracion! ¡Risueño ideal del hombre justo! tú eres como una luz que brilla en la conciencia: vistes con los mas brillantes colores las buenas obras y destacas con las mas repugnantes tintas las malas acciones: tú eres como una misteriosa fuerza que impulsa á la humanidad constantemente al bien, tú regeneras el espíritu que desfallece agobiado en la terrible lucha de la vida y dominas y destruyes la fiereza del soberbio. Tú fluctúas en la conciencia de las generaciones como un cuerpo suspendido en el espacio solicitado por fuerzas idénticas, y estableces el

equilibrio del espíritu. Si fueras conviccion evidente, arrastrarias al odio y al desprecio de la vida: si pudiera llegarse á la evidencia de tu completa negacion, convertirias el mundo en una guarida de fieras.

Tú, idea regeneradora, eras tambien aspiracion constante de mi amigo; á tí dirigió una de sus últimas poesías, tú le inspíraste en los postreros meses de su existencia el siguiente sentido canto, que parece una dolorosa profecía de su desgraciado fin:

«. . . . . .

¿Qué esperanza le alienta en este mundo
al que siente la sed de lo infinito?
Pasar de la ilusion al desencanto,
luchar con las miserias de la vida,
que marcha envuelta en llanto,
á eso solo este mundo nos convida!
Huya pues de tu alma esa congoja
y tu mirada eleva al alto cielo:
todo lo puede Dios, hasta la hoja
que del árbol se arrastra por el suelo,
cede á su voluntad, pero la muerte
no acaba con el ser: otra existencia
mas allá del sepulcro nos destina
de Dios la omnipotencia;
una vida feliz, donde la calma
reina lejos del mundo, do el misterio
que envuelve nuestra vida
hasta el umbral del mismo cementerio
no existe para el alma;
una region feliz á donde vuela
el espiritu, imágen del Dios Fuerte....
A esa region voló tn hijo querido
cuando rompió la muerte
los lazos con que al polvo estaba unido.
Ya, exento de pasiones, hácia el mundo
una mirada tiende, y tu profundo
dolor al contemplar, á Dios consuelo
pide para tu alma,
y pídele dichoso, que en el Cielo
á su suerte la tuya vaya unida
cuando, al dejar la vida,
vuelva á tu pecho la perdida calma.» (1)

III.

«Buscaremos—me habia dicho muchas veces—dos hermanas que reunan las condiciones que tú y yo deseamos, y ya que no hemos nacido hermanos, haremos de la mujer, de ese ser á quien nos liga el afecto mas grande, mas inestinguible, mas tierno y mas verdadero, un estrecho lazo que supla los vínculos de la sangre».

¿Puede abrigar un pecho afectos mas nobles y apreciables? ¿puede profesarse mas puro, franco, desinteresado y cariñoso el sentimiento de la amistad?.....

He perdido un verdadero amigo, he perdido lo que es tan difícil encontrar en este mundo. ¡Qué solo me ha dejado, qué vacío tan penoso y triste ha quedado en mi corazon!

«Buscaremos dos hermanas de las condiciones que »tú y yo deseamos y *haremos de ellas un lazo que »supla los vínculos de la sangre, que es lo único »que nos falta para ser hermanos»...*

¡Pobre amigo mio! Este solo pensamiento patentiza la belleza de su corazon, esa idea fotografia sus sentimientos; es la fisonomía de su espíritu, todo amor y belleza, todo justicia y bondad. Los dos fines que encierra ese deseo suyo, son dos fases de su carácter, la manifestacion de dos de las cualidades mas hermosas de su corazon: el dulce afecto, el verdadero sentimiento de la amistad, y la adoracion, el entusiasta culto de admiracion que tributaba á la mujer; estremos de ese don glorificador, esclusivo de las almas puras, buenas y perfectas, el don de amor al Hacedor y sus criaturas.

¿Y dónde—le argüia yo—encontraremos, no ya dos, si no una sola mujer que reuna las cualidades que se encierran en ese *tú y yo deseamos*? Una mujer tal como tú la concibes, es una vana aunque risueña y poética aspiracion irrealizable, una concepcion sublime mas propia de un mundo de ángeles que de seres humanos. ¿Dónde hallarás—le añadia—una que pueda concebir una idea del amor tan sublime como tú la concibes; ni dónde tampoco la que pueda comprender el amor que tú eres capaz de sentir por ella?

Sí,—me decia con una amarga sonrisa en los lábios—seria preciso para esto regenerar la sociedad, que la fundáran sobre nuevas bases, porque lo que aleja á la mujer de la perfeccion relativa con que soñamos, no son sus defectos, si no los de la sociedad que las rodea. Hoy cuando mas, se instruye á la mujer, pero no se la educa; se le enseñan rudimentos de ciencias, pero no se le forman ni reforman sus inclinaciones; se le hace estudiar si es preciso hasta historia y lenguas, pero no se cuida de que aprendan modestia, humildad, resignacion y obediencia. Ponderando constantemente sus gracias, se las hace vanas y orgullosas, pero no se educan ni su corazon ni sus afectos.

. . . . . .

Su gran pasion era la mujer. Puede decirse que compartia el tiempo entre estudiar y pensar en ellas.

(1) Poesía dedicada á D. José Rodriguez-Caballero en la muerte de su hijo Cayetano.

Si en este pequeño recuerdo que hoy le dedico me pudiera estender á medida de mi deseo, deberia destinar muchas columnas al amor, porque el amor ha sido el gran episodio de su vida.

Tenia muy pocos años, y á su edad amar es el pensamiento constante, la idea fija, el ideal permanente, la ilusion risueña que dora á nuestro alrededor todos los objetos, como que en la juventud es para nosotros la mujer hada encantadora que venda nuestros ojos con un velo de rosa.

Buscando en ellas la satisfaccion de sus sublimes ensueños, encontraba espíritus pervertidos por las preocupaciones; buscando el amor del alma, se veia empeñado y envuelto en luchas esteriles de vanidad y de amor propio.

Cuando una amarga defeccion venia á herirle, acudia á depositar sus cuitas en mi amistad; y libre del temor de provocar la risa, esa risa con que el mundo incrédulo y superficial se mofa de los sentimientos mas delicados del hombre cuando este descubre una pequeña parte de su alma, en el desahogo del corazon, me decia: La mujer es un hermoso ángel que nace con alas para elevarse á los cielos, pero al crecer, la sociedad. torpemente pervertida, liga esas alas á la tierra. Si la mujer estuviera en condiciones de conocer y apreciar, que el fundamento de su felicidad consiste en la clase de afecto que sirva de base á su union con el hombre, si esto fuera el fin preponderante de sus aspiraciones, si pudieran sustraerse á la influencia de las costumbres, ó mejor dicho, si se las educase para ello, todas realizarian el ideal sublime del hombre de corazon, porque ellas son por naturaleza amantes, tiernas, buenas, virtuosas, como que constituyen la creacion mas perfecta de Dios, porque á la hermosura de espíritu, que es la belleza del hombre, reunen la del cuerpo, y aun es su alma mas delicada, mas sensible, mas apasionada y mas poética.

. . . . . .

Poco escribió Ruiz Toro: sus composiciones todas estan concebidas bajo la influencia del amoroso afan que dominaba en su corazon, pero impregnadas de la amarga meloncolía, de la tristeza que guardaba en su pecho nacida de los contrapuestos afectos que combatian en su alma lastimada, aunque no rendida, en la lucha entre el idealismo y la realidad.

Así lo significaba en sus *Rimas*; y antes de concluir no resisto al deseo de copiar una que él escribiria bien ageno de que era una prediccion de su muerte.

«. . . . . .

Lucho por arrancar de mi cerebro
las horribles ideas que me asaltan;
hago por estinguir de amor el fuego
que enciende mis entrañas.

Un desenlace busco que termine
de esta pasion el complicado drama;
pero es tan enredado el argumento
que la inventiva falta.

Para cortar el nudo es necesario
una situacion trágica:
un personaje ménos; pero aun dudo
si le dará esto fin á la jornada!....»

. . . . . .

¡Desgraciado amigo mio!

. . . . . .

Seále la tierra leve al que soñó tan brillantes ilusiones y concibió tan grandiosas ideas, al que pensó tan profundas verdades y al que tanto amó con la pureza de los ángeles.

RAFAEL GUTIERREZ JIMENEZ.

EN LA MUERTE DEL MALOGRADO POETA,

MI INOLVIDABLE AMIGO

Don José Ruiz Toro.

. . . . . .

Cesó la calentura, y al momento
Ese frio letal cundió doquiera,
Tu sien se despejó: pero tu aliento
Pugnaba por bogar en nuestra esfera,
Sin apenas poder; un sacerdote
Que velaba conmigo
Cual cariñoso amigo,
De nuevo se inclinó sobre tu lecho
Y con frase feliz, aunque insegura,
Con las manos unidas ante el pecho
Moduló penetrado de amargura
Esas palabras de tan dulce historia,
Que conducen las almas á la gloria.

Luego el silencio y la quietud reinaron....,
A la pálida luz de una bugía
Yo entreví que tus brazos se elevaron,
Y escuché de tus lábios «¡Madre mia!»
¿Es que á la Vírgen contemplaste acaso?
¿O es que á tu pobre madre despedias?
¡Quién sabe cuando acércase el Ocaso
Donde van del cantor las melodias...!

. . . . . .

Y caistes en éxtasis profundo...
Para siempre cerraronse tus lábios...
Y es que tu alma abandonaba el mundo,
Valle oscuro de penas y de agravios.
Es que despues de luchas y de guerra
Con tu delirio, en busca de consuelo
La tierra se inclinaba hácia la tierra
Y el ánima elevábase hasta el cielo...

Entonces me acerqué lleno de enojos
Y en tu ser encontré solo despojos,
Desbordóse mi mente en desvarios:
Y tan yerto cual tú, cerré tus ojos.....
¡Quién cerrará los mios!!

DOMINGO ARJONA CASADO.

Sr. D. Rafael Gutierrez Jimenez,

Granada 20 de Julio de 1876.

Querido amigo Rafael: Pídesme te dé pormenores de la muerte de nuestro malogrado Ruiz Toro, y he de darte gusto, aunque para ello tenga que agitar de nuevo este mar de ideas y de sentimientos que ha levantado en mi ánima la pérdida de tan caro amigo.

Y hay tanto que decir, que no sé por donde deba principiar.

Te hablaré primero de sus delirios, porque es lo que mejor sienta ahora á mi imaginacion zozobrante y de febriles ideas combatida.

Yo he visto al niño en la cuna al entornar sus ojos para dormir, soñar dando besos al aire y pronunciar con dulce voz el santo nombre de madre. Yo sé que el avaro sueña en el oro, y que vé agitarse al rededor de su lecho las víctimas de su codicia; yo sé que el enamorado vierte soñando lágrimas tristes que él cree se deshacen en la frente de su amada. Y ahora he visto, para pena mia, delirar á nuestro amigo y hablar con Becquer y Arolas, visto lo hé derramar amargo lloro por apuntes suyos que él creia perdidos, y cuando en medio de su delirio la sed de la calentura abrasaba sus lábios, pedir *versos de agua*, por cierta cantidad del líquido que tanto ansiaba.

Soñar para bien de la humanidad es la vida del poeta: unas veces sus sueños son alegres y causan placer, otras son tristes pesadillas que hacen llorar; y en la risa y en el llanto siempre hay una leccion moral que el corazon aprenda, una ráfaga de luz que alumbre el camino de la vida que conduce al cielo. Dios ha querido que los últimos instantes de nuestro amigo delirios sean, que hagan llorar, delirios sean que nos causen dolor; sin duda porque el dolor une los corazones y los enseña, al paso que el desmedido placer los torna egoistas é ignorantes.

Y era de llorar, sin miedo á los que se rien del llanto, ver aquella vida que se apagaba, enviando rayos de luz de su inteligencia; pero rayos tristes y moribundos como los que el sol despide en su ocaso, al hundirse en la inmensidad de los mares. Y era de llorar verlo morir mártir de su amor á *las letras*, y consagrarles en su agonía los mas dulces recuerdos; bien así como aquel valiente jóven de la Eneida de Virgilio, que moria por la pátria y de ella se acordaba dulcemente al espirar:

Et dulcis moriens, reminiscitur Argos.

Y era de llorar ver aquella ánima desligarse de los lazos de la materia, y al paso que sus fuerzas se iban concluyendo, ver crecer la pena en el corazon de sus infortunados padres. Ah! la muerte de un hijo debe ser en el corazon de los padres lo que seria en el mundo la falta del sol, lo que seria en la tierra la falta de aire que respirar. Porque un hijo es..... La vida es el sentimiento de cuanto nos rodea; la vida es el amor á lo grande, á lo justo, á lo bello, á lo sublime: un hijo es la vida. El alma es un ser que existe dentro de nosotros, que piensa dentro de nosotros, que recuerda dentro de nosotros, qne desea y que quiere dentro de nosotros: un hijo es el alma. Un hijo es la vida, un hijo es el alma. Yo lo he leido en el triste semblante de la madre de nuestro amigo en la noche fatal de su muerte. Por eso él la llamó en sus horas de agonía y fué su nombre santo lo postrimero que pronunciaron sus láb os, juntamente con una dulcísima deprecacion á la Vírgen de las Angustias, que delante habia. Él cruzó las manos, aquellas manos que tan hermosos conceptos escribieron, y dirigiendo sus ojos llenos de fé y confianza á la madre de los cristianos, esclamó: «Madre mia, amparadme». Y la Vírgen le amparó, porque con ella voló su espíritu al cielo, para cantar en aquellas regiones himnos mas alegres que los tristes y apenados, que á manera de suspiros, se exhalan en la tierra.

En mi alto ministerio, que indignamente ejerzo, amigo Rafael, el primer moribundo que auxiliaba era un hermano del corazon. Quédame él consuelo de que su muerte fué la del justo; porque en él los delirios de *las letras* eran mezclados con intervalos de luz en que solo se acordaba de limpiar su ánima de toda mancha por medio de la confesion, y en invocar el dulce nombre de Jesús y el de su Santísima Madre.

Cúpome tambien la triste suerte juntamente con mi amigo el poeta Argona Casado, de cerrarle los ojos y comunicar á sus padres la muerte del mejor de los hijos. Aun están sonando en mi corazon aquellas palabras salidas del alma de su padre en las que me ofrecia la sangre de sus venas, si la necesitaba, por haber estado al lado de su hijo en la hora postrimera. Ay! no sabia él que yo diera la sangre de las mias por restituir la vida á tan cariñoso amigo, y un ingenio á las letras españolas.

Lloras, Rafael? Pues ahora te digo yo, como en otro tiempo Horacio (aunque yo no lo sea) al cantor de Mantua consolándole de la muerte de Quintilio, que no hemos de tener vergüenza de llorar la muerte de hermano tan querido:

¿Quis desiderio sit pudor aut modus
Tam cari capitis?

Las lágrimas desahogan la pena, y ha de ser grande tu pesar por haber perdido al amigo de la infancia y al compañero inseparable en las literarias lides. Llora, pues; solo que nos resta otro consuelo á los que creemos en otra vida futura mejor que la presente. Levanta allí tu pensamiento, y de verdad te digo que se inundará tu alma de inefables consuelos.

Adios, Rafael, ya sabes te quiere muy de veras tu amigo

Francisco Jimenez Campaña.

EN LA SENTIDA MUERTE

de mi querido amigo D. José Ruiz Toro.

SONETO.

Desconsuelo, dolor, luto, tristeza,
Tu muerte entre nosotros ha dejado.....
Mas pensar que tu espíritu ha volado
A la morada donde el bien empieza,
Do luce la verdad, que por rareza
Se encuentra en este suelo desgraciado,
Solo con esto puede ser calmado
Del pesar que sentimos la crudeza.
Breve tu paso fué por este mundo,
Do bulle la pasion en torbellino
Que se revuelve en lodazal inmundo.
Llegastes al final de tu camino
En frágil barca por el mar profundo:
¡Feliz el que se acerca á lo divino!

GUILLERMO GONZALEZ PUYA.

A LA MEMORIA

de mi buen amigo y compañero D. José Ruiz Toro.

Mi amistad y mi cariño hácia tí me hacen tomar la pluma sin titubear para que en este número, corona funeraria en honor tuyo, sea mi dedicatoria parte integrante, siquiera la mas tosca y peor escrita. Pero tú sabes que si en toda ocasion mi pobre trabajo solo alcanza entre todos el último lugar, en esta, lo que á su mala forma y estilo se le niegue, hay que concederlo al sentimiento bajo el que ha sido escrito. En este sentido, tú mejor que nadie, pues desde la mansion del justo verás lo que en el corazon de tus contristados compañeros pasa, sabe que si no supera al de todos, iguala cuando menos al mejor.

Admite, pues, querido amigo, este recuerdo, débil muestra del que en el alma del que lo es tuyo dejas; pues hay sentimientos que al querer esteriorizarlos pierden tanto, que somera idea de ellos es solo lo que se logra dar.

Acostumbrados á mirar la muerte á través de un prisma de temores y esperanzas con bastante de pavura, siente el mortal su herida mayor al ver arrebatado por ella algun ser de su predileccion; pues á mas de verse separado de él para siempre en este mundo, la incertidumbre en que nos deja de su destino próximo, es la mayor parte á sumergirnos en la amargura y el desconsuelo. Pero al recordarte, al pensar en las ideas que con preferencia tu imaginacion acariciaba, la bondad de tu corazon, la excelencia de tu carácter, tus gustos é inclinaciones y lo ajustado que eran todos tus actos á la razon y á la justicia, y que este hermoso conjunto se reunia en tí á la edad de diez y ocho años, dejas, sí, amigo querido, un triste recuerdo en el corazon de los que tuvieron la honra de tratarte y la dicha de contarse entre tus amigos, nunca el temor de lo que en la vida á que con morir has nacido, pueda ocurrirte; pues cualquiera que sea el destino que Dios reserve á sus criaturas despues de esta vida, las bellísimas cualidades que poseias, dicen á los que te querian: estad tranquilos; porque de él es el reino de los justos.

RAFAEL MORALES DEL VALLE.

A LA MEMORIA

DE

MI DESGRACIADO Y MEJOR AMIGO, JOSÉ RUIZ TORO.

I.

Cuando el alma agota los sufrimientos de la vida, cuando el corazon desgarran horribles torturas y los ojos se dilatan en busca de un horizonte y solo encuentran sombras; cuando se evaporan las lágrimas al tocar con el fuego de las mejillas, entonces el espíritu, cansado de luchar, se eleva hasta Dios en busca del consuelo que le niega la tierra.

¡Vida, miserable momento que pasa apenas empieza; soplo que otro soplo apaga: el de la muerte; ¡qué efímera, que pequeña eres! ¡cuán poco vales!

¿Qué es ese aliento gigante y poderoso de que te revistes? Un mentiroso fantasma, que hiela el menor soplo del cierzo y abrasa el mas débil de los rayos del sol. Nube de brillantes colores, que desaparece y muere en el oscuro horizonte de la eternidad. Alborada de otra vida mas grande, verdaderamente hermosa é infinita, pero alborada triste, llena de lágrimas y de tormentos.

Hoy que lloro la muerte del mejor de mis amigos, de mi hermano del corazon, comprendo uan vez más, vida, lo poco que vales.

Sobre la cúpula gigante de tu soberbio templo, tenia él su aliento; tus áuras mas dulces y engañadoras arrullaban sus sueños y oreaban su frente: alfombra de laureles acariciaba sus plantas: el genio ardia en sus ojos y la inspiracion bebia en sus lábios: ¡y él desde el pináculo de la gloria ha rodado hasta el abismo de la tumba y su alma se ha remontado hasta el cielo despreciando tus miserables atavíos!

Ese es tu poder; esa es tu existencia; nada: un dia, un soplo, una nube, un sueño.

II.

Sombra querida, espíritu noble que desde el cielo me escuchas, oye un episodio de nuestra amistad que está clavado en mi imaginacion y en mi alma desde el dia que supe tu muerte.

El último mes de abril tendia sobre la vega de Granada su manto de flores.

Una tarde me manifestaste deseos de que visitáramos el cementerio, y accediendo á ellos me decidí á acompañarte.

Atravesamos los gigantes bosques de la Alhambra escuchando arrobados los dulces y meláncolicos trinos de los ruiseñores, el murmullo de los rápidos arroyos y de las fuentes y los gemidos de la brisa en las altísimas copas de los árboles.

Tú ibas sério y yo triste: por aquellos dias un sufrimiento grande acibaraba mi existencia.

Tú, conocedor y depositario de todos mis secretos, em-

pezaste á darme consejos y prodigarme consuelos al mismo tiempo que subíamos la empinada cuesta que conduce al Campo Santo.

Recuerdo que me repetiste muchas veces dos versos de un nocturno de Mas y Prat, sino me equivoco, que dicen así:

Amores que asesina el necio orgullo
no pueden sumergirse en el olvido.

y mezclabas á ellos una sonrisa amarga, como para hacerlos mas apropiados á mi situacion.

A la orilla del camino y un poco mas arriba de la entrada del Generalife, nos sentamos á descansar un rato. Pocos momentos llevábamos en aquel sitio cuando se ofreció á nuestros ojos un espectáculo tristísimo: cuatro hombres conducian un modesto ataud pintado de negro, y un anciano formaba todo el acompañamiento del fúnebre cortejo.

Preguntamos á aquel hombre que quién era el muerto, y nos contestó beñados sus ojos en lágrimas:

—Es mi hija, mi única hija que al marcharse al cielo me deja solo en el mundo.

Y sollozando, y con el corazon oprimido por el pesar, continuó aquel hombre su camino.

Ni una palabra de consuelo, ni una sola frase habia salido de nuestros lábios; tal fué la emocion que esperimentamos al escuchar al afligido anciano: despues los dos nos miramos fijamente, y como si un mismo sentimiento brotara en nuestra alma, nos levantamos á la vez y tú me dijiste:

Vamos á acompañar á esa muerta.

Y nos pusimos en marcha por la vereda que conduce á la última morada.

III.

Las postreras tintas de la tarde son vagas y melancólicas en todas partes, pero en ninguna tanto como en la Alhambra de Granada y en las colinas que la rodean: son tristes siempre, pero mucho mas en la mansion de la muerte.

El sol se habia perdido en el horizonte: negros nubarrones asomaban por las brillantes crestas de Sierra Nevada y empezaban á estenderse por el espacio con velocidad espantosa: un viento seco y frio agitaba con violencia las copas de los árboles y remontaba hasta el cielo giradores torbellinos de polvo.

El cementerio se mostraba á nuestros ojos en toda su magnífica y triste grandeza: ni una voz se escuchaba, ni el canto de un pájaro, ni aun siquiera los pasos de un sepulturero.

Diríase que la muerte imperaba allí, no solo bajo la humilde costra de la tierra, sino que escalaba las blancas paredes y tomaba posesion del espacio que cubria la ciudad de los muertos.

En el segundo pátio, y en el rincon destinado á los pobres (que allí tambien tienen sus barrios aparte), junto á una sencillísima lápida, un tosco peñon mas bien, estaba yo sentado, y ¿á qué negarlo? lloraba, y mis lábios murmuraban una oracion: debajo de aquella piedra dormia el último sueño un ángel.

Tú, amigo mio, estabas situado en la línea que divide aquel pátio en dos trozos tan desiguales, que separa á los pobres y á los ricos, á los que pueden costear suntuosos mausoleos ó elegantes nichos, y á los que se les dá un puñado de tierra para cubrir sus humanos despojos.

La noche se aproximaba á pasos agigantados y con ella la tempestad; un lejano trueno hízome despertar de mi paraxismo, murmuré una oracion de despedida y me dirigí hácia donde estabas.

Nunca, pobre amigo mio, te habia yo visto tan grave y pensativo: cuando estuve á tu lado recuerdo qne me digiste estas palabras:

—Antonio, este es el ejemplo mas asqueroso del orgullo mundano: *vanitas, vanitatum*: mira hácia la derecha, vé esas soberbias pirámides de marmol, esos lujosos y artísticos sepulcros; en ellos brilla la riqueza, en ellos se ostenta el poderío: en cambio, mira á la izquierda; rojizos montoncillos de tierra indican que debajo de cada uno se oculta quizás un generacon entera; toscas cruces de madera, podridas por la mano del tiempo y de los elementos, tienden sus brazos como protegiendo esas tumbas; pero quizá no habrás reparado en lo que se distingue mas el palacio de los ricos y la choza de los pobres en esta fantástica ciudad: la capilla del cementerio, el templo donde á Dios se adora en la última mansion, se levanta mas cerca de los pobres que de los ricos.

—Es verdad, te contesté yo.

—Quiera Dios que no me entierren á mi en el cementerio de Granada, me dijiste, y estas fueron nuestras últimas palabras.

Salimos del Campo Santo, y al bajar por las cuestas de la Alhambra, ya bien de noche, una horrorosa tormenta estallaba sobre la ciudad querida de los Reyes Católicos.

Tres meses han pasado apenas desde aquella tarde, y hoy la recuerdo, amigo mio, con lágrimas en los ojos y luto en el corazon: nunca podré olvidar tus últimas palabras: tal vez serian una prediccion de tu desgraciada suerte.

IV.

Musas, llorad conmigo: habeis perdido uno de vuestros mejores hijos, como yo he perdido el mejor de mis amigos.

En su frente brillaba el genio, la inspiracion bebia en sus lábios.

¡Pobre amigo mio! ¡Pobre hermano de mi corazon!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 4 Setiembre correspondiente al 15 Marzo 1876. Número 75.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: El Bailújan, por D. Antonio Morales Durán.—El bien (poesía), por D. Antonio Jimenez Verdejo.—La madre del marino (poesía), por D. Dionisio J. Delicado y Rendon.—Discurso pronunciado por D. Gabriel de Navas en el acto de la distribucion de premios á los alumnos de las escuelas de instruccion primaria de esta ciudad.—A la vírgen de los Dolores (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macías.—La madre del suicida (poesía), por D. Francisco Jimenez Campaña.—Rimas, por Don Antonio Jimenez Verdejo.

EL BAILUJAN.

Dificilmente se encontrará un pueblo mas amante del baile que el pueblo Filipino, y llega á tal estremo esta aficion, que por satisfacerla no dudan los indios pobres en enagenar sus posesiones rústicas ó la casa misma que habitan para con el producto de la venta costear y dar esplendor á sus fiestas favoritas.

En este articulejo me ocuparé del *Bailújan*, palabra con que designan los Peninsulares lo que por ahí se denomina *baile de candil.*

Con demasiada frecuencia rinden los indígenas culto á Terpsícore, pero sobre todo en los dias clásicos, como en los que se celebran festejos religiosos y profanos (?) en honor de los Santos, pasiones de los pueblos rurales. Entonces muchos habitantes de éstos últimos, adornan por lo general grotescamente sus domicilios en los que abundan comestibles, barricas de cerveza (bebida de la que se hace gran consumo en este archipiélago), el tabaco y el buyo (1).

A estos saraos asisten por lo comun muchos indivíduos de ambos sexos, invitados al efecto por los anfitriones; y en honor á la verdad debemos decir que concurren tambien varios señores, que aprovechándose y abusando algunas veces de la escesiva hospitalidad que distingue á los naturales de estas islas, se cuelan de rondon en donde quiera que hay algo que pueda proporcionales un rato de solaz. Conste, sin embargo, que obrar de tal manera está sancionado por la costumbre, y que por lo tanto semejante conducta no causa estrañeza, pero cáusala y grande el comportamiento de algunos de estos intrusos que gastan, molestan y meten ruido en esas tertulias como si tuviesen lugar en un sitio público.

Apenas se oyen los primeros acordes de la orquesta, que no falta nunca, comienza el baile que suele durar bastantes boras: bien podria citar alguno, que se ha prolongado hasta cuarenta y ocho horas consecutivas.

Las *dalagas* (1) no se dan punto de reposo; los amadores de oficio aguzan su ingenio para avasallar voluntades; los dueños de la casa se convierten en criados de sus visitantes, y todo en fin, es animacion y alegría.

Las indias *matandás* (2) fuman medio dormitando en algun rincon, ó mastican buyo; los émulos de Heliogábalo devoran cuanto se les presenta en el comedor.

La diversidad de colores en los trajes, la diferencia de razas entre los concurrentes á esta clase de diversiones, forman contrastes notables y raros tanto en el órden físico como en el moral.

Pensarán mis amables lectores de la Península, que como consecuencia natural de tales reuniones, los que las inician se relacionarán con cuantos disfrutan de ellas: pues nada de eso sucede. Cuando concluyen aquellas, cada mochuelo se vá á su olivo, ó lo que es lo mismo, cada prójimo á su morada sin

(1) El buyo está compuesto de un pedacito de fruta de bonga y la mitad de una hoja verde de buyo, embadurnada de cal por la parte interior, que cubre aquella. Se espende en muchas tiendas de comestibles del pais y tiene la forma de una ruedecita como de una pulgada de largo próximamente y media de ancho. Los indios y chinos de ambos sexos y aun algunos europeos que cuentan larga residencia en Filipinas, lo mascan como hacen otros con el tabaco. El buyo tiñe la dentadura de un color sanguinolento y despide un olor acre como su sabor. Dicen que es estomacal, pero en mi humilde opinion, á mas de ser arqueroso es nocivo.

(1) Esta frase en tagalog, dialecto que se habla en la isla de Luzon, significa solteras, jóvenes.

(2) En tagalog, ancianas.

volverse á acordar de los que á costa de su dinero y su paciencia hiciéronles pasar una agradable velada.

Para hacerse cabal idea de lo que es un bailújan es preciso verlo; así, pues, si algun suscritor de los Ecos siente curiosidad de saber prácticamente lo que es la fiesta que acabo de describir á vuela pluma, dése un paseito hácia aquí, que el viaje, segun dicen en la madre pátria varios caballeros que no lo han hecho, es de recreo.

ANTONIO MORALES DURÁN.

Manila, 1876.

EL BIEN.

A MI QUERIDA HERMANA JOSEFA.

Una tarde de Mayo, hermana mia,
menos pura que tú, menos hermosa,
alegre te veia
correr por nuestro huerto, bulliciosa
cuidando de las flores,
como cuida una madre cariñosa
del fruto celestial de sus amores.
Escondido en un hueco
de la terriza tápia destruida,
un rosal casi seco,
que ni una sola rosa dió en su vida,
sus amarillos tallos inclinaba:
nadie de él se cuidaba;
pero tu pura mano con cariño
cortó sus ramas secas, dióle riego,
puso tierra en el tronco descarnado,
y en rosal trasformado
dejó lo que antes era, á nuestros ojos,
nido de orugas y monton de abrojos.
Y ya desde aquel dia
fué aquel rosal tu cariñoso amigo:
cada vez mas lozano se estendia,
y llegó á ser la planta mas hermosa
que en nuestro humilde huertecillo habia.
¿Te acuerdas del placer que una mañana,
despues de corta ausencia,
recibiste al notar que en tu ventana
derramaban su esencia,
pabellones de rosas que caian
de los pomposos tallos
que en sus pintados hierros se mecian?
Era el primer saludo
que el ser á quien cuidaste mústio y seco,
con su lenguaje misterioso y mudo,
desde su oscuro hueco
hasta tu casto nido
entre aromas llevaba agradecido.
Era el fruto del bien que habias sembrado
que frutos producia:
y aunque el mundo algun dia
vierta en tu corazon fieros dolores,
procura conservar en tu memoria
esta sencilla historia
que fué de nuestra infancia en los albores:
brote el bien de tus manos purpurinas,
que el mal produce espinas
y el bien si se cultiva nos dá flores!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

LA MADRE DEL MARINO.

¡Hasta la vuelta! me dijo
y partió del oro en pos;
tú solo sabes, gran Dios,
si volverá ó no mi hijo.

¿Cómo se pudo arrancar
de mis cariñosos brazos,
sabiendo que en mil pedazos
me iba el pecho á desgarrar?

¡Ay! yo le dejé partir,
yo no supe detenerle:
¡que vuelva otra vez á verle,
Dios mio, antes de morir!

En el sereno horizonte
del ancho mar, allá lejos,
á los últimos reflejos
del sol que traspone el monte,

Distingo la blanca vela
que hinchada al soplo del viento
sobre el líquido elemento
arrastra su barquichuela.

¡Cuán ligera se desliza!
parece una gaviota
que con las álas azota
la azul onda movediza.

Ya poco á poco se hunde
el casco bajo la espuma,
ya entre pliegues mil la bruma
el aparejo confunde.

Y avanza siempre, se aleja
llevándose al hijo mio!
¡oro vil, destino impío,

cuán sola y triste me deja!

Ya despareció ¡malhaya
la ambicion que me lo quita!
¡oidme, Vírgen bendita,
volvedlo salvo á esta playa!

¡Apiadaos de mi incierto
temor, mirad mi quebranto,
y muévaos, Señora, el llanto,
amargo que por él vierto!

Ved, que dolor mas prolijo
no hay que mi pecho taladre...
¡Señora, oidme, soy madre,
haced que vuelva mi hijo!

Dionisio J. Delicado y Rendon.

DISCURSO

QUE CON MOTIVO DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS Á LOS ALUMNOS DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DE ÉSTA CIUDAD, PRONUNCIÓ, COMO VOCAL DE LA JUNTA DE LAS MISMAS, D. Gabriel de Navas cura ecónomo de la Iglesia parroquial de Ntra. Sra. del Socorro el dia 2 de Julio de 1876.

SEÑORES:

Si el hombre con todos los demás seres de la creacion no han podido venir á su existencia por el acaso, ó por su propia procreacion mediante el concurso afluente de átomos indescriptibles, si desde lo mas recóndito de nuestro sentido íntimo percibimos una brillante luz, que libre de todo objeto criado eleva su orígen hasta la divina esencia é ilumina misteriosamente nuestra inteligencia, si el hombre no ha sido formado desde su creacion para una vida nómada y salvaje, sino para tener aquellos goces que lleva consigo la sociedad con su íntima comunicacion y recíproca conveniencia con los demás; si existe en nosotros mismos un espíritu que sin conjunto de partes que lo compogan posee la inmortalidad y lo eterno, sobreviviendo de éste modo á todo lo corpóreo y corruptible; si existe en fin un Dios, Dios creador y regulador del universo, orígen y principio de toda bondad, fuente de toda sabiduría, é inmutable centro de justicia, precisa y necesariamente debemos inferir, que sin lastimar en nada los derechos del hombre, tenemos muchos mas deberes que cumplir, no solo para con Dios, si que tambien para con nosotros mismos, y para con nuestros semejantes.

Honrado con inmerecida distincion para tomar la palabra por segunda vez en tan solemne acto, no puedo menos de presentarme con el doble carácter de vocal, aunque el mas humilde, de tan benemérita como ilustrada Junta de Instruccion Primaria, y como Ministro, aunque indigno, de la Religion santa del Crucificado: y si por el primer cargo me hallo en la imprescindible obligacion de inculcar en el tierno corazon de la juventud los deberes á que está obligado el hombre en todo el decurso de su vida, por el segundo debo conducirlo por medio de mi doctrina á su verdadera y eterna felicidad.

Débiles, muy débiles son mis fuerzas para dar cima á este propósito, si atendemos por una parte á la carencia de dotes oratorias que me asiste para llevar á vuestra inteligencia la persuacion y el convencimiento, y por otra la altura á que se hallan por sus profundos conocimientos, todos aquellos que, amantes de las letras, nos favorecen con su amable asistencia, dispensándome por lo tanto su reconocida indulgencia en su benévola atencion á mi mal trazado discurso.

No hay duda, Señores, que dotado el hombre de facultades intelectuales que lo subliman á un estado poco menos que el ángel, se hallan estas, valiéndome de la espresion del apóstol Pablo, encerradas en la cárcel del cuerpo, esperando, digamóslo así, el perfecto desarrollo de éste para desarrollar ellas tambien toda su magnitud y fuerza, toda su grandeza, toda la estencion é intensidad de sus inteligentes actos.

Semejantes á aquella tierra que llena de feracidad y fuerza productiva espera lo mismo los ardorosos rayos del sol que la fecundice, que la abundante y copiosa lluvia que la refrigere, lo mismo la estacion oportuna de la siembra que el brazo constante del laborioso labrador para dar en su tiempo los mas preciosos frutos, así las facultades intelectuales del hombre, mientras que el cuerpo que las cubre no llega á su perfecto desarrollo, mientras que el sol de justicia no dirija y difunda sobre ellas luminosos rayos de inefable luz, mientras no se refrigeren con la copiosa y abundante lluvia de sanas doctrinas que las hagan conducir al santuario de la verdad, mientras éstas facultades intelectuales en su tiempo oportuno, y con asiduo trabajo de sábios y prudentes maestros no se ilustren y se conduzcan por el camino recto del saber y la virtud, no darán jamás aquellos frutos, aquellas elucubraciones fundadas en la recta razon, justicia y moralidad. Yo, Señores, al representarme los deberes del hombre y la imperiosa necesidad que tiene de ilustrar su entendimiento para cumplirlos, descubro que llegará á su perfecta realizacion si es conducido por una triple educacion, en consonancia con la triple vida en que puede considerarse. El hombre vive por los sentidos, vive por su libertad é inteligencia, y vive por una vida futura. Para la vida de los sentidos está llamada la educacion doméstica, para la de la libertad é inteligencia la educacion científica, y para la vida eterna la educacion religiosa.

Es tan perfecto el estrecho enlace que existe entre

cada una de estas, que dándose la mano la una á la otra, son los eslabones de una cadena que conduce al hombre á aquella perfectibilidad de que es susceptible en su creacion.

¿Qué es el hombre en los primeros años de su existencia? Un niño inocente, una flor preciosa que por todas partes difunde el fragante aroma del candor y la pureza, aun su alma no se halla contaminada con las inspiraciones del mal. Miradle como juguetea inquieto, discurre y se entretiene con sus iguales ocupado con objetos frívolos y superficiales; observadlo y conocereis hasta la evidencia que todos sus actos obedecen principalmente á la impresion de los sentidos. Siempre veleidoso, siempre insconstante, su voluntad vírgen se dirige á objetos que por su irreflexion y ligereza no conoce, ni mucho menos el mal que pueden causarle. La pérdida de un juguete insignificante los afiije, la posesion del mismo los llena de satisfaccion como si poseyeran un tesoro, y llenaran con él todas sus aspiraciones. Presentadles un argumento aunque sencillo para corregirlo ó para instruirlo, y tendreis el convencimiento que sus facultades intelectuales aun no están desarrolladas para poder penetrar en el fondo de la verdad.

En este estado es cuando la educacion doméstica debe ejercer toda su actividad é influencia: la educacion de los padres, ó mejor dicho, las costumbres de los padres formarán las costumbres y los hábitos de los hijos, que llevados, no por argumentos científicos, si no por el ejemplo que se les presente, conducidos como son por la impresion de los sentidos, forman en su tierno corazon una copia del dechado de sus costumbres: los padres honrados sembrarán en el corazon de sus hijos principios de virtud, los piadosos principios de piedad.

Pero si el padre de familia en su educacion doméstica está obligado á formar en el corazon de sus hijos un verdadero núcleo de virtud y honradez, con particular esmero, con especial tacto y cuidado debe inspirarles aquel respeto, aquella sumision y obediencia que haga resplandecer en todos sus actos el principio de autoridad, que sin aparecer degradados, acaten y reverencien las disposiciones y órdenes de sus mayores, siempre con docilidad, siempre con sencillez, siempre sumisos y deferentes. Lejos, muy lejos de ellos ese espíritu de soberbia, ese espíritu altanero, ese espíritu desenvuelto, que, mal entendido y peor interpretado, suele llamarse en nuestro siglo gran disposicion, luces muy claras, integencia precoz; como si la inteligencia precoz y las luces claras estuviesen reñidas con la humildad sin humillacion, con deferencia sin anonadamiento, con el respeto sin el envilecimiento.

El hombre que en su infancia es reprimido eficazmente en la poderosa impresion de los sentidos, y pasa del hogar doméstico á la vida de la libertad é inteligencia, lleva consigo un caudal de moralidad y buenas disposiciones para recibir la segunda educacion, ó sea la científica que ilustre su entendimiento. La educacion doméstica del hombre aplicada á la represion de las impresiones sensitivas, es la que hace formar aquel buen criterio, aquellas felices combinaciones, aquellas exactas comparaciones, y constituida en base fundamental de toda educacion, se la vé formar aquellos juicios tan acertados, aquella buena fé en la controversia, aquella aversion á la falacia y al error, aquella imparcialidad, en fin, unida al buen deseo de hallar la verdad, como objeto de su sentimiento en la educacion científica.

Pero el hombre ya no es aquel párvulo que sin darse cuenta de sus actos obraba solo impresionado por sus sentidos: el hombre ha pasado ya á un estado en que dasarrollado el cuerpo, sus facultades intelectuales han tomado tambien su natural desarrollo, y ya le vemos cuál hace uso de aquel libre alvedrío, de aquella libertad de que está dotado para que el mérito ó demérito le sea imputado. Ya le vemos ansioso por cultivar su entendimiento: la ciencia, el saber, el conocimiento de la verdad es el objeto de todas sus ilusiones, ya vá á lanzarse en el mundo de las letras, ya vá á contraer íntimas relaciones con filósofos antiguos y modernos, ya vá á evocar de la historia los hechos mas culminantes de la humanidad; el hombre, en fin, en busca de lo verdadero y cierto, se entrega dócilmente á la autoridad de un catedrático que le esplica, de un autor que le presta sus páginas, de un amigo simpático que en todos tonos le aconseja: ¿qué catedrático, qué autores, y qué amigos podremos presentarle para que pueda conducirse por el camino recto de la verdad?

Sin entrar en detalles de tantos impíos como han trastornado la verdadera filosofía y la verdadera ciencia para obstruir el paso al conocimiento de la verdad, solo me contraeré á Voltaire que en su plan sistemático de ridiculizarlo todo, aconsejaba á sus adeptos que estendiesen sus sátiras, sus fábulas, su ridículo, sus calumnias y errores en todas lae clases de la sociedad, infiltrando de este modo su pestífera doctrina en proporcion á la ilustracion, posicion social y circunstancias que acompañasen al indivíduo.

Al labrador en sus tierras, al artista en su taller, al propietario en su indigencia, al letrado en su bufete, al empleado en su destino, al legislador en su curul, al catedrático en su cátedra; diseminad por todas partes mi doctrina, y no en muy lejano porvenir vereis por tierra todo el edificio del saber humano: vereis cómo renace, en voz del esclarecimiento de la verdad, una nueva Babel en la república de las letras.

Voltaire, Renan, Rousseau, los racionalistas, los ateos, los materialistas, y otros muchos fieles hijos del protestantismo, se han presentado en el estadio de las le-

tras y el saber, haciendo con sus errores mas inaccesible la entrada al santuario de la verdad. Cuando naturalmente somos conducidos al esclarecimiento de ella, tanta doctrina falsa, tantos errores, tanta incoherencia, tanta fábula, solo nos ha traido la duda, la indiferencia, el descreimiento, y la mala fé.

¿Qué catedráticos, que autores, qué amigos, podrá elegir el hombre al dar principio á la ilustracion de su entendimiento?

La razon que no es otra cosa que la facultad de discurrir, y por lo tanto una disposicion á recibir las ideas, si éstas fueren rectas, rectos serán sus juicios, rectos sus raciocinios; mas si fuesen falsas, depravadas y erróneas, falsos, depravados y erróneos serán sus juicios, sus raciocinios y discursos.

Entregad la inteligencia del novel literato á la doctrina de los anteriores filósofos, y como por encanto, creyendo haber hallado la piedra filosofal, le parecerá que ha alcanzado la cúspide de la ciencia, cuando en realidad se halla envuelto en la sombra del error.

Una historia que adultera los hechos, pero escrita y esplicada con todas las flores de la mayor elegsncia, á pesar de sus flores y elegancia ¿podrá conducirlo á la verdad? El que le enseña que la propiedad es un robo, y que el verdadero robo es lícito, el que le dice que el crímen en caso de ser hecho consumado, debe respetarse ¿lo habrá conducido á la verdadera idea de lo justo y lo injusto? El filósofo que de la alta dignidad del hombre lo rebaje á la miserable condicion de un mono ¿podrá conducirlo á la verdad? El que le enseña que su razon, y solo su razon es el juez arbitro para decidir en tantas y tan trascendentales cuestiones como se presentan en la verdadera ciencia, entregándose por lo tanto á su libre exámen, y á sus instintos naturales aun en los principios eternos de verdad, ¿lo habrá conducido á esta verdad?

Ciertamente, Señores, que contrista el corazon ver como pululan éstas y otras nefandas doctrinas en nuestra contemporánea ilustracion, y que no se necesita un ojo de lince, ni demasiado previsor para conocer que vamos llegando insensiblemente, pero á paso agigantado con nuestra moderna filosofía á las estravagancias, al sensualismo, á la molicie, y á la corrupcion del paganismo.

En los reducidos límites de un discurso, y en el corto tiempo que he tenido para confeccionarlo, no me es posible hacer ni un pequeño bosquejo del estado de la familia y la sociedad cuando Grecia y Roma se hallaban en todo el apogeo de su literatura y ciencia, y que comparado con el nuestro aparecen ya casi paralelos en su marcha á la degradacion y al vicio. No era la verdadera ciencia la que los precipitaba al degradante estado, como no es hoy la sana y verdadera ilustracion la que nos apróxima á ellos; entonces como ahora los filósofos estraviados estraviaban las creencias, la opinion, y las costumbres del pueblo.

Esta, Señores, no es la ilustracion, no es la educacion científica que debe dársele al hombre en su vida de libertad é inteligencia. Autores y catedráticos que lo lleven á la fuente de cristalinas aguas, que lo conduzcan al santuario de la verdad por medio de doctrinas sanas, que le hagan comprender la idea de lo justo y de lo injusto, de la virtud y el vicio, que le enseñen la verdadera historia de la humanidad desde la misma creacion del hombre, filósofos en fin que le evidencien con su doctrina la existencia de un Dios, de quien dependemos, y la existencia de su alma inmortal é imperecedera.

Autores, catedráticos y filósofos que le presten una educacion verdaderamente científica, verdaderos conocimientos de la naturaleza, verdaderos conocimientos del hombre, verdaderos conocimientos en las bellas artes, verdaderos conocimientos en todos los ámbitos del saber humano, y huyendo del charlatanismo y la insulsa palabrería sean sus elucubraciones profundas, sus pensamientos elevados y fecundos, bien basadas sus razones, y su decir persuasivo y correcto, al par que grave y armonioso.

Esta es la gran cuestion interesante en la educacion científica del hombre: la eleccion de autores y maestros es la que decide la rectitud ó estravío de su razon; de ésta eleccion depende la buena ó mala moralidad de sus costumbres, pues que si la mala doctrina es un Babel en el órden científico, Babel es tambien en su aplicacion al órden moral, llevando la corrupcion y el vicio á todos los ángulos del hogar doméstico, y es la razon porqué además de la educacion doméstica y científica, necesita el hombre tambien la educacion religiosa, si ha de cumplir con todos sus deberes.

La educacion religiosa es tan necesaria al hombre, que sin ella la educacion doméstica es vana, y la científica nociva; pues que si las dos últimas le prescriben sus deberes para con la sociedad, la primera lo conduce á la verdad personificada, al bien inmutable y eterno, al bien que calma todos los deseos de que abunda nuestro corazon; la religion nos conduce por el recto camino de la virtud para obtener la posesion de una felicidad eterna.

Ante todas cosas, decia Ciceron, es preciso adorar los dioses. Este lenguaje era el del orador del senado y pueblo romano, cuando estos dioses se hallaban no solo en los templos, sino tambien en las casas y en los huertos, segun cada cual los forjaba en su mente caprichosa para adorarlos: ésto decia cuando los ojos de sus ídolos permanecian cerrados y sus oidos sordos para responder á sus plegarias: esto decia en observancia de una religion cuyos sacerdotes no podrian menos de reirse mútuamente conociendo su falsedad y la estúpida credu-

lidad de sus secuaces: esto decia en observancia de una religion que tantas y tan repetidas veces habia sido castigado por Dios, como religion idólatra, como contraria á sus divinos preceptos.

Y si Ciceron hablaba así de una religion falsa, si asi levantaba su voz en el capitolio, ¿qué deberemos hacer nosotros, los ministros de la religion verdadera, habiendo recibido de su divino fundador el especial mandato de—id y enseñad á todas las gentes, lo que os he prescripto, lo que me habeis oido, y enseñado—? ¿Cuál no debe ser nuestro cuidado en prestar al hombre una educacion religiosa, para que ante todas cosas cumpla con los deberes para con Dios, su adoracion y su culto?

Afortunadamente, ó mejor dicho, por una misericordia del Señor nos hallamos en el seno de una religion cuyo fundador, Cristo Jesus, ha dado pruebas hasta la evidencia de su divinidad; una religion que no hay virtud que no prescriba, ni vicio que no persiga; una religion sellada con la sangre de innumerables víctimas que la derramaron confesando la divinidad de la primera víctima del Calvario; una religion cuyos dogmas no han sufrido variacion alguna en diez y nueve siglos de su existencia; una religion en fin cuyos ministros, lejos de reirse mútuamente no creyendo en la santidad de sus dogmas y preceptos, por el contrario, los han defendido con valentía y espiritu levantado, aun en los dias de persecucion que alcanzamos, teniendo la conviccion de su veracidad, de su santidad, de su divinidad. ¿Esta religion, Señores, no será digna de educar al hombre? ¿no tendrá todo derecho de exigir su estricta observancia? ¿no podrá ocupar un lugar preferente en la educacion del hombre si ha de cumplir con sus deberes?

Con la educacion religiosa se perfecciona la educacion doméstica: ella dicta reglas las mas sábias y justas en los deberes de los padres para con sus hijos, y de estos para con los padres, ella dicta los deberes del marido para con la mujer, y de ésta para con él, ella establece la paz, el concierto y buena armonía en la familia, parte componente de la sociedad.

La educacion religiosa es el complemento de la educacion científica é intelectual, porque todas las verdades de las ciencias naturales se dirijen y se arreglan á la verdad inmutable y eterna, donde descansan como en su centro, toda vez que son rayos luminosos emanados de este centro, que reflejando en nuestra alma vuelven á buscarlo, pudiendo decir con un sábio y sagrado escritor, que la filosofia es una preparacion y un camino abierto para el que quiere recibir de Cristo la plenitud de la ciencia. Así como ésta misma filosofía fué para los Griegos lo que fué la ley para los hebreos, un pedagogo que los preparó para recibir el Cristo.

Establecida ya esta perfecta armonía entre la educacion doméstica, científica y religiosa en el hombre, no hay duda que llegará á comprender sus deberes domésticos científicos y religiosos, y que de no cumplirlos sentirá siempre en su conciencia el peso de los mas crueles remordimientos.

Que nuestros afanes, que nuestros cuidados y atenciones por el verdadero progreso y adelanto de la juventud no sean en balde, aplicando esta triple educacion: por parte de los padres de familia la educacion doméstica, por los preceptores y maestros la científica, y por los ministros del santuario la religiosa. De los padres de familia esperan sus hijos ejemplos de virtud y aversion al vicio, que sean el dechado perfecto que puedan imitar, que jamás los escandalicen si no quieren hacerse reos del castigo tremendo que les fulmina el divino Redentor en su evangelio.

Vosotros, maestros y preceptores, sois los encargados por estos mismos padres, por la sociedad entera, y en su representacion esta benemérita Junta, para que la educacion científica que presteis á esos nuevos planteles que mañana hán de sucedernos en todos los puestos sociales, sea en perfecta conformidad con los mas sanos principios, uniendo armoniosamente el progreso de la ciencia y bellas artes con la piedad y sana moral, el adelanto con la fé y creencias religiosas, y la civilizacion con la dignidad y excelencia del Cristiano Católico.

Y á nosotros los ministros del Señor, como pastores legítimos de su grey, nos está confiada la enseñanza de la religion, separándolos de la mala doctrina que mancha sus creencias, y los aparta del recto camino que los conduce á un venturoso porvenir. He dicho.

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

(CONTINUACION.)

IV.

¿Vísteis alguna vez cómo rodean
Desalmados y hambrientos criminales
Al cordero que apresan y golpean
Saciando en él sus ímpetus brutales?
Así, y aun mas feroces se recrean,
Cegados por las furias infernales,
Maltratando á Jesús, bajos é impíos,
Los cobardes, sacrílegos judíos.

Su palabra santísima y fecunda
En la tierra vibró; su grave acento
Causa en el alma sensacion profunda
Y la colma de fé y de sentimiento;
Mas la impiedad irguiéndose iracunda
Al sentirse lanzada de su asiento,
Su inhumano rencor desencadena
Y á ignominiosa muerte le condena.

Y ya entre la salvaje gritería
Que arrancára el furor mas concentrado,
Siguiendo va la dolorosa via
Para ser en el Gólgota inmolado.
En el suplicio aquel lo halla María,
Y al verlo sudoroso y fatigado
Bajo el leño fatal que le doblega,
Ante Jesús la desdichada llega.

¿Y es ese que camina entre sayones
El *Hijo de David*? Por cuál delito
Merece tan sañudas maldiciones
Y el rigor de la ley mas inaudito?
¿Hizo algun mal? Con sus divinos dones,
Con la pureza de su amor bendito
¿No deja y reconoce á los humanos
Hijos todos de Dios, todos hermanos?

¡Horrible iniquidad! Y hay un momento
En que duda la Virgen galilea,
Rechazando con noble sentimiento
La espantosa verdad que le rodea;
No puede comprender su pensamiento
Que tanta ingratitud posible sea;
Pero allí está su Dios, su Dios que gime
Entre la plebe hostil que le deprime.

Era Jesús; y con afan vehemente
¡Hijo! murmura; y su adorable hijo
Alzando la cabeza lentamente,
En ella queda un breve instante fijo,
Y al contemplarla en su espresion doliente
Con voz desfallecida *¡Madre!* dijo:
Y angustiado, convulso y vacilante,
Con la pesada cruz sigue adelante.

Muda por el dolor; desencajados
Los tristes ojos; respirando apenas,
La Vírgen ve sus pasos desmayados,
De inmundo polvo sus facciones llenas;
Maceradas las sienes, y empapados
Con la sangre preciosa de sus venas,
Los gruesos y asperísimos cordeles
Que á su cuello ciñeran los crueles.

Ve su mirada débil y abatida,
Y ve con aflicción desgarradora
Que vá espirando el Alma de su vida,
Y no le es dado en tan suprema hora
Ni ofrecerle cual triste despedida
Una sola espresion consoladora.....
¡Cómo la Madre del Señor apura
No la copa; torrentes de amargura!

Y contemplando está que ya se aleja,
Entre una multitud desenfrenada,
El Hijo de su amor; y ni una queja
Lanzan sus lábios; pálida y callada
Del mismo Dios la dignidad semeja;
Pero en su faz llorosa y demudada
Se vé, con espresion harto elocuente,
Todo el martirio que su pecho siente.....

¡Oh, cuál sale Jesús de aquel recinto!
Entre grupos de palmas cimbradores
Y ramos mil de oliva y terebinto
Entró en Jerusalem hollando flores:
Hoy deja el suelo con su sangre tinto,
Y marcha entre sus viles opresores:
El *Hosanna* de ayer hoy se convierte
En grito acusador, grito de muerte.

Grito que repitiéndose incesante
Se vá ensanchando y los espacios llena;
Y María lo escucha; penetrante
En su afligido corazon resuena:
Es la sentencia dura y humillante
Que para Dios Jerusalem ordena,
Y no habrá compasion ¡ah! su Hijo amado
En la menguada cruz será enclavado.

Humana pluma describir no puede
Lo que su pecho maternal sentia,
Al intentarlo vacilante cede
Y torpe se resiste cual la mia;
A toda imágen su martirio escede;
No existe inspiracion, no hay energía,
No hay sentimientos propios ni colores
Para expresar su angustia y sus dolores.

Su indecible sufrir es sobrehumano
Y cual la frágil gota de rocío
Que nos muestra la flor en el verano
Se evapora fugaz en el vacío;
Como se pierde allá en el Oceano
El mas soberbio y caudoloso rio,
De la Madre de Dios en el tormento
Se confunde y se humilla el pensamiento.

RAFAELA BRABO MACÍAS.

(Se continuará.)

LA MADRE DEL SUICIDA.

—Señor, tu celeste ira
No la acreciente mi pena;
Si mi lábio lo condena
Es que el ánima delira
Y el ódio en la boca espira.—
Hijo que yo concebí
Y con mi sangre lacté,
¿Cuándo tu mal escuché,
Cuándo en el riesgo te ví,
Que á tu amparo no acudí?
¿Qué dolor, ni pasion fuerte
Osára en presencia mia
Herirte con mano impía;
Si por mejorar tu suerte
Miedo no tengo á la muerte?
Hijo, para quien un trono
Soñé, y hora estás sin vida;
Dime quién fué tu homicida,
Para que le tenga encono.
¿Fuiste tú? Yo te perdono.
Que soy madre: y es un mar
Mi corazon amoroso,
Que tu muerte hace furioso;
Y, si lo hé de calmar,
Necesito perdonar.
Era altiva la hermosura
Que te rindió á su albedrío,
Y que en su ciego desvío
Puso en tí fiera locura
De abrirte la sepultura;
Mas qué es su ardiente mirada
Ni sus besos, ni el pié leve,
Ni el blando seno de nieve,
Ni su risa, comparada
Con tu madre idolatrada?
Belleza! temprana flor,
Que el cierzo impuro marchita;
Amor de vida infinita
Es el maternal amor,
Que vive lo que el Criador.
Y á esta amorosa corriente,
Que á la eternidad camina,
Pone tu mano asesina
Muerte por valla potente....?
Pues salte el dique el torrente:
—Señor, su alma vacila
Al pié del antro maldito:
Si tu rigor infinito
La condena, el arma afila
Y mi existencia aniquila.
Y deja que en mi amor tierno
Baje al reino del quebranto,
Y aunque gima allí de espanto,
Lleve á mi hijo, del infierno,
Gran Dios, á tu sólio eterno.—

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

RIMAS.

I.

Este es el prado que nos dió sus flores;
este el arroyo que escuchó sus quejas;
esta la acacia que nos daba sombra;
estas huellas... ¿serán tal vez sus huellas?
Ese cielo sin nubes es el mismo;
igual está la tarde; y esa estrella
es aquella tambien con que ella entonces
comparaba su amor y su firmeza.
Nada ha cambiado: pájaros y fuentes,
el arroyo, ese bosque, esa arboleda...
sí; todo está lo mismo que aquel dia
menos mi corazon y su conciencia.
Ella estará tal vez en otro prado,
oyendo de otro amante nuevas quejas
y haciendo juramentos que me hizo...
¡si me fuera posible aborrecerla!

II.

Las cumbres del Montblanc no son mas blancas
que tu alma y tu conciencia:
la gota de rocío es menos pura;
la rosa de los Alpes menos bella.

Tiembla la luz del sol ante tus ojos;
vierte tu lábio esencias,
y eres, en fin, la perfeccion del arte,
el sueño del pintor ó del poeta.

Todos comprenden el amor al verte;
las almas encadenas:
todos gozan tal vez mientras yo tiemblo
porque pende en tus lábios mi sentencia.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 28 Setiembre correspondiente al 24 Marzo 1876. Núm. 76.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: Historia de una esposa infiel y un gato negro, por D.ª Sofía Tartilan.—A la vírgen de los Dolores (poesía), por la Srta. D.ª Rafaela Brabo Macías.—A Granada, (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—Episodio conyugal, por don Mariano Poggio y Bermudez de Castro.—Estrofas (poesía), por don José Jimenez-Pajarero.—Oriental (poesía), por don Antonio Pareja Serrada.

HISTORIA DE UNA ESPOSA INFIEL

Y UN GATO NEGRO.

Traduccion del francés, por Sofía Tartilan.

> La sed de riquezas, si se esceptúa esa otra sed grosera que produce los borrachos, es indudablemente la que inspira las peores acciones del mundo.

I.

Felipe Bernard tenia en 1845 unos treinta años.

Era en esta época simple comisionista de un negociante de géneros de seda en Cherburgo, el cual murió en aquel año de una hepatitis, complicada con dos médicos; total, tres afecciones tan graves, que no era fácil resistirlas por largo tiempo.

El difunto dejaba una bonita fortuna y una mujer fea, á quien el hielo de la edad iba ya blanqueando los cabellos.

Enamorose nuestra viuda de los treinta años de Felipe, de sus dientes blancos, sus lábios rojos y sus rizadas patillas.

Felipe sentia tambien cierta inclinacion á las treinta mil libras de renta de la viuda, y creyó que el poseerlas seria la suprema felicidad; remontándose al sétimo cielo con la idea de los goces que el dinero iba á proporcionarle, y de los cuales se habia privado hasta entonces por lo modesto de su posicion.

Unióse, por fin, con la viuda, y de esta union resultó, como era de suponer, la desesperacion de los dos esposos. El jóven marido se cansó muy pronto de hacer la corte á su mitad, y trató de divertirse fuera de su casa, lo cual le proporcionó una razonable cantidad de recriminaciones y disgustos en el interior de la familia.

Esto duró quince años; y por fin Mad. Bernard rindió cuentas á Dios sin hepatitis y sin médicos, de resultas de unos celos agudos.

Felipe enterró pomposamente á su cara esposa haciendo colocar el cadáver en una caja de madera y esta dentro de otra de plomo: compró el nicho á perpetuidad y recogió las llaves, no sabemos si para poder llorar con mayor libertad sobre la tumba querida, ó por temor de que aun tornase la difunta á interrumpir sus gratas ocupaciones, echándole en cara lo mal que le habia pagado el honor de darle su mano.

No bien hubo transcurrido el novenario, nuestro viudo trató de buscar una mujer jóven y bella para hacerla su esposa, y para que con su amor y sus cuidados le indemnizase del pasado fatal que tan ingratos recuerdos le habia dejado.

Esto era simplemente prepararse á sufrir la pena del talion; pero Felipe veia todas las cosas á través de los prismas verdes y rosados de la esperanza y de la fatuidad.

El bien y el mal tienen su nivel como los rios: hay una justicia distributiva que tarde ó temprano se cumple, sin necesidad de tribunales ni alguaciles. Felipe, que rendia culto á los filósofos de Vaudeville, se persuadió así mismo que, como Sganarelle, «debia tomar esposa tonta para no ser tonto.»

Por esta razon determinó buscar su segunda mujer en una pequeña y apartada ciudad de provincia, en donde la virtud crecia en las calles á la par de la yerba. Enseguida contó á su esposa todas las escenas entre *Arnolfo y su bella Inés*, recitándola noch y dia aquellos edificantes discursos.

«Gardez-vous d'imiter ces coquettes villaines,
Dont par tout la ville on chante fredaines,
Et de vous laisser prendre aux assauts du malin.
C' est-á dire d'ouir aucun jeune blondin.
Songez qu'en vous faisant moitie de ma persone,
C'est mon honneur, Agnes, que je vous abandonne;
Que cet honneur est tendre et se blesse de peu;
Que sur un tel il ne faut point de jeu
Et qu'il est aux enfers des chaudieres bouillantes
Ou l'on plonge á jamais les femmes mal vivantes,
Ce que je vous dis lá ne sont point des chansons.»

«Guardaos de imitar á esas infames coquetas, cuyas liviandades se cantan por toda la ciudad, y se dejan tentar por el espíritu maligno, es decir, guardaos de escuchar á ningun jóven rubio. Tened presente que convirtiéndoos en mitad de mi persona, es mi honor, Inés, lo que yo os abandono; que este honor es delicado y se hiere con muy poco, y que este asunto no es cosa de juego. Pensad que hay en el infierno calderas hirviendo donde se arroja para siempre á las mujeres de mala vida. Esto que os digo no son vanas palabras.»

Estrella—Mad. Bernard II se llamaba Estrella—escuchaba con gran atencion estas lecciones morales. Las calderas hirviendo la causaban estremecimientos nerviosos; y por nada en el mundo hubiera prestado oidos á piropos, ni á frases galantes, guardándose tambien de llevar sus miradas mas allá de la punta de sus botitas ó de su nariz.

Tres años pasaron sin que la mas ligera nube empañase el puro cielo de tan feliz union. Felipe adoraba á su esposa; y si ella no era demasiado espresiva en las manifestaciones de cariño para con su marido, esto debia atribuirse á la escesiva severidad de sus principios.

Cierto dia, una anciana señora que vivia en la casa que habia frente á la habitacion de monsieur y madama Bernard, le dió la humorada de morirse, y Felipe estuvo muy lejos de creer que su felicidad moria al mismo tiempo que su vecina.

La anciana señora fué reemplazada por un jóven oficial de marina, Mr. Alfredo de B...

Una cofia negra, de cintas deslucidas, por bajo de la cual se escapaban á la desbandada mechones de cabellos grises mal peinados, dos ojos llorones, y una nariz en forma de pico de lechuza y rellena de tabaco, no era fácil que llamasen la atencion de Estrella, la cual, ni siquiera sabia que la casa de enfrente estuviese habitada.

Mas cuando el balcon de dicha casa sirvió de marco á una bella cabeza morena, adornada de soberbios bigotes negros, con ensortijados cabellos del mismo color, y esta cabeza colocada sobre unos hombros, guarnecidos de charreteras de oro, que se destacaban admirablemente sobre el fondo azul de una levita bien ajustada, entonces, Estrella vió la casa por primera vez, como si la noche antes hubiera brotado de la tierra.

Los negocios de Felipe requerian frecuentes ausencias, durante las cuales, Estrella trabajaba en obras de costura en un pequeño despacho situado en el piso bajo de su casa; pues de este modo podia responder á las personas que, para asuntos del comercio, viniesen á buscar á su marido.

Durante uno de los viajes de Mr. Bernard, su esposa concibió la delicada idea de prepararle una sorpresa, que consistia en regalarle un par de zapatillas bordadas de su mano. Solamente encontró un obstáculo: el pequeño despacho que hasta entonces le habia servido de pieza de costura tenia muy poca luz para bordar á medio punto y casar bien los colores; por lo cual tomó la determinacion de trasladarse al piso principal, y colocar el bastidor junto á uno de los balcones.

Felipe continuaba viajando.

Es necesario confesar que las serpientes no siempre se ocultan tras las flores naturales, pues algunas veces lo hacen entre las rosas de estambre de unas zapatillas.

Mr. Alfredo B... era sumamente aficionado al estudio de la astronomía. Todos los dias salia á su balcon, armado de un magnífico telescopio, y se pasaba las horas enteras mirando al cielo. Mas, hé aquí que un dia el anteojo se inclinó un poco, y apercibió una nueva constelacion que, vestida con una linda bata de seda, color de rosa y blanca á mil rayas, y una coqueta papalina de encajes, se habia dignado descender del firmamento para bordar en cañamazo, como una simple mortal. Desde este momento ya no abandonó casi nunca su observatorio, y fué tanta su preocupacion, que se olvidó de informar á la Academia de ciencias acerca del importante descubrimiento que habia hacho.

Desde que Mad. Bernad se sentaba al lado de su bastidor, Alfredo flechaba su anteojo sobre ella, y sus indiscretas miradas no perdonaban ningun rincon de la estancia que no registrasen. Al momento que Estrella levantaba la cabeza, Alfredo volvia su telescopio, haciendo ademan de mirar á las nubes; mas luego variaba de direccion, pues cielo por cielo, decia, prefiero el de enfrente. Este inocente juego de escondite se empezaba todos los dias por la mañana, y solo concluia cuando llegaba la noche.

Una cosa tranquilizaba á Estrella: en los versos de Arnolfo á la bella Inés, que hemos citados mas arriba, y que ella sabia de memoria, tanto se los ha-

bia repetido su marido recordaba estos:

Et de vous laisser prendre aux assauts du malin,
C'est-á-dire d'ouir aucun jeune blondin.

Y dejaros tentar por el espíritu maligno, es decir, de escuchar á ningun jóven rubio.

Ahora bien: Alfredo de B... era moreno y tenia cabellos de un negro brillante y magnífico; luego no habia mal alguno en dejar que lo mirase, ni en que ella hiciera lo mismo, puesto que solo se la habia prevenido contra los jóvenes rubios, como depositarios de las astucias del mal espíritu. La razon como se ve, no carecia de fuerza lógica.

Felipe continuaba viajando.

Alfredo era marino y vivo por naturaleza. En todas sus espediciones detestaba navegar á la capa, y siempre habia marchado en popa, haciendo á lo menos quince nudos por hora.

Cuatro dias habia pasado nuestro astrónomo dando tormento á su telescopio para que le descubriese el rumbo que debia seguir, y esto era ya demasiado para su impaciencia. En la mañana del quinto, escribió este lacónico y original billete: «Si esas zapa»tillas han de servir para otros pies que los mios, »yo mataré á ese otro y luego me mataré yo.»

Tomó este singular escrito y lo envolvió en un par de guantes de gamuza, y en un momento en que Estrella salió de la habitacion en que bordaba, lanzó el envoltorio por el balcon y se retiró á esperar el resultado.

Al volver la jóven, rsparó en el envoltorio que estaba en medio del pavimento: recogiéndolo encontró la epístola de Alfredo de B..., y despues de leerla, la guardó cuidadosamente en su seno, sentándose delante del bastidor, sin atreverse á levantar la vista al balcon de su vecino.

Pasado aquel dia y otros dos, Estrella continuaba su bordado, cuando sintió que llamaban discretamente á la puerta de su gabinete. Era Alfredo que, en un momento en que el portero habia salido, encontró el medio de subir la escalera sin hallar persona alguna.

Estrella se levantó, afectando todo el rubor de que no podia dispensarse decentemente. Otra menos cándida, hubiera manifestado una grande indignacion al ver tanta audacia. En lugar de eso la jóven dejó escapar el secreto de su corazon con estas sencillas palabras:

—Ah! señor, si alguien os hubiese visto!

Luego el mal no consistió en el atrevimiento de penetrar en su estancia, sino el que le hubiesen visto entrar.

—Señora, dijo Alfredo, yo he seguido punto por punto el trabajo de esos lindos dedos; y ahora que la obra está concluida, vengo á recordaros lo que ya tuve el honor de escribiros.

—El qué? caballero?

—Que elijais entre darme esa zapatillas, ó que yo dé la *muerte*. ¿lo ois? la *muer te* á la persona para quien estaban destinadas; sin contar que la mia sucederá pocos minutos despues.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje que paraba delante de la puerta.

Estrella corrió á mirar por el balcon, y se volvió, pálida y conmovida.

¡Dios mio, dijo, mi marido!

Alfredo se arrojó á los piés de la jóven, y tomándola la mano, que ella le abandonó sin resistencia, la cubrió de apasionados besos, balbuceando la palabra «perdon», y temblando por las consecuencias de su atrevimiento.

Mas Estrella no habia perdido del todo la cabeza. Tomó de su costurero una hoja de papel de seda, y enrollando rápidamente en ella las deseadas zapatillas, volvióse á Alfredo diciéndole:

--Tomad, caballero, tomad, y no mateis á nadie. Ahora, venid por aquí, y aprovechad para salir el momento en que abran la puerta cochera para meter el carruaje.

(Se continuará.)

A LA VÍRGEN DE LOS DOLORES.

(CONTINUACION.)

V.

Quiero buscarte, celestial María,
En la cumbre del Gólgota. La esfera
Presta su luz á un nebuloso dia,
Dia inmortal de santa primavera.
Ya distingo la cruz que ser debia
Ara en que Dios al hombre redimiera;
Ya descubro tu faz, tu faz doliente
Y á Dios contemplo de la cruz pendiente.

Cárdeno el rostro; sin medida brota
La noble sangre del piadoso reo,
Que cual lluvia suave, gota á gota
Sacia del pueblo el criminal deseo;
Del pueblo aquel que despiadado agota
Para humillar al mártir Galileo,
Todo el veneno de la impura saña
Que en su bajeza y su furor entraña.

¡Madre infeliz! Entre la turba impía
Su semblante purísimo descuella

Como en la noche borrascosa y fria
El tibio rayo de la luna bella,
El poderoso Dios desfallecia
Y allí cabe la cruz estaba Ella.
¡Ay! ¿Cuál dolor se grabará mas fijo,
El de la triste Madre ó el de el Hijo?

¡Triste Jesus! En el solemne instante
De su afrentosa y codiciada muerte,
Cuando en la cruz se sacrifica amante
Para fijar nuestra futura suerte,
Solo encuentra, de angustia palpitante,
Un estúpido pueblo á quien divierte
El penoso estertor de su agonía,
Y allí entre los verdugos á María.

¡Hijo infelice! Madre infortunada!
¡Quién pudiera calmar vuestro quebranto!
Tu infinito penar, Madre angustiada;
Hijo de Dios, tu rostro sacrosanto;
Tu divina cabeza lacerada
Y de la Vírgen el acerbo llanto
Mueven mi corazon y enternecido
Lanza de angustia trémulo gemido.

¡Un gemido no más! Débil tributo
Es en verdad, para la inmensa gloria
Que le debemos á su triste luto,
Allí ¡gran Dios! entre la vil escoria
De un pueblo enfurecido, torpe y bruto
Que iluso mancha su menguada historia,
Está la Vírgen viendo que se acaba
La dulce vida del que tanto amaba.

Allí la Madre, llena de agonía.
Al hijo ve morir: allí presencia
La ignominiosa muerte que sufria;
Allí ve mancillada la inocencia
Del generoso Mártir que ofrecia
Por la culpa del hombre su existencia,
Y allí la Vírgen sin hallar consuelo
A su hijo mira con mortal anhelo

Y fija en Él la célica mirada
Descolorido el cándido semblante,
Sudorosa la frente inmaculada;
El angustiado seno palpitante
Y heróica soportando y resignada
El supremo dolor de aquel instante,
Es la mas bella y celestial figura
De amor y de clemencia y de amargura.

Ella nació para el amor divino;
A ser nuestra dulcísima esperanza
Sin mancha de pecado al mundo vino.
Satisfacer del Cielo la venganza
Con el mártir Jesus fué su destino
Y con Jesus nuestro perdon alcanza,
Él clavado en la cruz, Ella sufriendo
Un martirio cien veces mas horrendo.

Ella ¡Dios mio! Ella, la escogida
Para madre de Dios: la dulce Aurora
Que anima con su luz esclarecida
Al bello Sol que nuestras almas dora;
Ella por el Eterno bendecida,
Lirio del cielo que en la tierra mora,
Lleva el pesar mayor y mas profundo
Que se puede sufrir en este mundo.

Jesus fallece y cesa su tormento;
Mas la Madre, la Madre sin ventura
Ve su cadáver lívido y sangriento
Y quisiera estrecharlo ¡que tortura!
No puede no, medir el pensamiento
El dolor que la llena de amargura
¡Que es tan intenso, tan sublime y tanto
Cual se merece Dios en su Hijo santo!

¡Oh amarga y dolorosa profecía
Del santo Simeon! El noble anciano
En aquel parvulito descubria
La gloria eterna del linaje humano;
Mas el dolor inmenso de María
Se rebelaba el misterioso arcano
Y con profundo y conmovido acento
La preparó para el feliz tormento.

Feliz ¡Oh muy feliz! Vírgen clemente
Perdon, perdon si venturoso llamo
El dolor que desgarra cruelmente
Tu dulce corazon ¡Oh yo te amo!
Tú lo sabes, María, y que ferviente
Por tus angustias lágrimas derramo;
Mas ¡benditos, benditos los dolores
Que salvan á los tristes pecadores!

Ellos nos libertaron de la pena
Del tenebroso averno y del pecado
Aniquilando la fatal cadena
Que al hombre tuvo siempre esclavizado;
Ellos nos muestran plácida y serena
La existeneia del bien eternizado.
Y en ellos ¡ay! aunque á Luzbel no cuadre,
Sois nuestra bienhechora; nuestra Madre.

RAFAELA BRABO MACÍAS.

(Se continuará.)

A GRANADA

EN EL DIA DEL SEÑOR.

Reina de los jardines y las flores,
para escribir tus glorias
pobre es la inspiracion de tus cantores,
porque son tan gigantes tus memorias
que faltas ya de espacios y de suelo
con tu Sierra se elevan hasta el cielo.
Mas hoy, que el pecho llena
de pátria y religion el fuego santo
y su nombre en tus ámbitos resuena,
depongo el miedo y tu grandeza canto.

Moriscos torreones
de tu Alhambra describen el recinto
guardando las creaciones
del genio colosal de Cárlos Quinto.
Anciano centinela
de noble aspecto y de canosa frente,
Sierra Nevada, vela
tus glorias y tus sueños y desata
raudales bullidores
donde bebe el Genil olas de plata
y cantares de amor los ruiseñores.
Tus *cármenes* sombríos
al alma inspiran misterioso encanto:
en sus frondosas, verdes espesuras
aun parecen brillar las armaduras
de cristianos guerreros;
y cuando ruge el vendabal, semeja
fantásticos gemidos de agonía
y el áspero crugir de los aceros:
se ven cruzar pesados escuadrones
victoriosos alzando
en tus altos y fuertes torreones
la enseña de Isabel y de Fernando.

¡Granada! ¡joya altiva
de aquel genio indomable, cuyo acento
logró rendir tus muros,
¿quién tu imperio avasalla
si el corazon ante tu Vega estalla
de orgullo y sentimiento?
Cada llano recuerda una batalla
y encierra cada zanja un monumento.
Las rojas amapolas de tus valles,
las rocas de tu Sierra,
aun guardan los detalles
de la sangrienta guerra,
que henchida de victorias,
con la Fé por divisa, sol fecundo,
grabó en tu suelo inmarcesibles glorias
y le dió á tu nacion un nuevo mundo.

El soplo destructor de las edades
con saña desmorona
esa anciana corona
de torres esmaltada que te ciñes:
tu Alhambra se derrumba;
y al rodar volteando en el espacio
cada piedra del árabe palacio,
un eco triste en sus salones zumba.
¿Qué son ya tus grandezas musulmanas?
Marmóreos esqueletos
que baña el sol con su rojiza lumbre:
tus proëzas cristianas
lozanas siempre, vivirán escritas
del Sacro Monte en la escarpada cumbre.

Canta al Señor, Granada;
de Isabel y Fernando
era la Cruz el vencedor enblema
y á su sagrada sombra
grabaron de tus glorias el poëma:
y sí esmaltó de flores tus jardines,
y dió á tu Sierra plateada alfombra,
y oro dió á las arenas de tus rios,
y á tus bosques sombríos
el cantar de las aves armonioso,
y á tus torres grandeza soberana,
aun te dió un monumento mas hermoso:
llenó tu corazon de fé cristiana.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

UN EPISODIO CONYUGAL.

Era un jueves del mes de Junio de 1869. El tren-correo que salió de Madrid el miércoles á las ocho y 45 me llevaba en direccion á la antesala de la corte, nombre con que se conoce á la monumental é histórica ciudad de Valladolid.

En el coche en que yo me hallaba, solo iban de pasajeros un matrimonio.

Jóvenes ambos, de distinguido porte, de aristocráticas maneras, revelaban ser personas á quienes sonreia la fortuna y la felicidad, á juzgar por la dulzura de las miradas que entre ambos consortes se dirigian y por el cariñoso tono con que sus mas pequeñas frases iban revestidas.

Y así era en afecto; Luis del H... y Elisa R... eran muy felices.

Hacia 40 dias habian contraido matrimonio en la poética ciudad que baña el Betis, y se hallaban en el apo-

geo de su luna de miel.

Apenas en nuestro viaje me dirigieron la palabra, sino lo preciso para no aparecer mal educados.

Miradas tiernísimas, palabras que destilaban miel, cuchicheos dulcísimos eran el entretenimiento de la elegante pareja desde que salimos de Madrid hasta la llegada á Avila.

Pero no anticipemos los sucesos, y perdona, amigo lector, si antes de referirte aquellos, me permito hacerte un retrato á la ligera de cada uno de los dos héroes que motivan este verdadero episodio.

Elisa era una criatura de 24 años, hermosa como una noche de primavera de nuestra poética Andalucia, bella como la ilusion de una vírgen.

Sus aterciopelados ojos, sus enanos y blanquísimos dientes, que cubrian dos lábios de carmin, el perfil correcto de su nariz griega, la elegante morbidez de sus formas, hacian de ella un conjunto embriagador, celestial.

Vestía un elegantísimo traje de viaje; pendía de su cintura un microscópico relój de oro guarnecido de brillantes, y cubria sus sedosos cabellos un sombrerillo de paja que daba un doble encanto á sus agraciadas facciones.

Luis, su marido, era tambien el tipo de la hermosura de su séxo.

Jóven, elegante, entusiasta, reunía una coleccion de cualidades difícilmente encontradas en un hombre.

Parecia como un sarcasmo de la fortuna, que á aquebados.

lla lindísima pareja no les sonriera la felicidad.

Difícilmente se hubiera podido ver dos tipos mas aca-

Ella, jóven, aristocrática, encantadora.

Él, hermoso, de finos modales, de brillante imaginacion, y con 25 años.

II.

El tren corria con una velocidad pasmosa.

A las dos y cincuenta de la madrugada llegamos á Avila.

(Entumido de piernas, piés y cansancio, apenas vi abierta la portezuela de nuestro carruaje salté á tierra con una agilidad que hubiese hecho honor á un pollo de 15 años.)

Tan luego pisé el anden y arreglé en dos minutos lo descompuesto de mi traje, mi primer pensamiento, que inmediatamente puse en práctica, fué ofrecer la mano para bajar del coche á mi linda compañera de viaje, por mas que entre nosotros y su marido solo habian mediado poquísimas frases.

Hícelo pues: y aceptólo ella, descansó sobre mi mano la microscópica suya cubierta de un finísimo guante de hilo de Escocia.

Ofrecila mi brazo para conducirla á la fonda, no sin proceder antes un "con permiso de V." que dirigí á su marido, y penetramos en el Restaurant.

A los pocos instantes nos hallábamos los tres sentados ante una mesa, habiendo sido galantemente invitado para ello por la jóven pareja.

Aceptarlo me parecia una imprudencia, lo contrario un desaire: opté por lo primero.

Pocos segundos despues, y mientras saboreábamos una taza de chocolate cada uno, la conversacion se hizo general.

Elisa era una mujer, cuya conversacion tan amena como instruida, enervaba el alma.

Luis habia cursado su carrera de leyes con aprovechamiento.

Poseia una elocuencia poco comun, revelada en frases escogidas y sin pretensiones de sábio.

Lo llevaba á Valladolid el destino de secretario del gobierno de aquella provincia, para el cual habia sido nombrado un mes antes.

Este brillante destino para un jóven de su edad, y el amor de su esposa, constituian su felicidad en la tierra.

Ninguno de los dos consortes conocia la antigua corte española.

Me ofrecí á servirles de *cicerone*.

Aceptaron con efusion.

Algunos momentos mas tarde, la locomotora anunció su partida: volvimos al coche y despues de un feliz cuanto animado viaje, llegamos á Valladolid á la 6 y 5 minutos de la mañana.

Un buen acondicionado *ómnibus* nos condujo á la aristocrática fonda de Paris.

Despues de descansar algunas horas, salimos aquella tarde á recorrer la poblacion, en la cual debia yo desempeñar mi destino ciceroniano.

Y tuve la satisfaccion de verificarlo á gusto de mis amigos.

III.

Desde el antiguo palacio en que en el siglo XVI situaron su corte los Reyes de Castilla y Leon hasta el nuevo edificio de Calderon, recorrimos punto por punto la ciudad: ora admirábamos la brillante arquitectura del edificio de San Pablo, ora deteníamos nuestras absortas miradas ante las atrevidas naves de la casi arruinada catedral, tan pronto estudiábamos los suntuosos arcos y elegantes chapiteles de la Universidad, como nos estasiábamos en el Museo de pinturas ante las felices producciones de Rubens y del Ticiano.

Nada nos quedó que recorrer.

El Campo de la Verdad, hoy *Campo-grande*, antiguo palenque en el cual dirimian con las armas sus contiendas los Arevacos, Celerinos y Carpetanos, nos hizo recordar nuestras antiguas glorias.

Nada era desconocido para mi amigo Luis. Sabia nuestra historia, nuestras glorias nacionales con una exactitud que hacia mucho honor á su erudicion.

Tampoco Elisa era estraña al arte de Juan de Herrera, ni dejaban de impresionarle los delicados contornos trazados por el valiente pincel de Murillo y de Rafael.

Le entusiasmaba una Fornarina de este, se deleitaba ante un bien acabado grupo de Goya.

Cuatro dias tardamos en admirar ligeramente las nunca bien encomiadas maravillas que Valladolid encierra, y confieso que fueron un paréntesis en mi asendereada vida.

Jamás me habia detenido ante la brillante arquitectura de los monumentos vallisoletanos, ni habia admirado con mas espacio las felices obras que produjeron los maestros del arte de Miguel Angel.

IV.

Las pocas horas que me dejaban libre las fatigas de mi carrera militar, las dedicaba unas á llevar al papel mis impresiones del dia, otras á ver á mis ya referidos amigos.

En su casa, en el Teatro, en las reuniones en que nos encontrábamos, siempre me recibian con una cordialidad nunca desmentida.

Así se pasaron dos años, y mi amistad con Luis aumentaba de dia en dia.

Mi afecto á Elisa rayaba en fraternal.

No obstante la espontaneidad de mi cariño hacia ambos consortes, yo habia notado hácia algun tiempo cierta frialdad en el trato de Elisa.

Lo que al principio fué una mera sospecha, el tiempo se encargó de convertir en realidad.

No esplicaba sin embargo la causa.

Intenté varias veces preguntar á Luis, pero temí ofenderle.

Él, tan bueno, tan noble, al dispensarme una amistad sin límites, al hacerme partícipe de sus menores confianzas, no veia nada mas allá.

Caviloso hasta lo sumo, una palabra mia en este terreno, hubiese entibiado su afecto, hubiera sembrado una duda en su alma.

Pasaron algunos meses, y mi principal deseo era hacer desaparecer de la mente de Elisa la menor duda que pudiera haber originado su frialdad hácia mí.

Ante su marido no hubiera tratado con mas dulzura á su hermano mas querido.

Cuando él no estaba presente, nuestra conversacion era tan poco animada, que casi consistia en obligados monosílabos.

Mi amor propio me evitaba provocar una esplicacion á todas luces poco decorosa.

Tuve que dejar Valladolid por la poética provincia de Santander.

La premura de mi marcha me impidió despedirme de Luis.

Mis relaciones con este se hacian cada vez mas tirantes.

Luis nada veia, yo no me atrevia á decirle nada.

El primer mes de mi ausencia nuestra correspondencia era frecuente, al siguiente mas escasa: al tercero habia cesado.

Mis cavilaciones sobre un asunto al parecer tan fútil variaban sin fundamento.

Llegué á creer que Elisa tenia celos del cariño de su marido hácia mí, y me habia malquistado en el ánimo de éste.

Esta idea me torturaba de un modo indecible. La amistad es un lazo tan sagrado cuando es verdadera como el puro amor fraternal, y al perder el cariño de Luis me parecia llorar la falta de un hermano querido.

M. Poggio y Bermudez de Castro.

(Concluirá.)

ESTROFAS.

A. . . . . .

Si del arpa insonora,
Rota y ya casi en indolente olvido,
Mas grato que en la aurora
Dulcísimo sonido
Mi cántico brotára y mas fluido;
Y en blando movimiento
Como las ondas á la mar serena,
Rizára el vago viento,
La selva haciendo amena
Y envidia dando al ruiseñor y pena;
No que osara presumas
De Citéres cantar el prodigioso
Nacer de las espumas
Del piélago sañoso,
Ni el del alado infante caprichoso;
Cantára el atractivo
De tu rara beldad, el hondo encanto
Que á tí me hace cautivo,
Y el que te eleva tanto,
Tesoro de pudor virgíneo y santo.
Cantára de tus ojos
El fuego abrasador, que Apolo viera
Con pálidos enojos,
Desque por vez primera
Dejó en tu faz sus rosas primavera.
La miel que entre sonrisas
De tus lábios destila tentadores,
Donde toman las brisas
La aroma y los colores
Que reparten en besos á las flores.
La deslumbrante nieve
De tu frente sin par, el álbo seno

Oculto, que se mueve
A tu aliento, cual lleno
Boton de almendro en flor al euro ameno.
Y en fin, tu gentileza,
Jamás ni en griegos mármoles soñada;
Que á igualar tal belleza,
Por ángeles creada,
Ni aun la diosa de Fidias fuera osada.
Recuerdo como un dia,
Cuando el negro dolor profunda huella
En mi espíritu hacia,
Ante mis ojos bella
Te ví surgir, cual vespertina estrella.
Mil enjambres de amores
Que en tus formas gallardas discurrian,
Contando sus primores,
Ya en tus ojos reian,
Ya en tus ricos cabellos se mecian,
Mas ¡ay! cual bando alado
Cuando huye en nube rápida y sonora
Del árbol esquilmado,
Así la aduladora
Turba—pensé—te dejará en un hora.
Mira: las perfumadas
Flores que Mayo á tus rasgados ojos
Luciera mas preciadas,
Hoy míseros despojos
Y polvo son, que ruedan entre abrojos,
Llegó Bóreas airado,
Seguro huésped del otoño frio,
Y al fresco alegre prado,
Y al verde bosque umbrío
Robó sus galas mágicas impío.
Hoy que el astro fulgente
De tu belleza peregrina, dora
Las puertas de su oriente,
Antes que voladora
De tí se aparte la rosada aurora,
En la graciosa nave
Ampárate de Venus, y arrullada
Del céfiro süave,
Tras la dicha soñada
Navega, á tus virtudes confiada.
No pienses que este dia
Eterno brille á tus hermosos ojos;
Vendrá la noche fria,
Y en míseros despojos
Será polvo la flor; la planta abrojos.

José Jimenez-Pajarero.

Octubre; 1875.

ORIENTAL.

Sultana, mi bien, mi vída,
la de celestial mirada,
la de sonrisa tan dulce
como las tintas del alba,
la de los negros cabellos,
la de los lábios de grana,
la de cútis trasparente,
la que de amores me abrasa,
oye la voz suplicante
que de mis lábios escapa,
y ten de mí compasion
si como dices me amas.
¿De qué al gilguero le sirve
vivir en dorada jáula,
si no puede en libertad
beber la gota de agua
que las hojas de la flor
en la espesura le guardan?
¿De qué á la fresca violeta
crecer en ella ignorada,
si no la mecen las brisas,
si no la besan las áuras?
¡Ay! que el pájaro y la flor
no viven de una esperanza,
como yo sin tí no vivo
porque te adoro, sultana:
quisiera ser ese viento
que al rodearte en sus gasas
sin que á percibirlo llegues
tu boca besando pasa;
quisiera para tí sola
aquellas joyas preciadas
que de Ceilan y Golconda
se ocultan en las montañas;
las ricas telas de Alepo,
los perfumes de la Arabia
y los tapices de Persia
de que el Profeta nos habla;
quisiera que al paraiso
nuestro amor nos transportára,
y allí entre bosques de mirto,
de arrayanes y de palmas,
libar ansioso en tu boca
el beso de amor que embriaga.
Bien sabes, encanto mio,
bien sabes, luz de mi alma
que si un beso de tus lábios
en los mios se posára,
fuera mi felicidad
como mi amor, estremada:
pues bien, de tu amor en prueba
dame ese beso, sultana,
y no olvides que te adoro
con tanto amor, con fé tanta,
que para adorarte más
quisiera tener dos almas.

Antonio Pareja Serrada

Brihuega.

Imp. y Lib. de la Sr[illegible]iuda de Gutierrez é Hijo,
Progreso, [illegible] 14.— RONDA.

Año III. 15 Octubre correspondiente al 1.° Abril 1876. Núm. 77.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: Lista de suscricion al monumento de Rios Rosas.—Historia de una esposa infiel y un gato negro, por D.ª Sofía Tartilán.—A José Ruiz Toro (poesía), por don Antonio Carmona Camacho.—Mi pájaro (poesía), por don Dionisio J. Delicado y Rendon.—Un episodio conyugal, por don M. Poggio Bermudez de Castro. — ¡Piedad! (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—En la rosa (poesía), por don Antonio Pareja Serrada. - Cantar, por la Srta. D.ª Encarnacion Ruiz Toro.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	4169
Ronda.	D. Rafael M.ª Raumel. . .	10
Idem.	» Juan Avilés Casco. . .	10
Idem.	» Mariano Avilés Casco. .	10
Manila.	Excmo. Sr. D. José Morales Ramirez.	200
Barcelona.	D. Rafael Morales Ramirez.	50
Idem.	» José Franco y Muñoz, Ingeniero.	50
Idem.	Los Oficiales del Gobierno Civil.	25
Lérida.	D. Antonio Rodriguez de los Rios.	125
Idem.	» Manuel Sanchez Garcia. .	25
Idem.	» Angel S. Guerra. . . .	125
	Suscricion en las Islas Filipinas hasta el dia 12 de Agosto segun aparece en «*El Porvenir Filipino*» número 204.	2219 35
	TOTAL. . . .	7018 35

En el número siguiente se continuará la lista.

HISTORIA DE UNA ESPOSA INFIEL Y UN GATO NEGRO.

Traduccion del francés, por Sofía Tartilan.

(CONCLUSION.)

II.

Un mes despues de su vuelta, Felipe comenzó á tener sueños intranquilos, poblados de visiones fantásticas, de que no podia darse cuenta.

Un dia encontró Mr. Bernard, sin recordar haberlos perdido, un par de guantes de gamuza, objeto completamente estraño á las prendas de su guardaropa. Estrella sostenia que los guantes eran suyos, y que databan de la época en que Felipe era miembro de la honorífica Milicia nacional, etc., etc.; mas sus argumentos no lograron convencerlo.

Mr. Bernard notaba en el humor de su esposa grandes y frecuentes variaciones sin causa conocida; ataques de nervios y tristezas injustificables. Así mismo lo sorprendieron las espontáneas muestras de ternura y cariñosa solicitud con que le ponia el lazo de la corbata, le daba golpecitos en la mejilla, y le sorprendia con la presentacion en la mesa de platos y golosinas que sabia que le agradaban.

Felipe habia sido por espacio de quince años marido jóven. Habia además estudiado con fruto la fisiología de la mujer, y sabia perfectamente lo que denotaban en el termómetro conyugal estas variaciones de temperatura.

Otra cosa le atormentaba mas aun, y era que su esposa le habia escrito que le estaba bordando unas zapatillas, y que en el libro de gastos figuraba una partida empleada en cañamazo y estambres para su confeccion, y á pesar de todo esto las babuchas no parecian.

Todas las sospechas de Felipe estaban sostenidas por indicios tan vagos, que concluyó él mismo por

aplicarse multitud de razonamientos anodinos, que hicieron en su agitado espíritu el efecto de calmantes, y recobró por algun tiempo la perdida tranquilidad. Sin embargo, esta calma era muy susceptible de alterarse

Al retirarse una noche á su casa, algo antes de lo que tenia por costumbre, creyó sentir ruido de muebles en el cuarto de su mujer. Dominado por la idea constante de que era engañado, sube de cuatro en cuatro los escalones, y penetra como una avalancha en la habitacion de Estrella; pero todo lo halló en calma. Su mujer dormia tranquilamente, recostada en un almohadon de terciopelo azul, de cuyo oscuro fondo se destacaba su encantadora cabeza. Un volúmen de la *Vida de los Santos,* yacia abierto á su lado en el asiento, y la mano de la jóven se estendia sobre sus hojas.

A la brutal entrada del marido, Estrella despertó bruscamente, gritando y quejándose de lo poco que se tenia en cuenta sus nervios; todo con una deliciosa coquetería.

Felipe, sin embargo, apenas la miraba, y continuaba escudriñando los rincones de la estancia, paseándose por ella como un oso enjaulado.

—Pero ¿qué buscais? preguntó por fin Estrella á su marido.

Entonces él, mirándola fijamente, la dijo:

—¿Estaba Vd. sola, señora?

Al oir esta pregunta Estrella, se echó á llorar.

—¿Y para decirme todo eso me mirais de esa manera? ¿Quién queriais que estuviese conmigo á tales horas sino erais vos?

—Es singular, respondió Felipe: hubiera jurado que.....

—Lo que es singular, caballero, dijo indignada Estrella, es vuestra manera inconveniente de entrar aquí, sobre todo, oliendo á tabaco lo mismo que un viejo marinero.

Entonces, acercándose á la chimenea, tomó un frasquito de esencias y lo aplicó á la nariz repetidas veces.

—Por una estúpida sospecha concluireis por hacer que me ponga mala. ¡Oh, Dios mio! añadió sollozando, y qué injustos son los hombres!

Felipe fué á sentarse en silencio al otro lado del sofá, reclinando su cabeza sobre la almohada. Una impresion desagradable que sintió bajo su mejilla hizo que se levantára como si le hubiese picado una víbora. Bajo el fleco que guarnecia el cojin, acababa de ver un envoltorio parecido á un par de guantes; solo que esta vez en lugar de ser blancos eran grises.

—¿Teneis comercio de guantes de gamuza, señora? gritó enfurecido.

—Sin duda teneis ganas de divertiros, dijo Estrella, poniéndose colorada.

—¿Cómo llamaria Vd. á esto? contestó Felipe, poniéndola los guantes ante los ojos.

—En efecto: yo veo que son unos guantes de gamuza.

—De gamuza, sí ya lo veo. ¿Y bien?

—¿Cómo y bien?

—Sin duda serán vuestros, y los habreis arrojado al entrar sobre este mueble.

—¡Pero si son guantes de militar! y Vd. sabe que en el caso de tener guantes de esta clase solo seria un par.

—Pues bien, ese será el par vuestro.

Felipe tuvo por un momento la duda consoladora de que en efecto podria ser el mismo par de guantes que algunas semanas antes habia tenido en su mano. Corrió, pues, á mirar al mueble en que los habia guardado, pero ¡ah! los guantes blancos estaban allí, y ahora los dos pares se presentaban ante sus ojos, como dos puñales afilados, como dos chispas de fuego que le abrasaban.

—¡Dios mio! Esto es atroz! Esto es horrible! exclamaba entretanto Estrella indignada. ¡Yo me ahogo! Yo me muero! Y al decir esto lloraba de una manera desgarradora.

Al cabo de un rato, como esta escena amenazaba terminar por un desmayo, Felipe concluyó por pedir perdon á su esposa.

Entonces Estrella, incorporándose como á impulso de un resorte, secó rápidamente sus ojos, y con el noble continente de una reina ofendida, se dirigió á su cuarto, sin volver siquiera la cabeza, diciendo solamente:

—Caballero, buenas noches. Me retiro, porque gracias á Vd. estoy enferma.

Felipe trató de detenerla tomándola por la cintura, mas ella huyó precipitadamente, dando á su marido con la puerta en las narices.

III.

A contar desde este momento, Felipe tomó su partido.

Hacia ya mucho tiempo que se ocupaba en realizar sus géneros con intencion de hacer algunos viajes en compañía de su mujer, pero la incertidumbre que se habia apoderado de él con respecto á la conducta de Estrella, retardaba de dia en dia la realizacion de su pensamiento. Ahora ya no le cabia duda: así pues, pensó en reunir su capital, y hacer una última prueba, decidido á abandonar á Estrella si resultaba culpable, y llevarla consigo si por el contrario era inocente.

—Estrella, la dijo una noche al volver á casa: ¿sabes que Mr. Hume está de paso en esta ciudad?

—No es fácil que lo ignore, respondió la jóven: todo el mundo se ocupa de él.

Es un hombre singularísimo y de una gran ciencia. Sabe descubrir los secretos del corazon, y lee en las conciencias, como tú lees en el libro de oraciones.

—Dicen que es discípulo del Diablo, interrumpió Estrella santiguándose. No me hables de eso: me dá miedo y se crispan mis nervios.

—Sea el diablo, ó su discípulo, como tú le llamas, yo le he consultado.

—¿A él? á ese hombre? dijo Estrella, retrocediendo en su silla.

—Sí: para saber si mis sospechas con respecto á tí eran injustas, ó si por el contrario me estás engañando.

—¿Yo engañarte? dijo Estrella llorando. Yo? ¿Y para eso has consultado á ese hechicero? No te bastan mis protestas?

—Si tu conciencia está limpia, nada tienes que temer, porque la prueba es infalible.

Entonces levantándose Felipe, sacó de su secreter una pequeña botellita de cristal llena de licor rojo como sangre.

—Ahora vas á ver los efectos de este licor mágico. Si mis sospechas son fundadas, bebiéndolo esta noche, mañana me habré convertido en gato.

—¿En gato?

—Sí: en gato negro.

—Pero ¡Dios mio! ¡Qué idea te ha dado de beber ese licor? Sabes que eso es tentar á Dios? que la religion lo prohibe? que es un sacrilegio que la moral lo rechaza?

—La moral rechaza muchas cosas que, sin embargo, se hacen. El citar la moral es muy cómodo.

—Pero ¿y si el filtro mintiera?

—El filtro no miente; antes por el contrario, surte el mismo efecto para todos, y sus beneficios son recíprocos. Sirve lo mismo para el uno que para el otro. Si yo te he sido infiel, no tienes mas que beberlo, y serás transformada en gata.

—Oh! Qué horror! Jamás, jamás haria yo tal esperiencia! Tengo en tí completa confianza. Además, yo no podria nunca acostumbrarme á maullar, á coger ratones... Quita allá tu líquido, por Dios, amigo mio, quítalo allá. Eso es una locura, y yo no puedo permitir que la lleves á cabo.

—Ahora lo verás, dijo Felipe.

Y uniendo la accion á la palabra, se bebió de un trago el contenido de la misteriosa botellita, rechazando dulcemente la mano de su mujer que queria impedirlo. Despues la dió las buenas noches, y se metió en su dormitorio.

Estrella habia disimulado mal ó bien su emocion, y hasta tuvo la débil esperanza de que todo seria una broma de su marido, que esperaba reirse de su credulidad. Mas cuando recordó el efecto que en el ánimo de Felipe habia producido el descubrimiento del segundo par de guantes con que ella habia aumentado su guarda-ropa, esta esperanza desapareció para dar lugar al temor.

Por fin se acostó; pero la fué imposible conciliar el sueño. De vez en cuando se levantaba de la cama, y andando sobre la punta de los piés, se acercaba temblando á la puerta del cuarto de su marido, ansiosa de saber si algun indicio le revelaba la metamorfosis anunciada, fluctuando entre el temor y la esperanza.

Entre tanto, Felipe, refugiado detrás de las cortinas de su cama, observaba todos estos movimientos, que no le presagiaban nada bueno para su cabeza.

Por fin, Estrella, rendida por la fatiga y el sueño, se recostó un momento en su lecho cuando ya iba llegando el dia, y por pronto que quiso despertar eran ya las ocho de la mañana cuando abrió los ojos. Entonces recordó vagamente los acontecimientos de la víspera. Para acabar de despertar, se restregó los ojos, estiró los brazos, hizo en fin, todos los gestos y contorsiones de una persona que quiere volver por completo á la vida real, y convencerse de que no está aun bajo el influjo de una pesadilla, y con el corazon palpitante se dirigió con paso rápido al dormitorio de su marido.

La alcoba estaba vacía y la cama intacta. Pero debajo de las ropas creyó distinguir cierta oscilacion, como si algo animado se moviera. Con mano trémula levantó las sábanas, y ¡oh prodigio! un enorme gato negro, gordo y de lustrosa piel, dormia tranquilamente formando una rosca, y al sentir la mano de Estrella, que levantaba las ropas, se puso á mirarla con sus grandes ojos verdes.

Una parisien hubiera cogido al gato y le hubiera arrojado bonitamente por la ventana, pareciéndonos que al obrar así lo hacia perfectamente. Pero ya sabemos que Estrella habia sido imbuida por su marido en cierto terror supersticioso, que él encontró muy cómodo para sus fines particulares.

Al ver el gato acostado en el lecho de Felipe, ella se figuró que el licor mágico de Hume habia producido su efecto, que su amor al jóven oficial de Marina habia sido descubierto. Transida, pues, de dolor, cayó de rodillas al pié mismo de la cama, y comenzó á llorar, levantando sus manos en ademan de súplica, pidiendo perdon, é implorando un poco de indulgencia y de caridad.

Desde el fondo de un oscuro ropero, Felipe lo escuchaba todo. Hubiera deseado no enterarse.

Furioso, y temiendo ser la burla de la ciudad, salió secretamente de la casa, y partió, sabe Dios para donde.

Volvamos á Estrella.

A contar desde este dia, la pobre mujer no perdonó medio alguno para atraerse el amor del que creia su marido en la forma de gato negro que habia tomado. Ella le bordó un precioso almohadon de terciopelo para que durmiera. Ella misma le daba de comer con sus bonitas manos: ella interpretaba sus bostezos, respondia á sus maullidos, y no se acostó una sola noche sin estar segura de que el gato reposaba tranquilo á su lado.

Algunas veces, en sus bruscos arranques de arrepentimiento, se arrastraba á sus patas y le decia frases tan tiernas y conmovedoras como estas:

—Tú no me reconoces! Tú me desprecias! Tú eres insensible á mi dolor y á mis lágrimas! Oh, Dios mio, qué desgraciada soy!

El gato, como es natural, se guardaba muy bien de responder, y no sabemos precisar qué género de reflexiones le sugeririan las quejas y los halagos de la jóven; pero es de presumir que se acostumbraria fácilmente á ser dócil y cariñoso con una ama que tanto le regalaba y le queria. Los animales irracionales, por punto general, son agradecidos: el no serlo corresponde al hombre por privilegio exclusivo.

Entre tanto, la repentina desaparicion de Felipe vino á dar mas fuerza al error de su mujer.

Alfredo, que no habia olvidado los bellos ojos de Estrella, al volver á la ciudad despues del viaje de algunos meses, sintió el vivo deseo de hacer una visita á su amiga, y sin prévio aviso, se presentó una tarde en la casa. Los criados introducen al oficial cerca de su ama en la pieza de costura donde Estrella estaba trabajando, mientras que el gato negro dormia tranquilamente la siesta sobre el almohadon de terciopelo que ella misma le habia bordado.

Estrella, al ver al oficial en su cuarto, se levantó rápidamente, huyendo de las demostraciones de amistad que Alfredo queria darla, dirigiéndose á la puerta con todas las señales de profundo terror.

Jamás virtud alguna estuvo mejor guardada por los cien ojos del Argos de los celos, que lo estuvo la de Estrella por la presencia del gato negro.

Si este saludable terror pudiera estenderse, si estas metamorfosis pudieran hacerse todos los dias, y se encontráran muchas mujeres tan cándidas como Estrella, los maridos podrian hacer largos viajes sin peligro alguno para su tranquilidad.

Verdad es que la invencion de Felipe no era completamente nueva, por mas que él no la hubiera copiado de ninguna parte; pero el caso existe en algunos paises extranjeros, y las mujeres caen en la estratagema. Nuestra Mad. Bernard II hubiera muy bien podido nacer en el Asia.

Una hermosa mañana, Estrella, al salir del comedor de la casa, que era un tanto oscuro, sintió el deseo de asomarse á la ventana de una de las piezas interiores de la casa, por donde en aquel momento entraba un dorado rayo de sol. Al satisfacer este pequeño capricho, apercibe al gato negro, que, con zalamería y dando pequeños maullidos, hacia coquetamente el amor á una hermosa gata blanca que tomaba el sol en el tejado vecino.

La jóven, llena de indignacion, le dijo:

—Cómo, señor, vais á ser perjuro y quereis mortificarme dándome rivales que se parecen á vos? ¿Así pagais todos mis cuidados, todos mis desvelos para alcanzar perdon? ¿Por qué no tomais otra vez vuestra forma natural? Si á lo menos no hubiérais bebido todo el fatal licor, yo podria ahora convertirme en gata; pero lo bebisteis todo, sin duda con la depravada intencion de obrar ahora de este modo.

El gato volvió los ojos hácia su ama y se puso á lavar el hocico con su sedosa manita, haciendo mil graciosas monadas. Despues, á paso lento, se vino á la ventana, y de un salto entró en la habitacion, yendo á sentarse tranquilamente sobre una silla.

Alfredo tuvo la audacia de volver otro dia. Esta vez fué introducido en el salon. Estrella, al entrar, lo primero que hizo fué recorrer con la visita todos los muebles. El gato dormia tranquilamente en un sillon.

Alfredo la suplica que se acerque.

—Qué, ¿no veis que nos miran? dice en voz baja.

—¿Quién? pregunta el oficial, interrogando con la vista todos los rincones de la sala.

—¡Silencio! replica Estrella, acercando un dedo á sus lábios.

El gato, que estaba aquel dia de buen humor, saltó de repente del sillon en que reposaba, y se puso sobre las rodillas del jóven.

Estrella dió un grito de terror, echando á correr. Creyó, sin duda, que el marido iba á estrangular al amante.

Alfredo, al ver esta escena, para él incomprensible, creyó que Mad. Bernard se habia vuelto loca, recordando entonces que desde hace algun tiempo la jóven tenia un humor caprichoso. Bajo esta desagradable impresions, alió de la casa con el corazon un tanto oprimido, y con deseos de distraerse.

Estrella tuvo una larga enfermedad, cayendo en un estado de languidez que hizo temer por su vida.

El gato negro no parecia muy afectado por los sufrimientos de su ama; continuaba entregándose al placer de dormir largas siestas, y pasaba largas horas en contemplacion, de las que venia á sacarla de vez en cuando el maullido lejano de las gatas que se paseaban por los tejados vecinos. En fin, un dia, saltando de una gatera á otra, el gato negro se rompió una pata.

Es necesario hacer justicia á Estrella, porque esta vez no le hizo ningun reproche, antes por el contrario, cuidó al infiel con la mayor solicitud. Mas á pesar de todo, el gato negro murió al cabo de pocos dias, y la jóven se creyó viuda. Su dolor, si bien fué vivo, cedió poco á poco á la reflexion de que la cosa no tenia remedio, y acabó por consolarse.

Recordando estonces que Alfredo habia tenido ya tiempo de gastar las zapatillas, causa de sus desgracias, colocó su bastidor otra vez junto al balcon como al principio de esta historia, y comenzó de nuévo á bordar otras.

Pero el ingrato no debia volver: habia partido para Constantinopla, en donde seguramente lo que le sobraria serian babuchas bordadas.

Estrella, perdida toda esperanza, y fastidiada de la soledad en que vivia, partió para Inglaterra, en donde reclamaba su presencia un asunto de interés. Acababa de morir un tio suyo, dejándola una bonita fortuna que debia partir con un primo jóven y buen mozo.

La mejor manda se empequeñece al dividirla. Por lo tanto, los dos primos creyeron que era mas razonable no partir la herencia, sino unirse ellos, por cuya rozon se han casado y viven hoy en Lóndres.

Mas hé aquí que Felipe Bernard, cansado de viajar, y acosado de gota y dolores reumáticos, con algunos años mas y algunos miles de francos de menos, se le ha ocurrido volver á reclamar á su mujer los dos pares de guantes de gamuza que se olvidó al marchar, y ahora confiesa que eran suyos.

Al saber que Estrella vive en Inglaterra, casada con su primo, ha partido furioso para Lóndres acusando á su mujer de bigamia.

Estrella protesta de su buena fé, alegando en su favor el engaño que usó Felipe para abandonarla y el asunto está

Sub judice.

Sofía Tartilan.

A JOSÉ RUIZ TORO.

¿Qué rumor lento
conmueve el viento?
¿Por qué lejanas
tristes campanas
en el misterio
del cementerio
gimiendo están?
¿Qué es lo que expresan?
¿Por qué interesan?
Es, que esos ecos
lentos y huecos,
la voz contienen
de ayes que vienen
y almas que van .....
. . . . . .

Y, ví un entierro pasar:
junto á mí lloraba un hombre:
y sintiendo su pesar
pregunté: ¿cuál es el nombre
del que llevan á enterrar?

Sin dar treguas á su llanto
contestóme el infeliz:
¡Era un ángel! ¡Era un santo!
Por eso deploro tanto
la muerte de José Ruiz.

—¡Dios le corone de gloria!
—Él oiga vuestra oracion:
De Ruiz la virtud notoria
ha grabado una memoria
eterna en mi corazon.

—¿Y era jóven?
—Se encontraba
en el albor de su vida.
Y mi amor le respetaba
porque en sus frases brillaba
la fé con la ciencia unida.

—¿Alguno de sus parientes
por ventura sereis vos?
—Esas almas inocentes
que á los pobres indigentes
nos dicen ¡hijos de Dios!

No mienten títulos vanos:
cual hijos de Dios les vemos
con el socorro en sus manos;
y llamándonos hermanos
por hermanos les tenemos.

Breve su vital carrera,
dudo, que dorada espiga
frutos mas ópimos diera.....
—¡Dios premie su fé sincera!
—Dios le ensalce y le bendiga!

—¿Y fué tranquila su muerte?
—Con santa envidia la ví;
y el llanto que el alma vierte
no es por temor de su muerte,
si no por lo que perdí.

De noble virtud modelo,
resignado dejó el suelo
que tal bien no merecia.
y vive.. ..
—¿Vive?
—En el cielo,
que en la tierra no cabia.—
No quise preguntar mas;
aquel muerto era feliz:
rezando fuíme detrás,
y no olvidaré jamás
la tumba de José Ruiz.

Un rumor lento
conmueve el viento.
Notas lejanas
que las campanas
en el misterio
del cementerio
gimiendo están,
su triunfo espresan,
y si interesan,
es que esos ecos
lentos y huecos,
la voz contienen
de ayes que vienen
y almas que van.

ANTONIO CORONA CAMACHO.

MI PÁJARO.

IMITACION DE G. *

Del sol á la luz temprana
todo despierta y se anima,
desde el bosque á la fontana,
desde el valle hasta la cima
de la montaña lejana.

Sobre el cerro y la llanura
diamantes vierte el rocío,
gime el áura en la espesura,
y arrastrándose murmura
entre los sáuces, el rio.

Elevan los elementos
su voz en mil tonos suaves;
hablan breñas, plantas, vientos
confundiendo sus acentos
con el cantar de las aves.

Todo á volar le convida,
todo le brinda placeres,
¡la libertad es la vida!
ven á gozarla si quieres,
no hay nada que te lo impida.

El deseo le estremece,
puede huir, á su inexperta
vista, la ocasion se ofrece
y provocarle parece
porque la jáula está abierta.

Y desde ella á la alameda
lanzarse puede ligero
en brazos del áura leda;
mas no, en la jáula se queda,
¡bien sabe cuánto le quiero!

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

UN EPISODIO CONYUGAL.

(Conclusion).

V.

Varias veces y á pesar del silencio de aquel, intenté cojer la pluma para pedir esplicaciones sobre éste, pero pudo mas mi dignidad de hombre.

Dejé al tiempo la aclaracion del misterio y el cuidado de justificarme.

Pasaron muchos meses, y por fin pude volver á pisar de nuevo el vallisoletano suelo.

Mi primer cuidado fué dirigirme á casa de mi amigo. Este no vivia ya en aquella casa.

Fuí tres veces seguidas á la Secretaría y no pude encontrarle.

Recorrí asiduamente los dos casinos; todo fué en vano.

A los cuatro dias desistí de mi empresa. Pasaron quince mas y nada pude inquirir del paradero de los dos esposos.

Un dia, sin embargo, un amigo oficioso, uno de esos que hacen en todas las capitales el papel de gacetillas

ambulantes, me refirió un triste episodio ocurrido durante mi ausencia.

Habia mediado entre ambos consortes sérios altercados; Elisa se hallaba en San Sebastian al lado de una tia suya solterona y rica, mientras que Luis, abatido, aislado y en el mayor estado de desesperacion, huia de la sociedad por completo, habiéndose dedicado al fatal vicio del juego.

Un rayo caido á mis piés no me hubiera hecho el efecto que me causó esta noticia.

Tuve el funesto presentimiento de que yo era el autor de este desastre matrimonial.

Mis sospechas de tiempos atrás adquirieron mayor fuerza.

Luis se habia sacrificado en aras de la amistad; se habia hecho desgraciado, quizá sin darse cuenta de ello.

Traté de averiguar la verdad de los hechos, y si mis sospechas se justificaban, me propuse remediar el mal que tan inocentemente habia yo causado, aun á costa de los mayores sacrificios.

Una vez decidido á ello, por mas que la empresa me pareciera difícil, no vacilé en llevarla á cabo.

Convencido de no encontrarle en ninguno de los puntos en que la sociedad selecta se reunia, y sabiendo por otro lado que el juego era su entretenimiento, recorrí uno por uno todos los garitos con una asiduidad estrema.

Inútilmente; Luis no parecia; gota de agua caida en el Océano del vicio.

VI.

Yo sufria horriblemente.

La idea de que yo era, aunque sin quererlo, el verdugo de aquella víctima, me exaltaba hasta la desesperacion.

Mi mal humor era constante.

Ni los suaves trinos de las célebres Marchissios, admiracion de los *dilletantis* vallisoletanos que acudian á aplaudirlas al aristocrático Teatro de Calderon, ni las sublimes notas del celebérrimo artista Tamberlik, conseguian disipar mi pena.

La Providencia vino en mi auxilio.

Una noche, eran mas de las once, atravesaba la Plaza de Orates.

Al llegar al principio de la del Obispo, ví un grupo de curiosos rodeando á un hombre tendido en medio de la acera.

Acerqueme, y á la vacilante luz del farol reconocí á mi amigo, pero en ¡qué estado!

Súcio, desgreñado, con la barba crecida y en el estado mas deplorable lo encontraba despues de un año, casi exámine en medio de una calle pública, y víctima de una violenta congestion cerebral.

No habia tiempo que perder.

Hice venir un coche de plaza, y ayudado por algunos curiosos, trasporté el cuerpo casi inanimado de mi infeliz amigo, que media hora despues se hallaba en mi casa y en mi cama.

Una sangría copiosa, hábilmente propinada y ejecutada, salvó el primer peligro.

Ocho dias, sin embargo, luchó con la muerte.

La juventud y la ciencia pudieron mas, y al décimo la razon empezó á recobrar su imperio.

Referirte, lector amigo, lo que yo sufrí en aquellos diez dias, seria asunto interminable.

Luis al verme, al darse cuenta de sus impresiones, ya algo mas restablecido, y mirándome de hito en hito con unos ojos en que se leia la ira ó la desesperacion, dió un salto en la cama cual si hubiera sufrido el disparo de una pila de Volta esclamando solo: ¡Tú!

Aquel *tú* era mas elocuente que todas las frases del mundo, y confieso que me dejó petrificado.

Repúseme al momento, y acercándome á la cama del enfermo, al que pude calmar con mis ademanes, solo tuve valor para decirle estas palabras.

Tranquilízate, ahora eres mi huésped; cuando estés completamente bueno, hablaremos.

Y así fué en efecto.

Algunos dias despues, Luis ya convaleciente y convencido por mis constantes pruebas de cariño, que mi amistad no habia sido entibiada ni por el tiempo ni por las circunstancias, me relataba las amargas páginas de su vida, que reasumidas en pocas palabras vinieron á confirmar mis antiguas sospechas.

Celosa Elisa del cariño que su marido me profesaba, le habia proporcionado disgustos sérios, tratando con despótico deseo de interponer una barrera entre nosotros, por creer que nuestra amistad aminoraba el amor de su marido hácia ella.

Luis, no obstante, celoso tambien de su propia dignidad, no habia querido acceder á las ridículas pretensiones de su mujer.

Estas continuas contradicciones, aunque originadas por pueril causa, produjeron no obstante sus efectos.

Altercados diarios, disgustos continuos, palabras inconvenientes que llegaban hasta el insulto, y últimamente, la separacion de ambos consortes.

Nunca hubiese creido en Elisa una obcecacion tan terrible, ni en Luis una amistad tan sublime: un Orestes de este género era un héroe de los tiempos antiguos.

Pero mi obra habia comenzado, y tenia que completarla: por humanidad, por conciencia, por amistad, no debia yo permitir la desgracia de mi amigo.

VII.

Veinte dias despues partí para San Sebastian.

Elisa, mas hermosa aun que la Malvina de Ossiam, pero retratándose en su fisonomía la espresion de sus

sufrimientos, habitaba con su anciana tia una preciosa casita en la calle de.....

Sin vacilar dirigí los pasos á ella.

Al verme traspasar los umbrales de su poética vivienda, Elisa no pudo contener un grito de ira y espanto.

Apelé á cuantos recursos oratorios pudo sugerirme mi pobre imaginacion para disuadirla de una ofuscacion cuyos efectos tanto deplorábamos todos, y que á todas luces el mundo y la humanidad rechazaban.

No luché en vano; el amor á su marido hizo lo demás.

Una semana mas tarde pisábamos los umbrales de mi modesta habitacion en Valladolid Elisa, su anciana tia y yo.

Referirte los detalles que mediaron para la reconciliacion entre ambos esposos, daria materia suficiente para escribir un estenso libro.

Bástete saber, lector amigo, que lloré como un niño de ocho años.

Mi alma estaba tranquila; un enorme peso se me habia quitado, por decirlo así, del corazon, y éste latia con mayor violencia.

Dios era justo, habia oido mis incesantes ruegos.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ya han pasado muchos años de este verídico episodio, y entre Luis y Elisa continúa aun clara, brillante, la segunda Luna de miel.

Son mis mejores amigos, casi mis dos hermanos.

A ambos ha sonreido la fortuna como era de esperar.

Luis, heredero de cuantiosos bienes, poseedor de un título de Marqués y Senador del Reino, es el caballero mas cumplido, el verdadero aristócrata de la villa del Oso y el Madroño.

Ella, presidenta de varias sociedades de beneficencia, dulce, caritativa, envidiada y respetada, es una verdadera joya de la sociedad Madrileña.

VIII.

Despues de todo, se me ocurre una idea: ¿hasta qué punto de degradacion é infortunio no conducirá al hombre el amor egoista de una mujer?

M. Poggio y Bermudez de Castro.

¡PIEDAD!

Ni quiero ya tu amor, ni tus disculpas,
ni que me jures anegada en lágrimas:
los mas rudos tormentos de este mundo
fueran á mi dolor corta venganza.
Vuelve ya de tu loco desvarío;
te compadezco, ¡mísera, insensata!
porque es la compasion, lo que has dejado
vivo dentro del alma.

No tiembles si me ves llegar sereno
á tu presencia con la frente alta;
cerráronse mis lábios á las quejas
como cerróse el pecho á la esperanza.
Es tal mi afan por olvidarlo todo,
que si á mis pies te viera arrodillada
me escucharás decir con lengua fría:
—¡pobre mujer, levanta!—

Cesen ya tus alardes y tus risas,
porque del corazon en las batallas
no siempre pierde más aquel que muere,
que suele perder más aquel que mata.
Cuando apaguen tus risas los sollozos,
cuando en tus negros ojos no haya lágrimas
y no puedas llorar, y me recuerdes,
¡ten piedad de tu alma!

Antonio Jimenez Verdejo.

Granada 11 *Mayo* 76.

EN LA ROSA.

Una rosa me diste, vida mia,
que de tu amor en prueba te pedí,
y al colocar tu beso entre sus hojas
tu imágen quedó allí.
A solas con mi amor y mi ventura
mil y mil besos á la rosa dí:
¿sabes á quien besaba en su corola?
pues te besaba á tí,
que al aspirar su delicado aroma
grata delicia en mi alma recibí,
porque entre aquellas perfumadas hojas
tu beso recogí.

Antonio Pareja Serrada

Brihuega.

CANTAR.

Una mujer sin virtud
Y un hombre sin corazon
Hallarán siempre marchitas
Las flores de la ilusion.

Encarnacion Ruiz Toro.

1875.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 31 Octubre correspondiente al 8 Abril 1876. Núm. 78.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Un Fragmento del Quijote, por don Francisco Jimenez Campaña.—A la memoria del ilustre poeta Vicente Espinel (poesía), por don Joaquin F. Montero, Pbro.—A la Srta. A. A. V. (poesía), por don José Perez Ochen.—A mi buena amiga la Sra. D.ª María de las Mercedes Soler, en sus dias (poesía), por don Francisco Jimenez Campaña.—La Sultana de Medina Ronda (cuento árabe).—Cuestion de lluvia (poesía), por don Antonio Pareja Serrada.—A Ernestina en su abanico (poesía), por don José Perez Ochen.—Epigramas, por F. J. C., y A C.

UN FRAGMENTO DEL QUIJOTE.

Registrando yo un dia, como quien busca un tesoro en derruido palacio, una muy antigua y descompuesta biblioteca *de cuyo nombre no quiero acordarme*, me vino á las manos un manuscrito hecho con letra del siglo diez y seis. Leí aquello que á mi vista primero se ofreció, y lo juzgué oscura filosofía: ya verán el por qué los que me hicieren merced de seguirme escuchando. Pero, cual no seria la complacencia que de mí se apoderó, cuando al proseguir en aquella tan singular lectura tropecé con el nombre de Sancho Panza, y luego con aquellos refranes y aquella manera de razonar que Cervantes pone en boca del escudero de don Quijote. Tal fué, que dejéme abandonados unos muy curiosos apuntes con trabajos sacados de un viejo cronicon, y con el manuscrito apretado contra el pecho, salí con mas gozo de aquella biblioteca que el otro matemático griego del baño de Siracusa. Pero no voceé como Arquímides; tenia yo miedo de que me fuese arrebatado tesoro de tanta valía, y le escondí en el fondo de mi gaveta con toda consideracion, esperando á que dia fuese llegado en que á altas inteligencias manifestarlo pudiera.

Y el dia es este, en que venís los ingenios españoles de la presente era á celebrar el doscientos sesenta aniversario de vuestro príncipe.

Antes de dar comienzo á su lectura, voime á tomar la libertad da hacer alguna observacion, no sea que el fragmento creais apócrifo y por mí inventado, cuando atentamente lo considereis.

La primera será, que no es mucho parecido el estilo del manuscrito que os traigo al que Cervantes emplea en su Don Quijote; si no antes desaliñado y poco armonioso, como de novicio que busca trazas de imitar á su maestro. Razon seria esta porque Cervantes desechado lo habria de su muy perfecta y acabada obra.

Lo segundo, que el lenguaje casi oscuro que se condena en este curioso fragmento, más bien parece tener relacion con cierto sistema filesófico de nuestros dias que con ninguno de los del manco de Lepanto. Saldríale quizá subido de punto el cuadro para aquellos tiempos, y por eso condenólo á oscuridad. Mas ahora viene como de marca, y á honra tengo el sacarlo á claridad para bien de muchos y eterno mererecimiento de Cervantes.

El fragmento es como sigue:

«*Hizo D. Antonio que le llevasen* (á D. Quijote) *en peso á su lecho, y el primero que asió de él fué Sancho diciéndole: no va en tal, señor maestro como lo habeis bailado: ¿pensais que todos los valientes son danzadores y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola; si hubiérades de zapatear yo supliera vuestra falta, que zapateo como un gerifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió Sancho que reir á los del sarao y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.* Salieron del aposento aquel don Antonio y sus amigos, que ya confesábanse cansados del tanto reir, y quedóse con su señor el bueno de Sancho, el cual como no tuviera sueño y no pudiera irse á las manos en lo de callar otra vez, comenzó de esta manera la plática del baile. Esquivo habeis andado, mi señor, con damas de tan noble porte. Pidiéranme la ayuda, dijo don Quijote, para guardar su honra de mal cumplido caballero, y á fé que no hallaran mas esforzado mantenedor; pero hánme solicitado el corazon, y este todo entero héselo de entregar á la señora

de mis pensamientos; Oh nunca bien ponderada reina de mis deseos, bien injusta andais con vasallo tan rendido: guardad el vuestro corazon puro en la fidelidad, como puro y sin mezcla de otro género de amor para la vuestra virtud lo guarda don Quijote: *que los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hagan merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Pero, señor, dijo Sancho, qué tienen que ver las estrellas con doña Dulcinea, ni qué fortificacion hanle de prestar? *La razon*, prosiguió don Quijote, sin atender á las de su escudero, *de la sin razon que á mi razon se hace de tal modo mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vnestra fermosura.* Sí, repuso Sancho, *en casa de herrero asador de palo*: fraguando está nuestro señor razones que contar no se pueden, y nora mala para mí si razon veo en lo que está platicando: catad que no os entiendo y lo mismo ha de pasar á vuestra Dulcinea si por ventura os escucha. Sí me oye, contestó don Quijote, *que el amor es la idealidad de la realidad de la razon del ser que resulta de la union del yo con el no yo, mejor con lo otro que yo, produciendo un nuevo yo.* Señor, dijo Sancho, si no andais falto de juicio, burla quereisme hacer hablándome de modo que yo no os entienda, y vienéseme á las mientes un consejo vuestro que me disteis antes que á gobernar fuese la maldecida de Dios Insula Barataria: decíaisme entonces que *cargar y ensartar refranes á troche moche hace la plática desmayada y baja.* Y ¿á qué viene agora aquello de los refranes? Viene, dijo Sancho, como pedrada en ojo de doctor, como peras en tabaque; porque si el hablar al modo que la gente ruin, trayendo á cuento siempre los refranes, sienta mal en boca de gobernador, en boca de caballero andante plática oscura é intrincada tambien sienta como á Cristo un arcabuz. Ruégoos, señor nuestro amo, que mañana en Dios amaneciendo no me enhileis tanto *yo, yo, yo*, que no parece otra cosa que canto de nodriza, porque á pesar mio héme de dormir; y cosa es esta que no os sienta bien, pues no quereis escudero perezoso si no diligente y buen madrugador. Habladme así agora que el sueño se me escapa, para que á ese vuestro son se entornen los mis ojos y tenga sueño profundo y tranquilo. Pero, por Dios, nuestro amo, que no habeis de usar mañana esa plática para con las damas y caballeros de esta casa porque os tendrán por mas loco y falto de juicio que si os vieran llevar á cabo aquellas muy famosas aventuras vuestras de los molinos de viento y los batanes ¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazon don Quijote ¿con que loco estoy y falto de juicio; el loco y el bestia seraslo tú. *Yo me se de mí como lo uno y todo que yo soy en la total unidad é integridad de mi ser, antes y sobre todo última, individual, concreta determinacion en estado, dentro y debajo de los límites que condicionan á la humanidad en el tiempo y en el espacio. Este es, Sancho, el desarrollo del interior contenido de mi conciencia.* Eso es, dijo Sancho, castígame mi madre y yo trompogelas. Pues loco y mas que loco estais, señor, y bien os pareceis á un mi deudo, el cual perdió el seso por un pleito y mezclaba despues las palabras del notario tan sin órden y sin concierto, que á todo el que á escucharle llegaba, mas le parecia hombre de nacion extranjera que español nacido en el corazon de Castilla, y eso os digo yo: hablárades esas vuestras filosofías en lengua turca ó siquier toscana que yo no entiendo, y atormentárades menos á mi pobre magin que vá detrás de las vuestras palabras sin que se le alcance un pensamiento de todas ellas. Calla, bárbaro, que no se ha hecho la miel para la boca del asno. Señor, repuso Sancho, ni la lengua de mi madre para tan menguada filosofía.

¿Sabeis á qué os asemejé cuando enderezásteis plática tan sin concierto? A una vigüela destemplada puesta en manos de un loco: hace ruido y no hace música ni trova. Ni sé cómo me contenga, Sancho, dijo don Quijote: ¿qué sabes tú, ni en qué libros leido has para que la crítica hagas de tan elevados conceptos: bellaco ignorante eres y de altas ideas quieres tratar? Mire vuestra merced, dijo Sancho, que si hablárades así en Salamanca tampoco os habian de entender; hablad claro, señor, y si despues vuestras razones no entendiere, culpa será de mi ignorancia y no de vuestra oscuridad. Oscuro seraslo tú, dijo don Quijote, que estás ahí ensartando palabras sin entender de ciencia lo negro de una uña. *La ciencia es un todo de esencial composicion de dos todos en uno; ó mas claro, el medio en que lo subjetivo y objetivo comulgan.* Con piedras de atahona, dijo Sancho. Pecador de mí, dijo don Quijote, saltando del lecho y asiendo su tizona, que he de ponerte á raya en los insultos. Sancho buscó la puerta, y tras él salió nuestro hidalgo hecho un leon en la rabia y en la valentía que dentro de su corazon llevaba.

El astuto escudero, por hurtar el cuerpo á los golpes del furioso manchego, entróse en la sala del sarao, donde voces oyó de damas y caballeros. Y era que estos aun reian haciendo memoria de los graciosos lances que á don Quijote ocurrido habian. Aparecióse este en la sala, detrás de Sancho, y como la espada traia en la mano y el rostro desconcertado por la ira, fué tan grande el temor que á apoderarse llegó de las mujeres, que formaron grupo llenas de susto, á cuyo centro voló á refugiarse el perseguido y medroso Sancho Panza. D. Antonio y sus amigos sujetaron al colérico caballero que á su escudero con voz ronca gritaba: Seguro asilo topado hás, bellaco y mal hablador; pero yo te juro por mi señora Dulcinea que háte de costar cara tu osada

descortesía. ¿En qué os faltó vuestro escudero? preguntó don Antonio. No osará decirlo, contestó Sancho desde su resguardo, y si nó, señor nuestro amo, agora que en presencia estamos de gente que no es ruda, si no antes bien mucho estudiada y sabida, habladnos tantico de aquella vuestra filosofía. Mudo paróse don Quijote, y mas color de vergüenza vino á su rostro que cuando aquellas damiselas en el baile le requebraban: Sancho, dijo despues de buen tiempo, vencido me hás, y agora confieso que hice tuerto á nuestra hermosa lengua castellana, cuando osé emplearla en tan extranjera filosofía.»

Por primera vez se confesaba vencido don Quijote en una de sus aventuras.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Granada 23 de Abril de 1876.

A LA MEMORIA DEL

ILUSTRE POETA VICENTE ESPINEL.

¿Do reposas el sueño de la muerte?
Sal de la tumba Ingenio esclarecido
Y á tu pátria escarnece con voz fuerte
Pues tu memoria tuvo en el olvido.
Mas no, Espinel; si á tu recuerdo, inerte
Ronda quedó, al fin ha conocido
Su ingratitud, y llena de contento
Tu nombre aclama con sonoro acento.

Desengaños del mundo te enseñaron
Que la paz no existe en bélicas acciones:
Buscaste á Dios, tu frente coronaron
La Iglesia, tus virtudes y canciones.
Con el quinto tu música admiraron:
Elegido por Dios, las bendiciones
Del alto Cielo sobre tí vinieron
Con la Estola y el Cáliz que te dieron.

Y el celo fuerte que en tu pecho ardia
Por nuestra ciencia tu *Obregon* lo dice,
Pues la Historia confiesa cada dia
Ser un tesoro lo que en él predice
El númen que tu pluma dirigia.
¡Que Ronda justa y síncera eternice
Al que cantó con voz tan elevada
El Incendio y Rebato de Granada.

Maestro te llamó Lope de Vega:
El inmortal Cervantes fué tu amigo.
¿Quién de tu génio la grandeza niega
Cuando tuvo tan ínclito testigo?
Fama te dió que hasta nosotros llega.
¡Ah! Ronda siente lo que fué contigo,
Y ya la gloria de tu nombre canta
Y un monumento para tí levanta.

JOAQUIN F. MONTERO, PERO.

El Pedroso Setiembre 17.

A LA Srta. D.ª A. A. V.

Un año ha hecho esta noche que me hallaba
De dicha y gozo lleno
Contemplando tu faz que parecia
Un clavel entreabierto.
La refulgente luz de tu mirada
Penetraba en mi pecho,
Y con mágico ardid lo fué llenando
De su amoroso fuego.
Entonces con afan por vez primera
Entre placer y miedo,
Te pregunté ¿me quieres? y dijiste:
Con el alma te quiero.
. . . . . .
Esta noche quizá á la misma hora
Y en el mismo momento
En que el año anterior me deleitaba
Tus palabras oyendo,
Pasé junto á tu lado: de la luna
Los pálidos reflejos
Bañaban con dulzura tu semblante
Como siempre hechicero.
En tus ojos fijar quise mis ojos
Y observé con tormento,
Que tu mirada retiraste esquiva
De mi contacto huyendo.
Entonces comparando lo pasado
Con lo que estaba viendo,
Exclamé con dolor ¡que diferencia!
¡Cuán voluble es el tiempo!
. . . . . .
Dos horas hace ya que ante mi vista
Lugar tuvo el suceso,
Y no puedo explicar lo que me pasa;
Aun me parece un sueño.
¡Qué lucha tan tenaz y tan horrible
Inunda mi cerebro!
El peligro mas grande, lo arrostrára
Por desahogar mi pecho.
Más esto es imposible: eternamente
Vivirá mi deseo,
Y siempre para tí seré culpable;
Mas guardaré el secréto .

Que arrebató de mí con saña fiera
La dicha y el contento.
No puedo mas, concluyo: solamente
A rogarte me atrevo,
Que si á tus manos por fortuna llegan
Mis ya trazados versos,
Con desden no los mires; al contrario,
Ve lo que estoy sufriendo,
Y acuérdate de mí cuando los leas:
Que yo con puro afecto
Bendeciré tu nombre, y tu memoria
Grabada quedará siempre en mi pecho.

José Perez Ochen.

Noche del 5 de Setiembre de 1876.

A MI BUENA AMIGA LA SEÑORA

D.ª MARIA DE LAS MERCEDES SOLER,

EN SUS DIAS.

Entre las breñas de enriscado monte
Pierde el cordero á su pastor y bala;
Deja el arroyo las pintadas flores
Y sollozan las ondas argentadas.
Auséntase el bulbul del bosque umbrío
Y el árbol de pesar dobla las ramas;
Apaga el sol la luz y el triste cielo
Llora sobre el rosal brillantes lágrimas.
Tú, arcángel de la luz, dejaste un dia
Riberas del Pasig de claras aguas
Y hora sus ondas de dolor se enturbian
Y á tu madre en el llanto la acompañan.
Hoy lloras tu tambien, que á tus oidos
Murmullos de dolor llevan las auras,
Mientras pisa tu pie tierra extranjera
Y en los recuerdos se sumerge el alma.
Oh! deja de sufrir, porque en los ojos
De la dulce Miriam hoy nace el alba
Del dia que tus brazos aprisionen
A la madre infeliz que tanto amas.

Francisco Jimenez Campaña.

LA SULTANA DE MEDINA RONDA.

I.

Grande agitacion se notaba en la corte de Abomelique, la mañana en que comienza nuestro cuento.

Numerosos grupos de hombres de armas circulaban por las estrechas calles de Medina Ronda, dirigiéndose á la plaza de la gran Mezquita.

Personajes importantes, á juzgar por la riqueza de sus trajes y lo brillante de sus armas, formaban agrupaciones en varios estremos de la Plaza, y departian calurosamente los unos con los otros, mostrando en sus semblantes esa animacion indescriptible, que es siempre precursora á las funciones de guerra.

De repente suenan los instrumentos bélicos, señalando la llegada del Amir (1), y las tropas se reunen con precipitacion, ocupando el Almucadem (2) su puesto respectivo, y formando los almogárabes (3) detrás de los peones.

El hijo de Alboacen, radiante de juventud y ricamente vestido, desemboca en la Plaza, acompañado de caballeros de lanza y espada. Montaba un alazan brioso de color oscuro y de bellísima estampa, que manejaha con destreza. Antes de llegar á sus soldados, puso á galope el caballo, y despues, rápido como el pensamiento, recorrió las filas, parándose en el centro, y con él los personajes que formaban su brillante séquito. Entonces empinándose sobre los estribos de bruñida plata, y blandiendo con brio su reluciente cimitarra, prorrumpió con voz sonora y enérgica. ¡Hijos de las montañas! ¡Los enemigos se aproximan! Un numeroso ejército de infieles, mandado por sus mas esclarecidos campeones, cruzan las campiñas de Arcos, ansiosos de venganza. ¡Corramos á su encuentro! Yo marcho con vosotros para guiaros al combate. La victoria es segura, porque Alá nos proteje.

¡Abomelique es grande! ¡Abomelique es justo! ¡Abomelique es valiente! repetia el Almocri (4) desde el alto Alminar. (5)

Al campo! Al campo! gritaban con entusiasmo los Jefes. y los soldados.

Un ruido sordo, estraño é imponente anunció que las tropas de Abomelique abandonaban á Medina Ronda.

II.

Entre las moras mas afamadas por los encantos de su belleza, la hermosura de sus ojos renegros de espresion fascinadora, y por esas tintas nacaradas que constituyen privilegios entre las hijas de las montañas, sobresalia Algotiza, Sultana del Serrallo del jóven Rey de Ronda. ¡Era mas hermosa que la Zoraima de Atajate!

Apenas contaba quince años, y sin embargo, un

---

(1) Príncipe.
(2) Capitan.
(3) Caballería de lanzas.
(4) Lector de Mezquita.
(5) Torre de Mezquita.

precoz desarrollo perfeccionaba sus formas, que á traves de las blancas y finísimas telas que formaban sus sencillos trajes, se dejaban adivinar, escitando la pasion y el deseo.

La tarde en que Abomelique partiera con sus huestes á las campiñas de Arcos, abandonaba Algotiza el palacio que habitaba con el Rey, al Oeste de la ciudad, frente á los campos del Prado y Loma de la Cueva (1), para trasladarse á la fortaleza, donde estaban las Mazmorras que aprisionaban á los cautivos cristianos.

La causa de semejante traslacion consistia, en que el anciano Alcaide de tan tenebrosas prisiones, era natural de Algatocin y hermano de la madre de Algotiza, mereciendo la confianza del Rey; y por esto entregaba á su custodia la prenda mas amada de su corazon.

III.

En una estancia reducida, ricamente decorada; donde los terciopelos de Granada con sus colores purísimos de escarlata y esmeralda, formaban colgaduras, recamadas por cordones y borlas de la seda esquisita que labraban las moras de Benajajin y de Jubrique; donde los candelabros, y ricos pebeteros de oro y plata demostraban el ingenio de los artistas de Córdoba alumbrando clarísimas luces y esparciendo aromas embriagadores que perfumaban el ambiente, se encontraba Algotiza, reclinada sobre almohadones de damasco blanco bordados de oro fino, mostrando su semblante una tristeza profunda. Inclinaba su cabeza sobre el pecho, y algunas lágrimas brotaban de sus hermosos ojos. Al lado y de pié, respetuoso la contemplaba un moro ricamente vestido, pero agoviado por el peso de los años. Era Ibrain, el Alcaide de la fortaleza.

—No te aflijas, Sultana, el profeta vela por su suerte y pronto le veremos volver victorioso como siempre.

—Que Alá te oiga, Ibrain, pero esta repentina ausencia destroza mi corazon. Tú conoces á Meemet y sabes un secreto, cuya revelacion pudiera ocasionar derramamiento de sangre.

El Wasir respetará la fortaleza que yo guardo. Mi vida responde de tu seguridad.

—Él me juró vengarse.

—Hiciste mal en no referir á Amobelique la traicion de Meemet.

(1) Hoy casa de los Señores Marqueses de Villa Sierra, como descendientes del Maestre de la órden de Santiago á quien los Reyes Católicos, en premio á sus servicios, concedieron el privilegio de ser el primero que eligiera casa en el casco de la ciudad conquistada.

—Tuve miedo y hoy estoy arrepentida.

Un moro se presentó en la puerta de la estancia, y dice con respeto al Gobernador:

—Sid, el Wasir te aguarda.

Las palabras lacónicas del moro, impresionaron fuertemente á la Sultana. El Alcaide aparecia confundido.

—Ibrain: me espanta la presencia de ese hombre en este sitio. Parte, no te detengas, y vuelve pronto, porque estoy impaciente por saber los designios de Meemet. Encarga que se guarden las puertas de mi estancia y que venga mi esclava.

Ibrain salió sin contestar una palabra; iba muy conmovido. A muy pocos momentos se presentó la esclava de Argotiza. Sus trajes eran moriscos, pero ella profesaba la religion de Cristo. En las correrías que Abomelique habia hecho en los campos de Jerez, fué la infeliz cautiva, y al regreso la puso el soberano de Ronda á servicio de su hermosa Sultana.

—María, permanece á mi lado; el corazon me anuncia un gran peligro.

—Qué tienes que temer?...—El moro se presenta de nuevo interrumpiendo á la esclava.

—El Wasir, Sultana,—dijo y partió nuevamente.

—Alá me favorezca: mira si tengo que temer; no te separes María.

IV.

El Wasir se presenta. Era un moro corpulento de atlética constitucion. Sus ojos negros de mirada fuerte revelaban energía; sus lábios entreabiertos y sus facciones contraidas, demostraban esa pasion violenta que dominando al hombre lo arrastra y precipita.

—¿Qué me quieres Meemet?

—Esa esclava que salga.

—Soy la Sultana, y no puedes ordenar absolutamente nada en mi presencia: te cumple obedecer, Meemet, y yo te mando que al momento te retires.

—La Sultana! contestó el moro con sarcasmo. ¿Ignoras por ventura que Abomelique está ausente? ¿no sabes Algotiza, que en ausencia del Rey, gobierno yo la ciudad? ¿no sabes que mi poder es supremo?— y dirigiéndose á María la dice con imperioso tono:

—Esclava, salte fuera!

—La Sultana me manda que permanezca á su lado.

El Wasir descompuesto y dominado por la ira, se arrojó con rapidez sobre María; la levantó del suelo con sus nervudos brazos, y á pasos precipitados se dirigió á la puerta arrojando con fuerza á la infeliz esclava. Algotiza dió un grito desgarrador, levantándose con ligereza de su asiento para precipitarse por el balcon que estaba abierto. Meemet la detiene, y arrastrando la conduce á los cojines en que estaba

sentada. Su mano temblorosa, comprimia el delicado brazo de la jóven.

—Ya lo ves Algotiza, estaba escrito, y me protege Alá. Para llegar á este sitio, para verte y hablarte, he procurado asegurar que nadie nos interrumpa. Soy el Wasir de la ciudad, todos me obedecen y no hay voluntad, ni brazo capaz de oponerse á mis mandatos.

Algotiza temblaba horrorizada: el ademan resuelto y el acento firme de aquel hombre, le aterraban de tal modo, que no tuvo valor para decir una sola palabra. Meemét continuó con enérgico tono:

—Eres mia, Algotiza; porque yo soy el fuerte, y tu defensa es inútil. Estás á mi disposicion, y el Alcaide de la fortaleza ocupa un calabozo de mi órden. Los moros que te guardan, me obedecen sumisos. Estamos los dos solos, y eres mia.

Algotiza casi desfallecida dirigió al Wasir sus miradas suplicantes, y con la voz temblorosa le pregunta:

—¿Qué vas á hacer, Meemet?

—Qué voy á hacer! ¿por ventura puedo decirte lo que pienso? Oh! ten compasion Algotiza! porque estoy desesperado; loco. Ten compasion y sálvame del frenesí que me devora. Tu amor! tu amor! que es la esencia de mi alma, el éstasis de mi corazon. Una mirada cariñosa de tus ojos, una palabra dulce de tus lábios, y me verás caer ante tus plantas esclavo. Ten piedad, Algotiza, cuando sabes que la pasion me conduce á despreciar la vida.

—Quieres que sea infiel! quieres que sea perjura! Oh! Yo á mi vez te pido compasion!

—Mira, Algotiza: es tan inmenso mi amor, que me desgarran el corazon tus lágrimas. Sí; está escrito, y sin embargo voy á ser generoso, esponiendo la vida. Mañana al *Adohar* (1) volveré á verte; si te resuelves, harás feliz mi existencia. Pero escúchalo bien: si te resistes, te juro por Alá que has de ser mia, completamente mia, y despues te juzgaré severamente, y antes que Amobelique regrese, te haré cortar la cabeza para que guardes el secreto. Entre tanto, tu esclava la cautiva estará solamente á tu lado. Los Jefes de la guardia te prestarán obediencia, pero te impedirán que salgas de tus habitaciones. Eres mi prisionera y á la vez mi señora. Piénsalo bien, y Alá quede contigo.

Meemet con la prontitud que es consiguiente á el que adopta una decisiva determinacion, se alejó de la Sultana.

V.

Algotiza con el semblante cubierto por sus manos, derramaba copiosísimas lágrimas. María entró conmovida, colocándose á su lado. Algotiza le tendió una mano y la miró dulcemente.

—Qué desgraciada soy!

—Todo lo he oido. El Wasir ha salido de la fortaleza y no hay tiempo que perder.

—¿Piensas acaso salvarme?

—Soy cristiana, señora, y la fé fortifica mi espíritu. La Santísima Vírgen vela siempre por las almas puras. Roguemos por vuestra salvacion.

—Tus palabras son dulces, pero la esperanza está léjos. Ha jurado que á la oracion del alba ha de volver á poseerme, y ese hombre feróz, es capaz de cumplir su juramento.

—La esperanza, Sultana, no se pierde nunca si la conciencia es pura. Nos quedan doce horas de tiempo.

—¿Qué debemos hacer? Ibrain no puede socorrerme; el Wasir lo ha preso. Los jefes de las tropas que guardan la fortaleza lo obedecen ciegamente, y tienen órden de no dejarme salir.

—Probemos, pues, señora. Abomelique no está léjos; un hombre de confianza que parta á todo escape con una carta vuestra, y antes que nazca el dia podrá regresar el Rey, y vos quedareis salva.

—¿Dónde encontraremos un hombre generoso que se atreva á contrarestar las órdenes del poderoso Wasir?

—Yo lo tengo, señora, si vos usais energía para dominar al jefe de la guardia del Rio.

—Estoy resuelta á todo; pero el jefe de la guardia del Rio, qué podrá hacer en favor mio?

—Si contamos con él, es seguro nuestro triunfo. En las mazmorras húmedas y oscuras de esta fortaleza, se guardan diez cautivos cristianos. Yo los conozco bien, señora, son todos caballeros y valientes; cualquiera de ellos desempeñará con lealtad la mision que la Sultana le confie.

—¿Tienes seguridad en lo que dices?

—La tengo tanto, cual si mediara yo misma.

—Pues parte en el momento, y al jefe de la guardia del Rio le dices resueltamente que la Sultana lo espera.

María apenas escuchó la última palabra de Algotiza, salió con precipitacion, ansiosa de cumplir su cometido. Las guardias la dejaban pasar, porque la conocian como esclava favorita de la Sultana, y porque el Wasir no habia dado órden alguna referente á María. A los pocos momentos bajaba los trescientos escalones que, abiertos en la roca, conducen á la profundidad donde se deslizan las corrientes tumultuosas del claro Guadalevin.

VI.

El jefe de la guardia de afuera, encargado de cus-

(1) La oracion del Alba.

todiar la fortaleza y los cautivos, ocupaba una pequeña torre, labrada apropósito fuera de los muros de la ciudad y en medio de las corrientes de las aguas. Por fortuna de Algotiza, era un jóven de veinte y cinco años. Apenas escuchó el mensaje de la esclava, la siguió presuroso; y á los pocos minutos se encontraron ambos cerca de la impaciente Algotiza.

—Alá te guarde, Sultana.

—¿Eres el jefe de la guardia del Rio?

—Sí, qué me quieres? Manda y serás obedecida.

Una mirada espresiva de agradecimiento y de ternura, de esas que para hacer esclavos dirigen siempre las mujeres hermosas, conmovió al jóven moro, que no podia resistir la belleza de la Sultana.

María comprendiendo la situacion favorable, se adelantó á Algotiza, que ignoraba los medios de realizar el fin que ella le habia propuesto, y dijo con dulce acento al moro:

—La Sultana desea que mandeis traer al momento un traje completo de soldado, y que dispongais que un caballo enjaezado se prepare lo mas pronto posible.

—Podreis hacer todo eso?—repitió la Sultana dirigiendo al jóven una nueva mirada mas espresiva y escitante.

—Antes de pocos momentos, el traje de soldado estará en vuestro poder, y dentro de una hora, el caballo dispuesto en el punto que la Sultana ordene.

—Gracias, gracias, contestó la Sultana. ¿Cómo os llamais?

—Alí.

—Pues bien, Alí, vais á prestarme un gran servicio, y ya que estais resuelto, os encargo un sigilo completo, y mucha prontitud.

—Disponed de mi vida y mi persona.

—Gracias, contestóle la Sultana estendiéndole una mano. No olvidaré jamás el favor que vais á hacerme, y cuando el Rey regrese, sereis recompensado.

El jóven estrechó tembloroso la mano de la Sultana é hizo un saludo, retirándose con lentitud y algo confuso.

—Falta una cosa, señora.

—¡Alí! gritó la Sultana.

—El que me permita entrar en las prisiones y sacar un esclavo, dijo con prontitud María.

Alí se presentó nuevamente.

—Voy á daros por escrito la órden de que sea destinado á mi servicio como esclavo uno de los cristianos que están en las mazmorras de la fortaleza.

—No es necesario, Señora: vuestra palabra basta.

—María; acompaña al jefe de la guardia, y elige entre los cautivos aquel que mejor te cuadre, y en seguida lo traes á mi presencia. Alí prevendrá á la guardia que no le estorben el paso.

VII.

El moro y la cristiana se alejaron, y juntos se dirigieron á la torre del Rio. Alí, como jefe, tenia las llaves de las prisiones. En el acto dió las órdenes oportunas respecto al traje de soldado y á el alistamiento del caballo; y recogiendo las llaves volvióse con María á la fortaleza, abrió la prision donde estaban los cristianos, dejó que penetrase en su fondo la esclava y esperó en la puerta. María, dentro de la prision, se acercó á los cautivos, y tomando la mano á uno de ellos, le dijo solamente:

—Seguidme, señor don Pedro—y el cautivo la siguió sin contestar palabra.

Alí cerró las puertas retirándose á su torre. María y el cautivo subieron las escaleras, y durante el cortísimo tiempo que invirtieron, fué instruido el llamado don Pedro, de la situacion en que se encontraba la Sultana y del mensaje importante y peligroso de que iba á ser portador. Ambos llegaron muy pronto á donde estaba Algotiza.

VIII.

—Aquí teneis, señora, al hombre de mi confianza. El Sr. D. Pedro Ponce de Leon, que desciende de una de las casas mas nobles de la ciudad de Jerez, tiene valor suficiente para desempeñar la mision que vais á confiarle.

—Mandad, señora, que á fé de caballero y de cristiano, yo os ofrezco el serviros lealmente.

—Gracias, Sr. D. Pedro: comprendo lo sagrado que es para el cristiano el cumplimiento de la promesa que hace bajo su fé. Sois á más caballero, y me confio completamente á vos. Vais á salvar mi honrra; vais á salvar mi vida.

—Ordenad; á todo estoy dispuesto.

—María; en el retrete encontrarás lo necesario para que pueda escribir un pliego á Abomelique.

La Sultana abandonó los cojines, y acercándose á una mesa de alabastro, tomó de manos de María el papel y la pluma; escribió algunas líneas en un pliego que cerró cuidadosamente poniéndole en el sobre.—Al Rey Amobelique, de la Sultana.

—Tomad, D. Pedro, este pliego, y partid en seguida hácia los campos de Arcos. Corred mucho, reventad el caballo si es preciso, pero alcanzad al Rey que estará á menos de cinco leguas.

—Afortunadamente sé el camino, señora, y calculo que Abomelique no habrá pasado de la fortaleza de Zahara, por lo cual antes de cuatro horas estará en sus manos vuestra carta.

—Bien, D. Pedro, quiera Alá no os engañeis. Esperad un momento en la estancia de afuera por-

que aguardo al jefe de la guardia. D. Pedro saludó cortésmente y se salió á las habitaciones exteriores.

—Cuánto te debo María,—y la Sultana caia entre los brazos de su esclava.

Pasos acelerados llamaron la atencion de entrambas: era Alí que cumpliendo lo que habia ofrecido, él mismo conducia el traje de soldado.

—Alá te guarde Sultana.

—Sois puntual, Alí.

—Aquí teneis el traje, y el caballo está pronto; decid el punto donde debe esperar vuestra órden.

—Junto á la puente del rio. El mensajero que ha de llevar un pliego al Rey os buscará en la torre; acompañadlo vos hasta que se monte á caballo. *Por la Sultana*, será la contraseña. Buen Alí, mañana cuando el sol asome por cima de la montaña, venid á visitarme: os espero.

—Está bien, Sultana, tus órdenes serán cumplidas, y Alí se retiraba pensativo.

—Pronto, pronto, D. Pedro, vestios con ese traje de soldado.—Y al minuto el cautivo se presentaba con el traje de moro.

—¿Teneis mas que advertir?

—Que en vos solo cofio y que volvais con el Rey. Buscad al jefe de la guardia y decidle, *por la Sultana*, y él os conducirá donde os aguarda un caballo enjaezado.

D. Pedro se retiró, desmintiendo con la agilidad que mostraba al bajar las escaleras de piedra, los sufrimientos padecidos durante su cautiverio. Llegó á la puerta de la torre, donde ya lo esperaba el jefe de la guardia, y aproximándose dió la contraseña. Seguid, le contestó, y entrambos atravesando el rio, se encaminaron debajo de la puente romana donde se encontraba un brioso caballo de pura raza árabe.

—Montad y partid cuando gusteis, dijo Alí.

D. Pedro montó con lijereza y saludando al moro, salió á escape por fuera de la poblacion, dando la vuelta hasta tomar el camino de Zahara.

(Concluirá.)

CUESTION DE LLUVIA.

Cuando te veo en la calle
á Dios le pido que llueva,
pues al cogerte el vestido
te veo..... co as muy buenas;
y como mas le recoges
al par que la lluvia arrecia,
digo para mi capote
«¡que llueva, Señor, que llueva!»

ANTONIO PAREJA SERRADA

Brihuega.

A ERNESTINA
EN SU ABANICO.

En tu abanico há tiempo una poesía
Te dije iba á escribir,
Y me recuerdas hoy con ironía
Que mi promesa debo ya cumplir.
Voy pues á complacerte que es mi anhelo;
Mas siento un gran pesar,
Y es que con lágrimas de amargo duelo
Su vitela tal vez pueda manchar.
De mi pecho quisiera en este instante
Apartar el dolor
Y describir sin treguas é incesante
Tu belleza y candor;
Pero en lugar de prodigarte flores
¡Es tal mi padecer!
Que tan solo amargura y sin sabores
Te he podido ofrecer.
Perdóname mi bien, y mira atenta
Si es fundado el dolor que existe en mí:
¿Cómo se puede hallar mi alma contenta
Si ausente estoy de tí?

JOSÉ PEREZ OCHEN.

15 *Julio* 76.

EPÍGRAMAS.

—Perillan de raterías,
Dijo á un mudo un descortés,
Siento que sin habla estés,
por saber qué respondias.—
Y el mudo que lo entendió,
Pensó sin poderlo hablar:
—Mucho mas lo siento yo
Por tenerlo que callar.—

F. J. C.

Granada.

Media con los dedos muy ufano
Sus versos el coplero don Ginés,
Y su amigo de infancia Salustiano,
—No te canses—le dijo—faltan piés.—
¿Faltan dices? pues mide este primero,
¿No tiene los precisos?—Hombre, sí;
Mas faltan al segundo y al tercero,
Los que te sobran, buen Ginés, á tí.

A. C.

Granada.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo, Progreso, núm. 14.— RONDA.

LOS ECOS DEL GUADALEVIN,

Á LA GRATA MEMORIA

DEL MAESTRO

VICENTE ESPINEL.

NACIÓ EN RONDA.

28 DE DICIEMBRE DE 1550.

MURIÓ EN MADRID.

4 DE FEBRERO DE 1624.

Este, aunque tiene algo de Zoilo
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
(Cervantes. *Viaje al Parnaso.*)

Al famoso Vicente Espinel dará vm. mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.
(Cervantes. *Adjunta al Parnaso.*)

Del famoso Espinel cosas diria
Que escedan al humano entendimiento
De aquellas ciencias que en su pecho cria
El divino de Febo sacro aliento.
Mas, pues, no puede de la lengua mia
Decir lo menos de lo mas que siento
No digo mas sinó que al cielo aspira
Ora tome la pluma, ora la lira.
(Cervantes. *Canto de Caliope.*)

. . . . . .
Y las dulces sonoras espinelas,
No décimas del número de versos,
Que impropiamente puso
El vulgo vil, y califica el uso,
O los que fueron á su fama adversos,
Pues de Espinel es justo que se llamen
Y que su nombre eternamente aclamen.
(Lope de Vega. *Laurel de Apolo.)*

LOOR Y GLORIA AL POETA,

AL NOVELISTA, AL MÚSICO, AL SOLDADO

Y AL SACERDOTE.

Año III. 23 de Abril de 1876. Números 79 y 80.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

INAUGURACION DEL MONUMENTO Á ESPINEL.

COMISION EJECUTIVA.

La historia, que se considera por distinguidos filósofos como «el desenvolvimiento de la humanidad en el espacio y el tiempo,» y que constituye la memoria de los siglos y un arsenal riquísimo de conocimientos útiles, nos revela en sus páginas los hechos de la vida azarosa y desgraciada, que tuvieron eminentísimos hombres.

Sócrates, por ejemplo, cuyo nombre inmortal simboliza la virtud, la ciencia y el patriotismo, esperimentó ingratitudes, persecuciones y pobreza, víctima, al fin, de la envidia de sus soberbios émulos, que consiguieron fuese condenado á beber la cicuta.

El poeta Lucano, en la Roma de los Césares, sufrió la pena de muerte, por haber vencido en lides literarias á Neron el *Incendiario*.

Miguel de Cervantes, ese coloso de los genios que tanto y tanto honrára á nuestra España, pobre cruzó la tierra de su pátria, y sus obras no fueron comprendidas ni apreciadas hasta despues de siglos.

Vicente Espinel, el hijo ilustre de la antigua Munda, de la noble Ronda, gloria del divino Apolo, segun Lope de Vega, llevó una vida de amarguras acerbas, de profundas pesadumbres, olvidado despues al caso extremo de que se haya ignorado, hasta hace pocos años, la parroquia donde fué bautizado y el pueblo donde exhaló los últimos suspiros.

Todos esos tristísimos sucesos parecen demostrar, que la sabiduría y el talento han venido hermanados con la desgracia y el olvido, y, sin embargo, tienen esplicacion satisfactoria.

Las inteligencias elevadas, los génios esclarecidos, constituyen la manifestecion del espíritu en la plenitud de sus potencias; y como el principio material resulta por consiguiente dominado, no puede inspirar, no puede producir en el humano sér esa soberbia de la vida, esa concupiscencia de la carne, que fuertemente lo excita á la posesion del poder y de la riqueza, como medio de satisfacer las mas ardientes pasiones.

Vicente Espinel, considerado en tal sentido, experimentó los efectos desgarradores producidos por la alteza de sus talentos y la pequeñez y la miseria de la mayor parte de los hombres de su siglo.

¡Empero llega el dia de la compensacion y de la justicia!

Las lecciones del tiempo y el desenvolvimiento progresivo de las ciencias, han influido en los ánimos de la presente generacion, haciéndola comprender el deber, que pesa sobre todos los pueblos, de tributar un recuerdo de admiracion y de respeto á la memoria de las celebridades literarias que nacieron en ellos.

La ciudad de Ronda así tambien lo ha juzgado en su conciencia, y hoy, dominada por la emocion y el entusiasmo, favorecida por los amantes de las letras, que de puntos diferentes han contribuido con su óbolo, levanta un Monumento que perpetúe en lo futuro las glorias inmortales que Espinel ha conquistado por medio de su inspiracion y de su ciencia; esculpe en mármol su nombre esclarecido, y una guirnalda de aromáticas flores del Parnaso, tegida por inspirados vates, orlará su sepulcro, haciendo imperecedera la memoria de tan fausto suceso.

¡Loor y gratitud á los que unidos por las mismas ideas, consiguen realizar tan noble y generoso pensamiento! ¡Loor y gratitud á los buenos patricios, que ejecutan un acto tan grandioso y tan justo con el noble propósito de reparar por completo la ingratitud y el olvido de tres siglos!

El Presidente, José M.ª Jaudénes.—Vice-Presidente, Antonio José Collado.—El Marqués de Salvatierra. Ldo. Adolfo Izquierdo.—Ldo. Bartolomé Morales.—Ldo. Lorenzo Borrego.—Ldo. José Pinzon Carcedo. Ldo. Antonio Atienza Gomez de las Cortinas.-Ldo. Eusebio Aparicio.--Ldo. Leonarrdo Perez de Guzman. Prbo. Francisco Atienza Oliva.—El Secretario, Rafael Gutierrez.

ESPINEL.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Doscientos cincuenta y dos años hace hoy que murió en Madrid uno de nuestros poetas mas justamente celebrados en su edad y menos conocidos en el presente siglo por los que, aficionados á las literaturas extranjeras, van dejando en lamentable olvido nuestra brillante civilizacion literaria, abundante en mil nombres ilustres. Llamóse Vicente Espinel: de él Lope de Vega aprendió á escribir en dos idiomas; dió nombre á una de nuestras metrificaciones mas usadas, y tan escelente músico como poeta, cultivó con grande aplauso el canto, y aumentó una cuerda á la guitarra (antigua cítara), con que la constituyó en instrumento de perfeccion.

Nació en Ronda, ciudad de Andalucía, en 1550. Al estallar en aquella serranía el levantamiento de los moriscos, casi al mismo tiempo que el de los de las

Alpujarras, sus padres, que habian cuidado de su educacion literaria con todo esmero y fundaban en la precoz capacidad del mancebo las mas halagüeñas esperanzas, enviáronle á estudiar á Salamanca. Falto de fortuna, el arte de la música, de que daba lecciones, le facilitó medios con que sostenerse, hasta que obtuvo una beca en el colegio de San Pelayo. Habiendo tenido que hacer forzosas vacaciones en 1572, por haberse cerrado las áulas de la Universidad salmantina á consecuencia de las alteraciones que produjo la prision y proceso de fray Luis de Leon, tumultos en que hubo hasta cuchilladas entre uno y otro bando de estudiantes, sin que el Corregidor de la ciudad, don Enrique de Bolaños, pudiera sofocarlos, volvió á Ronda, donde los Martinez Labrasolas, hermanos de su madre, fundaron una capellanía, á cuyo título se ordenára.

Debió Espinel variar á poco de inclinaciones, pues sin terminar en Salamanca sus estudios, en aquella sazon, pasó á la córte de Valladolid á buscar las aventuras de la vida, proyectando pasar á América en la flota del Adelantado de la Florida, para lo cual se trasladó á Santander. La peste impidió la realizacion de este viaje, devorando á muchos de los que habian acudido á hacer la espedicion, y aun al mismo jefe de ella. No desistió Espinel de sus proyectos. Por muerte del Gobernador de Milan se indicó para reemplazarle al duque de Medina-Sidonia, el cual comenzó á hacer en Sanlúcar los preparativos para ir á Italia con la pompa acostumbrada. Sevilla tuvo entonces algun tiempo en su suelo al gallardo poeta y músico, en el ardor de sus pasiones juveniles. Su juventud fué festiva, bullidora, tormentosa; pero su dón de gentes, su mérito en la guitarra y canto, y el prestigio de sus talentos, fueron parte para que mucho tiempo tuviera avasallada la fortuna. No supo aprovecharla en Milan, despues, en su roce con los señores mas calificados de aquel tiempo, que le prodigaban su amistad y confianza: de modo que cuando la edad y el cansancio de la suerte empezaron á traerle sus inescusables desengaños, volvióse vencido á España, incierto del rumbo que daria á su destino para asegurar su porvenir.

Entonces reconcilióse con su familia; volvió á Ronda saludando á la ciudad patria con una de sus mas bellas composiciones; recobró la capellanía fundada para él; ordenóse en Málaga al amparo del virtuoso prelado don Francisco Pacheco y consiguió un medio beneficio en la Iglesia Mayor de la ciudad natal, donde al cabo estableciόse. No correspondió en Ronda su vida á sus propósitos. Los recuerdos de sus antiguas mocedades le alborotaron con frecuencia el magin, y levantó contra sí grandes quejas, que por medio del Corregidor y Ayuntamiento se elevaron hasta el rey Felipe II. Mayor era la lucha que tenia que sostener en Málaga en presencia del Obispo diocesano. Él se escusaba diciendo que aquella enemistad era de emulacion. Al cabo, puesta á prueba la pasion contra él en la solicitud que hizo de un beneficio entero que quedó vaco, fué pospuesto á sus adversarios, y despechado, abandonó para siempre las sierras pátrias, desahogándose en violentos improperios en rica y hermosa carta poética, que escribió á su amigo y Mecenas don Juan Tellez Giron, marqués de Peñafiel, carta que despues de publicada fué vedada por la Inquisicion, con pena de excomunion al que la leyere.

En Madrid encontró á sus egregios amigos y camaradas de Salamanca é Italia, y en todos la proteccion, de que su pátria le fué avara. Dió su último adiós á sus pasados devaneos, y al disponer la publicacion de sus Rimas, con este brillante soneto, hizo alto á su vida de aventuras:

Estas son las reliquias, fuego y hielo,
Con que lloré y canté mi pena y gloria,
Que pudiera ¡oh, España! la memoria
Levantar de tus hechos hasta el cielo.
Llevóme un juvenil furioso vuelo
Por una senda de mi mal notoria,
Hasta que puesto en medio de la historia
Abrí la vista y ví mi amargo duelo.
Mas retiréme á tiempo del funesto
Y estrecho paso, dó se llora y arde;
Ya casi en medio de las llamas puesto:
Que aunque me llama la ocasion cobarde,
Mas vale errando arrepentirse presto,
Que conocer los desengaños tarde.

Reconstruida su fama y renunciado su medio beneficio en Ronda, el Rey le dió la capellanía del hospital de Santa Bárbara de esta ciudad, y D. Fadrique de Vargas una plaza de capellan en la capilla del Obispo de Plasencia en Madrid. Aquí acabó de cimentar su séria reputacion. Los grandes poétas de aquel tiempo, comenzando por el mismo Lope de Vega, le llamaban su maestro; Cervantes le daba el nombre de amigo, y en las academias de Madrid fué honrado con laureles. En sus destinos esclesiásticos llegó á capellan mayor de la capilla del Obispo, y despues de haber publicado en 1618 su «Escudero Márcos de Obregon,» compendio de su vida, murió en aquel puesto el 4 de Febrero de 1624.

La ciudad de Ronda, su patria, bajo la activa iniciativa de su actual patriótico Ayuntamiento y de los redactores de los «Ecos del Guadalevin,» por suscricion local, han logrado erigirle un monumento público, que será inaugurado el dia 24 de este mes.

Juan Perez de Guzman.

(Madrid 4 Febrero 1876.)

ÁLBUM POÉTICO

EN HONOR DEL

INSIGNE CLÁSICO Y EMINENTE MÚSICO

VICENTE ESPINEL.

VICENTE ESPINEL.

Su pobre cuna arrullaron
Los céfiros bulliciosos,
Que en esos valles frondosos
Sus alillas perfumaron:
Aquí tranquilos pasaron
De su infancia los albores,
Sobre el Tajo, á quien loores
Tributan humildemente
Con su mugir la corriente;
Con sus perfumes las flores.

En Ronda, la hurí preciada
Que desde trono escarpado
Domina risueño prado
Por altas cumbres guardada:
Aguila altiva anidada
Sobre roca cenicienta:
Reina orgullosa que ostenta,
Al descollar en la altura,
Por manto, la nube oscura;
Por escabél, la tormenta.

Aquí el poeta crecia
Los conciertos escuchando,
Que forma el rio besando
La tosca peña bravía:
Aquí aromas y armonía
Su humilde infancia gozó;
Mas por montañas halló
Cerrados sus horizontes,
Y mas allá de los montes
Con otros mundos soñó.

Y al fin salvólos, dejando
De su pobre hogar la calma,
Llena de ilusion el alma,
Gloria y venturas ansiando;
Y en Salamanca estudiando,
Y en Italia en lucha fiera
De su vida aventurera
Las acerbas amarguras,
Ahogaba con trovas puras
En su lira placentera.

¡Oh, sí!.. que en lejano suelo
Con lágrimas recordaba
La nube que coloraba
De Ronda gentil el cielo:
El trasparente arroyuelo
Que de las nieves nacia;
El aura de Andalucía
Que, al acariciar su frente,
Le inspirába juntamente
La música y la poesía...

Esas hadas inmortales
Que sus álas sacudiendo,
Van ricas perlas vertiendo
Sobre los tristes mortales:

Las que en cantos eternales
Siempre de lo bello en pos,
Al hombre elevan las dos
Con su poder sin segundo,
Desde la nada del mundo,
Al infiníto de Dios.

Ambas su mente inflamaron,
Ambas su favor le dieron,
Y en sus brazos le adurmieron,
Y sus dolores templaron.
Sus dias se deslizaron
Entre funestos azares;
Cabe el lento Manzanares
Su vida al fin se derrumba,
Mas ellas sobre su tumba
Nos conservan sus cantares.

Ninfas dulces y graciosas
Las de mirar pudoroso,
Del Guadalevin undoso
Lucientes y blancas rosas,
Llegad, rendid presurosas
Al bardo fresco laurel
Hoy que Ronda noble y fiel
Alza por justa memoria
Un monumento de gloria
Para Vicente Espinel.

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS.

Rosacapillas 27 Enero 1876.

A ESPINEL.

¡Oh! tú, Espinel, desde la oscura tumba
Dirige una mirada
A la ciudad que llena de contento
Bendice tu memoria respetada;
Si un tiempo ingrata fué, ya recordando
Tu esclarecido nombre,
En mármoles lo esculpe:
Demos, pues, al olvido
La ingratitud que su nobleza empaña;
No habrá, en razon, quien su abandono culpe
Entre los hijos de la hermosa España,
Cuando saben ¡oh mengua! las naciones
Que en su fatal descuido
Gimieron los Cervantes y Colones. . . .

. . . . . .

Inmenso regocijo el pecho llena;
Con espresion tan grata cual ninguna
El claro nombre de Espinel resuena
En la bella ciudad que fué su cuna.
Ella, en felíz momento,
Le recordó y ensalza su memoria,
Ofreciendo con mano delicada
Un lauro más á su brillante gloria.
Si opulentas y artísticas ciudades
Levantan suntüosas maravillas
Para legar despues á otras edades
En bronce y oro los preclaros nombres
De tantos, tantos hombres
Que llenaron el mundo con su fama,
Ronda tambien, de gozo palpitante,
Recuerdo dejará do llegue un dia
En que comprenda su futura gente
Que sus nobles mayores,
En áras de la fé y el entusiasmo,
Supieron tributar justos honores.
Un vivo anhelo su reposo inquieta
Y en el puro ardimiento que le inflama
Hoy con júbilo aclama
La memoria inmortal de su poeta;
Y elévale sencillo
Un monumento, ya que no le es dado
Otro erigirle de ostentoso brillo.
¡Oh! nuestra bella Ronda
Prueba en tan fausto y memorable dia
Que tambien de la sierra entre las rocas
Se ostentan la cultura y la hidalguía.
Sí; Ronda se levanta
Digna del hijo que abrigó en su seno,
Del hijo aquel cuya serena frente
Humilde se inclinaba
Ante el altar de Dios Omnipotente;
Cuyo altivo y profundo pensamiento
Volando á otras regiones,
Percibia en dulcísimo concento
Desconocidos y encantados sones,
Que despues repetia
De su lira maestra en los bordones
Y en el estro creador de la poesía.
Intrépido soldado
Quiso hallar el aplauso y los trofeos,
Que en su noble ambicion hubo soñado;
Sintió latir su corazon ardiente,
Y honrando los pendones de Castilla,
Supo luchar enérgico y valiente;
Hasta que al fin, trocando los combates
De otra causa mejor por la grandeza,
A su noble cabeza
Pudo ceñir ufano
Con el lauro esplendente de los vates
La mística aureola

Del ministro de Dios; y en dulce calma
De su pátria olvidando los agravios,
Pudo tranquilo dilatar su alma
En la tierna amistad y en los favores
De altos ingenios y profundos sábios.
Mas no; yó no pretendo
Del insigne Espinel cantar la gloria:
Plumas de mas valía
Trazaron ya los rasgos de su historia:
Mi afan, mi solo afan és, reverente,
Agrupar una flor á la corona
Que honor hallára en laurear su frente;
Y entre las gayas flores,
Que formen la poética guirnalda,
Un pobre pensamiento
Mostrará con sus pálidos colores,
Si no la inspiracion de quien lo envia,
Todo el placer que siento
Y el fervoroso impulso que me guia.
Yo escuché de la fama en el murmullo
Su glorioso renombre
Henchido el corazon de noble orgullo;
Yo miro de sus versos al encanto
Un rayo fulgurante
Del sacro fuego que en su pecho ardia,
Que al escuchar las notas de su canto
Á otro mundo se lanza el alma mia.
Por eso en este instante,
De admiracion tan justa cual sincera.
Un tributo le rindo en mi poesía;
Y por eso de gozo enagenada
Miro de Ronda el generoso anhelo
Su nombre al encumbrar, su ilustre nombre
Gloria imperecedera
De nuestro siempre bendecido suelo.

RAFAELA BRABO MACÍAS.

Ronda 11 *de Febrero* 1876.

A RONDA.

CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL MONUMENTO DE

VICENTE ESPINEL.

¡Salve, oh ciudad esclarecida y noble,
encima de un abismo colocada,
que á Dios debiste, por favor estraño,
la digna y fuerte condicion del águila!

Lo mismo que la reina de las aves
anida en el peñon de la montaña,
para criar sus hijos, elevados
sobre el nivel de la soberbia humana;

así tú, de los tuyos con el vuelo,
dejas atrás del hombre las miradas;
que ojos mortales alcanzar no pueden
la altura á que orgullosa te levantas:

á la eminente cumbre del Empíreo;
á la escelsa region donde las almas
de un VICENTE ESPINEL y un RIOS ROSAS,
por su gigante génio arrebatadas,

lograron penetrar en los arranques
de su feliz inteligencia vária;
ora benigna luz de clara estrella;
ora de parda nube ardiente llama.

Hoy con amor, el nombre inmortalizas
del ilustre poeta que de España
fué ornamento en el siglo diez y seis
y encanto de las musas castellanas;

y al tribuno elocuente y esforzado,
gran carácter y enérgica palabra,
cual madre diligente y cariñosa,
igual honor otorgarás mañana.

Yo te saludo, Ronda, desde un cármen
de la odalisca del Genil amada;
de Isabel y Fernando tan querida;
de Alhamar el magnífico. sultana.

Tu nombre con elogio doy al viento;
y con justo dolor, no envidia baja,
al celebrar tus glorias, me pregunto:
¿cuándo ese ejemplo seguirá Granada?

N. DE PASO Y DELGADO.

A ESPINEL

DELANTE DE SU MONUMENTO.

I.

Tres siglos largos de olvido,
y de olvido imperdonable,
sufriste, insigne maestro,
de tu pátria y de tus lares.
Trescientos años tu nombre,
con ser tan noble y tan grande,
vivió cubierto de sombras,
lo mismo que el del que yace

sin dejar tras sí la huella,
que tú, Espinel, nos dejaste
en bellas rimas, y en prosa
digna, en verdad, de Cervantes.
Ni en Ronda donde naciste,
ni allí donde te formaste,
ciudad en saber profunda
que el Tormes circunda y lame;
en la docta Salamanca;
ni en Pincia, por do vagaste
mal guarido en el manteo,
llevando á cuestas el hambre;
ni en la donosa Sevilla,
donde á brillar empezaste
en aulas y en academias
y en literarios combates,
do solo luce el ingenio
y solo impera el que sabe;
ni en ninguno de los pueblos
aquellos, en que acampaste
y que describió tu musa
con pincel inimitable;
en ninguno, bardo ilustre,
gloria de letras y artes,
se encuentra un solo recuerdo
que á tu nombre se consagre.
Ingratos por cierto fueron
para el que en gentil donaire
nombre les dió con su libro
del escudero admirable,
Marcos de Obregon llamado,
donde cual nadie nos haces
la mas graciosa pintura
y el mas elocuente análisis
de los hechos de tu vida,
festivos y originales. . . . .

II.

Solo en la mente del sábio,
cual su ciencia impenetrable,
viviste sesenta lustros.
¡Sesenta lustros!..... bastantes
no solo á borrar un nombre
escrito sobre hoja frágil,
sino á extinguirlo en el bronce,
si sobre el bronce se hallare.
Tres siglos entre tinieblas!
mas hoy cantor que renace
á mejor vida tu pátria,
y el humano esfuerzo en balde
intentaria oponerse
á su designio constante
de tomar honroso asiento
entre las cultas ciudades;
hoy que por dicha, Espinel,
presiente Ronda elevarse,
viendo crecer su importancia
y el fruto de los afanes,
con que los suyos se aprestan
en franca lid á ayudarle,
esmerándose los buenos
en dar de buenos señales;
justo y noble y digno es
que proceda, cual lo hace,
honrando el nombre del hijo
y enalteciendo el del vate,
que quien al hijo ennoblece
y fiel ensalza y aplaude
á aquel que brilla entre otros,
noble por fuerza es su sangre.
Justo es, pues, que tu memoria
se haga eterna, perdurable,
erigiéndote un recuerdo
que, cual este, á las edades
les haga saber que fuiste
como bardo, inimitable,
prosista agudo y castizo,
y músico egregio y fácil.
Justo es, pues, que tu renombre
esculpa con hierro en mármoles,
que á las gentes venideras
enseñen en adelante,
que en la culta, ínclita Ronda,
de pobres y honrados padres,
nació y vivió hace tres siglos
un ingenio tan notable,
de saber tan peregrino,
de dotes tan singulares,
que mereció que su pátria
tal monumento le alzase.
Justo es, pues, que así proceda
y que así tu gloria grabe,
que el galardon de los hijos
honra y ensalza á la madre.

Ronda. José M.ª Jaudénes.

A ESPINEL

CON MOTIVO DEL MONUMENTO QUE RONDA LE ERIGE.

¿Por qué Guadalvin undoso
Hoy su corriente serena
Vá arrastrando por la arena
Más alegre y bullicioso?

¿Por qué del vergel risueño
Al pié del tajo tendido
Las flores hoy al sentido
Dan olor más halagüeño?

¿Por qué Ronda la alegría
Lleva marcada en la frente
Y eleva un canto ferviente
Impregnado de armonía?

¿Por qué?.. Porque en el espacio
Un nombre suena de gloria
Que grabó en oro la historia
Con su buril de topacio;

Un nombre que, alborozada,
Ronda aclama con ardor
Al recordar al autor
Del *Incendio de Granada*;

Un nombre que, si algun dia
En el olvido un instante
Lo tuvo Munda, hoy amante
Lo aclama con ufanía.

¡Espinel!... ese es el grito
Que los espacios hoy llena,
En los cóncavos resuena
Y en el mármol queda escrito:

Y el rio en cuya vertiente
Halló *el vate* inspiracion,
Hoy entona una cancion
Al compás de su corriente;

Y las flores del vergel,
Al dar su perfume al viento,
Saludan al monumento
Del gran Vicente Espinel.

José Ruiz Toro.

Ronda Abril 1876.

Al ínclito Maestro

VICENTE ESPINEL

AL ERIGIRLE UN MONUMENTO EN SU CIUDAD NATAL.

No crecen los laureles de la gloria
Solo de sangre al mísero rocío,
Ni es solo permanente la memoria
Del héroe vencedor: el que lo bello
Realizando en sus obras, nos inspira
La adoracion del bien, á cuyo culto
Cuanto es bello y artístico conspira;

Los que, al mover en entusiasmo santo
Toda fibra del pecho generosa,
Al oprimido espíritu depuran
De tanta liviandad y de error tanto,
Son, en justa leal, merecedores
De gratitud perennr y cariñosa
A pár de los mejores:
Y el que al genio procura
Su memoria afirmar en los que viven,
Propagar el amor del bien desea,
Que las bellezas, que el ingenio crea,
De la *verdad* y el *bien* vida reciben.

Hoy que, en el *matrio* suelo,
Para honrar tu memoria esclarecida,
Caro Espinel, se aprestan orgullosos
Del Guadalvin los hijos generosos,
Siente de gratitud el alma henchida
Quien te eleva estos débiles cantares:
¡Y cómo nó, si al cielo he merecido
La dicha de nacer junto á tus lares,
Y de vivir en los gloriosos dias,
Que vengan tu memoria del olvido!
Los aromas y puras alegrías
Que á Ronda presta su vergel florido,
Primer aliento de mi pecho fueron:
Las ricas armonías,
Que flotan en su ambiente perfumado,
Ritmo de vida á mis ensueños dieron:
La luz pura, en que lángu ida se baña
Nuestra hermosa ciudad, abrió mis ojos:
Y tal vez, como en tí, caro maestro,
Sus líneas, sus perfumes, sus colores,
Móviles fueron de mi débil estro.
Pero tú, el génio fuiste
Mecido en tre radiantes esplendores,
Que solo es dado vislumbrar de lejos,
Al que, cual yo, pregona tus loores
De moribunda luz á los reflejos.
. . . . . .
Hoy, Espinel, al encomiar tu nombre
Alzándote perenne monumento,
Nuestra noble ciudad honrarse intenta,
Que es la gloria del hombre,
Y el tributo rendido á su talento
Lo que sus propias glorias alimenta.
Y yo, elevando á tí mi humilde canto,
Honro mi nombre al encomiar el tuyo,
Y en mi fausta, legítima alegría,
Esclamo con orgullo:
La pátria de Espinel es pátria mia.

Eloy García Valero, Pbro.

Sevilla Marzo 1876.

A VICENTE ESPINEL.

¡Espinel, preclaro sol,
la gloria á tu fosa llega:
sus doradas álas plega;
despierta, ingenio español.
Luce mas puro arrebol
el cielo, que en otros dias;
pueblan el aire armonías;
tu oscura tumba quebranta
y un monumento levanta
sobre tus cenizas frias.

El *Incendio de Granada*,
su llama inmensa ha prendido
en un pueblo, que al olvido
dió tu memoria sagrada.
Sobre un mármol, coronada
hoy tu frente es de laurel:
los *Ingenios*, en tropel,
quieren salir de su tumba
porque hasta allí un eco zumba,
que dice: «¡gloria á Espinel.»

El Guadalvin, orgulloso
porque pisaste su arena,
con mas empuje resuena
bañando el Tajo escabroso.
Alza murmullo espantoso,
y porque el mundo se asombre
quiere unir á tu renombre
su voz que se oye decir:
«¡su cuerpo pudo morir,
mas no morirá su nombre!»

Brillas, Vicente, en la historia
como un sol de nuestra España,
y hoy en luz pura se baña
tu renombrada memoria.
Hasta tí llega la Gloria,
y á su lado vacilantes
verás dos sombras gigantes
renovando tus laureles,
y serán tus guardas fieles;
Lope de Vega y Cervantes.

Granada. ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

DÉCIMAS
A VICENTE ESPINEL.

Genio de brillantes alas
En la tierra perseguido,
De clara luz circüido
Por el espacio resbalas;
Y allí donde régias galas
Muestra el Dios que creó el dia,
Vas á beber la armonía
De tus concentos divinos
Y los ritmos peregrinos
De tu egregia poesía.

Tanto monta, que con saña
La envidia eclipsarte quiera;
Tu clara voz lisonjera
Dulce inspiracion entraña;
Y el pastor en la cabaña,
Y el guerrero en los azares
De las lides, y en los mares
Pirata de negro afan,
El eco repetirán
De tus trovas populares.

Rio manso y placentero
Que entre espadañas murmura,
Cuentos de pena y ventura
Creastes en tu *Escudero*.
A él de pais extrangero
Vendrá el águila liviana,
Que con plumas se engalana
De esta y la otra nacion,
A beber la inspiracion
De *Gil Blas de Santillana*.

Émulos de tu saber
Silenos, que el mal aduna,
A tu soñada fortuna
El rostro hicieron volver;
Mas en la nada el *ayer*
Hundióse y *hoy* los humillas,
Sol, que en las regiones brillas
De la fama y de la gloria;
Nombre que escribe en la historia
La humanidad de rodillas.

Tu madre, la invicta Munda,
Hoy te eleva un monumento,
Y el dulce contentamiento
El seno materno inunda;
Y mientra alegre circunda

El nombre de eterna fama
Con que la pátria te aclama,
De arrayanes y laureles;
Alzando las manos fieles,
Con vivo entusiasmo esclama:

—Encanto del Helicon,
Dios te inflama, Dios te inspira;
Dale á tu madre la lira,
Orgullo de tu nacion;
Que henchida de admiracion,
Más que en los siglos distantes,
Por sus concentos brillantes,
Hoy, justa, ponerla quiero
Cabe la trompa de Homero,
Junto al arpa de Cervantes.—

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Granada 27 Marzo de 1876.

A VICENTE ESPINEL

CON MOTIVO DE ERIJIRLE UN MONUMENTO LA CIUDAD DE RONDA.

Al recuerdo de Espinel,
Al de su ilustre memoria,
Mi lira (¡dicha ilusoria!)
Pretende, inspirada en él,
Cantar su brillante gloria.

Que cuando llega á legarse
Un nombre á esa inmensidad
Imposible de esplicarse
Y tan sublime al gozarse
Llamada INMORTALIDAD,

Un mundo de fantasía,
De gigante concepcion,
Lleno de ardiente poesía
Apenas cantar sabria
Por ello su admiracion.

Tu pátria te vió nacer,
Espinel, mas no morir;
Que de *aquí* al desparecer,
Vida dándote en su sér,
Mientras viva has de vivir.

Ronda, Espinel, hoy gozosa
Un monumento te eleva
Y te contempla orgullosa.
Ronda como tú es grandiosa
Que de tu génio se lleva.
. . . . . .
. . . . . .
Al recuerdo de Espinel,
Al de su ilustre memoria,
Mi lira (¡dicha ilusoria!)
Pretendió, inspirada en él,
Cantar su brillante gloria.

P. SAÑUDO AUTRAN.

Madrid.—1876.

AL POETA.

Gloria, loor al Vate, que se atreve
Del Parnaso á escalar la cumbre airosa,
En álas conducido de bondosa
Y dulce emulacion,
Y en el sólio de flores do se asienta
De bellas musas circundado Apolo,
La diadema se ciñe, dada á él solo,
De santa inspiracion.
Y el eco dulce de templada lira,
Del genio creador siempre impulsado,
Los mundos cruza con teson osado,
Y penetra en el cielo,
Y celebra de Dios en dulces trovas
La rara perfeccion; vuela entre nubes,
Y á los coros admira de querubes,
Que cantan con anhelo.
Y ya, inspirado, de uno al otro polo
Arrullado del céfiro halagüeño
Cruza cantando, cual supremo dueño
Del mundo y sus señores.
Y á los mares impera, y á los vientos,
Y al terrible huracan, que ruge airado,
Y al arroyo que corre sosegado
Entre alfombra de flores.
Y pregunta á las aves con sus cantos,
Y á las flores, que lucen sus corolas,
Y á las naves, que surcan fieras olas
En mares dilatados.
Y responden las aves con sus trinos,
Y derraman las flores su fragancia,
Y desprecia la nave en su arrogancia
Los vientos desatados.
Resucita á los héroes, que existieron
En tiempos ya remotos; y los canta;
Y soberbias estátuas les levanta,
Y templos suntuosos.

Desentierra de ruinas seculares
Monumentos, que el tiempo en su carrera
Mutiló con tajante podadera;
Entre ayes lastimosos.
Y en dulces cantos y sentida frase
Pregunta al corazon, que escucha atento,
Y ensaya una plegaria en su contento
Que alegra á los mortales.
O ya en suspiros, que las auras leves
Al trono llevan de Jehová potente,
Exhala un himno lúgubre y doliente,
Testigo de sus males.
Y castiga con mano vengadora
El vicio infame, que al mortal degrada;
Y bendice y ensalza la preciada,
La mágica virtud.
Y absorto escucha el universo todo
Su voz bajada de celeste altura,
Cual santo nuncio de eternal ventura,
Si pulsa su laud.
¡Gloria, loor al Vate, que se atreve
Del Parnaso á escalar la cumbre airosa,
En álas conducido de bondosa
Y dulce emulacion;
Y en el sólio de flores, do se asienta
De bellas musas circundado Apolo,
La diadema se ciñe, dada á él solo,
De santa inspiracion!

Andrés Casado.

Escuelas Pias de Getafe.

UN RECUERDO Á ESPINEL.

Permite al alma un instante
Que inspirándose en tu historia,
Rinda culto á la memoria
De tu recuerdo gigante.
Deja que mi voz te cante,
¡Oh Espinel! con gran concento
Y que inspirado mi acento
Con respeto el mas profundo,
Celebre á la faz del mundo
Tu esclarecido talento.

Cuando las obras admiro
De tu ingenio soberano,
En contemplarlas me afano
Y en su grandeza me inspiro.
Tal es de tu musa el giro
Y tal tu plectro sonoro,
Que son tus libros tesoro
De inspiracion y de ciencia,
De virtud y de elocuencia,
Dignos de la edad de oro.

Siéntese el alma arrobada
Como en éxtasis divino
Ante el canto peregrino
De el *Incendio de Granada*;
Por tí parece pulsada
Del mismo Apolo la lira,
Pues tal grandeza respira
Y es tanta tu inspiracion,
Que inflamas el corazon
Y hasta la mente delira.

Si como inspirado artista
Es eterna tu memoria,
Tampoco es menor tu gloria
Como fácil novelista.
Pecho no habrá que resista
De tu esperiencia al consejo,
Ni de tu musa al gracejo:
Tu galana fantasía
Le enseña filosofía,
Igual al niño que al viejo.

Al ver tus dotes preciosas
La España se maravilla,
Y Salamanca y Sevilla
Se muestran de tí orgullosas.
Ante tus prendas famosas
Todo el mundo se doblega;
Tu fama á la córte llega,
Y cuando admiran tu estro
Te proclaman por maestro
Cervantes, Lope de Vega.

Sonó tu lira vibrante
Cruzando el eco el espacio.
Junto á la tumba de Horacio,
Allá en la pátria del Dante,
Y tu espíritu brillante
Te arrastró á aquella nacion
A beber la inspiracion
Del arte dulce de Orfeo,
Que era constante deseo
De tu ardiente corazon.

Allí inspiradas lecciones
Tomó tu pincel egregio,
Estudiando de Corregio
Y Rafael las creaciones.
De Flandes en las regiones
Por tu destino guiado,
Mil lauros has conquistado

Enmedio la lid inquieta
Como sublime poeta,
Como intrépido soldado.

Mil magnates á porfía
De alcurnias muy elevadas,
Como simples camaradas
Te acompañaron un dia.
Tu juventud discurria
Por entre aplausos y honores,
Sin comprender los dolores
De la vida transitoria,
Arrullada por la gloria
Sobre una alfombra de flores.

Mas ¡Ay! pasaron los años
De ventura y dulce calma,
Dejando al irse en el alma
Tristezas y desengaños.
Tras de placeres extraños
Y aventuras á millares,
Volviendo á tus pátrios lares
Nuestra religion te inspira,
Y á Dios consagras tu lira,
Ministro de sus altares.

Hácia la celeste esfera
Tendió tu musa su vuelo,
Y cual de virtud modelo
Te admiró la España entera.
Solo la envidia grosera
De tus émulos ruines,
Para conseguir los fines
De su vana petulancia,
De la cuna de tu infancia
Te arrojó de los confines.

Que al hijo siempre inclemente
Tu orgullosa pátria, altiva
Se presentaba y esquiva
Cual madrastra indiferente;
Pero tu genio valiente
Se alzó de la humana escoria,
Y repasando la historia
Comprendió tu mente inquieta,
Que la pátria del poeta
Es el templo de la gloria.

¡La gloria!... Tus pasos guia,
Y con tu fama por norte
Te encaminas á la córte
Dejando á la Andalucía.
Al escuchar la armonía
De tus líricas canciones
Te rinden sus ovaciones
Magnates, sábios y reyes,
Y hacen de tu gusto leyes
Para nuevas producciones.

Titan del arte divino,
Los destellos de tu mente
Brillaron cual faro ardiente
De la gloria en el camino,
Só tu influjo peregrino
Las córtes eran liceos,
Los palacios ateneos
Y teatros los salones;
Conciertos las reüniones
Y los talleres museos.

Hácia otra esfera su vuelo
Alzó tu ingenio fecundo,
Abandonando este mundo
Y dirigiéndose al cielo.
Tras una vida de anhelo
Ciñendo eternos laureles,
Las falsas pompas repeles
Por gozar la paz del alma,
Y buscas la dulce calma
De la tumba en los dinteles.

Pues por cumplir la sentencia
Que el destino fulminára,
De tu ser la muerte avara
Cortó el hilo á la existencia.
Mas es constante esperiencia
El que el genio eterno vive,
Porque la fama lo exhibe
Radiante de zona á zona
Ostentando la corona
Que por sus obras recibe.

Por eso, sí, tu memoria
Sin mezquinas veleidades
En las futuras edades
¡Oh Espinel! será notoria.
Tu nombre es eco de gloria
Que por los ámbitos vuela;
Escucharlo el alma anhela
Porque en lazo bendecido
Se escucha siempre á él unido
El nombre de la espinela.

Entre el de Horacio y Apeles
Tambien lo cuenta la historia,
Porque enaltece tu gloria
La fama de tus pinceles.
Las buenas letras muy fieles,

Y las artes liberales,
Tus laureles inmortales
Cantan ya tu nombre á coro
Escribiéndolas con oro
En eternos pedestales.

Ya delirante te aclama
Tu hermosa Ronda querida,
La que te vejára en vida
Menospreciando tu fama.
Con tu recuerdo se inflama
Y al admirar tu talento,
Es tan grande su contento
Que para que al mundo asombre,
Levanta á tu claro nombre
De su amor un monumento.

Absorto el mundo te admira
Por que es tan grande tu gloria
Que al bendecir tu memoria
En tu recuerdo se inspira.

A tí se rinde mi lira
¡Oh Espinel grande y divino!
Pues pierde la mente el tino
Cuando mi lábio te nombra,
Y mi espíritu se asombra
Si tu grandeza imagino.

Tu nombre canta la fama
Y tus preclaras virtudes
Por todas las latitudes
De esta nacion que te ama.
Todo tu nombre lo inflama
Porque es de gloria trofeo,
Y lo repite el deseo
Para blason de la España,
Desde el mar que á Cádiz baña
Hasta el alto Pirineo.

José Palacios y Gonzalez.

Sevilla.

FIN DEL ÁLBUM POÉTICO.

INCENDIO Y REBATO DE GRANADA.

Como excelente músico, como distinguido novelista y como inspirado poeta merece un elevado puesto en la historia pátria el preclaro nombre de VICENTE ESPINEL. De cualquiera de estos tres modos que se considere, siempre serán sus producciones dignas del más detenido estudio. Bien quisiéramos poder hacer el exámen de su novela «El escudero Márcos de Obregon» original ó fuente sin duda de la obra no menos célebre de Lesage, «Gil Blas de Santillana»; pero el espacio de que disponemos es limitado y dudamos además de nuestras fuerzas para llenar cumplidamrnte tan árdua tarea. Solo por consiguiente en el último concepto de los tres arriba enumerados, es decir como poeta, lo juzgaremos; pero ¿qué juicio podrá tener mas fuerza en el ánimo de los lectores que la reproduccion de alguna de sus bellas poesías? Su célebre composicion *Incendio y rebato de Granada*, de la cual tomamos las siguientes estrofas, hablará mas alto en honor de la inspirada mente del poeta, que todo cuanta pudiéramos decir. Al juicio, pues, del lector dejamos la apreciacion de su mérito, y cortas serán las observaciones que despues hagamos.

¿A quién no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?
¿Quién no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo, y aun quizá de arriba,
Amenazar los hombres espantosa?
Rompe y asuela, y al romper derriba
De la pólvora el ronco trueno el muro,
En que la miserable casa estriba.
Vuelan maderos por el aire oscuro
Sobre el humoso remolino y vueltos
Del grave golpe arrebatado y duro.
A cuáles dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de su esposa amada,
A cuáles del troncon los miembros sueltos.
. . . . . .
Un confuso alharido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos; nadie á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Corre la sorda y tragadora llama:
Traspasa Darro y de un horrible estruendo
Pasó al molino y dió la nueva á Alhama,
Piedras de nuevo y leños esparciendo
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago.
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.
. . . . . .
Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por donde
Del sin vida enemigo mal guardadas;
Que al uno en las entrañas se le esconde;
Tropella al uno, al otro debarata,
Da en el primero y al de atrás responde:
Derriba, rompe, hiende, parte y mata:
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata;
Consume, despedaza, esparce y vuela,
Traga, deshace y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se recela.

¿Qué pluma describiria mejor que lo hace Espinel la confusion y la angustia de los habitantes de la incendiada ciudad cuando dice:

«Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
»Suena de gritos; nadie á nadie llama,
»Que no hay quien por salvarse al otro acuda.»?

Al leer este terceto parece que vemos á doncellas, niños y ancianos todos correr desesperados con el espanto marcado en el rostro y la desesperacion retratada en el penetrante grito de ¡ayuda, ayuda!

¿Cómo describir lo terrible é inminente del peligro con mas energía que en estas palabras:

«Que no hay quien por salvarse al otro acuda»?

No hay en toda la composicion un solo verso que ó no encierre una atrevida imágen ó no forme parte de una magnífica descripcion; pero deténgase el lector sobre todo en los dos últimos tercetos, fíjese en la armonía imitativa que encierran, en la maestría de su ejecucion, y no podrá por menos de reconocer en ellos las huellas imperecederas que deja en sus obras el talento del artista y la inspiracion del poeta.

Si no hubiese escrito Espinel otra composicion que el *Incendio y rebato de Granada*, habria adquirido, solo por ella, títulos sobrados para figurar dignamente entre los primeros poetas del Parnaso Español.

J. R. T.

FINIS CORONAT OPUS.

Cuando la razon se detiene á examinar las peripecias que acompañan generalmente á la vida de los grandes ingenios, el ánimo se contrista y casi se siente impulsado á creer en el fatalismo.

Cuando recordamos á Homero, el célebre cantor de Grecia, ya en su vejez y ciego para mayor desgracia, vagando errante de pueblo en pueblo con las ropas destrozadas y extenuadas las fuerzas, mendigando un pedazo de pan á trueque de los versos que recita; á Hesiodo, el inspirado poeta de Cumas, viéndose precisado á abandonar la ciudad de su nacimiento con su numerosa familia para no perecer de hambre; á Plauto, la figura mas eminenne del teatro latino, rodando la piedra de una tahona para ganar la subsistencia; á Torcuato Tasso, el poeta que inmortalizó las Cruzadas, viviendo en constante lucha con la miseria y con la injusticia de sus émulos, y pasando los últimos años de su vida privado de la razon, en un oscuro y estrecho calabozo; á Cámoens el inmortal cantor de las hazañas de Portugal, agoviado porl a pobreza (á pesar de lo esclarecido de su estirpe) hasta el extremo de exhalar su último suspiro en el revuelto lecho de un hospital; cuando tendemos la vista ante cuadro tan desconsolador, nos preguntamos: ¿es ley constante, acaso, que haya de luchar el génio y el talento en esta vida con todas las adversidades y amarguras que ella nos proporciona? ¿No ha de ver jamás coronados cumplidamente sus esfuerzos al transitar por éste mundo? ¿Han de presentársele siempre inconvenientes con que luchar é infortunios que sufrir para acibarar los cortos momentos de felicidad que pueda proporcionarle la existencia?...

Doloroso es confesarlo; mas si del conocimiento de los hechos particulares hemos de elevarnos á la ley general, preciso es admitir que la senda que conduce á la gloria es larga y se halla cubierta de abrojos.

Bien se nos podrá decir que ha habido insignes poetas y esclarecidos ingenios que obtuvieron en sus dias el premio de sus afanes y el láuro de sus talentos; pero limitándonos á estos mismos, ¿pudieron nunca gozar de felicidad completa, aun tratándose de la felicidad relativa que en esta tierra se nos alcanza?... ¡Escaso será el número de estos séres y siempre la historia nos enseñará que aquellos cuya vida se deslizó apacible y felizmente entre coronas y aplausos, no dejaron en sus últimos momentos de sentir, ya el peso de la ingratitud, ya los airados contratiempos de la voluble fortuna! Ovidio y Lucrecio á quienes tributaron fama y gloria sus contemporáneos hasta el punto de proclamar al primero como al «ídolo de las damas y el consejero de la juventud en las cuestiones de amor», y decir Ciceron del segundo que «en sus obras brillaba toda la luz del génio y del arte» (1), no se libraron en sus postreros dias de la comun calamidad y ambos apuraron el cáliz de la amargura; aquel, á causa de la inclemencia de Augusto que lo relegó á Tomes sin que hasta ahora haya podido averiguarse la verdadera causa de tal ingratitud; el último, viéndose asaltado durante su vida, si hemos de creer la opinion mas general, por un acceso de frenesí que concluyó por arrastrarle á un fin desgraciado y lamentable.

¿Cómo, pues, teniendo esto presente, podrá extrañarse que Vicente Espinel único poeta latino y castellano por los tiempos en que Lope de Vega estudiaba primeras letras, y á quien este llamó su *maestro* y tributó tan justas alabanzas en el *Laurel de Apolo*; á quien Miguel de Cervantes calificó como al *mejor amigo* de éste dios, ensalzando su nombre hasta el cielo en el *Canto de Caliope*; el poeta que tanto se distinguió en las áulas salmantinas y tan laureado fué en las academias de Sevilla; el que mereció el epíteto de *insigne* como músico, como poeta y como novelista, ¿qué extraña, repetimos, que corriera durante su vida los azares é infortunios que marchan unidos con el talento? ¡Cómo eximirse de la ley general y dejar de sentir sus efectos!

Pero las desgracias de Vicente Espinel fueron, si nó mayores, iguales al menos á las del más desgraciado; puesto que lo más sensible al génio es la indiferencia ó la ingratitud de aquellos que deben ser primeros en tributarle los debidos loores. Espinel tuvo que buscar fuera de España la consideracion y el aprecio que le negó su pátria; y cuando esta misma, conociendo al cabo su propio error le hizo justicia, cuando vino á su ciudad natal, cansado de su pasada y azarosa vida á buscar la calma y el sosiego porque tanto suspiraba, fué tal la ingratitud de sus paisanos que, levantándose en sus pechos la envidia y por ende la calumnia, tuvo Espinel que abandonar á su querida y pintoresca ciudad para tornar otra vez á la Córte en busca de los láuros y de la gloria que aquella no quiso tributarle.

Mas como la verdad lo mismo que la belleza y el bien son superiores á las mezquinas miras del egoismo y de la envidia, llega á la postre un dia en que, abriéndose paso á través de las nubes que la oscurecen, brilla aquella con todo su explendor, y el ánimo imparcial, apreciándola tal cual es, le rinde los merecidos tributos.

Tiempo há que la historia de la literatura pátria marcó un lugar distinguido al nombre y á las obras de Vicente Espinel; tiempo há que la justicia descendió á la tierra para cumplir su mision; pero aun faltaba mucho para que esta justicia fuese completa, aun faltaba que el pueblo donde el *Píndaro Moderno* vió la luz primera, demostrára no haber relegado al olvido al que debia llamarse su hijo predilecto.

Indigno de una ciudad que apunta en las brillantes páginas de su historia tantos nombres ilustres, seria el olvidarse de ellos, pues esto daria señales de que su gloriosa tradicion literaria marchaba al ocaso. Todos aquellos, pues, que de hijos amantes de su ciudad y de su pátria se preciasen, estaban en el deber de contribuir cada uno en su esfera y con sus fuerzas á perpetuar la memoria de su hijo mas célebre y desgraciado. Si alguna vez se ha tratado en Ronda de reconstruir la fama de Espinel y eternizar su nombre, el camino á este fin conducente se ha andado despacio; y hasta hace poco, solo algunos apasionados de las letras españolas han trabajado con constancia y solicitud en tan laudable empresa. Necesaria era, pues, la cooperacion de todos; preciso era empezar por despertar en los rondeños el entusiasmo por las letras, y este propósito concebimos, confiados en la ayuda de inteligencias esclarecidas, al fundar los Ecos del Guadalevin. Asegurado ya el éxito de nuestra publicacion, concebimos la esperanza de que algun dia podriamos dedicar á Espinel un recuerdo digno de su memoria, y ya teniamos proyectados los medios, cuando noticiosos del patriótico y decidido apoyo con que este Ilustre Ayuntamiento se prestaba á favorecernos, dimos comienzo á la obra que hoy felizmente se inaugura. En el número 37 de esta revista dimos cuenta de lo que entonces ocurrió y de la proposicion que á dicho Ayuntamiento hizo nuestro director. Desde aquella fecha hasta el presente, no hemos escaseado medio alguno para dar cima á nuestro proyecto que, auxiliado eficazmente por esta Municipalidad, por literatos de Ronda y de otros puntos y por el concurso de todos aquellos que voluntariamente se inscribieron como suscritores para costear dicha obra, hemos tenido el placer de ver realizado en poco tiempo.

Hoy es el dia destinado á inaugurar el monumento que para gloria de Espinel le levanta su ciudad natal, y muy en breve verá la luz pública su biografía escrita con copia de erudicion y con elegante estilo por el reputado literato rondeño, D. Juan Perez de Guzman.

Grandes fueron los infortunios de Espinel; mucha la ingratitud de sus émulos; largo tiempo ha estado su memoria poco menos que en el olvido; pero hoy que su nombre queda grabado en mármol; hoy que Ronda le paga la deuda há tiempo contraida, podremos decir con Marmontel y con Sócrates para terminar: *en la balanza de la gloria deben entrar, con los méritos contraidos para alcanzarla, las dificultades con que ha habido que luchar; la gloria es tanto mayor cuanto más tiempo tarda en iluminar al génio con sus brillantes resplandores.*

POR LA REDACCION:

JOSÉ RUIZ TORO.

(1) Lucrecii poemata, multis ingenii luminibus ilustrata, múltæ tamen et artis.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 1.° de Mayo de 1876. Número 81.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO:—Suscricion al monumento de Rios Rosas. Inauguracion del Monumento á Espinel, por la Redaccion.—En tus brazos (poesía), por don José Ruiz Toro.—Cantar, por don Rafael Quintana Medina.—Fragmento (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—La Soledad de Maria, por don Francisco Jimenez Campaña.—Epígrama, por Enrique Jorge.—Descripcion de la muy noble y muy leal Ciudad de Ronda, por los Sres. Rios Rosas, Bueso y Huet.—El desden (soneto), por don José Palacios y Gonzalez.—Una niña y una flor (poesía), por don Andrés Casado.—El grito de libertad (poesía), por don Antonio Pareja Serrada.—Apuntes Teatrales, por la Redaccion.—Charada, por Sidi-Aliatar.

MONUMENTO A RIOS ROSAS.

Suscricion voluntaria
para costear un monumento en Ronda á la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR..	3309
Ronda.	D. Gabriel de Navas. . . .	5
Idem	» Pedro Peña y hermano. .	5
Idem	» Liborio Carcedo Perez del Camino.	25
Idem	» Antonio Atienza Gomez de las Cortinas.	20
Idem	» Félix Atienza Gomez de las Cortinas. . . .	10
Idem	» Francisco de Paula Atienza de las Cortinas. . .	10
Olvera.	» Miguel de la Rosa Periañez	25
Ronda.	» Juan Jimenez Codes. . . .	3
Idem	D.ª Isabel Plasencia. . . .	10
Moron.	D. Oscar Catalán.	1
Idem	» Isidoro Esguier.. . . .	2
Idem	» Joaquin Soria	5
Idem	» Gerónimo Angulo Muñoz.	5
Idem	» Fernando Torralva. . .	5
Idem	» José Ramos Calderon. .	2
Idem	» Cárlos Prieto.	5
Idem	» Eduardo M.ª Gonzalez.	5
Idem	» Bernardo Matos. . . .	2
Idem	» Manuel Perez de Vera. .	3
		3457

		PESETAS.
	SUMA ANTERIOR. .	3457
Moron.	D. Francisco de P. Carmona.	5
Idem	» Rafael Janer.	5
Idem	» Ignacio Villalon Torres.	5
Idem	» José Villalon.	2
Idem	» Miguel de Vega Gonzalez.	5
Idem	» Miguel Varela.	1
Idem	» José M.ª Angulo Muñoz.	5
Idem	» José de la Hera. . . .	5
Idem	» Francisco Corbacho. . .	5
Idem	» Agustin Marzo y Feo. .	3
Idem	» Antonio Ramon Villalon.	5
Idem	» Andres Villalon Torres.	5
Idem	» Joaquin Gonzalez Fierro.	2
Idem	» Nicolás Mayorga. . . .	5
Ronda.	» José M.ª Linares. . . .	5
Idem	» Joaquin Lopez Cabello.	5
Idem	» Rodrigo Castaño. . . .	5
Idem	» Juan M.ª Gutierrez. .	5
Idem	» Rafael Ayala Fernandez.	5
Idem	» José de Rojas.	5
Idem	» Julian Lagarde y García.	3
	TOTAL. . . .	3548

En el número siguiente se continuará la lista.

INAUGURACION DEL MONUMENTO DE ESPINEL.

Hay hechos que aunque no tengan una gran importancia, significan demasiado para todo el que fija con algun detenimtento su atencion en esas actitudes espontáneas que á veces suelen ser una manifestacion del desarrollo progresivo de las ciudades, el principio de una nueva era ó un paso en el camino del progreso y el adelanto.

Mucho de esto indicaban, no los sucesos que tuvieron lugar el dia 23 de Abril, si no el espíritu con que se prestó el pueblo de Ronda á honrar la memoria del gran Espinel; la atmósfera, por decirlo así, que ese dia se respiraba de cultura, de adelanto, de

patriotismo, de amor á las tradiciones, á los recuerdos, á las glorias de la histórica *ciudad del Tajo*.

Ronda ha estado harto tiempo dormida olvidando sus antiguas empresas, malgastando en estéril ócio su poder hasta quedar relegada y por bajo de otras ciudades, que sin contar con tan hermosos elementos disfrutan hoy un estado floreciente; porque faltando iniciativa á sus hijos, que de hecho habian adoptado el lema de *semper idem*, tenia que dar el mas elocuente testimonio de la verdad de aquel axioma de D. Juan de Austria: «quien no adelanta, ceja.»

Ronda despierta, sí, eso es indudable; y para convencerse de ello, basta comparar su estado actual de levantada sobreescitacion, con la proverbial apatía en que hemos vivido hasta el año 74. Esto, fuerza es conocerlo, débese á la patriótica actitud del alcalde D. José M.ª Jaudénes, cuya aficion á las mejoras locales raya en lo extraordinario. A él debe Ronda los beneficios, no solo de las muchas mejoras que proyecta, inicia y lleva á cabo con una fuerza de voluntad maravillosa, si no el que puedan realizarse muchas otras que deben partir de la iniciativa particular porque no están dentro de la esfera de accion de los municipios. Y la razon es muy sencilla: conocido ya el entusiasmo con que el Sr. Jaudénes acoge cualquier proyecto que de algun modo redunde en beneficio de los intereses de la localidad, en bien del adelanto, del progreso ó del buen nombre de la ciudad; sabido por todos que el Ayuntamiento presta una decidida cooperacion á tales propósitos, es no solo fácil si no hasta ineludible consecuencia de esta marcha, que se agiten y desenvuelvan todos los elementos sanos de la poblacion, y que todos contribuyan á que sea en verdad la época actual el principio de una nueva era de bienestar para Ronda.

Estas observaciones nos han ocurrido al proponernos dar cuenta á nuestros lectores de la solemnidad que para la inauguracion del Monumento del insigne Maestro Vicente Espinel, tuvo lugar en esta poblacion el Domingo 23 del corriente, dia señalado al efecto por ser el aniversario de la muerte de Cervantes.

A las once de la mañana, bajo la presidencia del Ilustre Ayuntamiento, al que se habia agregado la Comision del Monumento, se hallaban reunidas todas las corporaciones de la ciudad, el numeroso clero rondeño y todas las personas notables de la poblacion invitadas al efecto, en el magnífico templo de Sta. Maria de la Encarnacion, de cuyo cabildo habia sido beneficiado el insigne Espinel y donde dieron principio unas suntuosas honras por el eterno descanso del alma de aquel eminente *amigo de Apolo*. Un magestuoso túmulo decoraba el altar mayor en que se celebraron los divinos oficios; y sobre el negro fondo de las colgaduras leíanse dos dísticos que en blancos caractéres decian:

«*Ronda á Vicente Espinel.*»

«*Su honor y gloria*»

La misa de *Requiem* fué magistralmente cantada por las señoritas Junio. El vice-presidente de la Cosion del Monumento, presbítero D. Antonio Collado, pronunció una elocuente oracion fúnebre que dejó muy satisfecho al escogidísimo auditorio. El clero en general y el Cabildo de beneficiados pricipalmente, se esmeraron en contribuir á la magificiencia y lucidez de un acto tan solemne; y era ciertamente para despertar en el ánimo profundos pensamientos la consideracion de que las honras que en aquel momento se celebraban, los sufragios y oraciones que el pueblo dirigia á Dios, eran por el eterno descanso del alma de aquel que habia dejado este mundo hacia doscientos cincuenta y tres años. ¡Gran privilegio el del genio, cuyas obras y memoria no puede menoscabarlas el tiempo á través de los siglos y de las edades!

El dia estaba magnífico, y cuando terminaron las religiosas ceremonias, un gentío inmenso poblaba la Alameda, en cuyo centro admiraban por primera vez los rondeños, la obra de su paisano, el artístico trabajo del escultor D. Joaquin Rodriguez.

A las ocho de la noche un escogido y numerosísimo público invadia todas las localidades del Teatro que, adornado con preciosas colgaduras é iluminado con profusion, presentaba un magnífico golpe de vista.

Una estrepitosa salva de aplausos anunció la aparicion en un palco, artística y preciosamente decorado con colgaduras y flores, de nueve señoritas que habian sido invitadas por la Comision para que presidieran el literario acontecimiento, en evocacion de las nueve musas.

La Comision podia estar orgullosa del buen gusto que habia demostrado al escoger aquellas nueve flores del vergel rondeño, bien que no es necesario buscar mucho en esta tierra, donde nacen tan bellas mujeres, para encontrar hermosas que puedan rivalizar, no con las musas de quien eran en aquel caso representantes, si no hasta con las mismísimas huríes soñadas del profeta.

Vestian todas la clásica y elegante mantilla blanca, y difícilmente se hubiera podido clasificar no ya cual era la menos bella, si no cual reunia mas atractivos. De una parte suspendia el ánimo la contemplacion de la rara y perfecta hermosura de Amalia Pinzon, las inimitables gracias de Pepa Giles, la dulce be-

lleza de Manuela Molina, la elegancia de dolores Valdivia, la delicada hermosura de Concha Pinzon; y de otro se sentia uno trasportado á las regiones ideales al fijar la atencion en el celestial conjunto de la bellísima Ana Ponce, en la hechicera sonrisa de la preciosa Asuncion Valdivia, en los seductores ojos de la hermosa Pilar Reinoso y en la gracia de la encantadora Paz Urruti. Aquello era irresistible, fascinador, soberbio.

Despues de una brillante sinfonía á telon corrido con el busto del Maestro Espinel en la escena, se representó una preciosa zarzuela en dos actos.

Siguió á ésta la representacion de una Loa en endecasílabos titulada *El Genio del Tajo*, original del Sr. Secretario de la Comision del Monumento, nuestro querido Director D. Rafael Gutierrez; obra escrita exprofeso para aquella noche, y para la que el reputado pintor Sr. Matarredona hizo unas preciosas decoraciones.

El jóven autor de la Loa tuvo la satisfaccion de ser llamado tres veces al palco escénico á recoger entre entusiastas aplausos, las flores y palomas con que el público le obsequió en el estreno de la primer obra que ha dado á la escena.

Despues de la lectura de bellísimas composiciones originales de las Srtas. Brabo Macias, Ugarte Barrientos y de los Sres. Paso y Delgado, Jaudénes, Garcia Valero, Ruiz Toro, Jimenez Verdejo, y Jimenez Campaña, que hemos insertado en el *Álbum poético*, como era tambien aquel dia aniversario de la muerte de Cervantes, se finalizó en honor del Manco de Lepanto tan agradable velada con la representacion de «El Loco de la Guardilla.»

Así terminó ese Domingo tan memorable para Ronda. Tan faustos sucesos no se borrarán jamás de la mente de los buenos rondeños, y la crónica de este dia será una de las mas brillantes páginas de la historia literaria de la ciudad que mereció del cielo el alto honor de ser cuna del inmortal Vicente Espinel.

La Redaccion.

¡¡EN TUS BRAZOS!!

Por ascender del huracan en álas
á la region empírea
y surcar los espacios infinitos,
despreciara del mundo las delicias.

Por habitar otro planeta, alegre,
la mitad quizás diera de mi vida;
mas por hallarme entre tus brazos, créelo,
ni dos cuartos daria.

José Ruiz Toro.

CANTAR.

La rueda de la fortuna
está contínua girando;
¡feliz quien por ella asciende!
¡triste aquel que cae debajo!

Rafael Quintama Medina.

FRAGMENTO.

Mi alma es giron que en el espacio flota:
mi corazon caverna perforada
que negra sangre encierra:
seca mi mente está, ya nada brota:
¡y hoy empiezo á vivir sin ser ya nada!
¡qué mision llevaré sobre la tierra!

Antonio Jimenez Verdejo.

LA SOLEDAD DE MARIA.

Plorans ploravit in nocte et la creymæ ejus in maxillis jus: non est qui consoletur ex omnibus charis ejus (Thr. 1. 2.)

I.

Es una noche oscura, muy oscura: la noche del dia en que murió Jesús por redimir á los hombres: Trastornada está la tierra de Judá por la furia con que se ha estremecido, cuando el Salvador ha exhalado en la Cruz su último suspiro, y vertido sobre el Gólgota la última gota de sangre. Los cedros y las palmeras del líbano apiñados se encuentran en desordenados grupos, como tímidas gacelas á quienes reune el terror de la próxima pantera. El trueno se oye lejano retumbar en las cuencas de las montañas; la tempestad se aleja con paso de terror y se lleva en pos de sí los huracanes y los rayos. La calma reina en medio de las sombras, pero es la calma horrorosa que sigue al crímen, es la calma de espanto, que sucede al esterminio de las batallas; es el desmayo de la naturaleza, que ha presenciado la muerte de su Hacedor, es el parasismo de los fieros elementos, que con su silencio lloran la muerte de su Eterno regulador.

II.

Desiertos están los caminos de Jerusalem, y por sus calles solitarias solo transitan envueltos en blan-

cos sudarios los muertos, que han dejado sus sepulcros. El Cedron! solo este impetuoso torrente deja escuchar su fatídica voz en medio de silencio tan majestuoso, y parece que en su carrera murmuradora va contando á Jerusalem la terrible leyenda de todos sus crímenes; por eso en el ruido con que sus ondas se precipitan se oyen ecos de lamentaciones, voces que increpan, ayes de muerte, suspiros de amargura, silvidos de sarcasmo, é impías carcajadas. Un tibio rayo de luna escapado de las nubes y reflejado en las turbias ondas del torrente, ha dejado ver en sus márgenes una mujer envuelta en el manto de las nazarenas. Sumida está en hondos y tristes pensamientos; y estas amargas ideas, que á su ánima embargan, le hacen asomar á sus ojos, negros como el seno de la noche, gruesas lágrimas, que semejan perlas. A veces, cuando sus ojos se enturbian mas por el lloro, se exhala de su garganta un doloroso suspiro, y entonces parece que el Cedron detiene su curso, que murmura palabras de consuelo á los piés de aquella misteriosa mujer, y que al proseguir su carrera sale de sus espumosas ondas un gemido trite y suave como las notas de las arpas de los cielos.

III.

¿Quién es esta muger, que viene á llorar sola á las márgenes de un torrente, cuando los hombres se ocultan medrosos en lo mas oscuro de sus viviendas, y las fieras devoran el hambre que las consume con un sordo rugido en lo mas hondo de sus cavernas? ¿Quién es esta mujer que busca solo compañía de las aguas, cuando los valientes de Israel se rodean de sus familias numerosas, porque solos tienen miedo á la ira tremenda de la justicia divina? ¿Qué dolores la acongojan que tantas lágrimas vierten sus ojos? ¿Qué pesares le atormentan que no la dejan reparar en el pasmo horroroso con que la naturaleza manifiesta su asombro por la muerte de su Criador? Ah! Es Maria, es la madre de ese mismo Criador, y hay mas trastorno y mas tormento dentro de sus entrañas por la muerte de su hijo y la Soledad en que la deja, que el que la naturaleza toda pueda manifestar con sus tormentas y terremotos. Es su madre, y en un suspiro de su alma hay mas amarguras que gotas de hiel caber pudieran en la inmensidad de los mares. Es su madre, y una sola de las lágrimas que de sus ojos se desprenden, denota mas pesar que el llanto de tristeza con que los serafiines sienten la muerte del príncipe de los cielos. Es su madre, y no hay nada que supere á su dolor, como nada hay que ventajas lleve al cariño de una madre.

IV.

Su Jesús era blanco como la nieve del Líbano, y negra su cabellera como las álas del cuervo; sus ojos eran hermosos y puros como palomas sobre los arroyuelos de las aguas; sus lábios, lirios que destilan mirra, y su aspecto risueño y gentil como las blancas tiendas de Abraham acampadas en los confines de Bethel. ¿Qué se ha hecho de tu amado, oh! la mas hermosa de las mujeres? Ah! su amado! Ennegrecido tiene el rostro por las manos de los impíos verdugos; mesada bárbaramente su cabellera, sus ojos sin luz como astros eclipsados, y cubierto su cuerpo de heridas mortales. Pero en dónde está tu hijo, tristísima Señora! —Su hijo.....! —Muerto y envuelto en las sombras del sepulcro. Ya su lengua, aquella lengua que tan hermosas parábolas referia, aquella lengua inefable que tantos prodigios obraba, aquella lengua dulcísima que tantas veces pronunciaba el dulce nombre de madre, no se dejará escuchar para consolar el corazon desfallecido de la mas angustiada de las mujeres. Ya sus ojos, aquellos ojos divinos en los que bebiera amor casto y maternal su alma inmaculada, aquellos ojos divinos, bálsamo delicioso de sus penas crueles, aquellos ojos divinos luz celestial de su corazon atribulado, no se abrirán para fijarse en los de Maria, y darle la vida que la madre bebe en las miradas del hijo de su amor. Si sobre el cuerpo de Jesús gravita la fria losa del sepulcro, ¿cómo no ha de pesar sobre Maria un mar de tribulaciones?

V.

Pero el dolor no deja su ánima mucho tiempo en sosiego; miradla como levanta la frente al cielo y las nubes se abren como para dar paso á las miradas de sus ojos...—Ah hijo! esclama, como pidiendo á Jehová misericordia. Un relámpago brilla, describiendo rojizos ángulos por encima del Calvario: Maria lo ve y corre hácia aquel lugar, como tímida gacela á la fuente de las aguas. ¿Qué vision del cielo es aquella que hay en la cima, que los brazos tiene abiertos y en ellos parece que Maria se vá á precipitar? Ah! no es su hijo! Es la Cruz, el instrumento fatal donde ha sido inmolado el hijo de su corazon. La moribunda luz de la luna parece aumentar sus proporciones, elevándola sobr ecuanto la rodea.

Es un testimonio del amor de un Dios á sus criaturas: en ella ha firmado con su sangre la nueva y solemne alianza de la emancipacion de los esclavos hijos de Adam, es el signo de paz y reconciliacion del cielo con la tierra. Maria la contempla breves instantes, y despues cae de rodillas, la abraza con efusion y la adora con toda la ternura de su grande

alma. Sobre ella deposita un ósculo de paz, y torna á quedar sumida en dolorosos y profundos pensamientos. Entonces vé que allá, de la sombra oscura, de lejanos horizontes comienzan á surgir negros fantasmas y á cruzar por delante de sus ojos en horrenda y sarcástica procesion. Eran los grandes pecadores de la nueva ley por su hijo establecida, evocados de la nada y vistos en espíritu profético por Maria. El primero de todos cruzó Judas apretando contra su corazon ínicuo con avara alegría las treinta monedas porque vendiera infame á su divino Maestro. Despues cruzaron, mirando la Cruz con ojos fieros, los diez emperadores romanos que habian de perseguir crueles hasta la saciedad la Iglesia de Jesucristo, y á su frente iba Neron el parricida. Mal velando su orgullo con faz austera y penitente, pasó tambien Arrio, que habia de negar que el Hijo de Dios era igual al Padre en todas las cosas, haciendo bambolear á la Iglesia en sus cimientos. Y cruzó Pelagio, que habia de negar el pecado original y la necesidad de la gracia de Jesucristo. Y cruzaron Nestorio y Eutiques, padres los dos de dos grandes heregías contra el dogma de la Encarnacion. Y pasó Mahoma, el libidinoso, que habia de enseñar á los pueblos del Asia la moral mas nauseabunda y corrompida. Y cruzó Berengario, que habia de levantarse en contra del Sacramento del amor, en contra de la Eucaristía. Y cruzó, erguida la cabeza, altanera, el sacrílego Lutero que habia de negar uno por uno casi todos los dogmas de la fé. Y cruzó en fin Voltaire con risa diabólica y sarcástica, y en pos de él una inmensa turba de arrogantes, insensatos y orgullosos impíos. Todos estos hombres habian de hollar un dia con inmunda planta la sangre preciosa de su Hijo en aquella Cruz vertida. Oh! que esta profética vision le desgarra el alma y la hace sufrir mas que todos los dolores; porque le hiere en la parte mas sensible de su sér, en su amor divino, en el inmenso amor que profesa á Dios y á sus obras; la hiere tambien en su amor de madre; porque vé cuán inútil y despreciado habia de ser por estas almas el sacrificio grande del hijo de su corazon. Ay! los cielos la contemplan vertiendo lágrimas de fuego; otra vez se desatan y rugen los fieros aquilones, la tierra amaga á volverse á estremecer y los muertos que las tumbas dejaron cuando su hijo espiró, vienen envueltos en blancos sudarios á conocer á la mas desventurada de las madres, á la mas heróica de todas las mujeres. Pero el mismo que Maria manifiesta en su semblante los detiene lejos de ella; su amargura los conmueve, y derramando un lloro helado como el frio de la muerte, se tornan silenciosos á sus sepulcros. Entonces vaga, misteriosa y confusa se escucha entre el rumor del viento la voz de Jeremías, anunciando el esterminio de Jerusalem por la última de sus maldades, y mas lejano, mas sordo y desapacible, el ruido belicoso de las fieras cohortes del hijo de Vespasiano. Y es que cuando Maria llora, el mundo se agita y Dios hace esanchar en los aires el terrible acento de su justicia.

VI.

El ronco fragor del trueno hace á Maria volver en sí y de nuevo se encuentra en su amarga Soledad. No hay uno que la consuele de todos sus amigos, ni un alma que con la suya sienta, ni unos ojos que con los suyos lloren. Todos la han abandonado en la hora negra de su tribulacion.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

EPÍGRAMA.

Es de Baco tan amante
que puede servir de cuba:
de dia parece un santo
pero de noche se *ajuma*.
Bebe en jarro en la taberna
pero en el café se asusta
y solo lo bebe en taza (!)
con cucharilla y azúcar.

ENRIQUE JORGE.

DESCRIPCION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE RONDA.

(Conclusion.)

Son célebres entre los militares Juan Gaspar de Valenzuela, que se distinguió en las guerras de Flándes. Don Cristóbal de Valenzuela, hijo del anterior, maese de campo, castellano de Barleta y teniente general. Diego de Arce, maese de campo, muy conocido en la guerra de Italia, Flándes y San Quintin. El capitan Juan Ruiz de Alarcon, que murió en la guerra de los moriscos y toma de Coin, valeroso soldado, de quien habla Mariana en su historia de España. Su hijo Gaspar de Alarcon, fué el primer soldado que subió á los muros de San Quintin, por lo cual fué premiado con la plaza de capitan de caballos de la ciudad de Marbella: consta de cédula de Felipe II, que se conserva en poder de sus descendientes. Don Jorge Morejon de Narvaez, capitan de caballos en la guerra de Granada, bajo el mando de

D. Juan de Austria. D. Diego Lobato Ribera, sargento mayor en las guerras de Portugal y gobernador en Indias. El valeroso soldado Martin de Elvira, famoso en la guerra contra los Araucanos, citado por Ercilla. El capitan Francisco Picon, que por su valor fué condecorado con el empleo de alcaide del castillo de San Angelo en Roma. El capitan Alonso de Maraver, que siendo alcaide de Estepona con solos siete caballos rindió á 70 turcos, que de dos galeras habian salido á robar la tierra: sirvió con mucho valor en la rebelion de los moriscos. El capitan Juan de Hinostrosa, gran soldado en Flándes, que murió castellano de Gante. Juan de Navarrés, conocido con el nombre del electo, fué el gefe del tercio de Españoles amotinados, que no queriendo retirarse del castillo de Amberes, á pesar de las órdenes de S. M. para que lo hiciesen, se arrojó con los suyos sobre los enemigos, los destrozó y se apoderó de la ciudad, haciendo en ella el saco célebre en la historia. Aunque le fué perdonado el delito de desobediencia militar por el distinguido servicio que prestó en aquella ocasion reconquistando la ciudad, fué extrañado de estos reinos y murió en Paris. Don Agustin de Ahumada, marqués de las Amarillas, despues de haber adquirido mucha gloria en las guerras de Italia, murió virey de Méjico. Don José Vasco, virey de Méjico, conde de la Conquista, primero de este título. Don Rafael Vasco Campos, sobrino del anterior y capitan general de Granada. Don Fracisco Javares, teniente general. Don Iñigo Morejon Giron, sargento mayor del regimiento de Rosellon, bisnieto del célebre Gaspar Alarcon, murió de heridas recibidas en accion militar, en el lugar de Vallecas, en 31 de Agosto de 1706. Don Juan Moreno, capitan general de marina del departamento de la Isla de Leon, hizo muchos y distinguidos servicios en la península y ultramar, y murió por los años de 1814. Don Juan Ordoñez, bizarro soldado, teniente general, mandó el ejército del Rosellon en la guerra con Francia á últimos del siglo pasado, y murió á principios de éste. Don Gerónimo Giron de Motezuma, marqués de las Amarillas, teniente general de los reales ejércitos, caballero gran cruz de las órdenes de Cárlos III y San Hermenegildo, y comendador de museros en la de Santiago, fué virey de Navarra, sirvió con mucha distincion en la península y ultramar, y murió en Sevilla en 17 de Octubre de 1819, á los 79 años de edad. De su hijo el Excmo. Sr. D. Pedro Agustin Giron, actual marqués de las Amarillas, teniente general de los reales ejércitos, capitan general de Andalucía, no nos atrevemos á hablar con estension, ni hacer una reseña de sus relevantes prendas, por no parecer lisonjeros.

Dista 87 leg. al S. S. O., de Madrid. Comunica con Gibraltar, de donde dista 13 leg.; con Estepona, 7; con Marbella, 7; con Málaga, 12 y media; con Antequera, 11; con Estepa, 10; con Osuna, 9; con Moron, 8; con Ubrique, 5; con Medinasidonia, 13; con Jimena, 9 con Algeciras, 13, y con Tarifa, 16; caminos de herradura.

A C.....

EL DESDEN.

SONETO.

Si ese desden con que tu ser me mira
En compasion siquiera se trocára,
Muy feliz ¡oh Carmina! se juzgára
Mi triste corazon que ahora suspira.
Al compás de las cuerdas de mi lira
Cuando humilde mis cuitas te cantára,
No cual ántes tu espíritu dudára
De la pasion que tu beldad me inspira;
Porque yo lograria convencerte
Para que, de mi mal compadecida,
Deploráras al fin mi triste suerte,
Y de mi ardiente amor ya convencido
En vez de darme en tu desden la muerte
Tal vez me dieras con tu amor la vida.

José Palacios y Gonzalez.

UNA NIÑA Y UNA FLOR.

NIÑA.

Bella Flor, entre placeres
Tú sonríes de contino;
¡Cómo envidio tu destino!
Bella flor, ¡qué feliz eres!

Tú, cual reina del pensil,
Te meces tranquila y pura,
Recreada con dulzura
Por las áuras del abril,

Y arrullada blandamente
Por el céfiro halagüeño
Duermes de la paz el sueño,
Y deliras dulcemente.

Al murmurio lisongero
De arroyuelo cristalino

Escuchas el dulce trino
De enamorado gilguero,

Y agena de mil pesares
Que no turban tu reposo
Ostentas cáliz hermoso,
Y matices singulares.

La pintada mariposa
Que vaga de flor en flor
Te saluda con amor
Y besa tu frente airosa.

Y tú recibes su beso,
Puro como la inocencia,
Con amable complacencia,
Con singular embeleso.

Y sin mezquinos recelos
Alzas tu frente arrogante
Y con tu aroma fragante
Eres delicia del suelo.

Bella flor, entre placeres
Tú sonríes de contino,
¡Cómo envidio tu destino,
Bella flor, ¡qué feliz eres!

FLOR.

Niña hermosa, es ilusion
El placer que envidias; vana
Es esta pompa galana,
Mortuoria ostentacion.

Pronto la lumbre dorada
Del sol con rigor tenaz
Trocará mi linda faz
En lívida y descarnada.

Con estraño movimiento
Del pensil seré arrancada,
Y al olvido relegada;
Seré juguete del viento.

Las álas del torbellino,
Que volará sin concierto,
Hasta el árido desierto
Me lanzará mi destino.

En átomos dividida
Y en brazos del huracan,
Dime niña, ¿dónde están
Los encantos de mi vida?

Niña hermosa, es ilusion
El placer que envidias; vana
Es esta pompa galana,
Mortuoria ostentacion.

ANDRÉS CASADO.

EL GRITO DE LIBERTAD.

(BALADA)

—¿Dónde vás, hijo mio?
—Madre, á la guerra.
—Y si allí sucumbieses
¿quién me consuela?
—Dios, madre mia:
la libertad me llama,
suya es mi vida.

—Adios, hermosa mia,
que honor me llama.
—Adios, amante mio:
adios, mi alma.
Cumple cual bueno:
la libertad lo manda,
yo lo deseo.

—Padre, el clarin me llama.
—Vuela al combate
y si has de volver, hijo,
vuelve triunfante.
Corre, hijo mio,
de libertad soldado
tambien yo he sido.
. . . . . .

—Hijo del alma mia,
¡qué hermoso vuelves!
—Madre; vengo orgulloso
de mis laureles.
—¡Gracias, Dios mio!
—La libertad os traigo:
¡hemos vencido!

—Al fin he vuelto á verte,
amada mia.
—¡Libertad adorada!
¡Dios te bendiga!
Eres un bravo:
ya puedo ser tu esposa;
dame un abrazo.

—Padre; ya somos libres.
—Gracias, Dios mio!

—¡Qué bien se bate el pueblo
si el pueblo es digno!
—¡Hijo! Lo creo.
¡Que viva España libre!
Ven: dame un beso,

Cual valiente y honrado
cumplió, y de entonces
como tiene laureles
que le coronen,
dice la gente
al verle, y con respeto
«¡Es un valiente!»

ANTONIO PAREJA SERRADA.

APUNTES TEATRALES.

Varias veces hemos querido decir algo respecto de la Compañía lírico dramática que en la presente temporada actúa en nuestro Teatro, pero nos ha detenido la consideracion de que siendo semanal nuestra revista tendrian que resultar algo añejas las reseñas de las funciones.

Hoy tomamos la pluma aunque no sea mas que para quejarnos y dolernos de ver nuestro Coliseo tan injustamente abandonado del público y para deplorar la fria é injustificada indiferencia con que los rondeños han acogido esta vez á la Compañía de Zarzuela.

Es ciertamente bochornoso para Ronda que se hayan visto y se vean tan favorecidos ciertos espectáculos desgraciadamente harto perjudiciales por todos conceptos, y que la diversion mas culta, decente é instructiva de los pueblos ande tan poco favorecida del público, que esté en vias de desaparecer de Ronda por mucho tiempo.

*
* *

A consecuencia de la enfermedad de la Sra. Lopez la empresa ha hecho venir á Ronda á D.ª Mercedes Rodrigo, actriz ventajosamente conocida del público Granadino y Malagueño y que se captará muy pronto las simpatías de los rondeños, tanto por sus facultades artísticas, cuanto por su agradabilísima figura.

*
* *

El lúnes, en el «Don Pompeyo en Carnaval», tuvimos el gusto por cortos momentos, de ver trabajar al director de la compañía, Sr. Cano. Es lástima que la afeccion á la garganta que padece, ni le haya permitido ni le permita aun presentarse al público y que por ello estemos privados del principal actor de la compañía.

Le deseamos un pronto restablecimiento.

Cada dia van agradando mas al público las buenas facultades artísticas de la Sra. Pizarro, que en varias zarzuelas ha tenido que sustituir á la Sra. Lopez en el papel de primera tiple, y que estuvo en los «Magyares» á gran altura, á pesar de que, segun hemos oido, tuvo que estudiar tan difícil obra en pocas horas.

Reciba nuestra mas cumplida enhorabuena.

*
* *

El aventajadísimo pintor escenográfo Sr. D, Antonio Matarredona, está terminando tres bellísimas decoraciones nuevas para que se ponga en escena inmediatamente la zarzuela de gran aparato *El Molinero de Subiza*. Hemos tenido ocasion de ver los nuevos telones, ya terminados, y de oir á los inteligentes decir que son una verdadera obra de arte.

Tanto por las circunstancias que reune esta zarzuela, cuanto por el desusado aparato con que vá á ser presentada, creemos que su estreno en Ronda ha de hacer época en los fastos de nuestro Coliseo.

CHARADA.

Entre sus rubios cabellos,
lastimando su belleza,
tiene en su linda cabeza
prima y *segunda* Asuncion,
con tanto empeño vedada
y tan perfecta maestría,
que se defiende del dia
y hasta produce ilusion.
En la *tercera* y la *cuarta*.
cerca, Leonor, de unos bajos,
rudos y acerbos trabajos
hube, mi bien, de pasar,
yendo, si mal no recuerdo,
en un vapor á la vela,
con artistas de Zarzuela
que no cesaban de ahullar;
y en el TODO, niña mia,
si llega allá tu mirada,
busca y verás desolada
cual prototipo de amor,
una mujer de faz bella,
tan pura como el rocío,
ante nefando y sombrío
cuadro terrible de horror.

Ronda SIDI-ALIATAR.

Imp. y Lib. de la Sra. Viuda de Gutierrez é hijo,
Progreso, núm. 14.— RONDA.

Año III. 8 de Mayo de 1876. Núm. 82.

ECOS DEL GUADALEVIN.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

TRES PESETAS EL TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA. | REDACCION Y ADMINISTRACION, PROGRESO 14.

SUMARIO: La Sultana de Medina-Ronda (cuento árabe), por A. Farela.—Despedida (poesía), por don Antonio Jimenez Verdejo.—La misa del alba (poesía), por Ramiro Lasso de la Vega.

LA SULTANA DE MEDINA RONDA.

(Conclusion).

IX.

La Sultana y María permanecieron unidas, pero intranquilas y violentas. Para ellas se pasaban las horas con una rapidez extraordinaria, y cada vez que daban vuelta á su relój de arena, nacia en sus corazones una angustia terrible, porque la incertidumbre devoraba sus almas.

—Si llegará Ponce sin peligros á Zahara? preguntaba con miedo la Sultana.

—Solo perdiendo la vida dejaria de cumplir su mision: podeis estar segura que Ponce entregará al Amir vuestro pliego antes de pasadas cuatro horas.

—Entonces Abomelique podrá llegar á tiempo.

—Ocho horas son mas que suficientes para hacer diez leguas de camino cuando se tiene impaciencia.

—¿Cuántas veces ha corrido la arena?

—Seis con esta, Señora.

—Faltan mas de dos horas, y el dia se aproxima. A la oracion del alba volverá el bárbaro Meemet; estoy perdida, María; ese hombre no tiene entrañas.

Algotiza y la esclava sufrian horriblemente; y entre tanto el esforzado Ponce de Leon acicataba su caballo y corria como un desesperado en busca de Abomelique. Empero las horas se pasaban como si fuesen relámpagos; las distancias se estrechaban de una manera imponente, y no llegaba Abomelique.

—Arroja ese relój maldito, que ha pasado ocho veces la arena, dijo desesperada la Sultana.

—¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer!—contestaba la cautiva;—la claridad del dia se dibuja por cima de las altas crestas.

—No hay esperanza, María. Está escrito. Y es tan horrible morir cuando comienza la vida, cuando se guarda en el alma un tesoro de amor y de cariño.

—No desconfies, Sultana, porque mi fe me anuncia que es imposible el que triunfen la pasion y la soberbia de ese moro insensato. Aun no ha sonado la voz del Almocri.

—Pero la voz del Almocri sonará en seguida pronunciando la oracion del alba, porque comienza el dia. ¡Mira, mira su claridad en el Oriente!

Un ruido de pasos se apercibe.

—El és! gritó aterrada la Sultana, y corrió presurosa hácia el balcon que estaba abierto. María obedeciendo esos impulsos secretos que producen el valor cuando se miran muy cerca los peligros, corrió resuelta á detener al Wasir.

—Antes la muerte, gritaba la Sultana, y se agarraba á los hierros con una fuerza nerviosa, haciendo por dominarlos con su cuerpo.

—Deteneos, Señora! gritó María desde la misma puerta.

Algotiza dirigió su mirada con espantado semblante, porque estaba segura de ver aparecer al desleal Meemet.

—¡Sultana de mi vida! gritó desde afuera Abomelique, y en seguida corrió á los brazos que sin fuerzas ni alientos le tendia la Sultana.

—¡Gracias, Dios mio! ¡Gracias, Vírgen Santísima! repetia Maria con los ojos arrasados en lágrimas.

Ponce de Leon y Alí seguian á Abomelique. La Sultana se encontraba dominada por la emocion sin poder pronunciar una palabra.

—No temas ya, Algotiza, porque estoy á tu lado.

—Me he salvado! Prorrumpió al fin con acento muy dulce, elevando sus miradas á los cielos.

Alí al presenciar aquella escena, sentia que el corazon le palpitaba con mas fuerza. María continuaba sus plegarias á la Vírgen, gozando de esos momentos

apacibles que estasian á las almas cristianas. Ponce de Leon era el único que conservaba serenidad en medio de aquella conmovedora escena. Dominando la situacion y hecho cargo de que si el Wasir se apercibia de la llegada del Rey podria sustraerse, se aproximó á Abomelique para decirle con enérgico acento:

—Amir, el tiempo vuela, y el culpable debe llegar en breve.

—Teneis razon, D. Pedro, contestó Abomelique reponiéndose nn poco; el traidor debe venir y es indispensable el estar prevenidos. Tranquilízate, Algotiza, y espera, porque la hora de la justicia está muy próxima. Ponce, Alí, seguidme.

Y los tres salieron precipitadamente para ocultarse en el tocador de la Sultana.

X.

María se acercó conmovida hasta Algotiza que la tendia los brazos, y las dos se abrazaron tiernamente mostrando en sus semblantes la sonrisa y en sus ojos las lágrimas. En aquellos momentos eran dos cariñosas hermanas que se comunicaban sus mas dulces afectos.

Las voces de los Lectores de las Mezquitas pronunciaban en alto la oracion del alba, y sus palabras eran repetidas por los moros de la guardia del Rio debajo de los balcones de la estancia.

—Es la oracion del alba!—exclamó sobresaltada la Sultana—; el Wasir debe llegar muy pronto.

—Serenaos, Señora, contestaba María.

El ruido de pasos anunció por sí solo la llegada de un hombre. En seguida apareció Meemet.

La pasada noche tan amarga para María y la Sultana, porque el miedo las hacia creer que volaban las horas, para el desdichado Meemet transcurrieron con lentitud mortificante, porque las devoraba la incertidumbre y la impaciencia. Amaba á la Sultana con ese amor salvaje con que los moros aman cuando entregan su corazon á la mujer que tanto amor les inspira. Habia sufrido callando una pasion voraz é irresistible, y como el amor que se ahoga en el silencio produce al fin una esplosion desastroza, Meemet esperimentaba el aumento creciente de sus fuertes pasiones. Por esto aprovechó la ocasion de la ausencia del Amir para desahogar su corazon de un peso que no alcazaban á resistir sus fuerzas. Por esto habia llegado en la tarde anterior hasta los piés de la Sultana, manifestando su demencia por medio de arrebatos y amenazas.

Meemet demostraba en su semblante los sufrimientos horribles que esperimentaba su corazon.

No apareció con la altivez y la soberbia del Señor que domina, antes por el contrario, se mostraba tímido y turbado. Los arrebatos producidos por la desesperacion que lo arrastraron hasta el caso de desmentir con sus brutales hechos la pureza del amor verdadero, habian sido sustituidos por esa triste é inesplicable languidez que nace de la desconfianza y del miedo de que un desengaño acibare para siempre los dias de la vida.

Meemet se acercó con pasos trémulos hasta los pies de Algotiza, é hincando una rodilla le sujetó la mano entre las suyas, que estaban temblorosas, y con acento triste y á la vez expresivo, la dijo:

—Perdóname, Sultana, porque he sido un miserable. Olvida las amenazas que te hiciera dominado por la desesperacion, pero escucha mi amor, porque te adoro con la efusion del alma. Escúchame, por Alá, si es que no quieres que me desgarre el pecho y muera en tu presencia. Ten compasion de este amor que, contrariado, constituye un infierno que me mata. Te amo mucho mas que á mi vida y aborrezco y maldigo al que recibe tus caricias.

—Traidor! gritó el Amir con enérgico acento, entrando de repente seguido de D. Pedro y Alí que llevaban en la mano los alfanjes.

Meemet, que era un valiente, no pudo dejar de sorprenderse con la presencia del Rey.

—Sujetadlo, decia Abomelique, y él mismo le arrebató la gumia y el alfanje.

Ponce y Alí cayeron sobre el moro que, aterrado, se dejaba conducir.

—Llevadlo al calabozo mas seguro de la fortaleza, y el jefe de la guardia responderá con su vida de la persona de Meemet. Volved despues, Alí, y conducid á mi presencia al leal Ibrain. Vos, D. Pedro, haced el favor de acompañar á Alí, y despues os aguardo.

Meemet fué conducido. Algotiza corrió gozosa á los brazos del Rey.

—Me habeis salvado, Señor; porque al tardaros un poco, hubiérais encontrado á mi cuerpo deshecho entre las rocas del profundo precipicio.

—Alma de mi alma, estaba escrito; porque sin tí la vida me seria insoportable.

—Y yo, Señor, pobre flor criada en las asperezas de la sierra, he abierto mis virginales senos' para embriagaros con mi amor.

—Sultana de mi vida, repetia el Amir, y la estrechaba dulcemente.

La vuelta de Ponce y de María, que les habia seguido, interrumpió las manifestaciones amorosas de aquellos tiernos amantes.

—Llegad, D. Pedro, y estrechad mi mano, porque á vos solo debo la vida de Algotiza.

—Gracias, Amir, contestó D. Pedro estendiendo la suya.

Alí se presentó en la estancia acompañado del anciano Ibrain.

—Bien venido, Ibrain.

—Alá es justo, contestó el anciano hincando una rodilla.

—Alza, Ibrain; el traidor está seguro, y es llegada la hora de la justicia y del castigo. Premiando la lealtad de los buenos, te nombro Wasir de la ciudad, y á Alí capitan de mis guardias y Alcaide de esta fortaleza. Ahora escuchad mi mandato. Disponed que á Meemet, *el traidor*, se le corte al momento la cabeza, y que se coloque en seguida en la almena mas alta de nuestra gran fortaleza, para que sirva de escarmiento.

Ibrain y Alí saludaron al Rey y se alejaron para cumplir sus órdenes.

—Y vos, Sr. D. Pedro Ponce de Leon, caballero y valiente entre los bravos que he podido conocer en medio de las batallas, recibid la recompensa que merecen vuestros servicios. Desde este momento quedais en libertad. Partid cuando querais.

—Gracias, Amir, tu voluntad es buena, pero yo no puedo aceptar la gracia que me haces.

María y la Sultana se miraron sorprendidas. Abomelique frunció el ceño con muestras de gran disgusto.

—¿Renunciais la libertad que os concedo?

—Los Ponce de Leon, que son cristianos, nobles y caballeros, jamás venden los servicios que dispensan á las damas que á su honor ó su brazo se confian.

—Altivo sois, por Alá, y he de probaros, Ponce, lo que es el Rey de Ronda.

—No es altivez, Amir, es el deber que manda; y ante su imperio irresistible yo no puedo venderme, ni abandonar acaso para siempre á nueve hermanos mios que sufren en tus Mazmorras las consecuencias de su cautiverio.

—Basta, cristiano, basta; yo ordenaré lo que tu orgullo exige, y cumpliré tambien con mis deberes.

María se afectaba llena de terror. La Sultana profundamente conmovida se acercó á Abomelique:

—Pero Señor, ¿qué vais á hacer con esos.....

—Silencio!—contestó con energía Abomelique.—Y vos, D. Pedro, esperad mi última, mi irrevocable resolucion.

Con suma rapidez se aproximó á la mesa de alabastro, y se puso á escribir sobre un pliego.

—¿Qué habeis hecho, D. Pedro? le interrogó María por lo bajo.

—Señora, mi deber.

Abomelique se volvió en seguida y dijo á la Sultana con imperante tono, entregándole el pliego:

—Leed en alta voz.

Algotiza temblaba y no podia concertar las letras. El Amir comprendiendo su estado, le arrebató con brio el pliego de las manos, volviéndose á Don Pedro.

—Tomad, Ponce, y leed, porque á vos no os asustan los peligros.

D. Pedro lleno de dignidad y muy sereno recibió el escrito de las manos del Rey, y con acento reposado, leyó de esta manera:

«Yo Abomelique primero, Rey de Medina-Ronda y de las Algeciras, atendiendo á la altivez del cristiano cautivo D. Pedro Ponce de Leon, y en uso del Supremo poder de que dispongo, mando, que los diez cautivos cristianos, cuyos nombres se marcan al respaldo, queden en completa libertad desde este instante, sirviéndoles de salvo conducto la presente órden para que puedan transitar por mis Estados y dirigirse al punto que pueda convenirles. Dado en la fortaleza de las mazmorras de Medina-Ronda.»

La lectura de una órden tan inesperada, produjo en los sensibles corazones de la cristiana y la mora una emocion profunda. D. Pedro, dando un paso y conservando su entereza, dijo inclinándose un poco:

—Gracias, Señor, en nombre de mis hermanos. Ahora escuchadme, Amir. Si algun dia los azares de la sangrienta guerra nos ponen frente á frente, yo te juro que jamás mi acero derramará tu noble sangre. Y si la desgracia llegara á perseguirte hasta el caso de que pudieras necesitar de mis auxilios, mi brazo y hasta mi vida serán tuyos.

—Acepto, valeroso Ponce, tu leal ofrecimiento, y Alá os acompañe.

María y la Sultana derramaban lágrimas purísimas. D. Pedro y Abomelique, apesar de su fiereza de guerreros, sentian humedecidos sus ojos, y los fuertes latidos de sus nobles corazones.

El jóven Rey de Ronda castigó la deslealtad de un servidor, separando la cabeza de su tronco, y premiaba á la vez el valor y la virtud de un caballero poniendo en libertad á los cautivos cristianos.

A. Farela.

DESPEDIDA.

Voy á partir; el tren, monstruo de fuego
lejos me llevará:
la tarde espira, el sol morirá luego;...
¿dónde mañana el sol me alumbrará?

En profundas tinieblas sumergido
está mi corazon,
y no exhalan mis lábios ni un gemido,
ni una lágrima vierto en mi afliccion.

Nadie, mujer, cual tú, comprende ahora
mi horrible padecer;
nadie sabe la lucha aterradora
que mi alma y mi razon van á emprender.

No olvides nunca, que en tan triste dia,
al tiempo de partir,
con el alma deshecha de agonía
me viste vacilante sonreir.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

FLORES Y NUBES.

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros suscritores, que con el título que sirve de epígrafe á estas líneas, se halla en prensa y pronto verá la luz pública, un precioso tomo de poesías de nuestro querido amigo y colaborador Sr. D. Antonio Jimenez Verdejo.

Las bellas y sentidas composiciones de este jóven é inspirado poeta son ya conocidas de los lectores de los Ecos DEL GUADALEVIN; y no dudamos tendrán especial gusto, como todos los aficionados al arte de las musas, en obtener el referido libro, cuyo precio y condiciones cuidaremos de dar á conocer cuando se ponga á la venta.

LA MISA DEL ALBA.

I.

Todo está tranquilo,
está todo en calma,
las calles sin gente,
desiertas las plazas,
ni rondan galanes,
ni embozados pasan,
susurra la brisa,
murmuran las áuras.
La ciudad dormida
gran silencio guarda,
y aunque es bien de noche
y oscura y cerrada,
no ha de tardar mucho
la misa del alba.

II.

Todo el mundo duerme;
la noche se alarga,
mas tan en silencio,
que hasta el viento calla.
De pronto el reposo
turba una campana
que en la oscura torre
suena lenta y clara.
Sus vibrantes sones
del céfiro en álas
la ciudad recorren,
sus muros traspasan,
y en las altas sierras
grutas y cañadas
despierta mil ecos
su lengua metálica.
Es noche... mas pronto
vendrá la mañana,
que han dado ya un toque
de misa del alba.

III.

Brillan las estrellas,
pero brillan pálidas,
que en oriente asoman
refulgentes ráfagas.
Las tímidas sombras
bullen asustadas,
medrosas del carro
que la aurora saca.
Del cristiano templo
en las torres altas
ya sonó dos veces
la alegre campana.
Los que el blando lecho
de dejar acaban,
ya que no despiertos
soñolientos andan.
Caen de algunas puertas
las pesadas barras,
y el cerrojo cruje
que el postigo guarda.
¿Mas por qué la gente
sale de las casas?
Es porque han *dejado*
de misa del alba.

IV.

El muro del templo
pardo se destaca
cual mole gigante
de tules velada.
El atrio está triste,
la puerta tallada
que hace rato abrieron,
ya fieles aguarda;
pende de la cúpula
la maciza lámpara
que á medias alumbra
la mística estancia;
y al soplo del viento
la luz agitada
revuelve en el coro
en mil formas varias
flotantes girones
de negros fantasmas.
¡Qué triste y que sola
la iglesia se halla
antes de que digan
la misa del alba!

V.

En una capilla
sola y apartada
donde apenas llega
la luz de la lámpara,
una mujer jóven
se ve arrodillada.
Parece una niña,
parece una dama.
Es su talle esbelto,
su actitud de santa.
Aunque sí su cuerpo
no se vé su cara,
y envuelve en misterios
la penumbra vaga
si es linda y morena,
si es bella ó si es blanca.
¡Malhaya la sombra
que su rostro baña!
¿será que se oculta
de ajenas miradas?
¿Quién será la niña
que tanto se guarda?
¿quién será que oye
la misa del alba?

VI.

Ya dispuso Febo
que la aurora pálida
con fúlgido manto
con su carro salga.
Las brisas sonrien,
los pájaros cantan
y las tiernas flores
sus corolas alzan.
Ya sale la gente,
y al salir se tapan
temiendo del cierzo
la caricia helada.
En el ancho pórtico
los hombres se paran
á ver si vinieron
á misa muchachas.
¿Quién será la niña
que en lo oscuro estaba?
Sin verla he sentido
no se qué en mi alma,
¡malhaya la sombra
que en su rostro daba!
¿Por qué oirá esa niña
la misa del alba?

VII.

¡Ya sale! ¡ya sale!
¡ya el dintel traspasa!
No hay duda es la misma
que en lo oscuro oraba.
¡Qué bella es la niña!
¡Qué hermosa, què blanca,
qué negras sus trenzas,
qué airosa su planta!
Son negros sus ojos,
negras sus pestañas,
son rojos sus lábios,
su frente de nácar,
sus mejillas, mezcla
de nieve y de grana.
¡Malhaya la sombra
que en su rostro daba!
¡Bendita mil veces
la luz pura y clara
del sol, cuyos rayos
primeros irradian
dorando las cumbres
cual si saludáran
la niña que oye
la misa del alba!

VIII.

¡Puede, sí, que amando
labre mi desgracia!
¡quiera Dios que olvide
si no debo amarla!...
¡quiera Dios que olvide
la misa del alba!

RAMIRO LASSO DE LA VEGA.

ÍNDICE

por órden de autores de los trabajos contenidos en este tomo.

Señoras y Señoritas.

Beloso (D.ª Rita).—Al Dulce nombre de María, poesía, pág. 245.

Brabo Macías (D.ª Rafaela).—A la respetable memoria de D. Manuel Bueso y Ortiz, poesía, pág. 41; A Cervantes, soneto, 65; A la Santa Cruz, poesía, 73; Al niño José Escobar y Brabo, poesía, 101; A la Srta. S. R. P., poesía, 190; A una rosa, poesía, 227; Ligera meditacion, 252; La noche del dia de los Santos, poesía, 260; A la Vírgen de los Dolores, poesía, 323, 340, 346, 406 y 411; A Espinel, poesía, 438.

Escudero (D.ª Luisa).—La niña y el ruiseñor, poesía, pág. 240.

Gonzalez Amieba (D.ª Maria Antonia).—Pensamientos, pág. 3, 120 y 191; A la muerte de Jesus, poesía, 31; El Ángel del sentimiento, artículo, 38; A una golondrina, poesía, 46; A la violeta, poesía, 61; Charadas, 104 y 192; Un recuerdo, poesía, 176; A una loca, poesía, 247; Un sueño, poesía 255; A la resurreccion de Jesucristo, poesía, 368.

Grassi (D.ª Angela).—El invierno de la vida. poesía, pág. 143.

Gutierrez Morales (D.ª Isabel).—Charada, pág. 352.

Kerima.—Un recuerdo, poesía, pág. 60.

Lobo Carabot (D.ª Flora).—Salto de Caballo, pág. 72; Solucion, poesía, 88.

Llinás (D.ª Cármen).—Charada, pág. 39.

Maria S. L.—Cantar, páginas 39, 47 y 77.

Nuñez Rodriguez (D.ª Cármen).—La noche, soneto, pág. 3; La caridad, poesía, 19; La mariposa, poesía, 53; Aves y Flores, 81; A mi apreciable amiga C. S. A., poesía, 90; El orgullo, 131; A orillas del Tajo, poesía, 134; La oracion de la tarde, leyenda, 163, 172, 180, 187 y 195.

Ponce Bocanegra (D.ª Ana).—Charadas, páginas 48, 56, 72 y 96.

Tartilán (D.ª Sofía).—El ángel de la caridad, novela, páginas 58, 66 y 74; La niña coqueta, poesía, 213; Dudas, poesía, 223; Costumbres del país, 302. Historia de una esposa infiel y un gato negro, traduccion, 409 y 417.

Ugarte Barrientos (D.ª Josefa).—La Alhambra, poesía, pág. 89; Vicente Espinel, poesía, 437.

Redactores y Colaboradores.

A Farela.—Charada, pág. 64; La Sultana de Medina-Ronda, leyenda, 428 y 457; Inauguracion del Monumento de Espinel, 435.

Antequera (D. Benedicto).—A la muerte, poesía, página 282.

Arjona y Casado (D. Domingo).—En unas ruinas, poesía, pág. 379; Canto epitalámico, poesía, 383; En la muerte del malogrado poeta don José Ruiz Toro, poesía, 397.

Bandera (D. Cesáreo J. de la).—Himno á la Vírgen para el mes de Mayo, pág. 95.

Batanero (D. Mariano).—Seguidillas dedicadas á la única santa doctora española Teresa de Jesus, página 231.

Bueso y Ortiz (D. Manuel).—A Maria Santísima de las Angustias, oda, pág. 11.

Brabo (D. José Estéban).—Tricornios y Tijeras, cuadros de costumbres, páginas 42 y 77.

Casado (D. Andrés).—Un expósito, poesía, pág. 268; Ilusiones y desengaños, poesía, 301; Triste episodio de amor, poesía, 314; A Dios, poesía, 378; Al poeta, poesía, pág. 442; Una niña y una flor, poesía, 454.

Carrion (D. Antonio Luis).—Un alma en pena, leyenda malagueña, páginas 12 y 20; Apuntes en el álbum de mi amigo D. José J. Pajarero, 22; Los poetas, poesía, 54; San Pedro Abanto, episodio de la guerra civil, 62 y 68; Cuenca, episodio de la guerra civil, 91; El hijo de los campos, poesía, 126; Abolicion de la esclavitud, poesía, 198; Recuerdos tristes, poesía, 211.

Castro (D. G. de).—A mi madre, poesía, pág. 68.

Corona y Camacho (D. Antonio).—A José Ruiz Toro, poesía, pág. 421.

Cuesta y Torres (D. José de la).—Engañadoras palabras, poesía, pág. 212.

Delgado y Carabot (D. José).—Charada, pág. 8 y 16; Salto de Caballo, 8 y 24; La esperanza (soneto), 11; Cristo, 25; Salto de Caballo-charada, 152 y 208; Salto de Caballo-logogrifo, 184.

Delicado y Rendon (D. Dionisio J.).—Cuita de amor, romance, pág. 85; Kamar, leyenda oriental, 107, 115 y 121; Por estorbarle lo negro, boceto cómico, 182, 188 y 197; A mi bellísima amiga la

Srta. D.ª Rafaela Lazaeta y Dosal, poesía, 238; Un adios á Ana, poesía, 244; Contradiccion, poesía, 256; Epígrama, 264; A un nardo, poesía, 271; ¿Quién se fia de niñas?, poesía, 279; Un gitano, poesía, 280; Historia de un paraguas, semi-novela bufa, 283, 294, 305, 316 y 325; ¡Rafaela!, poesía, 320; Las flores, poesía, 327; La carta de Marta, poesía, 335; Los ojos verdes, romance, 355; La madre del Marino, poesía, 402; Mi pájaro, poesía, 422.

Durán Navarro (D. Salvador).—Longinos el ciego, pág. 31; La cárcel de Cervantes, 136; Una página de sangre, leyenda, 169; La mujer ante la sociedad, 245.

Enciso Nuñez (D. Gabriel.)— Un recuerdo, poesía, pág. 147; A la Srta. D.ª Cármen Casas, poesía, 178.

Escobar (D. E.).—Tus recuerdos, poesía, pág. 111.

Feria y Adame (D. A. de).—Sin amor, poesía, página 114.

Fernandez y Nuñez de Prado (D. José) —Soneto, página 106; A Angela, soneto, 138.

Garcia Calvo (D. Saturnino).—Solucion al Salto de Caballo-charada del núm. 31, poesía, pág. 71; Nolite Diligere Mundum, poesía, 76; Charada, 80 y 152.

Garcia M. de la Reguera (D. Angel).—Balada, imitacion al aleman, pág. 8; Consideraciones sobre la unidad religiosa decretada en España en tiempo de Recaredo, 17, 33 y 49; A una máscara, poesía, 79; Declaracion, poesía, 160; Anacreóntica, 197; Un paseo por el Cementerio, 230; Fragmentos de un viaje, poesía, 293.

Garcia Valero (D. Eloy).—En la celebracion de la primera misa del presbítero D. C. M., poesía, pág. 171; Al ínclito Maestro Vicente Espinel, poesía, 441.

Gonzalez Grano de Oro (D. Miguel).—A tí, poesía, pág. 84; Lo que es la vida, soneto, 110.

Gonzalez Puya (D. Guillermo).—Soneto, pág. 20; Charadas, 32, 48, 56 y 72, 120, 128, 148, y 280; Una cinta en tugarganta, poesía, 39; Un sueño, poesía, 54; Soneto-charada, 64 y 80; A Cervantes, soneto, 66; Soneto-charada, 88 y 104; Cantar, 112; En la sentida muerte de D. José Ruiz Toro, soneto, 399.

Gutierrez Jimenez (D. Rafael).—Un artículo que podria servir de prospecto, pág. 1.ª; Un monumento á la memoria de Vicente Espinel, 97; Acta de la primera sesion de la Comision ejecutiva del monumento de Espinel, 102; Acta de la segunda sesion de la misma, 111; Acta de la tercera sesion de la misma, 158; Una puesta de sol en la estacion del ferro-carril de Antequera, poesía, 159; Solicitud presentada al Ayuntamiento de Ronda, 359; La instruccion primaria en España y su desarrollo en Ronda, 385; Discursos de un alumno y del Secretario de la Junta local, 387 y 390; Necrología á don José Ruiz Toro, 394; Inauguracion del Monumento de Espinel, 449.

Jaudénes (D. José M.ª).—A Espinel delante de su monumento, romance, pág. 439.

Jimenez Campaña (D. Francisco), A Aurora (poesía), pág. 16; El Angel del Consuelo, poesía, 47; Soneto, 55; El cautivo de Argel, poesía, 65; El barco del pirata, canto, 84; Flores á Maria, poesía, 102; Maria—Canto de Angeles, 105; Al rio Genil, poesía, 144; Madrigal, 179; Zahara, leyenda morisca, 206 y 214; Maliba, leyenda mora, 212, 221, 237, 243, 261, 269, 286, 291, 347, 371 y 379; A la memoria de Miguel Cervantes, poesía, 223; Esperanza, soneto, 243; Fantasía, 274; Vestir al desnudo, 300; En el álbum de la Srta. Socorro Fortese, poesía, 302; A la paz, canto, 352; La mariposa, poesía, 378; Al Sr. D. Rafael Gutierrez Jimenez, 398; La madre del suicida, poesía, 408; Un fragmento del Quijote, 425; A mi buena amiga la Sra. D.ª M. M. Soler, poesía, 428; Epígrama, 432; A Espinel, décimas, 442; La Soledad de María, 457.

Jimenez Pajarero y Topete (D. José).—Indecision, poesía, pág. 147; A mi amigo el ilustrado publicista y diputado á Córtes D. Antonio Luis Carrion.—Epístola, poesía, 155; Algunas reflexiones sobre el emplazamiento de la columna de Espinel, 161; La ciencia, soneto, 188; Cantares, 183, 208, 216, 223, 240 y 248; Estrofas, 415.

Jimenez Verdejo (D. Antonio) —La fé, poesía, pág. 7; A la niña Concepcion Sola Martinez, poesía, 45; A....., improvisacion, 55; La duda, poesía, 150; A Sofía, poesía, 165; A Adela en sus dias, poesía, 186; A Dorotea en el abanico, poesía, 204; A Elisa en su abanico, poesía, 211; A Elisa, fantasía, 219; Por una lágrima, poesía, 227; Ayer y hoy.—A Sofía, poesía, 236; Pobre alma mia, poesía, 242; Adios, serenata, 271; El estío, dolora, 296; Una lágrima.—A la memoria de....., poesía, 299; De rechazo, poesía, 304; Los ojos y el alma, poesía, 309; El chocolate, 309; Ambicion, poesía, 333; Todo negro, poesía, 359; La noche, 362; La caridad, poesía, 367; Epitafio, poesía, 371; Antes y despues, poesía, 374; Paralelo, poesía, 378; Recuerdo, poesía, 391; ¡No es verdad!, poesía, 392; A la memoria de mi desgraciado y mejor amigo don José Ruiz Toro, 399; El bien, poesía, 402; Rimas, 408; A Granada en el dia del Señor, poesía, 413; Piedad, poesía, 424; A Vicente Espinel, poesía, 442; Fragmento, poesía, 451; Despedida, 459.

Jorge de Viezmen.—A..... fragmento, poesía, pág. 101; Cantares, 53 y 102.

Lamas [y Carvajal (D. Valentin).—A un mendigo, poesía, pág. 203; El dia de difuntos, poesía, 258.

Lopez y Lopez (D. Pio).—La Asuncion (oda), pág. 202; A la Natividad de María, 251; A María.—Plegaria de una niña, poesía, 304; La Anunciacion (oda), 332.

Lopez Muñoz (D. Pablo).—El cruzado, leyenda, página 228.

Lopez Ramos (D. Salvador).—A una niña, poesía, página 167.

Luna (D. Rafael).—Fragmentos, poesía, pág. 87; Influencia de la literatura en el modo de ser de los pueblos, 145; Vicente Espinel, 209; Fragmentos, poesía, 311.

Luque (D. Emilio de).—Cantar, páginas 3 y 11.

Llinás (D. Eduardo).—Charada, páginas 240 y 280; A la Srta. R. M., poesía, 280.

Martin y Diaz (D. Juan de la Cruz).—Anacreóntica, poesía, pág. 216.

Martinez (D. Alfredo).—El galán y la niña, poesía, pág. 236.

Martinez Durán (D. Baltasar).—A orillas del Darro, improvisacion, pág. 254.

Martinez y Romero (D. Juan).—Salto de Caballo, página 56; Charada, 80, 120 y 160.

Morales Durán (D. Antonio).—Tus ojos, poesía, pág. 7; Cantares, 119 y 150; Espinas y flores.—A C. S., poesía, 224; El duelo, 241; El Bailújan, 401.

Morales del Valle (D. Rafael).—La mujer como madre, como esposa y como hermana, pág. 9; Charadas, artículo en prosa, 85; Charada, 128; Ante el cadáver de mi amigo, 275; A la memoria de mi buen amigo don José Ruiz Toro, 399.

Mosen Lope Benavides.—A....., improvisacion, pág. 55; Antonio y María, 166, 174 y 179.

Montero (D. Joaquin).—A la memoria de Vicente Espinel, poesía, pág. 427.

Navas (D. Gabriel de).—Discurso para el acto de la distribucion de premios á los alumnos de instruccion primaria de Ronda, páginas 139 y 148; Discurso para el mismo acto en 1876, 403.

Palacios y Gonzalez (D. José).—Tú y yó, balada, página 15; A Lola, soneto, 64; A C. G. G., poesía, 151; A una niña, poesía, 272; Cantares, 279; A una mujer, poesía, 307; Un recuerdo á Espinel, décimas, 444; El desden, soneto, 455.

Pareja y Serrada (D. Antonio).—Influencia de la mujer en la regeneracion social.—Cartas á Concha, páginas 193, 204, 217 y 233; Tus ojos, poesía, 248; La despedida de Almanzor, poesía, 252; A María.—En sus dias, poesía, 267; La perla, apólogo oriental, 288; La fé del amor, poesía, 290; Ante la tumba de un soldado en Monte-jurra, poesía, 333; El Miosotis, habanera, 344; ¡Ay mi Granada!, poesía, 363; La amistad, poesía, 382; Oriental, 416; En la rosa, poesía, 423; Cuestion de lluvia, poesía, 432; El grito de libertad, balada, 455.

Paso y Delgado (D. Nicolás).—A [Ronda con motivo de la inauguracion del monumento á Espinel, poesía, pág. 439.

Pereu Vico (D. G.).—Epígramas, páginas 183 y 216.

Perez Cortina (D. José).—Qué es la mujer?, poesía, página 159; La caridad, poesía, 215; La entrada del otoño, poesía, 224; Al tiempo de acostarse, filosófico soneto, 272; Epígrama, 288; ....., poesía, 315; El tabaco, 375.

Perez de Guzman (D. Juan).—Al Sr. D. Rafael Gutierrez Jimenez, pág. 6; Sonetos, 37; Lo que son besos.—A Marieta, 53; Espinel, apuntes biográficos, 435.

Perez Ochen (D. José).—En un baile de máscaras, soneto, pág. 183; A la Srta. D.ª A. V., poesía. 427; A Ernestina, poesía, 432.

Pinzon Carcedo (D. José).—Discurso leido en el acto de la adjudicacion de premios á los niños de las escuelas públicas de Ronda, pág. 153.

Poggio Bermudez de Castro (D. Mariano).—Las niñas y las flores, poesia, pág. 263; Apuntes para un drama, 341, 350, 356 y 364; Un episodio conyugal, 413 y 422.

Puga (D. Graciliano de).—¡Qué poco duran!, poesía, pág. 46; Efectos contrarios, poesía, 113; ....., poesía, 127; Dudas, poesía, 260.

Prado y Reguera (D. Ramon).—Salto de Caballo, página 128.

Prolongo y Montiel (D. Agustin).—Salto de Caballo, pág. 40.

Quintana y Medina (D. Rafael).—Un recuerdo y un suspiro, poesía, 138; Adios á una Granadina, 138; A mi madre, poesía, 147; La niña enamorada, poesía, 165; A una morena, poesía, 182; Te ví tres veces, 191; Allá vá la barca, poesía, 251; ....., poesía, 263; Soneto, 268; Recompensa, poesía, 279; Cantares, 287; Tu llanto.—A mi amada, poesía, 302; A....., poesía, 312; En la ausencia, poesía, 320; Tu mérito mayor, poesía, 320; Rimas, 325; La muerte de una flor, poesía, 336; Soneto octosílabo, 343; Dudas, poesía, 349; Despedida, poesía, 363, El secreto, poesía, 370; Retrato del natural, soneto, 383; Cantar, 451.

Ramirez Utrera (D. Manuel).—Charada, pág. 144.

Ramiro Lasso de la Vega.—¿Serán bellos.....?, poesía, pág. 47; Sí, la amo....., poesía, 341; La misa del alba, 460.

Rojo y Sojo (D. Antonio).—La pereza, soneto, pág. 15; Dulce esperanza, soneto, 22; Soneto, 79; Mi vecina, soneto, 157; Anacreóntica, 192; Un problema, soneto, 204; A mi amigo D. Angel Garcia, soneto, 216; Para el álbum de D.ª Maria G., poesía, 237; Cantares, 360.

Rosal de la Vega (D. Arturo).—Suspiros de dolor.—A...., poesía, pág. 296; Suspiros del alma, poesía, 392.

Rios Rosas, Bueso y Huet.—Descripcion de la muy noble y muy leal ciudad de Ronda, páginas 321, 329, 337, 345, 353 y 453.

Ruiz Toro (D. José).—Una poesía inédita de Vicente Espinel, pág. 4; ....., poesía, 11; La muerte de Jesus, soneto, 31; Charada, 32; Solucion á la charada Penacho, 71; Soluciones, 80; Dos flores, poesía, 110; A una mujer, poesía, 130; Las colonias de Inglaterra en América, 151; Cantares, 158; Los globos aereostáticos, 177, 185, 201, 225 y 249; Rimas, 180, 185, 204, 212, 221, 243, 263, 268, 279, 285, 319, 333, 341, 349, 367 y 371; A mi distinguido amigo don José Rodriguez Caballero, poesía, 235; A una máscara, poesía, 309; Charada, 280 y 312; La juventud, traduccion libre, 313; A Espinel con motivo del monumento que Ronda le erige, poesía, 440; Incendio y rebato de Granada, 447; Finis coronat opus, 447; En tus brazos, poesía, 451.

Sanchez Castellano (D. José).—Hércules, estudio sobre la mitología griega, páginas 257, 265 y 273.

Santiago (D. Mauro).—Epígrama, pág. 248; A una vieja, soneto, 256; A mi querido amigo don D. J. Delicado, soneto, 285.

Sañudo Autran (D. P.).—A Vicente Espinel, poesía, pág. 443.

Sidi-Aliatar.—Charadas, páginas 264, 328, 336, 344, 376, 384 y 456; A J. C. y C., soneto, 275.

Silva y Arengo (D. Ernesto).—El Barquero de Stambul, poesía, pág. 101; Diversos tipos, poesía, 114; Me gusta, poesía, 126; Amor eléctrico, poesía, 152; A un loco, poesía, 192.

Vazquez (D. Arturo).—Rimas, pág. 127.

Aquí termina el tomo 2.° de los ECOS DEL GUADALEVIN. Lo forman cincuenta y ocho números ó sea desde el número 25 al 82. Deben atenerse los Sres. suscritores, para su encuadernacion, al número y no á las fechas, pues saben que no se ha podido publicar con regularidad en sus dias correspondientes.

Ronda.—Imp. de la Sra. Viuda de Gutierrez é Hijo.